

# Pacífico

Julio-Núm. 79

Precio: \$ 1=

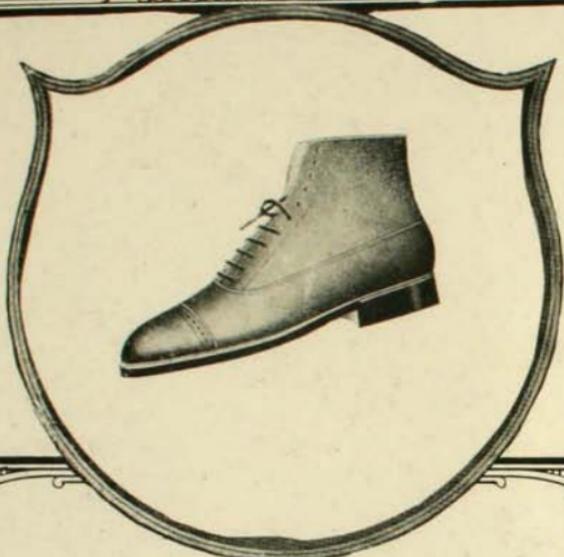
# Magazine



Una marca

THE  
JOHNSTON & MURPHY  
SHOE

Preferida



SOLIDEZ  
ELEGANCIA

THE  
JOHNSTON & MURPHY  
SHOE

FLEXIBILIDAD  
DURACION

Y COMODIDAD

SON LAS CUALIDADES QUE CARACTERIZAN AL CALZADO  
MARCA COMO UN ALTO EXPONENTE DE LA INDUSTRIA N. A. A. M. E.  
RICANA.

EXPOSICION DE LOS ULTIMOS MODELOS RECIENTE RECIBIDOS.

CASA NORTE-AMERICANA  
246 - Estado - 246

Agentes generales:

M. ARTIGAS y Cia.



## Los Piratas Modernos.

Quienes en tiempos remotos asaltaban a mano armada las naves indefensas no eran más alevosos que el droguista de nuestros días que atenta, a mansalva y sobre seguro, contra la salud de un cliente confiado, vendiéndole un sustituto peligroso en vez de una medicina legítima.

Todas las tabletas de aspirina espúrea que quieren hoy hallar clientela entre cierto público incauto necesitan, para lograr tal fin, que algunos boticarios poco escrupulosos las hagan pasar como "iguales a las Tabletas Bayer de Aspirina" lo cual constituye la más elocuente confesión de que éstas son las verdaderamente legítimas y dignas de confianza. Jamás acepte Ud. aquellas sospechosas preparaciones. Recuerde que las Tabletas Bayer de Aspirina son únicas e insustituibles. No compre Ud. otras, por que si lo hace es muy probable que en vez de pagar por curarse pague por enfermarse. Exija siempre las legítimas

### TABLETAS BAYER DE ASPIRINA

y para identificarlas fijese en que tanto cada una de ellas como la cajita de cartón en que va el tubo, la etiqueta de éste y su tapa de rosca, lleven la Cruz Bayer, que es la única garantía de legitimidad y la mejor defensa que Ud. tiene contra los piratas que quieren asaltar la preciosa nave de su salud.



# Concurso de ojos

## CUPON

### LA GEOGRAFIA DEL SUICIDIO

Un artículo del doctor Navrat, en la "Revista Clínica de Viena", demuestra que existe un "modus moriendi", según el país o la clase social del suicida.

Dicho artículo, que bien puede ser considerado como ensayo interesante de una geografía del suicidio, distingue en Europa dos grandes regiones naturales; una al Norte

### CATARRO DEL ESTOMAGO ES PELIGROSO

"Miles lo Tienen y no lo Saben". Dice un Médico. Regularmente se Cree que es indigestión. Modo de Reconocerlo y Curarlo.

Miles de personas sufren, más o menos con regularidad, de mal aliento, lengua cubierta de sarro, etómago acre ardiente, vómito frecuente, ruido de intestinos, eructación severa, gas, viento y acidez del etómago y a todo esto lo llaman indigestión, cuando en realidad la indigestión es debida a catarros gástricos del etómago" así escribe un facultativo famoso.

Catarro del etómago es peligroso porque las membranas mucosas que forran el etómago se engruesan quedando las paredes cubiertas con una tela de flema, de tal modo que los fluidos digestivos no se pueden mezclar con los alimentos para digerirlos. Esta condición, con los alimentos fermentados y sin asimilarse, pronto proceca una enfermedad mortífera. La sangre se contamina y lleva la infección por todo el cuerpo. Pueden formarse úlceras gástricas y una úlcera frecuentemente es la primera señal de un cáncer mortífero.

Un remedio bueno y tratamiento seguro para catarro del etómago, es tomar antes de las comidas dos pastillas de cinco granos de Magnesia Divina pura, en medio vaso de agua caliente, tan caliente el agua como Ud. pueda tomarla sin que le moleste. El agua caliente lava los mucos de las paredes del etómago y al mismo tiempo atrae la sangre al etómago, mientras que la Magnesia Divina es un excelente disolvente para la mucosidad y aumenta la eficacia del tratamiento de agua caliente. Además de esto, la Magnesia Divina servirá como un poderoso pero inofensivo antiácido, que neutraliza cualquier exceso de ácido hidrocórico que pudiera estar en el etómago y purifica los alimentos en él contenidos. A esto muy pronto seguirá una digestión fácil, natural, sin dolor de ninguna especie. Magnesia Divina no es laxativa, es inofensiva, agradable al paladar y fácil de tomarse y puede conseguirse en cualquier droguería de la localidad. No confunda Magnesia Divina con otras formas de magnesia, leches, citratos, etc.; consiga Magnesia Divina pura en pastillas, especialmente preparada para este fin.

(escandinavos, alemanes y la mayoría de los eslavos), que es el país del suicidio por estrangulación, y otra al Sur (eslavos del Norte y pueblos latinos), donde la generalidad de los suicidas eligen el revólver para eliminarse.

Sobre esa primera división existe la tan importante para los geógrafos, de países continentales y países marítimos. A nadie sorprenderá, en efecto, que al natural de una isla o de una península, se le ocurra, en trance desesperado, arrojarse al mar. Empero será necesario para que el suicida acuda al llamamiento de las sirenas, que el agua no esté muy fría. El doctor Navrat ha averiguado que los italianos sienten debilidad por el suicidio acuático, debido a que las ondas del Mediterráneo son templadas y azules. Igual les ocurre a los griegos, desde los tiempo de Safo, la bella nostálgica de amor. En cambio, los ingleses se miran mucho antes de dar la última zambullida en sus aguas grises y heladas; de ahí que prefieran el puñal o el revólver.

La muerte voluntaria por arma blanca,

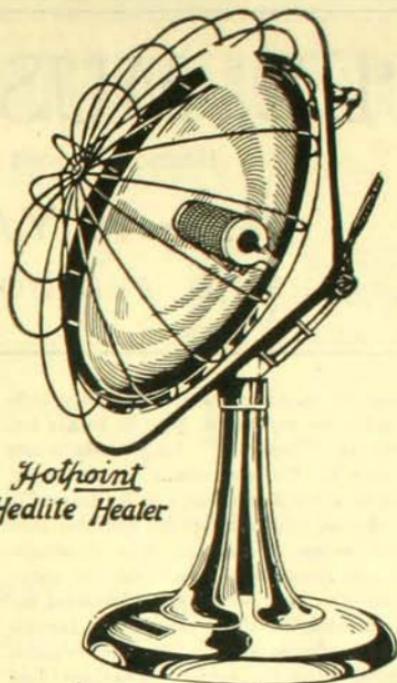
### RECORTE ESTO

#### Maravillosa Preparación para el Catarro, Sordera Catarral y Zumbido de Cabeza

Si Ud. sabe de alguien a quien molesten los zumbidos de cabeza o la sordera catarral, recorte este párrafo y déselo con lo que muy bien puede ser el libre de sordera total. Molestias como el catarro, la sordera catarral y el zumbido de cabeza, provienen de enfermedades constitucionales: las pomadas, rociaduras, inhalaciones, etc., podrán, quizá, contemporizar con el mal, pero rara vez o nunca remedian su permanencia. Porque esto es así, se ha empleado mucho tiempo en perfeccionar un tónico puro, benigno, y, sin embargo, efectivo, que arroje prontamente hasta la última traza del veneno catarral del sistema. La receta eficaz que eventualmente se formuló, sigue a continuación en forma tan inteligible, que cualquiera la puede usar en su casa con poco costo. Pídale a su boticario un pomito de *Parmentia* (Doble Fuerza); léveselo a casa y añádale 1-5 litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar granulado; bátalo hasta disolverlo y tómese una cucharada de las de postre cuatro veces al día.

El alivio de los molestos zumbidos de cabeza, de la jaqueca, del estupor y de la confusión de ideas debe empezar con la primera dosis; y el oído aclarándose a medida que el sistema se vigoriza por la acción tónica del tratamiento. La pérdida de olfato, la goteadura mucosa al fondo de la garganta, son, as mismo, síntomas que demuestran la presencia del veneno catarral, y que a menudo ceden al gran efecto de este tratamiento. Siendo causados por el catarro casi el noventa por ciento de todos los malos de oídos, mucha gente se lo tiene que curar por este sencillísimo tratamiento casero.

Toda persona que sufre zumbidos de cabeza, sordera catarral o catarro en cualquier forma, debe hacer una prueba con esta mixtura.



*Hotpoint  
Hedlite Heater*

*"Warms as the Sun warms"*

## RADIADOR ELECTRICO

Ideal para templar la temperatura en el  
Hall, Sala de Baño, Oficina, etc., etc.,

- Construcción sencilla
- puede ser acoplado al  
zoquete de cualquiera  
ampolleta eléctrica.

Tan pronto se le da corriente, empieza a  
radiar un calor agradable, inodoro y sano, sin  
viciar el aire de la pieza.

Agentes Generales:

# MORRISON Y CIA.

VALPARAISO

SANTIAGO

# "LA MUSA CRUEL"

Hermosa Novela del conocido literato

Señor N. YAÑEZ SILVA

APARECIÓ. PEDIDOS: EMPRESA ZIG-ZAG

habitual en la antigüedad, y que hoy subsiste entre los japoneses, bajo la forma honorable del "harakiri", ha llegado a ser muy rara en Europa, donde parece estar reservada a los borrachos y a los locos.

Los chinos, que no aman los métodos sangrientos, se envenenan con opio. Puntualizando más diremos que cada capital europea tiene sus caprichos particulares en esto del suicidio; en París es el Sena, favorito de las modistas enamoradas, o el brasero asfixiante, para los viejos miserables. Los desesperados de Milán se envenenan; los de Viena recorren al cianuro potásico, y los de Praga al fósforo. De cada cien suicidas napolitanos cincuenta emplean el arma de fuego o por aplastamiento bajo la ruedas de un tren.

\*\*\*

## DEPORTE EN EL EXTREMO ORIENTE

En el Extremo Oriente el principal esfuerzo se dirige a hacer jugar a todo el mundo. Hoy día, cuéntanse, por ejemplo, más de 30.000 muchachas filipinas que jue-

gan en equipos regularmente organizados de "baseball" interior. El juego, aunque llamado "interior", se juega al aire libre.

Los educadores chinos y los estadistas ven en los deportes una de las grandes fuerzas que hasta ahora se han hallado para la nacionalización de toda la China. En el segundo concurso atlético del Extremo Oriente, celebrado en Shanghai, en 1915, el doctor Chang Po Ling, presidente de la Universidad de Tientsin, dijo: ¡Pensar que habíamos de vivir para ver a los chinos del Norte y del Sur aplaudiéndose unos a otros cuando se anuncia un premio para China! Este certamen contribuyó mucho a la popularización de los deportes occidentales en China, y también despertó la resolución en los educadores y otros directores de opinión de fomentar los juegos por equipos y los deportes atléticos en general tan rápidamente como sea posible.

Otro resultado de los juegos de Shanghai fué que su éxito condujo de lleno al Japón a adherirse a la Asociación Atlética del Extremo Oriente, en su alto objetivo de promover un gran renacimiento físico en los pueblos orientales. Los hombres de negocios japoneses suscribieron la proposición para el certamen de 1917, y al efecto se construyó un hermoso campo atlético moderno en lugar adecuado con vista a la bahía de Tokio. El profesor Jigoro Kano, fundador de la escuela de Educación Física, fué elegido presidente honorario. El Ministro de negocios extranjeros, Motono, asistió todos los días con su mujer al certamen y dió una gran recepción a los atletas. También asistieron todos los días los hijos del emperador, y para la multitud esto significó que la innovación tenía la sanción oficial.

## CON SOLO CINCO PESOS

Usted puede tomar parte en todos los afamados sorteos trimestrales de los bonos del Canal de Panamá.

Inversión absolutamente segura. No es lotería.

Próximo sorteo el 16 de agosto. Pedir prospectos.

AGENCIA FRANCO-AMERICANA  
Santo Domingo 969 - Casilla 1485 - Santiago de Chile.

# BANCO ANGLO-SUDAMERICANO LTDO.

## VALPARAISO

---

CAPITAL AUTORIZADO . . . . .	£ 5.000,000
CAPITAL SUBSCRIPTO . . . . .	„ 4.500,000
CAPITAL PAGADO . . . . .	„ 2.250,000
FONDO DE RESERVA . . . . .	„ 1.600,000

---

CASA PRINCIPAL:

OLD BROAD STREET, LONDRES, E. C. 2

---

### SUCURSALES:

NUEVA YORK: (Agencia).—60, Wall Street.

FRANCIA: París, 16 Boulevard des Capucines y 23 Rue de la Paix.

ESPAÑA: Barcelona, Paseo de Gracia, 2; Bilbao, Estación 6; Madrid, Av. Conde Peñalver, 14, Gran Vía, Sevilla y Vigo.

CHILE: Valparaíso, Santiago, Iquique, Antofagasta, Copiapó, Coquimbo, Chillán, Concepción, Talcahuano, Punta Arenas.

ARGENTINA: Buenos Aires, Mendoza, Comodoro Rivadavia, San Rafael, Bahía Blanca, Puerto Deseado, Río Gallegos, Trelew, Rosario de Santa Fe, San Julián y Santa Cruz.

URUGUAY: Montevideo.

---

## Agentes en todas partes del Mundo

El Banco efectúa giros telegráficos y emite letras y cartas de crédito sobre corresponsales en todas partes del mundo. Se encarga de la compra y venta de valores, como también del cobro de dividendos, de la negociación y cobranza de letras de cambio, cupones, bonos sorteados y toda clase de operaciones bancarias.

Abre cuentas corrientes y recibe depósitos a la vista y a plazo, a tipos convencionales.

**T. C. HOBBS.**

GERENTE.

NOTA.—Este Banco ha instalado provisoriamente sus oficinas en la calle A. Prat Núm. 276, mientras dura la reconstrucción de su edificio propio en la misma calle.

# “LA VALPARAISO”

COMPañIA DE SEGUROS

Contra Incendios, Riesgos Marítimos, Etc.

**COCHRANE 879**

---

Capital Subscrito. . . . . \$ 2.000.000,00

Capital Pagado. . . . . „ 1.000.000,00

---

BANQUEROS

**BANCO A. EDWARDS y Cía.**

---

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente

Don JORGE ETCHEGARAY

Vice-presidente

Don RICARDO W. JAMES

CONSEJEROS

Don MAX FONTAINE

Don EDUARDO DEVES

Don FRANCISCO SAMPAIO

Don ARTURO GARCIA

Don JOSE M. RIOS ARIAS

GERENTE

Don RICARDO SWETT O.

---

Agentes por Valparaíso:

Don CARLOS MAILLARD L.

y Don NESTOR NAVARRETE CONCHA

---

AGENCIAS EN TODAS LAS PRINCIPALES CIUDADES  
DE LA REPUBLICA



# VIÑA BENITEZ

SANTIAGO

33 - Riquelme - 33

Teléfono Inglés 646



RECOMENDAMOS ESPECIALMENTE  
NUESTRO

## PINOT RESERVADO

# COMPañIA SUD-AMERICANA DE VAPORES

OFICINA PRINCIPAL:

VALPARAISO, BLANCO 695

LINEA DE VAPORES DE LA COSTA OCCIDENTAL  
DEL PACIFICO

Servicio semanal rápido entre Valparaíso y Cristóbal en 14 días atendido por los modernos y magníficos vapores de pasajeros, dotados de telegrafía inalámbrica

**“AYSEN” - “HUASCO” - “PALENA”**

**“IMPERIAL”**

Los vapores salen de Valparaíso los días miércoles en la tarde y tienen conexiones en Antofagasta y Arica por los trenes internacionales para Bolivia los mismos días de llegada y en Cristóbal para Estados Unidos en las lujosas naves de United Fruit Co., y para Europa en otras Compañías.

Servicio quincenal entre Valparaíso y Etén (Norte del Perú) en 15 días, prestado por los cómodos y excelentes vapores, dotados también de telegrafía sin hilos.

**“MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”**

que salen de Valparaíso los días sábados en la tarde.

Servicio periódico a los puertos del Sur atendido por el vapor “CAUTIN”, según avisos que se publican con la oportunidad del caso.

## PROXIMAS SALIDAS:

“PALENA” para la Zona del Canal (Cristóbal) el miércoles 30 de julio.

“MAIPO” para Etén el sábado 9 de agosto.

“AYSEN” para la Zona del Canal (Cristóbal) el miércoles 13 de agosto.

“MAPOCHO” para Etén el sábado 23 de agosto.

“HUASCO” para la Zona del Canal (Cristóbal) el miércoles 27 de agosto.

“IMPERIAL” para la Zona del Canal (Cristóbal) el miércoles 3 de septiembre.

## AGENCIAS:

en Santiago, Carlos Rogers, Bandera esquina Moneda

EN PARIS

A. P. Dupont Rue Halevy 4.

EN NEW YORK

John R. Livermore Inc. 21-24 State  
Street

EN CRISTOBAL

United Fruit Company.

EN BUENOS AIRES

Expreso Villalonga, Balcerce esquina  
Moreno

PERMANENTE EXPOSICION  
DE

••••• **ROPA BLANCA** •••••

FABRICANTES:

**FRATELLI  
CASTAGNETO**

SANTIAGO



**FABRICANTES DE ROPA BLANCA** bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

**NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME** ventaja sobre cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

**AGRADECEREMOS PIDA DATOS**, muestras y precios a otras partes y confrontar con los nuestros y se convencerá de la **gran ventaja** de los artículos de nuestra fabricación.

COMPañIA DE SEGUROS  
CONTRA  
INCENDIOS, RIESGOS DE MAR, ETC.

=====  
LA  
=====  
“INTERNACIONAL-CHILE”

AUTORIZADA POR DECRETO SUPREMO DE SEPTIEMBRE 7 DE 1910

Capital Subscrito y Pagado . . . . . \$ 1.000.000,00  
Reservas hasta Junio 30-1919. . . . . ,, 2.669.485,44  
Total Disponible. . . . . ,, 3.669.485,44

=====  
**DIRECTORIO**

PRESIDENTE

Don Carlos Alvarez Condarco



VICE-PRESIDENTE

Don Roberto Pretot Freire

DIRECTORES

Don Carlos Garcia L., Don Gmo. Luis Plummer, Don Enrique Middleton  
Cruz, Don Victor Prieto Valdés, Don Marcos Montt,  
Don Guillermo Condon

DIRECTOR-GERENTE: Don Roberto Barroilhet

=====  
Oficina Principal:

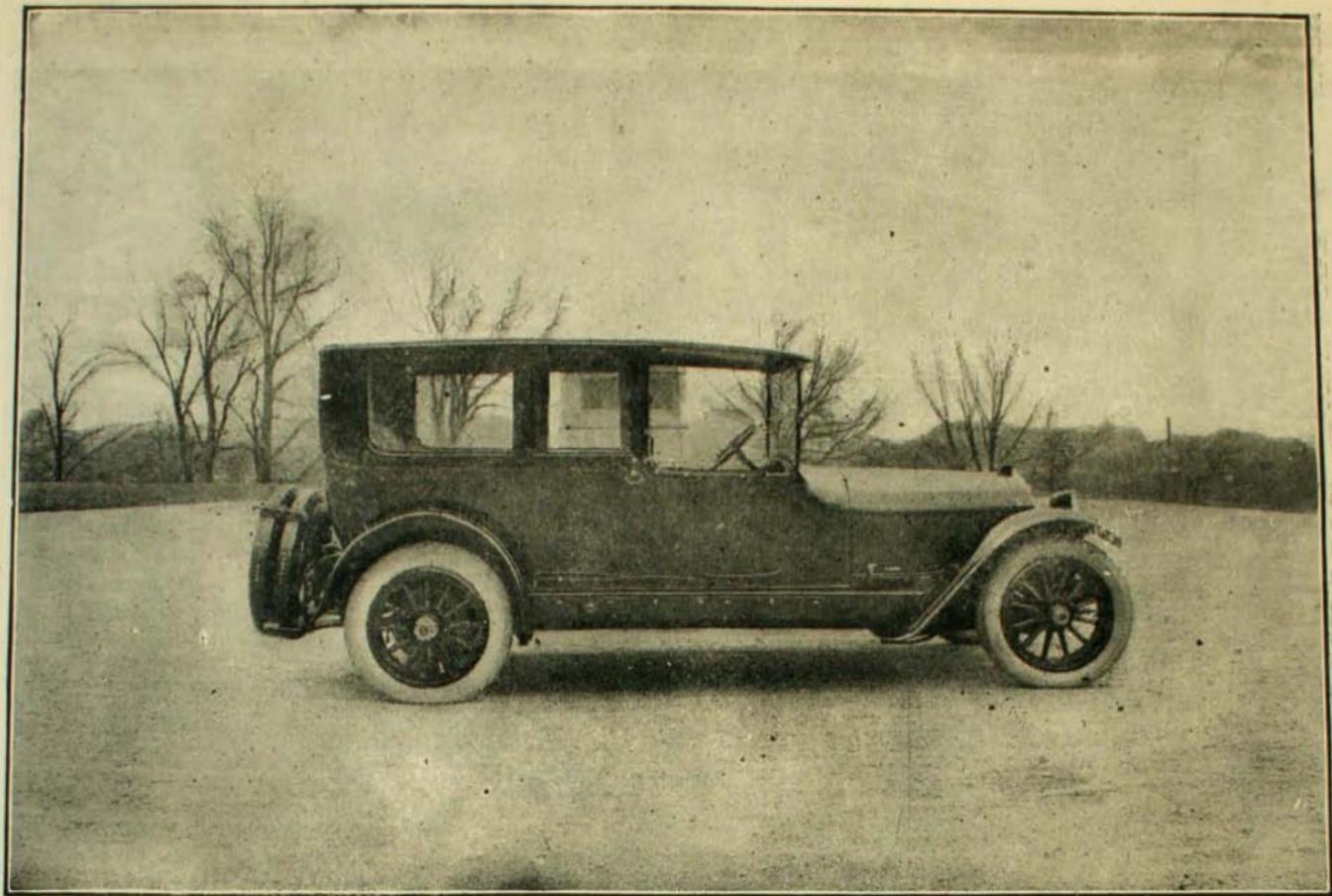
**VALPARAISO, COCHRANE 639 O BLANCO 638**

Agencias en todas las principales ciudades de la República y en  
Londres

# INSUPERABLE



## PURO DE OLIVAS



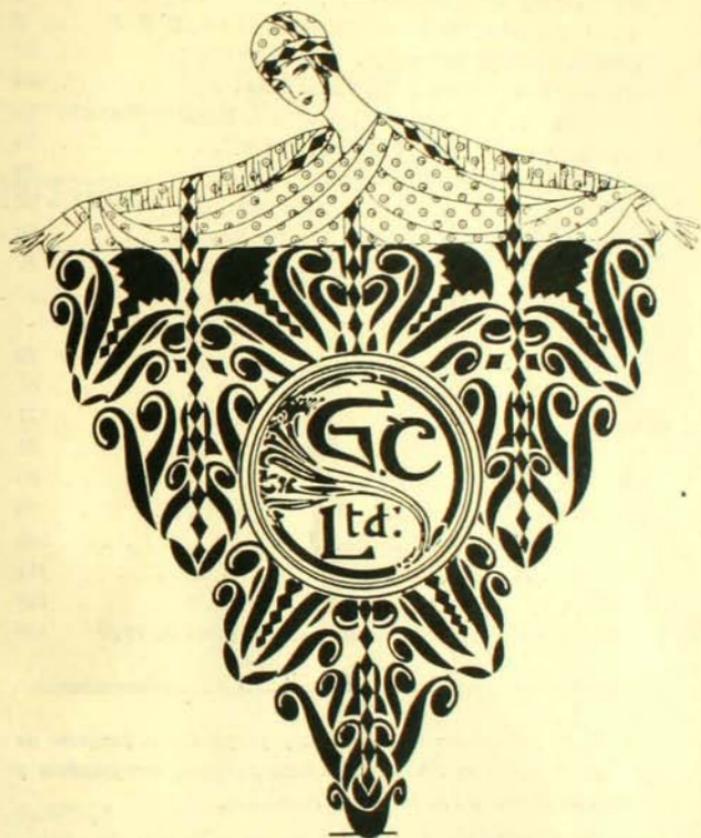
**"LOCOMOBILE"**

EL REY DE LOS AUTOMOVILES

Wessel Duval y Cía.

# LAS EXTRAORDINARIAS LIQUIDACIONES DE GATH & CHAVES

están llamando poderosamente la atención



Los altos precios que, a causa de la guerra, alcanzaron los artículos de importación, hacían presagiar como imposibles las acostumbradas realizaciones que GATH & CHAVES ofrece al final de cada temporada; pero esta acreditada Firma, fiel a sus tradiciones y lejos de arredrarse ante la expectativa general, no ha hecho más que adelantarse a la fecha en que solía iniciar sus LIQUIDACIONES y desde luego ha comenzado a vender A PRECIOS INFIMOS todos sus artículos de abrigo, confecciones de Invierno y otros de utilidad práctica en toda época del año.

Detalles siempre nuevos en la prensa diaria.

## Gath & Chaves Ltd.

# SUMARIO

Págs.

EL NUEVO MINISTERIO. . . . .	7
REVISTA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA, E. U. P. . . . .	8
CONCURSO DE OJOS. . . . .	22
REBOLLEDO CORREA, N. Yáñez Silva. . . . .	23
ESPIRITISMO Y ESPIRITUALIDAD, Hipólito Tartarín . . . . .	29
LA CASA COLONIAL, Mariano Latorre. . . . .	35
GLORIA VANA, Germán Luco. . . . .	39
UN VIVA A ROSAS EN 1847, Alba Cruz. . . . .	47
NOTAS MARGINALES, Juan Agustín Barriga. . . . .	50
NORA DARTI.—Fragmento de novela, Almaviva. . . . .	52
CRITICOS Y CRITICADOS, Pablo Reboux. . . . .	57
FOTOGRAFIA ARTISTICA, Sra. Raquel Castillo de Bernales. . . . .	65
LA VENTANA TRAGICA, Fred M. White. . . . .	67
4 LAS NUEVAS ESCUELAS, Daniel de la Vega. . . . .	77
LA TORRE DEL SILENCIO, Ruperto M. Heath. . . . .	81
EL CINEMATOGRAFO. . . . .	90
DIABLERIAS DE ANTAÑO, J. Valmy-Baysse. . . . .	95
EL JUSTICIERO, Paul Bourget. . . . .	105
ELEGANCIAS, Madame Valmore. . . . .	117
COCINA HISTORICA Y PREHISTORICA. . . . .	118
PACIFICO MAGAZINE. Indice: enero - junio de 1919 . . . . .	119

---

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación, es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

---

## NUESTRA PORTADA:

Nicanor González M. — Cabeza de estudio.



# PACIFICO

## MAGAZINE



+ Que ayer

VOL. ~~XXXII~~—Santiago de Chile, julio de 1919—NUM. 79

— Que mañana

VOLXIV

## EL

---

---

## NUEVO MINISTERIO



De izquierda a derecha:

Ministro del Interior, Sr. Luis Serrano Arrieta.

Ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Luis Barros Borgoño.

Ministro de Guerra y Marina, Sr. Enrique Bermúdez.

Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Sr. Pablo Ramírez.

Ministro de Hacienda, Sr. Julio Philipp.

Ministro de Industria y Obras Públicas, Sr. Malagula Concha.

# Revista Política Contemporánea

Por E. U. P.

El régimen de Gobierno inaugurado a raíz de las elecciones parlamentarias de 1912 por el Ministerio de don Guillermo Rivera, no lleva siquiera un nombre en nuestro fecundo vocabulario político. Hay desacuerdo hasta en la manera de definirlo. Para sus enemigos fué sólo una coalición disfrazada; para otros un simple expediente de circunstancias.

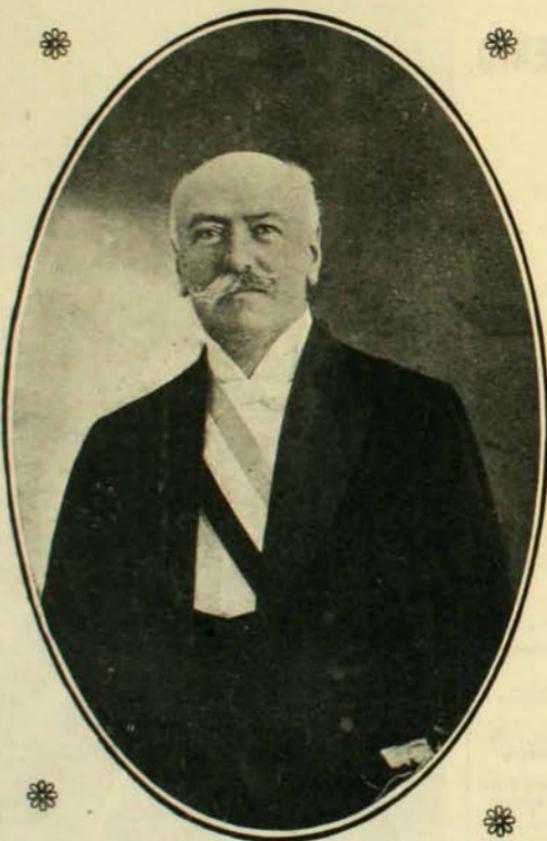
Una rápida ojeada a la situación de los partidos en aquel tiempo basta sin embargo para descifrar el enigma.

Los doctrinarios y los radicales tienen constituida desde hace muchos años una especie de encomandita electoral igualmente ventajosa para entrambos partidos. Los doctrinarios, que disponen de muchos personajes acandalados y deseosos de figurar, son el socio capitalista: aportan, sobre todo, el dinero. Los radicales, más ricos en juventud entusiasta y en popularidad que en

bienes de fortuna, son en cierta manera el socio gestor. Todo el mundo conoce las pingües utilidades de esta empresa, cuyas acciones se cotizan en plaza casi siempre con premio.

El acercamiento de nacionales y radicales durante la administración de don Pedro Montt no pudo, pues, menos de causar recelos a los doctrinarios. Los nuevos amigos de sus amigos iban acaso a convertirse en competidores incómodos en el excelente negocio que ellos solos explotaran hasta entonces. Vino luego la convención presidencial de 1910. La actitud del radicalismo en esa asamblea bastante simpática para una candidatura nacional enfrió todavía más las ya vidriosas relaciones de los antiguos socios.

Desde ese momento la alianza grande que había gobernado con el señor Montt quedó virtualmente disuelta y los partidos empezaron a orientarse en busca de nuevas posiciones.



Excmo. señor don Juan Luis Sanfuentes, Presidente de la República en el período de 1915 a 1920.

Los doctrinarios creyeron por de pronto oportuno mostrar un poco los dientes a sus amigos de antaño amenazándolos con la perspectiva de una coalición que les dejara a ellos solos con los nacionales en una desastrosa minoría. Apenas iniciadas las primeras escaramuzas en este sentido, don Arturo Besa, más ágil en sus movimientos, o menos cohibido por escrúpulos de doctrina, les ganó la delantera, y la coalición nacional-balmacedista-conservadora quedó organizada.

Ella no fué de larga duración. Los elementos parlamentarios del partido nacional la resistían sórdamente y lograron romperla en víspera de las elecciones de 1912.

Esta doble maniobra fué utilísima para los planes doctrinarios porque sus émulos habían perdido en parte la confianza de los radicales, pactando la coalición e irritando profundamente a los conservadores y balmacedistas con su cambio de frente a última hora. Ellos entre tanto pudieron presentarse ante la opinión liberal de las provincias como el único partido de centro siempre fiel a la alianza, a la que no habían abandonado en forma ostensible ni por un momento. Al mismo tiempo procuraban acercarse por lo bajo a los abandonados coalicionistas, insinuandoles promesas halagüeñas y explotando con verdadera habilidad las legítimas cóleras que en el ánimo de esos partidos dejara la reciente defección de los nacionales.

Los doctrinarios contaron así en las elecciones de 1912 con un apoyo radical casi tan entusiasta como siempre y con la neutralidad benévola de la coalición, cuyos tiros fueron dirigidos especialmente contra nacionales y radicales.

El Ministerio organizado por don Guillermo Rivera y los que le sucedieron hasta la primavera de 1913, correspondía a aquella situación mestiza y ambigua. Aquel Gobierno se titulaba de centro liberal, pero estuvo constantemente apoyado por los conservadores y hostilizó no poco administrativamente a los otros dos partidos de la antigua alianza.

Doctrinarios y balmacedistas se repartían amigablemente los ministerios y los empleos. Los auxiliares conservadores sólo

tuvieron algunas migajas y la satisfacción de ver excluidos del Gobierno a los radicales. El régimen era cómodo, acaso excesivamente cómodo, especialmente para los doctrinarios. Sin comprometerse demasiado en una política antipática a la juventud y a las provincias, gozaban a la vez las ventajas de la alianza y las de la coalición.

La medalla tenía sin embargo su reverso. La entente liberal balmacedista era por sí sola impotente para resolver un problema, siempre perturbador en Chile: el de la próxima presidencia. Los jefes doctrinarios son todos, cual más cual menos, candidatos a la primera magistratura, y don Juan Luis Sanfuentes entendía serlo también. Los pretendientes exploraban con ahinco el campo político dentro y fuera de la combinación de gobierno: para que ésta se mantuviese era preciso que los unos o el otro abdicasen sus esperanzas, cosa bien poco verosímil. De otro modo, la coalición o la alianza debían surgir en el momento del temido choque.

La convención de los doctrinarios en 1913 despejó no poco la incógnita. El partido acentuó allí sus tendencias anti-coalicionistas. Fué una derrota para los personajes liberales que buscaban dentro del régimen imperante el logro de sus aspiraciones. La perspectiva de un candidato liberal apoyado por balmacedistas y conservadores pudo considerarse desvanecida. El camino del señor Sanfuentes quedó trazado desde entonces.

La entente no se rompió sin embargo desde luego, pero estaba virtualmente quebrantada. Don Manuel Rivas, que la presidía desde el Gobierno como Ministro del Interior, presentó su renuncia alegando motivos de salud y no fué posible encontrarle un reemplazante. Ningún liberal de cierta situación quiso arrostrar la responsabilidad de representar un régimen que la opinión de los jóvenes y de las provincias parecía condenar.

Se acudió al arbitrio de los gabinetes universales, esto es, a una combinación que a nadie comprometía. El que organizó en la primavera de 1913 don Rafael Orrego fué la señal de la tregua política. En el fondo de las cosas, todos los partidos ha-

bían recobrado su libertad de acción. Sin embargo, la unión de conservadores y balmaeedistas fué estrechándose como era natural a medida que los doctrinarios se orientaban hacia sus antiguas posiciones.

Poco a poco fueron diseñándose dos núcleos políticos perfectamente marcados: el uno marchaba hacia la coalición con el señor Sanfuentes a la cabeza; el otro hacia la alianza, dirigido por los jefes doctrinarios de más acentuada tendencia, especialmente por don Javier A. Figueroa.

El segundo de estos núcleos iba a encontrar muchos más tropiezos en su camino porque muchos liberales seguían calladamente fieles a la combinación de Gobierno que se estaba desplomando.

El señor Sanfuentes era en cambio dueño casi absoluto de su partido.

Mientras la coalición y la alianza se acechaban mutuamente dentro de los partidos de la entente, los nacionales eran los únicos cuya posición no estaba definida. Sus recientes vinculaciones podían arrastrarlos hacia la izquierda, su resentimiento con los doctrinarios hacia la derecha. Entretanto, aunque aislados, podían llegar a ser los verdaderos árbitros de la situación.

La tregua política se mantuvo así por algunos meses en fuerza de la actitud incierta de los partidos. Se maquinaba a las calladas y muy por lo bajo. Nadie quería abandonar sus posiciones sin asegurarse antes otra más ventajosa. Era la táctica de los loros que suben de rama en rama, pero no sueltan ninguna sin aferrarse antes a una nueva con las patas o con el pie.

En septiembre de 1914 el Ministerio Orrego se disolvió por desacuerdos de carácter financiero y administrativo, entre el Ministro de Hacienda don Ricardo Salas Edwards y el de Industria y Obras Públicas, don Enrique Zañartu. Aquel incidente parecía no deber afectar a la política, y el señor Sanfuentes logró reemplazar rápidamente el Gabinete dimisionario por otro presidido por don Eduardo Charne, universal también, en que sus partidarios dominaban casi sin contrapeso.

Los liberales se alarmaron esta vez de veras. Hicieron saber al señor Sanfuentes que el mantenimiento del nuevo ministerio

sería considerado por ellos como una declaración de guerra y como la señal del rompimiento definitivo de la entente. El candidato balmaeedista, que no se había asegurado aún el apoyo conservador y mucho menos el de los nacionales, comprendió que le era forzoso ceder, y el Gabinete Charne hubo de dimitir a los muy pocos días de su organización.

El que le sucedió, presidido por don Guillermo Barros no fué por el contrario muy de gusto del señor Sanfuentes. Su jefe, era uno de los liberales que más habían trabajado por el mantenimiento de la entente y se le designaba como posible candidato de esa combinación con el apoyo más o menos directo de los conservadores. El señor Barros contaba además con la simpatía decidida del Presidente de la República.

Pero todos sabían que las incertidumbres no podían prolongarse por mucho tiempo y que estaban en activa aunque callada gestación diversas y encontradas alianzas políticas. Era del dominio público que don Javier A. Figueroa disienta con don Arturo Besa las bases de un acuerdo electoral que habría reunido en formidable bloque a nacionales, doctrinarios y radicales. Esas negociaciones encontraron, sin embargo, serios tropiezos en su camino: la acción del señor Figueroa estaba paralizada en parte por los manejos de muchos de sus correligionarios deseosos de mantener la política de la entente y el acuerdo con balmaeedistas y conservadores. Se dijo, además, que las exigencias del jefe doctrinario fueron excesivas, acaso en virtud de la situación embarazosa y equívoca en que le colocaba el temor de verse desautorizado por núcleos poderosos dentro de su propio partido.

Además el pacto doctrinario era también resistido por parte de muchos nacionales. El propio señor Besa, que en las ocasiones anteriores representara la tendencia opuesta, no simpatizaba ciertamente con la nueva política. Entre los jóvenes muchos no podían olvidar las agrias incidencias de la última época.

La coalición sobre la base de la candidatura Sanfuentes era para éstos el mejor desquite que el partido podría tomar de

la conducta de los doctrinarios desde la convención de 1910. El activo e incansable luchador don Cornelio Saavedra se convirtió en el alma de esta tendencia. Ligado al candidato balmacedista por los lazos de una simpatía sincera, trabajaba sin descanso por asegurarle el apoyo del partido nacional.

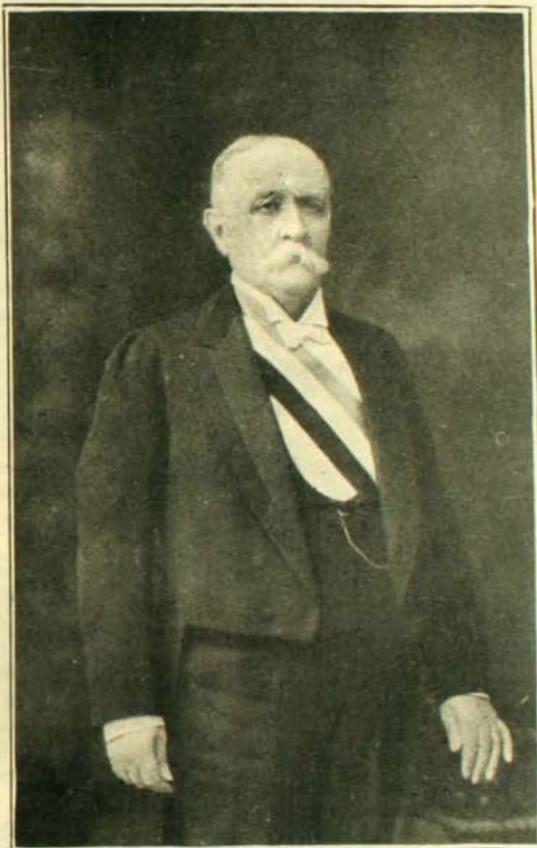
Cosa a primera vista extraña y sin embargo muy explicable: fué el propio señor Sanfuentes quien opuso a la idea de la proyectada coalición mayores resistencias. Este hábil político ha manifestado siempre excesiva cautela para jugar partidas decisivas: su táctica favorita ha sido la de mantenerse a la expectativa. Entonces no podía menos de comprender que una vez lanzado a la coalición a espaldas de los doctrinarios, quedaba envuelto en una situación de lucha áspera y sin retirada posible.

Es cierto que el concurso de los conservadores y nacionales parecía asegurarle la victoria, pero no es menos efectivo que los doctrinarios y sus aliados continuaban disponiendo de elementos capaces si no de triunfar por sí solos, de arrebatarle a él la victoria. Con un candidato como don Fernando o don Guillermo Barros podían neutralizar al partido conservador, con el nombre de don Agus-

tín Edwards podían igualmente atraer al campo de la alianza a todos o casi todos los elementos nacionales. En tales circunstancias era natural que el señor Sanfuentes prefiriese no ser el primero en tomar posiciones, ya que el primer efecto de seme-

jante manobra iba a ser sin duda alguna el de unir estrachamente a sus émulos del partido doctrinario, que hasta entonces continuaban divididos por opuestas tendencias.

Pero en el momento menos pensado el señor Sanfuentes pasó el Rubicón, cediendo acaso a exigencias extrañas e impacientes más que a su propia voluntad. Temió acaso que los nacionales se comprometieran prematuramente con la alianza o que los liberales consiguieran vencer en cualquier momento las resistencias que provocaba entre ellos un candidato gra-



Excmo. señor don Ramón Barros Luco, ex-Presidente de la República.

tadores. La ventaja de que sus amigos dominasen exclusivamente en el Gobierno durante el período electoral ya próximo debió así mismo influir en su espíritu.

Así y todo, la noticia de la nueva combinación política vino a sorprender a todo el mundo: a los partidos mismos en cuyo nombre se sellaba, a los que los representaban en el Gabinete, que ni siquiera tenían

conocimiento de tales gestiones y muy particularmente a don Javier A. Figueroa, que hasta la víspera había estado procurando con mediana cordialidad el ingreso de los nacionales a la alianza liberal.

Se organizó, pues, en diciembre de 1914, un Gabinete político presidido por un balmacedista, don Pedro Nolasco Montenegro, y en que tuvieron igual representación los tres partidos que componían la coalición. El nuevo Gobierno no experimentó sin embargo, como habría sido de temerse, mayores resistencias en el Congreso y pudo presidir regularmente las elecciones parlamentarias de Marzo del año siguiente.

Dadas las fuerzas electorales de los partidos que la formaban, la coalición se prometía un triunfo indiscutible en las urnas. No fué así, sin embargo. En la Cámara de diputados, los nacionales vieron ligeramente aumentada su representación, y los consevadores mantuvieron la suya; en cambio los balmacedistas experimentaron un fracaso relativo. En conjunto la fisonomía política de esa rama del Congreso se mantuvo.

Muy diverso fué el resultado de las elecciones senatoriales. Correspondía entonces elegir reemplazantes a doce senadores, de los cuales ocho eran coalicionistas y sólo cuatro aliancistas. No hubo lucha en Santiago, donde los senadores salientes, don Vicente Reyes y don Abraham Ovalle fueron reelegidos ni tampoco en O'Higgins donde triunfó casi sin competidor el candidato coalicionista don Carlos Aldunate. En Valparaíso don Guillermo Rivera, senador en ejercicio, fué derrotado por su competidor nacional don Antonio Varas, y don Arturo Besa triunfó igualmente en el Maule con facilidad. En Colchagua el senador liberal don Eduardo Charme reunió los sufragios de todos los partidos, porque ambas combinaciones políticas contaban hasta cierto punto con su apoyo.

En las demás provincias las elecciones fueron para la coalición un completo desastre. En Tarapacá, Antofagasta, Coquimbo, Aconcagua, Ñuble y Concepción, los senadores coalicionistas que las representaban, fueron derrotados. Así, de los doce electores, siete fueron aliancistas, y un octavo, el señor Charme, estaba ligado

por los vínculos de partido a la misma combinación política. En cambio, los coalicionistas quedaron reducidos de ocho a cuatro, y para mantener una débil mayoría en el Senado, necesitaban del concurso del señor Charme, cuya actitud, hasta entonces indecisa, llegó a ser el gran problema de actualidad.

Se concibe la exaltación que este resultado produjo en las filas de la alianza, descorazonadas y tibias la víspera. Don Arturo Alessandri, el candidato triunfante en Tarapacá, se convirtió en el león del día. Por primera vez se estimó que los liberales y radicales con solo el auxilio de los demócratas, eran capaces de medirse en condiciones de relativa igualdad con las fuerzas de la coalición.

Ambas corrientes políticas se preparaban entre tanto a elegir el candidato que debía representarlas en la próxima elección presidencial, pero tanto el señor Sanfuentes como los liberales deseaban que fuesen los adversarios los primeros en hacerlo. Ello se comprende, porque siempre el candidato que aparece en segundo término cuenta en Chile con el auxilio de los descontentos y despechados de la corriente opuesta.

La ventaja del señor Sanfuentes es que no contaba con competidores serios dentro de la coalición y así le era posible esperar por más tiempo. En cambio los liberales, que seguían trabajados por las dos tendencias de moderados y radicales que de ordinario los dividen, necesitaban definir su situación antes de la lucha.

La convención liberal radical de 1915 presentó un aspecto nuevo dentro de la historia política del país. Los partidos de centro estaban representados en ella sólo por los doctrinarios, y así radicales y demócratas podían influir en los resultados en forma decisiva. A más de eso, muchos convencionales liberales venidos de provincia simpatizaban con la corriente radical.

La tendencia moderada habría sido vencida casi sin combatir dentro de la asamblea, sin el temor de que, ante una decisión en tal sentido, los moderados se retirasen a engrosar las filas de la coalición. Así, muchos de los propios radicales, principalmente los de tradición antigua, traba-

TODOS LOS MINISTROS DEL INTERIOR DEL EXCMO. SEÑOR BARROS LUCO



Don Maximiliano Ibáñez.



Don Rafael Orrego.



Don José Ramón Gutiérrez.



Don Ismael Tocornal.



Don Guillermo Rivera.



Don Guillermo Barros.



Don Manuel Rivas V.



Don Eduardo Charme.



Don Pedro N. Montenegro.



Don Enrique A. Rodríguez.



Don Enrique Villegas.

NOTA.—Don Rafael Orrego fué dos veces Ministro del Interior; y don Guillermo Barros tres veces.

jaron en pro de una solución de concordia.

Dos candidatos, ambos con gran prestigio en las provincias, se presentaron a la convención levantando la bandera radicalizante y, como entonces se decía, antioligárquica. Era el uno don Arturo Alessandri, joven político de espíritu expansivo y nervioso, que, decidido coalicionista en los años anteriores, había evolucionado bruscamente hacia la izquierda al calor de las aclamaciones populares que se le prodigaran después de su triunfo de Tarapacá. Contaba el señor Alessandri con formidables elementos de provincia que él mismo se había tomado el trabajo de reunir y adiestrar y con las simpatías olvidadas de no pocos radicales. El otro candidato de análoga descripción fué don Eliodoro Yáñez, abogado experto en las lides del foro, de acentuado doctrinarismo, y cuyo prestigio en provincias apenas cedía al de su émulo.

Los oligarcas y moderados lucharon en vano por impedir el triunfo de uno u otro. Estaban divididos contra sí mismos y ni aun unidos contaban acaso con la mayoría numérica en la asamblea. Fué por cierto un espectáculo curioso, preludio de otros análogos que después se han presenciado y seguramente se presenciarán en lo futuro. Los viejos tercios del liberalismo santiaguino y de salón, se veían tratados como enemigos por una juventud exaltada, llena de recelos y hasta odios contra el elemento aristocrático. Para un observador imparcial no pudo desde entonces ser un misterio que la alianza no era tan homogénea en tendencias y sentimientos como suelen asegurarlo algunos de sus apologetas, y que su triunfo podía ser la señal de su desbande.

Después de múltiples vicisitudes, el señor Yáñez obtuvo al fin la mayoría requerida. Entonces los moderados declararon a su vez que estaban resueltos a todo, incluso a retirarse de la convención... La candidatura triunfante era, pues, la señal del definitivo desmoronamiento de la alianza. El señor Yáñez hubo de comprenderlo así, y después de no pocas vacilaciones se resolvió a renunciar.

Por acuerdo entonces de las dos corrientes

se eligió candidato al presidente del partido liberal, don Javier Figueroa, hombre activo, perseverante, patriótico por nacimiento y acaso por tendencias, pero que figuraba entre los hombres de más acentuada tendencia doctrinaria. Satisfacía así en parte a unos y otros, sin ser el preferido sino de muy pocos.

Entre tanto don Juan Luis Sanfuentes observaba casi inactivo aquellas incidencias, de cuyo desenlace iba a depender su actitud. La elección de un liberal moderado habría enfriado a los conservadores, arrebátándoles acaso la principal fuerza de su probable triunfo.

Por un momento pareció amargarle otro peligro acaso peor. Muchos de los miembros de la convención liberal simpatizaban con la candidatura de don Agustín Edwards, o esperaban valerse de ella para desquiciar a la coalición arrebatándole a los nacionales. Como las gestiones en tal sentido llegaron a presentar ciertas probabilidades de triunfo, el candidato coalicionista hubo de declarar que si la convención aliancista proclamaba al señor Edwards, él por su parte retiraría sus pretensiones y prestaría su concurso a este caballero.

Fué un golpe bien calculado, porque la mayoría de los partidarios del señor Edwards en la convención buscaban ante todo el triunfo liberal radical, no el de señor Edwards. Elegido éste por todos los partidos y sin lucha, desaparecía para ellos la razón misma de semejante candidatura. Esta circunstancia y la renuncia terminante del señor Edwards, desviaron el peligro que para el caudillo coalicionista importaba la maniobra en proyecto.

La proclamación de don Javier A. Figueroa, vino por el contrario a definir la actitud del señor Sanfuentes. Su émulo no podía contar con simpatías conservadoras, y no era probable que arrastrase a muchos nacionales, porque el candidato recién electo era uno de los políticos que en los años anteriores había combatido con mayor encarnizamiento la preponderancia del partido nacional en el Gobierno.

La convención de los coalicionistas apenas fué algo más que una fórmula. Puede

CUATRO DE LOS CATORCE GABINETES DE LA ADMINISTRACION BARROS LUCO



De izquierda a derecha: Gabinete Ibáñez-Orrego.—Gabinete Orrego-Rodríguez.—Gabinete Gutiérrez-Rodríguez.— Gabinete Montenegro-Lira.

decirse que se reunió expresamente sólo para consagrar la candidatura del señor Sanfuentes.

Al reunirse en junio de 1915 el Congreso recién electo, las miradas inquietas de los partidos se dirigieron al enigma del Senado. Hasta ese momento el señor Charme era el árbitro de las decisiones de ese alto cuerpo. En la elección de mesa ámbos partidos lo designaron para la presidencia, pero la vicepresidencia fué adjudicada a un coalicionista, el senador de Talca, don Pedro Letelier. Un triunfo análogo obtuvieron los coalicionistas en la designación de consejeros de estado.

Estas dos votaciones parecieron afirmar en el Gobierno a la coalición y al Gabinete que la representaba. Sin embargo, en esos mismos días, el Ministro del Interior, don Pedro Nolaseo Montenegro hizo renuncia de su puesto, fundándose en motivos de salud. La ocasión pareció propicia a los coalicionistas para modificar el Ministerio en la forma que era aconsejable dada la situación equívoca del senado. Se convino pues ofrecer la cartera vacante a un liberal moderado, más o menos ajeno a la política activa, que fuese garantía para todos en la próxima campaña electoral.

Don Antonio Hunneus, llamado por el Presidente de la República con este objeto, se convenció después de consultar a sus correligionarios de que la combinación proyectada solo alcanzaría pleno éxito si se hacían en el Gabinete algunas otras modificaciones. Propuso así que otro liberal ocupase la cartera de justicia y que el Ministro nacional de Obras Públicas, don Cornelio Saavedra cediese en cambio su puesto a un balmaedista.

Los jefes coalicionistas manifestaron entonces al organizador que ellos no habían entendido cambiar el Ministerio, sino darle simplemente un nuevo jefe, como una concesión que hacían en obsequio a la tranquilidad de los espíritus perturbada ya por la cercanía de la elección presidencial. El señor Hunneus renunció entonces a integrar el Gabinete, y el Presidente de la República reemplazó a don Pedro N. Montenegro por don Enrique A. Rodríguez, político nacional, bien quisto y prudente.

La coalición no pudo sin embargo man-

tenerse en el Gobierno. En los círculos liberales se estimaba indispensable la organización de un ministerio que no tuviese carácter político. El presidente del Senado don Eduardo Charme, resuelto a mantenerse en una actitud neutral entre los partidos en lucha, quiso hacerse el intérprete de esas aspiraciones, y se acercó al Presidente de la República, significándole que el ministerio recién reorganizado no contaba con la mayoría del Senado. Esta notificación fué la señal de la crisis.

Don Enrique Villegas, joven político balmaedista, muy bien relacionado en los círculos más moderados del partido liberal, se encargó de organizar el nuevo Gabinete, el cual quedó compuesto de tres coalicionistas, dos doctrinarios y un marino retirado de la política, el capitán de navío don Guillermo Soubllette.

Este cambio no pudo ser más oportuno por que la exaltación de los espíritus era grande y hasta llegó a temerse una alteración seria del orden público. La juventud radical y la de la izquierda doctrinaria, se entregaban a manifestaciones ruidosas y casi amenazadoras. La simple sospecha de intervención gubernativa en pro del candidato coalicionista habría acarreado consecuencias dolorosas.

Un incidente trágico, producido en vísperas de las elecciones vino a probar hasta qué punto la atmósfera estaba preñada de tempestades. El diputado don Guillermo Eyzaguirre fué muerto en duelo por un agente electoral coalicionista en las cercanías de Castro. Por acuerdo entre las personas que concertaran aquel lance de honor, se convino en atribuir la muerte del señor Eyzaguirre a un accidente casual y la noticia llegó a Santiago en esa forma. Pronto empezaron a circular al respecto rumores siniestros, que las pasiones políticas no dejaron de explotar. Se atribuía la desgracia de Castro a un asesinato de que eran cómplices las autoridades coalicionistas, y más tarde, cuando se vino a transparentar parte de la verdad, se aseguraba que el contendor del señor Eyzaguirre le había dado muerte en forma desleal. Pobladas enfurecidas recorrieron las calles clamando venganza: para los más exaltados el asesino de Eyzaguirre era el señor

TODOS LOS MINISTROS DEL INTERIOR DEL EXCMO. SEÑOR SANFUENTES



Don Elías Balmaceda.



Don Maximiliano Ibáñez.



Don Luis Izquierdo.



Don Enrique Zañartu.



Don Pedro García de la H.



Don Ismael Tocornal.



Don Eliodoro Yáñez.



Don Domingo Amunátegui S.



Don Arturo Alessandri.



Don Armando Quezada A.



Don Anselmo Hevia R.



Don Luis Serrano A.

NOTA.—Don Pedro García de la H. ha sido dos veces Ministro del Interior.

Sanfuentes y sus cómplices los miembros del Gobierno.

Este lamentable incidente, sirvió maravillosamente a la causa del señor Figueroa, porque las circunstancias y el momento en que se produjo, no dejaron tiempo a la opinión para serenarse y apreciarlo en su verdadero alcance. Así, el candidato aliancista, que días antes había estado a punto de retirarse de la lucha, principalmente por falta de recursos pecuniarios, pudo dar la batalla con probabilidades razonables de éxito.

El señor Sanfuentes venció sin embargo en las urnas el 25 de junio, pero su triunfo fué por tan escasa mayoría de electores, que la alianza pudo con cierta verosimilitud atribuirse por su parte la victoria.

Había, en efecto, obtenido el señor Figueroa tres mil quinientos electores de primer grado sobre su contendor, y sólo merced a errores en la acumulación quedó con minoría en el colegio electoral de segundo grado. No faltaban tampoco reclamaciones capaces de alterar este último resultado, pero contando como contaba el señor Sanfuentes con la mayoría del Congreso, la campaña estaba virtualmente resuelta en su favor.

La agitación continuó sin embargo por algunos meses. Los aliancistas esperaban obtener una transacción, e hicieron algunas gestiones inútiles para conseguirla.

Proclamado el candidato de la coalición, los esfuerzos de la alianza liberal vencida se dirigieron a arrebatar a la coalición algunos de los frutos de su triunfo. Aunque dentro del régimen parlamentario, los presidentes deben gobernar de acuerdo con la mayoría de las dos ramas del parlamento, la práctica había consagrado el derecho de los candidatos triunfantes para formar su primer Ministerio dentro de la combinación política que los eligiera. Así sucedió, por ejemplo, con don Federico Errázuriz, que subió al poder contra la mayoría de la Cámara de Diputados, y don Pedro Montt, que no contaba tampoco con la mayoría del Senado. En virtud de esta costumbre los triunfadores en una campaña presidencial realizan siempre en los primeros momentos algunos cambios en el alto personal administrativo de las pro-

vincias, y eligen dentro de sus filas los consejeros de estado de nombramiento presidencial.

Se quiso en 1915 evitar que el señor Sanfuentes gozara de esta prerrogativa, en cierto modo tradicional. A este efecto, los aliancistas decidieron provocar una nueva crisis a fin de que el presidente electo, forzado a intervenir en su solución, se viera comprometido a entrar en arreglos con la oposición antes de hacerse cargo de su puesto.

La maniobra principió en el Senado donde los aliancistas estuvieron empeñados en votar una censura propuesta contra el Ministro de Hacienda por don Francisco Valdés Vergara. La actitud de algunos senadores aliancistas que rehusaron votar algo que consideraban injusto, hizo fracasar aquel plan. Pero, pocos días más tarde, la alianza obtuvo en la Cámara de Diputados lo que perseguía, votando una postergación del debate sobre un proyecto del Gobierno sobre contribuciones, que era resistido por algunos miembros de la mayoría.

El señor Sanfuentes se negó sin embargo a tomar parte en la solución de la crisis, y ésta, a pesar de los esfuerzos de los aliancistas, se mantuvo en estado latente hasta la víspera misma de la transmisión del mando.

El primer Ministerio del nuevo presidente fué, pues, francamente coalicionista, a pesar de que formaba parte de él un distinguido político liberal, amigo de confianza del señor Sanfuentes, el doctor don Augusto Orrego Luco. Los consejeros de estado de nombramiento presidencial fueron todos coalicionistas y se efectuaron algunos cambios en el Gobierno de las provincias.

Esta actitud del Gabinete Balmaceda tuvo por efecto disciplinar la mayoría aliancista del Senado, y un voto de censura de aquel alto cuerpo dió con el Ministerio en tierra a los muy pocos días.

La crisis fué de laboriosa gestación, y al fin el Presidente hubo de resignarse a constituir un Ministerio de los llamados universales, compuesto de tres aliancistas y tres coalicionistas, presidido por el político doctrinario don Maximiliano Ibáñez.

Al cabo de algunos meses, el señor Ibáñez, acusado por algunos de sus correligio-

CUATRO DE LOS TRECE GABINETES DE LA ADMINISTRACION SANFUENTES



De izquierda a derecha: Gabinete Balmaceda-Subercaseaux.—Gabinete Ibáñez-Subercaseaux.—Gabinete Zañartu-Huidobro.—Gabinete García-Bahamonde.

narios de excesivas complacencias para con la política presidencial, hubo de dejar el Ministerio.

El señor Sanfuentes constituyó entonces por propia iniciativa un Gabinete de centro, con exclusión de radicales y conservadores, bajo la jefatura del distinguido estadista y orador liberal don Luis Izquierdo.

La nueva combinación tampoco satisfizo a los aliancistas, y después de breve tregua, don Arturo Alessandri propuso en el Senado un voto de censura contra el Ministro del Interior. El debate que se siguió fué uno de los más interesantes que recuerda la historia política de los últimos años. El señor Izquierdo supo colocarse a gran altura sobre los incidentes políticos del momento, y se presentó como el campeón de la estabilidad del Gobierno, del correcto ejercicio del régimen parlamentario y del acercamiento de los partidos liberales de centro.

Pero nada satisfacía ya a la alianza sino la dominación absoluta. El Senado votó la censura propuesta por el señor Alessandri y el Ministerio Izquierdo dejó su puesto a otro, organizado sobre las mismas bases, que presidió el diputado balmacedista don Enrique Zañartu.

El nuevo Gabinete obtuvo sin mayor trabajo el despacho de los presupuestos, y por algunos meses reinó la calma. Pero, apenas abierto el período parlamentario de 1917, la mayoría del Senado derribó también al señor Zañartu. Don Pedro García de la Huerta, que le sucedió, no tuvo mejor fortuna.

Se acudió entonces a un ensayo de nuevo género, con la organización de un ministerio universal formado por todos los jefes de partido, cuyo jefe fué el presidente de los doctrinarios, don Ismael Tocornal. Se creyó ver en aquel prestigioso conjunto una garantía contra la inestabilidad ministerial que devora a la República. Por desgracia el desengaño vino muy luego, y el Gabinete Tocornal se disolvió a los tres meses, no en virtud de un voto parlamentario sino por desacuerdo entre sus miembros.

Don Eliodoro Yáñez, político doctrinario que ya hemos mencionado, organizó un nuevo Gabinete de administración. Las ten-

dencias avanzadas y la acción política del nuevo Ministro del Interior, si satisfacía a algunos círculos, provocaba fuertes resistencias, no sólo en las filas de la coalición sino dentro de la propia alianza liberal. El señor Yáñez fué, pues, reemplazado en vísperas de las elecciones parlamentarias de 1918; por don Domingo Amnátegui Solar, rector de la Universidad, doctrinario también, pero más alejado de las luchas de partido, y que contaba con la confianza de todos los partidos.

Mientras continuaba girando en la moneda la eterna máquina de las inacabables crisis, el país aguardaba ansiosamente la hora de la renovación del Congreso, de la cual se esperaba pusiera término a la situación producida por el conflicto de ambas ramas del Congreso.

Dentro de la coalición se dibujaron muy luego dos tendencias. La una militante y enemiga de las transacciones, creía probable o casi seguro el triunfo en las urnas de Marzo, no sólo en cuanto a la Cámara de Diputados, sino también en la renovación del Senado. Los presidentes de los partidos conservador y nacional, don Alberto González Errázuriz y don Arturo Besa, encabezaban esta tendencia.

En cambio, algunos políticos balmacedistas, y particularmente el jefe de ese partido, don Carlos Balmaceda, deseaban llegar a un acuerdo electoral con los doctrinarios o a lo menos con los elementos más moderados de ese partido. Para los que así pensaban, el problema electoral era bastante obscuro. No les parecía seguro el triunfo de la coalición ni siquiera en la Cámara de Diputados y juzgaban imposible o poco menos que se alterase la mayoría aliancista del Senado. En tales condiciones, un triunfo que amarrase a los doctrinarios más aún de lo que estaban a los radicales, era una perspectiva que todo aconsejaba evitar.

Triunfaron, sin embargo, los enemigos de todo acomodo, y la coalición fué a las urnas resuelta a disputar un triunfo completo. No hubo acomodos ni siquiera con los candidatos aliancistas menos afectos a los radicales. Antes por el contrario, la coalición pareció empeñada en redoblar sus esfuerzos para combatirlos. Don José Ma-

ría Valderrama hubo de retirarse de la lucha en Colchagua ante los formidables elementos de su contendor coalicionista; don Luis Claro Solar, candidato por Aconcagua, hubo de batirse cuerpo a cuerpo y en porfiada lucha con el propio presidente del partido conservador.

La alianza desplegó en la campaña electoral un vigor y una unidad de miras que jamás se había visto en Chile salvo en las luchas presidenciales. Sus candidatos, a senadores, hombres todos de grandes recursos pecuniarios, no retrocedieron ante ningún sacrificio. Don José María Valderrama, retirado de Colchagua, fué a batirse a Cautín, donde el candidato coalicionista se vió obligado a retirarse a su vez, ante los gigantescos aprestos de tan formidable adversario. Don Guillermo Edwards, después de obtener en el Ñuble el retiro del candidato conservador don Gonzalo Urrejola, ayudó con su dinero a otras candidaturas aliancistas en lucha. Y así sucedió en no pocos casos.

La víspera de las elecciones era ya evidente que la alianza iba a conseguir su mayoría en el Senado. De los candidatos a senadores de la coalición se habían retirado los de Coquimbo, Talca, Ñuble y Cautín, dejando a los candidatos a diputados sin recursos de dinero para batirse con adversarios que continuaban contando con aquel elemento.

La Alianza obtuvo, pues, una completa victoria. Vio reforzada su mayoría en el

Senado, y conquistó también la mayoría de la Cámara de Diputados. El Gobierno del país le pertenecía ahora por completo.

Por desgracia, las grandes esperanzas que se cifraban en la existencia de una mayoría compacta en ambas ramas del Congreso no tardaron en verse desvanecidas. Si la alianza era popular, le faltaba en cambio cohesión y homogeneidad, como los hechos vinieron a comprobarlo.

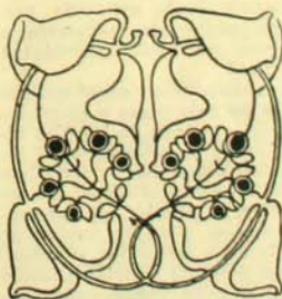
Don Arturo Alessandri, el vencedor de Tarapacá, fué encargado de organizar el primer Ministerio aliancista. Pertenecía el jefe del nuevo Gabinete a la corriente más grata a los radicales y abriga también pretensiones a la Presidencia de la República.

Estas circunstancias le suscitaban resistencias en importantes círculos doctrinarios.

El señor Alessandri hubo de ceder su puesto a don Pedro García de la Huerta, éste al prestigioso político radical don Armando Quezada. Vinieron en seguida los ministerios de don Anselmo Hevia Riquelme y el actual de don Luis Serrano Arrieta.

La inestabilidad Ministerial que antes pudo atribuirse al desacuerdo político entre las dos ramas del Congreso, se ha agravado, pues, por la discordia intestina que por desgracia reina en el seno de la combinación que hoy impera en ambas.

En un artículo próximo estudiaremos las causas de que se origina la inquietud reinante.



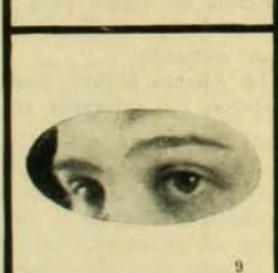
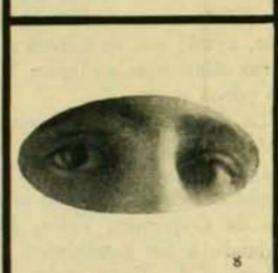
# Concurso de ojos

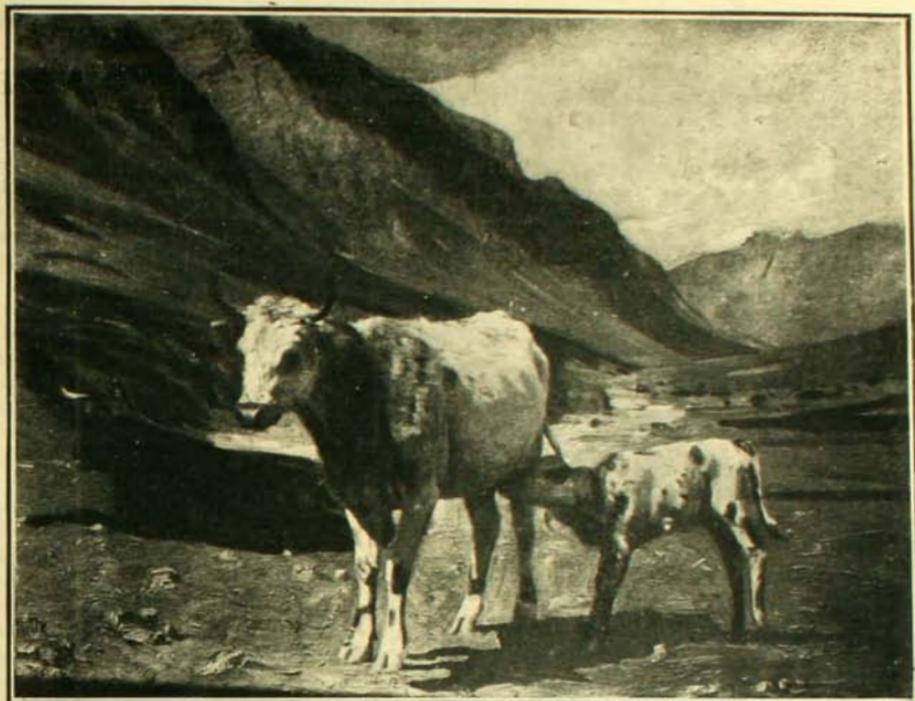
“Pacífico” ha determinado poner a contribución el espíritu observador de sus lectores. Con este objeto, inicia hoy una serie de concursos, en los cuales aquel que tenga mayor habilidad y posea una mayor dosis de paciencia,—dos condiciones indispensables para triunfar en la vida,—logrará que esas dos condiciones suyas sean de todos conocidas, para aumento de su prestigio. Y, además... Pero, esto se dirá más abajo.

Se trata de adivinar a quiénes pertenecen los lindos ojos que reproducimos a ambos lados de éste artículo. No es una cosa muy difícil. Sus propietarias figuran entre las niñas más conocidas y más celebradas por su belleza, de la sociedad de Santiago. Casi todas ellas deben la admiración que se les profesa justamente a la dulzura, gracia o belleza de sus ojos. Quien las haya juzgado bellas, es a los ojos a los que ha rendido su homenaje. ¿Es posible que, separados de las demás facciones, no los conozca?

Tenemos más esperanza en la observación de las mujeres que en la de los hombres; porque mientras éstos suelen fijar su atención en la armonía de un conjunto hermoso, aquéllas se observan mutuamente con el más despiadado detalle. Se miran de alto a bajo, desde el sombrero hasta los zapatos: se escudriñan. Y no olvidan lo que han visto. Reconocen a la primera mirada cierto vestido usado una sola vez. Pueden referir una indumentaria sin errar un punto. ¿Olvidarían unos ojos?

La revista, pues, concederá un premio de cien pesos a quien indique los nombres de las diez niñas, dueñas de estos ojos. El interesado deberá hacer una lista de los números que llevan las fotografías, y escribir, al lado de cada uno de ellos, el nombre de la persona a quien los adjudica. No se aceptará correspondencia alguna que no venga acompañada del cupón que aparece en la página 2 de la revista, y que no se reciba antes del 15 de Agosto próximo.





En la montaña.

## REBOLLEDO CORREA

UN TEMPERAMENTO.—AMPLITUD DE TEMAS.—SU AMBIENTE.—SENSACION DE REALIDAD.—SUS NUEVOS CUADROS.—UNA MIRADA AL PASADO.

Por N. YAÑEZ SILVA

**S**I se nos preguntase quién tiene en nuestra pintura un temperamento de pintor más desarrollado y más generoso, responderíamos sin vacilar que Benito Rebollo Correa.

Hemos seguido paso a paso la labor amplia y rica de color de este artista, desde hace muchos años, y siempre nos ha sorprendido con nuevos veneros de inspiración, con nuevas inquietudes de su espíritu,—tan admirablen-

te dotado,—puestas de relieve en cuadros de distintos géneros, desde la pintura amable de flores hasta el gran cuadro de composición y simbólico.

Rebollo Correa lo ha hecho todo, y aun tratando géneros que hasta el día de ayer le eran desconocidos, en cuanto a su tecnicismo, a sus secretos, ha dado notas sabrosas y en todo momento reveladoras de su gran intuición artística y de su rico tempe-

ramento de pintor. Después de las gratísimas impresiones de flores al sol, su pincel ha buscado el paisaje y lo ha encontrado con anotaciones cálidas y visión real de la Naturaleza. Ha querido dar más amplitud en otros géneros a su pincel incansable, y ha instalado su caballete junto al mar, para sorprender unas notas de una frescura y de una

na de ternura, en el lienzo "Humanidad". Estas telas representan primera y segunda medallas, respectivamente.

No hace mucho, un año más o menos, hizo una exposición que era una etapa de su nueva labor, de su nueva manera de concebir la pintura. Lo vimos simbolista. Los entendidos, el público en general, que pagó por ver esa

exposición,—único caso en Chile,—se arremolinaba ante los cuadros, y se sorprendía, porque le parecía ver que aquel pintor era otro Rebolledo Correa. La concepción era amplia, la visión más rica y noble y el vehículo pictórico, el profesionalismo, acusaba un dominio capaz de afrontar tareas de gran compromiso ante la tela.

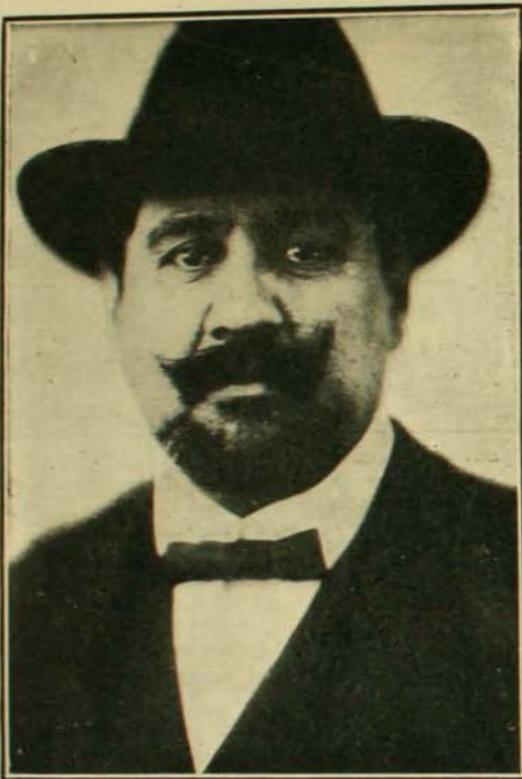
Esta multiplicidad de fases pictóricas no son frutos en él de un esfuerzo; no llegan al pincel después de pasar por el cerebro en un trabajo atormentado, sino que fluyen fácilmente, naturalmente, con esa fecundidad que ha caracterizado siempre, en todas las escuelas, la producción de los grandes cerebros de artistas.

Con Rebolledo Correa, toda predicción sería aventurada. Ante su pintura no podemos decir: "hará esto o lo otro"; "se quedará aquí o más allá", porque, tratándose de un productor fecundo y ansioso de escudriñar en todos los terrenos pictóricos, su pincel se baña en muchas fuentes y lo único que lo preocupa es abreviar en ellas.

Su historia es larga, en cuanto a la producción; y corta, en cuanto al tiempo. En menos de tres lustros ha hecho lo que muchos o casi todos, hacen en toda una vida. Siguiendo

nosotros muy de cerca esta producción decimos, sin temor a equivocarnos, que Rebolledo Correa fué el primero que nos dió en el cuadro, entre nosotros, una sensación más cercana y real del sol.

No ha sido fruto de academias. Se ha formado solo. Hablando con él, nos hemos formado la convicción íntima de que su saber profesional, su ciencia, que se perfecciona día tras día, es fruto de una observación y de una aplicación constantes ante la Naturale-



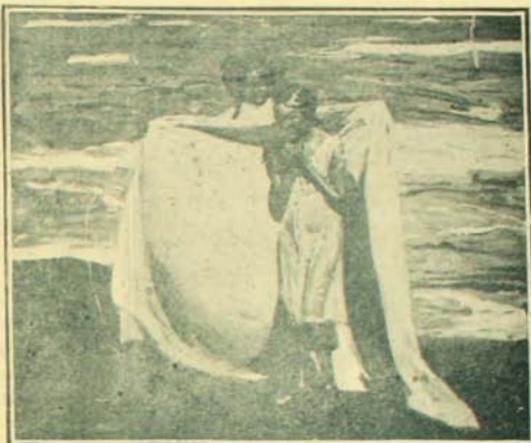
Don Benito Rebolledo Correa.

transparencia de color deliciosas, de un dibujo fino y suelto, venciendo las dificultades que tiene esa pintura, que hizo decir a un maestro en el género, creo que al gran Sommerscales: "La mer ne pose pas". Luego ha ido más allá y valiéndose de este poder de visión y de verdad artística, que se ve en sus marinas, compuso éstas con figuras, y nos presentó en el año del Centenario un gran cuadro que lo consagró, "Ante el Mar", no sin habernos dado una página íntima, lle-

za, del trato íntimo con colores y pinceles, y de ahí resulta que aunque en sus cuadros se vea, para el entendido, para el ojo del crítico, una elasticidad grande, ésta aparece envuelta en una adorable ingenuidad, en una frescura de impresión que cautiva y que nos hace mirar los pintados con el convencimiento de que toda la visión pictórica puesta en el lienzo ha sido transportada allí del natural con una sencillez absoluta.

Colabora para darnos esta sensación sana, fuera de toda receta o alambicamiento de colores o maneras, una factura vigorosa, bien adaptada a los diversos asuntos tratados, lo cual hace que desaparezca la preocupación pequeña y desagradable de la materia, para dejar tan sólo una neta impresión, revelada, hecha seductora por una densidad de atmósfera que, en algunos cuadros suyos, es asombrosa, como veremos pronto.

Quizás de esta cualidad, que se sobrepone a todas las suyas, y que además bate también con éxito la de muchos pintores, se de-



Saliendo del baño.

riva la popularidad que tiene Rebolledo Correa, porque sus cuadros no necesitan, para ser entendidos y admirados, pupilas de profesionales, de alquimistas del arte, sino un sencillo ojo de observador que mira la Naturaleza, y cuyo único punto de partida, para hacer una crítica, es relacionar lo que ve en el lienzo pintado con lo que ve en la Naturaleza, tan sencillamente.

Atmosfera, densidad de aire! Este es el problema de todos los pintores del mundo, y lo seguirá siendo. Todos, al pintar, persiguen ese fin: dar aire, ambientar, como se dice en jerga de taller. Esto se consigue por una relación ajustada de valores, por la precisión del dibujo, por la correspondencia y graduación en el matiz, para que lo representado en la tela sea una especie de traslado corpóreo del natural a la creación pictórica. Y esta cualidad es la primordial hoy día de este pintor chileno, la que ha dado forma más definitiva y acabada en los cuadros que acaba de pintar, que representan animales vacunos.

Estos cuadros últimos, de animales—que junto con otros celebrados lleva a Buenos Aires—nos han dado una impresión de realidad que juzgaríamos de asombrosa si no creyéramos más acertado decir seduc-



Cabezas de caballo.



Retrato de don Miguel Luis Rocuant.

tora, por la simpatía y la atracción que ellos tienen. Mirándolos uno a uno, y buscando una palabra gráfica para traducir la sensación visual recibida, diríamos que han golpeado emocionalmente nuestra retina. Sí, ésta es la palabra: ha sido un golpe de arte. En estas páginas, por ejemplo, se reproduce el cuadro de una vaca amamantando un ternero, que es un trozo encantador de realidad, de ternura, de emoción artística. Se adivina entre aquel pelaje claro de la vaca el aire que se escurre sobre la piel, la atmósfera campesina que envuelve las figuras.

Ahora, vengamos a la composición: grandiosa, sencilla, de una sobriedad extrema, tanto en su óleo como en sus lineamientos. El color ha servido al pintor para deleitar, para dar sensación de realidad, mas no para asombrar con malicias o recursos de profesional. Todo está ahí fundido, amalgamado con el aire, formando una sola cosa: el cuadro, o sea el pedazo de Naturaleza. Además, hace el pintor alarde de batir los blancos con talento, con pericia, sin caer en lo frío, ni en lo crudo, ni ir más allá de lo justo. Así vemos también pintada de ese modo aquella otra vaca blanca que marcha a beber a la

corriente de agua. ¡Cuánta tranquilidad en ese cuadro; cuánto carácter en la lentitud de la marcha del animal, en ese reposo que comunican los vacunos! Estas cualidades, agrandando el sentido del agrupamiento, las vemos en ese otro cuadro en que hay una vaca rodeada de otras, y, por último, en el "Harrén Campestre", cuya figura principal es un toro fino.

Hemos augurado a Rebolledo Correa, en Buenos Aires, un gran éxito con su exposición. Este augurio se desprende de estas telas, en las cuales nuestros vecinos verán, no solamente la labor de un pintor de gran temperamento, poseedor de muchos secretos del arte, sino también el ambiente de nuestros campos y valles de cordillera.

Tendemos la vista hacia atrás, y vemos claramente los primeros pasos de este artista. Su cuadro "Sin Pan", primer anuncio del futuro gran pintor, era una tela más bien socialista; en seguida, sus primeros ensayos de marinas con figuras, en las cuales se amasaba ya la pasta del futuro autor de "Ante el Mar". Y antes de este cuadro, su triunfo de pintor formado, y más que nada, artista de pupila sensible y de emoción, con su tela "Humanidad". De aquí en adelante lo vemos marchar apresuradamente. Ha habido en él una especie de fiebre productora.



Retrato de la esposa del pintor.

Y lo más curioso, lo que revela más que nada el temperamento y la fe de convencido, ha sido que de sus mismos errores relativos, que para otros habrían sido caídas de trascendencia, él ha sacado acicate de mayor bondad y de más fecunda producción, especies de contactos saludables que ha tenido con la tierra, aletazos de águila dados a los guijarros del camino, para luego elevarse premunido de nuevas fuerzas y de nuevos ideales.

Ha luchado tenazmente. Ha tenido enemigos que lo han atacado en la sombra, y el humano desaliento, fruto de una injusticia

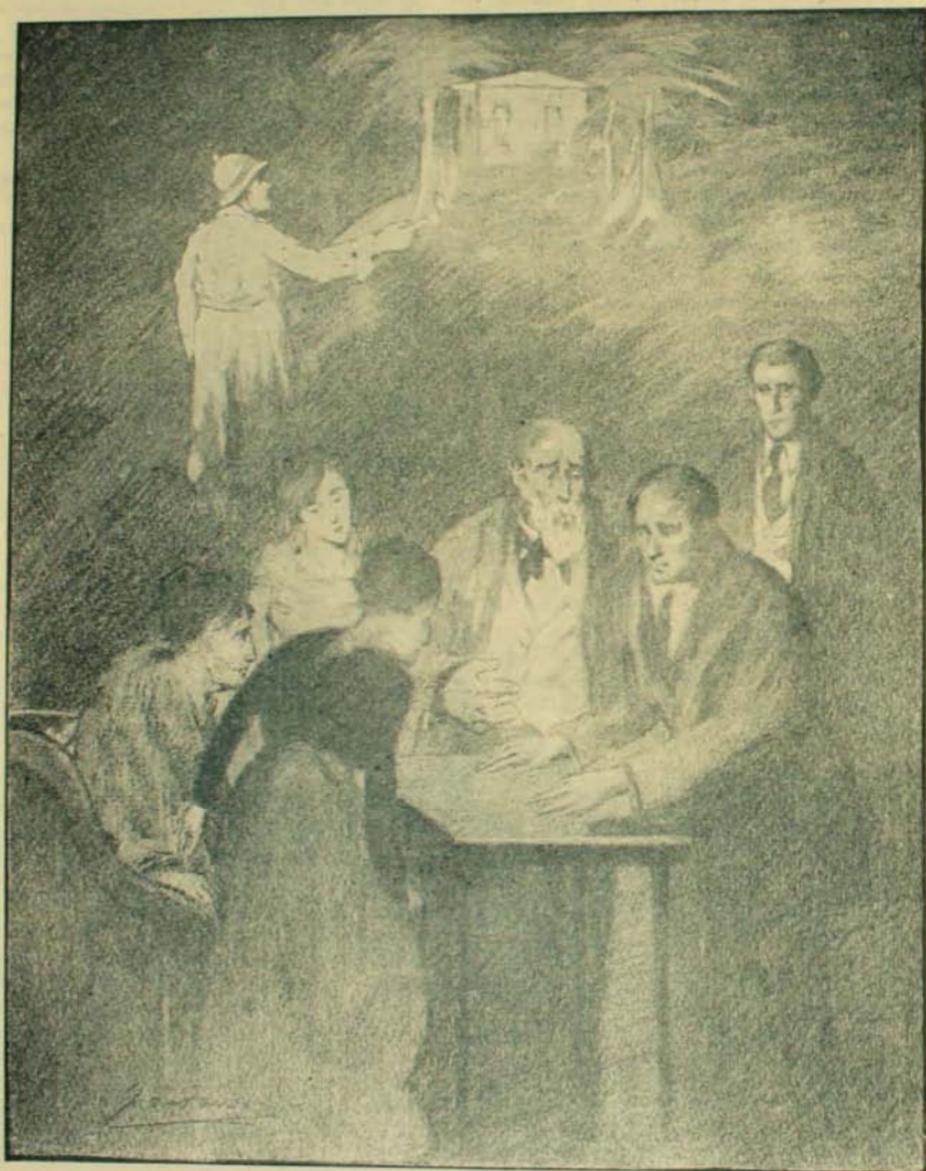
o de una perfidia, ha sido borrado de su alma por un arañazo de pincel o por un torrente de color que supo volver chispazo de iris lo que fué salpicadura de cieno...

—¡Tengo fe!—me decía hace quince años, en una charla íntima de muchachos, mirando el artista el porvenir con los ojos entrecerrados, como para hacer más precisa una visión lejana.

Y yo, volviéndome al pasado, y tendiendo la vista por sobre su obra, agrego ahora:

—¡Fe y sangre de artista para alimentar su llama!...





—Veo una casa, rodeada de árboles corpulentos...

# Espiritismo y Espiritualidad

Por HIPOLITO TARTARIN

Conoci a un caballero de tan buen carácter que no exigía otra condición al café que la de estar bien caliente. Yo pienso, con la misma buena voluntad de aquel caballero, que basta que una creencia sea sincera para que merezca nuestro respeto.  
—H. T.

ILUSTRACIONES DE GORDON

CUANDO Felipe Sanders propuso a la tertulia hacer espiritismo, don Cosme Arriagada, el dueño de casa, se indignó. El era cristiano a las derechas, y todos debían saber que la Iglesia prohíbe las prácticas espiritistas. Por lo demás, ellas no podían ser sino cosa del demonio. Doña Casilda, su mujer, apoyó con hechos tan autorizada opinión. Sabía, por su confesor, de una casa del Cerro Alegre en la cual, a raíz de ciertas sesiones misteriosas, se habían introducido dos docenas de demonios que hacían mil fechorías. Todas las noches caían piedras sobre el techo, bailaban las mesas y las sillas y hasta el piano había escapado volando por la ventana del salón. El padre Hermenegildo, su informante, se había pasado una semana exorcizando la vivienda, y a pesar de la mucha agua bendita que derramara y de las oraciones que dijera, aún quedaban en ella cuatro o cinco demonios que no dejaban dormir a sus moradores. ¡No, en su hogar no permitiría ella que se jugara con el Maligno!

Felipe miró a don Jorge Betteley, su maestro de espiritismo, como pidiéndole auxilio en la discusión que parecía iniciarse con las severas palabras de los dueños de casa; pero éste se limitó a decir que, en realidad, existían opiniones muy autorizadas que atribuían a los espíritus infernales los fenómenos espiritistas; y que, en todo caso, esa tesis era más científica que la de aquellos que simplemente negaban la existencia de esos fenómenos, atribuyéndolos a fraudes más o menos ingeniosos.

Y no siguió la conversación, porque en ese

instante don Cosme sacaba su reloj y después de consultarlo, declaraba llegada su hora de descansar. Para doña Casilda también llegaba, y así, después de repartir besos a las hijas y dar las buenas noches a los tertuliantes, ambos se dirigieron a su dormitorio, situado en el segundo patio de la casa.

Una vez solos, nos aprestamos a celebrar la sesión que desde la noche anterior teníamos acordada entre don Jorge Betteley, Felipe Sanders, Luisa y María Arriagada, Julio, el hermano de éstas, y yo. En el salón había una mesita que, aunque no tenía precisamente las condiciones de las mesas parlantes,—porque era de un solo pie, con tres ramificaciones en su término,—servía estrictamente para el caso. Delante de ella nos sentamos todos, cuidando antes de reducir la luz del gas hasta un límite en que apenas nos veíamos las manos. Don Jorge Betteley, que era el oficiante, comenzó por explicarnos la manera que usaba para interpretar el lenguaje de los espíritus.

—Mi método—dijo—es el primitivo, el que usaban los Fox en Estados Unidos, es decir, el de los iniciadores de esta misteriosa ciencia. Después, los mismos espíritus han señalado a sus adeptos maneras más expeditas de conversar con ellos, pero esas maneras necesitan o de mesas especiales o de personas con facultades propias para recibir inspiración, que son conocidas con el nombre de "mediums". A nosotros, los espíritus nos van a dar respuesta por medio de golpes, que computaremos en letras del alfabeto o en respuestas afirmativas o negativas, según sean nuestras preguntas. Ya lo

irán viendo. Por ahora, sólo me resta pedirles paciencia, mucha paciencia... Coloquemos, pues, las manos y concentremos nuestra mente en el deseo de que algún buen espíritu se digue visitarnos.

Pasó un cuarto de hora, pasó media hora, y ni el más ligero crujimiento de la mesa demostró la presencia de los espíritus. Por lo cual, Julio Arriagada, que, aunque muchacho de excelente carácter, tenía el genio inflamable y era bien poca su paciencia, declaró que, o no existían los tales espíritus o don Jorge Betteley no sabía una palabra de la ciencia espiritista.

—Me bastará, hijo mío, para echar por tierra tu dilema.—repuso don Jorge,—con repetir las palabras que dijo Madame de Girardin en casa de Victor Hugo, hallándose éste por aquel entonces desterrado en Jersey. Tres noches hacía que celebraban sesión, sin que los espíritus acudieran a su llamado, y, como en el caso tuyo, uno de los asistentes demostró en alta voz su impaciencia: “Los espíritus—dijole entonces esta mujer de talento—no son caballos de fiaca que esperan pacientemente al burgués que los ha de manejar: son seres libres que no vienen sino a su hora”.

En la noche siguiente ocurrió igual cosa. Julio Arriagada dijo con mal humor que se reía de las palabras de Madame de Girardin, y que era seguro que los espíritus no asomarian las narices en su casa. Con todo, se prestó a ensayar una vez más. Por lo que hace a nosotros, compartíamos en cierta manera la opinión de Julio, pero no la manifestábamos por respeto a don Jorge, a quien todos querían y estimaban mucho en Valparaíso.

Por fin, en la tercera sesión, se sintió crujir la mesa.

—¿Hay alguien?—preguntó don Jorge—; si alguien ha venido y quiere hablarnos, que dé un golpe.

Una de las patas cayó, produciendo un ruido seco.

—Hay un espíritu—dijo don Jorge gravemente—; podemos hacerle preguntas.

Yo sentí temblar a mi vecina de la derecha, a Luisa Arriagada.

—No sigamos,—dijo—me da miedo: debe ser el demonio.

Don Jorge Betteley, que era viudo sin hi-

jos y que andaba en ese tiempo enamorado de Luisa, se apresuró a calmarla:

—No tema nada,—díjole—; cuando hago esto es por que sé que no hay peligro ninguno para usted; los espíritus son seres buenos, que no hacen mal a nadie. Voy a preguntarle quién es.

Y, en seguida, dijo en voz alta:

—¿Quién eres tú?

—Pedro,—dijo la mesa, señalando con un golpe cada una de las letras que componen este nombre.

—¿Pedro qué?

—Pedro Vergara, guardián de policía.

—¿En qué año?

La mesa no respondió más.

—¿En qué año?—gritó enfurecido Julio Arriagada.

La mesa dió varios golpes fuertes y rápidos, y durante media hora que ahí estuvimos, no dió nuevas señales de vida.

—Tú no sabes tratar con los espíritus, Julio,—dijo dulcemente don Jorge Betteley.—Has ahuyentado a ese bueno de Pedro Vergara con tus maneras irreverentes. Esos golpes fuertes que dió la mesa significan que no recibí bien tus gritos. Ya te he dicho que son seres inteligentes y sensibles, y que no están, por cierto, a las órdenes de sus evocadores. Te ruego, pues, que en adelante guardes más moderación en las sesiones.

En la noche siguiente, antes de cinco minutos de evocación, la mesa crujió.

—¿Está ahí Pedro Vergara?

Un golpe de la mesa dió a entender que sí.

—¿En qué fecha ocurrió tu muerte?

—El 4 de julio de 1889.

—¿Cuál fué su causa?

—Morí aplastado.

—¿Cómo aplastado?

—Por un tren.

—¿En dónde?

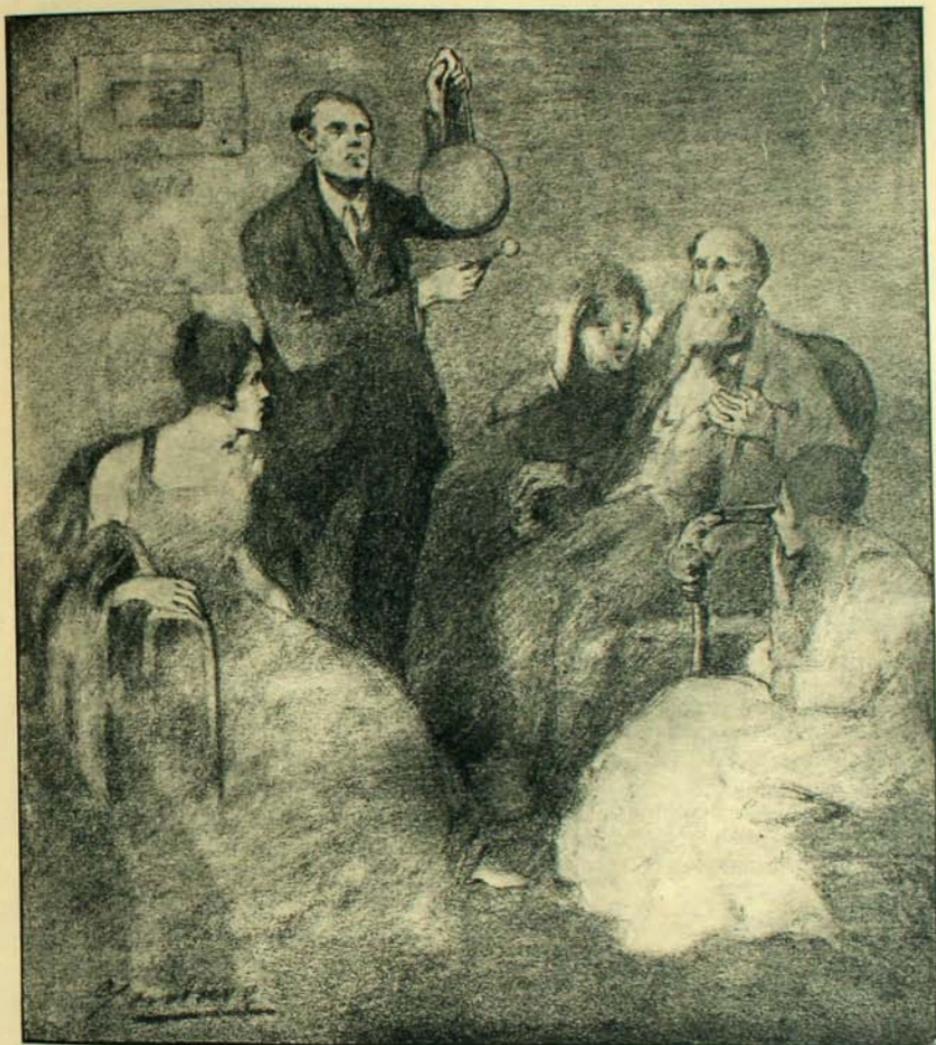
—En el Barón.

—¿Puedes darnos detalles del accidente?

—Volví de casa de mis padres para dirigirme al Puerto, donde estaba de servicio. Tomé el tren sobre andando, me resbalé y caí entre las ruedas, las que me causaron una muerte instantánea.

—¿Puedes decirnos en qué te ocupas ahora?

—No puedo describirles mi trabajo.



Se valía para esto, don Jorge, de un discurso y de un gongo...

—Esto me basta—dijo Julio Arriagada. Yo sabré mañana si ese Pedro Vergara ha dicho la verdad o nos ha engañado como a chinos.

—¿Qué piensas hacer, Julio?—preguntó Luisa, para distraer su espanto.

—¿Qué pienso hacer?... Mañana, muy temprano, iré a “El Mercurio” y buscaré en la colección el párrafo de crónica en el cual se da cuenta del aplastamiento de Pedro

Vergara. Llevo anotada en mi libreta la fecha del accidente: 4 de julio de 1889.

—Lo hallarás, Julio,—dijo don Jorge,—lo hallarás, porque los espíritus no mienten.

Al día siguiente, se hallaban Luisa y María en el hall, ya levantadas para almorzar, cuando entró Julio como una tromba.

—¿Saben?—les dijo con los ojos más salientes que de costumbre,—todo lo que nos

dijo Pedro Vergara es perfectamente cierto. ¡Lean! Esta es la copia del párrafo de crónica que apareció en "El Mercurio" del 5 de julio de 1889, es decir al día siguiente de ocurrido el accidente... ¡Pedro Vergara, guardián de policía... al pretender subir al convoy en movimiento... Estación del Barón... Su muerte fué instantánea... Damos a continuación la hoja de servicios de este malogrado servidor público... etc. ¿Qué les parece?

—¡Dios mío!—dijo Luisa;—yo me voy a confesar. Y no permito que se haga una sola sesión más.

—Y yo le contaré todo a mi papá para que prohíba terminantemente el espiritismo en la casa.

—Si lo hacen, son unas idiotas,—les gritó Julio.—Precisamente, esta noche pienso hacerle otras preguntas a mi amigo Pedro Vergara.

No poco trabajo costó a don Jorge, cuando llegó la hora de la sesión, convencer a Luisa de que debía asistir a ella; pero el amor y la curiosidad, puestos de contribución, triunfaron sobre el miedo que sentía de haberse las cara a cara con el demonio, según las firmes convicciones de sus padres.

—Veamos antes,—dijo don Jorge—lo que habremos de preguntar a Pedro Vergara. Algo que esté cerca de nosotros, que nos interese y que sea fácilmente comprobable... A ver, ¿qué se les ocurre a ustedes?... No, eso que dice Julio, no tiene interés... ¿Qué les parece que preguntemos por la Tula Salas? Es tan dije, tan buenamoza...

—De veras,—dijo Luisa.—¿Hace tanto tiempo que no la vemos!

El espíritu parecía haberse hecho familiar, porque a poco de estar con las manos en la mesa, acudió.

—¡Pedro Vergara!

La mesa dió un golpe afirmativo.

—Queremos saber de la Tula Salas, nuestra amiga: ¿dónde se encuentra y qué hace?

—¡Veo!—dijo la mesa.—¡Veo!—repitió.

—¿Qué es lo que ve?—gritó Julio Arriagada, con su impaciencia de costumbre.

La mesa dió cuatro golpes furiosos.

—Por favor, Julio, no provoques la cólera de este buen espíritu,—dijo don Jorge.—Amigo,—prosiguió dirigiéndose a la mesa,—¿qué es lo que ves?

—¡Veo una casa!... ¡Una casa!... rodea-

da de árboles corpulentos... A su izquierda, corre un río caudaloso...

—¿Qué río,—preguntó Julio Arriagada.

—Al otro lado del río hay un pueblo... Veo en él muchas fábricas... algunas chimenas... una estación de ferrocarril...

—¿Cómo se llama esa estación?—preguntó Julio, a quien sin duda desesperaba la lentitud con que hablaba el espíritu.

—Veo una estación,—repitió la mesa.

—Te debo una explicación, Julio,—dijo don Jorge.—Los espíritus se dividen en tres clases con relación a su comercio terrestre. Los hay que sólo ven las cosas del plano en que nos hallamos nosotros; los hay que oyen únicamente, y, por último, los hay que no tienen más facultad que la del tacto. Pedro Vergara es de los llamados visuales: de ahí que no pueda decirte el nombre de la estación.

—Que lea entonces el letrado que debe haber en la pared fronteriza a la línea, como lo hay en todas las estaciones de la República!—exclamó Julio con inspiración verdaderamente genial.

—Amigo,—dijo don Jorge—¿puedes hacernos el favor de hacer lo que dice Julio Arriagada?

—Veo un letrado—contestó la mesa.—Dice La Calera...

—¡La casa de las Singer!—exclamó Julio.

—¡La Calera, un pueblo, un río, una casa con árboles!... ¡No cabe duda!

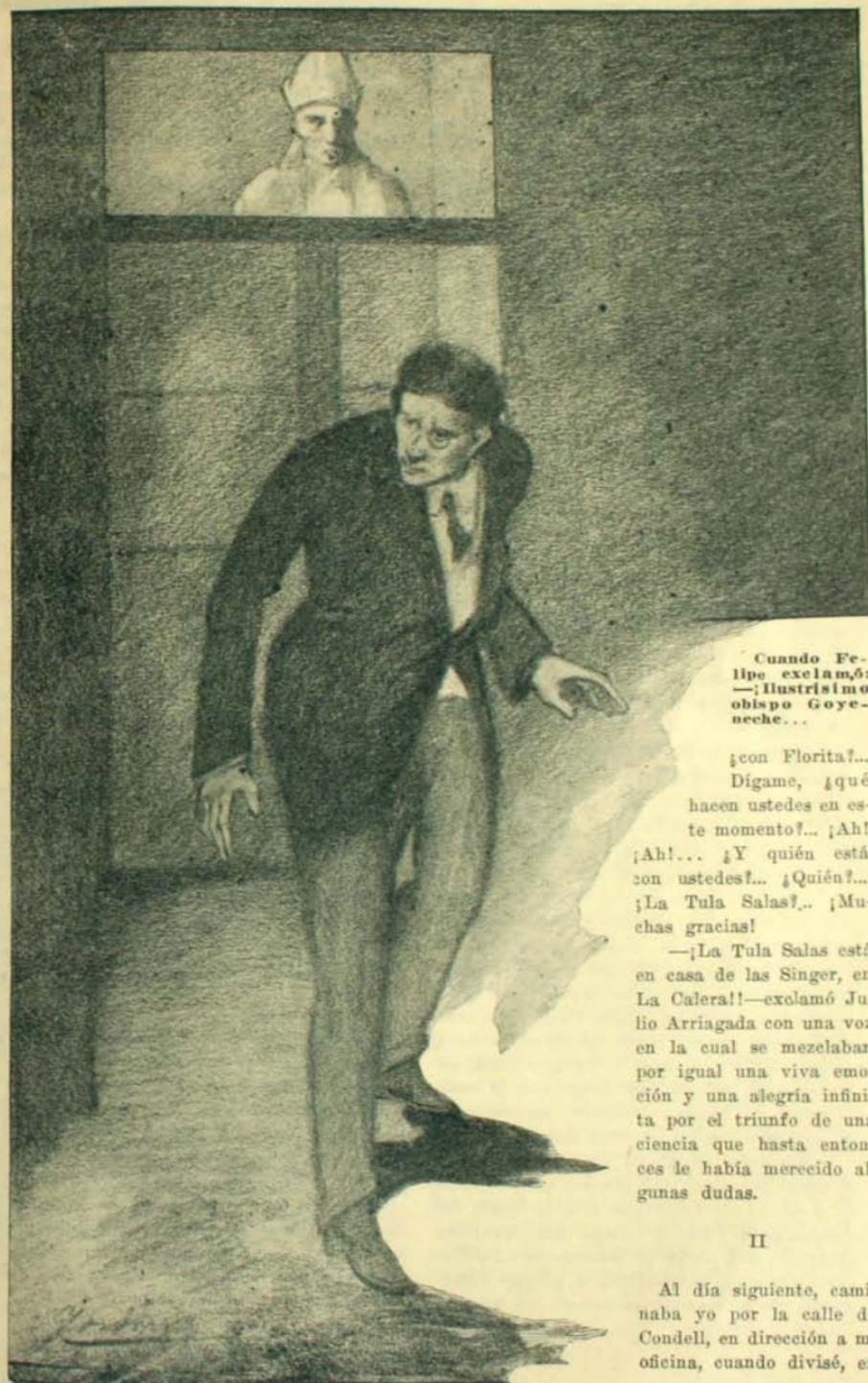
—Dinos, amigo Pedro,—prosiguió don Jorge—¿qué ocurre en esa casa?

—Veo cuatro mujeres en un salón... una morena, de ojos grandes, delgada, toca el piano... otras dos, rubias, están sentadas, tejiendo... hay también una anciana...

—¡Las Singer!—exclamaron a coro Julio y sus dos hermanas.—Pero, ¿qué hace en La Calera la Tula Salas? ¡Si no conoce ni de vista a las Singer! ¡Si debe estar en Santiago, en casa de su madre!—dijo María.

—Sin embargo, la descripción no da lugar a dudas,—dijo Luisa temblando.—Las dos niñas rubias son la Flora y la Inés; la anciana es Mrs. Singer, y la morena de ojos grandes, delgada, que toca el piano, no puede ser otra que la Tula...

—Yo voy a convencerme inmediatamente,—dijo Julio.—Voy a llamar por teléfono... 425 es el número... Aló, aló, señorita, comuníqueme con 25, Calera... Aló, aló...



Cuando Felipe exclamó:  
—¡Ilustrísimo obispo Goyeneche...

¡con Florita?...  
Dígame, ¿qué hacen ustedes en este momento?... ¡Ah! ¡Ah!... ¿Y quién está con ustedes?... ¿Quién?... ¡La Tula Salas?... ¡Muchas gracias!

—¡La Tula Salas está en casa de las Singer, en La Calera!—exclamó Julio Arriagada con una voz en la cual se mezclaban por igual una viva emoción y una alegría infinita por el triunfo de una ciencia que hasta entonces le había merecido algunas dudas.

## II

Al día siguiente, caminaba yo por la calle de Condell, en dirección a mi oficina, cuando divisé, en

sentido contrario al que yo llevaba, en la acera del frente, a Juan del Río... Corrí a su encuentro...

—Hombre,—le dije, faltar de respiración—anoche, donde las Arriagada... hemos sabido de tu novia, de la Tula... por medio del espiritismo... Está donde las Singer... en La Calera...

No pude continuar. Juan lanzó una sonora, una inmensa carcajada...

—¿Es posible?—me dijo cuando pudo hablar—¿es posible que un hombre grande como tú, un hombre que se las da de excéptico, caiga como un niño chico en las bromas de don Jorge Betteley?

—¿Dices que era una broma?—repuse un tanto amostazado.—No les pareció así, sin embargo, ni a Julio Arriagada, ni a sus hermanas, ni a Felipe Sanders...

—¿A Felipe Sanders! Has de saber que Felipe es el ayudante de don Jorge... ¡Si don Jorge y Felipe son famosos por las bromas que dan en todas partes!... Ayer, cuando llegué de Santiago, comí con ellos, y naturalmente les conté cómo había dejado en La Calera a la Tula, que pensaba pasar cinco días en compañía de las Singer; en fin, todo lo que les dijo el espíritu a ustedes esa misma noche...

—¡Pero es maravilloso cómo maneja don Jorge las mesas parlantes!

—Como que tiene una larga práctica... ¿No sabes lo que hizo en Lima, diez años a esta fecha?... ¡Oh, vale la pena de contarse! El mismo Sanders, su ayudante, cayó en la trampa... Entremos al club, nos tomamos un trago y te cuento el caso...

Vivía entonces la mujer de don Jorge, una limeña encantadora. Don Jorge tenía negocios de caña de azúcar con Chile, y Felipe Sanders era su secretario. En casa de unas niñas Pérez, parientes de las Pérez de aquí, solían reunirse a hacer tertulia, y para entretener las noches, don Jorge, con la complicidad de Felipe, evocaban los espíritus de los más ilustres muertos del Perú...

Felipe debía entrar en una pieza contigua al salón, que se dejaba obscura para el efecto, y desde ahí fingir que veía la figura del conquistador Pizarro, pongo por caso; en tanto que don Jorge permanecía con las Pérez y los otros tertuliantes, a quienes comunicaba de antemano, en secreto, el nombre

del personaje que Felipe había de ver, y a quien había de hacer preguntas de cierto interés público... Como tú ves, se mezclaban dos fenómenos de los más famosos en las ciencias psíquicas, y que a tantas discusiones se prestan todavía: la transmisión del pensamiento por una parte, y el espiritismo por otra...

Se valía para esto, don Jorge, de un discurso y de un gongo... Y verás cómo. En la primera palabra de cada frase del altisonante discurso, iba como inicial una consonante de las que formaban el nombre del personaje, por su orden; en tanto que para señalar a Felipe las vocales que correspondían a ese nombre daba uno, dos, hasta cinco golpes de gongo, según si eran la a, la e, la i, o la u.

Naturalmente, en Lima estaban maravillados, y cada noche acudía un nuevo tertuliente a casa de las Pérez con el objeto de presenciar aquel prodigio...

—¡Qué inocentes!—exclamé yo involuntariamente, sin acordarme que en la noche anterior acababa de caer en una tontería mayor.

—Déjame concluir, que aún no termina el cuento... Una noche de ésas, don Jorge llegó un poco más temprano que Felipe a la tertulia... Contó a las Pérez, en detalle, la farsa que les había hecho, y les pidió que le ayudasen en la broma que pensaba hacer a su propio cómplice... Se trataba de colocar sobre el tragaluz de la ventana que daba al cuarto en el cual actuaba Felipe un busto del Obispo Goyeneche, que había en la casa. Y, en el momento en que Felipe dijera ver al Obispo, conforme a las instrucciones de don Jorge, en la forma convenida, iluminarían desde otra pieza el tragaluz con una lámpara de reflector, de modo que el busto se destacara claramente...

Así ocurrió. Cuando Felipe exclamó: ¡Ilustrísimo Obispo Goyeneche! y vió sobre el tragaluz al Obispo en persona, dió un grito, y apareció en el salón con el pelo erizado y los ojos fuera de las órbitas... Y cuenta don Jorge que, cuando salieron de casa de las Pérez, Felipe le dijo, con cierto misterio:

—Muchas bromas hemos hecho juntos, don Jorge, en esto de evocaciones y apariciones de muertos; pero lo que es esta noche, la cosa ha sido de veras: yo he visto con estos ojos al Obispo Goyeneche!

# La Casa Colonial

Por Mariano Latorre

**D**URANTE la Colonia, no hubo en Chile esa preocupación artística de adornar las viviendas, rica floración de la fortuna y de la cultura.

El peninsular o el criollo miraron más a la comodidad, algo desmedida, de las casas, que al adorno externo, reflejo de una cultura honda o de una tradición gloriosa. Soldados o comerciantes, su mismo aislamiento de la cultura de Europa, y aun de la brillante arquitectura del siglo de oro, herencia de los tiempos medios, no era un elovente consejero que despertase el buen gusto artístico, la visión de las agujas góticas o de las cúpulas orientales, dormido en las generaciones peninsulares.

Puede decirse que la casa de la Colonia, burda y sombría en la mazacotada simplicidad de su construcción, no era sino un vago recuerdo de las viviendas de Castilla y An-

dalucía, a través de la rudeza primitiva de los guerreros o del escaso rudimento artístico de los comerciantes.

Las viviendas coloniales, sobre todo las viviendas santiaguinas, no son sino las cuatro murallas del fuerte de los conquistadores, de cuatro pies de espesor, sobre las cuales ha caído, en una firme armazón de vigas, revocadas con barro, el ángulo diedro de la ruca araucana. Pero, a medida que la población crecía y que el bienestar de la tierra cultivada formaba la fortuna, despertóse la vanidad de los colonos, y la casa cuadrada con vagas reminiscencias de cuartel o de cárcel, fué transformándose lentamente; y en el ocio de la prosperidad, soldados enriquecidos o comerciantes hechos encomendados, veían surgir los recuerdos de su tierra, de la casa en que vieron la luz. Así nacieron los amplios patios moriscos que, en la calma de la siesta, al arrullo de la pila charladora que moja los lustrosos abanicos de las calas, hacían creer al viajero en un patio andaluz, evocando el voluptuoso recuerdo de aquella raza arábiga, cuyo espíritu misterioso palpita aún, como hálito invisible, en los sugerentes arabescos de los intercolumnios, en los ajimeces bordados como encajes, en la esbeltez de las columnas de la Alhambra y del Generalife.

Después del terremoto de principios del siglo XVIII, y por influjo de Lima, las casas de Chile, amontonadas a la orilla de un río en una llanura guarecida de los vientos, ostentaron el balcón corrido, también de origen oriental, algo toscos en su construcción, pero dando a las nuevas viviendas un pintoresco matiz exótico. Sobre el alero de madera sin pintar, rojeaba a menudo el tejadillo criollo, donde anidan las golondrinas en los veranos. Esto, en lo que se refiere a la gente acomodada, pues los ricachones, los aristocráticos "chapetones", transformados en hacendados después de haber vendido la



Las casas de Chile ostentaron el balcón corrido...



En el solar crecían floripondios de aromáticas flores blancas...

existencia de sus pulperías, trataron de resucitar en sus enormes viviendas las casas de los hidalgos vascos donde habían nacido; y así, en aquellas murallas espesas, sobre la enorme puerta de macizo cerrojo y repujados clavos, se alzó el mojinete clásico, que dió a Santiago un pintoresco tinte medioeval, donde se dibujó, en piedra sillar, el escudo comprado con buenas onzas al Rey de España.

Igualmente, en la macicez desnuda de las murallas, el balcón saledizo, sin vidrios, y en el que grandes rejas de hierro de Vizcaya, de sobrio dibujo, parecían ocultar la vida aislada y monótona del resto del mundo.

Si en la parte trasera de la casa, en el solar que tenían todos los palacios, crecían floripondios, de aromáticas flores blancas, y la verdura salía ubérrima por encima de los murallones de toscos adobes, en aquella reja oscura, que a gran costo había sido traída de las fundiciones éuscaras, reinaba eternamente la sombra; a veces, el puro perfil de una criolla solía asomar por entre las rejas

para observar al alférez de empenachado sombrero, recién llegado del Perú, o la pañosa capa de un petrimetre de la Colonia.

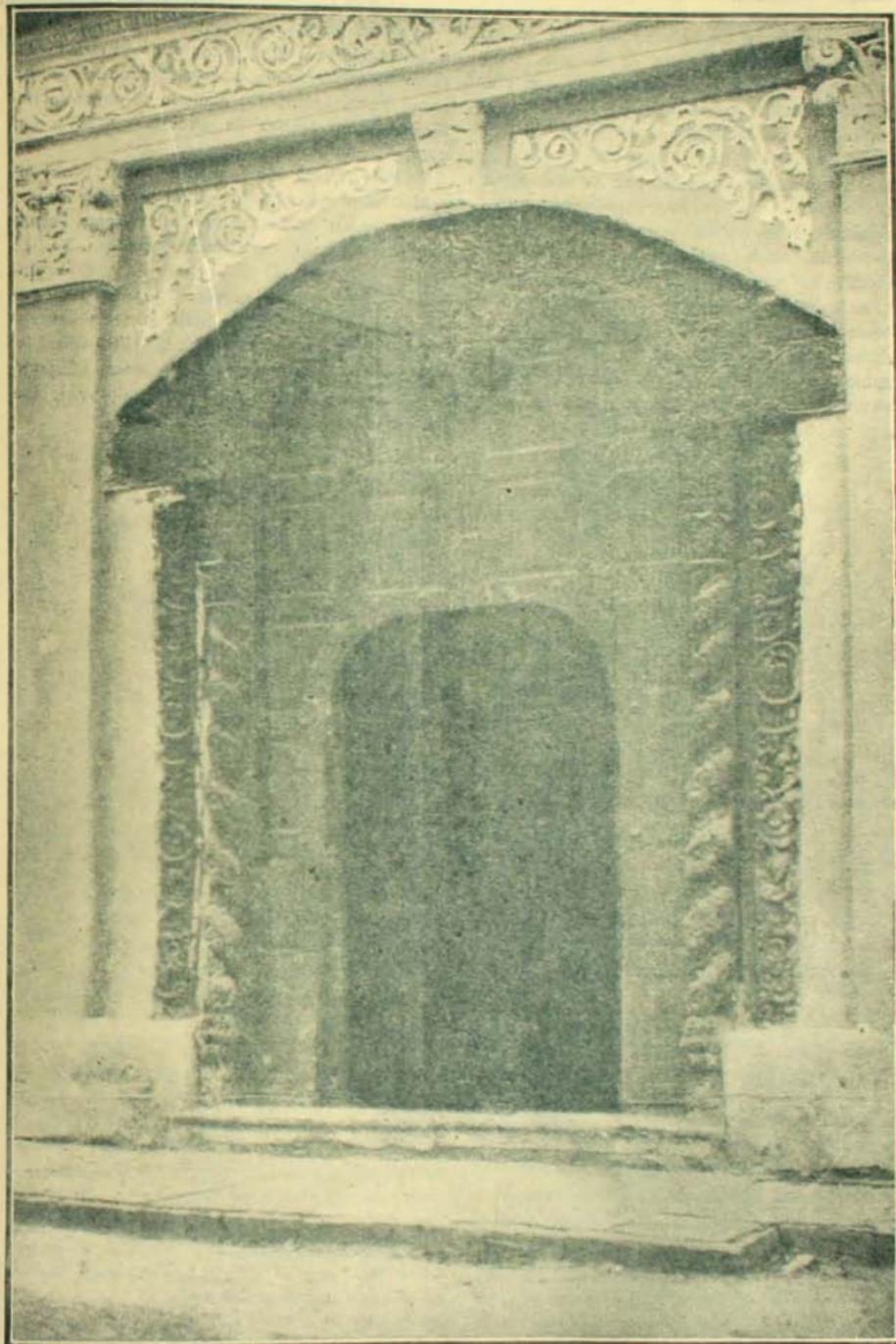
Saliendo hacia las afueras, esta arquitectura tosca, primitiva como los alfareros de Talagante, donde duerme aún, en la tristeza sombría de sus murallas, el vago y lejano perfume oriental que formó el estilo mudéjar, en la austera trabazón cristiana, la arquitectura colonial tomó un tinte más criollo: desde luego, las chacras vecinas a Santiago, en el ángulo de la esquina ostentaban el cilíndrico trozo de granito, que denotaba un almacén donde el mismo dueño expendía los productos de su tierra. A ambos lados del granito veíanse los tinajones en que se guardaba el trigo o el vino.

En las viviendas rústicas cambiaba nuevamente el concepto arquitectónico. Aún quedan desparramadas en los campos aquellas enormes casas de toscos corredores, mirando hacia la cordillera para resguardarlas del norte.

Un enorme patio desnudo, especie de cuadra de cortijo, separa los dos pabellones en uno de los cuales se destaca la cruz mohosa



...en uno de los cuales se destaca la cruz mohosa de una capilla...



Y así en aquellas murallas espesas, sobre la enorme puerta de madozo cerrojo...

de una capilla, y en el otro la pieza de los alojados, aislada del resto de la casa, para que el forastero, el hombre malvado que viajaba en aquellos tiempos y en aquellas circunstancias, no tuviese contacto con las tímidas jóvenes de la familia, según reza la frase del ingenuo cronista. Por lo demás, en las irregulares calles estrechas atravesadas por una acequia, en las encrucijadas o plazas, la casa de balcón saledizo y la puerta con clavazón de cobre le daban a esos rincones de Santiago el aspecto de un pueblecillo de la estepa manchega, mayor aún cuando, a la llegada de un nuevo gobernador, se enjalebaban, o a la época de la cosecha se llenaban de ruidosas carretas cargadas de granos y productos de las chacras.

En esta forma se desarrolló la capital y, a imitación de ella, todas las ciudades del reino de Chile, hasta que la llegada de Toesca, el hábil arquitecto romano al servicio de España, hizo pensar en nuevos estilos y en nuevos adornos.

Toesca dirigió los trabajos de la Moneda e hizo algunos edificios más: grandes construcciones de estilo toscano, de maciza regularidad, pero de equilibrada armonía de líneas. El Santiago de principios del siglo XIX, enorme y pesado como una carroza de la época, es la obra de este hombre activo y laborioso que transformó la aldea de los soldados y comerciantes vizeaínos, dándole un pintoresco tinte de ciudad medioeval, según la observación de Valle-Inclán.





Por GERMAN LUCO

Ilustraciones del autor.

**C**ABALGOSE el anciano cura las gafas sobre la nariz insolente y desmedida; miró al novicio y, chasqueando la lengua en el paladar, como goloso catador de mistelas, díjole con su paternal hábito al discípulo, que era, además de avisado, atento y pensador:

—Tú, que doblas en la mayor de las campanas de la torre, con sabiduría y sentimiento, tienes un temperamento de exquisito. No repieas con la vulgar sonajería de Agustín, ni te exaltas como ese mastuerzo de Julián... Cuando camino lejos del curato, yo me digo al oír los repiques de las campanas de mi iglesia si las tocas tú o es otro el que da con el badajo. Tienes inspiración y sabes que la canción de las campanas es el verbo de Cristo, que lleva la suma de

emociones vibrantes a la ruda conciencia del labriego. La única poesía de esta aldea la sabemos: las palomas del campanario, tú, que te gozas tirando el cordel del badajo y yo, que siento la eternidad en cada vibración que se extiende.

Y el cura, con pretendida ceremonia de abate, golpea su caja de rapé, y luego, sorbiendo con deleite el polvillo, frunce los ojos y pone tres arrugas sobre el caballete de su nariz.

—Bueno, bueno... Te premiaré hoy con largueza, contándote algo de los clásicos... A ver, siéntate aquí y escucha con atención.

El chicuelo se ovilla en el corredor de la vieja casa, y sin pestañear siquiera, sigue con su mirada curiosa al cura que se apoltrona en una silla de alto respaldar de cue-

ro. Mira el prelado aldeano la paz del paisaje y, arrebuñándose en el ala de su manto, empieza a hablar con lentitud, dando beatífica unción a sus palabras:

—En días pasados quedamos en que el padre Juan de Mariana, en la época de la restauración del clasicismo helénico-romano, demostrando tan altas y privilegiadas dotes para el estudio, fué enviado a la Universidad de Alcalá de Henares, donde el jesuita Jerónimo Nadal, enviado éste a su vez por San Ignacio de Loyola, desde Roma, prendóse del ingenio del muchacho.

—¿De qué muchacho, señor cura?

—De Juan de Mariana, hijo!... Y cuando estuvo en Simancas, bajo la dirección del que en el mundo había sido Duque de Gandía y después de su vida San Francisco de Borja...

Y pasa luego la mañana, y termina el cura muy triste, hablándole al muchacho de que murió el padre Mariana, a la edad de ochenta y siete años, en 1623, cuando escribía unos Escolios al Antiguo y Nuevo Testamento...

Eran letra de su breviario las vidas de



—¿De Juan de Mariana, hijo!...

estos antiguos ingenios, y en las mañanas olorosas y fragantes de la aldea premiaba el bueno del cura al muchacho Andraeca, ávido de saber historias de grandes hombres. Así empezó a encenderse ese fuego santo que el sacerdote adivinaba dentro del cuerpecillo desdichado y campechano del sacristán Andraeca.

Primera vez que se veía en el pueblo la deserción de uno de los nativos. Poseedor de buenas tierras y excelentes aperos campesinos, don Bernabé Andraeca era un señor orgulloso, de pundonor castellano y de honradez probada. El arbitraba entre los litigantes de aguas, él confirmaba los fallos del Juez con su prestigio inmaculado, él pedía a las mozas más bellas para desposarlas con los escogidos por su mano, él era en el pueblo el fiel de esa balanza en que se alteraban todas las horas, los sucesos, los chismes y las vidas de evantos residían en la localidad. Señor así tan prestigiado y con cuarteles en su escudo tan dignos y honorables, era el padre del antiguo sacristán que, demostrando tan raras y únicas aficiones, pretendía salir de la aldea a conquistar un nombre. Era el hijo de don Bernabé Andraeca y bastaba para que las gentes hicieran toda suerte de comentarios y se dieran al trape de observar falaz y descortésmente:

—Si ya don Bernabé está viejo y no puede con sus huesos. Cómo deja que se vaya este muchacho a aventurar tierras. Virgen Santa, cómo cambian las cosas de ayer a hoy... Ya verán cómo van a tener que rabiar y sufrir...

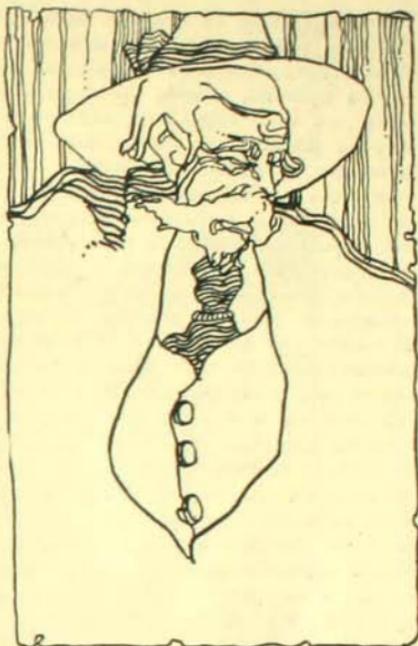
Pero don Bernabé Andraeca, con sus honrados propósitos de que su hijo fuera un triunfador en otras actividades a las vulgarrísimas y materiales del cultivo de sus tierras, fué inquebrantable en su paternidad, y el muchacho, un día cualquiera, salió de la aldea con la aquiescencia del padre y la bendición de la madre. El desfile a la estación aldeana fué lento y doloroso y en él formaron protocolariamente el cura, iniciador de Andraeca, el alcalde, presuntuoso y garrido veterano campesino; el boticario, hermético y cerrado como una oblea de antipirina; los grandes propietarios de fincas, socarrones y con displicencia ingenua; y el tropel de mo-

zalbetes desmañados y torpes. Todo un concurso de hombres sanos y robustos, que si mal pensaron un momento de la temeraria empresa de Andraca, ante la emoción de la despedida tenían el alma cordial y las manos llenas de ternuras varoniles. Y Andraca se fué, jubiloso y esperanzado, después de abrazar a don Bernabé, inmutable y señorial. Empezó el rodaje de los carriles, temblaron los frenos de aire, y la aldea apacible se llenó del eco de aquella máquina fragorosa que luego se perdió en el valle como una locura serpentina.

Dicen que alguna muchacha sintió desmayarse el corazón, y que la vieja madre juntó los manos, anudando los dedos nerviosos, y dejó caer su mentón anciano en el gesto del sacrificio más heroico.

La gloria no busca a nadie. Para el viajero aldeano la gloria habría sido al llegar a Santiago un collar de brazos cariñosos y compañeros y una enérgica palabra de guía. Por eso, al sentir la soledad en medio del bullicio de la estación, Andraca se mordió los labios y se aventuró por entre la multitud, temeroso, con la incertidumbre del adolescente que no tiene el escudo, ni la rodela, ni la cota del escepticismo que protegen de la indiferencia humana. En los individuos sin carácter, estas extrañas sensaciones forman una amalgama de profundo pesimismo y la voluntad se destroza y los nervios se convulsionan en un histerismo femenino. No es de flacos ni de abúlicos el acometer empresas en que juegan sentimientos superiores de sensibilidad espiritual, ni es de fuertes y gallardos el burlesco romantismo, ni la analítica filosofía de los momentos pedestres de la vida, ni la germinación de dolores metafísicos y noveleros. Eso pesó Andraca cuando una victoria lo llevaba acomodado tranquilamente en sus cojines regalados a la casa de pensión que sería su hogar santiaguino. Y con este pensamiento se abroqueló y puso sobre la ciudad, cabrilleante de luces, una magnífica sonrisa de conquistador. Estrujó entre sus labios la colilla del cigarro y lanzó al aire tibio de la noche una bocanada de humo.

—Las ciudades, la gloria, el nombre... Psch!...



Poseedor de buenas tierras y de excelentes aperos campesinos...

El había nacido en la fortaleza más victoriosa de su raza y llevaba sangre de úmenes y castellanos en sus venas; él sabía el secreto de los campos y había escrito rapsodias con las campanas de su pueblo; él era hijo de don Bernabé Andraca y tenía una herencia pura de patriarcas, y para conquistar ciudades, nombre y gloria llevaba un corazón bravío que más que una viscera era un estandarte de esfuerzo.

Era conquistador modernísimo con relieves de cruzado.

Las ciudades, la gloria, el nombre!

Cuánta palabra inútil, pretenciosa y despreciable, que hace sonreír a los que miran al través de las estrellas con la frente emaltada de reflejos.

El periódico en cuya redacción se asiló Andraca, estaba formado por una docena de hábiles poetas, de modernos prosadores y de periodistas de cierto nombre conquistado a

fuerza de audacias en el ajeteo de la gaceta. Los periodistas de pura cepa son en Chile individuos de pequeña o ninguna proporción espiritual, y creen que el poder redactar con estilo vulgar y el adjetivar con simpleza primaria, son méritos que forman la esencia del redactor de rotativos. Entre ellos existe una animadversión definida contra todos los que escribiendo verso o prosa han logrado un prestigio de intelectuales, y es característico en el gremio el permitirse enjuiciar la obra de tal o cual con la misma sabiduría de cualquier pazguato arrabalero. En ningún país del mundo se redactan más detestablemente los diarios que en Chile, y esto se debe a que los empedados o pseudo-redactores son la mayoría de las veces estudiantillos contratados al lance, sin mayores adarmes de personalidad que un lustre petulante con que encubren habilidosamente sus mediocres facultades. Todo el que llega a los diarios con alguna preparación triunfa prontamente de esa balumba, siempre que lo acompañe un esfuerzo temerario, ya que la ola retrógrada de mozalbetes, cronistas de policía o de vida social, ponen su atajo malediciente a todo carácter de relieve. Así es como muy pocos han sido los verdaderos intelectuales que han podido ascender a los puestos de responsabilidad, y los que ahora hay bien demuestran con demasiada evidencia la distancia apreciable que existe entre el profesional de las letras y el gacetillero de ocasión. No es, pues, un centro ecuaníme el de un diario para formarse, siempre que se desprecien los méritos efectivos.

Andraca, con su aguda observación, previó las consecuencias y se unió al zarandeado grupo de poetas y prosistas, que ocupaban los cargos más despreciables. Está probado, además de las injusticias que obran sistemáticamente, la ninguna fortaleza de carácter del verdadero artista para beneficiarse.

Así, pues, en este ambiente que lo recibió con toda fraternidad, empezó Andraca a realizar el programa soñado. Era una bohemia amable y humilde, en que no pesaban los desengaños materiales cuando se podían recitar algunos versos optimistas; era una hermandad firme, una comunidad en que oficiaban sólo aquellos que podían abrir el alma a las sensaciones escondidas y hurañas en

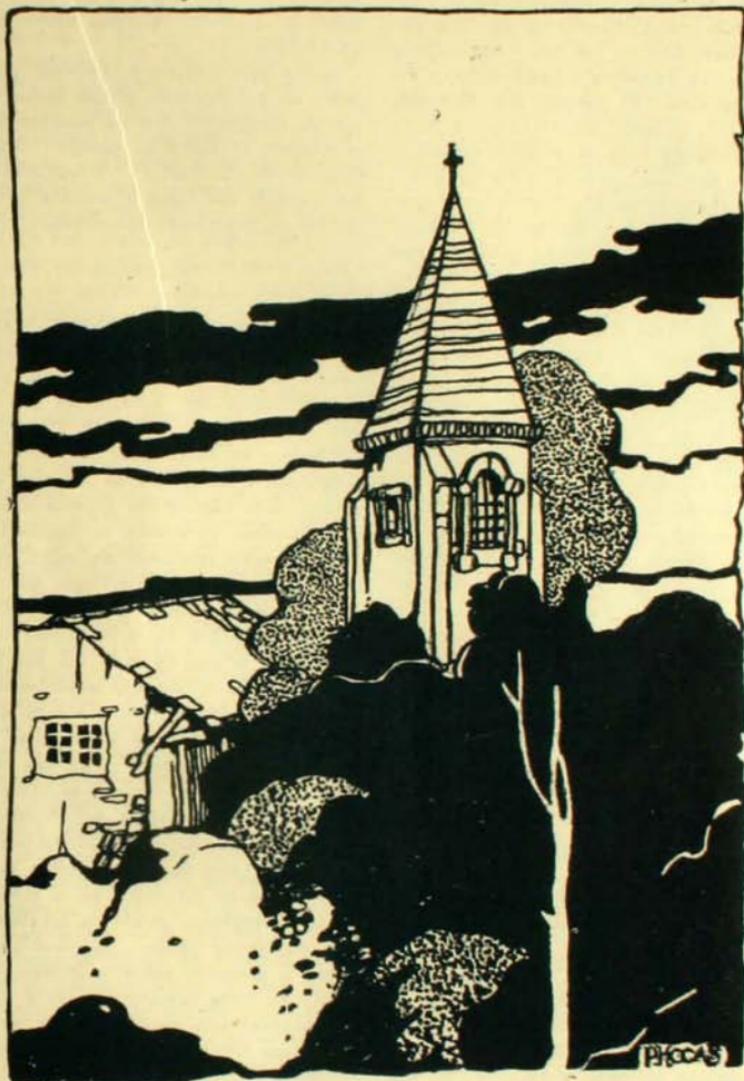
que por el ideal santo del arte se desembozaba la capa caballeresca y temblaba la mano en la cazoleta de la espada. Fieros muchachos con arrogancias del medioevo, que habían dejado su juventud en las pinacotecas; filósofos de veinte años, poetas desolados y dolorosos, todos se partían la mágica varilla de virtud y en cada trozo florecía el pensamiento y en cada flor se vaciaba la miel lírica.

Andraca entró al grupo, y fué el antiguo hermano de las rapsodias del campanario aldeano el que vino a completar la reunión de pontífices sencillos. Escribió en diarios y revistas, y antes del año tenía ese nombre que él había soñado tanto, sin que su modestia se alterara, ya que las satisfacciones de popularidad no lograban envaneer su alta y cristalina conciencia. De su aldea recibió alborozadas cartas de su padre, que guardaba con ternura y que después glosó en artículos que abundaron en mayor prestigio para su rápida carrera literaria.

No se asombró por otra parte Andraca de la facilidad con que se impuso, sino que se dio a pensar en el escepticismo que se recoge cuando ya se completan los ideales. ¿Qué más podía hacer él que ya tenía entre el calor de sus manos de campesino ese pingajo codiciado de laurel fresco? ¿Qué nuevo sueño le alentaría el cerebro para desenvolver la sutileza de su espíritu? ¿A quién sino a una visión mentirosa de gloria le recitaría la suma de sus inquietudes?

Y Andraca, escéptico, descreído, empezó a vislumbrar la génesis de un apocamiento físico, y pasaba las noches en soliloquios tremendos de duda, con su vaso de emociones rebosante. Nada había que encendiera nuevamente sus ansias infinitas, que parecían cadenas de neuras aprisionando un vago y extraño sentimiento que le golpeaba en el cerebro con la cronológica persistencia de un péndulo de reloj; nada llegaba con lucidez al fondo entenebrecido de su alma vinagre y terca, y nada respondía de esa humanidad joven y vibrante otrora, que hoy se aletargaba en un sufrimiento abstracto. Andraca sentía un dolor justo y humano, y una tarde, después de vaciar algunas copas de mosto añejo, les dijo a los muchachos de la ronda bohemia:

—Me voy mañana a mi aldea... Tengo



—La única poesía de esta aldea...

miedo de morirme en esta ciudad y necesito refrescar el espíritu entre las gentes de allá... Ya conocen todos a Andraca y no esperó nada de nadie. El nombre nos lo damos nosotros mismos y la gloria es una mentira fácil y engañosa como un juguete de niños. Alguien ha dicho que lo mejor de los viajes es el regreso y voy a ver si mejoro

de mi escepticismo al divisar la torre de la aldea...

Y el grupo de artistas ciudadanos, con respeto sincero para el escéptico, le llevó su despedida a la estación.

Sonrió desde el vagón Andraca, y extendió su brazo en un saludo romano.

Fue día de fiesta y algazara en el lejano poblachón cuando llegó Andraca. Una alegría sana retozaba en las caras campesinas, iluminando las pupilas de bienvenidas y de incienso zalamero. El austero don Bernabé, poseído de la llegada triunfal de su hijo, sintió el hormigueo de la pícara vanidad y todos, cual más, cual menos, se enorgullecieron de ser habitantes de un pueblo en que había nacido un hombre tan notable. Habían seguido con mañosa curiosidad toda la vida de Andraca en la ciudad, y en cada casona había un retrato del consagrado. Las gentes bondadosas pero de limitadas inteligencias, veían en el triunfo de Andraca un embrujamiento, y lo miraban sobrecojidas de pánico cuando él, desembarazado y tranquilo, hablaba de raras consejas, y de estéticas, y de filosofías, y de problemas modernísimos y refinados.

Pero en los pueblos se habitúan pronto a las cosas sobrenaturales, y los rústicos labriegos, después de mirarlo detenidamente algunos días, se dieron a sus tareas sin acordarse mayormente del héroe.

Entonces Andraca se entregó al deleite de la vida hogareña, recordando el tiempo pasado y respondiendo a los incansables interrogatorios de sus padres. Rebusó entre sus papeles de muchacho toda aquella iniciación literaria corregida por el cura; cuentecillos ingenuos con mucha luna y con raros amores imposibles; se fué por los atajos amigos en que seesteaba a la sombra de las pircas enmarañadas de enredaderas; bebió en los corrales la leche blanca y espumosa y se bañó en el río como en una piscina alentadora y reconfortante. Parecía que se le llenaban las arterias de una sangre triunfal, bullidora y loca; que los nervios convalecían de la neurosis en un aquietamiento exquisito; que los músculos reaccionaban en su potencia primitiva y que el corazón, como una vela de esquife, le marcaba una precipitación ascendente. Y su cerebro, su pobre cerebro abrumado de insomnios y vigilante de emociones, cómo recibía el vuelo sencillo de las aves en la égloga inmensa de su campo, y cómo restañaba la herida leprosa del canalla dolor del escepticismo cuando en las sibas frescas oía el ritmo armonioso de la Naturaleza.

Pobre y temerario soñador, que se lanzó a la conquista dejando la ubre morena y re-

pleta, y que ha vuelto a sus lares desmembrado y dolorido, con una ambición menos que colmar.

Había que olvidar, y Andraca pensó, con gesto de pendenciero, juntar todos sus latidos de renegación por los pasados dolores y escribir en el diario del pueblo "Unas Apostillas sobre la Gloria", ya que por ella había quedado sin vigor y mudada su arrogancia en un descalabro innmerecido.

"Apostillas sobre la Gloria".—Aprecio a los de mi pueblo como a hijos de una misma familia de patriarcas, y me sería pecado el no sincerarme con ellos, y es por eso que esta vez el diario "Austral" no publicará los avisos de remate, ni las contribuciones municipales, ni la lista de mayores contribuyentes, para dar cabida a estas cuatro palabras sencillas. Perdóneme el pueblo y óigame, que mi buena intención me salva de un enjuiciamiento doloroso. Creyente de poder dar lustre a esta villa y hacer conocer su nombre en otras ciudades, fuí a iniciarme en las artes de las letras, dejando las haciendas de mi padre casi totalmente abandonadas. ¿Logré con mi esfuerzo estos sueños de juventud? No estaría bien el desmentirlo. Supe de los halagos del triunfo y en las biografías que se me hicieron siempre se habló del Andraca nacido en la aldea del Manzano. Nada más grato para mí que al elogiárseme se recordara la cuna de mis mayores. Todos vosotros sabéis mi actuación en la ciudad, y disiento de entrar a relataros detalles íntimos para entrar de plano a la cuestión que me mueve a pergeñar estas cuartillas. Ello obedece a mi buen deseo y propósito de que estas observaciones sean valideras por si acaso hubiera algún individuo que aprestase sus arreos para ir a la conquista de la gloria. Sin precíármelas de galaute o hidalgo, puedo decir que la gloria la tenemos aquí. Cada uno de nosotros lleva una parcela de gloria en el interior, y vivimos como si los días no pasaran de las auroras a las noches negras. Todo es luminosidad desde el momento en que llegamos a la tierra; nada acomete contra nuestra tranquilidad agreste, y si es el viento el que se enfurece, se domina acostándose en los faldeos de las montañas; y si

es el sol el que quema, lo detienen las ramas de los árboles; y si el agua la que se descuaja de las nubes del cielo, se encauza en los atajos y llena la madre de los ríos. Nada es imposible en esta bendición de pueblo. Los amores más santos se arrullan y los más tiernos brotes humanos crecen al amparo nuestro. Los viejos pasan de los centenarios de años y sus huesos vuelven a la tierra, beatificados de virtudes. ¿Por qué, entonces, si no hay pestes, ni maldades, nos vamos a buscar un puñado egoísta de gloria en ciudades que hieden a mercantilismo, a humo de fábricas y a mezquinos ideales políticos? Si aquí tenemos la pureza, el cristalino pensamiento y la bondad ingénita y diáfana; si en este pueblo el alma es grandiosa como una canción, vibrante como un viento y luminosa como una acción de caridad. De humanos es errar, pero es lamentable que nadie enrostre con equidad este afán de abandonar el alumbrado y risueño cortijo nuestro para ir a podrirse en las zambras de las ciudades fastuosas. Y no sólo el cuerpo se mancha de lacras y se pinta de roséolas, que ellas tienen cura; sino que el alma se enferma de un mal extraño y obscuro, para cuyo dolor no hay pocimas que amenguen su pesadumbre. Y a los ambiciosos de la gloria se les enferma de muerte el alma, como a los tiranos y a los príncipes desterrados. Porque la gloria es la idea turbadora y gangrenosa que mayor amparo recibe en la mente humana. Así como para lucir nuestras virtudes necesitamos publicarlas, así también la vanidad se adueña de nosotros cuando pretendemos jugar mayores valores que los de nuestros hermanos. No satisface al hombre el regocijo íntimo de practicar la caridad si no se hacen públicos homenajes a su filantropía, y no hay orgullo personal para el individuo de talento si no hay veredicto de consagración. ¿Quién se complace en estimar la propia obra y darle su elogio íntimo ante su sola conciencia y emotividad? Y esa es la única justicia y la más preciada palabra de encomio que no se resiente jamás de vicios. Pero el intelectual tiene un carácter, cuya similitud con la mujer es asombrosa: la satisfacción femenina necesita de la galantería y del adulto en igual forma que el artista. La mujer que se cree hermosa después de mirarse a un espejo, no siente ningún placer



El antiguo hermano de las rapsodias del campanario aldeano.

hasta que una persona extraña se lo diga, y el artista que ha leído solo, en voz alta, su producción, no queda complacido si no vienen las palabras de elogio a confirmar los valores de su trabajo. Para las mujeres es indiferente un espejillo ordinario que la luna a bisel de un mueble magnífico. Para los intelectuales, es igual un auditorio de maestros estetas que un sandio que sepa decir cuatro frases de encomio. ¿No habéis visto a poetas magños recitando versos hermosos a los boquiabiertos de los mesoneros de los bares? Las mujeres se ven físicamente egolatradas, y los artistas sienten el adulto más torpe como una bendición de gloria. Es así como las multitudes obran en el estado psíquico de los individuos con personalidad, sin que puedan apreciar las causas tan vergonzosas que hacen del intelectual un siervo de la muchedumbre. Y la sorda marea de preopinantes viene a justipreciar los valores estéticos y ella es

la soberana dispensadora de los méritos y la que consagra, la que eleva y la que da el asiento de preferencia en la barca de Caronte que atraviesa la laguna Estigia de la inmortalidad. Por eso la gloria es una estupidez. ¡No la dispensan los viejos del Olimpo! Y pensar que esta palabra, de resonancia mavúscula, de acepción lexicográfica magnífica y esplendente como un sol, es, en verdad, sólo una palabra que no determina nada, ya que no es grandiosa como "vida" ni eterna como "muerte". Y, además, la gloria no encarna un misterio. La han descubierto todos los que se han empeñado en ello, y hay más nombres gloriosos que estrellas en el cielo, por lo que la gloria viene sólo a ser un lugar



"Nada es imposible en esta bendición de pueblo"...

común. Se entiende que, por la cifra, ya que las estrellas dicen que están muy altas. Lo que debemos hacer para restaurarnos de la piratería es dar a la felicidad, al talento y al amor, un nombre que no se pronuncie, y, por ende, que no pueda consignarse en ningún vocabulario, en ningún dialecto y menos en las heladas páginas de los reales diccionarios lingüísticos. Y entonces, ¿qué harán los vanidosos cuando no exista una palabra que determine la suma de sus valores monumentales? Sería el sistema corrector de este afán desmedido de hacerse llamar jactanciosamente por adjetivos que los puede pronunciar el vulgo como el más previligado y estudioso hombre-sabio. En fin, queridos pobladores de esta aldea, no restringe nada la desaparición del vocablo si persisten los efectos del morbo vanidoso. Pues, entonces, se precisa de un reactivo moral que derrumbe este prejuicio, y la guerra debe hacerse con el arma poderosa del ridículo. La gloria es una corona fúnebre, es un cirio que se enciende

a nuestro cadáver espiritual, un gabán de pieles que se obsequia muchas veces al que ha muerto aterido de frío. Se ha vivido en la indigencia y la gloria hace que se erija una estatua al agraciado con sus dones; se ha luchado misérrimamente y la posteridad lo deifica cuando no puede corresponder con ningún beneficio material. Los contemporáneos no reconocen el talento sino a los muertos, y se explica esto ya que a lo mejor se reencarna el difunto en un automóvil y es muy fácil caer bajo la aplastante fuerza de los neumáticos. Si la gloria es un traje hecho para lucirlo después de muerto, no vale, pues, la pena de amargarse sus días para que se refocile la posteridad y se sonría en el astral el espectro que resta de nuestra materia.

La gloria y las estatuas sirven para que los perros y los borrachos hagan de ellas el uso que indica Fray Candil. Y que los del Manzano me perdonen, que mi buena fe y falta de quehaceres son causa de estos dislates.—Bernabé 2.º Andraca".

En la mañana dominguera, ociosa mañana de aldea, los rústicos delectaban el periódico "Austral" con trabajo de niños de silabario. Es difícil leer de corrido; las letras bailan una zarabanda y ahora los renglones tan juntos hacen equivocar al lector... Estas malditas letras de imprenta, tan pequeñas. Pero como la mañana ociosa del domingo es larga, todos los poblados se leyeron las Apostillas de Andraca. Por curiosidad y porque no salía la lista de mayores contribuyentes...

Mejor que así no hubiera sucedido, pues casi todos, con excepción de los del tronco de Andraca, se encaminaron a la redacción del "Austral", y muy graves e indignados retiraron su cuota de protección al periódico, para que no volvieran a aceptar insolentes consejos y tonterías escritas pretendiendo poner nombre a la felicidad de ellos.

Andraca, al saberlo, se sonrió malamente y se excusó ante su padre diciéndole:

—Nadie es profeta en su tierra, ni en la ajena... Debemos vivir porque sí...

Y vivió muchos años porque sí, cuidando de sus tierras y recordando el lejano fracaso de sus Apostillas.



## Un viva a Rosas en 1847

Por ALBA CRUZ

**C**ON viva expectación seguían los habitantes de Santiago los acontecimientos producidos en el Plata durante el turbulento gobierno del Dictador don Juan Manuel Rosas.

Las tardías comunicaciones trasandinas eran portadoras de noticias del desarrollo del conflicto bélico producido entre el Gobierno de Rosas y los de Francia y Gran Bretaña. Los elementos populares las comentaban con interés y hasta con calor, apreciando generalmente los hechos, a pesar de sus francas simpatías por los argentinos que resistían a Rosas y sufrían las amarguras de su tiranía, en forma contraria a aquellas potencias europeas.

En la tarde del domingo 4 de abril de 1847, en circunstancias que noticias frescas, que el ocio dominguero contribuía a difundir y agigantar, daban singular animación a esos comentarios callejeros, transitaban juntos por el barrio central de la ciudad don Salvador de Tavira, Encargado de Negocios de España, y Mr. Leonce Levraud, Cónsul de Francia, ambos llegados a Santiago a principios del año y muy poco conocidos todavía en los círculos populares.

Tavira y Leuvraud, próximos a llegar a la esquina de la calle de Huérfanos que ocupaba el conocido puesto de licores "La Fama", observaron la acera del negocio obstruida por un grupo de hombres del pueblo que conver-

saban animadamente. Al ver que los dos transeúntes venían en esa dirección y previo cambio de algunas palabras, al parecer de consignación, el grupo abrió calle, cediendo la losa central de la acera en actitud más respetuosa que hostil, a los dos extranjeros, y lanzó al paso de ellos entusiastas gritos de ¡Viva Rosas! ¡Mueran los franceses y los ingleses! y otros análogos, reforzados con algunos de los más expresivos alicios de nuestro vocabulario popular.

Los dos agentes irguieron el cuerpo y, afirmando el paso, siguieron su camino, y los individuos del grupo se alejaron momentos después en diversas direcciones, haciendo alegres comentarios.

Al día siguiente, el Encargado de Negocios español y el Cónsul francés visitaron juntos, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, al Ministro del ramo, don Manuel Camilo Vial, y le manifestaron sus formales protestas por lo ocurrido el día antes.

—Se nos ha insultado con palabras torpes, —dijeron al Ministro,—y se nos debe una reparación y la seguridad de que, mediante el castigo de los culpables, se alejará la posibilidad de que se nos inflijan en lo sucesivo vejámenes semejantes.

El Ministro Vial, que no había tenido noticia alguna del incidente, significó a sus visitantes cuánto lamentaba lo ocurrido, y les aseguró que inmediatamente dictaría las pro-

videncias necesarias para que se detuviera a los culpables y se abriera el sumario del caso, a fin de aplicarles el castigo a que fueran acreedores.

Retirados Tavira y Levraud, el Ministro se dirigió al despacho presidencial y dió cuenta de lo que ocurría al General Bulnes. El Presidente exteriorizó su extrañeza por no haber sabido hasta ese momento nada de un incidente de importancia, a juzgar por la presentación hecha con motivo de él al Ministro de Relaciones Exteriores.

—Llame a de la Barra,—dijo el General Bulnes a Vial,—a ver si él sabe algo de esto, y dígame que es necesario abrir un sumario y dar con los culpables.

Minutos más tarde llegaba al despacho del señor Vial, llamado por un propio, el Intendente de Santiago, señor José Miguel de la Barra. Este había oído en la Intendencia algunos comentarios sobre un incidente que, por la identidad de lugar, fecha y otros detalles, hubo de recordar al oír la exposición del Ministro, aun cuando de la Barra no había oído nombrar para nada en esa circunstancia a los agentes extranjeros reclamantes.

—Creo fácil,—dijo el Intendente,—aclarar este asunto; he oído hablar de él, como si hubieran presenciado el caso, a dos cívicos amigos del ordenanza de la Intendencia.

—Magnífico,—contestó el Ministro;—queda usted encargado de hacer levantar el sumario y de la detención de los culpables. A su tiempo me dará cuenta de lo que resulte.

De regreso a su despacho, el Intendente de la Barra encontró ahí al juez del crimen, señor Ugarte, que lo esperaba para tratar algunos asuntos urgentes. Ugarte fué encargado inmediatamente de abrir y tramitar el sumario y se puso desde luego al habla con el ordenanza a que había aludido de la Barra en su entrevista con el Ministro Vial.

Iniciado el sumario, se llamó primero a declarar a don Agustín Larraín Palazuelos, des-

cediente de linajudas familias coloniales que, como muchos de esos hidalgos peninsulares que acarrearón a este suelo sus hinchados humos y la vaciedad de sus arcas, no había tenido empacho en plantarse detrás del mostrador de un modesto negocio. En su mezquino desván, para hacer el simil perfecto, han debido mezclarse, como en significativa baraja, los documentos por pagar con rancios pergaminos y ejecutorias.

—“Me hallaba,—declaró gravemente don Agustín—en la trastienda de una esquina en que despacho licores, situada en la calle de Huérfanos, el domingo 4 del corriente, como

a las cuatro y media de la tarde, en cuya situación vi pasar por la puerta de dicha trastienda a tres hombres del pueblo, al parecer artesanos, vestidos de chaqueta, los que insultaron a dos caballeros que pasaban, con gritos de ¡Viva Rosas! ¡Se fregó la Francia y la Inglaterra, y otros. Uno de estos artesanos se acercó después a mi trastienda y me pidió fuego, y en este instante me pareció que estaba bajo la influencia del licor”.

Los cívicos de la conversación de la Intendencia, de apellidos Soluaga y Herrera declararon como sigue, una vez detenidos.

—“Nos encontramos cerca de una esquina que tiene por lema “A la Fama”, con Rufino Gordillo, Domingo Olivares y un tal Agustín, cuyo apellido ignoramos. Todos habíamos bebido bastante licor, y estando bien divertidos, vimos venir hacia nosotros dos caballeros unidos del brazo, de los cuales el más gordo y con bigote traía una cinta lacre en el ojal de su frae. Desde que los divisamos, el muchacho Agustín dijo que el de la cinta lacre era Cónsul argentino y enemigo de los extranjeros, y nos propuso que cuando pasaran cerca de nosotros les abriésemos calle dejándoles la vereda y gritásemos todos: ¡Viva don Juan Manuel Rosas, mueran los franceses e ingleses! Efectiva-



Don Juan Manuel Rosas.

mente, dimos a los citados caballeros paso por la losa y se les gritó fuerte, como dejamos convenido. Los caballeros siguieron su camino sin decir una palabra”.

—“Es verdad,—expuso Olivares con resignada franqueza—que estuve en la esquina “A la Fama”, con los amigos que se dicen Soluaga y Herrera, pero absolutamente no puedo recordar lo que ahí haría porque estaba muy ebrio y completamente falto de razón. No duda sea cierto cuanto se dice respecto a las voces de ¡Viva Rosas! ¡Mueran los franceses e ingleses!, pues estando el exponente ebrio y con muchas ganas de divertirse, cree que se prestaría gustoso a esa travesura”.

El Agustín, alegre promotor de la fecha y que resultó ser Marchán de apellido, garabateó trabajosamente su firma al pie de la declaración siguiente:

—“Lo que mis compañeros han expuesto sobre lo que ocurrió el domingo en la esquina “La Fama” debe ser cierto, pues no creo que hayan dicho falsedad con el objeto de perjudicarme. Yo nada recuerdo porque había bebido mucho licor antes de las cuatro de la tarde del citado día. Conozco a un caballero gordo a quien tengo por Cónsul argentino, y juzgo que a dicho señor Cónsul debe gustarle que vitoreen a su Presidente, don Juan Manuel Rosas, así como gustaría al confesante, si estuviera en Buenos Aires, que dijese todos: ¡Viva don Manuel Buñes! Estas ideas me explican hasta cierto punto lo ocurrido el domingo”.

El juez del crimen, señor Ugarte, entregó el proceso al Intendente de la Barra, quien lo remitió al Ministro de Relaciones Exteriores con oficio de 8 de abril de 1847.

“Para dar mayor autenticidad a la indagación sumaria,—dice ese oficio,—ella se ha levantado en esta Intendencia por el señor juez letrado del crimen, y me cabe la satisfacción de remitirla a V. S. concluida. De ella

verá V. S. que no aparece ofensa, y que una equivocación de parte de los artesanos que allí se nombran ha dado lugar a la reclamación”.

Tavira y Levraud, a quienes se comunicó que el proceso estaba terminado, declararon con regocijada satisfacción al Oficial Mayor, don Andrés Bello, que daban por terminado el incidente y por suficientemente purgado el desacato del 4 de abril.

—Creo que, a pesar de mi “ruban rouge”, ya no se me volverá a tomar aquí por argentino, — dijo sonriendo el Cónsul Levraud, mientras estrechaba, despidiéndose, la mano del señor Bello.

Pocos días después, el primero de mayo de 1847, se dictaba el siguiente Decreto:

“Visto este proceso indagatorio, atendiendo a lo que de él resulta y a lo expuesto por los señores Agentes Diplomáticos de España y Francia, noticiados de dicho proceso, vengo en disponer que se ponga en libertad a los individuos presos a consecuencia de la acusación que hicieron los expresados Agentes. Transcribese para su cumplimiento.—**Buñes. Manuel Camilo Vial**”.

Esta resolución suprema volvió la tranquilidad a no pocos pacíficos santiaguinos que, víctimas de las peregrinas fantasías populares, habían llegado a ver en los gritos del 4 de abril, poco menos que un formal Tratado de alianza ofensiva y defensiva con el famoso Dictador argentino, y en el reclamo que ellos provocaron, el preludio fatal de las consiguientes declaraciones de guerra.

Setenta años de polvo se han saecido al expediente formado con motivo de esta incidencia para borrar este boceto que, a pesar de la nimiedad del asunto, podrá tener algo de atrayente si ha logrado sacar partido del abundante color local y de la época que brindan los documentos que le han servido de fuente.



# NOTAS MARGINALES

Por JUAN AGUSTIN BARRIGA

Los defectos particulares de un pueblo en las relaciones de la vida privada, suelen ser las virtudes colectivas de la nación.

\* \*

Es triste que los pueblos no sepan conocer ni apreciar a los hombres de verdadero valer; pero es más triste y de más graves consecuencias la admiración y el entusiasmo que despiertan las mediocridades decorativas.

\* \*

Le generalización grandilocuente es el recurso favorito de los escritores pedantes y la delicia de los lectores superficiales.

\* \*

Una de las pruebas más evidentes de la solidaridad que hoy reina entre los intereses positivos de las diversas naciones, es que la guerra actual, en vez de localizarse, las ha ido arrastrando sucesivamente en su engranaje irresistible. Si hubiéramos de presenciar una nueva guerra en el siglo XX, veríamos realizada en el mundo entero la famosa definición de Hobbes: **bellum omnium contra omnes**.

\* \*

Basta observar en un globo terrestre la geografía del mundo habitado, para saber desde ahora que en la futura liga de las naciones, si llega alguna vez a realizarse, la que tenga el dominio de los mares dirá la última palabra.

\* \*

Una de las lecciones más elocuentes y decisivas de la presente guerra es el fracaso de la moral científica. Sabios ilustres como Enrique Poincaré, habían demostrado con argumentos absolutamente científicos que la ciencia y la moral son cosas diversas, que la propia noción

de moralidad no es aplicable a los fines particulares de la ciencia, en una palabra, que la ciencia es **amoral**. Pero quedan todavía y quedarán por mucho tiempo generosos partidarios de la moral evolucionista y de la moral biológica cuyos resultados estamos viendo en las naciones que se jactaban de haber realizado el ideal de una organización científica. Jamás, en las peores épocas de la historia habíamos presenciado tal cúmulo de horrores y de hecatombes humanas. En otros siglos ya remotos se había llegado hasta envenenar las fuentes; pero estaba reservado al siglo de la ciencia positiva el envenenamiento de la atmósfera que respiramos. ¿Qué importa después de todo que la humanidad perezca si la ciencia triunfa? ¿Por qué no han de hacerse vivisecciones humanas, como antes se hacía con las especies inferiores, si unas y otras son necesarias para imponer la cultura científica y preparar el advenimiento del superhombre?

\* \*

Las tremendas realidades de la guerra han modificado profundamente la dirección espiritual de muchos ingenios contemporáneos. Las complicaciones enfermizas, las curiosidades malsanas y la delectación perversa del espíritu en el estudio de los problemas sexuales, el amor a lo exótico y artificial, el diletantismo literario y filosófico, no interesan como antes ni seducen a la generación que surge ahora purificada en la escuela del dolor y de los grandes sacrificios fecundadores. Por doquier se nota un ambiente general de renovación, que aspira a restablecer el imperio de la verdad en las relaciones de la vida y en el concepto del arte.

\* \*

Los ironistas de profesión son, por lo general, susceptibles y rencorosos: quien

no les admira incondicionalmente es para ellos enemigo personal e irreconciliable. Hay sin embargo, una ironía indulgente y benévola que nace de un profundo conocimiento de la miseria humana, es la ironía de las almas generosas, ya ironía cervantina.

\* \*

Es opinión corriente muy autorizada en Chile que los literatos y en general los escritores de imaginación, son malos gobernantes y gentes inhábiles para el manejo de los intereses positivos. Es posible que algunos literatos sean políticos detestables; pero nadie, que yo sepa, ha sacado la cuenta de los gobernantes ineptos que no son literatos.

\* \*

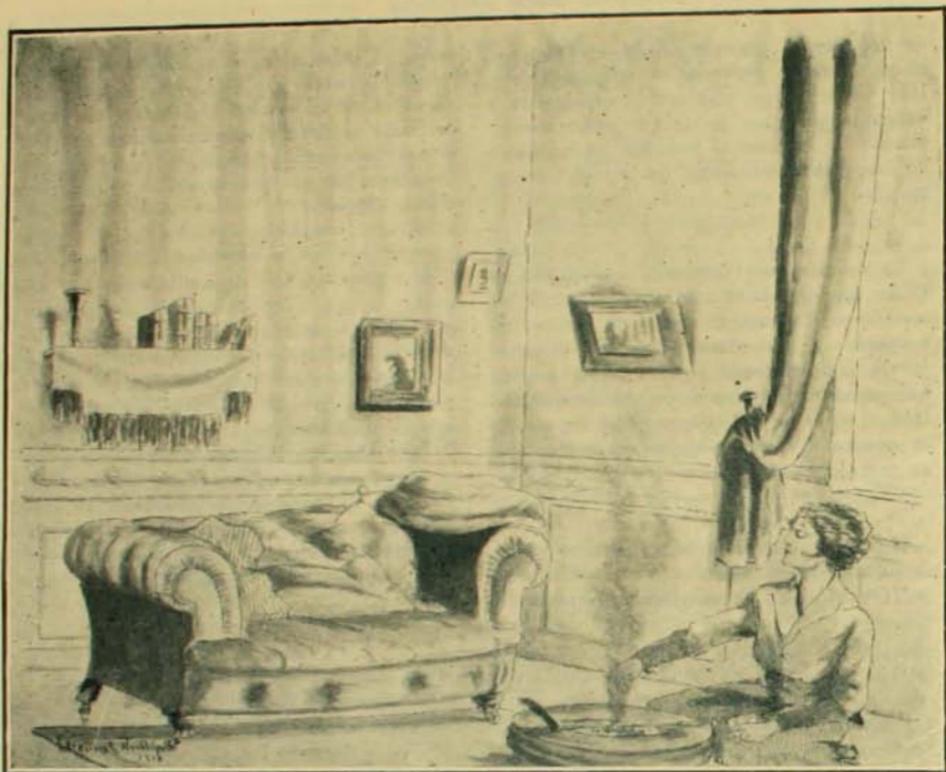
Haubert no amaba la naturaleza considerada en sí misma ni acudía a ella como a fuente viva de emociones espirituales

para su alma de artista; siempre la contempló al través del arte, como escena decorativa de un cuadro histórico o novelesco: arte realista y esencialmente objetivo, la antítesis más perfecta del ideal de un Rousseau, de un Senancourt o de un Federico Amiel.

\* \*

El exceso de lujo decorativo que hoy se gasta en los grandes teatros de Europa y Norte América, se aviene mal con la noble sencillez de algunas grandes obras clásicas, como los dramas líricos de Gluck o las tragedias de Sófocles. Un escenario simple y decoroso sin nada que deslumbré ni distraiga de la pura contemplación es el mejor ambiente para sentir la hermosura ideal de esas obras soberanas. El ilusionismo en el teatro, como la superchería del *engaña vista* en la pintura son recursos vulgares, propios de un arte plebeyo y sensualista.





Y arrodillándose junto al brasero, fué dejando caer lentamente algunos granos de incienso...

## NORA DARTI

POR ALMAVIVA

Ilustraciones de E. Aldunate Phillips.

(Fragmento de novela.)

**H**ABIA llovido más de doce horas consecutivas. Al atardecer, el cielo empezó a despejarse y en el horizonte se amontonaron grandes manchas oscuras, nubes rojas como brochazos de fuego y trozos de cielo quietos y luminosos como un lago.

Nora Darti abrió los balcones de su dormitorio y miró al cielo. Luego, de codos sobre la ventana, dejó caer sobre sus manos la rubia cabeza con aire fatigado. Un instante después alzó los hombros con nervioso movimiento, miró con expresión sonámbula los acerados techos de las casas, respiró con violencia y como si obedeciera a un impulso

extraño, cerró violentamente los balcones y se perdió en el interior.

Rápida y como absorta por una idea fija, cogió un abrigo y un sombrero, dejó sobre el diván su bata de terciopelo obscuro y con su andar nervioso y sus pies muy breves, bajó la escalera de su casa.

En la calle, varios sujetos se detuvieron a mirarla. Era rubia, de rasgos finos y expresión violenta, elegante y liviana.

Frente a una tienda de flores se detuvo y entró. Luego, salió llevando en sus brazos un gran ramo de violetas, rosas y juncos, detuvo un coche, subió, cobijando las flores con gesto maternal, y dijo:

—León 77, ¡pronto!

Sonó en el aire el látigo del cochero y los caballos escaparon rápidamente.

Dentro del coche, la expresión de Nora era más tranquila. Atravesaron las calles centrales, luego una avenida, más allá un barrio de comercio pobre; otra avenida, y el coche se detuvo ante una casa baja, nueva, de cuatro balcones, estucada con cemento. Nora descendió precipitadamente, se acercó al primer balcón y, empujándose, dió tres golpes ligeros sobre el vidrio. La puerta se abrió silenciosamente.

Pedro Vázquez le tendió la mano y ambos entraron al escritorio, donde habían sonado los breves golpes de Nora.

Pedro la miró largamente y una sonrisa indeciblemente tierna le embargó el rostro.

—¡No me basas!—le dijo, simulando una sorpresa ingenua.

Nora, callada, colocaba las flores sobre el escritorio. Pedro se acercó a ella, la estrechó entre sus brazos y la besó en silencio, con recogimiento.

El escritorio era una sencilla pieza con tapiz rojo y muebles de cuero oscuro. Varios retratos de músicos, Wagner, Schumann, Beethoven, y algunos sabios y escritores completaban la decoración. Junto a la pared, grandes armarios de libros, escrupulosamente ordenados: Le-Dantec, Ferry, Lombroso, Ferrero, todos los patólogos y los sociólogos modernos estaban allí, entre obras de música y una que otra novela.

Sobre el escritorio había dos floreros con flores ya marchitas. Nora los tomó, salió breves instantes y regresó con ellos recién lavados y con agua fresca. Deshizo su ramo y en pocos momentos las flores quedaron artísticamente colocadas.

En el centro de la pieza, un brasero de cobre antiguo lanzaba rojas chispas del carbón no bien encendido.

—Da mal olor esto—dijo Nora, y arrodillándose junto al brasero, fué dejando caer lentamente en él algunos granos de incienso; una cinta de humo gris se alzó al instante y se esparció por la pieza la fragancia del perfume.

La luz estaba apagada; Pedro Vázquez había cerrado las ventanas, de manera que en la pieza sólo se destacaba, hacia el centro, Nora, iluminada por las rojizas luces del brasero.

Pedro la contemplaba en silencio. De cuando en cuando, se paseaba, visiblemente inquieto; luego, volvía a sentarse, absorto por completo en la contemplación de Nora.

—¿Y qué dices?—insinuó, procurando parecer indiferente.—¿Estás mal?

—No—dijo Nora con pereza, como si le hubiera costado esfuerzo responder.

Hubo un silencio. En la calle, junto al balcón, jugaba un grupo de chicos y sus risas se oían claras y llenas de encanto.

Pedro Vázquez se levantó de su asiento y fué a sentarse en el suelo, junto a Nora. Luego, levantándole la cabeza con suma suavidad, la colocó sobre sus rodillas.

—¡Qué hermosa frente tienes, Nora!—Y agregó:—Ojos no he visto como los tuyos, ni pelo como el tuyo y, lo que es peor, ni un alma como la que tú tienes.

Al empezar la frase, Pedro Vázquez habló con suavidad; terminó sonriendo, como queriendo darle a todo aquello el acento de una broma. Sin embargo, estaba intranquilo, respiraba nerviosamente y sus trémulas manos acariciaban el frágil cuerpo de Nora desde los hombros hasta la punta de los pies.

Nora continuaba callada; sus grandes ojos, muy abiertos, se fijaban de cuando en cuando en el semblante de Pedro; se estremeaba, como si quisiera hablar y le significara un sacrificio; y luego, con la cabeza sobre el brazo, siempre a lo largo del suelo, continuaba callada.

Pedro se acercó a ella, y, cogiéndola casi con violencia, la besó en los labios. Nora se recogió disgustada y fué a ocupar un extremo del sofá. Pedro la siguió y se sentó a sus pies. En un instante, las manos de Nora tomaron su cabeza y la acariciaron nerviosamente; luego, en un arranque extraño, le cogió de nuevo la frente y, con los ojos anegados de llanto, se la besó con desesperación. Sobre el rostro de Pedro se confundían sus besos y sus lágrimas. Casi en ese mismo instante, después de mirar a Pedro fijamente, sus brazos cayeron en actitud angustiada, su cuerpo de nuevo dió en el suelo y, después de algunos instantes de silencio, él la oyó sollozar largamente.

Pedro, de pie, recorría la pieza a grandes pasos. Afuera, los vecinos se habían retirado a comer y en la calle había un profundo silencio. De cuando en cuando, se oía la corneta de un automóvil lejano y cada vez más

tardios resonaban en la vereda los rítmicos pasos de algún transeunte retrasado.

Pedro dijo, acercándose a Nora:

—Dime, dime qué tienes. Sí, sí, lo sé—continuó—tú no puedes vivir sin una gran pasión y a mí me quieres; pero ya para ti no soy el de antes. Por eso lloras cuando me besas, por eso rebuyes toda proximidad. Diez meses hace que, con una crueldad inaudita, te niegas a ser mía, después de haberme pertenecido tantos años. Has llegado hasta decirme que quieres a otro. ¡Y no comprendes lo doloroso que es esto para mí! Bien sabía yo que llegaría el momento en que no podría evitarlo, en que no podría retenerte; pero me lo dices... has llegado hasta querer hacerme el confidente de tus nuevos amores...

Nora se irguió violentamente y, con voz estremecida por la emoción, le dijo:

—Cuatro años de pasión viví a tu lado, sin alterar tu vida de desorden. Tú no hiciste sino contemplar el cuadro y alejarte al extranjero cuando tu piadosa conciencia te dijo que me comprometías demasiado. Cuatro años fueron éstos en que, más que tu mujer, fui tu enfermera, tu madre, tu hermana. Yo no te culpo, pero hay causas que matan el amor y tú a todas recurriste. Te deleitabas observándome, sin sentirme única. Todas esas causas me exacerbaron momentáneamente; sufrí, como tú sabes, hasta morir, sin que nada de esto te conmoviera entonces. Hoy te quiero, pero ya no de amor. Ocultarte algo me parecería rebajarte, porque creo que tú mereces la verdad. Callarte algo mío lo consideraría un engaño y luego, si yo recurro a ti, si esto que nos une vale para mí más que un amor, es por el reposo de la sinceridad. Tú y yo debemos pensar en voz alta: la vida nos ha hecho solos y debemos dejar el uno ante el otro la comedia obligada. Por eso, cuando creí querer a otro, te lo dije, busqué un apoyo en ti, creyendo que estabas en el deber de dármele. Ve y cóncelo,—fué tu respuesta,—y si logra retenerte, que yo no lo sepa.—Lo conocí y todo ha concluido entre nosotros, porque nada habría podido existir entre yo y él; y si algo me sedujo en su persona, fueron ciertas semejanzas tuyas; pero tú vales mucho más que él!

—Bien, Nora,—dijo Pedro.—Hoy no ha sido, pero será más tarde, cualquier día. Yo siento que retenerte a ti es imposible.

Nora le replicó con acento concentrado y duro:

—Es infantil aquello de discutir la culpa. Sin embargo, cuando me conociste, tú no viste en mí sino un caso extraordinario; me encontrabas inteligente y hermosa y creíste poder pasar cerca de mí como de tantas mujeres. Luego, fui sorprendiéndote, porque tenía un alma, y hoy que, por mi parte, no siento sino una piedad fraternal, una afinidad de cerebros, tú ves en mí todo lo que antes no viste y quieres resucitar un amor que no quisiste conservar. Acuérdate—continuó Nora con amargura—cuántas veces, al llegar cerca de ti, viva la repulsión del engaño, encontré a tu lado otras mujeres!... Cuántas veces en tus delirios alcohólicos me estrellaste en el suelo hasta arrancarme sangre! Yo te he perdonado todas estas cosas, pero no puedo ser la misma de antes.

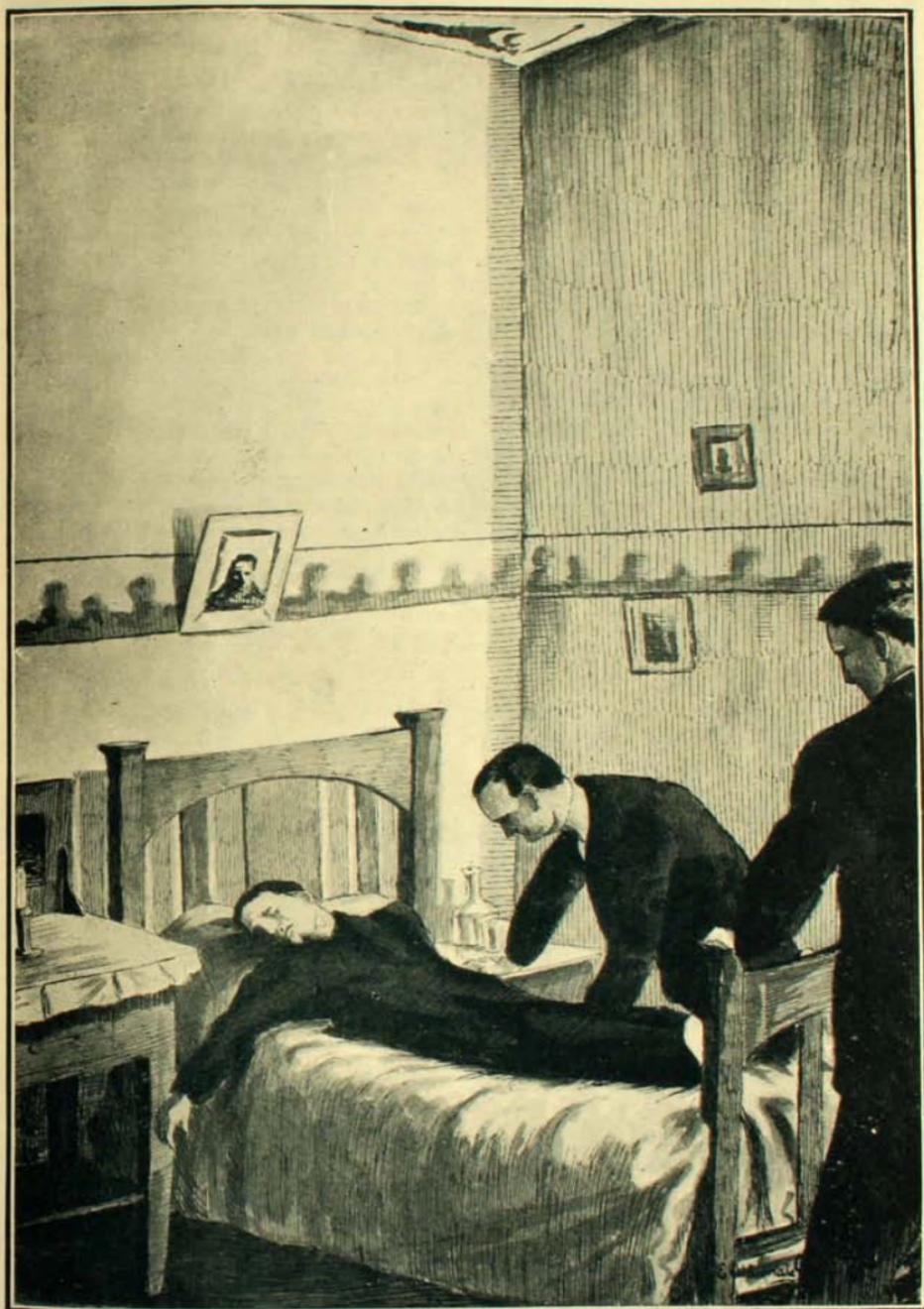
—Tienes razón—dijo Pedro con amargura.—He sido un salvaje, pero te quiero. Yo necesito rehabilitarme ante el mundo y ante mi conciencia; bajo la impresión de todo esto, la vida para mí es difícil, de manera que si tú me faltas, Nora, no sé qué será mañana de mí. Tú ves que vivo desde hace un año estudiando, sin salir jamás, sin ver a nadie sino a ti. Te espero en tal forma, que cuando me dices que vendrás a cierta hora, y te atrasas un instante siquiera, cuando entras no puedo decirte nada, porque estoy exánime de esperar. He amoldado mi vida a todo lo que fueron tus descos; sin embargo, sé, como tú dices, que esto no volverá a ser; pero no me resigno. Eres irremplazable, eres insustituible. ¡Pobre del hombre que se enamora de ti! Jamás, jamás te he sentido totalmente mía, ni aun cuando me has querido con mayor violencia. Algo tienes, algo hay en ti que no será jamás de nadie.

—No te inquietes, Pedro,—dijo Nora—nadie ha vivido ni nadie vivirá tan cerca de mí como tú has vivido. Hoy por hoy, para mí lo eres todo.

—¿Y mañana?—interrogó Pedro.—Eres consciente dentro de tus apasionamientos y eso te ha defendido de caer; pero, ¿quién me asegura que cualquier día no has de tropezar con alguien a quien quieras y a quien te des como te diste a mí?

Nora, callada, inclinó la cabeza. Pedro encendió la luz y, con acento suplicante, la dijo:

—Dime, dime que volverás a quererme co-



A lo largo de la cama, sin huellas de sangre y con un brazo colgando fuera del catre, estaba el muerto.

mo antes, que es posible que eso pase. Dímelo, Nora, por favor!

Nora guardó silencio.

Luego, poniéndose de pie, lo besó largamente y salió sin decir una palabra.

Pedro Vásquez quedó solo. Largo rato estuvo sobre la silla, en la misma actitud, mirando de cuando en cuando la puerta por donde había salido Nora.

Dieron las once. Pedro Vásquez se levantó de su asiento y, con paso seguro, se acercó a la pared. Desprendió tres retratos de Nora que estaban colocados allí, abrió un cajón, recogió algunas cartas y, reduciendo todo esto a pequeños fragmentos, fué consumiéndolos lentamente en el lánguido fuego del brasero.

Luego pasó a su dormitorio y cerró cuidadosamente las puertas. Un instante después se oyó un disparo y un grupo de gente inva-

dió el dormitorio y el pequeño patio de la casa.

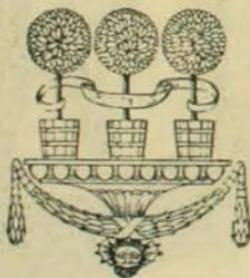
Un practicante de medicina entró. A lo largo de la cama, sin huellas de sangre y con un brazo colgando fuera del catre, estaba el muerto. El practicante levantó el cadáver y apareció sobre la colcha oscura un círculo de sangre. Luego le alzó la solapa izquierda del vestón y observó la huella insignificante que había dejado el proyectil sobre la ropa.

En seguida miró con indiferencia los muebles y demás detalles de la pieza, acercó la nariz a un pequeño vaso con restos de líquido que había sobre el velador, sacó una libreta y preguntó:

—¿Pedro Vásquez...?

—Sí, señor—le respondieron.

Hizo algunas anotaciones y salió. Dieron las doce. Antes de la una, la casa volvía de nuevo a quedar en silencio.





EL ABUELO DE LA CRÍTICA MODERNA.—Nos parece imposible publicar un estudio sobre los críticos sin evocar en él la memoria de Nicolás Boileau-Despréaux, que es el verdadero fundador de la crítica literaria francesa.

## CRITICOS Y CRITICADOS

Por PABLO REBOUX.

Presidente de la Asociación de Crítica Literaria de París.

En el comienzo de su admirable estudio sobre *“Les Ouvrages de l'esprit”*, La Bruyere habla de la crítica literaria en términos bastante duros. Asegura que los críticos son casi insensibles a las cosas bellas; que si los juicios opuestos de los censores fuesen escuchados, no quedaría nada de las obras que juzgan; agrega, por fin, que “el deber del revistero consiste en decir: tal libro está en circulación, impreso *chez Cramoisy*, en tal carácter; está bien encuadrado y en buen papel; se vende a tanto. Su locura está en querer hacer crítica.”

Sin embargo, en las páginas que siguen. y que son excelentes, La Bruyere comenta las obras de Malherbe, de Théophile, de Ron-

sard, de Rabelais, de Corneille. Y éstas son páginas de crítica literaria...

Tal contradicción está en el fondo de todos los debates sobre la crítica. Las gentes se esfuerzan en maldecirla, en condenarla a muerte, en jurar que, por lo demás, está muerta ya... Y, sin embargo, está tan viva que esas mismas gentes no podrían pasarse sin ella. Que un crítico les alaba con exceso; e inmediatamente le llegarán agradecimientos, un poco más calurosos, justo es decir, que los que se acostumbran dirigir a un personaje muerto.

Por el contrario, si un crítico les ataca, será pronto injuriado por ellos sin que tengan en cuenta, un instante, el respeto que se debe a los difuntos.

Es verdad que la crítica no ha sido atacada desde sus orígenes. Hay acuerdo para decir que en los tiempos de Saint-Beuve estaba floreciente. En ese tiempo se exaltaba a La Harpe. Los contemporáneos de La Harpe no reconocían verdadero mérito sino a Boileau. Y de esta suerte podríamos remontar la cadena de las edades...

Es que son los autores los que hablan así de las críticas literarias; y los autores no tienen siempre razones de gratitud para hablar bien de ellas.

Era natural que las víctimas de Boileau, los Pradon, los Boursault, los Cotin, los Chapelain, le hicieran sufrir represalias. Tanto más, cuanto que tenía el juicio cruel y a nadie perdonaba. Se conoce su frase sobre Racine, que trascribe el abate de Voisenon:

"Alguien le hablaba de los genios de Francia."

"—Yo no conozco sino tres, dijo Boileau, ni uno más."

"—¿Quiénes son ellos?"

"—Corneille, Moliere..."

"Y como no continuara, el interlocutor le preguntó:

"—¿Racine es sin duda el tercero?"

"—No, replicó Boileau con buen humor, Racine no es sino un espíritu selecto a quien yo enseñé a hacer versos, con mucha dificultad. El tercero soy yo."

¿Qué quieren Uds.? Es preciso que los críticos literarios se coloquen ellos mismos en el sitio que ambicionan, pues no deben contar para ello con los escritores.

☞

La Harpe, a quien yo citaba hace un momento, no era él tampoco, un inofensivo. Una carta suya dirigida al autor de *Cándido* muestra que sabía a la vez rendir homenaje al mérito y castigar lo insignificante o malo. Decía, hablando a Voltaire, de Fréron, a quien Voltaire había atacado con mucha espiritualidad: Menester es que tenga orugas para que los ruiñeños las coman, a fin de cantar mejor."

Se explica, después de esto, que Fréron y todos aquellos que se le parecían, hayan denigrado como mejor pudieron a La Harpe y su crítica.

Voltaire, por otra parte, vengó a La

Harpe, y como él sabía hacerlo. Es conocido su cuarteto:

L'autre jour au fond d'un vallon,  
Un serpent mordit Jean Fréron.  
Que pensez-vous qu'il arriva?  
Ce fut le serpent qui creva!

Más tarde, los autores no se enmendaron.

Balzac llamaba a Saint-Beuve, después de haber sido discutido por él sin benevolencia: *Saint-Bévue* (1).

Arsene Houssaye, cuyo ingenio había hecho algunas víctimas, al mismo tiempo que su lujo, un tanto vistoso y libre le ponía al alcance de los envidiosos, recibió el sobrenombre de *Arsouille Houssaye*.

Una víctima de Pierre Véron aseguró que éste llevaba una corbata muy alta con el objeto de cubrir una enfermedad de la piel, y afectó llamarlo: *El príncipe de Gales*. Aún llevó su malicia hasta dirigirle un día una carta cuyo sobre decía así:

MONSIEUR VERON

*dans sa cravate*

a Paris.

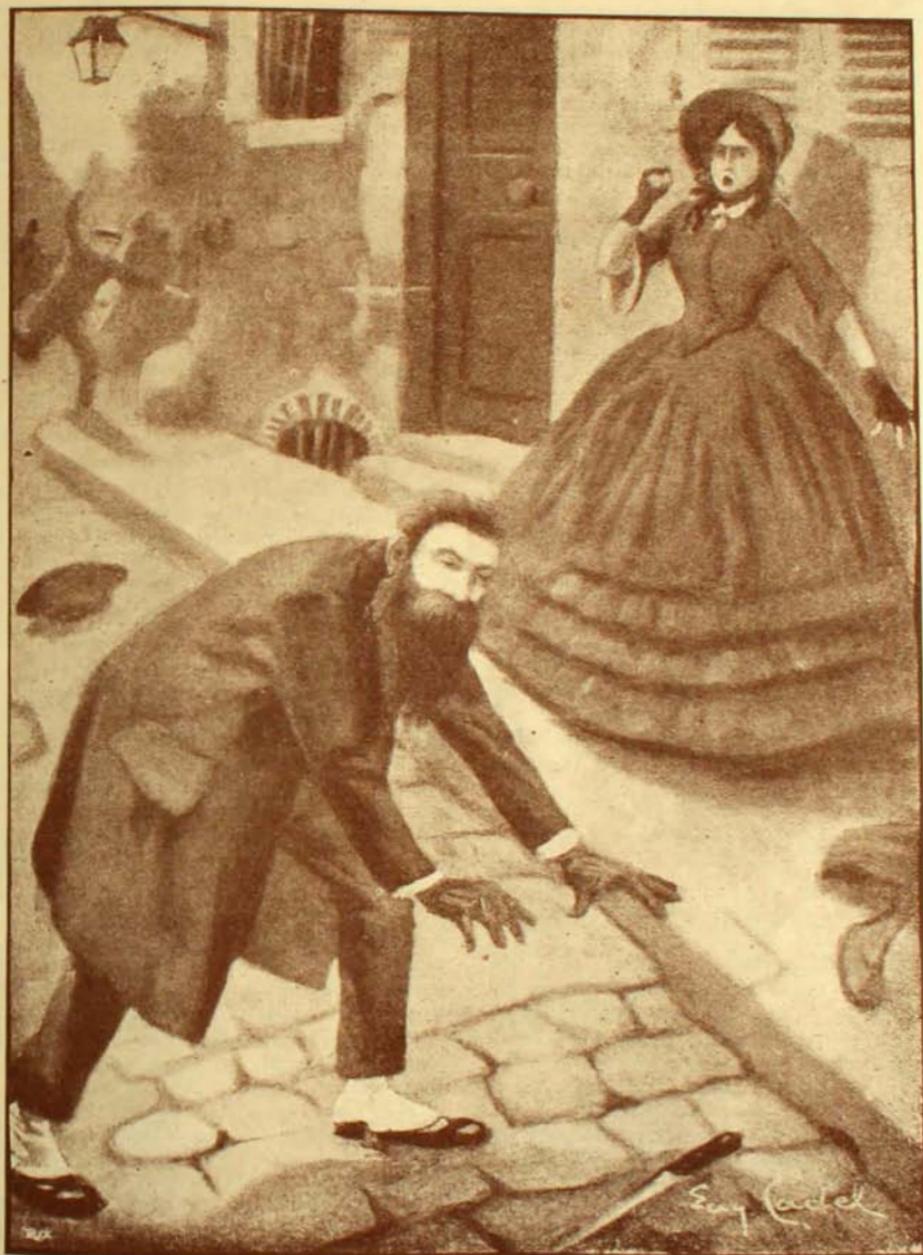
Los críticos han tenido a veces que defenderse contra otra cosa que no simples bur-las. En el siglo XVII, se les apaleaba. Y es probable que bajo el Terror, los conflictos literarios terminaran trágicamente. ¿Era tan fácil en ese tiempo hacer encarcelar y ejecutar, mediante un simple denuncia, a cualquier personaje que se considerara impo-rtuno!

Por fin, a mediados del siglo pasado, una Mme. Louise Colet, musa temiblemente exaltada, se armó una tarde de un cuchillo de cocina, y lo plantó entre los omóplatos de Alfonso Karr. Por dicha, el golpe fué mal dirigido y el arma cayó. Alfonso Karr la recogió inmediatamente, y la expuso en su casa con esta etiqueta:

Dado

por Mme. Louise Colet  
a M. Alphonse Karr  
en la espalda.

(1) *Bévue* quiere decir: *yerro, equivocación*.



UN GOLPE FRUSTRADO.—A mediados del siglo último, una señora Luisa Colet, musa temiblemente exaltada, se armó cierta tarde de un cuchillo de cocina y lo plantó entre los omóplatos de Alfonso Karr, felizmente sin daño para éste.

Hubo menos ruido, pero tanto espiritual coraje en la conducta de Saint-Beuve, cuando su duelo con M. Dubois, el propietario del *Globo*.

Como consecuencia de una querrela, los cuatro testigos habían reconocido que, siguiendo la fórmula: "Un encuentro era inevitable"; se dieron cita para el día siguiente por la mañana en una propiedad de los alrededores de París.

Amaneció ese día, feo y triste. Llovía a cántaros.

Saint-Beuve llegó al terreno. Como su adversario, llevó sus pistolas. La suerte decidió que se haría uso de las armas del crítico. Pero, grande fué la sorpresa del director del combate, cuando descubrió en la caja dos instrumentos extraordinariamente pasados de moda, dos armas antiguas con culatas esculpidas, de cañones finamente damasquinados, y cuyo sitio apropiado parecía estar en el Museo de Cluny, y no en otra parte.

—Mis pistolas son muy buenas, aseguró Saint-Beuve. He usado de ellas para matar gorriones en los tiempos en que estudiaba medicina en Boulogne-sur-Mer. Mi padre, que me las dió, las había heredado de un tío abuelo... Están construídas con un cuidado poco común, debo reconocerlo... Pero, ¿acaso en esto van Uds. a fundar la creencia de que no pueden servir para el caso?

Se discutió largo rato bajo el aguacero persistente. Los testigos, Saint-Beuve, M. Dubois, cada uno bajo un paraguas, hacían valer sus respectivas tesis. Por fin, Saint-Beuve triunfó.

Inmediatamente, se midió el terreno fangoso para precisar la distancia de los adversarios, y se tomaron las últimas disposiciones. En el momento de preguntar a los combatientes si estaban listos, el director del combate observó que Saint-Beuve había tomado correctamente su postura, pero sin dejar su paraguas. Por lo cual, hubo de llamarle la atención.

—Cierre ese instrumento, señor, le dijo, no sin cierto desdén, este hombre de honor. Saint-Beuve sacudió la cabeza. En seguida permaneció inmóvil, bajo la seda tendida sobre la cual crepitaba el aguacero.

Nuevo conciliábulo, nueva reunión de pa-

raguas. Nada pudo decidir a Saint-Beuve, quien, por fin, exclamó con cólera:

—¡Jamás, jamás!... Estoy dispuesto a que me maten, pero no quiero pescarme un resfriado.

Saint-Beuve se batió bajo su paraguas abierto y, para bien de las letras, las cuatro balas fueron cambiadas sin resultado.

¡Pobres críticos! Todos no tuvieron, en una situación molesta, la ocasión de mostrar tanta bonhomía heroica... Hay circunstancias en las cuales el hombre más honrado no sabría defenderse, y el sabio M. Max Nordau, crítico científico, no fué preservado...

### *Un crítico mistificado*

Sabido es que M. Max Nordau compuso grandes obras, en las cuales se vanagloriaba de estudiar a los hombres según los recientes métodos, y de encontrar en cada uno de ellos síntomas de delicuescencia. Casi todos nuestros semejantes, afirmaba, son degenerados. Es preciso catalogarlos según sus taras.

Junto a ideas generales muy precisas, M. Nordau poseía un gran cuidado de exactitud, una conciencia pronta a emprender todas las encuestas, a sufrir todos los sacrificios.

No quiso componer el capítulo relativo a las evoluciones de la juventud literaria, sin tomar contacto con esta juventud. Así fué como cierta tarde, los clientes de una cervecería de la orilla izquierda, donde la hora del ajenjo era también la de los más violentos debates intelectuales, vieron llegar a un docto personaje de lentes de oro, que se sentó, pidió un ajenjo para no hacerse notar, sacó un carnet de apuntes, y se hizo todo oídos para escuchar...

Al día siguiente, el desconocido estaba allí de nuevo, delante de su ajenjo intacto y su carnet de apuntes, sobre el cual garabateaba sin interrumpirse. Lo mismo ocurrió al subsiguiente día, y así sucesivamente...

Los charlatanes no se pusieron de pronto en guardia. Luego se extrañaron. ¿Quién era ese consumidor cotidianamente descarriado en la cervecería? No parecía ofrecer los rasgos de un hombre acostumbrado



**REPLICA ESPIRITUAL.**—Cuando el duelo que tuvo con M. Dubois, propietario del Globo, Saint-Beuve no quiso a ningún precio cerrar el paraguas, y respondió así a las observaciones de sus testigos:—Dispuesto estoy a que me maten, pero no quiero de ningún modo pescar un resfriado.

a tales sitios... Uno de ellos fué por noticias y luego volvió diciendo que el desconocido era Max Nordau, y que verosimilmente preparaba éste un capítulo sobre los "grafómanos", u otra categoría de degenerados en la cual quisiera clasificar a la juventud del barrio latino.

Un proyecto corrió de mesa en mesa: "¡Ah, señor mío! ¿con que desea Ud. documentarse sobre el terreno? Pues bien, va a ser Ud. mejor servido de lo que se esperaba."

A partir de ese día, insensiblemente, las maneras de los jóvenes se modificaron. Afectaron hallarse en confianza y dispuestos a revelar ciertos rasgos inconfesados hasta entonces de sus caracteres. Uno de ellos hizo sobre su vida privada revelaciones espantosas. Otro absorbía bolitas de miga de pan declarando que él se alimentaba exclusivamente de haschich y de píldoras de opio. Todos, en fin, pronunciaban los discursos más bizarros sobre la religión, la sociología y la moral.

Max Nordau holgaba. Registraba todo con una avidez de las más alegres. Y así fué, cuenta M. Adolphe Retté, como se compuso la parte de las *Degeneraciones* que trata de los Simbolistas.

Como se vé, entre autores y críticos, la lucha es permanente. Pero, acaso en el siglo XIX esta lucha se ha revelado con más ardor.

Hubo desde luego la gran querrela del romanticismo, durante la cual se cambiaron no solo argumentos, sino también injurias y golpes. La primera representación de *Hernani* ha quedado célebre, y el chaleco rojo de Théophile Gautier del cual tanto se ha hablado, simbolizaba justamente una revolución.

Contra Hugo se levantaron detractores encarnizados. M. Duvergier de Hausanne, miembro de la Academia Francesa, declaró: "El romanticismo no es un ridículo, es una enfermedad, como el sonambulismo y la epilepsia." Por mucho que los críticos adversarios de Hugo tuviesen nombres que podían hacer sonreír—Népomucene Lemerrier, J. P. Pic—su coalición fué eficaz. Ella logró hacer fracasar al poeta cuando éste se presentó a la Academia; y los cuarenta nombraron en su lugar a un señor Dupaty,

autor de sainetes con coplas, lo que provocó esta salida de Hugo:

—Yo creía que se llegaba a la Academia por el puente de las Artes... Y ahora veo que es por el Puente-Nuevo...

Cuando aparecieron los naturalistas, nuevo combate. No hay palabras groseras de las cuales no se haya hecho uso para combatir a Emilio Zola. La aplicación literaria que hacía de las doctrinas científicas a la moda le condujo hasta audacias que no le perdonaron. Y la escuela de Medan, agrupada alrededor de él, debió estrecharse en falange para resistir a los ataques.

El último conflicto literario, en el cual bayan tomado parte escritores y críticos, es la batalla simbolista.

Los Parnasianos, respetuosos de la prosodia hasta el punto de disminuir su inspiración a fuerza de sujetarla a las reglas, se levantaron violentamente contra los simbolistas.

—Vuestros versos son imposibles de recitar sin perder la respiración!—exclamaba Sully-Prudhomme.

Los simbolistas respondieron:

—¡Es Ud. quien tiene el aliento demasiado corto!

En la Academia, Francois Coppée se quejó de que un viento cargado de bruma soplabá sobre la poesía.

Al día siguiente, por los cuidados de algunos poetas verso-libristas, un paquetito era llevado a su casa: en él descubrió Coppée una bufanda de lana.

#### *La crítica literaria moderna*

Desde entonces, el tono de las polémicas se ha atenuado. O mejor, las polémicas han desaparecido casi. Preciso es ver en ello una señal de individualismo.

Sin embargo, los autores cuyos libros no se venden o cuyos artículos no son recibidos en las salas de redacción, hablan con una amargura injustificada de los desdenes que sufre el "arte".

He ahí toda la discusión literaria contemporánea. Las letras tienden a dividirse en dos categorías: la que llaman el "Boulevard", es decir la literatura que el público comprende y ama, y aquella que no tiene nombre preciso, la Innombrada, que se



CRITICOS.—Entre todos los que han ejercido un papel influyente de críticos, hé aquí algunos particularmente importantes e ilustres. Arriba, de izquierda a derecha: Rabelais, Malherbe, Corneille, Racine. Más abajo, de izquierda a derecha: Molière, Boileau, Voltaire. Más abajo todavía, de izquierda a derecha: Prévost-Paradol, Alfonso Karr, Emilio Zola. Abajo, de izquierda a derecha: Théophile Gautier, Jules Janin, Arsène Houssaye. De pie, a la derecha: Saint-Beuve.

honra en pequeñas capillas, divididas a menudo por ligeros cismas, y cuyos supremos sacerdotes pontifican de preferencia en las cervecerías del barrio latino. Pero este simulacro de combate en el cual uno de los combatientes es generalmente desconocido, no interesa ya.

Al mismo tiempo que el conjunto de la literatura, la crítica literaria ha evolucionado. Su forma misma se ha modificado profundamente. Casi por todas partes, los grandes folletines, los artículos de muchas columnas han desaparecido, para dar sitio a notas más sustanciales, condensadas, en las cuales se analizan las obras lo estrictamente necesario para dar una idea rápida de lo que ellas contienen, y se apreñan en el número exacto de palabras para guiar al lector, para decirle: ¡confianza!, o para advertirlo: ¡cuidado! Sería absurdo ver en esto un debilitamiento del género.

¿Para qué hacer vastos estudios en una época en que no se juzgan las obras con relación a obras anteriores, según era la moda hasta aquí?

¿Para qué fatigar de antemano al lector con la presencia de un largo texto, ahora que el esfuerzo de la prensa contemporánea tiende por el contrario a hacer la lectura fácil, asimilable, viva?

¿Para qué desflorar una obra con un análisis demasiado detallado, en que la personalidad del crítico corre riesgo de sustituirse a la del autor y dar a todas las obras un aire de semejanza?

¿Cómo, entonces, será preciso ejercer la crítica literaria?

Con simplicidad, sin vano alarde de erudición.

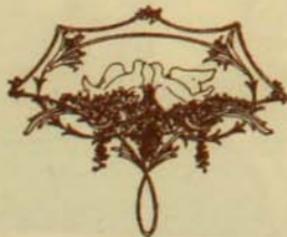
Con modestia. No busquemos hacernos valer nosotros a expensas de los que estudiamos. Se gana así la reputación de gran crítico: pero los grandes críticos no son los mejores.

Con eclecticismo. La supresión de las querellas literarias, si bien es verdad que quita a las producciones de hoy algún sabor, tiene al menos la ventaja de permitir una comprensión más vasta, de no limitar las tendencias del gusto.

Con audacia. El verdadero crítico es aquel que hace descubrimientos, aquel que ha leído el libro de un desconocido, que ha leído con emoción y sin temor de trastornar la opinión un poco muelle y rebelde a los impulsos del entusiasmo. Es una de las noblezas de nuestra tarea.

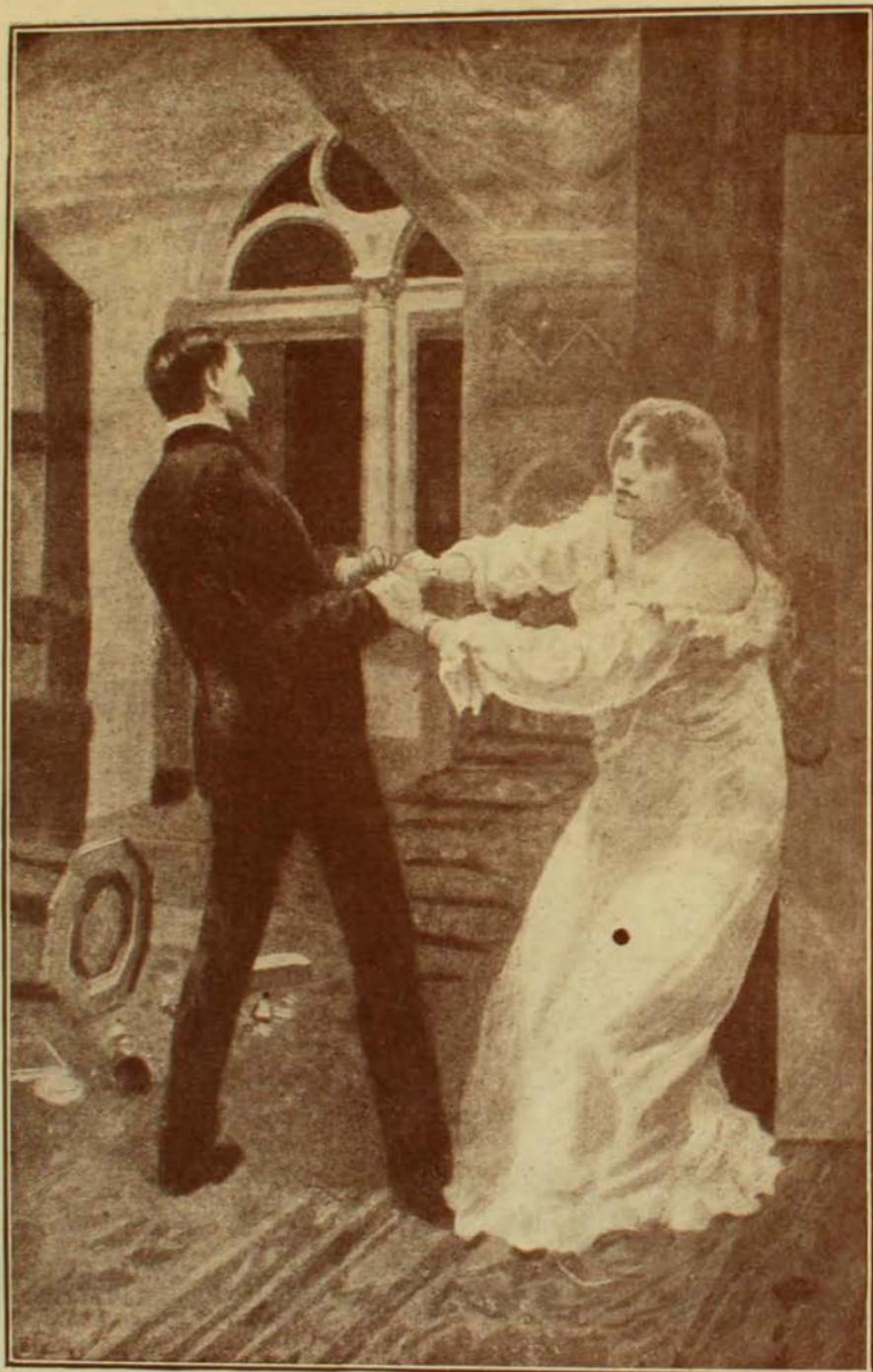
Con simpatía. Sepamos hacer crítica conciliadora y fraternal. Sepamos ser los intermediarios entre el autor y el público. Si algunas intenciones de la obra permanecen veladas, tratemos de hacerlas perceptibles. Disipemos los malentendidos. Quitemos a la malevolencia las oportunidades de ser ejercida. Formulemos nuestras objeciones con tanta reticencia y pesar como necesitáremos de entusiasmo en la expresión de nuestros elogios.

Por fin, con amor. Es preciso amar las obras humanas. ¡Pensad en la suma de energías, de entusiasmos, de decepciones, de emociones y de labor paciente, que representa un libro, cualquiera que fuere su grado de perfección!





Señora Raquel Castillo de Bernal.



hasta que por último logró salir de las manos a su esposo.

# La ventana trágica

Por FRED. M. WHITE



ESEABA Ud. hablar conmigo, General?

—Es para más que eso, mi estimado joven,—replicó el veterano inclinando la nivea cabeza. Sus ojos, cansados, estaban llenos de abatimiento.

El General Sherlock continuó:

—Deseo salvarlo de una dolorosa tragedia.

Ralph Chérítón no pudo menos que sufrir un frío estremecimiento al escuchar aquellas palabras, dichas por una persona a quien veía por primera vez. En otras circunstancias, sin duda, habría sonreído despreciativamente; pero, delante de un respetable veterano de luegas y blancas patillas, que hasta sus sesenta años había servido con distinción al país, su acrisolada caballerosidad se lo impedía. Solamente dijo:

—Sus palabras, General, son muy extrañas.

El ilustre soldado suspiró. Su cabello era blanco como las nieves del Afganistán y hondos los surcos que cubrían su rostro. Sólo sus ojos conservaban el fulgor de la juventud, aunque eran unos ojos llenos de tristeza. Dijo:

—Es la primera vez que tengo el honor de ver a usted; porque, retirado a descansar en este rincón, frecuente muy pocas amistades. Ahora, quiero explicarle la causa de mi llamado. Debe usted saber que esta casa perteneció a mi familia. Una tía mía murió aquí, mi abuelo también; pero éste se suicidó.

—¡Qué desgracia!—murmuró Chérítón por política.

—Sí; se arrojó desde la ventana del desván, lo más alto de la casa. Antes de un año, dos tíos míos y un antiguo sirviente se suicidaron también de la misma manera. Yo no me atrevo a darles a estos hechos ninguna explicación; me limito a constatarlos.

—¡Es por demás extraordinario! — dijo Chérítón.

—¡Más que extraordinario! Créame que hay noches en que sueño con esa ventana del desván y despierto con un deseo extraño de irme a arrojar de cabeza desde ella, tal como lo hicieron aquellos antepasados míos. Una noche, en Afganistán, al pasar cerca del Kandahar, este loco impulso llegó casi a dominarme por completo la razón. Con respecto a esa maldita ventana, lo único que se me ocurrió hacer, fué tapiarla.

Chérítón estaba profundamente impresionado. Nunca se había dejado dominar por la superstición, esa especie de locura que ha dominado las almas durante tantos siglos. Sin embargo, quedaba en pie el hecho inexplicable. Acababa de retirarse de la Armada y había comprado la casa de Bernemore, que era el escenario de las tragedias relatadas por Sherlock. Hasta entonces, nada había oído decir del misterio fatal que rodeaba aquella ventana de la buhardilla. Setenta años de olvido habían borrado de aquel hecho hasta el recuerdo. La gente del lugar nada sabía de aquello. Ya había reparado él en aquella sencilla y primorosa obra de arquitectura, un amplio ventanal de antiguo estilo, tapiada con ruda construcción de mampostería.

Sin imaginarse la causa que había motivado aquella obstrucción que dejaba fuera de servicio una cómoda habitación, Chérítón había hecho reabrir la ventana y transformado el aposento en un lujoso saloncillo de fumar. Precisamente, el día anterior había estrenado su "Smocking Room", del cual todos sus amigos habían quedado encantados.

El General observó, después de una larga pausa:

—Sólo ayer he sabido lo que usted ha hecho. Créame que me ha sido bien penoso salir de la soledad en que me había envuelto; pero, antes de todo, estaba en mi deber y resolví comunicarle estos antecedentes. Mi silencio me habría hecho cómplice de quizás qué desgracia.

Sherlock hablaba con una absoluta con-

viciación; pero sus palabras eran secas y frías, propias de un hombre que jamás ha sentido miedo. Chériton se apresuró a decir:

—Pero, yo creo, General, que usted no supondrá que la maldición, o lo que sea, de que era víctima su familia, habrá de recaer también sobre personas extrañas.

—Precisamente, lo creo, capitán Chériton. ¿No le he dicho que un sirviente muy antiguo encontró la muerte de la misma manera?

—Es posible que su espíritu se hubiera contaminado. Usted sabe, sin duda, que el suicidio a veces llega a ser como una epidemia. Basta con que alguien se quite la vida de un modo nuevo, para que una docena de desgraciados sigan el ejemplo.

Los ojos del General brillaron.

—Veo que usted es difícil de convencer—tijo.

—Bueno. A mí me gusta llegar al fondo de las cosas. Tenga usted por seguro que, al hacer lo que me aconseja, me haré blanco de la burla de mis amigos, y el que no le teme al ridículo es porque en realidad es un hombre fuerte o un perfecto imbécil. Me veo obligado a confesarle que tengo un gran deseo de investigar este asunto un poco más adelante.

—¿Entonces usted no volverá a cerrar para siempre esa ventana?

—General; estamos en pleno siglo veinte!

El General Sherlock alzó los hombros virilmente, como para sacudir el peso abrumador de los años. Pareció ensancharse todo su espíritu; su voz se hizo más ruda y firme, y sus ojos llamaron, encendidos de ira.

—Parece que usted se empecina en saber toda la dolorosa historia, que tiene para mí mucho de vergonzosa. Pero, mi deber me obliga y seguiré su dictado. Mi abuelo fué todo un malvado. Laceró horriblemente el corazón de su esposa, de tal manera, que todos sus hijos e hijas lo abandonaron. Hubo también la historia de una linda muchachita ultrajada y una maldición—la misma maldición que debía caer sobre esta casa y sobre todos los que la habitaran después—; pero, no debemos extendernos sobre esto. Durante muchos años mi abuelo vivió aquí, acompañado solamente por un sirviente, tan bribón como él, dado a la bebida, y complaciente en todo lo que a su amo le apetecía.

El General hizo una pausa. Chériton guardó silencio.

La tragedia se acercaba. Una noche de invierno, cuando el suelo estaba completamente cubierto de nieve y el aire era frío y cortante en las cercanías. Una de las personas que te, un coche de pasajeros sufrió un accidente viajaban en él, era precisamente una hija de mi abuelo. Había sufrido una grave lesión. Como le permitieron sus fuerzas, llegó hasta la casa en busca de alojamiento. Cuando llamó, la noche estaba horriblemente oscura y fría y los bribones de la casa le negaron auxilio. Ambos estaban borrachos y le contestaron con infames palabras. Desfalleciente de dolor, mi tía dió algunos pasos para alejarse; pero, rendida de fatiga, cayó con la cara vuelta al cielo y murió. Esta fué su triste suerte.

Mi abuelo había hecho su antro en la buhardilla a que nos referimos. Al día siguiente, cuando se despertó, cerraba ya la tarde. El sol poniente alumbraba con débiles rayos el edificio y su luz se extendía sobre el suelo mojado. Allí estaba tendido, el rostro iluminado por una dulce sonrisa, el cadáver de María Sherlock...

En toda la casa se oyó un grito de horror, un grito espantoso que clamaba misericordia. Entonces, el hombre malvado, en un impulso ciego, inconsciente, se lanzó de cabeza al vacío y se rompió el cráneo sobre el pavimento. Entonces...

El General se detuvo. Parecía paralogizado por la emoción.

—No puedo decir más. Si no he logrado convencerlo, mis esfuerzos han fracasado. Adiós. Sólo de usted depende lo que pueda acontecerle.

—En realidad, no me siento intimidado,—replicó Chériton. De todas maneras, se lo agradezco sinceramente. Adiós.

## II

Como de costumbre, la alegría reinaba en la casa de Bernemore. Chériton había invitado a sus relaciones, todos jóvenes y de buen humor. Su esposa, una mujercita hermosa y espiritual, la graciosa Ida, comunicaba más encanto a la reunión. Sentada al extremo del comedor, parecía más lánguida y frágil que de costumbre. Sus hermosos ojos grises parecían extasiarse en una suave visión interna, como si una alegría lejana, aún no expe-

rimentada, envolviera su alma. Aquella des-preocupación no le permitía darse cuenta de la preocupación que abatía a su es-  
 poso.

Era en verano. En la mesa no se habían colocado luces porque un sol claro y juguetón reía entre las flores y los jugosos racimos. La pesada fragancia de los duraznos recién cogidos llenaba el aire. Alrededor de la mesa se sentaba una docena de personas. Dixon, el antiguo compañero de armas, y su esposa; el novelista Michelmores y su novia; un teniente de la armada llamado Acton y el hermano de Ida, Carlos, un muchacho nervioso que hacía brillantes estudios en Oxford.

—¿Qué le sucede a Chérítón?—preguntó Acton cuando se hubo perdido el ruido de la última falda de seda. Vengan los cigarrillos, Dixon. Dínos que te pasa, Ralph.

—Temo que vayan a reírse de mí,—dijo Chérítón gravemente.

Acton replicó:

—Hay, para mí, bastantes otras cosas de que reírme. Creo que no nos irás a contar que te has encontrado con un fantasma o cosa parecida!

—No me inquieta fantasma alguno. Es una historia que me han contado hoy. Se la relataré para que juzguen por ustedes mismos.

Chérítón llenó el silencio con el relato de su historia. Al concluir, el silencio se prolongó. El menos impresionado parecía Acton, quien fué el primero en hablar.

—En realidad, es muy extraño el caso; pero creo que el hombre más apático no dejaría pasar esto sin una protesta. Les confieso a ustedes una cosa: ninguna mano misteriosa e invisible me llevaría hasta el borde de la ventana para empujarme de cabeza fuera de ella.

—Más vale no asegurarlo, Acton—dijo Michelmores con gravedad.

—Ah! A usted, como novelista, le traiciona la imaginación. Ciento contra uno que yo duermo esta noche en la famosa habitación y mañana juego con usted una partida de billar.

Nadie respondió al desafío. Ninguno quería perturbar el agradable y voluptuoso sosiego ocasionado por la exquisita comida y los tenues vapores del vino. Sólo Chérítón estaba más preocupado. Acton volvió a protes-

—Bueno, que alguien llegue al fondo del misterio. No niego que el General haya hecho grandes cosas en sus tiempos; pero, lo que es ahora... tiene ochenta años. Subamos a la sala de fumar e investiguemos. Aún queda una hora o más de luz del día y podemos encontrar algún indicio.

Chérítón accedió y, al hacerlo, sintió como si hubiera sacudido su propia felicidad. En el aposento no había nada que pudiera producir miedo. Era un salón amoblado al estilo moro, luminoso y alegre. Desde la amplia ventana se dominaban todos los alrededores. Era una vista espléndida. Acton abrió las maderas y observó un momento. Su rostro moreno y severo se iluminó por una sonrisa satisfecha.

—¿Cómo se siente usted?—preguntó Dixon.

—Muy bien, gracias—contestó Acton riendo.—No tengo ni la más mínima gana de hacer el desagradable trayecto hasta el suelo. Ven tú, Carlos, y a ver si te animas a hacerlo.

Carlos Scott, el estudiante universitario, se asomó, y al hacerlo, todo su cuerpo se estremeció. La historia de Chérítón había impresionado fuertemente su naturaleza sensible. Dijo, tratando de sonreír:

—Llámenme ustedes cobarde; pero, ni por todos los tesoros de Golconda daría el saltito para abajo. Confieso mi horrible debilidad; pero, no lo haría.

Acton volvió a sentarse en un cómodo sillón, sonriendo satisfecho. Carlos Scott se sonrojó; pero se atrevió a decir que más valdría cerrar las maderas. Acton, con gran empeño, protestó.

—No, no. Cree tú lo que quieras; pero no tolero que se haga ese disparate. Si llegarás a sentir el misterioso impulso de aquellos peregrinos señores, no tienes más que avisar y nosotros nos sentaremos en tu cabeza para que te estés quieto. En nombre de la cordura, debe dejarse abierta la ventana.

Todos aprobaron con un murmullo. Las conversaciones giraban sobre diferentes temas. Acton y Dixon discutían con calor sobre política. Chérítón terciaba animosamente en ella. Michelmores y Scott estaban silenciosos. El novelista estudiaba el rostro contraído del joven, en el que se transparentaba el estado atormentado de su alma sensitiva. Dos ojos brillantes como chispas de fuego iluminaban la palidez de su rostro. La ventana abierta atraía con fuerza irresistible su mirada. Sus

ojos, extraordinariamente abiertos, estaban fijados en ella.

De pronto, como arrastrado por una fascinación, se levantó y dió un paso adelante. Sus ojos tenían un fulgor vidrioso, llenos de horror y de miedo. Parecía que le obligaban a ejecutar un crimen contra el cual toda su alma se rebelara. Michelmores lo observaba con el sutil análisis de un auscultador de almas.

En cuanto a Chériton, parecía haberse librado de la torturante preocupación. Cómodamente tendido en un amplio sillón, discutía asuntos de caballos. Sin duda, se sentía avergonzado de sí mismo.

Los ojos tranquilos y escrutadores de Michelmores seguían observando todo, especialmente a Scott, con la íntima satisfacción de ensayar su experta facultad de análisis de las emociones. Sin embargo, estaba alerta para evitar toda brusca resolución del joven. Su observación llegaba al momento más emocionante. Scott avanzaba lentamente hacia la ventana, andando con las suaves pisadas de un gato y extendiendo las manos hacia adelante, como si fuera ciego o estuviera rodeado de obscuridad. En sus ojos se notaba un sentimiento enorme de repulsión, como si toda su voluntad quisiera inútilmente resistir los movimientos mecánicos de su cuerpo. Sin embargo, seguía avanzando lentamente.

Michelmores extendió una mano y detuvo a Scott. Este, al sentir el contacto de los dedos de su amigo, se estremeció, como si una corriente eléctrica hubiera pasado por su cuerpo.

—¿Adónde vas?—le preguntó con suavidad Michelmores.

—A lanzarme de cabeza por la ventana.

—¡Oh! ¿Tanto te ha impresionado la historia de Chériton? Sigue mi consejo y déjate de tonterías. Estás haciendo una barbaridad.

—De ninguna manera, Michelmores. Estoy tan consciente de lo que hago como usted mismo. Aún sin haber oído nunca la famosa historia, habría sentido el mismo impulso al entrar a este cuarto. Usted lo sentirá, tarde o temprano, como yo, como lo sentirán también ellos. Pero, ya se me ha pasado todo. Sin embargo, creo que en esta noche no me volverán a detener.

Michelmores tuvo cuidado de no reírse, porque comprendía que Scott hablaba con sincera convicción. Había recobrado por completo

su voluntad. No se notaba en él ni el menor rastro de duda. Había sido algo pasajero.

La conversación de los otros tres seguía animada. Acton, sosteniendo una tesis contra los otros dos, llamó en su auxilio a Michelmores, el cual acudió a defenderlo, olvidándose por un momento de Scott. Cuando se dió vuelta para continuar observando el caso del joven estudiante, un grito de horror se escapó de su garganta.

Scott se había puesto de pie como empujado por una fuerza secreta. La misma angustia de antes brilló en su rostro y, con la rapidez del relámpago, se lanzó hacia la ventana. Michelmores en vano trató de asirlo por un brazo. Todos le vieron saltar ágilmente por la ventana abierta como la sombra de un pájaro que, doblando las alas, se precipitara hacia el suelo. Un ruido seco, terrible, llegó desde abajo.

Todos quedaron como petrificados por el espanto. Habían sentido crujir aquellos huesos débiles al chocar contra el pavimento y el gemido doloroso y mortal. El anonadamiento duró un segundo, un segundo en el cual el alma espera un poco de piedad o de consuelo. Después...

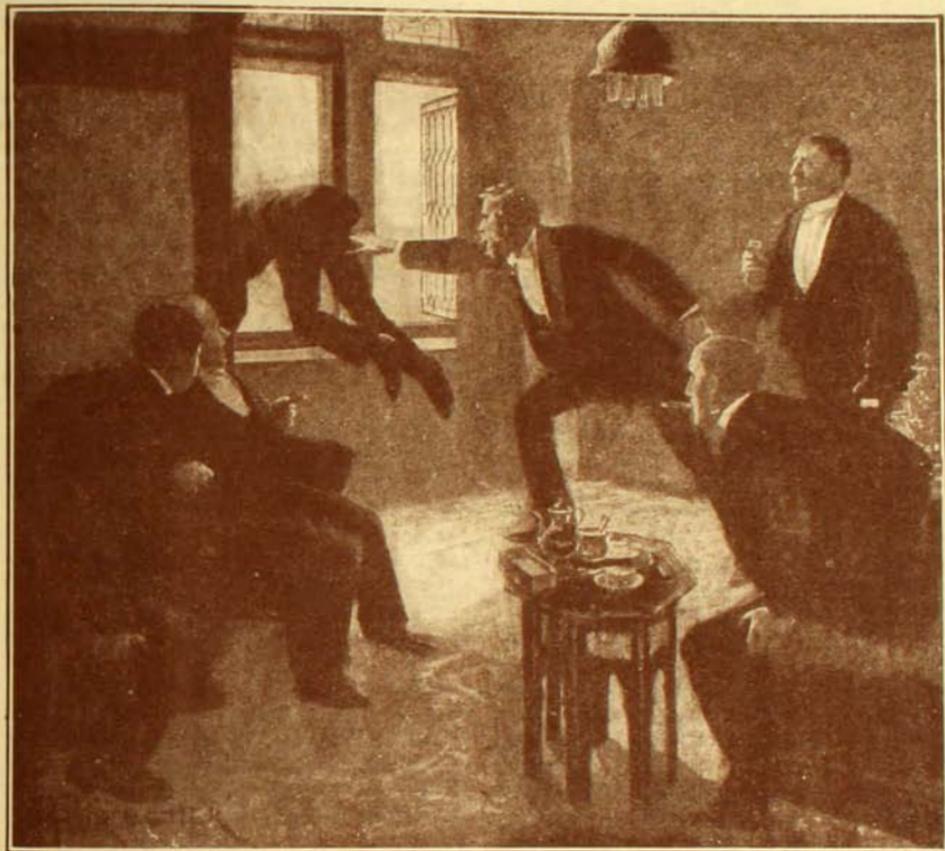
Después, cada uno se puso de pie y todos se precipitaron por la escalera. Todos, menos Acton, que se acercó a la ventana. Desde allí vió algo informe, una masa blanca y negra esparecida sobre las piedras. Una esbelta figura de mujer vestida de blanco estaba de pie, junto a aquello. Acton, reconociendo a la esposa de Chériton, la hermana del desgraciado muchacho, dijo con tristeza:

—¡Dios tenga piedad de ella!

Acton tenía razón. Cuando los hombres llegaron al patio, ella permanecía inmóvil como una estatua. Scott había caído precisamente a sus pies en los momentos en que se dirigía al jardín. Su falda de satén estaba salpicada de sangre. No articuló un sonido, aunque tenía el rostro contraído dolorosamente y los músculos y la boca vibraban como cuerdas. Chériton apoyó sus manos sobre los hombros de su esposa.

—Vete, vete pronto de aquí,—le dijo imperativamente.

Pero aquel cuadro de horror parecía haber fascinado la imaginación de Ida. No podía moverse, ni gritar, ni llorar; nada, sino aquel letargo mudo y la horrible vibración de sus labios. Sólo cuando el cuerpo inanimado de



Todos le vieron saltar ágilmente por la ventana abierta.

Scott fué retirado de allí, pudo articular un sonido. Primero fué un ruido ronco, que salía desde el fondo de la garganta y que fué creciendo hasta transformarse en risa, una risa tétrica que más parecía un aullido inhumano. Chériton la tomó en brazos y la llevó adentro.

La maldición de Caín había caído sobre él. El, únicamente él, había ocasionado aquella desgracia irremediable. Lleno de angustia y de vergüenza, trató de buscar la mirada amorosa de Ida, pero su esposa inclinaba la cabeza, desfallecida, sobre su hombro.

Entre tanto, Scott había sido colocado so-

bre un lecho traído apresuradamente al vestíbulo. Respiraba aún. Un gemido y un estremecimiento acusaban un resto de vida. Su rostro conservaba la mueca de horror que ya conocemos, mueca que no era ocasionada por el dolor del accidente. Chériton llegó hasta el lecho donde reposaba.

—¿Puedo hacer algo?—preguntóle Acton al oído.

—Sí, sí,—dijo Chériton.—¡Por amor del cielo, vaya usted en busca del doctor! Llegue hasta Castleford y traiga al primer hombre que encuentre. ¡Vaya pronto, que mi esposa se muere!...

## III

Scott no había muerto. La caída había sido de lo más peligroso y su estado era muy grave; pero el joven respiraba todavía. Cerca de media noche, tras torturante espera, llegó el doctor. Chériton lo esperaba con ansiedad. Durante dos horas había estado haciendo a largos pasos el gran vestibulo de antiguo piso de encima. Su espíritu agonizaba en la incertidumbre.

—¡Doctor!—dijo desfalleciente.—¿Mi esposa...?

—Duerme,—replicó el doctor Morrison.—Debe seguir dormida por varias horas. Le he aplicado un fuerte narcótico. No había otra manera de salvarle la razón.

—Pero, ¿no ha sufrido algo más? ¿De otra manera? Usted comprende, doctor. Si ha sucedido desgracia tan grande, yo me mataré!

El facultativo apoyó amistosamente la mano sobre el hombro de su interlocutor, fijándose en la inquietud de sus ojos y la espantosa palidez de su rostro.

—Usted necesita tonificarse los nervios,—le dijo.—Su esposa ha sufrido una gran impresión. Fuera del peligro que corre el cerebro, creo que no hay más que temer. Lo que necesita por el momento es conservar insensible el cerebro. De todas maneras, el restablecimiento completo durará algunas semanas y usted debe prepararse a verla con la razón turbada durante algún tiempo.

Chériton dió un gemido. Después interrogó al doctor Morrison respecto a Scott:

—¿No queda alguna esperanza para el pobre muchacho?

—Bueno... Si la hay, aunque parezca extraño. Hay conmoción del cerebro y fractura de un muslo; pero no he constatado contusiones internas de gravedad. Por esta noche creo que no puedo hacer más.

Ida Chériton dormía tranquilamente. Su rostro no conservaba huella alguna de la terrible emoción que acababa de experimentar. Su respiración era suave como la de un niño. Cuando Chériton entró, la esposa de Michelmore avanzó desde la sombra hasta quedar iluminada por el cono de luz que proyectaba la lámpara, abatida por una pantalla rosada.

—Pienso quedarme haciéndoles compañía hasta mañana.

Chériton quiso agradecerse débilmente,

pero no pudo. Durante las últimas dos horas había envejecido de angustia. Todo su sér parecía doblarse bajo el peso de la tragedia que acababa de desarrollarse. El rostro sonrosado del General Sherlock se le aparecía como una sombra fatidica y vengativa. Sentía un deseo irresistible de abandonar para siempre aquella casa llena de horror.

Temblosos y abatido, Chériton abandonó el cuarto de su esposa y bajó. En el vestibulo ardía una lámpara solitaria. Toda la casa estaba tranquila y silenciosa. Acton estaba sentado en la sombra, fumando un cigarrillo.

—Te esperaba,—le dijo.—Todos se han ido a acostar. Han querido procurarte tranquilidad; pero si necesitas tus servicios, están prontos para prestarlos.

—¿Por qué no has hecho lo mismo?—preguntó Chériton.

—¿Qué vas a hacer entonces? Mi querido amigo, me ha sido imposible recogerme. No es que me haya impresionado tanto como tú. Para ti este horrible accidente tiene un sentido sobrenatural. Yo pienso únicamente en una coincidencia.

—Puede ser,—dijo Chériton con tristeza. ¡El cielo lo sabe solamente!

Un doloroso suspiro salió de su pecho. Empezó a pasearse por el vestibulo presa de un desfallecimiento mortal, con los ojos cerrados y la frente inclinada sobre el pecho. Parecía tener grandes deseos de dormir.

—Voy a recostarme aquí mismo y tratar de dormir un poco,—dijo Chériton.

Acton le ayudó a acomodarse en un amplio sillón forrado en cuero. Rendido por la fatiga, Chériton se durmió pronto. Se oía el rumor fatigoso de su respiración.

—No se moverá durante algunas horas,—murmuró Acton.—Esta es mi oportunidad.

Estaba resuelto. Se retiró silenciosamente. Su altiva cabeza de experto marino, que encerraba una inteligencia despejada, lógica y matemática, no se satisfacía fácilmente sin encontrar una fórmula exacta de aquel misterio, extraerlo de aquellos invisibles terrores que lo envolvían.

Sin la menor señal de excitación, obediendo sus nervios dócilmente como los mecanismos de su propio buque, abandonó el vestibulo y se dirigió a su cuarto. Allí tomó una cuerda fuerte, resistente, y con ella se dirigió a la buhardilla donde se encontraba la ventana trágica.

Entró resueltamente y cerró la puerta tras él. Apagó la luz eléctrica y abrió la ventana de par en par. En seguida, sonriendo burlescamente por su desprecio a los prejuicios de los necios, procedió a arreglar la cuerda conforme a su plan. Pasó una hora, dos horas. De pronto, Acton se puso rápidamente de pie. Se había puesto horriblemente pálido y sus ojos estaban fijos en la ventana, abierta hacia la Noche y el Misterio...

Entre tanto, Chériton había estado durmiendo como si hubiera bebido en demasía, durante una hora más o menos. En seguida, horribles pesadillas perturbaron su sueño. Caía interminablemente desde altísimos peldaños arrastrado por los ojos demoníacos de burlescos espiritus.

De pronto, un grito espantoso sacó a Chériton de su dolorosa postración. El corazón le latía con un fuerte martilleo y el sudor empapábale la frente. Volvía a anonadar su espíritu el peso enorme de la angustia.

—Juraría que alguien me ha llamado—se dijo.

Puso atento el oído. Su cuerpo entero temblaba. Claramente volvió a oírse el mismo grito desesperado. En el silencio de la noche, Chériton pudo situar fácilmente la procedencia del grito. Venía desde fuera de la casa. A través de una gran ventana, la luz de la luna entraba como un torrente, iluminando el piso brillante. Afuera estaba tan claro como de día.

Con las manos temblorosas, Chériton corrió el pestillo de la puerta y salió al jardín que rodeaba la casa. Preguntó a grandes voces:

—¿Quién llama? ¿Dónde está usted?

—¡Aquí, aquí! ¡Por el lado del patio!

Era una voz desfalleciente, que Chériton reconoció al momento: la voz de Acton.

—Traiga pronto una escala... la necesito al momento. ¡Gracias a Dios que alguien me ha oído!

Chériton no tardó en encontrar una corta escala, y, llevándola en los hombros, se dirigió rápidamente al sitio desde donde partía la demanda de auxilio, que era precisamente debajo de la ventana del desván.

—Ponga en el acto la escala,—dijo Acton con voz casi imperceptible.

Chériton obedeció con la prontitud que le

fué posible, pues Acton colgaba, como a tres metros de altura, de una cuerda amarrada en el estómago. Su cabeza pendía abandonada. En vano trataba de asir la cuerda, con débiles esfuerzos, para procurarse una posición menos incómoda. Ayudado por Chériton, estuvo pronto fuera de peligro. Respiraba con dificultad, como un hombre que ha estado bajo el agua hasta agotársele las fuerzas.

—En el nombre del cielo,—preguntó Chériton,—¿qué significa esto?

—Ayúdame primero. Esa cuerda ha estado a punto de dividirse en dos trozos. Te lo contaré todo al momento; pero antes, dame por favor un vaso de brandy.

Un minuto o dos más tarde, Acton estaba reposando en una silla, con los dientes castañeteando en el cristal, al beber un sorbo reconfortante. Luego, sus mejillas enrojecieron y volvió a sentirse vigoroso.

—Por nada del mundo volvería a vivir esta media hora terrible,—pricipió diciendo Acton.—Cuando tú te dormiste, me propuse descubrir por mí mismo el misterio de la ventana del desván. Para asegurarme bien contra todo evento, amarré un extremo de la cuerda al pilar que divide en dos el ventanal y el otro extremo lo aseguré alrededor de mi cuerpo. Después, encendí un cigarrillo y esperé.

Pasó tal vez una hora sin que sintiera sensación alguna. De repente, sentí que no podía despegar los ojos de la ventana. No traté de luchar por separarlos de allí; pero luego, la visión de mi cuerpo exánime, tendido en el suelo empedrado, me turbó la vista. Veía claramente cada herida, cada rasguño. Sentí un fuerte estremecimiento y tuve la conciencia de una honda depresión. Mi espíritu estaba imbuido en la idea que había cometido un crimen espantoso. Me avergonzaba de toda la gente que conocía. La única manera de lavar aquella mancha era sacrificando mi vida. Entonces me puse de pie y me acerqué a la ventana.

Te doy mi palabra de honor, Chériton, de que luché contra este impulso hasta sentirme débil como un niño chico. Me había olvidado aún, completamente, que estaba protegido por la cuerda. De recordarlo, sin duda la habría cortado y en estos momentos no existiría sino mi cadáver tendido en el áspero pavimento del patio. Sin embargo, no

quería lanzarme ni por todo el oro del mundo. Mi horror, en aquel momento, era indescriptible.

Luché conmigo mismo hasta no poder más. Di un grito salvaje y, cerrando los ojos, me arrojé por la ventana. Perdí un momento el conocimiento. Caí hasta que la cuerda me detuvo bruscamente, casi dislocándome las articulaciones. Ahora viene la parte más extraña de mi horrible accidente. Fuera ya del ambiente de ese cuarto infernal, aquella perturbación fascinadora me abandonó y mi único deseo era salvar mi vida, por todos los medios posibles. Había vuelto a tener mi personalidad, con los nervios más fuertes y dóciles que nunca; pero mi posición era tan difícil, que todos los esfuerzos para conseguir mi libertad eran inútiles. Por fin, grité pidiendo ayuda y, afortunadamente, se oyeron mis gritos. Ahora, ya no dudó!... Háganlo por el cielo... Vuelvan a obstruir para siempre esa ventana.

Chérítón volvió hacia la luz su rostro demacrado y dijo:

—Sí, sí. Lo haré lo más pronto posible. La profecía del General Sherlock se ha cumplido fielmente, para desgracia mía.

#### IV

Scott se repondría. Aquél era un infinito consuelo que dió el doctor Morrison dos días más tarde. La convalecencia sería lenta y dolorosa, pues las contusiones eran muchas y graves. Sin embargo, la juventud y su recia compleción harían mucho. Pero Scott permanecía aún inconsciente.

El estado de Ida no era mucho mejor. Se había considerado prudente decirle la verdad respecto al caso de su hermano, pero la noticia no pareció conmoverla en lo más mínimo, porque, en verdad sea dicho, la salud de la paciente no experimentaba notable mejoría. No podía arrojar de su espíritu las sombras que entenebrecían su inteligencia y sólo tenía presente, a cada instante, la escena de horror que habían visto sus ojos. Para ella, Carlos había muerto, no le cabía duda. En las horas de insomnio, permanecía quieta y silenciosa. En los ojos, extraordinariamente abiertos, se adivinaba un cuadro siniestro.

—¿No es locura?—preguntaba Chérítón con febril ansiedad.

—No,—replicaba el doctor Morrison.—Es-

toy casi seguro de que no. A causa de la impresión, la vida del cerebro se ha detenido. Creo, para mí, que sería preferible el delirio. Lo único que debe hacerse es seguir mi tratamiento.

No había nada más que decir ni que hacer, sino esperar. Pasaron uno o dos días tristes, interminables. Los amigos que se alojaban en la casa habían partido. Todo estaba silencioso como un hospital. Aquella tranquilidad era necesaria para los dos enfermos que luchaban por la salud y la razón. Dos enfermeras de claras pupilas daban órdenes y atendían a los pacientes.

Aún no se habían hecho los trabajos que concluirían para siempre con la causa de aquellas desgracias. Bajo aquellas circunstancias, era imposible. Todo ruido estaba prohibido. Además, recién esparcida la noticia, habría sido difícil encontrar obreros dispuestos a ejecutar el trabajo. De los sirvientes, ninguno se atrevía a subir al desván.

Una noche, como siempre, todo estaba silencioso en la casa de Bernemore. En el piso bajo, Chérítón comía solo, en el amplio y lujoso comedor. Después, encendió un cigarrillo y empezó a fumarlo a grandes bocanadas. La embrujadora somnolencia del tabaco era uno de los pocos consuelos que poseía. Se levantó para buscar otro cigarrillo, pero la cigarrera estaba vacía.

En los días de inquietud y desorden, su camarero se había olvidado de aprovisionarle de cigarrillos. Chérítón sentía como una sed intolerable de fumar. Era un deseo enfermizo de adormecerse con el humo aromático. De pronto recordó que en la noche de la tragedia habían estado fumando en la buhardilla maldita. Había un par de cajas intactas. Irlas a buscar era muy fácil.

Chérítón dudó un momento, pero se decidió y subió. Cuando abrió la puerta y encendió la luz, observó que la ventana estaba abierta, desde la aventura de Aeton. Tomó, con rápido movimiento, las cajas y se dispuso a salir, pero, involuntariamente, sus ojos se fijaron en la ventana. Se estremeció y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, se dió cuenta, con horror, que estaba más cerca de la ventana. Un escalofrío terrible le recorrió todos los huesos. Trató de moverse, pero fué en vano.

Cuando pudo hacer un movimiento, fué para acercarse más a la ventana. De pronto,

como una oleada, invadió su sér entero aquella despresión, al mismo sentimiento de desesperación impotente que había descrito Acton. El vértigo irresistible lo arrastraba poco a poco.

—¡Gran cielo!—gritó.—¡Estoy perdido! Mi pobre esposa!

Entonces sucedió algo extraño. Oyéronse unas nuevas pisadas que ascendían la escalera. Un momento después, Ida apareció bajo el dintel de la puerta. Era como una aparición dulce y luminosa, toda envuelta en una bata blanca que ceñía una cinta de seda alrededor de la cintura. La frondosa cabellera dorada caía en cascadas sobre la blancura de mármol de sus hombros.

—Ralph,—dijo con su antigua voz dulce y acariciadora,—te necesito.

Había abandonado el lecho en ausencia de la enfermera. Algún oculto sentimiento le había avisado el peligro de su marido. Avanzó hacia él con los labios floridos por una tierna sonrisa. Un rayo de esperanza iluminó el espíritu impotente de Chériton. Pero sus piernas estaban inmóviles y pesadas, y comprendió que si Ida se acercaba podría caer también bajo el influjo irresistible que le poseía a él.

—¡No te acerques ni un paso más! ¡No! ¡No! ¡Hazlo por Dios!

Ida se detuvo, medio irresoluta. ¿Qué hacía Ralph allí y por qué la miraba con aquella cara de horror? Entonces la sombra que cubría su cerebro pareció desvanecerse. Aquél era el aposento desde el cual se había precipitado su hermano. Un grito angustiado se escapó de su garganta.

—¡Ven, ven, Ralph! ¿Porqué estás en este sitio maldito? Si no vienes, yo iré a bucarte.

Ida se adelantó con los brazos extendidos



Ayudado por Chériton estuvo pronto fuera de peligro.

y los ojos dilatados de ansiedad. Chériton hizo un esfuerzo y logró volverse, desfallecido y trémulo. Tenía la certidumbre que al adelantarse Ida estaría perdida y, para salvarla, con los labios estremecidos de angustia, le rogaba que huyera de allí.

Ella seguía avanzando, hasta que por úl-

timo, logró asir de las manos a su marido. Con una fuerza que sorprendió a Chériton, le atrajo hacia sus brazos. Ya no brillaba en sus ojos ese terrible fulgor de locura, sino el deseo de salvar la vida de aquel hombre arrebátándolo de los propios brazos de la Muerte. Ida gritaba enloquecida:

—¡Por mí, Ralph! ¡Hazlo por mí; ven, ven!

Chériton pareció fortificarse con el vigor que mostraba su esposa. Ya no miraba hacia el hueco mortal de la ventana. Lentamente obedecía al mandato y al esfuerzo de Ida. Por fin, de un salto increíble, ambos estuvieron fuera del cuarto e inmediatamente cerraron tras ellos la puerta, asegurándola con doble vuelta de llave. Esta describió un arco, silbando en el aire, y fué a hundirse en unos espesos matorrales del jardín, lanzada vigorosamente por Chériton.

Este, por un momento, perdió el conocimiento. Al reabrir los ojos vió a su esposa, inclinada sobre él, con las pupilas bañadas de lágrimas; pero a través del claro cristal de su llanto brillaba la luz serena de la razón. Ida dijo con ternura:

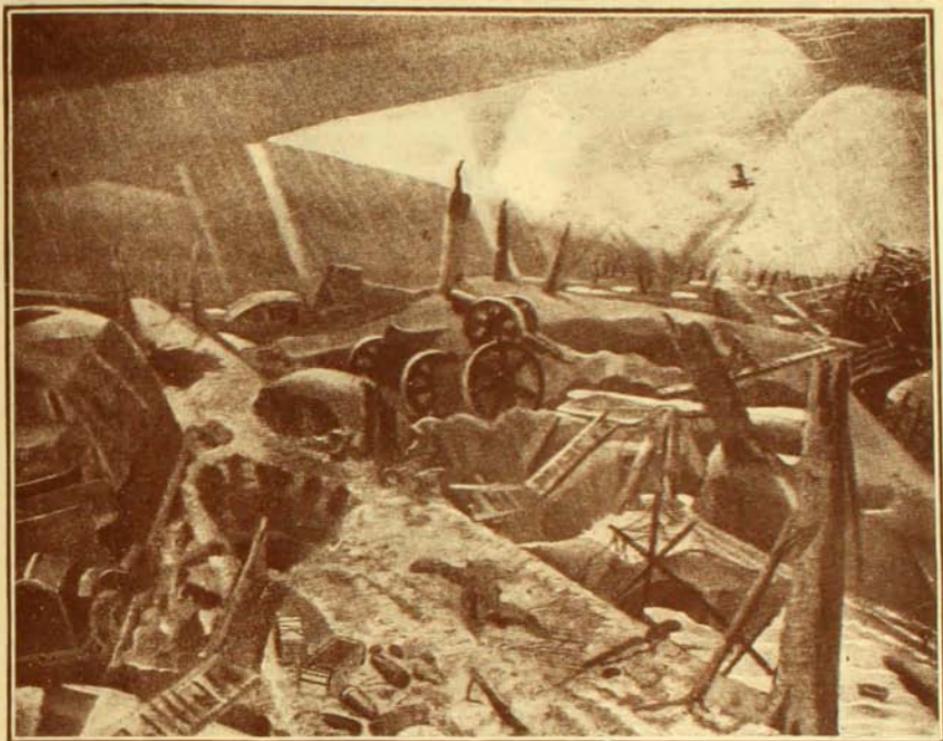
—No digas nada, Ralph. Todo lo sé. Les oía hablar como a través de un velo que me separaba de la vida. Ahora comprendo. ¿No me decían ustedes que Carlos viviría?

Un momento más tarde, en su lecho, Ida cerró los párpados de seda sobre sus ojos celestes y se durmió. Su sueño era quieto, apacible como el de un niño. Chériton se fué en seguida a su cuarto y, rendido de emoción y de fatiga, durmióse pesadamente.

Era medianoche. La casa de Bernemore reposaba en el silencio y la obscuridad. El pasado soplo del misterio pasó silbando, envuelto en una ráfaga de viento, y los bastidores de la ventana trágica se batieron desesperadamente allá en lo alto.

El misterio insondable que con una maldición había caído sobre el amplio ventanal, permanecía por siempre ignorado. Ahora es como un ojo ciego, como una órbita vaciada, donde graznan las lechuzas en las noches invernales.





Este cuadro es más elocuente que un discurso. Muestra un lugar abandonado después del bombardeo.

# Las nuevas escuelas

Futurismo, cubismo, imaginismo, creacionismo etc.

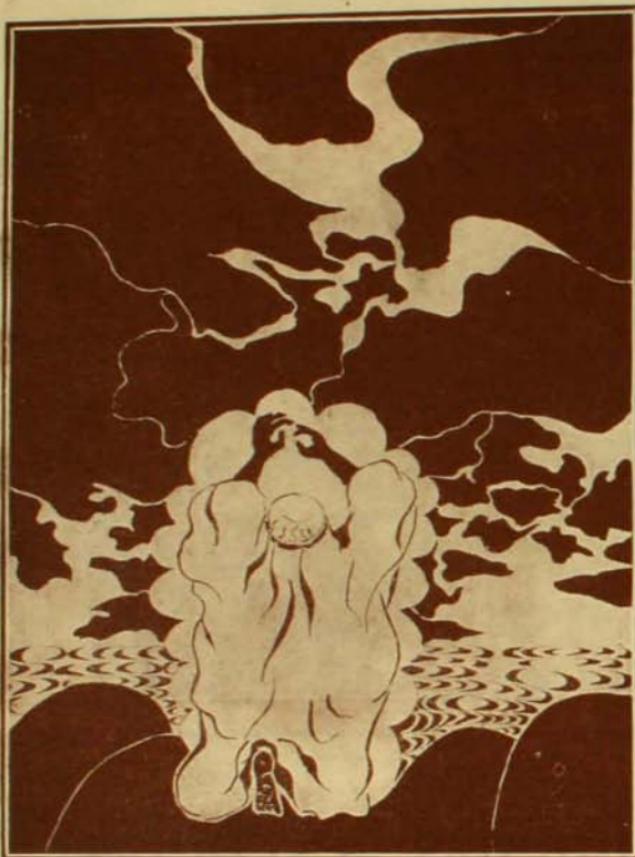
Por DANIEL DE LA VEGA

Todavía los "amantes del arte antiguo" sostenían su rencorosa cruzada contra los artistas independientes, que hace veinte años se llamaron modernistas, cuando cayó sobre el mundo artístico una lluvia de escuelas, produciendo un interesante desconcierto en los beligerantes.

Eran los futuristas, los eternistas, los imaginistas, los cubistas, los post-impressionistas,

los alucinados, los incoherentes, los paralelistas, los creacionistas, los simultaneístas, los... Perdón.

Pasaron en farándula ante el monóculo de Eça de Queiroz. "Es una orgía—escribía el autor de "La Ciudad y la Sierra"—tan frenética, que las personas tímidas y honestas no se arriesgan a aproximarse, y como en tiempo de Baco, los hombres graves de la



Y él me dijo: Levántate, hijo del hombre y dyemar

ntancie se paran aterrados y de lejos contemplan, sin osar verlos de cerca, las antorchas y los gestos de los coribantes que pasan, llenando de desorden, de burla y escándalo la espesura del bosque sagrado. Yo —continúa el novelista portugués— por lo menos, educado con Musset y Hugo, no oso aproximarme a esos coribantes y a sus libros. Jamás abrí uno de esos libros amarillos, dentro de los cuales cruzan estrofas con estrépito y gritos intolerables. Sé apenas que esos nuevos se llaman a sí mismos, con una sublime sinceridad, los **Decadentes**, los **Incoherentes**, los **Alucinados**. Tienen sus coeteries, como quien dice sus colegios sacerdotales, celebran en común sus ritos, y, como

todos los colegios sacerdotales, redactan sus anales en cuadercillos que se llaman el **Diario de los Incoherentes**, la **Revista de los Alucinados**. . . ! Celosos de sus privilegios, detestando a las cofradías rivales, siempre que no desbordan el Monte Olimpo con desaforadas orgías de ritmo, pasan el tiempo como los gramáticos del bajo Imperio, indagando sobre precedencias y valores relativos de su escuela; y así algunos poetas declaraban últimamente en todos los periódicos que Fulano de Tal, poeta, no era en modo alguno el jefe de los Incoherentes, y que ese jefe ilustre de los Incoherentes, el hombre inspirado y supremo que en sí resumía toda la incoherencia, era Verlaine, sólo Verlaine y no otro. Y Verlaine indisputablemente ostenta la corona de la Incoherencia.”

En esto último no tenemos el honor de estar de acuerdo con el ilustre

escritor peninsular. Verlaine, es, a nuestro juicio, uno de los más grandes poetas contemporáneos.

Tampoco consideramos honrado recibir sólo con rudas burlas a estos nuevos intérpretes de... ¡vamos!, de la belleza. Claro está que sus manifestaciones se prestan a broma. Nosotros fuimos testigos de un sabroso episodio, que creemos oportuno insertarlo aquí:

Un simpático pintor simultaneísta obsequió a un comerciante candoroso y enriquecido, uno de sus últimos cuadros. Pocos días después el artista fué a ver al millonario, pero la visita fué breve. El pintor salió furioso de la casa de su amigo, y al primer conocido que encontró en la calle, le dijo:

—Este burgués imbécil tiene toda su casa cabeza abajo....

—¿Cómo?

—¡Todo! La casa, los muebles, el patio, todo... Hasta él anda con los pies para arriba...

Entonces el otro, tratando de dárselas de ingenioso, le preguntó:

—Hombre; si estaba todo al revés ¿en qué lo has conocido?

A lo que el artista respondió inmediatamente:

—En mi cuadro.

El pobre comerciante había colocado el cuadro al revés...

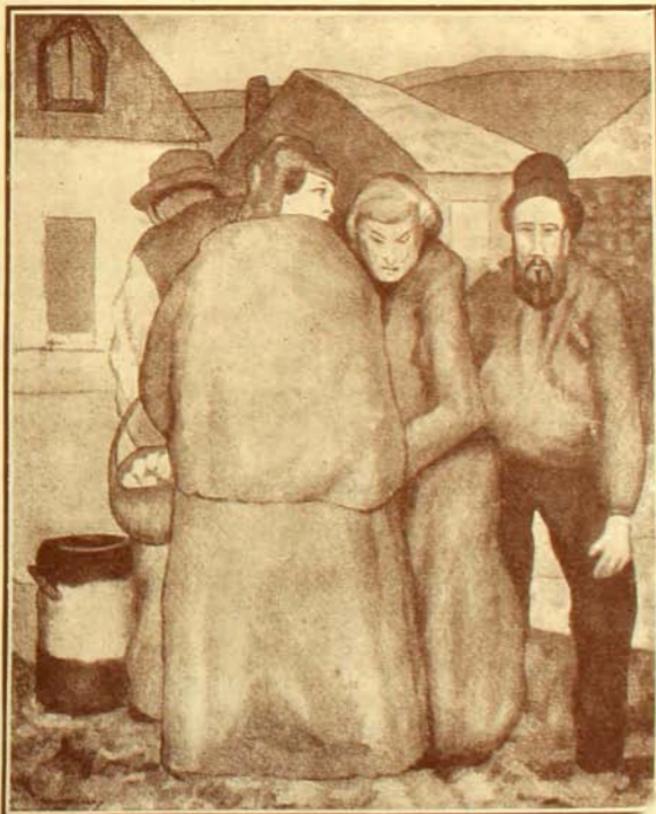


R. Marchell, colaborador de una revista de filosofía de California, anunció últimamente la aparición de una nueva enfermedad, que causa—según él—grandes estragos en los artistas.

Este pintoresco mal había sido diagnosticado por algunos críticos autorizados como una especie de **gripe astral**, que se manifiesta como una **aguda inflamación de la naturaleza estética**. En ciertos temperamentos artísticos—dice R. Marchell—produce una **revolución moral** que les infunde un horror a la belleza, sólo comparable con el temor al agua, que caracteriza la hidrofobia. El nuevo mal se llama **calofobia**. A ella atribuye el señor Marchell, "cierto estilo de música nuevo y horrendo que ha dejado confuso al mundo contemporáneo", y los últimos movimientos artísticos: Futurismo, Post-impresionismo, Cubismo...

El síntoma más característico de la calo-

fobia es un apetito por lo feo tan insaciable como el que sienten algunos dispépticos por los ácidos. Algunos enfermos atacados por la calofobia ya han declarado abiertamente que la belleza les es repugnante. Al menos así afirma el señor Marchell. Nosotros no hemos sabido de nadie que haya hecho esta clase de declaraciones. Conocemos a personas que sienten repugnancia por la belleza; eso sí. No tenemos para qué nombrar a ciertos críticos literarios de Chile... Sienten la repugnancia, pero no lo dicen. El señor Marchell afirma que sí. Bueno. Eso quiere decir que en otras partes son más sinceros que aquí. Nada más. Adelante. Estos enfermos no sólo necesitan la excitación; quieren el movimiento frenético, el desorden, el caos loco y desenfrenado, buscan una cuarta dimensión, la cual, careciendo de



Aldanos.

existencia en el mundo físico, (1) constituye, al ser empleada en las representaciones pictóricas, una contradicción de términos.

Copiamos a continuación algunos párrafos del artículo, que nos parecen acertados hasta cierto punto:

“El público se queda perplejo al procurar distinguir entre los artistas que realmente padecen de esta nueva enfermedad, y los que se divierten como niños con un juguete nuevo; entre los que han perdido el sentido de la belleza y la armonía, y los que, sin haberlo perdido, se limitan a experimentar con el nuevo método para probar las posibilidades que encierre.”

“Cuando sucede que por algún tiempo no ha aparecido en el firmamento artístico ninguna nueva estrella, suele lamentarse de que los viejos métodos estén gastados; pídense entonces nuevos ideales, y el resultado es una epidemia de extravagancias”. (2).

“Es que el hombre en cuya alma no brilla la luz del genio cree naturalmente que el gran arte es resultado de cierto método o estilo particular; mientras éste en realidad no es sino el medio por el cual esa luz se expresa; no es la fuente de la luz, sino su instrumento y su efecto. Esto quiere decir que el gran hombre es aquel cuya alma es iluminada hasta cierto grado por la luz de una más alta conciencia que la ordinaria, o sea por el **yo superior**; es aquel cuya mente inferior es lo bastante sensitiva para recibir las impresiones del alma y lo suficientemente sana para dar expresión natural a esas impresiones. Las peculiaridades del carácter personal y el cuerpo físico del hombre modifican esta expresión del impulso del

alma; y de esta modificación nace el estilo.”

Esta es la teoría de la calofobia que expone el señor Marchell.

Y los post-impresionistas dicen que el señor Marchell está loco...

✻ ✻

Claro está que si la lucha entre clásicos y modernistas fué ruda, la guerra entre conservadores y futuristas es mortal. Es mortal porque no discuten—consideran que es inútil discutir, y tienen razón— y lo único que hacen es esperar, cada uno por su lado, que el adversario muera.

No hay tampoco esperanzas de un armisticio. Los antiguos continúan leyendo a don José Zorrilla y los nuevos siguen pintando casas que parecen naranjas, y naranjas que parecen cigarrillos hechos a mano...

Nosotros sabemos que tenemos enemigos en los dos partidos. En el partido clásico, porque una vez dijimos que don Juan Tenorio nos parecía un bravucón trasnochado; y en el partido **neo-impresionista** porque una noche, cuando un pintor cubista nos pasó una tela para que la admiráramos, se nos ocurrió preguntar ingenuamente:

—¿Por cuál lado se mira?

Y el cubista, arrebatándonos el cuadro, nos gritó con desdén:

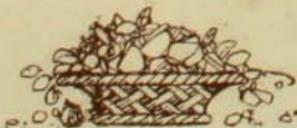
—¡Antediluvianos!

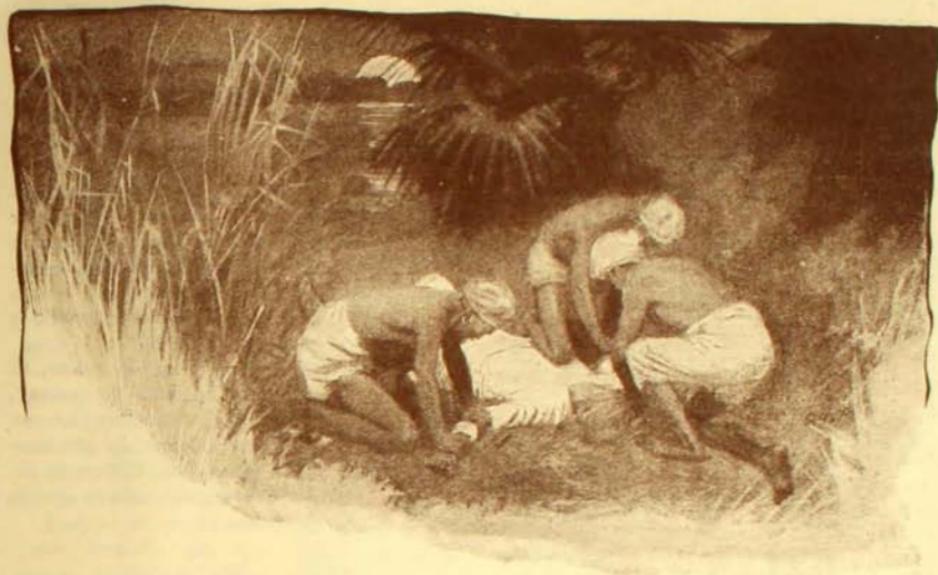
Somos antediluvianos. Para nosotros, pues, no ha llegado el diluvio. Puede ser que llegue. Y si nos toca a nosotros construir el arca, la construiremos, y dentro de ella pondremos a todo el mundo, hasta a Hernán Díaz Arrieta, que no cree en fenómenos bíblicos, pero dejaremos afuera a los futuristas, a los eternistas, a los imaginistas, a los cubistas, a los post-impresionistas, a los alucinados, a los incoherentes, a los paralelistas, a los creacionistas y a los simultaneistas.

¡Y que llueva!

(1). El señor Marchell es espiritualista, y admite la existencia de la cuarta dimensión en el **Plano Mental**.

(2). Si al lector le parece algo extraña la manera de colocar la puntuación de estos párrafos, no debe atribuir esta originalidad ni al señor Marchell, ni a nosotros. Es obra del traductor, que tal vez estaba atacado de calofobia.





# La Torre del Silencio

Por RUPERTO M. HEATH

## I

En el Bazar no se hablaba de otra cosa.

Ram Bux y Hira Singh se habían enamorado a la vez de Lalún, hija del viejo Kirpa Dass, el prestamista, gran potentado, que se tenía a los habitantes de la ciudad dentro del puño.

Ram Bux, uno de los pretendientes, era rico; pero viejo y antipático; mientras Hira Singh, joven y hermoso, no poseía más fortuna que su indomable orgullo y su físico atrayente. A todas vistas, el viejo Kirpa preferiría para yerno al primero; aunque, como lo sabían todos los *butchas*

del Bazar, su hija amaba de todo corazón al joven Hira Singh.

El asunto había tenido ya su crisis. Ambos pretendientes acababan de ir a casa de Kirpa Dass para formalizar sus deseos amorosos y, reunidos a la sombra del Bazar, los habitantes de la aldea esperaban ansiosos el resultado de la entrevista. Pronto aparecieron los rivales. Ram Bux venía primero, moviendo nerviosamente en distintas direcciones su rostro inexpresivo. Le estremecía bajo la influencia de su desgraciada pasión.

Hira Singh, a retaguardia, traía los rasgos de su fisonomía alterados por el aba-

timiento. Pronto se supo el resultado de ambas gestiones.

Ram Bux había hecho presente su envidiable situación económica, todas sus riquezas y propiedades, lo cual había producido su efecto en el codicioso ánimo de Kirpa Dass. Hira Singh, a su vez, había aducido a su favor la alta descendencia de su estirpe real; en tanto que nadie conocía los antepasados de Ram Bux. Y se había extendido, en un largo e inspirado discurso, sobre el noble pasado de sus ancestros y el brillante futuro que les estaba reservado.

Kirpa Dass había sido objeto de ambiciones contradictorias. Si bien le halagaba incrementar sus fabulosas riquezas, no era menos tentador para él emprenderse con un troneo de legítima nobleza.

Después de pensarlo, había resuelto consultar a su hija Lalún; no porque estimara en lo más mínimo el sentir o el pensar de ella; sino para darse tiempo para solucionar su propio conflicto de ideas.

Lalún, llamada por su padre a decidir, había contestado, empujada por la dulce mano de su grande amor, que ningún poder humano podría unirle al que no había escogido su corazón y que ántes preferiría desposarse con la muerte. Ram Bux, al escuchar la desfavorable opinión que su persona encontraba en el corazón y la cabecita de la adorable Lalún, estuvo a punto de reventar de indignación.

Por el otro lado, Lalún expresó su deseo de unirse por toda su vida al joven y noble Hira Singh, cuyo porvenir podía ser opulento y magnífico.

Kirpa Dass, aún irresoluto, sentenció así:

—Esta es mi decisión. Si tú, Hira Singh, ántes de la luna llena, me traes una prueba que me dé garantías para pensar que con tu fortuna tienes para proporcionar a mi hija, una vida sin privaciones, ni penurias, ella será tu mujer. Si no, Ram Bux será su esposo. En tanto, si cualquiera de Uds, fuese encontrado en las cercanías de la morada donde vive mi hija, yo sabré salvaguardar su honor.

Con estas palabras Kirpa Dass dió por terminada la entrevista y ambos rivales tuvieron ya a qué atenerse.

Hacia el anoche Hira Singh salió a refrescar su caldeado cerebro con las brisas

vespertinas y ensanchar su atribulado corazón bajo los cielos azules e ilimitados. Después de mucho vagar, encontróse cerca del río, andando a lo largo de un sendero solitario y escondido. Se disponía a regresar de su paseo cuando oyó un ruido vago tras de sus espaldas, producido por pies desnudos que avanzaban precipitadamente sobre la hierba. Antes de un segundo sintióse echado por tierra, asido por brazos férreos, envuelta su cabeza en un paño y amarrado de pies y manos.

No había tenido tiempo ni de gritar, ni de oponer resistencia, ni aun de pensar. Cuando comprendió su situación hizo un rabioso esfuerzo para librarse de sus ligaduras; pero no lo consiguió. Entonces, recibió un golpe terrible en la cabeza que lo privó de sus sentidos.

## II

Cuando Hira Singh volvió en sí tenía la cabeza dolorida. Le abatía un profundo mal-estar. Paulatinamente fué recobrando el conocimiento. Oía voces a su alrededor. Recordaba vagamente lo que le había sucedido y pensó que mientras no supiera por qué y quienes lo habían hecho prisionero, lo más conveniente era aparentar que su estado de inconsciencia se prolongaba. Se mantuvo quieto y aguzó los oídos para comprender lo que hablaban aquellas voces cuyo murmullo le llegaba desde cerca.

Pronto pudo darse cuenta que sus capturadores eran *dacoits*, violentos bandidos de profesión, y que pertenecían a una temible banda de malhechores, que asolaba la comarca. El Gobierno Británico había tratado en vano de concluir con ellos, ofreciendo una fuerte recompensa al que lograra capturar al denodado capitán de los desalmados.

Un enorme desaliento se apoderó de Hira Singh al darse cuenta que había caído en aquellas temibles y poderosas manos. De la conversación dedujo que esperaban a alguien que debía tener una gran autoridad sobre ellos; tal vez era el jefe de la banda.

Hira Singh tenía la cabeza desenvuelta; pero, a pesar de todo, no podía precisar el sitio en que se encontraba. Reinaba una gran obscuridad. No distinguía muralla alguna, salvo una lucecilla que parecía salir

del interior de una habitación lejana. De pronto oyó pronunciar su nombre y redobló su atención. Hablaban de él. Los *dacoits* no comprendían cuáles habían sido los deseos de su jefe al hacerlos atacar a Hira Singh, ni qué se proponía hacer con él. De esto, dedujo el prisionero que tenía por enemigo a una sola persona y que a los *dacoits* no les había guiado un fin profesional.

Luego el murmullo cesó. Parecía que un nuevo personaje había entrado al aposento en que conversaban los bandidos y que éstos le rendían homenajes. Hira Singh utilizó sus sentidos par descubrir el acento del recién llegado y su sorpresa no tuvo límites cuando, en vez de la voz potente de un *dacoit* temible, oyó la voz temblorosa de Ram Bax que decía: "¿Le habéis cogido vivo o muerto, hermanos?"

Sintió latirle las sienes con violencia y maravillóse de encontrarse con vida. Reflexionó un momento y vió con claridad la causa de su desgracia. Aquella banda de *dacoits* tenía por jefe invisible a Ram Bux, el hipócrita y cobarde prestamista que quería comprar con su dinero infame la mano de Lalún. Hira Singh comprendió que su peligro era mayor de lo que se imaginaba. Comprendió que su rival no trepidaba en eliminarlo para dejarse el campo despejado.

Pronto estuvo Ram Bux sobre su víctima. Un raptó de ira le sobrecogió cuando, al palparlo, creyó que estaba muerto. Que-



El buitre se elevó en el aire dando un graznido estridente.

ría darse el placer de martirizarlo y aún de asesinarle por su propia mano.

Hira Singh retuvo el aliento y conservó los ojos cerrados cuando sintió que el bellaco se inclinaba sobre él, teniendo en la mano una linterna. En seguida, Ram Bux ordenó a sus subordinados:

—Tomad a este desgraciado, llevadle a lo alto del viejo *dakhama* y dejadle allí. Hace tiempo que las aves de rapiña no se dan un festín en aquel sitio y no les ven-

drá mal este bocado. En seguida iré yo donde Kirpa Dass y le diré para que se lo comunique a su hija, que este pobre diablo pereció entre las mandíbulas de los animales carnívoros. Hubieran permitido los dioses que mucho antes le hubiesen devorado los tigres. Dadme como prueba el turbante y el mandilete ensangrentados que bien pueden servir de prueba.

Los bandidos le despojaron de sus ropas y se las entregaron a Ram Bux, el cual se retiró. Hira Singh suspiró. ¡Ah! Si él estuviera en libertad, Ram Bux no se quedaría sin castigo.

El *Dakhama* o Torre del Silencio, de la cual Ram Bux había hablado, era el más trágico de los cementerios. Estaba en las afueras de la ciudad. Muchos siglos habían derruido sus murallones, aún cubiertos, que se alzaban unos treinta pies. Solitaria como una orgullosa reliquia de nobles y desaparecidas generaciones, aquella torre de la Muerte y la Desolación, se había recubierto de musgos y florecillas silvestres cuya suave apariencia suavizaba el tétrico aspecto que poseía.

Había sido construída cuando los persas habitaron aquella región, al empezar el siglo XIV, cuando se estableció allí la primera colonia, en Sanjan. Al turista europeo le sugería la idea de un gasómetro, abierto en la parte superior.

Hira Singh conocía bien aquel sitio aunque nunca se había aproximado demasiado a sus inmediaciones porque no se lo permitía su superstición. Según creían los de su raza, aquel sitio podía traer consigo la pérdida de su casta.

Según calculaba Hira Singh debía estar próximo el amanecer y los *dacoits* debían llevarlo al *Dakhama* favoreciéndose en la obscuridad. Por más que cavilaba no descubriría la posibilidad de escapar. Las piernas fuertemente atadas, le dolían horriblemente. Trató de estirarlas; pero la voz de Ram Bux que volvió a oírse le hizo conservar su inmovilidad.

—No le desamarréis sino cuando os convezáis de que está muerto.

—En realidad sería inútil atar un cadáver—replicó uno de los *dacoits*.—Se necesita tener el cráneo de bronce para resistir el golpecito que le dá.

En seguida los bandidos cogieron a Hira Singh y lo condujeron al aire libre. Entonces pudo notar, con gran sorpresa, que se hallaba en la propia casa de Ram Bux. Sus captores llevaron hasta el borde del pozo que se encontraba en el centro del patio. Le ataron una cuerda bajo los hombros y lo descolgaron hacia el fondo. Al principio pensó que su destino era morir ahogado. Después notó que, junto con él, bajaba un *dacoit* apoyándose en unos peldaños adosados al muro del pozo.

A diez pies de profundidad el *dacoit* lo empujó hacia un lado y Hira Singh puso los pies en un estrecho pasadizo que se abría al ras del agua. La abertura estaba hábilmente disimulada. Pronto sintió que el aire frío de la noche volvía a azotarle el rostro. Por último fué suspendido de la misma manera que lo habían bajado y encontróse en lo alto del *dakhama*.

Era una plataforma más o menos, de 300 pies de circunferencia, pavimentada con grandes piedras, dividida en compartimentos para dejar varios cadáveres. Al centro había una abertura donde convergían los canales de la lluvia. Además, allí se echaban los residuos, en su mayor parte huesos, que los buitres repudiaban, hartos de carne muerta.

Hira Singh, había sido, pues, conducido por aquel pasaje secreto que unía la casa de Ram Bux con el *pitdar*, al fondo del *Dakhama*. Aquel sitio era a la vez una admirable guarida cuya seguridad les permitía no ser descubiertos.

Después de haber colocado el cuerpo de la víctima sobre uno de los compartimentos o *pavis*, los *dacoits* lo abandonaron.

Hira Singh se encontraba en la más incómoda de las situaciones. Aunque sus captores le creían muerto, no se habían cuidado de desatarlo y salvo las manos, amarradas, por las muñecas, todos sus miembros estaban inmovilizados. Nadie podía auxiliarle. Sus gritos se perderían en la soledad y si alguien los oyera huiría lleno de terror. Hasta entonces su fuerte temperamento le había hecho mantenerse sereno. Pero, ahora, al comprender toda la magnitud de su desgracia, sus nervios cedieron y sintióse desfallecer.



III

Hira Singh volvió en sí al sentir un agudo dolor sobre el ojo y oprimido el pecho por un peso formidable. Abrió la vista y encontró que un buitre enorme estaba posado sobre él. El pájaro acababa de picotearle en la parte inferior del ojo. Felizmente el fuerte pieo había caído sobre el hueso, desgarrándole la piel.

Su situación le llenó de horror. ¡Inmovilizado por las ligaduras, débil, exhausto, abandonado a merced de aquella terrible ave de rapiña!

El buitre dió un paso hacia adelante. Instintivamente Hira Singh hizo el único movimiento de que era capaz. Alzó las manos atadas en un nervioso impulso defensivo, agarrando desesperadamente las rojas patas del pájaro. El efecto fué tan inesperado como instantáneo. El buitre se elevó en el aire dando un graznido estridente y llevándose con él, el cuerpo pendiente y flojo de Hira Singh.

El enorme y poderoso buitre alcanzó pronto el nivel de la pared exterior del Dakhama, y entonces se redobló el peligro para Hira Singh; pues quedaba, en ese momento, suspendido sobre la profundidad del pozo central. Su cuerpo rozaba doloro-

samente las murallas de la torre; pero, no obstante, crispábanse aún más fuertemente sus manos alrededor de las patas del ave; pues, al soltarse, su muerte hubiera sido inevitable.

El buitre parecía no tener fuerzas para remontarse y traspasar la muralla circular del Dakhama con aquella carga pesada e involuntaria. Por fin, a través de una parte derruida del muro, logró alcanzar el campo abierto. Por más fuerte que el pájaro fuera, el peso que soportaba, no le permitía tomar mayor altura. Así, dando poderosos y alocados aletazos, se desvaneció en la distancia volando a treinta pies del suelo.

~

La casa de Kirpa Dass, en el patio de las hembras. Bastante pasada la media noche. La luna que vierte su luz, como una lluvia, sobre las arcadas de piedra que rodean el huerto. Al centro, una fontana que canta en la quietud nocturna.

La noche era de una serenidad maravillosa. Parecía oírse ese susurro caracterís-

tico de las noches tropicales, en que el silencio mismo se compone de miríadas de sonidos que se enlazan en una misteriosa armonía. Pero la serenidad de la Naturaleza no lograba calmar el ánimo de Lalún.

Permanecía inclinada hacia el suelo, convulsionada por los sollozos. Había despedido a sus servidoras, las cuales se alegraban de ser libradas de aquel deber y ya dormían tranquilamente. Su corazón se desahacía en ingenuas plegarias a los Dioses, pidiéndoles que devolvieran a sus brazos al amado perdido.

Rani Bux había maniobrado con habilidad. Su ingenioso embuste acerca de la muerte de Hira Singh, víctima de la ferocidad de las fieras; la prueba evidente de la desgracia o sean las prendas ensangrentadas, habían convencido por completo a Lalún, cuyo dolor inmenso no admitía consuelos.

Seguramente, si los Dioses Todopoderosos quisieran, podrían devolverle al Amado. Y ella renovaba sus llantos y lamentos, por su angustia conmovía a los dioses.

Por fin, rendida de cansancio, guardó silencio. Entonces pudo percibir un ruido singular, apenas perceptible, que crecía por momentos. Para su espíritu atormentado aquello debía ser el anuncio de algún ser sobrenatural que los Dioses enviaban para responder a sus oraciones; pues el ruido provenía de las alturas, donde las estrellas parpadeantes empezaban ya a palidecer, cercana como estaba la amanecida. El ruido crecía y crecía. Parecía ser el grito de un pájaro; pero era un grito extraordinario, inaudito, penetrante.

Por último sus ojos descubrieron la realidad y sintió que se le maravillaban los ojos de una extraña visión. Por sobre el techo, volaba un buitre con aleteos débiles y desesperados. Un cuerpo colgaba de sus extremidades y aquel cuerpo era el de un hombre desnudo.

—¡Un milagro!—pensó Lalún.—¿Qué augurio será este?

Sus ojos creían reconocer algo familiar en aquella figura. Redobló su atención, dilatándosele las pupilas de admiración cuando tuvo la certidumbre que era el mismo Hira Singh!...

Primero, su alma se llenó de terror. Te-

mía a aquella manifestación de lo Desconocido y creyóse alucinada; pero, los estridentes graznidos del buitre acabaron por convencerla de la realidad. Los dioses le devolvían a su Amado. Sus oraciones habían hecho operarse el milagro.

El pájaro descendía notablemente, rendido por el peso de aquel cuerpo, del cual no conseguía libertarse, en una lenta espiral, sobre el huerto de Kirpa Dass. Ya no le separaba del suelo sino una pequeña distancia. Lalún gritaba a su amado que se soltara; pero éste, tenía la conciencia tan atormentada que parecía no comprender y sus dedos seguían crispados alrededor de las patas del ave; la cual ya empezaba a asustarse de los gritos y movimientos de Lalún. Quiso de nuevo remontarse. Lalún, desesperada trató de alcanzar el cuerpo de Hira Singh y lo consiguió. El pájaro no podía ya resistir tanto peso y los tres cuerpos se precipitaron a tierra.

Entonces Hira Singh soltó las manos y el buitre, libre ya de su carga, se perdió bajo los cielos pálidos del alba. Lalún tenía ya a su amado recostado entre los brazos.

—¡Habla; habla; oh, mi Bien Amado? No; no estás muerto!

Dió un grito de amargura alarmada por la frialdad inmóvil de Hira Singh. Pensó que fuera víctima sólo de una fatiga. Con el manto que cubría su cuerpo le hizo, solícita, una almohada. En seguida, en un vaso de bronce, fué a la fuente en busca de agua para refrescarle las sienes y el pecho. Le había puesto la cabeza sobre su regazo y le llamaba por los más dulces nombres, tratando de reanimarlo.

Hira Singh recobró, por fin, el conocimiento. ¡Qué hermoso despertar! Después del horrible abandono en el Dakhama, del vuelo lleno de peligros, sentirse arrancado de los brazos de la muerte para despertar en los brazos del Amor.

Ella reanimaba su cuerpo aterido, con el calor de sus besos. Era un éxtasis sublime de pasión; un olvido de todo, enervamiento que hacía cerrar los ojos con los labios apretados en un beso interminable.

Pasado el momento supremo de ternura, Lalún se dió cuenta de la desnudez de su amado y de su propia desnudez. Entonces

se cubrió de vergüenza; pero, con un rápido movimiento, soltó su negra cabellera de ébano y quedó envuelta en sus hermosos cabellos como en una túnica amplísima de seda.

## IV

—¿Juraría Ud. todo esto?

—Sí, *Sahib*.

—¿Y nos guiaría al lugar que se refiere?

—Sí, *Sahib*.

—¿Cuándo?

—Esta mismo noche, si el *Sahib* lo desea.

Quienes hablaban eran el Gobernador del distrito e Hira Singh. Estaba además en la oficina, como único testigo, un agente de policía.

Hira Singh había tomado ya su resolución. Vuelto a su cabaña solitaria descansó cuanto necesitaba su fatigado cuerpo. Después se dirigió al Dakhama. No le fué difícil introducirse, debido a que los *dacoits* tenían por único guardián de su guarida la superstición de los indios. Reconoció, palmo por palmo, el pasillo por el cual lo habían conducido la noche anterior y esperó allí hasta que el sol estuviera en el cenit.

Sabía que a aquella hora Ram Bux acostumbra a sentarse, solitario, a la sombra de su *verandah*, y solazarse en la siesta del medio-día.

Lentamente, con suma precaución, Hira Singh ascendió por los peldaños adheridos a la pared del pozo. Quitóse el turbante y algo de ropa, conservando a la cintura un afilado puñal. Se alzó hasta poder observar por sobre la pared que lo rodeaba. No se había equivocado; pues, a alguna distancia, recostado sobre muelles cojines, dormitaba Ram Bux.

Hira Singh asomó hasta el pecho, mientras seguía observándole. Al recordar lo que le había acontecido la noche anterior la ira le hizo lanzar una maldición sobre el bellaco prestamista. En ese preciso instante, Ram Bux abrió los ojos y lo descubrió.



Entonces sucedió algo con que Hira Singh no había contado. Dudaba, no sabiendo si saltar fuera de su escondite o hundirse en la profundidad. Pero, comprendió la situación. Ram Bux estaba lívido de terror. La aparición de su antiguo rival, semi-desnudo y con los ojos centelleantes; mientras él le creía ya cadáver, destrozado por los picos de los buitres, lo llenaba de un miedo horrible. Hira Singh se propuso aumentarle su tortura y saltando afuera, avanzó rápidamente hacia el aterrado canalla.

—¡Oh, ehaecal, *Mlech* (sin casta), hijo de una madre sin nombre; tú pensaste que tus villanías quedarían impunes; pero, ya ves: *Ahura-Mazdao*, el que obsequia la luz, no ha permitido que tus crímenes se ejecuten. ¡Estoy vivo y vengo a hacerme justicia!

Al mismo tiempo, Hira Singh sacó a relucir su puñal, ante los ojos de Ram Bux. Este, parecía sentirse más aterrado, ahora, ante el hombre vivo que cuando creía haberse las con un espíritu del Más Allá.

—No pienses que voy a mancharme las manos con tu sangre—continuó Hira Singh.

—No. Ahora voy donde el *Sahib*. Esta noche, tú y tus *dacoits* estarán colgando en un solo racimo. mientras yo reciba la recompensa del *Sirkar*!

Entonces, Ram Bux, que al escuchar estas palabras, sentía congelársele la sangre de terror, empezó a deshacerse en lamentos y a implorar piedad; obligándose a ejecutar cuanto su temible rival le propusiera... Y no era otra cosa lo que deseaba Hira Singh.

## V

Una quincena después, dos días antes de la luna llena, habían acontecido sucesos tan sensacionales que el hormiguero del Bazar se veía más concurrido que nunca por gente que no tenía otro deseo que comentar las noticias. Entre un tejido fantástico de múltiples ficciones se escurría la verdad que todos trataban de embellecer con su propia fantasía.

Primero, era la captura sensacional de los *dacoits*, bandidos de una ferocidad inverosímil. Segundo: Hira Singh era quien los denunciaba, pues había tenido, durante un sueño, la revelación del lugar en que se escondían; ¡Claro! Hira Singh se llevaba una fabulosa recompensa. Además el *Dakhama* había sido volado a tiros de dinamita, por iniciativa del Gobernador *Sahib*; y de la

Torre del Silencio sólo quedaba un informe montón de ruinas.

Algo más extraño sucedía aún. Ram Bux abandonaba la ciudad, para irse lejos a gozar libremente de sus riquezas. Decía que estaba aburrido de aquella aldea muerta. Y no era él, sino Hira Singh quien se dirigía a casa de Kirpa Dass a pedir la mano de Lalún, dos días antes de expirar el plazo...

La situación económica de Hira Singh, había cambiado como por encanto. Ram Bux no sólo le dejaba un fuerte legado en dinero; sino que renunciaba de antemano a desposarse con Lalún.

En todo aquello no podía haber habido sino la intervención de magos encantadores, de Merlines traviosos y burlones. Todos se machacaban el magín para descubrir qué misterio había en el fondo de aquellos trastornos... Pero, era en vano...

Kirpa Dass, que sólo atendía a la satisfacción de sus ambiciones, vió con los mejores ojos el enlace de su hija con un joven noble, hermoso y rico, como Hira Singh. Así, pues, el matrimonio se efectuó al expirar el plazo. Y era una hermosa luna llena la que vertía su fulgor de plata sobre la tierra aún encendida del trópico, la noche en que Lalún y Hira Singh, con los brazos enlazados, avanzaban hacia las ruinas imponentes de la Torre del Silencio; lugar desde donde el destino le había arrebatado maravillosamente, aquella noche, mientras ascendían hacia el cielo mudo las plegarias de la novia abandonada...





**ALMA RUBENS**

# EL CINEMATOGRAFO



Bryant Washburn.



Gladys Hulette.



Tú y yo...



Bert Lytell y sus amigos.

**BRYANT WASHBURN.**—Es este actor uno de los más simpáticos galanes de la escena muda. Su trabajo es elegante y gracioso. Se cuenta de él una historia que pone de manifiesto su carácter. En cierta reunión social conoció a una joven de la aristocracia neoyorkina, que le manifestó en forma bastante insinuante su admiración. Al día siguiente, le envió un retrato, escrito al respaldo con la siguiente dedicatoria: A. X. X. en prueba de simpatía, Bryant Washburn. Abajo, en letra pequeñísima, se podía leer: "Conténtese con la fotografía. El original no vale lo que ella"...

**GLADYS HULLETE.**—He aquí una actriz que se ha hecho favorita de los públicos gracias a su arte, talento y simpatía. Muchas de sus films han llegado hasta Chile, en donde han tenido inmejorables aceptación. Gusta enormemente de los deportes y de la literatura y dicen que se ha entrado al cine únicamente por capricho.

**NAPOLEONICOS.**—Están en esta fotografía los simpáticos Douglas Fairbanks y Charlie Chaplin. En nuestra pasada edición publicamos una instantánea que manifestaba a las claras la simpatía y amistad que se brindan estos reyes del cine. Y según cuentan las crónicas, la amistad esa no es para la "exportación" solamente, pues andan siempre juntos.

**WILLIAM RUSSELL.**—Es el protagonista



Taylor Holmes es un excelente cocinero.



Gloria Swanson.



Taylor Holmes



¿Qué tal?



Una situación interesante.



Olive Tell.

de la cinta "El Corazón de los Diamantes", a la que pertenece la escena que publicamos. Russell es uno de los actores del cine que más luego ha conquistado renombre gracias a su actuación atlético-artística, que tanto gusta en el cine.

**BERT LYTELL.**—El excelente actor de la Metro conversa familiarmente con sus compañeros de trabajo, a los que reúne en su casa. Es un muchacho de un carácter inmejorable, por lo que es querido de todo el mundo.

**UN TRIO.**—Nada desperdiciable es el de estas tres muchachas de Mach Sennet, el célebre director de la Keystone. Como se sabe el fuerte de este director son las muchachas hermosas y en verdad que las sabe elegir bien.

**TAYLOR HOLMES.**—Es uno de los actores más graciosos de los Estados Unidos. Se le ha comparado con Max Linder, pues la gracia que usa es fina y delicada sin usar jamás resortes de risa que puedan tener la más leve sombra de grosería o vulgaridad. Sus producciones se venden carísimas en los Es-

tados Unidos, y según sabemos ha sido contratado últimamente por la Triangle.

**GLORIA SWANSON.**—Es una actriz que ama casi tanto al cine como al caballo. Así, siempre que tiene un par de horas disponibles las emplea en excursiones y paseos, que hacen la desesperación de su director, ya que nunca puede dar con ella cuando la necesita con urgencia.

**LOS MISERABLES.**—Uno de los grandes estrenos del mes, ha sido sin duda Los Miserables, basados en la célebre obra de Victor Hugo. William Fox, el fecundo productor americano, lanzó esta obra con el carácter de extraordinaria. Si hemos de ser francos, "Los Miserables" americanos, aun cuando constituyen una obra de verdadera grandiosidad, no alcanzaron a aquellos de Pathe Paris, ya que no solamente se descuidaron algunos detalles sino que se adulteró la obra de Victor Hugo.



May Allison.

No quiere esto decir, que haya fracasado esta cinta, sino por el contrario, estamos de acuerdo en creer que ha sido un éxito, pero que no ha logrado superar al arte francés.



Algunas escenas de una película por William Desmond.



Henry Krauss, el Jean Valjean de "Los Miserables" de Pathé.

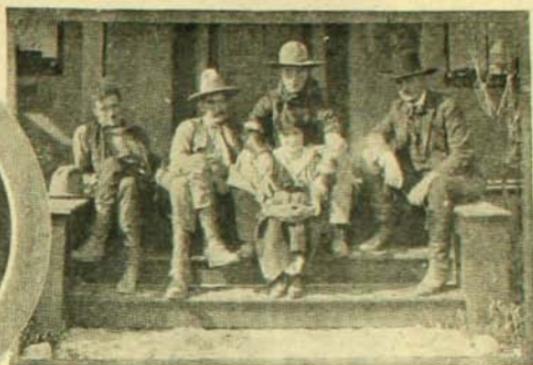


William Farnum, el Jean Valjean de los de Fox.



Un puente roto, un tren al agua, una catástrofe auténtica utilizada para un film americano.

UN DIA CON WILLIAM S. HART



1. El gran artista cow-boy William S. Hart—2. William S. Hart y Ana Lattle, su primera actriz, con otros miembros de su compañía.



A fin de que no haya riesgo de incurrir en grandes errores, cuando hay alguna escena en que Hart toma parte se emplean dos cámaras fotográficas.



Son tantos los admiradores que tiene Hart, que en los talleres donde trabaja, se han construido tribunas para que éstos vean a su ídolo.



1. Hart hace siempre en sus películas un pequeño oasis de amor. Y a la verdad que los ejecuta a las mil maravillas.—2. Hart tiene una inmensidad de trajes de vaquero. Aquí le vemos con uno de los más elegantes "para los días domingos".

HOUDINI.—Continúa el entusiasmo que ha despertado esta cinta entre los aficionados al cine y al público en general. En realidad la cinta es de lo mejor que conocemos y estamos ciertos que será el éxito del año.



HAROLD LOCKWOOD



UNA DIABLERIA DE CALLOT.—Este diablo, que está colocado en el frontispicio de la "Tentación de San Antonio, se inspira en la tradición que prestaba al Maligno, una frente cornuda, un rostro cubierto de pelos rudos, pies partidos, manos adornadas de garras y agitando la escoba que cabalgaban los hechiceros cuando acudían a los conventículos

## Diablerías de Antaño

Por J. VALMY-BAYSSE

Rabelais, al escribir diablería, parece haberle dado su fisonomía definitiva. Entonces se la tomaba como sinónimo de sortilegio; se la aplicaba igualmente a las destrezas de mano, en las cuales se quería ver una obra del diablo, se servían de ella también para estigmatizar ciertos rasgos de maldad, o para caracterizar los desastres cuya causa era desconocida. Sirvió también para designar las **Pasiones** o **Misterios**, que contaban al Diablo en el número de sus personajes; finalmente su sentido se extendió a las obras de arte, dibujos, grabados, pinturas y esculturas, en los cuales se trataba de reconstituir la figura del Maligno. La fealdad del Diablo, llámasele Satanás, Belzebú o Lucifer, era tenida por espantosa. Los talladores en piedra, cuya obra resplandeció en los portales y en las naves de las catedrales, los talladores de imágenes, solían darle los rasgos de las divinidades paganas que la religión cristiana pensaba haber relegado a lo más profundo de sus bosques: sátiros, ninfas, faunos. Viendo en él la Trinidad del

Mal, le coronaban a veces con tres cabezas. Pero, más a menudo le mostraban con el cuerpo horroroso, cubierto de pelos rudos, adornado con una larga cola; en su frente, le plantaban cuernos de ciervo, detrás de los cuales pendían largas orejas; sus manos rugosas y sus pies partidos se agravaban con garras amenazantes; bajo este aspecto terrible lo encontramos en muchos altos relieves en los cuales su astucia pretende poner en derrota la sagacidad del glorioso San Miguel, comisionado por el Señor para pesar las almas.

El artista encargado de representar al Diablo podía, sin temer la contradicción, atribuirle todas las caras y todas las monstruosidades. Se debió abusar de esta libertad, porque Satanás, que hasta entonces se había divertido más que nadie con las caricaturas que se hacían de su persona, concluyó, nos dice una leyenda, por inquietarse seriamente.

Un día, pues, se apareció, a la hora del sábado, a un pintor, que pintando su retrato



UNA SÁTIRA.—La sátira es evidente en esta composición, que escapa a toda clasificación: ella conserva sin embargo una cierta fuerza cómica aún para nosotros que, a cuatrocientos años de distancia, podemos penetrar su sentido.



DIABLILLOS. — Jerónimo Bosch revestía a sus diablillos con el hábito de los monjes de su tiempo.

sobrepasaba en horror todo lo que se había hecho hasta entonces, en tanto que, por el contrario, favorecía a la Virgen María con todas las gracias y todos los esplendores.

—¿Por qué—le dijo el Diablo, vejado—me haces tú tan feo, en tanto que adornas a tu señora María de todas las bellezas...?

—Es que, respondió el artista, santiguándose y derramando agua bendita a su alrededor, Ud. es tan feo, que ningún pintor puede decirse capaz de pintar su fealdad... En cambio, mi señora María es tan bella, que el Genio mismo se declararía impotente para pintar todas sus perfecciones...

Pero el Diablo no había llegado aún al término de sus penas. Dios, de quien se ha declarado adversario eterno, le dió un día el retratista que se merecía. Genio extraño, enamorado a la vez del realismo y de lo sobre natural; apto para elevar un pedestal como para levantar una picota, Jerónimo



**UN ACORAZADO FANTÁSTICO.**—Trirreño, por su cola en espolón, con su caparazón rígido y sus torrecillas, esta alucinante erección de Jerónimo Bosch, podría pasar por el antepasado de uno de nuestros modernos acorazados.

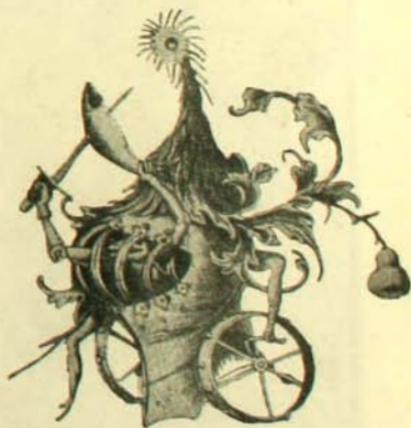
Bosch se puso a la obra, y si el Cielo tuvo en él al pintor más ingenuamente suntuoso, el Diablo mismo debió reconocer que jamás el Infierno le había parecido tan negro como lo veía en la obra del nuevo artista.

Se conoce bastante poco la vida de Jerónimo Bosch: se sabe, sin embargo, que se llamaba en realidad Van Aeken o Aken, pero que nacido, según se cree, hacia el año 1450, tenía a ejemplo de los hermanos Van Ecyk, y como debía hacerlo después de él el viejo Breughel, amoldado su monograma de artista sobre el nombre de su villa natal, Bois-le-Duc, (en flamenco Hertogenbosch).

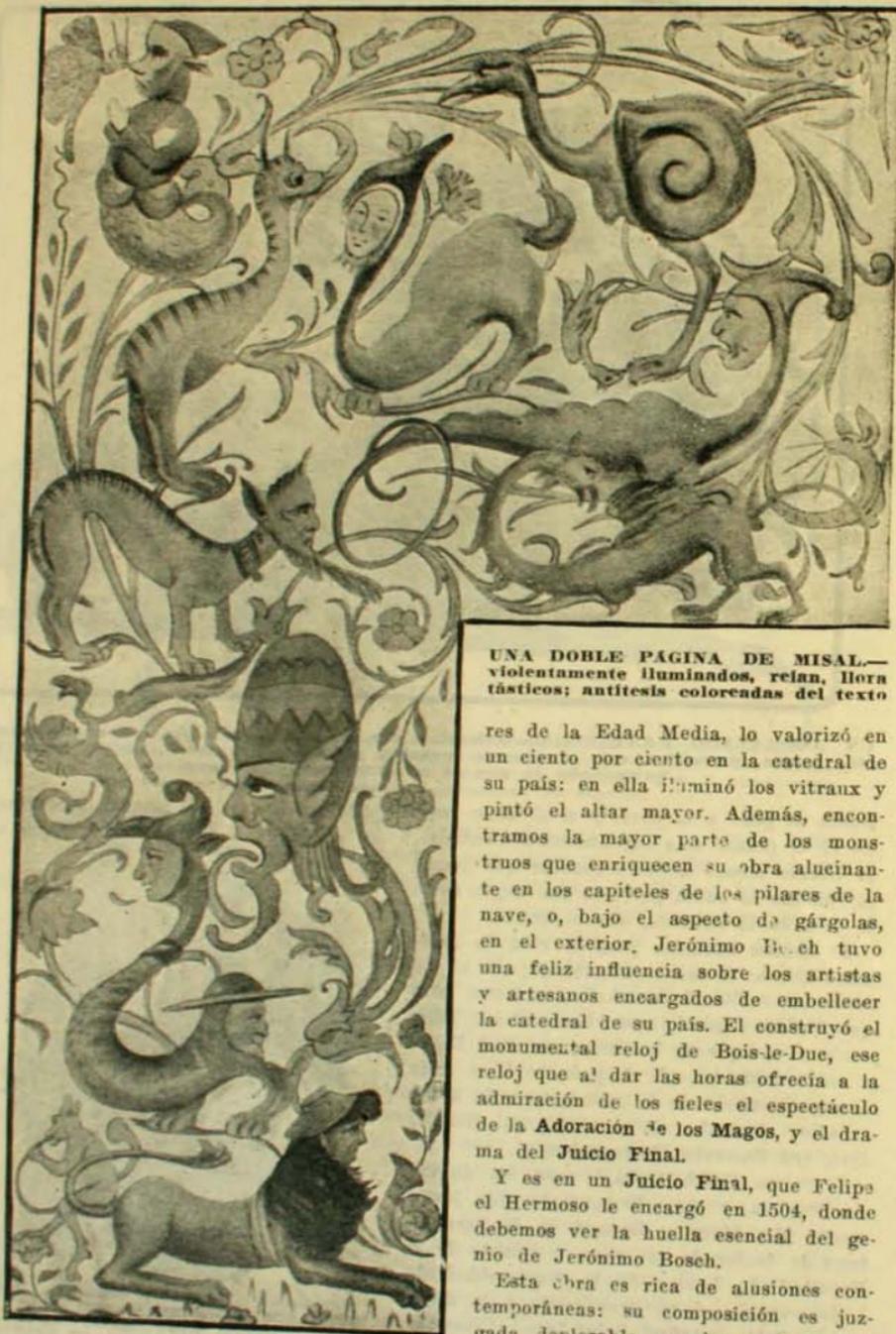
Jerónimo Bosch trabajó para los duques de Borgoña, y como lo constata muy justamente Mr. Maurice Gossart en la hermosa tesis de doctorado que sostuvo delante de la Facultad de Letras de la Universidad de Lille, contribuyó en gran parte a la decoración de la catedral Saint-Jean (Johannis-kirche).

Jerónimo Bosch en sus comienzos fué visiblemente influido por los esultores que

pudo conocer en las iglesias flamencas; pero lo que él había tomado a los viejos esulto-



**UN VEHICULO BIZARRO.**— Este yelmo, adornado con una pluma de pavo real, colocado sobre ruedas movidas por manos humanas, constituye un vehiculo del más raro efecto.



**UNA DOBLE PÁGINA DE MISAL.—**  
**violentamente iluminados, relan, Her-**  
**tásticos; antitesis coloreadas del texto**

res de la Edad Media, lo valorizó en un ciento por ciento en la catedral de su país: en ella iluminó los vitraux y pintó el altar mayor. Además, encontramos la mayor parte de los monstruos que enriquecen su obra alucinante en los capiteles de los pilares de la nave, o, bajo el aspecto de gárgolas, en el exterior. Jerónimo Bosch tuvo una feliz influencia sobre los artistas y artesanos encargados de embellecer la catedral de su país. El construyó el monumental reloj de Bois-le-Duc, ese reloj que al dar las horas ofrecía a la admiración de los fieles el espectáculo de la Adoración de los Magos, y el drama del Juicio Final.

Y es en un Juicio Final, que Felipe el Hermoso le encargó en 1504, donde debemos ver la huella esencial del genio de Jerónimo Bosch.

Esta obra es rica de alusiones contemporáneas: su composición es juzgada deplorable por los artistas; los



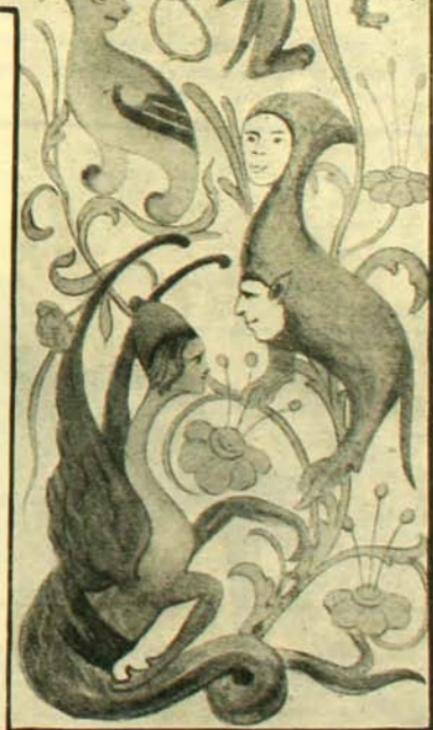
En los márgenes de los viejos misales  
ban, se despavorían estos animales fan-  
tásticos, al cual acompañaban,

episodios están ahí tirados sin orden; y es una lectura larga y difícil. Pero, en un tiempo en que imprenta no existía, es ella una especie de colección de periódicos satíricos, de tal manera cada una de sus partes está estrechamente ligada a la actualidad de entonces.

Es que, en efecto, el artista ha querido que su obra fuese el reflejo de su tiempo, de lo cuál saca toda su inspiración y todos sus materiales.

En la aurora de ese siglo XV, que iba a cerrar las pesadas puertas del pasado sobre la Edad Media y abrir de par en par las de los Tiempos Modernos, el hombre de las civilizaciones occidentales ha gustado demasiado el fruto amargo de la ciencia; la gran duda sube en él, atizada por el viento de la discusión y de la desesperanza.

Arriba, como abajo, un triste aburrimiento le tortura: después del Año Mil, las Cruzadas, la guerra de Cien Años, el





Brueghel sacaba a menudo sus símbolos de los objetos inanimados, los cuales haciendo cuerpo con el ser caricaturado, acentuaban el aire de pesadilla, sin perjudicar la intención cómica del artista.

bandillaje feudal y militar, los "errores" eclesiásticos, las luchas por las libertades comunales, las rebeliones y las revueltas, él despierta agotado.

Cuatrocientos años de hogueras, de horcas, de conquistas, de matanzas en masa, le tienen harto; ya no ofrece a la fe el mismo corazón nuevo: para curar a Dios, que sufre en su alma, le son precisos los ayudantes especiales del misticismo, y cuando éstos no obran, es porque el Maligno está ahí para tentarle.

Por otra parte, surgen enfermedades que parecen invenciones diabólicas: el baile de

San Vito, lycantropismo, afección mental en la que el enfermo, creyéndose lobo, toma las maneras de este carnicero, y va errando por los caminos nocturnos, donde nunca deja, según dicen, de encontrarse con el diablo. Este está en todas partes a la vez: hombre-lobo, lince infernal, fantasma con cabeza de buey, ocurre a este diablo no ser inaccesible a las debilidades humanas de robar la bolsa y despojar de sus hábitos—cuando son de buen género—a los mortales que han tenido el penoso honor de encontrarle en el fondo de algún bosque.



MONSTRUOS ANTROPOMORFOS.— Sobre cuerpos de animales ya caricaturados, Brueghel insertaba miembros humanos, creando así seres bizarros del más alucinante antropomorfismo.



UNA ESCENA DE "PACIENCIA".—Es en es las especies de escenas campestres en las cuales lo anormal se acopla a lo verosímil, y que aumentan el Bestiario extraño, monstruoso y bizarro creado por Jerónimo Bosch.

#### La obsesión del Diablo

Mucho más que el temor de Dios, el miedo al diablo es el comienzo de la virtud. Predicadores benévolos, más o menos afiliados a las sectas místicas que se hacen cada vez más numerosas, se extienden complacientemente sobre la descripción del Infierno, pleno, dicen, de dragones, bebedores de sangre, avestruces, buhos, górgonas, y calderas incandescentes.

Establecen también, para el espanto de las poblaciones, la jerarquía y la nobleza del dominio infernal; y, repórters siniestros, lle-

gan hasta dar los nombres: Azebiel es ahí un jefe muy influyente; Cabaniel tiene rango de emperador; Menachiel reina sobre 20 duques, 100 condes, 7.405.928 diablillos, y un pueblo innumerable de siervos.

A estos nombres y a estas cifras terriblemente precisas, agregan los relatos tenebrosos de los conventículos a los cuales acuden diablos y diablesas, demonios y diablillos, cabalgando en palos de escobas; en fin, en todo un mundo aburrido, ignorante y timorato se esparció ese mal siniestro de que sufre todo el fin de la Edad Media: la obsesión del Diablo.



UNA HERMOSA COLECCION.—Estos seres en que lo barraco bordea a lo horrible, que participan del pordiosero, del cotudo y del candelabro, no carece de lo pintoresco en su conjunto decorativo.



UNA RONDA INFERNAL.—Callot ha reunido en esta ronda infernal algunas de sus más desconcertantes invenciones: bull-dogs de cuerpo humano, perros con piernas de macho cabrío, etc.

Todas estas leyendas, aceptadas como dinero contante, se agregaban a la lista de las calamidades de que sufría la cristiandad.

Pero, en esos Países Bajos, campo cerrado a la Europa, que, desde siglos venía arreglando sus negocios de intereses a expensas de los más humildes, un sufrimiento más agudo provocaba un terror más profundo.

Además, en esa hora en que Luis XI y Carlos el Temerario se han ido a las manos, parece llegado el reino del Diablo: los más hábiles parecen entonces aliarse al Maligno.

Pero, se encendieron hogueras que confundían en un mismo castigo a los místicos y a los diabólicos, a los hechiceros y a los magos.

Jerónimo Bosch no había escapado al contagio: mas el cielo le había dado un arma de la cual se sirvió para combatir en favor de la buena causa.

Después del Juicio Final, en el cual brilla

toda su confianza en Dios y todo su horror por Satanás, nos muestra en su **Tentación de San Antonio**, cómo él mismo afrontaría el Diablo; su **Sátira de la Caballería** es una virulenta requisitoria contra los excesos batalladores de su tiempo; y la grande y severa piedad que le inspiraban las desgracias de los humildes, se expresa en esta leyenda, que es el epigrafe de su **Ballena abierta**:

—Ya lo ves, hijo mío, desde hace mucho tiempo sabemos que los peces grandes devoran a los chicos.

Es, pues, toda esta época de transición cuando los más bellos esfuerzos alternan con las peores caídas, la que se refleja en la obra de Jerónimo Bosch.

La gran duda que despertaba en el fondo de las conciencias se anunciaba por este sentimiento contra el cual sucumbieron los más valientes: el



UN DIABLILLO DE CALLOT.—Uno de los porta-estandartes del Infierno.



UN DIABLILLO DE CALLOT.—Un ministro del Infierno.



**UN DESFILE.**—Encontramos en esta página, al Juan Callot de la Comedia Italiana; su fantasía comunica a esta corte de los milagros, una comicidad del más irresistible efecto.

miedo al Diablo. Es este miedo al Diablo el no de Jerónimo Cock, pintor y grabador que hace de la obra del maestro de Bois-le-Duc, un documento empapado de humanidad.

Fantástica, satírica, realista, esta obra resume todas las tristezas, todas las desesperaciones, todas las ironías de un mundo que quiere renovarse.

El viejo Bosch supo incorporarse a su tiempo, como debían hacerlo el inglés Willian Hogarth, en el siglo XVIII, y Honorato Daumier y Juan Luis Forain en el siglo XIX.

Desaparecido Jerónimo Bosch, es a Breughel, el viejo, a quien corresponde agregar numerosos espécimens al Bestiario extraño monstruoso y bizarro, que había creado el pintor de Bois-le-Duc, y en el cual lo anormal se acopla a lo verosímil.

Breughel, nacido en 1530, catorce años después de la muerte del viejo maestro, había estudiado en el taller de Pierre Kock d'Alost, antes de ser el alum-

no de Jerónimo Cock, pintor y grabador de la mayor parte de las obras de Bosch.

Al pintar esas escenas campes- tres que le valieron el sobrenombre de Breughel de los campesinos, el nuevo artista creó algunas de esas diablerías que debían hacerle glorioso.

Cada uno de sus cuadros contiene la sustancia de un libro, y una biblioteca no sería suficiente para describir todos los detalles humorísticos de que está sembrada su obra.

Ha creado la fauna y la flora más extraordinaria que haya existido.

Llegamos a Callot... ¡Ah! Cuán lejos nos parece de Breughel, y cuánto más lejos todavía de Bosch...!

Tenía diecinueve años cuando en el reverso de las planchas de ensayo de las Batallas que grababa para un Médicis, hizo los primeros croquis de su Tentación de San Antonio... Glorioso ya, no estaba lejos el día



Un diablillo.



Un diablillo.

primeros croquis de su Tentación de San Antonio... Glorioso ya, no estaba lejos el día



**UN CASO POCO COMUN.**—Une todas las características de la bestia a las de la máquina infernal, y escupe la metralla sin turbar ni poco ni mucho, al crustáceo porta-lámpara que le precede, y al espadachín que, feliz, le amenaza con su espada.



**ANIMALES FANTÁSTICOS.**—Ese lagarto terrible, con su empuñadura elevada en alto y su escudo de punta, no puede turbar al batracio tranquilo a quien amenaza, ni tampoco la hilaridad del pez volador que se divierte de frente de él.

en que el duque de Lorena iba a elevarlo al gran ducado de Toscana...

En tiempos de nuestra infancia, cuando las ferias regionales guardaban todavía su

gran significado, cada fiesta tenía una barraca que se distinguía de las otras por la pintura truculenta de sus muros de tela.

Pero el drama que se desarrollaba en el interior ejercía sobre nuestras imaginaciones infantiles un atractivo más prestigioso todavía: se asistía allí al desfile de las angustias y de los terrores contra los cuales se había debatido, durante quince años, San Antonio, el santo popular que, joven todavía, se retirara al desierto para preparar ahí, mediante la oración, su salvación eterna.

Entre la visita del Diablo y la llegada de la reina de Saba, encontrábamos todo ese mundo extraño a cuya vista nos habían preparado las pinturas de la entrada.

San Antonio se debatía, suplicaba, daba aullidos, y los demonios, implacables, no cesaban de oprimirlo...

Esta mezcla de lo patético y de lo grotesco tenía en suspenso nuestras curiosidades ingenuas.

Al ver agitarse esos gnomos y esos demonios, un sentimiento, que quinientos años de razón y de filosofía no han podido abolir enteramente, despertaba en nosotros: el miedo al Diablo.

Y a cinco siglos de distancia nos llegaba, apenas disfrazado con el aporte de quince generaciones, pero ingenuo a la vez y melancólico, el gran pensamiento de Jerónimo Bosch, el "Hacedor de Diablos", de Bois-le-Duc, en Brabant.



**UN AVARO.**—En "La Avaricia", Breughel ha reunido algunos de esos monstruos que, por sus gestos y su conformación, hacen inteligible el pensamiento del viejo maestro.



PRIMERA VERSION ESPAÑOLA ESPECIAL PARA "PACIFICO MAGAZINE"

La Dirección de "Pacífico" tiene la intención de suprimir, en lo posible, el "folletín", o lo que se tiene por tal en la prensa, es decir, la novela larga que continúa a través de varios números. Nos fundamos en una razón, que valdrá en el ánimo de los lectores: nuestra revista es mensual, de modo que el hilo de una historia permanece interrumpido durante treinta largos días, y esto por seis, siete y hasta ocho meses. Por interesante que fuere una novela y por grande que sea la paciencia del lector, es peligroso que este sistema robe gran parte de la atención que estas páginas merecen. Cambiaremos, pues, la novela larga por la novela corta, o insertaremos, a veces, en su reemplazo, alguna buena pieza de teatro.

Esta vez no hemos podido conseguir el desideratum de lo que nos proponemos: la novela iniciada y terminada en el mismo número. "El Justiciero", de Paul Bourguet, abarca dos números de nuestra revista. Pero, el gran interés propio de esta novela; su condición de última de las publicadas por el gran maestro (ha salido a la luz sólo en febrero de este año); el ser esta que ofrecemos su primera versión española, especial para "Pacífico", nos ha hecho aplazar por poco tiempo la que será nuestra norma folletinesca en el futuro.

ILUSTRACIONES DE GORDON

Me hallaba cierta mañana en mi casa, escribiendo, cuando vino a decirme el criado que un tal señor Blas Marnat, ingeniero, de paso por París, telefoneaba para saber si podría yo recibirle esa tarde, y a qué hora.

—¿Está en el teléfono?—pregunté al criado.

—No, señor. Quien llama es el portero de su hotel.

—Dígale que espero al señor Blas Marnat hoy, después de almuerzo—respondí.

desconcertado por el anuncio de esta visita, hasta el punto de serme imposible proseguir mi tarea. Demasiadas imágenes surgían en mi memoria, evocadas por ese telefonazo tan extrañamente impersonal. ¡Un lazo muy íntimo y muy particular nos unía, al ingeniero y a mí, en el pasado!

—¡Después de cuarenta años,—pensaba yo, recordando, en el relámpago de una semi-alucinación, las lejanas horas de una juventud ardentemente estudiantil—anunciarme su vuelta a Francia y su visita por medio de un telefonazo del portero! ¡Qué hombre más original!... Menester era haberle conocido desde niño... El viejo Marnat le había educado en la escuela del niño espartano que se deja devorar por su zorro, sin dar un grito, la del *Poete non dolet* de la valerosa Arria. Esta dirección estoica habría tal vez tornado en dureza, con aquella existencia pasada en las canteras, construyendo ferrocarriles, en Asia, en África, en América, en medio de brutos negros y amarillos... Pero, no me ha olvidado, puesto que quiere verme. Perdonémosle un procedimiento que no es ni tierno ni ceremonioso, en gracia del placer que experimentaré conversando con él acerca de su padre, mi viejo profesor...

Para que se comprenda bien qué cuerda removía en mí este encuentro tan próximo, y tan completamente inesperado, con mi camarada de clase, es preciso que describa con alguna precisión la figura moral de ese humilde pasante de colegio. Ella explicará el sitio ocupado por él en mi memoria de escolar. Cuando se ama apasionadamente el estudio, se guarda, a través de la existencia, una gratitud de calidad única a los maestros que nos iniciaron en el trabajo sagrado de la inteligencia. Es la mística de la enseñanza, su profunda y noble poesía, esta paternidad espiritual, indefectible como la otra, y que hace que a la distancia de medio siglo volvámos a encontrar vivo en nosotros el sello espiritual de ciertos profesores. Así ocurría entre el señor Julio Marnat y yo. Para ampararse de un alma joven, en la época en que yo seguía sus lecciones, este maestro poseía un doble prestigio: el del hombre y el del letrado. Salvo algunos fieles su memoria, le tienen hoy olvidado. Bajo el Imperio, poseía, en el pequeño mundo escolar, ese renombre clandestino, que fué el mismo de los grandes profesores de la Universidad después del golpe de Estado: un Federico Morin, un Eugenio Despois

Entrado el primero en la Escuela Normal, recibido el primero en la agregación, había, a los veintiséis años, dimisionado de la Retórica de un gran liceo de París por no prestar juramento al Imperio. Desde entonces vivía de cursos libres y repeticiones. Que prefiriera este ganapán modesto a las fructuosas tareas del periodismo, era la prueba de una intransigencia absoluta en sus convicciones. Había temido los compromisos forzados de una prensa vigilada de cerca por el poder. Los republicanos de hechura romana no eran raros en ese período. Racionalistas de temperamento religioso, mostraban a su pesar los rasgos del ideal cristiano sobre el mito revolucionario. Su ascetismo y su devoción les revestían en nuestras imaginaciones de diecisiete años, de una autoridad de mártires y de apóstoles. Discutir un juicio del señor Julio Marnat era para nosotros algo semejante a una blasfemia. ¡Me creerán si digo que por mucho tiempo he sentido vergüenza de admirar a Próspero Merimée y a Saint-Beuve, nada más que porque el inflexible protestante les había estigmatizado en mi presencia?

La fuerte influencia ejercida sobre algunos de sus alumnos, sobre mí en particular, se debía también al fervor en que estaba encendido por la literatura antigua. Esa llama hacía de él un artista en expresión, realmente extraordinario. Los es critores latinos, sobre todo, le inspiraban un culto apasionado. Cada uno de nuestros exámenes, destinados muy utilitariamente a transformarnos en bestias de concurso, era, para este devoto, la ocasión de una verdadera liturgia. Los textos sublimes de los Antiguos, pasando por esa boea elocuente, perdían todo aire de citas. Hacían un todo con ese magnífico letrado que nos invitaba a comulgar, no ya a través de los libros, sino a través de su alma, con esos bellos genios.

Anomalia paradójal: uno solo de entre nosotros permanecía refractario, al menos en apariencia, a ese contagioso fanatismo, y era Blas. Ese hijo del repetidor había sido recibido en beca, como también su hermano menor, Amadeo, por una caridad demasiado justificada hacia un maestro, cuyo reconocido valor servía de reclame vivo. Aunque de constitución más vigorosa. Blas era, sin embargo, el retrato de su padre. Los Marnat son originarios de Lascamps, un caserío situado al pie del volcán de este nombre, en la montaña de Do-

me. El profesor había ido allí a buscar a su mujer, hija como él de un pequeño propietario rural, mitad campesino, mitad burgués. El primer nacido había heredado de la montaña una robustez de tórax que contrastaba con la debilidad de su hermano menor. La fisiología empobrecida de éste denunciaba, en la madre, el debilitamiento de la transplatación, el aire rarificado de una estrecha morada parisiense, la alimentación mediocre, la usura del cuidado cotidiano. Blas tenía ya conciencia de la dura prueba que inflige a una dueña de casa lo precario de los recursos, la estrechez de la mesada, esta **res augusta domi**, para hablar como uno de los poetas caros a su padre. Este sentimiento, a la vez que paralizaba en él su entusiasmo por las letras clásicas, le incitaba a una labor encarnizada. Ninguno de nosotros le igualaba en la composición latina, verso o discurso, y no ocultaba su intención de encaminarse, una vez pasado su bachillerato, hacia las ciencias de la Escuela Central!

—Basta con un profesor en una familia, me decía un día en que me confiaba sus proyectos para el porvenir. Mamá ha sufrido mucho. Papá también. Yo quiero un oficio que me permita asegurarles más tarde un poco de bienestar. Ya he tomado mi partido. Seré ingeniero en el extranjero, y ellos tendrán una vejez rica.

Su aplicación, entre tanto, a sus tareas de retórico, tan poco adaptadas a su futura profesión, provenía de un escrúpulo de probidad. Estimaba que sus éxitos en el Concurso general—y ya había sido coronado muchas veces,—pagaban su deuda de alumno en beca. Además, un generoso educacionista había legado un título de renta de mil francos, destinados a recompensar al alumno de nuestra pensión que obtuviera en este Concurso el premio de honor de Retórica. La fundación databa de cinco años. Y como ninguno de nuestros predecesores lograra el premio, los intereses de la renta se habían acumulado. La perspectiva de ganar esos cinco mil francos—con los cuales aliviar un poco a sus padres—aguijoneaba el celo del buen muchacho. Yo no le ví, durante ese año, vivido con él intimamente, perder un minuto, un segundo de tiempo. Si no participaba de los cálidos transportes de su padre por las cosas de la literatura, tenía en cambio como él, la rigidez de honor fútil, esa necesidad de estimarse a sí mis-

mo, y de cumplir una máxima del profesor: “hacer siempre de todo lo que se puede, todo lo que se debe.”

Blas perdió el premio de honor... Nada más significativo en la juventud, que nuestra instintiva reacción en presencia de los primeros éxitos o las primeras derrotas. Cuando los resultados del concurso fueron proclamados, yo estaba en la puerta de la Sorbona con los dos hermanos Marnat. Blas acogió la noticia de su fracaso, diciendo: “Ya sabía yo que había fallado el golpe”. Su impasibilidad me recordó al esclavo antiguo, y su respuesta al amo que le golpeaba: “Os había dicho que me quebraríais la pierna.” Era la aplicación práctica del adagio: “Dolor, no eres un mal”, fiera divisa de la secta que abrazara el viejo universitario, hipnotizado, a través de los grandes prosadores de Roma, por los Catones y los Brutos. Estas lecciones de muda entereza no habían llegado hasta el joven Amadeo, el segundo hijo del señor Julio Marnat. Este niño, pálido y nervioso, estalló en sollozos al conocer el fracaso de su hermano mayor. Yo había admirado la presencia de espíritu de Blas, no revelando los efectos del golpe sufrido, yo que conocía la profundidad de su decepción. Fue entristecido, en cambio, por la ruda manera con que rechazó la sensibilidad, un poco exagerada pero muy tierna, de su hermano:

—¿Has concluido, le dijo bruscamente, de darnos la comedia?

No era la primera vez que yo observaba con qué severidad juzgaba y trataba a su hermano menor. A decir verdad, éste hacía pobre figura en el colegio. Muy despierto, pero más perezoso que despierto, la familia había debido renunciar para él a los cursos del liceo, adonde sólo se enviaba a los alumnos distinguidos. Amadeo Marnat era, pues, un “interior”. Así designábamos a los camaradas menos brillantes que proseguían sus estudios en el interior de la casa, en clases decapitadas de su élite. Las alzas y bajas de sus lugares—hoy día entre los diez primeros, la semana siguiente entre los diez últimos,—denunciaban el verdadero principio de su inferioridad escolar. La voluntad le fallaba, no la inteligencia. En este adolescente de dieciséis años, delgado y pequeño para su edad, de rasgos finos, de maneras cariñosas, veinte indicios revelaban una precoz y peligrosa curiosidad por la vida parisiense de entonces. Las operetas en

toga en el teatro Bouffes y en el Variétés, las carreras y los pronósticos sobre los probables ganadores, las novelas a la moda y los escándalos del día, eran la materia habitual de sus conversaciones entre él y un pequeño grupo de "interiores", pertenecientes a familias ricas, y que ellos se bautizaban con el nombre de "gomosos". Cuando Blas lo divisaba paseándose en el patio, un tanto largamente, con algún camarada de ese grupo, le llamaba, y pronto podía verse a los dos hermanos atravesar el prado, uno imperioso, reprendiendo, el otro taciturno y callado. Visiblemente, Amadeo temía a Blas. Visiblemente también, este último carecía de tacto en el manejo de un carácter débil, incierto, fácil a las tentaciones del lujo y de la vanidad, pero capaz sin embargo de nobles entusiasmos y apasionadamente sensitivo. Sus lágrimas ante el fracaso de su hermano me lo habían probado una vez más, y también la alteración de su rostro bajo el golpe del freno. Blas era demasiado entero, demasiado absoluto, para que me fuera fácil aun dentro de la familiaridad de la vida de colegio, hacerle una observación. A pesar de todo, me atreví a hacerla, en el curso de una conversación íntima que tuvimos en el Luxemburgo, antes de partir para las vacaciones, y a propósito de aquella escena de la Sorbona.

—Tu no conoces a Amadeo, respondió a mi tímida observación. Es un embustero, un gozador y un holgazán. Papá está demasiado ocupado para seguir su conducta. Y si le viera tal como es, sufriría mucho. Prefiero cerrar los ojos. Es un soñador, tú lo sabes, un poeta. Mamá tiene debilidad para este muchacho. Lo tuvo, estando enferma. Y ha sido muy delicado desde su infancia. Ella le guarda un rincón muy tierno en su corazón, demasiado tierno. A mí me corresponde llenar a su lado el papel de **pater familias**, que vigila y que corrige. Créeme, cuando yo le reprendo es porque tengo mis razones."

Esta conversación tuvo lugar en el mes de julio de 1870. Habiéndome ido a provincia desde los primeros días de la guerra franco-prusiana, no debía yo volver más a la pensión. Por otra parte, el advenimiento de la República marcó para el señor Julio Marnat el fin de su agotador oficio de repetidor. Fué nombrado, con mucha justicia, inspector de academia en París. Yo vine acá, después del sitio, a concluir, como externo, mi filosofía. Blas, por su parte, comenzaba a realizar pacien-

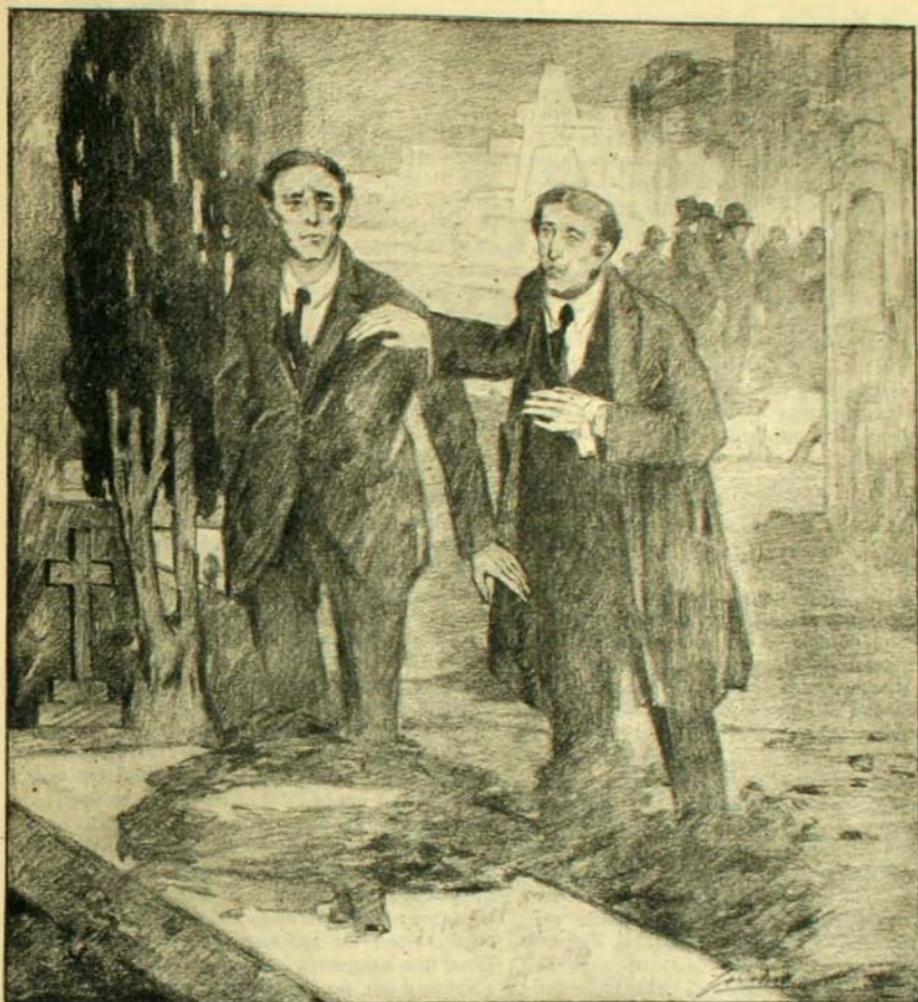
temente su designio de hacer una carrera industrial. Preparaba al mismo tiempo sus dos bachilleratos, como externo también, pero en otro liceo. En 1873, entraba en la Escuela central, y luego después se expatriaba. Iba a España, a dirigir los trabajos de un túnel por cuenta de una compañía de ferrocarriles. Apenas nos cruzamos una que otra vez, durante este período, metidos uno y otro, él aprendiz de ingeniero, yo aprendiz de escritor, en órbitas demasiado diferentes. A su hermano le había encontrado más cada vez en circunstancias que demostraban claramente la perspicacia y el poco resultado del **pater familias**, como Blas se llamaba, a la Romana. Un día le encontré en la terraza de un café del Barrio Latino, en compañía de una pícaro que, en lo llamativo de su indumentaria, se conocía que era del otro lado del mar. Algunos meses más tarde volví a verle en los Campos Elíseos, un domingo de carreras, subiendo hacia el Arco de Triunfo en una victoria de arriando, demasiado bien puesta para su posición,—yo le sabía empleado en una compañía de seguros,—y fumando un grueso cigarro con la más soberbia desenvoltura. Una tarde del año siguiente, en un estreno de obra, me crucé con él en los bastidores de un teatro. Su rostro encendido, su locuacidad, revelaban una comida regada copiosamente. Me dió noticias de su familia, con la cordialidad de una semi-borrachera:

—¿El patrón?, me dijo por su padre. "Se defiende... Mamá no está bien. No les veo tanto como quisiera. Habitan en Versalles, y mis ocupaciones no me dejan un momento!... Estoy en la Bolsa, ahora. Si te ocurre algún negocito, estoy a tus órdenes..."

—¿Y Blas?—le pregunté.

—¡Ah! Blas!... Está en Grecia, desecando no sé qué lago. No nos escribimos. Estoy un poco molesto con él... No comprende nada de París... Adiós, tocan para el segundo acto.

El tono de su voz para hablarme de ingeniero, y además, su prisa por terminar nuestra conversación, lo demostraban demasiado: el malentendido entre los dos hermanos no había hecho sino envenenarse cada vez más. ¿Por qué motivo? Esos mis diversos encuentros a largos intervalos autorizaban una triste sospecha. El empleado de seguros, convertido en corredor más o menos clandestino, ¿no iba a ser, no era ya el aventurero equívoco, el pillastre



Súbitamente, Amadeo se volvió hacia Blas...

disfrazado de vividor, al que los malos sitios, el juego y las mujeres, llevan pronto del desorden al vicio y del expediente a la estafa? Era eso sin duda lo que él llamaba "comprender París", ante la indignación de Blas, que permanecía siendo el trabajador probo y pobre, que quiere que el dinero no sea ni mal habido ni mal gastado.

De esta degradación de Amadeo Marnat, tuve otra señal, mucho tiempo después de esas palabras cambiadas en el teatro. Me

escribió pidiéndome dinero prestado. En esa carta, tuvo la audacia de hablarme de una costosa enfermedad de su padre. Y quiso la casualidad que ese mismo día viera yo al señor Julio Marnat en la calle. La soltura de sus movimientos, el color de su rostro, su corpulencia, todo desmentía la fábula imaginada por el farsante. No me atreví a acercarme al viejo profesor: tan atingido sentí el corazón al comprobar la villanía de su hijo menor. No respondí a la imprudente misiva, y mu-

chos años más pasaron sin que oyese hablar ni de Amadeo, ni de Blas, ni de su padre, hasta la mañana del mes de noviembre de 1881, en que leí en los diarios la noticia del "fallecimiento del señor Julio Marnat, inspector honorario de la Academia de París." Había muerto por consecuencia de una grave operación, en el penoso de los hermanos de San Juan de Dios, calle Oudinot, muy cerca de la casa que yo habitaba entonces.

Mi primer acto fué el de correr a la clínica para obtener noticias acerca del fin de un maestro con quien jamás había tenido relaciones personales, pero a quien guardaba un culto no menos ferviente que silencioso. Los jóvenes tienen de estos pudores para manifestar sus sentimientos para con los viejos, a quienes privan de esta manera de un consuelo bien necesario algunas veces en las miserias de la tarde de la vida, infantil timidez por exceso de sensibilidad nerviosa, que uno se reprocha más tarde como una ingratitude. Esta fué mi impresión, al escuchar al hermano portero, que me refirió los últimos momentos del señor Julio Marnat, su llegada al hospital, presa de los terribles dolores de una enfermedad al hígado en su último período, y su admirable coraje.

—En presencia de semejante moral,—había agregado el religioso,—dijo el cirujano: "Puede salvarse..." Y tentó lo que aconsejaba el profesor Louvet, la rebusca y extracción de un cálculo. Los otros médicos creyeron en un cáncer. Louvet no. Este veía la verdad. Se encontró el cálculo. En el primer momento se pudo creer salvado al señor Marnat. Sucumbió después a causa de una embolia."

—¿Cuándo tiene lugar el entierro?—pregunté.

—Mañana, por la mañana, a las nueve. El cortejo partirá de aquí para Montparnasse.

—¿Y la señora Marnat?

—El señor Marnat era viudo. Aún he oído decir que el pesar causado por esa pérdida agravó su enfermedad.

—¿Y sus hijos?

—El menor fué quien le trajo aquí. El mayor es ingeniero en Rumania. Llegó anoche, justamente a tiempo para conducir el duelo. Está arriba, en la pieza.

Tuve escrúpulos de llamar a Blas, a quien adivinaba aplastado por la pena. Me repugnaba hablar del muerto con Amadeo, después de aquella su carta en que me

pedía dinero. Les vería a ambos detrás del ataúd de su padre. Y, en efecto, ahí estaban al día siguiente, en el primer rango de la asistencia reunida, para rendir los últimos homenajes al señor Julio Marnat, en la pequeña capilla de los hermanos de San Juan de Dios, demasiado grande para el número de personas que acudieron: algunos colegas de la Universidad, algunas damas, amigas sin duda de la señora Marnat, y tres antiguos alumnos de la pensión, de los cuales uno era yo. Gracias a las confidencias de uno de ellos, que conservaba relaciones con Amadeo, puede recoger algunos detalles más precisos sobre la tragedia latente de la familia Marnat. Me hablaba a media voz, en tanto seguíamos a pie el cortejo, una vez concluida la misa, por el boulevard de los Inválidos primero, después por la avenida del Maine. La neblina de Otoño, amarillenta y densa, me recordaba la figura del viejo profesor, paseándose bajo los árboles de nuestro patio de la pensión...

—Si. El portero del hospital te ha dicho la verdad. Fué la muerte de la señora Marnat la que causó la suya. El pueblo no se equivoca mucho en sus expresiones: hacerse mala sangre, dice, revolverse la bilis. ¡Y la pobre mujer también murió de pesar a causa de las tonterías de Amadeo! Las tomó a lo trágico... El se ha divertido, y, claro, eso le ha costado un poco caro. Pero, como decía yo a la madre: Es preciso que la juventud pase. Es tan inteligente y tan buen muchacho. Ya se corregirá. Pagará sus deudas. Usted me hace bien, me respondía ella, y después, una vez sola, recaía en su angustia, a causa de Blas, que no quería ver más a su hermano. ¿Notaste que no se hablaban en la capilla? No se hablan ahora. Tú lo verás. Se separarán sin decirse una palabra... ¿Qué tipo más intransigente el tal Blas! ¿No sabes cómo ha quedado manco?... Sí, insistió, al observar mi gesto de extrañeza. Es manco. Míralo.

Me incliné un poco. En efecto, Blas tenía el sombrero en la mano izquierda, y la mano derecha le faltaba.

—¿Qué le ocurrió?... pregunté yo.

—Que se mutiló él mismo, por haber golpeado a un obrero en cierta cantera de Grecia, en un momento de cólera. Había un brasero cerca. Y se castigo quemándose ahí la mano, tan profundamente que ha sido necesario amputarla. ¡No es corriente ver, confiesa, a un Mucio Escévola en el

año de gracia de 1881! ¡Confiesa también que no es muy divertido tener por hermano mayor a semejante personaje!

No respondí. Una alucinación de mi memoria me mostraba de nuevo al señor Julio Marnat en su pequeña silla, y le oía traducir el discurso de Mucio en Tito Livio: "**Romanus sum, inquit, civis. C. Mucium vocant.** Yo soy, dijo, ciudadano Romano. Me llaman Cayo Mucio", y la frase célebre: "**Et facere et pati fortia Romanum est**".—Obrar y sufrir con valor, esa es Roma". ¡Cómo reconocía yo al padre en el hijo, y en ambos esa energía de otro tiempo y de otra raza! Era de extrañarse de que la última morada de ese compatriota moral de los Quirites fuese una sepultura cristiana, y en ese cementerio Parisiense en donde el convoy entraba en ese momento. Algunos instantes después, estábamos delante del hoyo abierto, a cuyo costado yacía la piedra lapidaria desplazada por la circunstancia. Era nueva y llevaba el nombre de la señora Marnat. Otros instantes más, y el ataúd de mi antiguo profesor descendía a la bóveda. El sacerdote pronunciaba las últimas oraciones y el viejo librepensador no había rehuído, fiel, imagino, como su amigo Fustel de Coulanges, a ese espíritu de la Ciudad Antigua, que exige que muramos en el rito de nuestros antepasados. La aspersión había sido hecha, y nosotros desfílábamos delante de los dos hermanos, solos representantes de la familia. Los encontré en una actitud idéntica a la del día del premio de honor fracasado: el mayor, con el rostro seco, los ojos duros, la boca apretada, lisa, ocultando su pena; el menor, mostrándome la suya con los ojos bañados en lágrimas, y ahogando con su pañuelo un sollozo convulsivo.

—Quisiera conversar un poco con Blas,— dije al camarada, que trataba de llevarme, una vez terminada la fúnebre ceremonia. Voy a esperarlo.

—Dile que sea más indulgente con su hermano. De los dos, tú has visto quién es el que tiene corazón.

—He visto quién tiene más nervios,— pensé para mí, mientras mi ex-condiscípulo alcanzaba a los asistentes que ya se retiraban. Me quedé pues a algunos pasos de la tumba, que los dos hermanos miraban sin hablarse. Y de qué incidente fui entonces testigo! Súbitamente, Amadeo se volvió hacia Blas, y, siempre sollozando, quiso tomarle en sus brazos. Este le rechazó

con un gesto terrible, tan violento, que el otro vaciló y estuvo a punto de caer. Me lanzaba ya a separarlos, cuando Blas pasó delante de mí, sin verme, con paso rápido, camino de la puerta del cementerio. Tal gesto de desesperación contraía su rostro, que no pude abordarlo, espantado de aquella explosión de severidad fraternal. ¿Qué había podido hacer Amadeo para que su hermano mayor no le perdonara, ni aun delante de la tumba de su padre? Por culpable que fuere ese muchacho, ¿cómo no tenerle lástima? Instintivamente, me aproximé a él, que permanecía inmóvil, apoyado en un ciprés, con los ojos fijos. Le toqué la espalda. Me miró y me reconoció. Con la voz ronca, casi en un estertor, me repitió por tres veces: "¡Tú lo has visto! ¡Tú lo has visto! ¡Tú lo has visto!..." Y se alejó en la dirección opuesta a la que había tomado su hermano.

## II

Me he retardado largamente en estos recuerdos, o, más bien, ellos se han retardado en mí. El lector que ha querido seguirme a través de estas evocaciones retrospectivas, y excusar su minuciosidad, no se extrañará seguramente del interés ansioso con que esperaba la visita tan bruscamente anunciada de Blas Marnat. A treinta y seis años de distancia, esta escena del cementerio me quedaba presente, como el más sin-nuestro episodio al cual yo hubiese asistido. Lo repito: yo no había vuelto a ver a Blas desde entonces, ni a Amadeo tampoco, ni al camarada de colegio que encontré en el entierro de nuestro viejo profesor. De modo que ignoraba todo lo ocurrido después entre esos dos hermanos, separados en actitud de irreconciliables enemigos, delante del féretro de su padre! ¿Por qué Blas venía a verme? Según el telefonazo del portero, está de paso por París. ¿Vivía pues, siempre en el extranjero? ¿Quizás buscaba algunas noticias de su hermano, y pensaba que yo podría dárselas?... Pero, ¿a qué perderme en hipótesis, cuando pronto iba a saber la verdad? En efecto, a la una y media, me pasaban la tarjeta del ingeniero, y luego después entraba en mi gabinete.

A los sesenta y cinco años de edad, Blas no revelaba otro signo de vejez que el encanecimiento de los pocos cabellos que le quedaban. Esta calveie acentuaba todavía más el parecido con su padre, aunque, a

diferencia del profesor, que tenía barba, él mostraba una cara enteramente afeitada, a la americana. Pero, era la misma arista aguda de la nariz aquilina, la misma construcción huesosa y voluntariosa, los mismos ojos sobre todo, de intenso ardor. Otra diferencia: el atletismo de una fisiología entrenada por un ejercicio continuo al aire libre, en tanto que nuestro pobre profesor no marchaba sino para ir de una lección a otra, intoxicándose en atmósferas encerradas. Las anchas espaldas de Blas, su paso firme, su tez morena daban la impresión de un vigoroso animal humano, lleno de savia. Física y moralmente, una fuerza emanaba de él, la del ser de acción, del Jefe, destinado por naturaleza y por oficio a luchar, a decidir, a mandar. Su existencia había desarrollado en él ese sentido de la energía que yo había visto despertarse antaño en su adolescencia. Me apreté la mano tuteándome, como si nos hubiésemos separado la víspera, con una sencillez que me permitió preguntarle inmediatamente, viéndole vestido de negro: ¿Estás de luto riguroso? Y creyendo en ello tener la explicación de su visita, agregué: ¿Es por tu hermano?

—No, respondió él, por mi hijo, o más bien, por mis dos hijos. Acabo de llegar de la Argentina, donde he pasado diez años. Construyo ahí ferrocarriles, canales, puertos. Tengo mis oficinas en Buenos Aires, adonde volveré para envejecer y morir. ¡Bien solo ciertamente! Pero como antaño mi padre, he tomado por divisa la voz de orden de Séptimo Severo moribundo, a sus legiones; **Laboremus**. Antes de instalarme en Argentina, habitaba Chile, donde me casé. Perdí a mi mujer hace siete años. Tenía dos hijos. En el mes de agosto de 1914, andaban el uno en veinte años, el otro en diecinueve. Vinieron a Francia inmediatamente después de declarada la guerra, a enrolarse en el Ejército. Uno fué muerto en julio de 1916, cerca de Estrées, en la batalla de Picardía. No se ha encontrado su cuerpo. El otro fué herido el 15 de diciembre, en el bosque de Caurieres. Dejé Buenos Aires al recibir el telegrama que me anunciaba esta noticia. Esta vez no me ocurrió como cuando la muerte de mi padre. Hallé a mi hijo todavía vivo. Estaba en el hospital del Panthéon. Hace ocho días, murió. Por esto te he venido a ver. Tengo un servicio que pedirte.

Este trágico relato fué hecho con una voz que no traspasaba una queja, a la

cual ningún suspiro enternecía. "No digas jamás de nada de este mundo: he perdido esto, sino: lo he devuelto. ¿Tu hijo ha muerto? Ha sido entregado." De parte de cualquier otro, la práctica de esta máxima del severo Epicteto me hubiese sublevado como una monstruosidad moral. Yo discernía demasiado en Blas Marnat el sello impreso por el pensamiento de su padre, y además la extrema gravedad de su acento, el fuego sombrío de sus mejillas, la amargura del pliegue de su boca, y otros signos más me revelaban, bajo la impasibilidad de su actitud, la sangría secreta de la herida: por ejemplo, el movimiento nervioso y rápido de sus párpados que este hombre, tan dueño de sí mismo, no acertaba a dominar. ¿Qué gemido hubiese sobrepasado en patético a esa especie de espasmo alrededor de los ojos, en esa faz inmóvil y voluntariamente congelada? Se produjo un silencio entre nosotros. ¿Cómo expresar mi pesar a un antiguo amigo que, por toda actitud me prohibía que le tuviese conmisericordia?

—Tengo la intención—continuó diciendo—de erigir un monumento funerario a aquel de mis hijos cuyo cuerpo poseo. Encontraré el medio de asociarle su hermano, en la inscripción que haré grabar. Esos muchachos han sido un ejemplo. Estimo que les dejo un testimonio durable, y que sirva. No me exagero la importancia de la impresión que producen, en los visitantes de un cementerio, una tumba y un epitafio. Sin embargo, esas tumbas son miradas y esos epitafios son leídos. Estas simples palabras: Enrolados voluntarios, muertos por Francia de dieciocho y diecinueve años, son una lección de civismo. Nada se arriesga con multiplicarlas. Por lo demás, no hay otra manera de sobrevivir... Ya no tengo relaciones aquí. He pensado que me darías un consejo sobre la elección del artista a quien debo encargar el monumento. No me importa el precio. Quiero una obra bastante hermosa para que oigues al transeunte a detenerse.

—Estoy a tu entera disposición, le respondí. ¿Cuánto tiempo permanecerás en París?

—El tiempo que sea preciso para la ejecución y la instalación del monumento. El cuerpo de mi hijo está en un nicho provisorio, en Montparnasse. No me irá sino después de haberle dado su morada definitiva. No creo tener muchos prejuicios, pero tengo el de las sepulturas. Lo heredé de

mi padre que, a su vez, lo había heredado de los Antiguos...

—¿Pero tu hablas de un nicho provisorio? Yo creía que ustedes tenían en Montparnasse una tumba de familia.

—En efecto, pero Amadeo está ahí, y yo no quiero que mi hijo, que un héroe, esté con Amadeo. No puedo soportar la idea.

—¿Amadeo murió?, exclamé yo. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—¿Cuándo? Hace cinco años. ¿Cómo? No lo sé.

—¿Qué hizo, le pregunté yo, para que no lo perdonen ni aún después de la muerte, para que le hayas rechazado cuando se echó a tus brazos delante de la fosa de vuestro padre? Yo estaba ahí. Yo los ví...

—¿Me encontraste duro?, y como yo vacilaba: Dime la verdad, insistió con un tono en el cual adiviné la turbación. En nuestra lejana juventud, en esa época de efervescencia mental, cuando hierve en nosotros esa primera lava de pensamiento que, más tarde, enfriada y sólida, será la base de nuestro carácter, ¡cuántas veces no hemos, él y yo, discutido sobre el principio de la moral! Y siempre Blas llegaba a la idea de Justicia. Cuando yo le decía: ¿Pero dónde hallar la regla de Justicia? En la Conciencia, me respondía invariablemente. Ya entonces era, como su padre, libre pensador declarado. El viejo humanista guardaba, en su incredulidad, un respeto latino por los ritos nacionales, por los Dioses del Imperio, como se decía en su querida antigüedad. Desde aquellos años del primer despertar intelectual, Blas, por el contrario, sentía por toda religión, revelada o natural, una hostilidad que no parecía haber disminuído. Su frase sobre el monumento de su hijo lo probaba. No creía mayormente en otra vida, ni por consecuencia en Dios, a los sesenta y cinco años que a los dieciocho. La apelación a la conciencia bastaba al mantenimiento de esta rigidez puritana cuya evidencia se traicionaba en sus menores gestos. ¿Bastaba? El lo hubiera asegurado a quien le hiciese la pregunta. Pero, como a todos aquellos que pretenden apoyarse sobre esta sola conciencia, las resoluciones graves e irreparables le dejaban, a pesar suyo, un malestar desagradable. Es bien peligrosa la máxima de Kant: *Obra siempre de tal manera que tu acción pueda servir de regla universal*. ¿No es invitarnos a cada uno de nosotros a instituirnos jueces supremos de toda ver-

dad? Ella envuelve, con todo, esta observación psicológica muy exacta: el acuerdo con la conciencia de los demás es una condición de paz para nuestra propia conciencia. De ahí esa necesidad de contar, de confesarse, de controlarse, que empuja a los justicieros más convencidos de su derecho a apologías ansiosas aún en sus afirmaciones.

—Sí, dije respondiendo a su pregunta, te encontré duro.

—¿No lo fuí bastante, me replicó. ¡Ah! si desde el principio, lo hubiera denunciado a ese padre, cuyo nombre ha deshonrado... Iba y venía por mi cuarto, y se hablaba a sí mismo tanto como a mí: No he olvidado nuestra conversación en el Luxemburgo después de aquella escena delante de la Sorbona, por la cual tú habías ya reprochado mi rudeza. Entonces no te dije porque yo juzgaba a mi hermano tan severamente. Escucha. Quince días antes, había ocurrido un robo en casa. Mi madre, por distracción, había olvidado quitar la llave de la cómoda donde guardaba su dinero. Hizo sus cuentas después, y le faltaron cien francos. Ella sospechó de la criada, y con la franqueza de las gentes del campo, manifestó sus sospechas a esa pobre mujer, la cual se indignó y se fué. En mi casa se consideró esta ida como una confesión. Mi padre declaró que no la denunciaría. "Pero, si se me viene a preguntar, diré la verdad", agregó él. Nadie vino a pedir datos. Por mi parte, no dí ninguna importancia a este incidente. Pero, ocurrió que tres días más tarde, oí en un recreo, a dos "gomosos", conversar en un rincón y nombrar a Amadeo. No me veían. Hablaban de las carreras y del último ganador. "Marnat le había puesto cien francos, y obtuvo cinco luises." Yo había observado que mi hermano se detenía a menudo, durante esos días, en el almacén de la tía Bondon. Tú la recuerdas: la anciana que nos vendía golosinas. Yo había notado también un bastón que, según él, le había regalado un camarada, y que tenía puño dorado. "Es de cobre", tuvo cuidado de advertirme. Una idea me atravesó por la cabeza, tan penosa que debí verificarla. Tomo el bastón. Lo llevo a una tienda. El puño era de oro. Recuerdo la actitud de Amadeo cuando la partida de la criada. La evidencia se me impone: los cien francos habían sido robados por él. Le busco en casa. A los dieciséis años no se es todavía el criminal endurecido a quien

la ausencia de remordimientos permite mantenerse indiferente a las aplastantes pruebas. Presionado por mis preguntas, niega de pronto, después se turba. Se pone a llorar y confiesa. Mi madre entraba en ese momento. Fué una fatalidad. Hubiese sido mi padre, yo se lo digo todo. El hubiera obrado. Quizás un castigo inmediato hubiera salvado a ese desgraciado. Mi madre, puesta al corriente, no tuvo sino lágrimas de piedad para las protestas de arrepentimiento que Amadeo no ahorró. Ella me suplicó guardar silencio respecto de mi padre, en tales términos, con tales lágrimas, que le obedecí!... ¿Te explicas ahora, por qué, desde esa época, yo tenía una triste opinión de la moralidad de ese niño?...

—Era grave en efecto, le respondí, pero tan joven... la frecuentación en el colegio de condiscípulos demasiado ricos... la falsa vergüenza... Tú mismo convienes en que habría podido no confesar...

—Esas razones, yo también me las dí, replicó Blas. Ellas valían para excusar una falta, y eso! Piensa un poco. El no había sólo robado. Una inocente fué acusada delante de él. Una pobre había perdido su situación. Y él había callado... Ya no se trataba de una falta, de un accidente. Se trataba de un carácter. Yo me dí cuenta en seguida. Amadeo había robado esos cien francos porque era incapaz de resistir a un deseo. Cada pequeño detalle de su vida me revelaba esa su falta de carácter. Era difícil conseguir, día a día, que se levantara temprano. Su padre, su madre, yo, a las seis estábamos en el trabajo. El quedaba en el lecho hasta el último minuto. En la mesa, ¿servían un plato mejor que los otros? Tomaba de él hasta acabarlo. ¿Una botella de vino viejo? La concluía. Y esto, automáticamente, maquinalmente. Y todo era un constante pedir a mi mamá de confituras, caramelos, pasteles. La pobre mujer le daba a escondidas de mi padre y de mí. Ella se privaba y nos privaba por él. Esas cosas de nada se notan en los pequeños hogares, como el nuestro. Y jamás la idea del duro trabajo por el cual mi padre subvenía a los gastos, no refrenaba su glotonería. ¿A dónde le llevaría esa falta de voluntad, cuando llegara a la edad de la gran tentación, la de la mujer? Esa inquietud constante por él envenenó mis estudios en la Escuela Central, tanto más cuanto que una explicación sobrevenida entre nosotros cuando mi en-

trada a la Escuela, me había esclarecido en forma más siniestra todavía las profundidades de esta peligrosa naturaleza. Algunos camaradas nos habían invitado, a ámbos, para celebrar mi éxito, a una comida. A los postres, trajeron cigarros. Cuando nos levantamos, concluida la comida, ví a mi hermano tomar a manos llenas los cigarros que quedaban en la caja. La fiesta se prolonga. Volviendo juntos a casa, hacia media noche, le hice notar la vergüenza de semejante indelicadeza. Como de costumbre, a mis observaciones, replicó al principio vivamente, después se escabullía. Esa noche, caldeado con el vino de Champagne, comenzó por embromar: "¿Te habría gustado más que dejara los cigarros para que los mozos se los fumarán?" Le veo todavía morderse la punta de los dedos al responder esa impertinencia. ¡Y qué mayor signo de su impotencia para dominarse que esas uñas comidas hasta sacarse sangre, siendo mayor de veinte años! "Y además," continuó con una voz que se exasperaba de frase en frase, "ya estoy harto de tu moral. No creo en ella, ¿me entiendes? ¡Hace mucho tiempo que me haces la comedia del hombre superior!" Y luego, más sombrío: "Yo he fallado mi porvenir. Convenido. No soy sino un pobre empleadillo en una compañía de seguros. Convenido. Pero, yo haré fortuna antes que tú, ¿me entiendes? Y para eso, trato de no ser un inocente como tú, para quien la existencia no es sino el colegio y el concurso general prolongado. ¡Qué tontería! Si no tengo tu inteligencia, tengo la mía que tanto da. Conozco el mundo mejor que tú. Se verá, en algunos años, quién, tú o yo, habrá tenido la razón. ¿Acaso me ocupo yo de tus actos? No te ocupes de los míos. Yo aprendo los negocios de la vida divirtiéndome, es mi método, y es el único bueno para triunfar. Triunfaré. Si. Triunfaré.

—¿Qué le respondiste, pregunté yo, al ver que Blas callaba.

—Nada. Estaba borracho, y hay en los estallidos de la borrachera, una desnudez de sentimientos que no permite la discusión. Tenía delante de mí una vanidad furiosa, un apetito brutal de gozar, la bajeza de un preoz y ya incurable cinismo. Te ahorro las reflexiones que se siguieron en mí después de esta espantosa escena. ¿Qué excusas encontrar a esa depravación? Como tú ahora, pensaba yo en los camaradas ricos? ¿En las tentaciones de París? En



—Y Ud—le respondió ella, mirándole fijamente.—¿está seguro de saber lo que Ud. ha sido para él?

Fari3 vivía. ¿En la debilidad de nuestra madre? Era este un motivo más para evitarle todo pesar. ¿Y sin embargo, condenar para siempre en su corazón de hermano

mayor a un hermano más joven, lanzar contra él una sentencia sin apelación, es muy duro! Yo me dije: "Esperemos", no sin un escrúpulo de conciencia que aún guardo: ¿No debí advertir a mi padre? Pero yo veía al pobre hombre entristecerse tanto por los negocios públicos. Los entusiasmos de su fe revolucionaria le habían hecho esperar del régimen inaugurado el 4 de septiembre resultados que hubiesen parecido milagros. Además, envejecía. La salud de mamá continuaba siendo mala. ¿Introducir un nuevo elemento de do-

lor entre ellos? Vacilé. Debí, parece, aplaudir en mi hermano el cuidado que ponía en no irritar la sensibilidad de nuestros padres, al menos por sus maneras. Imposible ser más deferente, más complaciente, más gentil, que lo era en casa ese tunante. Después de nuestra disputa, se ocultaba de mí con tal habilidad que yo no sabía nada de sus fechorías. Yo las presumía, las adivinaba, y la perfección de su conducta en la intimidad de la familia, aumentaba todavía más mis aprehensiones. Esa hipocresía acababa por producirme horror.

—Se es doble, interrumpí yo. ¿Por qué no admitir que tu hermano tenía pasiones, a las cuales cedía, pero que al mismo tiempo amaba a su padre y a su madre?

—Tú vas a juzgarlo. Te hago gracia de varios años. Habrás sabido quizás que comencé mi aprendizaje de ingeniero en España. Acepté en seguida grandes trabajos en el Peloponeso. Acababa de estar trabajando ahí quince meses, y me hallaba en París para llenar ciertos encargos de importancia. Me había alojado en el mismo hotel que habito ahora, a fin de evitar un exceso de trabajo y preocupaciones a mi madre. Ya se terminaba mi permanencia aquí y me ocupaba en preparar mis maletas, cuando me traen una tarjeta de visita, sobre la cual leí con estupor: **Margarita Percy, de Variedades.** Y veo entrar a una mujer, todavía joven, muy elegante, muy bonita, pero pintada, con los ojos pasados de Khol, los cabellos teñidos, en suma, el tipo clásico de la comediente:—Señor, me dijo, sé por su hermano que usted es un hombre muy honrado. Es preciso que yo le dé algunas noticias de él. Lo he amado mucho. Y me acaba de dejar en condiciones tan abominables, que he jurado vengarme de él. Señor, lea esto y esto... Siempre hablándome, saca de su pañuelo dos papeles y me los tiende. Eran una carta y un despacho neumático. En la carta, Amadeo confesaba a su querida que, encargado por su padre de pagar una prima de seguro sobre la vida, de mil quinientos francos, los había jugado y perdido. La suplicaba que lo salvara, en frases cuya exaltación debieron conmovier a esa mujer. Había tratado de procurarse dinero en todas partes. Nada había conseguido. Ella era su última esperanza. ¡Si no!... Y una alusión a un posible suicidio terminaba la lamentable epístola. En efecto, las economías de mi pobre padre eran aplicadas, yo no lo igno-

raba, a un seguro sobre dos cabezas, que debía, en cierta fecha, garantizarles, a mi madre y a él, una renta viajera. La falta de pago de la prima anulaba el contrato. Amadeo no había tenido vergüenza de iniciar a esa mujer en estos detalles íntimos de nuestra vida de familia. El despacho neumático había sido borroneado en la fiebre de sentirse libre de una responsabilidad, y una vez pagada la prima con el dinero que la actriz había dado a su amante!...

—¿Dado, insinué yo?, prestado querrás decir. El contaba devolver esa suma...

—Yo también lo creí así, continuó Blas, y que era la deuda la que esa mujer me venía a reclamar. Pero, no era un préstamo. Escucha. Mi primer movimiento fué el de responder: Señorita, esos mil quinientos francos van a serle reembolsados, y yo le compro esas cartas en otros mil quinientos francos." — "Entonces usted cree, me dijo ella, que yo he venido aquí para hacer un chantage? Le repito que he venido a vengarme. He traído esos papeles para que usted los guarde. Yo sé lo que significará para Amadeo saber que usted les tiene entre sus manos... Cuanto a la deuda, no existe. El no me pidió prestado ese dinero. Se lo dió. Y no ha sido ni el primero ni el último que le haya dado... Hé aquí otras cartas, que usted leerá y que le informarán suficientemente... Lo que no puedes adivinar es la impudicia de Amadeo, cuando, con esos documentos en mano, que no permitían duda alguna, le hablé de sus inmundicias. Todavía le veo delante de mí, con la cabeza en alto, la boca desafiante, un ojo medio cerrado, la voz seca y ronca: "Si tu estuvieras más al corriente de las costumbres parisienses, se atrevió a responderme, sabrías que entre amante y querida, no existen cuentas, como para ustedes los ingenieros, por debe y haber. He hecho bastantes regalos a Margarita, le he pagado bastantes comidas para que estemos saldados de los billetes que me haya podido dar en mis momentos de pobreza"... ¿Pero tu padre? Desgraciado, no temes gastar por cuenta de tu padre, sin que él lo sepa, el dinero de una mujer de mala vida? "¡Ah! ¿te habría parecido mejor que su seguro fuese anulado y todas sus primas perdidas, porque ha tenido la imprudencia de firmar un contrato de esa especie?"

(Concluirá en el próximo número).



Suntuoso modelo de gran gala, de la casa Grandjean, de París. Sobre fondo y cuerpo de raso, túnica de muselina bordada en hilo de oro; talle corto, sostenida en cordón dorado.

to y costoso, el chic de la parisiense no deja de conservar su secreto "cachet" de sencillez y sobriedad, que la convierte en insustituible guía de la elegancia mundial.

Esto se observa en la parsimonia sabia con que sabe usar de la policromía de los bordados o del sutil arabesco del encaje.

En cuanto a las líneas del corte, alma misma del éxito en la moda, sólo podemos hoy decir a nuestras gentílimas amigas de Santiago que ahora domina la obsesión por los retratos de infantas, de Velázquez. El vestido sube un poquitín más, pero estrechándose algo, a tiempo que se modela y amplía, como en ánfora clásica, el contorno majestuoso de las caderas. Únicamente al lado, adelante, y en la espalda, el corte se estrecha y aplanar. La esbelta gentileza del talle se acentúa hoy más, bajo la caricia de las telas, que en las últimas estaciones. Las mangas apenas se esbozan o son muy cortas.

El regio modelo de vestido de baile que adjunto a esta charla presentamos hoy a nuestras elegantes lectoras, es indudablemente una muestra de la sutuosidad que empieza a invadir la moda, como antes dijimos. Las que quieran servirse de él, una vez escogido el color del fondo, de acuerdo con sus propias preferencias, han de ordenar los dibujos del adorno teniendo en cuenta que es efecto de contraste que se busca en el traje no ha de romper la indispensable armonía de matices y pliegues, por exagerado recargo, o por excesiva modestia en el empleo de lentejuelas o hilo de oro.

París, 20 de junio de 1919.



DERNIER CRI.—Creación de la casa Lancret, de París. Bellísimo sombrero de paja, color de almendra tostada, adornado con ancha cinta de tafetán negro y acabado en forma de casco ancho y liso.

## ELEGANCIAS

Queridas lectoras:

Con la primavera, y en plena alegría, a compás de las sonoras fanfarrias de la victoria, surgen en espléndida resurrección el lujo y la riqueza, palidecidos por cuatro años de angustiosa tragedia.

La animación está en locos cascabeles de tumulto, en los bulevares, en el Bosque, y especialmente en los salones del "gran mundo".

A pesar de la pasión que se inicia por las espléndidas del adorno, a todo color, opulen-



## COGINA HISTÓRICA Y PREHISTÓRICA



Nuestra época gusta de las evocaciones del pasado y hemos visto en ella resucitar los juegos locales, la gaza ciencia y la caza con balón. No desespere ver un torneo costado por un millonario norte-americano con sus respectivas lanzas quebradas y sus huesos rotos.

Sería mucho más difícil reproducir los banquetes y comilonas de antaño, porque seguramente nuestra capacidad estomacal ha disminuido y nuestros sentidos se han afinado. Tengo a la vista el menú de un banquete ofrecido por un duque de Lorena al rey Carlos V de Francia en pleno siglo XIV, y sólo su lectura es capaz de producir una indigestión; se compone la lista de cerca de cincuenta platos, cada uno más succulento que el anterior.

No se ha hecho hasta hoy, que yo sepa, la arqueología de la cocina. Los documentos deben abundar y el estudio sería muy interesante.

El libro de las *1001* y *una noches* abunda, por ejemplo, en recetas culinarias, muchas de las cuales subsisten hasta ahora.

He aquí una, copiada textualmente del cuento titulado "Historia de Dulce-Amiga". Es el propio Harún-al-Rachid, califa de Bagdad, quien con sus regias manos guisa un pescado para ofrecerlo a dos jóvenes que ha sorprendido en su pabellón de recreo. Titularemos, pues, este plato, cuya receta remonta a principios del siglo IX, "Pejerreyes a la Harún-al-Rachid":

"Se acercó (el califa) al hornillo y exclamó: "¡Oh Harún! recuerda que en tus mocedades te gustaba andar por la cocina con las mujeres y te metías a guisar. Ha llegado el momento de demostrar tus habilidades. Cógilo la sartén, la puso a la lumbre, le echó la manteca y aguardó. Y cuando hirvió la manteca echó en la sartén los peces, que ya había limpiado, escamado y untado con harina. Bien frito el pescado por un lado, lo volvió del otro con mucho arte, y cuando estuvo a punto lo sacó de la sartén y lo puso sobre grandes hojas de plátano. Después fué al jardín a coger algunos limones y los puso cortados en rajitas sobre las hojas de plátano, después de aderezar el pescado con sal, tomillo, hojas de laurel y otras cosas semejantes."

Como se vé, Harún-al-Rachid aderezaba los peces del Tigris exactamente como nosotros los pejerreyes.

Peró hay en las Mil y una Noches recetas harto más originales.

En la "Historia del visir Nuredin, de su hermano el visir Chamseddin y de Hassan Badreddin", este último, arróllado pobre y sin amparo a Damasco, ejerce en aquella ciudad el oficio de pastelero. He aquí una de sus producciones:

### Granadas a la Damascena

"Cogió un tazón de porcelana de los más finos, lo llenó de granos de granada preparados con azúcar y almendras mondadas, perfumado todo deliciosamente, y muy a punto, y lo presentó sobre la más suntuosa de sus bandejas de cobre repujado."

Arrolló sobre Hassan Badreddin toda la responsabilidad de esta receta.

Un viejo jeque de barba blanca obsequia a Schakalik, uno de los hermanos de Samet el famoso barbero de Bagdad con un banquete imaginario. He aquí algunos de los platos descriptos:

### Pasta dorada de Kebeba con manteca cocida al horno

Se compone de carne bien machacada, con trigo mondado y partido, y aderezada con cardamomo y pimienta.

### Pollos asados

Pollos asados y rellenos con alfónsigos (pistachos), almendras arroz, pasas, pimienta, canela y carne picada de carnero.

### Berenjenas rellenas

Berenjenas rellenas que nadan en apetitosa salsa. El relleno se componía de carne de cordero picada, garbanzos, pifones, granos de cardamomo, nuez moscada, clavo, jengibre, pimienta y hierbas aromáticas.

Como se ha dicho, todos estos platos eran imaginarios y el pobre hambriento que los oía describir sin gustarlos disimulaba su angustia fingiendo comerlos y los encontraba excelentes.

He aquí literalmente la descripción de los postres:

Y el anciano dijo a Schakalik: "Llegó, ¡oh huésped! el momento de enduizarnos el paladar. Empecemos por los pasteles. ¿No da gusto ver esa pasta fina, ligera, dorada y rellena de almendra, azúcar y granada, esa pasta de katefs sublimes que hay en ese plato? ¡Por vida mía! Prueba uno o dos para convencerte. ¿Eh? ¡Cuán en su punto está el almbar! ¡Qué bien salpicado está de canela! Se comería una cincuenta sin hartarse, pero hay que dejar sitio para la excelente kenefa que hay en esa bandeja de cobre cincelado. Mira cuán hábil es mi repostera, y cómo ha sabido trenzar las madejas de pasta. Apresúrate a comerla antes de que se le vaya el jarabe y se desmigaje. ¡Es tan deliciosa! Y esa mahallahieh de agua de rosas salpicada con alfónsigos pulverizados; y esos tazones llenos de natillas aromatizadas con agua de azahar. ¡Come huésped, métele mano sin cordadía! ¡Así! ¡Muy bien!"

Y el viejo daba ejemplo a mi hermano, y se llevaba la mano a la boca con glotonería, y fingía que tragaba como si fuera de veras, y mi hermano le imitaba admirablemente, a pesar de que el hambre le hacía la boca agua.

En seguida vinieron los dulces secos y de almbar, y por último la fruta y el vino.

Y ya que de vino se trata, concluiré estas líneas con la receta del famoso Hipocrás, con que se emborrachaban los grandes señores de la Edad Media. La copio textualmente de un antiguo manuscrito francés.

### Ypocras

Pour une pinte d'ypocras, mettés trois tré-seaux synamome fine et pares, un tréseau de mosche ou deux qui veult, d'my tréseau de girofle et grainne de sucre fin six onces; et mettés en poudre, et le faut tout mettre en un oucleur aver le vin, et la pot dessous, et le passés tant qu'il soit coulé, et tant plus passé et mieux vault, mais que il ne soit esventé.

Lo que traducido de ese lenguaje macarrónico significa:

### Hipocrás

Para una pinta (poco menos de un litro) de Hipocrás, se añaden tres adarmes (seis gramos) de canela fina, un adarme (dos gramos) de nuez moscada, o el doble si se prefiere, medio adarme (un gramo) de clavo de olor y seis onzas (ciento ochenta gramos) de azúcar. Se mueve todo muy fino, y se coloca con el vino en un colador. Mientras más veces se cuele tanto mejor, pero cuidando que el vino no llegue a desvirtuarse.

# Pacífico Magazine

## INDICE

Enero, junio de 1919



Págs.

### CIENCIA

¿Se puede bombardear la luna? N.º 73. Enero . . . . .	53 a 61
El Pediculus vestimentum. N.º 74 Febrero . . . . .	180 " 186
¿Por qué y cómo el barómetro anuncia el viento y la lluvia? Ciclones, huracanes y trombas. Por Alberto Edwards. N.º 77. Mayo . . . . .	451 " 457
Hay serpientes de serpientes, por Edmond Perrier. N.º 77. Mayo . . . . .	518 " 528
El Cáncer, por el Dr. G. Odín. N.º 78. Junio . . . . .	621 " 627

### ESTADISTICA

La población de Chile, por Alberto Edwards. N.º 74. Febrero . . . . .	117 a 123
Los empleados públicos, por Alberto Edwards. N.º 76. Abril . . . . .	340 " 350

### HISTORIA

En la Armería Real, por Silvio Lago. N.º 73. Enero . . . . .	77 a 81
La Liga de las Naciones, por Luis Popelaira. N.º 74. Febrero . . . . .	125 " 136
Combate Naval de Iquique. N.º 77. Mayo . . . . .	459 " 465
Comentando a Charles Maurras, por Luis Popelaira. N.º 77. Mayo . . . . .	477 " 489
Los Hebreos contemporáneos y modernos. Su evolución a través de los siglos. Por Luis Singer. N.º 77. Mayo . . . . .	502 " 506
La Jura de don Felipe II en Santiago, por Enrique Matta Vial. N.º 77. Mayo . . . . .	543 " 546
Motines Militares, por Alberto Edwards. N.º 78. Junio . . . . .	564 " 571

### LITERATURA

Cartas de París. Joaquín Díaz Garcés. N.º 73. Enero . . . . .	11 a 16
El verdadero origen del Conde de Morste-Cristo, por Luis Aderer. N.º 74. Febrero . . . . .	197 " 260
Cartas de Inglaterra. Una broma dada al "Times". Por Eça de Queiroz. N.º 74. Febrero . . . . .	201 " 205
La novela picaresca en Chile, por Guillermo Rojas Carrasco. N.º 75. Marzo . . . . .	231 " 238
El Comendador Pinho, por Eça de Queiroz. N.º 75. Marzo . . . . .	304 " 307
Las mujeres de ingenio, por E. Gaubert. N.º 76. Abril . . . . .	417 " 423
Amado Nervo. La ascensión, cristiana del poeta. Por el Pbro. Luis Felipe Contardo. N.º 78. Junio . . . . .	572 " 574

### ARTE

Las tetralogías del Ticiano. Un cuadro suyo en Santiago. Por Roberto Rengifo. N.º 74. Enero . . . . .	85 a 95
---	---------

Págs.

ellos mismos. Por Maurice Guillemot. N.º 74. Febrero . . . . .	141 " 148
El monumento a don Bernardo O'Higgins, por Rafael Maluenda. N.º 75. marzo 1919 . . . . .	247 " 252
Concurso de Dibujantes. N.º 76. Abril . . . . .	403 " 410
Exposición de Arte. Prieto, Strozzi, Arava y Magallanes. N.º 77. Mayo . . . . .	474-c " 475
Carlos Dorihac y su obra. Por Sarah Hübner. N.º 78 . . . . .	633 " 637
Los animales en el arte decorativo. N.º 78. Junio . . . . .	638 " 644

### SPORT

Roosevelt, el cazador de fieras. N.º 73. Enero . . . . .	41 " 52
¿Quiere Ud. tener una escuela noderosa?, por Bernard Macfadden. N.º 73. Enero . . . . .	73 " 75
El arte de perder en las carreras, por M. P. N.º 75. Marzo . . . . .	397 " 303
Acrobacia. Su fascinación y sus peligros. N.º 76. Abril . . . . .	397 " 401
Escuela Militar de Aeronáutica. N.º 77. Mayo . . . . .	469 " 474-a
El Box en Chile, por José Risopatrón Lira. N.º 77. Mayo . . . . .	529 " 542
La Cátedra y las Apuestas mutuas en 1919. Por Sportsman. N.º 78. Junio . . . . .	577 " 582
¿Qué se necesita para ser aviador? N.º 78. Junio . . . . .	664 " 666

### BIOGRAFIAS

Don Crescente Errázuriz, por Paulino Alfonso. N.º 73. Enero . . . . .	1 " 9
---	-------

### CUENTOS

La luz en el monte, por Miguel de Fuenzalida. N.º 73. Enero . . . . .	19 a 30
El honor está salvado, por François Coppée. N.º 73. Enero . . . . .	67 " 72
El Mensajero de la Muerte, por Diego Zamora. N.º 74. Febrero . . . . .	153 " 172
El marido de la señorita Sutter, por Miguel de Fuenzalida . . . . .	269 " 292
Los ojos de oro, por Muriel F. Hine. N.º 75. Marzo . . . . .	311 " 320
Los Panes Negros, por Anatole France. N.º 75. Marzo . . . . .	321 " 324
El Sofo de oros, por Ronquillo. N.º 76. Abril . . . . .	351 " 360
El sepulcro acusador, por Diego Zamora. N.º 77. Mayo . . . . .	507 " 517
Carlitos, por Baldomero Lillo. N.º 76. Abril . . . . .	424 " 430
La dama de la razón perdida, por Diego Zamora. N.º 78. Junio . . . . .	585 " 606
Vida real, por Nicolás Novoa Valdés. N.º 78. Junio . . . . .	645 " 649
La más hermosa operación quirúrgica, por Luis Artus. N.º 78. Junio . . . . .	653 " 659

**Indice**

	Págs.		Págs.
La tortilla sin huevos, por E. Richar- din. N.º 78. Junio. . . . .	661 " 663	Sr. Eliodoro Yáñez. N.º 75. Marzo. . . . .	229
		Sr. Juan E. Tocornal. N.º 75. Marzo. . . . .	229
<b>VIAJES</b>		Sr. Augusto Viñanueva. N.º 75. Marzo. . . . .	229
Entre salvajes civilizados, por Chus- seau-Plaviens. N.º 74. Fe- brero. . . . .	187 a 195	Teniente 1.º y Piloto Aviador, Sr. Armando Cortínez. N.º 76. Abril. . . . .	339
El Sahara. N.º 75. Marzo. . . . .	239 " 246	Señorita Violeta Wightman Hoff- man. N.º 77. Mayo. . . . .	476
<b>AGRICULTURA</b>		Señorita Carmen Valdés Lira. N.º 77. Mayo. . . . .	490
¿Puede aclimatarse en Chile la palta peruana? N.º 74. Febrero. . . . .	177 a 179	Sr. Valentín Letellier. N.º 78. Jun- io. . . . .	563
El clima de California y el de Chile. N.º 78. Junio. . . . .	615 " 620	Señorita Victoria Larraín Morandé. N.º 78. Junio. . . . .	628
<b>VERSOS</b>		Señorita Matilde Sanfuentes de la Fuente. N.º 78. Junio. . . . .	650
Pequeña equivocación, por Ruca- Diuca. N.º 78 Junio. . . . .	629 " 631	<b>PAGINAS COMICAS</b>	
Veraneo modernista. N.º 75. Marzo	340	Un gallinero en el siglo XXI. N.º 73. Enero. . . . .	84
<b>CURIOSIDADES</b>		Nuestros cazadores. N.º 74. Fe- brero. . . . .	206
Psicología de la nariz, por F. N. N.º 75. Marzo. . . . .	257 a 264	Cuando la gasolina está cara. N.º 77. Mayo. . . . .	474-b
Miniaturas de ojos, por el Dr. G. C. Williamson. N.º 75. Marzo. . . . .	293 " 296	El miedo, por Studdy. N.º 78. Jun- io. . . . .	633
<b>NECROLOGIAS</b>		<b>FOTOGRAFIAS DE ACTUALIDAD</b>	
A la memoria de Julio Bertrand Vi- dal, por Ricardo Valdés. N.º 74. Febrero . . . . .	173 a 176	Director de Sanidad, Dr. Corbalán Meigrajo. N.º 73. Enero. . . . .	38
La muerte de un poeta: don Luis Rodríguez Velasco. N.º 73. Enero . . . . .	17	El "Pediculus vestimentum". N.º 73. Enero. . . . .	39
Don Emilio Irrazábal Eguigüen, por Manuel Mackenna Suber- caseaux. N.º 78. Junio . . . . .	575 " 576	Biografía para heridos. N.º 73. Enero. . . . .	62
<b>COSTUMBRES</b>		El Mariscal Foch (cuadro de Sir William Orpen). N.º 73. Enero. . . . .	96
Sobre el síptico criollo, por Ricardo Valdés. N.º 73. Enero. . . . .	63 a 65	Un centinela aéreo. N.º 73. Enero. . . . .	116
<b>ECONOMIA DOMESTICA</b>		Interior de la casa de Teodoro Roo- Un puente con pilotos humanos. N.º 74. Febrero . . . . .	196
El arte de trinchar en la mesa. N.º 74. Febrero. . . . .	207 a 212	<b>NOTAS DE LA DIRECCION</b>	
Los frejoles y el modo de guisarlos. N.º 78. Junio . . . . .	682	Un nuevo colaborador de "Pacífico". ¿Quién es Diego Zamora? N.º 73. Enero . . . . .	35 a 37
<b>FOLLETIN</b>		<b>CUADROS A DOS COLORES</b>	
Mr. Grex de Monte-Carlo, por Sir E. Phillips Oppenheim. N.º 73. Enero. . . . .	97 a 115	Retrato de Lady Bampfylde, por Sir Josua Reynolds. N.º 74. Fe- brero . . . . .	149
Mr. Grex de Monte-Carlo, por Sir E. Phillips Oppenheim. N.º 74. Febrero. (Continuación) . . . . .	213 " 232	Sultán Mahomed II, por Gentile Be- llini. N.º 74. Febrero. . . . .	149
Mr. Grex de Monte-Carlo, por Sir E. Phillips Oppenheim. N.º 75. Marzo. (Continuación) . . . . .	325 " 338	Madame Manet con un gato, por Eduardo Manet. N.º 74. Fe- brero. . . . .	149
Mr. Grex de Monte-Carlo, por Sir E. Phillips Oppenheim. N.º 76. Abril. (Continuación) . . . . .	431 " 450	Retrato de M. de Norvins, por J. A. D. Igres. N.º 74. Febrero. . . . .	149
Mr. Grex de Monte-Carlo, por Sir E. Phillips Oppenheim. N.º 77. Mayo. (Continuación) . . . . .	547 " 562	El acueducto claudiano, por J. B. Corot. N.º 74. Febrero. . . . .	150
Mr. Grex de Monte-Carlo, por Sir E. Phillips Oppenheim. N.º 78. Junio. (Conclusión) . . . . .	667 " 679	San Juan Bautista, por Bartolomeo Montagna. N.º 74. Febrero. . . . .	150
<b>RETRATOS</b>		<b>TRICROMIAS</b>	
Excmo. señor don Emilio Bello Co- desido, Ministro de Chile en Bol- ivia. N.º 74. Febrero. . . . .	116	Un asunto de importancia: Cuadro de María Baschkirtseff. N.º 73. Enero . . . . .	(Portada)
Excmo. señor Diego Dubé Urrutia, Ministro de Chile en Colombia. N.º 74. Febrero . . . . .	116	Paseo por mar, cuadro de Cecilio Pla. N.º 73. Enero. . . . .	pág. 52
Excmo. señor Julio Garcés, Ministro de Chile en Centro-América. N.º 74. Febrero. . . . .	116	La mujer del bucaro, cuadro de Eu- carpio Espinosa. N.º 74. Fe- brero. . . . .	(Portada)
Sr. Emilio Rodríguez Mendoza, Sec- retario de la Legación de Chile en Bolivia. N.º 74. Febrero. . . . .	116	Retrato de la señora Esther Bielich de Merino Jarpa, cuadro de Mar- cial Plaza Ferrand. N.º 75. Marzo . . . . .	(Portada)
		La Madonna, de Murillo. N.º 76. Abril. . . . .	(Portada)
		Retrato de la señorita Virginia Gon- zález Balmaceda, cuadro de Pla- za Ferrand. N.º 77. Mayo. . . . .	(Portada)
		La calle Ahumada en 1902, cuadro de E. Lynch. N.º 78. Junio. . . . .	(Portada)

Use usted el Alimento Meyer para sus niños, para los enfermos y para los convalecientes de cualquier enfermedad

Estos dos certificados, tomados de entre cien, hablan más que nada en favor del Alimento Meyer:

GILBERTO INFANTE VALDES.—Médico del Hospital de Niños, Catedral 1721.—Teléfono Inglés 1759.—Consultas de 1½ a 3.—Santiago, 26 de X de 1915.—He usado desde hace varios meses el **ALIMENTO MEYER** en mis servicios del Hospital de Niños, con resultados muy satisfactorios, sobre todo en los niños convalecientes y en los que no toleran la leche. **Lo creo superior a todas las harinas similares que se encuentran en Chile.**

DR. AURELIANO OYARZUN.—Medicina General.—Consultas de 1 a 3 P. M.—Casilla 823.—Santo Domingo 1254.—El facultativo que suscribe, certifica, que ha ensayado con el éxito más notable el **ALIMENTO MEYER** en todos sus enfermos convalecientes de diversas afecciones. Santiago, noviembre 26 de 1917. (Firmado)—AURELIANO OYARZUN.

De venta en todas las Boticas del país y Casa Gath y Chaves



# ALIMENTO MEYER ES EL MEJOR



Z

272

AHUMADA

**ROYAL  
DENTIFRICE**

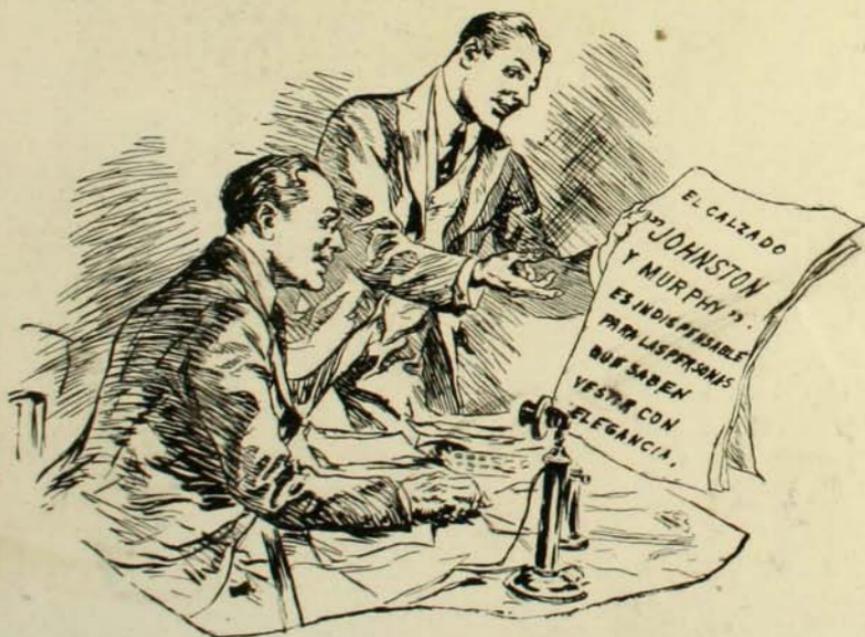
# Pacífico

MAGAZINE



THE *J. M.*  
JOHNSTON & MURPHY  
SHOE

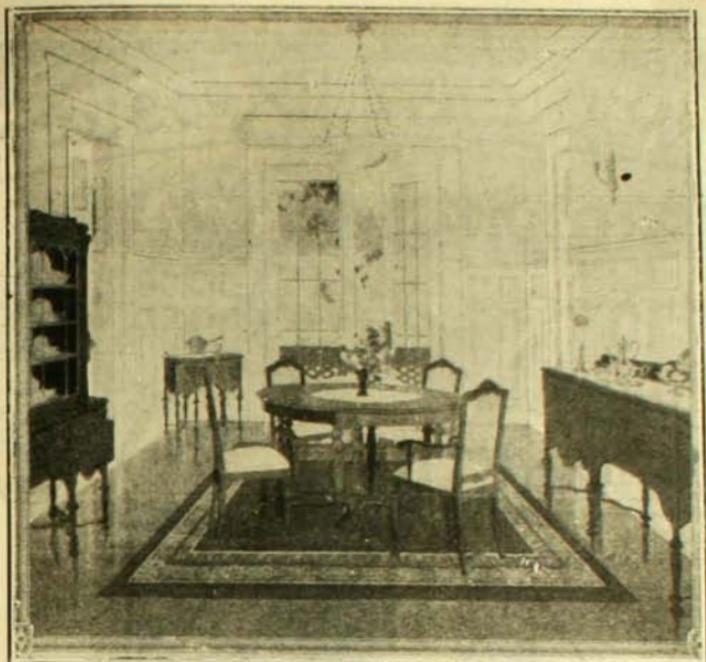
La Marca del  
Mayor  
Mérito



**CASA NORTE-AMERICANA. ESTADO, Núm. 246**

Agentes Generales: M. ARTIGAS y Cia. — Casilla número 2970

Enviamos a Provincias Catálogos Ilustrados



## ALFOMBRAS INGLESAS

DE LA MARCA

“WILTON” & “AXMINSTER”

de calidad y dibujos muy aceptables  
por aquellas personas que buscan un  
artículo bueno y a precio equitativo.

---

**MORRISON Y CIA.**

VALPARAISO

SANTIAGO

Importadores de Linoleum Incrustado

PERMANENTE EXPOSICION

DE

••••• **ROPA BLANCA** •••••

FABRICANTES:

**FRATELLI  
CASTAGNETO**

SANTIAGO

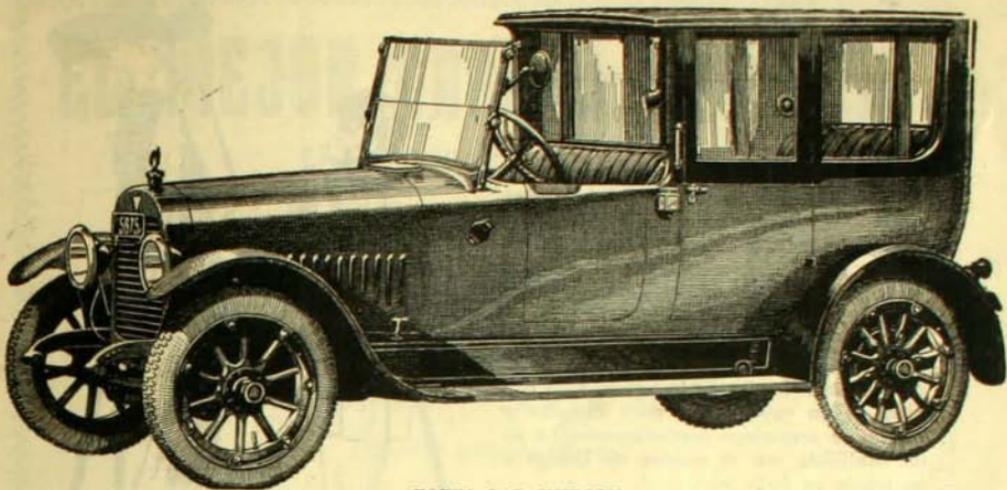


**FABRICANTES DE ROPA BLANCA** bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

**NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME** ventaja sobre cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

**AGRADECEREMOS PIDA DATOS**, muestras y precios a otras partes y confrontar con los nuestros y se convencerá de la gran ventaja de los artículos de nuestra fabricación.

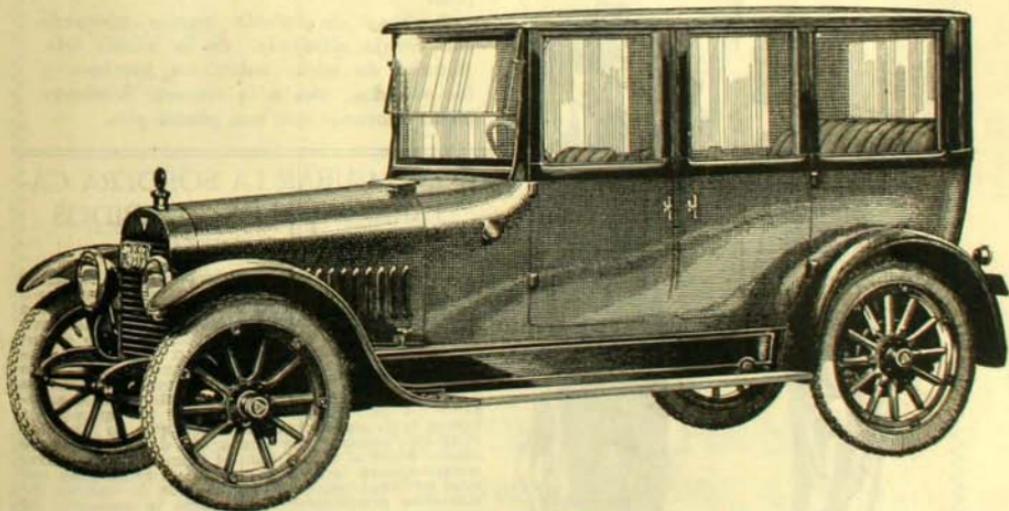


TOWN CAR HUDSON

El refinamiento más perfecto en materia de Carrocerías de lujo presentan los modelos de coches cerrados Hudson Super-Six. A sus grandes comodidades, une una belleza de conjunto que en vano tratan de igualar sus imitadores.

Están montadas sobre el mismo chasis Hudson Super-Six, que tanta fama tiene y sobre cuya superioridad es superfluo insistir. En efecto, pocos automóviles gozan de una admiración tan universal ni de tan merecido prestigio como él.

Nuestras existencias de los modelos Limousine y Town Car están bastante reducidas con las últimas ventas; por lo tanto, recomendamos a los interesados darnos sus órdenes sin demora.



SEDAN HUDSON

ENVIAMOS CATALOGOS A SOLICITUD

**GRAHAM, ROWE & Co.**

IMPORTADORES

## MODAS

¿Qué es el Bridge?

**E**L Bridge no sólo es el nombre de un interesante juego de cartas. Se llama también así un soberbio tejido de seda de un gesto perfecto. Un artista lo ha ideado copiando el dibujo y el colorido del dorso del histórico juego de cartas que sirvió al rey de Francia Carlos VI, y que se conserva en el Museo de Lyon, ciudad famosa por sus sederías en toda la redondez de la tierra. Este original tejido cuyos tonos muy variados y cálidos se armonizan perfectamente, ha sido bautizado con el nombre de Bridge y ha tenido un éxito loco.

### Hermosos modelos de trajes

1.—Traje de tricot de seda negra flexible adornado con tres flecos de seda negra. El cuello es en tricot de oro. Cinturón de tricot negro. Sombrero de paja y



1

2



3

4

satén adornado por una cinta de color cereza.

2.—Traje de tafetán marino adornado con franja alforzada de la misma tela. Botones de nácar sobre los hombros y los costados, rosa a la cintura. Sombrero negro adornado con una pluma gris.

## COMO CURAR LA SORDERA CATARRAL O LOS ZUMBIDOS DE CABEZA

Si Ud. tiene catarro, sordera catarral o siente los zumbidos de cabeza que el catarro ocasiona, o las flemas que gotean al fondo de la garganta, o siente catarro estomacal o intestinal, se alegrará de saber cómo se puede librar enteramente de todos estos síntomas adictivos con muy poco trabajo, a muy poca costa y en su propia casa. Todo se reduce a conseguir un pomito con una onza de Parmenta (Doble Fuerza), llevárselo a casa, agregarle 1-5 litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar granulado, batirlo hasta que se disuelva y de ello tomarse una cucharada de las de postre cuatro veces al día. Desde el primer día de tratamiento notará la mejoría; como va respirando con más facilidad, los ruidos y dolores de cabeza disipándose gradualmente, así como la sensación de estupor y confusión de ideas, etc., bajo la acción tónica del tratamiento. Lo que se había perdido en olfato y en paladar, aquel goteo de flemas en el fondo de la garganta, que también son síntomas sugestivos de catarro, todo ello va cediendo a la acción eficaz de este tratamiento. Casi el noventa por ciento de afecciones al oído provienen del catarro, y siendo esto así, muchos han de ser los beneficiados por un tratamiento casero tan simple como éste.

# EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

## PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

### COMPAÑIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

---

---

#### Análises:

Agua higroscópica . . . . .	2.35%
Materia volátil . . . . .	39.25%
Carbón fijo . . . . .	51.40%
Cenizas . . . . .	7.00%
	<hr/>
	100.00%
	<hr/>
Azufre . . . . .	0.92%
Coke (aspecto sólido) . . . . .	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado . . . . .	7,500

---

---

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178  
Edificio Schwager, 4.º Piso**

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

---

---

**VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733**

Teléfono Inglés, número 1377

3.—Traje sastrero de gabardina azul marina. La chaqueta muy abierta sobre un chaleco de piqué blanco. Gran cuello imperio, recubierto con un cuello también de piqué blanco. Gorro de paja adornado con una pluma verde de avestruz. (¿Será de loro?).

4.—Traje sastrero de gabardina color hueso de lúcumo, adornado con numerosas botonaduras bordadas y plegadas en los bordes. Sombrero de paja negra adornado con dos plumillas negras.

## LOS MICROBIOS EN LA ANTIGÜEDAD

Aunque hace relativamente poco tiempo que se habla de los microbios, tales bichitos son conocidos desde la más remota antigüedad.

Hoy, cuando la pureza del agua ofrece dudas, se hierve para matar las bacterias que puede contener, con lo cual no hacemos nada nuevo, pues tan sencilla medida preventiva de higiene elemental se practica cuatro siglos antes de nuestra era.

La prueba de ella la tenemos en la historia de Herodoto, en el capítulo que trata de la "El gran rey no entra en campaña sin llevar consigo víveres y ganado en abundancia. También lleva agua de Choaspes, río que pasa por Susa. El rey no bebe otra. Se guarda en vasos de plata después de haberla hervido, y se transporta en carros de cuatro ruedas tirados por mulos."



## PARA OBTENER LECHE PURA

En un estudio sobre las cualidades de la leche, el doctor Ralph Vicent dice que nunca debe darse hervida a los niños, porque puede producirles una especie de enteritis fatal en muchas ocasiones, y también condena como práctica perniciosa el uso de las substancias que, generalmente, se emplean para conservarla. El ácido bórico, por ejemplo, acarrea una atrofia de las glándulas digestivas, muchas veces incurable.

En el hospital de niños de Westminster se obtiene la leche de una vaquería que se halla bajo la vigilancia de las autoridades del establecimiento. Los establos tienen mucha luz y mucha ventilación, y están provistos de bocas de riego, con las cuales se riega hasta el techo y las paredes dos veces al día, inmediatamente antes de entrar las vacas.

El pavimento es de hormigón, y todo el estiércol es arrastrado, por medio del agua, hasta un depósito separado de los establos de ordeñar, pues las vacas duermen en otros, y sólo entran en éstos a la hora de ordeñarlas, pasando el resto del día al aire libre.

Para la alimentación del ganado se estudian las condiciones de cada vaca, y se da a cada una lo que le conviene para que esté sana y no engorde con exceso.

Al ordeñar a las vacas los vaqueros se lavan perfectamente las manos, se ponen una blusa esterilizada y emplean vasijas esterilizadas a vapor.



## EL FRÍO Y LAS PIELS FALSAS

En los Estados Unidos y en el Canadá es muy corriente conservar las pieles durante el verano en cámaras frigoríficas, cuya baja temperatura no sólo las preserva de insectos, sino que, además, evita la desecación tan perjudicial que se produce fatalmente en una atmósfera seca y cálida.

Además se ha descubierto que este sistema de conservación permite distinguir las pieles legítimas de las falsas. Con las cámaras frigoríficas desaparece todo peligro de error, porque los ingredientes químicos empleados para dar a la piel de un animal el aspecto de una piel de otra clase, se alteran y delatan la falsificación, y, en cambio, la conservación por el frío es absolutamente inofensiva para las pieles verdaderas.

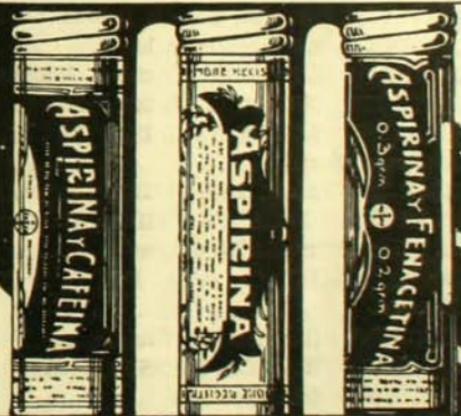
## GAS EN EL ESTOMAGO ES DE CONSECUENCIAS, NO LO DESCUIDE

Recomienda uso diario de magnesia para vencer la perturbación, causada por fermentación de alimentos e indigestión ácida.

Gas y viento en el estómago acompañados de esa sensación de sofocamiento o lleno, después de las comidas, son evidencias casi inequívocas de la presencia de excesivo ácido hidrocórico en el estómago, creando lo que se nombra "Indigestión Ácida".

Estómagos ácidos son peligrosos, porque ácido en demasía irrita las paredes delicadas del estómago y con frecuencia conduce a gastritis, acompañada de graves úlceras en el estómago. El alimento se fermenta y se agria creando el gas afecante que dilata el estómago y estorba a las funciones normales de los órganos vitales internos y con frecuencia afectando al corazón.

Es el peor desatino desatender tan grave condición o tratarla con digestivos auxiliares, que no tienen efecto neutralizante en los ácidos del estómago. En lugar de esto, con cualquier droguista obtenga un frasquito de Magnesia Divina y después de las comidas tome dos pastillas disueltas en un cuarto de vaso de agua. Esto expulsará del cuerpo el gas, viento y envaramiento, purifica el estómago, neutraliza el ácido excesivo y evita su formación y no habrá agrura ni dolor. Magnesia Divina en pastillas (nunca en líquido o leche) es inofensiva al estómago, es muy barata y la mejor magnesia para el estómago. La usan miles de personas que saborean sus comidas sin preocuparse más por indigestión.



LO LEGITIMO TRIUNFA SIEMPRE SOBRE LO FALSO POR ESO LAS TABLETAS BAYER DE ASPIRINA HAN VENCIDO VENCEN Y VENCERAN A TODOS LOS SUBSTITUTOS.

## SUMARIO

	Págs.
ANDRES CARNEGIE. . . . .	121
CONCURSOS DE OJOS.—¿Quiénes eran ellas?. . . . .	128
MASCARILLAS.—Don Augusto Orrego Luco. . . . .	130
PADRE NUESTRO.—A las meritorias damas del Patronato Nacional de la Infancia, Angel C. Espejo. . . . .	131
CUCARACHOS DE CHILE, J. B. C. . . . .	135
TEATRO MUNICIPAL.—Temporada Lírica. . . . .	144
LOS MISTERIOSOS ESTUDIOS DEL PROFESOR KRUHL, Paul Arosa. . . . .	145
DEL LIBRO EL DOLOR PENSATIVO, Alberto Ureta. . . . .	153
LA MODA EN LAS CARRERAS DE LONGCHAMP. . . . .	154
INAUGURACION DE LA OPERA DE PARIS.—(Acuarrela de Eduardo Detaille. Museo del Luxemburgo). . . . .	156
LA CONSTRUCCION DE LA OPERA DE PARIS, Recuerdos de Mme. Charles Garnier. . . . .	157
EN LA NOCHE TRAGICA DE AGOSTO, Jorge Gustavo Silva. . . . .	159
SANGRE Y HIERRO, G. Ried. . . . .	163
FOTOGRAFIA ARTISTICA, señorita Rebeca Vicuña. . . . .	169
PÁGINA CÓMICA, una tragedia en los aires. . . . .	170
LA VENGANZA DEL EVADIDO, Victor L. Whitechurch. . . . .	171
LA MUERTE DEL CUCLILLO, Mariano Latorre. . . . .	177
CONCURSO NACIONAL DE AVES DE POSTURA, Antonio Orrego Barros. . . . .	188
DESDE LAS MONTAÑAS DEL COBRE, Gustavo Colón. . . . .	191
CUATRO AÑOS EN ESTADOS UNIDOS, Un Cow-Boy chileno, Jorge Hurtado Baquedano. . . . .	201
FOTOGRAFIA ARTISTICA, señora Ema de la Fuente de Escobar. . . . .	206
EL JUSTICIERO.—(Conclusión), Paul Bourget. . . . .	207
CRÓNICA BIBLIOGRÁFICA MENSUAL.—La "Musa Cruel", Victor Silva Yoacham. . . . .	225
ELEGANCIAS, Madame X. . . . .	228
LA COCINA. Dos buenas maneras de guisar los choros. . . . .	230

---

### NUESTRA PORTADA:

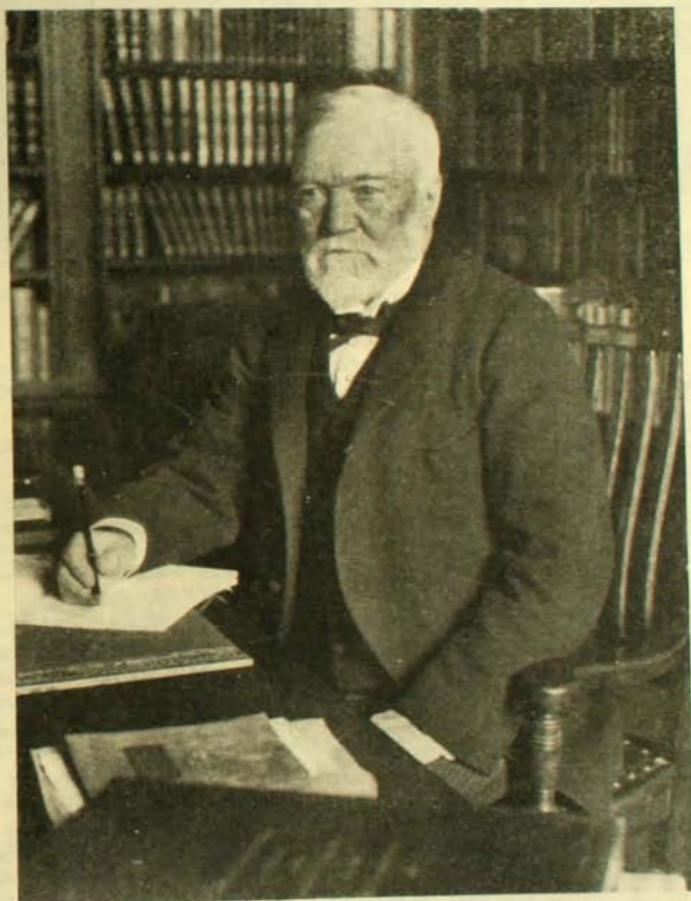
Retrató de la señorita Teresa Jara Quemada Asta-Buruaga.—  
Cuadro de la señorita Rebeca Claro Velasco.

# PACIFICO MAGAZINE

Vol. XIV

Santiago de Chile, agosto de 1919

Núm. 80



Andrés Carnegie, en su sala de trabajo.



Carnegie en la inauguración del Palacio Pan-Americano de Washington.

# ANDREW CARNEGIE

**U**NO de los representantes más excelsos del espíritu emprendedor americano acaba de morir. Andrew Carnegie, el rey del acero, el alma y el transformador de Pittsburg, se puede considerar con justicia como el millonario más audaz, más constante y también más caritativo de todos los hombres que han reunido fortunas inmensas en Estados Unidos. Su vida es un ejemplo de laboriosidad, sólo comparable a la de Edison, y sus obras filantrópicas no han sido rivalizadas ni por Rockefeller, el poderoso jefe de la "Standard Oil".

—El mismo se ha encargado de hacernos conocer con digna franqueza sus principios en la vida. Todos ellos son dignos de imitar

y servir de ejemplo a la juventud moderna. Su elevación parece fantástica y sobrenatural; pero es hija del carácter que, como la fé, puede también remover las montañas y salvar los abismos en la lucha por la vida.

Ya no es preciso pedir a la leyenda la visión maravillosa de un pobre muchacho abandonado, convertido de súbito por la varita mágica de la suerte en un príncipe o gran visir; la vida de este hombre nos realiza este milagro sin necesidad de recurrir al cuento fabuloso oriental.

Contar la historia,—dice Carnegie en su autobiografía, de mi aprendizaje en los negocios es para mí un placer. Pero antes debo contestar una pregunta. ¿Por qué

llegué yo a ser un hombre de negocios? Puedo asegurar, por mi parte, que si en mi mano hubiese estado la elección, no habría seguido tal camino. Hijo mayor de padres humildes, tuve afortunadamente que comenzar desde niño a ganarme la vida. Mi padre era un modesto tejedor en Dunferline (Escocia); donde tenía cuatro telares. Llegaron las máquinas y se concluyó su trabajo. Yo tenía entonces 10 años. Se trató entonces en consejo de familia de vender los telares y emigrar a los Estados Unidos. Así se hizo, y llegamos a la ciudad de Allegheny, cuatro emigrantes: mis padres, mi hermano menor Tom, y yo. Mi padre se colocó en una fábrica de algodón y yo también entré allí de aprendiz, ganando un dólar y veinte sueldos a la semana. Nadie podrá figurarse lo orgulloso que me sentí al recibir mi primer salario semanal. Un dólar y veinte sueldos que yo mismo gané y recibí, porque había hecho obra útil. Ya no estaba enteramente bajo la tutela paternal, sino que entraba, como quien dice, a la sociedad familiar como socio capitalista. Si hay algo en el mundo capaz de convertir a un muchacho en hombre, nada mejor que esto, que supone en él condiciones ya viriles. Todo estriba en la conciencia de la propia utilidad. Yo desde aquel día he manejado muchos millones de dólares, pero ningún dinero me ha producido una mayor satisfacción que aquel que gané por primera vez.

Algunos meses después, un viejo escocés fabricante de rosquillas me tomó como ayudante y me puso al cargo de las calderas. Todo lo que era alimentar el fuego iba bien; pero cuando se trataba de medir el agua de las calderas y poner las máquinas en movimiento la cosa era más difícil, pues se corría el riesgo de hacer volar la fábrica. Por tal motivo estaba siempre en una tensión nerviosa tal que hasta durmiendo me despertaba sobresaltado y me sentaba en el lecho, soñando que consultaba los manómetros. Pero para no alarmar a mis padres, nada dije de esto en casa. Era cuestión de honor. En casa todos trabajaban y contribuían al bien común; hasta mi madre, que a más de hacer todo el servicio de la casa, pues, no había sirvienta, trabajaba también en la confección de botines y ganaba algunos

pesos; no era justo por tanto que yo me lamentase. Seguí, pues, trabajando con entusiasmo.

Mi buen patrón John Hay (Q. E. P. D.) vino a librarme de aquel esfuerzo excesivo, y como yo tenía buena letra y sabía algo de cuentas me encargó de llevarle la contabilidad y me nombró su secretario.

Generalmente suele considerarse la pobreza como un mal y se busca la riqueza con anhelo; pero yo pienso que la mayor satisfacción está en la vida del pobre que trabaja y no en la holganza del rico que en todo es servido y satisfecho. No hay riqueza mayor que un hogar pobre y humilde con un padre trabajador y honrado, que es el compañero y educador, y una madre, ¡bendito nombre!, que es el ángel del hogar.

De estos hogares humildes es de donde han salido y saldrán siempre los hombres fuertes, eminentes y de valer. Si buscáis el origen de todos esos genios inmortales lo hallaréis casi siempre en humilde



La esposa de Mr. Andrés Carnegie.

cuna. La pobreza es el mayor dón que los cielos le pueden haber otorgado a un hombre al nacer. Heme de pronto en el tercer período de mi noviciado, que fué la ocasión de mi fortuna. A los 14 años entré a desempeñar el puesto de mensajero de una oficina telegráfica en Pittsburg. Aquello fué para mí otro mundo. Entre libros, diarios, plumas, en una oficina, decente y con hermosas ventanas, en un ambiente de cultura, me creí el muchacho más feliz del mundo. Tuve gran temor, al principio, de que me despidiesen pues yo no sabía las calles y para un mensajero es condición indispensable saber calles y direcciones; pero me apliqué con tanto afán a aprender los nombres y direcciones de todas las calles sobre todo en el barrio central, que al poco tiempo conocía la ciudad palmo a palmo y sabía todas las calles al revés y al derecho. Ya no hubo miedo de que perdiese mi ocupación.

Todo mozo de una oficina tiene la aspiración de ascender a ayudante, y a mí no me faltó la ambición. Pronto se me presentó la ocasión y en una circunstancia en que llegó un despacho urgente y de importancia, un anuncio de muerte, y no había nadie en la oficina, me arriesgué yo a recibirlo y mandarlo antes de llegar el oficial. Desde entonces los telegrafistas me tomaban de ayudante, aprendí a recibir mensajes a oído, cosa entonces muy rara, que creo no la harían dos en todos los Estados Unidos, y aquello me dió fama y pronto fuí nombrado telegrafista con el sueldo, para mí enorme, de 25 dólares al mes; 200 dólares al año. Una fortuna. Precisamente la suma que yo me había fijado como el límite de mis ambiciones cuando era operario en la fábrica. Pronto gané otros gajes sacando copias de telegramas, para los periodistas, que me daban un dólar oro a la semana. Aquel dólar que me daban los repórters lo destiné gozoso para mis pequeños gastos, pues, como era extra de mi sueldo, no lo consideré como del peculio doméstico.

Extendióse después la línea férrea de Pensilvania hasta Pittsburg. Era superintendente aquel genio que se llamó Thomas A. Scott, que venía a mi oficina con grande frecuencia para entrevistarse con su jefe el superintendente general. Cuando la com-

pañía estableció línea telegráfica propia, Scott me nombró su secretario para la recepción de despachos; de este modo dejé la oficina de telégrafos, oficio que suele traer a los jóvenes una muerte prematura, y entré en los ferrocarriles. El nuevo cargo me trajo consigo el enorme aumento de 5 dólares mensuales en mi sueldo; ganaba 30. El señor Scott ganaba entonces 125 dólares al año y yo me preguntaba asombrado qué diablos haría con tanta plata aquel caballero. Trece años estuve al servicio de la "Pensilvania Railroad Co." y terminé por suceder al señor Scott en la superintendencia de la sección de Pittsburg cuando él pasó a ocupar la Vicepresidencia de la compañía.

Un día el señor Scott, que era una bellísima persona y tenía para mí profunda simpatía, me preguntó si yo tendría o podría buscarme 500 dólares para una inversión. Aquí se me reveló mi instinto de los negocios y ya que se me presentaba la ocasión de entrar en negocios con mis jefes, no quise desaprovecharla. Respondí, pues, resueltamente.

—Sí, señor, creo que sí.

—Bien, me contestó él. Ha muerto un señor que tenía diez acciones en la "Adams Express Company", las que debe usted adquirir; si no lo tiene todo, yo podré ayudarle algo.

Me encontré entonces en una situación muy curiosa. En toda mi familia no había un capital realizable de 500 dólares. Pero había en ella una persona a quien nunca faltó la astucia y el valor para conseguir dinero y yo estaba seguro de que lo conseguiría. Claro que si el señor Scott hubiese sabido las condiciones de mi familia, me habría él facilitado el dinero necesario, pero yo, orgulloso como buen escocés, nunca quise dar a conocer a nadie la pobreza de los míos y nunca quise pedir ayuda a ninguno.

Acabábamos de comprar una casita, valor, si mal no recuerdo, de 800 pesos. Celebramos consejo de familia los tres, mi padre, mi madre y yo, y el oráculo dijo: "Hay que hipotecar la casa. Probemos la suerte de nuestro hijo." ¿Y cuándo no tuvo éxito la resolución de mi madre?

Se consiguió el dinero y yo compré las diez acciones de la Adams Express Co.;



Carnegie acompañado del leader negro Booker Washington.

nadie supo nunca que para ello había habido que hipotecar nuestra casita. Adams Express pagaba entonces dividendos mensuales del 1% y el primer cheque de cinco dólares vino a su debido tiempo. Aún me parece estarlo viendo y me recuerdo la firma del cajero J. C. Balcock.

Hé aquí un incidente importantísimo en

mi vida. Un día, en el tren, se me acercó un individuo de aspecto distinguido diciéndome que sabía por el conductor que yo pertenecía a la compañía y que deseaba mostrarme una cosa. Y sacó de una cartera verde el modelo del primer **sleepingcar**. Era el señor Woodruff, su inventor. Al momento comprendí el valor de tal invento.

Le rogué que fuese a verme a la semana siguiente a Altoona, y fué. El señor Scott aprobó al momento también el proyecto y se firmó un contrato con el señor Woodruff, para ensayar dos vagones en la Pensylvania Railroad. Antes de salir de Altoona fué a verme el señor Woodruff, y ofrecirme entrar en la empresa y yo acepté. Estaba sin embargo un poco afligido por el modo de efectuar el pago, porque los vagones se debían pagar a un tanto mensual y mi primer desembolso debía ser de 217 dólares. Yo no tenía dinero ni de donde sacarlo. Decidí acudir al banco local y pedir un empréstito, comprometiéndome a pagar 15 dólares al mes. Se me concedió en el acto. Signo por signo firmé mi primera letra de cambio y nadie dudará de que yo me iba haciendo ya un hombre de negocios, cuando no sólo firmaba letras de cambio, que eso cualquiera puede hacerlo, sino que tenía un banquero que me las aceptaba. Los pagos sucesivos los hice con las utilidades de los carros dormitorios, y en realidad mi primer ingreso considerable lo debo a la "Woodruff Sleeping Cars Co.", que después fué absorbida por el señor Pullman, que hizo su nombre conocido en el mundo entero. Poco después fui nombrado superintendente de la zona de Pittsburg y volví a mi querida ciudad.

Usaban entonces los ferrocarriles puentes exclusivamente de madera y la compañía de la Pensylvania tenía en prueba un puente de fierro fundido. Preví que en lo sucesivo no seguirían empleándose los puentes de madera y organicé en Pittsburg una compañía constructora de puentes de fierro. También en esta ocasión acudí al Banco, porque la parte que a mí me correspondía era de 1250 dólares y yo no los tenía; pero el Banco me los prestó y fundamos la Kystome Bridg Work que tuvo un éxito enorme. Esta compañía construyó el primer gran puente sobre Ohio con una abertura de arco de 300 pies y después ha hecho muchos más por el estilo. Este fué el principio de mi carrera de constructor; mi aprendizaje terminó pronto, porque presenté la dimisión de mi puesto en la Pensylvania Railroad para dedicarme exclusivamente a los negocios.

En una visita hecha a Inglaterra en

1868, conoció el método Bessemer para la fabricación de acero, y a su vuelta a Estados Unidos lo implantó en fábricas que pasaron a ser las más grandes del mundo, en tal forma que en 1901, cuando fueron incorporadas en la United States Steel Corporation, que fué un trust formado por él y Mr. Pierpont Morgan, vendió su parte en una suma equivalente a un capital de 500 millones de dólares, retirándose entonces de los negocios.

Desde ese momento se dedicó a utilizar su fabulosa fortuna en obras filantrópicas. Sus ideas sobre problemas sociales, y sobre la responsabilidad inherente a una gran fortuna, eran ya conocidas por un libro titulado "Democracia triunfante", publicado en 1886, y por su "Evangelio de la riqueza", publicado en 1900.

Adquirió en Sutherlandshire, Escocia, el castillo de Skibo, y vivía parte del año allí, y parte en Nueva York. Proporcionó el capital para propósitos de interés público, para el adelanto social y educacional. Entre otros fines, para el establecimiento de bibliotecas públicas en los Estados Unidos y en Gran Bretaña. Fueron así brotando por todas partes las "Carnegie libraries", para las cuales él proporcionaba el edificio y los libros, debiendo las autoridades locales contribuir con el terreno y la conservación. A fines de 1908 había dado ya más de 50 millones de dólares tan sólo para fundar bibliotecas.

Dió 10 millones para la fundación del Carnegie Institute de Pittsburg, y la misma cantidad para la Carnegie Institution de Washington, fuera de las cantidades con que posteriormente contribuyó para ambos establecimientos. En Escocia dió una suma semejante para una fundación destinada a ayudar a la educación en las universidades escocesas, por lo cual se le eligió "lord rector" de la Universidad de Saint Andrew, en noviembre de 1902.

Fué un gran benefactor del Instituto Tuskegee, dirigido por Booker Washington, para la educación de los negros. Estableció fondos de pensiones para sus antiguos empleados y para los profesores de colegios norteamericanos.

Es difícil detallar todas las donaciones hechas por Carnegie, pero debe hacerse mención de la fundación Carnegie, para

los actos de heroísmo, tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña; la donación de dos y medio millones de dólares, en 1093, para la erección del Templo de la Paz, en la Haya; cerca de un millón para el Palacio Panamericano de Washington, para servir a la Oficina internacional de las Repúblicas americanas, etc., calculándose que por lo menos ha empleado 250 millones de dólares en obras de beneficencia.

La División inter-americana de la Asociación americana para la Conciliación internacional, que es una rama de la dotación Carnegie para la Paz Internacional, fundada para la difusión entre los pueblos del mundo de las ideas y del conocimiento de las actividades características de cada uno de ellos, con el fin de fomentar un verdadero conocimiento mutuo y una cooperación fraternal, ha destinado para las bibliotecas públicas de la América del Sur colecciones de libros de todos los grandes pensadores norteamericanos. Estas colecciones llegan hasta unos 3.000 volúmenes.

Mr. Andrew Carnegie contrajo matrimonio en 1887, habiendo tenido una hija, Miss Margaret, cuyo compromiso matrimonial con Mr. Roswell Miller ha sido anunciado últimamente.

Su vida laboriosa no alteró sus energías, pues el filántropo "Rey del acero" jugaba al "golf" como un chico, viajaba, navegaba y hablaba con facilidad, y bromaba a cada instante sobre cuestiones de política y sociología, que conocía a fondo.

Como escritor, ha publicado libros de valor, como el "Triunfo de la democracia o América desde hace cincuenta años", en 1886; en 1902, "El imperio de los negocios"; en 1904, "El a b c del dinero en la Gran Bretaña, juzgada por un americano"; "El Evangelio de la riqueza".

Todos sus libros están llenos de notas valiosas, y Carnegie es, en cierto modo,

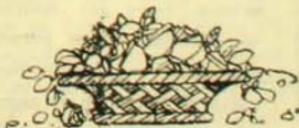
el protagonista de una moral de multimillonario filantrópico.

Carnegie vivía en el constante temor de ser secuestrado y de tener que comprar luego su libertad con una suma que estuviera en consonancia con su inmensa fortuna.

A fin de que resultasen frustradas semejantes tentativas. Carnegie se rodeaba, tanto en América como durante sus estancias en Europa, de todo un enjambre de detectives, que vigilaban por su seguridad como podrían hacerlo por la de un jefe de Estado.

Al llegar Carnegie, hace años, a la capital de Holanda, para asistir a la inauguración del Palacio de la Paz, fué acompañado de toda su policía secreta. Estos señores se alojaron en los mejores hoteles de La Haya y de Scheveningen, donde hicieron vida rumbosa. Habían de asistir a las salidas de Carnegie y vigilar el palacio de la embajada norteamericana, donde éste se alojaba, como huésped de Mr. Lley Bryse. Pero a pesar de ejercer sus funciones de día y de noche, lo hicieron de modo tan discreto, que a menudo, confundidos con la multitud que esperaba la salida de Carnegie, no parecían sino otros tantos curiosos desocupados que deseaban ver al famoso archimillonario.

La guerra europea hizo en Carnegie una profunda impresión. La desautorización absoluta de sus ideales y de sus anhelos en una forma tan violenta y tan inusitada decepcionó y entristeció a ese varón justo y noble. No dejó por eso de publicarse nunca su "Carnegie Endowment for International Peace" y de seguro el gran corazón del millonario ha experimentado un gran consuelo al ver en sus últimos días añanzada la paz del mundo y quebrantado para siempre el poder tenebroso que la perturbaba.



## CONCURSO DE OJOS

¿Quiénes eran ellas?



I

Sra. Ana Asta-Buruaga de Valdés.

Salvo de la gente grave— con la cual no hemos contado, por cierto, un solo instante — nuestro primer concurso ha obtenido gran entusiasmo y simpatías. En todas partes, en los hogares, en las reuniones sociales se ha diseutido mucho acerca de



II

Sra. Flora Yáñez de Echeverría.

No todos los que se interesaron por nuestro entretenimiento llegaron, sin embargo, hasta tomar parte efectiva en el concurso. No hay en Chile un gran espíritu de actividad. Hemos recibido solamente 2.853 soluciones, de las cuales ninguna ha



III

Sra. María Huidobro de Vicuña.

quiénes serían las verdaderas dueñas de los ojos que publicamos. Algunos de ellos fueron un verdadero rompecabeza, pues las opiniones se dividían entre personas que ningún parecido tienen entre sí. Sabemos de algunas apuestas parciales por sumas de dinero nada despreciable.



IV

Srta. Blanca Hatch Vidaurre



V

Srta. Josefina Domínguez Larcán.



VI

Sra. Carmen Subercaseaux de Helfman.

merecido el premio. Nadie acertó siquiera nueve visionomías. Hubo. 200 que llegaron hasta ocho; 504 hasta siete; 922 hasta seis; 750 hasta cinco; 101 hasta cuatro; 76 hasta tres; 110 hasta dos; 188 hasta una. Y queda el caso, verdaderamente senti-

mental y enternecedor, de dos simpáticas vecinas de Buin y Osorno, que no acertaron una sola. ¡No era fácil desde allá!

Hubo una rara uniformidad para asignar los ojos N.º 10 a la señorita Celia Claro Velasco, como es la verdad; lo mismo para achacar a la señorita Violeta Wightman



VII

Srta. Isabel Peñafiel Gundelach.

Naturalmente, este fracaso del espíritu de observación nos ha envalentado. Nos proponemos hacer en el próximo número otro concurso de ojos, con un mayor premio de doscientos pesos. ¡No quiera Dios que alguno haya progresado en estas disciplinas!



VIII

Srta. Sylvia Salas Edwards.

Hoffman los N.º 5, como no es verdad. Los ojos de la señorita Isabel Peñafiel, salvo en diez casos, fueron adjudicados a quince niñas diferentes. Ocioso es decir que de éstas y otras curiosidades ocurridas, no se puede sacar consecuencia alguna.



IX

Sra. Margarita Mackenna de Edwards.



X

Srta. Celia Claro Velasco

# MASCARILLAS

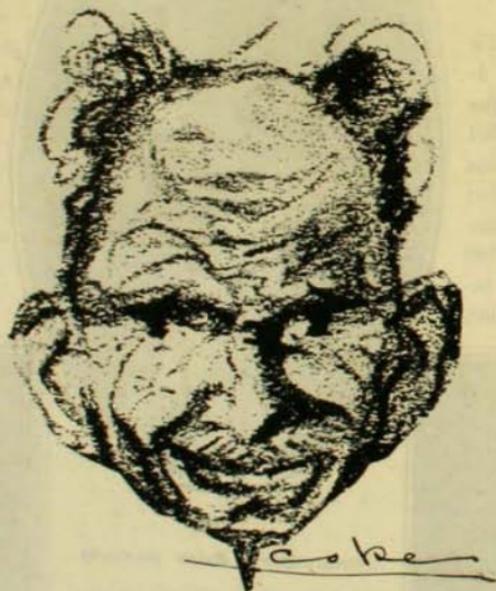
Dr. DON AUGUSTO. ORREGO LUCO

¿De dónde viene?... ¿De la Grecia? ¿Del Oriente profético? ¿Del París de Voltaire? ¿Del Tréguier de Renan? ¿De dónde trae su aire forastero e inquietante?

¿Producto de qué razas es este arquero, de arco y flecha invisibles pero siempre en apresto?

flecha ha pasado a vuestro lado, un leve chasquido reveló su paso, el arquero está inmóvil y sonríe; pero allá lejos, hay un punto sangriento, un remolino de polvo, un guijarro que rueda... y todo habrá concluido.

La flecha, de metal precioso y complicada fábrica, habrá ido empapada



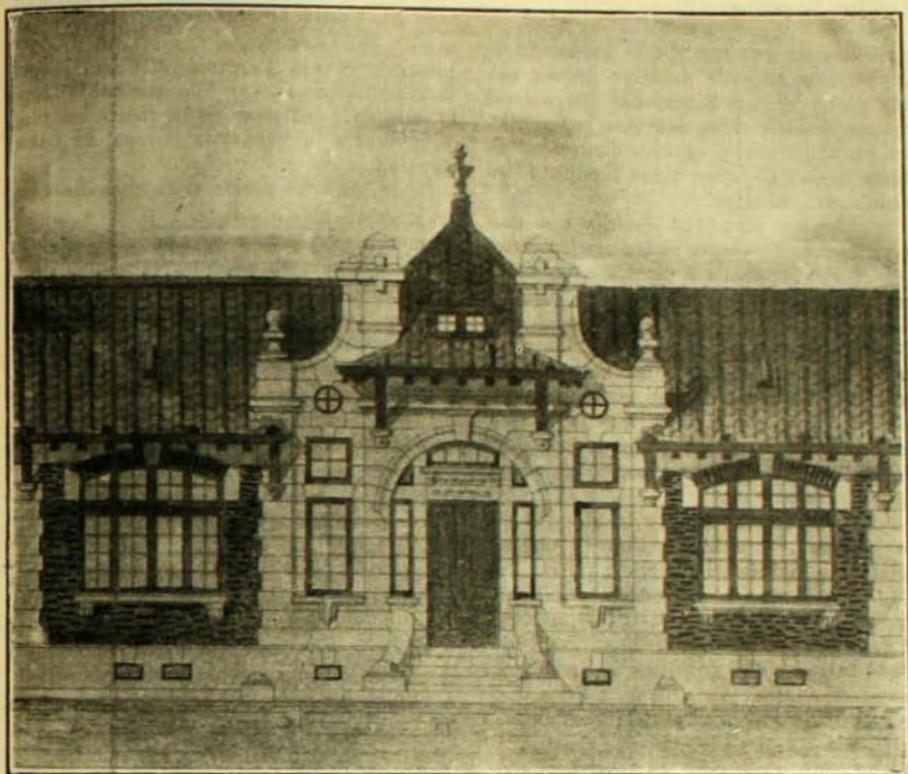
El cuerpo encogido por el esfuerzo del arma, el ademán cauteloso, la mirada fija en el blanco, la chispa de sonriente desdén en la pupila, que anticipa la victoria, todo en él denuncia al cazador certero.

Miradle; más bien, oídle... La

en zumos mortales, engendrados de deleitosas quimeras.

¿De dónde llega este doctor, que quisiéramos hallar paseando, con un texto de alquimia bajo el brazo, por las amenas avenidas del jardín de Epicuro?...

JUAN DE ARMAZA.



# PADRE NUESTRO

A las meritorias damas del Patronato Nacional de la Infancia

Por ANGEL C. ESPEJO

“VED—dice Edgard Quinet—en el cuadro de la Concepción, de Murillo, aquellas coronas de niños alados, salidos de los limbos, que aspiran a nacer. Ellos llaman a la vida, forman el círculo de las generaciones por venir”.

Ved—parodiamos—en el cuadro de la Desolación, que no ha pintado todavía ningún pintor chileno, esa corona de niños

decrépitos sobre cuyos rostros marchitos y arrugados, en los pliegues de la miseria fisiológica ha estampado el destino su arañazo fatalista.

En verdad, no son coronas de niños alados, sino sartas de seres enfermitos, trulentos, agónicos, que retuercen sus manecitas en geroglíficos desesperantes.

¿Por qué?

El eternal por qué de la existencia se circunscribe en cada arabesco de sus rostros de viejecitos. Estrujados por dolores lejanos, ecos de vicios atávicos, repercusiones de anquilosis y ataxias dantescas, semejan gestos de otras vidas liquidadas en atroces sufrimientos.

Aunque sea paradójal decirlo, nos dan la sensación de viejos recién nacidos, con su piel apergaminada o pegada a un sistema oseoso raquíptico, con sus carnes flácidas o en descomposición, estas criaturas tan difíciles de apuntar, apenas venidas a la luz y a la vida, cuando las impregna el dolor. Es tan sombrío el gesto de esos desamparados que dijérase que la sangre que colora mágicamente la piel de los niños sanos y sonrientes, se ha recogido avara de sus pinceladas.

Si no existiera el amor y la filosofía de las ilusiones, estarían totalmente condenadas a la muerte en un plazo fugaz.

En un país en que el egoísmo se hubiera asilado en su trinchera del sórdido **nistchevo** ruso, esas larvas humanas dirían todo lo que tuvieran que gesticular con sus manecitas en el aire, dirían con su lloro, que tiene la diabólica queja de reproches ancestrales, todo lo que tuvieran que frasear, y después irían a engrosar los guarismos aterradoros que en el capítulo de Defunciones decoran a diario el paredigma de nuestra indolencia: "¡y 27 niños menores de un año!"

Pero hay amor, hay un poco de solidaridad, hay el impulso de la propia conservación racial, aunque no la regla jurídica y científica del concurso del Estado, y esto nos manda apuntar, cuidar, salvar muchas de esas vidas que constituyen aportes de capital a la economía nacional. Son las varillitas enclenques del futuro bosque humano.

No conoce a su país el que no ha visitado sus antros.

En los palacios, en las calles, por donde transitan generalmente los que llevan un poco siquiera de alegría en sus almas; en los templos, en donde se prosternan los que alientan supremas esperanzas de un más allá; en la tierra caldeada de sol y saturada de jugos, sobre la cual vemos encorvado al labriego que asiste al despertar de esa madre fecunda, que "tiene tantos

hijos y tan pocas ubres", ese es el primer pl. no de la vida. Pero más allá está el antro, los "bajos fondos" de que habla Gorki, en donde los seres no se tienen en pie, y en donde la blasfemia escupe su baba al cielo...

De un lado el poema o la comedia con su máscara aristofanesca, o a lo sumo el drama con su lenta evolución sentimental.

Mientras que en los últimos planos está la tragedia, tan fulminante como la eclosión de una muerte vengadora.

Este problema de la infancia desvalida, afecto a errores, injusticias e inercia colectivos, es nuestro "convidado de piedra". Simbólico de la incuria gubernamental y del musulmanismo de una nación joven, pero inculta todavía, le ha conaturalizado con la despoblación eterna.

Porque si hubo un escritor en Francia que se lamentase con verdaderos alaridos del éxodo de germanos y de vascos, buscando pampas y hasta desiertos extraños para colgar sus tiendas de expatriados, ¿a quién nos quejaremos de que centenares de miles de nuestros hermanos inicien el plan migratorio de que hablaba Pitágoras, antes de que sus labios comiencen a balbucear el santo nombre de sus madres?

¡Emigramos!, sí, pero en camino a un mundo del cual no se vuelve.

El nombre de Chile debe tener prestigio resonante en ultratumba.

Una guerra, por más cruel que sea, no siega tantas vidas como se cosechan por la Muerte en los antros de la miseria santiaguina.

El cañón aéreo, la fortaleza tudesca con sus galerías que hicieran recordar las catacumbas romanas; el mortífero "Bertha" agujereando urbes; el submarino al acecho de monstruos flotantes, en cuyos dorsos sonreía la vida, el amor, la prepotencia del dinero; los gases asfixiantes, las escuadras aéreas, como bandadas iracundas, los acoirazados, los millones de hombres siempre en marcha para acometerse...; todo es de paupérrima condición mortífera ante una plaga que engulle metódica y sádicamente centenares de niños al día... centenares de miles al año ¡millones en algunos ciclos!

Aquello es un torbellino que pasa; éste



I

I. Señor doctor Luis Calvo Mackenna, presidente; Profesor extraordinario de la Facultad de Medicina; Inspector Técnico de servicios del Patronato Nacional de la Infancia.



II

IV. Señor doctor Alvaro Covarrubias Pardo, vocal; Administrador de la Gota de Leche "Mercedes Lazcano"; Jefe de la Clínica Quirúrgica de la Universidad de Chile.

II. Señor Luis Barros Valdés, vocal; Administrador de la Gota de Leche "Huemul".



III. Señor Ricardo Larraín Bravo, vocal; Inspector de Arquitectura del Patronato Nacional de la Infancia; Ingeniero-jefe de la Oficina Técnica de la Caja de Crédito Hipotecario.

V. Señor Alvaro Covarrubias Arlegui, vocal; Inspector de Estadística del Patronato Nacional de la Infancia; Administrador de la Gota de Leche "José A. Núñez"; Jefe de Sección de la Dirección General de Estadística; Jefe de los servicios de Estadística de la Junta de Beneficencia de Santiago.



IV

III

PRIMER  
CONGRESO  
NACIONAL DE  
GOTAS  
DE LECHE  
QUE  
TENDRÁ  
LUGAR EN  
SANTIAGO  
EN  
SEPTIEMBRE  
COMISION  
PROXIMO.  
ORGANIZA-  
DORA



V

es un soplo letal que está pegado al aire que respiramos...

Para aquello hay un remedio heroico: la Liga de las Naciones.

Para éste no existiría otra cura que un Patronato inmenso, que fuera como la Profilaxia que surgiese de pronto al conjuero de todas las Hadas protectoras de un pueblo que no ha podido ser sino injustamente maldecido para cargar con una afrenta tan irritante y con tamaño dolor: la extinción de sus savias!

¡Sí! No hay nada más desconsolador que este cuadro.

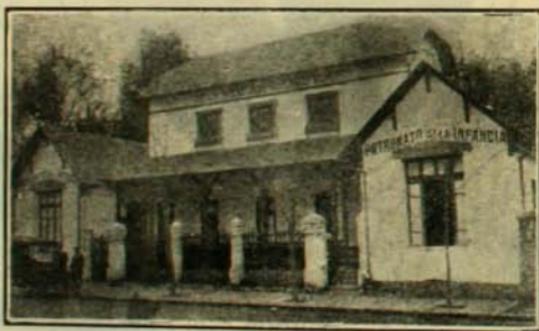
Se experimenta una sensación de escalofrío al leer todos los días el estado de la muerte.

Es lo único estable y fijo en Chile.

Es mi Padre Nuestro, con que saludo al Sol... un Padre Nuestro tan triste y tan quejumbroso, que participa de los caracteres de la imprecación "Padre Nuestro, que estás en los Cielos y en la Tierra;

que has iluminado mi país con los ardores y alegría de un Sol siempre propio, a cuyo amparo fructifican los campos, se multiplican los ganados y entreabren las flores, haciendo de mi Patria un jardín guarnecido por un imponente atalaya de nieve y una sábana de esmeralda y de espumas; Padre Nuestro, que sientes el concierto de los pájaros, que en bandadas innumerables, de Cordillera al Mar, pueblan el espacio; que oyes la risa de los felices y la careajada retumbante de los Falstafs satisfechos; atiende mi queja que no mi ruego, ¿por qué has echado al olvido a esas creaturas sin amparo, a éstas de los terribles antros, y no las proteges en el vendaval de la vida?

Míralas, Padre Nuestro, son como flores cloróticas que con sus cálices al sol, mendigan un poco de calor y de luz. Padre Nuestro: dadles el rayo de sol de tu Patronato Eterno!"



Gota de Leche "J. Abelardo Núñez".



---

---

# Cucarachos de Chile

---

---

Por J. B. C.



**N**O somos los chilenos un pueblo contemplativo, ni tampoco pecamos de observadores. Hasta podría dudarse de nuestro amor por la naturaleza, sin la creciente afición que se ha despertado en los últimos años, de plantar parques, jardines, frondosas alamedas de árboles variados.

Pero este gusto por el embellecimiento del paisaje, no está por lo regular acompañado entre nosotros por esa ansia indefinible de vivir en íntimo contacto con la naturaleza que experimentan los hombres de otras razas. En mi primera juventud, me tocó visitar con frecuencia a amigos ingleses que vivían en el campo. Nunca faltaba en esos hogares, muy modestos a veces, herbarios artísticamente dispuestos, colecciones de mariposas, bichos raros, piedras de colores, y toda clase de curiosidades naturales. Pasear por el campo con esos buenos muchachos era una agradable sorpresa. Todo lo habían observado. Cada árbol, cada yerba, cada grupo de peñascos de las vecindades, les proporcionaban tema para sabrosas pláticas. No ignoraban el nombre ni las propiedades de nada.

Sus excursiones hacían recordar estos versos de Shakespeare:

And this our life exempt from public haunt.  
Find tongues in trees, books in the running  
Sermons in stones, and good in every thing. (brooks,

No se parecen nuestros compatriotas a esos gringuitos. Pasamos del aturdimiento de la infancia a las pasiones de una juventud prematuramente ardorosa, sin haber sabido contemplar las sonrisas virginales del mundo que nos rodea. Somos

serios y desabridos mucho antes de la madurez.

Acaso haya también en ello un defecto de educación. Nuestros pedagogos, formados en la lectura de libros europeos, no han logrado adaptarlos a Chile en lo que respecta a la naturaleza. No sé si esto haya variado en el último cuarto de siglo; pero en los tiempos ya lejanos en que estudiaba yo primeras letras, los textos que nos ponían en las manos hablaban de la frondosa encina, del témible lobo, de las rojas amapolas de los campos, invitándonos a querer y contemplar objetos exóticos que nos eran desconocidos o poco menos. Nunca supimos del espino y del maitén, de los aromas de nuestros pintorescos matorrales, ni de las bestiecitas del campo. Nuestros libros iban por un lado y por otro nuestra observación personal.

Cuando conocí la obra de Claudio Gay, fué para mí un descubrimiento portentoso, una emoción indescriptible. Ese libro, aunque escrito por lo general en un lenguaje rigurosamente técnico y poco comprensible para los no especialistas en ciencias naturales, contiene en cambio muchas descripciones y noticias que todo el mundo puede leer con provecho y agrado. El debía servir de base en esta parte a los redactores, demasiado numerosos, de libros de lectura y de historia natural para los niños. Poner a la juventud en contacto con los esplendores de la naturaleza, equivale a desarrollar en ella una de las más útiles de las facultades intelectuales: el espíritu de observación, tan fecundo en descubrimientos para la humanidad y tan conveniente en la vida práctica, como es-

téril y pernicioso en ese afán de dialéctica y formalismo, con que en los colegios de Chile nos aturden y nos echan a perder el cerebro.

Reminiscencias de esas lecturas son las siguientes líneas, que podrían titularse: "Los cucarachos de Chile al través de la obra de Gay".

Cucaracha es el nombre que damos en Chile a los coleópteros, esto es, a los insectos cuyas dos alas anteriores están transformadas en un estuche que sirve para proteger las posteriores en el reposo.

Este vocablo es un chilenuismo. En correcto castellano, se da el nombre de cucarachas a las baratas y también a un pequeño crustáceo, según el Diccionario de la lengua.

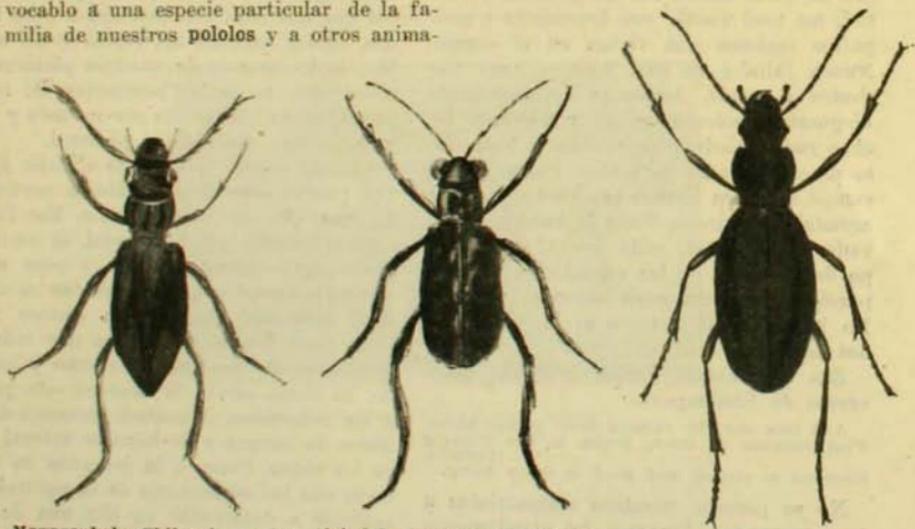
Sería muy difícil decidir cuál es la expresión castiza que corresponde en general a los coleópteros de los naturalistas.

Nuestro idioma es singularmente pobre e impreciso cuando de historia natural se trata. Así la palabra inglesa *beetle* no tiene perfecta traducción en español, como tampoco la tiene la palabra *moth* (mariposa nocturna). Acaso lo más propio sería llamar a los coleópteros, **escarabajos**, aunque la Academia limita el uso de este vocablo a una especie particular de la familia de nuestros **pololos** y a otros anima-

litos que se le parecen en su forma externa.

Para comprender la importancia de los cucarachos, escarabajos o coleópteros, en el mundo de la zoología, no estará de más recordar que se han descrito ya por los naturalistas cerca de doscientas mil especies diferentes, y que pertenece a este orden algo como un tercio de todos los animales vivos clasificados y catalogados. Sólo en Chile existen, según el catálogo de Philippi, cerca de tres mil, y probablemente habrá muchas aún desconocidas. Hay, pues, una enorme variedad, y en otros países se coleccionan con el mismo afán que los sellos de correo, siendo objeto de canjes y comercio como es uso entre los filatélicos. "L'amateur des coléopteres" es en Francia un tipo perfectamente conocido y casi aceptado como corriente y normal. Ello se explica: se trata de animalitos muy hermosos, con frecuencia de colores brillantes y extrañas formas, y los que los coleccionan no corren el riesgo de que algún subsecretario de Estado fabrique nuevas emisiones de ellos, inaccesibles para cuántos no estén en el secreto.

Conozco verdaderos tratados sobre el



**Megacephala Chilensis.** — Un insecto que los sabios llamaron chileno sin serlo, acaso por presentimiento, porque fué incorporado a nuestra fauna, muchos años más tarde, por el tratado de Ancón.

**Meloida Peruviana.** — Insecto que los sabios llamaron peruano, habiendo sido siempre chileno. Se le encuentra en nuestras provincias centrales.

**Ceroglossus Chilensis.** — Hermoso representante chileno de la distinguida familia de los carábidos, o coleópteros carnívoros.

modo de cogerlos, y parecería increíble al que no lo haya presenciado, el número y variedad de los que puede reunir un individuo experto en pocas horas, mientras



**Gyrius Ellipticus.**—Hermoso cucarachito que nada con gran agilidad en los esteros y acequias de agua clara.



**Staphylinus Punetipennis.**—Cucaracho de aspecto terrorífico pero del todo inofensivo. Un verdadero bluff.



**Necrobia Ruficollis.**—El cucarachito que salvó la vida al ilustre Latreille, en la revolución francesa. Se encuentra también en Chile.



que un profano puede pasear días enteros por el campo sin divisar sino muy pocos. El medio de caza más socorrido consiste en golpear las ramas de los árboles y arbustos indígenas, como el boldo, el peumo, el arrayán y el maitén, sobre un paraguas abierto. Las pequeñas bestias, caen medio aturdidas dentro del paraguas, y el naturalista o coleccionador no tiene otro trabajo que atraparlas con los dedos y meterlas en un frasco lleno de vapores deletéreos en el cual las transporta hasta ensartarlas en su colección.

De las tres mil especies de coleópteros que existen en el país, la obra de Gay no describe ni siquiera la mitad, y figuran unas trescientas en sus magníficas láminas de acero iluminadas a mano.

Pasaremos una ligera revista a los más interesantes de estos curiosos animalitos.

Hay un centenar de familias de coleópteros, de las cuales algunas no tienen en Chile ningún representante.

El primer cucaracho dibujado en la obra de Gay, es la *Megacephala chilensis*, cuyo verdadero nombre actual es *Tetracha carolina* (así llamada en nombre del Rey de España Carlos III). Es un lindo insecto de formas elegantes y alargadas, que vuela con tanta facilidad como una mosca. Perteneció a la familia de los Cicindélidos, insectos carnívoros y rapaces, que son en

el mundo de los insectos lo que los leones son entre los mamíferos; por eso los ingleses los llaman "tiger-beetles" o sea los "cucarachos-tigres". Lo que tiene de curioso el insecto en cuestión, es que Gay lo da como chileno, acaso por presentimiento, porque en su tiempo no existía en el país y sólo fué incorporado en nuestra fauna por el Tratado de Ancón. No se encuentra en efecto al sur del Loa, y aún en Tacna y Tarapacá es ya bastante raro. Yo no lo he visto sino una vez, volando en la estación del ferrocarril de Mollendo.

En cambio, otro insecto de la misma familia que Gay figura también llamándolo cicindela peruviiana, es, a pesar de su nombre, más chileno que el palqui, y puede verse hasta más al sur de los alrededores de Santiago.

La numerosa y distinguida familia de los Carábicos, comprende también insectos carnívoros, dignos igualmente de clasificarse entre los leones y los tigres, si bien muestran su agilidad corriendo más que volando o saltando. En los jardines, debajo de las piedras, es muy frecuente una especie bastante grande, negra, con reflejos azulados, cuyo nombre ignoro o, mejor dicho, he olvidado.

En Chile, los carábicos más hermosos pertenecen al género *Ceroglossus*, en la obra de Gay. Algunos naturalistas más



**Epistomentis Pictus.**—Hermoso cucaracho chileno de la ramilla de los bupréstidos.



**Cylindrophora Concinna.**—Otro lindo bupréstido, muy común en los jardines de Santiago, en las flores.



**Latipalpis Decalnel.**—Un cucaracho que parece hecho de cobre macizo, como el escarabajo de oro de Edgardo Poe.

modernos no aceptan este género *Ceroglossus*, y dicen que debe ser incluido en el gran género *Carabus*, de Linneo.

Se han escrito volúmenes y volúmenes sobre esto de los géneros. Franceses y alemanes han disputado sobre este punto tanto como sobre Alsacia y Lorena. Los franceses, siguiendo las tradiciones del ilustre Latreille, se inclinan a dar a los géneros gran extensión, incluyendo en cada uno todas las especies que presentan cierto parentesco más o menos estrecho. Es lo que se llama el sistema natural. Los alemanes, en cambio, prefieren multiplicar los géneros, dividiendo los antiguos para crear otros nuevos, y, según los franceses, basándose en diferencias demasiado nimias y meticulosas.

Conozco un caso muy curioso sobre el particular. Cierta naturalista francés descubrió que una avispa europea muy voraz se alimentaba exclusivamente con algunos coleópteros de la familia de los bupréstidos. Con una paciencia digna de mejor causa, el naturalista en cuestión, ocupó varios meses en registrar los nidos de la avispa referida, e hizo una estadística completa y minuciosa de los insectos cuyos despojos encontró en ellos. Todos pertenecían a variadas especies del género *Buprestis*, de Latreille, pero la avispa no había hecho cuestión de las diferencias genéricas

propuestas por los autores alemanes. "Este insecto, concluye triunfalmente el paciente investigador, sí que sabe clasificar por el método natural; se conoce que el buen criterio de que lo dotó la sabia naturaleza, no ha sido perturbado por la lectura de autores alemanes".

Esta anécdota me fué referida hace muchos años por el simpático viejecito Germain, uno de los colaboradores de Gay, que, basado en esos principios, acabó no sólo con el género *Ceroglossus*, de que veníamos hablando, para fusionarlo con el género *Carabus*, sino que probó, además, que las infinitas especies de *Ceroglossus* descritas por los autores debían reducirse a sólo cuatro, siendo las demás sólo variedades de color, producidas por la naturaleza de las localidades. Había confeccionado al respecto unos cuadros muy hermosos e instructivos, formados por centenares de estos insectos, en que era fácil ver las insensibles graduaciones que unían unas con otras las pretendidas especies de los autores. Supongo que esos cuadros existen todavía en el Museo.

En las acequias de aguas claras, por ejemplo en las de Peñaflo, abundan mucho unos cucarachos aplanados de color obscuro que nadan con increíble agilidad y que es difícilísimo atrapar. Pertenecen al género *Gyrinus* y son los representantes

## Cucarachos de Chile

más comunes en el centro de Chile de los coleópteros carnívoros acuáticos que los naturalistas dividen en varias familias que sería ocioso enumerar. Tienen estos Gyrimus la peculiaridad de que sus ojos están partidos en dos, mirando una parte hacia el lado superior de la cabeza y la otra hacia el inferior, de manera que en el medio acuático en que viven estos animalitos, pueden divisar a su presa por encima y por debajo del punto en que nadan.

La familia de los Estafilínidos comprende cucarachitos muy curiosos y que, a primera vista, nadie tomaría por tales. Tienen el cuerpo alargado como las hormigas, y sus élitros, esto es, las alas, en forma de estuche que caracterizan a los coleópteros, sólo cubren la tercera parte del abdomen, el cual tienen costumbre de enderezar como la cola los escorpiones, presentando un aspecto amenazador de bestia dañina y ponzoñosa. Por eso los ingleses llaman a los estafilínidos, Devil-Coach-Horse, o sea el caballo del coche del diablo nombre excesivamente largo para una bestia tan pequeña y a más de eso por completo inofensiva. En efecto, esa levantada de abdomen es una pura portuguesa, un bluff, con que los tales estafilínidos asustan a sus enemigos, a falta de otras armas ofensivas, más eficaces. Hay hombres y aún gobier-

nos dignos de ser clasificados entre los estafilínidos.

Los que hay en Chile son muy pequeños, me refiero a los insectos en cuestión y no a los gobiernos...

Existe una cantidad incalculable de coleópteros también en general de muy pequeña talla, cuyas antenas terminan en forma de maza, y que los naturalistas clasifican a lo menos en una veintena de familias, todas cursis e indignas de mención. A una de ellas pertenece sin embargo una bestiecita digna de figurar en una estatua porque salvó la vida al padre de la entomología, al ilustre Latreille. Es el *Necrobia rufficollis*, insecto casi cosmopolita, que existe también en Chile, muy perjudicial para las pieles, y que también está figurado y descrito en la obra de Gay.

He aquí como el *Necrobia rufficollis* prestó a la ciencia el servicio que acabamos de recordar.

El abate Latreille era cura de un pueblecito de Francia cuando estalló la revolución que algunos llaman redentora de la humanidad, pero que en verdad de las cosas sólo fué una explosión de salvajismo, que poco tuvo que envidiar a la actual revolución rusa... ¡Adornada de buenas palabras! ¡Ya lo creo! Lo mismo esta otra...



**Pyrophorus Variolosus.**—Insecto luminoso. Es el verdadero cucuyo de Chile y se encuentra en las provincias centrales.

**Chinasognathus Grantii.**—El macho y la hembra de uno de los más hermosos cucarachos del mundo, que adorna nuestras magníficas selvas del sur.

El gran Latreille fué preso en su calidad de sacerdote. Esperaba en la cárcel el momento en que lo llevaran a la guillotina, cuando un día vió correr por las tablas de su lecho un insecto que le llamó la atención. Logra cojerlo, y con la alegría propia de los sabios en estos casos, vino a convencerse que se trataba de una especie nueva, es decir desconocida para la ciencia.

Clavó al pequeño coleóptero sobre su mesa con un alfiler y tomó la pluma en la mano para describirlo en términos técnicos.

Quiso Dios o la buena fortuna de Latreille que en ese momento entrase en la celda del sabio sacerdote, seguramente con mal propósito, un convencional dado también al estudio de la entomología, un tal Bory-de-Saint-Vincent. ¡Un sabio, un naturalista revolucionario! ¡Las cosas que se ven en este mundo, se ven a veces pero no se comprenden!

Llamó a Bory-de-Saint-Vincent la atención lo que hacía el presbítero, y lo interrogó al efecto.

—Es una bestiecita que acabo de encontrar, le dijo Latreille, y que me parece desconocida.

El otro se inclinó sobre el cadáver del

insecto con el interés del aficionado, y pudo comprobar que el cura estaba en lo cierto.

—¿Luego usted entiende de estas cosas?, le preguntó... ¿Cómo se llama usted??

—Soy el abate Latreille, repuso el aludido modestamente.

Inmensa fué la estupefacción de Bory-de-Saint-Vincent.

—¡El abate Latreille!, Exclamó.

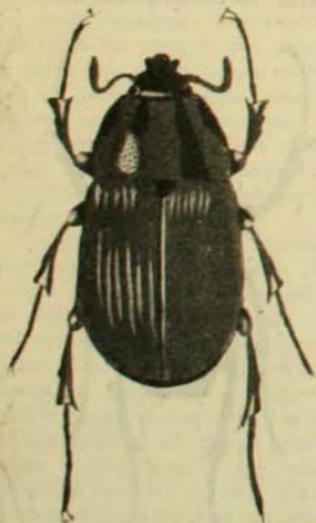
—Sí, señor, el abate Latreille, que va a morir antes de terminar su revisión de los géneros naturales de Fabricius.

—¡El abate Latreille va a morir! ¡No, señor, no morirá! Eso es imposible, protestó el convencional...

Y Bory-de-Saint-Vincent cumplió su promesa. Después de mover cielo y tierra, logró que pusieran en libertad al padre de la entomología moderna, sin que se le exigiera un juramento que repugnaba a su conciencia.

Latreille perpetuó en el nombre que dió al insecto, causa de su salvación, el recuerdo de aquel dramático incidente.

Le llamó *Necrobia*... el que da la vida a los muertos.



*Orctomorpha maculicollis*. — Una de las muchas especies de pololos.



*Meloe sanguinolentus*. — Coleóptero chileno, famoso por sus extrañas metamorfosis y sus medios de vida.



*Lophetus phaleratus*. — Grande y hermoso gorgojo de los árboles frutales, menos dañino que el del trigo.



**Rhyephena Incas.**—Muy hermoso gorgojo que la naturaleza ha disfrazado de araña. Es muy común en el centro de Chile.



**Acanthinodera Cumminghii.**—Estas dos figuras tan diferentes representan el macho y la hembra del mismo insecto. Los naturalistas creyeron por mucho tiempo que se trataba de dos animales distintos. Es el cucaracho más grande de Chile y vive en las pataguas.



Es sabido que el fundador de la química, el ilustre Lavoisier no tuvo igual fortuna. Condenado a muerte, pidió al presidente del tribunal revolucionario un plazo de ocho días para terminar un importante experimento.

—La República no necesita sabios, fué la única respuesta de aquel salvaje.

Los Buprestidos son insectos muy hermosos, adornados de colores brillantes y con frecuencia metálicos, de formas modeladas por las gracias, esbeltísimas y correctas. Las especies que tenemos en Chile son de tamaño mediano y aun pequeño, pero en la América tropical las hay gigantes. Todas las primaveras encuentro en las flores de mi jardín y en gran abundancia, ejemplares de una especie de esta familia muy común en Chile, la *Cylindrophora coccinea*, figurada también en la obra de Gay. Es una adorable bestieilla que refleja en sus pequeños élitres el brillo de todas las piedras preciosas. En Valparaíso abunda otra especie de mayor tamaño: la *Cylindrophora bella*, que es sin

las dos designaciones es científicamente más correcta. Acaso alguna avispa resolverá la cuestión.

Otro género chileno de buprestidos es el de los *Latipalpis*. Son insectos bastante grandes de color metálico uniforme y muy pesados. La primera vez que topé con uno, creí tener en la mano un trozo de cobre nativo, y vino a mi recuerdo el lindo cuento de Edgardo Poe: "The Golden Beetle" como quien dice "El cucaracho de oro".

Los *Elatéridos* constituyen una respetabilísima familia, bastante afín con la de los buprestidos. Tienen la propiedad de saltar cuando caen de espaldas, mediante un aparato bastante ingenioso, por lo que en Chile los llaman *Salta-Pericos*.

Estos elatéridos son insectos principalmente tropicales como los poetas decadentes y otros pajarracos raros. Entre ellos figuran los famosos cueyos, chispas volantes que embellecen las noches de la zona tórrida con gran perjuicio de los campos de azúcar. La luz que despiden es tan viva que dicen que se puede leer con el



auxilio de dos o tres, y en la Habana las damas se adornaban antaño con ellos la cabellera cuando pascaban de noche. ¡Qué disparate! ¡Buscar competidores al brillo de los ojos! En materia de modas las mujeres no saben a veces lo que se pescan.

Para muchos será una sorpresa saber que en Chile existen legítimos cucuyos, aunque de menor tamaño que los de los trópicos. Abundan sobre todo en las selvas de la provincia de Cautín. Una especie mucho mayor, que la obra de Gay describe y figura con el nombre de *Pyrophorus variolosus*, suele encontrarse en las provincias centrales donde da un espectáculo que recuerda vagamente las noches inolvidables de la Jamaica y del Ecuador.

El mayor insecto de Europa pertenece a la familia de los Lucánidos. Es el *Lucanus Cervus*, que figura en todos los libros de texto. En Chile tenemos una especie harto más hermosa: el *Chiasmognathus Grantti*, propio de las selvas del sur. Ningún pincel humano podría reproducir el brillo de sus colores, ni la bizarra exuberancia de su forma. Es una gigantesca piedra preciosa que vuela.

Sus enormes mandíbulas arqueadas, constituyen una verdadera máquina de aserrar. Dicen que atenacea con ellas las ramitas de los árboles, y las corta volando al rededor.

Los escarábidos, es decir los escarabajos propiamente tales, son insectos muy afines a los lucánidos. Se distinguen por sus antenas en forma de abanico. En Chile los llaman pololos y es frecuente verlos volar en el campo alrededor de las luces. Existía antes y no sé si también ahora la preocupación de que esos animales se introducían por el oído hasta el cerebro, causando horriblos dolores de cabeza. De acuerdo con esta preocupación absurda, oí referir en mi niñez el caso de cierto médico que habiendo descubierto que uno de esos pololos se había introducido en la cabeza de una desventurada señora, cliente suya, se abstuvo de extraérselo, para continuar explotando la extraña enfermedad, y se limitaba a sacarlo un poquito en cada visita, de modo que tuviera necesidad de llamarlo de nuevo, cuando el pololo penetraba más adentro del cráneo de su víctima.

Llaman los naturalistas "heterómeros" a ciertos coleópteros de ordinario tristes, lúgubres, adornados de colores sombríos, lentos en el andar, y amantes de los lugares oscuros y húmedos. Hay de ellos varias familias, todas las cuales tienen de común la conformación de sus tarsos.

Hay entre ellos un género que merece recordarse. Es el de los *Meloes*, cuyas extrañas metamorfosis nos describe el naturalista Fabre. No hay nada más extraño que la vida y las transformaciones de estos insectos, que recuerdan en parte algo de lo que es nuestra máquina social.

Del huevo que pone la hembra sale una larva que parece un insectito perfecto, sin alas, pero ya con patas. Estas larvas son incapaces de reproducirse, y la inmensa mayoría de ellas mueren sin otro horizonte en la vida que comer y vegetar. La casualidad reserva a un pequeño número de elegidas un destino más brillante. Si el azar conduce a cierta especie de abeja a la flor en que reside una larva de meloe, ésta se adhiere a las patas del insecto, donde generalmente muere de inanición; pero, si la abeja pone su huevo en el seno de la sabrosa miel de la colmena, estando viva en sus patas una larva de meloe, ésta se desprende oportunamente y se oculta en la miel, donde comienza por devorar el huevo a que la dicha miel estaba destinada, y continúa alimentándose en su lugar, dizfrazándose poco a poco de larva de abeja, de modo que las dueñas de la colmena no se percaten de la falsificación.

Sólo merced a este curioso parasitismo, los meloes llegan a transformarse accidentalmente en insectos perfectos y capaces de propagar la especie. La obra de Gay figura el *Meloe sanguinolentus*, que se encuentra en las provincias del norte y del centro de Chile y cuyas costumbres convendría estudiar.

La extensa familia de los Curculiónidos, que se distingue por su cabeza alargada en forma de trompa, es una familia bastante perjudicial. Con recordar que a ella pertenecen los gorgojos y los brucos, esta dicho en su obsequio cuanto hay de menester. En la América tropical existe un gorgojo, dañino a los cocoteros, tan grande

como un ratón pero exacto en figura al que aquí devora los trigos.

Algunos insectos de esa familia son menos antipáticos y no del todo feos. En Chile, es frecuente encontrar sobre los troncos de los árboles, los *Lophotus* y *Rhyphenes*, figurados ambos en la obra de Gay. Son insectos muy duros y bastante vistosos; el primero manchado pintorescamente de negro y de blanco, y el segundo

bra a las del centro. Lo más curioso es que parece efectivo que sólo se habían encontrado individuos de uno u otro sexo en una misma localidad. Al fin algún naturalista poco respetuoso de los secretos del hogar doméstico tuvo la prueba directa y visual de que sólo se trataba del macho y de la hembra de una misma especie.

Otro magnífico insecto chileno de la misma familia es el enorme *Cheloderus*



**Cheloderus Childreni.**—El cucaracho más hermoso y de más brillantes colores que tenemos en Chile.



**Hephæstion Ocreatus.**—Otro lindísimo longicornio de las selvas del sur.



**Phaëdon Buquetii.**—Cucaracho de brillantes colores que es seguro encontrar sacudiendo las ramas de las chilcas.



negro con manchas amarillas y cuya figura se parece mucho a la de una araña.

Los Longicornios, llamados así por que tienen de ordinario las antenas muy largas, figuran entre los insectos más grandes y también entre los más bellos. En Chile tenemos algunas especies gigantescas y muy curiosas.

La una es el *Acanthinodera Cummingii*, enorme cucaracho que vive en las pataguas, y que el pueblo designa con el extraño nombre de "madre de la culebra... Este animal ha dado mucho que hacer a los naturalistas. El macho y la hembra son tan distintos que por largo tiempo se les tomó por insectos del todo diferentes, y aún se les clasificó en generos diversos. El macho es de color castaño y más pequeño que la hembra, la cual es negra y de tamaño colosal. Gay llama al primero *Malloderes microcephalus* y a la segunda *Amallopodes scabresus* y sostiene que el macho es peculiar a las provincias del sur y la hem-

*childreni*, longicornio de vivísimos colores metálicos que brilla con todos los matices del arco iris. Solo se encuentra en las selvas del sur.

La serie de los coleópteros se termina por los *Chrysomelidos* y los *Coccinellidos*, insectos de ordinario vistosos pero de tamaño pequeño y mediano. A la primera familia pertenece una linda especie violada metálica, con manchas rojas que es común encontrar en las chilcas de los esterros, y que los naturalistas llaman el *Phaëdon Buquetii*. En cuanto a las coccinellas, ellas llevan entre nosotros el simpático nombre de chinitas, y en realidad merecen el afecto que se les tiene, porque dedican su vida a destruir insectos dañosos para los jardines. En Europa las llaman por eso bestiecitas del buen Dios, pajaritos de María Santísima, etc., etc. No serán de la misma opinión los pulgones y otros bichos que constituyen el alimento predilecto de esas lindas creaturas.

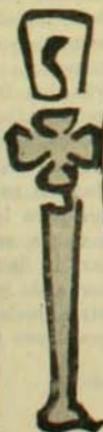




Fanny Auitia, mezzo-soprano



Giuseppina Baldassare, mezzo-soprano





EL CASTILLO ROJO.—En uno de mis primeros paseos, descubrí la morada del profesor Kruhl

## *Los misteriosos estudios del Profesor Kruhl*

Traducido para Pacific Magazine  
Por PAUL AROSA

**M**UCHOS años han pasado desde entonces. Estoy, pues, en disposición de correr el velo de la verdad acerca del fin extraño y de los misteriosos estudios del profesor Kruhl. El angustioso recuerdo de esta aventura me persigue noche y día, y sólo espero librarme de su obsesión relatando aquí todos los detalles de tan horrorosa historia.

He tenido siempre una santa aversión a los baños de mar. Esas playas pequeñas o grandes con villas, hoteles, casinos, tennis, bailes, flirts y balnearios públicos me causan horror. Adoro el mar, pero a condi-

ción de hallar en él la soledad y la libertad. Esto me indujo a pasar mis vacaciones en la apacible aldea de Cauville.

Quizás ella también estará convertida hoy en estación balnearia; en aquella época no había allí sino algunas casas situadas, mitad sobre la costa, mitad en el valle contiguo. No había fonda, y yo habitaba en casa de la señora viuda Piedelievre una vasta pieza blanqueada con cal, que hacía mis delicias.

En uno de mis primeros paseos, descubrí la morada del profesor Kruhl. Se elevaba en medio del arenal, y su aspecto, ex-

tremadamente bizarro. llamó mi atención: era un edificio cuadrado, de porte mediano, muros de ladrillos rojos, almenado como un castillo, y sin ventanas, encerrado dentro de un cuadrilátero de murallas, muy elevadas, igualmente de ladrillos rojos. Una pequeña puerta de fierro, estrecha y alta, se veía sobre una de las faces del cuadrilátero.

Di la vuelta lentamente alrededor de esta extraña habitación: por todos lados el muro se elevaba alto y liso, por todas partes había un silencio de muerte, salvo en cierto sitio, en el cual creí oír detrás de la muralla una especie de gruñido ahogado, cuya naturaleza me fué imposible precisar en ese momento.

Vivamente intrigado, volví al valle y pregunté incontinenti a la señora Piedelièvre lo que aquello significaba.

—Es el castillo rojo del chanchero del diablo, me respondió.

—¿Y qué es eso?—volví a preguntar.

—Nosotros sabemos tanto como usted. Hará unos cuatro años que un señor particular, con cabellos largos que le caen sobre el cuello y de lentes de oro, ha hecho construir esa biceca allá arriba. Nadie de aquí sabe de dónde viene ni lo que ocurre en su casa. Los cuatro muros fueron contruídos por un albañil de Montivilliers, pero todo lo de adentro fué terminado por obreros traídos por él y que no hablaban en francés. Ni él mismo sabe hacerse comprender en nuestra lengua.

—¿Verdad? ¿De qué país viene?

—¿Del infierno! Cuando se es misterioso como él, cuando no se colocan puertas ni ventanas en su casa, ni se ve a nadie, cuando se sale por la noche para ir a pescar o gestionar y hablar sólo en el arenal a la luz de la luna, es porque se es discípulo de Satán.

—No son pruebas absolutas,—me atreví a decir.

—¡Oh! yo sé bien lo que me digo,—respondió la viuda Piedelièvre. Los parisienses no creen en nada serio; pero yo puedo asegurarle que ese hombre viene directamente del infierno, y todo el mundo en la región le echaría con gusto si él no gastara dinero como lo hace.

—¿Es rico?

—Hay que creerlo, porque todo lo paga el doble de lo que vale.

—¿No teme Ud., mi buena señora Piedelièvre, que ése sea dinero del diablo, dinero maldito?

—Puede que sí, pero pasa como el otro.

—Admito, repliqué, que este individuo

sea Belebú en persona; pero, ¿por qué ese sobrenombre de chanchero?

—Por causa de sus cerdos.

—¿Qué cerdos?

—Compra todos los de la comarca.

—¿Vivos?

—Siempre.

—Ahora me explico los gruñidos que acabo de sentir. ¡Vuestro Lucifer es un simple mercaeder de chanchos!

—Absolutamente no, replicó la viuda con animación; todos los que se le venden, son condenados a muerte en casa de él, pero no se les vuelve a ver más.

—¡Esas son pamplinas!

—Le digo a Ud. la verdadera verdad, pero como no me cree, no le hablaré más del asunto.

### Procuró sondear el misterio

Durante el resto del día, pensé varias veces en el relato de la vieja. Estaba evidentemente lleno de exageración y de superstición campesinas, pero los hechos debían ser reales. Eran por sí mismos bastante extraños para darme unas ganas locas de sondear el misterio de que se rodeaba el propietario del castillo rojo.

Ese mismo día, después de comer, salí de paseo. Amo infinitamente las caminatas nocturnas en el campo, cuando la sombra es tibia y hay estrellas. Me fuí a través de los campos, olfateando con delicia ese olor particular y tan dulce que exhala la tierra dormida. Sobre la costa vi muy pronto elevarse delante de mí la silueta maciza del castillo rojo. A primera vista todo me pareció obscuro, pero observando con más atención vi que la faz interior de la techumbre almenada que coronaba el edificio estaba alumbrada por un reflejo bastante vivo, que provenía evidentemente de una claraboya de vidrio, invisible de fuera y violentamente iluminada por dentro. Comprendí entonces que la casa tomaba luz por la parte de arriba a la manera de un taller, lo que explicaba la ausencia de las ventanas. Esta vez, en el patio, se oían ruidos de pasos, cuchicheos, interjecciones en un dialecto que me fué imposible reconocer. De pronto, la noche fué rasgada por el ahullido siempre tan atroz, tan doloroso de un puercro que se degüella. Se prolongó largo tiempo, debilitándose poco a poco con la pérdida de la sangre. Y, en la gran calma nocturna, esa queja desgarradora tenía algo de humano y de desesperado... Me apre-



HERR SIEGFRIED KRUHL.—Vi aparecer un hombreillo, de cabellos rubios y botas de oro; parecía presa de una inquietud inexpresable, y se dirigía corriendo hacia el pueblo . . . . .

suré a ganar mi lecho, en el cual me deslicé tiritando.

Desde el siguiente día comencé mis investigaciones.

El hombre estaba instalado en el país hacía unos cuatro años. Había comprado el terreno bastante caro. El acta de venta que me hice mostrar en Montivilliers estaba extendida a nombre del señor profesor Sigfrido Kruhl, de la Universidad de Magdeburgo. La construcción del edificio había sido hecha con rapidez y, según se me dijo, todos los trabajos interiores habían sido ejecutados por obreros alemanes, que no cultivaron relaciones con persona alguna.

Desde su instalación, el profesor Kruhl, salvo el caso de algunos paseos nocturnos, no había salido jamás de su casa; vivía solo, con dos servidores hombres, especie de gigantes, de los cuales uno estaba encargado de la compra de provisiones y el otro de la de los cerdos. En tres años,—porque este inexplicable comercio no comenzó sino un año después de la llegada del profesor a la comarca,—llevaba comprados 1,095 cerdos, o sea exactamente, uno por día.

Lejos de satisfacer mi curiosidad, estos detalles no hacían sino excitarla más. Abandoné todo, baños, paseos, para no ocuparme sino del profesor Kruhl: cien veces rondé la casa sin poder adivinar nada de lo que en ella pasaba. ¿A qué misteriosos estudios se dedicaba allá adentro? Yo sabía, por noticias que me enviaron de Alemania, que el profesor había enseñado antes la Anatomía y la Fisiología en la Universidad de Magdeburgo. ¿Era, pues, un vivisor, un biólogo? ¿Estudiaba la histología, la angiología, la osteología? ¿Por qué se ocultaba de esa manera? ¿Y cómo explicar, por último, ese enorme consumo de cerdos?

Yo estaba más y más intrigado, y aún sin saber por qué, un poco inquieto. Mucho más lo estuve a consecuencia del hecho siguiente. Cierta día, aburrido de mis rebuscas infructuosas, bajé a la playa para aprovechar la baja marea y pescar tortugas. Seguía, pues, mi camino por la arena, cuando de pronto mis ojos y mi nariz descubrieron un montón bizarro y nauseabundo. Me acerqué a él y reconocí con estupor los cadáveres ya tumefactos de una docena de cerdos, que no habían sido abiertos ni despellejados, que estaban enteros y solamente tenían en el pescuazo la herida del cuchillo que les había sangrado.

¿De modo, pues, que era con el solo objeto de obtener sangre, litros de sangre de

puerco, que éste inmolaba todas las noches una de esas desgraciadas bestias? ¿Qué hacía con ella? ¿No era seguramente un fabricante de morcillas al por mayor! Me perdía en conjeturas, las ideas más locas se apoderaban de mí, no sabía qué pensar. Dos o tres veces abordé, en algunas de sus vueltas por el pueblo, a los dos sirvientes, teutones gigantes. Rememorando lo poco de alemán que sabía, les rogaba que anunciaran a su señor la visita de un naturalista francés, gran admirador de sus trabajos. Pero, me dieron vuelta la espalda con esta única palabra:

—Unmöglich. (Imposible).

Nada más pude obtener. Quince días después, encontré por fin al profesor Kruhl, y su aparición estupefactante acabó completamente de aterrorizarme.

Era cerca de la media noche; según mi costumbre, me paseaba yo por el campo; a pesar mío, mis pasos me llevaron hacia el castillo rojo; a la luz de la luna, se me apareció súbitamente, detrás de un grupo de árboles, siniestro en la noche desierta. Esta vez pasaba algo anormal: en lugar del pesado silencio de costumbre, tres voces discutían detrás de la muralla, tres voces masculinas, de las cuales una extraordinariamente chillona, parecía manifestar una cólera violenta. De pronto, la estrecha puerta de hierro se abrió y vi aparecer a un hombrecillo vestido de negro, sin sombrero, de cabellos rubios y lentes de oro: parecía presa de una inquietud enorme, gesticulaba profiriendo palabras incoherentes, la puerta se cerró detrás de él y le vi dirigirse corriendo del lado del pueblo. Había llegado mi hora. Le alcancé silenciosamente:

—Señor Sigfrido Kruhl, le dije, poniéndole la mano en la espalda, no tan ligero. Las gentes que corren por el campo en la noche, como Ud. lo hace, son a menudo ladrones o locos.

Se volvió hacia mí bruscamente. Una enorme cólera brilló en sus ojos, detrás de los lentes de oro:

—¿Déjeme! exclamó en un francés fuertemente teñido de acento alemán.

—No, señor, respondí sujetándole. Necesito conocerle. Ud. me intriga demasiado, señor profesor Kruhl.

—Le ruego que me deje tranquilo, ¿entiende Ud.? Soy libre de hacer lo que se me da la gana. Yo no hago mal a nadie.

—¿Esto es lo que habría que probar!

—¿Con qué derecho me interroga Ud.?

—Hay quejas contra Ud., le dije con to-

da audacia, y tengo en mi poder un mandato de prisión librado por el juez de instrucción del Havre.

Se puso pálido como la muerte; la angustia y el espanto se pintaron en su rostro.

—Señor, me suplicó, déjeme ir, es preciso; yo no hago mal, soy un simple sabio, hago estudios, solamente estudios, pero tengo necesidad de encontrar uno, esta tarde... no me retenga, el que tenía ha muerto, busco otro... Y agregó presa de una sobrexcitación extraordinaria; sin eso, ella va a morir... y si ella muere, no podré hacerla revivir... si ella muere... si ella muere... todo está perdido... perdido...

Hizo un gesto brusco, se desasíó, corrió con toda la velocidad que le daban las piernas, sin que, clavado por la sorpresa, tuviese yo la idea de perseguirle. Con el corazón palpitante, me oculté detrás del muro del castillo rojo. Después de una larga espera, vi reaparecer al profesor Kruhl trayendo un cerdo. La puerta se cerró detrás de él, y poco después oí el aullido prolongado de un puercu que se degüella.

Viví los días que siguieron a este encuentro en un furioso estado de enervamiento; veinte veces estuve a punto de ir al Havre a referir al Procurador de la República todo lo que sabía del profesor Kruhl. Su actitud, cuando le hablé del juez de instrucción, me probaba claramente que no deseaba que la justicia se preocupara de sus asuntos. Sin embargo, este hombre no hacía mal a nadie y el hecho de matar un cerdo todas las noches no era realmente suficiente para hacerle arrestar.

—Si ella muere no podré reanimarla... si ella muere todo está perdido...

¿Quién era ella? ¿A qué creatura hacía alusión? ¿Quién era ese sér que le preocupaba tanto? ¿Era, pues, para asegurarse la existencia, que todas las tardes inmovilaba un puercu? No podía ser una bestia feroz, hambrienta de carne cruda, puesto que los cuerpos de las víctimas eran tirados intactos al mar. ¿Era la sangre, nada más que la sangre fresca la que necesitaba para eso? Me libré a las conjeturas más locas, perdí el apetito, el sueño... Por esto, resolví penetrar, costara lo que costara, en la casa del profesor Kruhl.

### El asalto del castillo rojo

Mis preparativos fueron rápida y discretamente hechos: fui al Havre, compré diez metros de cuerda fuerte con nudos, un gar-

fo de hierro, una linterna eléctrica y un frasco de cloroformo. Me proveí también de un excelente revólver. De vuelta en Cauville, escondí secretamente este material en un rincón cubierto de maleza y desierto del valle, no lejos del castillo rojo. Todas las noches, por malo que estuviese el tiempo, emboscado detrás de unos árboles, vigilaba la puerta de hierro. Tentar el asalto de esta fortaleza, hallándose sus tres habitantes reunidos, hubiese sido una locura; era menester esperar que al menos dos de ellos estuviesen ausentes. Ahora bien, yo sabía que el profesor y sus acólitos se paseaban a veces en la noche fuera de su dominio. Esto no ocurrió sino después de mi vigésima vigilia, cuando ya comenzaba a impacientarme. Como a las once tuvo lugar el degüello cotidiano del cerdo; a las doce, vi por fin abrirse dulcemente la puerta de hierro. Uno de los gigantes inspeccionó el campo, hizo un signo y el profesor Kruhl se presentó. Vi al gigante cargar sobre la espalda un par de grandes redes semi-circulares y desaparecer con su amo por uno de los senderos de la costa: el señor Sigfrido Kruhl salía de pesca.

Cuando los dos hombres estuvieron lejos, me lancé fuera de mi escondite; el corazón me saltaba hasta romperse; tuve miedo en ese instante y estuve a punto de retroceder, de renunciar a mi empresa y de dejar al alemán dedicarse en paz a sus misteriosos estudios, pero la convicción que tenía de hallar detrás de aquellos muros algo espantoso, extraordinario o fantástico, venció mis temores. Corrí al sitio donde había depositado mi material, volví sin hacer ruido provisto de mi cuerda de nudos, a una de cuyas extremidades había fijado sólidamente el gancho de hierro, y comencé el asalto del castillo rojo.

Había escogido el punto del muro más alejado de la puerta de entrada; tenía siete metros de altura y me fué preciso lanzar once veces la cuerda antes de conseguir fijar sólidamente el gancho en un intersticio de la pared; en algunos instantes llegué a la cima del muro, sobre el cual me senté. Recogí en seguida la cuerda y la colgué del otro lado. Me puse a escuchar, y como todo estaba en silencio, me dejé deslizar.

En el centro del vasto cuadrilátero se erguía la casa, oscura y maciza: alrededor de ella, arrimados a los muros exteriores, vi algunos pequeños edificios de formas diversas. La ventana de uno de estos pabellones estaba abierta e iluminada, y dibuja-

ba un ancho cuadrado de luz sobre el suelo del patio. Me detuve vacilante; era ahí seguramente donde vigilaba el segundo guardián, esperando la vuelta de su amo; iba a verme, a oírme... no se oía un solo ruido, sin embargo; con paso lento, reteniendo la respiración, me aproximé y miré; el hombre, sentado en un sillón, dormía. Un paso, un movimiento, podían despertarle; sin ruido, vacié el frasco de cloroformo en mi pañuelo; luego, aproximándome, se lo lancé diestramente sobre las rodillas. El dormido hizo un movimiento, pero no despertó. Esperé un instante, y luego, lentamente atravesé la ventana; el alemán abrió los ojos, me vió, se levantó, pero la droga había ya paralizado su cerebro. Vacilé y cayé de rodillas. Le tiré el pañuelo sobre el rostro, mientras le sujetaba las manos. Ya no pudo resistir y se estiró definitivamente. Con una cuerda extremadamente resistente de que me había provisto, ligué sólidamente sus miembros. Ya estaba salvado, nada podía ya impedirme penetrar el secreto del profesor Kruhl.

Observé a mi alrededor. El alojamiento del guardián no tenía nada de particular. Miré maquinalmente la lámpara que alumbraba la pieza, y reconocí una ampollita eléctrica. ¿La electricidad estaba, pues, instalada en el castillo rojo? ¿De dónde venía? Volví al patio y vi en primer lugar a puerta de hierro, armada de una complicada cerradura semejante a la de una caja de fondos; después entré en el primer pabellón: una emanación violentamente ácida me dió en la nariz y en la garganta. Alumbré mi linterna; me hallaba en una pieza llena de acumuladores. En la pieza contigua estaban el dinamo y su motor. El nabellón que venía en seguida era el degolladero de los cerdos. Me dirigí entonces a la casa central, que me pareció más obscura y más siniestra que nunca. Una puerta baja se abría sobre una de sus caras. La empujé y cedí.

### La clave del enigma

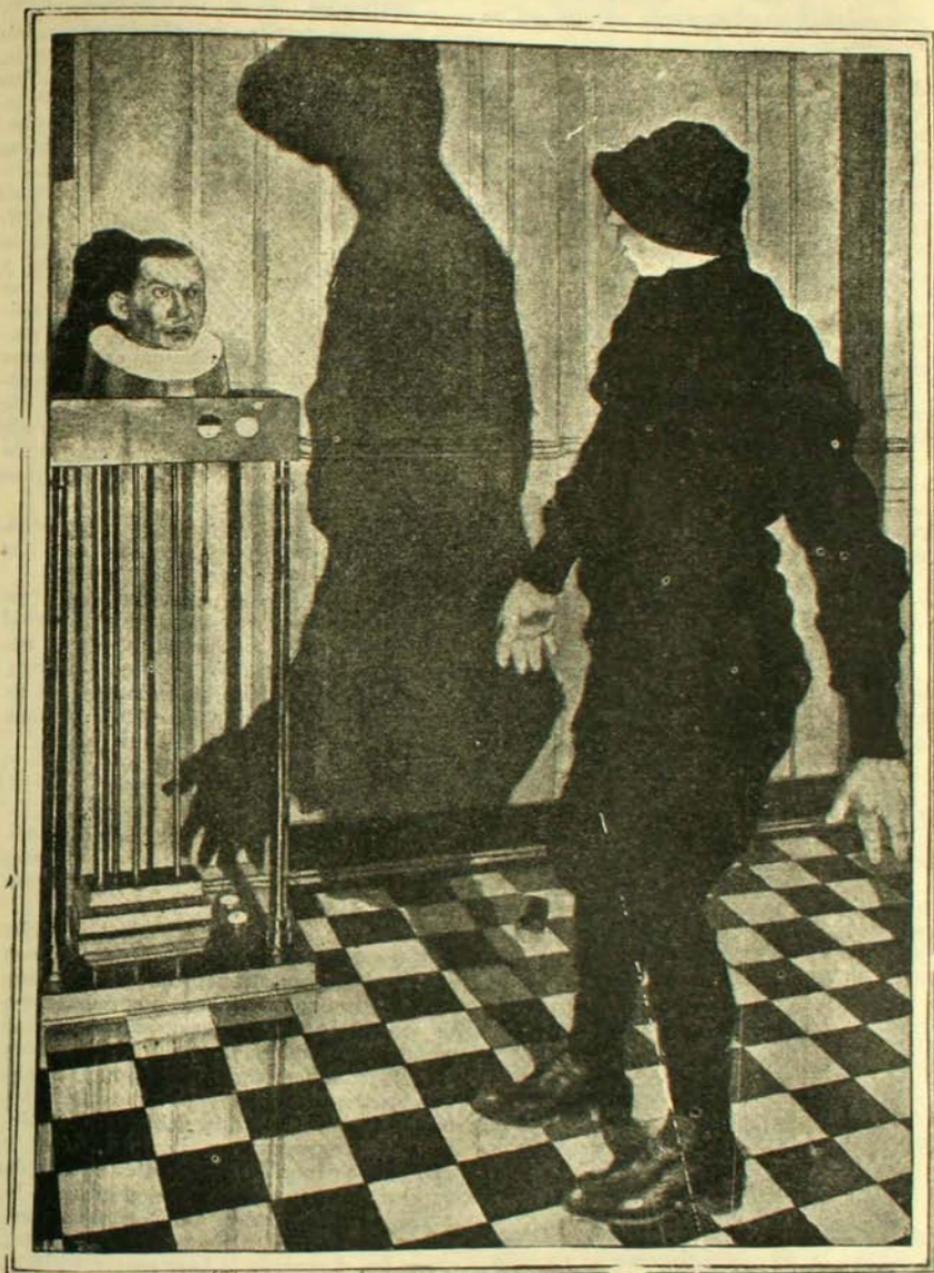
Atravesé el umbral: todo estaba obscuro, pero la claridad viva de mi linterna me mostró un vestíbulo en el fondo del cual se iniciaba una escalera: fué en el momento de pisar la primera grada cuando oí el ruido.

¿Cuánto tiempo ha permanecido en mí el recuerdo de ese ruido! En esta hora en que describo minuciosamente los detalles de todo aquello, lo oigo, lo oíré siempre!

Era un ruido un poco sordo, pero muy neto, un ruido que se renovaba a intervalos aproximados y rigurosamente iguales; detenido al pie de la escalera, yo lo escuchaba presa de una angustia profunda. El ruido no tenía nada de espantoso en sí mismo, pero lo que me turbaba era el no saber su causa. Era un toc-toc regular, demasiado regular para ser de origen humano, demasiado suelto para provenir de un mecanismo; era como el tic-tac de un enorme reloj... No era eso tampoco, pues a pesar de todo, ese ruido no me era desconocido, me recordaba algo, yo había oído algo semejante en alguna parte. Subí cinco o seis gradas, el ruido se precisó, y entonces recordé: sí, yo conocía ese ruido, no por haberle oído, sino por haberle sentido: ese toc-toc regular a la vez poderoso y dulce, esa especie de pulsación rítmica, era... se parecía absolutamente a los latidos del corazón.

Un sudor frío me inundó por entero: ¿qué había, pues, allá arriba? Tomé valor, y en dos saltos me hallé en la cima de la escalera. Daba ésta a una puerta de vidrio. El profesor Kruhl tenía sin duda mucha confianza en la altura de sus murallas, pues ninguna de las puertas interiores estaba cerrada con llave. Abrí ésta tan fácilmente como las otras y penetré en una vasta pieza cuadrada absolutamente obscura. Había extinguido la luz de mi linterna; en las tinieblas, un poco hacia mi izquierda, el ruido se oía neto, poderoso, con algo de metálico y también con una especie de glu-glu ligero de bomba. Volví mi linterna hacia el punto de la pieza de donde eso provenía y alumbré.

No era otra cosa que una máquina. Aún cuando su imagen me ha quedado grabada en la memoria, me es imposible dar aquí una descripción ni aún aproximada de ella; era una cosa extraordinaria que no semejaba a nada; eso podía tener alrededor de un metro cincuenta de altura y recordaba vagamente la forma de una pirámide; estaba construída con metal blanco y presentaba un conjunto inaudito de cuadrantes, rodajes, pistones, tiradores, palancas, que funcionaban con una precisión y una regularidad admirables: solamente que aquello marchaba por períodos, las ruedas, pistones y palancas cumplían una parte de su movimiento, luego se detenían, para volver a andar nuevamente; y era eso lo que producía el ruido. La máquina no daba vueltas, latía, y como mis sienas latían también, noté que las pulsaciones del aparato



LA VISION.—No quería mirar, pero mis ojos no podían desprenderse de lo que ahí había...

concordaban absolutamente con las de mi corazón.

En ese instante, mi atención fué atraída por dos tubos de metal, que partían de lo alto de la máquina y seguían por el muro de la pieza. Le acompañé con los rayos de mi linterna; terminaban en un zócalo, de metal también; de la parte baja del zócalo partían otros tubos que volvían hasta la máquina; en lo alto, embutida en una especie de argolla, había una cabeza humana.

Tiemblo todavía al trazar estas líneas. Me es imposible dar, por medio de palabras, la impresión de espanto y horror de que fuí presa en ese instante; yo no quería mirar y mis ojos no podían desprenderse de lo que ahí había. Una cabeza de hombre de veinticinco años, de cabellos negros, con los párpados cerrados, la boca también, las narices inmóviles, la piel fresca, los labios violentamente rojos; esa cabeza que no respiraba parecía viva. De repente abrió los ojos y me miró.

Di un salto hacia atrás, mi linterna se escapó de las manos y se quebró sobre el pavimento. Todo quedó a oscuras. Entonces oí una voz.

Era una voz sin timbre que hablaba bajo, sin emitir sonido, como se habla cuando se sufre de un violento mal a la garganta. La voz dijo:

—¿Eres tú, verdugo?

Me sentí incapaz de responder, y ella prosiguió:

—¿Eres tú, verdugo? ¿Por qué me despiertas? ¿Qué quieres hacerme todavía?

Al son de esta voz lamentable, mi espanto se había disipado un poco; a tientas, encontré un conmutador. La pieza se inundó de luz, y vi sobre su zócalo de metal la cabeza que continuaba hablándome.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo estás aquí?

—¿Quién eres tú?—pregunté.

¿Por qué prodigio has conseguido evitar la vigilancia de Kruhl? Sí, veo que tienes miedo, que no comprendes. Te preguntas seguramente, si acaso no eres víctima de una pesadilla; no, todo lo que ves es real: yo soy una cabeza cortada.

—¿Viva? balbuceé yo.

—Sí, viva por la voluntad y los estudios del profesor Kruhl. Tú vas a librarme, vas a romper la máquina, detener el corazón implacable y devolverme a la muerte de la cual él me arrancó.

—¿Quién eres tú,—pregunté.

—Próspero Garuche, guillotinado en el Havre, hace tres años!

—¿El asesino de Elisa Baudu?

—El mismo.

Todos los detalles del affaire me vinieron entonces bruscamente a la memoria. Había sido ése un crimen sensacional que apasionó a toda la opinión pública. Próspero Garuche, un joven empleado, de buena familia, del Havre, había caído en las redes de una mujer; por subvenir a sus necesidades, cometió indelicadezas, luego falsificaciones, y por fin algunos robos. Quiso entonces librarse, dejarla, pero ella le amenazó con denunciarle a la justicia y exigió de él nuevas sumas de dinero. Desesperado, enloqueció, le dió un golpe en la cabeza con una botella, y la mató instantáneamente. Los debates fueron interesantísimos. La opinión pública estuvo enteramente favorable a Garuche. Se pensó en el sobreseimiento. Pero el jurado le condenó a muerte, y la ejecución tuvo lugar en el Havre, en medio de una gran concurrencia de pueblo.

—¿Lo recuerdas?—preguntó la cabeza.

—Sí, respondí. Pero, ¿cómo fué que Kruhl se apoderó de ti?

—Mi familia había reclamado mis restos para evitarme el anfiteatro, pero Kruhl se los compró en diez mil francos. El negocio había sido, por otra parte, largamente preparado por él. En Alemania, no se guillotina: fué por eso por lo que vino a experimentar su máquina en Francia.

### Explicaciones científicas

—Pero, en fin, exclamé, ¿cómo es posible que no existiendo tu cuerpo tú estés con vida? Para vivir, es preciso un corazón, un estómago, pulmones...

—No, sólo sangre se requiere! Escucha y lo comprenderás: y la voz continuó con ese mismo acento muerto, tan neto, tan impresionante: "Desde hace mucho tiempo los anatomistas han ensayado reanimar la cabeza de un guillotinado: ellos parten del principio de que es únicamente la sangre la que mantiene la vida, y de hecho, todos los órganos del cuerpo humano no tienen otras funciones que la de purificar y regenerar la sangre. Por la destilación de los alimentos, el estómago la renueva y la enriquece, los pulmones la depuran oxigenándola, el hígado y los riñones la filtran, y, por fin, el corazón la hace mover y circular. Ahora bien, como es el cerebro el que hace funcionar el corazón, estómago, pulmones, y que es la sangre, sólo la sangre la que anima el cerebro, bien ves que es ella, solamente ella, la sangre, la que en-

(Sigue a la pág. 232).



Señor Alberto J. Ureta.

Del libro

## EL DOLOR PENSATIVO

de Alberto J. Ureta

Sobre la mesa de labor tus flores  
perfuman el ambiente de la estancia.  
Todo me habla de ti en esta hora  
de la tarde en que baja  
del cielo, con la sombra, una tristeza  
hasta el fondo del alma.

Es la hora en que el silencio nos envuelve  
y en que alumbran las lámparas,  
en que parece que la vida misma  
con la tarde se acaba,  
y se escucha, temblando, mientras flota  
como el vago temor de una amenaza,  
el paso cauteloso de la noche  
que lentamente avanza.

Todo me habla de ti: la tarde, el cielo,  
el aire que se queja cuando pasa,  
el rumor apagado de la vida  
que viene de la calle solitaria,  
tus flores pensativas, las paredes  
amigas de la casa,  
y hasta el silencio hostil que se detiene  
al pie de mi ventana.

Siente el poeta, entonces, el deseo  
de llenar una página  
con verso más dulce que el recuerdo  
y más consolador que la esperanza;  
que pudiera decir lo que tan solo  
pueden decir al alma:

un beso que se escapa de los labios  
y muere sin posarse, una mirada  
que busca otra mirada, una sonrisa  
que tristemente y sin querer se exhala  
que a veces no es dolor ni es alegría,  
pero que acaba siempre en una lágrima.

Pero el poeta sabe cómo es pobre  
el lenguaje en que se habla,  
para expresar alguna vez aquello  
que nos dice en voz baja  
y en el silencio de las noches buenas,  
lo que en el fondo de nosotros ama.

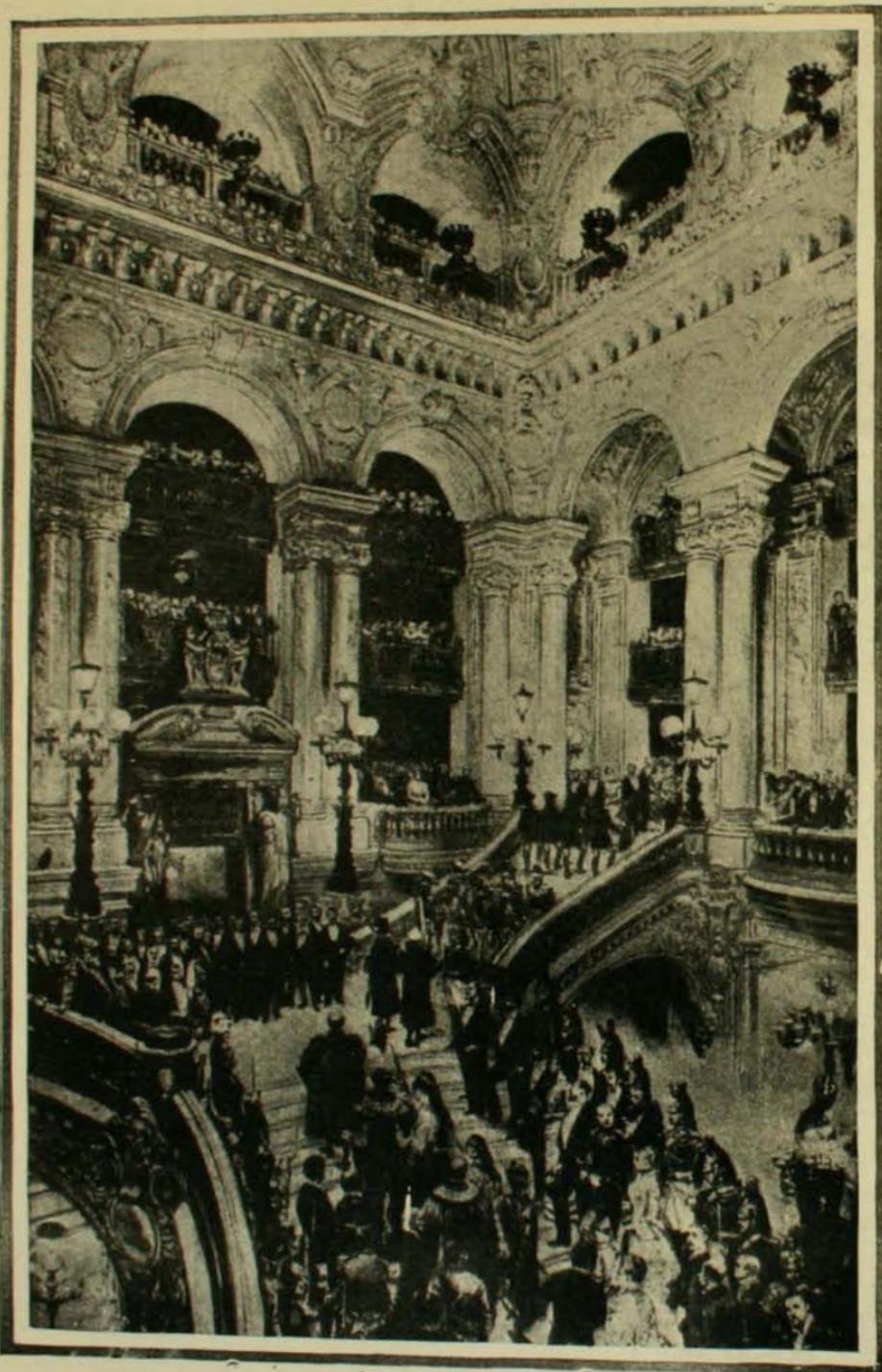
Y por eso, a la hora en que la vida  
parece que se acaba;  
cuando para las cosas que sentimos  
se busca en vano la expresión que falta,  
brotada del alma del poeta una  
poesía encantada,  
la poesía intraducible y honda  
de un verso sin palabras.



ROBE DE TAFFETAS Broché. ROBE DE FOULARD Imprimé. CAPE EN TAFFETAS Souple.



ROBE DE SHANTUNG Bleu. ROBE DE VOILE Imprimé. ROBE de CHARMEUSE Noire. ROBE DE LINON Brodé bleu pale.



Inauguración de la Ópera de París.—(Acuarela de Eduardo Detaille, Museo del Luxemburgo.

# La construcción de la Opera de París

Recuerdos de Mme. CHARLES GARNIER

La viuda de Charles Garnier, el constructor de la Opera de París, acaba de morir. Ha dejado interesantes recuerdos de su marido. De esas páginas íntimas, familiares, encantadoras de ternura y de emoción, extraçtamos algunas líneas referentes a la construcción de la Opera.



Carlos Garnier en su taller.—Por Paul Baudry.

En los primeros días de enero de 1861, el Emperador Napoleón III decretó un concurso para edificar una Opera.

En el primer grado del concurso, Charles Garnier, que acababa de ser nombrado arquitecto de la ciudad de París, fué colocado en el quinto lugar entre 200 concurrentes. El primero fué León Ginain, el segundo Crépinet con Boitrel, el tercero Garraud, el cuarto Duc.

No puedo recordar sin emoción la alegría desprovista de toda envidia que mostró Carlos en esta circunstancia. M. Poulain, jefe de las construcciones civiles, que estimaba mucho a Carlos, y que había asistido a las deliberaciones del Jurado, a pesar de su promesa de no divulgarlas antes del día siguiente, llegó a las seis de la tarde al boulevard Saint-Germain, donde habíamos un quinto piso desde hacía algunos meses, comunicó a Carlos que era el quinto en el Concurso de la Opera, lo que importaba para él una prima de 1,500 francos, y que Ginain ocupaba el primer lugar con una prima de 4,000 francos. Inme-

diatamente Carlos se entrega a la mayor alegría por el buen éxito de Ginain; no piensa sino en la dicha de su camarada, alaba el talento de su amigo y se regocija de verle primero.

El concurso recomenzó entre los cinco proyectos primeros. M. Duc se retiró del concurso. Crépinet y Boitrel se separaron. Quedaron siempre cinco concurrentes.

Carlos, pensando que Ginain y él eran los dos más fuertes, hizo proponer a Ginain, por medio del excelente amigo Lebouteux, conocido por su reserva y discreción, que firmaran cada uno su proyecto con sus dos nombres: Garnier y Ginain, Ginain y Garnier. Pero Ginain rehusó en dos diferentes ocasiones la proposición de Carlos.

En la segunda mitad de mayo de 1861, un martes, después de una sesión del Consejo de construcciones civiles, como a las cinco de la tarde, M. de Gisors, miembro del Consejo, miembro del Instituto, arquitecto del Luxemburgo, envió a llamar a Carlos a su casa y le dijo: "El Consejo de construcciones civiles, hoy día, ha juzgado oficialmente los proyectos. Ud. es el primero con tal superioridad, que si se le propone asociarse a un miembro del Instituto, aun cuando fuese yo mismo, rehuse... Su proyecto es tan bello y está tan por encima de los otros, que Ud. es el dueño de la situación".

Carlos respondió que le dolía mucho pensar que Ginain no obtuviera nada y que todavía insistiría en asociarse a él. "Ud. va a cometer una tontería, le dijo M. de Gisors, pero cómo sujetar un corazón como el suyo! Pongo, sin embargo, una condición: Júreme por su honor que no dirá nada ni a él ni a nadie de lo que acabo de confiarle". Al día siguiente hizo su proposición a Ginain, y éste rehusó. Pero, cuando llegó el día del juicio decisivo, Ginain vino a casa: "He rehusado, dijo, asociarme contigo; pero he reflexionado, y si aún lo quieres..." Ambos fueron a comu-

niciar el caso al Director de Construcciones civiles, pero éste no aceptó.

Lo que dijo la Emperatriz

Poco tiempo después del Concurso, Carlos Garnier fué llamado a las Tullerías, para mostrar sus planos al Emperador y a la Emperatriz. Lo acompañó M. Cardaillac, el director de las construcciones civiles. Carlos no tenía las maneras de un hombre de mundo, ni nunca había frecuentado las Cortes. Era tímido, porque se daba cuenta de lo que le faltaba. En fin, hablaba tan rápidamente en aquel tiempo y de una manera tan nerviosa, que las ideas se le confundían un poco...

La Emperatriz, por su parte, estaba descontenta de que su Opera no fuese construída por Viollet-Leduc, el comensal de las Tullerías y de Compiègne; estaba decidida de antemano a vituperar y a criticar al laureado del Concurso.

Así fué como, en tanto el Emperador decía discretamente: "Está muy bien, es muy hermoso", ella dijo amargamente: "¿Qué clase de estilo es ese? Ese no es un estilo, esto no es griego, ni Luis XVI, ni aún Luis XV..." — "No, dijo Carlos, esos estilos hicieron ya su tiempo... Esto es Napoleón III, y Ud. se queja..." La escena es demasiado grande, la sala demasiado pequeña... — Es preciso dejar mucho sitio para las decoraciones, repuso Carlos; la voz humana tiene sus límites; si la sala fuera muy grande ¿quién podría hacerse oír, y qué muchedumbre la llenaría?

El tono de Carlos se había hecho acerbo, el de la Emperatriz lo mismo... El conde Cardaillac tiraba a Carlos de la manga, diciéndole *sotto voce*: ¡Cálmese! El Emperador sonreía silencioso, y acercándose a Carlos le dijo en voz baja: "No se atormente... la Emperatriz no entiende una palabra de esto".



Busto de Garnier,  
por J. R. Carpeaux.



EN LA NOCHE  
TRAJICA  
DE AGOSTO

**I**TEMBLOR! ¡Temblo!  
Todo un pueblo se ha echado  
escalera abajo y puerta  
afuera, con desatentada pre-  
cipitación.

—¡Piedad, piedad, Señor!

Caen de rodillas hombres y mujeres;  
apretadas de angustia, las manos golpean  
los pechos encendidos en fervorosa fe; vo-  
ces de pavor y de misericordia siguen hen-  
diendo los aires, mientras la tierra se en-  
cabrita una y otra vez, crujen los maderá-  
menes de las casas, los cimientos ceden,  
rásganse los muros, y un torbellino de  
piedra y polvo se desencadena sobre las

calles encharcadas por la llovizna, y aciea-  
tea la prisa de los sobrevivientes de la  
**masacre** que comienza.

La ciudad ha quedado súbitamente a  
oscuras, y los haces de luz, tentáculos im-  
palpables con que tantean desde lejos la  
magnitud de la catástrofe los focos electri-  
cos de las naves de guerra, pintan máviles  
franjas blanquecinas en la tiniebla total, pe-  
ro no logran atenuarla, y antes acrecientan  
que ahuyentan el horror del momento trá-  
gico.

Por instantes, nuevos estrépitos de de-  
rumbos, que ponen nuevo espanto en los  
ánimos. Y, de pronto, aquí, allá, más allá,  
en el negror de la noche sin luz, el  
surgir de las llamaradas diminutas pri-  
mero, bien pronto gigantescas, que de-  
nuncian el avance triunfal del fuego an-  
te la impotencia de la ciudad sin agua.

Se anda a tropezones y a tientas,  
saltando por sobre escombros, por so-  
bre heridos que imploran y se quejan,  
por sobre cadáveres ensangrentados,  
por sobre palpitantes pedazos de cadá-  
veres que en un instante la furia de  
la naturaleza destruyó. Enrédanse los  
fugitivos en los alambres de las  
líneas telefónicas, rotas, y enreda-  
das ellas mismas; dan la caída; se  
levantan con premura; y prosiguen

la anhelante peregrina-  
ción, camino de las  
plazas, de las aveni-  
das, de los cerros, del  
mar, si pueden. El hu-  
mo y el calor, que ya  
sofocan, hacen ahora  
más deseable aún la li-  
bertad del espacio  
abierto.

Madres desoladas  
claman a grito herido  
por el niño que han  
perdido en la incons-  
ciente fuga.

—¡Mi hijo!, Mi hi-  
jo!



—¡Anita, Enrique, Juan!

Pero los desesperados reclamos de esos corazones de madre no van a alcanzar eco ni respuesta en aquella horripilante "noche triste."

Surgen diálogos breves, preguntas y respuestas rápidas, entre las sombras que ambulan y claudican en la sombra.

—¡Pedro! ¿Tú?

El buen amigo a quien acabo de reconocer al resplandor de un llamarazo negro, viene con las ropas desgarradas, empujado de barro, descubierta la cabeza, mirando azorado las hileras de edificios a medio estar, por delante de los cuales nos empeñamos en llegar a la cercana plazuela, que es la suprema esperanza de la asustada caravana.

Avanzamos dificultosamente. Tiembla la tierra por la centésima vez, y por la vez centésima se ponen el pensamiento en Dios, y los ojos, agrandados por el terror, en los muros que a uno y otro lado se columbran amenazantes.

Un remezón más violento, más agudo, más cortante, sobreviene; y el rebaño humano se larga en un "sálvese quien pueda" atropellado y atropellador, en una desenfrenada carrera de salvajes. Fierros, piezas de madera, ladrillos, suenan con lúgubre retumbar al desvenajarse, desmoronarse y chocar contra el suelo, alto ya de escombros; y los penetrantes ayes de los infelices que oprimos agonizan, hacen más asustón, más vivo y egoísta, el paso de los que van teniendo la suerte de escapar.

—¡Pedro, Pedro! gritó a toda voz. ¡Pedro, Pedro!

Hasta la pequeña plaza en que un centenar de naufragos de la tierra tiritan aterridos, al aire las heridas sangrantes muchos de ellos, llegan acentos desgarradores que apaga el ruido de nuevos derrumbes. El restallar de las planchas de calamina, que el incendio abrasa, remeda un tiroteo intermitente y lejano. Un tufo y un crepitar de carne que se tuesta, impresionan molestatamente el olfato. Y no falta, en la turba



de afligidos y pecadores que allí han hallado refugio, uno que se atreva con un chiste macabro:

—¿Saben que esto me está abriendo el apetito?

Allá en lo alto de aquel trozo de edificio que parece estar haciendo milagros de equilibrio, en un fragmento casual de tercer piso, a horcajadas sobre una viga que el fuego respeta aún, empieza a ensayar señales y voces de socorro una figura humana.

Las miradas se han vuelto hacia allá, y una misma exclamación inarticulada sale del fondo de todos los corazones.

—¡Una mujer! ¡Es una mujer!

—¡Que se viene abajo!

—¡Se va a quemar viva!

Fuego por debajo; fuego en derredor; derruidas y devoradas por el fuego las escaleras de acceso. El incendio alarga y multiplica ahora sus lenguas de fuego, y bien pronto envuelve como en un manto de abrasadora púrpura a aquella forma humana que se cierne sobre el abismo igneo, aferrada con el máximo de la fuerza instintiva al temblequeante madero salvador.

—¡Oh!

Por el aire fuliginoso y rojizo viene rodando una masa inflamada, que agita brazos y piernas desesperadamente.

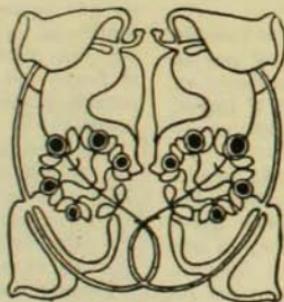
Y un alarido horrible, inaudito, único, un alarido de bestia que atravesaran a la vez cien espadas de tormento, precede sólo un instante al seco estrellarse y hacerse añicos de aquel cuerpo de mujer contra el "hacinamiento de escombros que sigue dan-

do pábulo a la voracidad del incendio devastador...

Desde el anfiteatro de los cerros, una muchedumbre abigarrada y descaecida contempla el nunca visto espectáculo: es el más vasto incendio que hubiera podido soñar la imaginación de un pirómano, la ma-

ravilla de un chisperio multicolor que, en constante encender y extinguir, se desfloca hacia los cuatro vientos; y el empinarse de las fogatas gigantes, como empuñadas porfiadamente en tocar el cielo sollamado que ora se ensancha y se eleva, ora se estrecha y aplana sobre la creciente desolación de la ciudad en ruinas.

JORGE GUSTAVO SILVA



# SANGRE Y HIERRO

Por G. RIED

Comedia en un acto. Traducida libremente del inglés. Esta composición fué publicada en Londres en 1917, y llamó mucho la atención, tanto por su letra como por sus grabados.

## PERSONAJES:

El Kaiser

El Sabio

Número 241

**El Kaiser.**—Personaje vestido en traje militar; indicando gran cuidado en el vestir; la casaca y la capa color verde olivo; la capa deja entrever, 1. La orden pour le merite; 2. la cruz de hierro; 3. un gran emblema de diamantes, esmeraldas, rubíes, conocida por el pago del cielo, diseñada por mano del Kaiser y otorgada por el Todopoderoso a la persona de su Majestad Imperial.

**El sabio.**—Un hombre chico, delgado, usando levita larga, corbata al aire; flaco de cara, ojos saltados, anteojos grandes de cuerno; gran melena y barba gris, poco bigote. Es un hombre muy animado. Una un sobretodo obscuro y lleva un portafolio conteniendo papeles y documentos estadísticos.

**N.º 241.**—De seis pies de altura, muy erecto y tieso; pelo corto y terso, carigrande y duro de expresión; al presentarse viste traje militar de guerra, lleva el casco en uso en Alemania actualmente, calza guantes blancos de algodón. Usa un gran capote que cubre todo su cuerpo. Múevase como un autómatas, en realidad es el N.º 241, la mitad ser humano y la mitad pieza mecánica; esta parte se compone de la pierna izquierda artificial,

dos manos artificiales; antebrazo derecho y codo también mecánicos y el ojo izquierdo lo mismo, ojo que el hombre de ciencia ha convertido en un telescopio; a más tiene el oído izquierdo convertido en un teléfono y por último tiene su dentadura de metal; con ésta puede quebrantar el alambre de púa con toda facilidad; usa bayoneta al costado, habla con dificultad.

**Escena.**—Sala de audiencia privada de un emperador, color grana y oro, con magnífico sillón cubierto con un gran dosel sobre todo el asiento. A un costado lujosa mesa con estatua ecuestre del emperador, y un gong de metal. Un paño granate y oro cae por todos los costados de la mesa. El paño tiene por decoración la corona; un cetro. Un rifle moderno está afirmado en un rincón.

(Penetra el Kaiser, seguido por el hombre de ciencia; el primero parece muy preocupado, el segundo con aire de solemne entusiasmo).

**El Kaiser** (Se dirige hacia la silla del trono y toma asiento).—¡Proceda, proceda!

**El sabio** (colocando su carpeta sobre la mesa).—La modestia me obliga a fallar.

**El Kaiser.**—Mi tiempo es limitado, el príncipe de la corona me aguarda.

**El sabio** (con mucho entusiasmo).—Cuando V. M. comprenda la magnitud de este regalo de su natalicio... Un millón de tullidos, convertidos en un millón de hombres aguerridos...; Vuestra Majestad puede llegar a ser terrible.

**El Kaiser.**—Son generalidades...

**El sabio.**—Yo particularizo; la llave maestra de la eficiencia es la eliminación del

desgaste. Nuestro problema era eliminar el desgaste representado por los heridos; en breve habremos tenido éxito.

**El Kaiser.**—¿De qué manera?

**El sabio.**—Después de muchos experimentos, podemos ahora tomar un soldado herido, no importa en qué estado pueda estar, y devolverlo a las trincheras hecho un supersoldado; no ya un bamboleante hombre, sino una espléndida máquina de guerra.

**El Kaiser.**—Usted es entusiasta; pero no es contagioso su entusiasmo; sus ideas no se han realizado siempre. Déme sus pruebas.

**El sabio.**—¡Presumía sus dudas, Majestad, y por lo tanto, he traído las pruebas!

**El Kaiser.**—¿Has traído uno de ellos?

**El sabio.**—Está en la antesala, esperando...

**El Kaiser.**—Hágalo entrar, luego, luego.

**El sabio.**—Pido perdón, Vuestra Majestad, pero no es de aspecto agradable.

**El Kaiser.**—Tonterías. Todo lo que dá poder a la dinastía, es agradable a los ojos imperiales.

**El sabio.**—¿Me permite, Vuestra Majestad?

**El Kaiser.**—Adelante, apresúrese.

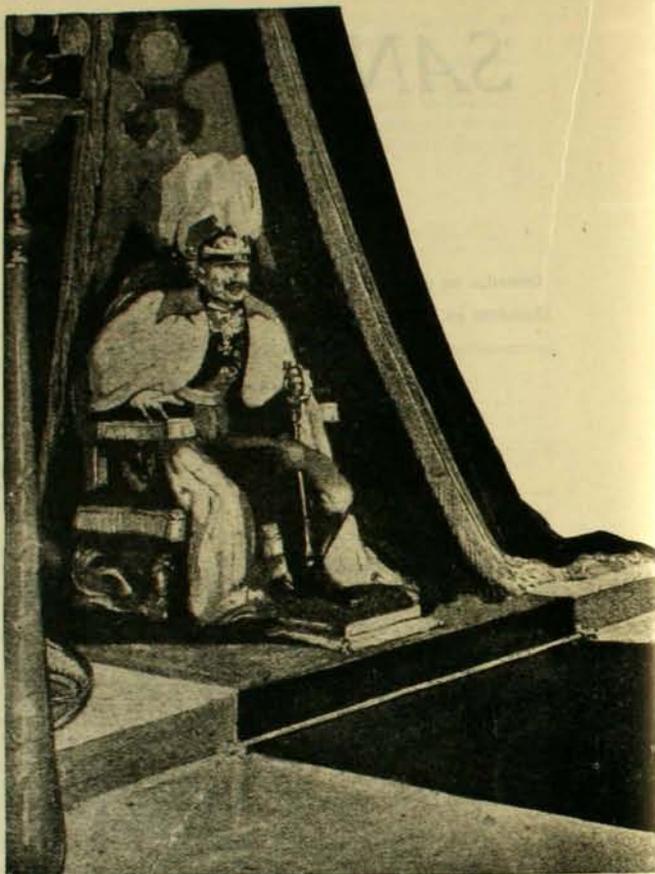
**El sabio.**—Se acerca a la puerta, la abre y con voz potente, grita:—“Atención, adelante, marchen”.

(Hay un pequeño silencio, en seguida un tric-trac metálico y después un paso pesado). Entra a la sala el N.º 241,—recto, con paso marcado, sin observar nada,—se adelanta al centro de la sala, donde, siguiendo la orden del sabio de alto, se queda firme como un poste.

(Al quedarse firme el N.º 241, el sabio saluda con una plácida sonrisa al Kaiser y explica): nuestro ensayo N.º 241, de aquí el número que lleva.

**El Kaiser.**—Con mirada fija en el sujeto, dice: Marcha admirablemente.

**El sabio.**—Es la menor de sus capacidades,



• permitidme; (procede en seguida el sabio a hacer que el autómata abra la boca mostrando los firmes dientes; le hace levantar los brazos, doblar las rodillas, hace abrir y cerrar las manos y mover los dedos). Es perfecto, Majestad.

**El Kaiser.**—¿Garantiza Ud. su eficiencia?

**El sabio.**—Absolutamente.

**El Kaiser.**—Pruébelo.

**El sabio.**—(Se acerca al N.º 241, que está inmóvil, le quita el casco, el capote y los guantes, mostrando éste dos manos metálicas). ¿Vuestra Majestad me pregunta si es eficiente? Yo le contesto que es más eficiente que cuando cayó en combate.



(Se dirige al rincón de la sala, toma el rifle y vuelve al centro de la sala). N.º 241, atención! (El sabio le arroja el rifle, que éste toma con toda seguridad. En seguida el sabio comienza dando una cantidad de órdenes militares que el N.º 241 sigue con rigurosa perfección:

Atención!  
Al hombro armas!  
Presenten armas!  
Descansen armas!

y ahora Vuestra Majestad observe lo que sigue:

Armen bayoneta!  
Carguen!

Apunten!  
Fuego!

El N.º 241 obedece todas estas órdenes con la mayor limpieza, suena el gatillo y después queda en descanso.

**El Kaiser.**—(Con un ceño de admiración en toda su fisonomía). ¡Colosal!

**El sabio.**—¿Impresionan las probabilidades?

**El Kaiser.**—Más allá de todos mis ensueños.

**El sabio.**—Estimo que se podrán poner en pie de guerra, por ahora, cinco divisiones, que ahora están fallando por falta de brazos y piernas.

**El Kaiser.**—Un golpe a la civilización.

**El sabio.**—Estupendo, reclutamos de los hospitales.

**El Kaiser.**—Y los hospitales están repletos... Mi querido profesor, la ciencia es la salvación de la dinastía.

**El sabio.**—No es esto realmente sorprendente.

**El Kaiser.**—¿Realmente lo es!

**El sabio.**—(Prosiguiendo la prueba, el sabio se dirige hacia la puerta de atrás del trono y da tres golpecitos sobre la enmaderación; esto llama la atención del N.º 241, que los oyó seguramente.)

**El Kaiser.**—¿Qué estás haciendo?

**El sabio.**—He dado tres golpecitos detrás de Vuestra Majestad y éstos no han sido

oídos por vos; mientras tanto, el 241 los ha oído perfectamente, como lo ha manifestado su movimiento hacia ese lugar. (Prosigue el sabio, toma de su cartera una tarjeta y la pone a la altura de su cara, haciendo esto, le pregunta al N.º 241 ¿qué hay escrito sobre esta tarjeta?)

**El 241.**—(Contesta secamente).—Nada.

**El sabio.**—Haremos otra prueba. (Dando vuelta la tarjeta, le dice al 241). Diga lo que está escrito en este lado.

**El N.º 241.**—La voluntad de una nación, es la voluntad al... poder.

**El Kaiser.**—Correcto.

**El sabio.**—(Dirigiéndose hacia el Empera-

- dor). Este es mi más grande éxito; nunca ha hecho la ciencia algo más estupendo; de un sér casi destruído y de ningún valor para la humanidad, he hecho un hombre eficiente. Manos de acero, piernas de bronce, brazos de níquel, un ojo telescópico, un oído que...
- El Kaiser.**—¿Qué oyes en este momento?
- El 241.**—Oigo la corneta que llama a reunión.
- El Kaiser.**—Imposible; abrid la puerta.  
(El sabio abre la puerta y se oye claramente el toque de corneta).
- El Kaiser.**—Dios Todopoderoso. Milagroso hombre que has podido hacer.
- El sabio.**—Una resurrección.
- El Kaiser.**—Perfecta.
- El sabio.**—El triunfo sobre la materia; los restos de un soldado, reconstruído bajo el mágico contacto de la ciencia, sin lo cual estaría hoy podrido en el campo. La ciencia le ha dado manos, piernas, vista y oído.
- El Kaiser.**— (Dirigiéndose al N.o 241).  
¿Cuánto tiempo estás a mi servicio.
- El 241.**—18 años, Majestad.
- El Kaiser.**—¿Eres casado?
- El 241.**—Sí, Majestad.
- El Kaiser.**—¿Tienes hijos?
- El 241.**—Siete, Majestad.
- El sabio.**—Cinco hombres.
- El 241.**—(Emocionado). Uno muerto, tres en el frente, el menor con permiso.
- El Kaiser.**—¿Su edad?
- El 241.**—Diez y seis años.
- El Kaiser.**—¿Cuándo concluye su permiso?
- El sabio.**—Mañana debe estar nuevamente en el frente.
- El Kaiser.**—Y si vuelve le daré la triple cruz de honor.
- El sabio.**—Hay otro aspecto que tomar en consideración; estamos fabricando piezas para todos los casos, de manera que en caso de pérdida de una mano o un brazo, nuestro cuerpo de mecánica esté siempre listo y a la mano. para suplir las piezas que se destruyen, de manera que muchos de los soldados heridos, pueden salir de los hospitales a los pocos días de ingresados, nuevamente aptos para la batalla.
- El Kaiser.**—¿Cuál es su peso?
- El sabio.**—Equipado y todo 175 libras.
- El Kaiser.**—¿Y sin equipo?
- El sabio.**—105 libras.
- El Kaiser.**—Un poco más que medio hombre.
- El sabio.**—En efecto, como tal necesita media ración, medio cuidado...
- El Kaiser.**—Ud. ha traído el mayor advenimiento en la historia de la civilización. Dígame algo sobre el ojo telescópico. Me interesa mucho. Yo de nada me admiraré.
- El sabio.**—El ojo telescópico tiene dos particularidades: tiene la ventaja que le da el telescopio y la gran ventaja de que en la obscuridad es muy penetrante.
- El Kaiser.**—¿Quiere decir que ve en la obscuridad?
- El sabio.**—Exacto. ¿Vuestra Majestad se opone a que observezca la sala?
- El Kaiser.**—No, ahí tiene el aparato.
- El sabio.**—(Se dirige al N.o 241). Media vuelta; ponga atención Su Majestad, (dirigiéndose al Emperador. Obscureceré la sala y tened la bondad Majestad, de hacer cualquier movimiento que creais por conveniente y el N.o 241 hará una descripción de lo que ocurra.
- El Kaiser.**—Apáguese las luces; decid lo que yo hago.
- El N.o 241.**—Bien. Se inclina hacia adelante en su sillón, levanta las dos manos, las palmas juntas, agacha su cabeza, parece que está orando!
- El Kaiser.**—Luz, luz.  
(El Kaiser está en la actitud descrita, tiene aún las manos juntas y parece muy preocupado.)
- El sabio.**—Es suficiente, Majestad.
- El Kaiser.**—¿Va más allá del entendimiento humano! Y es para mí una gran satisfacción el poder premiar a uno de mis súbditos con el más alto símbolo de que puedo disponer. (Se quita de su pecho la orden del Mérito y se la coloca al sabio sobre el pecho). Hay sólo una decoración más alta, es el símbolo del derecho divino, el don del Cielo. Este sólo yo lo poseo.
- El sabio.**—Es para mí el más grande honor de recibir en el día natal de Su Majestad esta gran recompensa.  
(El N.o 241 observa este incidente con siniestra mirada y relinche de sus dientes metálicos.)
- El Kaiser.**—Me maravillo de ver su capacidad, su admirable vista y su oído...  
¿qué distancia puede ver?
- El sabio.**—Majestad, puede ver al enemigo a 30 millas de distancia, puede contar sus cañones, sus caballos...



**El Kaiser.**—Un momento, haré una nueva prueba; Llevo cerca de mi corazón una pequeñísima edición de la Sagrada Biblia; sólo con un fuerte lente se puede leer, es demasiado severa la prueba.

**El sabio.**—Al contrario, Majestad, (tomando la Biblia). Abriré el libro al acaso. (Dirigiéndose al N.º 241 le dice): Leed desde esta página.

**El N.º 241.**—San Mateo, 5 capítulo, verso 4, benditos son los que lloran porque serán confortados. Benditos los pobres de espíritu, porque merecerán el bien en la tierra.

**El Kaiser.** — Tiene razón, estoy al cabo de lo que dice San Mateo... Proseguid:

**El N.º 241.**—Isaias, que significa, que batís mi pueblo y hacéis sufrir a los pobres, dice Jehovah.

**El Kaiser.**—Basta, basta. (El sabio cierra el libro, saluda humildemente al Emperador y le devuelve el libro).

**El Kaiser.**—(Recobrando y guardando el libro). Sus poderes son diabólicos.

Yo deseo experimentar con él solo! Al sabio le ordena retirarse, diciéndole que lo llamará con el hombre).

El Kaiser una vez solo con el N.o 241, baja del sillón, se pasea, da una vuelta al rededor del soldado, meditando).

El Kaiser.—¿Dónde nació Ud?

El 241.—En el sur de Alemania.

El Kaiser.—Su oficio.

El 241.—Fui florista, hacía bouquets, no con estas manos, pero con mis manos naturales.

El Kaiser.—La guerra no es festival florido

El N.o 241.—Aún podría hacer una corona para los muertos.

El Kaiser.—¿No eres agradecido a la ciencia, por los milagros que ha podido producir? Habla.

El N.o 241.—¿Qué debo hablar?

El Kaiser.—Tú eres hombre de nuevo, tú eres otra vez un sér completo.

El N.o 241.—Pero mi corazón está roto, Majestad.

El Kaiser.—¿Por qué?

El N.o 241.—Mi mujer está sola y desamparada, mi prole se muere de hambre.

El Kaiser.—¿Entonces no estás orgulloso de que la ciencia haya encontrado medio de hacerte doblemente valioso para el ejército?

El N.o 241.—Trayéndome dos veces al sacrificio.

El Kaiser.—¿Qué dices, ingrato?

El N.o 241.—Doblando el poder de nuestro ejército, habéis duplicado la miseria humana. (Se acerca con paso firme al Kaiser).

El Kaiser.—¿Te atreves a rebelarte en presencia de tu Emperador?

El N.o 241.—Atrévome, el temor ha desaparecido de mi torturado cuerpo y ha pasado al vuestro. (El N.o 241 se acerca al aparato eléctrico con paso acompasados; el Kaiser busca el sillón, sus ojos saltados.)

El Kaiser.—Arrodíllate y pide perdón a tu Kaiser.

El N.o 241.—Lo que en mí es de acero, no puede doblegarse a ningún mortal. Sólo me arrodillaré ante Dios y le pediré me perdone por lo que pienso hacer. Yo soy la esperanza de la dinastía, pero no soy la esperanza del pueblo. (Abre sus férreos brazos el N.o 241 se acerca y toma el botón eléctrico). El día de tu natalicio será conocido en adelante como el día de tu muerte y por el nacimiento de la libertad. (El N.o 241 rompe el botón eléctrico con su mano de hierro; se hace plena obscuridad. El Kaiser parece en estado de gran agitación, se siente cierto movimiento en el sillón del trono).

El Kaiser.—(Grita con terror): Luz, luz!

El N.o 241.—Yo no necesito luz.

El Kaiser.—Luz, luz.

El N.o 241.—Me has hecho vivir en la obscuridad y ahora tú debes morir en la obscuridad.

El Kaiser.—Merced, merced.

El N.o 241.—No te puede escapar en las sombras; yo te puedo ver, te puedo oír; ven a mis brazos de hierro. No tiembles, anda derecha como un rey que marcha hacia el Rey de los Reyes...

(Se oyen gritos de agonía seguidos de un ruido metálico, el N.o 241 se ha abalanzado sobre el Kaiser, arrojándolo al suelo, donde éste se revuelca en tremenda agonía. El N.o 241 se acerca al botón eléctrico y se hace la luz.)

El N.o 241, de pie, con su equipo completo, mira con arrogancia al Kaiser, que yace en el suelo, sus ojos saltados, en los últimos estertores de la agonía. En este momento entra el sabio que contempla el acontecimiento con terrible expresión.—¿Qué significa esto?—le dice al N.o 241.

El N.o 241.—Alzando su mano derecha al cielo, con un aire diabólico, dice: **Sangre y hierro.**





Foto. Heffer.

Señorita Rebeca Vicuña



Una tragedia en los aires

# La Venganza del Evadido

Por VICTOR L. WHITECHURCH

Traducido para Pacífico Magazine

Ilustración de Gardón.

—¡Oh!—me dijo mi acompañante, mientras con mano temblorosa me cogía por el brazo.—Esto es una cosa que odio...

Estábamos en una parte de la línea férrea situada sobre el nivel del suelo. Era una especie de puentecillo. Nos disponíamos a cruzar la línea cuando sentimos acercarse un tren que estremecía la tierra con su temblor. La poderosa linterna rasgaba las sombras del erépúsculo. Nos detuvimos mientras pasaba como un monstruoso caballo de hierro. Las luces de los vagones se deslizaban como rápidas luciérnagas ante nuestros ojos. Después un remolino de viento pasó arrastrando consigo una nube de polvo. Pronto la luz roja del farolillo trasero se desvaneció en la obscuridad.

—¿Por qué?—pregunté con una sonrisa, al reanudar nuestra marcha.—Supongo que un viejo soldado y ex-guarda de prisiones como Ud. no tiene motivos para sentirse temeroso ante un tren que pasa.

—Ah, señor! Cada hombre tiene sus debilidades; y yo no me avergüenzo de confesar que tengo la mía. Tal vez si Ud. hubiera sufrido el percance que me sucedió a mí, hace cosa de diez años, no se sentiría tan tranquilo cuando un tren expreso pasa a medio metro de Ud.

—¿Entonces tiene Ud. sus razones?

—En efecto, señor. Si Ud. se da la molestia de oírme durante una escasa media hora, le contaré mi aventura.

Le expresé mi resolución de hacerlo. Debo decir, antes de seguir adelante, que hasta aquel momento mi acompañante era para mí un perfecto desconocido. Sólo había permanecido unos cuantos días en aquella pequeña ciudad, Dullminster. Un día que había salido a pescar, sin otra compañía que mi pipa, le conocí. Mientras observaba pensativamente el corcho de mi caña, a orillas del hermoso arroyuelo, vino a situarse

cerca de mí. Como los peces tardaran en picar, entablamos conversación. Al anochecer, llevamos nuestros artefactos y regresamos juntos por los silenciosos campos de Dullminster, que empezaban a cubrirse de sombras. Me relataba episodios de su vida, de los cuales se desprendía que había empezado por pertenecer al ejército, después había sido guarda en el presidio de Dartport, del cual se había retirado sólo unos pocos años antes, para dedicarse a la vida privada, viviendo de pensiones y de sus ahorros en Dullminster, su tierra natal.

A un centenar de metros, pasado el puentecillo del ferrocarril, nos detuvimos a la puerta de una casita de los suburbios de la ciudad.

—Entre, señor,—me dijo el viejo.—Yo las tengo todas conmigo, como que soy ya un solterón. Entre, y si Ud. gusta nos serviremos una tacita de té, mientras salgo con mi historia.

Era un anochecer frío del otoño y el fuego resplandeciente y las humeantes tazas tenían un aspecto tentador. De tal manera acepté gustoso la invitación. Cuando estuvimos cómodamente instalados, dijo:

—Como Ud. comprenderá, en Dartport teníamos competentes cuidadores. Los hoteles privados de Su Majestad el Rey, reciben toda clase de gente, cuyas prendas personales son difíciles de avaluar. Uno de estos pájaro de cuenta, que siempre recordaré, era cierto presidiario, que llamaré por su número: el 36. Estaba allí a consecuencias de un largo proceso. En realidad, según he podido saber, todavía se encuentra recluso; aunque si se hubieran podido acumular más pruebas de sus crímenes, su prisión habría durado menos; porque el patíbulo le habría librado para siempre de las cuatro paredes de un calabozo en cambio de las cuatro tablas de un ataúd. Pero esto no sucedió.

Desde el primer momento tuve la certidumbre de que era el preso más peligroso; no sólo por su gigantesca estatura y su fuerza prodigiosa, sino por algo de siniestro y fatídico que revelaba su mirada. No estaba equivocado. Su conducta era la del más redomado bruto. Pronto tuvo por mí un odio reconcentrado; pues siempre fui severo con él y, por causa mía, se llevó los primeros castigos. Una noche que entré a su calabozo, rompiendo la estricta orden de silencio que se le había impuesto, gruñó:

—Diablo de verdugo, te mataré con gusto el día que te encuentres a mi alcance.

Era una amenaza que había oído más de una vez y entonces no me infundió temor; aunque tuve razón para recordarme de ella tiempo después.

Pasaron dos años y el 36 no demostraba señales de corrección. Tenía una contextura maravillosa y el escaso alimento de la prisión parecía no causarle la menor disminución en sus fuerzas. Tenía que resguardarse con más diligencia que a los otros, porque su espíritu maldadoso se manifestaba en todas partes y con todas las personas. Por último, al concluir el verano del año de que estoy hablando, su conducta cambió notablemente y se convirtió en sumiso y tratable. Yo seguí desconfiando de él, sin embargo, no pudiendo allanarme a creer en su conversión. Tampoco me equivoqué esta vez. Una tarde, al llegar la noche, una neblina repentina empezó a cubrir la tierra, y a favor de ella el preso número 36 atacó al centinela más próximo y huyó a través de un forado que con sus fuerzas musculosas practicó. La alarma fué dada por las detonaciones de los rifles de los guardas que disparaban sobre él.

Inmediatamente se preparó un destacamento para perseguirlo; pero, de tal manera logró despistar a sus perseguidores, que pronto había ganado una considerable ventaja. Más entrada la noche se encontró a un pobre anciano golpeado y medio desnudo, como a unas dos millas de la prisión, el cual dijo haber sido asaltado por el número 36 y despojado de sus vestiduras por él. De esta manera el asunto se complicaba aún más.

Entre nueve y diez de la noche, en compañía de otros de los de la partida, hacía-

mos alto a la orilla de la línea férrea. Era la línea principal del Ferrocarril Sud-Oeste, que corre a través de los desolados campos de Dartport. Estábamos a unas cinco o seis millas de la prisión. Nuestro jefe dijo:

—Creo que sería conveniente llegar hasta la estación de Westmoor.

En esos momentos nos encontraríamos a unas dos millas de Westmoor. Yo repliqué:

—No sería raro que se encontrara por esas inmediaciones esperando la pasada de algún tren; sin embargo, me parece que debe estar huyendo hacia el norte. Es más factible.

—Bien, Davis,—dijo mi jefe después de un momento de meditación.—Entonces lo mejor que puede hacer Ud. es encaminarse hacia Westwood. Nosotros seguiremos para Hartwell. ¿Qué le parece?

—Haré lo que Ud. me diga,—contesté.—Por mi parte sería de opinión que nos fuéramos de acuerdo con el jefe de estación.

—Muy bien. Mientras tanto, Davis, puede empezar su cometido, sin dilación.

Así, pues, me puse en camino a lo largo de la línea. Era una noche obscurísima, aunque la neblina había cedido un poco, y me fué difícil dar con un buen camino. Caminaba entre la doble vía, de manera de evitar el peligro por si algún tren acertaba a pasar en aquellos momentos. Tuve la mala ocurrencia de echarme el rifle a la espalda para dejar libres las manos que se me empezaban a entumecer.

Al haber recorrido cosa de una milla me bajaron unas ganas irresistibles de echar unas bocanadas de humo. No había fumado en todo el día y, si Ud. es fumador, puede imaginarse la falta que me haría. Saqué mi tabaquera, llené la pipa y me registré los bolsillos en busca de fósforos. Encontré uno solo. Soplaba un vienteillo maldito y no me quería arriesgar a perder la preciosa cerilla. Busqué ansiosamente un lugar apropiado para repararme del viento y divisé en medio de la obscuridad, al lado de la línea, una pequeña casucha de madera. Arriándome a ella encendí el fósforo, y estaba a punto de aplicarlo a mi pipa, cuando me afirmé despreocupadamente en la puerta de la casucha. Esta se abrió bruscamente y me precipité de espaldas en tierra. Antes que pudiera reponerme de la impresión de



En aquel momento algo brillante se deslizó de mis bolsillos, y cayó al suelo produciendo un ruido metálico.

—Bien; bien,—dijo el número 36 apoderándose de él.—Supongo que estas esposas eran para mí. Quizás estén mejor en tus muñecas. De todas maneras, veremos. Pero, como no tenemos a mano un calabozo digno de tí buscaremos donde tenerte bien seguro. ¿Oyes?

la caída, a la escasa luz de un farolillo, descubrí la odiada figura del número 36 que se precipitaba sobre mí.

Me oprimía el pecho con las rodillas, sofocándome la garganta con ambas manos. Había procedido con tanta rapidez que no tuve tiempo ni para pensar en defenderme. Cuando comprendí mi situación estaba completamente inmovilizado. Inútilmente hice esfuerzos para libertarme de sus garras.

—¡Ah!—exclamó echando una maldición. —¡Eras tú! Tengo viejas cuentas que arreglar contigo. Nunca pensé que te iba a pescar tan oportunamente.

—¡Eres un perfecto bruto!—le contesté con despecho, tratando de zafarme.

—No hagas tantas fuerzas, mi querido guarda. Los papeles se han cambiado. Ahora eres tú mi prisionero.

Venciendo con sus fuerzas mi resistencia desesperada me arrastró hacia la línea. Me volvió a colocar las rodillas sobre el pecho y me obligó a pasar una de mis manos bajo unos de los rieles, entre el espacio que dejaban los durmientes. En seguida, colocó mi mano izquierda sobre el riel. Oí el ruido seco que hicieron las esposas al cerrarse, aprisionándome ambas muñecas. Comprendí mi horrible situación. Estaba maniatado a la línea del ferrocarril.

El número 36 se alzó de un salto. Estaba lleno de júbilo. Me registró los bolsillos y, encontrando la llavecilla de las esposas, concluyó de remacharlas.

—¡Eh, badulaque! ¿Te moverás ahora? —gruñó.—Podría romperte el cráneo como una cáscara; pero no quiero hacerte daño. ¡Oh, no! Eso se lo dejaré al tren expre-

so... ¿Entiendes? Si pasa a la hora de costumbre, llegará por aquí como a las once. Me da en la cabeza que algo encontrará esta noche en su camino. ¡Ah! Voy a asegurarte un poquito más.

Entró a la caseta de madera y reapareció en seguida trayendo un pedazo de cuerda. Sin duda que ántes había reparado en ella.

—Te sentirás un poco más cómodo si te amarro también los pies. ¡Eh!

Lleno de horror me di cuenta de que me ataba la cuerda al pie izquierdo y, pasándola por debajo del otro riel, sujetaba el extremo libre alrededor del tobillo de mi pie derecho. Estaba atravesado, fuertemente sujeto a la línea del ferrocarril. Una muerte horrorosa me esperaba, desechada toda esperanza de salvación. El bellaco no había concluido todavía.

—Se me olvidaba un detalle,—dijo.—Te amarraré también la boca. Si quieres rezar, que hartó lo necesitas en este momento, puedes hacerlo perfectamente con un inocente bozal.

Introdujo un pedazo de mi pañuelo en la boca, atándomela en seguida con un trozo de cuerda. Después me vació los bolsillos.

—Ya no se me olvida nada. Bien. Pondremos cuidado. No quiero que me juegues una mala pasada. Poco me equivocaría al asegurar que tienes una profunda satisfacción por haber facilitado mi huida. Y ahora, pedazo de alcornoque, ¡buenas noches! Una vez te dije que tu muerte me pertenecía; pero, ¡voto a Dios!, que no creía que fuera tan pronto. Acuérdate: verás aproximarse la linterna del expreso sobre ti... sentirás el traqueteo del tren aumentando por momentos... ¡Ah! Es una buena venganza; ¿no te parece? De buenas ganas me quedara para verlo, si pudiera; pero, lástima grande, el tiempo no me alcanza. ¡Buenas noches, Davis! Maldito seas...

En seguida partió en dirección a Westmoor, no sin haberme propinado un soberbio puntapié. Vi desaparecer en la obscuridad su bulto enorme y fatídico y pude oír durante algunos minutos el ruido de sus pasos. No me cabía duda que desde un principio se había encaminado a Westmoor para pescar allí el primer tren que pasara.

Mi situación era realmente terrible. El tren expreso debía pasar a las once por

Westmoor. Eran las diez y media, más o menos. Sólo me separaba de la muerte una escasa media hora. Después de unos minutos traté de pensar. ¿Qué podía hacer? ¡Sí! ¡Algo! Con un esfuerzo traté de alcanzar mi mordaza. Estiré la cabeza cuanto pude sobre el riel, y después de un momento, con mis manos encadenadas, logré arrancarme el bozal. Ya fué un descanso; pero muy pequeño. Luego comprendí que mis gritos más desesperados se perderían en la soledad que me rodeaba. Libertar mis manos era imposible; quizás los pies... Empecé a forcejear y descubrí que el bellaco había dado con la cuerda sólo una vuelta alrededor del riel, de tal manera que haciendo un movimiento alternativo con las piernas se establecía un roce continuo con la pestañas del riel. Con toda la energía que me prestaba la desesperación empecé a trabajar para gastar la cuerda.

Trascurriría tal vez una media hora de incansante actividad. Estaba extenuado, desfalleciente, abatido. La cuerda resistía aún. Pero sentía que se hacía débil por momentos. El roce con la pestaña del riel la adelgazaba. Mis esfuerzos por libertarme eran sobrehumanos; pero fatalmente la cuerda era firme y parecía querer retenerme para siempre.

¡Un pitazo! Apenas perceptible en la distancia; pero yo sabía bien lo que significaba. El expreso se acercaba a la estación de Westmoor!... Un nuevo esfuerzo!... Aún resistía... Entonces empecé a sentir un ruido aterrador que crecía. Tal vez a media milla de distancia... Ya podía ver el destello débil de la linterna del tren. Un impulso desesperado!... Me cogí con ambas manos al riel cercano, y brazos y piernas se me crisparon en la más horrible tensión. Cada músculo del cuerpo se transformó en el más duro resorte de acero. ¡Ah! La cuerda se rompió y mis pies quedaron libres...

No había un momento que perder. El tren estaría a un cuarto de milla y en veinte segundos, encima de mí. Un hombre desesperado hace prodigios con el tiempo. De un rápido movimiento lancé las piernas hacia afuera de los rieles; de tal manera que mi brazo izquierdo quedaba debajo y el derecho sobre el riel. Traté de separarme cuan-



to fuera posible y coloqué las manos de modo que la corta cadena que las unía quedara sobre el trozo de acero que debía soportar el paso de las ruedas.

Como un trueno el expreso estuvo sobre mí. Creí que mis manos eran brutalmente arrancadas de las muñecas. Me cogió el pensamiento que no estaba bastante fuera de peligro y lancé más afuera el cuerpo.

La pasada de aquel tren horroroso me pareció que duraba una hora. Rueda tras rueda pasaban rozándome la cara con un crujido espantoso. Por fin, la luz rojiza del farol trasero y una oleada de aire en movimiento me dieron a entender que el último vagón había pasado. Durante cinco minutos permanecí enteramente inmóvil; hasta que descubrí que las manos estaban completamente libres. No me animaba a abrigar ni una alentadora esperanza. Me parecía un sueño encontrarme vivo. Hice un movimiento tímido. ¡Sí! ¡Estaba libre y estaba salvo! El pesado tren había roto la cadena que unía mis manos, y, sin contar las sangrantes heridas de las muñecas, no tenía un rasguño.

Para abreviar, señor. Me incorporé teniendo el corazón lleno de un profundo reconocimiento hacia la Providencia. Mi debilidad y mi nerviosidad eran tremendas. Pero inmediatamente se posesionó de mí el deseo de capturar al desalmado que me había expuesto a una muerte tan horrible. Mi rifle estaba allí, cerca de mí.

Desfallecido como me encontraba emprendí el camino hacia Westmoor. Un tren de carga que pasaba en aquellos momentos me llenó de terror. Ud. se dará cuenta de mi estado nervioso. Sólo cuando el último rumor se había desvanecido en la distancia, volví a reanudar mi marcha.

Por fin, llegué a la estación. Todo estaba silencioso. Las oficinas cerradas y el andén desierto. El mismo tren de mercadería se hallaba cambiando línea, preparándose para seguir viaje a Londres.

Acababan de desenganchar tres o cuatro carros, llenos de carga y cubiertos de carpas impermeables. Tuve un estremecimiento de gozo al descubrir al número 36, agazapado entre el tumulto de equipajes. Me

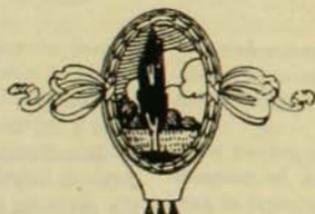
detuve y observé, sonriendo, cómo buscaba un sitio a salvo de indiscretas miradas.

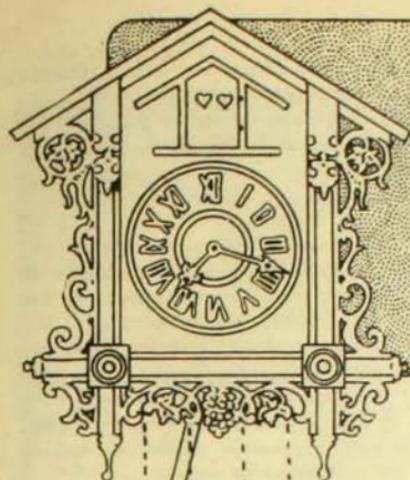
Me dirigí al maquinista y le expliqué la cuestión. Este, un par de palanqueros y yo, rodeamos el furgón, procediendo rápidos y decididos. Pocos minutos después, el número 36 se encontraba reducido a la impotencia teniendo sobre el pecho la boca del rifle del que él ya consideraba cadáver. Y

así terminó aquella espeluznante aventura..

Por supuesto que su castigo ha sido severo y ejemplar; quizás no tan doloroso como la impresión que, por su causa, sufrí.

Ahora comprenderá Ud. si tengo o no razón para estremecerme cuando un tren expreso pasa por mi lado como una exhalación.

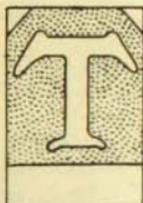




# La muerte del CUCLILLO

POR  
MARIANO   
 LATORRE

ILUSTRACIONES DE O. GEORGI



ENIA un nombre romántico, un nombre de leyenda alemana; Hertha; y en honor de la verdad debemos confesar que era romántica; romanticismo tumultuoso, sin fundamento en la realidad, que se fundía suavemente en los ojos azules de oriente clarísimo. Las novelas de Sudermann y los versos de Heine llenaron de rayos de luna y de imposibles amo-

res aquella cabecita pequeña, sentimental, que un blondo desorden de rizos aureolaba graciosamente. Hertha era hija de un cervecero, un inmigrante de la Pomerania que tozudamente había llegado a montar su pequeña fábrica y amontonar su pequeña fortuna. No hay que pensar, sin embargo, que el romanticismo de una chica alemana se parezca al de una chilena. Esta es cuestión de espíritu y el espíritu es cosa que nada tiene que ver con el cuerpo. Quiero decir que Hertha no dejaba, por ser romántica, de baldear la casa y ayudar a su madre en la comida y revolver los fondos donde hierve, con vago bordonero, el gluten oloroso de la cebada en fermentación. Tampoco dejaba de colocar todos los días las rojas manzanas veteadas o las doradas candelarias, tras los vidrios del pequeño salón, para indicar a los transeúntes que allí se venden las frutas del huerto. Ah! me olvidaba! Hertha era también la encargada de dar cuerda al viejo reloj de pesas.

herencia de la familia, que de un rincón de la vieja Germania había llegado al comedor de una casa de Valdivia. Allí, colgado entre un versículo de la Biblia o una sentencia doméstica y un retrato del Kaiser, el viejo reloj palpitaba como el alma de una tradición secular. A cada hora, con exótico rumboreo, cantaba cú cú y la selva negra y los siervos legendarios o el faisán aristocrático o simplemente la hojarasca de la clásica

encina, toda una escena de caza, salía de la cajuela barnizada del viejo reloj de pino como de un cuento de Auerbach o del morral con flecos de don Otto, colgado de una percha en el pasadizo.

Hertha pasaba suavemente un paño por las molduras dibujadas de las maderas. Se había compenetrado con el alma del reloj que representaba para ella la patria lejana de sus padres y de las heroínas complicadas de las novelas de Sudermann. De pequeña, aquellas notas roneas, oscuras, y aquel pajarillo que se acercaba al borde del reloj, tallado alfeizar de una ventanita aldeana, la llenaban de miedo. Después supo que aquel era el alma de los bosques de pinos, la voz de la selva negra, el pájaro cuyo canto, oliente a hojas húmedas, había aprovechado Beethoven en los acordes bravíos de su sinfonía pastoral. Más tarde el *cú cú* invariable rimó con los latidos de su corazón: fué entonces cuando se avergonzó un poco del vientre de su padre, un barril de cerveza, como decía con grandes carcajadas don Rodolfo Manns, amigo de la casa y de las manzanitas coloradas tras las ventanas, tan rojas como las frescas mejillas de la jovencita o tan doradas como los bigotazos amarillos de don Otto, porque Hertha tampoco era romántica en este sentido. Las heroínas pálidas, dolorosas, agobiadas de desgracias por un destino misterioso, no se parecían a su carita redonda, que una pelusilla de oro suavizaba dulcemente. Hertha amaba. Amaba locamente a un almirante tenientito de la guarnición. Un monigote de cabeza crespa que se instalaba en la esquina o se acercaba a la ventanita de las manzanas. La madre de Hertha se dio cuenta que las pomas bien olientes del muestrario desaparecían por obra de encantamiento. ¿Qué tenía de extraño, por lo demás, que los jóvenes mordisqueasen la fruta mitológica que, desde el paraíso, es la fruta del amor? El *cú cú* avisaba también el momento de la despedida. Resonaba en la casa la voz baritonal de don Otto:

—Hertha, machen Sie die Pnuegta auf!

En su alemán sapirado de castellano, esto quería decir que el pedazo de enchano debía llevarse al pequeño comedor que olía a salechihones ahumados o al aroma nutritivo del pan negro hecho por las propias manos de doña Elsa: en un jarro de greda, de

historiados relieves, frente al plato de don Otto, espumaba la fresca malta de la casa.

## II

Hertha se casó pocos meses después con el teniente Valladares. Ante el consejo de familia se encastilló en muda decisión. Los botones del teniente habían obrado el milagro: ella no pesaba el carácter de su novio. Sustentaba, en forma instintiva, la idea de que un militar no podía ser un hombre como los demás. Y cuando don Rodolfo Manns, llamado ante el consejo doméstico, insinuó (esta vez extrañamente serio):

—Aber, Hertha, hier no es como allá,—la niña sonrió incrédulamente, con esa obstinación irreflexiva de la mujer enamorada.

Don Otto había dado un formidable golpe en la mesa (era a la hoja clásica del almuerzo):

—Entonces, cástate con él. ¡Zum Teufel nochmal!

Y tras esta determinación, un silencio embarazoso gravitó sobre el pequeño comedor: un silencio en el cual se fué acentuando el tic tac del reloj hasta que la caja crujió con vibrante sonaje de resortes y el pajarillo, agitando sus alitas mecánicas, anunció la una con su gritito seco, en todo semejante a un papirote en la tabla armoniosa de un violoncelo.

La cabeza de gruesas facciones de don Otto, con sus bigotazos manchados por la nicotina de los puros, fué girando hacia el armatoste y sólo Dios sabe qué cúmulo de recuerdos, musicales como un soplo de aire entre el ramaje de un pino, pasó por su sólido cerebro de germano. Dios y la pobre señora Elsa que, en treinta años de contacto matrimonial, había clasificado maravillosamente, con la paciencia con que un cortijero selecciona los granos para la semilla, todas las ideas de su marido: las poéticas, sobre todo después de su viaje a Chile, las guerreras (don Otto era cabo de un regimiento de húsares) y las amorosas... éstas muy ligadas con las gastronómicas. (Salechihones, Eisbeim humeante, Sauerkraut salpimentado, cerveza!)

Don Otto miraba al reloj, que representaba, no sólo su pasado en la lejana provincia germánica, sino su patria, el olor de la



resina en los pinares, la población pintoresca en que cada brizna de paja tiene su significación y su importancia. Aquel reloj no era solamente un adminículo anticuado que se conserva por amor a la tradición; era el lazo único del pasado que venía en ese momento a romperse como si la vieja cuerda hubiera hecho crac de improviso, con el matrimonio de su Hertha. Esas tablas barnizadas recordábale al carpintero Brandt, que cantando aires populares con su gruesa voz de bajo, cepillaba cuidadosamente las valiosas tablillas de pino, eran sus escapadas de muchacho al negror de las umbrías donde en las primaveras olorosas el cuclillo perezoso repartía sus huevos en los nidos de los otros pájaros: gríto lejano y perdido en una selva europea que ya no veía y que resonó muy cerca en ese instante paralizando la masticación en sus formidables mandíbulas de hombre sano.

Veía el viejo que en la libre América el cuclillo no representaba nada: en las selvas vírgenes del Chile austral no había cuclillos ni pinos sombríos de cuyas maderas se hiciesen relojes en que un pajarillo anunciase la hora, ni se esculpían escenas de caza en las maderas olorosas. En los gualves huraños donde se podrían los follajes de los robles, no existía sino el chucaso agorero de los indios o la careajada plebeya de la gallareta entre la música de los pajonales.

Era imposible prolongar la tradición en este país donde había hombrecitos crespos que se comían las manzanas cuidadosamente cultivadas por sus manos pacienzudas de hombre del Norte. La manzana, en esta reflexión era un símbolo, porque don Otto quería referirse a su hija y a su fortuna que, nacida de una carretilla de mano y de un fondo de cobre, terminaba en una bodega de bruñidos lagares y en un chalecito de tablas por cuyos balcones se enredaba, en las primaveras, la fresca hojarasca de alguna trepadora.

Hertha, roja como la salsichicha jugosa adormilada en su urna de vidrio, en el vasar adosado al muro, no separaba sus ojos azules, llorosos, del plato colocado frente a ella mientras su pecho robusto se henchía y se deshinchía con elástica violencia: nunca tuvo mayor justificación que en aquel momento la frase del novelista francés cuan-

do asegurara del seno de la mujer que era la curva envoltura de su propio corazón.

Bruscamente, presa de una vergüenza que no tenía fin, la muchacha levantóse de la mesa sin mirar a sus padres. Don Otto tornóse mudo, con el tenedor en alto, apoyado en la mesa y toda llena de asombro su cara roja, cual si un soplo súbito la hubiera petrificado, viendo este ex-abrupto de su hija en el que creía adivinar alguna ancestral reminiscencia con una abuela romántica, escapada del hogar y perdida en Berlín...

—Zum Teufel nochmal. ¡Ist dieselbe, dieselbe...!

Y su estupefacción habría continuado si no oyera de nuevo al cú cú que daba las dos, iluminándose con el capricho de una rayola de luz que se deslizó por la juntura de las persianas: en el patio, un cerezo se enajaba de la olorosa nieve de sus florecillas tempraneras y al salir a la puerta de calle, un martilleo de astilleros se esparció por el aire tenue de la primavera, empapado de luces livianas y temblorosas.

### III

A los dos meses de casada, Hertha tuvo que salir de Valdivia. Su marido, el teniente crespo, fué trasladado a un regimiento de Santiago y allá se fué la rubita sentimental, adolorida y triste. Nunca había salido de la bella ciudad austral y de su ambiente casi germánico, sino para veranear en Corral o en alguna de esas granjas de los amigos de su padre que se miran en el agua verdegra del Angachilla o del Cruces. Irían a casa de su suegra: una señorona chilena, chañatana y beata, que no cesaba de hablar de sus antepasados de la colonia: unos caballeros rígidos que tomaban mate y oían misa todos los días. Hertha se los figuraba como aquellos chilenos de Valdivia del año 48 de que hablaban los amigos de su padre que, envueltos en sus capas españolas, perdían el tiempo en las esquinas o comiendo asados al palo en las umbrías de la isla Teja. Señorones espetados que miraban despectivamente a aquellos gigantes rubios, recién llegados en el buque de Pérez Rosales, y que debían desplazarlos, sin embargo, en un futuro cercano. Ella iba a hacer un raro con-



El Gemütlich Germano, con su aroma de tradición.

traste entre aquellas gentes centrinas: un canario en una bandada de tordos, decía riendo su suegra cuando la veía tan rubia, casi albina, con su cuerpo firme y sus mejillas saludables que la sangre sonrosaba. En Santiago, conoció mejor a su marido. El hombrecito de los crespos, con sus levitas impecables y su sable reluciente era un pobre diablo de una frivolidad de hielo: un perfecto egoísta, sin corazón ni ternura; y aquella mujercita mansurróna, trabajadora, ignorante, no representaba nada en su vida. Hertha fué sencillamente el medio de procurarse los pesos del viejo Schuster. Era un matrimonio más, otra unión infructuosa entre dos razas antagónicas que se miran frente a frente con visible hostilidad, sin irse

a las manos. Era la engañosa mentira del sexo entre las románticas Gretchen que creen casarse con un *Leutenant* del imperio y el de los tenientitos sin porvenir que salen de apuros con los pesos de los comerciantes alemanes. En la casa chilena, desmantelada y pobre como un campamento, no hay calor de hogar: el *gemütlich* germano, con su aroma de tradición no puede vivir en la desnudez de las paredes, en el hielo de la falta de unión. El marido y los hijos viven en la calle: allí es donde la vida colectiva adquiere verdadera importancia. El hogar alemán es el fundamento de la vida social: cada cuadro, cada mueble, recuerda algún rasgo de la vida colectiva y el salchichón que en rodajitas de plateados bordes se coloca

sobre la porosa carne del pan moreno es el cerdo cebado durante el verano, como el cuco de esculpido pino, es el bosque misterioso del Rhin que cantara Auerbach; es la casita del guardabosque en cuyo ángulo diestro canta el cuclillo sus dos notas sordas, anunciadoras de los brotes vernaes, notas inarmónicas, pero a las cuales los siglos han dado un poético lampo de belleza: el *cúcú* se ha vuelto profundamente musical en esas almas cargadas de leyenda como las notas en la vieja caja de un Stradivarius.

La tristesca no la había sentido nunca la robusta niña: allí empezó a florecer en su alma una nostalgia incurable. Su pequeña casa, limpia, fresca, con sus cortinajes rameados y su olor, a cerveza y a moreillas, producíale en el corazón un torcedor casi físico. Todo era allí extraño para ella: las personas, los muebles cargados de polvo, la alimentación insuficiente, mal cocida en una desvencijada cocina económica. El reloj de cuco era su único acompañante. Fué, en realidad, una buena ocurrencia la de su padre el encajonarle el viejo reloj en su equipaje. Aún oye sus palabras, graves, beatíficas, como las del pastor Schilling, en la capilla luterana:

—Die Uhr gehört Dir, Hertha, ebenso wie sie mir gehört, hat, wie ich mich verheiratet habe. (El reloj te pertenece, Hertha, como me perteneció a mí, cuando me casé).

Y su madre llorosa entregábase al mismo tiempo, envuelto en un ejemplar de la *Deutsche Presse* el cuadrito donde con grandes letras góticas, de rojas capitales estilizadas, que sus manos bordaron en la paz de la aldea renana, se leía: ¡*Mein Heim ist meine Welt!* ¡Mi hogar es mi mundo! Desprendíase tan grato ensueño de paz de la sencilla frase! Mi hogar actual es mi tristeza, mi dolor! No compensaba el uniforme dorado la ausencia de ternura, de afecto, de que estaba ávida su alma sencilla de heroína de Suddermann. Recordaba a su novio alemán, el comerciante Schumacher, rígido, recio, con su calañés verde y sus pantalones ajustados, dirigiendo los bailes del Club Alemán como si las parejas fuesen compañías de reclutas. No era decorativo el pobre Kurt Schumacher y gustaba demasiado de la malta blanca de su padre, pero, seguramente, era hombre de hogar y no insultaría a su mujer por fú-

tiles motivos, para ocultar el remordimiento de una vida sin horizonte.

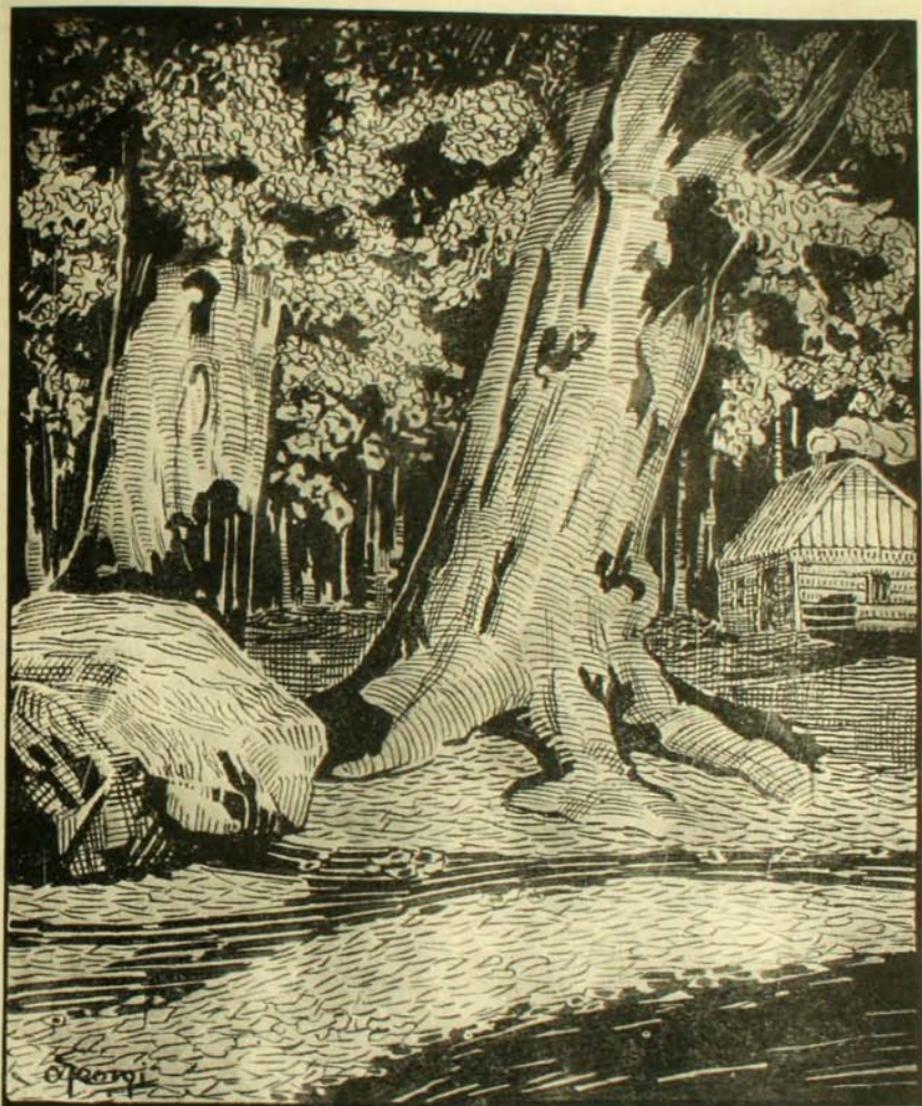
## IV

La vida de Hertha se hizo insoportable al cabo de algún tiempo, en su nueva casa. Cuando todos se convencieron de que el dinero esperado no llegaba y si llegaba era a la muerte del viejo Schuster, que la novia alemana pescada por el tenientito crespo no traía ningún alivio pecuniario a la familia, el lenguaje de la suegra no tuvo disimulo. Sus frases eran sarcásticas, crueles, aguzadas por el estómago vacío y por la práctica del chismorre con las vecinas y beatas que se juntaban todos los días en la pequeña iglesia del barrio. Si llegaba un cajón de manzanas o algunas botellas de sabrosa chicha, sonreíase la vieja, pero apenas la última poma había desaparecido y se botaba en un rincón la última botella, murmuraba con su vocecilla agria, a una negativa de dinero del hijo botarate:

—No valía la pena casarse por un cajón de manzanas y unas botellas de chicha.

Se dió cuenta con profundo asombro de la vida vergonzante de aquella gente que enviaba al montepío hasta las frazadas de las camas para seguir la serie de la **Mano que aprieta** o de la **Casa del Odio**. Allí se enteró de que el hombrecillo crespo que la ayudaba a comer las manzanas de la ventana paterna había entrado a la carrera militar por haber fracasado en la vida: era el último recurso a que acudía aquel pequeño monigote decorativo, presa de un ansia desmedida de goces materiales y de vida ociosa. Valladares era el producto genuino del hogar chileno, sin tradición ni colorido, sin ideal ni finalidad alguna: naturaleza primaria apenas desbastada por el Liceo, que no representa nada ni nada deja en los niños que pasan por él. Las cantinas y las hembras fáciles fueron, probablemente, las que dejaron en su vida la huella más duradera: habían cogido el lado malo del hombre, ya que el nogar y el colegio no pudieron despertar los buenos instintos.

Tenía razón don Rodolfo Manns cuando pensaba que **allá** no es como **aquí**. Allí el ejército es un poder social, constituido para eso: aquí un teniente no es más que un se-



El cuco de esculpido pino, es el bosque misterioso que cantara Auerbach.

ñor cualquiera, que ha resuelto el problema de la vida con un sable y media docena de botones.

Bien veía la pequeña germana que el resorto estaba roto, que aquella vida debía terminar tarde o temprano. En esta casa no se enceraban los pisos ni se lavaba la cocina.

Todo estaba botado y sucio, menos el pequeño salón, de lacios cortinajes blancos, donde la señora de Valladares recibía a sus amistades, que venían a conocer a la nuera valdiviana, a la ricachona que el pequeño se había traído del Sur; y las viejas señoras de la clase media santiaguina, arrugadas e

insignificantes, con sus tocas de espumilla y sus rebozos tejidos, mirábanla con extrañeza, como un animalucho raro exhibido en un circo.

—Es muy corta la pobre, decía la suegra para disculparla; no tiene sociedad, agregaba, al notar que su nuera se coloreaba ingenuamente cuando le dirigían la palabra.

¡Qué lejana estaba su casita blanca, risueña, con el aroma sabroso de la cebada en fermentación, el aire claro de Valdivia y el jadeo asmático de la fábrica de cerveza de los Adwänder. ¿No volvería a verla más?

Y luego, con violento impulso, se iba al comedor a subir las pesas del reloj imaginándose que su padre estallaría en **Tenfel und Donner** si no oía la voz del cuco.

—Unsere Kuckuckuhr ist seiden gegangen bis zum Tod des Grossvaters. (Este no ha dejado nunca de andar, salvo cuando murió tu abuelo), decía don Otto; y una sombra de tristeza pasaba por el azul claro de sus ojos al recuerdo de aquella ascendiente casquivana.

¡Qué miedo habría sido el suyo si su único amigo hubiera dejado de cantar las horas por un descuido de su nueva vida! Delicadamente suspendía las pesas para dar la cuerda y cuando el pajarillo se agitaba en la cajuela, abriendo sus toscas ailllas y su piquito, semejante a un pichón voraz en el hueco del nido, le sonreía suavemente como si el cuclillo se lo agradeciera. Alargaba su mano regordeta hasta el cuadradito oscuro y temerosa de romper algún oculto resorte, pasaba sus dedos por el plumaje pintado del pajarillo de madera! Hablábale cariñosamente, quería tal vez que el cuclillo la entendiese para significarle que si su suegra había encontrado ridículo su canto, para ella tenía una amable belleza. Si no oyera la voz del pajarillo se imaginara que todo estaba ya perdido. En sus noches solas, tristes, insomnes, si oía desde su cuarto el grito del pájaro y el gangoso crispamiento de resortes que lo precedía, dormíase tranquila imaginándose que, como en su casita, sentiría las carcajadas de los buenos alemanes que, en el aniversario del Kaiser, después de beberse un barril de cerveza, cantaban coros guerreros, arrojando las botellas vacías debajo de la mesa, con un estrépito de mil demonios,

que terminaba en un sueño pesado que no influiría, de seguro, ni en su vida ni en sus negocios.

## V

Las disputas en casa del teniente se sucedían con mucha frecuencia. Eran disputas violentas, increíbles, entre una madre y un hijo, por cuestiones de dinero. La voz incisiva de la vieja predominaba casi siempre, hasta que Valladares daba un portazo y se iba a la calle sin volver en cinco días. En estas peleas intervenía casi siempre la única sirvienta de la casa: una vieja sucia que rezongaba todo el día entre los cacharros viejos de su cocina. La **Petra** miraba con malos ojos a Hertha:

—Gringa agarrá, no más! mascullaba.

La cocinera esperaba también, como la suegra y el teniente que la muchacha sacaría a la familia de apuros. Era su esperanza pagarse de los sueldos que la familia le adeudaba con el oro del sur, como lo decía en sus cartas el patroncito nuevo; pero si la **gringa** era para la vieja motivo de rencor, el reloj de cuco y su grito exótico, llenábanla de odio salvaje. Aquel reloj que ella no había visto nunca y aquel pajarraco que se asomaba a la ventana decorada para anunciar las horas, no podía sino ser obra del demonio. Nunca se aventuraba sola la vieja en el comedor cuando el cuco cantaba; y mientras ponía la mesa o sacudía el mantel, miraba torvamente la marcha serena de su **tic tac** que saboreaba los minutos de la vida de su ama, alerta implacable de la tradición, aún en la desdicha.

Una tarde que en su habitación escribía con lápiz una carta a su madre, (en aquella casa no había tintero; cuando se escribía pedíase la tinta en el despacho de la esquina), sintió el ruido característico de una discusión. El último rasgo gótico de su letra alemana quedó sin concluir, porque las voces se alzaron repentinamente con agresiva amenaza.

Sin saber por qué presentía que era ese un momento decisivo: en el fondo de su corazón había resuelto sacrificarlo todo y volver a su casa. Imaginábase que su matrimonio era una enfermedad en la que su vida había pe-



Y tienes a tu madre muerta de hambre.

ligrado y que sana, regenerada, volvía dulcemente a la realidad, en el ensueño suave de una convalecencia.

La voz de su suegra se elevó súbitamente, aguda, vibrante de rabia:

—Te remueles la plata con el Naranja; y

tienes a tu madre muerta de hambre... Ya no tengo qué empeñar para el gasto...

Valladares se defendía torpemente:

—Tuve que pagar una cuenta en el Casino

—Sí, sí; y también el dinero del anillito de tu mujer!

Había intervenido la vieja Petra en la discusión:

—Yo no estoy más, aquí, tampoco... Ese pájaro es el diablo que tre malura. Caa vez que grita se me cae un'olla.

Y como la vieja insistía tercamente, interrumpiendo su discusión, la señora de Valladares la increpó, con áspera sorna:

—Mátalo, entonces, bruta...

Hertha tembló al oír esto: un vuelco súbito en el corazón sintió que detenía su vida. Quedóse helada, inmóvil, crispados los dedos que apretaban la dura madera del lápiz en espera de lo que debía pasar. La pérdida de ese anillo, regalo único de su marido, no la afligía. Cuando las voces callaron, creyó oír risas y el rezongo de la vieja que atravesaba el patiecillo embaldosado y entraba en la cocina. ¿Habría muerto al pajarillo? En medio de su inquietud, reíase de esta ingenuidad, pero su desazón era casi un dolor físico que se localizaba en el lado izquierdo, con aguda punzada. Fué hacia el comedor precavidamente y tuvo que apoyarse en la pared para no caer. El reloj se había detenido y en el fondo oscuro del ventanillo no se veía la manchita grisácea del cuclillo. La mano sucia de la Petra había roto impíamente el curso ininterrumpido de la tradición. Comprendió entonces su error: ella era la culpable de que el hogar de su padre hubiera muerto prosaicamente en aquel rincón de la capital de Chile; ella, como su abuela paterna, había destruido la tradición con la violencia voluntariosa de su amor. Se acercó al reloj y movió las pesas. Bruscamente la máquina comenzó a funcionar. Una alegría loca la invadió. El reloj no estaba muerto, aunque el cuclillo hubiera desaparecido. Imaginábase que el pájaro, aburrido de su prisión, había volado lejos como sus congéneres al llegar el invierno, a los bosques negros de la Pomerania, en busca de los nidos donde colocaba sus huevos de contrabando. Se decidió de improviso. Volvería a su casa y sería en ella lo que su madre. La tradición no moriría. La muerte del cuclillo era también un accidente como su matrimonio. Deseoló el reloj y lo llevó a su habitación; y sin temblar, marcó enérgicamente los ángulos de su letra gótica, al finalizar la carta:

Lieber papa, sollst mich morgen holen.

Y el anciano acudió rápidamente al llamado de su hija. Hertha no quiso que su marido

la acompañase, ni el viejo vino a la casa de su yerno. Se abrazaron silenciosamente y el anciano don Otto mantuvo durante largo rato a su hija sobre su ancho pecho.

Valladares, por primera vez, veíase ante tan doloroso conflicto. Paseábase silencioso a la hora de la comida y miraba, en la pared desnuda, el sitio claro que había dejado el reloj. De pronto se detuvo: en el rincón de la pieza estaba el pequeño pájaro de madera con sus alas de resorte caídas sobre el cuerpo. Lo miró un instante, sonrióse luego, se lo echó en el bolsillo de la guerrera y salió a la calle con un cigarrillo entre los labios.

La llegada de Hertha y de don Otto fué triste: era uno de esos días grises del sur en que la tierra parece envuelta en una gran red de mallas cristalinas y sonoras. El viejo habló muy poco durante el viaje, sentado gravemente, sin soltar su paraguas de entre las piernas, ocultos sus ojitos bonachones bajo el ala inclinada de su enorme chambergo, de tal modo que sus bigotazos de teutón fingían nacer de la nariz. Al desembarcar frente a la aduana, había mirado el paisaje del río que el esfuerzo de su brazo y el de sus compañeros, había transformado en cuarenta años, murmurando sordamente:

—Ist traurig, sehr traurig! So war es auch zu unserer Ankunft nach Chili. (Es triste, muy triste... Un día así llegamos a Chile).

Una gran tristeza, sombría tristeza de hombre del Norte, reflejábanse en sus macizas facciones de gigante. Hertha caminaba silenciosa a su lado, pegada junto a él, bajo el enorme paraguas chorreante. Procuraba ocultarse de las pocas personas que se encontraban al paso o de las ventanas de las casas conocidas, temerosa de que advinasen su fracaso o su dolor. En la ventana seguía el montón de manzanas rojas o amarillas como si nada hubiera pasado. Al ver a su madre, no pudo contener las lágrimas y, abrazadas, entraron en la salita donde se reunía la familia en los inviernos: un fuego alegre, que estallaba en ígneas crispezuelas, sonajaba en la chimenea; y al contacto suave de las llamas, como en los mejores días de su niñez, asábanse algunas manzanas de oro, transparentes como bolas de alabastro: grato aroma llenaba el ambiente familiar;

la pulpa olorosa de las pomas daba generosamente su corazón azucarado, hecho de las más puras sustancias de la tierra. Hertha levantó la cabeza lentamente; y a través de sus lágrimas, sintió temblar la pequeña habitación cuyas paredes abrigadas se le acercaban como brazos cariñosos. Un dulce bienestar cerró sus párpados: el *gemütlich* germánico, beñeño acariciador que estaba en el aire, en las manzanas, en el vivo flamear de los leños, en las anchas espaldas del padre y en los ojos buenos de doña Elsa, cicatrizaba sus heridas espirituales.

Parecíale que del fondo de su sér renacían sus sentimientos de niña, y su alma antigua resucitaba entera e incorruptible. En su corazón resonaba el gritito del cuclillo como

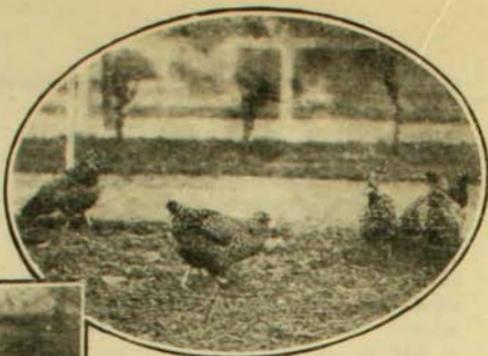
si del reloj hubiera pasado a vivir en su alma. Cerró los ojos y no sintió más. Su madre le echó una manta sobre los pies y el viejo don Otto, haciendo increíbles esfuerzos para andar de puntillas con sus grandes zapatos de gruesa suela, colgó el reloj en la pared; y en el ambiente, lleno del olor de las manzanas maduras, reanudó su *vetusto tic tac* el reloj del hogar, el alma rediviva de la tradición. Sólo que, en la libre América, donde no hay cuclillos, el reloj sufrió una leve transformación; no volvió el pájaro a cantar las horas como en el corazón de Hertha no floreció nunca más la cabeza crespada del teniente Valladares.

Junio de 1919.



## Concurso nacional de aves de postura

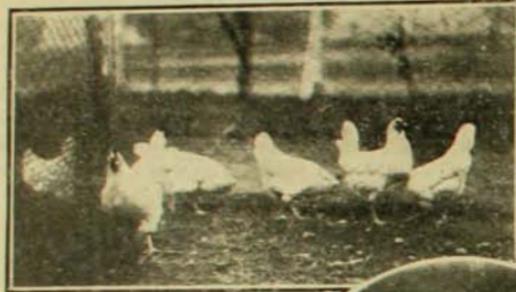
En medio de la tristeza que nos produce ver la falta absoluta de rumbos prácticos que se dá a la enseñanza en nuestro país, aun en materias industriales y agrícolas, debido no a falta de preparación de parte del profesorado, sino que muy principalmente a carencia de capital industrial y de los terrenos de esperimentación requeridos, en lo que se refiere a la enseñanza de las industrias agrarias,



Plymouth Rock.

de nuestra inconstancia. Hemos leído algo o mucho sobre la selección, hemos comprado gallinas finas para iniciar las crianzas, y al primer fracaso, hemos abandonado la industria.

Para levantar el concepto que hay entre nosotros, sobre esta industria, se ha organizado en el Quinta Normal este concurso de aves de postura, tendiente a demostrar en forma práctica que un grupo de gallinas establecido en buenas condiciones, mantenido con aseo y alimentado según un plan científico, debe dejar entre nosotros una pingüe utilidad, dado el precio que alcanzan aquí los productos de esta indus-



Plymouth Rock.

rias, vemos desenvolverse dentro de los países de la Quinta Normal de Agricultura el primer concurso de aves de postura, como una flor que surge entre los abrojos de nuestra enseñanza industrial.

Para muchos todo esto no tendrá más interés que el de un sport, otros seguramente lo mirarán como una entretención casera digna de una señora y muy pocos sabrán ver en este esfuerzo lo que hay de trascendental en él; el estudio práctico de una industria que es estimada en los Estados Unidos como la principal de las industrias agrarias.

En Norte América, según nos dice la estadística de ese país, mientras ha disminuido la crianza de los bovinos en un 3%; la de los porcinos en un 7%; la del ganado lanar en un 4%; la crianza de las aves de corral ha aumentado en un 23%.

Para observar el desarrollo de esta industria en ese país bastan los siguientes datos estadísticos: En 1840 se estimaba el valor de las gallinas, en 12 millones de dólares; en 1890 (50 años después) en 290 millones; en 1906 (6 años después) en 500 millones; y en 1907 (1 año después) en 600 millones.

¿Qué nos está demostrando todo esto? Una orientación de las industrias campestres hacia la avicultura, por ser donde se obtienen mayores utilidades.

Ahora, a qué se debe el que esta industria no haya surtido entre nosotros?

A múltiples causas que pueden resumirse en falta de conocimientos prácticos, en sobrada literatura avícola, en inconstancia.

Hemos sido, pues, víctimas en esta materia, de los libros, de los comerciantes

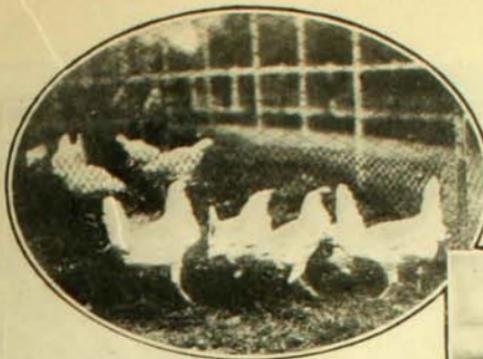


Vista parcial del gallinero.



Chilena.

tría. Bajo la hábil dirección de don Francisco Rojas Huneeus y del profesor del ramo, don Carlos Echeverría Cazotte, se han levantado los gallineros, obtenido de los particulares e industriales los grupos de aves para el concurso, e iniciado, bajo la más rigurosa inspección, de un personal idóneo, el concurso que nos vendrá a revelar una gran fuente de riqueza y de pro-



Grupo de Wyandotte.

ducción nacional. Además es este concurso un pretexto para atraer al público a estos estudios para enseñarle a cuidar sus aves, a desinfectarlas, a alimentarlas en forma económica y que a la vez las obligue a desarrollar su máximo de puesta.

en suma: a ganar dinero con poco capital. Allí aprende el visitante cuál es el alimento que más conviene para sus gallinas, cuáles son los útiles más necesarios en un gallinero, cómo se pueden evitar las enfermedades en las aves.

El resultado de este concurso ya se puede vislumbrar. Todas las aves están en espléndidas condiciones de salud, dentro de los limitados espacios de terreno en que se las ha colocado. ¿Por qué? Porque se les mantiene dentro de las condi-



Vista de algunos gallineros.

ciones requeridas y todas las gallinas desarrollan el máximo de puesta con un mínimo de alimentación, pero adecuada, que ni las engorda ni las debilita.

En la alimentación adecuada es donde debemos buscar principalmente el secreto de este éxito y la razón del fracaso de los que se han dedicado a esta industria y no obtenido éxito en ella.

Se trata de un alimento científico que allí se ense-

ña a preparar, en el que entran múltiples componentes, alimento que si se quiere, se puede comprar allí mismo, y que tiene la ventaja que, cifiéndose a sus indicaciones se puede alimentar un ave, según lo afirman personas que lo han experimentado, por cuatro a cinco pesos al año y por ave, dejando una utilidad en huevos por ave, término medio de 120 huevos.

De este modo tendríamos que mil gallinas que fácilmente se pueden tener en mil quinientos metros, nos costarían en su alimentación cuatro mil pesos y



Orpington amarilla.



nos dejarían una utilidad de veinticuatro mil pesos o sea una ganancia de veinte mil pesos al año.

Como esas mil gallinas debemos estimarlas en un valor de cincuenta pesos y los plantales de crianza y útiles, en 15,000 pesos, tendríamos que en el año nos debe devolver el capital invertido.

Pero el sistema aconsejado es el de empezar por poco: bastan unas diez gallinas ponedoras, adquiridas no en el comercio de aves finas donde se dá aves inadecuadas para la industria, pues hay mucho de engaño en lo que sobre suscalidades se dice, y en lo que sobre su edad se asegura, sino que en las crianzas que indique el profesor don Carlos Echeverría Cazotte, quien está interiorizado en la verdad de lo que ponen las gallinas de los diversos plantales.

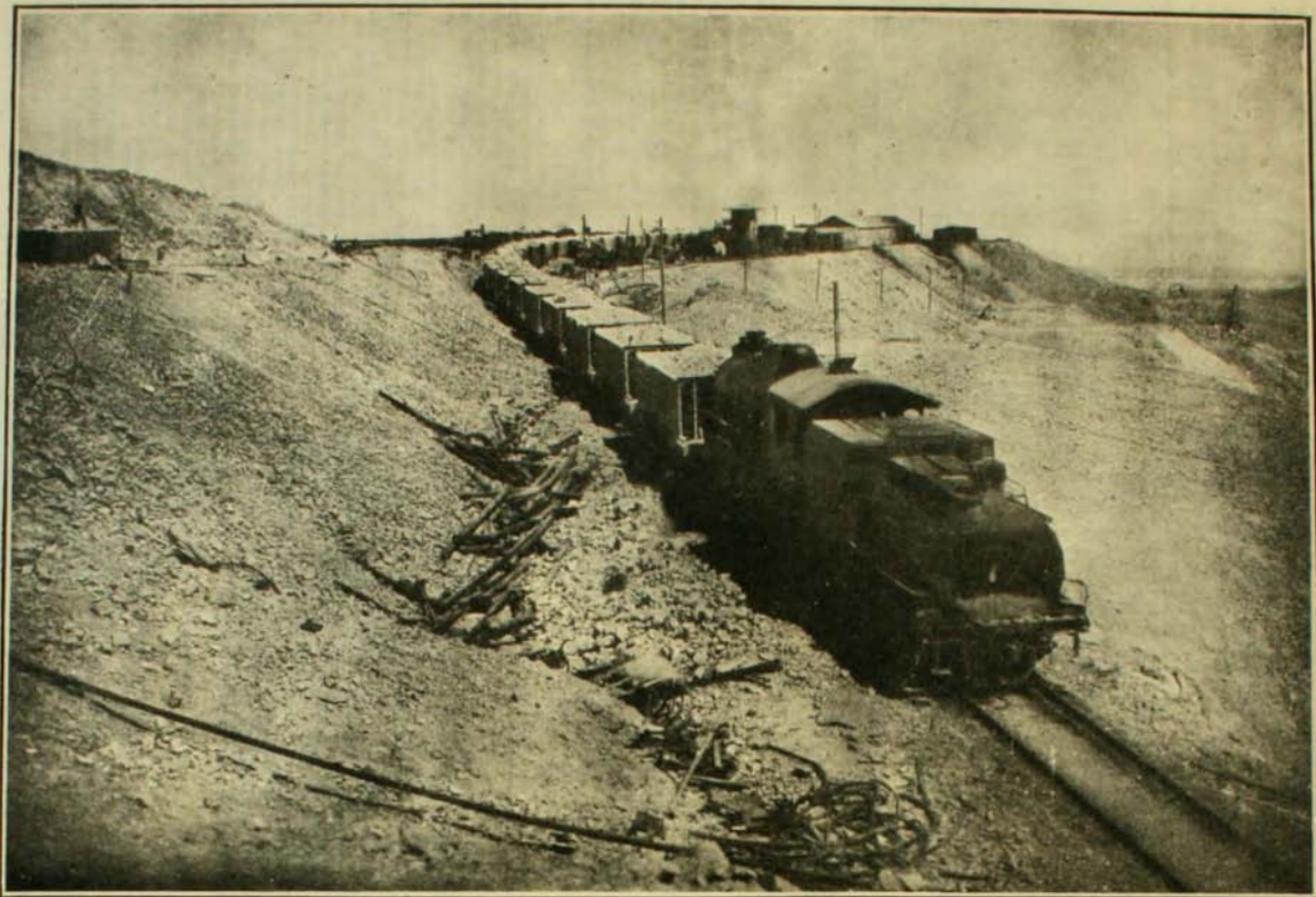
Una vez terminado el concurso a que nos referimos sabremos con toda certeza si es efectivo que se puede alimentar con determinado alimento a cuatro pesos al año, una gallina, si es efectivo que esa gallina pone ciento cincuenta o más huevos en esas condiciones y, como hay constructores de gallineros que exhiben modelos con sus precios, cuál es el capital necesario para desarrollar esta industria.

Esta es el sistema que podríamos llamar **yanki**, de esmermentación y de demostración de una industria, seguido con entusiasmo digno de todo encomio por los organizadores de este concurso.



Orpington negra.

ANTONIO ORREGO  
BARRON.



Un convoy bajando a las chancadoras.



Una pala chica a vapor.

Por GUSTAVO COLON

Nosotros, que complacientes hemos sonreído allá en la niñez, oyendo de los labios rugosos de una vieja y sencilla nodriza, un cuento de encantamiento en que un hada de singular belleza y dotada de misteriosos poderes, convertía las rocas de un monte salvaje en palacios de oro—pensamos hoy también complacidos, que en este siglo, erisol del materialismo—el hombre, sin otro poder que el esfuerzo del espíritu, ha conseguido descifrar el enigma de los misterios y milagros, convirtiendo en metal brillante estos desolados cerros del desierto...

A tres mil metros sobre el nivel del mar, viven miles de hombres venidos de todas partes del mundo, para horadar la tierra y desgarrar las montañas que ocultan los

fabulosos tesoros, loca obsesión de la humanidad.

\*\*\*

Cuanto se ha dicho y se siga diciendo, sobre la planta minera de Chuquicamata, nunca conseguirá dar una visión relativamente real de las proporciones colosales de este establecimiento, que hoy es el segundo en el mundo y llegará a ser el primero según los proyectos del sindicato que lo explota.

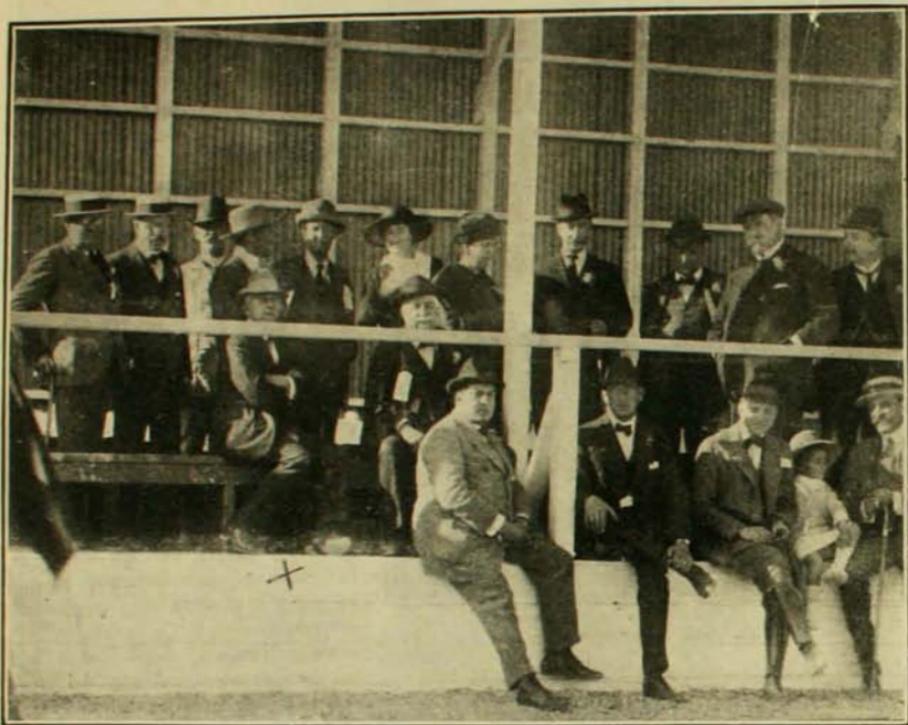
Cuando subí a "Chuqui", como dicen los americanos del norte, pensé pasar allí unos cuatro días; pues tanto me habían hablado de la grandeza de la planta, que creía indispensable dedicarle este tiempo. Pero los días pasaron de cuatro en cuatro y yo aún no conocía todo "Chuqui", y mis cuatro días hube de convertirlos en quince y sólo después de este tiempo pude recién decir: Chuquicamata es enorme... Y basado en esta larga estada me propongo decir todo lo que he visto y observado... según mi criterio...

Chuquicamata, como todas las empresas bien organizadas del mundo, tiene un gerente y una cantidad de consejeros y ayudantes técnicos, personajes sobre cada uno de los cuales hablaré separadamente. Es muy interesante conocer estos hombres, que en forma tan am-

plia representan el espíritu de su raza, del cual nosotros, los del sur, tenemos un concepto tan erróneo.

**H. C. Bellinger.**—"Nuestro gerente", frase que he oído a los obreros de la planta repetir cariñosamente. Y en efecto, el señor Bellinger, es un hombre de carácter acerado, benévolo y justiciero; demócrata en sus principios, ha podido llegar a comprender el manejo de la gente que trabaja bajo su dirección, subsanando con su larga experiencia lo que aún en nuestro país es un mito para muchos industriales: El mejoramiento social.

Es necesario conocer la magnitud de un establecimiento, como el la **Chile Exploration Co.**, para formarse una idea de lo que es la labor administrativa.



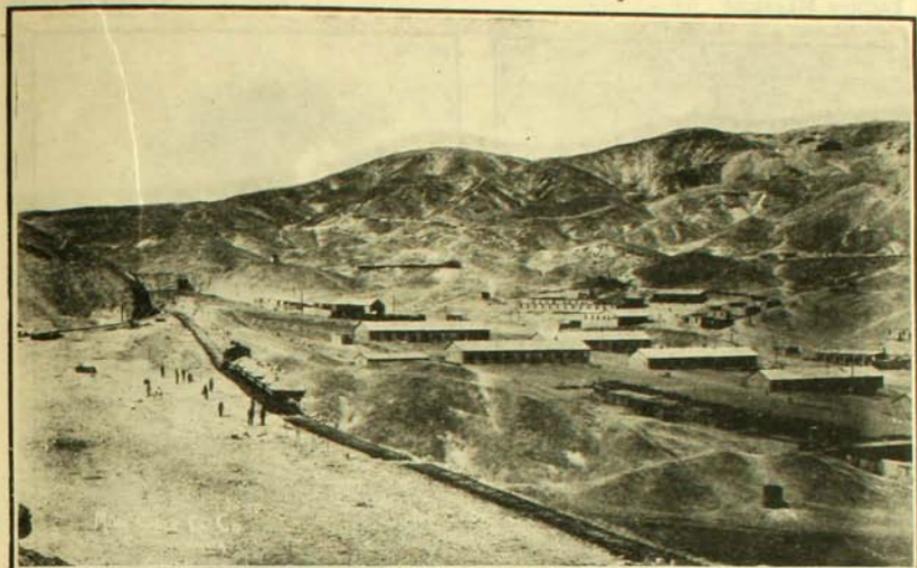
Vista tomada en la visita que hizo a la Planta el embajador de los Estados Unidos, Mr. O'Shea, acompañado de distinguidos miembros del gobierno y de la prensa.

Trabaja y trabajan tesoneraente bajo su direccíon, y esta colmena humana que comparte con su propio jefe las durezas del desierto, labora silenciosamente una parte importante del progreso de nuestra patria.

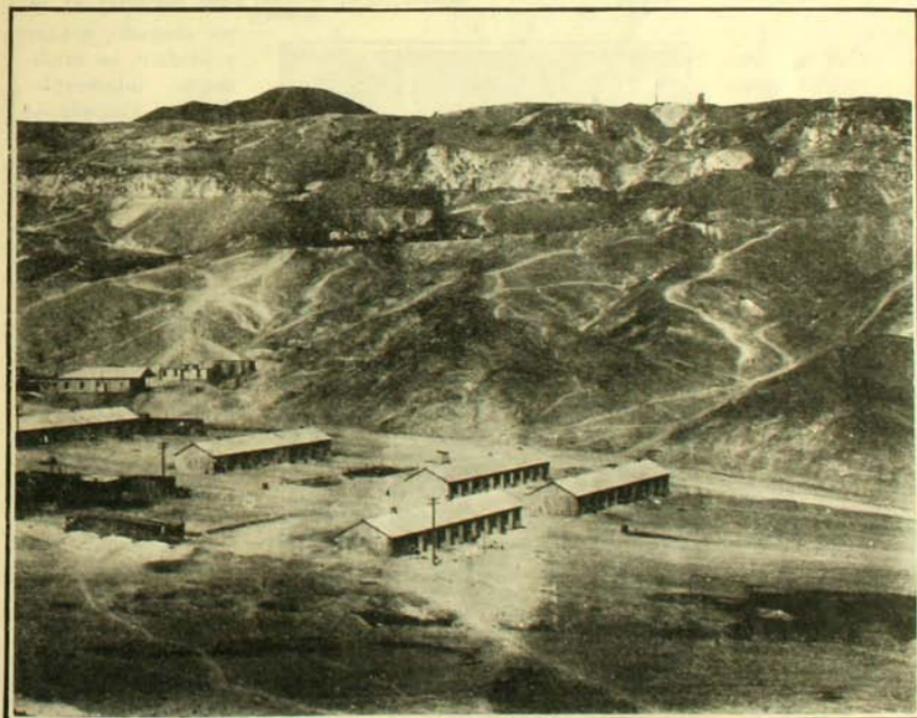
**W. A. Perkins:** este hombre, de reconocido talento entre sus compañeros, es el jefe más popular de la Empresa, y sobre todo entre el elemento obrero, del cual ha sido un tenaz defensor en todo momento. En la región del norte, al hablar de "Chuqui", invariablemente, las primeras frases son dedicadas a él, y bien se merece todo este afecto, un hombre distinguido y simpático, que cuenta sus mejores amigos y relaciones entre nuestros connacionales.

**L. K. Rourke:** este hombre "patas de Aguila" como le llamó un distinguido escritor santiaguino, es el mortal que ha levantado más tierra en el mundo. El abrió el canal de Panamá, y él ha gastado medio millón de pesos chilenos en hacer explotar un solo tiro, que hizo volar un cerro de "Chuqui". Ocupa un alto puesto en la compañía y es uno de sus accionistas.

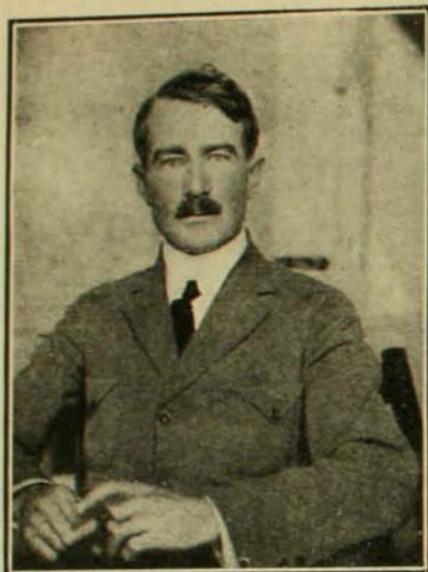
**W. F. Póster:** él es quien ocupa uno de los puestos más difíciles y delicados. Es el jefe de negocios y ecónomo de la compañía. El es quien rebaja los sueldos y hace las economías. Desempeña su puesto... Me consta que es un correcto y distinguido caballero; pero sin embargo, el hombre que



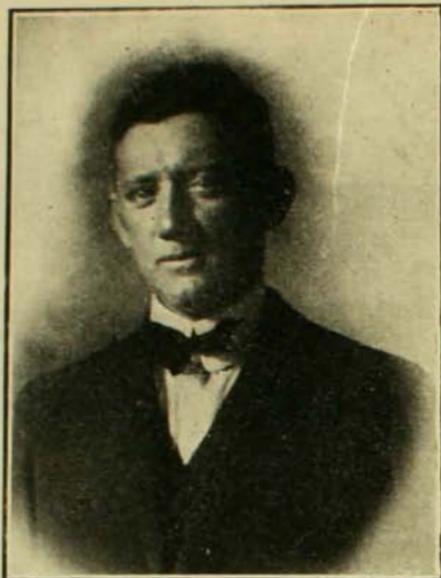
Vista de los cerros de la mina.



Panorámica vista de los cerros de la mina.



Mister W. R. Perkins.



Mister A. L. Wilcox, gran ingeniero de la mina.

desempeña estos puestos nunca cuenta con las simpatías generales...

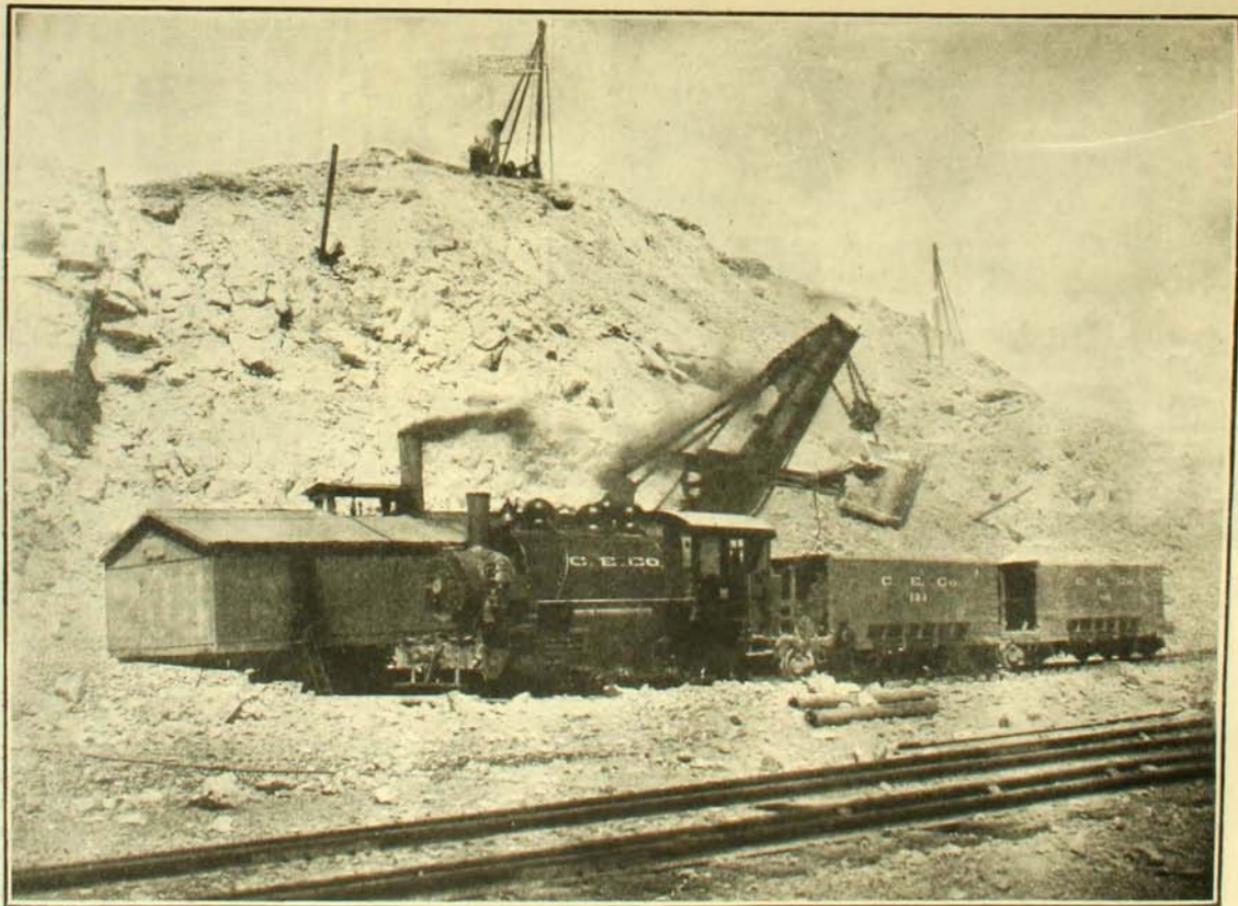
**A. L. Wilcox:** es un gran ingeniero, especialista en obras de hidráulica, goza de un sólido prestigio profesional en los Estados Unidos de Norte América y también en Sud América en donde ha ejecutado obras de gran valer. Es muy correcto y distinguido. De los pocos americanos que conocen nuestro país él es uno; y al hablar de las costumbres chilenas, lo hace con gran acierto y sinceridad, ya sea alabando o criticando.

**T. W. Palmer Jr.:** este joven america-



Mister T. W. Palmer, abogado y consul de la mina.

no, abogado, militar y literato, es sumamente interesante. El es el abogado de la Compañía, y también el Cónsul de los Estados Unidos en «Chuqui». Ha recorrido los principales países de Europa en comisión de su Gobierno y es autor de una obra muy interesante acerca de la jurisdicción de su país. Fué mayor de ejército a una edad relativamente joven; y hoy que su patria está libre de las odiosidades de la guerra, ejerce su profesión de abogado sin dejar de servir al Gobierno en una de las ramas más importantes, como lo es la diplomacia. Tiene gran interés en conocer

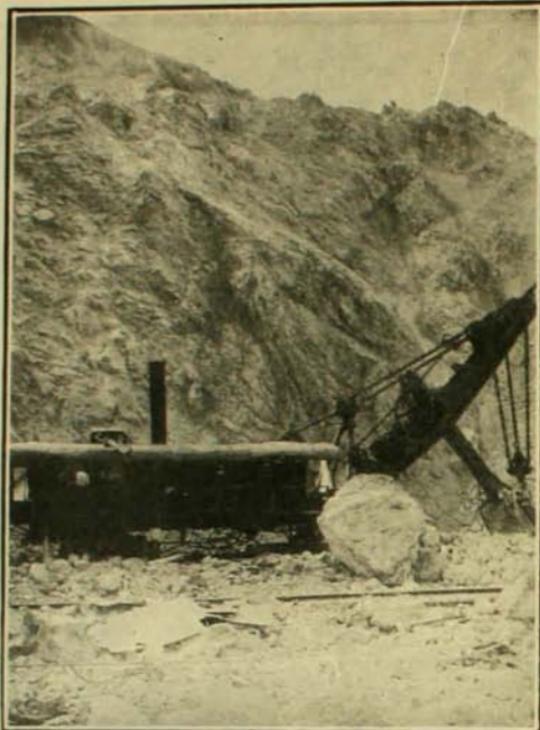


Cargando un tren.

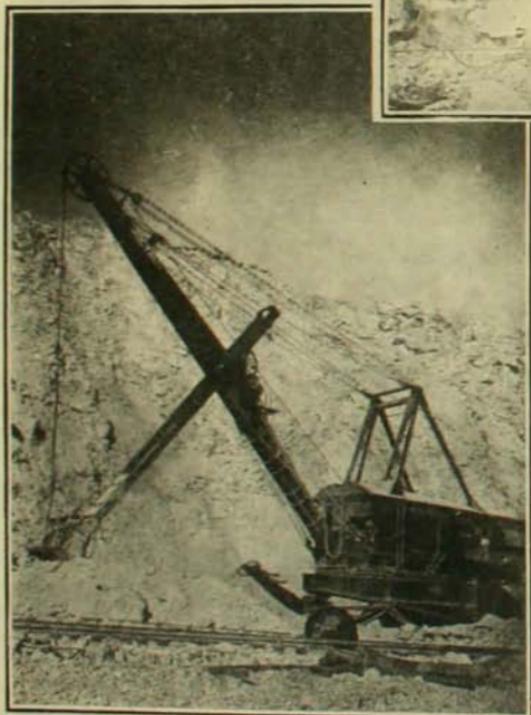
más detenidamente el país, y sobre todo a los chilenos, con los cuales desea tener relaciones muy cordiales a fin de estudiar un acercamiento más real entre chilenos y norteamericanos. Con sus dotes de escritor inteligente y de hombre de mundo creemos que le será muy fácil abrirse camino a través de nuestro ambiente y de nuestra juventud, y es de esperar que Mr. Palmer sea uno de los mejores amigos de Chile.

\*\*\*

Con esta breve presentación de algunos de los jefes más importantes de la "Chile Exploration Co." me bastará para seguir mi crónica.



Una de las muchas palas a vapor que usa la compañía.

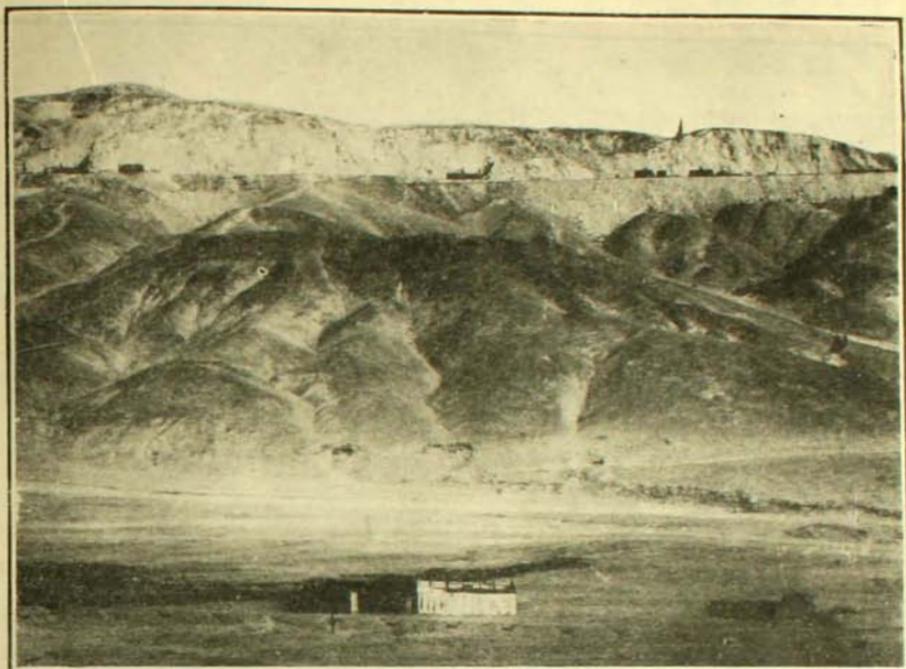


Otro aspecto de la gran pala.

### Exploración y elaboración

**Mi visita a la mina.**—Los cerros de donde se extrae el cobre están a unos dos kilómetros del campamento principal y máquinas elaboradoras. Son cerros que ocupan una gran extensión de kilómetros cuadrados. La primera faja de cerros tiene cuatro cortes, en cada uno de estos cortes hay una línea férrea, que cada veinte minutos da paso a un convoy de quince a veinte carros, cargados con mineral en bruto que va en dirección a las grandes chancadoras.

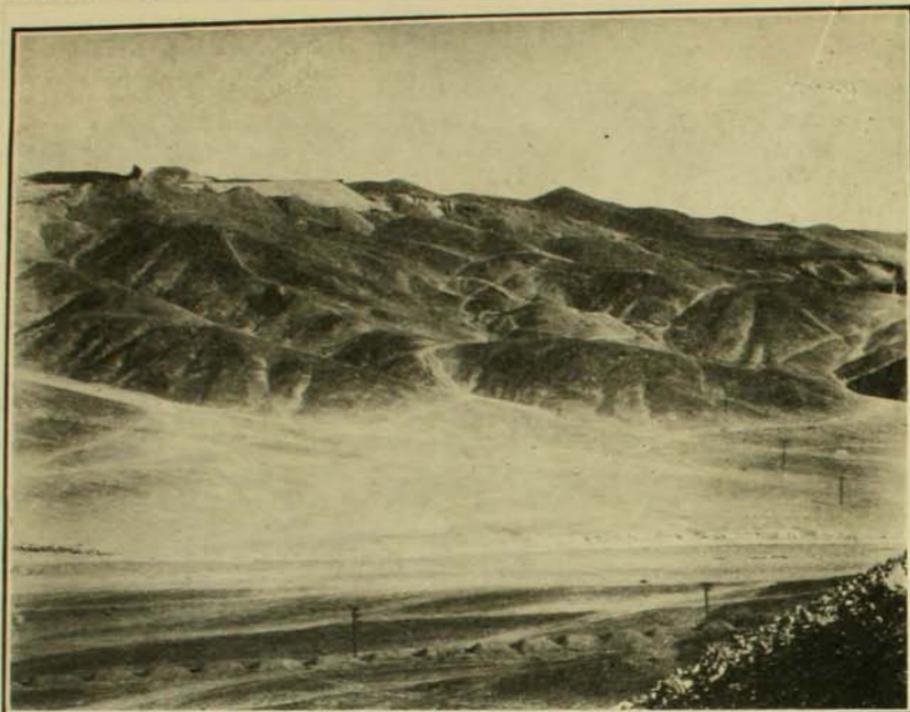
Este cordón de cerros, está sembrado de gruesas cañerías



Panorámica vista de los cerros de la mina.



Después de haber explotado un tiro.



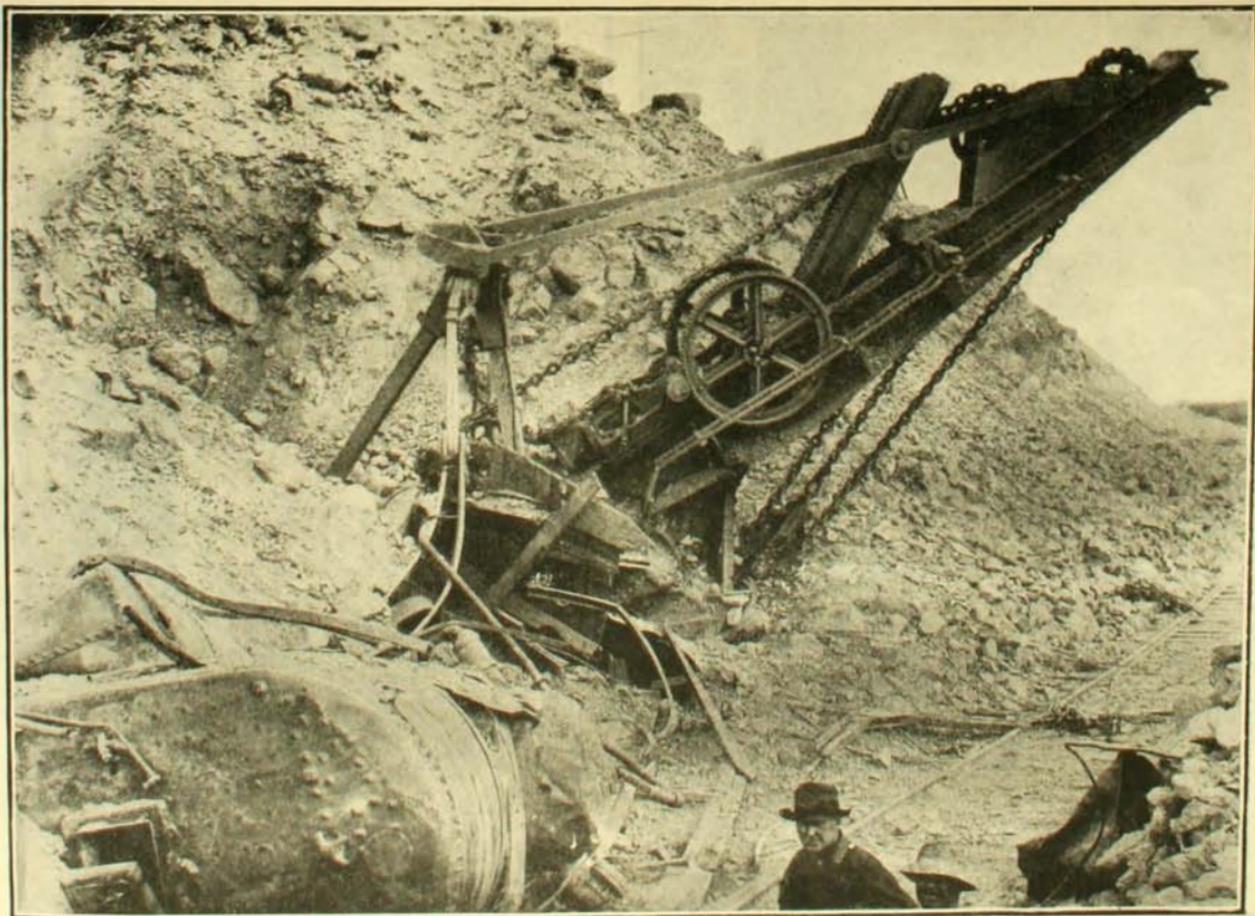
Vista de los cerros.

y cables; las unas conducen el agua y el aire comprimido, los otros las fuertes corrientes eléctricas, indispensables a la elaboración. Por esto no es extraño encontrar a cada paso, carteles que le advierten el peligro a los obreros. Por ejemplo: "¡Mire, pero no toque! ¡Corriente mortífera!!!" Pero a pesar de todas estas prevenciones, las desgracias son inevitables. Nuestro compatriota obrero mira todo esto con una indiferencia pasmosa. Lo he presenciado en varias ocasiones. Una de ellas fué viendo trabajar la pala eléctrica, la más grande que hay en el mundo, que es la de Chuquimata. Este mastodonte mecánico se va devorando los cerros como una bestia insaciable: con seis tarascones de su palahocico llena un carro de sesenta toneladas. Cuando arrancaba de la roca viva del cerro una de estas paladas, en lo alto del corte, como a unos veinte metros, un peñasco enorme removido por la perforación de la pala, se mo-

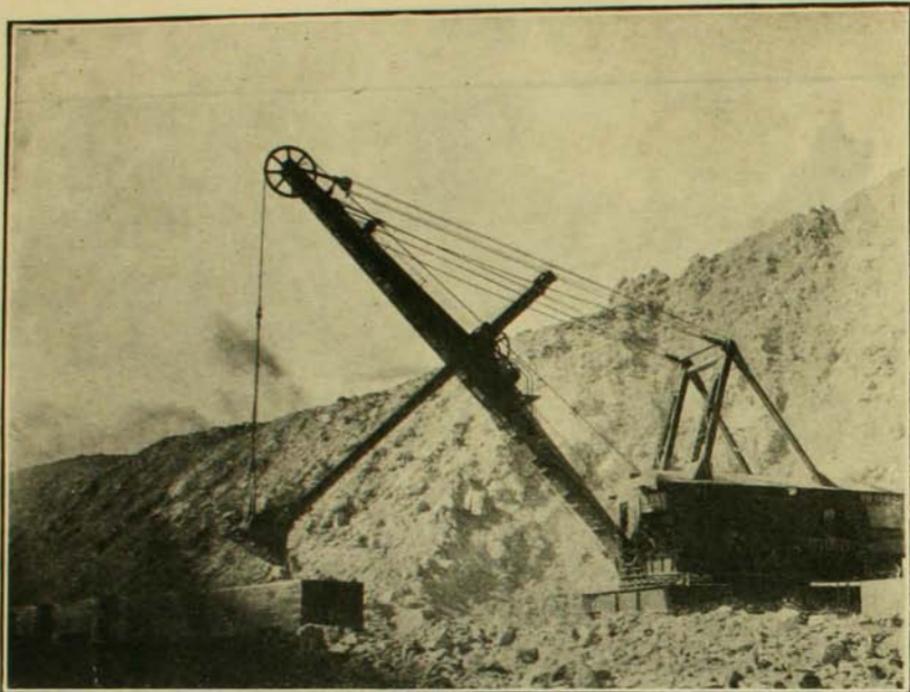
vía oscilante. ¡¡¡Cuidado!!! gritó uno de los siete hombres que mueven el mastodonte. El que estaba en peligro era un chileno que perforaba una roca para reventarla a dinamita, y en respuesta al grito de alarma, miró hacia arriba con toda impasibilidad, diciendo: "Esa pieira no cae tuavía", y como en el mejor de los mundos siguió perforando la otra "pieira". El inglés que me acompañaba al través de la mina me advirtió: "Todos son iguales, y a esto se debe el mayor número de accidentes."

Recorriendo los demás cerros de cobre (debo advertir que hay que recorrerlos a pie) llegamos hasta Placilla, un viejo y miserable pueblo minero con más aspecto de cementerio que de población. Yo no concibo cómo hubo seres humanos que habitaran esta soledad a una altura al parecer inaccesible...

En la única calle que tiene, se leen letreros como éste: "Botica y Bodega, La



*Pala destrozada por un derrumbe del cerro.*



La pala más grande del mundo, que con seis paladas llena un carro de sesenta toneladas.

Bandera Chilena", "Restaurant el Morro de Arica", y así sucesivamente, cuanto encontramos a nuestro paso, que no pasan de ser letreros por ese estilo, botellas vacías, vidrios rotos, viejos zapatos de mujer, que debió llevarlos una damita muy elegante en una época lejana; en fin, todos estos vestigios de una pasada opulencia, demuestran que fueron chilenos los moradores de esta aridez del desierto.

Cuando finalizaba mi viaje, miré a unos altos cerros al oriente de Placilla.

—¿Y estos cerros, también tienen cobre, mister Thomas?

—Tanto como estos que pisamos, me contestó el inglés.

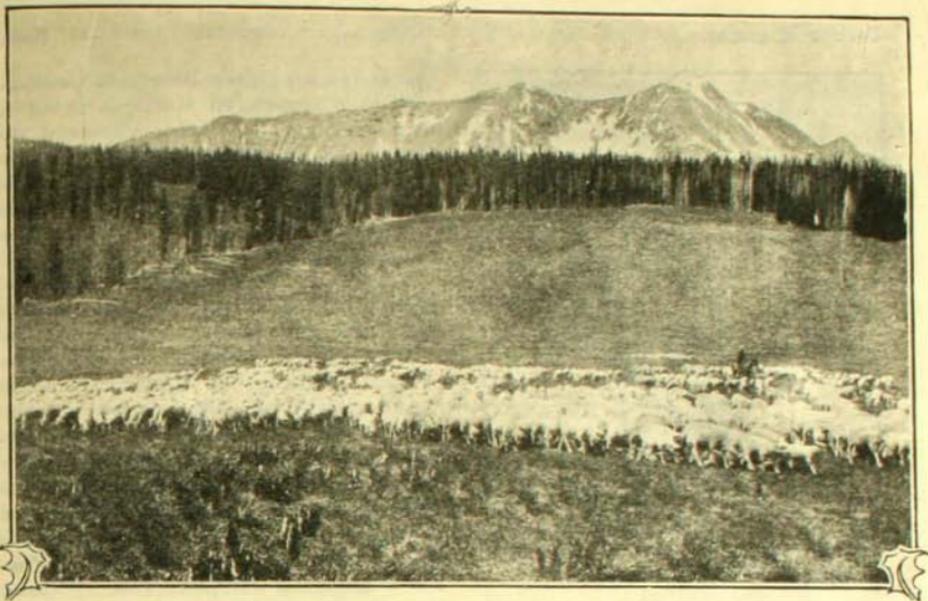
—Pero aquí tienen cobre para muchos años, observé.

—¡Oh!, llegando a la más alta explotación, Chuquicamata siempre tendrá cobre para más de quinientos años, sin contar con estos cerros que nos circundan, que también tienen cobre.

Así me contestó el inglés.

(Continuará).





Un campo en la región del Colorado, que evoca todo un poema pastoril.

## CUATRO AÑOS EN ESTADOS UNIDOS

# *Un Cow-Boy chileno*

Por JORGE HURTADO BAQUEDANO

Sabíamos que el señor Guillermo García Burr, que acaba de regresar al país después de cuatro años de ausencia, había permanecido en Estados Unidos durante casi todo ese tiempo y llevado una vida llena de interesantes anécdotas y a la vez muy provechosa por los estudios de agricultura e ingeniería industrial que cursó en diversas Universidades de la Gran República del Norte.

En efecto, el señor García Burr, un muchacho estudioso e inteligente, de fisonomía simpática y de recia contextura, que

revela su afición a los ejercicios físicos y al sport, se dirigió a Estados Unidos en 1915, con el objeto de conocer aquel país, sentir la vida intensa yankee y perfeccionar sus conocimientos en el ramo agrícola para, a su regreso, aplicarlos en la hacienda que su familia posee en el Sur.

Llegado allá, entró, como simple operario, en la United Shoe Machinery Co., en Beverly, Massachusetts, colosal manufactura cuyo negocio consiste en arrendar su maquinaria a las fábricas nacionales que se obligan a pagarle dos y medios centavos



El señor García Burr en Atlantic-City.

gresó el joven García Burr a la Universidad de Wisconsin, en Madison, ciudad de veinticinco mil habitantes y capital del Estado. La Universidad tenía en esa época nueve mil alumnos de todas las nacionalidades del globo, y hoy está reputada como una de las mejores por su enseñanza completa y práctica.

El ideal de las universidades norteamericanas es no sólo preparar técnicamente al alumno, sino dejarlo capacitado también para las luchas de la vida y sus relaciones sociales y de todo orden, inculcándole los sentimientos de honor y de deber.

La de Wisconsin se destaca por su cuerpo de profesores: el sabio químico doctor Luis Kalemberg da sus lecciones a dos mil alumnos; Mr. Richard T. Ely, jefe del departamento de ciencias políticas, es uno de los economistas más versados, profundos y modernos del país; otro, el doctor Balcock, es inventor del sistema de su nombre para medir la densidad de la leche, invento que vale millones de dólares, pero que él regaló a su patria con un desprendimiento que el mundo civilizado sabe apreciar y agradecer.

Encontrábase el señor García Burr siguiendo asiduamente sus cursos universitarios, cuando el 5 de junio de 1917 fueron llamados a presentarse e inscribirse en el City-Hall de la ciudad todos los ciudadanos de 21 a 31 años, sin exceptuar a los extranjeros residentes en el país.

Diez millones de hombres respondieron inmediatamente a la voz del peligro nacional, con la misma correcta disciplina que se observa en los grandes establecimientos fabriles. Fué aquél un despliegue gigantesco, unísono; un desfile interminable, vibrante y entusiasta de millares de muchachos que se apresuraban, sonrientes, para ir a anotar sus nombres en las oficinas de guerra.

El resultado lo conocen nuestros lectores: aquel país admirable improvisó soldados y héroes que asombraron al mundo entero. Es que allí cada individuo tiene conciencia de lo que hace y, más que esto, tiene plena confianza en la rectitud y el valor moral de los jefes de la nación. Hé ahí el secreto de todos sus triunfos y de todas sus grandezas.

oro por cada par de zapatos que confeccionen. Esta cifra, que a primera vista parece tan pequeña, resulta enorme por la cantidad de producción y la fábrica de máquinas gana sumas fabulosas y reparte grandes utilidades a sus afortunados propietarios. En 1916 pagó un dividendo de 150%...

Luego, nuestro compatriota fué recibido en la casa Ford, en Detroit, establecimiento que, a la fecha de su entrada, lanzaba a la venta tres mil automóviles diarios y contaba con treinta mil operarios, divididos en tres turnos de ocho horas. Con esta colosal producción se comprende que cada carro llegara a venderse en 395 dólares, precio que aumentó por causa de la guerra, muy a pesar del ideal de Mr. Ford, que es producir un automóvil tan barato, que todo el mundo pueda comprarlo. Después de especializarse, pasando algunos meses ahí en calidad de obrero, in-

Algún tiempo después, el señor García Burr se incorporó a la Universidad de Missouri, ciudad en donde se dedicó al estudio de la ganadería en general, conocimientos que quiso practicar y desarrollar en un campo vasto y apropiado.

Para ello empleóse como vaquero (cow-boy en todo Estados Unidos, cow-puncher en el Middle West y bucaños en Texas y Arizona) en una gran hacienda (ranch) del Wyoming, en el Medio Oeste, de una extensión de cincuenta mil hectáreas, y dueña de veinticinco mil cabezas de ganado mayor y cien mil ovejunos y cerdos. Ahí, como un sirviente cualquiera, cuidaba de los ganados y hacía el trabajo diario, lleno de peligros, con sus compañeros los cow-boys, verdaderos acróbatas como jinetes, tipos esforzados, valientes y de un carácter y costumbres misteriosas; pero siempre listos y bravos a toda prueba.

En cierta ocasión, revistaba el "rancher" los dormitorios de sus cow-boys, y llegado al que ocupaba el señor García Burr, vió, con sorpresa, que el joven chileno leía atentamente una interesante obra del profesor Davenport sobre mestizaje de ganados. Este descubrimiento valió a nuestro compatriota el ser nombrado inmediatamente mayordomo del ranch, con cargo de las engordas y una participación del 2% sobre el precio de las ventas.

Ya nombrado mayordomo, le era necesario comprar algunos arreos de mejor calidad que los usados; y, al efecto, un talabartero mejicano se los proporcionó completos, ribeteados y con hebillajes de plata, conforme es clásico los lleve quien tiene un puesto superior entre los vaqueros del Middle West. Y éste fué el principio de una interesante y peligrosa aventura de nuestro compatriota.

Entre los cow-boys, había un tal Frank, que no miraba con buenos ojos el ascenso del joven chileno. A Frank, su antigüedad en el servicio, sus proezas en el campo, su notoria habilidad para manejar el lazo, lo habían hecho famoso en la región; se creía indispensable, el único capaz de domnar a todos.

Al día siguiente, de madrugada, al ir a ensillar su diestro caballo, notó el nuevo mayordomo, señor García, que su freno, re-

cientemente comprado, había desaparecido... Indagó por todas partes, pero fueron inútiles sus pesquisas. Un indio, empleado en la hacienda, su ayudante, tampoco supo dar noticias de la prenda extraviada.

Mientras tanto Frank, apoyado en un tronco, sonriendo plácidamente, observaba la indagación. Pero al encender un cigarrillo, por un movimiento imprudente, dejó ver, asomado en el bolsillo del pantalón, el extremo de un chicote... Era el freno perdido...

Hubo un cambio rápido de palabras, la



El señor García Burr.



Un cow-boy ejerciendo sus funciones.

sorpresa consiguiente y sonó un tiro de revólver... Frank disparaba en el momento en que el señor García Burr desviaba el arma, y la bala pasaba rozándole la pierna izquierda y se hundía a una pulgada de sus pies.

Más rápido aún nuestro compatriota, apuntó su revólver al cow-boy... Pero en ese mismo instante el indio llegaba corriendo y gritaba:

—¡Quit it, Bill! ¡Déjese usted, no se acrimine!

No quedaron, como se comprenderá, muy cordiales las relaciones con Frank, que era un hombre temido y audaz, que desafiaba a todos y se reía del peligro. Había, pues, que andar muy prudente y a la vez muy enérgico con él en los apartados campamentos y en el trabajo de la hacienda.

En otra ocasión hubo que rodear una masa de ganados para presentarla al comprador en las casas del ranch. Alegres y gallardos los cow-boys, al galope de sus caballos, subían las cuestas y saltaban las hondonadas para apiñar las reses. De pronto el que montaba el joven García se desbocó en vertiginosa carrera hacia el bajo,

por la ladera del cerro, en cuyo término un abismo cortaba el valle y recibía los aluviones del invierno.

¿Qué hacer?... Ya no distaba mucho el precipicio. Saltar del caballo era una locura; no hacerlo, ir a una muerte horrorosa...

Y ya no era una carrera sino un vértigo, una exhalación, agotadas las últimas fuerzas del jinete, por el plano inclinado que conducía al abismo, cuando de lejos, a través del campo, descontando apresuradamente la distancia, se acercaba otro cow-boy... Y a fe que llegaba a tiempo, porque sólo faltaban unos pocos metros para llegar al precipicio...

—¡Suelte los estribos, Bill! ¡Are you ready?

Y con la seguridad del que maneja un juguete, su potente brazo describió un círculo y arrojó el lazo... ..

Fuera del machucón y algunas peladuras más, nuestro joven no recibió mayores daños; y al volverse para saber a quién debía su salvación, se encontró con Frank...

—Estamos pagados, Chile Bill: hace po-

co usted no quiso matarme, y ahora le salvo la vida. Shake hand!

Y así fué, porque en el fondo del torrente había un bulto informe: era el caballo que se había precipitado allí.



El señor García Burr sirvió también como cow-boy en California, en la Miller and Lux Ltd., estancia de más de ocho millones de hectáreas y con haciendas en Méjico, Arizona, Nevada, condados de Fresno y San Benito, Los Angeles y San Francisco.

Completó sus estudios de economía agrícola e industrial, administración y organi-

zación en la Universidad de California, y se dió tiempo para visitar el Japón, Filipinas, Haway, Cuba, Jamaica, Panamá y Perú.

Muchacho intelectual y profundamente observador, ha sabido sacar todo el provecho posible de lo que ha visto y estudiado en la Gran República del Norte; y su viaje, un verdadero viaje de esfuerzo, dejando aquí las comodidades de su hogar para ir a lo desconocido, sin más bagaje que su entusiasmo y sus proyectos para el futuro, significa un ejemplo más de lo que puede la juventud estudiosa, y es un exponente efectivo de lo que es capaz de realizar en tierra extranjera nuestra vigorosa raza chilena.





Sra. Ema de la Fuente de Escobar



PRIMERA VERSION ESPAÑOLA, ESPECIAL PARA "PACIFICO MAGAZINE"

ILUSTRACIONES DE GORDON

CONCLUSION.

Y, con una ironía que llevaba al colmo su desvergüenza: — "Anda, pues, a denunciarme a él. Eso será continuación de la venganza de Margarita. El me maldecirá. Tú serás feliz. Porque tú siempre me has odiado. Da rienda a tu odio..." A medida que me hablaba, la cólera subía en mí, terrible. Es mi vicio, un vicio que yo había creído dominar..."

Blas avanzaba su brazo derecho, y con una voz en la que temblaba la vergüenza:

—He metido la mano en un brasero, dijo, para castigarme por haber golpeado a un obrero. Desde esa vez, cuando el furor me ganaba, dirigía la vista a este muñón. El me recordaba mi delito, y volvía en mí. Esta vez, y ante la arrogancia insultante del miserable, la cólera fué más fuerte. Le tomé por el cuello con mi única mano tan

rudamente que le eché a tierra, diciéndole: ¡De rodillas! Vas a pedir perdón de rodillas! Y esto pasaba en el cuarto que Amadeo ocupaba en casa de mi padre, y ese padre podía entrar, y mi madre... Al caer, lanzó un grito, y llamó: ¡Mamá!... ¡Mamá!... Yo me detuve, despertando sobresaltadamente de mi frenesí. La criada entró en ese momento. "La señora no está en casa", dijo, y agregó: ¿Qué ha ocurrido? Acababa de vernos: Amadeo tendido sobre la alfombra, yo apoyado contra la chimenea, desfalleciente, pero ya dueño de mí. "Déjenos", le respondí. Ella obedeció. "No diré nada a mi padre", dije en seguida a mi hermano cuando quedamos solos: "ni a mi madre. Parto mañana. Volveré a despedirme de ellos esta tarde. Usted no estará aquí, me entiende?"

A partir de hoy, usted ha muerto para mí. Ya no le conozco. Usted no estará esta tarde aquí, me comprende?" Me comprendió, y no estaba cuando dije adiós a mis padres. Por su causa no les volví a ver. Tuve miedo a una nueva crisis de cólera, si volvía a encontrarme en presencia de ese individuo... Y ahora, ¿piensas todavía que fui demasiado duro no queriendo reconocer jamás a un hermano semejante? En la forma en que pude, reparé su torpeza para con mi padre. El mismo día entregué mil quinientos francos a una obra de beneficencia, a nombre de la señorita Percy, a quien envié el recibo. No me lo ha devuelto. Tengo pues el derecho de considerar que el reembolso ha sido aceptado, y la deuda pagada. ¡Pero que mi hijo repose en la misma tumba que aquel que fué el oprobio del nombre, eso, jamás, jamás! Si yo hubiera estado en París, cuando Amadeo murió, no estaría sepultado con mi padre y mi madre. Habría buscado el medio. Pero no hablemos más de él... Nada más que contando estas horas crueles, las hago revivir demasiado... Me harás el servicio que te he pedido, el de buscarme el artista más calificado para el monumento que sueño. Te lo agradezco de antemano. ¡Hasta luego!

### III

Me puse en campaña esa misma tarde, a fin de satisfacer el deseo del justiciero familiar, cuyo relato me había emocionado profundamente. ¡Qué prueba para un hermano, lleno de honor, que ve ensombrecer en la ignominia a su hermano menor, de quien recuerda su infancia inocente, su gracia ingenua, el primer despertar de su alma! ¡Qué tragedia, esa irreparable catástrofe de la moralidad, en un joven a quien tentaciones pueriles, un poco de dinero ganado en las carreras para comprar bagatelas, un bastón elegante visto en la vitrina de una tienda, el prestigio de un camarada más afortunado, las "mundanidades" de un periódico del boulevard, le colocaron en un camino que conducía a los abismos! ¡Y el padre? ¡Y la madre? ¡Era verosímil que el viejo señor Julio Marnat no hubiera sospechado jamás los desórdenes de su segundo hijo? ¡Y para ese justo, qué agonía! ¡Qué tristeza también para ese noble Blas, si su padre, engañado hasta el fin, lo hubiera juzgado, como yo antaño, demasiado duro para Amadeo, si acaso, comprobando el antagonismo entre los

dos hermanos, hubiese dado la razón al culpable... Yo deseaba apasionadamente procurar a mi antiguo camarada, después de tantos pesares, este pequeño consuelo: el buen éxito de su piadoso designio, un digno y durable homenaje a sus dos heroicos hijos. Tuve la suerte de realizar mi propósito en mi primera visita a mi viejo amigo, el célebre estatuero Yves Clouet, a quien hallé en disposición de modelar en su taller de la avenida de Ségur:

—No tengo ningún gran trabajo por hacer, me dijo. Tú ves, me divierte en esta bagatela, una Tanagra de París, en toilette de hoy día. Enviame pronto a tu amigo. Será para mi una felicidad dedicarme a una cosa grande, en vez de estar haciendo pequeñas curiosidades para el comercio.

Al día siguiente, muy temprano, estaba yo en el hotel de Blas Marnat. Me recibí en el salón del departamento que ocupaba en el primer piso. Por millonario que fuese, el hijo del repetidor pobre era siempre el gran trabajador de la disciplina paternal:

...Labor omnia vincit  
improbus, et duris urgens in rebus egestas.

Cúmulos de dossiers atestiguaban que a despecho de sus sufrimientos morales, el ingeniero continuaba siguiendo de lejos sus empresas. Había ya transformado ese vulgar salón de hotel en una oficina de negocios. Estaba sentado a su escritorio, sobre el cual se veían diversas fotografías en sus marcos. Me las mostró. Tenía ahí, bajo sus ojos, a su padre, a su madre, y a sus dos hijos, que se le parecían como él se parecía a su padre. Había dado esos niños a Francia con una fuerza de alma verdaderamente Romana, y su voz no temblaba para designármelos con los nombres que había escogido por culto a sus padres: Julio y Pablo. La señora Marnat se llamaba Paulina. Y cuando le hube trasmitido la respuesta de Yves Clouet:

—Gracias, me dijo. Después, con el mismo gesto que hubiese tenido para anotar la dirección de un almacén cualquiera: Dices Avenida de Segur. Está detrás de los Invalidos, creo. ¿El número? Y una vez escrito todo en un bloc-notes. Puesto que me has prestado tan amigablemente este servicio, voy a pedirte otro. Se trata siempre de mi hermano. Aún muerto, me persigue. ¿Sabes lo que he encontrado

aquí, al volver de tu casa, ayer tarde? Una carta de su mujer.

—No me habías dicho que era casado.

—¡Pero con quién!, replicó. ¡Una cantante de café concierto!... Si. Anda por el mundo hoy día, una señora Marnat, que se exhibe en un cabaret. Por dicha, el nombre le ha parecido demasiado burgués, demasiado sin gracia. Ha tomado el de Suzy d'Or para figurar en los affiches... ¡Suzy d'Or! Tal es la nuera que Amadeo ha dado a ese héroe de la conciencia que tú has conocido y venerado, y que era mi padre. No me anunció su matrimonio, como puedes figurarte. Lo supe por un primo, un sobrino de mamá, que tenemos en Laschamps, un excelente hombre, pero sin carácter, a cuya casa tuvo la audacia de llevar un día a esa mujer, con el hijo de ámbos. Porque tuvo un niño, un varón...

¿De qué se tratará?... Esta creatura ha sabido que yo estaba en París y en qué hotel vivía. ¿Cómo? ¿Por quién? Es el caso que me ha escrito. Debe venir pronto, para una comunicación importante, me dice. En una palabra, esta es la repetición de la historia de Margarita Percy, con esta agravación, que esta vez el chantage no es dudoso. Tú me dirás: ¿por qué la recibes? Por esto. Cuando mi padre cayó enfermo, yo estaba ausente. Después de su muerte, no encontré en su casa ningún papel. Y mi padre tomaba sin cesar notas sobre sus lecturas. Escribía mucho para sí mismo. De todo esto, la menor traza. En su biblioteca, los libros que leía más a menudo, su Horacio, su Virgilio, faltaban. Siempre he creído que Amadeo había tomado estos papeles y estos volúmenes por maldad para conmigo. ¿Qué hacer? No he tenido la prueba de este robo. Mi padre ha podido destruir esos papeles, para no dejar detrás de él la traba de sus pesares, si acaso ha muerto sin conocer la verdad sobre Amadeo. Ha podido, sintiéndose muy enfermo, dar a algunos amigos, a título de recuerdos, sus volúmenes preferidos. En este caso, la visita de esa mujer no me dará ninguna luz. En caso contrario, y si mi hermano se ha atribuido esas reliquias pensará ella vendérmelas. En fin, que la voy a recibir, y el servicio que te pido, es el de asistir a nuestra entrevista.

—Con el mayor gusto, dije. Aún más, si esta entrevista te es demasiado penosa, ¿quieres que la reciba en tu lugar? Y si es necesario negociar este asunto...

—No,—me interrumpió,—podría creerse que escabullo el cuerpo. Por otra parte,

tengo miedo de mí mismo. Sí, tengo miedo, si ella me habla en cierto tono, de ser cogido por una de esas cóleras en que yo me desconozco. Y entonces... —Miró de nuevo su brazo derecho. En tanto que estando tú ahí...

—Estaré.

—Entretanto, prosiguió, voy a mostrarte algunos proyectos para el monumento de mis hijos. Tú dirás, cuáles, según tu opinión, merecen ser sometidos al señor Yves Clouet. En mi calidad de ingeniero, dibujé un poco...

Tomó un dossier, sobre cuya portada había trazado con su firme escritura estas dos palabras latinas: *In Memoriam*, y comenzó a desenvolver cierto número de croquis. En todos figuraba su padre. En uno había el dibujo de un bajo-relieve en que el viejo profesor, en toga, apretaba las manos de dos jóvenes soldados, de uniforme. En otro, los dos soldados estaban representados, muertos y tendidos, al pie de un busto de su abuelo. Se les veía también embarcándose, y del océano salía una forma humana que, con el dedo les señalaba el camino de Francia. Una serie de epitafios acompañaba a estas imágenes, todos relacionados con esta misma idea: el pensamiento del abuelo reviviendo en el heroísmo de los nietos. *Quod egisset egerunt... Ut illum emularentur Illis annuisset unanimes* (1)... La latinidad sin elegancia de estas fórmulas atestiguaban que Blas había sobre todo guardado, de la enseñanza de su padre, la tradición moral. No tuvo tiempo de discutir con él esos planos e inscripciones. Casi inmediatamente un llamado del teléfono interior sonó...

—Hágala subir, dijo en el receptor, y volviéndose a mí: Es ella, es Madame Amadée Marnat!...

Había como mordido estas últimas palabras, al pronunciarlas con un rictus de su boca, que revelaba, bajo la máscara impasible, una fuerte irritación. ¿Iba a tener la energía de dominarse, en una entrevista que debía, para ser digna, mantenerse fría? Todo dependía de las primeras palabras cambiadas con esta señorita Suzy d'Or. Temía que no llegara ésta como antes Margarita Percy, con la insolencia y la amenaza en la boca. Pero no. La persona que vimos entrar, después de algunos minutos de una espera silenciosa y angus-

(1) Lo que él hubiese hecho, ellos lo han realizado... Para rivalizar con él... El les hubiese aprobado con toda su alma...

tiada, no recordaba en nada a la cortesana audaz y pintada que Blas me había descrito. Era de talla mediana, con ojos azules de una dulzura triste, en un rostro marchito. La piel había sido fatigada, usada, descolorida por la maquillage cotidiano de la escena. La actriz no conservaba en la ciudad sino algo de rojo en los labios que sangraban sobre la palidez gris de su tez. La pequeñez de su cuerpo le daba, a los cuarenta años pasados, un aire joven, casi frágil. Su continente modesto le daba un aspecto de persona de bien. ¿Pero, no era esa acaso una toilette de combate, meditada para desarmar la hostilidad de Blas? ¿Cómo saberlo? ¿Por qué pareció más bien aliviada, cuando este, habiéndome nombrado, agregó:

—He querido, señora, que mi amigo, que fué uno de los más queridos alumnos de mi padre, asistiera a la entrevista que usted me ha pedido...

—No veo ningún inconveniente, respondió ella, por el contrario. Mi marido me ha hablado a menudo del señor... Ella me había mirado con una imploración en los ojos. ¿Cuál? Y, volviéndose del lado de Blas, dijo con una voz reflexiva y grave:—Mi visita aquí tiene dos fines. El primero, señor, es el de devolverle algunos papeles y libros que pertenecieron al señor Julio Marnat. Mi marido, al atribuírselos, obedeció a un sentimiento apasionado, que no tengo para qué juzgar. En mi alma y mi conciencia, estimo que siendo el jefe de la familia, esos papeles y esos libros pertenecen a usted de derecho. Están abajo, en una valija que he depositado en la oficina del hotel, a nombre suyo.

La sencillez de estas palabras, y el tono con que fueron pronunciadas, contrastaban de una manera extraordinaria, no solamente con la profesión de la cantante, sino también con la aventura de su matrimonio. O bien hacía ella comedia en la calle como en la escena, o no era sencillamente, como lo creía Blas, la cortesana que se hace desposar. ¿Qué pensaba éste? Imposible descifrar su pensamiento bajo esa máscara, siempre inmóvil y grave.

—En efecto, señora, respondió Blas, esos papeles y esos libros me pertenecen.

Ni una sola palabra más. Ninguna señal de admiración ni de gratitud. Ninguna pregunta de explicación más precisa. Sino secamente:

—Pasemos al segundo objeto de su visita, agregó.

—El segundo objeto de mi visita, replicó

ella, es el de hablar a usted de mi hijo, que es también el hijo de su hermano. Pero, lo que de él voy a decir, exige que hable antes de mí misma... Lo haré con una franqueza que me será penosa. Al menos, no podrá dudar usted de mi veracidad. Además, le será a usted fácil comprobarlo todo... Mi padre, que se llama Barberon, era empleado en un Banco, en el **Grand Comptoir**. Mi madre era una señorita Souty. Su padre era oficial. Ella había sido condecorada con la Legión de Honor. Tenía un gran talento de pianista y daba lecciones para ayudar al bienestar de su casa. Se relacionaba por ahí con el mundo de las artes... Excuse estos detalles, señor. Son necesarios para que usted comprenda cómo he llegado a ser lo que soy, habiendo salido de esa familia burguesa, y también se explique cómo he podido conservar ciertas maneras de sentir, que han dictado mi conducta para con mi hijo... Yo tenía una bonita voz. Mi madre, que me idolatraba, se puso a soñar para mí una carrera de gran cantatriz. Me hizo entrar en el Conservatorio. Ya le he dicho, señor, que estoy decidida a serle absolutamente franca. Tengo necesidad de que usted me crea, usted y también el señor. De nuevo me suplicó con la mirada. ¿Qué ayuda podía yo prestarle? Continuó: A los dieciocho años, yo era alegre, aturdida, ligera. No tenía ambición... A pesar de mi bonita voz, yo no era una verdadera artista. Era sentimental y débil... Cometí la locura de enamorarme de uno de mis camaradas. Trabajé mal y perdí el premio. Mi camarada perdió el suyo. Le ofrecieron un contrato en un music-hall. Me hizo entrar en él, con la natural desesperación de mis padres. Los dejé para vivir con él. Fué uno de esos hechizamientos, una de esas sugestiones, cuyo vértigo no se explica cuando ya ha pasado. La señorita Suzanne Barberon no era la gran cantatriz de los sueños de mi madre. Era, y para siempre, la señorita Suzy d'Or.

Visiblemente, la hija del empleado del **Grand Comptoir**, la nieta del oficial había hecho un gran esfuerzo para consumir esta confesión. Pero quería ser cruda, ¿y acaso la humillación de ciertas confesiones no era una garantía de su sinceridad? Para mí, la verdadera prueba de esta sinceridad estuvo en su cambio de acento, cuando abordó la parte de su existencia en la cual estimaba no tener motivos para enrojecer. Continuó pues:

—Fué en el café concierto, y más tarde, mucho más tarde, cuando encontré a Amadeo. Yo era muy desgraciada en ese tiempo, y mi primer amante me explotaba indignamente. La afección que me demostró su hermano, señor, me dió fuerzas para libertarme. Me atrevo a desir que a despecho de la irregularidad de mi situación, yo merecía ser amada como él me amó, y, yo también, yo lo amé verdaderamente. Amadeo, señor, ha podido tener muchos defectos. Yo he podido sufrir cruelmente después, cuando le ví destruirse como lo hizo, por el juego y la bebida. Pero tenía corazón, mucho corazón. Cuando, después de dos años de vida común, quedé en cinta, se casó conmigo. Les decía hace un momento que le había conocido demasiado tarde. Llegaba a ese matrimonio después de haber vivido con otro hombre. El mismo, él se casaba con su querida, una cantante de café concierto, después de haber sido agente de seguros, corredor de la Bolsa y secretario de teatro. Entoncees era agente de vinos, al servicio de una casa de Burdeos, y tenía el proyecto, que realizó más tarde, de dedicarse a los avisos. El y yo, éramos dos burgueses descasados. Ambos lo sentíamos con harta amargura. Cuántas veces Amadeo me ha descrito, con lágrimas en los ojos, el interior de vuestros padres! Yo misma, al salir de escena o al entrar en ella, cuántas veces no he recordado, con el corazón atingido, nuestras reuniones de familia y su honorabilidad! Delante de la cuna de nuestro hijo, esa impresión de nuestro destino fracasado se exasperaba más aún, hasta producirnos casi un remordimiento el haber infligido la vida a ese inocente, sobre quien pesaría nuestro descrédito. Juzguen ustedes, qué impresión de dulzura me produjo la llegada de mi madre a casa, algunos días después de mi alumbramiento. Yo no la había vuelto a ver, después de mi falta y de mi contrato en el café concierto. Yo le había escrito de mi matrimonio. Ella no me había respondido. Fué, pues, sin esperanza como le anuncié el nacimiento de mi hijo. Ella venía, empujada por un irresistible deseo de ver a su nieto, y también por piedad. ¡Piedad por mí, porque, conociéndome, sospechaba que mi vida no era feliz! ¡Piedad por ese niño, que nacía en condiciones tan obscuras, tan inquietantes! ¿Cómo le educaría yo, con mi oficio? ¿En qué medio? Había obtenido noticias sobre Amadeo, y lo que supo aca-

baba por angustiaria. Esa ansiedad sobre el porvenir moral y social del pobre pequeño sér, fué constante asunto de nuestras conversaciones durante las visitas que mi madre continuó haciéndonos, a escondidas de mi padre, a mí y a mi marido. Pues la excelente mujer había consentido en conocer a Amadeo. Habíamos mandado criar a nuestro hijo en los alrededores de París. Mamá encontraba el medio de irle a ver más a menudo que yo misma, de tal modo que un día,—el niño tenía dos años y nosotros vacilábamos en llevarle a nuestra casa,—ella me dijo: He hablado a tu padre. Está de acuerdo conmigo. Ustedes no pueden educar a Julio, tú con tu profesión, tu marido con su carácter. Démenlo. Y se lo dimos. . .

Guardó silencio un instante, como recogiendo sus fuerzas, antes de pronunciar palabras de trágica importancia para ella. Después, temblorosa:

—Señor, este niño tiene hoy día dieciséis años. Mi madre ha cumplido su palabra, lo ha educado admirablemente, con mi padre primero, después cuando quedó viuda, sola. Le ha costado trabajo. Había en él de bueno y de malo. Pero ha triunfado lo bueno. Julio, señor, es un niño de quien vuestro padre hubiese estado orgulloso. Inteligencia, delicadeza, sensibilidad, maneras, lo tiene todo. Ya concluyó sus estudios en el liceo Carnot. Jamás ha dejado de ser el primero en su clase. Mamá lo ha puesto ahí, porque habita muy cerca, calle Dulong, en Batignolles. Cuatro veces por día, durante años, ella le ha llevado y le ha ido a buscar al liceo. No lo haría ahora, aún cuando Julio fuera todavía el muchachito de entoncees. Está bien vieja, bien enferma. Ha tenido dos ataques el otoño último. Está a merced de un tercero, y semi-paralítica. No tiene sino muy poco tiempo de vida. El doctor no me lo ha ocultado. Ella se da cuenta de su estado, y se atormenta por el porvenir de Julio. Entoncees, na pensado en usted como en la sola persona que pudiese acabar su obra. Me ha pedido muchas veces que le escribiera. Me ha dicho: ¿Lo que yo he hecho por mi nieto, rebusará hacerlo el señor Blas Marnat por el nieto de su padre y que lleva su nombre?—Supe, señor de su presencia en París por el primo de Laschamps con quien estoy en correspondencia, siempre a causa de Julio, y por conservarle un contacto con la familia. Lo comuniqué a mi madre,

y ella me dijo: Anda a verle. Por eso estoy aquí, señor; he venido a suplicarle que reciba a ese niño bajo su protección. Encárguese de él, señor. Tómelo. No tiene padre. Tampoco tiene abuelo. Su abuela está muriéndose. Yo, su madre, no puedo mezclarlo en mi vida. He dicho que sería absolutamente franca con usted. Después de la muerte de Amadeo, he rehecho mi vida. Tengo un amigo, que me quiere mucho y a quien no podría dejar como no puedo dejar el music-hall. Mi oficio es mi ganapán. Mi amigo es mi interior. Usted me dirá: ¿Por qué, amando a su hijo, no se ha ido a vivir con su madre? ¿Por qué? Porque a la muerte de Amadeo, ya amaba al otro. ¡Sí usted supiera lo que ha sido esta muerte de Amadeo, y los meses que la antecedieron! Ha terminado alcohólico, con espantosas crisis de excitación y de visiones... tomando una ventana por una puerta, un taburete por un perro, un sillón por una persona... Eran estupores alternados con crisis nerviosas, y en las últimas horas, convulsiones... Fue horrible, horrible!... ¡Ah! señor, es preciso evitar que Julio tome el camino de su padre! ¡Puede ser tan distinguido, tan bueno, tener tan hermosa vida, tan útil! Y en París, solo, cuando sepa mi oficio sobre todo—pues ahora no lo sabe—y la historia de su padre y todo lo demás, que encuentre una mala mujer, y está perdido. Y en seguida, ¿hacia qué carrera dirigirle? ¿Hacia qué escuela? Yo, señor no sé, no puedo. ¡Usted sí!... Usted conversará con él, solamente un cuarto de hora, y sabrá que no le miento, y será usted entonces quien me lo pedirá. Sería una desgracia tan grande, que este muchacho tan recto, tan bueno, tan encantador, malbaratara su existencia, y en París, le revito, se perderá. Señor, consienta en verle. ¡Ha sido educado en tal respeto por su tío! Vendrá a usted con toda confianza. Déjeme traerlo.

—¿Ha concluido usted? dijo Blas Marnat, cuando la suplicante se hubo callado. Y repitió: ¿Ha concluido usted? En el sonido ahogado de su voz, en el brullo de sus ojos que despedían llamas, en la contracción terrible de los músculos de sus mejillas y de su frente, en su puño crispado dispuesto a golpear, comprendí por qué me había pedido que le asistiera en el curso de esta conversación. El frenesí de la cólera lo invadía. Luchó algunos segundos, y luego levantándose, mostró la

puerta, y fuera de sí ya, gritó: ¡Salga, salga pronto!

Aquella a quien se dirigía esta orden furiosa se había levantado también. La cantante de café concierto que, por propia confesión, se había tan tristemente degradado, me apareció repentinamente como revestida de una dignidad singular. Comprendí que había sido verídica, íntimamente, completamente verídica, en el extraño paso que había dado. Esta verdad hacía que en ese minuto, por una contradicción evidente, esta infeliz, en frente de su cuñado, con ser tan probo, tan rectilíneo, representaba la Familia. Esta escena tenía algo demasiado doloroso, y no pude dejar de intervenir.

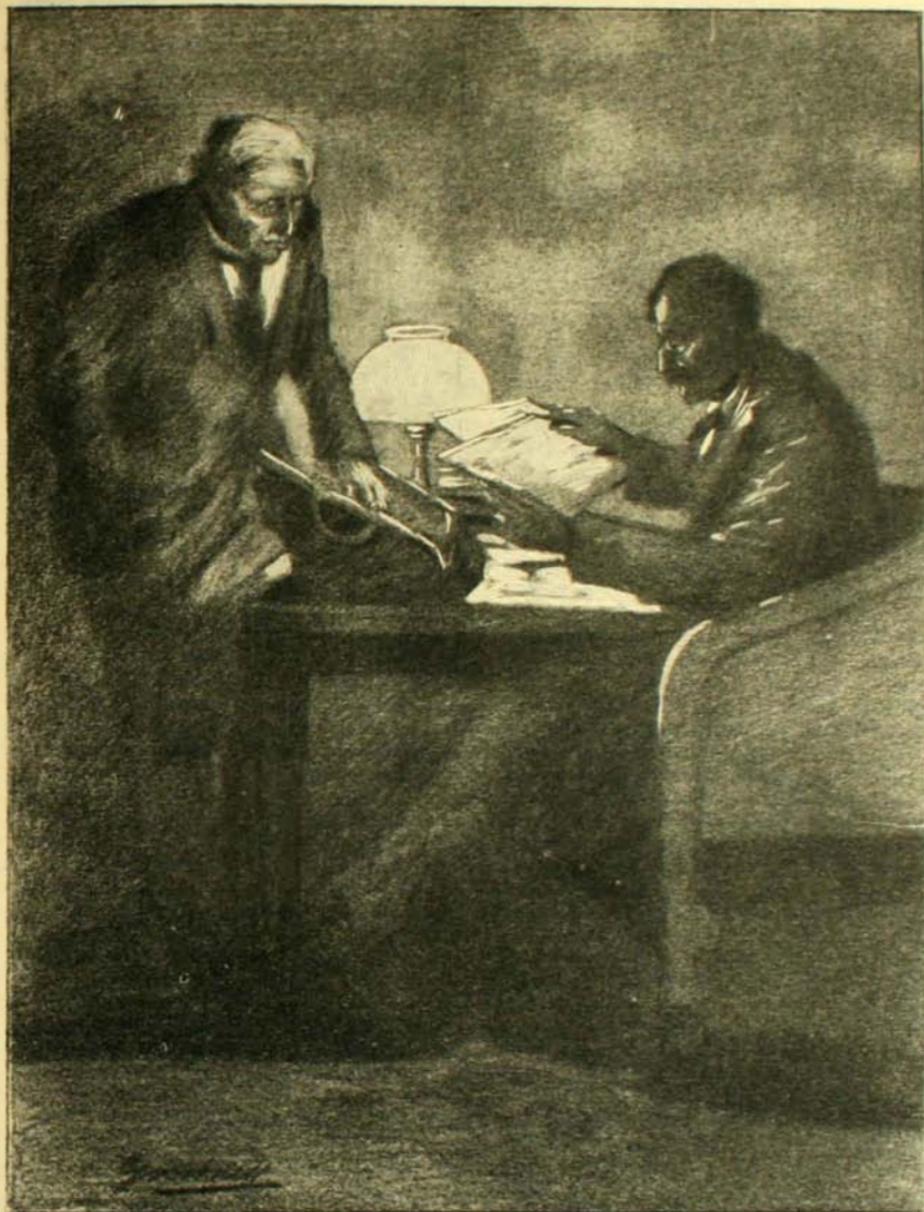
—Cálmate, amigo mío, dije a Blas, poniéndole la mano en la espalda. La señora no ha dicho nada que justifique esa indignación... Y usted, señora, no insista. Usted sabe lo que ha sufrido el señor Marnat. Usted ha tocado, sin darse cuenta, un sitio muy enfermo en un corazón muy herido. Retírese.

Ella se había quedado siempre de pie, inmóvil, y sin responderme, hablando como para consigo misma, profirió simplemente estas palabras:

—¡No me ha comprendido!

—¡Déjame! exclamó Blas, apartándose. Tomó su brazo derecho con la mano izquierda y tocó su puño mutilado: ¡Ya pasó! Después, volviéndose hacia la viuda de su indigno hermano, con la voz siempre dura, pero calmada ya: “Sí señora, he comprendido perfectamente. Usted se ha dicho: Hé aquí un anciano que ha perdido a sus hijos y que va a terminar su vida solo. Voy a llevarle a mi hijo. Se dejará conmovido. Lo tomará, y si no lo toma, es rico, y algo podré sacar de él. Señora, no quiero discutir, verificar nada de lo que usted me ha relatado. Todo me es igual. Sé que tiene usted un hijo que es el hijo de mi hermano, del hombre que más me ha hecho sufrir en la vida. Esto basta para que yo no quiera ver jamás a ese muchacho. Usted me oye: jamás, jamás. Es perfectamente inútil que usted ensaye hacerme volver sobre esta decisión. Váyase, señora. Usted misma ha podido comprobar en qué estado de irritación me ponen los recuerdos que usted ha evocado. Sírvalle de excusa el no saber lo que mi hermano ha sido para mí.

—Y usted—le respondió ella mirándole la



En tanto yo me dedicaba a descifrarlos Blas Marnat colocaba piadosamente sobre la mesa el contenido de la maleta.

fijamente, ¿está usted seguro de saber lo que usted ha sido para él?—Y atravesando la puerta, sin dejar de tener a su interlocutor bajo su triste y apasionada mirada: Pero lo sabrá. Usted lo sabrá.

IV

—Lo que yo he sido para él!... me dijo Blas, cuando se cerró la puerta sobre la silueta, primero tan humilde, y después,

súbitamente, tan ásperamente agresiva de la visitante. "Es lógico. Ese malvado debía hablar de mí en esos términos! Cualquiera día sabremos que he sido yo quien le llevaba al café, a las cantinas y a casas de mujeres... ¡Qué lodo, amigo! ¡Qué lodo!... ¡Lo que yo he sido para él!... Tu lo has oído, y: Usted lo sabrá... De modo que esto no ha concluido... ¿Qué es lo que yo sabré?... " Reflexionó un instante, y en seguida, con amargura: "En eso hay una amenaza."

—¿Qué amenaza?, pregunté yo, admirado de una turbación tan contraria a su disciplina habitual. "¿Qué puede ella hacer?"

—Un segundo ensayo de chantage, puesto que el primero no ha tenido buen éxito, o de venganza...

—No lo creo, dije a mi turno. La he estudiado bien mientras te hablaba. No es una mujer mala. Es una burguesa desviada, demasiado débil para regenerarse y que ha puesto sobre su niño toda su concepción acerca de la vida honrada y decente.

—¡Veamos! interrumpió él vivamente. "Es una pécara que tiene o cree tener un arma contra mí... ¿Cuál?... " Y como hablando consigo mismo: "¿Cartas de mi padre, quizás, que me probarían que ese miserable de Amadeo había logrado engañarlo acerca de nuestras relaciones? ¡La última gota del cáliz!... Ya he bebido bien el resto... ¡Y han puesto a ese niño el nombre de Julio! continuó dirigiéndose a mí de nuevo. ¡Julio, el nombre de mi padre!... ¿Es acaso el hijo de Amadeo?... Y esa historia de ese muchacho educado por una virtuosa abuela, al abrigo de las torpezas de sus padres. ¡Qué cuento para hacer dormir! El cálculo es demasiado claro, claro hasta ser imbécil. Es el proyecto de captación más caracterizado... ¡Y esta criatura ha conseguido casi quitarme la calma!... Sí. Sin tu presencia, la tomo en mis manos como lo hice otra vez con Amadeo, y la arrojé por la escalera. El ha debido hablarle de mis cóleras. ¿Quién sabe si no contaba con eso para un juicio y una fuerte indemnización, en caso que yo hubiese llegado hasta golpearla? Su amante y ella han debido buscar el Código Penal, y descubrir el artículo 309 sobre lesiones graves... Tú estabas ahí. Muchas gracias. " Me apretó fuertemente la mano. " ¡Pero qué hay de verdad en esta otra historia, la de los papeles y libros de papá? Existen, es evi-

dente, de otro modo no hubiera hablado de ellos. Los habrá traído para conquistar mi buena voluntad, y luego los ha vuelto a llevar consigo. Vamos a verlo. Se puso en comunicación con la oficina del hotel.

—Parece, dijo que hay abajo una valija para mí.

—Ahora la suben.

Algunos minutos después, el mozo depositaba en la pieza una pobre maleta de cuero, sobre la cual quedaban aún restos de etiquetas con nombres de estaciones:

—"La valija de las giras de Mlle Suzy d'Or... ", dijo Blas. "¿Qué receptáculo para las reliquias de un Julio Marnat!"

La llave de la maleta pendía de la manilla, por un cordón que el hijo indignado comenzó a desatar con un temblor en los dedos que revelaba el horror que le producía semejante profanación. Acabó de abrir la cerradura y dió un grito: Son los papeles, cuando un nuevo golpe dado en la puerta lo interrumpió. El mozo volvía con una carta. Blas la tomó y la observó largo rato antes de abrirla:

—"Un gran sobre..." dijo. "Sin otra dirección que mi nombre... Es de esa mujer, estoy seguro... Hay un espesor de papeles adentro. ¿Qué te había dicho? Son cartas de mi padre... Tengo ganas de fírrar el paquete al fuego como está... Pero no. ¿Cuánto le gustaba decir a ese pobre padre:

"Durum, sed levius fit patientia..."

Con su única mano, y sirviéndose de su dedo meñique como de un corta-papeles, abrió el sobre. Contenía otros tres sobres más pequeños, abiertos, con timbres de correo. Blas leyó en alta voz las direcciones:

—"Señorita Suzy d'Or, Casino, Neris.— Señorita Suzy d'Or, Concierto Rosa, Marsella...—Señorita Suzy d'Or, Scala, Nantes... Es la letra de mi hermano... Esta vez no cabe duda."

Se dirigía a la chimenea, en la cual una llama clara danzaba alegremente. Lo sujetó:

—No tienes derecho para destruir esas cartas sin leerlas, le dije. "Acabas de evocar a tu padre. ¿Qué hacer de su adagio favorito: *¡Audiatur altera pars?* Para ser justo, es preciso escuchar a las dos partes. Si esa mujer te envía estas cartas de tu hermano, es porque esa correspondencia habla por él. Y entonces..."

Vaciló un segundo, y luego alzando las espaldas:

Las mentiras de un muerto son siempre mentiras. Verdad es que ya no puedo despreciarle más...

—**Audiat altera pars**, repetí yo.

—¡Bien!, me dijo tendiéndome los sobres, “lee tú esas cartas, en tanto concluyó de verificar el contenido de la maleta... Mira”, y me pasó un pequeño volumen empastado; “¿Reconoces el **Horacio** que papá llevaba tan a menudo en su bolsillo?” Y abriéndole: “**Parisiis apud Simonem Colinoeun**, 1543... Amadeo sabía de qué goce me privaba guardando esos volúmenes y esas notas. ¡Ah! qué alma más villana!... Pero lee esas cartas. Si, aunque improbablemente, ellas contienen algo que sea interesante, me lo dices...”

Estaban amarillentos, arrugados, esos sobres. La cantante en gira les llevaba de seguro en su corsé, entre dos “números”, en los bastidores de provincia adonde la condujeran los sueños de ambición teatral, alimentados por su ingenua madre. Los timbres del correo fechaban estas misivas, una en 1902, otra en 1908, la tercera en 1912. Comencé a leerlas en este orden. La escritura era desigual, sin una letra enteramente hecha, como trazada con una punta de aguja, en el sobresalto neuropático de los dedos y del pensamiento. En tanto yo me dedicaba a descifrarlas, Blas Marnat colocaba piadosamente sobre la mesa el contenido de la maleta, y hojeaba, él también, las notas de su padre. Una atmósfera de soledad llenaba para mí ese vulgar salón de hotel, en ese minuto. Era como si los fantasmas de aquellos que habían ennegrecido esas páginas nos observaran leyéndolas. Pero, hé aquí, copiadas tales cuales eran, las cartas que yo tenía delante de los ojos.

\*\*\*

“París, 25 de agosto de 1902.

Mi querida Suze,

He tenido un gran gusto al saber tu buen éxito en Royat, con esas canciones populares que tú dices tan bien. ¿Cuándo te oiré cantar de nuevo:

Tous les jours je m'y promène  
tir-ton joli bas de laine,  
Tout le long d'la verte Seine,  
Tir-ton, tir-ton joli bas,  
Tir-ton joli bas de laine,  
Car on le verra...

Y esta otra:

Pan, pan, Margot, au lavoir,  
Pan, pan, a coups de battoir,  
Va laver son coeur  
Tout noir de douleur?

Al trascribir estas lindas canciones, las entono y me parece verte, entre los aplausos y los ramos de flores. Espero que ya estés fatigada de esa vida de hotel, de expresos y de vigiliat, y que me traerías en tres semanas más a una linda Suze, con las mejillas no muy hundidas, no muy pálidas, en fin, una Suze no demasiado “infantería inglesa”.

Me dices que has aprovechado de tu permanencia en Royat para ir hasta Lascamps, a visitar al primo Eduardo, al querido primo en quien revive el corazón de mamá. Voy a escribirle para agradecerle la amistad que nos presta. Ese montañés en sandalias tiene menos prejuicios tontos que los grandes burgueses intelectuales, del tipo de mi hermano el ingeniero. Y, a propósito de este último, déjame decirte que no seguiré ni el consejo del primo Eduardo ni el tuyo. Estaré en la agonia y no pediré nada, nada, nada, nada a mi hermano. Te digo también que no tengo el menor deseo de devolverle esos papeles y esos libros de papá, en los cuales tú ves un medio de reanudar nuestras relaciones. Desde luego, esos papeles son míos, con tanta o más razón que de él. Yo era quien vivía con papá, en tanto que él, Blas, corría el mundo y hacía fortuna. Fui yo quien le cuidó en su última enfermedad. Es, pues, legítimo que yo me haya atribuido esos libros y esos cuadernos, que no tienen otro valor que el del recuerdo, pero aun cuando no me pertenecieran, preferiría destruirlos antes que dárselos. Lo odio demasiado.

Tú me has reprochado a menudo este sentimiento. Tú no te das bastante cuenta—y sin embargo te lo he dicho tantas veces!—que todas las calamidades de mi vida las debo a Blas. Esto comenzó cuando éramos muy pequeños. El nació robusto, yo débil. A los seis años, a los siete, a los ocho, ya tenía él ese gusto de corregir, de morigerar, que no era todavía sino una forma inconsciente de su orgullo, antes de convertirse en hipoquería. ¿Salfamos de paseo? El exigía que anduviese tanto como él. Si yo estaba cansado, me avergonzaba. ¿Jugábamos? Era lo mismo. No me perdonaba ningún desfallecimiento, ninguna torpeza. ¿Le discutía? se ponía colérico y me golpeaba. El triunfó en sus clases. A mí en cambio me costaba trabajo para fijar mi atención. Si me aplicaba, me dolía la cabeza. Yo no tenía mucha memoria. Esto aún, Blas me lo reprochaba, me brutalizaba. “Se puede todo lo que se quiere”, me respondía, cuando me quejaba de la

dificultad que tenía para retener una lección o concluir pronto un deber... Junta a eso la humillación, tan dura para un muchacho nervioso y demasiado sensible: no había una sola persona que no me dijera, desde el profesor hasta el último mozo, incluyendo a mi padre: "tome por modelo a su hermano." Mamá era la única que adivinaba el malestar que me infligía ese continuo elogio de mi hermano mayor, a mis expensas. ¡Oh! no quiero hacerme mejor de lo que soy. Tengo una cualidad que falta a Blas: Soy franco conmigo mismo. No convierto mis vicios en virtudes, no disfrazo malos sentimientos. Cuando los tengo, me los confieso y los digo. Es menos abyecto. Me he puesto envidioso de mi hermano, villanamente. bajamente. ¿Quién tiene la culpa?

Había en el patio del colegio dos árboles, — los veo todavía, — muy juntos, y plantados cerca del muro del fondo. Aquel que se hallaba contra ese muro se descoloraba, se ponía cada día más delgado, más débil. El otro le robaba su aire y su sol. Crecía y engruesaba a expensas de su vecino. Por una fantasía de niño, yo llamaba a ese árbol devorador, Blas, y Amadeo al más pequeño. Y era verdad que, moralmente, casi físicamente, mi hermano me tomaba mi aire y mi sol. Que hubiese sido menos recto, menos severo, que me hubiese mostrado un poco de gentileza indulgente, y estoy seguro de que ese germen de envidia hubiera abortado. Porque envidiándolo yo le admiraba, y, por una reacción irresistible de mi sér más íntimo, me aplicaba en destruir en mí esas cualidades que me maravillaban en él, en vez de adquirirlas. Durante todos esos años de nuestra común infancia y de nuestra juventud, he sentido, he pensado, he vivido contra él. ¡Enunciaba él una idea? Yo tomaba inmediatamente el punto de vista opuesto, — y esto para mí, pues exteriormente no me atrevía. Me intimidaba. Me paralizaba. Muchas veces, cuando muy pequeño, me había golpeado, acabo de decirlo, en uno de esos accesos de cólera que son con el orgullo, una de sus taras. El recuerdo de esos golpes me ponía, en su presencia, en un estado de temblor instintivo, el del perro castigado que se recoge en sí mismo, que se acuesta. ¡Ah! Cuánta vergüenza hubiese tenido Blas de verme delante de él en esa actitud de temor, si hubiese tenido un poco de corazón! Se irritaba, por el contrario. Me trataba de Tartufo, y de afeminado, cuando me sorprendía acariciando a mi mamá. Debí

comprender que esos dos movimientos: mi retracción respecto de él y mi actitud expansiva respecto de mi madre, procedían de una misma necesidad, la de escapar a su despotismo, a ese yugo de severidad implacable que hacía pesar sobre mí, en el colegio y en la casa... Pero, ¿a qué renovar ese suplicio de tantos años, refiriéndotelo, por la centésima vez quizás? ¿Me lo creerás? He soñado, esta noche, que tenía doce años, y que estaba todavía bajo la férula del tirano, y esto porque en tu carta, me trasmitías el consejo del primo de Laschamps. Esta pesadilla ha sido tan penosa que aún la guardo como una obsesión. Mirame, mi deliciosa Zette, con esos ojos que amo tanto, y perdóname que haya obrado como en tu canción:

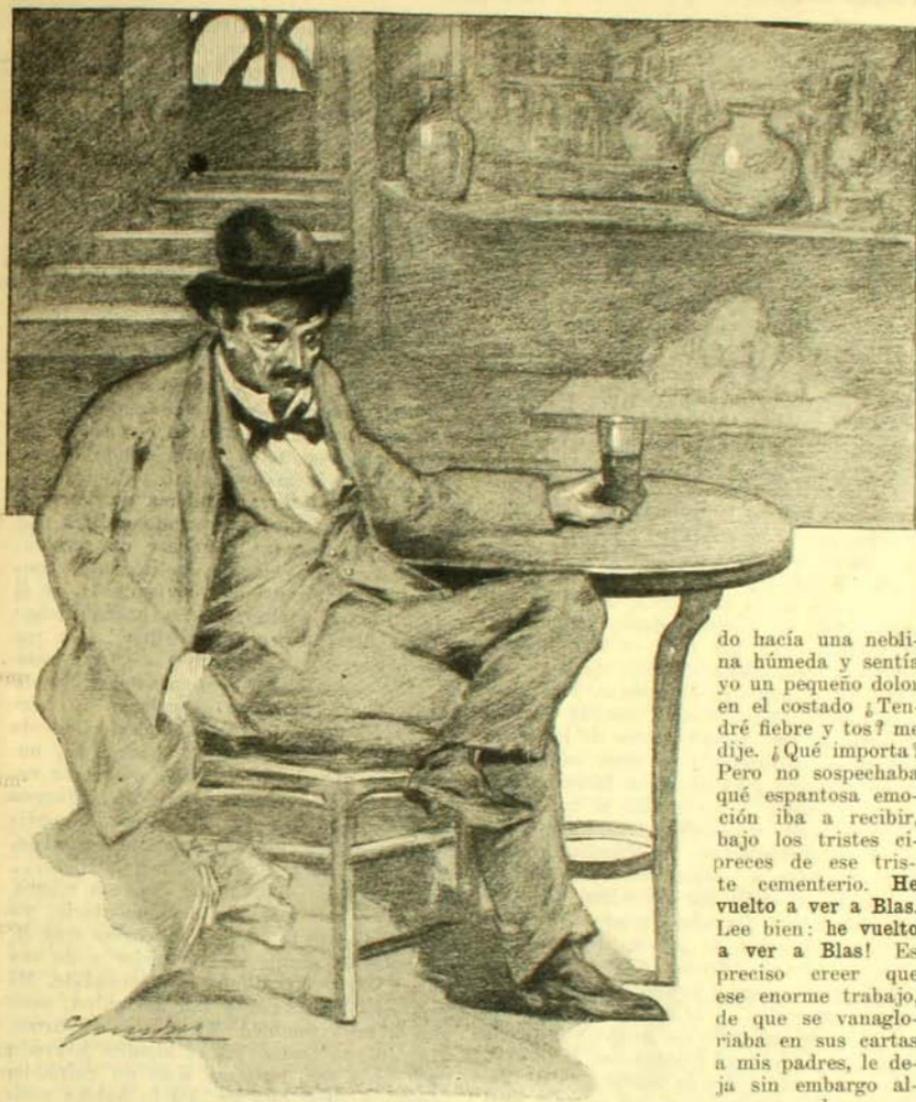
... Que l'on mette mon coeur  
Dans une serviette blanche  
Qu'on le porte a ma mie  
Qui demeure au pays,  
En disant: C'est le coeur  
De votre serviteur."

Y además, en este pobre corazón que te lleva esta carta, hay algo más que ese rencor inexplicable contra mi mal genio. Hay la felicidad de haberte encontrado de nuevo y de que tú me quieres. Hay mi reconocimiento por tu querida madre, que tiene verdaderamente el alma de la mía. Puedo darte de ella, felizmente, las mejores noticias. La he visto ayer, en casa de la nodriza del chico, que prospera, él, magníficamente. Esta nodriza dice que se parece a mí. ¡Quisiera Dios que, si hemos de darle un hermano, que no encuentre en ese hermano uno semejante al mío, que le destruya la vida como Blas destruyó la mía! Vuelvo sobre lo mismo. Tus ojos, tus queridos ojos, mi Suzel! Déjame besarlos largamente y que mi ángel rubio exorcice mis diablos negros.

Tu marido.—A. M."

"París, 1.º de noviembre de 1906

¡Cuánto tarda en concluir este día, mi buena amiga, y cuánta falta me haces! Has partido justamente en el momento en que vivíamos de nuevo de corazón a corazón, después del malentendido de este verano. Yo había bebido demasiado esa noche. Pero no hubiera bebido de no estar tan triste. ¡Después de mi pleuresía, imposible me fué encontrar un negocio, un corretaje, un anuncio! Había esperado que un golpe de baccarat me permitiría llevar-



do hacia una neblina húmeda y sentía yo un pequeño dolor en el costado ¿Tendré fiebre y tos? me dije. ¿Qué importa? Pero no sospechaba qué espantosa emoción iba a recibir, bajo los tristes cielos de ese triste cementerio. **He vuelto a ver a Blas.** Lee bien: **he vuelto a ver a Blas!** Es preciso creer que ese enorme trabajo, de que se vanagloriaba en sus cartas a mis padres, le deja sin embargo algunos descansos. El viaje es largo entre París y

Cuando la tengo delante de mí, mi copa yrede, y la miro, la sonrío como a mi única amiga.

te algo de dinero... En fin, tú has terminado por comprender, me has perdonado, y yo puedo nuevamente conversar contigo, de corazón a corazón. ¡Y tengo tanta necesidad de hacerlo!

Una palabra te lo dirá todo: hoy, primero de noviembre, he querido, como todos los años, ir a Montparnasse, aun cuan-

Valparaíso, donde él tiene sus negocios. Y no sólo es la venida. También la vuelta. El oficio de ingeniero,—tengo hace tiempo esta idea—, es la labor de los otros, de los obreros y de los contramaestres. Para abreviar, está en París. Cuando me acercaba a nuestra tumba, le reconocí. Estaba ahí con una mujer,—su mujer evidente-

mente,—y dos niños,—sus niños. Mi primer movimiento fué el de continuar mi camino, e ir, yo también, derecho a la tumba. Porque, en fin, es mi derecho. Yo soy, tanto como él, el hijo de los que ahí duermen. Pero he aquí que una sensación más fuerte que mi voluntad me hizo demorar el paso y después pararme. La timidez paralizante, que sufría tan a menudo antes al aproximarse este hombre, me detuvo. Me encontraba dominado, inmovilizado, por este ascendiente, hecho de golpes con que me aporreó cuando niño, y de los reproches con que me aplastó más tarde, hecho de su personalidad sobre todo, de ese no sé qué de superior que siempre le ha puesto sobre mí. Le veía de espaldas solamente, y sus anchas espaldas envueltas en un abrigo que engrosaba todavía más su fuerte textura. ¡Qué contraste con mis tiritones de enfermo ya encorvado, helado bajo el pobre sobretodo del año pasado, que no he renovado porque te prometí ponerme serio y no aumentar la cuenta del sastre! Todo, en su persona, decía del triunfo, de la afirmación de su personalidad, de su riqueza, desde la manera de taconear con sus zapatos bien hechos de doble suela hasta el corte de sus vestidos. Yo entiendo en elegancias. Este gusto me costó bastante caro, cuando no era el pobre diablo, gastado antes de la edad, que ya no se preocupa de tener rodilleras en su pantalón y zapatos con tacos usados hasta el cuero... Su mujer y sus hijos,—dos muchachos,—tenían ese aspecto confortable de las familias ricas. Ella era delgada y alta, con un mango y paletó de astracán, los chiquillos, vestidos con sobretodos forrados, mostraban pantorrillas desnudas de sólida musculatura. ¡Pobres niños! Adivino a qué entrenamiento de gimnasia el tirano de su padre les habrá sometido... ¡Cuánto tiempo me quedé así observando ese grupo y los ojos de triunfo de Blas? Porque era esto para mí, su estación sobre la tumba de familia, de la cual me expulsaba con su sola presencia, puesto que yo no me atrevía a imponer la mía. En un instante, él dió la señal de partida. Los cuatro se volvieron. Presa del mismo desfallecimiento interior, yo me disimulé entre dos capillas funerarias para verles pasar. ¡Qué seguridad y qué robustez en su marcha! Ninguna traza de vejez en su rostro más lleno, de mejor color que antes. Y su mujer, ¡qué hermosa, muy morena con la cálida palidez ambarada de las españolas de América!

Cuánta ternera en la manera de apoyarse en el brazo de su marido y de hablarle. Ella lo veía, lo creía seguramente emocionado—no se está verdaderamente cuando no se tiene sino orgullo,—y ella le consolaba. ¿Quizás le hablaba de mí? No la ha llevado al cementerio y a nuestra tumba sin hablarle de la familia. Me habrá nombrado para decirle que yo he sido uno de los pesares de su vida. Y fué él quien, en ese mismo cementerio, por un gesto implacable, y delante de esa tumba, me arrojó, definitivamente y para siempre, en el abismo!

Te he contado a menudo, amiga mía, con qué buena fe, en el lecho de muerte de mi padre, yo había jurado a ese hombre tan recto, tan bueno, que cambiaría mi vida, que me reformaría. Sí, yo había tomado esta resolución en el fondo de mi corazón, con lo mejor de mí. ¿Cambiar mi vida? ¿Cómo? Arrancándome de París y de sus tentaciones, suplicando a Blas que me llevase, que me emplease en sus oficinas, como secretario, dactilógrafo, contador, como obrero de sus canteras, si él quería, para probarme. Yo había dicho: "Le hablaré en cuanto llegue". No me atreví. Siempre ese terror que sufría ante él. En seguida había pensado: "En la tumba". Un hermano escucha a su hermano delante de la fosa adonde acaban de descender el ataúd de su padre. El, no. ¡Ah! esa mirada de verdugo, ese feroz rehusamiento de perdón!... Fué entonces cuando me desesperé. Tú sabes la continuación y qué pingajo humano recogiste, mi pobre amiga, cuando me quisiste... ¡Dios mío! Si a pesar de eso, esa misma tarde, en esa alameda de cementerio, yo hubiese tenido la energía de correr tras él, de gritarle delante de su mujer y de sus hijos: "Mírame. Mucho he descendido. Mi vida está fracasada y por mi culpa, pero por la tuya también. Tú podías salvarme, y no lo has hecho. Tú, el hombre honrado que crees ser, no eres sino un culpable, como yo, peor que yo. Tú lo habías recibido todo de la suerte, yo tan poco, y no me has ayudado, no has tenido piedad!... ¡Qué habría respondido él? ¡Habría visto claro por fin en el horrible egoísmo de su justicia? Pero no salí de mí escondite. No me vengué. No lo herí, y yo lo podía, en el respeto, en la admiración que le tienen estoy seguro, su mujer y sus hijos. ¡Sabe imponerse de una manera! Yo valgo más que él, porque yo no deseo que sea castigado en esa mujer y esos hijos, simpáticos

seres a quienes veía trotar por entre las piedras tombales. Uno de ellos se llama, ciertamente, Julio como nuestro niño, a quien no tendremos nada que dejar cuando partamos, ¡En cambio éstos!... Son, sin embargo, de la misma sangre. ¡Ah! qué peso llevo sobre mi corazón, esta tarde, mi Suzy, todo el peso de mi destino! ¿No valdría más que yo estuviese con mi padre y mi madre, en esa tumba donde ya no sufren? Tú eres bastante joven, tú, para conocer mejores días, un poco de esperanza, un alma ligera! ¡Ah! Susana, Susana! quédate conmigo hasta que el fin llegue. No tardará mucho.

2 noviembre.

Releo esta carta y me pregunto si debo enviártela. Sí, ella te causará pena, por lo cual te pido perdón, pero hablaré por mí, si exigo algún día bajo la espantosa esclavitud. La recordarás. Comprenderás mejor qué tristezas tengo que olvidar, y estimarás en lo que vale el que no haya entrado al café al salir del cementerio a aplastarme con alcohol, y ahogarlo todo. He resistido, pensando en mi Susana a quien beso de corazón.

A. M."

"París, 8 de agosto de 1912.

Susana,

El doctor Chaffin sale de casa. No me ha ocultado que venía por pedido tuyo. Parece que el temblor de mi letra, en mis últimas cartas, te ha inquietado. Decididamente, hija mía, me tomas por un imbécil. Sábetete que leo muy bien tus intenciones. Chaffin ha puesto un poco de vaselina, como ellos dicen. No tiene aire de mucha maldad lo que me propone: retirarme a una casa de salud donde se me trataría por un nuevo método, con serum de caballo alcoholizado,—déjame reír un poco,—que contiene una antiétilina que ingerida produce el asco por el aguardiente. He escuchado bien la receta, tú lo ves. La guardaré por si me es preciso ensayar sobre alguno el mismo engaño. Porque es un engaño y no muy difícil de adivinar. Tú estás harta de mí. Te molesto y quieres hacerme encerrar. Dilo pronto, mejor. Blas tenía ese valor, el de la franqueza. El me perseguía abiertamente. Era más decente.

¡Pues bien! No, y no, y no; no me de-

jaré encerrar. No estoy loco y ni tú ni tu doctor conseguirán que lo esté. Puede tragárselo él, si te interesa, su serum de caballo borracho. ¡Tienen buenas ocurrencias esos doctores! ¿Producirme el horror al alcohol? Pero si no tengo sino eso de bueno y de hermoso en mi vida. Cuando la tengo delante de mí, mi copa verde, y la miro, la sonrío como a mi única amiga. Es de color esperanza, y no me ha mentado jamás, no me ha idiotizado de moral. Algunos tragos y estoy en el paraíso. Blas, el afortunado, no es más feliz con su fortuna de la cual no ha enviado una migaja a su pobre hermano. Pero, es que al pobre diablo de su hermano no se le da nada, en su taberna de Montmartre, cuando, al calor, en invierno, cerca de la chimenea, al fresco, en verano, sobre la terraza, está en tren de emborracharse de olvido.

No, hija mía, no me internarás. Y si te obstinas en ese hermoso proyecto, ten cuidado. Yo soy el padre del niño. Somos casados y hay un código que me da derechos sobre él. ¿Internarme? El llamado Blas también había pensado en eso. Me había amenazado con Mettray, un día, y fué ese día también cuando tuve mi más grande aventura de juventud. Es mi naturaleza. Con dulzura, todo lo que se quiera. De otra manera, nada. Acuérdate: cuando tú eras gentil conmigo, no te diré que no bebía nada, pero me moderaba, me sujetaba. Ahora has comenzado el régimen de hacerme escenas a lo Blas. Ya ves el resultado.

Nada más tengo que decirte,

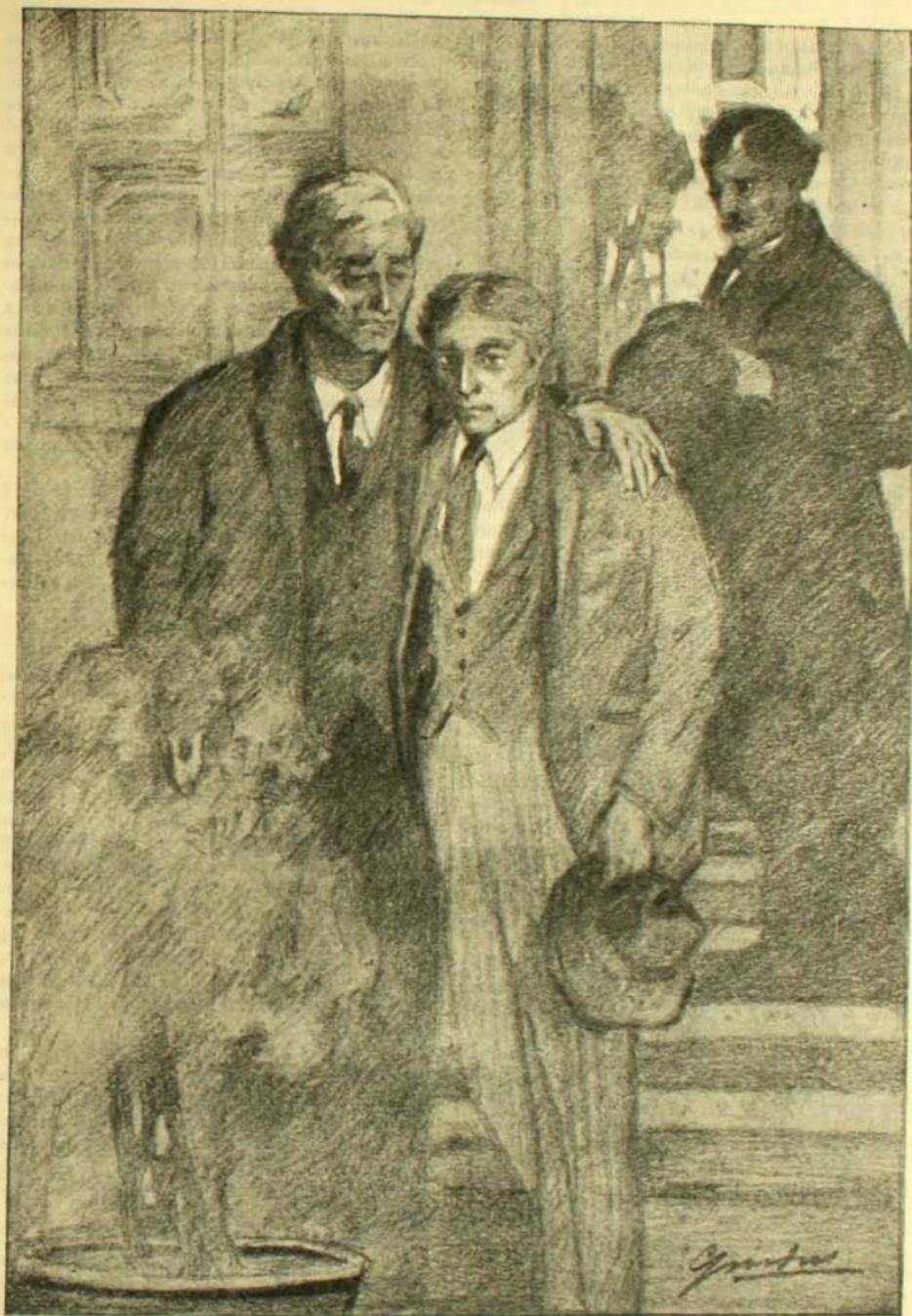
Amadeo."

\*\*\*

¡Cómo leer estas cartas a ese hermano mayor, por quien el menor había sufrido tanto como él! Nunca he sentido como en ese minuto el enigma que somos los unos para los otros. Nuestras palabras, nuestros gestos, nuestros actos, no son sino una traducción incompleta de nuestro ser interior, y que engaña lo mismo a los próximos que a los indiferentes. ¡Cuántas veces los padres se hacen de esta manera, padre y madre sobre sus hijos, hermanos sobre sus hermanos, una primera idea que no verifican más, una imagen que no retocan! De ahí esos malentendidos familiares, los más indestructibles de todos, que van exasperándose, envenenándose con los años, a través de

choques, dolorosos siempre, a menudo trágicos. Así era el que había levantado uno contra otro a los dos hijos del profesor. Inmediatamente, Blas había discernido bien, en Amadeo el vicio radical: esa debilidad de carácter que debía hacer de ese emotivo el juguete de todas sus impresiones. No había visto que esa abulia derivaba de su emotividad, y que alma sensible tenía cerca de él. Este desconocimiento tuvo este resultado: deseando con pasión hacer el bien a su hermano más joven, le había mortalmente perjudicado. Muy temprano, se había propuesto educarlo, y había conducido esa educación según su propio carácter, sin tener en cuenta el de Amadeo. Hubiera sido preciso usar de mucha suavidad con ese ser nervioso. Lo había asustado al reprenderlo; lo había humillado golpeándolo. El mismo, apasionadamente sensible, pero acostumbrado a contenerse, a dominarse, no había mostrado a su hermano que le amaba; y cómo lo atestiguaba el rencor tan vivo en él después de tantos años. Los dos hermanos se habían ignorado sus corazones. Yo tenía en la mano esas dolorosas hojas denunciadoras, que serían esa recíproca desinteligencia, y miraba a Blas, absorto en los papeles de su padre. El testimonio que estas cartas de Amadeo podían aportar sobre ese destino lamentable, él no lo sospechaba. Para él, su firmante estaba condenado sin apelación. Era un proceso terminado, cuya revisión no admitía como posible. ¿Tenía razón? Esa correspondencia de Amadeo mostraba, en ciertos pasajes, a un individuo bien degradado, bien envilecido. ¡Cuántos otros, en cambio, revelaban la gracia de espíritu, lo gentil de una naturaleza que yo recordaba del colegial de dieciséis años! Y en todas partes corría allí el suspiro de sufrimiento del hombre que habría podido vivir mejor, y que lo sabe, que lo siente. Ese matrimonio, bien vulgar en apariencia, con la cantante de café-concierto, ¿no era también la prueba de que una delicadeza sobrevivía en Amadeo, como en la pobre Suzy d'Or? Era la novela, patética en su sentido íntimo, de dos bohemios, atraídos el uno hacia el otro por una común nostalgia de la burguesía abandonada. Su conducta respecto de su hijo decía de la intensidad de ese sentimiento que había empujado a la viuda a dar aquel paso. No. Ella no había representado una comedia un momento antes. No había venido a ensayar la villana presión de la pariente pobre sobre la pariente rica. Había venido a per-

seguir el proyecto concebido por su marido y por ella ante la cuna del recién nacido: asegurar la entrada de su hijo en su medio de origen. Lo mismo su brusca indignación, al término de la entrevista, había sido sincera. Habiendo visto tanto sangrar la herida abierta en el corazón de Amadeo por el recuerdo de su hermano, la inflexibilidad de éste le parecía demasiado injusta. ¿Tenía ella culpa? "No", respondían esas cartas que no eran solamente una defensa del muerto. Ellas valían por una requisitoria. Acusaban: ¿a quién? Al juez mismo, a ese hermano mayor que se creía tan seguro de haber ejecutado legítimamente a su hermano. El terrible reproche: "Tú podías salvarme y no lo has hecho!" que Amadeo no había osado proferir en el cementerio, esas cartas lo gritaban, en todas sus frases: "Sí, tú que habrías podido ayudarme, no me has ayudado, tú que debiste tener piedad de mí, no la tuviste. Tu celo para corregirme era despotismo, tus severidades, orgullo. Mi debilidad irritaba tu fuerza. Ella debió enternecerte. No soy yo solo responsable de mis vicios. Tú lo eres también." ¡Para un puritano que había tenido siempre, como Blas, la religión, el fanatismo de la equidad, ¡qué revelación! ¡Y en qué circunstancias le alcanzaba! Cuando, habiéndolo perdido todo, mujer e hijos, su solo punto de apoyo era la certidumbre de haber hecho durante toda su vida, como nos enseñaba su padre, todo lo que podía de todo lo que debía. ¡Qué golpe iba a recibir! ¿Me haría yo responsable de él? Al tenderme esas cartas del muerto me había dado un papel de árbitro. "Si ellas contienen algo de interesante, me lo dices..." ¿Qué le diría? Me vino la tentación de ahorrarle esta nueva herida a ese corazón, tan secretamente ulcerado en su estoicismo. ¿Para qué, cuando era demasiado tarde para reparar el antiguo error? El fuego continuaba quemando con ligero ruido en la chimenea. Yo miraba la llama, en la cual había impedido a Blas que arrojara las cartas... ¿Y si las echaba yo mismo, dando por motivo que ellas no sentían sino divagaciones de borracho, cuya lectura y asco quería ahorrarle?... Di un paso hacia la chimenea y me detuve. Otro ruido, de los papeles hojeados por Blas, me traía el recuerdo de mi viejo maestro. Le volvía a ver sentado en la pequeña silla con su faz de gran intelectual unido a una labor de mínima cuantía. ¿Con qué fin? Para alimentar a su familia. Y de esa familia, ¿qué que-



...le apretaba contra su corazón y repetía en un sollozo, estas palabras que no se dirigían sólo al joven: ¡Pobre niño! ¡Mi pobre niño!

daba? Blas y su nieto, bautizado con el nombre de Julio a causa de ese admirable abuelo. Tenía todavía en mis oídos la imploración de la madre en favor de ese niño. En un impulso, esta vez irresistible, caminé de la chimenea hacia la mesa en que Blas leía. Le tendí las tres cartas, y con un acento que le admiré:

—Lee, lee... insistí yo.

—¿Cómo me lo dices!... replicó. ¿Qué hay, pues, en esas cartas?...

—Lee, repetí, colocando los sobres garabateados por el alcohólico, al lado de los papeles sobre los cuales se leía la lucida escritura del profesor. Blas los retiró con un gesto, como para ahorrar a esas reliquias venerables la manilla de ese contacto. Abrió sin embargo el primer sobre y comenzó a leer la carta de 1902, después la segunda, después la última. Yo estudiaba su severo rostro, y me sentía participando de dos sentimientos contradictorios. Temía que el saber la parte que había tenido a pesar suyo en la caída de su hermano menor no le infligiera un dolor insoportable; temía también que su resentimiento le mantuviera en esa implacable hostilidad en que le había visto delante de la viuda de Amadeo. Yo le hubiera desestimado en tal caso, porque estaba feliz hacia cuarenta y ocho horas de hallar en él a un digno hijo de Julio Marnat, a un hombre susceptible de equivocarse, ciertamente,—sus relaciones con Amadeo lo probaban,—pero siempre de buena fe, siempre ansiosamente preocupado de recordar su acción y su pensamiento. Para los caracteres de este tipo, cuya vida moral toda descansa sobre un concepto personal del deber, el orgullo representa el gran peligro. ¿Iba a tener Blas el valor de decirse y de decirme a mí: «Me equivoqué», al comprobar qué principio de pesar depravador había sido él para su hermano? Había concluido de leer las cartas, sin pronunciar una palabra. Ví que las volvía a tomar una después de la otra, lentamente. La imagen de aquel brasero en el cual había, para castigarse, puesto su mano derecha, me revino. Desde el instante en que no tiraba esas cartas, era porque admitía su verdad, bien poco discutible por otra parte. Esa verdad debía causarle un suplicio, y él aceptaba ese suplicio. Practicaba de nuevo la disciplina romana, heredada de su padre, pero esta vez a través de las fibras delicadas de su propio corazón. Una vez concluida su segunda lectura, apoyó el codo izquierdo sobre la mesa, la frente sobre los dedos,

y en esta actitud de meditaciones permaneció un cuarto de hora quizás, que me pareció interminable. Yo permanecía apoyado contra la chimenea, inmóvil. Sentir la presencia de un testigo hace todavía más penosas las luchas como la que él sostenía. Por fin, levantó la cabeza. Su rostro traicionaba una angustia que alteraba sus rasgos, de ordinario tan calmados. Dijo simplemente: «Verdad es que muchas veces se hace más difícil conocer su deber que cumplirlo.» En seguida, tomando su abrigo y su sombrero: «¿Me acompañas?», me dijo, y yo le seguí fuera de la pieza, por la escalera del hotel, sin recibir ni preguntar una palabra de explicación. Ya en la calle, hizo detener el primer taxi que pasaba. Me hizo subir en él, y dió al chauffeur como dirección:

—Calle Dulong, Batignolles, esquina de la calle des Dames.

—¿Vas a casa de la señora Barberon? interrogué yo. La señora de Amadeo Marnat, recordado, había mencionado incidentalmente que su madre habitaba esta calle, en la vecindad del liceo Carnot, adonde ella acompañaba a su nieto.

—Sí, dijo Blas, a ver al niño.

—¿Y en seguida?

—En seguida, no sé... Pero es preciso que yo vea a ese niño.

La lucha interior continuaba. Adiviné su violencia en el acento con que había, él, el hombre de las decisiones netas, gemido más que dicho: «No sé.» El coche se detuvo en la calle Dulong antes que yo hubiese encontrado la palabra que era menester pronunciar al desgraciado para sostenerlo. La conversación no volvió a continuar sino en el umbral del departamento que habitaba la abuela de Julio. Blas hubo de noticiarse con varios porteros, antes de saber el número exacto de la casa. Había que tomar un partido: la señora Barberon estaba en su casa.

—Contéstame, me dijo de pronto, con una súplica imperiosa, cuando estuvimos en la puerta, con la mano ya en el timbre: «Tú eres un fiel de la memoria de mi padre. En su nombre te ruego decirme todo tu pensamiento: ¿Según tu conciencia, crees que esas cartas de Amadeo son sinceras?»

—Creo que son sinceras.

—¿Y verdaderas?—insistió. Y como yo pareciera vacilar: «Si, hay comedias sinceras. El embustero concluye por creer en su mentira, el simulador en su impostura. ¡Amadeo era un impostor!»

—Creo que esas cartas son verdaderas, respondí.

—Es posible, dijo. Después, grave y dominándose: «Era una frase de mi padre: **Jamás podemos conocer todas nuestras faltas...** Pero...» Visiblemente, la lucha comenzaba: ¿Y si ese muchacho no es hijo de Amadeo? Si. Esas cartas pueden ser verdaderas, y, sin embargo, haber ocurrido que esa mujer endosara a un amante sin voluntad, para que se casara con ella, el hijo de otro amante... ¡Ah! ¿Por qué no me has dejado quemar esas cartas?

—No me lo hubieras perdonado, le dije, y la prueba es que tú estás aquí, que vas a tocar en esta puerta, cuando te bastaría con irte, suponiendo que han sido quemadas...

—Tienes razón, interrumpió, debo saber. Había oprimido el timbre. Oímos un paso que se aproximaba, como de alguien que camina dulcemente en un cuarto de enfermo. ¿No nos había dicho la señora de Amadeo que su madre estaba muy mal? La puerta se abrió, y fuimos recibidos por un jovencito, a quien no tuvimos necesidad, Blas y yo, de preguntar su nombre, para reconocerle. Teníamos delante de nosotros a Amadeo de dieciséis años: la misma silueta delgada y nerviosa, los mismos rasgos finos del rostro de una belleza casi femenina, las mismas mejillas, el mismo cuidado de su persona. Estaba sencilla, pero elegantemente vestido. La intimidación de su fisonomía en presencia de dos extraños acentuaba todavía el parecido, hecho más impresionante para nosotros por la lectura que acabábamos de hacer de las dolorosas cartas de su padre. ¿Cómo no recordar a ese padre, en sus ingenuos años de colegio, tan semejante a este adolescente, que tenía también, delante de él, todas las posibilidades, todas las promesas en su horizonte, y que se lanzó a la vida, para concluir tal como se describía en esa siniestra carta de 1908, decrepito antes de la edad, borracho de ajeno, en el rincón de una cantina de Montmartre? Entre el Julio Marnat que nos recibía y ese pobre Amadeo de quien era la copia, había sin embargo una diferencia. A los dieciséis años, Amadeo no tenía ya una mirada de inocencia. Había leído ya demasiados libros, oído demasiadas malas conversaciones, frecuentado demasiadas malas compañías. La noble pureza de una juventud, intacta y absolutamente preservada, lucía por el contrario en los ojos claros de Julio. Estos se fijaron en Blas, desde

nuestra entrada en la sala, con una extrañeza más y más emocionada. De su abuelo Marnat, él no había visto sino fotografías. Tal vez las había contemplado muy largamente y a menudo para no reconocer, él también, a ese desconocido, de tal similitud de rostro con su abuelo. Por otra parte, debían haberle referido la mutilación de Blas. Ambos permanecieron algunos instantes observándose de esta suerte, hasta que por fin el sobrino balbuceó con una voz vacilante en la cual sobrevivió el timbre de la voz paternal:

—¿Mi tío?

—Sí, dijo Blas, tu tío. Y, tomando a Julio en sus brazos, con ese generoso y tierno impulso que había rehusado al otro, delante de la tumba familiar, le apretaba contra su corazón y repetía, en un sollozo, esas palabras que no se dirigían solamente al joven: ¡Pobre niño! ¡Mi pobre niño!

## V

Los lectores han adivinado que Blas llevó consigo a su sobrino, como la madre se lo había pedido. Cinco semanas después de la visita a Batignolles, adonde llegó, tan rebelde todavía al perdón de su miserable hermano, partía con el joven a Buenos Aires. Allá está, pues, practicando, a los sesenta y seis años, como a los dieciocho, la máxima del viejo Marnat, ese **Laboremus** del emperador romano, a la cual, según reza una leyenda irónica, el mismo Emperador agregó: **Ceterum nil expedit**. Por lo demás, esto no sirve de nada. Esta blasfemia contra la santa ley del trabajo. Blas la proferiría menos que nunca, hoy día que ha vuelto a encontrar la paz del corazón con la adopción de un hijo. Se forma un sucesor capaz de continuarlo en las empresas comenzadas, y gana para la Francia de después de la guerra un buen ciudadano que servirá al país en el extranjero como él lo ha sido, como lo hubieran sido sus dos hijos. «Cinco años más que yo viva, me ha dicho al despedirse de mí, y lo habrá puesto en un hermoso y buen camino.» Los vivirá, porque es robusto, y muchos más todavía, para dar a ese niño y a todos los que le conocen el espectáculo consolador de un verdadero Justo, para quien no ha llegado sin embargo la gran luz. ¿No le ocurrirá al presente comprender que se puede faltar a esa Justicia en cuyo culto se observa faltando a la Cavidad? ¿Y qué prueba más fuerte podía dar de que esa virtud cristiana ha entrado por fin

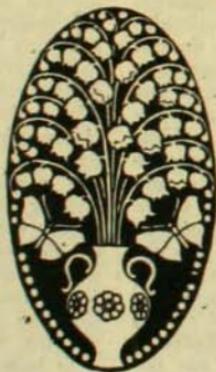
en su corazón? Antes de partir ha tenido cuidado de que el cuerpo del hijo, muerto heroicamente delante del enemigo, fuese depositado en la tumba de la familia, al lado de los despojos de su hermano.

—No he querido, dijo al convidarme a esta emocionante ceremonia, desde el momento en que me he hecho cargo de Julio, que esté jamás tentado de juzgar mal a su padre.

Y fué sin duda para que el joven no estuviese jamás tentado tampoco de juzgar mal a su madre, por lo que le llevó lejos de París, inmediatamente después de la muerte de la señora Barberon, sobrevénida muy pronto como lo había anunciado su hija. Una alegría, demasiado fuerte para una enferma, ha apresurado sin duda su fin, la de ver su más caro sueño tan completamente realizado y salvado a su nieto. Pero la pobre Suzy d'Or teme demasiado,

ella también, el desprecio de su hijo. Cuando Blas Marnat vuelva a Francia, a inaugurar el monumento funerario en el cual trabaja prolijamente Yves Clouet, no tendrá que temer que Julio sorprenda a su madre en las tablas de un Music-hall. Suzy d'Or ha dejado definitivamente el café-concert. Ella ha heredado de la señora Barberon una pequeña fortuna. Va a casarse con el «amigo» de quien nos hablaba con su especie de amoralidad resignada. Es un simple empleado de ministerio, que no debe ser joven puesto que no ha sido movilizado. Ese funcionario regular debe reposarla del terrible compañero que fué Amadeo. Se ha instalado en un modesto alojamiento de los alrededores de París donde se prepara una vejez modesta, casi feliz, y muy burguesa! ¿No he dicho acaso que ésta historia no es sino una humilde tragedia burguesa?

París, noviembre de 1918.



# Crónica Bibliográfica Mensual

## LA "MUSA CRUEL"

Por N. Yáñez Silva

En un concurso de cierta notoriedad, un jurado respetable premió esta novela. Ello indica que es una obra mejor que otras, mejor que las presentadas a juicio. Tiene, pues, y desde luego, un valor relativo. Sabido esto, no puede mirársela con desdén. Es una obra que merece ser discutida, o más bien dicho, que puede resistir una discusión amplia, sin ambages, contemplaciones ni reticencias. Tiene un apoyo. Y así, por muy estricto o por muy exagerado que fuere un juicio personal acerca de ella, siempre quedará en pie la novela, y siempre podrá el autor decir, para su consuelo: tengo juicios favorables, tengo un primer premio de concurso; todo lo que se diga es hijo o de la envidia o del error. Bueno, esta novela tiene, además, un prólogo de Max Jara. Y Max Jara, según el señor Yáñez, vale por "un juicio autorizado, franco e insospechable en nuestras letras". (Pág. IX).

No se puede negar que es labor agradable la de juzgar una obra de tan buenos antecedentes, una obra que tiene padre y madre y hasta una familia entera reunida en compendio (el jurado), que velan por ella. Yo podría agregar que tiene además a un inmenso público, y a un público cuya opinión es formidable. En cierta ocasión, me dijo el señor Yáñez, con esa simpática franqueza con que habla siempre de su persona, de sus obras, de todas sus cosas en general, que el 95 por

ciento de sus lectores eran lectoras. Sin dejar de sonreír ante la precisión matemática con la cual un artista distribuía a sus lectores de ambos sexos, creí lo que me dijo el señor Yáñez. Y ese público formidable a que me refiero es el de las mujeres. Yo sé que a estas horas hay un sinnúmero de adorables cabeceitas que se deleitan leyendo "La Musa Cruel" y la recomiendan como "la más linda novela del mundo". Es natural: el señor Yáñez sabe hablarles de "flirt", de "blusas marrón con adornos oro viejo", de jóvenes con bigotes rubios y ensortijados y sabe, además, hacerlas suspirar por una aristocracia perfumada y lujosa.

Con una novela de esta vitalidad, ya pueden llover juicios adversos de los más famosos críticos de esta tierra de garbanzos. Rebotarán en la dura coraza formada por el propio autor, que tiene conciencia cabal de su talento; por el prologuista, que también parece tenerla; por los miembros del jurado, que por algo lo fueron, y por el público fe-

menino, que es el que hace hoy día la fama de los novelistas.

He aquí, ahora, cómo me he explicado yo el libro del señor Yáñez.

Gabriel y Marta, María Rosa y Zoraida, son los elementos indispensables requeridos



Señor N. Yáñez Silva.

por el autor para describirnos, con vivo colorido, algunas escenas de flirt, ora en la ciudad, ora en el campo.

¿Quién es Gabriel? No me atrevería a decir que lo conozco. Ni siquiera sé su apellido. Puedo afirmar que tiene bigotes rubios y ensortijados, que escribe novelas, que es pariente pobre de un aristócrata rico de Santiago, en cuya casa vive, y que está enamorado de Marta, la hija de ese señor.

Marta es algo más. Porque aun cuando parece corresponder al amor de Gabriel, posee en sí misma la resistencia que otras encuentran en sus padres, para no consentir en el matrimonio con un galán pobre, de modesta situación social. Aquí el señor Yáñez introduce una variedad en el eterno tema de nuestros novelistas. Moderniza, además, el espíritu de las niñas chilenas, las pone al día: les resta romanticismo, el romanticismo de nuestras abuelas, casi perdido hoy, y les concede más cálculo, más cabeza, para juzgar de sus inclinaciones matrimoniales.

Marta Rosa es una campesina que ama a Gabriel. Es una campesina como hay muchas, como son todas, y justo es decir que el señor Yáñez la ha pintado maravillosamente. Zoraida es un elemento sin importancia, como se verá más adelante, y no he de ser yo quien se la dé.

Faltan aún en la cuenta dos personajes: don Antonio, el padre de Marta, y una señora viuda con quien éste mantiene relaciones ilícitas. El autor ha querido dar al primero un carácter; pero no lo ha conseguido. Prueba de su intención es que en cuatro o cinco ocasiones le describe de idéntica manera. Don Antonio aparece siempre "fumando un largo puro, oliendo a agua colonia fina y con las ojeras ligeramente hinchadas". Prueba de su fracaso es la existencia de miles de caballeros con puro, agua colonia y ojeras hinchadas.

### \*\*\*

Estos son los elementos. Veamos en seguida cómo los combina el señor Yáñez para presentar sus cuadros de amor urbano y amor rústico.

Gabriel está escribiendo una novela, no sabemos cuál. Escribe con facilidad, amonтона cuartillas sobre cuartillas, o escribe difícilmente, o no escribe y "hunde su lapicera de pluma de oro entre su cabello ensortijado", según si Marta tiene para con él favores o tiene para con él desdenes. Ora son los favores los que excitan su cerebro favorablemente, ora los desdenes; y viceversa. Así empieza y así concluye la novela: —digo la del señor Yáñez, porque la otra no concluye, como tampoco tiene su término el flirt empezado y desarrollado entre Gabriel y Marta.

Son, pues, simples escenas de flirt, variadas y pintorescas; el lazo que las une, entre sí, o sea la novela que Gabriel compone, no nos interesa absolutamente.

En el dormitorio de Gabriel, en el de Marta, en el pasadizo, en el hall, en el comedor, dondequiera que el destino los junte, se produce una almirada escena de flirt, un discreto, un mariposeo amoroso. Véase un diálogo amoroso-deportivo. Están jugando damas:

—A su lado me es difícil la serenidad,— dice él.

—¿Quiere bromuro?—le contesta ella.

—Coróname esa dama... Mis nervios no se mandan solos: los mandan.

—¿Quién?

—Sus ojos.

—Coróname a mí también esa dama... ¿Qué lástima! Diré a mis ojos que guarden compostura...

—¿No me mira Ud.?

—He ordenado a mis ojos que se estén quietecitos.

—¿Adorables!

—Me como este peoncito...

—Míreme Ud.

—Y le soplo este otro...

—Pero, míreme Ud.

—Ya, exigente!

Aquí se me va a permitir un desahogo personalísimo. El señor Yáñez tiene fama de buen observador, dicen que tiene ojo. Pues bien, si así se enamora, si así se flirtea, si así se poslea, si así se juega damas entre enamorados, ¿cómo es posible que haya quien diga que la época del noviazgo es la mejor de la vida?

No para aquí la cosa. Una tarde, Gabriel penetra en "la alcoba de cálido color naranja" de Marta. Y registrando el cajón de un velador, encuentra "Las Desencantadas", de Loti, y entre las últimas páginas de este libro un sobrecito violeta, y en el sobrecito violeta, ¡a que no adivinan Uds. lo que Gabriel encuentra! Debo prevenirles que antz ese hallazgo, "se produce en él una extraña sensación de voluptuosidad, que le hace ponerse boca abajo en la almohada de la cama de Marta, y exclamar: "¡Marta, Marta! ¡Yo te adoro! ¡Yo te adoro! "Pues bien, lo que Gabriel encuentra es "una guía de su bigote rubio".

Esto no puede ser verdad. Yo no sé si en tiempos remotos, cuando los hombres usaban bigotes, y bigotes con guías, hubo alguna dama que guardara un recuerdo del bigote de su galán. Habrá que consultar la historia galante. Pero, hoy día, se puede asegurar que no hay niña, por sorbidos que tenga los sesos, que haga colección sentimental de cabellos. Por lo demás, el señor Yáñez no ha querido decir "guía": guía es casi la mitad de un bigote; para que Marta pudiera tener el gusto de conservar esa guía, mester habría sido que su novio se resignara a extirparse

por entero su ensortijado apéndice. Y no se sabe que lo hiciera, ni se le ven deseos de hacerlo.

El señor Yáñez pertenece, por cierto modo, a la escuela naturalista. Es verdaderamente zolesco el detalle aquel del cochero, que observa a Marta, bañándose, a través del ojo de la cerradura. Pero, degenera la escuela o la desvía de su camino, cuando apunta cosas como ésta: Gabriel teme que Marta entre en su dormitorio, y toma para el caso, las siguientes precauciones: "Pone en orden algunas cosillas del lavabo, esconde los zapatos debajo de la cama, dobla la toalla por la parte más limpia, y cubre la cama deshecha". Yo he pensado que Gabriel estuvo poco prolijo, y que bien pudo tomar algunas precauciones más, de orden doméstico estricto...

\*\*\*

Este flirt urbano se interrumpe para dar paso al flirt rústico. Ese es el propósito del autor. ¿Cómo? Nada más simple. Gabriel no puede escribir ya. Marta le incomoda demasiado con favores y desdenes, con desdenes y favores. Debe irse al campo, "lejos del mundanal ruido", lejos de Marta, sobre todo. Ya creo haberlo dicho: la composición de una novela que no nos interesa porque no la conocemos, es el único lazo que permite llamar novela a un conjunto de escenas absolutamente desligadas.

Allá se enamora de él, María Rosa, la campesina que le sirve la comida y que le arregla el dormitorio... Por aquí se puede ver que para María Rosa hay menos precauciones domésticas: desde luego, ella ve siempre la toalla "por su parte más sucia..." No deja, sin embargo, de tener Gabriel sus finezas para con ella:

—¿Usas tú algún perfume?

—Debe ser que en la tarde fui a la huerta y bajé ramos de aroma, y anduve entre la menta y el toronjil...

—Sí, Es verdad, María Rosa. Llevas en tu cuerpo el perfume sencillo del campo.

Esto es bonito. Esto es cien veces preferible a los mariposeos de la capital. Y en general, se puede afirmar que el señor Yáñez ha sido más afortunado en sus escenas de amor campesino.

El caso de Zoraida es triste, sentimental. Vive en un fundo vecino al de Gabriel. Y se enamora también de éste, sin esperanza. ¡Acaso el bigote rubio es el que va sembrando tristezas en el corazón de cuanta mujer encuentra su dueño al paso!

\*\*\*

Para terminar este artículo, que ya debe tocar a su término, según va de largo, qui-



siera alabar en el señor Yáñez su pupila de paisajista. Yo sé que esto le parece bien, y nada más fácil que darle gusto. Tiene, pues, una enorme pupila paisajista.

En cambio de esta alabanza, me va a permitir reprocharle dos cosas. Primera, su afán de adjetivar de aristócratas a personas que lo son sólo en el traje que usan, en la casa que habitan, en el perfume que se desprende de sus ropas, de sus habitaciones, etc. Aristocracia es una cosa bien distinta y se revela por cosas bien diferentes. Valdría más no adjetivar, y conceder al lector la facultad de juzgar a los personajes según se ven. Segunda, su inclinación a pintar personajes frívolos, miopes, que no ven de la vida sino lo que se ostenta; que tienen traje y bigotes, blusas marrón y medias de seda; que se tornan flacos o echan barriga y nada sino esto les preocupa; que no tienen alma, en una palabra.

Verdad es que la literatura moderna tiende al sensualismo, a parejas con el mundo; y que la virtud y la razón pasaron de moda; pero aún así, el campo de los sentidos es más vasto de lo que el señor Yáñez cree.

VICTOR SILVA YOACHAM



# ELEGANCIAS

EN la Primavera, la silueta delgada, aún más delgada que antes, reinará en el mundo de la moda. Los trajes se llevarán exageradamente angostos, muchos de ellos amplios en la cadera, pero terminados en un ruedo escasamente necesario para caminar.

El llamado fichú aldeano,



Los diseñadores se sienten en libertad para crear modelos tan graciosos como el de esta capa de raso, forrada de terciopelo azul Nattier, voluminosamente envuelta alrededor del cuello. Este último es una de las características de las nuevas capas.



Bajo la varita de virtud de la diseñadora, la sarga azul revela sorprendentes posibilidades.

por ser igual al que usan las campesinas de Francia, los domingos, al ir a misa, es una de las grandes novedades. En los trajes sastré, Worth nos presenta como fichú, una banda recta de unos 25 cent. de ancho, cruzada al frente de la cintura y sostenida por un estrecho cinturón de cuero.

Estos fichús pueden ser de diferentes telas: se puede usar el organdí, el linón, el tul y la seda de la china con bordados japoneses.

Otro de los detalles más importantes de casi todos los trajes sastré, consiste en una pechera alforzada de hilo o de organdí, al estilo de las camisas de los hombres, abotonada con ricos botones y con una sencilla corbata anudada al cuello.



El rígido cuello de nodriza, acompañado de una angosta corbata, es uno de los detalles más nuevos de la moda.



Del examen del presente modelo de tricotina "beige" realizado con un raro y gran cuello, se desprende que Worth le da mayor amplitud en la cadera a los trajes par el día. El estrecho cinturón de charol es un acompañamiento frecuente en los trajes sastré, a los que presta una nota singularmente atractiva.

Para los trajes de tarde, Doeillet usa mucho la sarga con grandes cuadros verdes o rojos. En muchos de sus modelos en los cuales va combinada la sarga con fular a rayas o lunares, ha colocado una capita sostenida de los hombros con botones, que presenta una silueta muy nueva.

Los bordados de perlas,



Indudablemente, esta armonía de raso "beige" debe su elegancia al corte y al cuello de encajes.

nuto anillo que se lleva en uno de los dedos.

Otras grandes casas opinan que la cola debe suprimirse para dar mayor facilidad al baile y que los trajes deben ser como los de calle. Esto es cuestión de opiniones y de gustos, y una mujer elegante sabrá sacar de cada moda los detalles más chic y originales sin caer nunca en lo vulgar y recargado.

MADAME X.



mostacilla, etc., serán los preferidos para los trajes de noche. Estos, bien difíciles de describir, son de ricos encajes bordados de lentejuelas, de perlas y de todo aquello que les da una fantasía original.

Aunque muchos continúan ceñidos al cuerpo, otros llevan lindos drapeados. Las mangas brillan por su ausencia y los escotes son cada vez más exagerados, lo que da a la silueta una figura de rombo.

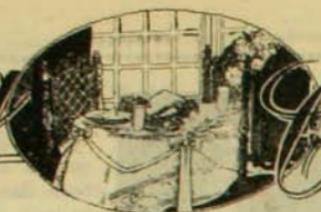
En algunos el cuerpo no pasa más allá de la altura del antebrazo.

La espalda, muy rebajada, sostenida al hombro con simples tiras de azabache. Las colas muy sencillas, de telas suaves, recogidas al brazo por medio de hilos o de un dimi-

Un cuello—reza la geografía de Jenmy—puede ser un objeto enteramente aislado. Por lo cual no hace el menor esfuerzo en establecer ningún medio de comunicación entre el varonil cuello de gabardina azul, con su vuelta de batista, y el traje de calle en gabardina también azul, y además muy elegante. Este se abotona del lado izquierdo con una larga hilera de botones de nácar que pasan por encima del hombro y continúan por detrás hasta el mismo ruedo. Las mangas son cortas y el cinturón de raso negro lleva en los extremos largos flecos de seda.

Doeillet también ha escogido el nombre de "Ecolière" para un traje sastra de sarga azul listada a cuadros, el cual sigue las líneas conservadoras de esta casa, que insiste en mantener la silueta normal y las levitas cruzadas en el estilo chic. Los hombros de este modelo son decididamente caldos, lo cual lo presta una elegancia especial.

# La Cocina



## Los buenas maneras de guisar los choros

### Choros a la italiana

Se ponen a asar los choros. Una vez asados, se colocan en una budinera o cacerola y se les acomoda con salsa italiana de tallarines. Se les espolvorea con queso parmesano y huevo duro picado muy fino, se ponen un momento al fuego y se sirven.

Para hacer la salsa italiana de tallarines, se pone a dorar un pedazo de posta rosada con dos cucharadas de mantequilla o mantea y un diente de ajo; cuando la carne está dorada, se le agrega una cabeza de cebolla picada, una cucharada grande de salsa de tomate, jamón y salchichas, picadas muy fino, callampas secas remojadas en vino blanco y dos cucharadas de caldo. Se hierva todo hasta que la carne quede bien blanda y se aromatiza con romero, perejil, orégano y laurel.

\* \*

### Choros a la jardinera

Después de cocidos o asados los choros, se pican muy bien o se pasan por la máquina de picar carne. Se pasa también por la mis-

ma máquina cebolla, se agrega zanahoria, guajamante pasada por la máquina y perejil picado, y se frie todo, menos los choros, en la sartén. Una vez frito esto, se retira del fuego y se le agregan los choros, huevo duro, picado, y la clara y la yema de un huevo muy bien batidas. Todo este pino se acomoda en las conchas de los choros, se le agrega un poco de pan rallado, se colocan un momento al horno y se sirven.

\* \* \*

### Un buen postre de frutas

Se hace una crema como para merengues con clara de huevo batida y almíbar bastante espeso. Se agrega fruta, cortada en trozos muy pequeño y un buen vaso de kirch.

Este postre queda muy bueno con piña, plátano y chirimoya, pero pueden adoptarse muy pequeños, y un buen vaso de kirch.

En cuanto a la cantidad del kirch, cada cual le pondrá lo que le parezca. Mejor es que quede cargadito.

Se sirve en vasitos para ponche o algo por el estilo.



# “LA VALPARAISO”

COMPañIA DE SEGUROS

Contra Incendios, Riesgos Marítimos, Etc.

**COCHRANE 879**

---

Capital Subscrito. . . . . \$ 2.000.000,00

Capital Pagado. . . . . „ 1.000.000,00

---

BANQUEROS

**BANCO A. EDWARDS y Cía.**

---

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente

Don JORGE ETCHEGARAY

Vice-presidente

Don RICARDO W. JAMES

CONSEJEROS

Don MAX FONTAINE

Don EDUARDO DEVES

Don FRANCISCO SAMPAIO

Don ARTURO GARCIA

Don JOSE M. RIOS ARIAS

GERENTE

Don RICARDO SWETT O.

---

**Agentes por Valparaíso:**

Don CARLOS MAILLARD L.

y Don NESTOR NAVARRETE CONCHA

---

AGENCIAS EN TODAS LAS PRINCIPALES CIUDADES  
DE LA REPUBLICA

gendra la vida. Entonces se ha pensado que si se lograba bañar el encéfalo de una cabeza cortada con la sangre inyectada en los vasos del cráneo a la temperatura y presión normales, se la haría resucitar. Han ensayado; han reunido las carótidas de un perro vivo a las de una cabeza deuplicada y la faz se ha animado, los labios se han movido, los ojos se han abierto; solamente que las condiciones de la experiencia eran demasiado imperfectas. No hay en el mundo sino Sigfrido Kruhl que haya logrado triunfar, y soy yo, Próspero Garuche, quien le ha servido de sujeto.

Lo escuchaba sin decir palabra; toda esta exposición científica, tan clara, tan precisa, me espantaba: rehusaba creer que una cabeza cortada pudiera hablarme de esa suerte.

—No ignoro, le dije, las experiencias que acabas de citarme, pero yo creía que la imposibilidad que se ha tenido para llevarlas a buen fin provenía del hecho de la ruptura de la médula...

—Es un error, todo es cuestión de circulación, siempre que el bulbo esté intacto. En eso justamente consiste el descubrimiento de Kruhl. No te describiré los detalles del corazón artificial que ha concebido su genio. Los ignoro; pero mira, escucha qué bien late. Es un motor eléctrico el que le hace mover. Chupa sangre de puerco (es la que más se aproxima a la sangre del hombre), la inyecta en mis carótidas y mi cerebro es bañado por un fluido siempre fresco, porque la máquina lo hace todo: ella la vuelve a tomar, la reoxida por una insuflación de oxígeno, la mantiene a la presión normal y, por medio de un serpentín eléctrico, la calienta a fin de que no se pueda coagular. Te aseguro que es una cosa maravillosa.

—¿Pero por qué, pregunté yo apasionadamente interesado, inmoló el profesor un puerco en cada noche?

—¡Ah! ¿Tú no sabes? Es que a pesar de todo, la sangre se corrompería. Se necesita sangre fresca cada veinticuatro horas.

—Comprendo, dije, son estudios verdaderamente admirables!

—¡Malditos!—dijo la cabeza.

—¿Por qué?

—El hombre no tiene derecho para transgredir las leyes de la naturaleza y turbar la paz de los muertos. Cuando yo era un hombre, tenía miedo a la muerte como los otros; ¡si supieras tú cómo es más dulce que la vida! Hubo un silencio; la cabeza cerró los ojos como para recogerse, su

rostro se puso ligeramente pálido, no se oía sino la pulsación de la máquina que continuaba latiendo.

—¿Me comprendes bien?,—preguntó la cabeza.

Le hice una señal afirmativa, y ella continuó: "Hablo bajo porque la cuchilla me hirió los músculos de las cuerdas vocales; si hubiese caído algunos milímetros más alto, hubiese quedado muda. Kruhl no pensó en eso.

—Quiero hacerte comprender, continuó, que no se debe creer que los condenados tengan miedo al patíbulo. Viven después de su crimen tantas horas atroces que no aspiran sino al olvido. Desde el instante en que, loco, asesiné a Elisa, mi existencia se hizo infernal. Así, cuando una mañana el verdugo vino a buscarme, me sentí casi feliz. Por fin iba a estar desembarazado de los recuerdos, de los remordimientos, de todo lo que me molestaba. La vista del patíbulo me fué ciertamente penosa, pero aquello va tan ligero... No se siente el cuchillo, no se sufre, se desaparece, no se tienen más pensamientos, se cae en la obscuridad. Uno sabe que está muerto, y sin embargo, algo subsiste que se siente dormir, con un sueño apacible de que no hay una idea. Pero Kruhl me arrancó a ese dulce no ser, hizo revivir de mí lo que piensa, lo que sufre, el cerebro. ¡Monstruo!

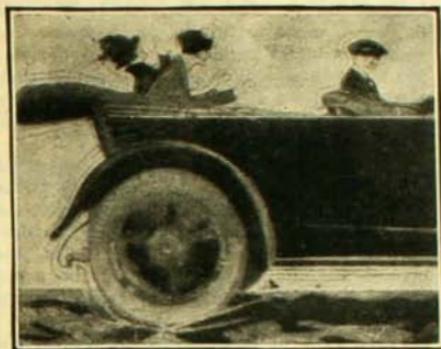
Yo no sabía qué decir, qué responder. Hubo un nuevo silencio durante el cual oí latir la máquina. Luego la cabeza prosiguió gravemente.

—Lo que hay de más horrible en esto, es que yo siento mi cuerpo. Sí, siento mis brazos, mis manos, mi pecho, mis piernas, todos mis miembros, quiero servirme de ellos, quiero marchar, correr, respirar, comer, como cuando era un hombre y no soy sino una cosa mutilada! Tú no sabes cuánto he rogado y suplicado a Kruhl que me deje morir; pero él no quiere. Yo soy su obra maestra y me conserva con un amor sin freno; pretende que yo soy toda su vida; tiene crisis de exaltación espantosas, delira, se dice más poderoso que Dios. Es un loco, créeme, lo conozco bien, es un genio loco, y tú eres un hombre con un corazón, un verdadero corazón de carne. Tendrás piedad de mí, tú vas a romper la máquina y libertarme!

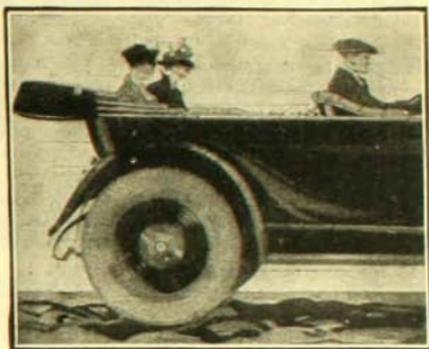
—Eso me es imposible, exclamé yo profundamente turbado, todo esto es de Kruhl es el fruto de sus estudios, yo no puedo destruir una obra semejante.

(Continúa en la página subsiguiente)

# AMORTIGUADORES "HOUDAILLE"



SIN AMORTIGUADOR



CON AMORTIGUADOR

El amortiguador "Houdaille", a base de aceite de castor, científicamente construido y de una duración indefinida, debido a que en su construcción no se emplean resortes, balatas, ni piezas de fricción que pronto se rompen o gastan, pues basta cada 3 ó 4 meses reponer el aceite consumido y continúan su trabajo anterior. Otra de las grandes cualidades de este amortiguador es la de no dar rigidez a los resortes como sucede con casi la totalidad de estos aparatos, haciendo el coche áspero y por lo general bullicioso.

Debido a sus innumerables bondades ha tenido una gran aceptación entre los entendidos y turistas, y los cientos de juegos en servicio son el mejor testimonio de su magnífico resultado.



**Wessel Duval & Cia.**

Huérfanos, esquina Morandé — Garage: Catedral, 1229

—¡Sí! ¡Tú no puedes condenarme a sufrir indefinidamente este suplicio; piensa en lo que puede ser la falta del cuerpo!

Ah! esa voz baja, lamentable, esa boca, esos ojos que me suplicaban sobre su zócalo de metal!

—Quizás, continuó la cabeza, son estos estudios estupefactantes. Pero, ¿para qué sirven? ¿Qué utilidad hay en hacer revivir una cabeza cortada? ¿Qué progreso puede aportar esto a la ciencia? ¿Qué bien puede traer para la humanidad? ¡Ah! ¡No es sino la obra de un cerebro de loco!

Sí, reflexionando en ello, era la verdad que todo aquello tenía algo de monstruoso, de demente y de inútil... Y el pobre resto humano continuaba suplicándome:

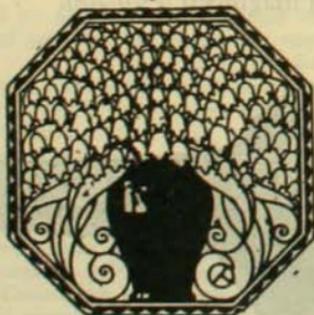
—Tú que has conseguido venir hasta mí, no me dejes más tiempo entre las garras de este hombre. Pienso demasiado, demasiado en mi crimen. Elisa... el botellazo... cae, creo que no está sino aturdida, me agacho, la levanto... hay sangre en sus cabellos; ¿acaso es verdad que está muerta? Sí, yo la he muerto... y he aquí la prisión, la celda, y Gabriel, el guardián, y después el patíbulo. Cuando le vi, me admiré de hallarle tan pequeño... después de aquello el olvido, después la experiencia aquí; de pronto, no supe, creí que despertaba tranquilamente como todos los días... en seguida vi que no tenía cuerpo. ¡Oh, qué horror!

### El verdadero fin de Próspero Garucne

Yo temblaba, la cabeza había casi gritado estas últimas palabras, pero mi resolución estaba tomada. Mi deber de hombre sensible y sensato era el de devolver la paz al alma torturada de Próspero Garucne. Sin decir palabra, armé mi revólver, y colocándome a dos pasos de la máquina, apunté medio a medio de la parte más delicada, la más rica en engranajes, pistones, palancas y disparé tres balas.

La pulsación sonora se detuvo; en medio de ruedas quebradas, ejes torcidos, gotas numerosas y rojas mancharon el suelo. La máquina sangraba. Miré entonces la cabeza, una palidez lívida invadía su faz, sus ojos se extinguían. Se inclinó y luego cayó pesadamente al pie del zócalo, en un mar de sangre.

Cómo dejé el laboratorio de Kruhl, cómo escapé de la casa, cómo atravesé el campo y volví a mi lecho, donde me acosté presa de una fiebre violenta, lo ignoro; de ello no me queda ningún recuerdo. En el lecho estuve quince días víctima de una congestión cerebral. Cuando sané, supe solamente que el castillo rojo, en la noche siguiente a la de mi visita, había sido devorado por un incendio que terminó en una explosión formidable. Toda la instalación del profesor Kruhl había sido pulverizada y no se encontró resto alguno entre las cenizas.



COMPANÍA DE SEGUROS  
CONTRA  
INCENDIOS, RIESGOS DE MAR, ETC.

LA  
"INTERNACIONAL-CHILE"

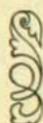
AUTORIZADA POR DECRETO SUPREMO DE SEPTIEMBRE 7 DE 1910

Capital Subscrito y Pagado . . . . .	\$ 1.000.000,00
Reservas hasta Junio 30-1919. . . . .	„ 2.669.485,44
Total Disponible. . . . .	„ 3.669.485,44

DIRECTORIO

PRESIDENTE

Don Carlos Alvarez Condarco



VICE-PRESIDENTE

Don Roberto Pretot Freire

DIRECTORES

Don Carlos García L., Don Gmo. Luis Plummer, Don Enrique Middleton  
Cruz, Don Víctor Prieto Valdés, Don Marcos Montt,  
Don Guillermo Condon

DIRECTOR-GERENTE: Don Roberto Barroilhet

Oficina Principal:

VALPARAISO, COCHRANE 639 O BLANCO 638

Agencias en todas las principales ciudades de la República y en  
Londres

# BANCO ANGLO-SUDAMERICANO LTDO.

## VALPARAISO

CAPITAL AUTORIZADO . . . . .	£ 5.000,000
CAPITAL SUBSCRIPTO . . . . .	„ 4.500,000
CAPITAL PAGADO . . . . .	„ 2.250,000
FONDO DE RESERVA . . . . .	„ 1.600,000

CASA PRINCIPAL:

OLD BROAD STREET, LONDRES, E. C. 2

### SUCURSALES:

NUEVA YORK: (Agencia).—60, Wall Street.

FRANCIA: París, 16 Boulevard des Capucines y 23 Rue de la Paix.

ESPAÑA: Barcelona, Paseo de Gracia, 2; Bilbao, Estación 6; Madrid, Av. Conde Peñalver, 14, Gran Vía, Sevilla y Vigo.

CHILE: Valparaíso, Santiago, Iquique, Antofagasta, Copiapó, Coquimbo, Chillán, Concepción, Talcahuano, Punta Arenas.

ARGENTINA: Buenos Aires, Mendoza, Comodoro Rivadavia, San Rafael, Bahía Blanca, Puerto Deseado, Río Gallegos, Trelew, Rosario de Santa Fe, San Julián y Santa Cruz.

URUGUAY: Montevideo.

## Agentes en todas partes del Mundo

El Banco efectúa giros telegráficos y emite letras y cartas de crédito sobre corresponsales en todas partes del mundo. Se encarga de la compra y venta de valores, como también del cobro de dividendos, de la negociación y cobranza de letras de cambio, cupones, bonos sorteados y toda clase de operaciones bancarias.

Abre cuentas corrientes y recibe depósitos a la vista y a plazo, a tipos convencionales.

**T. C. HOBBS.**  
GERENTE

NOTA.—Este Banco ha instalado provisoriamente sus oficinas en la calle A. Prat Núm. 276, mientras dura la reconstrucción de su edificio propio en la misma calle.



**El Aceite BAU**

SIEMPRE ES EL PRIMERO

**INSUPERABLE**





## Las Liquidaciones de Gath & Chaves

---

En estos días el público se agolpa en número extraordinario en los varios Departamentos de la CASA GATH & CHAVES.

Indudablemente los precios anunciados son motivo más que suficiente para explicar esta afluencia desbordante: se trata en realidad de ofertas nunca vistas, de oportunidades no superadas hasta la fecha.

Dichas ofertas seguirán presentándose durante todo este mes, hasta principios de la próxima Primavera, con las mismas insuperables ventajas evidenciadas en estas últimas LIQUIDACIONES.

Diariamente nuevos detalles en la prensa.

---

*Gath & Chaves Ltd.*



# COMPANIA SUD-AMERICANA DE VAPORES

OFICINA PRINCIPAL:  
VALPARAISO, BLANCO 695

LINEA DE VAPORES DE LA COSTA OCCIDENTAL  
DEL PACIFICO

Servicio semanal rápido entre Valparaíso y Cristóbal en 14 días atendido por los modernos y magníficos vapores de pasajeros, dotados de telegrafía inalámbrica

“AYSEN” - “HUASCO” - “PALENA”  
“IMPERIAL”

Los vapores salen de Valparaíso los días miércoles en la tarde y tienen conexiones en Antofagasta y Arica por los trenes internacionales para Bolivia los mismos días de llegada y en Cristóbal para Estados Unidos en las lujosas naves de United Fruit Co., y para Europa en otras Compañías.

Servicio quincenal entre Valparaíso y Etén (Norte del Perú) en 15 días, prestado por los cómodos y excelentes vapores, dotados también de telegrafía sin hilos.

“MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”

que salen de Valparaíso los días sábados en la tarde.

Servicio periódico a los puertos del Sur atendido por el vapor “CAUTIN”, según avisos que se publican con la oportunidad del caso.

## PROXIMAS SALIDAS:

- “PALENA” para la Zona del Canal (Cristóbal) el miércoles 30 de julio.
- “MAIPO” para Etén el sábado 9 de agosto.
- “AYSEN” para la Zona del Canal (Cristóbal) el miércoles 13 de agosto.
- “MAPOCHO” para Etén el sábado 23 de agosto.
- “HUASCO” para la Zona del Canal (Cristóbal) el miércoles 27 de agosto.
- “IMPERIAL” para la Zona del Canal (Cristóbal) el miércoles 3 de septiembre.

## AGENCIAS:

en Santiago, Carlos Rogers, Bandera esquina Moneda

EN PARIS  
A. P. Dupont Rue Halevy 4.

EN CRISTOBAL  
United Fruit Company.

EN NEW YORK  
John R. Livermore Inc. 21-24 State  
Street

EN BUENOS AIRES  
Expreso Villalonga, Balcerce esquina  
Moreno



# VIÑA BENITEZ

SANTIAGO

33 - Riquelme - 33

Teléfono Inglés 646



RECOMENDAMOS ESPECIALMENTE  
NUESTRO

## PINOT RESERVADO

Use usted el Alimento Meyer para sus niños, para los enfermos y para los convalecientes de cualquier enfermedad

Estos dos certificados, tomados de entre cien, hablan más que nada en favor del Alimento Meyer:

GILBERTO INFANTE VALDES.—Médico del Hospital de Niños, Catedral 1721.—Teléfono Inglés 1759.—Consultas de 1½ a 3.—Santiago, 26 de X de 1915.—He usado desde hace varios meses el **ALIMENTO MEYER** en mis servicios del Hospital de Niños, con resultados muy satisfactorios, sobre todo en los niños convalecientes y en los que no toleran la leche. **Lo creo superior a todas las harinas similares que se encuentran en Chile.**

DR. AURELIANO OYARZUN.—Medicina General.—Consultas de 1 a 3 P. M.—Casilla 823.—Santo Domingo 1254.—El facultativo que suscribe, certifica que ha ensayado con el éxito más notable el **ALIMENTO MEYER** en todos sus enfermos convalecientes de diversas afecciones. Santiago, noviembre 26 de 1917. (Firmado)—AURELIANO OYARZUN.

De venta en todas las Botecas del país y Casa Gath y Chaves



# ALIMENTO MEYER ES EL MEJOR

# COLONIAS



# CAUQUELIN

ALMACEN de VENTA

AHUMADA 272.

# Pacífico

Setiembre  
1919

# Magazine

Precio  
Un Peso



LA MEJOR MARCA

THE *J. M.*  
JOHNSTON & MURPHY  
TRADE  
MARK  
SHOE

Norte-Americana



UN CALZADO QUE SE IMPONE AL DE CUALQUIER  
MARCA IMPORTADA, POR SU FINA MANUFACTURA Y  
ELEGANTES FORMAS  
HEMOS RECIBIDO NUEVOS E INTERESANTES  
MODELOS

CASA NORTE-AMERICANA  
246 - Estado - 246

Enviamos a Provincias Catálogos Ilustrados. Casilla 2970

## EL ESPECIFICO BENGURIA

Detesto la réclame y me desconfío de todos los artículos que se recomiendan en periódicos o en carteles, pero suelo ser sensible al consejo de la amiga y de joven me sugirieron las recomendaciones que los comerciantes hacían de sus mercaderías.

Ahora por el contrario si hay algún desgraciado, "QUE ME HACE EL ARTICULO", le vuelvo la espalda y lo dejo con la palabra en la boca.

A las amigas sólo les escucho cuando han pasado la edad de hacerme competencia, siguiendo con eso la sabia máxima de un médico italiano que interrogado por mí sobre la eficacia de cierto cosmético que me obsesivara una amiga, se contentó con responderme: "Si su amiga tiene 30 años arroje el frasco sin usarlo, pero si tiene 60 emplee el remedio sin temor: le hará mucho provecho."

Conocí su "Específico" por recomendación de mi padre, cuya sinceridad queda fuera de concurso porque si en ocasiones frecuentes a nuestro esposo le conviene vernos hacer, a nuestro padre en cambio le envidia que seamos jóvenes el mayor tiempo posible, ya que nuestra juventud lo rejuvenece y nuestras canas lo afrentan. Cuando fui a la oficina de Ud., no me exigió fe anticipada en la eficacia del "Específico" sino paciencia para experimentar sus efectos. Creí en el "Específico Benguria" como creí en la ciencia mental, porque no se me impuso como dogma, sino que se me expuso como ciencia experimental.

"Guarda su fe para lo indemostrable y siga mi tratamiento con docilidad" me dijo mi profesor de mentalismo. Creerá cuando vea, como Santo Tomás, antes es innecesario".

Así comencé a hacerme las aplicaciones, pero es menester que deje constancia del lamentable estado en que tenía mi cabello. En París me debilitaron el cuero cabelludo a punto que comencé a perder el pelo sobre la frente y necesité usar postizos con tan mala fortuna que en la primera comida a que fui invitada el "toupet" se precipitó en el plato de sopa de donde fué sacado en ignominiosa figura, por un personaje de la alta banca, que cambiando su plato por el mío proclamó con gentileza. La soupe est, a point!

Por aquel tiempo el matiz dorado fuerte de mi cabello se volvió pálido, ceniciento y

anémico. La desolación natural de perder lo mejor que me había dado la naturaleza, hizo que recurriera no a la química que me asustaba, pero sí a la física que me atrae.

Usé "henne" producto oriental con que se barnizan las uñas y el cabello las mujeres árabes y las odaliscas en los harenes, pero pronto mi cabeza amenazó convertirse en una mata de zanahorias. Todas estas derrotas sufrí mi malogrado pelo en la Francia victoriosa; pero al pasar por Buenos Aires—donde siempre me soplaron malos vientos recibí el golpe de gracia en una soberbia quemadura aplicada por el mejor peluquero, que en lugar de cabello me dejó una rama de espino seca sobre el cráneo. En ese estado llegué a su oficina y no fué poca su sorpresa al constatar que aquellos hilos de oro dignos de Venus, de que le hablara mi padre, eran esas mismas hebras tiesas en todos los matices de la degradación final.

He usado su tratamiento 2 años con toda la infidelidad que guardo para las cosas, quizás como revancha a la fidelidad que conservo a las personas y, no obstante mi inconstancia, el cabello ha vuelto a ser abundante, flexible, sedoso y el color sí no es oro de un alto quilate, guarda algunos brillantes recuerdos de los años pretéritos... y como entro o voy a entrar a la edad de los recuerdos, no le puedo pedir a mi cabellera más de lo que es lícito pedirle a la vida.

En prueba del aumento considerable del pelo, pasé hace pocos días un gran susto: al ponerme un sombrero que usaba dos años atrás no pude embutirlo en el cráneo, creí que me había crecido la cabeza, pero mi hija me sacó del error. ¡Mamá! es que te ha salido mucho pelo. Me es grato pues, señor Benguria, dejar aquí constancia sin que Ud. jamás haya solicitado y sin que tampoco haya citado nunca mi cabeza para réclame (lo que le agradezco) de que su "Específico" es hasta aquí lo mejor que he encontrado en el mundo, y en lo mucho que he caminado por el planeta no conozco otro remedio tan eficaz que valga lo que vale el suyo.

Con sentimiento de distinguida consideración, quedo de Ud., la más agradecida de sus clientes, que su "Específico" ha cubierto con la lozanía juvenil.

INES ECHEVERRIA DE LARRAIN.

R. Benguria B. - Moneda, número 875, SANTIAGO

## NO ES LOTERIA

Con sólo CINCO PESOS, y sin ningún riesgo, usted puede tomar parte en TODOS los grandes sorteos de los Bonos del Canal de Panamá, que se verifican en París, cada trimestre: el 15 de Febrero, el 15 de Mayo, el 16 de Agosto y el 15 de Noviembre, con los siguientes premios anuales: dos de 500.000 fr., dos de 250.000 fr., cuatro de 100.000 fr., cuatro de 10.000 fr., cuatro de 5.000 fr., veinte de 2.000 fr. y doscientos de 1.000 fr.

En cada sorteo, fuera de los premios, se amortizan 325 números que se reembolsan con 400 fr. cada uno.

Cada Bono toma parte en todos los sorteos hasta que salga premiado o reembolsado; ninguno puede quedar sin ser sorteado; nadie puede perder su capital; NO ES LOTERIA.

Para combatir el juego y fomentar el Ahorro; para realizar una obra humanitaria y moralizadora, ponemos al alcance de todos esta atrayente inversión, ofreciendo los Bonos del Canal de Panamá, pagaderos a voluntad del comprador, por cuotas de CINCO PESOS, con derecho, cada una, a TODOS los sorteos, y al cincuentavo de cada premio y de cada amortización.

Así, con sólo CINCO PESOS, con una sola cuota, y sin obligación alguna de adquirir mayor cantidad, usted toma parte en TODOS los sorteos, cada tres meses, y puede ganar hasta 10.000 fr.

Con diez pesos, se pueden ganar 20.000 fr., con quince pesos, 30.000 fr., con veinte pesos, 40.000 fr.; etc.

El que alcanza a ahorrar cincuenta cuotas, recibe un Bono, y puede entonces ganar hasta 500.000 fr.

Ancianos, jóvenes y niños; obreros, empleados y rentistas, todos deben ingresar a este Ahorro, que, con un capital insignificante y completamente garantido puede, en un solo instante, mejorar su situación y asegurar su porvenir.

### 174.º SORTEO

15 de Mayo de 1919.

250.000 fr., núm. 975.970, 100.000 fr., núm. 1.213.474, 10.000 fr., núm. 1.367.312, 5.000 fr., núm. 865.607, 2.000 fr., núms. 166.666, 345.621, 754.121, 1.360.101, 1.972.407, 1.000 fr., núms. 19.807, 30.973, 54.893, 122.972, 141.842, 161.273, 213.588, 214.510, 244.407, 429.847, 449.909, 461.517, 473.914, 482.066, 504.896, 521.910, 532.369, 556.274, 567.983, 585.927, 628.504, 678.067, 715.405, 735.974, 826.614, 857.125, 883.451, 912.306, 1.004.251, 1.012.471, 1.021.392, 1.066.370, 1.119.305, 1.142.193, 1.182.996, 1.184.874, 1.198.315, 1.221.805, 1.237.035, 1.248.161, 1.361.612, 1.561.186, 1.567.122, 1.629.842, 1.672.002, 1.819.043, 1.874.664, 1.881.547, 1.887.037, 1.946.191.

Entregamos las cuotas y los Bonos a vuelta de correo. Mandamos a todos los suscriptores el resultado completo de cada sorteo. Nos encargamos de la cobranza de los premios.

M. MASBRO

Agencia Franco-Americana.—Sto. Domingo 969.—Casilla 1485.—Santiago de Chile.

## ACIDOS EN EL ESTOMAGO CAUSAN INDIGESTION Crían gas, agrura y dolor de estómago Cómo curarlos

Autoridades médicas manifiestan que casi nueve décimas partes de los casos de indisposición del estómago, así como indigestión, acidez, agrura, gas, sofocamiento, náusea, etc., son debidos a un exceso de ácido hidroclórico en el estómago y no como algunos creen que son debidos a falta de jugos digestivos. Las membranas delicadas que forran el estómago se encuentran irritadas, la digestión se retrasa y los alimentos se agrian, causando los síntomas desagradables tan bien conocidos para todo paciente del estómago. En estos casos no se necesitan digestivos artificiales, los cuales, dicho sea de paso, pueden hacer un verdadero daño. Pruebe el hacer a un lado todos los auxiliares digestivos, y en lugar de éstos, en cualquier droguería, obtenga un frasquito de Magnesia Divina y precisamente después de las comidas tómese dos pastillas en un cuarto de vaso de agua. Esto purifica el estómago, previene la formación excesiva de ácido y no habrá acedia, gas o dolor de estómago. Magnesia Divina en pastillas—nunca en líquido o leche—es inofensiva al estómago, es muy barata y es la forma de magnesia más eficaz para el estómago. La usan miles de personas que saborear sus comidas sin preocuparse más por la indigestión.

## CONCURSO DE OJOS CUPON

### COMO ACABAR LOS ZUMBIDOS DE CABEZA

Consejo saludable a los que temen caer  
sordos

Aquellos que van oyendo con dificultad y que experimentan algo así como una presión molesta contra los tímpanos, acompañada de ruidos sordos y confusos en la cabeza, parecidos al fragor de una cascada lejana o al de un escape de vapor, deben tomar medidas prontas y eficaces que paren esto. Con zumbidos de éstos es como casi siempre empieza la sordera, parcial o total, y de ellos padecen constantemente la mayoría de los sordos. A veces estos ruidos se hacen tan insoportables y ofensivos al sistema nervioso, que casi enloquecen al paciente y pueden acarrearle hasta una postración nerviosa.

Gracias a un notable medicamento, ya se puede mitigar la severidad de estos zumbidos y con frecuencia disiparlos por completo, y con esto mejorar muchísimo el oído y hasta restaurarlo del todo. El remedio se prepara fácilmente y es el tratamiento más eficaz que hay para esto. Comprar en la botica un pomito con una onza de *Parmenta* (Doble Fuerza), llevarlo a casa, añadirle 1-5 litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar granulado, batirlo hasta que se disuelva y tomar una cucharada de las de postre cuatro veces al día. *Parmenta* se usa de este modo no sólo para reducir por acción tónica la inflamación en las trompas de Eustaquio, igualando así la presión del aire sobre los tímpanos, sino para corregir todo exceso de secreción en el oído medio, y sus resultados son generalmente pronto y efectivos.

Todo aquel que tenga catarro, en cualquier forma, debe probar esta preparación.

# INSUPERABLE



## PURO DE OLIVAS

# SUMARIO

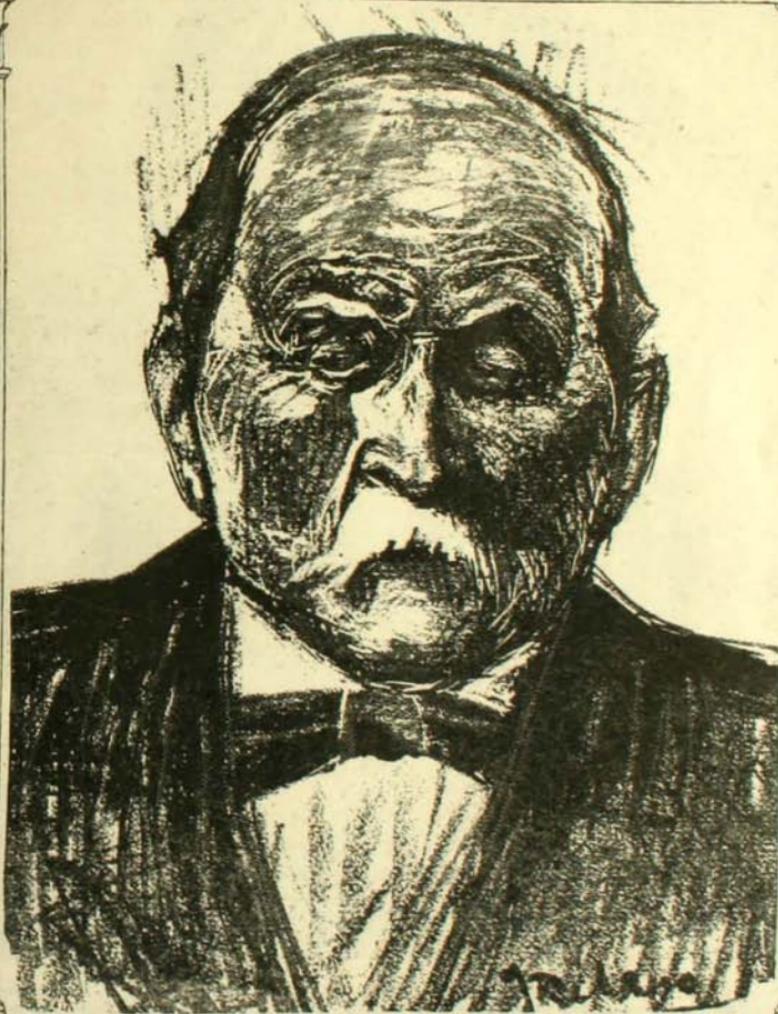
	Págs.
DON RAMON BARROS LUCO. . . . .	237
LA LEGACION DE CHILE ANTE LA SANTA SEDE, <i>Paolo Dalla Noce.</i> . . . . .	239
TODOS LOS SPORTS. . . . .	250
TELEFONIA SIN HILOS, <i>Pablo James.</i> . . . . .	251
CONCURSO DE OJOS. . . . .	257
PRO HUERFANOS DE ALEMANIA Y AUSTRIA. . . . .	258
LA ULTIMA EXPOSICION DE ACUARELAS, <i>Fray</i> <i>Apenta.</i> . . . . .	260
EL NIÑO SOLO, <i>Gabriela Mistral.</i> . . . . .	262
EL PRULONCON, <i>Germán Luco.</i> . . . . .	263
EL RENACIMIENTO DEL GUSTO COLONIAL EN SANTIAGO, <i>Sady Zañartu.</i> . . . . .	267
EL TUNEL DE LA MANCHA. . . . .	272
SEÑORA DOLORES GARCIA HUIDOBRO DE MU- JICA . . . . .	277
LA FIGURA DE LOS ANIMALES, <i>Edmond Perrier.</i> . . . . .	278
LOS DOS PUNTOS DE VISTA, <i>E. Servan.</i> . . . . .	289
UN ASUNTO DE TEATRO, <i>Francois Coppée</i> . . . . .	295
MONNA LISSA, <i>Juan de Armaza.</i> . . . . .	300
LA DESCONOCIDA, <i>Darío Niccodemi.</i> . . . . .	301
LOS SUEÑOS, <i>Doctor Grasset</i> . . . . .	309
EL ARTE EN EL HOGAR, <i>Esilda</i> . . . . .	315
UNA CIUDAD QUE SURGE POR ENCANTO EN EL DESIERTO, <i>J. B. C.</i> . . . . .	321
CRONICA BIBLIOGRAFICA MENSUAL, <i>Victor Silva</i> <i>Yoacham</i> . . . . .	330
"EL CIRCULO ROJO", <i>A. Conan Doyle.</i> . . . . .	333
LA COCINA. . . . .	343
ELEGANCIAS, <i>Madame X.</i> . . . . .	344
LOS PRINCIPALES SIGNATARIOS DE LA PAZ EN VERSALLES. . . . .	346

# PACIFICO MAGAZINE

Vol. XIV

Santiago de Chile, septiembre de 1919

NUM. 81



Don Ramón Barros Luco, fallecido el 20 de septiembre



Fachada de la casa a vía Quintino Sella.—Esta casa fué construida por el marqués Antonio de Rudini, Presidente del Consejo de Italia, en 1906. S. M. Victor Manuel III puso la primera piedra. El arquitecto fué Basile, el mismo que ha construido la nueva Cámara de Diputados, etc., siendo éste el único edificio privado que se ha dignado hacer.

# LA LEGACION DE CHILE ANTE LA SANTA SEDE

Por PAOLO DALLA NOCE

(Traducido de la Revista "Arti e Lettere" de Roma). (1)

En toda la Península es conocido el nombre del Excmo. señor don Rafael Errázuriz Urmeneta, ex-presidente del Consejo y Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Chile, y actualmente su Ministro ante el Vaticano; son notorias sus aficiones artísticas y literarias que hacen de él uno de los más esclarecidos Mecenas de nuestra capital; notorio es el lujo con que vive, rodeado de sus colecciones de cuadros y esculturas, en su palacio de Roma.

Como nuestros lectores han de probar, indudablemente, curiosidad de saber lo que encierra una residencia rodeada de tanto renombre, les daremos aquí una breve reseña de la Villa, en Via Quintino Sella, que ocupa el distinguido estadista y fino diplomático.

Se yergue la Villa Errázuriz sobre el emplazamiento de los antiguos jardines de Salustio, en el barrio de las más lujosas mansiones modernas de Roma, entre las cuales ocupa indiscutiblemente el primer lugar. Fué mandada construir en 1904 por el entonces Presidente del Consejo, Marqués Antonio di Rudini, al ilustre arquitecto Basile, quien dedicó, por única vez en estos últimos años, su talento a la construcción de una casa particular, distrayéndolo del Palacio de Montecitorio (2) y demás edificios públicos encomendados a su dirección.

S. M. Víctor Manuel III colocó la primera piedra del edificio en 1904. Basile imprimió tanto al exterior como al interior de la casa un sello genial, uniendo en lo primero, a las líneas del más puro clasicismo, las características de estilo que le son propias, y en lo segundo, el gusto más feliz en las decoraciones a la disposición más acertada de las habitaciones. La Villa fué adquirida en 1913 por el Excmo. señor Errázuriz.

La alta reja del jardín constituye un notable trabajo de fierro forjado; con ella hacen juego todas las balastradas y faroles de la casa.

La parte del jardín al frente y a los costados del edificio está despejada de plantas y sólo se levantan allí, a intervalos, unos grandes jarrones griegos, sobre elevados pedestales, en los que florecen unas matas de naranjos.

Junto con entrar a la casa, desde el primer vestíbulo, se recibe la impresión de arte que de toda ella emana. Entre otras cosas descuella allí sobre una antigua mesa del siglo XV un gran jarrón etrusco encontrado en las excavaciones de las tumbas etruscas en Orvieto.

El gran hall, de la casa es lo más armonioso que sea dable concebir. La suavidad de líneas, la hermosura y riqueza de los estucos y lo difuso de la luz que deja penetrar la claraboya de vidrios pintados, forman un conjunto que hace fe, una vez más, del talento de Basile. Estas cualidades del ambiente ha sabido realzarlas el dueño de casa con los cómodos y lujosos amueblados ingleses que allí ha puesto, entremezclándolos, en agradable contraste, con viejos bargeños españoles y esbeltas estatuas antiguas y modernas. Incrustadas en las murallas del hall existen cuatro vitrinas en que, dispuestas sobre sostenes de cristal y reflejadas por los espejos de sus paredes, se exhiben unas raras colecciones de porcelanas y miniaturas. Allí alternan figuritas de Tanagra con grupos de Capodimonte, platos en relieve de Limoges con floreros de viejo Sceaux y esenelas, pero todas cuidadosamente seleccionadas por un ojo entendido.

Del hall se pasa, al fondo, a tres salones de estilo Luis XVI, cuyos muebles y cortinas son de tapicería de Aubusson, de la época de dicho monarca. Del mismo tiempo son dos grandes vasos de Sevres que se encuentran en uno de los salones. Admiranse allí un retrato de la señora de Errázuriz, por Boldini, un pri-

(1) Hemos podido conseguir las mismas fotografías que acompaña el artículo original.

(2) O sea Cámara de Diputados.

moroso pastel por Helleu y varias otras telas y muebles de notable interés.

Tenía el Ministro, en Chile, una serie de cuadros debidos al pincel del eximio pintor español Joaquín Sorolla, cuyas telas han alcanzado precios tan elevados hoy en día, y de las cuales aquel es el afortunado particular que, en el mundo, posee mayor número. Pues las ha traído a Roma y ha edificado un salón de vastas proporciones que da cabida a

noso y fuerte genio del pintor. Aquella gran sala forma un conjunto admirable; bien podrían codiciarla muchos museos.

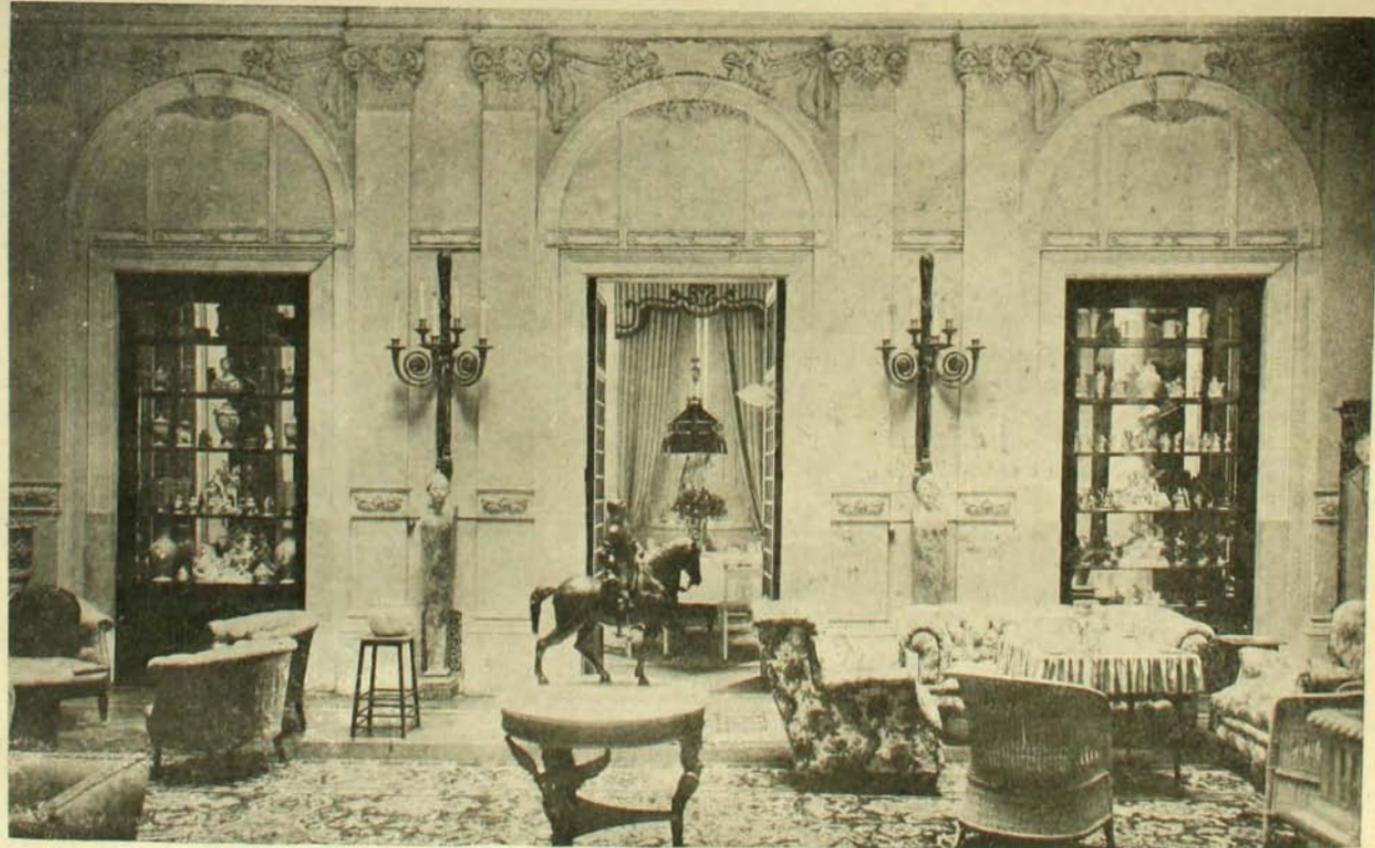
Sencillo y de hermosas líneas es el comedor cuyas paredes están tapizadas de cuadros de familia. El señor Errázuriz es de aristocrática descendencia española, pero hace siglos que sus antepasados se trasladaron a Chile, manteniéndose siempre a la cabeza del país en puestos prominentes y en todo orden de actividades. Su porte noble es el mismo de sus abuelos que se ven retratados allí. En vez que en pesados muebles los servicios están contenidos en vitrinas incrustadas en la pared, las que, al igual que las del hall, fueron una feliz novedad de esta casa. La luz que despiden las numerosas ampollas ingeniosamente dispuestas al interior de esos estantes de cristal centellea en las finas copas de Murano, resplandece en los bellos platos de Sevres que pertenecieron al Rey Luis Felipe, hace rutilar un maravilloso servicio cuyos platos, fuentes y copas son de plata maciza, se refleja en todos esos tesoros de vajilla y se multiplica y divide al infinito en los espejos laterales y del fondo.

Del lado opuesto al comedor se encuentra el "fumoir", de estilo Renacimiento. Es un salón que posee un sello señorial insuperable. Un zócalo de madera oscura, fileteado de oro, llega hasta cierta altura y de allí arranca, hasta el labrado y arcaico techo, una seda de tonalidad verde claro. Una inmensa chimenea ocupa una extremidad de la habitación. En la extremidad opuesta, contenida en un marco monumental, y afirmada sobre un pedestal adecuado, hállase una maravillosa copia antigua de la "Coronación de la Virgen" por Fra. Angélico, que constituye un objeto de general admiración por cuanto en nada se distingue del original. En derredor del salón hállanse varios artísticos muebles florentinos de 1500, diversas estatuas primitivas toscanas del siglo XIV y XV y de las paredes cuelgan algunos primitivos sieneses de 1300, varias telas del Renacimiento veneciano y de distintas escuelas de aquella misma época. Sobre una mesa descansa una inmensa pieza de porcelana de Capodimonte: la "Aurora" de Guido Reni, interpretación en relieve del famoso fresco del Palacio Rospigliosi. Sobre consolas y muebles abundan los retratos de los elevados personajes con quienes le ha tocado al Ministro Errázuriz estrechar relaciones de amistad en el curso de



Hall visto de frente. La belleza de líneas y de luz (que la claraboya pintada atenúa) son las características del hall, unida a la hermosura de los estucos cuyo estilo florido es creación de Basile y que están primorosamente ejecutados.

varias de ellas. Allí descuelga un retrato de la familia de don Rafael Errázuriz, universalmente reconocido como la obra maestra del gran pintor y digno de figurar cerca de los retratos por Velásquez y Goya que se admiran en el Museo del Prado de Madrid. Toda una pared está ocupada por una inmensa tela que representa a Jesús predicando desde una barca. Hay varios retratos de la señora de Errázuriz y de sus hijos y varios "panneaux" con asuntos relativos a la vendimia, cuyo colorido y ejecución revelan el lumi-



Hall visto de costado. Al medio: Estatua de Bartolomeo Colleoni. En frente: dos de las cuatro vitrinas encajadas para colecciones de porcelanas con cristal y espejos. Estas coinciden con las dos del comedor.



Hall el día de la ceremonia de la consagración de la casa al Corazón de Jesús (30 de abril de 1918). Al medio las sillas para los asistentes. Al fondo el salón central Luis XVI y más atrás el salón de Sorolla.

los trece años de brillante vida diplomática que lleva entre nosotros.

Todos los aposentos nombrados están en el piso de abajo. Hemos hecho una reseña rápida por demás de algunos de los objetos de especial valor que contienen, aunque las valiosas lámparas, los numerosos y artísticos objetos de porcelana y plata esparcidos por doquiera, las grédas antiguas y de Signa, los grandes cirios basilicales obsequiados por Pío X y Benedicto XV al Ministro Errázuriz y contenidos en bellos candeleros cosmatescos, las reliquias de las esculturas griega y romana halladas en las excavaciones y ruinas y los innumerables cuadros hubiesen merecido un análisis más detenido, por cuanto contribuyen poderosamente a crear aquella atmósfera de arte que se respira en la Villa Errázuriz.

Una ancha e imponente escalera lleva a los tres pisos superiores. Las paredes que la en-

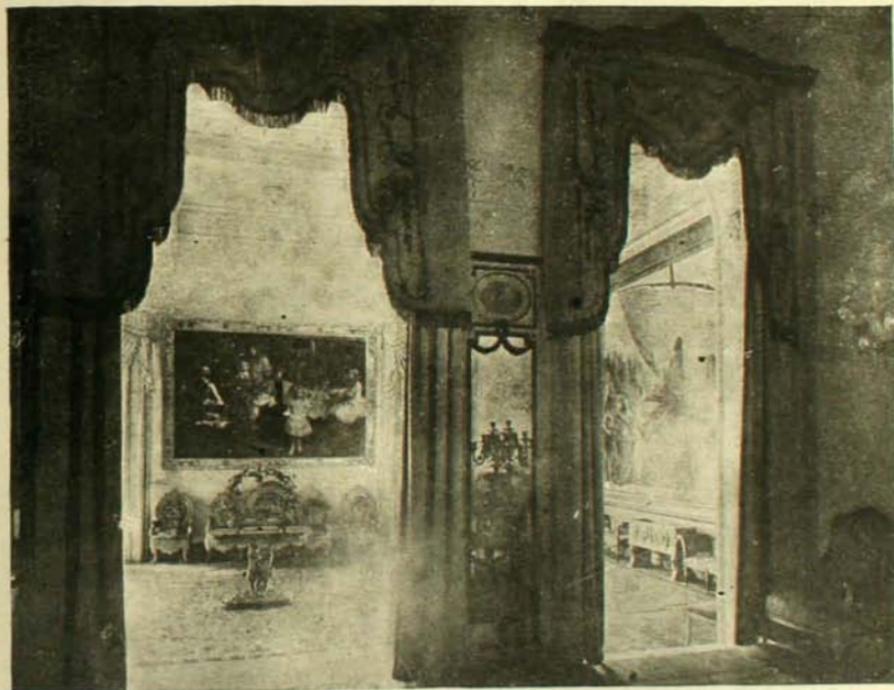
cierran están literalmente cubiertas de cuadros, hasta arriba. Allí, cerca de unas marinas venecianas de 1700, de escenas mitológicas de la escuela boloñesa de 1600 y aguas fuertes de Piranesi aparece una interesante tela pintada en Chile y que representa a un jefe indígena en el acto de ser puesto a muerte por los españoles. La balaustrada de la escalera es en fierro forjado de primoroso dibujo.

El piso principal contiene los departamentos del Excmo. señor Ministro y de su señora, frente a cuyas habitaciones corre un balcón que asoma en todo el perímetro del hall. Desde una alta y espaciosa galería se penetra al escritorio y sala de despacho del señor Errázuriz. Allí se ha rodeado él de sus libros y sus retratos favoritos. En las paredes, sobre el fondo de seda verde oscuro, se destacan algunos cuadros de las mejores firmas italianas

contemporáneas. Al penetrar a este cuarto no se puede menos de pensar cuán diferentes asuntos se trataban en él hace algunos años de los que hoy día se tratan. Ya no son conciliábulos secretos de Rudini con Giolitti, Luzzatti o Sonnino, los que escuchan estas paredes sino laboriosas, y no menos confidenciales, gestiones sobre asuntos eclesiásticos que se discuten aquí con el Cardenal Secretario de Estado o los altos dignatarios del Vaticano llámense Merry del Val, Gasparri, Cerretti o Tedeschini. El prestigio y afecto excepcionales de que goza el Ministro de Chile en el Vaticano y ante el Sumo Pontífice ha hecho acreditarle la voz en los ambientes diplomáticos de Roma, que toda misión, por ardua y penosa que sea, encomendada por el Gobierno de Chile a su Ministro, es llevada infaliblemente por éste a feliz término.

De paso hacia los aposentos privados del ministro, está el salón de familia, de cuyas paredes cuelgan cuadros que representan las

propiedades que don Rafael Errázuriz posee en Chile: agrícolas y mineras. Entre las primeras se cuenta una inmensa viña, quizás la más grande del mundo, y entre las segundas, minas y establecimientos de fundición de cobre; uno de los metales de que Chile está más generosamente dotado. Se hallan también en el mismo salón los diplomas de las veinticinco o más Academias, (de Roma, Atenas, París, Madrid, Lisboa, Río de Janeiro, etc.) de que es miembro el Excmo. señor Errázuriz, como fruto de sus apreciadas obras sobre arte, antigüedades italianas y griegas e historia. Es seguramente el primer caso de un americano del sur que tiene asiento, al mismo tiempo, entre nuestros humanistas en la Arcadia; cerca del sabio Marucchi en la Pontificia Academia Romana de Arqueología, y en el cenáculo de nuestros grandes artistas: la Insigne Academia de San Lucas. El Ministro es Académico de su patria y socio de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia de Madrid.



Salón de Sorolla visto desde el salón central. Fué construido por el señor Rafael Errázuriz Urmeneta, en 1913, a raíz de comprar la casa. El señor Errázuriz Urmeneta trasportó a Roma todas las telas de Sorolla de su casa de Santiago.



Fumoir.—Chimenea Renacimiento con las armas, no bien borradas, del marqués de Rudini. Estatua de David, por Donatello (copia). Mueble florentino siglo XVI; encima un políptico de vieja porcelana de Limoges. En la mesa autógrafos de los cardenales: Rinaldini, Vicenzo Vannutelli, Ferrata y Samminiatelli. En las paredes; cuadros antiguos y retrato de S. S. Pio X.

La suntuosidad y el buen gusto encuentran su expresión más acabada en el dormitorio del dueño de casa, en que todos los muebles son españoles del siglo XVI, no siendo ninguno de ellos posterior a dicha época. Bajo una tela en que Sorolla ha interpretado magistralmente un dibujo esbozado por el primitivo Fra. Bario da Viterbo, se halla un hermoso catre todo de madera esculpida e incrustada de bronce, que fué ocupado en San Yuste, por el Emperador Carlos V., y que el señor Errázuriz pudo adquirir, por afortunada casualidad, en España. Falta el espacio para describir adecuadamente los demás interesantes muebles.

En extremo valiosa es la pequeña colección de obras maestras que tapizan las paredes de la pieza: una gran Virgen rodeada de ángeles, por Esteban Murillo, un Lucas de Leyda, una tabla sienesa de fines de 1200, un Escudo de Rafael y varias antiguas telas flamencas.

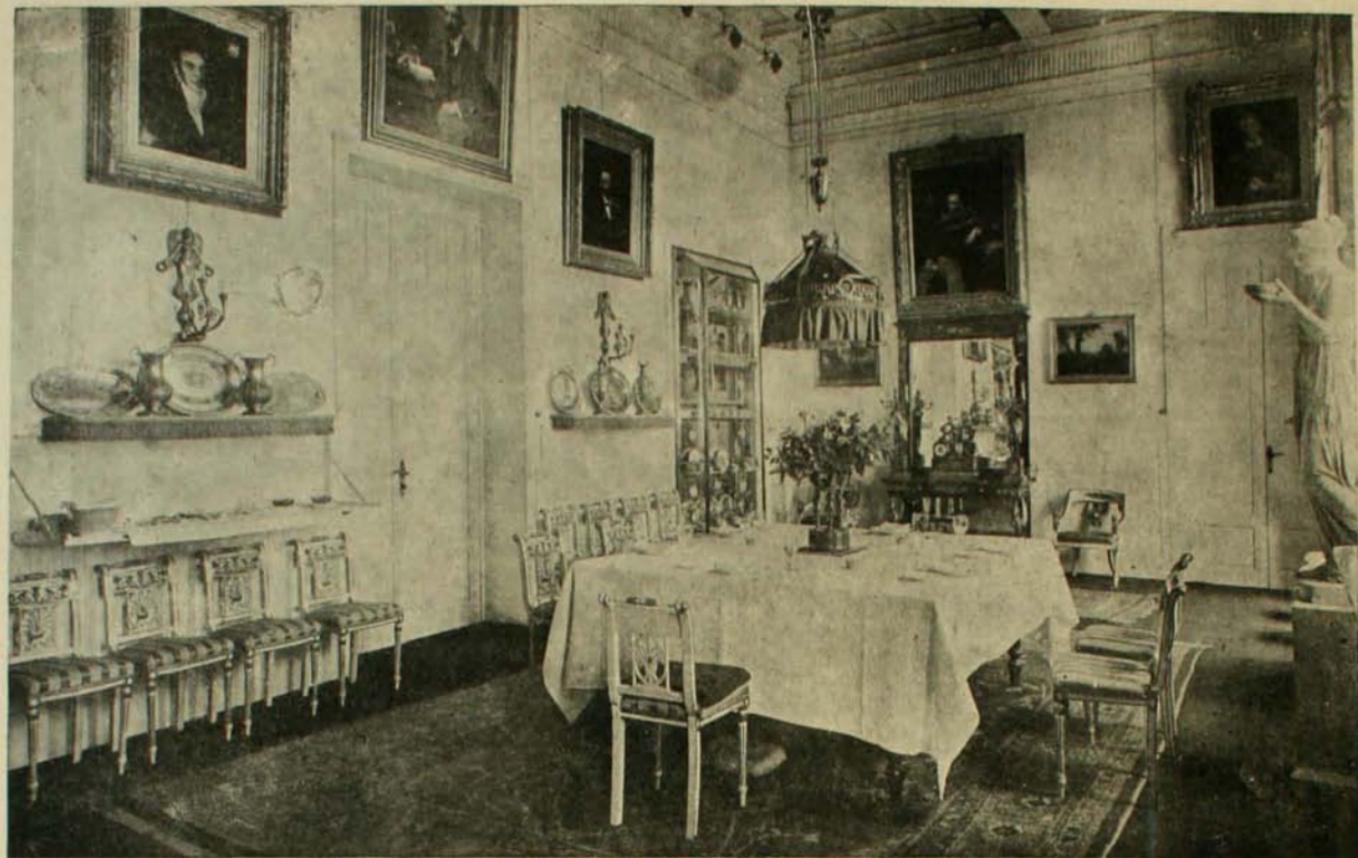
El salón de la señora de Errázuriz es una

grande y lujosa pieza en que la preocupación de la comodidad no ha hecho tampoco desear el afán de rodearse de cosas artísticas, pues allí nos cupo admirar, entre otras muchas, unas preciosas cómodas antiguas, un amoblado veneciano de fines del siglo XVIII, un gran Cristo de marfil, bajo dosel, esculpido en España en el siglo XV, una interesante colección de mayólicas umbras y diversos muebles y cuadros del siglo de oro del Renacimiento. En dicha habitación, lo mismo que en el resto de la casa, casi cada puerta está coronada por alguna de las felices reproducciones que Signa ha hecho de las cerámicas esmaltadas de Luca Della Robbia y que representan la nota más delicada del arte florentino del siglo de Lorenzo el Magnífico.

En medio de este ambiente de refinada opulencia vive el Enviado de Chile ante la Corte del Vaticano, abriendo de par en par sus puertas a los artistas a quienes acoge con generosa munificencia y a cuanto personaje ilustre



Grupo de cardenales al pié del Cristo de Sorolla. De izquierda a derecha: Monseñor Sibilla, cardenales Ramuzzi, Giustini, Billot, Bisletti, Tonti, Rinaldini, Vico, Vincenzo Vanutelli (decano de S. C.), Gasquet, Gasparri (Secr. Est.), Granito di Delmonte, Cagliero, Frühwirth y Giorgi, monseñor Samper etc. Fotografía tomada con motivo de la ceremonia de la consagración de la casa al Corazón de Jesús. El "Cristo alla barca" es una obra maestra; estaba en Santiago, junto con los dos pannels de la viña. Los muebles del salón eran del príncipe del Drago.



Notables son las dos vitrinas encajadas en la muralla, creación genial de Basile. Plancas de cristal, atornilladas en barras de bronce, sostienen la cristalería de Murano, el antiguo servicio de Sévres de las Tulleries y el servicio de platos, fuentes y copas de plata maciza, que bajo la luz de las ampolletas y el reflejo del espejo de atrás hacen un lindo efecto. En la consola juego Imperio auténtico.



Escritorio del señor Errázuriz Urmeneta.—Al fondo, cuadro de Panchue, pintado por don Pedro Subercaseaux.



Grupo de familia.—El señor Errázuriz, señora e hijas.



La señora de Errázuriz y familia.

llega a Roma a quien atiende con fastuosa hospitalidad. Recibe con igual afabilidad a sus compatriotas de paso por Roma como a los miembros del patriciado romano, que han concluido por considerarlo uno de los suyos.

Por la Legación han pasado los príncipes de muchas dinastías reinantes de Europa, a quienes el Excmo. señor Errázuriz está vinculado por lazos de amistad; grandes estadistas como el Presidente Pessoa, Henry H. Asquith, Venizelos, Vázquez Mella y otros. Con igual facilidad se puede encontrar en sus salones a alguno de nuestros más renombrados artistas, como al Cardenal Arzobispo de Londres, París, Boston o Cracovia, siendo la constante preocupación del Ministro, como él ama repetir, hacer redundar todo el brillo de su actuación social en beneficio de su patria.

Y en verdad que, gracias a las cualidades personales del Ministro Errázuriz, la Legación de Chile ocupa en los círculos diplomáticos

del Vaticano una situación igual sino superior a la de muchas Embajadas. Don Rafael Errázuriz es considerado por sus colegas como el jefe moral de todos ellos, por los años que lleva en su puesto y el ascendiente de que disfruta ante el Santo Padre, desde muchos años su amigo personal. Seguramente, algún día, en retribución por la elevación a Nunciatura de la representación diplomática pontificia en Santiago, que él mismo consiguió, lo veremos elevado a Embajador por su Gobierno, lo cual será recibido con agrado por todos en Roma.

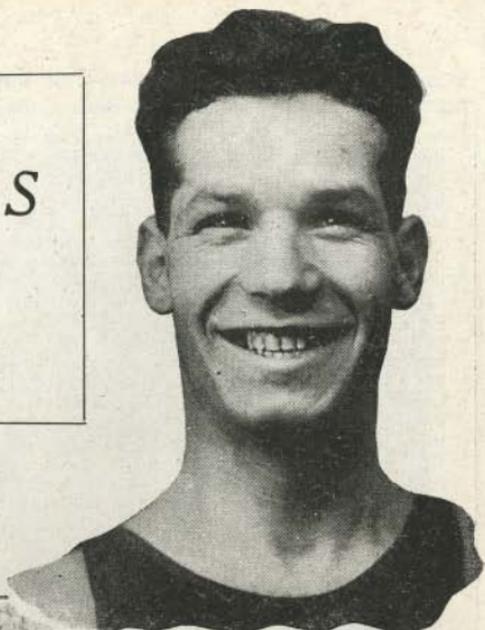
Sede de un gran espíritu de estadista, de una fina inteligencia de diplomático, y más que todo de un alma sincera de cultor de arte, la Villa Errázuriz sintetiza la fascinación que ejerce nuestra cultura sobre las regiones más alejadas del mundo y marca un poderoso vínculo entre nuestra vieja civilización y las jóvenes razas latinas del Nuevo Mundo.



Estatua de Safo, en el hall. Rincón del hall, mirando hacia la entrada; aspecto habitual. Al comprar la casa, el señor Errázuriz Urmeneta compró todos los muebles: los antiguos los trajo del Palazzo Torlonia, donde los había ido coleccionando, los modernos, de Maple. De Chile llevó algunas cosas de valor.

# TODOS LOS SPORTS

15 Agosto a 15 Septiembre



Duque Rodríguez, vencedor de  
Kid Bains en un match de box  
efectuado en el mes pasado.



1. Ganadores de los diferentes campeonatos de fiestas patrias, organizados por el Olympia Tennis Club en la Quinta Normal.—2. Team de la Liga Metropolitana que venció al team Valparaíso.—3. Porro en el clásico José Luis Larraín.

# TELEFONIA SIN HILOS

Oír, a millares de kilómetros, la voz de un interlocutor, conversar con él sin la ayuda de hilo alguno, ¿no es acaso la más admirable de las maravillas? En el momento en que la maravillosa invención es puesta en práctica, aprovechemos la ocasión para indicar su mecanismo. ¿Habrà necesidad de hacer notar cuán felizmente van a encontrarse transformadas con esto las condiciones de la vida en la superficie del globo?

Charlar con gentes que están en el otro extremo de la tierra; estar en París y conversar tranquilamente con habitantes de New York o de Constantinopla y, lo que es más todavía, con gentes que están en un navío o un aeroplano; oírlos tan indistintamente como si estuviesen cerca de nosotros, recibir, de la boca misma de los actores, los menores detalles de un acontecimiento que ocurre a varios millares de kilómetros, y esto sin la ayuda de ningún hilo, ningún conductor, ¿no es simplemente maravilloso? Pues, esto es lo que permite hoy día hacer la radiotelefonía, descubierta hace apenas unos quince años, y que, a fines del siglo pasado, formaba en la categoría de las ficciones científicas, a lo sumo buenas para hallar sitio en las novelas de Julio Verne o de Wells.

Basada, como la telegrafía sin hilos, en la propagación de las ondas eléctricas a través del espacio, lo que a primera vista sorprende, es que la telefonía se haya retardado tanto en relación con su hermana mayor. Fué en 1902, en efecto, cuando Marconi envió su primer radiotelegrama por encima del Atlántico, entre Europa y América, y ha sido solamente trece años más tarde cuando ha podido hacerse lo mismo por medio de la telefonía.

¿Por qué esta diferencia?

La telefonía presenta, sin embargo, incomparables ventajas. ¿Quién no ha tenido ocasión de hacer un paralelo entre el lacónico telegrama con el número de palabras justipreciadas, que llega a veces numerosas horas después de ser depositado en la oficina, con la agradable comunicación que cualquiera puede usar, sin intermedio de empleados especiales, que permite discutir y ponerse de acuerdo con su inter-

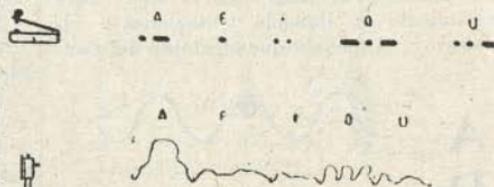
locutor, de quien se oye la voz, a tal punto que se tiene la ilusión de que la distancia ha sido suprimida? En razón misma de su interés, la telefonía sin hilos habría debido, parece, marchar paralela con la radiotelegrafía. Desgraciadamente, la transmisión de la palabra es mucho más difícil de realizar que la de los signos telegráficos.

Los telegramas son transmitidos mediante el alfabeto Morse, en el cual

La diferencia esencial

cada letra está representada por un grupo de puntos y líneas calificados según cierto orden. Puntos y líneas son enviados por breves envíos de corriente en la telegrafía ordinaria, o por cortas emisiones de ondas en la T. S. H. Entre cada punto y cada raya existe un intervalo bastante grande durante el cual no hay ya corriente en la línea.

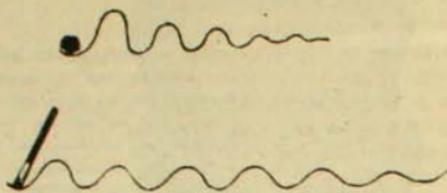
En la telefonía, por el contrario, las corrientes circulan continuamente por el hilo. Al pasar al órgano trasmisor de la voz o "micrófono", son influidas por la palabra y sufren variaciones de intensidad que



Nuestro esquema muestra en primer lugar la transmisión telegráfica de las vocales por alfabeto Morse; en seguida la variación de la intensidad de una corriente telefónica cuando se pronuncian las mismas vocales.

obran sobre la placa del receptor. Esta, puesta en vibración por las variaciones de la corriente, reproduce las entonaciones de la voz. Nuestra figura muestra las variaciones de intensidad de una corriente telefónica que reproduce las diferentes vocales.

La telefonía exige, corrientes continuas, o emisiones de voz ininterrumpidas.



Las ondas "amortiguadas" y las ondas "permanentes".

Para permitir a una piedra cae en el agua familiarizadas con la electricidad, comprender el funcionamiento de la telefonía sin hilos, vamos ante todo a conocer las ondas eléctricas.

Un ejemplo material y palpable de ondas nos va a permitir darnos cuenta de todos los fenómenos. Es el de la piedra que cae sobre la superficie de un agua tranquila. Alrededor del punto de caída nacen anillos concéntricos que van separándose y concluyen por extinguirse. Estos círculos son ondas. En un instante dado, la superficie del agua tendrá por perfil una línea sinuosa A.

Las ondas están caracterizadas por su amplitud y por su frecuencia. La distancia que separa a dos ondas consecutivas se llama la "amplitud de la onda".

Si dejamos caer desde la misma altura una segunda piedra, más gruesa que la primera, ésta también producirá ondas. La doble serie de ondas tendrá el mismo aspecto general, pero las sinuosidades que corresponden a la piedra grande son mucho mayores. Las ondulaciones corren sobre la superficie del agua, que se irisa como un campo de trigo bajo la brisa. Este movimiento es llamado "movimiento vibratorio". A medida que se alejan del pun-

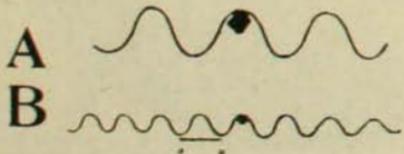
to de caída de la piedra, las ondas van extinguiéndose, la altura de las sinuosidades es más y más débil, se dice que su "amplitud" disminuye y que las ondas se "amortiguan".

En un medio determinado, el agua, por ejemplo, las ondas, cualquiera que sea su porte, se transmiten con una velocidad constante. Pero, al mismo tiempo, se producen más arrugas en el caso de la pequeña piedra que en el caso de la grande. Se dice que la frecuencia de las ondas debidas a la pequeña piedra es más grande. La palabra "frecuencia" designa, pues, el número de ondas producidas en un segundo.

Hay en la naturaleza muchos fenómenos vibratorios. El éter, vehículo de las ondas eléctricas

En el primer rango están las ondas sonoras. Cuando se golpea una placa con un martillo, por ejemplo, en el aire se provocan vibraciones que se propagan en esferas concéntricas más y más grandes: las esferas constituyen las ondas sonoras. El aire es, pues, el agente trasmisor del sonido, como era el agua el de las arrugas producidas por la caída de la piedra.

Pero la luz, igualmente, como Fresnel lo demostró a mediados del siglo pasado, es el resultado de un movimiento vibratorio, y el sol es la fuente de esas ondas. Como el vacío interplanetario se extiende entre nuestro globo y el sol, ya que nuestra atmósfera no tiene sino un espesor ínfimo, no es el aire el que puede ser vehículo de esas ondas. Los sabios se han visto obligados a admitir la existencia de un nuevo elemento que llena todo el espacio interplanetario, que existe en todas partes, y al cual se le ha dado el nombre de "éter". Es este ele-



Cómo se explica la "frecuencia" de las ondas. 1.º Ondas que resultan de la caída de una piedra en el agua. 2.º Ondas producidas por la caída de una piedra más grande.

mento el que entra en vibración para transmitirnos la luz y el calor; es también el vehículo de las ondas eléctricas. No podamos verlo, ni mucho menos cogerlo. Su existencia es una cosa demostrada por sus consecuencias, pero es tan sutil que no hay medio que permita comprobar su presencia. Es preciso admitir ésta como un artículo de fe.

Esto es lo que hacen hoy día todos los sabios que han explicado, gracias a él, numerosos fenómenos absolutamente incomprensibles hasta aquí. Fué, por otra parte, haciendo investigaciones sobre el éter, como Hertz y Branly descubrieron los fenómenos que son la base de la telegrafía sin hilos. Fué Marconi quien primero supo aplicarlos al envío de los telegramas. Nos bastará, pues, admitir que luz, calor y ondas eléctricas no son sino vibraciones más o menos rápidas de una materia especial invisible e imponderable, universalmente esparcida, llamada éter. Estas vibraciones impresionan diferentemente nuestros sentidos y nuestros aparatos.

Las ondas se propagan en todas direcciones. Esta es una de las cosas más molestas y que hace la desesperación de los radiotelegrafistas. Desde luego, no hay secreto posible en las comunicaciones, como no sea mediante un código cifrado. Todo el mundo puede recibir lo que se transmite. Pero es sobre todo el "enredo" de las transmisiones el mayor inconveniente de este modo de propagación. Si varios postes trabajan a la vez, todas las comunicaciones telegráficas o telefónicas se cruzan. (Cuando se lanzan varias piedras al agua al mismo tiempo, todos los círculos se entremezclan hasta el punto de hacer imposible su reconocimiento). Es a esta rebelde de las ondas vagabundas, que no quieren dejarse domesticar, a la que la antigua organización del telégrafo y del teléfono con hilos debe su existencia todavía.

#### La dificultad por vencer

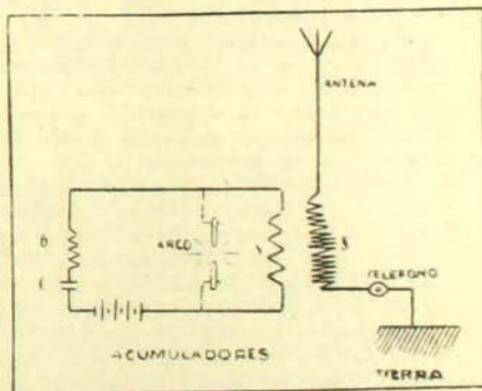
Pero, puesto que las ondas eléctricas son análogas a las ondas luminosas,

¿por qué, se dirá, no se concentran las ondas en una dirección única como un proyector concentra la luz? No se crea que

esta idea no estuvo en la mente de los investigadores que han estudiado esta cuestión. Sin duda, las ondas eléctricas se reflejan como las ondas luminosas, pero aquéllas tienen, por desgracia, una amplitud de onda infinitamente más grande. En tanto que las ondas luminosas son infinitamente pequeñas, en el orden de 5 diez milésimas de milímetro, las ondas eléctricas varían de 300 metros a 25 kilómetros de largo; y M. Lucien Poincaré ha demostrado que, para concentrar ondas de algunos metros solamente de longitud, sería preciso un reflector de varios kilómetros de altura.

Hacer ondas más pequeñas, no hay que pensar en ello; por el contrario, todos los esfuerzos de los investigadores tienden a aumentarlas. Mientras más pequeñas son ellas, más obstáculos las detienen, como una pantalla sostiene la luz dejando tras de sí un manto de sombra. Si son grandes franquean sin dificultad las más altas montañas y anillan aún el contorno de la redondez de la tierra.

Pero a los sabios no se les pilla jamás desprevenidos. No pudiendo concentrar las ondas en una dirección determinada, han orillado la dificultad especializando los postes según amplitudes de ondas diferentes. Es lo que llaman "afinar" un poste. Mediante un rápido arreglo, dos postes que quieren conversar entre sí pueden aislar-



1.º Esquema de un poste de telefonía sin hilos de ondas permanentes por medio del arco eléctrico "cantante". 2.º Un poste de telefonía sin hilos.

se de sus vecinos sin ser molestados por las comunicaciones extrañas. Dos postes que trabajan con ondas de 2.000 metros no serán turbados por postes que trabajan en el mismo instante con ondas de 2.500 metros. Volvamos a nuestra experiencia de la piedra que cae en el agua. En lugar de arrojar piedras del mismo porte, se arrojan grandes y pequeñas. Así es más fácil seguir el curso de las grandes y las pequeñas arrugas producidas por cada una de ellas.

#### Ondas permanentes y arco cantante

Ahora que estamos familiarizados con las ondas eléctricas, que conocemos sus hábitos y sus exigencias, un ligero vistazo a los aparatos que las producen nos proporcionará inmediatamente la explicación del formidable retraso de la radiotelefonía respecto de la telegrafía sin hilos.

Hay actualmente dos grandes categorías de postes: los de ondas "amortiguadas" y los de ondas "permanentes".

La diferencia entre estos dos géneros de postes nos es inmediatamente explicada por la experiencia de la piedra que cae en el agua. Inmediatamente después que la piedra cae, las ondas van extinguiéndose, se "amortiguan" y muy pronto la superficie del agua queda tranquila. Es el caso del poste de ondas amortiguadas.

Pero, si en lugar de una piedra, golpeamos con un bastón la superficie del agua, dando golpes cadenciosos, el punto golpeado se convierte en el centro de una emisión permanente de ondas. Es el caso del poste de ondas permanentes.

Como lo hemos dicho más arriba, sólo las ondas permanentes pueden ser utilizadas para la transmisión de la palabra, que necesita una emisión continua. Pues bien, hasta el momento presente, no se conocían sino los postes de ondas amortiguadas. La aparición de la radiotelefonía fué diferida hasta el día en que Poulsen logró hacer funcionar de una manera satisfactoria un poste de ondas permanentes por medio del arco eléctrico cantante.

Thompson en 1892 y Dudell hacia 1900 observaron que un arco eléctrico, análogo

a los que sirven para la iluminación de las estaciones, formando parte de un circuito completado por un aparato especial, podía ser la sede de ondas permanentes, y que en ciertas condiciones el arco daba una nota musical, de donde el nombre de "arco cantante" dado a la experiencia.

Poulsen, habiendo repetido estos ensayos, intercaló un teléfono en la base de la antena. Cuando se habla delante del teléfono, la intensidad de la corriente en la antena sigue las entonaciones de la palabra.

A la llegada, el aparato receptor percibe las variaciones introducidas en la emisión de las ondas, las trasmite al receptor telefónico, el cual las transforma en vibraciones sonoras.

**Primeros resultados** Los años que siguieron al ensayo de Poulsen fueron la época heroica de la telefonía sin hilos. Ya en 1907 el profesor italiano Majorama lograba comunicarse entre Monte Mario y Porto Danzig, distantes unos sesenta kilómetros.

En Francia, los tenientes de marina Collin y Jeance, con un arco de Poulsen modificado por ellos, lograban corresponderse entre Niza y la Córcega, después entre Tolón y Port Vendres. En 1912, M. Majorama estableció una comunicación telefónica entre Roma y San Giuliano, a 420 kilómetros uno del otro, en tanto que Poulsen telefoneaba a 400 kilómetros, entre Berlín y Copenhague. En todos los países otros investigadores, notablemente Fessenden y de Forest en América, Goldschmidt y Ruhmer en Bélgica, multiplicaban sus rebuscas. En junio de 1914, un largo dictado de varios artículos de prensa fué escuchado a 500 kilómetros del lugar de su emisión, por un aficionado que no tenía a su disposición sino una antena de 13 metros de altura.

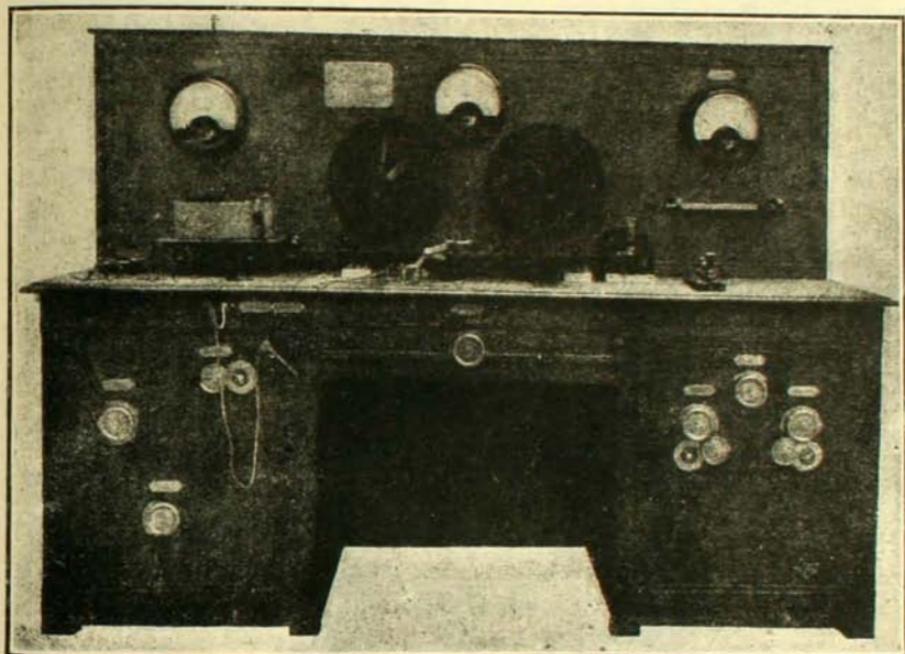
**Un progreso debido a la guerra** Ahí estaban las cosas en el momento de la guerra: resultados muy irregulares habían sido obtenidos, pero no se había hecho nada decisivo.

Bajo la presión de las necesidades mili-

tares, se dió un paso de gigante, gracias a la introducción, en la T. S. H., del aparato conocido con el nombre de "tubo al vacío". Este aparato afecta la forma de una lámpara eléctrica con filamento metálico, con esta diferencia: que el filamento está rodeado de una espiral de hilo y además cubierto con una pequeña placa metálica encorvada. En su conjunto este maravilloso aparato está dotado de numero-

y los Estados Unidos. Octubre de 1915 es la fecha de este acontecimiento memorable. El poste de la torre Eiffel pudo, por primera vez, conversar con el de Arlington, cerca de Washington. Al presente, algunas conversaciones son diariamente cambiadas; y el Presidente Wilson, en su vuelta a su país, pudo, desde el vapor, charlar con sus Ministros de Washington.

Pero, no es esto todo: la radiotelefonía



Aparato trasmisor.

sas propiedades que le permiten emplearse a la vez en los postes emisores para la producción de las ondas permanentes y en los postes receptores como amplificador, o, gracias a su sensibilidad maravillosa, permite el paso de ondas extremadamente débiles, las amplifica y hace fácilmente comprensibles al teléfono sonidos infinitamente débiles para que pudiesen obrar directamente.

Gracias a los "tubos al vacío", ha podido ser realizado el empeño científico de telefonar por medio de ondas entre Francia

se ha democratizado. No todos pueden tener la Torre Eiffel a su disposición, pero todos pueden tener hoy día una modesta instalación de telefonía sin hilos. Sin duda no se conversará con los habitantes de Pekín, pero cualquiera podrá charlar entre su casa de la ciudad y su quinta en el campo, por ejemplo. En el momento del armisticio, la infantería y los aviadores franceses estaban provistos de pequeños postes portátiles de fácil manejo y relativamente ligeros, con los cuales lograban grandes resultados. La parte más pesada es la

batería de acumuladores, destinada a producir la corriente. Los postes de emisión y recepción están encerrados en una caja que no excede el volumen de una caja de pilas de esas que usamos para las campanillas de nuestras casas. La antena puede ser una antena de los postes de T. S. H. de infantería, es decir, un simple alambre de veinte metros tendido horizontalmente sobre caballetes.

Pero es, sobre todo, a bordo de los aviones donde la telefonía sin hilos ha encontrado su principal empleo. Para las misiones de reconocimiento, era preciso, en el comienzo de la campaña, cuando no había medio de comunicar con el suelo, aterrizar para dar cuenta de la misión; o bien, en los casos sencillos, hacer evoluciones de significado convenido.

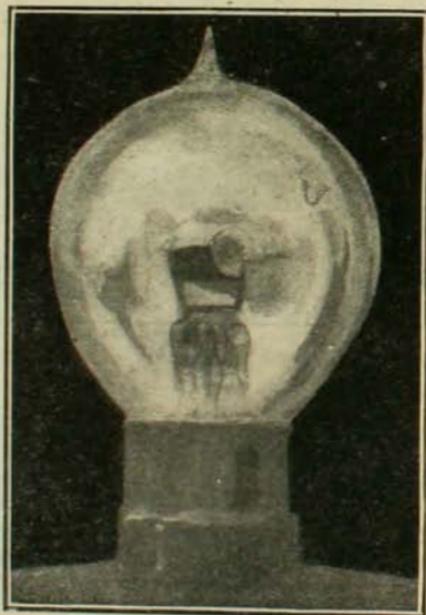
Todos estos procedimientos eran bien rudimentarios, y la instalación de la T. S. H. a bordo, fué un gran progreso. Pero ella

tenía todavía el inconveniente de necesitar la presencia de un lector al sonido capaz de recibir y transmitir los mensajes por señales Morse. La telefonía ha suprimido este último inconveniente. Ella puede ser empleada por cualquier piloto, que puede, con un poco de hábito, conversar fácilmente con la tierra o con otro avión. Esto será antes de poco un gran factor de seguridad en aviación.

El resultado más notable obtenido hasta aquí por la telefonía a bordo de un avión es el de un aviador inglés que, volando en la región de Noyon, pudo coger la conversación de un poste colocado en Inglaterra en la región de Londres.

Y así, completándose uno y otro, el aeroplano y el radioteléfono llevan camino de transformar la vida económica de los pueblos y de desplazar el centro de las civilizaciones.

PABLO JAMES



Lámpara para la producción de las ondas continuas.

## Concurso de Ojos



1



2



3



4



5



6



7



8



9



10



11



12

Anunciamos en nuestro número anterior un nuevo concurso de ojos, formados por señoras y señoritas de la sociedad. Pero, en nombre de la variedad, virtud indispensable en esta suerte de entretenimientos, hemos resuelto postergarlo hasta una próxima ocasión, para dar paso al presente, en el cual toman parte una docena de políticos muy conocidos y populares en el público.

Tiene este concurso, sobre el otro, la ventaja de permitir una concurrencia de mayor número de personas, como quiera que los retratos de los políticos son más familiares para el público en general, que los de las señoras o señoritas.

Pero, es ésta misma cualidad, favorable a los concurrentes, la que nos hace mirar con recelo la llegada de una verdadera avalancha de buenas soluciones, y nos obliga, por consiguiente, a añadir a las condiciones del anterior concurso, la de que sólo merecerán premio,—en la forma que se expresa a continuación,—aquellos dos que lleguen con mayor anterioridad a la Dirección de "Pacífico". (Teatinos 666).

Se instituyen, pues, dos premios: uno de \$ 200, para la solución que llegue la primera a nuestras manos, y otro de \$ 100 para la que llegue inmediatamente después.

Como de costumbre, las soluciones deberán venir acompañadas del cupón que aparece en la página 2 de la revista. Su plazo de envío expira el 10 de octubre a las 6 de la tarde.



## La última Exposición de Acuarelas

La última Exposición de Acuarelas de la Sala Rembert señala una nueva orientación a nuestro pequeño mundo intelectual, que debe ser estudiada con la seriedad del caso.

Estamos en plena crisis literaria y en plena crisis filosófica, no cabe la menor duda. Hay exceso de cultura. Y una terrible palantera. Un desesperante snobismo. Los muchachos leen a Kautsky, y a Marx, y a Deville, como quien lee un folletín. Y las mujeres discuten con los horteras de las tiendas del Portal sobre los méritos de la última novedad de Myriam Harry o Marcela Tinayre. Hay Ateneos en todas partes: en Santiago, en San Bernardo, en Renca en Quilicura...

Esta vida tan intensamente cerebral ha traído el correspondiente agotamiento nervioso. Hoy, todo pide quietud y reposo. Nuevos métodos de vida se imponen.

Para las mujeres, acaso, lana y crochet. Para los hombres, picas y azadones. Y para esta juventud cejijunta y pretenciosa, su buen baño de frivolidad. Esto es lo que

trata de darnos el acuarelista de la Sala Rembert a medio desnudar, mujercitas sin ninguna otra preocupación que la de aparecer bonitas, mujercitas que coquetean horas y horas ante el espejo, mujercitas tendidas en divanes fuma que fuma, mujercitas que escribirían tratados voluminosísimos... sobre el arte de abrocharse los botines, en fin, mujercitas de verdad.

El profesor de frivolidad a que aludo no se avergüenza de confesar que en su vida no ha leído más de dos o tres libros: novelas de Farrere... De los títulos ni se acuerda! Se llama Carlos del Campo Lund. Y nació en Santiago de Chile, el 12 de noviembre de 1892, día de San Mar-



Señor Carlos del Campo.

tía, y de San Aurelio y San Pablo, obispos.

Radicado en Concepción, cursó sus Humanidades en el Liceo de esa ciudad, y, luego, ha sido sucesivamente empleado del Banco Alemán, corredor de comercio, automovilista, padre de familia, y ahora, dibujante por obra y gracia de La Vie Parisienne, Die Kunst y The Study donde conoció a Heilemann y Kirchner, de cuya influencia no se puede aún desligar.

Ha pasado, pues, por la vida como pasaban por los mares sus antepasados: los viejos capitanes mercantes que de Dinamarca a Valparaíso tendieron una verdadera red de



barcos; pero sin dejar ninguna huella. Los mercaderes son así: mueren y... dejan a su alrededor el vacío que deja en el aire el mosquito. Observación de Unamuno, aunque me esté mal el decirlo.

Pero la sangre latina se le ha impuesto.... Y el hombre hoy quiere hacer arte... arte frívolo... arte duradero... Algunos posiblemente sonreirán.

Más yo me pregunto: ¿qué recuerdo con mayor claridad y hasta en sus menores detalles, el primer texto de filosofía que leí en mi vida o el primer beso de mujer que recibí?

Oh! el beso... el beso está "vivito"...

FRAY APENTA.





Gabriela Mistral.

## EL NIÑO SOLO

A Sara Hübner

Como escuchara un llanto, me paré en el repecho  
y me acerqué a la puerta del rancho del camino.  
Un niño de ojos dulces me miró desde el lecho;  
y una ternura inmensa me embriagó como un vino.

La madre aquella tarde se quedó en el barbecho.  
El niño, al despertar, buscó el pezón de rosa,  
y rompió en llanto. Yo lo oprimí contra el pecho  
y una canción de cuna me subió temblorosa . . .

Por la ventana abierta, la luna nos miraba.  
El niño ya dormía, y mi canción bajaba,  
como otro resplandor, al seno enriquecido.

Y cuando la mujer, trémula, abrió la puerta,  
me vería en el rostro tanta ventura cierta  
que me dejó al infante en los brazos, dormido!

GABRIELA MISTRAL.



Por GERMAN LUCO

Mozo resuelto, intrépido, valeroso y guerrero, símbolo y suma de la fiera legendaria de Arauco, bajo su duro pecho, tostado por el sol y curtido por la humareda de los arcabuces, Lautaro sentía la ebullición de sus arterias en el espasmo del heroísmo.

En sus manos jóvenes, de macero predilecto de Caupolicán, temblaba el arma en la potestad de su confianza; en sus ojos de mirada firme, irradiaban los reflejos con el valor rutilante de las luces de bengala, y en el arco renegrido de sus cejas salvajes se escondía el pensamiento, como una voz de robleales y quilaes que estremeciera el viento indómito de los bosques.

Truenos desencadenados galopaban en el cauce bruñido del Bío-Bío y el campo se oreaba al sol, entonando sus esmeraldinos lomajes, mientras don Francisco de Villagrán avizoraba, alzada la visera de su yelmo luminoso y erguido el busto con castellana altanería sobre su caballo de conquista. Tal vez, el viejo guerrero español

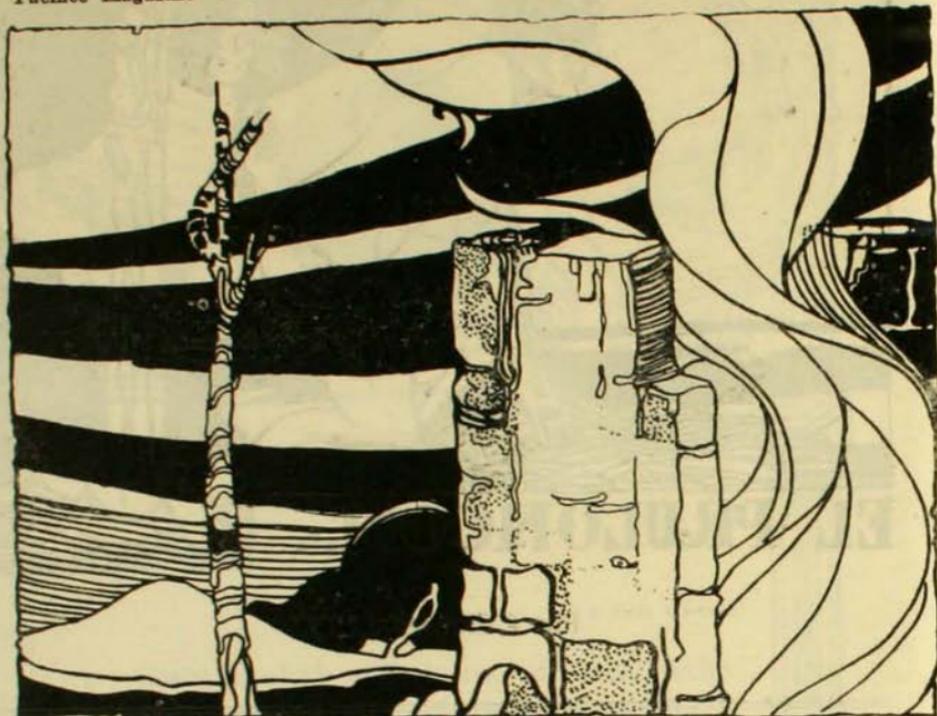
al extender sobre la llanada su mirada febril, percibió las duras palabras de aquellas huestes indias, que clamaban con el dolor más acerbo, por sus tierras devastadas, por los crímenes de la conquista, por la ruca escombrada y por el hijo paria

Aquella raza viril, alentada por ese amor que nace en el más santo de los instintos, ese amor que atenúa el rugido del puma y desvanece la oleada de sangre que entenebrece los ojos, ese amor, de que Arauco hizo un poema lírico, y que tiene la preciosa exaltación de una virtud pura y refulgente como un amanecer eterno.

Mariguenu y la Concepción, dos palabras que empujaban a la batalla y un solo ideal que adiestraba y fortalecía el músculo.

Como eslabones diminutos se desenvolvió la cadena araucana, y muy luego el combate se hizo intenso y la carnicería empezó como un delirio rojo.

Los mosqueteros disparaban sus piezas



de bronce y retumbaban los ámbitos con el estrépito de las balas, y el humo de la pólvora se disolvía como un manto arañado y maléfico. Las flechas en su trayectoria mortal, silbaban como saurios voladores y mitológicos. Lautaro impenetrable, fuerte como un Dios aborígen, seguía las alternativas de la lucha. Una orden pronunciaron aquellos labios y el capitán Leucotón, bravo, desafiando la muerte, se arrojó sobre los artilleros españoles y en duro trance los venció. Lautaro, para impedir el socorro al reducto vencido por Leucotón, en loca carrera de ataque con el grueso de su ejército, desbandó al enemigo, y en tropelía confusa de caballeros e infantes los despeñó por el bajo, sin que los extranjeros pensarán en otra cosa más acertada que en la fuga. Sobre el campo quedaron tres mil muertos. El propio Villagrán, defendido con valor por los suyos, apenas pudo ser restituído a su caballo, y al iniciar definitivamente la retirada, por el paso estrecho cerrado por Lautaro con troncos de

árboles, casi se exterminó totalmente al miserable resto de conquistadores.

Al desbande español, siguieron los araucanos cansados, exhaustos de lucha tan fiera como desigual y sin poder alcanzar a la caballería, esperaron el día siguiente para vadear el Bío-Bío.

Cuando los lastimosos conquistadores se presentaron en la Concepción, las gentes se consternaron y con la infinita amargura del fracaso y estimando ilusoria e imposible la defensa de la ciudad, Villagrán ordenó embarcar en los bastimentos a los viejos, las mujeres y los niños. Villagrán, triste y menguado, vencido y aniquilado su ejército, se encaminó por tierra a Santiago con el resto de los habitantes.

Al entrar Lautaro en la ciudad, hizo un enorme botín, quemó los edificios y destruyó la fortaleza hasta en las últimas piedras de sus fundamentos.

Cuando volvió, omnipotente de la región, con el mérito de su heroísmo y mereciendo bien y respeto de sus tropas, Arauco fra-

goroso, Arauco ennoblecido por su triunfo, le abrió los brazos nervudos de sus héroes y la lánguida caricia de sus vírgenes, arrulladoras como palomas torcaces.

\*\*\*

Las leyes del Admapu debían cumplirse en toda la fuerza de sus órdenes fatales e irremediables, y nadie osaba desvirtuar aquellos conceptos, que, siendo religiosos en las costumbres araucanas, se imponían por obra sentimental y de lógico ascendiente en sus espíritus.

El juzgamiento de los "tavaichos" y las ceremonias consecutivas de "El Pruloncón" eran rigurosas y estrictas. Malhaya del menguado toqui que rompiera ese cuño tradicionalista y legendario, hiriendo la susceptibilidad del Dios de la Guerra, el muy noble señor de Epamunum! La frente del claudicador sería azotada por las centellas celestes y los fuegos de la tierra le quemarían las plantas de los pies, mientras el maligno Guecubu le maldeciría eternamente.

El Pruloncón, después de Mariguenu y la Concepción iba a empezar. Lautaro, con la fiera mirada clavada en la cima de los montes, con la voz cálida y vibrante, re-



cordó a su pueblo el cumplimiento de la sagrada orden del Admapu.

El escarnio recibido de los conquistadores, el vasallaje que pretendían imponer y la rapiña que extendían por sus campos, eran la base y la argumentación de la arenga, y el Toqui, con la oratoria ampulosa y convencida, daba justificación plena al ceremonial sanguinario que se consumaba.

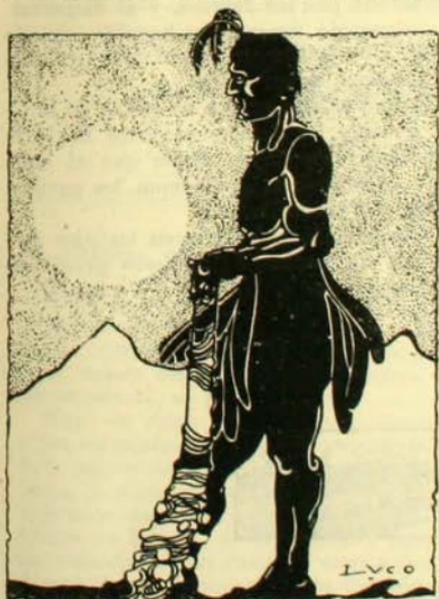
Los jefes formaron círculo alrededor del prisionero escogido para ser victimado, y clavando los cuatro puñales que simbolizaban los cuatro Uthamapus, colocaron en el centro de éstos el hacha distintiva del Toqui. El infeliz prisionero fué situado enfrentando hacia su propio país y en sus manos trémulas le colocaron un manojo de varas y un leño de punta aguda con el que debía cavar un pequeño hoyo en la tierra y después depositar una a una aquellas varillas, mientras su voz decía el nombre de los capitanes más valerosos de su nación.

Cada nombre pronunciado era coreado por las tropas con bárbaras palabras de odio.

Esto era para ellos la verdadera encarnación del doloroso castigo que recibían los menguados conquistadores de sus tierras.

Así, el alma del guerrero enemigo quedaba sepultada para siempre, con el oprobio de que un mismo compatriota fuera el sepultador de su fama y osadía.

Luego, del concurso delirante se eligió, en gracia por el Toqui, a Reche (Gente pura) para dar el golpe mortal al español. El elegido avanzó arrogante y sin dilación volteó la maza claveteada de piedras, y con duro y brutal golpe que diera en el cerebro del enemigo, consumó la muerte.



Cayó al suelo el español, como fulminado por un rayo, que no otra cosa era el nervudo y diestro brazo del araucano Reche. La indiada, con semblanzas infernales, se abalanzó sobre el cadáver, y partiéndole el pecho, le extrajeron el corazón vivo, tibio y palpitante aún, y se lo ofrecieron al Toqui. Lautaro, sumo sacerdote de aquella hora, se lo llevó a los labios morenos y con fruición de pantera enardecida y celosa, absorbió de aquella sangre enemiga de la suya, entornando los párpados, como si aquella presa de guerra fuera una flor perfumada. Y de mano en mano, con una loca petición y con un ansia de poseídos del demonio, cayó ese corazón entre la muchedumbre, hasta terminar desangrado y flácido como el viejo pingajo de una bandera.

Lautaro tiró a los cuatro puntos cardinales una gavilla de ramas de canelo, símbolo de la paz y cordialidad, para decir al Universo, en notificación única, que donde el sol se pára a meditar sobre el heroísmo de Arauco, no hay más fuego que el que se enciende en las arterias de esa raza que acunó a sus hijos en los abruptos breñales andinos.

Del cuerpo del guerrero sólo quedaba un montón informe de carnes sanguinolentas. Algunos que habían descarnado los huesos del cadáver, soplaban por ellos después de haber gustado la médula, produciendo una monorrina lúgubre y fantástica, con la que acompañaban sus cantos extraños.

Otros, con la cabeza del español clavada en una pica, danzaban frenéticos y convulsos, y como última explosión de odio, sobre los restos del mutilado, abría la inte-

rrogación de sus cuernos la cabeza de un macho cabrío.

Toda la ardorosa ceremonia, desalada e incansable, se continuó por algunas horas, rindiéndose los menos, que caían en tierra para no levantarse ya más.

El Toqui, majestático e impasible, observaba, como si él fuera el árbitro sagrado de la ejecutoria del Admapu.

La música ronca, el canto triste y destemplado llenaban el valle y la hondonada, y se repartían en los confines lejanos, en vibraciones múltiples, ora cadenciosas, ora profundas y misteriosas como el ruido que se siente al colocarse al oído un bramante caracol marino.

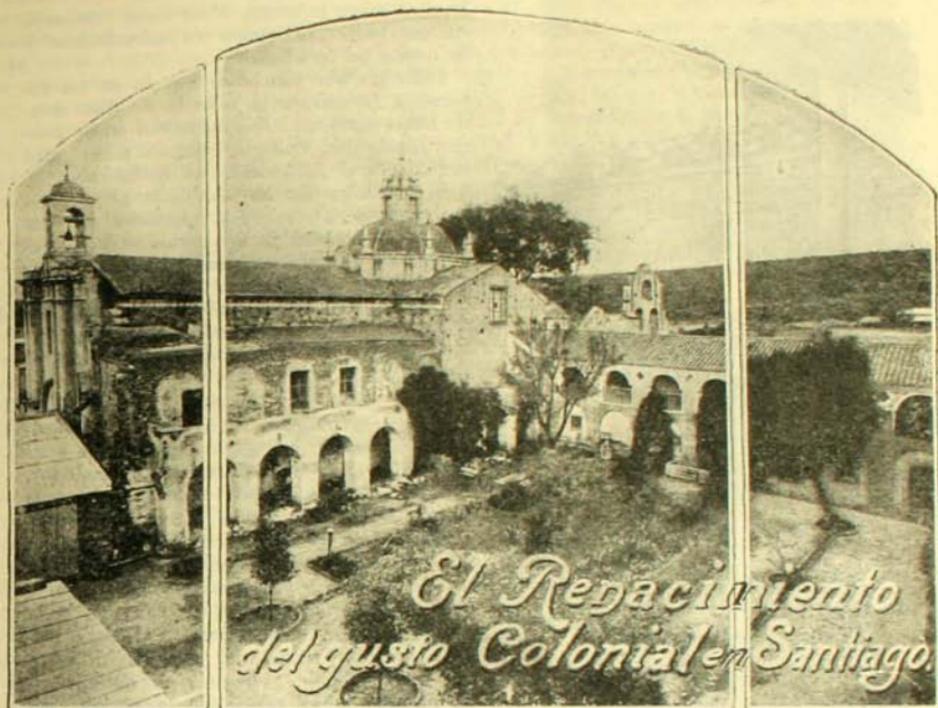
Epamunum, desde el arcano, vió el sacrificio ya finado y como buen Dios, extendió sobre la llanura las tenuidades de las primeras sombras y el silencio fué haciéndose en una pura escala de armonías que se extinguen.

Se perdieron las montañas, como si el ensalmo de un mago las hubiera borrado con una mano sombría de hollín, y la noche se hizo, lapidaria y trágica, y en su obscuridad se fueron avivando las constelaciones. Arauco durmió rendido y vasallo de sus propias fuerzas, y al despertar se sobrecogió temeroso y humilde, cuando en el alba estaba ya Cuyen Mapu, pálida y purísima en su égida.

Inclinó la raza entera su rostro de bronce, y sobre las frentes de todos llovió la luz blanca de Cuyen Mapu que el buen Dios de la Guerra, Epamunum, les enviaba como una bendición.

Sólo hablaba el orgullo en los ojos fosfóricos de Lautaro, el macero predilecto de Caupolicán.





Patio del convento de Jesús María dedicado a jardín, en Córdoba.

Fragmento de la conferencia dictada en el Club de Señoras el 2 de julio

Por SADY ZAÑARTU

Señoras, señores:

El gusto por las antigüedades es un gusto digno de respeto, pues combate y retarda la inevitable destrucción de las cosas, y, al mismo tiempo, salva y conserva algo perteneciente al pasado selecto.

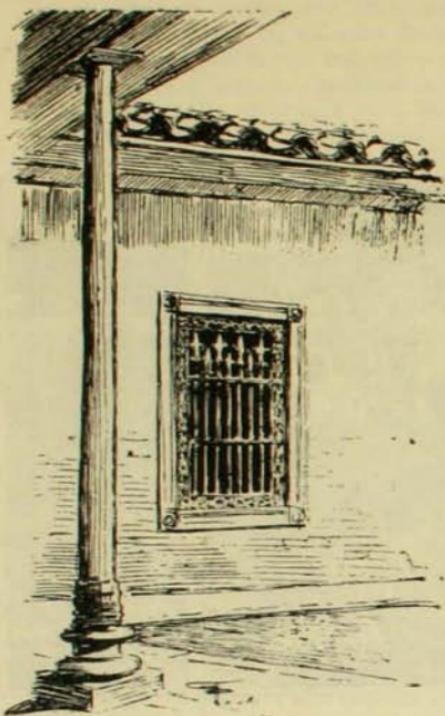
Hay en estas preciosas colecciones de artes coloniales, una constante y sabia lección desprovista de modernos y falsos oropeles, y, como en esas talladas piedras de negruzca carcoma que difunden eternas ansias de belleza, se experimenta ante estas colecciones esa reacción castiza que ha de entrelazar perennemente la tradición española con la indígena.

Quien pregone por el conocimiento de los ejemplos artísticos que nos ha legado nuestro pasado colonial dentro de sus expresiones más típicas y mejor provistas del

rancio color local, ha de encontrar una doble expresión en los fundamentos plásticos y espirituales de este renacimiento tradicionalista.

Hasta la fecha un concepto injusto ha visto en nuestros antepasados peores deudas que extinguir que las del dinero. "Los padres han comido uvas en agraz y los nietos tienen solamente dentera", le dice en son de reproche cada generación que viene a la precedente. Y es de esta manera, cómo en el gran libro de la deuda, se están sumando números cada vez más estupendos, los herederos se convierten en deudores, y se quiere en un máximo de ideas violentas, producir la bancarrota nacional que ha de liquidar de una vez por todas cuanto nos legó el pasado con su esfuerzo valeroso.

Sin embargo, la historia de este pueblo



El rincón de un patio.

en su desarrollo intelectual nos ha enseñado que, si debe haber una solidaridad en las generaciones que se suceden, y los pueblos no pueden eximirse de ella, es ante el concepto de los ejemplos artísticos que esas generaciones nos han legado, y que llaman al espíritu a contemplaciones altas y serenas, sabiendo purificar nuestro presente sacrificando lo que merece perecer, y salvando lo que es digno de persistir.

Los que esperamos para un porvenir, seguramente remoto, una organización más natural, más humana y más profunda, debemos ver en lo futuro una realización del pasado. El ayer redimido de sus faltas y de sus imprevisiones, ha de ser nuestro mañana, pues de ese ayer, es de donde solamente podemos formarnos imágenes algo precisas y consistentes. Como aquel viajero, perdido en la estepa que anda y anda para encontrarse al cabo en el mismo sitio de partida, el hombre corre eternamente alrededor de un punto. Sólo reconoce que se halla extraviado cuando vuelve a ver sus

huellas sobre la arena. Pero en el trascurso de ese viaje la llanura va afirmándose y la arena se fertiliza.

Para los que poseemos esa fe en un retorno a la existencia plácida de días donde hubo cosas mejores, entre mil cosas peores, cualquier vestigio remoto posee alto precio moral junto al valor artístico.

Si por algo me han hablado al corazón los poquísimos recuerdos coloniales que nos quedan, y he sentido los ensueños y las cavilaciones de hombres desaparecidos, ha sido como en el despertar de las cosas vivas de España y de América, en donde un fraile—al decir de Menéndez y Pelayo—sabía expresarse mejor que un académico del siglo XX.

Quien vaya por tierras de América en noble peregrinación renovadora, verá cómo en el lejano horizonte del ayer se confunden el cielo y la tierra a su alrededor, aunque se entienda por cielo lo que otros llaman infierno al revés.

Este patio de convento, aquella iglesia, tal campanario, o la hermosa y sombría casona de ancho patio morisco que poco a poco irá descubriendo el turista con toda su significación encantadora, le dirán a medida que sorprenda mil detalles diferentes, todo lo bueno y lo malo de aquella vida pasada. Y ya escoja de entre las reliquias de más remota tradición mejicana, esas en que se advierten los ideales artísticos que prevalecieron antes de la conquista; o las del Perú, con sus maravillosos tallados en madera; o las de las villas de Salta, Jujuy o Córdoba, que muestran a la par el abolengo de su origen y el albedrío de los artesanos de la sierra andina; o estas otras que hicieron de nuestra tierra, en su época tosca y primitiva, las cuatro paredes del fuerte, comprenderá que fué la América, en los días del coloniaje, escuela de energía y de dignidad, y que hoy tiene más de una razón para ser al mismo tiempo aula inmensa de patriotismo.

El renacimiento del gusto colonial en estas épocas en que se está invadiendo a la América por sus cuatro costados con el camaleonaje de ideas de todas las emigraciones del globo, tiene un signo de futuras grandezas que imponer, pues de esta simiente ha de nacer un árbol inesperado de frutos a la vez nuevos y castizos, que nos ha de defender de ese cosmopolitismo que trata de consolar sus nostalgias edificando absurdas copias de sus casas abandonadas.

Desde hace algún tiempo—dice Gómez Carrillo, en una crónica sobre este renacimiento que ha emprendido Enrique Larreta en la Argentina, aunque de un carácter más español,—se nota una tendencia muy marcada en favor de lo castizo y de lo prócer. Los poetas nuevos huyen de las castalías exóticas y beben en la fuente del Arcipreste, tratando de refrescar con aguas ingenuas los ardores demasiado doctos de la musa rubeniana. Los pintores son todos hijos de Zuloaga, de Anglada, de Romero de Torres. Los historiadores buscan en los archivos las imágenes hidalgas de los siglos coloniales. Los arquitectos, en fin, desdénando las elegancias floridas que hacen de Belgrano y de Palermo barrios parisien-ses, se consagran a engalanar sencillas tapias andaluzas con rejas misteriosas. Este movimiento, como todos los grandes florecimientos poéticos, tiene en el alma nacional raíces que poco a poco irán notándose en las costumbres, que son cada día menos cosmopolitas; en el idioma, que es de año en año más puro, y hasta en los sentimientos íntimos: en el amor, en el rubor, en el fervor. Por ahora en lo que más claramente aparece es en la reacción contra la influencia arquitectónica del Norte de Europa, y en la vuelta del gusto español clásico, a la sencillez clara de Andalucía, a la gracia severa de Castilla, a la pintoresca comodidad del campo vascogado”.

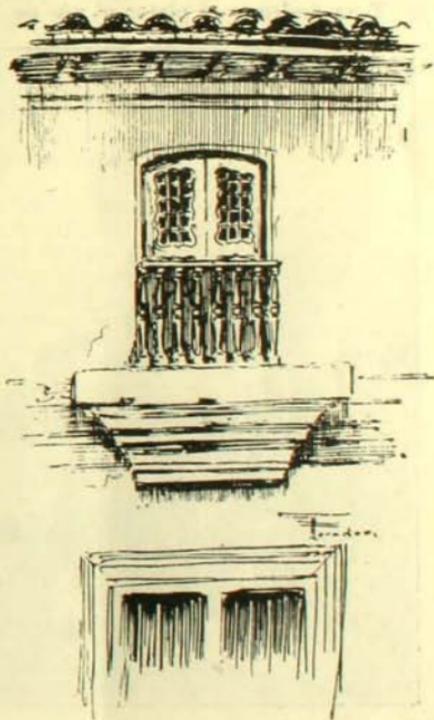
Esta corriente que no es otra cosa que el hacernos volver a nuestro origen ha tenido en los argentinos de pura cepa criolla una repercusión muy honda, y con Enrique Larreta, el eminente patricio de la “Gloria de don Ramiro” ha salido una legión de arquitectos a construir, como por arte mágico, casonas ricas y sombrías, alegres patios blancos, hermosas quintas coronadas de azoteas que son jardines aéreos.

Ya el primer paso en este camino, que puede llamarse de “progresivo retroceso”, como dice Martín Noel, lo dió la provincia de Buenos Aires al restanar el antiguo Cabildo de Luján y convertirlo en un museo de arte colonial que llegará a ser en esa República una verdadera escuela de artes tradicionales. En el histórico edificio está aprobada la idea de un taller de alfarería y de tejidos, fuera de toda la riqueza que guarda el santuario, y que constituye su cátedra de belleza.

Entre nosotros contados son los cultores que han contribuído en el país a este

floreCIMIENTO del buen gusto colonial. A ello se debe que la arquitectura no haya ejercido sobre la ciudad su nostálgico reflejo árabe con sus perspectivas de terrazas blancas y almenadas; y a la falta más que todo de poetas que hubiesen sabido entrelazar lo legendario a lo positivo. Julio Bertrand Vidal ha sido uno de los pocos arquitectos que, con sus facultades privilegiadas de hombre de gusto exquisito, supo dominar el arte raro de combinar el poético sello de lo antiguo con las necesidades de la existencia prosaica del presente. No era anticuario por manía, dice Ricardo Valdés en un sentido artículo que escribió a su memoria, sino que adaptaba a maravilla el noble clasicismo de las antiguas construcciones a la comodidad de los habitantes de sus edificios armoniosos.

En cuanto a la curiosidad por las cosas pasadas hemos visto aquellas fiestas de “Santiago Antiguo” con todo su carácter retrospectivo, social e histórico, y cuya



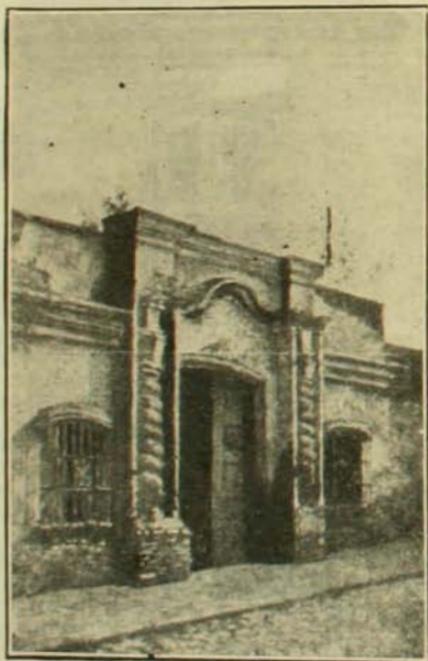
Un balcón colonial en Santiago.

inspiración se debió a don Ramón Subercaseaux, perdurando aún con todo el encanto que sus imágenes hicieron revivir, junto a la atención poderosa de nuestro público sajonizado, que tan poco sabe de estas cosas pasadas.

La pintura sobre asuntos coloniales ha contado también entre nosotros con algunos cultores de primer orden que, como Pedro Subercaseaux, nos han dado a conocer detalles interesantísimos de la trapería, del ornato y del color poético de la época. Todas las imágenes de profundo sabor local han revivido bajo su pincel evocador con bellos asuntos que demuestran su poderosa intuición poética y su armonista gracia oriolla.

Hasta hace poco antes de su muerte nos saturó el corazón de íntima tristeza ese joven pintor que se llamó Alfredo Lobos, y que paseó su bohemia exquisita por los muros abandonados de nuestras viviendas provinciales.

Las casonas antiguas, como arte resucitador de la época colonial, tuvieron encantadora vida plástica en las telas del artista. Y ya teníamos al pintor al pie de la



La antigua fachada de la casa del Congreso de Tucumán. 1816.

desvencijada torre de las capuchinas, saturándonos el alma con el perfume involudable de esa apacible vida monacal; o junto a un balcón corrido, cargado de enredaderas y pleno de sol fulgurante.

Otro cultor de la época colonial ha sido Joaquín Díaz Garcés, cuyos cuentos, llenos de donosos argumentos y sabroso colorido local han cautivado profundamente a sus lectores del "Pacífico Magazine".

Ahora, si hacemos un poco de historia, sobre la transformación que ha experimentado Santiago en estos últimos siglos, veremos cómo se ha distanciado de su origen, en todo lo que se refiere a su arte, sus gustos y costumbres, para constituir una de las tantas ciudades que pasean por el mundo la languidez morbosa de su aparente snobismo.

¡Si no tuviéramos nosotros ese fondo obligado de todo paisaje americano,—la cordillera de los Andes,—cuánto hubiésemos perdido de ese esfuerzo que nos legaron nuestros abuelos castellanos!

La muy noble y leal ciudad del Nuevo Extremo, fué invadida poco a poco por la arquitectura extranjera que llegó, sin preocuparse de ese sentido "común", que a veces constituye un criterio de buen gusto en materia de armonía, en los espíritus mediocres. Santiago principió a tener un estilo inglés, un estilo belga, un estilo vienés; señores adinerados sin más epígrafes del "Ha estado en Europa", como los ridiculizaban esas caricaturas de nuestros primeros periódicos satíricos, llegaban a imponer junto con su lenguaje salpicado de divertidos galicismos, recuerdos estéticos en cuya mezcla imperaba el desgraciado gusto del transplantado. Fué de esta manera cómo el Santiago de Frezier, de Vancouver, con sus fachadas sencillas, sus líneas milenarias, sus tapias armoniosas y sus aleros de tejas, desapareció con la sonrisa irónica de los que veían en su arcaica arquitectura, lo pobre, lo sencillo, lo útil sobre lo estético. Ni una voz melancólica y noble se alzaba a detener la invasión que iba a concluir por hacer igual la vida en todas partes. Vieña Mackenna había muerto. Y su Santa Lucía, soñador y poético, custodiado por los escudos heráldicos de piedra calada, era también presa de esta falta de buen gusto, y que iba a profanar su armonía evocadora con un cúmulo de los más variados estilos arquitectónicos y escultóricos. Su monumental entrada por la Alameda, estilo renacimiento, llamaba a sellar con tan grotesco broche, esa época



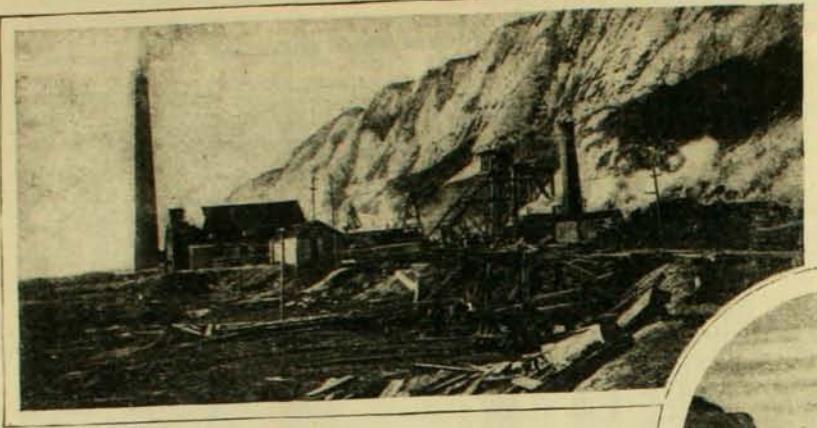
La antigua calle de las Ramadas.

esencial, fuente de fe inspiradora, y que Vicuña Mackenna quiso hacer surgir de entre sus muros de fortaleza.

¡Pobre y leal ciudad! Ahora comprendo la pena de los que después de poseerla, como a una mujer graciosa y sencilla, la perdieron para siempre. Las familias ya no preferían la antigua casa solariega, con su zaguán con puertas de doblar. Y los perfumados naranjos de su ancho y luminoso patio andaluz eran cambiados por los decorativos bambúes de la India. Aquella arquitectura colonial, decorosa en medio de su blanqueo, pero de un sabor arcaico reflejado del mudéjar de los árabes o del sobrio clasicismo romano del siglo XVIII, no sentaba bien a la nueva era de riqueza en que se iniciaba nuestra vida política y social. Era necesario borrar de un tirón los hábitos que habíamos adquirido en nuestras desmanteladas viviendas durante más de dos siglos de valeroso esfuerzo. Y este

extremo de cosas se vió hasta el día en que fué cubierta por una costra de estuco y colorete la piedra de nuestra sobria y bien tallada Catedral. Las calles fueron tiradas a cordel, y la barreta demoledora hizo desaparecer los recovecos de nuestro período de capa y espada, con sus mojinets cargados de sombras, y no pocas esquinas de balcones corridos, embozados aún tímidamente de enredaderas y jazmines. La transformación de la ciudad parecía así de un golpe cambiar con toda su tonsura monacal. Pero Santiago moderno no pensaba que, si bien es cierto, había perdido su espíritu tradicional de arquitectura, no por eso dejaba de conservar incólume su alma y abolengo. El alma del pasado pugnaba por hacer resplandecer su armonía y belleza del mismo hontanar que antaño le dieran los troveros de su suntuaria en el mismo ambiente en que naciera.





La usina de Abbot's Cliff, cerca de Douvres, en la entrada de la galería de ensayo.

## EL TUNEL DE LA MANCHA

Por fin va a ser construído el viejo proyecto de túnel bajo la Mancha. Gracias a los medios perfeccionados de que disponen ahora los ingenieros, se puede esperar que en tres años, la empresa será concluída.

“La guerra ha probado que Gran Bretaña hubiese logrado, con la existencia de un túnel bajo la Mancha, ventajas incontestables. Ha llegado el momento en que el Gobierno consiga la aprobación del proyecto a fin de que los trabajos puedan ser comenzados inmediatamente después de la guerra...” Tal es el texto de la moción que Mr. Felle, diputado, depositó sobre la Mesa de la Cámara de los Comunes en junio de 1916. La conferencia internacional parlamentaria, por lo demás, la adoptó unánimemente en julio de 1918. De tal modo que se anuncia cierta y próxima la realización tan controvertida y tan largamente retardada de uno de los proyectos más notables y más útiles del último siglo.

### ¿Un túnel o un puente?

Porque la idea de establecer un paso de tierra firme entre Francia e Inglaterra data precisamente del siglo XIX, de 1802: en esta época, el ingeniero Mathieu presentó a Napoleón I un proyecto de ruta subterránea, que el Emperador aceptó y puso en conocimiento del Ministro inglés Fox. Pero las circunstancias se prestaban poco a un acuerdo entre los dos Gobiernos, so-

bre todo acerca de un asunto de esta naturaleza. El proyecto de Mathieu fué letra muerta, como también, un tiempo más tarde, los de Payerme, de Franchot, de Favre, quienes, con más imaginación que prudencia técnica, proponían la construcción de un túnel forado con ayuda de una serie de pozos en plena agua, o la colocación de un tubo metálico, etc.

El proyecto, mucho más seriamente estudiado, del ingeniero francés Gamond tuvo, hacia 1860, mejores oportunidades de alcanzar buen éxito: se trataba de un túnel en medio del estrecho, sobre un islote artificial construído sobre el banco de Varnes. El autor había tenido varias ideas sucesivas, notablemente la de una barca, después la de un puente; había hecho muchos estudios y sondajes, y su último proyecto representaba más de treinta años de asiduo trabajo. Fué patrocinado por el Emperador Napoleón III y también por la Reina Victoria. No se llevó, sin embargo, a cabo y Gamond murió en la miseria. Ello se debió a que la mayoría de los ingleses no querían oír hablar de una obra, por útil que fuera, que tenía a sus

ojos el inconveniente dirimente de quitar a su patria su carácter de potencia insular. Para ellos el porvenir, la hegemonía, la seguridad de Inglaterra estaban en juego desde el día en que no pudiera contar exclusivamente con su marina, para protegerla contra una invasión de sus enemigos. Su fuerza y su potencia provenían de su aislamiento. Era menester mantenerla a todo precio. He aquí por qué, a pesar de la opinión de muchos espíritus clarividentes, las iniciativas en favor del túnel fueron obstaculizadas perpetuamente por la hostilidad del Parlamento inglés. Una nueva tentativa se hizo en 1888, pero una violenta campaña de prensa dirigida por grandes diarios como el “Times”, que representaban en Inglaterra la opinión tradicional en todo su rigor, paralizó las buenas voluntades.

Por otra parte, en ese momento, la idea de un puente parecía hacer pro-

gresos en ciertos medios, probablemente porque los ingleses entreveían la posibilidad de hacer la obra inutilizable desde la primera alarma. Pero esta solución, todavía más notable quizás que la del túnel desde el punto de vista puramente técnico, habría tenido graves inconvenientes, que hizo resaltar S. A. S. el príncipe Alberto de Mónaco, en un sabio artículo de la *Nouvelle Revue*; insistía especialmente sobre este hecho que, en un paso tan estrecho y tan tumultuoso como el de Calais, el puente proyectado, con sus ciento veinte pilotes anchos, cada uno de los cuales de veinte metros a lo menos, constituiría para la navegación si no una barrera, al menos una cadena de peligrosos escollos.

La idea del puente fué definitivamente abandonada, sin que esto quiera decir que la del túnel fuera mejor acogida, a pesar de todos los esfuerzos que hicieron los ingenieros, los economistas y la prensa en Francia. La oposición sistemática del Parlamento británico fué, no obstante, debilitándose, hasta que sobrevino la guerra, que debía triunfar definitivamente de todas las resistencias inglesas, demostrando perentoriamente la utilidad, la necesidad del túnel.

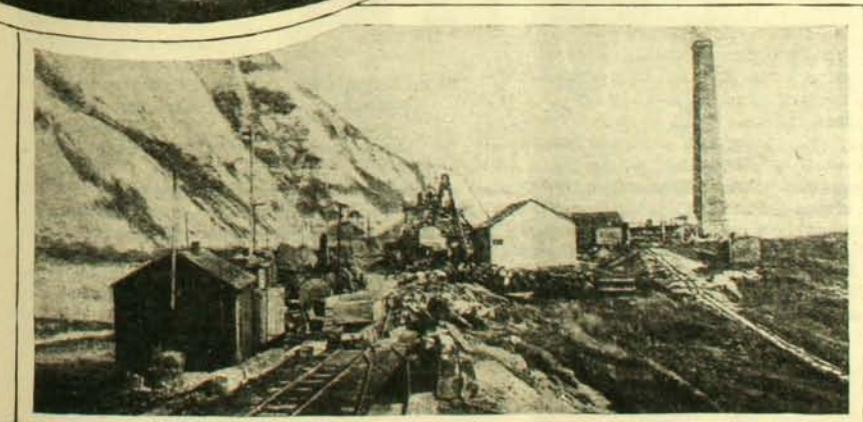
### Muchas pérdidas si se hubieran evitado

¿Qué hubo, en efecto, de esa seguridad y de esas ventajas que los ingleses tenían por seguras, y que se debían a su situación insular? ¿Evitaron los bom-

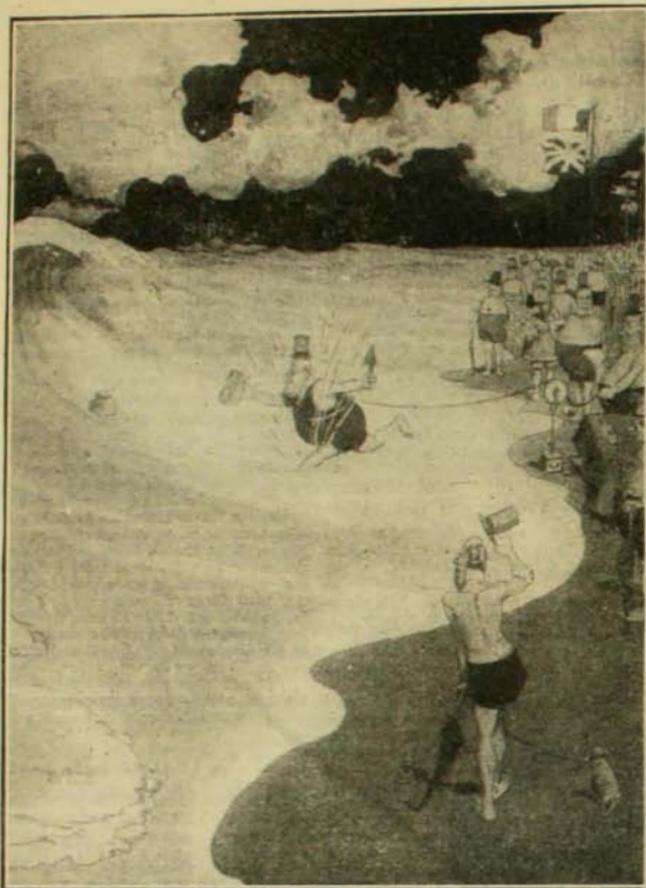
Una brecha en la roca, sobre la costa francesa, para la construcción del túnel.



La ribera de Sangatte.



Los trabajos en Abbot's Cliff.



El túnel de la Mancha, visto por un humorista.—Una de las autoridades del puerto de Douvres procede a colocar la primera piedra.

bardeos de Londres, las incursiones de los zeppelines? ¿Habrían evitado acaso la invasión, si los enemigos, siguiendo su designio, hubiesen logrado romper las líneas del Yser e instalar su formidable artillería sobre la costa de Dunkerque y de Calais? Y a pesar de la enorme potencia de su flota, a pesar de la ingeniosidad de todos los medios que opuso a la obra de los submarinos alemanes, no pudo impedir que éstos hundieran un número considerable de barcos que continuaban heroicamente su indispensable y peligroso servicio entre ambas riberas de la Mancha.

Si el túnel submarino hubiese estado en pleno rendimiento en agosto de 1914, esos

libres evoluciones reas?

#### El proyecto de M. Sartiaux.

tan nuevas presenta dificultades de orden material y técnico considerables, y de las cuales los adversarios del proyecto no han dejado de sacar argumentos que no podían no ser tomados en consideración hasta fines del último siglo. No es menos cierto que después que la utilización de la electricidad y los progresos de la ciencia han puesto a disposición de los ingenieros me-

totales formidables de toneladas mercantes habrían sido reducidas en sensibles proporciones; y, además, la facilidad que los ingleses habrían tenido para hacer pasar, sin las lentitudes y obstáculos del trasbordo, sin los peligros de la travesía, sus tropas y sus aprovisionamientos, al suelo francés, habría ciertamente influido de la manera más feliz en la duración de las hostilidades.

Esto en cuanto al pasado: algo mejor hay que expresar respecto del porvenir. ¿Qué significará mañana, desde el punto de vista militar, un aislamiento representado por el mismo foso del Paso de Calais, cuando la artillería alcance blancos a más de 100 kilómetros; cuando el hombre, sin cuidado de ningún obstáculo, franquee las más grandes distancias bajo el ala rápida de sus aviones cargados de pasajeros, de mercaderías, de proyectiles? ¿Qué podrán los más terribles acorazados en el sentido de contrariar las de las escuadrillas aé-

Cierto es que en sí misma, la construcción de una obra tan grandiosa y en condiciones

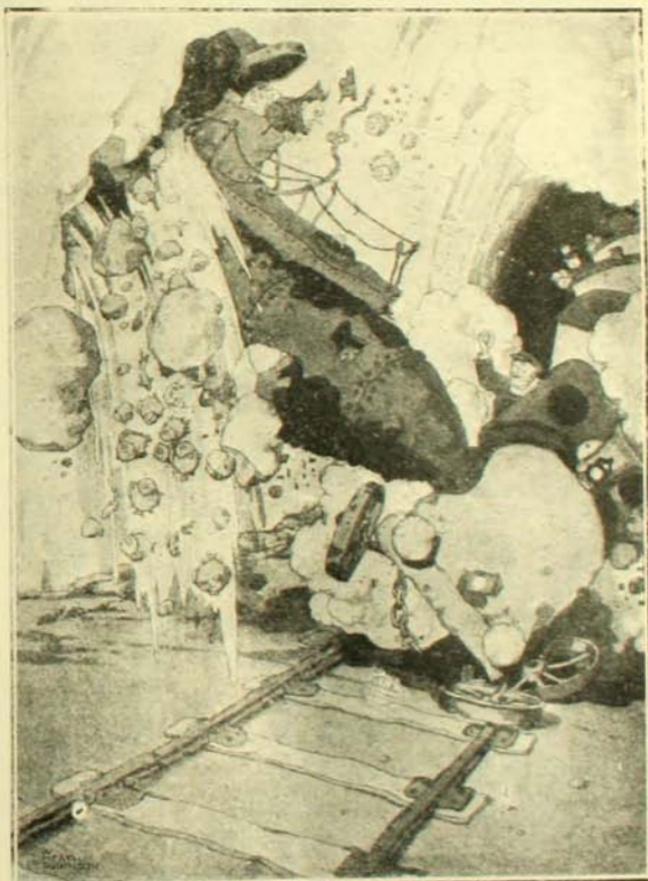
dios de acción ignorados hace treinta años, las dificultades para la realización del proyecto han disminuído enormemente.

En vísperas de la guerra, la cuestión técnica había sido estudiada y resuelta con todo el cuidado y toda la competencia deseables. Apoyándose en la experiencia adquirida en el curso de grandes trabajos del mismo orden como los túneles del Leüchsborg en Suiza y del Rove en Provenza, y tomando por base datos muy precisos proporcionados por los sondajes hechos en diferentes ocasiones durante el siglo pasado, ingenieros tales como M. Sartiaux han elaborado en todos sus detalles, con una perfecta precisión de cálculos y planos, un proyecto cuya ejecución era inmediatamente posible con los procedimientos y los aparatos de que entonces se disponía.

En el momento en que se anunció el proyecto de la guerra M. Sartiaux fué considerado como viable, se calculaba un plazo de diez años para acabar la obra: era relativamente poco; pero hoy día se ha calculado que la misma realización no costará más de tres años de trabajo. Es que en esto también ha intervenido la guerra, y ha cambiado mucho las cosas y hecho posible lo que entonces todavía parecía inverosímil, madurando la experiencia humana y empujando brutalmente, pero eficazmente, a la ciencia en la vía de las amelioraciones prácticas. El esfuerzo inmenso realizado durante cuatro años por el genio militar para improvisar millares de kilómetros de trincheras, abrigos subterráneos, minas, para crear o establecer instantáneamente vías, puentes y túneles, para remover millares de metros cúbicos de tierra, para desplazar e

instalar máquinas monstruosas, para producir, disciplinar y repartir una fuerza colosal, aportará a las obras de paz una inapreciable enseñanza.

La perforación será, comenzada simultáneamente, por las dos extremidades del túnel, sobre la costa francesa y sobre la costa inglesa. Se proponen recurrir al empleo de máquinas perforadoras las más poderosas y las más perfeccionadas, y se piensa que será fácil avanzar, de cada lado, a razón de 20 metros por día, término medio. En estas condiciones, con



Una catástrofe en el fondo de la Mancha: Terrible colisión de un tren de viajeros y de un submarino lanzados a toda velocidad.

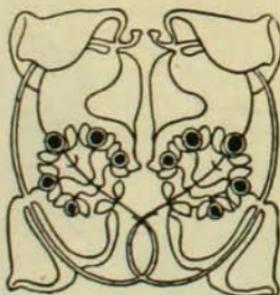
1,200 obreros, el trabajo sería concluido en cuatro años. Pero, cálculos recientes permiten afirmar que con la ayuda de equipos múltiples, realizando un trabajo rápido y continuo, se podrá todavía ganar un año.

La cuestión de la ventilación del túnel ha cesado de ser una dificultad importante, desde que el empleo de la tracción eléctrica ha podido ser utilizado en vez del empleo de la tracción a vapor. Esta última produce humaredas irrespirables, cuya eliminación parecía imposible. Pero, con la tracción eléctrica, la causa capital de la alteración del aire ha sido suprimida. No por esto dejarán de colocar dos poderosos ventiladores en las extremidades del túnel; y bastarían, parece, para renovar completamente el aire en tres días.

¿Qué gasto se prevé para el conjunto de todos estos trabajos? Se avalúa en 400 millones. Pero, lo que hay que considerar ante todo en una empresa de este género,

no es el precio de costo de la obra, sino las ventajas que se pueden sacar de ella.

Como lo ha hecho muy bien notar M. Sartiaux, la nueva vía férrea provocará fatalmente un crecimiento sensible en los intercambios y viajes entre Inglaterra y el continente. Antes de la guerra, el comercio no progresaba entre Francia e Inglaterra sino en la proporción muy insuficiente de 3.6 por 100 anualmente. El tráfico de los viajeros, con 1,691.000 pasajeros en 1912, estaba lejos de ser lo que se puede esperar de pueblos vecinos y amigos: hasta la misma época era de 2,808.000 pasajeros entre Francia y Alemania, de 4,364.000 entre Francia y la Bélgica y la Holanda. Es perfectamente conforme a las leyes económicas y estadísticas el admitir que la posibilidad de un trayecto directo, más rápido—se ganarían dos horas de París a Londres—sin travesía y sin trasbordo, tendrá por efecto doblar al cabo de algunos años la cifra del tonelaje y la de los viajeros transportados anualmente de un lado a otro de la Mancha. En estas condiciones, no hay riesgo de que sea desventajosa.





Sra. Lola García Huidobro de Mujica.

## La figura de los animales

Por EDMOND PERRIER



La Ralea, por J. B. Oudry.—El principal mérito de este artista, y que hace perdonar lo que su estilo puede tener de falso, es la justa expresión que ha sabido dar a la fisonomía de las bestias.

Edmond Perrier, el eminente director del Museo de París, estudia en este artículo las expresiones animales y particularmente la risa. ¿Rien los animales? ¿O la risa es realmente "propia del hombre"? Es lo que el autor nos dirá en este interesante artículo.

**H**ACE algunos años causó admiración en Alemania un caballo matemático, sobre el cual un eminente profesor de fisiología ha publicado un grueso libro, lleno de hechos estupefactantes: el tal caballo hacía adiciones, sustracciones, y sus operaciones aritméticas llegaban hasta la extracción de raíces cuadradas. Si ha tenido muchos admiradores, este caballo calculador que podría ser utilizado en las canchas de carreras para regular las apuestas, tiene muchos más que se ríen de él; quizás él mismo ríe en su fuero interno de la curiosidad que excita, porque si estamos a lo que dicen ciertos caballerizos, los caballos son capaces de reír. Nosotros mismos nos permitimos presentar a los lectores, en la página 280, uno de esos caballos reidores en pleno acceso de hilaridad. Y no es un caballo amaestrado para hacer ciertas muecas, sino un hermoso caballo de tiro, evidentemente feliz de hallarse al servicio de su amo.

Este caballo no prodiga, por otra par-

te, sus sonrisas. Las reserva para los pedazos de azúcar, y le gusta de tal modo esta sustancia que el sólo nombre de ella ilumina su semblante. Manifiesta su alegría recogiendo hacia arriba sus labios de manera de mostrar los dientes y las encías; echando sus orejas hacia atrás, en tanto que sus ojos se hacen extraordinariamente expresivos.

La risa de este caballo parece, pues, bastante sospechosa; queda, sin embargo, esto de interesante: que el caballo ha logrado aprender el nombre del azúcar, espera a que se la presenten cuando se pronuncia este nombre y se apronta para aprovechar de su buena suerte.

Como se atribuyen a los perros todos los buenos sentimientos y como ellos no están muy lejos de merecer tan excelente opinión, como muchos son tratados en calidad de niños regalones y como a los niños regalones se les prestan todas las cualidades, sobre todo aquellas que no tienen, algunos fervientes amigos de los perros les



**La sonrisa del León.**—Esta sonrisa es ciertamente bien severa y poco amistosa. Y, sin embargo, de esta manera el soberbio león del Museo de París demuestra a su guardián la satisfacción que experimenta, lamiéndole la mano.

han visto reír. Uno de nuestros grabados representa (pág. 281) las dos actitudes de un joven lebrer al cual se ofrece un terrón de azúcar; en la primera el animal parece sonreír a su amo; en la segunda toda su actitud revela la concupiscencia que siente, pero estamos lejos todavía de la risa; si los ojos del perro tienen en la primera fotografía una mirada llena de ternura, sería difícil hallar en la manera como levanta los labios dejando ver los dientes, algo diferente de lo que está obligado a hacer cuando se dispone a coger el terrón de azúcar; es la mirada, es la inclinación del cuello, la de las orejas, lo que distingue sobre todo las dos posturas del animal.

A la verdad el perro ríe, nos dicen, obedeciendo a un mandato. Se le ordena: «Ríe». Inmediatamente, sus labios se entrecierran, su mirada brilla, sus orejas se abaten.

Pero es éste quizás el más grave argumento que se puede formular contra la interpretación dada a este juego de su fisonomía, que califican de risa. Nosotros no nos reímos según órdenes; nuestra risa natural no es sino torpemente imitada cuando queremos forzarla, y los comediantes

de profesión no logran alcanzarla sino por un estudio cuidadoso de todos sus detalles; por el contrario, estalla tan bien cuando es espontánea que somos a veces perfectamente impotentes para mantenerla o moderarla.

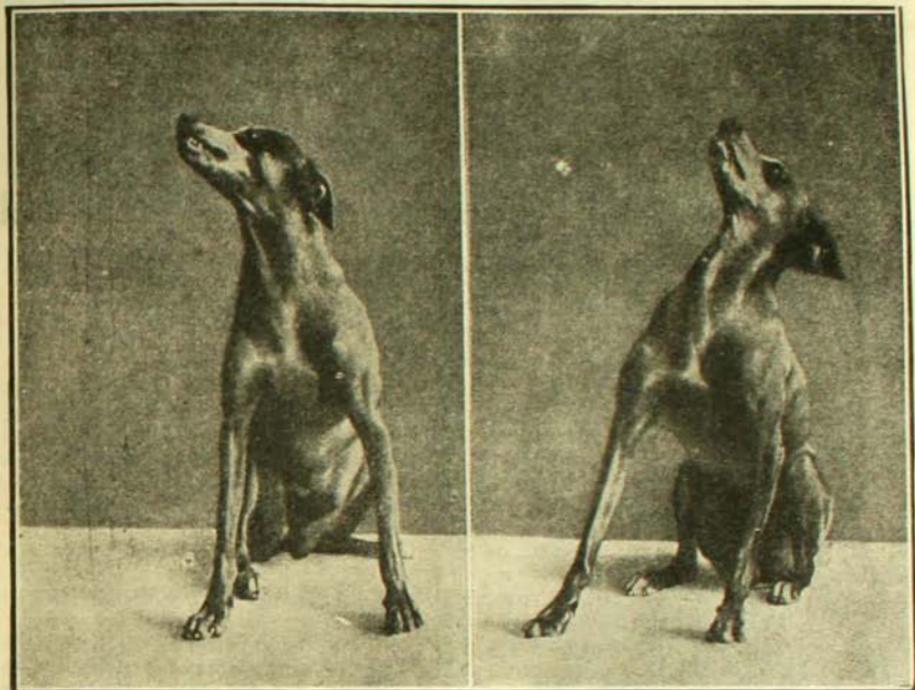
Es bien probable que nuestro perro ha comenzado a «reír» a un pedazo de azúcar que se le tendía, a una mano acariciadora que alisaba su pelo; que se le ha complimentado sobre su juego de fisonomía, exclamando: «¡Tú ríes!» y que él se haya puesto a «reír» en seguida en cuanto escuchaba la palabra: «ríe», convertida para él no en una orden, sino en la promesa de una golosina o de una caricia.

El grado de movilidad del rostro de los perros es por otra parte bastante desigual. Vivo en este momento en compañía de cinco perros de raza diferente: un perro guardián alemán, un perro pastor de Beauce de raza pura, su hermana de madre, una perra de aguas y una Laveracq; cada uno de mis compañeros tiene su carácter; conozco poco al primero, que es un recién llegado; los otros cuatro, muy acariciados, no se quedan atrás en punto a demostraciones afectuosas, y la perra de aguas, muy nerviosa, muy ardiente, muy activa, muy inteligente, juega muy bien su fisonomía; sabe perfectamente indicar lo que quiere, adivinar lo que se va a hacer, y cuando ha sido testigo de algún acontecimiento en la casa, logra siempre por su mímica hacer comprender que acaba de ocurrir algo extraordinario.

Yo no he visto jamás a ninguna de estas bestias escogidas, aún en medio de sus más calurosas demostraciones para con sus amos, dibujar algo que se parezca a una sonrisa. Saltan, brincan, se enderezan sobre las personas a quienes quiere manifestar su afecto, pasan sus patas sobre sus espaldas, tratan de lengüetear su cara, barren el suelo con la cola, toman actitudes tales como las que reproducimos en algunos de estos grabados, tomadas del hermoso libro que Darwin ha consagrado a la expresión emotiva de los animales; sus ojos brillan, cada uno tienen sus medios preferidos y como reflejos de expresión; llegan, cuando se las acaricia, hasta lanzar especies de suspiros de satisfacción que pueden parecerse, en



Un caballo de buen carácter—La sola palabra «azúcar» basta para provocar en este animal esta expresiva y alegre fisonomía.



La risa del perro.—Este joven lebrerí ríe cuando se lo ordenan.

cierto modo, a una risa ahogada, pero eso es todo. Por el contrario, Patrouse, el perro de Brie, de largos pelos, de mi vecino el molinero, recoge sus labios cuando se le acaricia y deja entrever sus bellos dientes; tiene en la comarca, él también, la reputación de reír. Pero, nosotros no nos reímos cuando somos objeto de una caricia tierna, y probablemente aún, un acceso de risa en ese momento sería muy mal interpretado.

Me han referido de un asno que hacía el servicio del laboratorio marítimo del Museo, en Tatihou, algunos rasgos que, si no han sido arreglados por la imaginación de los testigos, tenderían a hacer creer que este animal estaba, por lo menos, dispuesto a reírse.

Le tenían encerrado en una vasta pradera cerrada con altas murallas; una puerta permitía pasar de esta pradera a un jardín donde el pasto mejor cuidado era más succulento y podía ser condimentado con algunas plantas sabrosas.

El asno no perdía jamás oportunidad

para hacer una excursión en el jardín, y esto ocurría a menudo por una época en que un albañil trabajaba en las murallas de la pradera. Se recomendó al albañil que tuviese cuidadosamente cerrada la puerta, pero el asno, a pesar de esta precaución, encontraba siempre medio de pasar; se le observó, y pudo sorprenderse un día levantando con los dientes el picaporte de la puerta. El albañil tomó entonces la precaución de echar un cerrojo que había en la parte baja de la puerta; el asno, al cabo de algún tiempo, volvió a escaparse; había hallado la manera de quitar el picaporte y de levantar el cerrojo. El albañil cerró entonces la puerta con llave; el asno que había sido molestado por él tantas veces, consideró esta nueva precaución, contra la cual nada podía, como una injuria, y desde ese día el albañil fué su enemigo.

La venganza no se hizo esperar mucho tiempo. Todas las mañanas el albañil almorzaba en la pradera y regaba su almuerzo con una botella de vino; en el



Expresiones de emoción en los animales según Darwin.—1. Perro que se aproxima a otro con intenciones hostiles.—2. El mismo, de humor humilde y tierno.—3. Gato presto a arañar.—4. Perro que acaricia a su dueño.—5. Gallina protegiendo a sus pollitos.—6. Perro que gruñe.—7. La tristeza de un chimpancé.

momento del almuerzo el asno un día se aproximó y, como por torpeza, dió vuelta la botella. Ustedes adivinan qué torrente de injurias cayó sobre él; el asno durante este tiempo, miraba a su enemigo furioso con un aire tan burlón, que éste quedó convencido que no se trataba de un simple accidente sino de una revancha. Quiso saberlo positivamente; al día siguiente tapó la botella después de cada vaso que bebía; el asno recomenzó su manejo y pareció admirado de su falta de éxito; pero al cabo de dos o tres días fué un juego para él el de quebrar simplemente la botella antes del almuerzo, con una patada maestra y de darse en seguida el maligno placer de acudir a burlarse de

su víctima. Si las peripecias de este duelo no han sido involuntariamente adornadas, la fisonomía burlona del asno era mucho más el equivalente de la risa que el movimiento de labios del caballo y del perro aficionados al azúcar, cuyos retratos ilustran este artículo.

#### Los monos son artistas en muecas

De todos los animales, aquellos cuya fisonomía es la más móvil y se acerca más a la nuestra, son los monos. Hay en ellos una infinidad de especies que se confunden, como se confunden todos los hombres, cuando se hace esta pregunta: ¿El hombre descende del mono? Algunos como los mandrills, los hamadryas, los cinocefalos tienen una cabeza de perro monstruosa y ridículamente coloreada en azul y en rojo; se encuentran todas las transiciones entre este hocico completamente animal y la pequeña cabeza de niño de los monos americanos. Naturalmente las facultades de expresión de estos animales varían mucho con la conformación de su cabeza; pero todos tienen en alto grado el don de las muecas, y naturalmente, los naturalistas han sido inclinados a buscar si, entre estas muecas, había alguna que semejara de cerca o de lejos a nuestra risa. Darwin puso sobre el asunto toda su atención y las observaciones que recogió son, como todas las suyas, de un vivo interés. Los jóvenes chimpancés tienen fama de reirse cuando les hacen cosquillas debajo de los brazos, o cuando encuentran, después de una ausencia, a una persona que les es conocida.

Los orang, los magotos y aún ciertos títes de América, manifiestan su satisfacción casi como los chimpancés a los cuales se hacen cosquillas. Los eynopitecos echan

sus orejas hacia atrás, levantan de cada lado y en alto los rincones de la boca de manera de descubrir los dientes, y esto no les da un aire de buenos amigos; parecen, sin embargo, infinitamente más alegres que el chimpancé, que estira sus labios como las personas grandes que han guardado de una infancia mal vigilada la costumbre de tomar esta inútil y deplorable fisonomía.

No es extraño que estos diversos animales puedan tener ciertos juegos de fisonomía comunes con nosotros. Los felinos están, por el contrario, en la otra extremidad de la serie con relación a nosotros; el rostro grave de los leones no sabe expresar sino la cólera y lo hace levantando los labios, mostrando sus dientes y dando a sus ojos una expresión que no deja ninguna duda sobre sus intenciones hostiles; podría aparentar risa, como los perros que rien, cambiando su mirada, pero no lo hace jamás.

Los músculos del rostro son casi los mismos entre los mamíferos que entre nosotros, y son bastante complicados. Los que son particularmente accionados para producir la risa, son los músculos zigomáticos que tiran hacia fuera los extremos de los labios, como lo hacen también aquellos que han recibido de Santorini el hermoso nombre de músculos reidores (risorii), los elevadores comunes del ala de la nariz y del labio superior, los elevadores propios del labio superior, los orbiculares de los labios y de los párpados, que cierran los labios y los ojos, los músculos del mentón, que bajan el labio inferior.

La risa en el hombre mismo tiene, por otra parte, sus grados, en cada uno de los cuales puede sujetarse. Cuando se prepara, los ojos se animan con un brillo especial y los párpados se juntan un poco, como para encerrar un pensamiento que no se confiesa, y que los ojos, espejos demasiado sensibles del alma, traicionan solos, por su brillo involuntario, su indecisa elaboración. Si el pensamiento risueño, podemos decir, se precisa pero debiendo permanecer en el fondo secreto de la conciencia donde se ha formado, la lucha entre este pensamiento presto a volar y la voluntad de encerrarlo se acentúa; los labios a su turno se aprietan ligeramente como para guardarlo mejor; su oclusión más estrecha aporta un alargamiento de la línea según la cual se juntan normalmente, y es entonces cuando se produce esa célebre sonrisa de la Gioconda, enigmática, justamente



La figura, a la vez satisfecha y burlesca, de este perro, ¿no es acaso tan expresiva como la de un rostro humano?

porque no traduce sino una sola cosa, la voluntad de guardar para sí una impresión, una opinión, un recuerdo, en la íntima compañía del cual se complace, y cuyo placer

se reduce simplemente a veces, a la satisfacción que se experimenta con picar o despistar la curiosidad. Pero, si en vez de dominar su pensamiento, se es dominado por él, entonces la risa, la verdadera risa aparece: en el primer momento ella es silenciosa, el brillo de los ojos aumenta y quizás comienzan estos por agrandarse; los labios no se abren todavía y parecen aún juntarse dulcemente el uno contra el otro por una última resistencia; pero el rostro todo entero se ilumina y toma esa adorable expresión de benevolencia y de franqueza mezclada a un discreto enoigimiento, tan frecuente en la adolescencia.

### Las fuentes de la risa

Porque la risa es un estado de resistencia medio convulsivo e involuntario, puede ser provocada por acciones puramente físicas como las cosquillas insoportables, a las cuales se quisiera escapar, de ciertas partes del cuerpo; una sugestiva pantomima mostraba antaño a **Pierrot asesino**, haciendo morir a Colombina en una trágica carejada producida por una ligera irritación de las plantas delicadas de los pies; no puede esto considerarse como otra cosa que como uno de esos reflejos que ponen en correspondencia las partes alejadas del cuerpo.

¿Cuáles son, entre tanto, los estados de espíritu que pueden provocar las diversas manifestaciones escalonadas entre la discreta risa de los ojos y la risa bulliciosa de las tabernas? Normalmente, su punto de partida, está, sin ninguna duda, en una sensación de placer, contra la afirmación de la cual se lucha, pero el placer puede tomar su fuente, sea en una sensación agradable absolutamente material, sea en la satisfacción de un deseo, es decir, en la realización de un acontecimiento feliz para sí mismo o para los otros, sea en un incidente que aviva la buena opinión que se guarda siempre de propia persona, sea por fin en el mal paso de alguien a quien se tiene por medioere, sobre todo si el personaje ha dado algunas señales de presunción. Se ríe con los ojos y se sonríe con gusto, aun cuando se es sombrío, a la vista de un plato sabroso, al anuncio de una buena nueva, recibiendo, sobre todo si se es modesto, un cumplimiento sobre su salud, su belleza o su talento: esta sonrisa significa que no se quiere parecer goloso ni presuntuoso.

En general, los grandes acontecimientos, cualquiera que sea la felicidad que aporten, no provocan la risa, pero ella se coloca, como se dice, «a flor de piel»; no espera sino estallar y el menor incidente inesperado basta para que se desate; se da libre curso en las fiestas que esos acontecimientos provocan y que no tienen otra razón de ser que el desco de dejarla estallar libremente.

Lo imprevisto, por poco que se complique de una ligera inconveniencia de alguien, que constituya alguna contradicción entre el respeto que inspira un personaje y cierto acto suyo o alguno de sus defectos que se preste a la burla, es un medio cierto de provocar esa risa de la cual no se es dueño, que se prolonga tanto más cuanto más hacemos por detenerla, y que se llama la risa loca. Tres jóvenes fueron de visita a casa de un sacerdote venerable, que había sido el preceptor de uno de ellos. Por el camino, éste último se puso a imitar algunos ties, algunas frases estereotipadas de su viejo maestro, que sus camaradas suponían imaginadas por él. Apenas los jóvenes habían entrado, el dueño de casa apareció tal como su joven discípulo le había imitado. Súbitamente los tres jóvenes fueron atacados de una risa loca que les obligó a retirarse sin que el bueno del eclesiástico hubiera comprendido jamás el objeto de su visita.

Un jurado, compuesto de grandes profesores y presidido por un inspector general de la Universidad, examinaba los aspirantes a un brevet cualquiera. Uno de ellos, muy inexperto en dibujo, trazó sobre la pizarra un instrumento de física de tal manera, que se parecía a un objeto vulgar, cuya aparición en la solemnidad del sitio era de las más inesperadas. Cada cual hacía lo posible por guardar su seriedad. Pero, uno de los miembros del jurado tuvo la imprudencia de decir en voz baja: ¡Qué curioso aparato! Inmediatamente, con gran estupefacción del pobre aspirante, la risa loca se apoderó de todo el jurado, incluso del Inspector General.

### La risa está a veces muy próxima de las lágrimas.

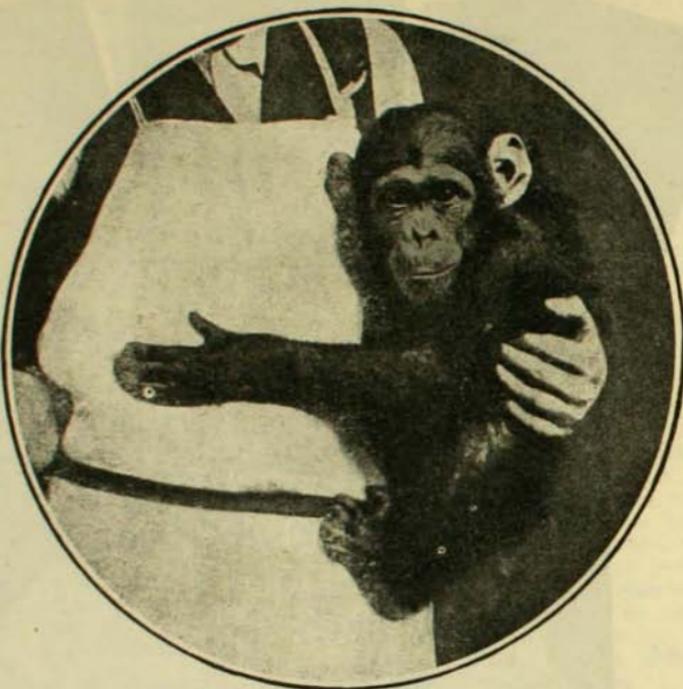
Las situaciones dolorosas, cuando el espíritu llega a un cierto grado de tensión, lejos de impedir le risa, son por el contrario una condición favorable a su estallido. Una madre de familia, adorada de



**Actitudes y expresiones animales en la escultura.**—Los escultores modernos han sabido cogger con asombrosa verdad la mayor parte de las actitudes y fisonomías animales, según se puede ver en los ejemplos siguientes: 1. Oseznos, de Peter.—2. Perro herido, de Fremiet.—3. Dos amigos, de Paillet.—4. Perro danesa, de Lecourtier.—5. Lobo sobre la pista, de Vul-ton.—Perro de caza, de Fouques.

los suyos, perteneciente al mundo de mejor educación, acababa de morir; todo el día se había pasado, para su marido y sus hijos, recibiendo cumplimientos de condolencia. Llegada la tarde, cansados todos de tan triste tarea, y reunidos alrededor de la mesa de familia para comer, ¡Dios mío! dijo uno de los niños, "sólo falta que venga el primo X... a aplastarnos con sus lamentaciones". El primo X... era un magistrado que tenía toda la solemnidad de su empleo, hablaba siempre en los más extraordinarios lugares comunes. Suena la campanilla, el primo X... aparece, y comienza la letanía prevista de sus condolencias. A la primera frase es desarmado por una carcajada de risa de toda esa familia sinceramente de duelo, que casi sin transición se repone y estalla en seguida en sollozos. Nada podría confirmar mejor que la risa, como las lágrimas, están ligadas a una perturbación momentánea del sistema nervioso cuyos efectos son tanto más inminentes cuanto más fatigado se halle éste.

La risa sobreviene a veces irresistible y espantosa cuando el dolor sobrepasa lo que las fuerzas humanas pueden soportar. Cuando herido de muerte por Fausto, Valentín maldice a su hermana antes de morir, ésta huye en medio de una trágica carcajada; al distribuir sus flores, Ofeía, aplastada de dolor por el abandono de Hamlet, mezcla las carcajadas a su triste canción, y se han visto hombres escapados de una catástrofe, no poder responder sino por una risa atroz a sus salvadores. Ejemplo de esto es también la risa perpetua, impresionante y sin causa de los idiotas y de los locos; y la risa triunfal que se

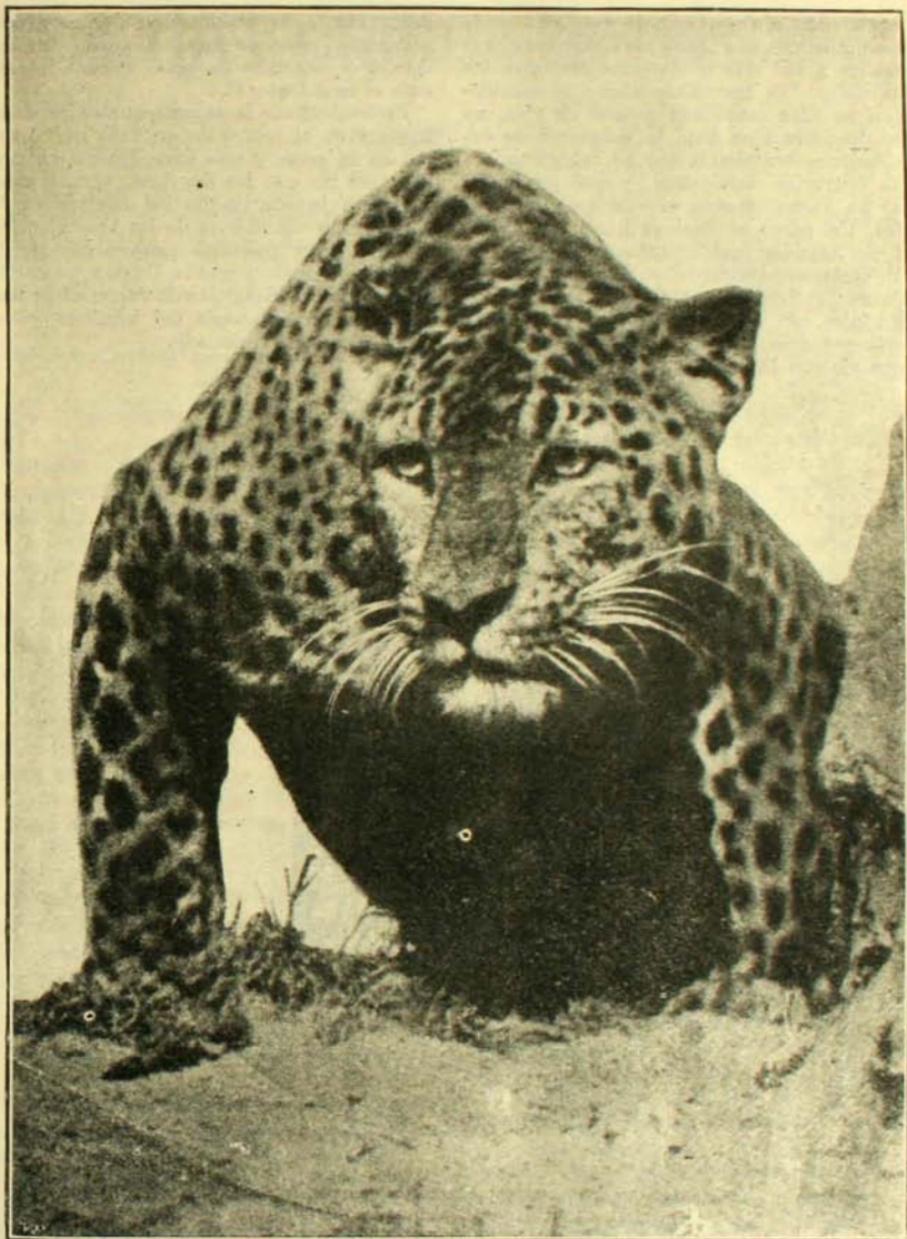


**El mono estupefacto**—Este joven cuadrumano está incontestablemente muy intrigado con el aparato fotográfico dirigido hacia él: su rostro expresa claramente una gran sorpresa, mezclada con un poco de espanto.

observa en ciertas caras diabólicas, después del cumplimento de una venganza. Reían también unos miserables, observando retorcerse a un perro, al cual habían empapado en petróleo y prendido fuego en seguida.

Si estos malos reidores son raros, más frecuentes son aquellos que enmascaran una situación falsa con una risa que no es siempre voluntaria y que contrasta enormemente con la palidez del rostro. La risa puede combinarse a otras expresiones tan contradictorias como la de la falsa situación; la de la venganza cumplida, del desprecio del desdén, de la angustia. La risa diabólica de Mephisto, la sonrisa sarcástica de Voltaire, la risa burlona de los jóvenes recibiendo a un pretendiente ridículo, son opuestas a esa franca risa que nace de comentarios espirituales cambiados entre alegres compadres.

Pero las unas y las otras derivan, como todas las maneras de reírse que hemos

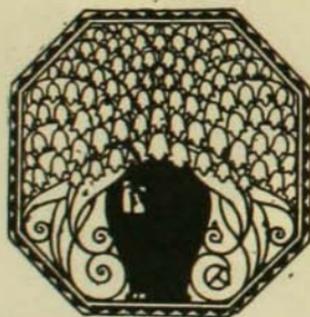


**Pantera en acecho.**—La cabeza baja, el bigote erizado, los labios temblorosos, la mirada fija y cruel, revelan que esta pantera acecha una presa u observa a un enemigo: todo en su actitud expresa una cólera feroz y contenida, presta a desencadenarse.

enumerado, de operaciones mentales o de sentimientos que son perfectamente extraños a los más inteligentes de entre los animales. Los movimientos que se consideran en ellos como una especie de risa, no se producen sino bajo la influencia de excitaciones inmediatas que no exigen ninguna operación intelectual, y que producen, de un animal a otro, efectos muy diferentes. Un perro al cual se hacen cosquillas tiene también movimientos reflejos, pero absolutamente diferentes de los del chimpancé: extiende la pata, la levanta, cierra los ojos con aire de beatitud, y agita su cola cadenciosamente. No se dirá por esto, que ríe con la pata o con la cola; expresa

simplemente su satisfacción por esos movimientos como lo hace el mono con los labios, y obrando de esta manera no ríe más el mono que él.

Probablemente la sonrisa que se expande a veces en el rostro de un niño que duerme en su cuna, y que hace decir a su madre: «se ríe con los ángeles», apenas si se parece a la sonrisa de los adultos en la contracción simultánea de los músculos. Es lástima, pero podemos consolarnos de la pérdida de esta pequeña ilusión pensando que el viejo Rabelais tenía razón al pensar que «la risa es propia del hombre» y del hombre ya perfeccionado.



# Los dos puntos de vista

Por E. SERVAN

Cómo es una oficina en New York.

Son un francés y un norteamericano los que discuten acerca del genio de sus respectivas nacionalidades: aquél discurre desde el punto de vista idealista; éste desde el punto de vista práctico. Una sabia mezcla de ambos espíritus les pone de acuerdo.

—¿Tiene Ud. simpatías por los Estados Unidos?

—¡Muchas! ¿Y Ud. por Francia?

—¡La quiero tanto como Ud.!

—¡Oh! Ud. se compromete demasiado. Si yo le preguntara si ama a mis padres, ¿me respondería también: tanto como Ud.?

—No es lo mismo. Yo no tengo la honra de conocer a sus padres, en tanto que a Francia la conozco por haber pasado allí varios años cuando tenía veinte, y porque allí he vuelto muchas veces después. Ahora, cuento sesenta años.

—¿Todavía viaja Ud.?

—¿Por qué no?

—Me parece que eso debe fatigar. A la edad suya se aspira al reposo.

—No en América.

—¡Oh! perdón.

—Por otra parte, viajar en un transatlántico no es fatigoso sino para los oficiales, los marineros, los mecánicos. Para los pasajeros es un gran reposo. ¿No lo ha notado Ud. al venirse?

—Es verdad; es preciso que los hombres de negocios, los **business-men**, como Uds. les llaman...

—Les llamamos también los hombres que se han fabricado a sí mismos, los **self-made men**. ¿No encuentra Ud. que esta expresión ilustra bien acerca del esfuerzo de esos hombres que por su voluntad, su inteligencia, su espíritu de empresa, han salido de la mediocridad en la cual nacieron y en la cual parecían condenados a vivir?

—Sea, quiero admirarlos como Ud.; pero, Ud. que conoce mi país, confiese que no todo es en la vida el "fabricarse a sí mis-

mo", si por eso se entiende adquirir riquezas y explotarlas, que es necesario al mismo tiempo ser dueño del espíritu y de las cosas del espíritu, tener una inteligencia y un alma cultivadas, y no hacer letra muerta, palabras desprovistas de sentido, y digámoslo, de utilidad, a la belleza, la elegancia, la fineza, la urbanidad, la nobleza de pensamiento y la delicadeza de expresión...

—Amigo mío, permítame que le llame así, pues todo francés es mi amigo. Certo es que su país, por su alta cultura intelectual, tiene sobre todos los otros, y sobre el mío en particular, una incontestable superioridad. Son Uds., entre los hombres, aquellos que conciben los más bellos pensamientos y los expresan con mayor elegancia. Yo admiro esas cualidades y deploro que la masa de mis compatriotas no las posea todavía sino en estado embrionario, a pesar de su vivo deseo de perfeccionarse en este punto. Sin embargo, los pueblos son como los hombres. Cada uno de ellos tiene cualidades diferentes; cada uno puede aprender del vecino.

Así, nosotros los americanos sabemos que nuestros espíritus no están suficientemente afinados. Pues bien, tratamos de adquirir lo que nos falta, y todos los años, Ud. habrá visto llegar a Francia por millares a la élite de nuestros compatriotas, a aquellos que habiendo conquistado entre nosotros los bienes materiales de este mundo, van a buscar entre Uds. los bienes espirituales, van a rozarse con vuestra fina civilización.

—Apruebo a sus compatriotas; pero, si

dan a escoger entre estos dos estados, confiese que vale más ser un hombre cultivado que un hombre práctico.

—Me expreso mal o Ud. no me comprende. Es exactamente como si Ud. me dijera: ¿Qué le gustaría a Ud. más: ser ciego o paralítico? Yo le respondería: Ni lo uno ni lo otro. Un hombre práctico no cultivado vale tanto, o, mejor, tan poco como un hombre cultivado que no es práctico. El hombre que sólo es práctico es ciego; aquel que solo es cultivado es paralítico. Pueden eventualmente prestarse mutuos servicios; pero, entre los dos, no valen jamás lo que un hombre que no es ni ciego ni paralítico.

—Entonces, ¿Ud. estima que nosotros somos paralíticos?

—No llevemos las cosas al exceso. Digamos que nosotros somos un poco miopes y que Uds. sufren un poco de anquilosis.

—¿Anquilosis? Pero, ¿en qué?

—No se diría que Ud. se halla en Nueva York. ¿No ha observado Ud. a su alrededor? Es extraño, en verdad. Uds. los franceses han sido los primeros en hacer la revolución de las ideas; ¿Serán los últimos en aperebirse de la revolución de las cosas y de aprovecharla?

—Es Ud. injusto. ¡Olvida que un gran número, por no decir la mayor parte de las grandes invenciones modernas, han sido concebidas en Francia!

—Sí, y aplicadas en América. Uds. conciben a veces; nosotros realizamos siempre.

**La utilería de una nación moderna** Pero, en fin, no entiendo muy bien lo que Ud. nos reprocha.

—No son reproches, son afectuosas indicaciones. Cuando veo los atractivos morales de Francia y sus lagunas materiales, me parece tener delante de mí a una mujer bella y cultivada, pero mal vestida. No le faltaría para ser perfecta sino una cosa, mucho más fácil de adquirir que la belleza y la cultura: un ajuar.

—¿Qué ajuar?

—Todo lo que constituye la utilería de una nación moderna: las vías y los medios de transporte perfeccionados, las invenciones nuevas puestas al alcance de todos.

—Pero nosotros tenemos todo eso. Tenemos puertos, canales, ferrocarriles, transatlánticos; tenemos estaciones, hoteles; tenemos como ustedes teléfonos, ascensores tranvías, autobuses. ¿A esto se refería usted?

—A eso, precisamente. Dígame, ¿recuerda lo que eran los primeros automóviles antes de 1900, vuestros pequeños coches de Dion, por ejemplo?

—Sí, recuerdo.

—Pues bien, hay entre vuestros edificios públicos: estaciones, hoteles, correos, universidades, establecimientos de bancos, entre vuestros ferrocarriles, vuestros tranvías, vuestros ascensores, vuestros telégrafos, vuestros teléfonos, y los nuestros, la misma diferencia que entre el pequeño cochecito de Dion y la lujosa limousine, último modelo.

—No es posible, usted exagera.

—¿Exagero! Dígame, ¿tiene usted una media hora desocupada?

—Sí.

—Voy a hacerle entonces una pequeña demostración. Usted podrá en seguida hacer esta experiencia sólo, por tanto tiempo y tan lejos como guste, en toda América.

—¿Adónde vamos?

**Viaje alrededor de mi cuarto.** —No muy lejos. Nos contentaremos con hacer un pequeño "viaje alrededor de mi cuarto", como ustedes dicen.

—¿De éste?

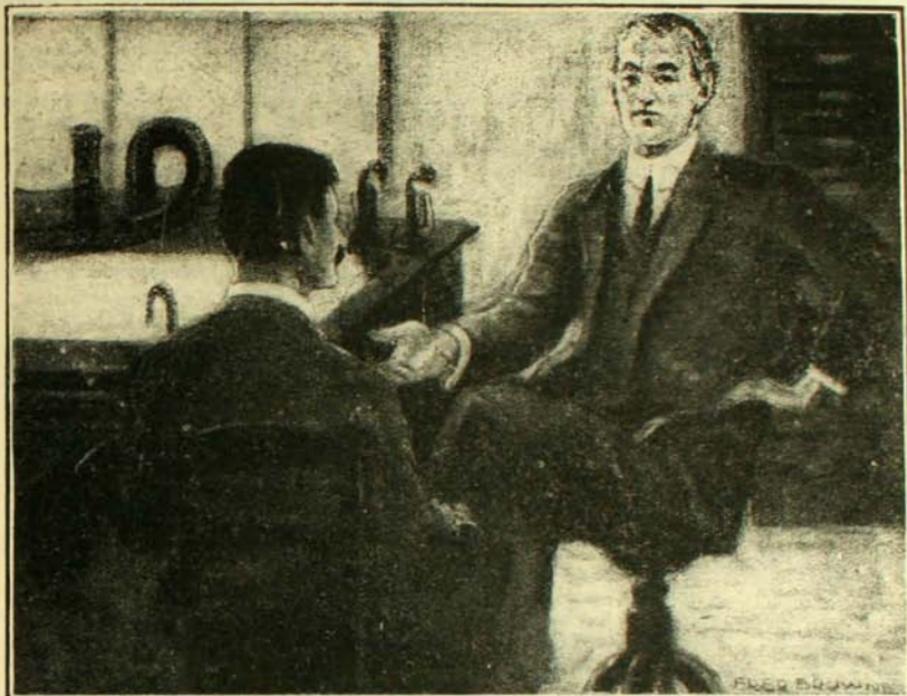
—Sí. ¿Le causa sorpresa?

—Lo confieso. Bien que los muebles y la decoración sean más lujosos que los del término medio de las oficinas francesas, no veo que haya aquí una diferencia esencial con lo que estoy habituado a ver en mi país.

—Usted no ve, pero pronto va a ver. Siga a su guía. ¡No, no se mueva! Tenemos muchas cosas que ver sentados. Usted verá todo lo que puedo yo hacer sin que la tela de mi pantalón deje de estar en contacto con el cuero de mi silla. Escúcheme:

—Eseucho.

—Sobre mi escritorio, de derecha a izquierda, he aquí, por de pronto, mi telé-



Nuestros amigos del nuevo mundo, que no saben lo que nosotros sabemos, pueden enseñarnos lo que a nuestra vez ignoramos.

fono urbano e interurbano; en otros términos, todo Nueva York y una parte de América al alcance de mi voz.

—Conozco eso.

—Créame, usted no conoce esto por dos razones. La primera, porque mi teléfono funciona **instantáneamente**, es decir, que en cinco segundos, puedo ponerme en comunicación con cualquiera de los abonados o saber si su línea está ocupada. Cinco segundos, he dicho, y lo mantengo. ¿Quiere usted que hagamos la experiencia?

—No vale la pena; la he hecho yo mismo.

—¿Puede usted obtener en París cualquier comunicación en cinco segundos?

—Dígame mejor su otra razón...

—La segunda razón es que en Nueva York, como en todas las ciudades y aldeas de los Estados Unidos, casi todos los habitantes, incluso los pequeños comerciantes y aún, a título privado, los obreros y

los campesinos, tienen teléfono. El precio del abono no es en Nueva York sino de 20 francos por mes. Tengo el derecho de decir que tengo todo Nueva York al alcance de mi voz, porque aquí los abonados son la gran mayoría, los no abonados, la excepción. En su país, sucede lo contrario.

—¿Hábleme de otra cosa!

—Le presento mi tubo neumático. Usted ve, es una simple serpiente de cobre de diez centímetros de diámetro, terminada por un embudo. Comunica con la estación central, situada tres pisos más arriba (olvidaba decirle que mi casa de comercio ocupa cinco pisos de este rascacielos que tiene veintiséis.)

—¿Y para qué le sirve este tubo?

—Para enviar instantáneamente una carta, una factura, un recibo, una orden escrita, y aún una muestra si no es muy grande, a cualquiera de los veintinueve de-

partamentos de mi casa. Inscribo con lápiz sobre el envío el número del departamento al cual está destinado. La estación central se encarga de la repartición.

—¿Es muy indispensable esta instalación?

—Usted querría quizás que yo y mi personal perdiéramos nuestro tiempo y nuestras fuerzas corriendo de piso en piso o de oficina en oficina para transmitirnos pequeños papeles!

—Pero, podrían tener ustedes uno o dos pequeños grooms...

—Que gastarían más tiempo, costarían más caro y harían un trabajo menos preciso; sin contar con que no podrían estar en todas las oficinas a la vez como ocurre con este aparato.

—Pero, en fin, hay cosas en que usted necesite dar, a propósito de una carta, alguna explicación verbal.

—En ese caso, tengo mi teléfono privado. Hélo aquí. El me reúne instantáneamente con cualquiera de mis ciento ochenta y dos empleados. Ciento de entre ellos tienen su número de orden y sobre su mesa, un teléfono. En vez de tener aquí un enjambre de empleados que vienen por órdenes, tengo, como usted ve, la calma y la tranquilidad. No nos comunicamos, por decirlo así, sino por teléfono.

—¿Cómo! ¿Usted no ve ni conoce a sus empleados?

—Perdón. Los veo raramente, pero los conozco de un modo perfecto. Cada uno de ellos pone su número de orden sobre todo trabajo que hace. Asume de esta manera sus responsabilidades. Se va, queda en su sitio o asciende, según la calidad de su trabajo.

—Me dice usted que sus empleados no acuden a su oficina. ¿Y las dactilógrafas a las cuales dicta usted su correspondencia?

—Están dos pisos más arriba. Hé aquí, por lo demás, mi teléfono especial para la correspondencia. Porque no es preciso que en tanto yo dicto mi correo, esté en la imposibilidad de responder a los otros dos aparatos. Cuando quiero dictar una carta, hablo delante de este aparato, y arriba, la estenógrafa, que está provista de un casco telefónico, toma nota. Una vez concluida, la carta llega aquí por el tubo neu-

mático, la firmo y la remito por la misma vía a la oficina respectiva, la cual la registra y la hace partir sin demora a su destino.

**El telégrafo en casa.** —Vea usted ahora el telégrafo.

—¿Cómo! ¿Usted tiene también telégrafo en su oficina?

—No del todo. Como usted ve, lo que tengo delante de mí no es sino un simple botón de llamada que corresponde a un número que me designa, y que se encuentra a una distancia de 500 metros de aquí, en la Agencia de la **Western Union Telegraph**. Si apoyo sobre el botón, el número se ilumina. Un mensajero se precipita aquí, toma mi telegrama y lo lleva a la agencia. El servicio se paga todos los fines de mes.

—Concibo la utilidad de este botón de llamada para una casa de comercio; pero, para un particular, me parece un tanto superfluo.

—En efecto, y tanto más cuanto que el particular dispone de otro procedimiento igualmente práctico. Le basta con telefonar a la agencia el texto de su telegrama. La agencia lo expide y envía la cuenta.

Recíprocamente, desde el momento en que la agencia recibe un telegrama, comienza siempre por telefonar el contenido a su destinatario para evitar toda pérdida de tiempo. En seguida, lo hace llevar.

—¿Es increíble!

—¿Cuestión de latitud! Para mí, es vuestro sistema arcaico el que me parece increíble, mucho más increíble; porque no concibo que cuando lo mejor existe, subsista lo peor. ¡Sería tan sencillo enviar a vuestros altos funcionarios responsables del funcionamiento del teléfono y del telégrafo, a pasar solamente ocho días en Estados Unidos! Ustedes les dirían que si en los dos meses que siguen a su vuelta las cosas no funcionan tan bien en París como en Nueva York, pueden ejercer en otra rama de la actividad humana sus talentos.

—¿De qué proviene que vuestros funcionarios sean tan capaces?

—¿Nuestros funcionarios? Excúseme, pero no puedo dejar de reírme. Nuestras Compañías telefónicas y telegráficas son pri-

vadas, archi-privadas. No tienen ni siquiera monopolio y la concurrencia es libre. De ahí el interés que tienen de contentar a esa magnífica clientela que es el gran público.

—Todo se explica. Hablemos más bien de ese conmutador. ¿De qué le sirve?

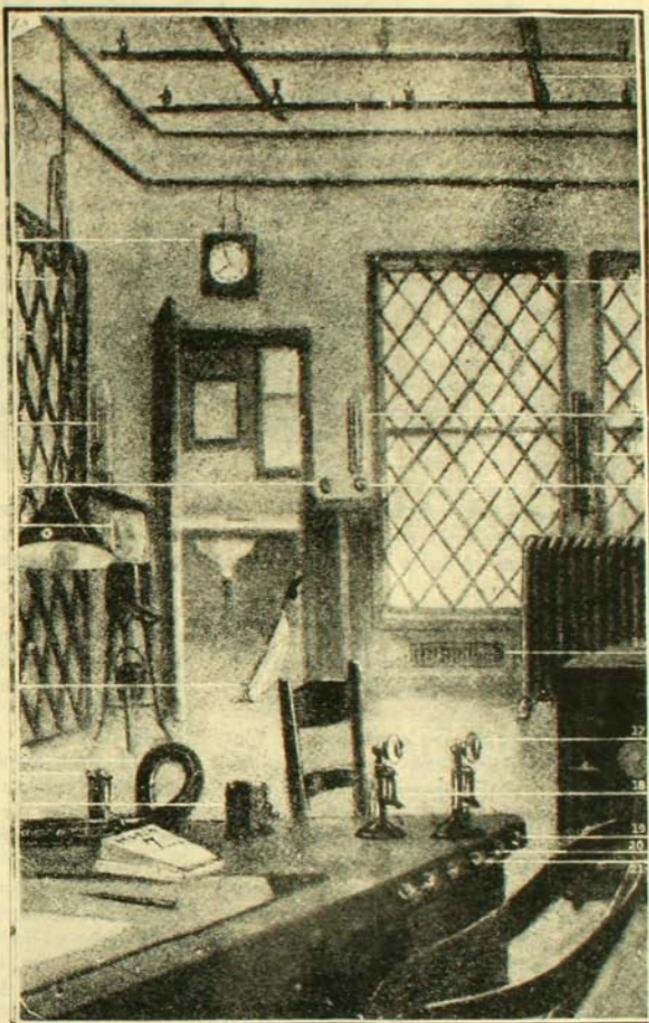
—Simplemente para encender mi lámpara eléctrica. Nuestra luz eléctrica es la misma que la vuestra, con la diferencia de que todos, ricos y pobres, se puede decir que no conocemos otra.

—¿Cómo! ¿A ún en los campos?

—Sobre todo en los campos. Hay siempre un río que pasa cerca de una aglomeración, y nada es más fácil ni más barato, que convertir esta agua que corre en luz que alumbrá!... Sin hablar de la luz del día! Si ésta no cuenta nada, ¿por qué son ustedes tan avaros de ella para construir vuestras casas?

—Quiere usted decir que no hacemos bastantes ventanas...

—Ni bastante grandes, sobre todo. El aire y la luz son seguros contra la enfermedad. Observe aquí: el costado que da a la calle está enteramente consagrado a una enorme vidriera que deja penetrar el máximo de luz cuando está cerrada y de aire cuando está abierta.



En casa de un "business man": (1) Reloj. (2) Ascensor. (10) Telégrafo. (14, 15) Teléfonos. (19) Termómetro. (4, 6) Dispositivos: Para beber, (7) Limpiar. (16) Refrescar. (3) Contra los ladrones. (18, 20) El incendio. (8, 9) Tubos neumáticos. (11) Botones para: llamar. (12, 13) abrir y cerrar la puerta. (12, 13) Abrir y cerrar la ventana.

Estas vidrieras, en efecto, no tienen nada de común con nuestras ventanas. ¿Cómo hace usted para abrirla cuando desea tener aire?

—Hago funcionar este conmutador. El vidrio se eleva y descende eléctricamente, según, si hago girar más o menos el

conmutador. No tengo ni el tiempo ni el gusto de enténdermelas con una ventana que cierra mal o que no se abre!

—¿Y este botón?

—Es un sistema análogo que me permite poner o quitar el pestillo de la puerta de mi oficina. Observe el pestillo. Yo apoyo sobre el botón. Vea usted cómo cierra. Ya está cerrado.

**El rendez vous de las invenciones.** —Pero, ¿todas las invenciones modernas se han dado cita al alcance de su mano?

—No creería ser hombre de progreso, digno de mandar a otros hombres de su época, si existiera una invención verdaderamente útil y práctica que no hubiese sido instalada en mi casa.

—Supongo que usted me habrá mostrado todo lo que hay que ver aquí.

—No he hecho sino comenzar. Observe este conmutador, el único cuyo uso ignora usted todavía.

—¿Para qué sirve?

—¿Ve usted esos ventiladores en los cuatro rincones de la pieza? Con un golpe del pulgar les pongo en acción, y en época de calor ellos me abanicen agradablemente, sin que tenga necesidad de confiar estos servicios a los negros como hacían los faraones egipcios.

—¿Cree usted que estos ventiladores son necesarios?

—Yo trabajo en esta oficina todo el año desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde. Mi rendimiento debe ser el mismo en toda estación, en invierno como en verano. Para esto, es preciso que mis capacidades físicas y las de todos aquellos que trabajan bajo mi dirección sean, hasta lo humanamente posible, substraídas a las influencias deprimentes de las temperaturas excesivas. Los sistemas que he hecho instalar aquí con este fin cuestan caro; pero prestan mayor utilidad que lo que cuestan. Mantienen la salud física y moral que son las condiciones que dan el rendimiento máximo al motor humano... Ahora, vamos a levantarnos y a hacer una pequeña vuelta alrededor de la pieza.

—Con todo gusto.

—He aquí, por de pronto, las bocas de

la calefacción central. Usted conoce esto.

—Perfectamente.

—Si uno se calienta cuando tiene frío, no hay ninguna razón para no refrescarse cuando hace calor...

—Soy de su opinión, aun cuando jamás he pensado en ello.

—Pues bien, estas bocas de calor se convierten en verano en bocas de refrigeración que traen de los sótanos el frío obtenido haciendo obrar sobre agua compresores de amoníaco. La temperatura media que deseo obtener en los locales, en verano como en invierno, está regulada en las bodegas donde la mezcla del frío y del calor se hace en una proporción determinada, como la mezcla del vino y del agua.

—¿Y a quién da usted sus instrucciones para que la temperatura sea la que usted necesita?

—A este termómetro. Usted ve este índice que corre a lo largo del tubo de vidrio. Yo lo empujo con el dedo hasta la cifra de la temperatura pedida. El resto se hace automáticamente. Las bocas que acabamos de ver nos traen aire caliente y aire frío. Sería una lástima que no pudiéramos tener también agua caliente y fría!

—Es evidente.

—Hé aquí, pues, dos cañones que nos traen cada uno los dos elementos deseados, a este lavabo de dos llaves (permítame que abra esta puerta) en esta pieza del lado, cubierta toda de mosaico blanco. Usted ve que hay aquí también un baño, una instalación de ducha y un water. No crea que es éste un lujo patronal. Instalaciones idénticas a éstas, están a la disposición de mis empleados y de mis obreros. Volvamos a cerrar la puerta y entremos a mi oficina.

—Le sigo y le escucho.

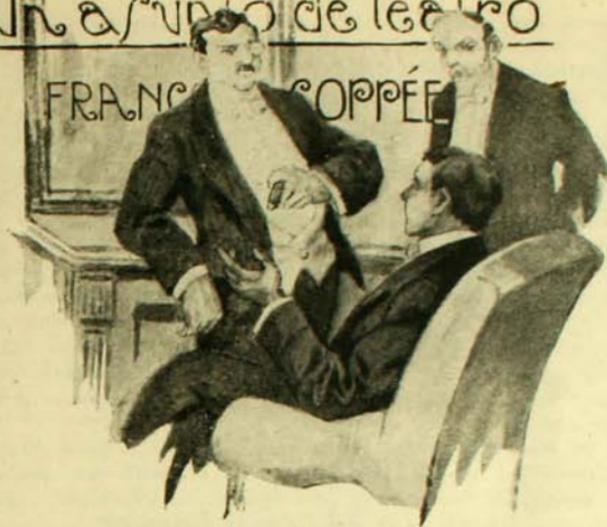
—Hasta aquí, hemos traído hasta este pequeño rincón de la tierra muchos elementos útiles a la vida: la luz del día y la luz artificial, el aire frío y el aire caliente, el agua fría y el agua caliente; porta-palabras para transmitirnos con nuestros semejantes y porta-escritorios para enviarles papeles. ¿No nos falta nada?

—No veo qué.

—¿No será preciso que nos preocupemos todavía de la higiene?

# Un asunto de teatro

FRANCO COPPÉE



Ilustraciones de Max.

**S**E hablaba entre hombres, en el fumoir, después de comida. El judío Pereira, el director de teatro tan conocido por sus cuellos marmóreos y sus corbatas triunfantes, apoyado en la chimenea, con un pequeño vasito de curaçao en la mano, decía:

—La anécdota, todo está en la anécdota. Una pieza no es buena, si no se puede contar su argumento en cinco minutos... Cuando un autor viene a hablarme de una comedia a la hora de mi almuerzo, yo le interrumpo inmediatamente:

—¿Alcanzará usted a decirme su argumento antes de que yo haya terminado de comer este huevo a la copa?... ¡Si no puede hacerlo, es porque la pieza no vale nada!

Y Pereira sorbió de un solo trago su vaso de curaçao.

—Yo no soy autor dramático, dijo el gran Mauricio, el agregado de embajada, desde el fondo del ancho sillón en que se hallaba hundido; sin embargo, si usted quiere, Pereira, le contaré una anécdota, de la cual un hombre de mérito podría sacar partido... pero el tiempo de comer un huevo, es demasiado corto.

—Le concedo una tortilla, respondió el judío, riéndose...

—Pues bien. Había, entonces, en Viena, un médico de mucha fama para curar las enfermedades del corazón; se llamaba,—cambio los nombres naturalmente, pues la cosa es trágica,—se llamaba el doctor Arnold. De edad de cuarenta años apenas, tenía ya una magnífica clientela. Era un hombre buen mozo, muy elegante, con una figura regular, de grandes bigotes rubios, el gran tipo austriaco en fin... pe-

ro un par de ojos a la americana, azules y fríos como el acero, daban que pensar. Una familia rusa residente en Viena—llamémosles, si ustedes quieren los Skébélóff,—llamó al doctor para consultarle acerca de la niña de la casa, en quien el especialista reconoció, al primer examen, un comienzo de aneurisma. Debía ser muy perturbador auscultar y percutar a la señorita Macha... ¡Figúrense! Aplicar el oído contra el pecho de una linda morena de diecinueve años, y golpear sobre su corazón como para decir: ¿Se puede entrar?...

—Mauricio, interrumpió el dueño de casa, nada de bromas, de sainete... Usted nos ha prometido un drama.

—No se apuren, que ya vendrá... Aunque recibidos por la mejor gente esos Skébélóff eran un poco sospechosos. Vivían en el hotel. Llevaban un gran tren, y los diamantes de la mamá pasaban por sel falsos... Agreguen a esto, dos niñas por colocar, demasiado bellas para que hicieran nada útil... En fin, gente equívoca. Pero el doctor estaba enamorado; pidió a la señorita Macha en matrimonio, fué admitido a hacerle la corte, se casó al cabo de tres meses, y la familia Skébélóff, sú-

bitamente aburrida de Viena, alzó el vuelo hacia nuevas mesas de huéspedes. La mujer del médico, **frau doctorin**, como se dice allá, gustó mucho en la sociedad vienesa. Los recién casados eran demasiado interesantes; el doctor amaba a la vez a Macha como su mujer y como su enferma; la adoraba y la cuidaba. Este pequeño romance encantaba a los alemanes sentimentales. Ya la señora Arnold, cuya salud se restablecía rápidamente, se mostraba a menudo en los salones, y aun bailaba algunas veces...

—¿A pesar de su enfermedad del corazón?

—Sí. La joven parecía tan bien curada, que su marido le permitía una vuelta de vals, como médico; pero yo creo que se la hubiera con todo gusto prohibido, como celoso. Porque el hermoso capitán de Blazewitz—un Apolo con uniforme blanco—estaba siempre inscrito el primero de todos en el carnet de baile de la señora Arnold y la estrechaba con demasiada ternura... Una vez más, el viejo mito de Marte y de Venus se repetía...

—¡Bueno!, dijo Pereira. Ya está hecha la exposición, Mauricio. Los personajes presentados... **Encadenemos** ahora, como se dice en argot de bastidores, **encadenemos!**

—¡Sea!... Un día, el doctor descubre un paquete de cartas...

—¡Muy usado, lo del paquete de cartas!

—¡Pereira, usted es insoportable! Usted pondrá aquí el hilo que quiera; pero, en mi anécdota, son cartas.

—Que dan al marido la certidumbre de su deshonra, ¿no es eso?

—Aparentemente.

—Y que le hacen concebir un proyecto de venganza!...

—¿Usted conoce la historia, Pereira? Cuéntela usted, pues.

—No, amigo mío, le ayudo a quitar escombros del camino. Eso es todo. Bueno; el marido se venga...

—Por uno de esos crímenes que quedan siempre ignorados.

—Pero, entonces, ¿cómo se ha sabido?

—Porque el doctor habló... Sí, el culpable mismo, más tarde, cediendo a esa irresistible, a esa fatal necesidad de con-

fidencia que existe en todos los hombres y que hace de la confesión de los católicos una de las instituciones las más...

—¡Al grano, Mauricio, al grano!

—No digo una palabra más, refunfuñó el joven.

—No se enfade, replicó el insolente de Pereira; le evitamos el trabajo de terminar sus frases... Es el verdadero estilo del teatro... Vea usted Scribe, Sardou... Todo en diálogo, con puntos suspensivos... No me canso de decirlo a los jóvenes autores: ¡Nada de estilo, sobre todo! ¡Nada de literatura!... Hay piezas que han caído por un adjetivo... No se sabe el mal que puede hacer una metáfora... Así, los románticos.

Ahora Usted, Pereira, dijo el dueño de casa, observando al juicio con aire malicioso, al través de su monóculo; ¿se puede saber cuando concluirá?...

—Tiene usted razón... Mauricio nos decía, pues, que el marido...

...Imaginó una venganza terrible, pero solamente permitida a un hombre de su profesión. Macha no estaba completamente curada—él lo sabía bien, el especialista—de esa enfermedad del corazón por la cual la había cuidado, durante dos años, con tanto celo y amor. Procuró que le volviese la enfermedad. Conteniendo su cólera, se Emitió a guardar delante de su mujer la actitud de un marido inquieto y sospechoso, y de este modo logró hacer nacer el temor y la angustia en el espíritu de la adúltera. El sabía, por las cartas sorprendidas, qué pasión insensata experimentaban los amantes; estaba seguro de que ellos tratarían siempre de verse, aun en medio de los peligros. Ese Maquiavelo doméstico aprovechó de esta situación. Desde ese momento, una potencia misteriosa puso toda suerte de pequeños obstáculos entre Macha y M. de Blazewitz, sin separarlos del todo; esta potencia hacía fallar sus citas, interrumpía sus correspondencias, turbaba y envenenaba sus amores; y, en esta vida plena de emociones vivas y dolorosas, la salud de la señora Arnold se alteró de nuevo profundamente. El doctor mataba a su mujer con tanta certidumbre y precisión como la había curado antes. A los instantes de loco terror, que dan a



...hizo nacer el temor y la angustia en el alma de su mujer...

la circulación una actividad mórbida, el hábil hombre hacía suceder las largas jornadas de tristeza, que congestionan el corazón y retienen ahí la sangre. Después, súbitamente, fingía no tener celos, se mostraba emocionado hasta las lágrimas con las sufrimientos de su mujer. —¿Pero, qué te pasa, mi pobre Macha? le decía. Mi diagnóstico no entiende ya absolutamente nada. Tienes todo el aire de una persona que se muere de pesar. ¿No eres acaso feliz conmigo? Y, siempre observando con una diabólica voluptuosidad los progresos del mal, crucificaba a su víctima con sus hipócritas desesperaciones. Al cabo de seis meses los síncope eran más frecuentes, las palpitaciones más rápidas; los síntomas inquietantes del aneurisma habían reaparecido... ¡Ah! ¡ah! Pereira, ya no me interrumpe usted!

—Sí... es el segundo acto, el nudo de la pieza. Pero, el desenlace... el desenlace!

—¡El desenlace pedido!, gritó Mauricio con el acento de un mozo de restaurante que trae un plato, helo aquí!... Una tarde, el doctor entra en el cuarto de su mujer como una tempestad: "Señora lo sé todo, el señor de Blazewitz es vuestro amante." La pobre Macha se puso pálida y los tonos violeta de la muerte aparecieron sobre sus labios. "¡Máteme!", dijo ella. Eso era lo que él quería.

—No pondré la mano sobre una mujer, replicó Arnold. Su cómplice ha pagado por dos. Acabo de batirme con el señor de Blazewitz... "¡Lo he muerto!" Y Macha cayó exánime sobre el tapiz. Pero el doctor mentía; él no hubiera osado tocar los bigotes del bello capitán, que pasaba por el primer tirador de Viena. Se arrodilló cerca de su mujer extendida en tierra y le tomó la mano. El pulso palpitaba todavía, ella vivía. Entonces el verdugo, mediante algunos cuidados, la reanimó: "Usted va a colocarse un vestido de baile y todos sus diamantes, ordenó él, y va a acompañarme al baile de la Embajada de Francia, donde estamos invitados."—¡Jamás... no podré!—"Vaya a vestirse y partimos. He tomado, para mí duelo con el señor de Blazewitz, el pretexto de una querrela de juego. Pero usted está comprometida. Es preciso que todo el mundo la vea esta tar-

de del brazo mío. De otro modo, se creería que me he batido a causa de usted, y quedaré deshonrado... Vístase, lo quiero!..." Era preciso que la desgraciada obedeciera. ¿Cómo resistir al hombre a quien había ultrajado tan cruelmente? Hizo su toilette, ¡qué agonía! y su marido la llevó al baile de la embajada. Allí, moribunda, cayó agobiada sobre un sillón, en la sala de entrada, donde el ujier, a cada minuto, gritaba el nombre de los que iban llegando. El doctor, de gran tenida, soberbio, con todas sus decoraciones, estaba de pie detrás de la silla de su mujer. De pronto, después de dar un vistazo a la antecámara, se inclinó al oído de Macha, como para deslizarle una galantería.—¿El dolor no te ha muerto todavía, miserable?—Todavía no, desgraciadamente, murmuró la suplicada.—Pues bien, mira entonces, agregó él mostrándole la puerta, y muérete de felicidad! En ese momento, el ujier anunció con voz sonora: ¡El capitán barón de Blazewitz! El hermoso oficial entró con la sonrisa en los labios, e inmediatamente, como lo hacía siempre, buscó a su mujer con la mirada. La reconoció apenas. Ella acababa de levantarse de su asiento, muy derecha, como movida por un resorte, lívida bajo sus adornos, espantosa! Tuvo para él una mirada extraviada, llevóse la mano a la garganta y volvió a caer pesadamente sobre el parquet, muerta, bien muerta esta vez!... Hubo un escándalo horroroso. El doctor se lanzó sobre el cuerpo de su mujer, dando gritos, y la desesperación del señor de Blazewitz hubiera causado escándalo, de no llevarse los amigos suyos! Todos los invitados huyeron; los lacayos se comieron la cena, y la embajada estuvo muy descontenta, porque había hecho fabricar expresamente para el cotillón cabezas grotescas, de las cuales esperaba un gran efecto.

Mauricio calló; hubo un momento de silencio. Todos habían tenido un escalofrío de horror, y hasta el mismo Pereira tuvo tacto suficiente para no decir alguna pesada tontería.

Pero la dueña de casa apareció, levantando la cortina del fumoir.

—Señores, ¿han concluido ustedes sus cigarrillos? Las señoras les reclaman.

Al pasar al salón, Pereira tomó el brazo de Mauricio.

—¿Y el doctor? ¿Qué ocurrió con el doctor?

—Como le dije, se ha vanagloriado casi, en un día de imprudencia, de su crimen que escapa, por lo demás, a todo castigo. Pero la permanencia en Viena se le hacía difícil. Hoy está en Varsovia, donde ha

adquirido muchísima clientela, y donde continúa repitiendo a los enfermos de su especialidad:

—¡Nada de emociones sobre todo, nada de emociones!... Pero, ¿qué piensa usted de mi argumento?

—Imposible, mi amigo. Toda la prensa diaria que la pieza ha sido imitada de la **Julie** de Octavio Feuillet.



...y Macha cayó exánime sobre el piso,  
el doctor se arrodilló, le tomó la ma-  
no...



## Monna Lissa

Dondequiera que vaya, la sigue su corte de soledad, la corte invisible y quimérica, ansiosa de tomar formas corpóreas para aliviar las nostalgias de su alma desterrada...

Sin quererlo, acaso contra la voluntad imperiosa que os arrastra a conquistar su intimidad, pasáis u os detenéis distantes de ella. ¿Sabéis por qué? Son los fosos del castillo impalpable, son los guardias hieráticos, son los juglares reverentes, son los donceles, los pajes, los trovadores y las damas, que reclaman su espacio.

Y allá va entre ellos rígida y ensimismada, mal adaptados los sentidos a la realidad externa, abiertos de par en par a la proyección interior, hacia esa tela en que lo grande se agiganta y lo pequeño se borra, si los refleja un alma de pasión.

Alma arisca y montaraz la suya, vehemente, bravia en la defensa de lo que hace propio; alma de borrasca, que agota las alas excesivas en un cielo sereno.

Así va la castellana del séquito ilusorio desgranando, con voz cálida y vibrante, el rosario de perlas de sus rebeldías y sus vencimientos, revolviendo orgullosa la herida de bordes ya enconados, viviendo de su dolor.

JUAN DE ARMAZA

# La Desconocida



Por **DARIO NICCODEMI**

(Traducido del italiano por M. L.)

---

---

## COMEDIA EN UN ACTO

Personajes:

**MARCOS — LA DESCONOCIDA**

**UN CAMAREERO** (que no habla)

Saloncillo elegante y rico en casa de Marcos. En el fondo, puerta común. A la derecha, otra puerta, que conduce al dormitorio. Cuando se alza el telón Marcos está sentado en el suelo, en medio del escenario, y habla a la desconocida que está en la habitación de la derecha.

Marcos.—Oye... No puedes imaginarte qué molesto es hablar con una mujer cuyo nombre no se sabe...

La Desconocida.—Llámame "querida"...  
¿Qué ibas a decirme?

Marcos.—Que ya comenzaba a perder la esperanza de encontrarte.

La Desconocida.—Y estoy segura que si no me hubieras encontrado, por lo menos te habrías suicidado...

Marcos.—No, pero habría tomado cualquiera otra resolución suprema.

La Desconocida.—Lo siento.

Marcos.—Habría publicado un aviso en los diarios: "Magnífica recompensa al que encuentre a una hermosa creatura del sexo femenino, de hasta veinte años..."

¿Me equivoco?

La Desconocida.—¡Exageras!

Marcos.—...de hasta dieciocho años; de aspecto incomparablemente distinguido, casi etéreo, de una elegancia casi sobre-

humana, cabellos de oro, ojos verdes y pies invisibles".

La Desconocida.—¿Y como señas particulares?

Marcos.—Un velo espeso como un misterio o misterioso como una máscara.

La Desconocida.—¿Y a cuánto habría ascendido la recompensa?

Marcos.—¡Bah! La recompensa que uno tiene la intención de dar cuando se le pierde un objeto que estima, es siempre grande...

La Desconocida.—Pero disminuye sensiblemente cuando se ha encontrado el objeto... Quiero saber cuánto habrías dado a la persona que me hubiera encontrado y traído aquí...

Marcos.—Mucho...

La Desconocida.—¿Cincuenta mil liras?

Marcos.—Ahora la que exageras eres tú...

La Desconocida.—¿Diez mil?

Marcos.—¡Bum!

La Desconocida.—Cinco... ¿Sabes que me ofendes? ¿Habrías dado cinco mil liras?

Marcos.—Sí...

La Desconocida.—Entonces, las quiero yo.

Marcos.—¿Cómo?

La Desconocida.—¿Quién me ha encontrado? Yo misma... Por consiguiente...

Marcos.—Pero...

La Desconocida.—Levántate... Ve a la mesa y haz un cheque por cinco mil liras.

¡Rápido!

Marcos.—Es que... francamente...

La Desconocida.—Si dudas, me voy...

Marcos.—¡Quieta! No hagas bromas... (va a la mesa, toma el libro de cheques y escribe). Helo aquí.

La Desconocida.—Ahora, mételo en un sobre...

Marcos.—Ya está en el sobre...

La Desconocida.—Te ruego que lo coloques en un cajón de la mesa.

Marcos.—Hecho... ¿Ahora puedo acercarme?

La Desconocida (con un chillido).—¡Socorro!

Marcos.—¡Chit...! Estoy quieto...; donde me has dejado (se sienta de nuevo en el suelo). Por lo menos, ¿puedo saber qué haces?

La Desconocida.—Me miro en tu espejo.

Marcos.—¿Y cómo te encuentras?

La Desconocida.—¡Bellísima! ¡Cumplimientos para el espejo! ¡Es más adulator que un enamorado...! Se ve que es un espejo para señores... ¡Pero es curioso! A fuerza de mirarme no me reconozco... Mis rasgos se desvanecen en una confusión extraña... Me parece que he perdido la cara...

Marcos.—Vá, para que la busquemos juntos... O si prefieres que vaya yo, aquí...

La Desconocida (otro chillido).—¡No te muevas...! Figúrate que no me he sacado aún el sombrero...

Marcos.—Pero si vamos a este paso, cuando nos encontremos vamos a estar viejos... Escucha, querida, decide: o vienes o voy yo...

La Desconocida.—¡Si das un paso abro esta puertecita... y desaparezco para siempre!

Marcos.—¡Eres un portento de perfidia!

¿Por qué no quieres creer que estoy locamente enamorado de ti...? Que haría cualquier sacrificio para me...

La Desconocida.—¿Lo juras?

Marcos.—¡Por mi vida!

La Desconocida.—Entonces, haz el sencillo sacrificio de no moverte...

Marcos.—Te ruego, mi querida desconocida, que no me hagas sufrir así...

La Desconocida.—Es el espejo el que me paraliza... Me miro y me pregunto:

“¿Tú...? ¿Eres tú la que está en la pieza de un desconocido...?”

Marcos.—¿Y qué responde el espejo?

La Desconocida.—Responde: “¡no; no es posible!”

Marcos.—Es un estúpido.

La Desconocida.—Y hasta que no me convenza que soy yo, yo misma... no me sacaré ni siquiera un guante...

Marcos.—Querida... Amor... ¡Estoy sobre espinas...! ¡sobre espinas que me tormentan, que me punzan!

La Desconocida.—¿Quién sabe qué horribles muecas haces ahí, solo...! ¡Debe ser divertidísimo...! ¿Estás siempre sentado en el suelo...?

Marcos.—Estoy de rodillas... en actitud de oración, con los ojos abiertos hacia tu belleza invisible...

La Desconocida.—Te cansarás... Siéntate...

Marcos.—En lugar de eso me levanto y corro...

La Desconocida (chillido).—¡Huyo...! ¡No te muevas...! Me he sacado el sombrero...

Marcos.—No te creo...

La Desconocida.—Mira... (el sombrero vuela, y cae en el escenario, cerca de Marcos).

Marcos.—¡Oh, delicia...! (lo huele como si fuera una flor). ¡Qué delicia...! Dime: ¿es el perfume de tus cabellos...? ¿Son largos tus cabellos?

La Desconocida.—Los desato ahora. ¿No sientes un hervidero de Niágara...? Se esparecen... ¡Me envuelven...! ¡Me cubren...! ¡me inundan...! ¡Me ahogo!

Marcos.—¡Corro a salvarte...!

La Desconocida.—¡No te muevas...!

Marcos.—No puedo más...

La Desconocida.—Has jurado...  
 Marcos.—¡No me tortures así...! Escucha:  
 querría besarte las manos...

La Desconocida.—Helas ahí, (y los guantes vuelan como el sombrero).

Marcos. (Mirándolos).—Seis y un cuarto...

La Desconocida.—Aquí son apenas las cinco. ¿Cuál es el reloj que marcha bien?

Marcos.—Ninguno. Deben estar locos como mi corazón que se precipita, que palpita sin ritmo ni medida, que grita, que sufre espasmos...

¿Quiéres, siquiera, decirme tu nombre?

La Desconocida.—He ahí mi tarjeta... (y una zapatilla va hacia Marcos).

Marcos (tomándola).— ¡Cienicienta...! Envíame también el apellido...!

La Desconocida.—¡Al tiro...!

La estoy desabotonando...  
 ¡Hélo aquí...! (arroja la otra zapatilla).

Marcos.—¡Victoria...!

La Desconocida.—¡Mala puntería...! No me llamo así...

Marcos.—Digo ¡victoria...!  
 ¡Porque estás cogida...! Ya no puedes huír.

La Desconocida.—¡De veras...!

¡No había pensado en eso...!  
 Pero... escucha como mi voz

se torna grave y profunda; y bien, con esta voz de juramento... te digo que si cometes la más mínima violencia, cuando salga de aquí será para no volver más.

Marcos.—¿Pero no sabes que hace siete meses que te sigo como se sigue a una sombra...? ¿Que eres la única preocupación sería de mi vida...? ¿No lo sabes?

La Desconocida.—Si no lo supiese no estaría aquí...

Marcos.—¿No sabes que no pienso en otra cosa, que no veo otra cosa, que no quiero otra cosa? ¿Que no tengo otras ambiciones? ¿No sabes que mi vida era vacía, estúpida, inútil, y que desde que te he visto me parece vivir en un mundo de sensaciones nuevas, de esperanzas maravillosas, de divinas ansias?

La Desconocida.—Lo sé... Lo sé todo.

Marcos.—No es verdad, porque si tú lo supieras, si por lo menos pudieses imaginar lo que pasa por mí, no me harías sufrir así, no me infligirías este tremendo suplicio de...

La Desconocida.—No digas de Tántalo... por el amor del Dios...

Marcos.—¿Por qué? Si es propio...

La Desconocida.—Porque detesto las frases hechas. Por consiguiente, nada de



Tántalo...! ¡Nada de San Antonio...! Si te sientes en vena de imágenes, busca suplicios menos conocidos... No hay que ser banal, ¿has comprendido?

Marcos.—¡Nada...! ¡Sólo comprendo que hay aquí un misterio que no acierto a explicar! Comprendo que eres una esfinge cuya clave no encuentro...

La Desconocida.—Davus sum, non Oedipus.

Marcos.—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

La Desconocida.—Es Terencio el que lo ha dicho... ¡Eres Davus...! Malo, querido... Con las mujeres es preciso ser Edipo, porque el único medio de conquistarlas un poco es explicárselas un poco. ¡Y el que no lo entienda que no lo haga! Oscar Wilde decía que la mujer es una esfinge sin secreto... Se equivocaba, como se equivocó siempre, por lo demás,

cuando habló de la mujer... porque era un poeta sin corazón... Para mí, en cambio, el secreto de la mujer es el más interesante de todos, porque es, casi siempre, el secreto de un porvenir...

Marcos.—¡Pero tú eres...! ¡No sé quién eres...! Dime tu secreto... Revélame tu secreto... ¡Mira...! Te juro por esta ansia irresistible de tí, que mi curiosidad es tan grande como mi amor y tan intensa como mi deseo... Dime, pues, este secreto... Sabía que tenerte aquí, sola, toda, mía habría sido una gloria grande, inmensa, indefinible... Pero dime la calidad de esta alegría... ¿Quieres? Yo no lo puedo imaginar... Si el señor Davus era una persona que nada entendía, yo soy como él... Desde el primer día he comprendido que no eres la mujer que se encuentra y se la invita y se la obtiene... He comprendido, también, de ese indefinible perfume de gracia y de verdad, que estás muy por

encima del vulgarísimo hombre que yo soy, alta como una estrella... y me has inspirado con el amor, respeto por la mujer, que nunca había experimentado... Habla, pues, esfinge, hada, incógnita... Te juro que nunca te arrepentirás de haber entrado aquí... Yo no soy capaz de comprender ni de pensar nada... Estoy seguro que eres una mujer honrada.

La Desconocida.—Lo juro con los brazos tendidos... y desnudos... Soy honrada de cuerpo y de pensamiento. ¡Soy pura como la sonrisa de un ángel...! ¡Soy inmaculada como la hora matutina sobre la cima de una montaña...! Y lo debes creer...

Marcos.—Lo creo... pero, entonces, como nunca, ¿por qué te has atrevido a correr este peligro? Porque corres peligro, el peligro del fuego en que me consumo y que podría quemarte también a ti... ¿Por qué no tienes miedo?

La Desconocida.—“Yo soy hecha de Dios, señor mío, tal que vuestra miseria no me toca, ni la llama de este incendio me quema”.

Marcos.—No me desesperes... Escucha, ¡te juro...! ¡Te juro...! ¿Cómo decirte lo? Escúchame: ¿quieres reír? ¿Quieres reír, Hada?

La Desconocida.—Siempre.

Marcos.—¿Sabes qué es lo que hago en este momento?

La Desconocida.—Sí; miras la puerta de esta pieza con ojos suplicantes, bizcos...

Marcos.—Pero no ves, en fin, que estos ojos fijos, adoloridos, de tanto mirar en vano, están llenos de lágrimas?

La Desconocida.— ¡Enjúgalos...! (y una camisa, ligera como una paloma, vuela por el aire y viene a posarse a los pies de Marcos).

Marcos (aferrándola ávidamente). —Pero... entonces... tu cuello... tu seno...

La Desconocida.—¡Chit...! No los hagas sonrojarse...

Marcos.—Me maltratas demasiado... ¿Qué haces ahora?

La Desconocida.—Me contemplo.





la cual nada podrías...? Espera... Calla...

Marcos.—¿Por qué te ríes?

La Desconocida.—Porque no puedo desatarme... ¿No tienes una camarera...?

Marcos.—Sí... pero es un hombre.

La Desconocida.—Entonces lo hago yo misma... ¡Espera! ¡Oh...! ¡Ya está...! ¡Uf...! ¡Qué desahogo...! ¡Ya estoy desembarazada del tirano...! (y el bello corsé rosado rodando en una complicación de cintas y lazos, llega a la escena).

Marcos.—Oye... te juro por mi honor, por mi vida, por lo que quieras... que no me muevo... que no intento entrever el paraíso... ni descubrir las maravillas... Te juro, también, de no exigir nada de esta situación, para

Marcos.—¡Feliz tú...!

La Desconocida.—Tengo los brazos alzados en un bello gesto indolente y redondo que se cierra en las manos unidas bajo mi cabeza... Parezco un ánfora que sonrío...! ¡Soy muy bella...!

Marcos.—¡Oh! Suceda lo que suceda, no resisto más...

La Desconocida.—¡Déjate de tonterías...!

Marcos.—¡Ten piedad de mí...!

La Desconocida.—Pero, ¿no comprendes que si una sola de tus miradas me alcanzase antes de la abdicación amorosa, mi pudor sería una coraza de hielo contra

que tú me saques de esta torturante curiosidad... Dime quién eres...

La Desconocida.—¡Soy un Hada!

Marcos.—¡Ya lo sé...! Pero dime algo más... quiero saber...

La Desconocida.—¡Oh curiosidad...! ¡Te llamas hombre...!

Marcos.—Sí, soy curioso como mil mujeres... Soy curioso como los celos...

La Desconocida.—¡Podrías arrepentirte...!

- Marcos.—No importa con tal de que yo sepa...
- La Desconocida.—¿Y si primero quisiese saber quién eres tú?
- Marcos.—Te lo diré... Pregunta... Te lo digo todo...
- La Desconocida.—¿También la verdad?
- Marcos.—También. Pregunta.
- La Desconocida.—¿Italiano?
- Marcos.—Italianísimo.
- La Desconocida.—¿Edad?
- Marcos.—Veintiséis años.
- La Desconocida.—¿Sano?
- Marcos.—Como la salud misma.
- La Desconocida.—¿Robusto?
- Marcos.—Como una encina.
- La Desconocida.—¿Inteligente?
- Marcos.—Como un dios... porque te tengo a ti.
- La Desconocida.—¿Oficio, arte, profesión?
- Marcos.—Cero, cero, cero.
- La Desconocida.—¿Soltero?
- Marcos.—Hasta decir: basta.
- La Desconocida.—¿Vicios?
- Marcos.—Todos.
- La Desconocida.—¿Aspiraciones?
- Marcos.—Una sola: tú.
- La Desconocida.—¿Hijo de...?
- Marcos.—Ricos, pero honradísimos padres.
- La Desconocida.—¿Provincia?
- Marcos.—Desio.
- La Desconocida.—¿Cómo...? ¿Cómo has dicho...? Desio... ¿sobre el lago?
- Marcos.—De allí mismo.
- La Desconocida.—¿No es verdad...! ¿No puede ser cierto...! ¿Pero cómo te llamas...?
- Marcos.—Marcos.
- La Desconocida.—¿Y luego...?
- Marcos.—Bracciani.
- La Desconocida (grito agudísimo).—¿No es verdad...! ¿No es verdad...! Oh Dios mío, qué terrible fatalidad...! ¿Es increíble... increíble...! dame mis ropas...
- Marcos.—No. Explicame...
- La Desconocida.—¿No te digo nada... nada...! ¿Es inútil...! ¿Dame mis zapatillas!
- Marcos.—Ni por asomos.
- La Desconocida.—Hace poco te decía que huiría; ahora te juro que me arrojo por la ventana.
- Marcos.—¿Por caridad...! (arroja una zapatilla) ¡Me parece soñar...! Por lo menos, explícate.
- La Desconocida.—No me des tu... y dame la otra zapatilla.
- Marcos.—Primero, explícate...
- La Desconocida.—¿La zapatilla! ¡Rápido! ¡Dios...! ¡Dios...! ¡Dios...!
- Marcos (arrojándose).—Cálmate... Se diría que te habías propuesto impacientarme... ¡Cálmate...!
- La Desconocida.—¿Oh...! ¡Querría estar a cien millas de aquí...!
- Marcos.—¿Por qué?
- La Desconocida.—Mándame el corsé.
- Marcos.—Te lo llevo.
- La Desconocida (gritando).—¡Ayuda...!
- Marcos (arroja el corsé).—No me muevo, pero no grites de ese modo...!
- La Desconocida.—¿Oh...! ¡Maldito corsé! No puedo ponérmelo...
- Marcos.—¿Voy a ayudarte...!
- La Desconocida (gritando).—¡Socorro...!
- Marcos.—No grites... Si cualquiera oyese creería que te estoy degollando.
- La Desconocida.—¿Oh...! ¿Quién... Quién habrá inventado el corsé...!
- Marcos.—Una mujer gorda y honrada.
- La Desconocida.—¿Que Dios la confunda! ¡Ya...! ¡Ya...! ¡Al fin me lo puse...!
- Marcos.—Ahora que estás casi vestida, me parece que puedo...
- La Desconocida.—Siento que mis nervios se impacientan y que comienzan a romper algunas cosas...
- Marcos.—¿Detente! ¡Ahí va la camisa...! (la arroja).
- La Desconocida.—¿Gracias...!
- Marcos.—Si tú supieses qué ridículo me siento...
- La Desconocida.—Lo sé... ¡Dame el sombrero...!
- Marcos.—Ven a colocártelo aquí... (se siente el ruido de un cristal violentamente arrojado al suelo). Ahí va el sombrero... Y juro que no tengo otra prenda.
- La Desconocida.—Ya voy para allá...
- Marcos.—Sí... ¡Vestida...! ¡Encapuchada...! ¡Cubierta con un velo...!
- La Desconocida (entrando).—¿No...! Sin velo, porque quiero que me mires bien, para que me recuerdes bien...
- Marcos (alzándose estupefacto).—¿Te veo!



¡Te miro y nunca te olvidaré...! Eres el sol disfrazado de mujer... Eres bella como un bello sueño... Tu boca ilumina. Y tus ojos emocionan como una música de ángeles...! ¡Oh...! ¡Exeúsame! Perdóname si aún estoy de pie... (y cae de nuevo de rodillas, mirándola estático).

La Desconocida (sonriente).—¿Tanto te gusto?

Marcos.—¡Hasta espantarme...! Me parece que no veré sino a ti en el mundo.

La Desconocida.—No te lo auguro... Pero espera... (va a la mesa y toma el sobre con el cheque). ¿Me permites?

Marcos.—Todo... con tal de que tú me permitas que te mire.

La Desconocida (escribe en el sobre).—Levántate.

Marcos.—No... pero...

La Desconocida (llamando).—El camarero no debe verte así.

Marcos.—¿Para qué lo llamas?

La Desconocida.—Hélo aquí... Levántate,

(entra un camarero). Os ruego llevar inmediatamente esta carta: Plaza de la Scala, Oficina Central de la Cruz Roja.

Marcos.—Pero... Verdaderamente...

La Desconocida.—¿Qué dices?

Marcos (al camarero).—Ve inmediatamente (sale el camarero). Y ahora, díme, explícame el misterio de tu divinidad... Estoy seguro de no conocerte... Estoy seguro de que tampoco me conoces... y no comprendo tu espanto al decirte de donde soy y mi nombre.

La Desconocida.—Fué simplemente un pretexto para poder vestirme... ¿He fingido bien?

Marcos.—Pero, ¿por qué has fingido...? ¿Por qué te has vuelto a vestir?

La Desconocida.—Porque mi misión había terminado.

Marcos.—¿Qué misión?

La Desconocida.—La de hacerte decir mentiras...

Marcos.—Pero...

La Desconocida.—Y las has dicho, tantas

cuantas pueden decirse en tan breve tiempo  
 Marcos.—Te juro... Juro que no es verdad.

La Desconocida.—¿Por qué te has alabado de ser italiano?

Marcos.—Porque lo soy.

La Desconocida.—¿No es verdad...!

Marcos.—Eso es una broma... y ya ves, sonrío...

La Desconocida.—¿Bravo...! ¡Sonríe...!

¿Por qué me has dicho que tienes veintiseis años?

Marcos.—Porque he nacido el año...

La Desconocida.—No es verdad.

Marcos.—¿Ah... esta sí que es buena...!

Mira que si continúas así, bella hada, mi sonrisa se convertirá en una carejada estentórea...

La Desconocida.—Responde riendo estentóreamente... ¿Por qué me has dicho que estás sano, fuerte y robusto?

Marcos.—Porque puedo probártelo...

La Desconocida.—¿Mentira...!

Marcos.—Sobre la marcha...

La Desconocida.—¿Por qué me has dicho que tienes un corazón e inteligencia?

¿Por qué me has dicho que no tienes ninguna aspiración y que eres hijo de personas honorables?

Marcos.—Porque todo es verdad... verdad como mi admiración por ti, verdad como mi amor...

La Desconocida.—Y yo te digo, te repito que eres un embustero audaz...

Marcos.—Si me lo dices con esa sonrisa no me puedes ofender...

La Desconocida.—¿Te lo digo y te lo pruebo...!

Marcos.—¿Oh! ¡Pruébame! ¡Pruébame! con esa música de tu boca...! ¡Esecho en éxtasis y sonrío como el más feliz de los mortales!

La Desconocida.—Eres un embustero, porque si tú tuvieses veintiseis años sanos, fuertes y robustos, no estarías aquí...

¿Ahora no sonrías?

Marcos.—Claro... sí... ¿Por qué no sonreiría?

La Desconocida.—¿Bravo...! Mira: yo sonrío siempre de más... ¿Puedo continuar?

Marcos.—Ciertamente...

La Desconocida.—Eres un embustero, porque si fueras inteligente, tendrías otras ambiciones; si tuvieras un corazón, tendrías otros sentimientos; si tuvieses un alma, tendrías otras ansias... ¡Sonríe! Eres un embustero, porque si tu padre fuese una persona honorable no habría desperdiciado su influencia y su dinero para retardar la hora de tu deber... Sonríe, ¡te lo ruego...! Eres un embustero, porque si fueses italiano no habrías perseguido, durante siete meses, a una mujer por las calles, pero habrías ido allá, con los otros jóvenes, a buscar la gloria...!

Marcos.—¿Tu sonrisa me hace mal!

La Desconocida.—Y sin embargo, es preciso que te habitúes a esta sonrisa porque la encontrarás frecuentemente...

Marcos.—No.

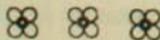
La Desconocida.—Entonces, aléjate de mí, muchacho...! ¡Corre...! ¡Te esperan...! ¡No pierdas tiempo...! En este instante pesa sobre ti una protesta sorda, pero terrible; sin que tú lo adviertas la vida te desprecia... ¡Corre...! ¡Hazlo luego...! ¡Si pierdes tiempo, también podría desdeñarte la muerte!

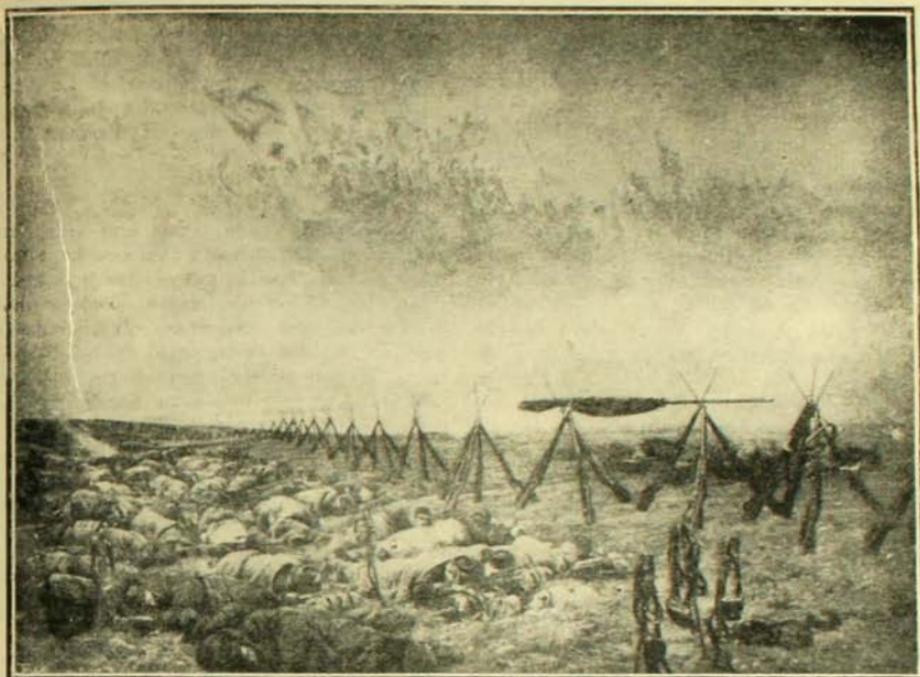
Marcos.—No sonrías más... Sí... Iré, iré... Pero dime quién eres...

La Desconocida.—Ningún hombre, tal como tú, ahora, querrá encontrarme después: "Después". ¿Comprendes...? Pero me encontrarán todos los inhábiles, los inertes, los poltrones, los viles...! Y estaré en todos los pliegues de su conciencia, en todos sus más íntimos pensamientos, en todas sus esperanzas, en todos sus deseos, en todas sus alegrías! Hoy he sido para ti todas las mujeres... y, como yo, todas las mujeres te huirán riéndose burlescamente... Mañana te heriré de otro modo, en otra vanidad, en otros intereses, en otras ambiciones...! ¡Siempre, sin tregua, sin paz, sin perdón...! Por consiguiente, ¡húyeme...!

Marcos.—¿Sí...! ¡Sí...! Te lo juro de rodillas, pero dime quién eres...

La Desconocida.—¿Soy la incógnita del remordimiento...! ¡Aléjate de mí...! (y sale rápidamente por el fondo).





**El sueño de Eduardo Detaille.**—Reproducimos aquí esta obra magistral, que valió a su autor la gran medalla de honor del Salón de París en 1888, y que puede ser consagrada como una de las más bellas páginas de la iconografía de los sueños.

## LOS SUEÑOS

Publicamos a continuación las opiniones que han emitido acerca de los sueños, algunos escritores, artistas, filósofos y hombres de ciencia de fama mundial.

Y proponemos, al mismo tiempo, a los lectores de "Pacífico" una tarea que puede serles agradable: relatar en unas cuantas líneas algún curioso sueño que hayan tenido y enviarlas a la Dirección de esta revista. Nos será grato insertarlas en algún próximo número.

Yo no sueño jamás, sino por la mañana, en el momento de despertar. Y siempre hay algo en mí que me dice: "¿Ben ves que sólo piensas tonterías; es que estás soñando; despierta." Y yo despierto. No hay para que decir que todo hombre dormido sueña durante todo el tiempo que duerme. Solamente que, unos recuerdan sus sueños y otros no los recuerdan. Estos últi-

mos tienen lo que se llama el sueño profundo. Yo soy de éstos. Por lo cual no puedo dar ninguna luz sobre la cuestión.—  
**Emilio Faguet.**

\*\*\*

Como toda artista, creo en los sueños porque creo en lo sobrenatural. Citaré un

solo caso, muy curioso, de mis sueños, y que jamás he podido explicarme.

Cada vez que en mi carrera, he debido hacer una creación (he hecho muchas!), la víspera del día en que ella había de serme ofrecida, soñaba que asistía a una obra, la misma que iba a cantar, sobre el mismo escenario en que la cantaría; oía la orquesta, los coros, los artistas, veía las decoraciones, los trajes, las danzas... Yo misma, vestida según mi papel. cantaba, desempeñaba mi papel.

Y al día siguiente,—esto no dejó de ocurrir jamás—me ofrecían una creación. Después de varios de estos sueños, yo decía, sabiendo lo que me iba a suceder, al día siguiente de mi sueño:

—Con toda seguridad, hoy tendré creación.—**Madame Heglon.**

\*\*\*

En un sueño, yo percibo objetos, y en realidad no hay nada... Todo pasa como si cosas, personas reales, estuvieran allí; pero al despertar, todo ha desaparecido, personas y cosas. ¿A qué se debe esto?

En primer lugar, ¿es verdad que no hay ahí nada? Quiero decir: ¿no hay una cierta **Materia sensible** presentada a nuestros ojos durante el sueño del mismo modo que durante la vigilia?

Con un esfuerzo sostenido de atención, se distinguirán poco a poco, muchas cosas. Desde luego, en general, un fondo negro. Sobre ese fondo negro, a veces, puntos brillantes que van y vienen, suben y descenden... Más a menudo, manchas de mil colores... Los fisiologistas se han ocupado de este juego luminoso... "Espectro ocular", "manchas coloreadas", "phosphenos", tales son los nombres que han dado al fenómeno.

Poco importa aquí la explicación del fenómeno y el nombre que se le da. Se produce en todas las personas y constituye su principal materia, la **tela** en la cual bordamos nuestros sueños.

¿Sirve ella sola? Habrá todavía sensaciones visuales distintas de la de una bujía encendida en la pieza en que dormimos... (Bergson hace aquí alusión a esas sensaciones que emanan de todos los puntos del organismo y que nos hacen prever una enfermedad...)

Pero todas estas cosas no son sino los materiales de nuestros sueños. Ellas no serían suficientes para producirlos. Lo que dará forma a estos materiales de sueños, serán nuestros recuerdos.—**H. Bergson.**

\*\*\*

Yo no he prestado jamás una atención particular a los sueños y tampoco he comprobado una relación entre ellos y la realidad. Me aparecen siempre como orgías de formas y de imágenes, combinándose con una rapidez vertiginosa, desde el instante en que nuestro cerebro se sustrae, por el embotamiento, a la acción de la voluntad. Entonces, es el acaso el que ahí se instala y se entrega a todas las fantasías.

Algunos instantes antes de la muerte, nuestro espíritu ha de hallarse en un estado bastante parecido al del sueño. El mundo exterior no debe proyectarse sobre él sino es vacilante, por decirlo así. Y entonces el sueño sería como un ejercicio cotidiano para prepararnos a la muerte, habituándonos poco a poco a la idea de no despertar más algún día. Atención maternal de la naturaleza para con nosotros.—**Alfredo Capus.**

\*\*\*

Los sueños son advertencias de enfermedades o malestar. Son como el prefacio de nuestros males, muy a menudo. Se sufre, se sueña que se sufre. Y el mal está ahí. El sueño precede al médico.

Los sueños son también a veces colaboradores. Se encuentra en sueños lo que se buscaba vanamente en estado de vigilia. La cerebración inconsciente da lo que la reflexión no hallaba. No es ésta, ciertamente, la regla, pero suele ocurrir.

Y, después de todo, por algunas pesadillas en la vida, ¿cuántos hermosos sueños! Gérard de Nerval pretendía aún que el sueño solo constituye la vida. Y, como perdió la razón, quizás tenía razón ese falso y profético genio.—**Julio Claretie.**

\*\*\*

Los sueños son la prueba de que, durante el sueño, el cerebro no se detiene,



El sueño de Jacob.



El sueño de José.

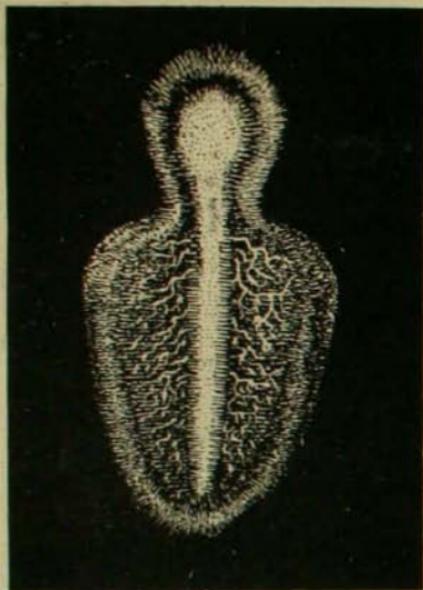


El sueño de Faraon.



El sueño de Elias.

Los cuatro grandes sueños bíblicos.



**El segundo YO.**—Esta silueta extraña no sería, según ciertos filósofos, sino el "yo fantasma", sombra de nosotros mismos, siempre obrando, que se revela a la conciencia durante la calma del sueño.

igual que el aparato digestivo, el aparato respiratorio, circulatorio, etc.

Solamente las funciones **psíquicas superiores** duermen durante el sueño: los sueños son, pues, manifestaciones de la actividad psíquica inferior. Por esto son ilógicas, disparatadas, absurdas, con asociaciones de ideas y de imágenes, superiores y bizarras.

Así, Maury sueña con un jardín; jardín evoca la idea de **plantas**; de ahí pasa a **Chardín** a quien encuentra en el Jardín de Plantas y que le da una novela de Jules **Janin**. En otro sueño, camina por una **route**; route despierta la idea de **kilometre**; de ahí pasa a **kilogramme** y se encuentra sobre la **balance** de un despachero; en seguida de kilogramme, llega a la isla de **Gilolo**, donde el despachero le dice que se encuentra; ve entonces una flor **lobelia**, después al general **López** y concluye por hacer una partida de **Loto**.

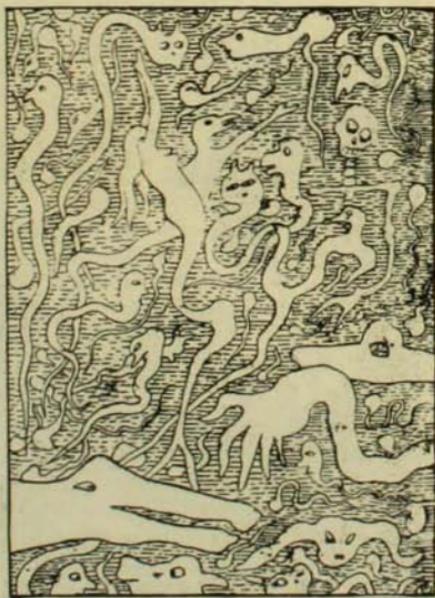
Todo este auto-análisis solo puede hacerse en el sueño poco profundo y, todavía mejor, en eso que Maury ha llamado alu-

cinación hypnagógica, es decir, en el semi-sueño que se observa al comienzo y fin del sueño completo.

En el sueño ordinario, no nos choca la incoherencia de los sueños, porque precisamente en ese momento, no tenemos nuestros centros psíquicos superiores para juzgar y dirigir nuestra mentalidad inferior, entregada a sí misma.

Estas funciones psíquicas inferiores, que revelan los sueños mientras dormimos, son las mismas que se revelan cuando estamos **distraídos**; cuando se tiene el espíritu superior absorbido por un fuerte pensamiento (como Arquímedes al salir de su baño), se camina distraidamente, sin pensar en ello, inconscientemente, con sus solos centros psíquicos inferiores, **como en un sueño**.

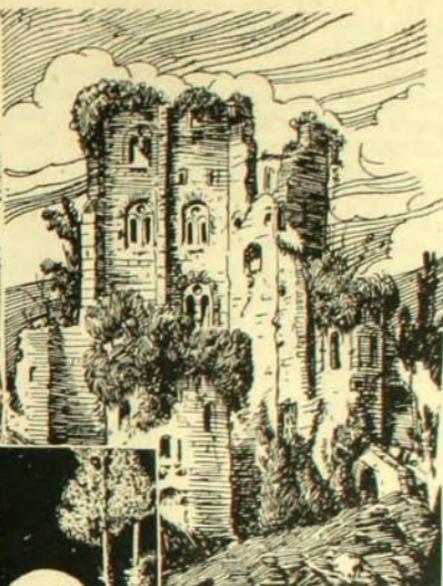
Los actos del hombre dormido y del hombre distraído son, sin embargo, actos psíquicos, pensamientos: cuando uno marcha distraidamente, evita a pesar de todo los automóviles y los paseantes, saluda a los



**Un rincón del plano astral.**—Estas formas fantásticas, que pueblan, según las teorías esotéricas, los invisibles espacios del universo, nos serían a veces perceptibles en el sueño, y formarían una fuente inagotable de visiones.



La llave de los sueños.—  
Soñar con corderos: fortuna.



La llave de los sueños.—  
Soñar con ruinas: honores.



La llave de los sueños.— Soñar  
con la luna: amor.

amigos... siempre pensando en otra casa.

Lo mismo, en el sueño, aun cuando falta la dirección del psiquismo superior, el pensamiento continúa: prueba de ello es que el colegial fija en su memoria, durante el sueño, la lección que ha leído antes de dormirse.

Se pretende que fué durante el sueño como Tartini encontró su **Sonata del Diablo**, que La Fontaine compuso sus **Deux Pigeons** y que Voltaire modificó todo un canto de la **Henriada**.

Yo no creo que durante el sueño se encuentre nada de nuevo; pero se rumian y se organizan los pensamientos de la víspera, y se les puede dar, al despertar, una mejor forma de expresión exterior.

El pensamiento sobre el cual uno se duerme puede dirigir los sueños. De aquí que convenga aconsejar a las personas que sufren a menudo malos sueños: escoged bien y cuidad la última impresión, notablemen-

te la última lectura o el último tema de conversación, antes de dormiros.

Las impresiones internas, venidas de la intimidad misma de nuestros órganos, pueden también dirigir los sueños. Una mala digestión hace soñar en una herida interior; un sujeto predispuesto a

los vértigos sueña con caídas, navegaciones; uno que respira mal sueña con una bestia o un monstruo que le oprime el pecho.

Galien cuenta de un joven que soñó que tenía una pierna de piedra, y que fué, un poco más tarde, atacado de una parálisis del mismo lado. "Las enfermedades, dice Tissie, comienzan generalmente por un trabajo patológico lento, algunas veces inconsciente en el estado de vigilia, pero que puede hacerse muy sensible cuando se duerme, y provocar sueños, que tienen relaciones más o menos simpáticas con el órgano lesionado.

La memoria en los sueños presenta particularidades bien curiosas. Cierta sujeto pierde un cortaplumas, lo busca vanamente, no piensa más en él. Seis meses después, sueña con el cortaplumas, lo ve en el bolsillo de un viejo pantalón abandonado. Despierta, va y lo encuentra ahí. ¡Adivinación! No: un recuerdo depositado, anteriormente y distraidamente, en el psiquismo inferior y que reaparece durante el sueño.

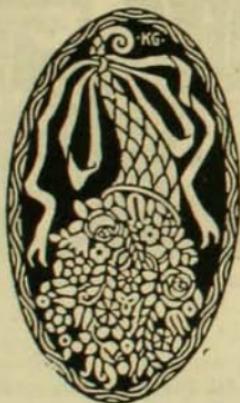
Una niña pierde un objeto, que estimaba mucho. Una noche sueña que un hermano suyo, muerto hace tiempo, se le aparece, la toma de la mano y la conduce al

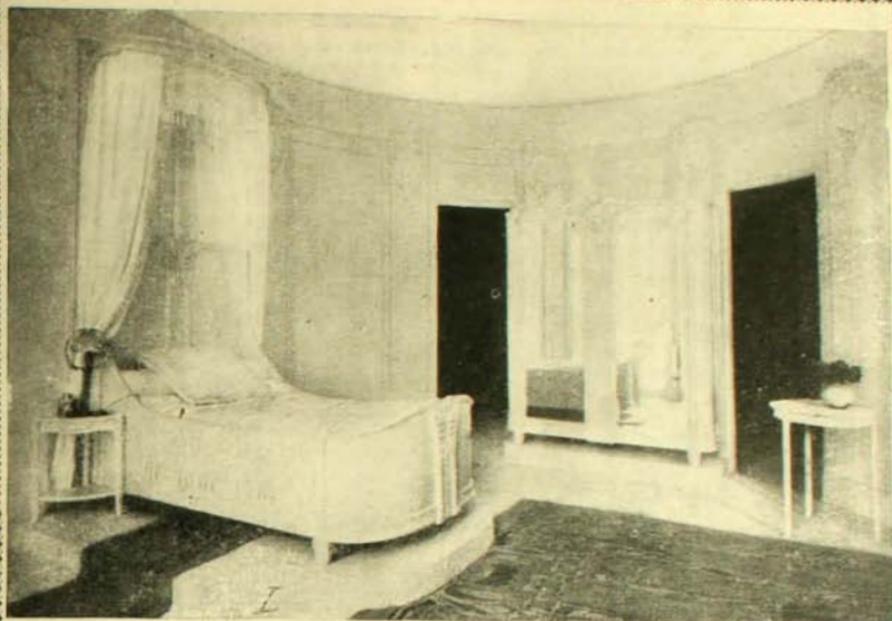
sitio donde está el objeto: ella despierta, va al sitio indicado y encuentra el objeto.

Se prevé cuan difícil será impedir que la niña no crea en una revelación de ultratumba. Y, sin embargo, es un simple hecho de memoria del psiquismo inferior... Hay que rodearse de muchas precauciones antes de declarar sobrenatural una observación de este género.

En todo caso, el estudio de los sueños es uno de los capítulos más curiosos y más fecundos de la fisiopatología psíquica.

DOCTOR GRASSET





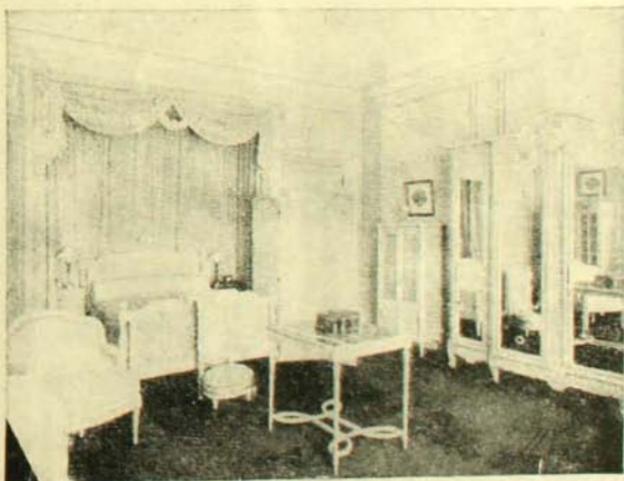
## EL ARTE EN EL HOGAR

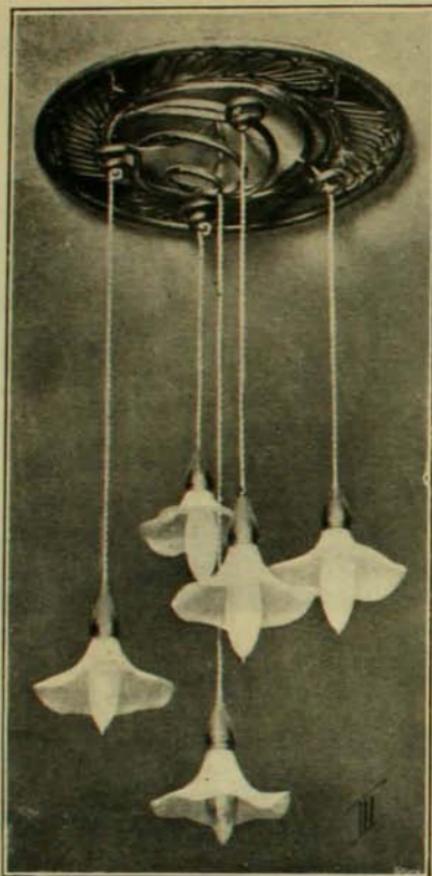
“Las raposas tienen sus madrigueras y los pájaros sus nidos”... pero hay muchos hombres a quienes la vida les ha negado la dicha de tener un hogar propiamente dicho. Sin embargo, ricos o pobres, todos tenemos un dormitorio que para muchos es también salón, escritorio, boudoir, alcoba, hogar en fin.

El es para todos el lugar de las intimidades más hondas, el rincón apacible y sereno a donde llegamos en busca del reposo tras el azaroso bregar de la lucha cotidiana y en el cual nos es posible reconcentrar nuestras reflexiones o entregarnos al amor de su intimidad a las dulces

ternuras confidenciales o a enhebrar al amparo propicio de la soledad y el silencio nuestros más caros ensueños.

De ese rincón, de esa pieza, es de la que hablaremos en esta crónica.





coba azul de Arthemía, Marquesa de Rambouillet y ella nos da una idea de lo que fué el mobiliario del siglo XVII. Los ventanales llegaban desde el techo hasta el suelo permitiendo gozar del aire, de la luz y del paisaje, completando así un amplio criterio estético y un bien entendido concepto de higiene como quiera que realizaba la esencial condición de servir a la salud del cuerpo y a la alegría del alma. Las lámparas eran obras maestras de orfebrería debidas a los más hábiles orfebres; varios jarrones, magníficos, colmados de flores daban idea de una primavera, quemábanse carbones aromatizados en pebeteros de plata; el lecho de la Marquesa, prodigio de suntuosidad, estaba cubierto con un baldaguin, pintado por los más grandes artistas. Una balaustrada de madera dorada, separaba el lugar ocupado por el lecho del resto de la habitación.

Célebre entre otros fué también el suntuoso dormitorio de Diana de Poitiers por lo raro de las maderas magníficamente talladas y la finura y gran valor de los encajes que lo cubrían.

Pero la alcoba de nuestros tiempos, si bien no desecha la suntuosidad y el lujo, exige sí, ante todo y sobre todo, comodidad e higiene.

Estamos perfectamente convencidos del gran poder educativo de los buenos grabados de las revistas que llegan al

Se cuenta de Ulises que tuvo a gala tallar con sus propias manos el lecho de Penélope, empleando para ello maderas de olivo sobre las cuales las manos, prolijas realizaron simbólicos tallados e incrustaciones de plata y marfil. Siglos después se hizo famosa la al-

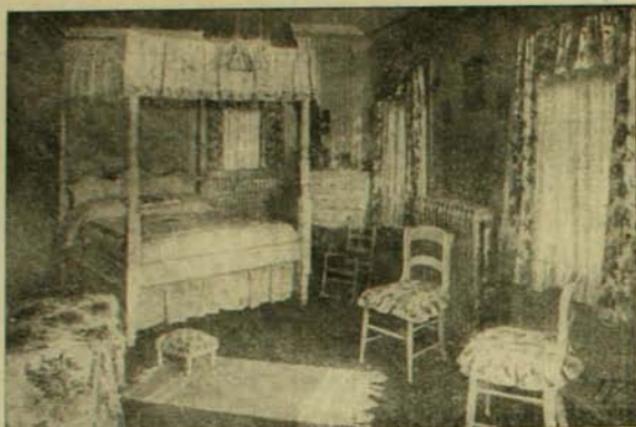




599. Ch<sup>me</sup> d'Anc. Le de Diane de Poitiers

EL LECHO DE DIANA DE POITIERS.

hogar, para la formación y composición del dormitorio y del hogar en general. Es por esto que Pacífico Magazine, al dar forma especializada a esta sección, se promete recurrir a todos los elementos más modernos que sirven mejor al conocimiento del arte del hogar, procediendo sin exclusivismos y con un criterio amplio que

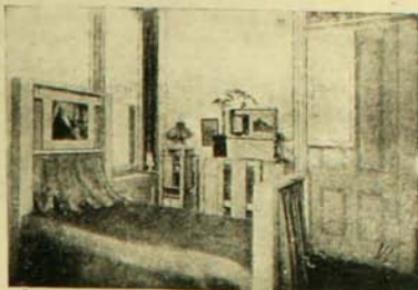


mos el primer lugar al "art nouveau", que aparece sobria y elegantemente representado en el grabado número I. El artista ha creado en él, eso encantador que llamamos "ambiente". Este mobiliario está construido de haya de un blanco marfil con algunas líneas en morado suave y medallones azules. El conjunto es muy ele-

satisfaga a las condiciones y necesidades de todos los ambientes, así el que exige la instalación del máximo lujo como aquella para condiciones económicas inferiores. Procederemos pues con selección inspirándonos en las fuentes del arte más refinado y sobrio al mismo tiempo.

Concretándonos hoy a los dormitorios, da-





gante, íntimo y muy femenino, de un feminismo distinguido. Cubre la cama y al cojín una malla bordada con un dibujo original y con cuentas azules y lilas.

De estilo Luis XV, y elegante también es el número II, cuyas paredes están pintadas en color crema, las molduras en gris, como los muebles, y éstos tapizados con una linda tela estampada de un vivo color rosa.

A la elegancia de estas piezas puede contribuir la bonita y delicada lámpara eléctrica con cinco luces colocadas sin simetría como se ve en el grabado número III.

Pero no todos somos igualmente privilegiados de la fortuna y sin embargo todos tenemos derecho a ese rincón amable, confortable e higiénico. No hay idea de cuanta gracia y atractivo, se le puede dar a una habitación cuidando de que el todo sea armónico, pues mucha más impresión nos produce el ambiente de una casa o pieza que el mayor o menor precio de los muebles. "Lo bello no es sólo un privilegio de los ricos; lo bello puede esconderse en un rancho"; tal ha dicho uno de los más famosos decoradores modernos, cuyo concepto es tanto más valioso cuanto su arte estaba al servicio de la gente de fortuna. Los "interiores", como se denomina a la habitación íntima, aumentan o disminuyen a los individuos. Lo que estos muy a menudo disimulan lo revelan sus casas, como quiera que es en ellas donde expresan sus modalidades íntimas, la mayor o menor selección de sus gustos, su mayor o menor cultura. De la habitación puede decirse sin hipérbolo que es la prolongación de la personalidad.

La "atmósfera", eso es todo. El gusto

vale más que las cosas. El dinero procura las cosas, pero no da nunca el buen gusto.

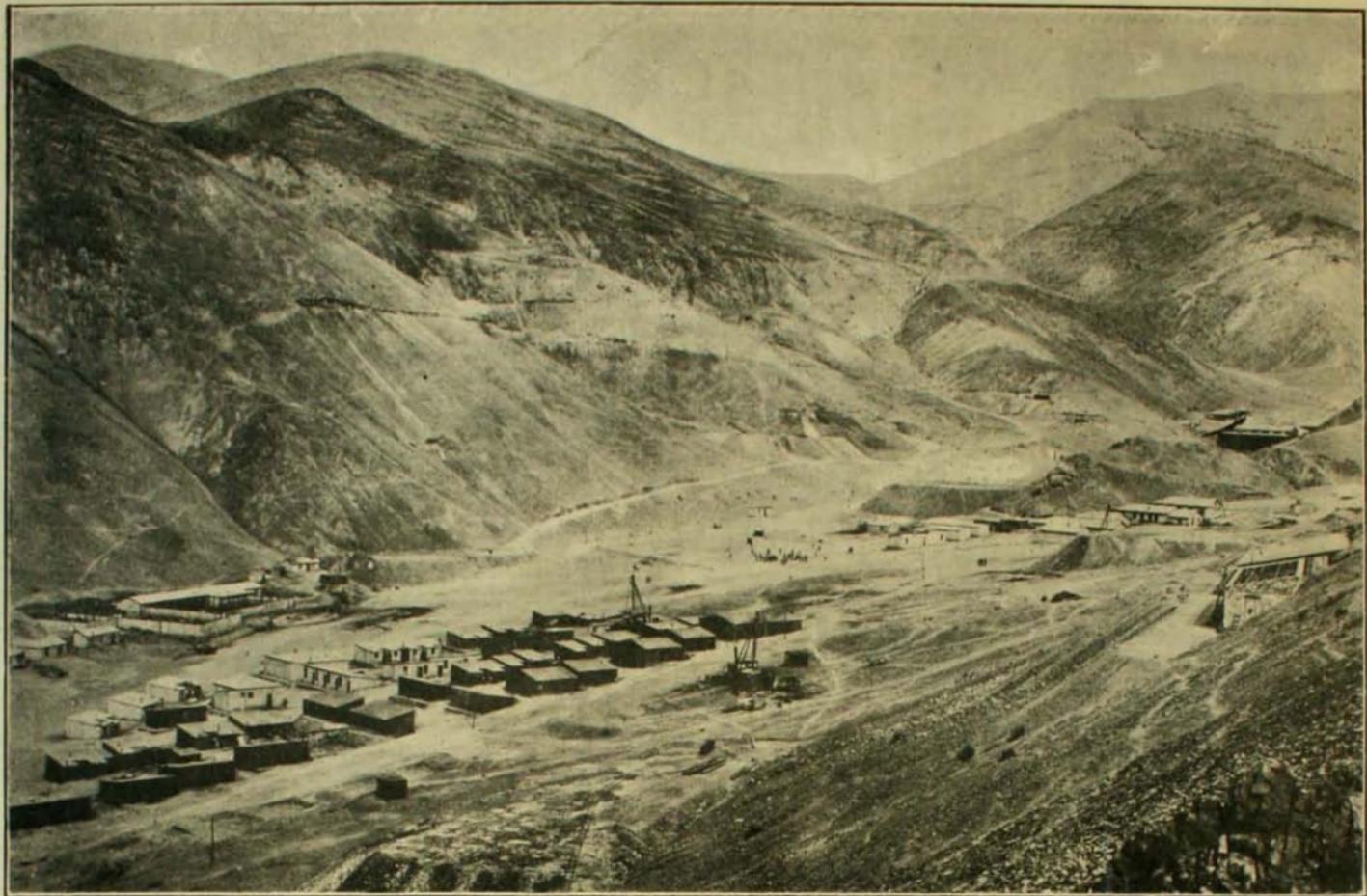
Podemos ver en los grabados número IV, que no son necesarios muchos muebles para tener una linda alcoba y que muebles en apariencia feos pueden transformarse como en el de abajo, con detalles delicados. El otro tiene unos muebles sencillos esmaltados de blanco que se ven muy bien contra el color verde manzana de las paredes y los vivos colores de la cretona.

Y pensamos ahora en esos jóvenes y niñas que vienen de provincias a prepararse con el estudio para la vida. La mayoría va a casas de pensión, cuyas dueñas casi siempre advierten que se estará "como en familia", pero muy poco o nada se preocupan del bienestar de sus huéspedes. Para esos jóvenes de poquísimos recursos, pero que necesitan su cuartito donde reposar, damos la idea de una habitación agradable, sencilla y confortable, con nuestros últimos grabados. Todo en ellos es cómodo y fácil de imitar; en ese rincón se ha colocado con arte e ingenio cuanto nos es indispensable.

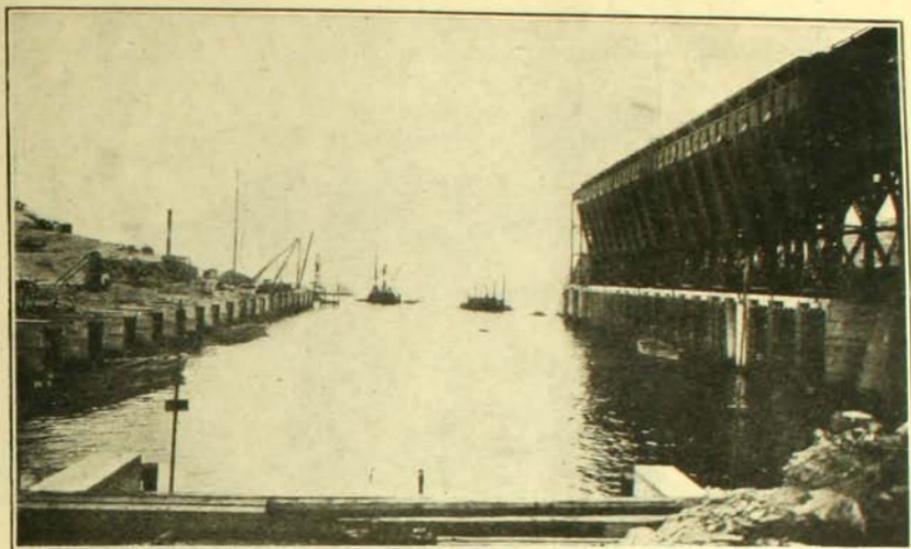
Hagamos el hogar y más particularmente nuestra alcoba. Ella ejerce una influencia poderosa en nuestro espíritu. Refleja sobre nosotros la gracia de sus líneas, sus colores, su armonía. Posiblemente, al abandonar la para ir hacia la calle en busca del afán cotidiano ya sea al rudo trabajo o la compleja actividad social, nos dé un anticipo de serenidad y energía interior.

ESILDA.

Nota.—El lector que desee detalles especiales sobre las materias que trataremos en esta Sección, puede dirigirse a Esilda, Redacción de "Pacífico Magazine".



Vista del mineral de Potrerillos.



Dársena labrada en la Caleta Cruz Grande para el cargulo de los minerales del Tofu.

## UNA CIUDAD QUE SURGE POR ENCANTO EN EL DESIERTO

### EL MINERAL DE POTRERILLOS

**C**HAÑARAL es el departamento menos poblado de Chile. Situado en el riñón del desierto de Atacama, su vasto territorio, dos veces tan extenso como toda la provincia de Santiago, sólo contenía 469 habitantes en 1854. Por un tiempo, la explotación de las minas pareció animar aquellas áridas soledades. La población subió a 4,425 almas en 1865 y a 5,558 en 1885. Desde entonces comenzó a decaer nuevamente y en el censo de 1895 sólo fueron empadronadas 4,321 personas. Ultimamente parecía haberse abierto para Chañaral una nueva época de progreso, aunque lento e intermitente. La estadística calcula la población del departamento en 7,039 habitantes para 1918.

Nada más desolado que esa región casi nunca humedecida por las lluvias. Los cerros que se desprenden de los Andes la cruzan en todas direcciones, desnudos, amarillentos, arenosos, sin que por leguas y leguas alegre la vista un solo arbusto, una sola brizna de hierba. Tampoco existe allí ningún río digno de ese nombre que fertilice con sus aguas sus riberas. Sólo aquí y allá, a grandes distancias, ciertas vertientes insignificantes dan origen a reducidos oasis de verdura, no más grandes que un mediano huerto. Tales son la Finca de Chañaral y Pueblo Hundido.

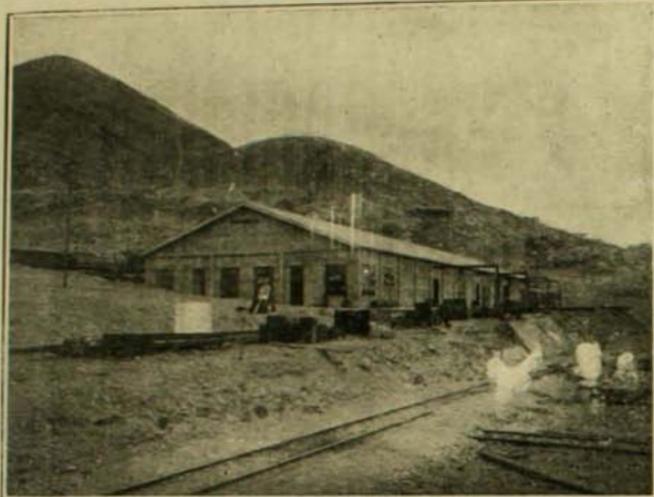
El puerto cabecera del departamento contaba con cerca de 3,000 habitantes en 1907. En las tranquilas aguas de su bahía

desemboca una quebrada que lleva el nombre de río, aunque por las secas profundidades de su cauce no corre sino una o dos veces cada siglo alguna corriente de agua.

Es en medio de esas tristesimas soledades, al parecer inhabitables por el hombre, donde el audaz espíritu de empresa de los norteamericanos, comienza a levantar una de esas maravillas de la industria moderna, al estilo de Chuquibambilla y el Teniente.

Hace cincuenta años, nuestro país producía las dos terceras partes del cobre que se utilizaba en el mundo. Eran los tiempos de las minas ricas, de las grandes aventuras, de las locas esperanzas y de los súbitos éxitos: los tiempos de Tamaya.

Muy luego vino la decadencia. Las vetas más ricas se agotaron; la fabulosa producción de Méjico y de los Estados Unidos relegaron la nuestra a segundo término. Chile pasó a ocupar un bien triste sitio en el mercado mundial del cobre. De cuarenta mil toneladas anuales su producción ba-



Tipo de casas en El Barquito, para almacenes y maestranzas.

jó a veinte mil, y esto en los precisos momentos en que las nuevas industrias de la electricidad requerían cada año una cantidad mayor del metal rojo.

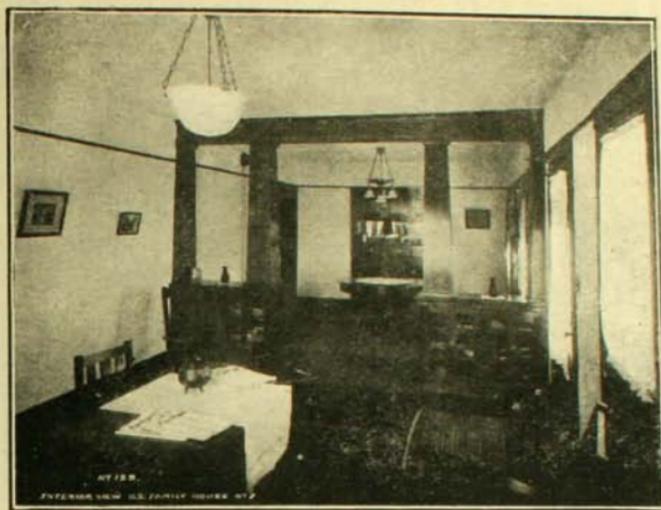
Los últimos años han visto el término de aquella larga decadencia; pero no ha sido el descubrimiento de nuevas vetas y yacimientos análogos en riqueza a los antiguos, lo que ha levantado de su postración a la minería del cobre... Aquello pasó para no volver... Hoy se explotan cerros enteros que sólo

contienen en sus entrañas minúsculos indicios de metal, pero en cantidades increíbles. Con los antiguos procedimientos no era posible beneficiar con provecho esas enormes masas de mineral de baja ley; el viejo cateador chileno pasaba al lado de esas riquezas colosales sin mirarlas siquiera...

Ello se comprende. Las nuevas ex-



Potrerillos a vuelo de pájaro.



Vista interior de los chalets para empleados superiores.

plotaciones requieren no sólo el uso de una técnica hasta ayer desconocida para nosotros, sino también cuantiosos capitales, millones y millones de pesos, y muchos años de paciente espera antes de obtener el menor resultado. El minero chileno, rico sólo en ilusiones, soñando siempre como el jugador con un golpe de fortuna, nada podría hacer con tales riquezas. No las quiso ver, ni tampoco habría conseguido nada con verlas.

Pero el norteamericano no duda de nada y dispone de elementos inmensos. Si se lanzara en New York una sociedad para explotar carbón en la luna no faltarían accionistas. Allí están para probarlo Chuquicamata y El Teniente. Nos toca ahora dar a conocer otra empresa análoga y digna de las anteriores: Potrerillos, la portentosa creación iniciada hace algunos años por la Andes Cooper Mining Co.

En días pasados conversábamos con el ingeniero don Santiago Marín Vicuña, que tanto conoce las preciosidades de nuestra tierra, y a su amabilidad debemos los datos que hoy damos a conocer a los lectores de "Pacífico Magazine", sobre la gigantesca explotación que surge calladamente en medio de las áridas soledades del desierto de Atacama.

El mineral de Potrerillos se encuentra

situado en los primeros contrafuertes de la cordillera de los Andes del departamento de Chañaral, más o menos en la latitud del puerto cabecera. El común del yacimiento sólo tiene una ley de menos de uno por ciento, pero la cantidad de mineral es prácticamente inagotable. Para su explotación se ha consultado un capital verdaderamente fabuloso: ¡ciento cincuenta millones de pesos...!

Las instalaciones, a más del laboreo de las minas, comprenden un puerto en el Pacífico, junto a Chañaral, un ferrocarril a las minas, los establecimientos de beneficio, y una verdadera ciudad, cuya población se ha fijado de antemano en quince mil habitantes, para alojamiento del personal.

El señor Marín Vicuña ha recorrido por sí mismo por algunos días todo este conjunto de obras gigantescas, y gracias a su amabilidad, podemos participar a nuestros lectores algunas de las impresiones que



Caleta de "El Barquito", donde se instalarán los muelles de desembarque y la producción de la fuerza eléctrica, que debe transportarse al mineral de Potrerillos.



Vista del mineral de Potrerillos.

nuestro distinguido amigo allí recibiera.

El puerto escogido por los norteamericanos es la caleta de El Barquito, inmediatamente al sur de Chañaral y abrigada por Punta Infielos. Constrúyese allí un espléndido muelle, rodeado de pintorescos edificios destinados a habitaciones de los empleados y operarios de embarque, chalets suntuosos y cómodas casitas para obreros. Las fotografías que acompañamos darán alguna idea de estas instalaciones.

El Barquito tendrá todas las características de un puerto moderno: luz eléctrica, elegantes habitaciones, aseo esmerado y absoluta vigilancia para impedir la entrada del alcohol. Grandes bodegas de fierro y cemento, depósitos cilíndricos para el petróleo, que es el combustible elegido, cañerías destinadas a su desembarco, líneas férreas en todas direcciones que conducen desde el muelle hasta las bodegas, nada

falta, en fin, en esa improvisación de la industria.

Un ferrocarril de 91 kilómetros de largo comunicará al puerto con El Molino, esto es, con los grandes establecimientos de beneficio y ciudad anexa en el interior. Esta línea, de cuidadosa construcción, asciende en buena parte de su trayecto por el valle del río Salado, cuyo cauce seco, cubierto de concreciones salinas, que a primera vista parecen corrientes de agua, puede verse en algunas de las fotografías que acompañamos.

Los rieles empleados en este ferrocarril pesan 70 kilogramos por metro, y el radio mínimo de sus curvas es de 114 metros. Estas cifras mostrarán a los técnicos el lujo con que se ha construido y la absoluta seguridad que presenta para los trenes, cualquiera que sea la velocidad con que corran.

A 91 kilómetros de Chañaral y a 2.800 metros sobre el mar se levanta la ciudad

de El Molino, asiento principal de la compañía, de sus establecimientos de beneficio y destinada a alojar el personal de la gigantesca explotación.

El Molino es una creación fantástica. Su plano ha sido consultado para contener una población de quince mil habitantes y en buena parte está ya en vías de construcción.

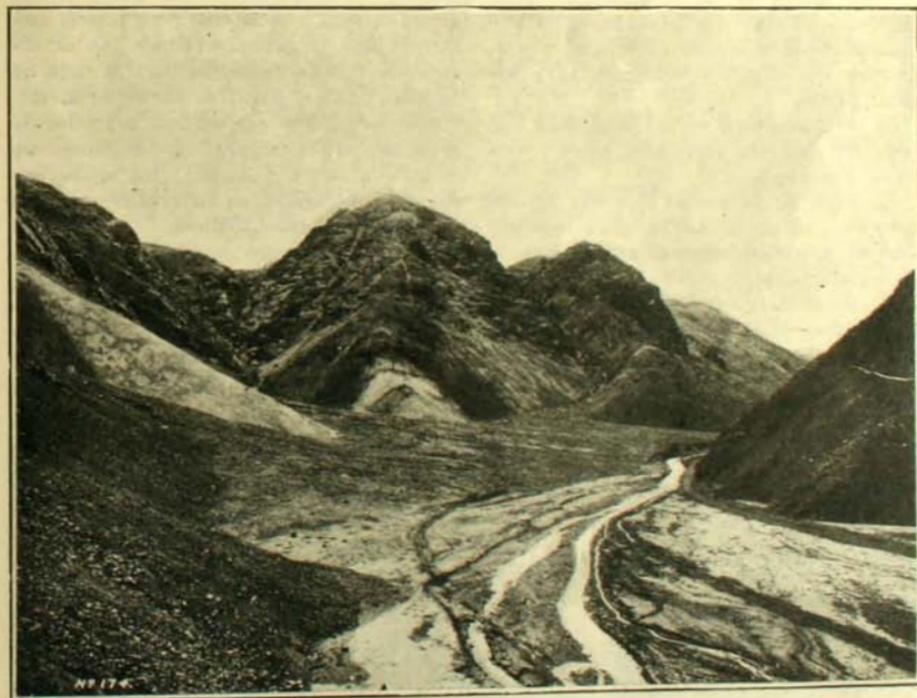
Presentamos una reproducción de este plano. Lo primero que se echa de ver en él es la habilidad con que se han aprovechado los accidentes del terreno, para variar hasta lo infinito las líneas de sus calles. En Chile no suele procederse así. Sea llano o quebrado el asiento de una población nueva, no sabemos salir de las eternas manzanas en ángulo recto, como un tablero de ajedrez, y esto aun en sitios de recreo y en localidades que se prestan a las más hermosas perspectivas. En cambio, El Molino, aunque en pleno desierto y en uno de los sitios más desolados del mundo, ofre-

ce ya en sus comienzos algo de armónico y que alegra la vista.

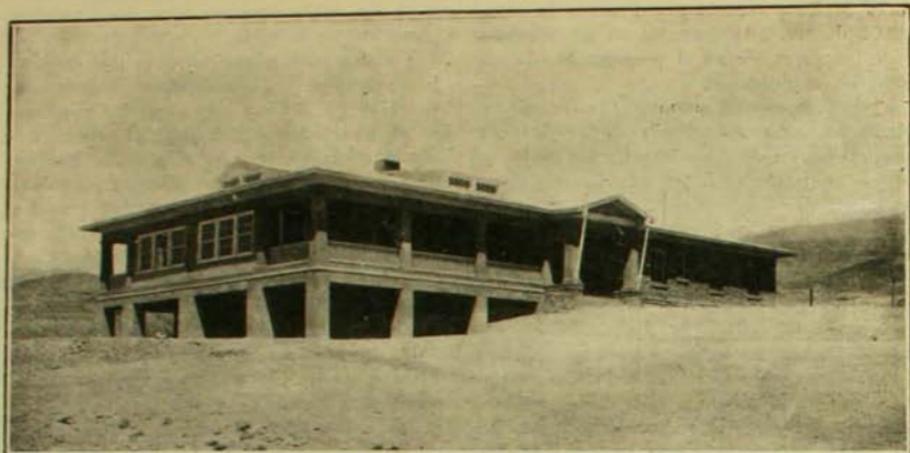
El examen del plano adjunto nos dispensa de mayores explicaciones. Notaremos, sin embargo, las grandes avenidas dispuestas en abanico que irradian del centro, colocado en la parte más alta de la ciudad, donde se encontrarán no sólo las máquinas de beneficio y la administración, sino los establecimientos públicos, de utilidad, ornato y recreo de la nueva población.

El borde inferior de la meseta en que ella está situada ha sido aprovechado para delinear un gracioso camino de circunvalación, donde se construyen los espléndidos chalets que servirán de alojamiento al personal superior y a los empleados. Las vistas que acompañamos de algunos de estos edificios y de su interior, darán una idea de la comodidad que ofrecen a sus locatarios y del buen gusto con que se les ha edificado.

Las casitas de los obreros están situadas



Ferrocarril a Potrerillos.



Casa donde vive el gerente de Potrerillos, Mr. Luis R. Wallace.

entre el centro de la ciudad, y lo que podríamos llamar el barrio aristocrático de El Molino. Todas ellas están aisladas por espacios de diez metros entre una y otra, de modo que el aire y la luz las rodea por todas partes.

La compañía ha dotado sus edificios con agua, luz eléctrica, cocinas de fierro y servicios higiénicos.

El plano de la ciudad consulta plazas, parques, jardines y canchas para todo género de sports. Se estudia actualmente la clase de árboles apropiada para ese clima seco y frío. Hay, asimismo, el proyecto de transformar en avenidas plantadas casi todas las calles de la ciudad.

En la plaza principal se encuentra un espléndido edificio de tres pisos, ya con-

cluido, destinado a las oficinas de administración. Se levantan también allí y en las inmediaciones, una iglesia y un teatro, ambos de fierro y cemento armado, un extenso club, escuelas, edificios para la caja de ahorros, cuartel para los carabineros, etc. Puede asegurarse que muchas capitales de departamento y algunas de provincia no están a la altura de esta ciudad improvisada por la industria, en materia de servicios y establecimientos públicos.

No faltan tampoco en El Molino los institutos puramente científicos. El observatorio meteorológico es uno de los mejor instalados del país, y sus trabajos serán utilísimos para el conocimiento del clima de esa zona, actualmente casi desconocida en ese respecto.



Tipo de casitas para obreros, (aún sin terminar).



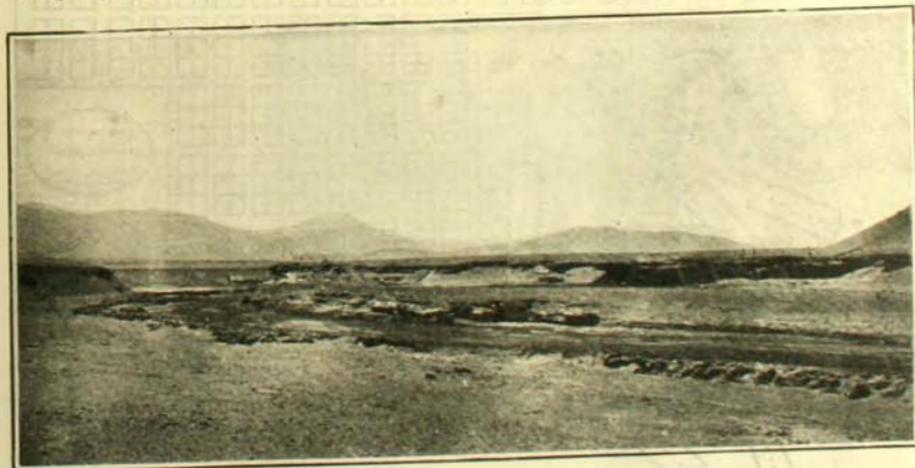
Tipos de chalets para los empleados superiores.

Lo que hemos llamado el barrio aristocrático, esto es, el destinado a los empleados de oficina y al personal superior, se distingue por la elegancia y buen gusto de las construcciones. Todos los chalets son desiguales y cada uno es una verdadera obra de arte.

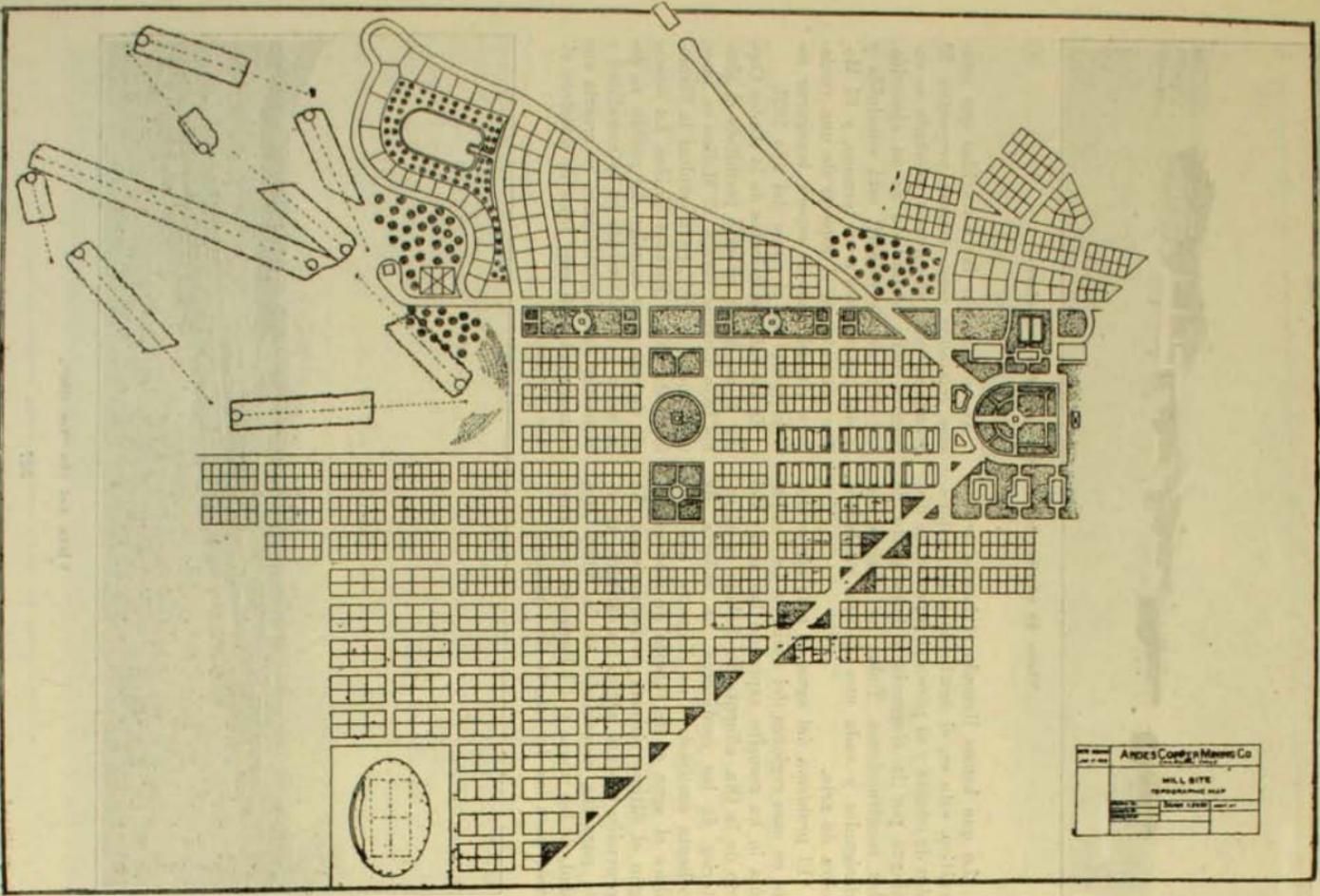
El problema del agua es muy importante en esas regiones del desierto. La compañía lo ha resuelto captando las aguas del río de la Ola, afluente del Salado en el interior de las cordilleras. La cañería, de ochenta centímetros de diámetro, que conduce el agua es de tubería de madera, según el último sistema norteamericano. La provisión bastará, según los cálculos, no solo para las necesidades de la nueva ciudad, de las minas y del Barquito, sino también para las del puerto de Chañaral.

No se crea que las maravillas que estamos relatando sean simples proyectos. El grandioso plan que hemos esbozado se encuentra muy adelantado en su ejecución. La obra del ferrocarril está concluida y la del puerto toca a su término, y El Molino presenta ya el aspecto de una verdadera ciudad, que se espera inaugurar solemnemente en el curso del año 1921.

En los establecimientos de la Andes Copper Mining Co. no está permitido el alcohol bajo ninguna forma. El Molino es, pues, una ciudad "dry", para emplear la fórmula usada en los Estados Unidos. La ausencia de este gran enemigo del pueblo se deja notar favorablemente en la moralidad y bienestar de las poblaciones. Se creería uno transportado allí muy lejos de nuestros vicios y miserias.



Vista del río "La Ola".



Plano de la ciudad de Potrerillos.— Enero 1.o de 1919.

El señor Marín Vicuña nos ha referido entre otros, el caso del chauffeur que lo transportó a El Molino. Este hombre del pueblo, además de su negocio de automóvil, explota dos biógrafos, uno en El Barquito y otro en El Molino, y goza de tal bienestar, que ha establecido de su propio peculio una biblioteca y una escuela para la instrucción de los pobres.

Un ferrocarril eléctrico une El Molino con el mineral de Potrerillos propiamente dicho. En este último sitio no vivirá nadie. Todo el personal encargado del laboreo de las minas habitará en El Molino y se trasladará diariamente por ferrocarril a sus faenas.

La cubicación completa de las riquezas minerales del yacimiento es una de las maravillas industriales de Potrerillos. El cerro se conoce palmo a palmo, puede decirse, merced a centenares de sondajes. La Andes no tendrá, pues, sorpresas de ningún género al avanzar sus trabajos por la mi-

na; nada de alcances ni de decepciones. Se irá sobre seguro y a la fija... Será una mina capaz de desconcertar todas nuestras ideas al respecto. Hay cubicadas ya quinientos millones de toneladas, cuya ley apenas si alcanza a uno por ciento.

Aunque lo parezca, no hemos estado refiriendo una fantasía. En uno de nuestros más pobres departamentos están surgiendo, sin que lo sospechemos, un puerto, una ciudad, un ferrocarril, un colosal establecimiento de beneficio y un mineral capaz de producir él solo más cobre del que extraíamos de las minas todas de Chile en los tiempos ya lejanos de Tamaya...

Si alguien lo duda, puede convencerse echando una ojeada a las magníficas fotografías y planos que debemos a la gentileza del señor Marín Vicuña, y que él trajo de Potrerillos, donde se las obsequiara el amable y distinguido gerente de aquella vasta empresa, don Luis R. Wallace.

J. B. C.



Rancho en las minas de Potrerillos, donde estaba la primera administración.

# Crónica Bibliográfica Mensual



HORIZON CARRE

Por VICENTE HUIDOBRO

Me han prestado un libro que, por el lado que se le mire, es muy curioso. Su título reza: "Horizon Carré", o sea en romance: "Horizonte cuadrado".

Está todo él, incluso las dedicatorias ("Pour toi, Manuclita"), escrito en francés, a pesar de que su autor es chileno: don Vicente García Huidobro Fernández.

Llama la atención, especialmente, su rica y variada tipografía. Diríase un catálogo de tipos de alguna casa norteamericana. (El lector me agradecerá los grabados que acompañan a esta crónica, a título de mejor información).

Es raro, porque además de haberse editado en París, en el año 1917, su tiraje fué muy reducido. Del ejemplar que yo poseo, que es el menos fino (papier Simili-Japón), sólo se imprimieron 250. Hubo además 10 ejemplares "sur Hollande, numerotes de 7 a 16", 6 ejemplares "sur Japón, numerotes de 1 a 6", y 3 "exemplaires d'Auteur sur Japon hors série numerotes A. B. C."

En una de sus primeras páginas, hay un pequeño prefacio que, mal traducido al español, dice: "Crear un poema pidiendo a la vida sus motivos y transformándolos para darnos una vida nueva e independiente. Nada de anecdótico ni de descriptivo. La emoción ha de nacer de la sola virtud creadora. Hacer un poema como la naturaleza hace un árbol."

## II

Para darme cuenta de como realiza el señor Huidobro su programa, he tomado el más característico de sus poemas,—al menos por la disposición externa de sus versos: "Paisaje". (Véase el grabado).

En la parte superior de la página, a todo lo ancho, se lee: "En la tarde se pasearon por rutas paralelas". Debajo de esto, a la derecha, en circunferencia: "La luna en la cual te miras". En el medio, siempre bajando, un rectángulo, colocado en sentido vertical, dice: "El árbol era más alto que la montaña". A la izquierda, cortadas las frases en forma de trapecio: "Pero la montaña era

tan ancha que traspasaba los extremos de la tierra". Frente a ésta, una frase en zig-zag: "El río que corre no lleva peces". Un rectángulo horizontal: "Cuidado con jugar en la hierba recién pintada". El poema termina: "Una canción conduce a las ovejas hacia el establo".

Ahora bien; la manera de disponer las oraciones, su forma y sitio que las hace alusivas a lo que en ellas se expresa, sus caracteres grandes, visibles a veinte o treinta metros de distancia, ¿no hace recordar esos enormes carteles con los cuales nos enseñaban a leer en la escuela? Parece oír el coro de cuatro docenas de niños, de seis años, repitiendo con sononete: "El árbol era más alto que la montaña", mientras el profesor sigue las palabras con el puntero. "Pe-ro-la-mon-ta-ña..."

Hay algo, sin embargo, que necesita traducción. La luna, el árbol, la montaña, el río, el pastor, están muy claros. No así la primera frase: yo he creído ver nubes navegando en el cielo por rutas paralelas; pero, con todo, ofrezco una colección de "Pacífico", empastada, al que envíe la mejor solución. Eso de "la hierba recién pintada" es muy hermoso.

Entendido el poema, procedamos a ver de qué modo se ajusta al programa. Este dice, perentoriamente: "Nada de anecdótico ni de descriptivo". Ciertamente que en él no hay anécdota; pero todo él, es una pura descripción, y una descripción simple del más simple de los paisajes: nubes, luna, árbol, montaña, río, hierba, pastor y ovejas. Los pintores suelen distribuir algunas de estas cosas para componer sus paisajes; no todas generalmente. El paisaje del señor Huidobro, incluyendo el mar, unas rocas y un buquecito, el sol, incompatible hasta cierto punto con la luna, un poco de nieve en la montaña, individuos de todas las especies animales, incluso algunos peces en el río, es, en realidad, el paisaje propiamente dicho, el paisaje por antonomasia. ¿Nace esto de la sola virtud creadora? ¿Hace así los árboles la naturaleza o más bien: ¿Cómo hace los árboles la naturaleza? Para ser franco, yo no veo aquí rea-

A BIRD FEEDING

PAYSAGE

LE SOIR ON SE PROMÈNERA SUR DES ROUTES PARALLELES



L'ARBRE  
ETAIT  
PLUS  
HAUT  
QUE LA  
MONTAGNE

MAIS LA  
MONTAGNE  
ETAIT SI LARGE  
QUE LLE DEPASSAIT  
LES EXTREMITES  
DE LA TERRE

LE FLEUVE  
QUI  
COULVE  
NE  
PORTE  
PAS  
DE  
POISSONS

ATTENTION A NE PAS  
JOUER SUR L'HERBE  
FRAICHEMENT PEINTE

UNE CHANSON CONDUIT LES BREBIS VERS L'ÉTABLE

lizado sino el programa tipográfico y dentro de él la supresión de los signos ortográficos, cuyo objeto no alcanzo a comprender.

Como éste, son todos los demás poetas. Unos requieren mayor paciencia que otros, para entenderlos. Es un trabajo semejante al de solucionar charadas y logografos numéricos, con la diferencia de que éste no es como aquel, remunerado. La satisfacción artística resultante, no vale, por otra parte, gran cosa, en general. Cierta es que hay cosas bonitas, pero ellas no difieren en su forma a las que acostumbran decir literatos y poetas de todos los tiempos y de todas las escuelas. Hay anécdota y hay descripción, y todo está tomado de la naturaleza. La creación no estriba sino en el estilo, en la manera de ver, de sentir, de producir emoción artística: como ha sido, es y será.

III

Yo tuve el honor de conversar algunos instantes con el jefe de esta nueva escuela, que se ha dado en llamar "creacionista". Se manifiesta absolutamente convencido de haber hecho una enorme revolución en las letras.

(Tipográficamente, es verdad, desde luego). Dice que su escuela ha hecho furor en París; lo está haciendo en Madrid; y que se observa gran entusiasmo por ella en Munich, adonde piensa partir en breve. Casi todos los poetas de algún mérito del mundo se han plegado a ella. En España, un tal Godoy de Silva, según le escriben, le ha plagiado, simulándose con un nuevo título de escuela: "ultraismo". Cansinos Assens ha escrito siete artículos acerca de su estética, lo cual agradece; no sin observar de paso que ellos contienen algunos errores de apreciación. A propósito de ataques dirigidos a su escuela,—como no faltaron a Wagner, por ejemplo—el Dr. Toulouse, (alienista de cierta celebridad en París, que suele colaborar en "La Revue Bleu"); se permitió decir, a la vista del libro "Horizon Carré", que el autor de él, don Vicente Huidobro, debería ser llevado a su clínica... "Pero, Toulouse es simplemente un idiota! Nadie toma en cuenta su opinión"...

Oyendo esto del Dr. Toulouse, recordé el caso de Guimaraes, un personaje de "Los Maías", la novela de Eca de Queiroz. Guimaraes es un pobre diablo, metido a revolucionario, que, al volver a Lisboa, cuenta las hazañas que ha llevado a cabo en París. "En cierta ocasión, dice, el mariscal Mac-Mahon, que es un tarambana, declaró en Consejo de Ministros: **Ce sacré Guimaraes, il nous embête faut lui donner du pied dans le derrière.**"

El señor Huidobro continúa charlando: Paul Bourget es "lo que llamamos en París "un vieux gaga". Anatole France es un mediocre, digamos, es un... pero no quiero insultar a ninguno de mis compatriotas... Paul Dermée, Blaise Cendrars, Pierre Reverdy, son muchachos de un talento inmenso... Ramón Prieto y Eliodoro Puche, en España... Al-

MATIN

SOLEIL

Qui réveille Paris

SOLEIL

Le plus haut  
Peuplier de la rive

Sur la Tour Eiffel  
Un coq à trois couleurs  
Chante en battant des ailes  
Et quelques plumes en tombent

En recommençant sa course  
La Seine cherche entre les ponts  
Sa vieille route

Et l'Obélisque  
Qui a oublié les mots égyptiens  
Na pas fleuri cette année

SOLEIL

quien ha creído ver una semejanza entre Verdi y yo... No hay tal: él es un poeta eminentemente dramático, yo eminentemente lírico!...

## IV

Don Angel Cruchaga Santa María tuvo también el honor de conversar con el jefe de la nueva escuela, según da cuenta en el suplemento de "El Mercurio" de días pasados. De esa conversación, saco dos cosas interesantes:

1.a ¿Qué obras tiene en preparación?—pregunta el señor Cruchaga al señor Huidobro.

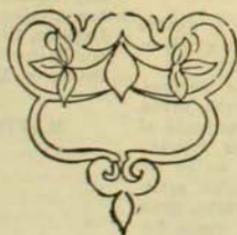
—El poema creacionista simultaneista "La lumière artificielle", a tres voces en gramófono con nuevos procedimientos...

2.a "Cansinos Assens, cuyo criterio nunca

fué torcido por ruines manejos, ha llegado hasta decir que el más alto acontecimiento artístico español del año 1918 era la pasada de este gran poeta (don Vicente Huidobro) por la ciudad de Madrid".

Es verdad; yo lo he leído en Cosmópolis. Nada tiene de particular. Es una amabilidad del crítico, espontánea, muy corriente, por lo demás. Pero, leyendo al señor Cruchaga, se advierte en él una duda... Dice "cuyo criterio nunca fué torcido por ruines manejos" refiriéndose a Cansinos, y a propósito de la frase que dedica al señor Huidobro. ¿Qué quiere decir con esto? ¿Que alguien pudiera encontrar un tanto exagerada la frase, y entonces suponer...? ¡No! Y por si aquello fuera poco, usa la expresión: "ha llegado hasta decir"... Indudablemente, el señor Cruchaga estaba obsesionado con la idea de exageración.

VICTOR SILVA YOACHAM.





Nuevas aventuras de Sherlock Holmes

# “El Círculo Rojo”

Por A. CONAN DOYLE

La prueba de que el célebre detective no ha muerto, está en que aún va a dilucidar el misterioso asunto que no dejaba dormir a la buena Mrs. Warren. Una vez más la implacable lógica y el arte de las deducciones sutiles darán cuenta del secreto mejor guardado.

—Y bien, Mrs. Warren, yo no veo para Ud. ningún motivo real de inquietud; ni para mí, a quien el tiempo le es precioso, ninguna razón de intervenir. Tengo otras cosas más urgentes que hacer.

Habiendo hablado así, Sherlock Holmes se volvió hacia el gran álbum en el cual catalogaba sus documentos recientes.

Pero la patrona tenía la obstinación y también la malicia de su sexo. No cedió un punto.

—El año pasado, dijo, Ud. arregló el asunto de uno de mis locatarios, Mr. Fair-

dale Hobbs. Yo sé que Ud. podría, si lo quisiera, acudir en mi ayuda.

Holmes era accesible, por una parte, a la lisonja, y por otra, dicho sea para hacerle justicia, al sentimiento que se tenía de su complacencia. Bajo el imperio de esta doble fuerza, dejó, con aire resignado, el pincel de la goma, y haciendo recular su silla:

—Veamos, Mrs. Warren, cuéntenos eso. ¿Me permite Ud. que fume? ; Watson, los fósforos! ; Se atormenta U., según parece, porque su locatario se mantiene encerrado

en su cuarto y Ud. no le ve jamás? Pues bien, si yo fuera su locatario, Mrs. Warren, se pasaría Ud., a menudo, varias semanas sin verme.

—Sin duda, señor. Pero esto es diferente. Esto me espanta, señor Holmes. Ya no duermo de miedo. Oírle ir y venir con paso rápido desde la mañana a primera hora hasta muy tarde de la noche, y nunca siquiera entreverle, es, para mis nervios, un suplicio intolerable.

Holmes, inclinándose, alargó sobre la espalda de la mujer sus largos dedos.

—Para ocuparme del negocio, necesito conocer todos sus detalles, dijo. Reflexione un poco. La menor particularidad puede ser esencial. ¿Dice Ud. que el hombre se presentó a su casa hace diez días y que le pagó adelantado una quincena, alojamiento y comida?

—Se informó de las condiciones, señor. Yo pedí cincuenta chelines por semana. El departamento comprende dos piezas amobladas en el último piso: un pequeño salón y un dormitorio.

—¿Y?

—El me respondió: "Pagaré a Ud. cinco libras por semana si acepta mis condiciones". Yo, señor, soy una pobre mujer, para quien el dinero tiene mucho valor, pues mi marido no gana sino un miserable salario. El hombre, en tanto me hablaba, me tendía un billete de diez libras. "Ud. puede, durante largo tiempo, recibir lo mismo en cada quincena; basta con que Ud. observe mis condiciones, con lo cual el negocio quedará terminado".

—Y esas condiciones, ¿en qué consistían?

—Desde luego, señor, yo debía darle una llave de la casa. Nada tengo que decir de esto, pues todos los arrendatarios tienen la suya. En seguida, quería que se le dejase siempre solo y que no se le molestara por ningún pretexto.

—Esto puede comprenderse perfectamente, ¿no es cierto?

—Sí, hasta un límite razonable. Pero esto sobrepasa ese límite. Está ahí hace diez días, y ni Mr. Warren, ni yo, ni la criada, le hemos visto. Le oímos, en la noche, en la mañana, en el día, pasearse por el cuarto; pero, salvo el día de su llegada, no ha puesto jamás los pies fuera de la casa.

—¡Ah! ¿dice Ud. que salió la tarde de su llegada?

—Sí, señor; y regresó tarde, cuando ya estábamos acostados. El, por otra parte, me lo había advertido al tomar el depar-

tamento, y me había pedido que no le pusiera el pestillo a la puerta. Yo le oí subir la escalera poco después de las doce de la noche.

—Pero, ¿y sus comidas?

—Cuando él toca la campanilla, debemos colocarlas sobre una silla delante de su puerta; toca de nuevo cuando ha concluido de comer, y encontramos el cubierto sobre la misma silla. Si desea otra cosa, escribe su pedido en caracteres de imprenta, sobre una hoja que deja en el mismo sitio.

—¿En caracteres de imprenta?

—Sí, señor, escritos con lápiz. Y no escribe sino una sola palabra. He aquí una de esas palabras, que he traído para mostrárselas: SOAP. Y esta otra: MATCH. Esta es la que dejó la primera mañana: DAILY GAZETTE. Yo le llevo todas las mañanas este diario con el desayuno.

—¿Qué piensa Ud. de esto, Watson?, dijo Holmes, mientras observaba con viva curiosidad las hojas de papel ministro.

—Pienso que el individuo quiere ocultar su letra.

—¿Pero qué importancia puede tener para él no dejar una palabra de su escritura en manos de una patrona? Admito, sin embargo, que Ud. tenga razón: en tal caso, ¿por qué estos mensajes tan lacónicos?

—No me explico.

—¿Graciosa manera de ejercer su inteligencia! Las palabras han sido trazadas con un lápiz violeta, de larga punta, y de un modelo muy poco ordinario. Ud. observará que esta hoja ha sido rota en un lado una vez escrita la palabra, de suerte que la S de SOAP falta en parte. ¿Y esto no es significativo, Watson?

—¿De prudencia?

—De prudencia. Había ahí, sin duda alguna, una marca, la traza de un pulgar, en fin, no sé qué que podía facilitar la identificación... Veamos, Mrs. Warren, ¿su pensionista sería, según me ha dicho, un hombre de talla mediana, moreno, con la barba en punta? ¿Qué edad le parece a Ud. que tiene?

—No más de treinta años. Parece muy joven.

—Bueno. ¿Podría Ud. proporcionarme otras indicaciones?

—Se expresaba en buen inglés, señor, pero con acento extranjero.

—¿Cómo estaba vestido?

—Con elegancia. Como un gentleman.

—¿Y no recibe cartas? ¿Ni visitas?

—Ninguna.

—Pero, seguramente, Ud. o la criada entran a veces por la mañana a su cuarto?

—No, señor. El mismo arregla sus cosas.

—¿Curioso! ¿Y su equipaje?

—Traía un gran saco marrón, simplemente.

—Todo esto no puede llevarnos muy lejos. ¿Díe Ud. que nada ha salido de la pieza, absolutamente nada?

La patrona tomó de un maletín de mano un sobre que contenía dos fósforos quemados y una colilla de cigarrillo.

—He hallado esto en los platos vacíos, y lo he traído, sabiendo que Ud. lee grandes cosas en las pequeñas.

Holmes se encogió de hombros.

—Ningún indicio se puede sacar de ahí. Los fósforos han servido, por cierto, para encender cigarrillos; porque están muy poco quemados, y es preciso la mitad de un fósforo para encender una pipa o un cigarrillo. ¡Eh, espere Ud.! Esta colilla de cigarrillo es curiosa. ¿Me ha dicho Ud. que el sujeto ese usa barba y bigote.

—Sí, señor.

—No lo comprendo. Solamente un hombre afeitado podría, me parece, haber fumado este cigarrillo.

—¿Acaso una boquilla...? sugerí yo.

—No, porque está achatado en los bordes. ¿Puedo suponer que hay dos personas en el departamento, Mrs. Warren?

—¡Oh, señor! mi pensionista come tan poco, que yo me pregunto muchas veces cómo hace para vivir.

—Pues bien, yo creo que debemos esperar que tengamos mejores documentos. Ya he tomado la cosa entre mis manos. Si algo nuevo se produce, venga a decírmelo. En caso de necesidad, cuente enteramente conmigo.

Y cuando Mrs. Warren salió:

—Ciertamente, Watson, me dijo Holmes, hay en todo esto algunos puntos interesantes. Puede que sólo tengamos que habérnosla con un excéntrico; puede también que el caso sea más grave de lo que parece a primera vista. El punto que preocupa inmediatamente, es que la persona que habita el departamento puede muy bien no ser la misma que lo ha tratado.

—¿Qué le hace a Ud. creer eso?

—Sin hablar de la colilla de cigarrillo, ¿no encuentra Ud. notable que la única salida del pensionista haya tenido lugar inmediatamente después de ser arrendado el departamento? El entró, o mejor, alguien entró en la noche, en ausencia de todo testigo. Nada nos prueba que la perso-

na que entró en ese momento y la persona que antes salió fuesen la misma. Además, el hombre que tomó el departamento se expresaba en buen inglés; mientras que yo leo en esta hoja *match*, cuando debería decir, en plural, *matches*. Imagino que la palabra ha debido ser tomada de un diccionario que no indica el plural de los nombres. Este estilo lacónico disimula quizás una total ignorancia del inglés. Sí, decididamente, Watson, estoy inclinado a creer en una substitución de pensionistas.

—¿Motivada por qué?

—Ahí estriba el problema. Tenemos, por otra parte, una línea perfectamente trazada para nuestras investigaciones.

Holmes tomó el gran álbum en el cual coleccionaba, día a día, la pequeña correspondencia de los diarios de Londres.

—La persona en cuestión está sola, y no podría llegarle una carta sin violar el secreto absoluto de que se rodea. En estas condiciones, ¿cómo recibiría noticias de fuera? Por la pequeña correspondencia de un diario, evidentemente. No veo otra manera. Por lo que hace al diario escogido, ya sabemos. He aquí los recortes de la *Daily Gazette* de los últimos quince días. “La dama del boa negro del Prince’s Skating Club...” Pasemos. “Seguramente Jimmy no querrá herir de muerte el corazón de su madre...” Nada que tenga relación con lo que nos ocupa. “Si la dama que se desvaneció en el autobús de Brixton...” No me interesa. “Cada día mi corazón languidece...” Tonterías... ¡Ah! aquí hay algo que puede servirnos, escuche: “Paciencia. Encontraremos algún medio seguro de comunicarnos. Entre tanto, este diario. G”. La nota ha aparecido dos días después de la llegada del pensionista a casa de Mrs. Warren: Ud. ve la relación de verosimilitud. Nuestro misterioso personaje, aun cuando no escriba el inglés puede comprenderlo. Sigamos la pista. Sí... tres días más tarde: “Estoy en camino de arreglarlo todo. Paciencia y prudencia. Nubes pasarán. G”. Después, nada durante una semana. Y, por fin, algo más preciso: “El camino se abre. Si encuentro medio de comunicarme por signos, recuerde el código convenido: 1, A; 2, B; y así sucesivamente. Noticias muy pronto”. Esto es de ayer. Hoy nada. En suma, todo, en esta correspondencia, me parece aplicable al pensionista de Mrs. Warren. Tengamos paciencia nosotros, también, Watson. No me cabe duda que de aquí a poco el negocio quedará en claro.

Mi amigo tenía razón; pues, al día siguiente, por la mañana, le encontré en pie cerca de la chimenea, con la espalda hacia el fuego, el rostro iluminado.

—¿Qué piensa de esto, Watson?, me dijo, mientras tomaba de la mesa un número de la *Daily Gazette*. "Gran casa roja con adornos de piedras blancas. Tercer piso. Segunda ventana a la izquierda. Caída de la noche. G". Esto está claro. Nosotros deberíamos, creo, ir después de almuerzo a hacer un reconocimiento en casa de Mrs. Warren... ¿Ud., Mrs. Warren? ¿Y, qué es lo que hay?

Nuestra cliente acababa de entrar en el cuarto, con una precipitación y en un estado que anunciaban grandes acontecimientos.

—¿Es a la policía a la que corresponde ocuparse de este asunto, señor Holmes!, exclamó ella. Ya estoy harta. Que el sujeto se vaya con sus maletas a otra parte. Yo habría subido a decírselo inmediatamente si no hubiese juzgado más honrado venir a consultar a Ud... Mi paciencia ha llegado al límite; y desde el momento que acaban de golpear a mi marido...

—¿Han golpeado a Mr. Warren?

—Le han maltratado, al menos.

—¿Pero quién le ha maltratado?

—He aquí lo sucedido. Fué esta mañana, señor. Mi marido, inspector de la Compañía Morton & Waylight, sale regularmente de casa antes de las siete. Esta mañana, no había dado aún diez pasos sobre la calzada cuando, bruscamente, dos hombres que le seguían le cubrieron la cabeza con un manto y lo depositaron como un paquete en el fondo de un cab. De este modo le hicieron recorrer un trayecto de una hora, después abrieron la puerta del coche y le arrojaron a la calle; al volver en sí, él comprobó que se hallaba en Hampstead Heath. Volvió a casa en autobús, y yo acabo de dejarle en un diván para venir a contar a Ud. esta historia.

—Muy interesante, dijo Holmes. ¿Pudo observar Mr. Warren a sus agresores?

—No. Está, por otra parte, algo aturdido. Sabe a lo sumo que los hombres podían ser en rigor tres.

—¿Y según Ud. esta agresión tendría alguna relación con el pensionista?

—Nosotros habitamos la casa hace quince años, y es ésta la primera vez que semejante cosa ocurre. El dinero no es todo. Ya estoy harta de mí individuo. Deseo que antes que concluya el día, salga de casa.

—¿No, no, Mrs. Warren, no hay que ir tan

ligero! Empiezo a creer que este negocio tiene más importancia de lo que a primera vista parecía. Evidentemente, un peligro amenaza al pensionista. Evidentemente también sus enemigos, que le acechaban a la puerta, han tomado a su marido por él a la luz brumosa de la mañana; y le han dejado ir cuando conocieron su equivocación. ¿Qué habrían hecho si no hubiesen cometido un error? Es lo que procuraremos presumir.

—En fin, ¿qué me aconseja, señor Holmes?

—Yo tengo muchos deseos de ver al pensionista.

—¿Y cómo hacer, a menos de forzar su puerta? Cada vez que bajo la escalera después de haberle dejado su cubierto, oigo cómo cierra su puerta con llave.

—Como está obligado a tomar el cubierto, podemos, ocultándonos, divisar su figura.

La patrona reflexionaba.

—Vea, señor. Hay, frente a frente, un cuarto de cosas inútiles. No tendría sino que colocar ahí un espejo, de modo que colocándose Uds. detrás de la puerta...

—¡Perfectamente!, dijo Holmes. El doctor Watson y yo estaremos en el momento preciso. ¡Por ahora, Mrs. Warren, hasta la vista!

Media hora después de las doce, atravesábamos el umbral de la casa de Mrs. Warren. Situada casi en el ángulo de Great Orme Street, que es una calle estrecha y concurrida situada al lado norte del Britsh Museum, esta alta construcción de ladrillos rojos hace cabeza en Howe Street ante construcciones menos modestas. Holmes ahogó una carcajada al mostrarme una de ellas, un viejo inmueble que llamaba la atención por la manera como proyectaba sus departamentos sobre la vía pública. Observe, Watson, me dijo. "Alta casa roja con adornos de piedra blanca": he ahí el poste de señales. Sabemos el sitio, sabemos la clave, nuestra tarea se hace bien simple. Hay el letrero "se arrienda" sobre esta ventana; el departamento está, pues, vacío, y el compadre tiene acceso a él. ¿Y ahora, Mrs. Warren...?

—Tengo todo preparado. Tengan la bondad de seguirme. Dejen sus zapatos en mi pieza. Yo misma les voy a instalar.

La patrona nos había dispuesto un excelente escondite. Gracias al espejo, podíamos, sentados a la sombra, vigilar distintamente la puerta de enfrente. No tuvimos sino el tiempo de colocarnos y apenas Mrs. Warren nos había dejado, cuando un leja-

no campanilleo nos advirtió que nuestro misterioso vecino acababa de llamar. La portera apareció en seguida con los platos, y después de disponerlos sobre una silla, detrás de la puerta cerrada, bajó con pasos lentos. Clavados en el rincón, no perdíamos de vista el espejo. Súbitamente, cuando ya los pasos de la portera dejaban de oírse, la llave de la puerta crujió, la perilla giró, y dos manos enflaquecidas, tendidas hacia la bandeja, la levantaron de la silla. Un instante después la volvieron a dejar en su sitio, y yo entreví un rostro de mujer, un hermoso rostro, que miraba con espanto la estrecha abertura de nuestro reducto. Luego la puerta se cerró ruidosamente. Holmes me tiró de la manga, y descendimos a paso de lobo.

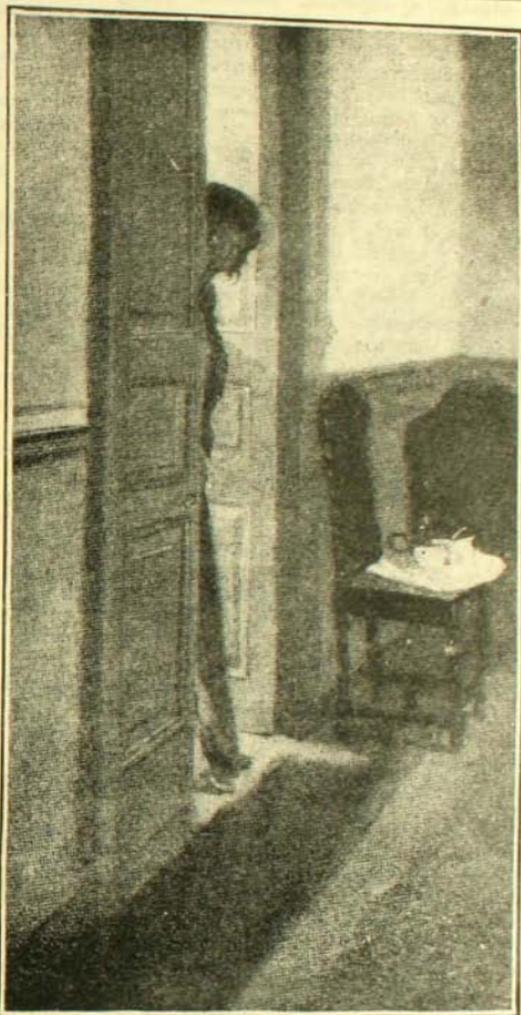
—Volveré esta tarde, dijo a la impaciente patrona. Mi opinión es que podemos discutir mejor en casa.

Y cuando estuvimos allá:

—Ud. ha podido convencerse: mis sospechas no me engañaban. Ha habido substitución de pensionistas. Lo que no hubiera previsto es que nos halláramos con una mujer.

—¿Ella nos habrá visto?

—Ciertamente ha visto algo que la ha espantado. Ahora las cosas se explican solas, ¿no es verdad? Un hombre y una mujer buscan refugio en Londres contra un peligro pronto y terrible. El rigor de sus precauciones nos da la medida de ese peligro. El hombre, teniendo obligaciones que cumplir, no quiere dejar a su mujer sino en una seguridad absoluta. Problema difícil de resolver, y que, sin embargo, él ha resuelto de una manera tan original, tan efectiva, que nadie sospecha la presencia de su mujer, ni aun la arrendataria del alojamiento donde toma pensión. Los caracteres de imprenta de que ella se sirve para formular por escrito sus pedidos responden, sin duda, a la sola preocupación de disimular su letra, que traicionaría su sexo. El hombre no puede acercarse a su mujer sin guiar hacia ella a sus enemigos. A falta de otros medios para



Un rostro de mujer, un hermoso rostro apareció en el hueco de la puerta.

comunicarse con ella, utiliza la correspondencia de un diario. Está claro.

—Pero, ¿qué hay en el fondo de todo esto?

—Seguramente, no se trata de una vulgar aventura amorosa. Ud. ha visto el rostro de la mujer al primer síntoma de peligro; conocemos, por otra parte, el ataque dirigido contra el dueño de la casa, que tenía relación evidente con el pensionista: de este doble alerta, como de esta

reclusión desesperada, podemos concluir que éste es un asunto de vida o muerte. Además, el ataque a Mr. Warren prueba que el enemigo, cualquiera que sea, ignora la substitución de una mujer a un hombre en la pieza. Muy curioso, en verdad, Watson, y muy complejo.

—¿Para qué ir más lejos? ¿Qué provecho sacará Ud.?

—¿Qué provecho? Pero, Watson, es el arte por el arte. Yo supongo que en su carrera de médico Ud. ha debido estudiar ciertos casos instructivos, que gusta dilucidar sin esperar beneficio ni material ni moral. Esta tarde, habremos avanzado un paso en nuestras investigaciones.

Cuando volvimos a casa de Mrs. Warren, un triste crepúsculo de invierno londinense tendía sobre las calles su uniforme cortina de bruma gris. Habíamos tomado sitio en el salón, en la obscuridad, y vigilábamos los alrededores, cuando, a una cierta altura, una luz muy pálida atravesó la obscuridad.

—¿Algún camina enfrente, murmuró Holmes, cuyo ardiente y flaco rostro se adhería a los vidrios de la ventana. Sí, apercibo una sombra. La veo todavía. Tiene una vela. Observa el otro lado de la calle. Quiere asegurarse si la mujer está en su puesto. Las señales comienzan. Anótelas, Watson, para que podamos controlarnos mutuamente. Una sola luz. Eso significa A, seguramente. Veamos lo que sigue. ¿Cuántas luces ha contado Ud.? Veinte. Yo también. Esto nos da T. A. T..., es comprensible. Otra T. Sin duda el comienzo de una segunda palabra. Veamos un poco: TENTA. Se detiene. ¿Puede ser esto todo, Watson? ATTENTA no presenta ningún sentido. AT TEN TA, en tres palabras, tampoco. A menos que T. A. no sean las iniciales de un nombre de persona. ¿Ahora recomienza! ¿Qué quiere decir? ATTE... las mismas letras de antes. ¿Curioso, Watson, curioso! Nueva detención. A. A... ¿qué, por la tercera vez? ¿Cuánto tiempo se va a repetir esto? No, ya parece que ha concluido. El hombre ha dejado la ventana. ¿Qué piensa Ud. del mensaje, Watson?

—Que es un mensaje cifrado, Holmes.

Súbitamente, una risa de mi compañero me anunció que acababa de comprender.

—No es muy obscura la clave, dijo. ¡Es italiano! La A indica que se dirigen a una mujer: "¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Cuidado! Esto significa. ¿Qué dice, Watson?

—Digo que Ud. ha adivinado.

—Sin duda alguna. Hay en eso una re-

comendación insistente, y a la cual su repetición la hace más insistente todavía. ¿Pero cuidado de qué...? Vuelven a la ventana.

En efecto, detrás de los vidrios, vimos de nuevo la silueta confusa del hombre, recogido sobre sí mismo, y los rayos de la pequeña llama. Las señales habían vuelto a comenzar, pero más rápidas, tan rápidas que nos costaba enormemente seguir las.

—PERICOLO... ¿El sentido de Pericolo, Watson? ¿Peligro, no es verdad? Oui, **by jove**, es una señal de peligro. Se repite: PERI... ¡Eh! ¿qué es lo que pasa...?

La luz acababa de extinguirse, el cuadro transparente de la ventana había desaparecido, el tercer piso no formaba, sobre el largo de la fachada, sino una banda sombría entre las líneas de departamentos iluminados. ¿De qué provenía la brusca interrupción de las señales? Ambos tuvimos al mismo tiempo la misma idea. Holmes saltó del sitio donde se disimulaba cerca de la ventana.

—Las cosas se echan a perder, Watson, exclamó. Olfateo una intervención diabólica. ¿Por qué una comunicación de este género se interrumpiría de esta manera? Quizás debiera yo prevenir a Scotland Yard; pero las circunstancias nos apuran, y no hay medio de alejarnos. Venga, Watson.

Siguiéndole por Howe Street, di un vistazo detrás de mí a la casa que acabábamos de dejar. Y ví, en una ventana de arriba, dibujarse una cabeza, una cabeza de mujer inmóvil, angustiada, escrutando la noche, donde las señales interrumpidas podían volver a empezar. A la entrada de la gran casa de Howe Street, un hombre envuelto en un sobretodo se inclinaba sobre la reja. Tuvo un sobresalto cuando la luz del vestíbulo nos dió en el rostro.

—¡Holmes!, exclamó.

—¿Ud., Gregson?, dijo mi compañero, apretando la mano del detective de Scotland Yard. ¿Qué le trae por aquí?

—Lo mismo que a Ud., supongo, replicó Gregson. Confieso, por otra parte, no comprender lo que le ha puesto a Ud. sobre la pista.

—Diversos hilos conductores, que se juntan todos en el mismo punto. He sorprendido algunas señales.

—¿Señales?

—Que partían de esa ventana. Se interrumpieron en la mitad, y por eso hemos

venido a saber la causa de su interrupción. Pero en Ud. está el negocio en muy buenas manos para que yo me ocupe más de él.

—¡Un momento!, protestó Gregson. Quiero hacerle justicia, Mr. Holmes, no hay un caso en que yo me sienta más fuerte que cuando Ud. está a mi lado. Esta casa no tiene sino una salida, por consiguiente, tenemos a nuestro hombre.

—¿Quién es él?

—¡Ah! esta vez marcamos un punto contra Ud., Mr. Holmes. Es preciso que Ud. nos conceda la ventaja.

Y golpeando con su bastón en la calzada, a cuyo largo un cochero se paseaba, con su fusta en la mano, en tanto que el fiacre estaba estacionado en la otra orilla de la calle:

—¿Quiere Ud. que le presente a Mr. Sherlock Holmes?, dijo Gregson al cochero.

En seguida a Holmes:

—Mr. Leverton, de la agencia americana Pinkerton.

—¿El héroe de la caverna de Long-Island?, dijo Holmes. Encantado, señor, de conocerle.

El americano rugió de placer. Era un hombre joven, afeitado, de una figura como hoja de cuchillo, de aire reposado y práctico.

—Mr. Holmes, dijo, estoy en un momento decisivo de mi carrera. Si logro aprehender a Gorgiano...

—¿Quién, el Gorgiano del Círculo Rojo?

—¿Su reputación ha alcanzado entonces hasta Europa? Nosotros, al menos, en América, estamos plenamente informados sobre este sujeto. Sabemos que ha tomado parte en veinte asesinatos, y a pesar de ello no tenemos contra él nada suficientemente positivo para arrestarle. Le sigo desde Nueva York. Hace una semana que le rodeo desde muy cerca en Londres. Gregson y yo le tenemos, por fin, en esta casa. No tiene sino una salida, de modo que no puede deslizarse por entre los dedos. Hemos visto, después de su llegada, salir tres personas, pero juro que él no se contaba en ese número.

—Mr. Holmes habla de señales sorprendidas por él, dijo Gregson; sin duda tiene algunos datos que nosotros no tenemos. Esto está muy en sus costumbres.

Brevemente, Holmes expuso la situación tal como nos aparecía. El americano golpeó sus manos con aire avergonzado.

—¡Estamos engañados!, exclamó. Nuestro hombre está en esta casa, en vías de comunicarse con un cómplice, pues su ban-

da cuenta numerosos afiliados en Londres; de repente, en el instante mismo en que, según su testimonio, él les previene de algún peligro, las señales se interrumpen: ¿qué prueba esto? Que ha visto a uno de nosotros en la calle, o que ha comprendido, no sé cómo, la inminencia de un peligro y la necesidad de emprender la retirada.

—¿Su opinión, Mr. Holmes?

—Es que debemos subir en seguida, para ver.

Nuestros detectives oficiales pueden dejar que desear en punto a inteligencia, pero jamás en punto de valor. Gregson, sufriendo al encuentro del bandido, tenía la misma tranquilidad, el mismo aire de funcionario que si estuviese ganando la escalera del Scotland Yard.

Al llegar al descanso del tercer piso, encontramos la puerta de la izquierda entreabierta. En el interior reinaban la obscuridad y el silencio. Yo raspé un fósforo y encendí la linterna del detective. Pero la pequeña llama vacilante comenzaba apenas a asegurarse cuando lanzamos todos un grito de estupor. Sobre las maderas del parquet sin alfombra, pasos sangrientos trazaban una pista roja. Ella se dirigía hacia nosotros, partiendo de una pieza contigua cuya puerta estaba cerrada. Gregson abrió la puerta, proyectó delante sí la luz de su linterna, y por detrás de su espalda miramos los demás con los ojos desencajados.

En el centro de la pieza yacía un hombre colosal, cuyo rostro lampiño se torcía en una contracción. Una placa de sangre circular le ponía alrededor de la frente un horrible nimbo. Sus rodillas estaban recogidas, sus brazos tendidos en la agonía. De su garganta salía el mango blanco de un cuchillo, hundido hasta el término de la hoja. Cerca de él, a su izquierda, había un formidable puñal de dos filos y con mango de enebro, como también un guante de piel de cabro.

—¡By George! Es Gorgiano en persona, exclamó el detective americano. Esta vez, alguien se nos ha adelantado.

—¡Vea Ud., Mr. Holmes! dijo Gregson, la bujía ha quedado apoyada contra la ventana. ¿Pero, qué hace Ud.?

Holmes había ganado la ventana y alumbrado la bujía. Un instante, pasó, repasó la llama de un lado a otro de las ventanas; después eserutó la obscuridad, apagó la bujía y la tiró sobre el parquet.

—Creo, dijo, que esto habrá servido para algo.

Después, quedóse pensativo; en tanto los dos profesionales examinaban el cadáver.

—Dicen Uds. que mientras esperaban abajo, tres personas dejaron la casa: ¿las observaron Uds. de cerca?

—De muy cerca.

—¿Vieron Uds. especialmente a un individuo de más o menos treinta años, moreno, de barba negra, y de talla mediana?

—Pasó el último delante de nosotros.

—Tengo idea que ése es nuestro hombre. Yo podría proporcionarles su filiación y además algunas excelentes marcas de sus pisadas. Esto puede bastarles.

—No, para una ciudad como Londres, donde hay millones de individuos.

—También he creído preferible llamar a esta señora en nuestra ayuda.

Oyéndole hablar de esta suerte, nos volvimos. En el marco de la puerta acababa de aparecer una mujer grande y hermosa, la misteriosa pensionista de Bloomsbury. Ella avanzó lentamente. El miedo se marcaba en sus facciones pálidas; sus ojos dilatados se fijaban sobre la forma sombría que yacía sobre el piso.

—¡Uds. le han muerto! murmuró. ¡Oh, Dios mío! ¡Uds. le han muerto!

Después, la oí aspirar el aire con violencia, la vi saltar con un grito de alegría. Bailaba alrededor del cuarto, batiendo las manos. Mil hermosas exclamaciones italianas se escapaban de sus labios. Estos transportes de una mujer delante de semejante espectáculo tenían algo de desconcertante y terrible. Bruscamente, se detuvo, nos miró.

—Pero Uds., dijo, ¿no son Uds. agentes de policía? ¿Uds. han muerto a Giuseppe Gorgiano?

Ella interrogó de un vistazo las sombras de la pieza.

—¿Y Gennaro? ¿Dónde está Gennaro Lucca, mi marido? Yo soy Emilia Lucca, y habitamos en Nueva York. ¿Dónde está Gennaro? El me ha llamado hace un momento desde esta ventana. Yo he corrido a su llamado.

—He sido yo el que la llamó, dijo Holmes.

—¡Usted...! No me explico cómo Ud. puede conocer estas cosas. Giuseppe Gorgiano... ¿Cómo ha...?

Ella se detuvo. Su rostro se iluminaba súbitamente de orgullo y alegría.

—¡Ahora veo bien! ¡Mi Gennaro, mi admirable, mi magnífico Gennaro, que me ha preservado de todo mal...! ¡Es él quien ha hecho esto, él quien con sus brazos poderosos ha muerto al monstruo! ¿Qué mujer sería digna jamás de tal hombre?

—Mistress Lucca, intervino el prosaico Gregson, poniendo su mano sobre la manga de la dama, Ud. ha dicho demasiado para que Scotland Yard tenga que conversar con Ud.

—Un momento, Gregson, dijo Holmes. Imagino que esta señora no tiene menos deseos de hablar que nosotros de escucharla. Ud. se da cuenta, señora, de que vuestro marido va a ser arrestado e interrogado por el asesinato de este hombre. Sus declaraciones pueden ser invocadas en testimonio. Si Ud. cree, sin embargo, que los motivos que le han obligado a obrar en esta forma no tenían nada de criminales y que él mismo tendría interés en hacerlos conocer, Ud. no sabría servir mejor su causa que diciéndonos lo que sabe.

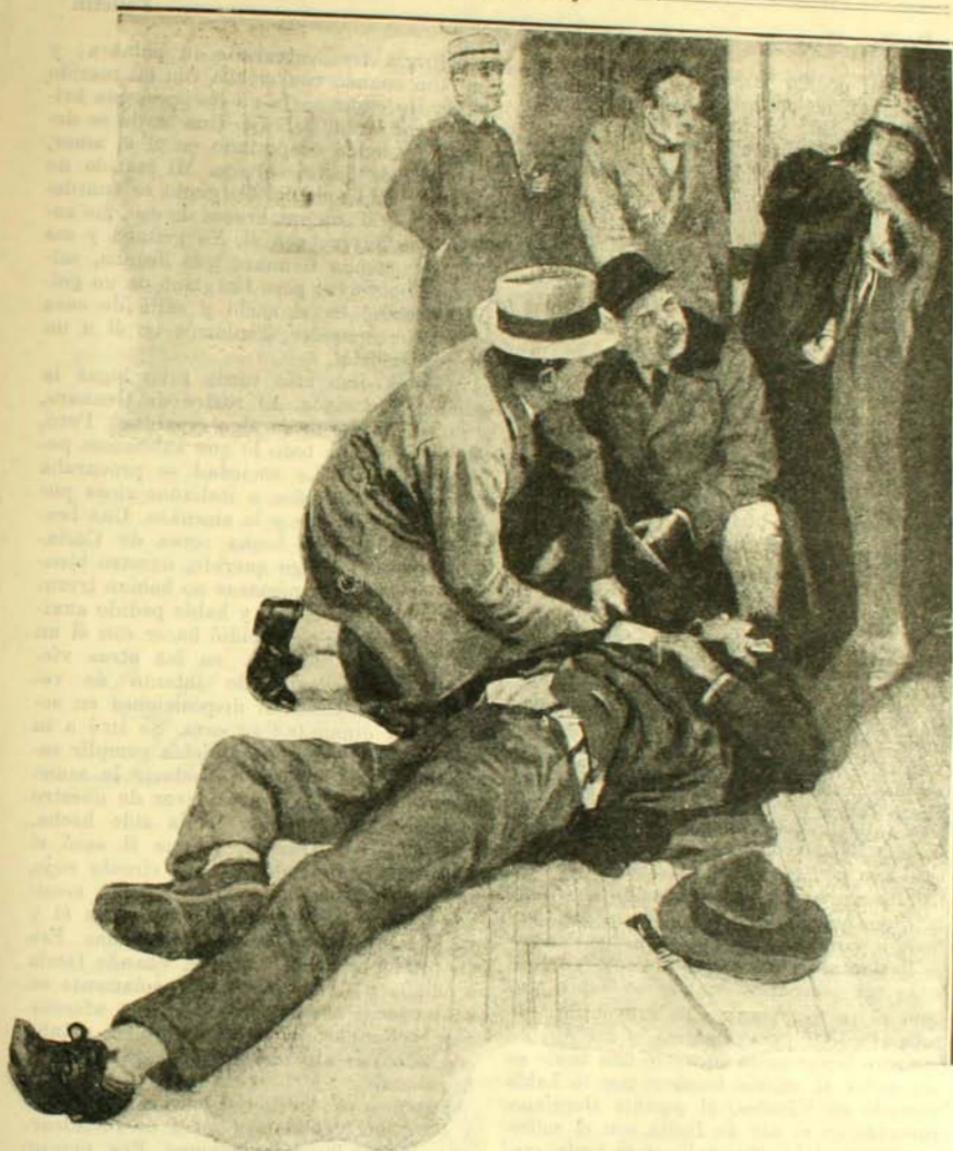
—Ahora que Gorgiano está muerto, nada tememos, dijo la señora. No puede existir un juez en el mundo que castigue a mi marido por haber dado muerte a un sér infernal.

—En tal caso, dijo Holmes, cerremos este departamento; dejemos las cosas en el estado en que las hallamos, y llevemos a esta señora a su casa, donde nos haremos una opinión después de haberla escuchado.

Media hora más tarde, sentados los cuatro en el pequeño salón de la signora Lucca, la oímos relatar los siniestros acontecimientos que acababan de tener su desenlace bajo nuestros mismos ojos.

—Nací en Pausilippe, cerca de Nápoles, comenzó diciendo. Mi padre era el principal abogado de la región, a la cual representó durante mucho tiempo como diputado. Gennaro trabajaba en el estudio de mi padre. Yo lo amaba. No tenía ni dinero, ni situación, nada más que su fuerza, su energía; mi padre se opuso a nuestro matrimonio. Huímos entonces; fuimos a casarnos a Bari, y la venta de mis alhajas nos procuró el precio de nuestro pasaje hasta América. Hace de esto cuatro años; después, hemos habitado siempre en Nueva York.

La fortuna comenzó por sonreírnos. Gennaro tuvo la suerte de prestar servicios a un caballero italiano: le salvó de una gaviella de bandidos en un sitio llamado "los connelles", y en adelante tuvo en él a un poderoso protector. Este italiano, llamado Castalotte, dirige la gran casa Castalotte y Zambo, que es la primera de Nueva York en materia de exportación de frutos. Como el señor Zambo está inválido, Castalotte dirige solo la casa, que tiene un personal de más de trescientos hombres. Y tomó a mi marido como jefe de servicio. Célibe



La misteriosa pensionista de Bloomsbury apareció: ¡Uds. le han muerto, murmuró. ¡Oh, Dios mío! Uds. le han muerto!

que es, consideraba, yo creo, a Gennaro como su hijo. Gennaro y yo le amábamos, en retorno, como a un padre. Nosotros habíamos arrendado y amueblado una pequeña casa en Brooklyn; nos parecía que teníamos asegurado el porvenir; pero una nu-

be negra apareció, que no tardó mucho en oscurecer nuestro cielo.

Al entrar una tarde de su trabajo, Gennaro llegó con uno de sus compatriotas llamado Gorgiano, originario también de Paulsilippe. Era un hombre de alta talla, como

Uds. han podido juzgar a la vista de su cadáver. Y no solamente tenía un cuerpo de gigante, sino que su voz, en nuestra pequeña casa, retumbaba como un trueno; sus pensamientos, sus emociones, sus pasiones, se caracterizaban por una violencia anormal. Hablaba, o mejor, rugía, con una energía a la cual no se podía dejar de ceder sin resistencia. Sus ojos fulgurantes tenían a los demás a su entera merced. Era un hombre temible y prodigioso. Ha muerto, Dios sea alabado!

Sus visitas se hicieron cada vez más frecuentes. Sabía, sin embargo, que ni yo ni Gennaro teníamos placer en verle. Mi pobre marido le escuchaba, pálido y sin interés, lanzar las más furiosas diatribas políticas y sociales que constituían el plato ordinario de sus conversaciones. Si Gennaro nada decía, yo podía, yo que le conocía tan bien, leer en su rostro una emoción que no le había visto hasta entonces. Creí de pronto en una antipatía hacia Gorgiano. Era, en realidad, miedo, un miedo secreto. La tarde en que adiviné este miedo, rodeé a mi marido con mis brazos y le conjuré, en nombre de su ternura para conmigo, de no ocultarme nada, de decirme qué sombra proyectaba este hombre formidable sobre su vida.

Me lo dijo y yo sentí helárseme el corazón dentro del pecho. En los días de cólera y de revuelta, cuando el universo le parecía ligado contra él, cuando le volvía casi loco por sus injusticias, se había afiliado a una sociedad de Nápoles, el Círculo Rojo, que tenía relaciones con los Carbonari. Los miembros de esta hermandad se ligaban por temibles juramentos; imposible era escaparles cuando se había violado el pacto. Gennaro se creyó libre de todo al partir para América, y fué con un inmenso terror como encontró una tarde en las calles al mismo hombre que le había iniciado en Nápoles, al gigante Gorgiano, conocido en el sur de Italia con el sobrenombre de "La Muerte", pues tenía sangre hasta los codos! Obligado por la policía italiana a huir hacia América, Gorgiano había ya creado en su nueva patria una dependencia de la terrible sociedad. Contándole esto, Gennaro me mostró una convocación recibida ese mismo día: la carta, timbrada con un círculo rojo, le anunciaba para una cierta fecha una reunión a la cual se le rogaba asistir.

Había algo peor. Yo había notado, desde hacía algún tiempo, que Gorgiano, en el curso de sus visitas, que eran continuas,

me dirigía frecuentemente la palabra; y que aun cuando conversaba con mi marido volvía sin cesar hacia mí los ojos, que brillaban con ardor salvaje. Una tarde se declaró. Yo había despertado en él el amor, un amor de bestia salvaje. Mi marido no había llegado todavía. Gorgiano se enardeció, me cogió con sus brazos de oso, me suplicó que huyera con él. Yo gritaba y me debatía, cuando Gennaro que llegaba, saltó en mi socorro; pero Gorgiano de un golpe le tendió en el suelo y salió de casa para no reaparecer. Teníamos en él a un enemigo mortal.

Algunos días más tarde tuvo lugar la reunión anunciada. El rostro de Gennaro, a su vuelta, me decía algo espantoso. Pero, ello sobrepasaba todo lo que habríamos podido imaginar. La sociedad se procuraba fondos quitándoselos a italianos ricos por medio del chantage y la amenaza. Una tentativa había sido hecha cerca de Castalotte, nuestro amigo querido, nuestro bienhechor; pero las amenazas no habían triunfado sobre su rechazo, y había pedido auxilio a la policía. Se decidió hacer con él un ejemplo, que cortaría, en las otras víctimas designadas, todo intento de resistencia. Se tomaron disposiciones en sesión para dinamitar su casa. Se tiró a la suerte el nombre del que debía cumplir esta tarea. Gennaro, al introducir la mano en el saco, vió la sonrisa feroz de nuestro enemigo. La operación había sido hecha, sin duda, con trampa, porque él sacó el disco fatal, marcado con un círculo rojo, que le ordenaba el asesinato. Debía asesinar a su mejor amigo, o exponernos él y yo a la venganza de sus camaradas. Era un principio de la sociedad, cuando temía u odiaba a alguno, herirle no solamente en su persona, sino también en sus afecciones, y Gennaro lo sabía tan bien, estaba con ello tan aterrizado, que casi perdía la cabeza.

Pasamos esa noche en los brazos de uno y otro, ensayando la manera de fortificarnos contra las tribulaciones. Era preciso que el atentado se ejecutara al día siguiente en la tarde. A medio día, mi marido y yo tomamos el vapor para Londres, no sin haber antes prevenido a nuestro amigo del peligro que corría y proporcionado a la policía las indicaciones requeridas para que estuviera sobre aviso.

Uds. saben el resto, señores. No dudáramos que nuestros enemigos nos seguirían como nuestras sombras. Gorgiano tenía sus motivos particulares de venganza; y nosotros le sabíamos implacable, infatigable,

Italia y América están igualmente llenas de sus crímenes. Si alguna vez debía desplegar todos sus medios, era en las actuales circunstancias. Mi Gennaro aprovechó los pocos días de adelanto que nos daba nuestra partida inopinada para asegurarme un refugio donde ningún peligro pudiera alcanzarme. Deseaba, en cuanto a él, quedar libre para poder comunicarse con las policías americana e italiana. Ignoro dónde ha vivido hasta el momento y de qué manera. Yo no sabía de él sino lo que podía decirme mediante la pequeña correspondencia de un diario. Pero, una vez, observando por la ventana, vi a dos italianos delante de la casa que yo habitaba, de lo cual deduje que Gorgiano, de una manera o de otra, había descubierto nuestro escondite. En fin, Gennaro me advirtió por el diario que me enviaría señales desde una cierta ventana; esas señales, en efecto, me llegaron, pero se redujeron a simples advertencias de peligro, y que luego se interrumpieron bruscamente. Ciertamente él

sabía que Gorgiano le seguía, y, gracias a Dios, estaba presto a recibirle. Ahora, yo les pregunto, señores: ¿Qué podemos temer de la ley? ¿Delante de qué juez la conducta de Gennaro sería condenable?

—Mr. Gregson, dijo el americano, mirando al detective, no me vanaglorio de conocer el punto de vista inglés; pero creo que en Nueva York el marido de esta señora recibiría felicitaciones unánimes.

—Es preciso que la conduzca hasta donde el jefe, respondió Gregson. Si lo que ella cuenta se confirma, no creo que tenga mucho que temer. Pero, hay algo que me escapa, Holmes, y es de cómo ha podido mezclarse Ud. en este asunto.

—Curiosidad, Gregson, simple curiosidad. Continúo instruyéndome en la vieja escuela. Y bien, Watson, ¿una historia trágica y grotesca para su colección? Y a propósito, son las ocho, y hoy tocan Mozart en el Garden. Apurádonos, alcanzamos a llegar al segundo acto.

A. CONAN DOYLE



### Consomé napolitano

Se prepara un buen caldo, se le agrega una cucharada de macarrones picados, una de jamón ídem y 3 cucharadas de callampas picadas y fritas.

### Pastel de espárragos

Se cuecen los espárragos, se les corta la parte comible, se frien y se sazonan.

Se frie en mantequilla 4 onzas de harina, se aclara con leche, una vez cocido se retira del fuego. Se baten dos huevos enteros, se echan a la salsa y se le agregan tres cucharadas de queso rallado.

En una fuente que resista al fuego se acomoda una capa de espárragos y otra de salsa hasta terminar y encima se le espolvorea queso rallado y se pone un rato al horno.

### Naranjas a la Archiduc

Se necesitan 6 naranjas, 1 tarro de duraznos (cuando hay frescos 12), 3 plátanos,  $\frac{1}{4}$  de kilo de chirimoya, 4 huevos y azúcar.

Se hace una almíbar con 4 cucharadas de azúcar para una taza de agua. Se hace después un huevo moll batiéndose las 4 yemas y agregándole el almíbar de medio pelo; se

pone al fuego hasta que se cueza, una vez cocido se deja enfriar.

Se hace merengue con 2 claras y 3 cucharadas de azúcar, se bate bastante para que se unan bien siempre batiéndolo se pone al fuego para cocerlo, cuando está listo se une con el huevo moll. La fruta se pica en pedacitos chicos y se reúne con la crema y todo esto se echa dentro de las naranjas, vaciadas de antemano.

### Chupe de locos

Doce locos se limpian y se ponen en ceniza o aserrín por 5 minutos, después se golpean suavemente uno por uno, se lavan y se ponen a cocer en agua fría  $\frac{1}{2}$  hora. Se pone una cacerola al fuego con 2 cucharadas de color y 2 de mantequilla, una vez derretida se le agrega 1 cucharada de cebolla picada para que se fría, 4 cucharadas de pan mojado, 2 tazas de leche caliente, sal,  $\frac{1}{2}$  cucharadita de ají mirasol y se deja hervir hasta que quede espeso. Se le ponen también 2 cucharadas de queso parmesano rallado. Una vez cocido todo esto se le echan los locos partidos en pedazos y 2 papas cocidas frías.

# ELEGANCIAS



Sencillo modelo de la casa Paquin, confeccionado en gabardina azul marino, sin más adorno que una flor bordada en tonos fuertes y la abotonadura.

El conjunto de la silueta es hoy día de una extrema elegancia; los tejidos son hermosos y su variedad infinita.

Se adopta para el traje sastre una línea sencilla y sobria en adornos; falda sin amplitud. (Esta está reservada para los vestidos lige-



Traje de tafetán negro con falda de volantes y bordados.

ros). El paletó es a veces muy largo, y no deja visible el vestido sino en una altura que varía de diez a quince centímetros; otras veces es corto, de una sencillez encantadora. Cuando el paletó no es recto, se ciñe al talle, a la altura natural por un estrechísimo cinturón de cuero acharolado. Los chalecos de pi-

1. Traje de tarde en crepé blanco, combinado con género a listas y bordado de mostacilla del mismo tono de la raya.—2. Este modelo, que no puede ser más sencillo, es de seda negra o azul marino, y va ésta adornada con borlas al lado de la falda que forma panier.

qué y los cuellos de linón le prestan mucha gracia.

En los trajes de tarde, confeccionados con telas ligeras, se observa gran afición a los volantes, los cuales deben ser colocados sobre un falso estrecho, que se amplía hacia arriba. También, para esta clase de telas, se prestan muy bien los drapeados.

Las mangas, como podemos ver en casi todos los modelos, son sumamente cortas, en especial de forma kimono. El mayor



eclecticismo reina en cuanto a las mangas: pueden ser indiferentemente largas, hasta el codo, recubiertas con el guante mosquetero con puños, o bien reducirse a tan poco, que cualquiera se sentiría tentado a creerlas ausentes.

Como siempre, los sombreros se llevan grandes y pequeños. Son de tul o de chantilly, para la tarde, y adoptan las más variadas formas. Para el día, los fieltros y los sombreros de terciopelo comienzan a hacer su aparición y rivalizan en las reuniones al aire libre con los sombreros floridos y los fieltros de tonos violentos, que armonizan admirablemente con la luz cruda del sol.

MADAME X.





Los principales signatarios de la Paz en Versalles.



# VIÑA BENITEZ

SANTIAGO

33 - Riquelme - 33

Teléfono Inglés 646



RECOMENDAMOS ESPECIALMENTE  
NUESTRO

## PINOT RESERVADO

# “LA VALPARAISO”

COMPANIA DE SEGUROS

Contra Incendios, Riesgos Marítimos, Etc.

**COCHRANE 879**

---

Capital Subscrito. . . . . \$ 2.000.000,00

Capital Pagado. . . . . „ 1.000.000,00

---

BANQUEROS

**BANCO A. EDWARDS y Cía.**

---

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente

Don JORGE ETCHEGARAY

Vice-presidente

Don RICARDO W. JAMES

CONSEJEROS

Don MAX FONTAINE

Don EDUARDO DEVES

Don FRANCISCO SAMPAIO

Don ARTURO GARCIA

Don JOSE M. RIOS ARIAS

GERENTE

Don RICARDO SWETT O.

---

**Agentes por Valparaíso:**

Don CARLOS MAILLARD L.

y Don NESTOR NAVARRETE CONCHA

---

AGENCIAS EN TODAS LAS PRINCIPALES CIUDADES  
DE LA REPUBLICA

Continuación de la pág. 294

—¿Acaso no lo hemos hecho ya?

—No. Necesitamos sacar de aquí el polvo y las miasmas, no con una escoba o con un plumero que levantan nubes y no hacen sino cambiar de sitio las basuras, sino por un sistema que las haga desaparecer.

—¿Qué sistema es ése?

—Observe ese hoyo redondo, allá en la parte baja de esa muralla. Es la boca del barrido por el vacío. En la mañana, el mozo saca de dentro un tubo de acero terminado por una especie de embudo que aspira todo el polvo, y que el mozo pasea por todos los recovecos de esta pieza. Hay una boca semejante en cada una de las piezas de esta casa de veintiséis pisos. La basura aspirada va a la bodega y es incinerada en el fogón de la calefacción central.

—Está verdaderamente bien concebido. ¿Y esa llave, a cuyo costado observo unos vasos de papel blanco, colocados uno dentro de otro como los bonetes de los clowns?

—Esa nos proporciona agua esterilizada y helada. Pruébela. Es excelente, ¿no es verdad? No, no, no vuelva a colocar el vaso, no sirve sino para una vez. Tenga la bondad de tirarlo en ese canasto.

—Ahora, ¿lo he visto todo ya?

—Aún no. ¿No hay dos peligros que nos amenazan aquí?

¿Cuáles?

—El incendio y el robo. Es preciso evitarlos.

—Sí, sí, ya lo veo. Es necesario contratar un seguro.

—Un seguro es algo como un vendaje en una herida. Más vale, si lo podemos, prevenir la herida que no cuidarla.

—Pero, ¿lo podemos?

—Observe el cielo. ¿Qué ve usted?

—Veo tubos que forman una especie de tablero con casillas de dos metros cuadrados más o menos, y en cada intersección de tubos un aparato grueso de acero, como una ampolla eléctrica.

—Pues bien, estos aparatos que nosotros llamamos **sprinkler** son simplemente duchas giratorias. Si el fuego estalla aquí, estas duchas, que están cerradas e inmobilizadas por una soldadura especial fusi-



Desde el instante en que un ratero intenta franquear la rejilla protectora, se da la alarma eléctricamente en la **Holmes Protective Co.**

ble a la temperatura de 70 grados centígrados, serán puestas en acción por el fuego mismo, y formarán tantos chorros de agua que caerán en cascada en la pieza. Mi oficina quedará en un bonito estado, pero el fuego no se propagará.

—Sin embargo, me parece que un simple seguro costaría mucho menos caro que esta instalación.

—Tengo un seguro; pero por el hecho de que los riesgos de incendio son naturalmente más reducidos, mi seguro me cuesta tres veces menos caro, y hace ya muchos años que he economizado sobre mi seguro los gastos que he hecho en esta instalación. Lo mismo me ocurre con el robo.

**La protección contra el robo.** —¿Tiene usted también duchas giratorias?

—No, por cierto; pero sí un sistema de otro género. Observe los muros de la pieza; ¿no nota nada?

—Confieso que no.

—¿No ve usted que los muros están re-

# EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

## PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

### COMPANIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

---

---

#### Análises:

Agua higroscópica . . . . .	2.35%
Materia volátil . . . . .	39.25%
Carbón fijo . . . . .	51.40%
Cenizas . . . . .	7.00%
	<hr/>
	100.00%
	<hr/>
Azufre . . . . .	0.92%
Coke (aspecto sólido) . . . . .	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado . . . . .	7,500

---

---

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178  
Edificio Schwager, 4.o Piso**

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

---

---

**VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733**

Teléfono Inglés, número 1377

cubiertos con una rejilla de madera, como esa que sirve para construir los pabellones de los jardines?

—En efecto.

—Usted ve que cerca de las puertas y de la ventana, esa rejilla se repliega sobre sí misma como un fuelle de acordeón.

—Perfectamente.

—En la tarde, cuando dejo mi oficina, yo extendiendo esos fuelles, y la pieza se encuentra entonces rodeada por la rejilla.

—No será eso lo que impida entrar a un ladrón.

—Evidente; pero es que usted no percibe que detrás de cada barra de madera, hay un pequeño hilo eléctrico muy frágil que se corta a la menor tentativa de fractura. Desde el instante en que un hilo se corta, una campanilla eléctrica toca a rebato en la **Holmes Protective Co** (es el nombre de la Compañía que instala este sistema.)

—¿Y qué sucede?

—En la oficina de la Compañía se encuentran permanentemente detectives privados, enérgicos y bien armados. En cuanto una campanilla suena, leen en el cuadro la dirección del abonado a quien corresponde el llamado. Saltan a un auto siempre listo y llegan aquí en pocos minutos. Su intervención es generalmente sin efecto, porque usted supondrá que el ratero que se apercebe de que él mismo ha dado una alarma, escapa inmediatamente.

Me resta pedirle perdón. La media hora pasó y el viaje está terminado. ¿Está usted satisfecho?

—Estoy admirado. Pero, ¿me permite usted ser franco?

—¿Sea franco, se lo ruego!

—Pues bien. Aunque admiro las innovaciones que usted me ha hecho ver, confieso que es por casualidad que las encuentro reunidas en casa suya. Si usted no tuviera los medios de que dispone como jefe de una importante casa, si no hubiese particularmente desarrollado su gusto por estos perfeccionamientos modernos, usted no habría tenido jamás la idea de reunirlos aquí. Confiese que usted constituye una excepción, aun en los Estados Unidos.

—Amigo mío, su razonamiento es equivocado: primero, por centenas se cuentan en Nueva York los escritorios de este género

y por millares en Estados Unidos; segundo, no es porque yo sea rico por lo que he adquirido el gusto de las cosas modernas, sino porque teniendo el gusto de las cosas modernas he debido adquirir una fortuna; tercero, lo que importa no es que un número mayor o menor de perfeccionamientos, más o menos admirables, se encuentren acumulados en un mismo sitio: es el estado de espíritu que hace que se les ame y se busque siempre el progreso. Este estado de espíritu, cuya manifestación ve usted aquí, engrandece al hombre y le llena de orgullo, porque le da la satisfacción de dominar la materia por su inteligencia y de hacerla trabajar en su provecho. Lo que usted ha visto aquí no es sino una pequeña muestra, muy modesta, de este nuevo concepto. Todas nuestras instituciones sociales, todas nuestras explotaciones privadas están concebidas y organizadas en este mismo espíritu de modernismo y de progreso. Vaya a verlas; estúdielas de cerca. Quedará estupefacto ante el lujo, la potencia y la perfección de nuestra utilería.

—Veo que Francia es un pobre pequeño país al lado del vuestro.

—No me haga decir lo que no digo ni pienso. Me inclino muy bajo delante de Francia. Ella es la más alta personalidad moral del mundo. Sus altas virtudes, sus nobles aspiraciones, sus creaciones artísticas y aun su ciencia teórica son para nosotros un ejemplo más difícil de imitar que para vosotros el de nuestro progreso material; del mismo modo que es menos fácil para un rústico expresarse con elegancia que no comprar hermosos vestidos.

—Esta vez usted peca por exceso contrario y es demasiado duro con los Estados Unidos.

—Quiero admitir y me siento feliz de que nos separemos tan buenos amigos después de esta discusión.

—Muy buenos amigos. He comprendido su punto de vista y de él sacaré provecho.

—Así se lo deseo. Hasta la vista.

—Hasta la vista. ¿Por qué lado debo salir para encontrar los ascensores?

—No se tome ese trabajo. Me faltaba mostrarle mi ascensor privado que llega hasta mi oficina misma. Entre. Voy a apoyar el botón. En un segundo, estará usted a la altura de la calle. Adiós.

# BANCO ANGLO-SUDAMERICANO LTDO.

## VALPARAISO

---

CAPITAL AUTORIZADO . . . . .	£ 5.000,000
CAPITAL SUBSCRIPTO . . . . .	„ 4.500,000
CAPITAL PAGADO . . . . .	„ 2.250,000
FONDO DE RESERVA . . . . .	„ 1.600,000

---

CASA PRINCIPAL:

OLD BROAD STREET, LONDRES, E. C. 2

---

### SUCURSALES:

NUEVA YORK: (Agencia).—60, Wall Street.

FRANCIA: París, 16 Boulevard des Capucines y 23 Rue de la Paix.

ESPAÑA: Barcelona, Paseo de Gracia, 2; Bilbao, Estación 6; Madrid, Av. Conde Peñalver, 14, Gran Vía, Sevilla y Vigo.

CHILE: Valparaíso, Santiago, Iquique, Antofagasta, Copiapó, Coquimbo, Chillán, Concepción, Talcahuano, Punta Arenas.

ARGENTINA: Buenos Aires, Mendoza, Comodoro Rivadavia, San Rafael, Bahía Blanca, Puerto Deseado, Río Gallegos, Trelew, Rosario de Santa Fe, San Julián y Santa Cruz.

URUGUAY: Montevideo.

---

## Agentes en todas partes del Mundo

El Banco efectúa giros telegráficos y emite letras y cartas de crédito sobre corresponsales en todas partes del mundo. Se encarga de la compra y venta de valores, como también del cobro de dividendos, de la negociación y cobranza de letras de cambio, cupones, bonos sorteados y toda clase de operaciones bancarias.

Abre cuentas corrientes y recibe depósitos a la vista y a plazo, a tipos convencionales.

**T. C. HOBBS.**

GERENTE.

NOTA.—Este Banco ha instalado provisoriamente sus oficinas en la calle A. Prat Núm. 276, mientras dura la reconstrucción de su edificio propio en la misma calle.

PERMANENTE EXPOSICION  
DE

••••• **ROPA BLANCA** •••••

FABRICANTES:

**FRATELLI  
CASTAGNETO**

SANTIAGO



**FABRICANTES DE ROPA BLANCA** bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

**NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME** ventaja sobre cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

**AGRADECEREMOS PIDA DATOS**, muestras y precios a otras partes y confrontar con los nuestros y se convencerá de la **gran ventaja** de los artículos de nuestra fabricación.

COMPANÍA DE SEGUROS  
CONTRA  
INCENDIOS, RIESGOS DE MAR, ETC.

LA  
“INTERNACIONAL-CHILE”

AUTORIZADA POR DECRETO SUPREMO DE SEPTIEMBRE 7 DE 1910

---

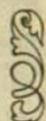
Capital Subscrito y Pagado . . . . .	\$ 1.000.000,00
Reservas hasta Junio 30-1919. . . . .	„ 2.669.485,44
Total Disponible. . . . .	„ 3.669.485,44

---

**DIRECTORIO**

PRESIDENTE

Don Carlos Alvarez Condarco



VICE-PRESIDENTE

Don Roberto Pretot Freire

DIRECTORES

Don Carlos García L., Don Gmo. Luis Plummer, Don Enrique Middleton  
Cruz, Don Víctor Prieto Valdés, Don Marcos Montt,  
Don Guillermo Condon

DIRECTOR-GERENTE: Don Roberto Barroilhet

Oficina Principal:

**VALPARAISO, COCHRANE 639 O BLANCO 638**

Agencias en todas las principales ciudades de la República y en  
Londres



Este coche se presta, especialmente para uso en la ciudad, para todos aquellos que precisan de un medio de locomoción sin lujo, pero rápido, de costo reducido y de económica mantención.

---

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO

SANTIAGO

# FRANKLIN

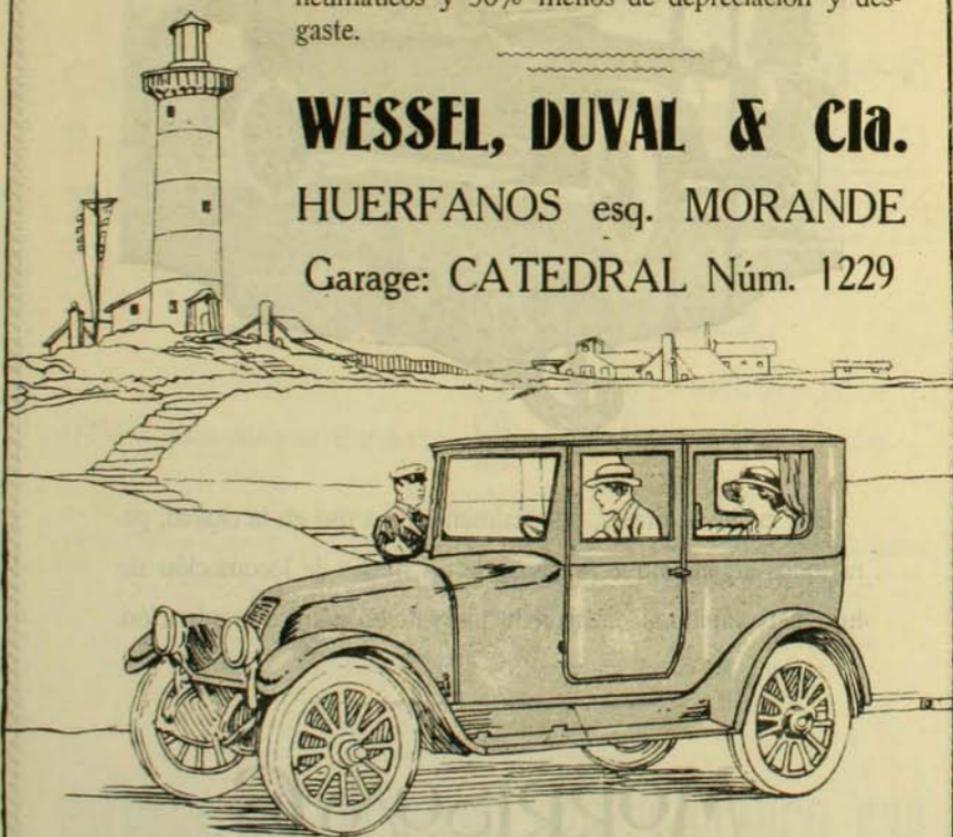
El automóvil FRANKLIN, refrigerado por aire, ha conseguido abrirse paso dentro de la gran competencia actual, debido a que sus fabricantes han conseguido producir automóviles de gran comodidad y confort reduciendo los gastos de mantención y consumo.

Con su nuevo sistema, el FRANKLIN le representa a Ud. 20 millas por galón de gasolina, 14.500 millas un juego de neumáticos y 50% menos de depreciación y desgaste.

**WESSEL, DUVAL & Cia.**

HUERFANOS esq. MORANDE

Garage: CATEDRAL Núm. 1229



# COMPANIA SUD-AMERICANA DE VAPORES

OFICINA PRINCIPAL:

VALPARAISO, BLANCO 695

LINEA DE VAPORES DE LA COSTA OCCIDENTAL  
DEL PACIFICO

Servicio semanal rápido entre Valparaíso y Cristóbal en 14 días atendido por los modernos y magníficos vapores de pasajeros, dotados de telegrafía inalámbrica

**“AYSEN” - “HUASCO” - “PALENA”**  
**“IMPERIAL”**

Los vapores salen de Valparaíso los días miércoles en la tarde y tienen conexiones en Antofagasta y Arica por los trenes internacionales para Bolivia los mismos días de llegada y en Cristóbal para Estados Unidos en las lujosas naves de United Fruit Co., y para Europa en otras Compañías.

Servicio quincenal entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú) en 14 días, prestado por los cómodos y excelentes vapores, dotados también de telegrafía sin hilos.

**“MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”**

que salen de Valparaíso los días sábados en la tarde.

Servicio periódico a los puertos del Sur atendido por el vapor “CAUTIN”, según avisos que se publican con la oportunidad del caso.

## PROXIMAS SALIDAS DE VALPARAISO

“Mapocho”, para Pimentel e intermedios, el sábado 4 de Octubre.

“Huasco”, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 8 de Octubre.

“Imperial”, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 15 de Octubre.

“Cachapoal”, para Pimentel e intermedios, el sábado 18 de Octubre.

“Palena”, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 22 de Octubre.

“Maipo”, para Pimentel e intermedios, el sábado 1.º de Noviembre.

## AGENCIAS:

en Santiago, Carlos Rogers, Bandera esquina Moneda

EN PARIS

A. P. Dupont Rue Halevy 4.

EN NEW YORK

John R. Livermore Inc. 21-24 State  
Street

EN CRISTOBAL

United Fruit Company.

EN BUENOS AIRES

Expreso Villalonga, Balcerce esquina  
Moreno

**COMPañIA**

DE

**LOTA Y CORONEL**

Minas de Carbón de Lota y Coronel

Fábrica de Ladrillos, Baldosas y Cañería de Greda

**AGENTES EN VALPARAISO:**

**COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL**

**AGENTE EN SANTIAGO:**

**SEÑOR LUIS VIDELA HERRERA**

Calle Estado, esquina Moneda  
(Edificio Banco Hipotecario de Chile)

CASILLA NUMERO 1 853

# ALIMENTO MEYER ES EL MEJOR



¡VIVA CHILE!



DENTÍFRICO



CAOQUELIZ



ALMACEN de VENTA AHUMADA 272



# PACIFICO

≡ MAGAZINE ≡





# Ralston



TENEMOS EN EXPOSICION NUE-  
VOS Y ELEGANTES MODELOS RE-  
CIENTEMENTE RECIBIDOS.

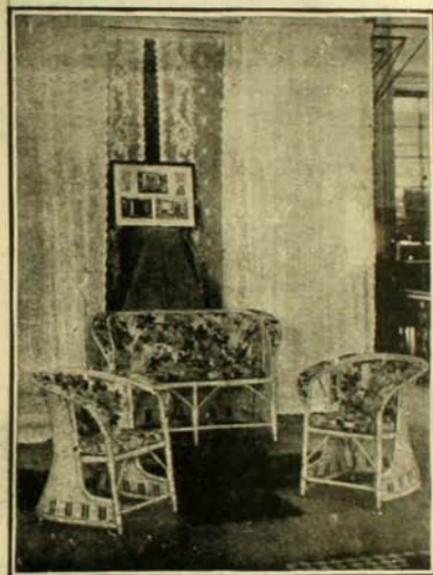
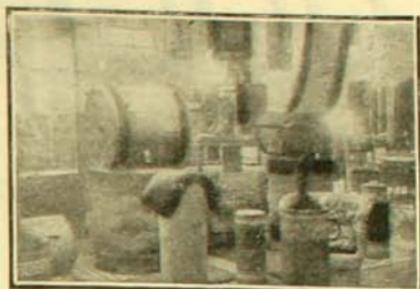


**CASA NORTE-AMERICANA**

246 - ESTADO - 246

Agentes Generales: **M. ARTIGAS y Cía.**  
Casilla 2970, 'SANTIAGO

Enviamos a Provincias, Catálogos Ilustrados



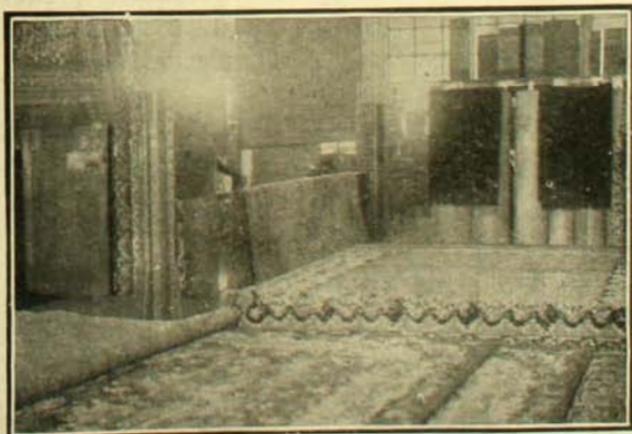
En un nuevo departamento que hemos abierto recientemente en nuestra oficina en Valparaíso, se encuentran:

ALFOMBRAS INGLESAS  
LINOLEUM INCRUSTADO  
CORTINAJES  
CRETONAS  
MANTELERIA DE HILO  
SABANAS, COLCHAS, ETC.,

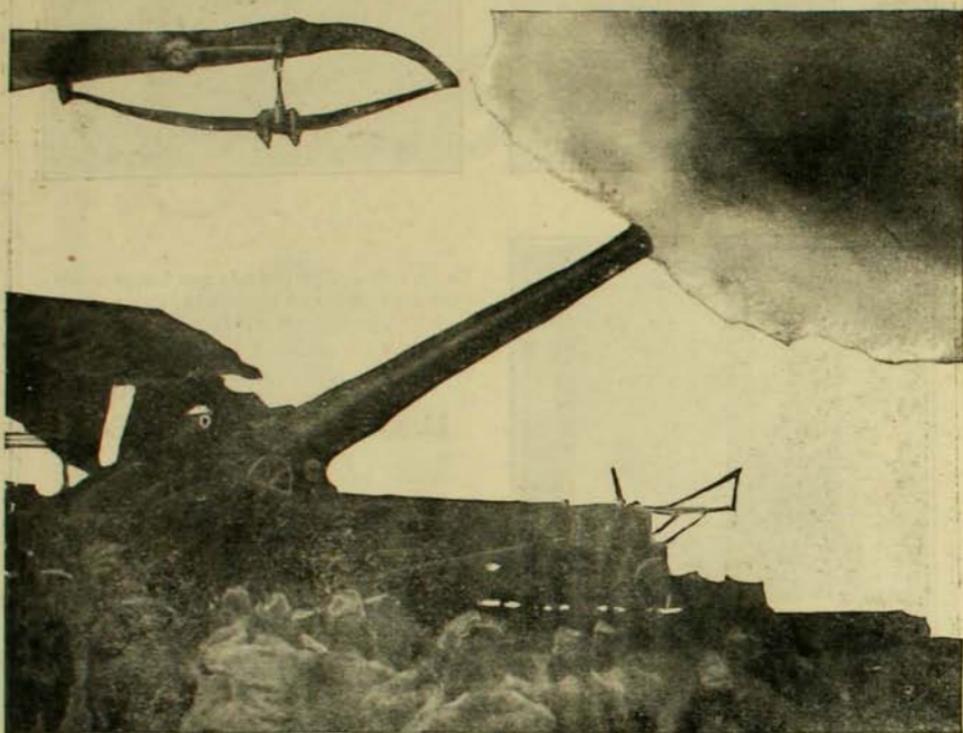
Rogamos hacernos una visita donde

**MORRISON & Co.**

Calle Cochrane. VALPARAISO



# "HOUDAILLE"



La suspensión hidráulica "HOUDAILLE" para automóviles está basada en el mismo sistema usado por las grandes piezas de artillería moderna.

Los positivos resultados del amortiguador "Houdaille" pronto son reconocidos por las personas que aciertan a equipar sus carros con este sistema, obteniendo gran estabilidad en la marcha, y deslizamiento suave en los caminos ásperos.

La inversión en un equipo "Houdaille" le representa economía en la duración de su máquina, carrocería, chasis, etc., y le hará su coche agradable y útil.

## WESSEL DUVAL y Cía.

Huérfanos esq. Morandé. - Garage: Catedral 1229

## EL ORIGEN DEL "KAKI"

El kaki, tan generalizado hoy en los ejércitos, se empleó por primera vez en 1848, en la India inglesa, y por recomendación de sir Harry Burnett Lunsder, para uniformar un cuerpo especial, encargado de hacer ciertos reconocimientos y de guiar a las tropas inglesas en la frontera Noroeste de la India.

La tela escogida era una especie de cutí de algodón, muy a propósito para el clima del Indostán. Se le dió el nombre del kaki, voz india derivada de *khak*, que significa *polvo*. No hay que decir que se le dió tal denominación atenuando excesivamente al color de la tela.

Antes de esta fecha, las tropas coloniales inglesas vestían de blanco. En una ocasión, un batallón entero hubo de vadear un río cenagoso, y los soldados salieron del agua con sus blancos uniformes teñidos de kaki. Al reunirse al grueso del ejército, que había ya entablado el combate, el batallón entró en fuego sin que los soldados hubieran tenido tiempo de limpiarse. Cuando la lucha se pudo observar que las bajas del batallón kaki eran mucho menos elevadas que las sufridas por los batallones blancos.

Sir Burnett Lunsder hizo una información, y el kaki fué adoptado.

Las tropas inglesas ya lo usaban en 1857, cuando la sublevación de los cipayos.

También lo llevaban las que hicieron la campaña del Transvaal; pero como el cutí de algodón no abrigaba lo que era necesario en aquel clima, se substituyó con una tela de lana con el mismo color y nombre de kaki.

\* \*

## LA DOCTORA WALKER

Recientemente, y a los ochenta y ocho años de edad, ha fallecido la doctora Mary Walker.

Esta señora gozaba de gran popularidad en los Estados Unidos, no sólo por haber sido la iniciadora del movimiento feminista en Norte América y una de las primeras en ejercer la Medicina, sino porque fué la primera y la única que legalmente tenía el derecho de vestirse de hombre.

Cuando estalló la guerra de Secesión, la señora Walker, que ya había conquistado excelente fama profesional, fué admitida en el Ejército de los unionistas con el grado de teniente médico, y el Congreso le concedió el privilegio de poder usar trajes masculinos.

Durante la guerra llevó el uniforme lo mismo que cualquier otro de los médicos militares; y después y ya vuelta a la vida civil, siguió visitándose de hombre y usando habitualmente pantalones, levita y sombrero de copa.

Más de una vez, su aparición en lugares en que no era conocida y entre gentes que ignoraban su derecho a vestir así, provocó escenas desagradables para ella. En algunas ocasiones fué detenida por la policía, y para recobrar la libertad hubo de aportar el acta del Congreso en que se le concedió el privilegio. Frecuentemente era ~~padecido sobre su oído~~ ~~había un no~~ ~~uniformidad~~ ~~culares~~ (son sus palabras) **salia siempre del apuro replicando con toda la energía exigida por su traje.**

A pesar de estos contratiempos, la señora Walker era entusiasta de la **ropa masculina.**

—¡Os aseguro—solía decir a sus amigas—que los pantalones son una gran cosa!

## COMO CURAR LA SORDERA CATARRAL O LOS ZUMBIDOS DE CABEZA

Si Ud. tiene catarro, sordera catarral o siente los zumbidos de cabeza que el catarro ocasiona, o las flemas que gotean al fondo de la garganta, o siente catarro estomacal o intestinal, se alegrará de saber cómo se puede librar enteramente de todos estos síntomas adictivos con muy poco trabajo, a muy poca costa y en su propia casa. Todo se reduce a conseguir un pomito con una onza de Parmentá (Doble Fuerza), llevárselo a casa, agregarle 1-5 litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar granulado, batirlo hasta que se disuelva y de ello tomarse una cucharada de las de postre cuatro veces al día. Desde el primer día de tratamiento notará la mejoría; como va respirando con más facilidad, los ruidos y dolores de cabeza disminuyendo gradualmente, así como la sensación de estupor y confusión de ideas, etc., bajo la acción tónica del tratamiento. Lo que se había perdido en oído y en paladar, aquel goteo de flemas en el fondo de la garganta, que también son síntomas sugestivos de catarro, todo esto va cediendo a la acción eficaz de este tratamiento. Casi el noventa por ciento de afecciones al oído provienen del catarro, y siendo esto así, muchos han de ser los beneficiados por un tratamiento casero tan simple como éste.

## Bonos Panamá

Premios: 500.000 fr., 250.000 fr., 100.000 fr., etc. Sorteo cada trimestre. No es Lotería; es un Ahorro; nadie pierde su capital. Próximo sorteo el 15 de noviembre. Pedir prospectos.

M. MASBOU

Agencia Franco-Americana: Santo Domingo 969, Casilla 1485.—Santiago.

## EL PELIGRO DEL ESTOMAGO ACIDO

Serías úlceras gástricas, dispepsia e indigestión crónica, resultados del descuido, dice una autoridad. Declara que de diez estómagos, nueve contienen "demasiado ácido".

Enfermedades del estómago, dispepsia, indigestión, agruras, gas, acedia, fermentación de los alimentos, etc., en cada diez casos, nueve son causados por "Estómagos Ácidos crónicos", dice una autoridad bien conocida.

El abrasador ácido hidrocórico se desarrolla en el estómago de un modo alarmante. El ácido irrita e inflama las delicadas paredes del estómago y con frecuencia es conducente a gastritis acompañada por graves úlceras del estómago. No medicine un estómago ácido con pepsina, digestivos artificiales que solamente dan un alivio temporal al dolor, arrojando del estómago a los instintos los alimentos agrios y fermentados. El ácido causante de la disturbación se queda en su estómago, tan peligroso como siempre.

En lugar de hacer esto, neutralice o purifique su estómago ácido, después de las comidas, con una copa de agua caliente y Magnesia Divina, y no solamente se desvanecerá el dolor, sino que sus comidas serán digeridas naturalmente.

Nada hay mejor para purificar y arreglar un estómago ácido que un buen baño de magnesia. Esta absorbe el ácido perjudicial en exceso, como lo haría una esponja o papel secante y su estómago obrará y se sentirá perfectamente en unos cuantos minutos. Magnesia Divina es la magnesia especial mínima que debería usarse para este fin y puede conseguirse en cualquier droguería buena, es segura, digna de confianza, fácil y agradable al paladar, no es purgante y es muy barata.

# UN MAL VOLATINERO



El vendedor que trata de sostener un producto sospechoso intenta un equilibrio imposible y no logra otra cosa que ponerse en ridículo ante las gentes sensatas. El comprador de buen criterio exige siempre, las Tabletas Bayer de Aspirina y rechaza todos los substitutos e imitaciones. Proceda Ud. con igual acierto. Recuerde siempre que defenderse de las imitaciones es tan importante como defenderse de las enfermedades mismas. Cuando pretendan venderle productos desconocidos diciéndole que son «tan buenos como las Tabletas Bayer de Aspirina» rechácelos terminantemente porque lo están engañando.

Las TABLETAS BAYER DE ASPIRINA son únicas e insustituibles. Nunca compre otras. Para identificarlas, fíjese en que cada una de ellas, lo mismo que la cajita de cartón en que va el tubo, la etiqueta de éste y su tapa de rosca, lleven la Cruz Bayer





# COCHES para GUAGUAS DE MIMBRE, MADERA,

Plegadizos y Fijos. Tapizados elegantemente en su interior y están provistos de su freno de palanca. llantas de goma, etc.

Son construídos del mejor material siendo livianos y al mismo tiempo de mucha duración.

---

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO

SANTIAGO

# SUMARIO

	Págs.
ERNESTO HAECKEL, 1834-1919, Omer Emeth. . . . .	353
RECUERDOS DE DON RICARDO PALMA, Alberto Edwards . . . . .	356
EL CASO DE JUAN FREDES, Hipólito Tartarín. . . . .	359
Sra. MARIA LUISA FERNANDEZ DE GARCIA HUI- DOBRO. (Foto Rembert). . . . .	366
LOS DIPUTADOS, ESTUDIO ZOOLOGICO-POLI- TICO, J. B. C. . . . .	367
DEPORTES, 15 de septiembre a 15 de octubre. . . . .	374
LA LEGACION CHILENA EN VIENA, ASILO DE ARCHIDUCOS DE AUSTRIA, L. D. O. . . . .	375
EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA.—UN PA- LACIO CLAUSTRAL, Hernán Díaz Arrieta. . . . .	377
LOS LIBROS, SU ORIGEN, SUS AMIGOS Y SUS CASAS, Luis Popelaire. . . . .	391
MASCARILLAS.—(III) DON ENRIQUE MAC-IVER, Juan de Armaza. . . . .	406
CHUQUICAMATA, Planta, R. Valenzuela. . . . .	407
FIUME, LA ULTIMA ODA NAVAL DE D'ANNUNZIO, Mariano Latorre. . . . .	415
A LA TIERRA, Daniel de la Vega. . . . .	418
A 12.000 METROS DE ALTURA, A 500 KILOMETROS POR HORA. . . . .	419
GIUSEPPE, Federico Gana. . . . .	422
CARTAS DE UN ESCEPTICO, Martín Escobar. . . . .	425
PAGINA COMICA. . . . .	430
LA VIVISECCION, DESDE LOS PUNTOS DE VISTA CIENTIFICO Y SENTIMENTAL, SUS DEFENSO- RES Y SUS IMPUGNADORES. . . . .	431
LA CASA QUE DUERME, Camilio Lemonnier. . . . .	437
EN EL SANTUARIO. . . . .	447
LOS DIBUJOS DE G. C. BOLIN, Raúl Simón. . . . .	448
LOS PREMIADOS EN LA FIESTA DE LOS ESTU- DIANTES. . . . .	451
VIDA LITERARIA.—"Por la Gloria de San Ambrosio", nove'la de Honorio Henríquez. . . . .	452
CONCURSO DE OJOS.—Los políticos desenmascarados. . . . .	454
EL ARTE EN EL HOGAR, Esilda. . . . .	454

## NUESTRA PORTADA:

Es uno de los cartones más ce de paso entre nosotros. Llama-  
mos la atención de nuestros lec sobre el artículo de Raúl  
Simón, que se publica en este n úmero.

## ERNESTO HAECKEL

1834<sup>r</sup> - 1919

Por OMER EMETH

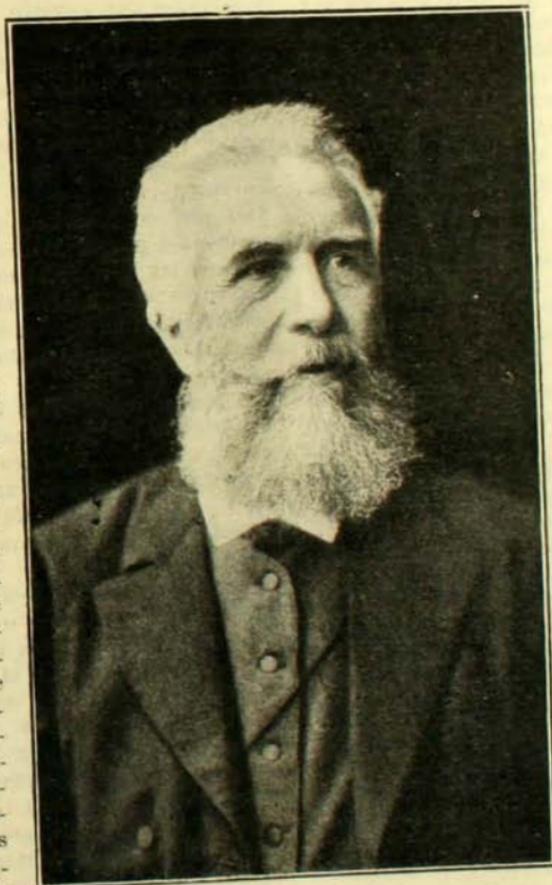
Por más discutibles y discutidas que sean las doctrinas filosófico-científicas propagadas por Ernesto Haeckel en un mundo ávido de novedades, es menester rendir a aquel sabio alemán el homenaje de respeto que merece una larga vida dedicada por entero a la ciencia.

Como tantos contemporáneos nuestros que busban en los estudios científicos el mero provecho material, pudo Haeckel despreocuparse de los grandes problemas y aprovecharse de las soluciones que otros descubrieron. En su profesión de médico, este sistema "pragmático" pudo serle cómodo y lucrativo; pero la insaciable curiosidad que despertaron en él las lecciones de sus maestros J. Müller, Virchow y Kolliker, no le

dejó paz bastante para resignarse a la visita diaria de los enfermos. Había nacido para estudiar problemas más vastos. La

biología le atraía más que la medicina práctica. Y así fué como, a la primera oportunidad, abandonó su profesión para ir en calidad de "privat-docent" a la Universidad de Jena (1861). Allí, en tan propicio ambiente, desarrolláronse sus naturales aptitudes para la investigación y la enseñanza, y luego, (1865), en vista de sus éxitos profesoriales, aquella universidad erigió, para él, la cátedra de Zoología que el profesor Haeckel ha ocupado durante 43 años.

No es mi ánimo reseñar aquí sus innumerables obras. Sería tarea larga y la reseña que de ellas se hiciese, cabría dif.



Ernesto Haeckel.

cilmente en el escaso espacio de que dispongo.

Lo único que pretendo, es dar una somera idea de la principal doctrina "haeckeliana" y del alcance que debe asignársele en filosofía.

Desde luego, debemos advertir que, para Darwin, fué Haeckel, en Alemania, lo que Huxley en Inglaterra: el primer apóstol y el más poderoso propagandista de las doctrinas contenidas en los famosos libros **El Origen de las Especies y la Descendencia del Hombre**. Aunque, como escritor, distase leguas de parecerse al maravilloso Huxley, consiguió Haeckel, a fuerza de insistentes y enérgicas afirmaciones, obligar a los intelectuales alemanes a prestar oído a Darwin. Era un vulgarizador de primera fuerza, uno de esos hombres hábiles que saben dar a la ciencia un aspecto atrayente, pero sin despojarla de sus galas, y le procuran la veneración de la muchedumbre. Modelo de vulgarización es, por ejemplo, su famoso libro intitulado **Enigmas del Universo**. Allí los problemas que no aparecen resueltos en el texto, reciben una fácil y elegante solución en los grabados: el lector propenso a la admiración crédula acepta como enigmas ya resueltos esas figuras en que se ve, como en un cinematógrafo, el mundo condensarse, primero, en una nebulosa, y luego, formada la tierra, surgir esas moneras que, andando el tiempo y tras de una larga evolución, darán origen a los vertebrados y entre estos a los primates y por fin, al más notable descendiente de éstos, al Hombre.

¿Qué valen científicamente esas figuras dibujadas por Haeckel? Es este un problema que sólo los especialistas pueden resolver. Yo, por mi parte, sabedor de la natural inclinación que lleva al hombre (y, principalmente, al apóstol) a dar "un coup de pouce" a las pruebas y argumentos favorables, y a "operar" con suave mano de cirujano a las pruebas y argumentos desfavorables, me quedo maravillado, pero intranquilo ante esas imágenes demasíadamente elocuentes. Y no soy el único bastante audaz para dudar: otros dudaron antes que yo, como lo comprueba esa polémica de Arnold Brass con Haeckel, de la cual resultó que el sabio profesor de Jena ha-

bía inventado del todo o en parte algunas de las figuras embriológicas que adornan sus libros y les dan, para el público no enterado, su mayor fuerza probatoria.

De ahí nace el escepticismo con que, desde siempre he mirado la famosa "Ley Biogenética Fundamental" que Haeckel consiguió introducir en la ciencia y según la cual, en el desarrollo embrionario del individuo, se reproducen y se compendian las fases de la evolución de la especie, doctrina que técnicamente, suele formularse en la frase siguiente: "el desarrollo ontogénico es una reproducción compendiada del desarrollo filogénico."

No me causa esta ley la menor zozobra. No alcanzo, en efecto, a descubrir en ella nada que pueda, en manera alguna, chocar con mis ideas filosóficas ni con mis convicciones religiosas. Antes bien, páreceme lógico que, por ejemplo, en la formación del hombre, (en quien la filosofía tradicional nos enseña a ver un compendio del Universo, un "microcosmo",) se ejecute una especie de repetición de la creación toda. Pero, lo confieso, esas figuras, tan fáciles de fabricar y de "retocar", no me convencen...

Lo que, en Haeckel, es absolutamente inaceptable porque lo hallo en contradicción con las leyes fundamentales de la lógica, es su filosofía general o sea, ese "monismo" que él ha rejuvenecido y propagado en el mundo dándole el aspecto de una religión.

Si bien miramos estos asuntos, veremos que, tras de los problemas a que dió origen la publicación del libro de Darwin, queda siempre sin solución un magno problema, el problema esencial, radical y fundamental del origen del mundo, el **problema de Dios**.

Con o sin darwinismo ya sea que el hombre descienda del mono o de lo que más nos plazca, nos hallamos siempre en presencia de esta dificultad: el mundo existe y es menester explicar su existencia. ¿Cómo nació? ¿Cómo se formó?

Kant, Laplace, Faye y otros sabios explican lógica y científicamente la formación de los mundos, pero sus teorías cosmogónicas no resuelven el problema esencial, porque, con o sin nebulosa primitiva, no nos descubren el origen de la materia mis-

ma que se condensó en aquella nebulosa.

Estamos en presencia de un dilema: debemos escoger entre una materia eterna dotada de un movimiento tan eterno como ella, y una materia no eterna cuyo movimiento tuvo principio y le fué comunicado de fuera por algo o alguien que no era ella. Si se demostrase que la primera hipótesis es ilógica, fuerza sería admitir la segunda o sea, que el mundo ha sido creado.

Los partidarios de la eternidad de la materia se llaman hoy por hoy, "monistas", y son discípulos más o menos fervorosos de Haeckel. Para ellos, todo es materia y movimiento en el universo: de una materia única y eterna ha salido y sale por vía de interminable evolución todo cuanto existe hoy en el mundo.

Pero, por más que Haeckel nos repita que "no hay materia sin fuerza, ni fuerza sin materia", o que "la energía es coexistente con la materia", no por esto dejamos de recordar que, según lo enseñan todos los tratados de física, la *inercia* es una de las propiedades fundamentales de la materia. Es proposición corriente en los libros de física mecánica que "todo sistema de cuerpos en movimiento tiende a ponerse en equilibrio y, por consiguiente, llegará al reposo en un tiempo más o menos largo."

Admitidas estas leyes y suponiendo que no exista acción alguna contraria capaz de compensar el efecto de ellas, podemos fácilmente demostrar que el movimiento no es eterno.

Si, en efecto, el Universo, como todos los físicos lo reconocen, es un sistema limitado de cuerpos, ha de tender hacia el equilibrio y el reposo. Pero sabemos por propia experiencia que el Universo no ha llegado todavía al equilibrio y reposo hacia el cual tiende. ¿Por qué no se ha cumplido en él la ley física arriba citada? Por falta de tiempo para ello, contestarán los monistas.



Ernesto Haeckel

¡Muy bien! Pero la verdad es que, si el mundo fuese eterno, habríale sobrado tiempo, pues, por el hecho de ser eterno, el mundo sobrepasaría en duración a toda duración dada. El mundo no puede, por consiguiente, ser eterno.

Esto se compendia en el siguiente entimema clásico: El movimiento persevera aún; luego tuvo principio. Pero, por el hecho de haber tenido principio, ha de tener una

causa. Esta causa, por las razones dadas arriba, no puede ser la Materia. Es, pues, necesario admitir un motor de la materia distinto de ella y exterior a ella.

Contra esta cadena de deducciones viene a estrellarse el Monismo de Haeckel, el cual, en último análisis, se halla en contradicción con los axiomas fundamentales de la lógica. Entre estos, uno, muy conocido, nos enseña que, "no hay fenómeno ni hecho que no tenga causa."

A tales resultados llegan los naturalistas y biólogos que, no contentos con observar, describir y clasificar los hechos, pretenden edificar con y sobre ellos vastos sistemas de filosofía!...

El esfuerzo monista de Haeckel en el campo filosófico ha sido poderoso, pero vano, como fueron en épocas anteriores los de todos los Panteístas, sin exceptuar a Hegel ni a Benedicto de Spinoza.

Es justo, sin embargo, recordar aquí un hecho que honra a Haeckel y demuestra que la Ciencia puede hermanarse con el Arte. Entre las obras publicadas por el profesor de Jena en los últimos años de su carrera, cuéntase una intitulada *Kunstformen der Natur* (1904), en que el sabio biólogo manifiesta su admiración y su amor por la belleza revelada en las formas de la Vida. ¿Quién sabe si después de sosegadas todas las controversias del Evolucionismo y del Monismo, no habrá de ser esta la obra más duradera de Ernesto Haeckel?



# Recuerdos de don Ricardo Palma

Por ALBERTO EDWARDS



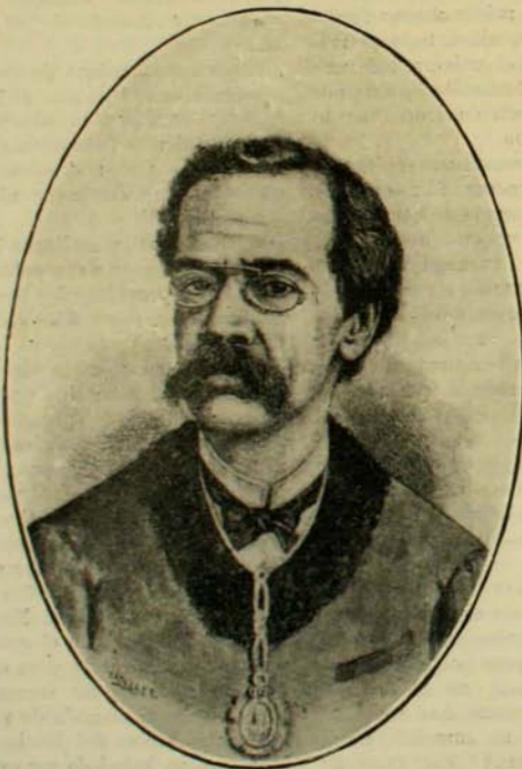
LIMA seduce sin ser precisamente bella. Existe en esa ciudad, como en ciertas mujeres, un encanto particular, un algo misterioso que nos atrae y enamora, sin poderlo definir. La enervante dulzura del clima, la gracia criolla y negligente de sus habitantes, esa placidez romántica de las sociedades pequeñas en que todos se conocen, como en nuestro Santiago de antaño, cierto sello de distinción aristocrática que evoca el virreinato, negros ojos que brillan de pasión y de malicia, garbos y donaires inimitables, miradas y palabras dulces como la caña de los trópicos, un amable mundo que se va, el mundo de la vieja América española, que amenaza sepultar la monótona uniformidad de la civilización moderna: eso es Lima.

He causado varias veces escándalo sosteniendo que la antigua capital de los virreyes es la única ciudad de nuestro continente del sur, que merece ser visitada por los turistas. Con perdón de Buenos Aires y de

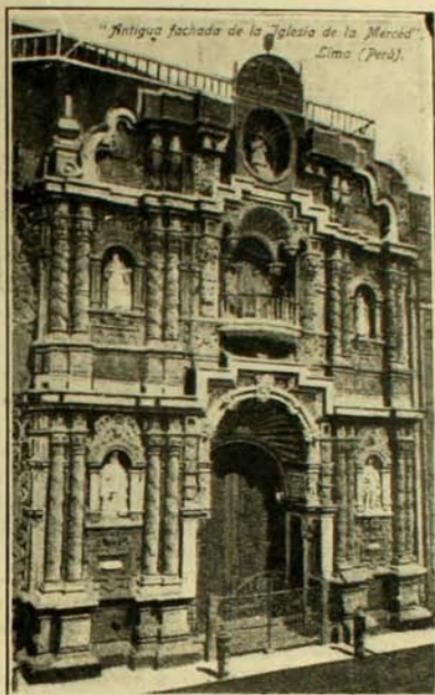
Río Janeiro, así lo creo. En esas fastuosas improvisaciones del oro, el extranjero nada encuentra que no se halle en todas partes. Chicago también es una ciudad portentosa, pero nadie va a Chicago por placer. En Europa el hombre de gusto puede prescindir de Hamburgo y aun de Berlín, pero no de la graciosa Florencia ni de la romántica Pisa.

Don Ricardo Palma era en su ancianidad venerable uno de los grandes recuerdos de Lima. Los turistas se creían en la obligación de visitarle, como una parte imprescindible de su programa. Era algo como el palacio de Pizarro, los viejos portales de la Plaza Mayor, la Catedral, San Francisco, San Pedro, la casa de Torre Tagle, el palacio de la Inquisición... El lo sabía muy bien y a cuanto extranjero le era presentado le hablaba de Lima.

Apenas hay bellezas ni recuerdos sin arte. Alguien ha dicho que la Grecia fué obra de Homero. Acaso lo que presta a Lima su mayor encanto son las tradiciones de Palma. El supo dar relieve



*Ricardo Palma*



Antigua fachada de la Iglesia de la Merced, Lima.

y color al romántico escenario del Rimac. El ha sido el creador de mil evocadoras fantasías, que han deleitado a muchas generaciones. Lima era cosa suya.

La tenía un amor extraño. No gustaba verla engalanarse y crecer, comprendiendo sin duda que la transformación de la vieja ciudad iba a ser la muerte de su Lima, de la Lima de Palma.

Recuerdo haberle oído protestar indignado contra la construcción de casas al estilo moderno.

Nada más pintoresco, pero tampoco nada más incómodo que la antigua nomenclatura de las calles de Lima. Cada trozo entre dos esquinas llevaba un nombre diferente, legado por la colonia, envuelto en una tradición. Había la calle de las Siete Jeringas, las de Ya Parió, Escribanos, Espaderos, Botoneros, Judíos, etc... Una Municipalidad, en tiempo ya remoto, quiso poner fin a esta originalidad de Lima y bau-

tizó las calles con nombres nuevos y en la misma forma que en las ciudades vulgares.

Don Ricardo Palma no pudo conformarse jamás con esta innovación. Me habló de ella cada vez que tuve el honor de visitarle, y siempre con igual fervor.

—Cuando ando por la calle, me dijo en una ocasión, prefiero no levantar la vista para no ver esos letreros innobles...

Parece que el pueblo de Lima piensa como Palma. En Santiago apenas los viejos saben dónde estaban las calles del Peumo, de la Ceniza, de las Ramadas. En Lima nadie ignora los nombres antiguos y muchos ni siquiera conocen los nuevos... Los cocheros dicen que no los entienden...

Se ha pintado a Palma como un encarnizado enemigo de Chile. Bien puede ser que así haya sido, pero era demasiado culto para dejarlo ver muy a las claras.

Un día me habló de ello.

—Yo no odio a los chilenos como suelen afirmar, me dijo. Al contrario, tengo allá en su país muy buenos amigos...



Lima.—El Senado.



Lima.—Paseo 9 de Diciembre.



Plaza de Armas y Portal de Botoneros, Lima.

Y me nombró por lo menos dos docenas de personas, la mayor parte literatos o diplomáticos distinguidos de la pasada generación. Hacía recuerdos especialmente simpáticos de don Carlos Toribio Robinet.

—Créame, señor, me dijo otra vez, yo guardo gratitud a los chilenos por su comportamiento cuando entraron a Lima. Se condujeron con disciplina y como un pueblo civilizado. Esta ciudad cayó al día siguiente de una batalla y no se produjo, sin embargo, un solo incendio, el menor desorden. Es lástima, agregó sonriendo tristemente, que sus compatriotas no nos guardaran ciertas consideraciones, insignificantes si usted quiere, pero que valen mucho en estos casos. Nunca podré olvidar lo que hicieron con el pobre Perico. (1)

—¿Quién era ese Perico?

—En Chile nadie lo conoce, sin duda, y aquí nadie ha podido olvidarlo... Perico era un elefante del zoológico, un limeño cuyo nacimiento fué la preocupación de la ciudad por muchos días. Todos le queríamos como cosa nuestra, como el encanto y la diversión de nuestros hijos... Creo que nos conocía personalmente... Le llevábamos golosinas, le mimábamos... El gran

(1) Pongo Perico porque no recuerdo el verdadero nombre.

paseo de los domingos, la alegría de la familia menuda era ir a ver a Perico... ¡Nos llevaron a Perico! Yo lo vi embarcar... Pobre animalito... Le izaron con un cabrestante del muelle, el cordel se rompió y el pobrecito se hizo mucho daño... ¡Cómo lo martirizaron! El comprendía que lo desenterraban, que le llevaban a la muerte...

—¿Murió?

—Murió apenas llegó a Santiago... ¿Por qué no nos dejaron a Perico? Ustedes no lo querían como nosotros.

La Biblioteca de Lima se encuentra instalada en un majestuoso edificio colonial que fué en lo antiguo el claustro de los jesuitas. El señor Palma tuvo un día la amabilidad de acompañarme a visitarlo. Llegamos a la gran sala central, que es muy notable por su tamaño y proporciones.

—¡Hermosa sala!, observé.

—Muy hermosa... ¿Usted sabe que fué caballeriza?

Creí que se trataba de una de sus muchas tradiciones.

—¡Caballeriza! ¿En tiempo de qué virrey?

El me miró sonriendo con socarronería.

—En tiempo del virrey Lagos,—me repuso,—un compatriota de usted.

No recuerdo de él otro alfilerazo.





# El caso de Juan Fredes

Por Hipólito Tartarin



AIME Fredes se paseaba agitadoísimo cuando fui introducido a su escritorio. Me esperaba con impaciencia. Ibamos a discutir un asunto que debía importarle mucho a él.

Su semblante demostraba tristeza. Apenas balbuceó unas gracias al saludarme. Con una seña me indicó que me sentara. El seguía en sus paseos con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. Era un hombre de baja estatura, de miembros proporcionados, delgado, de facciones finas, ojos grandes y sombreados.

—¿Te recuerdas de mi hermano Juan?— me dijo de pronto, sin mirarme, en tanto se sentaba a su mesa de escritorio y buscaba algo en los cajones.

El sabía mi vieja amistad con su hermano, pero su pregunta era muy natural: diez años hacía que no se le nombraba entre nosotros. Juan había cometido un robo y

vivia desde entonces en Punta Arenas, desterrado voluntariamente. Y, además, ¿cómo no recordarle si era el retrato del hermano que tenía delante?

—Acaba de morir,—me dijo.—Ha sido bien triste el final de su vida. Los últimos años los ha vivido sabiéndose despreciado de todo el mundo, de sus amigos, y, sobre todo, de su hermano que le adoraba. ¡Porque yo le he creído culpable también! Ahora, junto con la noticia de su muerte, recibí de él una especie de testamento moral. Me hace el relato minucioso de su historia, de su tremenda historia. Me confía un secreto y me pide que lo guarde como él lo ha guardado. ¡Ha sido un héroe, y un héroe anónimo! Quiere que yo, yo solo, no desprecie su memoria, como le he despreciado en vida. ¡Pero yo no sé hasta qué punto me obliga su nobleza! El ha sido y será para todos un ladrón: yo puedo devolverle su honra. ¿Y no lo haré? ¿Permitiré que el hombre de sentimientos delicados como no hubo otro, pague el deshonor del que según todos fué un espejo de honradez? ¡Horrible injusticia! Para esto te he llamado. Sé la amistad que le tuviste. Tú me dirás cómo rindo culto mejor a su querida memoria, si guardando su secreto o revelando toda la verdad. Ahí tienes su carta. Hazme el favor de leérmela.

## II

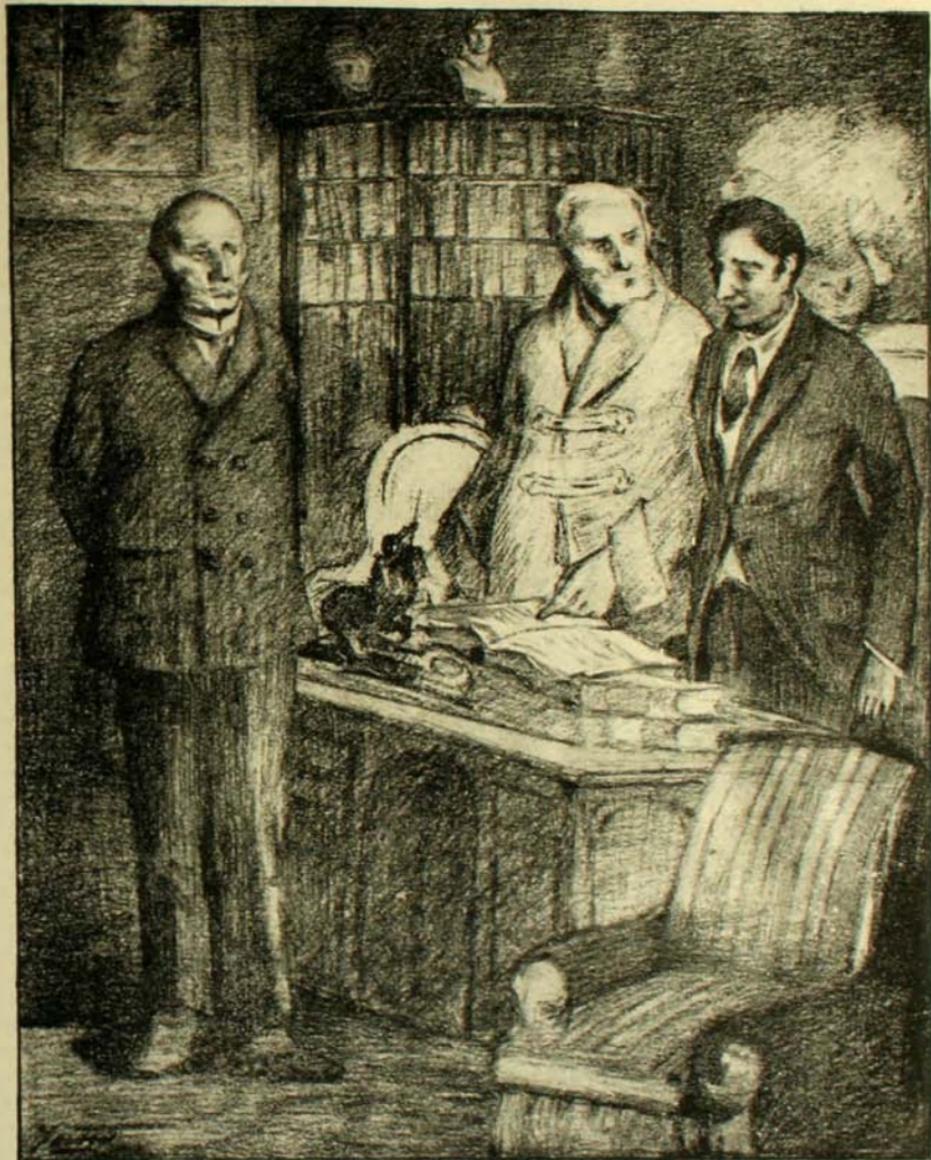
Mi querido hermano: Estoy muy enfermo. Aunque el médico me da esperanzas, sé que apenas me quedan semanas para morir. ¡Es mejor que así sea! He sufrido mucho estos años de destierro. La idea de ser un ladrón me ha atormentado día y noche, de ser un ladrón para ti, para todo el mundo. ¡Y cuando pienso que lo seré para Rosita, que lo seré siempre! Porque a ti sólo voy a confiarte el secreto de mi vida. Y tú me vas a jurar que no lo dirás a nadie: yo no fui ladrón. Pero lo fué otro. Y la honra de ese otro debe ser sagrada; no podemos tocarla ni tú ni yo; porque es el precio de mi amor a la que nunca dejé de quererme, aun en el instante en que tú me despreciabas... Escucha mi vida.

Conocí a Rosita Baquerizo en tu casa, ¿te recuerdas? Era la amiga de Ana, tu

hija. Y la adoré. Pero yo era pobre, y su padre se opuso desde el primer instante a nuestros amores. El no era rico tampoco, pero su renta era la mejor de Santiago. La administración general de los bienes de don Fernando Rojas, siempre ausente en Europa, le permitía llevar una vida fastuosa. Y la llevaba, principalmente, para dar a su hija un buen partido. ¡Todo padre sueña con lo mismo! Entonces me enfurecía su conducta: le odiaba. Hoy le encuentro razón. Yo no valía gran cosa, como se me mirara. No era rico y me gustaba la vida fácil. Tenía amigos y con ellos me divertía. Con ellos gastaba mi pobre sueldo del Banco. Mi porvenir era un mito. El señor Baquerizo me calificaba de tunante pobre. ¡Qué alianza de adjetivos para un padre ambicioso y para una madre formada a su imagen y semejanza! Muy a pesar de ellos solíamos vernos. Tu hija Ana nos proporcionaba aquellas inolvidables entrevistas... (Sé que Anita se ha casado y que es muy feliz. ¿Le darás un beso de mi parte?)

Un día, el padre de Rosa murió. Estaba yo en el Banco cuando ella me lo anunció por teléfono. Le había dado un ataque de angina en un coche del servicio público. Yo no pude acudir a su casa, porque sabía que su madre participaba de las prevenciones del difunto en contra mía. Pero la vi pocos días después. Estaba muy triste; había sentido mucho a su padre, a pesar de la lucha de sentimientos que los dividía. Esa muerte no fué, como sospechaba yo de antemano, una solución para nuestros amores. La señora de Baquerizo estaba dispuesta a respetar en todo la voluntad de su marido. No podía ser por menos: el prestigio, el enorme prestigio de honradez y de buen juicio de que gozaba aquel señor en la sociedad, repercutía en su casa, y ahí le adoraban y le temían como a un Dios. Tú no lo has olvidado: don Juan de Dios Baquerizo era el consejero, cuando no el presidente, de cuanta sociedad se formaba: nada podía hacerse en Santiago sin el consejo y la dirección de tan preclaro señor. ¿Podía su vida, sin atentar contra su propia situación social, torcer las intenciones claramente manifestadas por su marido?

Por aquel tiempo, llegó a Santiago don



—Aquí tiene Ud. la prueba de su infamia...

Fernando Rojas. Venía a poner en orden sus negocios y a elegir al sucesor del difunto señor Baquerizo. Muchos caballeros respetables movían influencias para conseguir tan envidiada administración. Dos me-

ses permanecía ya en Chile y aún el señor Rojas no se decidía por nadie. Decían que el nombramiento de cualquiera de los pretendientes le acarrearía odios de familias enteras interesadas en inclinarle a su fa-

vor. Y dejaba pasar los días en medio de los agasajos y adulos que la sociedad entera se peleaba por hacerle. Yo estaba muy lejos de él y de sus círculos. Ni sabía de mi existencia.

¡Si parece cosa de novela! Cierta tarde recibí una tarjeta del señor Rojas, invitándome a su casa. Le recuerdo como si aún le viera. Un caballero alto, delgado, elegante, de maneras cariñosas. Toda su persona emanaba una simpatía irresistible. Miraba sonriéndose y de una manera tan benévola! Antes de que me hablara, me sentí atraído hacia él. Antes de que hiciera lo que por mí hizo, ya le quería y le respetaba...

—¿Qué le parecería, amiguito, que le nombrara administrador de mis bienes mientras dura mi ausencia?

Así me dijo. Y al verme todo cortado, llegóse hasta mí, se rió y me dió unas palmaditas en la espalda.

—Cree que es broma... Su juventud y la enorme cantidad de pretendientes al puesto le hacen creer que sueña... Me es fácil volverle a la realidad. Rosita, la hija de mi mejor amigo, de Juan de Dios, me ha hablado de Ud. Me ha dicho que se quieren Uds. hace mucho tiempo. Que Juan de Dios se opuso al matrimonio porque Ud. no tiene porvenir. Yo quiero a Rosita como a mi hija. Viudo sin hijos, no tengo otro afecto que ella. Y pensando, pensando cómo hacerla feliz, se me ha ocurrido casarlo a Ud. con ella, y, para casarlo, hacerle administrador de mis bienes. Tendrá Ud. una buena renta. Ella me ha hablado de Ud. como de un ser excepcional. Yo he pedido informes por ahí, y no he quedado descontento. Me dicen que es Ud. un buen muchacho... ¡Nada más!,—agregó riéndose.—Pero eso me basta.

Yo no sabía cómo agradecerle. Las palabras se me enredaban. El acudió entonces a salvar mi confusión.

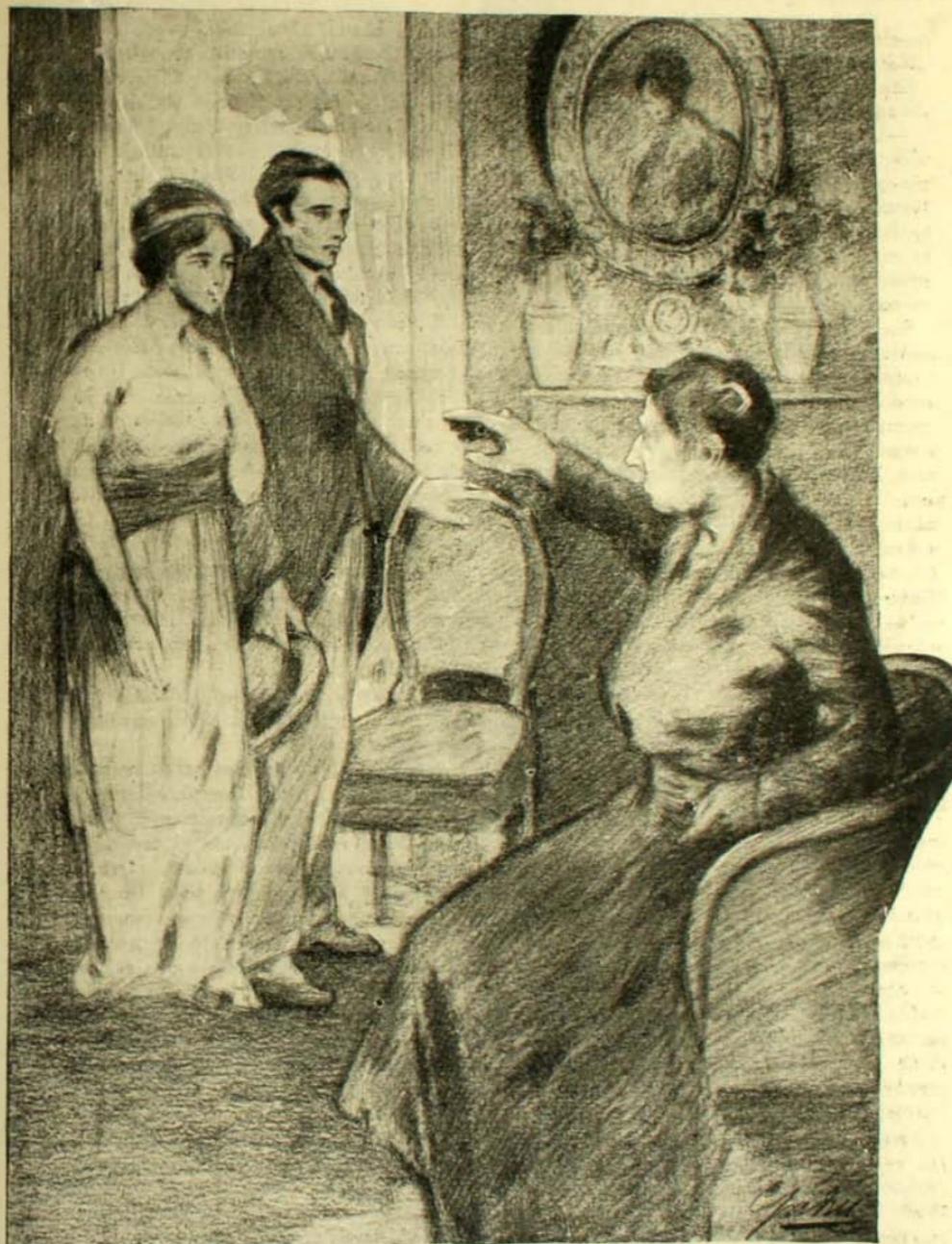
—Y ahora corra a darle la noticia a Rosita. Yo iré en seguida a hablar del asunto con Elvira, su madre... Desde mañana queda Ud. a cargo de la administración. Aquí, al lado de esta sala, tiene su oficina. ¿Ud. sabe contabilidad? Cierto, me dijeron que era Ud. empleado del Banco Nacional... Adiós, joven.

Después de ver a Rosita, fui a tu casa. ¡Recordarás el júbilo con que llegué a abrazarte! Yo no era muy ambicioso de fortuna, pero con la fortuna realizaba el sueño de mi vida. ¡Era feliz!

Desde el día siguiente, me puse a trabajar en los libros y papeles de don Fernando. Trabajaba con el entusiasmo que es de imaginarse. El premio de mis afanes lo recibía todas las tardes en la compañía de Rosita. Con ella trazábamos los planes de nuestra vida futura. Debíamos casarnos en octubre y estábamos en marzo. ¡Ocho meses, que pasarían volando! Para entonces esperaba yo terminar el estudio de los negocios de don Fernando, que eran muchos y cuantiosos. Tú sabías de aquella enorme fortuna: cuarenta millones de pesos!

Pero llegó un día, ¡maldito día! Revisaba yo unas partidas en el libro mayor. Se trataba de una compra de acciones por valor de quinientos y tantos mil pesos. Fui a la Caja y busqué los documentos. No estaban. Volví a los libros para ver si más tarde habían sido vendidas. No figuraba esa venta. Dieron las ocho de la noche, y presa yo de una angustia horrible, seguía buscando. Avisé a casa de Rosa que no podía ir a comer con ella. Toda la noche estuve revisando y volviendo a revisar, sumando partidas, comprobando sumas. Extenuado llegué a tu casa a acostarme. Serían las siete de la mañana. Y la espantosa idea me daba vueltas en el cerebro, sin poder conciliar el sueño: ¡El padre de Rosita había robado! ¡Y era yo quien debía denunciarle y causar su deshonra!... ¡Y si no le denunciaba? Fué una idea generosa que acudió a mi mente. Yo debía sacrificarme por ella, debía ahorrarme ese horrible sufrimiento. Dejaría las cosas como estaban hasta que un día más o menos lejano se me culpase del robo... ¡Sí! Eso haría... Pero desde ese momento, me sentí ladrón. Empecé a sufrir todas las angustias que ha de experimentar el ladrón, de miedo de ser sorprendido.

Cuando fui en la tarde a casa de Rosa, ella notó mi preocupación. Hablé entonces de mi trabajo y dije que era realmente abrumador. En las semanas siguientes, llamé la atención de todos mi flacura y mi palidez. ¡Pero si trabaja tanto!—declaró mi



—;Fuera el canalla!—me gritó la señora.

suegra. Había que advertirlo a Fernando. ¡Nada costaba ponerle un ayudante!

En efecto, a los pocos días, don Fernando me dijo:

—Ud. trabaja demasiado. Voy a ponerle un ayudante para los libros. No es necesario que se ocupe personalmente de ellos. Basta con que dirija el trabajo. Justamente, ha venido un alemán, que es un excelente contador, a ofrecermé sus servicios. El pobre está apurado, tiene muchos hijos. Será una oportunidad para ayudarle.

En ese instante, vi mi perdición consumada. Ese alemán denunciaría el caso. Me arrepentí entonces de mi generosidad y quise adelantarme a decirlo todo. . . Pero, ¿me creerían? No se me había ocurrido antes pensar en el prestigio del señor de Baquerizo. Entre mi palabra y la vida entera de aquel señor recto, virtuoso, grave, ¿podía caber alguna duda? El había comprado esas acciones; los títulos debían estar en la caja. No estaban. ¿Quién los había hurtado? ¡Yo! Contesté al señor Rojas, todo corrido, que no había necesidad de ayudante, que habían sido aprensiones de la señora Baquerizo. Pero él insistió y a los dos días se instalaba el alemán en mi oficina, de cabeza sobre los libros. Yo le vigilaba con los ojos muy abiertos. El bárbaro se había propuesto hacer una revisión prolija de todo el movimiento de los negocios desde años atrás. Tenía intenciones de presentar un balance estupendo, que le diera celebridad y provecho. Don Fernando le escuchaba admirado. Yo le odiaba. A cada instante le veía descubrir con triunfo el desfaleo. La angustia ponía mis ojos brillantes. Muchas tardes tuve fiebre. En las noches soñaba con la cárcel. A través de los barrotes de mi celda, veía pasar a Rosita en un soberbio automóvil, al lado del alemán que la hablaba amorosamente, en tanto que mi suegra, echada atrás en el asiento, sonreía satisfecha. Para escapar a las observaciones y también para descansar mi espíritu, fingí la necesidad urgente de inspeccionar los fondos que don Fernando poseía en el Sur. Pero desde lejos, las cosas tomaron para mí mayor gravedad. De momento en momento, esperaba el telegrama del señor Rojas llamándome a Santiago. Muy pronto volví. Prefería estar cerca del peligro, distraerme en su acecho, verlo llegar.

Una mañana, el alemán, que me tenía malísima voluntad, me miró con cierta alegría de triunfo. No trabajaba. Parecía esperar impaciente la llegada de don Fernando. ¿Había descubierto algo? Traté de indagar. Le pregunté por el trabajo. Apeñas si me contestó que todo iba bien, "mejor de lo que él hubiera sospechado". En cambio habló de sí mismo. El había tenido mala suerte en su vida, no se habían apreciado sus cualidades de honradez y de habilidad. Tenía una enorme familia. Pero creía en el porvenir. Y sonreía, mirándome por encima de los lentes. A mí el corazón se me salía por la boca. Un ruido en la sala de don Fernando me hizo tambalear. El alemán, muy solícito, acudió con un vaso de agua. ¿Se siente Ud. mal, don Juan? Y seguía sonriendo. Un rato después, pasaba a la sala del señor Rojas, y tras algunos minutos sonaba mi timbre.

—Ud. es un canalla,—me dijo don Fernando. ¡Y un ingrato! Ud. me ha robado miserablemente. Aquí tiene Ud. la prueba de su infamia. Y me mostraba una partida en el Libro Mayor.

¡Con razón Juan de Dios dudaba de Ud! No le enviaré a la cárcel. Pero, salga para afuera el canalla!

Obedecí. Anduve por las calles como un loco, sin saber de mí. Cuando dieron las siete de la tarde, maquinalmente, por la fuerza de la costumbre, me vi tocando la campanilla de la casa de Rosa. ¿Qué iba a hacer allí? Ya lo sabrían todo. Don Fernando se habría apresurado a comunicarles la horrenda noticia. Pero yo necesitaba hablar con Rosita, decirle que era inocente. Pedirla que me creyese sin pruebas. Que en todo esto, un error increíble hacía mi perdición. No la exigiría que uniese su suerte a mi suerte; pero que no guardase un mal recuerdo de mí. Yo partiría muy lejos. . .

Entré. Como un sonámbulo llegué hasta la salita. Ahí estaba la señora de Baquerizo sentada en un sillón. A su lado, Rosita lloraba. De seguro hablaban de mí. Cuando me vio la señora, una mirada de odio se cruzó con la mía de espanto. Rosa se había puesto de pie y también me miraba.

—¡Fuera el canalla!—me gritó la señora señalando la puerta.

—¡Soy inocente!—balbuceé apenas.

¡Fuera!, volvió a gritar.

Me dieron entonces deseos de decir a esa vieja: su marido, aquel espejo de honradez, es el ladrón. Yo soy la víctima de su incommensurable prestigio!

Pero Rosita se había acercado a mí, y me miraba con una compasión infinita. En sus ojos leí todo su amor intacto como el primer día. Un amor imposible! Me decía que nos resignáramos a nuestra espantosa suerte.

El resto tú lo sabes, mi querido hermano.

## III

—¿Qué hacer?—me dijo Jaime—cuando hube concluido de leer. Su voz temblaba y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Nada. El caso de tu hermano es una de esas desgracias irreparables que el destino prepara a ciertas personas. Tal vez entonces, en el primer momento, si hubiese dicho la verdad...

—No le habrían creído y Rosa le hubiese odiado...





Sra. María Luisa Fernández de García Huidobro.

# LOS DIPUTADOS

## Estudio Zoológico—Político

Por J. B. C.

**S**E les calumnia horriblemente y con la mayor injusticia.

En el fondo son, sin embargo, muy buenas personas. No les falta patriotismo ni siquiera desinterés. Pero se exigen de ellos virtudes sobrehumanas y ellos, al fin, están sujetos a todas, o casi todas las debilidades de nuestra flaca naturaleza.

¿Que los hay charlatanes, enredosos, intrusos, amigos de la exhibición y del ruido...? ¿Que profesan un amor desordenado a las carteras ministeriales?

Cierto... Muy cierto. Pero, sin esas cualidades o defectos no serían diputados. Los pueblos no eligen de ordinario ni a los taciturnos, ni a los modestos, ni a las personas que sólo se preocupan de sus cuestiones domésticas. Además, para llegar a la Cámara es preciso hacer sacrificios, y no pequeños. Ello cuesta mucho dinero y molestias; una campaña electoral no tiene nada de divertido; quien se expone a semejantes incomodidades y desembolsos, no puede pecar ni de amigo del sosiego ni de falta de aspiraciones.

Por eso yo tengo el cándido optimismo de admirarles: por definición, debían ser aún peores.

Los zoólogos han clasificado a los animales, dividiéndolos en órdenes, familias, géneros, especies, variedades y sub-variedades; pero los diputados no han sido objeto de un trabajo parecido. Estoy por creer que el propio Linneo habría escollado en tal empresa. Se trata de seres que se parecen demasiado entre sí: a lo más pueden formarse con ellos sub-variedades.

No sucede lo propio en el reino animal. Así, por ejemplo los ofidios, o serpientes, se dividen en víboras con dientes venenosos y en inofensivas culebras. En la Cámara,

cuando se trata de derribar un ministerio, todos sacan lanceta: es cuestión de tiempo y de oportunidad.

A pesar de las dificultades de la empresa, voy a intentar, y Dios me lo perdone, una clasificación de los diputados.

Por de pronto, nadie negará que hay diputados en acto y diputados en potencia.

Los primeros son los que tienen asiento en el Congreso, y los segundos, los simples aficionados. Comenzaremos por estos últimos.

No son, por supuesto, ni los más pasivos ni los menos enredosos. La afición a los cubiletes de la política ha sobrevivido o precede en ellos a una investidura parlamentaria pretérita o futura. Son pues, diputados de nacimiento y sin enmienda posible.

Sin embargo, algunos diputadólogos han sostenido que no deben clasificarse los seres de que nos ocupamos en la misma familia que los otros, porque les falta la característica principal que, en concepto de los que así piensan, constituye al diputado.

Profundo error. Por su régimen de vida, por la calidad de sus alimentos, por sus instintos biológicos, son éstos tan diputados como los otros. Se agitan y mueven cuando hay crisis ministerial o perspectivas de que se produzca, asisten a la mesa de onces de la Cámara y a las antecámaras de los personajes políticos, se mezclan en los corrillos de los parlamentarios de oficio y beneficio, van y vienen con increíble actividad, no saben quedarse quietos. Por último, aspiran también a una cartera más o menos problemática... Este último rasgo basta para caracterizarlos en forma inconfundible.

Haremos, pues, con esta clase de pájaros, una sub-familia, cuya clasificación en géneros y especies nos parece bastante difícil.

Los diputados con asiento en la Cámara fueron divididos por espíritus poco observadores en siete géneros: radicales, demócratas, liberales, nacionales, balmacedistas, conservadores y nacionalistas. Ello es tan absurdo como clasificar a los coleópteros, pongo por caso, en azules, verdes, amarillos, rojos y negros, sin atender a sus particularidades anatómicas ni a su régimen.

Prefiero crear, para distinguirlos, cuatro sub-familias: opinantes, actuantes, votantes y criséridos.

Hemos dicho antes que la mayor dificultad del zólogo que intente una clasificación metódica y natural de los diputados, consiste en que los caracteres principales de los individuos que componen el grupo se encuentran en todos ellos en mayor o menor grado. Apenas hay un diputado que no opine, si no en la sala de sesiones, en la mesa de onces o en el Club; casi todos actúan o intentan actuar alguna vez; votan aunque sea en blanco, y ninguno aborrece demasiado las crisis. Sin embargo, siempre predomina en los diputados uno de los rasgos salientes que acabamos de enumerar, y esta circunstancia es lo que permite su clasificación.

Adoptando, pues, para designar a los diputados el sistema de Linneo, o de doble nomenclatura, incluiremos en la sub-familia de los Opinantes, a aquellos que se caracterizan particularmente por lo muy dispuestos que se encuentran a dar a conocer su opinión en los debates de la Cámara.

El género **Opinans** es el principal y más típico de la sub-familia. Daremos a conocer algunas de sus especies.

**Opinans enciclopédicus.**—El opinante enciclopédico. Habla de todo y con perfecto aplomo. En sus gestos, en el tono de su voz, hasta en su modo de vestir, se trasluce la consoladora convicción que le asiste de su propia infalibilidad, y del alcance y penetración de sus facultades intelectuales. Sería una lástima, piensa para sí, que la Cámara resolviera alguna dificultad o despachara un proyecto de ley, sin oírle a él primero. Aun en los casos en que acepta lo propuesto por otros, lo que no es muy común, no deja de proponer alguna pequeña enmienda para que sirva de sello y vistobueno. Critica con acritud pero con ingenio. Es un excelente sujeto, pero bastante perjudicial. Habla con demasiada frecuen-

cia, hace perder mucho tiempo, y tiene a sus colegas bastante aburridos.

**Opinans retoricus.**—Se diferencia esta especie de la anterior, en su carácter menos técnico y más amable. No pretende ser un sabio universal como el otro. Su fuerte es el buen sentido y la elocuencia. El enciclopédico pretende dar lecciones y el retórico deleitar. Su léxico es rico, su lenguaje fecundo en tropos y retruécanos. Apenas dice algo como lo diría todo el mundo. Emplea, por término medio, diez veces más palabras que el común de los mortales para expresar una idea. Adopta actitudes, seguramente estudiadas ante un espejo. Deja caer las primeras frases con lentitud y misterio. Se escucha a sí mismo y es visible su esfuerzo por subyugar la atención de la Cámara. Su primer pensamiento es siempre una transposición ingeniosa y no exenta de novedad. Anda frecuentemente en riña con el buen sentido, pero es lo que menos le importa. Cree sinceramente encontrarse en una justa oratoria. Es más que bueno y suele ser santo. Por desgracia nadie le ensucenará de que el tiempo que se gasta en escucharle es con frecuencia tiempo perdido.

**Opinans viperinus.**—Habla también mucho, pero siempre para renegar y maldecir de todo. Es opositor nato. La esencia de sus discursos es que cuantos gobiernan son unos imbéciles o unos malvados, y que no hay proyecto de ley que merezca la pena de ser discutido. Encuentra siempre aplaudidores... Al fin y al cabo nuestros padres vinieron de España... Suele terminar su carrera en una buena prebenda. No hay otro recurso para desembarazarse de él.

**Opinans specificus.**—Este es el opinante con tema propio. Su fuerte es algún ramo de la administración pública. Hay, pues, muchas variedades y sub-variedades de la especie que nos ocupa: internacionalistas, educadores, financieros, bélico-marinos y operadores públicos, esto es, que se ocupan de obras públicas... Por algunos conceptos, el Opinans specificus es un ser que se roza con los Criséridos. Su especialidad tiene, en efecto, todos los caracteres de una candidatura ministerial en perpetuo candelero. Por desgracia, suelen errar la vocación, y así hay financistas que habrían estado mucho mejor de postulantes al futuro Ministerio de Agricultura, bélico-ma-

rinos incapaces de matar una pulga y así sucesivamente...

**Opinans jurisperitus.**—Para muchos autores en diputadología, esta especie no es sino una simple variedad de la anterior. Pero el opinante en jurisprudencia, no aspira por lo regular al Ministerio de Justicia. Es abogado y desea lucir sus conocimientos jurídicos... Todos los abogados de la Cámara, que no son pocos, padecen un tanto de esta debilidad. Así, es cosa de pedir auxilio cuando se discute en aquel alto cuerpo una cuestión de derecho o que pueda convertirse en tal. Sobre cada artículo del proyecto de ley, si de ello se trata, han de hablar todos los jurisperitos presentes, aunque no sea sino para repetir lo ya dicho en otros términos.

Al lado del género Opinans creemos del caso colocar otro bastante afín, como dicen en biología: el género **Hister**, que así llaman a los payasos en latín.

Sólo se conoce una especie bien caracterizada de este género.

**Hister interruptoris.**—Es muy gracioso... Ya cuando chiquito gozaba a pasto leyendo las agudezas de los diputados en la reseña de las sesiones. Fué en seguida asistente asiduo a las galerías de la Cámara... Su ideal fué desde entonces el diputado jovial que ameniza los graves debates del templo de las leyes. Hombre de guerrilla, pertenece casi siempre a un partido extremo. Cuando alguno de sus congéneres del bando opuesto tiene la palabra es hombre feliz. Cuando él mismo es el preopinante, salpica de sal más o menos ática sus expresiones, como para torear al gracioso de los adversarios. Al fin la cosa resulta y se arma el diálogo con gran regocijo del auditorio desocupado. Los chistes van y vienen sin interrupción... Lo importante es no ser el último en la réplica.

Hay naturalistas que creen haber descubierto otra especie de Hister, que no interrumpe. No creemos en la existencia de tal bicho. El gracioso parlamentario es siempre interruptor, aun cuando a veces habla por cuenta propia.

El género Orator ha sido también incluido por la mayor parte de los autores en la sub-familia de los Opinantes. Nosotros lo colocaremos también en ella provisoriamente, aunque abrigamos serias dudas al respecto.

Los Orator son diputados de buena presencia y palabra fácil, cuya especialidad consiste en servir de órgano oficial a sus respectivos partidos en ciertas circunstancias solemnes. Citaremos dos especies bastante conocidas.

**Orator funebris.**—Actúa en casos de muerte y pronuncia invariablemente a nombre "de los diputados que nos sentamos en estos bancos" el elogio fúnebre del difunto.

**Orator receptoris.**—Como su nombre lo indica, es el que recibe a los ministerios. Por supuesto, tiene muchas más ocasiones de lucir su elocuencia de lo que sería razonable.

También hay quienes han propuesto un género nuevo, el Fundatoris, para cerrar con él la sub-familia que nos ocupa. Se trata de incluir en dicho género a los diputados que no votan sin fundar su voto. Un estudio detenido de estos sujetos me ha llevado, sin embargo, al convencimiento de que casi todos ellos deben ser considerados como simples variedades del gran género Opinans, uno de los más vastos del Reino Parlamentario.

La sub-familia de los Actuantes presenta también especies variadísimas. Las hay muy respetables.

**Actuans utilissimus.**—Se clasifican en esta especie los diputados que hablan poco en la Cámara pero trabajan fuerte en las comisiones. No se les aprecia como es debido en el país ni mucho menos en los departamentos que representan. El vulgo suele avaluar a los parlamentarios por la cantidad de columnas que llenan en los diarios y por el tiempo que obligan a los demás a escucharles. No se piensa lo bastante que la Cámara es un cuerpo legislador y no una academia de literatos ni un club de políticos. Sin estos Actuans nunca se despacharía nada. Ojalá aumente su número.

**Actuans fastidiosus.**—Los individuos de esta especie son el terror de los Ministros. Tienen un candidato para cada empleo y son los agentes officiosos de todas las autoridades y habitantes del departamento que representan. No gozan de un instante de reposo ni dejan a nadie en paz. Se les reelige casi con seguridad, pero la pagarán, de seguro, en la otra vida.

**Actuans pasilleii.**—Estos trabajan en los pasillos. Su acción es múltiple y compleja.

Hoy se ocupan de atajar a sus conmlilitones para que "no den número" porque no conviene que haya sesión; mañana estarán, por el contrario, recludando asistencia y sufragios para cualquiera barbaridad; más adelante se les ve empeñados en recoger firmas para un proyecto de ley o de acuerdo, que a nadie ni a ellos mismos interesa, y así sucesivamente. El Actuans pasilleii es de la madera de que se suelen formar los comités de los partidos. Los hay de actividad inquieta, enemigos natos de la tranquilidad; muchos de ellos tienen ciertas afinidades sospechosas con los criséridos.

**Actuans meriendae.**—La labor de esta especie es de índole digestiva. No pierden sesión de la Cámara, pero apenas se les ve en la sala. Viven junto a la mesa de onces, que es para ellos interminable. A Dios gracias si se dignan acudir de vez en cuando a dar número cuando suena la campanilla. Prefieren siempre los vinos y licores de las marcas más finas y, sobre todo, de las más caras. Todas sus cuestiones son con la comisión de policía interior.

El género *Macucus*, es sin duda, el más interesante de esta sub-familia. Sus especies no son muy numerosas pero todas dignas de estudio.

**Macucus tenebrosus.**—Es el macuco profesional, por todos reconocido como habilísimo político; la araña tejedora que urde en las tinieblas las más inverosímiles combinaciones. Lo esencial es que nadie, ni él mismo, sepa a punto fijo adónde se dirigen sus planes. De otro modo el macuquismo no tiene gracia.

Nunca al macuco le ha fracasado un plan. Como en tiempos de enredos él maniobra en forma callada e incomprensible, siempre puede darse por triunfador. Para obtener y consolidar su fama se abstiene siempre de tomar los caminos rectos y conocidos que conducen a punto determinado. Quiere, por ejemplo, ir de la Plaza de Armas a la Alameda. Por supuesto, no piensa ni por un momento en ir a su objeto por la calle de Ahumada ni por la del Estado. Su itinerario es complicadísimo: la calle de Veintiuno de Mayo, la orilla del Mapocho, el Parque Centenario, la Quinta Normal y así sucesivamente. En medio de sus extrañas vueltas y revueltas, encontrándose, por ejemplo, a la altura de la Plaza del Brasil, resulta que las cosas se producen

en el sentido de que él haya debido dirigirse, no a la Alameda sino a Matucana. "Hemos llegado, dice el macuco muy satisfecho", pero si tomo desde luego por el camino más corto no salgo con la mía. Y explica a sus admiradores las sutilísimas razones que le obligaron a torcer tanto su rumbo. No tiene precio como historiador.

En todo negocio fracasado, la culpa fué de los que no siguieron sus consejos, el escollo, el mismo que él había previsto, el detalle insignificante en que él no tuvo parte. En toda operación feliz, su intervención, aunque en apariencia nula o contraria al fin obtenido, fué siempre la decisiva.

Hay de esta especie de macucos diversas variedades. No faltan entre ellos hombres verdaderamente hábiles en los manejos de la política, que sólo pecan a veces de demasiado listos, y otros que no tienen sino la pretensión de la macuquería.

Describiremos otras especies:

**Macucus provincianus.**—Vino a Santiago precedido de una gran fama de lagarto consumado. ¿Cuál fué el origen de su reputación? Difícil es decirlo. Probablemente, una de esas maganeas de huaso ladino más desvergonzadas que sutiles. Sus colegas le miraron desde el primer momento con respetuoso terror. Esa fisonomía inmóvil y sin expresión, esos ojos siempre bajos, ese sombrero lacho, ese hablar bajo y misterioso, ese andar acompasado de conspirador de melodrama, ese no decir nunca nada que valga la pena, revelan al inocente espectador un Machiavelo cuyas artes de género nuevo y nunca visto, tienen todo el prestigio de lo desconocido e ignorado.

Sus correligionarios, orgullosos de contar entre sus filias un personaje de tamaña habilidad, le piden consejos, le toman por guía y acaban por seguirlo ciegamente. El deja que todos lo admiren y no suelta prenda ni opiniones. Llega por fin el caso en que no puede eludir un pronunciamiento y entonces se descubre la trampa. El macuco de tantas agallas es el más pobre diablo de los pobres diablos. Toda su macuquería estribaba en el talento de no dejar conocer que era un mentecate.

**Macucus finissimus.**—Este sí que es temible. Cuenta a grandes voces cuanto le ocurre a todo el mundo; sus distracciones e inocentadas son la fábula de la Cámara; nada de misterios para nada. Al fin la gen-

te acaba por fiarse de él como de un niño chico. Entre tanto, él va muy suavemente a su objeto, que siempre es el único que no se encarga de gritar a voz en cuello.

Al lado de los Macucos existen otros géneros bastardos, que no tienen un sitio definido en la escala zoológica.

El primero es el género *Campanerus*.

**Campanerus insoportabilis.**—Da siempre la campanada. Hambriento de exhibición, ansioso de ruido, incapaz de levantarse a gran altura por el solo esfuerzo de sus escasos talentos, anda a la busca de cualquier incidente que lo haga el centro de todos los comentarios y de la expectación pública. Es un indisciplinado nato. Votando como todos sus amigos y correligionarios, nadie se acordaría de él, y eso no le conviene. Deja, pues, escapar en toda ocasión crítica declaraciones ambiguas que los adversarios y los periódicos comentan ávidamente. Si su partido se divide, él cuidará de mantenerse en lo que llaman situación expectante. Se deja reportear y aun busca el modo de tener que rectificar o desmentir "las frases o conceptos que se le atribuyen".

El mundo está construido de tal modo que semejantes individuos logran rodearse a poca costa de cierta aureola. En todo enredo político se pregunta la gente: ¿Y Fulano? ¿Qué dice Fulano? Cuando llega el momento supremo, nadie felicita a los diputados de línea, pero a estos bailarines se les agradece el voto muy especialmente. Cuando no se pasan, son sus correligionarios los que les festejan, en caso contrario, son los adversarios de su partido los que hacen el gasto. Feliz inconsecuencia la de esta clase de truhanes.

**Campanerus contradictorius.**—Para muchos esta especie es sólo una variedad de la anterior. Merece, sin embargo, constituir una especie distinta. Suele no ser indisciplinado: al contrario, es correcto y se cuida mucho de no gastar su prestigio de hombre de bien, con cabriolas indecentes al estilo de su congénere. Pero llega por medios más honestos a un fin parecido. Si su partido está en la Alianza Liberal, pongo por caso, este Campanero constituye siempre la esperanza de los coalicionistas. Se sienta en la mesa de onces junto a los conservadores y los liberales democráticos, los halaga, les da a entender que sólo sus prin-

cipios disciplinarios le impiden votar contra una situación tan desagradable para él, etc., etc. Como, al mismo tiempo, en nada falta a su partido, no se le toman a mal sus inofensivas declaraciones, y los adversarios se las agradecen en el alma. Este tipo suele degenerar en criserero liso y llano. A lo menos tiene grandes probabilidades de ser Ministro el día en que los vientos cambian, como es notorio que suelen cambiar.

La sub-familia de los Votantes ofrece escaso interés. Consta del único género *Votans*.

He aquí algunas de sus especies:

**Votans aries.**—Vulgo Carnero... Es el tipo del diputado, el gran diputado, el perfecto diputado. Chile ha levantado una estatua a Portales y no al carnero... El hizo, sin embargo, este país. Lástima que la especie se encuentre en decadencia. Tiende a desaparecer y por eso las Cámaras van convirtiéndose en verdaderas meriendas de negros.

**Votans fundamentalis.**—No hay que confundir esta especie con los opinantes de que hemos hablado y que tienen la monomanía de fundar su voto con discursos. Estos votan simplemente y no sabrían hacer otra cosa, pero añaden siempre alguna frase por vía de comentario y si se quiere de fundamento, pero sin fundamento. Ejemplos: "Sí, por las razones expuestas por el diputado de La Laja..." "No, porque tiene alcance político..." "Sí, por los mismos motivos que el diputado tal ha expuesto para votar que no..." etc., etc.

En resumidas cuentas, son unos pájaros cargantes pero inofensivos.

Nos queda que estudiar la más vasta e interesante de las sub-familias. La de los Criseridos.

Como es natural, casi todos los diputados tienen algo de criseridos. El amor a la cartera futura, desvergonzado en muchos, alienta suave y plátonicamente en el alma del mayor número. Estos que conservan el pudor de sus afectos no son los menos peligrosos.

Es natural. La Cámara me ha parecido siempre algo como un tranvía excesivamente lleno en que sólo seis personas pueden ir sentadas y el resto va de pie. Qué han de desear los últimos, sino que les desocupen los asientos.

Puede asegurarse que nadie se muere de pena en la Cámara porque cae un Ministerio. Los que menos se alegran son los diputados de oposición. Este fenómeno, contradictorio en apariencia, es muy fácil de explicar. Siempre se oye a los partidos de minoría jactarse de ser ellos los que sostienen a los Gabinetes de sus adversarios. ¡Qué gracia! Saben que la vacante no ha de ser para ellos. La tentación es, pues, mucho más fuerte en los bancos de la mayoría.

Los Ministros son como esos tíos solteros y ricos. Sus sobrinos y herederos los quieren muchísimo pero ¿quién está libre de un mal pensamiento? En cambio los extraños, sin quererlos tanto, no les desean la muerte ni siquiera por broma.

Es bien curioso el régimen parlamentario. Deben sostener a los Ministerios los más interesados en que caigan... Y por eso se llevan cayendo... Milagro sería que no fuese así. ¿A qué hablar entonces de la maldad humana y de la decadencia de los caracteres y de la falta de disciplina e ideales en los partidos? ¡Qué demonios! ¡Si son hombres de carne y hueso los diputados! ¿Para qué les ponen el plato?

Pero, volviendo a nuestro asunto, hemos dicho que casi todos los diputados son criseros. Sin embargo, de acuerdo con los principios científicos de nuestra clasificación, sólo incluiremos en esta sub-familia a aquellos cuya característica principal es el amor desordenado a las crisis... Y no son pocos.

El tipo del gran género *Criserus* es el *Criserus infatigabilis*.—La crisis es el aliento de su alma, la esperanza de sus días, el ensueño de sus noches, el consuelo de sus aflicciones. Apenas ha jurado un nuevo Ministro, él se pregunta: ¿cuándo caerá? En su opinión, los Gabinetes no se han hecho para otra cosa, son el estorbo perpetuo. Cada vez que un Ministerio cae por falta de unos pocos votos de la mayoría, es casi seguro que nuestro criserero se encuentra entre los desertores.

Algunos de estos prójimos conservan un rastro de vergüenza, pero de ordinario la han perdido por completo. Los primeros votan pudorosamente, moviendo apenas la cabeza, como temerosos de que los vean. Tienen conciencia de que están matando por heredar. Otros se enferman el día de la

votación y se olvidan como locos de pararse. ¡Qué hacerle! Tenían 40 grados de fiebre...

Pero apenas ha renunciado el Ministerio, se olvidan como por encanto de todas sus dolencias. Qué de sonrisas, qué de apretones de mano, qué de miradas perturbadoras y sugestivas, qué bajos adulos al presunto organizador del Gabinete, qué hacerse presentes en todas partes.

Entran y salen de su casa, del club, de la secretaría de la Cámara, esperando a cada momento una carta, un aviso cualquiera, un llamado telefónico... ¡Nada...! ¡Nada! Se piensa en todos menos en él... Entonces dirige anónimos a la prensa haciendo sonar su propio nombre en las combinaciones más heterogéneas e inverosímiles.

Jura, por fin, el nuevo Ministerio... El lo sabe de sorpresa, a traición, que es como llegan casi siempre las nuevas aplastantes...

Entonces se enferma de verdad; pero, apenas repuesto del rudo golpe, se da a cavilar de nuevo en la próxima crisis cuya dulce perspectiva alivia su dolor...

*Criserus confidencialis*.—Su especialidad consiste en redactar votos de confianza de esos a los que un Ministerio resiste raras veces. Tiene el arte supremo de dorar la píldora. El en el fondo es bueno... hasta los Ministros le son simpáticos... Lo esencial es que caigan, aunque sea rodeados de una apoteosis. Para eso sirven los votos que elucubra. Sus compañeros, que no lo ignoran y tampoco verían con desagrado un derrumbe ministerial, le encargan con frecuencia la misión de "manifestar confianza..."

El no se equivoca nunca. El factum parece a primera vista inocente, todo azúcar y canela... No por eso deja de tener su buena dosis de veneno... Cuando el público no lo echa de ver, él no descuida de advertirlo a los incautos muy por lo bajo...

—Ya comprendes, le dice a uno de sus más íntimos amigos que se encuentra entre las víctimas, ustedes estaban caídos de todos modos... Ahora pueden retirarse con todo decoro...

El otro comprende perfectamente...

*Criserus irritabilis*.—Es más pudoroso pero de peor genio que los otros. Vota disciplinariamente y siempre a favor del Mi-

nisterio, aun cuando su partido está en el Gobierno. Su criserismo se manifiesta sólo en la irritabilidad de su temperamento que va in crescendo a medida que el Ministerio en funciones se mantiene en pie. Todo lo encuentra entonces malo, hasta la temperatura y el viento reinante, y mucho peor le parecen los actos del Gobierno. Pero esto último sólo lo murmura entre sus íntimos. Es el vergonzante y el histérico del criserismo.

**Fauna extinguida.**—A más de las especies actualmente vivas, los geólogos han descubierto los restos de otras de la era pre-diluviana, algunas de las cuales pertenecen a los mismos géneros ya mencionados.

Citaremos algunos ejemplos:

**Opinans perdurabilis.**—El que hablaba quince sesiones seguidas, en forma tan aburrida la primera como la última. Hay quienes sostienen que esta especie no está extinguida...

**Palaeotherium cadenetae.**—Tenía flujo de hablar y no mucho de qué... Obtenía la palabra casi diariamente porque se levantaba a las cinco de la mañana para inscribirse el primero. Su fuerte era la hora de los incidentes... que ocupaba casi entera. Hilvanaba los temas uno tras de otro como máquina de cadeneta, circunstancia a que debe su nombre técnico. Esta especie se extinguió con la reforma del reglamento.

Es lástima, porque en provincias los Paleoterios de que hablamos gozaban de inmenso prestigio.



# DEPORTES

15 de septiembre a 15 de octubre



**Santiago Polo Club.**  
1. Sres. Jorge Bessa, José Soto, Roberto Jaramillo y Anibal Larraín. Segundo team, después de un practice

2. Sres. Patricio Larraín, Evaristo Gandarillas, José V. Gandarillas, Fernando Moller. Primer team, después de un practice



3. Sres. Fernando Moller, W. D. Robbins, Carlos Pereira, Carlos Rosset. Team ganador



4. **El día del Ejército y la Armada.**—Señor Joaquín Cabezas, teniente 1.º Ramón Cañas, ganador en 200 metros vallas y capitán Villalobos.

5 y 6. Luis A. Firpo y Dave Mills, que disputarán el campeonato sudamericano el 1.º de noviembre próximo.

7. Ugolín ganador de El Ensayo



# LA LEGACION CHILENA EN VIENA, ASILO DE ARCHIDUQUES DE AUSTRIA

Por L. D.



OS diarios y revistas vieneses dan cuenta de innumerables episodios que han ocurrido durante la gran guerra, mereciendo, entre otros, recordarse los sucesos ocurridos en Viena y que tienen relación con la representación diplomática chilena en dicha capital.

La Legación de Chile, que ocupaba un lujoso inmueble en Terecanumgasse cerca del gran palacio y parque del Belvedere, había sido, desde que la instaló hace nueve años el malogrado Ministro señor don Enrique López Maquieira, centro de magníficas reuniones sociales. El distinguido representante chileno tenía una envidiable posición para ser un diplomático sudamericano, ante la orgullosa Corte Imperial, compuesta de archiducos y príncipes a quienes su alto rango ni siquiera les permitía saludar a quien no tuviera título nobiliario. El Ministro chileno tuvo vida de intimidad con estas personalidades, debiéndose esta situación de excepción a las relevantes cualidades del señor López Maquieira, quien era un hombre de mérito superior, poseedor de todas las dotes del verdadero diplomático: talento y cultura sobresalientes, grande iniciativa en los negocios, finísimo y completo hombre de mundo, brillante en sus manifestaciones de amistad. Recibió distinciones del Gobierno

austriaco en diversas ocasiones; Su Majestad Francisco José le concedió la Orden de la Corona de Hierro de primera clase.

La incomunicación del Austria con el resto del mundo era absoluta durante la guerra y fracasó por ello la ejecución de los tratados de comercio y línea de navegación, que había obtenido el representante de Chile después de ardua competencia con los proponentes italianos. Ya que estas circunstancias obligaron al activo funcionario a paralizar toda labor de importancia para su país, dedicó sus esfuerzos a una obra humanitaria. Fundó, en efecto, un asilo-hospital para los huérfanos de la guerra, con cuya dirección corría y al que contribuía con considerables dádivas. Su familia ingresó a la Cruz Roja, mereciendo las señoritas Javiera y Elvira López Maquieira, por sus servicios a esta institución, especiales condecoraciones dadas en ceremonia efectuada en su palacio de Augarten por la Archiduquesa



Sra. Josefina Huici de López Maquieira  
e hijos.

sa Josefa, madre del Emperador Carlos I.

Pocos meses después de la sensible e inesperada muerte del joven diplomático chileno, vino el armisticio y la caída de la monarquía con la revolución. Esta se presentaba amenazante para la nobleza que dejaba el poder. Abandonando sus palacios y riquezas, se aprestaron los ayeres poderosos a la fuga; un considerable grupo de archiducos y príncipes, se asiló en la legación chilena, que, a más de ser la de un



Familia del archiduque Leopoldo Salvador.

país neutral, era el hospitalario hogar de una familia amiga. Allí se refugiaron el Archiduque Leopoldo Salvador de Austria, su esposa, la Archiduquesa Blanca de Borbón, hija mayor de don Carlos, sus diez hijos; el pretendiente español don Jaime de Borbón y otros miembros de la familia de los Hapsburgo, permaneciendo más de un mes en la Legación, hasta que la familia del señor López Maquieira anunció al nuevo Gobierno su intención de dejar el país. Este puso a su disposición un tren que los condujo a Trieste y en el cual, por un acto de audacia, viajaron de incógnito los ilustres refugiados, tomando el nombre de José de Aguila, el Archiduque Leo-

poldo, la princesa Blanca, el de María de Navarra, y así todos lograron salir del país aprovechando la inmunidad diplomática de la familia chilena. En bolsas y maletas llevaron los tesoros y regias alhajas que poseían en Viena. Al llegar a Madrid, estos augustos desterrados fueron recibidos por el Rey Alfonso XIII; don Jaime siguió a Francia y la familia del Ministro de Chile quedóse en España.

Publicamos el retrato de la distinguida señora Josefina Huici de López Maquieira e hijos y de la familia del Archiduque Leopoldo Salvador, que une entre sí a los Hapsburgo y los Borbones, las dos familias más ilustres de Europa.



## EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA



Por HERNAN DIAZ ARRIETA

"Es necesario, de vez en cuando, huir del bullicio de las ciudades, de la delirante multitud de los que luchan, ambicionan y tiemblan, y constituirse en algún apartado sitio una amada soledad en la que pueda ser abarcado nuestro ideal, para consolarnos allí de los contactos rudos, de las bajezas y de los anatemas".—SHADE.

**E**l pueblo, la aldea, el villorrio distan del campo más que la ciudad y, aun sin forzar la paradoja, podría afirmarse que el campesino siente y ama menos la Naturaleza que el hombre de las ciudades.

Ello se explica.

"La tierra prometida es aquella donde no se está", escribía Amiel, y, tratando de dar una definición de la Belleza, Guyau notaba con mucha exactitud que los campesinos confunden la hermosura con la utilidad y así una buena siembra les parece el mejor de los paisajes y una vaca gorda los emociona más que cualquier obra de arte.

En cambio, para aquellos a quienes agitan las artificiales inquietudes de la vida moderna, el campo constituye un sitio de ideal reposo y el motivo de mil sensaciones simples, exquisitas y desconocidas. La ciudad trepidante, noctámbula e impaciente acaba por rechazar al ciudadano, cuyos nervios exigen

la soledad callada, la vuelta a una existencia sencilla para oír, como decía una escritora, "lo que pueden contar las flores del bosque al hombre de tímida y corta sabiduría".

Sólo que esta necesidad supone cierto grado de afinamiento y de ahí que, si en Europa, por ejemplo, la corriente descentralizadora domina desde hace muchos años, en países jóvenes como el nuestro sólo haya venido observándose con cierta acentuación en el último tiempo.

Santiago guarda todavía suficiente carácter de aldeón colonial para que subsistan, no lejos de la Plaza, las antiguas casas grandes, de puerta ancha, a la española, con los tres o cuatro interminables patios clásicos. Y aunque muchas, la mayoría, han cedido a la tentación del comercio y abierto almacenes, cerrados por cortinas de fierro, en vez de los antiguos balcones de reja forjada, el interior conserva generalmente bastante espacio, y árboles, y flores,

y pasto para no echar demasiado de menos la libre extensión de la campiña.

Por lo demás, el viaje al fundo constituye para algunos algo así como un retroceso en la vida social; van a él a vivir sin ceremonia, dicen, en realidad sin cuello ni corbata, acabando de gastar el chaqué viejo o el vestido pasado de moda, en cualquier ranchón parecido a las casas del inquilinaje, donde faltan todas las comodidades de que en la ciudad no podrían prescindir. Tal millonario conocemos, derrochador en el Club, el teatro o las carreras, que durante estos retiros económicos se estrecha a solas entre sus campesinos, y vive como un hombre primitivo.

Pero, evolucionamos con rapidez; a medida que ese tipo de antaño desaparece, el ejemplar moderno se multiplica, y ya son numerosos aquellos para quienes los refinamientos del buen vivir y el gusto artístico no significan un pesado disfraz.

Hay detalles dignos de observarse.

Antes, las casas de fundos se levantaban según las exigencias de la explotación, desdénando vistas hermosísimas, dando la espalda al río o lejos de algún admirable bosque; ahora, hasta en la elección del sitio, se revela respeto y amor a la Naturaleza.

... Hé aquí este palacio campestre.

Desde una estación intermedia en la línea del Norte, se atraviesa uno de los valles más fércos del país, encerrado en un círculo de montañas picudas, y por un camino todo arbolado, se llega a las puertas del gran parque. Una puerta de hierro, antigua, entre pilastras de piedra y ladrillo. A través de prados amarillentos por el verano, se describen amplias curvas y se avanza bajo la sombra de acacios o encinas hasta las casas de la administración, "chalet" ligero, gracioso, con muchas ventanas, donde se hace alto y se deja el carruaje.

Allí nos recibe, como centinela destacado, un enorme árbol ante el cual sería preciso no sólo apearse, sino descubrirse. Es una montaña levantada sobre un tronco, que se reparte en brazos lisos y potentes, músculos de algún Hércules convertido en planta y enterrado allí por una maldición jupiteriana. Tiene ochenta años, el diámetro del follaje mide una cuadra y se

calcula prudentemente que a su sombra podrían cobijarse cinco mil personas. Es el árbol del caucho, ejemplar único en Chile —la especie sólo se da en el Beni— y algo debe haber habido de milagro o brujería en su nacimiento, porque hasta ahora, a pesar de todos los esfuerzos, ha sido imposible conseguir que brote otro. Uno se siente diminuto bajo sus gigantescas ramazones y admira cómo, para soportar su estúpido desarrollo, a causa de habersele cortado las raíces que echa para apoyarse, los innumerables brazos crecen tableados y en el sentido de la mayor resistencia, con el espesor de arriba abajo, usando de esta manera el mismo artificio que los arquitectos en sus contrucciones.

Después de haberlo contemplado, los demás árboles parecen enanos, aunque los hay hermosísimos, viejos también, o jóvenes, llenos de gracia fresca, claros o sombríos, a profusión como en una selva virgen.

Llevados con una seriedad y paciente amabilidad por nuestro guía—un conecor artista de primer orden—salimos del amplio círculo del gomero y trepamos la pronunciada pendiente del jardín, por un camino de armoniosos ligustros. De distancia en distancia, tres gradas y dos pilastras grises, evocadoras de algún jardín italiano, muestran todavía las huellas del terremoto que hace doce años sacudió el palacio antiguo, arruinándolo hasta los cimientos; y la convulsión terrestre se observa espantosa en las moles de ladrillo proyectadas lejos, como por una mano furiosa.

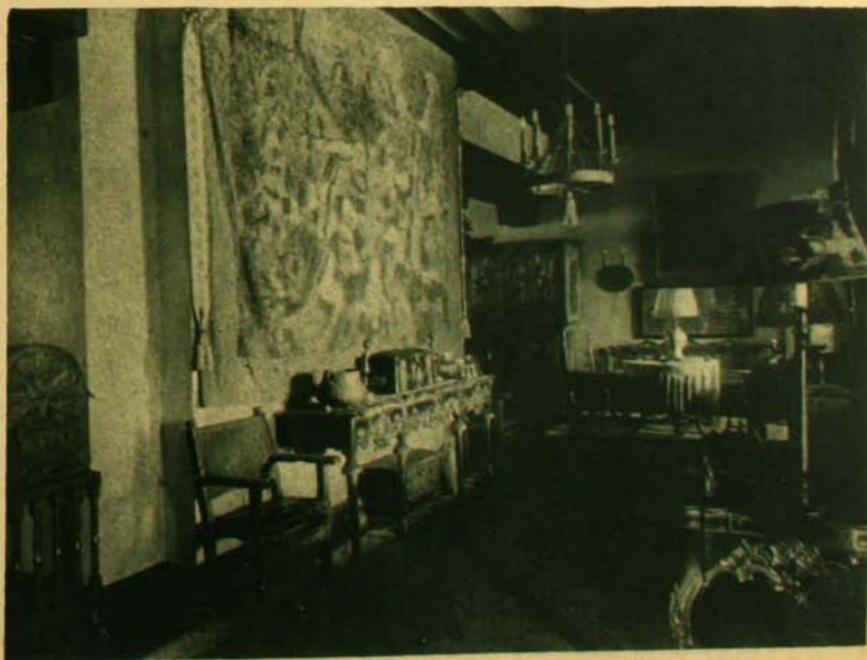
Seguimos caminando. El parque es enorme. Después de volver muchas avenidas, en continua ascensión, los grandes árboles disminuyen, el espacio se aclara y en una terraza amplia, entre altas palmeras, aparece a nuestros ojos el palacio.

Nos detenemos.

¿Dónde lo hemos visto? Es blanco, no demasiado alto ni ancho con exceso; la esquina izquierda la ocupa una capilla de estilo español; todas las ventanas tienen rejas de hierro forjado, superpuestas, y el pórtico de la entrada ofrece un aspecto de gravedad conventual y nobiliaria. Sin embargo, no impone; uno cree reconocerlo vagamente y se sorprende; es como si se hubiera ido a visitar a una señora er-



Panorama del parque y del valle de San Ildro.



Un hermoso interior.



Salón del palacio.



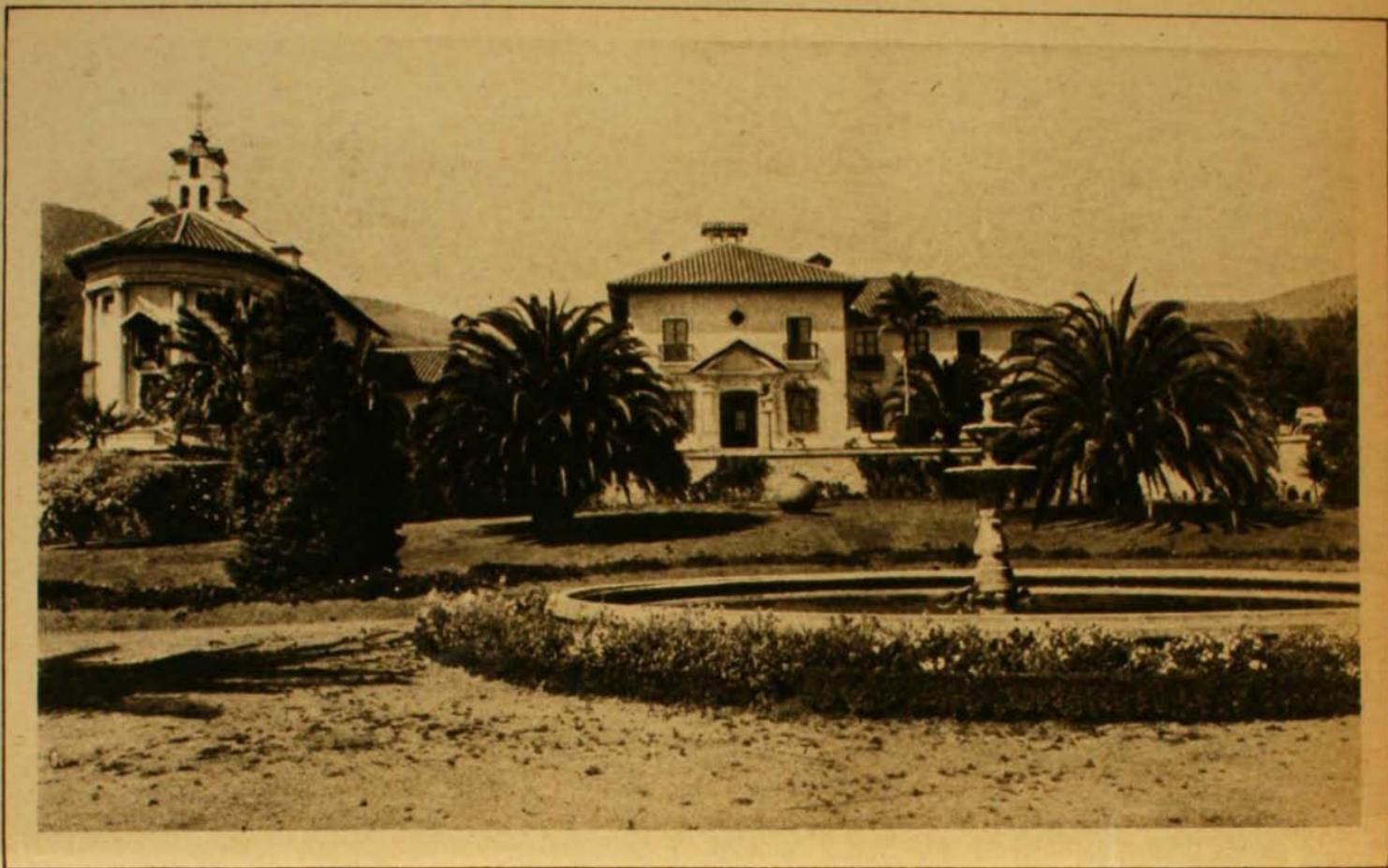
Casita del mayordomo, cerca del palacio.



Vista del claustro en el interior del palacio.



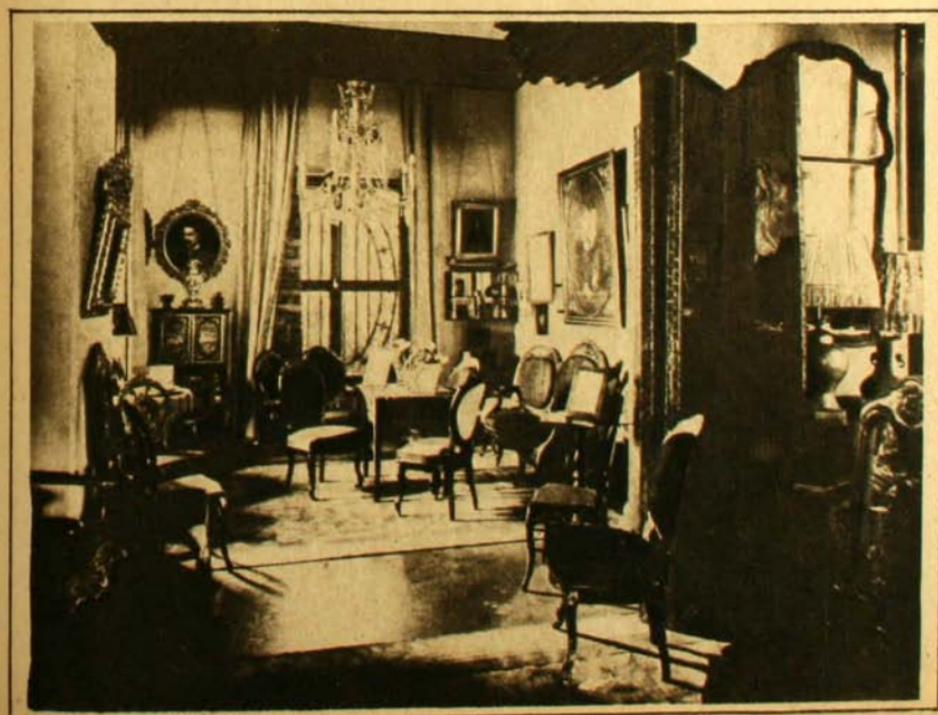
Una avenida de ligustros que sube en dirección al palacio.



Vista del palacio.



Interior de un dormitorio.



Interior de un salón.



Un potrero del fundo.

guía e inabordable de suntuosidad y se encontrara de pronto con una gran dama, religiosa, buena y acogedora, que nos trajera reminiscencias de alguna vieja pariente. Visión más que todo familiar y simpática.

—Este es el estilo colonial absolutamente—nos observa nuestro guía.

Y en estas simples palabras está la clave. Por regla general, nuestros palacios de la ciudad o del campo se inspiran en modelos extraños a la tradición española: cúpulas bizantinas, torreones de la Edad Media francesa, líneas Luis XV o Luis XVI, suntuosidad recargada del Renacimiento, cosas muy ricas, muy fantásticas y hasta muy bellas; pero que no pueden decirnos nada al recuerdo, porque no encajan en el ambiente ni arraigan en la historia nacional. En cambio...

—“Vean ustedes el frontispicio de la capilla: hay un retablo con el mismo Cristo que **estaba en la Catedral**: Tú que pasas...”

En efecto, allí está el Nazareno con su cruz a cuestas, pero no el de ahora, en su nicho banal, entre columnitas de mármol, sino el antiguo, el de la Colonia, el que despertaba viejas rememoraciones y en cuyos milagros se creía.

Avanzamos.

La puerta, hecha según el modelo de la Posada de Santo Domingo y admirablemente tallada, se abre mediante una llave de fortaleza; a un lado una ventanita provista de su reja española, la tradicional mirilla del portero, para ver quien llama.

En el interior, realmente “la casa” desaparece un poco y el palacio suntuoso y algo teatral se muestra. Por lo demás, no podía menos de ser teatral esta resurrección acabada de una época muerta. El vestíbulo, extraordinariamente amplio, alfombrado de azul fuerte, recuerda por la enmaderación oscura y tallada de sus techos, sobre fondo blanco, el cielo de la Iglesia de San Francisco, nuestro más antiguo monumento arquitectónico, del cual se han tomado numerosos detalles. Hay unos sillones tapizados de gobelinos legítimos, obra paciente y maravillosa; sillas doradas que durante doscientos años gastaron apenas los cuerpos penitentes y espiri-

tualizados de las Capuchinas; en la chimenea, de enorme tamaño y sin adornos, una paila de cobre, que cualquier dueña de casa santiaguina relegaría al desván, cuelga de tres cadenas, entre objetos raros y preciosos. En las paredes se ven aplicados gruesos velones de cera y aquí y allá penden de las vigas descubiertas, aéreas lámparas de cristal que estaban en un convento. A un extremo, un amoblado de seda azul reproduce exactamente el salón colonial, dispuesto simétricamente en torno a una mesa, como tantas veces lo hemos visto en alguna mansión de “La Hora de Queda”. Más allá, una pila de madera tallada, traída de España, otros objetos de museo...

A la izquierda de la entrada, dos rejas de barrotes dorados y negros dan vista al comedor; se bajan tres escalones y estamos en un verdadero refectorio conventual: una alfombra vieja, con las águilas de Carlos V, dibujadas al centro; dos mesas de franciscana desnudez—la comunidad debe pertenecer a la orden de Asís—y algunos tientos de cobre, de la mayor pobreza, hablan de ayunos y austeridades culinarias. Nada falta: ni las alacenas arcaicas y talladas a ambos lados del fondo, ni el sistema primitivo de iluminación, ni el aparador que parece ropero, de los más sencillos, aunque al examinarlo de cerca imponga respeto con blasones dorados y sus cruces nobiliarias, fabricado como fué para magnates, en la ciudad virreinal, hace quién sabe cuántos años.

Al lado opuesto, la derecha de la entrada, húndese un pasadizo oscuro y largo, finalizado por una reja, al través de cuyos hierros, dispuestos como encaje, brilla la luz verde y triunfal del parque. La primera puerta corresponde al dormitorio de la señora, mejor dicho a la celda de la Madre Superiora de esta antigua Abadía; y sólo un espíritu realmente enamorado de las cosas místicas y capaz de llevar hasta los últimos extremos el gusto por lo antiguo religioso, puede tener sueños tranquilos en esa pieza severa, casi desnuda, sin ninguna de las “mignardises” decorativas a la moderna, y sobre todo en el catre lúgubre, negro y casi sepulcral a pesar de sus labores de hierro forjado a martillo. Ape-

nas si las cortinas de vivas cretonas, corridas sobre las ventanas carcelarias, animan algo y hacen vibrar de colores alegres la austeridad monacal de la habitación.

Una breve visita al segundo piso.

La baranda de la escala está copiada de un púlpito antiguo, en las paredes hay tapices a flores azules, de un tono cálido. Dignas de observación las cerraduras y aldabas, todas de hierro negro, toscamente labrado según el estilo, y las puertas de maderas oscuras, barnizadas apenas, de sencillísimo dibujo, como cuadra a una mansión conventual. La disposición de las habitaciones, muy original, consulta el carácter antiguo y el confort moderno y amplias ventanas dejan entrar explosiones de claridad hasta los lechos, cuadrados y altos, con pabellones solemnes como catafalcos.

Desde el vestíbulo superior, amoblado con menos boato que el otro, se domina el claustro, una sucesión de arcos bajos, macizos y tranquilos que trazan un cuadrilátero en torno al jardín; al centro de éste, una pila, que estaba en la Plaza de un viejo pueblo, esparce su frescura en el aire soleado y sobre los caminos de empedrado añejo. A través de las ventanas, alternadas con santos españoles de sombría catadura, se divisan la verdura del bosque y los animales; y por sobre las tejas, sacadas a las antiguas posesiones del fundo para que todo tenga la misma vetustez, entre los claros de los árboles, sonríen o piensan algunas estatuas de mármol, divinidades paganas proselitadas del recinto conventual y que lo contemplan.

Bajamos. Una prolongación lateral del claustro nos lleva a la capilla, donde llama la atención el púlpito, maravilla de madera esculpida, con figura y flores de oro sobre fondo azul intenso. Tiene su historia: era el de la antigua Iglesia de la Compañía, cambiado por otro nuevo poco antes del incendio. ¡Un sobreviviente! Todo el templo, de muy regulares proporciones, parece hecho a imitación del púlpito, con menos serenidad y sencillez de líneas que el palacio; hay un Cristo español, negro y medioeval, rostro dolorido y amenazador, una Virgen vestida de raso recamado de

plata, con una cabecita pequeña y una corona minúscula, frente a un San Isidro Labrador...

Y salimos de nuevo al jardín, a vagar por el parque agreste y montaraz, en la tarde cálida.

La visita a este palacio claustro, forjado como una querida obra de arte, no deja en el ánimo la sensación de lujo ostentoso y hasta abrumador de otras mansiones, en las cuales tal vez no se ha invertido el tesoro que representa esta acumulación de ricas e históricas antigüedades.

Por momentos, parece Museo o fantasía de las Mil y Una Noches; pero luego se siente el apego a lo tradicional chileno y al respeto por la cosa única, que no se puede imitar ni repetir, a lo que vale no sólo por su riqueza. Hay algo más que dinero o positivismo en todo eso. Se ha necesitado un verdadero y hondo amor a la Naturaleza para levantarle entre las montañas, lejos de toda exhibición, ese santuario pacífico donde resucitan épocas pasadas y se evocan cuantas memorias pueden hacerse respetar y querer a nuestra tierra.

La atención de los dueños, concentrada como un foco en el palacio, ha dejado en abandono el jardín. Está bien así. ¿Cuál jardinero mejor que el mismo que hace florecer las plantas? Vamos por caminos medio borrados descubriendo bosquecillos sorprendentes de gracia; un enorme grupo de castaños baja del cerro próximo, se detiene en la quebrada; y el agua, golpeada entre las piedras, se responde con el rumor del río invisible que pasa inclinando las copas de los árboles. Un tronco de sauce caído ofrece ancho asiento a la meditación solitaria. El ambiente respira la paz de las cosas que ignoran el trascurso del tiempo y donde todo sucede con lentitud, cumpliendo leyes eternas. Los cantos furtivos de los pájaros pican el silencio con sus flechas cristalinas y la fronda de sombras se mueve sobre las yerbas tranquilas, como un encaje inmaterial. Desde una eminencia, vemos el panorama del valle, los trigales tostados y maduros para la cosecha, sendas de pinares oscuros por las que se levantan polvaredas de animales arreados y desde donde llega a veces, en ráfagas, el ruido de alguna carreta "lenta y soñolien-

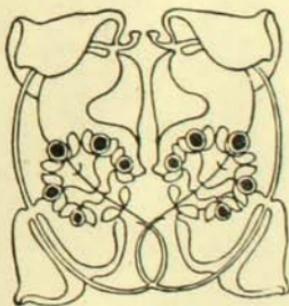
ta". Las cosas dormitan pesadamente bajo el sol. En la serenidad grande y simple del campo, nos viene al recuerdo, como una acción de gracias y una síntesis, esta oración de tan graciosa y consoladora poesía: (1)

"La flor que nace y crece en paz, el

ave que entona su canción, la estrella que sigue su curso silenciosa y el hombre que obedece a su conciencia, todos están de acuerdo con el Creador, de quien proceden y son todos los seres y en quien han de hallar su reposo: la paz los envuelve y se comunica a quien sabe comprenderlos."

(1). Mariana Cox-Stüven.—"Un Remordimiento".

San Isidro, 4 de Diciembre de 1918.





El bibliotecario.



Siglo XVI.—Frontis (ed. italiana).



Siglo XVI.—Frontis (ed. italiana).

## LOS LIBROS; SU ORIGEN, SUS AMIGOS Y SUS CASAS

Por LUIS POPELAIRE

EN uno de los últimos números de "Zig-Zag" se hablaba de la biblioteca de D. Valentín Letelier, de sus curiosidades bibliográficas y de sus manuscritos. Por aquellos libros se podía conocer al hombre, al sociólogo enamorado del estudio y ansioso siempre de saber. El autor del artículo nos decía que en aquella biblioteca se transparentaba "una parte de la personalidad de su dueño, algo así como la envoltura de su propia alma".

Como el cultísimo educacionista Letelier, hay hombres enamorados de sus libros. Así lo fué D. Diego Barros Arana y así lo es en la actualidad el ilustre sabio D. José Toribio Medina, que guarda en sus estantes riquísimos y valiosos ejemplares de libros raros y preciosos. El distinguido historiador ha puesto especial empeño en formar su biblioteca y es un enamorado de sus tesoros bibliográficos. En esta misma revista, en el N.º 31, correspondiente a Ju-

lio de 1915, se inserta un largo reportaje hecho al señor Medina, en que éste habla de sus libros, de lo que le ha costado adquirirlos, de su afecto por ellos y del valor pecuniario subidísimo que alcanzan algunas curiosidades bibliográficas que posee. En la biblioteca del señor Medina hay ejemplares americanos que valen 10.000 y más pesos.

No es extraño, pues, que, tratándose de bibliografía mundial, estos precios sean mayores y que los aficionados lleguen, en su ansia por adquirirlos, hasta provocar la falsificación de los libros antiguos. Hablando de la biblioteca de Jules Claretie, el "Carnet de la Semaine", de París, decía que nada se imita en el mundo, reducido, de los falsificadores, como los incunables, Elzevires, Cazins, Didots y románticos. A fines del siglo XVIII, Lyon se encargaba de las ediciones príncipes de Racine, y Ruan imprimía ediciones origina-



Siglo XVII.—Frontis del Quijote.

les de Moliere, donde todo era reproducido—esto es, disfrazado,—cuidadosamente, caracteres, títulos y florones. Se calcaba minuciosamente y, para engañar mejor al aficionado, los ejemplares eran expuestos al humo hasta adquirir un color rojizo.

Por mucho tiempo, la Biblioteca Nacional tuvo a su servicio a un especialista desconcertante, llamado Adán Pilinski, notabilísimo restaurador, el cual copiaba a mano y a pluma las hojas que faltaban, con tanta seguridad que todos los peritos bibliófilos caían en el engaño. Pilinski no tenía rival para esas imitaciones, y su obra maestra fué la copia de un cuaderno de las "Preciosas Ridículas", que se yuxtapuso al original. Todo estaba representado, las filigranas y hasta las defectuosidades procedentes de una tirada imperfecta.

El "Carnet" refiere también la historia de un incunable que se vendió por 25,000 francos, declarado auténtico por tres peritos infalibles, y que luego se reconoció como falso del modo siguiente: el falsificador, al reconstituir los cuadernos, había imitado hasta los agujeros de la carcoma. Pero (siempre hay algún descuido) una hoja no tenía los tales agujeros. Y como esos animalitos no tienen, cuando saborean un libro, caprichos de esta naturaleza, por ahí

se descubrió el ovillo. El libro hubiera tenido que estar atravesado por la carcoma de parte a parte. Ello fué un rayo de luz para un cuarto perito, y la superchería quedó descubierta.

Para precios fabulosos, los que se obtuvieron últimamente en Londres, en el remate de la biblioteca de Mr. Yates Thompson, que produjo en total 1,309.000 pesos.

El precio más alto fué adjudicado al libro de Horas de Juana II, reina de Navarra, por el que se pagaron 295.000 pesos. La página que de él reproducimos, representa a San Luis en camino hacia Reims, para ser allí coronado. El joven rey de Francia, niño de once años, se ve con su madre, doña Blanca de Castilla, en una engalanada carroza escoltada por varios nobles a caballo. El mismo comprador adquirió por 25.000 pesos un manuscrito persa hecho en 1410 por Iskander, nieto de Tamerlán o Timur, el gran conquistador tártaro.

La página que aquí damos representa una partida de polo, juego de origen oriental. Entre los jugadores figura un emperador romano.

Otro libro notable, una de cuyas páginas reproducimos, es el Misal Galicano del año 1060, vendido en mil libras esterlinas, en el que se ve a Cristo pisando un grifo y un dragón.

La edición latina de "Aristóteles", en dos volúmenes, con un comentario del célebre Averroes, publicada en Venecia en 1483, por Andrés d'Asola, es una obra de gran mérito, sumamente rara, de la que sólo se conocen dos o tres copias.

Es la primera edición completa de las obras del gran filósofo.

Aunque obra impresa, se subastó entre los libros de Thompson, todos ellos manuscritos, y fué comprado por 75.500 pesos.

Su antiguo dueño lo consideraba como "el libro más magnífico del mundo".

Al describir la página que aquí reproducimos, dice:

En el folio uno del primer volumen se ve representado a Aristóteles sentado en una roca, y con la mano en alto instruye al famoso cordobés Averroes, el cual, con la pluma en la mano, escucha atento las sabias palabras del maestro griego. Ante

el español se ve un libro abierto y un tintero. El resto de la ornamentación una curiosa combinación de perlas, rubíes ninfas, cupidos, zafiros y corzos, en artístico conjunto, del gusto de las delicadas miniaturas italianas de la época.

Al pie de la página se lee un hexámetro en una línea, en caracteres romanos que dice: "Ulmer Aristotelem Petrus produxerat orbi".

Según opinión de Thompson, el Pedro Ulmer citado, debe ser Pedro Ugelleymer, que fué quien procuró a Andrés d'Asola los aparatos necesarios para imprimir la obra.

Otro libro de la misma colección es un breviario de Verdun, hecho por Margarita de Bar, Abadesa del convento de San Mauro en la ciudad citada, por los años 1290 a 1310 y que ha sido vendido en 77.500 pesos.

Se comprende que los bibliómanos que tales precios pagan por un raro ejemplar, es porque son, como lo dice la palabra, verdaderos maníacos, adoradores del libro y ardientes coleccionistas que dejan muy atrás a los aficionados a las estampillas o a las monedas.

Aunque gran número de eruditos y bibliófilos han muerto de más de ochenta años, los libros cuentan con no pocas víctimas. La más antigua fué Eratostenes. Ciego en su vejez, prefirió la muerte a la ceguera, que le privaba del placer de la lectura, y se dejó morir de hambre.

Por motivos análogos se suicidaron, ya en nuestra época, Carlos Didier, autor de un Año en España, Los amores de Italia, Las noches del Cairo, etc.; el sabio orientalista Estanislao Guyard, que, imposibilitado de trabajar en sus estudios por una enfermedad, prefirió la muerte al descanso forzoso; el célebre naturalista y explorador alemán Emilio Bessels, que, habiendo perdido en un naufragio sus colecciones, y en un incendio sus manuscritos y su biblioteca, no pudo consolarse de tan terribles golpes y se dió la muerte.

Pasando ahora a las víctimas propiamente dichas del libro, pueden contarse las siguientes:

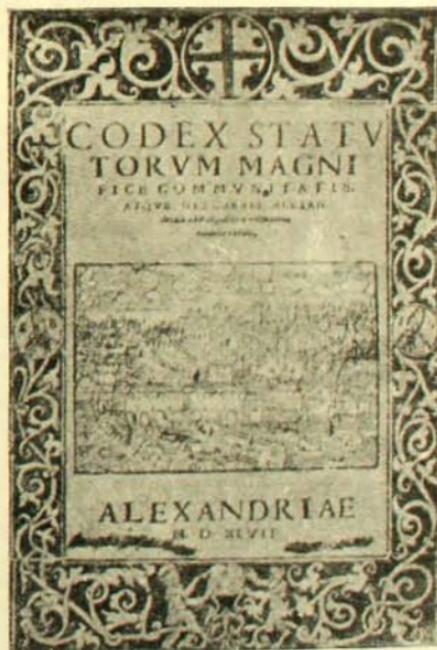
El sabio abate Goujet, que murió del disgusto que le produjo el ver en otras ma-

nos, por haberlos vendido, los 10.000 volúmenes de su biblioteca. "Quien quiera conocer de un golpe todas las miserias de aquí abajo, han dicho José Scaligero y Julio Janin, que venda sus libros".

El docto médico Santiago Gaupil, profesor de Botánica de París, cuya biblioteca fué saqueada durante los trastornos de la Liga, haciéndole morir de desesperación en 1564.

Durante el saqueo del arzobispado, en 1831, del que Luis Blanc ha dicho "que lo que se perdió para el arte y para la ciencia en aquel día de locura es incalculable", el publicista y librero Calnet du Rascel, vió flotar en el Sena los libros que en otro tiempo había ordenado y cuyo catálogo había redactado por encargo del cardenal Hesch. Tal fué su pena, que volvió a su casa para no salir de ella sino en un féretro.

Entre los muertos en medio de sus libros, de muerte natural, hay que citar en primer término al Petrarca: sus criados se asombraban de no verle salir de su biblioteca: entraron y le hallaron sentado con



Siglo XVI.—Frontis del Codex Statutorum Magni.

un libro en la mano. Creyeron que dormía, pero estaba muerto.

El filósofo siciliano del siglo XVI, Antonio Flamino, gustaba tanto de la soledad, que no hablaba con nadie y vivía sin criada ni criada; compraba su alimento en una posada de la vecindad, y como se hubieran pasado tres días sin adquirirlo, el posadero, inquieto, entró por una ventana en el cuarto del sabio, y le halló muerto en medio de sus libros.

Cerramos esta lista con el nombre de Armando Bertin, director de los "Debatés", que se extinguió, también en su biblioteca, poco después de la muerte de su mujer. Moribundo ya, se hizo transportar a su biblioteca, cogió el libro favorito de su compañera difunta, y mientras lo contemplaba hojeándolo, llegó la muerte y le cerró los ojos.

Uno de los grupos de víctimas del libro lo forman los bibliófilos o sabios muertos por accidentes causados por sus libros, como el astrónomo alemán Juan Stoeffler (1472-1531); convencido por el estudio de su tema de nacimiento, que había de morir en determinada fecha al choque de un cuerpo que le había de caer en la cabeza, invitó a varios amigos aquel día para que le acompañasen y se encerró en su casa. Se habla, se discute, y para cortar la discusión, Stoeffler saca un libro de su biblioteca, pero el estante, mal sujeto, vacila y se le viene encima del cráneo con todas sus filas de pesados libros, ocasionándole la muerte pocos días después.

El padre Carmelita Luis Jacobo de Saint-Charles (1608-70), bibliotecario del Cardenal de Retz, y luego del presidente de Harlay, al subir a lo alto de una escalera para alcanzar un libro, se cayó, muriendo de las consecuencias de la caída. La misma suerte sufrieron el célebre organista y compositor inglés Samuel Arnold (1740-1802); el sabio helenista Coray (1748-1833); el bibliógrafo sajón Federico Adolfo Ebert (1721-1834); el famoso bibliófilo español marqués de Morante; el erudito Rovert; el doctor Robinet (1825-99); el abate Pierr-fitte, historiador del clero borgiano; el poeta dramático alemán Gutzkow (1811-78), muerto en un incendio que produjo estando leyendo en su biblioteca; y el famoso his-

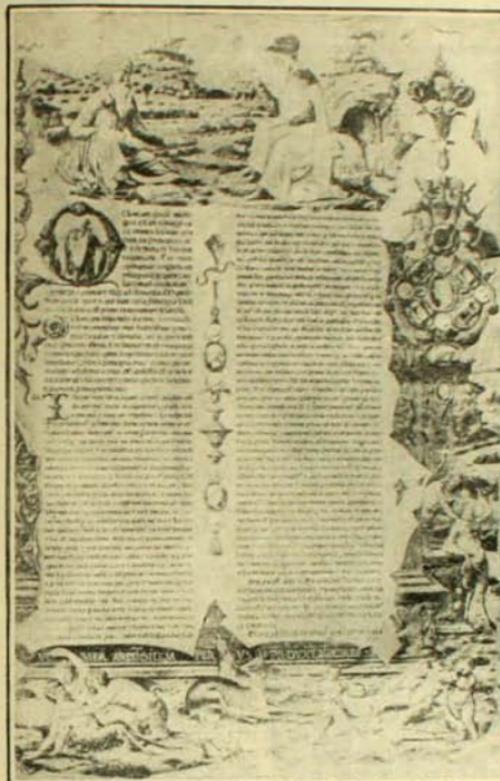
torador Teodoro Mommsem (1817-1903), que prendió fuego con una bujía a sus largos cabellos blancos, al penetrar en su estudio, muriendo de las consecuencias de sus quemaduras.

Al mismo grupo pertenece también el famoso Antonio María Enrique Boulard (1754-825), el más maniático buscalibros que jamás se haya visto, que había llenado con ellos, desde la bodega hasta las buhardillas, ocho de sus casas de París, amontonando en ellas 600.000 volúmenes; la víspera del día en que iba a comprar la novena casa para sus tesoros, cargó de tal modo los enormes bolsillos de su monstruosa hopalanda, que ningún coche quiso admitirlo, y tuvo que volver a su casa jadeante y sudoroso después de una larguísima caminata. Quisieron impedirle que bajara él mismo a la bodega a colocar sus últimas adquisiciones; pero no quiso escuchar a nadie, y cogió una pleuresía de la que murió.

Otra especie de víctimas son los que han acertado su vida a fuerza de estudiar o de sufrir privaciones, para conservar o enriquecer sus bibliotecas. Adriano Baillet (1649-1706), concentró toda su existencia en sus libros e investigaciones; apenas dormía algunas horas, muchas veces vestido, no salía nunca, y para no perder tiempo, no hacía más que una comida; el exceso de trabajo y la austeridad del régimen minaron su existencia.

El célebre orientalista Anquetil-Duperron (1731-805), traductor del "Zend-Avesta" y creador de los estudios asiáticos en Europa, había reducido sus necesidades a lo más estricto, viviendo de pan y de leche, privándose de fuego en el invierno, sin colchones y hasta sin sábanas; cuando salía, le tomaban por un mendigo y le ofrecían limosna; al reorganizarse el Instituto, Anquetil fué nombrado para el mismo; pero siempre rebelde al aparato y a los honores, no tardó en dimitir, muriendo poco después. "Voy a partir para un viaje, dijo, mucho más largo que todos los que he hecho; pero no sé dónde llegará".

El heroico Lauwers se sometía a las más duras privaciones por aumentar su rica biblioteca. La muerte le sorprendió con las miradas fijas en sus queridas colecciones, de las que no había querido quitar el me-



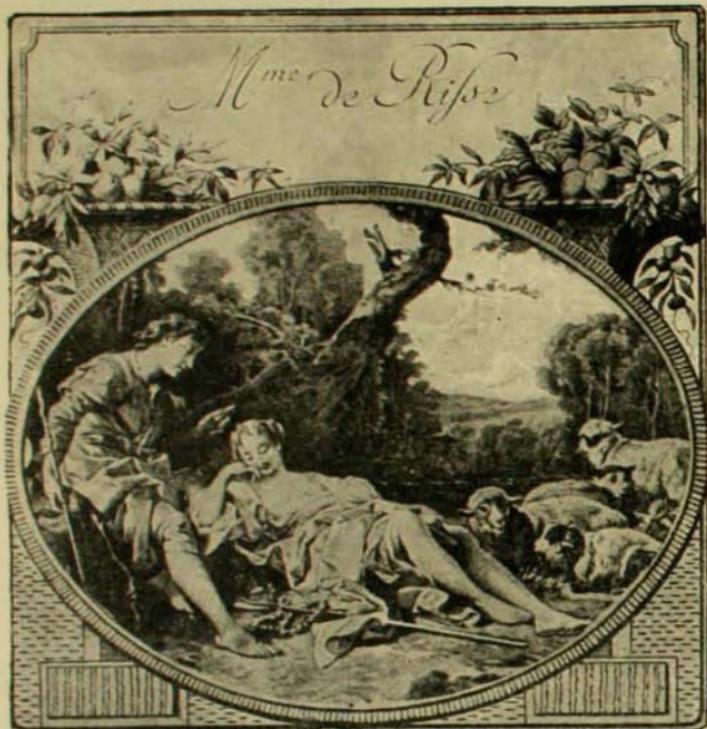
1. Primera página del libro que se considera el más magnífico del mundo, "Aristóteles", comprado en 72,500 pesos.—2. Misal del siglo XI, vendido en 25,000 pesos.—3. Libro de Horas del siglo XIV, comprado en 295,000 pesos.—4. Ma-



nuscrito del siglo XV. El Polo Persa, vendido en 125,000 pesos.—5. Siglo XIV. Página de texto (pergamino). Biblioteca Vaticana.—6. Siglo XV. Página de texto (ed. española).—7. Siglo XV. Página de texto (fragmento) del "Donatus", gramática latina, en xilografía, impresa por Gutenberg.



8. Siglo XV. Página de texto (ed. española).—9. Siglo XV. Página de texto (fragmento) del "Donatus", gramática latina, en xilografía, impresa por Gutenberg.



Siglo XVIII.—Frontis.

nor volumen para cambiarlo por un pedazo de pan.

El bibliófilo belga Van Hulsem (1764-1832) murió gloriosamente sobre un montón de libros, herido por un ataque de apoplejía.

El bibliófilo irlandés Walter Fourgon se había establecido en París, ocupando un cuarto bastante grande en la calle Bailloul, número 12; con él no vivía nadie; llevaba siempre el mismo traje, y todos los días volvía cargado de paquetes de libros; era, en efecto, un bibliómano rabioso, y por aumentar su colección se imponía las más duras privaciones. Un día sus discípulos se encontraron con la puerta cerrada, sin que nadie respondiera y sin que el portero hubiera visto salir al irlandés; avisada la policía, se abrió el cuarto y se encontró a Fourgon tendido sobre un montón de libros en medio de la habitación; hecha la autop-

sia, resultó que Fourgon había muerto de hambre, pues sólo vivía de pan mojado en agua tibia; tenía más de 40.000 volúmenes, algunos de gran valor. Con ligeras variantes, esta es la historia del erudito filólogo Alejandro Timoni, del sabio húngaro Montelli, del bibliófilo Chenu, del profesor ginebrino Eusebio Gaullieur, etc.

El fin del filósofo cartesiano católico-liberal Bordas-Demoulin 1798-1859, merece especial mención. Descuidado en cuanto a la vida material, Bordas hubiera muerto literalmente de hambre muchas veces a no ser por sus amigos. Días enteros se quedaba en la cama

por no poderse tener de debilidad, y siempre se le veía mal vestido y calzado con zapatos viejos de desecho, siempre olvidado de su miseria. La víspera del día en que se metió en la cama para no levantarse más, había bajado de su buhardilla para comprar con los últimos cuartos que le quedaban su frugal desayuno; pero pasa por una librería de viejo, y ve un folleto que le interesa. Si lo compra, se queda sin comer, sin nada... Bordas no vacila ni un instante: compra el folleto y vuelve tranquilamente a su buhardilla, de donde sale para el hospital y para el cementerio. Esta muerte inspiró a Proudhon una hermosa carta, en la que confiesa haber llorado y haberse reconocido en la vida de Bordas, aunque nunca hubiera llevado el martirio a grado tan sublime.

El libro y antes que él, el manuscrito, tienen su historia, que está íntimamente rela-

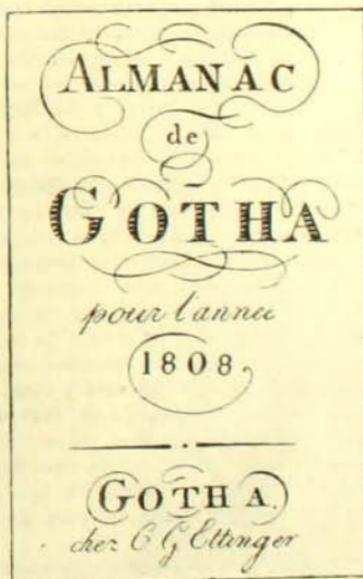
cionada con la de la humanidad. Se puede decir que las etapas recorridas en su evolución por el manuscrito y después por el libro, son las mismas que ha visto la cultura humana desde los remotos tiempos de los Vedas hasta hoy.

Existe tan íntima unión entre el origen del libro y de la escritura y la iniciación y desarrollo de la civilización, que no es posible anizarlos separadamente, y ya que hemos iniciado estas notas bibliográficas, queremos completarlas con algunos apuntes sobre el origen y evolución del libro tomados de un artículo de A. Zaeche, publicado en una revista tipográfica.

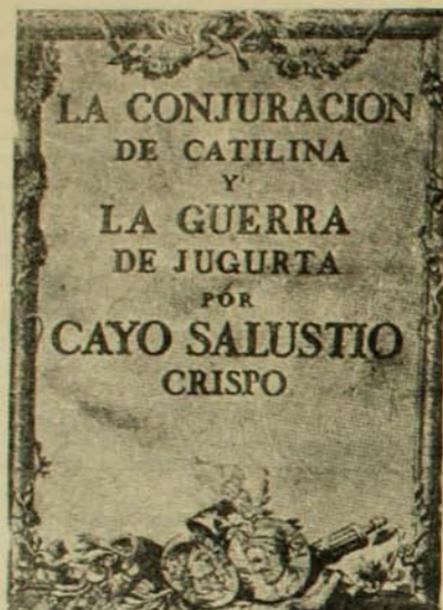
La escritura, base esencial del libro, ha pasado de la piedra al metal, de éste a la madera y más tarde al **papyrus**, de éste al pergamino y finalmente al papel. En las tumbas y pirámides de Egipto se grabaron extensas leyendas históricas, miles de años antes de la era cristiana, y en las ruinas de Nínive y de Babilonia también se han hallado piedras con inscripciones. En la antigüedad se grababan las actas oficiales en placas de piedra o bronce, y bajo esa forma se encuentran los archivos más antiguos de Derecho público, privado e internacional. No se ha podido fijar la fecha exacta de la aparición del papiro, proveniente del valle del Nilo, y que se ha encontrado en las tumbas egipcias. El papiro se obtenía de los rizomas de la planta de ese nombre, que se separaban en hojas lo más delgadas y anchas posible. La mejor era la más interior; se empleaba exclusivamente para los libros sagrados, por lo que se le llamaba **hierática**; más tarde se le llamó **Augusto**. Su anchura variaba de 13 a 9 dedos, y su valor dependía de su finura, cuerpo y color más o menos blanco y brillante. Se ha intentado y se ha conseguido producir **charta papyræa** con los tallos del papiro que crece espontáneamente en Sicilia. Las tiras de papiro eran largas y angostas, se pegaban una al lado de otra y sobre ellas se escribía, en columnas verticales, en igual número de líneas paralelas y uniformes. Otras veces sólo se usaban las tiras estrechas, leyéndose una sola columna. Los caracteres se trazaban por medio de un estilete de éfilamo. Para formar un volumen, se arrollaba la tira sobre

un cilindro de madera, en cuyo extremo se ponía un botón al cual se ataba, por medio de un hilo, la etiqueta con el título de la obra. Esto constituía un gran adelanto, pues se podían leer y transportar con facilidad, colocando los volúmenes en una caja cilíndrica. Así se originaron las primitivas bibliotecas conocidas. Su existencia está comprobada por los rollos encontrados en las tumbas egipcias y en las ruinas de Herculano. Si bien la fabricación de papiro originó una mayor producción de libros, ello no condujo a difundirlos, porque los egipcios no permitieron que otros pueblos participaran de sus industrias y descubrimientos, y sólo se conoció en Grecia en el siglo VII antes de Cristo. La piel de algunos animales, convenientemente preparada, también se empleaba para escribir: en el siglo III antes de Cristo, se perfeccionó tanto la aplicación en Pérgamo (Asia Menor) que llegó a ser el rival del papiro y probablemente el origen del pergamino usado posteriormente.

La propagación del papiro y del pergamino contribuyó a difundir la expresión del pensamiento. Los libros aumenta-



Siglo XIX.—Frontis del Almanaque de Gotha.



Siglo XVIII.—Frontis (edición española).

ron y también los coleccionistas. Los maestros de escuela pudieron enseñar con facilidad. De los libros de más mérito se hicieron múltiples copias, que les ponían un sello y firma. **La Odisea** y **La Iliada**, que llevan el nombre de Homero, son los libros de Historia y Geografía más antiguos del pueblo helénico. **La Teogonía**. **Los Trabajos** y **Los Días** de Hesíodo, venerados como monumentos de la sabiduría de aquellos tiempos, contenían preceptos, etc. Entre los **commentarios**, libros de recuerdos, se citan como modelos de narración los de César sobre la guerra de la Galias. Los antiguos también llevaban sus libros de cuentas (**libri rationum**) y otros en que consignaban la vida diaria (**agenda**). Se dice que Catón el censor, teniendo que dar cuenta como procónsul de una provincia, mandó leer una página de su libro de cuentas, comprobándose plenamente su economía e integridad.

Cuando Grecia y Roma difundían el pensamiento y la palabra de sus sabios y filósofos, se hacían en ellas libros de todas dimensiones y formas, anotados, ilus-

trados o con el retrato del autor. Los magnates y príncipes rivalizaban en fundar bibliotecas y en organizarlas. En Atenas sólo existían libros griegos. En la biblioteca de Alejandría, se cree que existieron los originales hebreos de los libros del Antiguo Testamento, traducidos después al griego para los judíos que ignoraban su lengua nacional.

Fué en Roma donde existieron al principio de la era cristiana los más ricos depósitos de libros formados y organizados por sabios, que trataban de difundir la lectura de obras escritas en diferentes lenguas. Varrón fué el erudito encargado de organizar la biblioteca de César, en la que figuraban autores etruscos. Las librerías, además de ser salas de venta eran lugares de reunión, donde se discutían el valor literario de los autores y la autenticidad de las firmas. Los manuscritos autógrafos, empezaron a tener valor y llegaron a coleccionarse autógrafos célebres. En Roma y Atenas las colecciones se cotizaban según su mérito y el material empleado: papiro o pergamino, y según la caja de madera que los contenía. En esa época surgieron los libros cuadrados o **Códices**, formados por hojas iguales y cosidas.

La producción literaria de los compiladores e historiadores era abundante, y a la paciente laboriosidad de los copistas se debió la disminución de peso y volumen de las obras, que pudieron publicarse en pergamino más fino y con caracteres más pequeños: la **Historia Romana**, de Tito Livio, comprendía 127 libros y se publicó en un sólo tomo. Según Cicerón, existía un ejemplar de los 15.000 versos que componen **La Iliada**, tan pequeño, que cabía en la cáscara de una nuez. Las ilustraciones se copiaban directamente del natural o se obtenían por el calco. Los libros de Geografía tenían mapas. Cuando los libros eran antiguos, se acompañaban de comentarios y marginales explicativos que a veces formaban por sí solos libros enteros.

Los libros antiguos resultaban muy costosos, pues además de ser escritos por hábiles calígrafos, iban acompañados por textos comentándolos, y a veces por juicios escritos por gramáticos de profesión

o críticos. Para poner orden en las notas aclaratorias se empleaban signos particulares, que colocados al margen del texto, indicaban al lector el comentario a que debía recurrir. En la biblioteca de San Marcos de Venecia existe un manuscrito del siglo X que contiene el poema *La Iliada*, con muchos signos del gramático Aristarco y de varios discípulos suyos. Por lo que vemos, las copias de los libros eran poco numerosas; se conservaban en las librerías donde sólo se dejaban consultar mediante cierta suma, convirtiendo las librerías en salas de lectura. Entonces, como hoy, los autores que no tenían gran renombre sacaban poco producto de sus obras. La poesía dramática estaba bien retribuida, pero la entrada a los teatros era muy reducida y se abrían pocas veces al año, de modo que el empresario poco podía pagar por ella. La cuestión del papiro oponía grandes obstáculos a los escritores griegos y romanos de la época de Pericles, por su elevado precio; para sustituirlo y para escritos poco extensos se usaban placas de madera. Los libros de la antigüedad han desaparecido y han sido destruidos para la posteridad. Los manuscritos de Aristóteles pasaron a manos de Teofrasto y de éste a herederos ignorantes, que los abandonaron en una cueva durante muchos años. Esto explica por qué tardaron tanto en ser conocidos en Occidente. Los mandatarios y reyes también se oponían a la difusión de ciertas obras, mandando quemar los libros de algunos escritores y poetas. Las grandes bibliotecas de la antigüedad desaparecieron a consecuencia de guerras o de siniestros, como sucedió con la de Alejandría, con tres de las más importantes de Roma y con la de Lyon. Cuando ardió el Capitolio, durante la guerra civil, sólo se salvaron despojos del santuario del patriotismo y de la religión. Bajo las ruinas de Herculano y de Pompeya también quedaron sepultados valiosos manuscritos de la época.

La pasión política en unos casos y los fanatismos religiosos en otros, se opusieron a la publicación de algunos libros o destruyeron los existentes. El triunfo del cristianismo relegó al olvido muchas obras de la literatura pagana: Gregorio el Gran-

de ordenó el estudio de la Biblia latina y sus comentadores. San Basilio aconsejó el estudio de los poetas griegos por la utilidad que tenían para la educación del espíritu y del corazón.

Las grandes invasiones bárbaras produjeron en el mundo conflictos tanto o más importantes que el choque de las religiones incompatibles. Como las tribus de godos, hunos y alanos que las componían no sabían leer ni escribir, no les importaba tampoco de los libros y bibliotecas; sin embargo, se acostumbraron poco a poco a la lectura de los libros sagrados y científicos y aprovecharon todos los medios que Roma y Grecia les ofrecían. Boecio, traductor y comentador de Aristóteles, fué secretario de Teodorico.

Al difundirse el cristianismo, iniciáronse nuevas tendencias en la literatura, lo que compensó el pasajero eclipse que sucedió a la cultura greco-romana. San Agustín y San Juan Crisóstomo escribieron obras de religión y moral. Se hicieron numerosas copias de la Biblia, en hebreo, griego y latín; esta última *Vulgata* es de San Jerónimo. Los progresos de la enseñanza religiosa se efectuaron a costa de los conocimientos del mundo físico, que quedaron reducidos a nociones superficiales, estudiadas en manuales de poco mérito y valor. Las obras literarias perdían mucho al ser traducidas;



Siglo XX.—Portada (ed. norteamericana).

esto no sucedió con las científicas, pues la sinonimia de los tecnicismos es bastante rigurosa, teniendo menor importancia el estilo, siempre que el traductor conozca ambos idiomas a fondo.

En la Edad Media, la redacción y comercio de libros continuó en los claustros, donde los religiosos eran los únicos representantes de la ciencia y únicos instructores de la juventud. Son numerosos los pergaminos y papeles manuscritos en griego y latín que nos han legado. Se dedicaron especialmente a los textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, a los libros destinados a los oficios divinos: misales, antifonarios, eucólogos y otros, a o los escritos de San Agustín, San Gregorio, San Basilio, etc. El cabildo de Tuy (Galicia), envió a la Exposición Histórico-europea, celebrada en Madrid en octubre de 1892, un libro que es una exposición de los Salmos por San Agustín, hecha en vitela y con letras a mano; contiene música antigua, escrita sin pentagramas, para salmodiar.

Los calígrafos árabes eran buscados en el Oriente por su buen gusto artístico. Omán, tercer sucesor de Mahoma, reunió en un solo libro el Corán, copió de su mano algunos ejemplares, de los cuales uno se conservaba en Damasco y otro en Marruecos. Casi todas las ciudades musulmanas poseían buenas bibliotecas, destruidas con el tiempo por diversas causas. En Córdoba (España), poseían una biblioteca con más de 400.000 volúmenes, entre ellos uno de los cuatro ejemplares del Corán manuscrito por Omán. En el siglo VI de la Hégira, había en toda España más de 60 bibliotecas, que desaparecieron en la lucha con los cristianos.

Al dar a conocer Gutenberg su invención de la imprenta (1440), se inició una nueva era para el libro, el que alcanzó gran difusión, debido especialmente a la relativa baratura que tuvo desde entonces. Las ediciones hechas desde la invención de la imprenta hasta el principio del siglo XVI se llaman **incunables**. Estos libros son fáciles de reconocer examinándolos una sola vez; en casi todos se ven grabados toscos que alternan con la letra gótica del texto. Los **incunables** representan el primer boceto de un arte que ha ido perfeccionándose. Se

han dividido en **xilográficos y tipográficos**; los primeros se obtuvieron con planchas de madera de una sola especie esculpidas o grabadas; los segundos con caracteres móviles.

En la última época de la Edad Media existió junto a la letra de códices, la cursiva de uso corriente.

Esta se halla en abundancia en los documentos de la época. Después del siglo XII aparece ya dicha letra revistiendo un tipo bien definido, que luego experimenta cambios sin que orgánicamente difiera de la letra de los códices, cuyo desarrollo sigue con tendencia a convertir los ángulos en trozos romos por la soltura de la mano.

Aunque la imprenta había aparecido ya, todavía se hicieron manuscritos en abundancia hasta fines del siglo XV, adoptándose dos tipos para la trascripción de libros; la letra gótica o de forma y la **bastardilla**.

Merece citarse la escritura llamada **humanista**, que adoptó con preferencia la minúscula imitada de la carolina y cuyos modelos se buscaron en los libros de los siglos X y XI. Llámase también esta escritura "littera antigua", rotonda, romana o tonda, creyéndose que Poggio di Guccio y Niccolò Niccoli fueron los primeros en emplearla para transcribir los autores latinos.

De esta minúscula humanista nació una cursiva apuntada e inclinada, cuyos ejemplares pueden verse en los breves pontificios del siglo XVI y que tomándola de los autógrafos de Petrarca fué adoptada por la imprenta bajo la denominación de letra cursiva o itálica.

A partir del siglo XVI, a causa de la rapidez difusiva de la imprenta, dejan de escribirse libros a mano a excepción de los casos en que se deseaba ofrecerlos como regalo a elevados personajes.

En la escritura privada obsérvase una gradual deformación del tipo gótico con frecuentes irregularidades de abreviaturas a veces de difícil lectura.

En cuanto a la influencia de los diversos tipos caligráficos, se reconoce por una parte la del tipo italiano, llamado **cancilleresco** y, por otra parte, el tradicional preferido de los eruditos. Los maestros de escritura italianos establecidos fuera de su país

y los estudiantes de las Universidades italianas contribuyeron a difundir la escritura cancilleresca, que fué también la predilecta de los grandes personajes de la época.

En el siglo XVII, bajo la influencia de la imprenta, se hace más legible la escritura adoptándose las letras italianas en lugar de las góticas usándose aquéllas, sobre todo en las personas de sociedad, en tanto que los eruditos se atienen a la forma arcaica que sigue muy degenerada, introduciéndose formas nuevas.

Al llegar al siglo XVIII los manuscritos adoptan cada vez más el tipo moderno, de letra pequeña, redonda o cursiva y de cierta regularidad y hasta perfección, sin otras dificultades de lectura que las de cualquier manuscrito actual. Sólo se cita un caso de persistencia de formas antiguas, el de la "littera Sancti Petri" para documentos pontificios y son justamente los ejemplares tras los cuales penan y mueren los bibliomanos.

Poco después se facilitó la fabricación de papel, lo que unió a otras causas que sería prolijo enumerar, trajo la difusión y abaratamiento del libro y, por consiguiente, la facilidad de adquirirlo, e ilustrarse. La multiplicación de los medios de lectura originó también la creación de nuevas bibliotecas y aumento y enriquecimiento de las ya existentes. Ya hemos hecho mención de algunas bibliotecas y las hubo también en Grecia y en Roma antiguas.

Los primeros ensayos de biblioteca en Francia, se debieron a Luis XI, el que reunió una colección de obras que puso a disposición de los sabios y estudiantes. Las obras que formaban esta colección fueron repartidas entre varios monasterios al fallecer aquel monarca, y suerte parecida tuvo otra posterior de Felipe el Hermoso. En la actualidad, Francia posee trescientas ochenta y ocho bibliotecas públicas, repartidas en los departamentos. De este número se exceptúan las de París, entre las que figuran como más importantes la Imperial, fundada por Carlos V en 1311, y que, trasladada a Inglaterra por Bedford en 1429, fué rehecha por Luis XI; la Real, que, establecida a su fundación en los castillos de Blois y Fontainebleau, fué llevada por Enrique IV a París, se abrió al pú-



Siglo XVIII.—Frontis.

blico en 1735, y es acaso la más rica, pues cuenta dos millones de impresos y gran número de manuscritos; la de Santa GENEVEVA, fundada en 1624 por el cardenal La Rochefoucauld; la Mazarina, creada en 1648 por el cardenal Mazarino y legada por éste al colegio de su nombre, hoy palacio del Instituto, es la primera biblioteca que en Francia se abrió al público; la de la Sorbona, la de la Ciudad, la del Arsenal y la del Instituto.

En Alemania y Austria las bibliotecas cuentan seis millones quinientos mil volúmenes, siendo dignas de mención la de la Universidad de Munich, la de Praga, la de PESTH, la de Dresde, y en Berlín la Real y la de la Universidad.

En Inglaterra y en Escocia las principales son: en Londres, la del British-Museum, fundada en 1775; en Cambridge, la del Colegio de la Trinidad; en Oxford, la de la Universidad, abierta al público en el siglo XIV por Ricardo de Bury, obispo de Durham, y enriquecida por Humphray en 1440 y por Tomás Bodley en 1697, por lo que se llamó biblioteca Bodleyana; y las de Dublin y Edimburgo.

En Bélgica las más importantes son: las de Lovaina, y en Bruselas la de la Ciudad, la de Borgoña y la Real.

En Grecia merecen especial mención las de los monasterios del Monte Athos y de Patmos, por los preciosos manuscritos que encierran, y la de Atenas.

En Turquía, Constantinopla tiene treinta y cinco bibliotecas públicas de difícil acceso a los europeos; es la más notable la del Serrallo, fundada por Selim I, y que encierra cuatro mil volúmenes árabes o persas.

Italia posee numerosas bibliotecas, siendo notables la Laurenciana, de Florencia; la Magliabechi y la Pitti, de Génova; la Ambrosiana, de Milán; la Franciscana, de Nápoles; la Angélica, la Barberini y la del Vaticano, de Roma. Esta última atesora gran número de curiosidades, citándose entre ellas un **Virgilio** que data del siglo IV, el manuscrito autógrafo de las **Rimas** de Petrarca, otros escritos del Dante copiados por mano de Boccaccio, la copia manuscrita del **Tratado de los siete sacramentos**, obra de Enrique VIII mandada y regalada por

éste a León X, el **Breviario** de Matías Corvino, y la documentación del papado.

En las demás naciones de Europa existen buenas bibliotecas, aunque no tan importantes como las ya citadas. En Asia, los árabes tuvieron preciosas colecciones de libros en Bagdad. Hoy se cita la biblioteca del Ilmera-Pura (Ava), la de Pekín y algunas establecidas en las metrópolis de las provincias chinas.

En América del Norte, los treinta y ocho Estados de la Unión sostienen 15,615 grandes bibliotecas, y casi todas las poblaciones están dotadas de una pequeña. Las principales son: las de Albany, Boston, Brunswick, Cambridge, Georgetown, New-Haven, las ocho de New York, las siete de Filadelfia y las de Providencia, Shingapor y Washington; entre todas contienen un total de cuatro millones setecientos mil volúmenes. Las bibliotecas de los Estados del Centro y Sur América tienen también importancia. A pesar de ser todas ellas de reciente fundación, merecen recuerdo la de Lima, establecida en 1821 por el general San Martín, así como la de Buenos Aires.

En Santiago tenemos dos bibliotecas que diariamente se ven concurridas por numeroso público: la del Instituto y la Nacional, mucho mayor que la primera. Cuenta actualmente con una existencia de más de 220.000 volúmenes de consulta; los que, agregados a los folletos y libros sin empastar, a los duplicados y al fondo para canjes, suman aproximadamente 300 mil volúmenes, repartidos en las diversas secciones de que está constituido este servicio. En los últimos diez años ha experimentado un aumento medio anual de 8.000 volúmenes, como se puede ver comparando las cifras de los libros empastados, es decir, los 220.000 ya expresados con los 164.000 que existían en 1911.

Estos 300.000 volúmenes contienen alrededor de un **medio millón** de obras y publicaciones diversas, incluso los folletos, pues hay una gran proporción de volúmenes que contienen ocho, diez, quince, veinte y hasta treinta obras cada uno.

Durante 1918 hubo una concurrencia de 119.893 lectores, de los cuales 100.638 co-

It there is any such a thing as a good  
 Government of the world, it is not  
 to be had by the sword, but by the  
 word. — *John Calvin*

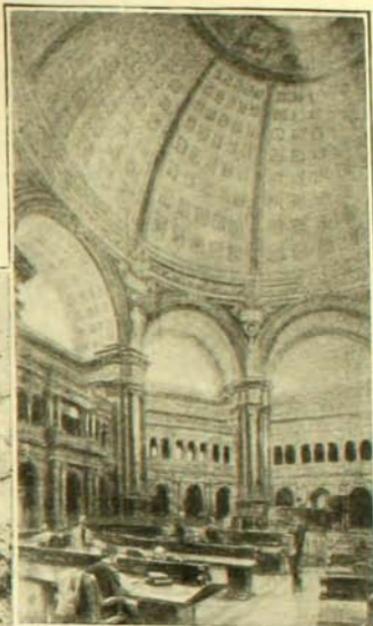


FO

Libro inglés antiguo.

**Anne's entreatie of**

*to the Parliament of Great Brittain*  
 in the year 1617.  
 By Anne Countesse of Darby.  
 Printed by I. Blount at the signe of the Gunne, in the Strand, 1617.



Libro inglés antiguo.

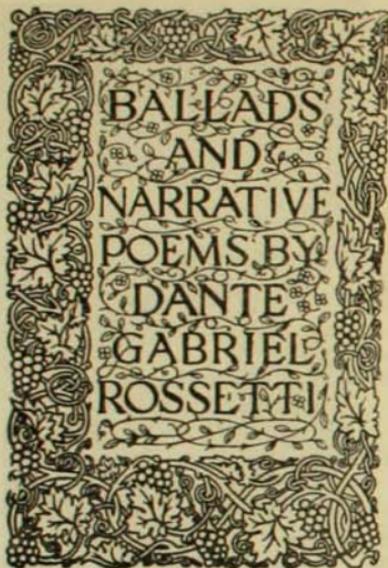


Sala de lectura de la Biblioteca del Congreso, en Washington.

Disposición de los estantes en una biblioteca americana.

Un rincón de la Biblioteca de Washington.

Una biblioteca privada.



Siglo XIX.—Frontis de William Morris (ed. inglesa.)

rresponden al Salón de Lectura, con un promedio diario de 308,7 lectores.

La Biblioteca presta sus servicios al público e irradia su acción, no sólo facilitando obras en el Salón de Lectura o mediante depósitos de dinero, sino por medios que hacen que los libros circulen entre el mayor número de lectores y procurando todas las facilidades para el estudio, las investigaciones y la cultura general.

Tiene la Biblioteca 22 sucursales, dos de ellas establecidas en Valparaíso, que tuvieron un movimiento medio de 89 volúmenes por cada sucursal, y un servicio de préstamos de libros sin depósito por medio de tarjetas que se proporcionan a los lectores que presentan un fiador solvente y responsable, pudiendo sacar sólo determinadas obras que están duplicadas o no tienen gran valor pecuniario o bibliográfico. Hubo en estas condiciones 609 lectores que retiraron 6.953 obras.

Para la marcha progresiva de esta utilísima institución intelectual, hay sí necesidad impostergable de procurar fondos para la adquisición de libros, a fin de mantener al día a la Biblioteca, ya que es tan nume-

rosa la producción de obras de diversa índole en todos los países civilizados y tan apremiante la exigencia del público que pide, con razón, los medios de mantenerse al día en todos los órdenes de la cultura y especialmente en aquellas materias que más pueden contribuir al desarrollo económico y al bienestar del país, como son las obras técnicas de ingeniería, de arquitectura, de industrias, de agricultura, de oficios manuales, etc. Sobre estas materias hay siempre ocho, diez o más consultas diarias, muchas de las cuales hay que desear por falta de material moderno y adecuado. Otro tanto se puede decir respecto a la necesidad de aumentar los fondos para empastar la gran cantidad de obras a la rústica y las colecciones de diarios y revistas que están deteriorándose con el uso hasta amenazar destruirse por completo en breve tiempo, a causa del gran número de lectores que las consultan.

Sucede también que no siempre estos lectores son lo suficientemente cuidadosos y así se suelen ver novelas, sobre todo, en un estado deplorable de aseo y conservación. El público debe comprender que el libro hay que cuidarlo porque es de él, él lo consulta, él lo lee y él lo necesita.

¿Hay peligro de contraer enfermedades, por contagio, en las bibliotecas públicas? Hay personas que temen atrapar allí la tuberculosis. En realidad, este peligro no existe o existe en muy pequeña escala. Sucede a menudo que en dichos establecimientos no se prestan libros a las personas atacadas de este terrible mal; pero, desgraciadamente, esa medida no puede llevarse a cabo con toda exactitud. M. Henry Kenwood, profesor de Higiene de la Universidad de Londres y Miss Emily L. Dove, han hecho importantes experiencias para saber si la tuberculosis es transmisible por los libros. Muchos doctores aseguran que el tuberculoso al tocar a otra persona, o los objetos que le rodean, al hablar y al toser, reparten infinidad de bacilos en la atmósfera ambiente. Pero el bacilo no encuentra allí las condiciones necesarias para su vida y parece sin poder reproducirse.

El peligro vendría más bien de la fea costumbre que tienen muchos lectores de humedecerse los dedos con saliva, para vol-



ver las hojas. Sin embargo, la sequedad del lugar, la falta de aire y la temperatura deben ser contrarios al desarrollo de los microbios. Así es como, un libro puesto en manos de un lector dos días después de haber

pasado por las de un tuberculoso, podría llevar al primero el contagio del mal, pero después de un mes no quedan ya ni huellas de bacilos. Para demostrar que no hay peligro de contagio por medio de los libros de las bibliotecas públicas, se han hecho experiencias en esta forma: libros que habían sido prestados a individuos tuberculosos fueron lavados cuidadosamente y con el agua sucia se inoculó a varios conejos, de los cuales uno sólo murió de infección de la sangre, pero ninguno de ellos dió muestras de estar inficionado de la tuberculosis.

Estos resultados concuerdan muy bien con las experiencias de otros sabios; pero están en contradicción con las conclusiones encontradas por un doctor de Berlín, quien decía hace algunos años lo siguiente:

“Se había intentado una experiencia lo más completa que fuera dable, para determinar los peligros efectivos ocasionados por un tuberculoso que humedece los dedos para volver las hojas de un libro. Se hicieron observaciones sucesivas con doce individuos diferentes. De seis libros que fueron lavados inmediatamente, cuatro contenían bacilos de la enfermedad, que produjeron la tuberculosis en otros animales que fueron inoculados con los residuos líquidos de la ablución de los libros. Los otros libros

que también habían estado en contacto con las manos húmedas de saliva de los tuberculosos, no fueron examinados y lavados sino un mes después de que hubieran sido usados. Con gran sorpresa se vió que uno sólo

de ellos contenía aún los gérmenes del mal”.

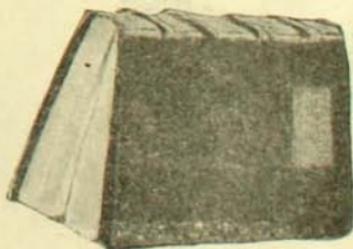
El profesor Kenwood declara que la tuberculosis no puede ser transmitida sino por medio de los libros verdaderamente sucios y desaseados, que han estado por mucho tiempo en manos de individuos atacados de dicha enfermedad. Pero aun en este caso, el contagio se puede evitar, haciendo desinfectar los libros, por medio de fumigaciones de alguna substancia microbicida, como el azufre, el fenol, el anisol, etc., o dejándolos separados de los demás, en lugar apropiado hasta que los microbios que hayan podido quedar adheridos a las hojas hayan perecido, sin poder reproducirse.

Esto no obstante, los encargados de las bibliotecas públicas harán muy bien en desinfectar de cuando en cuando las piezas que sean más solicitadas por los lectores, sobre todo cuando entre éstos haya individuos atacados de esta enfermedad y para evitar la transmisión de algunas enfermedades cutáneas, como la sarna, por ejemplo.

Pronto nuestra biblioteca se instalará en su nuevo y grandioso edificio de la avenida de las Delicias, entre Claras y Miraflores, donde tendrán honrosa cabida sus volúmenes, esos nobles vehículos de la cultura y civilización nacionales.



Tapas modernas



# MASCARILLAS

III

## Don Enrique Mac-Iver

Hay personalidades tempranamente definitivas, y entran también tempranamente en la vida estatuaría: don Enrique se inmovilizó para la eternidad en la edad en que más tímidos varones prueban posturas ante los espejos.

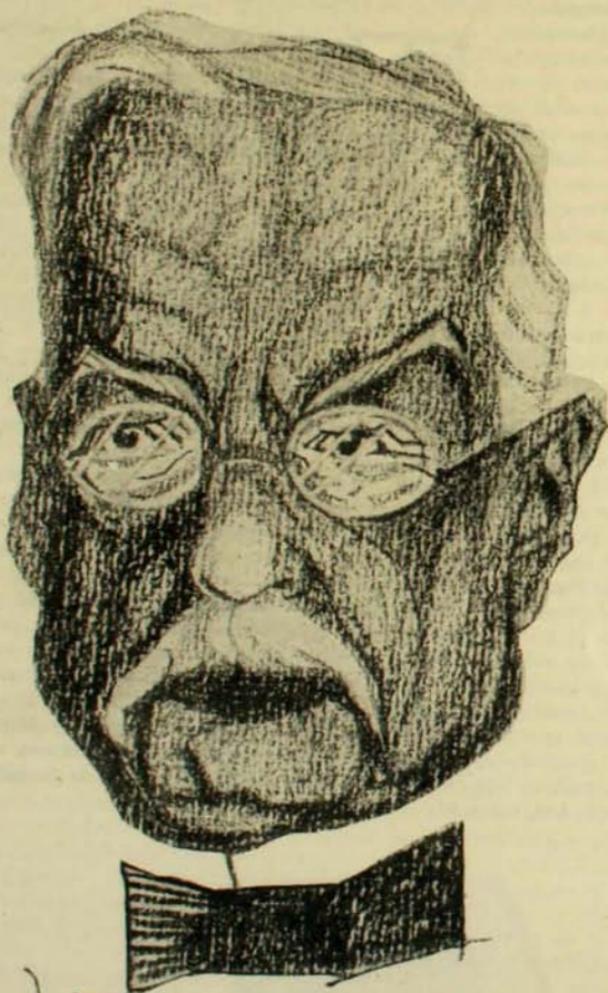
Don Enrique adoptó la carrera de orador, cuando la oratoria era carrera, y desde la cumbre, gloriosamente ganada, sigue predicando que todavía lo es.

Don Enrique fué radical, cuando el radicalismo era asombrosa novedad, y hoy empuña el mismo estandarte asoleado y llovido junto a los flamantes gallardetes radicales.

Don Enrique entonó ha luengos años los salmos agoreros que hoy repite sobre la podredumbre nacional, y tal vez por sus traerse al contagio del ambiente malsano, realizó su transubstanciación en bronce.

El día de su muerte será de universal sorpresa: ya ha traspuesto por espejismo las fronteras de la mortalidad.

JUAN DE ARMAZA.



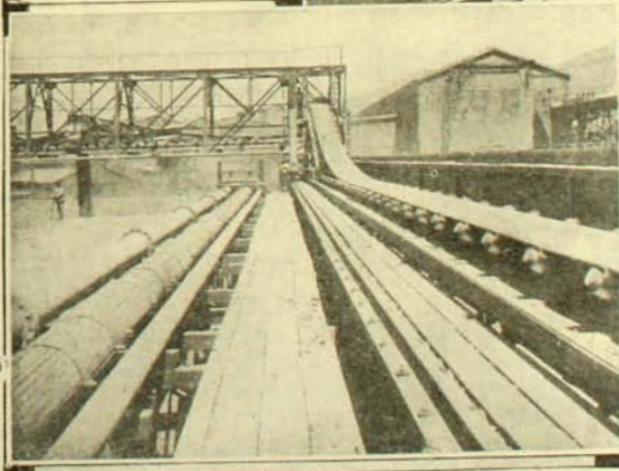
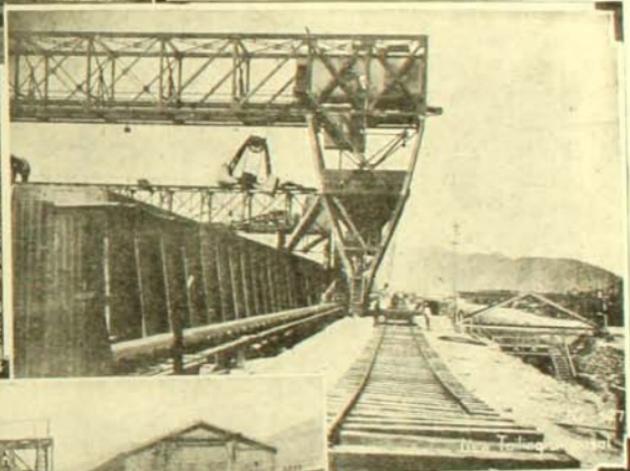
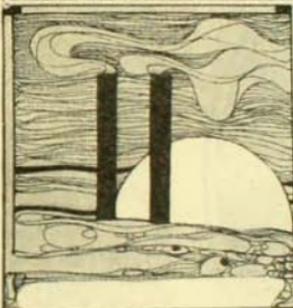
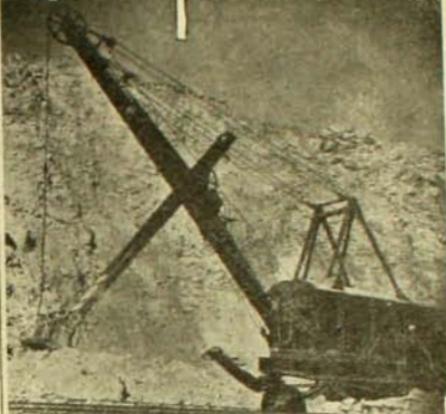
vegan 79

# Chuepicamata Planta.

Por R. VALENZUELA



L hijo de la ciudad, cuya vida metódica y regalaona se desliza fácilmente entre la oficina y el club, y que acostumbra a tener por horizontes los aleros de las casas de cuatro pisos, no puede concebir las rudas y grandiosas visiones que surgen ante los ojos del visitante de Chuepicamata. Es



casi inútil que el pobre articulista se esfuerce por encontrar palabras expresivas para describir las características de esa región *sui generis*. Todo allí tiene un sabor especial. Tiene algo de leyenda y mu-

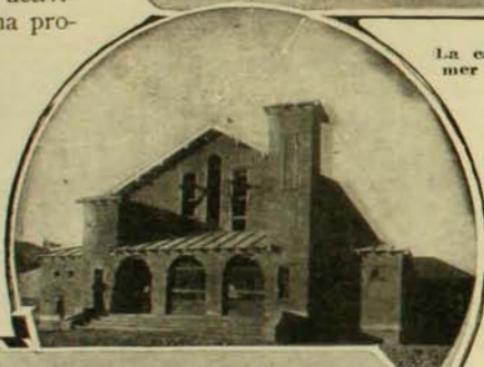
La visión de un gran puerto, dada por estas moles de acero, trituradoras de cerros de cobre.



En este hermoso edificio es donde los norteamericanos hacen la vida de club y de grandes fiestas sociales.

cho de muelle de gran puerto. Se piensa en el Africa y en Liverpool. Chuquicamata es un formidable campamento, en donde la actividad humana toma proporciones de vértigo. La riqueza fantástica del suelo y la voluntad soberbia del nor-

En esta iglesia católica elevan sus plegarias todos los obreros de Chuquicamata



La casa en que vive el primer mandatario de Chuquicamata, Mister Bellingers.

se han unido en estrecho abrazo, para ofrecer fabulosas riquezas a este siglo de la gran guerra, a este gran siglo de Rabindranath Tagore y del cañón de 42, a esta época del maximalismo y del feminismo...

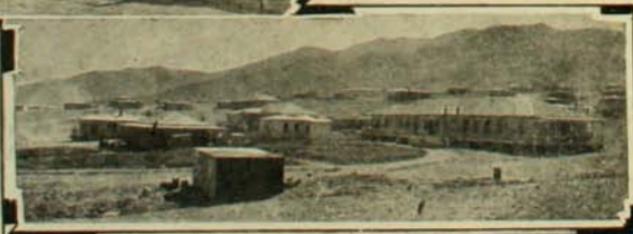
Al viajero solitario que llega al gran mineral buscando sensaciones variadas para

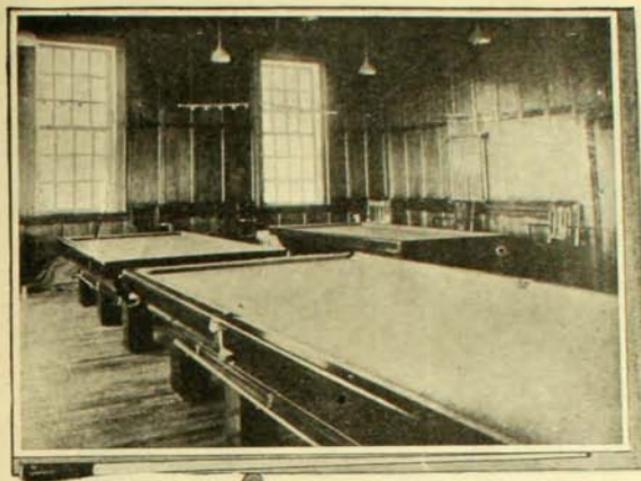


Casa de Mister Perkins.

teamericano, se han empeñado en levantar esa epopeya de cobre, en mitad del vasto es-

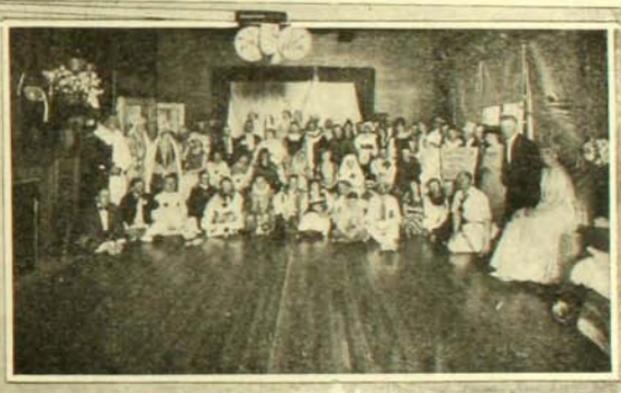
Vista general del Hospital y campamento americano.



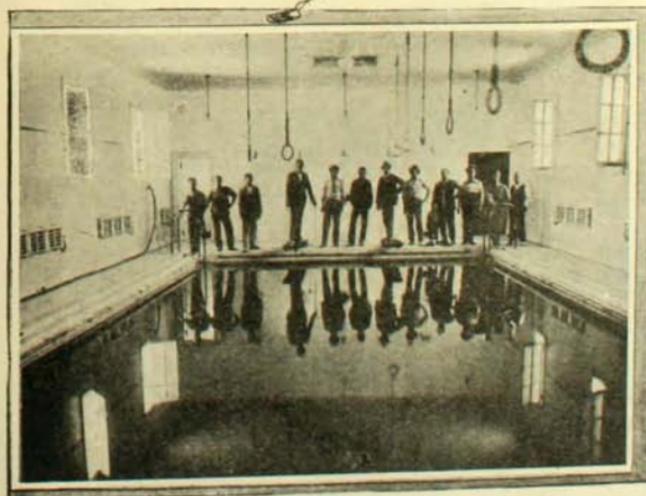


Salones de billar en gran "Chile Club".

distraer el tedio, le causa una profunda y legítima admiración el esfuerzo desplegado por esos trabajadores del corazón de la tierra. Allí todo está organizado, todo se e halla previsto, todo se en-



Un baile de fantasía en la Gerencia.



iglesia propia, banda de músicos propia... Club Hípico! No tiene parlamento, pero tiene gobierno. No tiene presidente, pero tiene una reina: la libra esterlina... Su religión es monoteísta. Tiene un dios: el cobre, que está en todas partes y en todo lugar. Deben ser horribles los sueños y

El gran baño del "Chile Club".



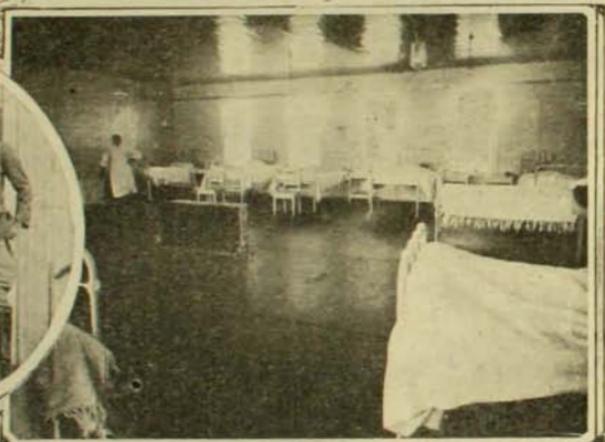
la vida de esos hombres fuertes, trabajadores y ambiciosos, que viven y sueñan sobre aquel mundo de cobre. Los cerros de cobre, las llanuras de cobre, los horizontes de cobre... ¿No es éste un cuento arrancado de una traducción oriental?

Chuquicamata parece

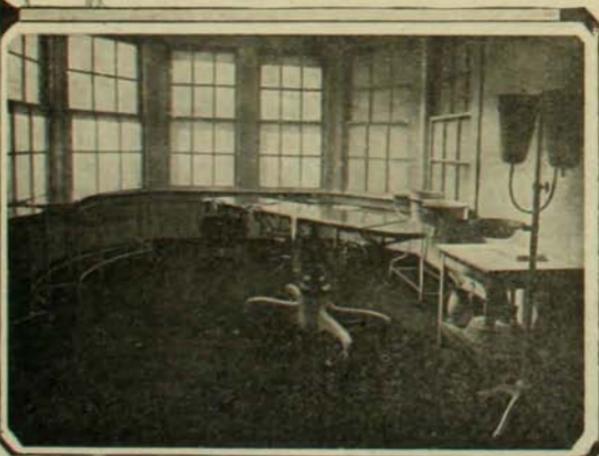
La Asistencia Pública del Hospital.



Los doctores del Hospital.



Una sala del Hospital.



un gigantesco dragón, que se revuelve sobre esas tierras cálidas, desgarrando el suelo con sus uñas titánicas. Por sus arterias corren chorros de cobre, y el se alimenta de sangre humana.

Para los que sufren de tedio, y no aman la actividad y el trabajo, para los pusilánimes y los enfermos, una visita

La sala de operaciones.



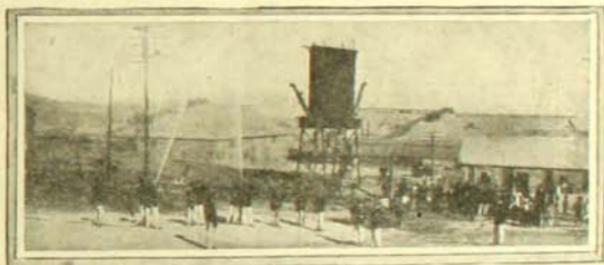
El doctor Gallegos es un gran flautista.

al mineral de Chuquicamata les hace el efecto de un tónico. Es como ir a Panimávida a darse unos baños para el reumatismo.

Chuquicamata, como todo gran centro, no sólo modifica las costumbres de sus habitantes, sino también su físico y su moral. Los chuquicamatenses, llamémosles así, tienen



Los carabineros; elemento temible y de gran utilidad al orden público.



La banda de "Chuqui".  
Los bomberos de Chuqui.

algo de peculiar que los hace diferenciarse de los demás hombres. Nosotros, que los visitamos tan rápidamente, lo notamos, aunque no podemos precisar en qué consisten las particularidades de estos hombres. Para con el viajero, los

La guardia especial de Chuqui.





habitantes de Chuquicamata son cariñosos y hospitalarios.

La historia de este mineral, nosotros la sintetizamos así: es un gérmen yankee que cayó en tierra chilena. Como la semilla era riquísima y esta tierra es pródiga, pronto creció este roble, este gran ro-

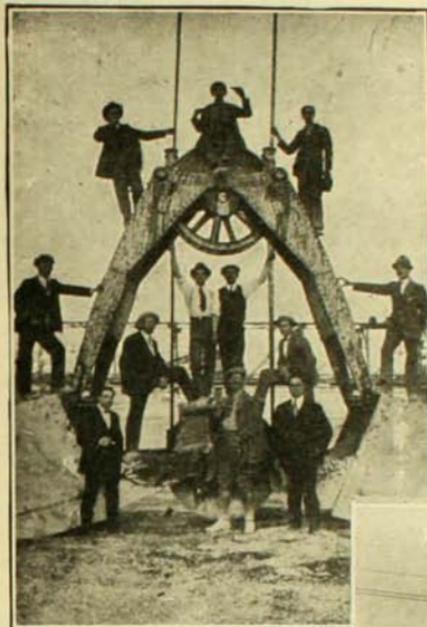
ble de cobre que—según nos han dicho—durará quinientos años...

Con el tiempo, este centro maravilloso se convertirá en una ciudad popularísima, en la cual se desarrollará el tipo de un hombre nue-



vo... Una especie de cow-boy primitivo y moderno, de músculos de cobre y alma de piedra, gran productor de riquezas y admirable protagonista para una obra cinematográfica en muchas series.

1. Este grupo de empleados de la gran pulpería puede dar una idea de este departamento.—2. Señor Cuevas, jefe de la guardia especial.—3 y 4. Dos grupos de obreros chilenos y norteamericanos.



Una gran pala derripladora.

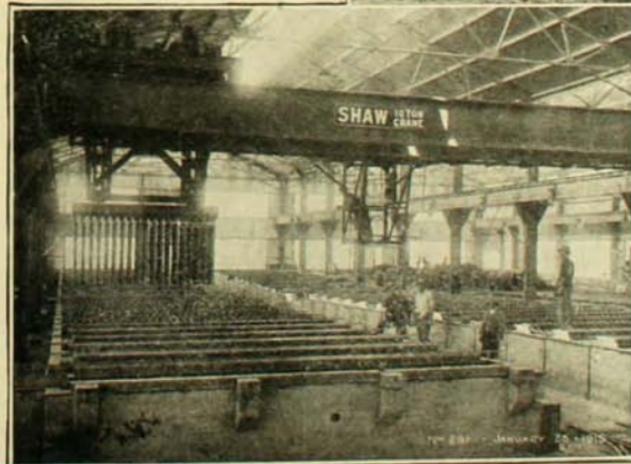
Al abandonar aquella tierra llena de emociones nuevas y árida como el desierto; el visitante siente la nostalgia de una vida de gratas aventuras a la que le ha sido muy

fácil adaptarse. Creo que el tiempo unido a los buenos recuerdos ha de llevarme nuevamente a Chuquicamata, en donde he dejado muy buenos amigos de mi patria y de mi persona: Aquel grupo simpático y entusiasta de jóvenes norteamericanos que deseaban un acercamiento espiritual hacia nuestro ambiente, les envío un afectuoso saludo en nombre del Centro Norteamericanista, fundado recientemente en esta capital, por un grupo de prestigiosos literatos y artistas, que con un entusiasmo sincero dan este primer paso, al gran país del norte, en donde hoy día se encuentran centenares de nuestros connacionales.

Y es de esperar que en una época no le-

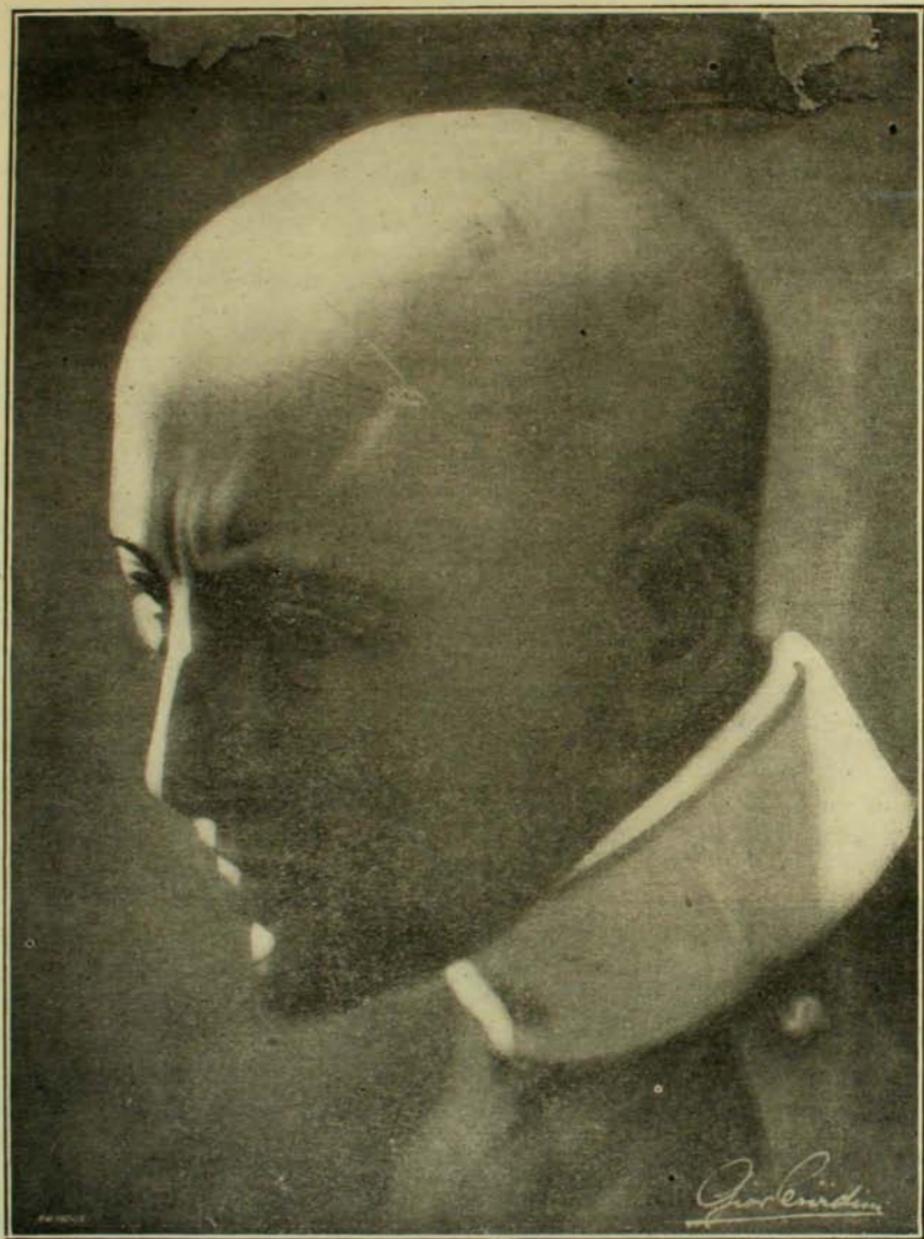


La casa de fuerza.



jana, la raza del norte unida a la del sur formen una sola raza, nueva y fuerte que hable indistintamente el inglés y el castellano y entonces aquella frase, de "América para los americanos" dejará de ser para constituirse en un hecho formidable.

Las grandes electrificadoras del cobre.



Gabriel D'Annunzio.

# Fiume, la última oda naval de D'Annunzio

Por MARIANO LATORRE



**N**ADIE pensó, seguramente, que el poeta sensual y exquisito del Poema Paradisiaco y del Intermezzo abandonase el rincón refinado de "La Caponcina", en el valle del Arno, donde entre tanagras misteriosas y arcaicos tapices, el alma del lírico latino languidecía, como otrora Horacio en Venusa, **fra il tedio de la vita e la paura della morte**; nadie pensó que el cortesano delicado y elegante que cantaba madrigales, entre el florecimiento primaveral de los jardines, a las manos de Eleonora Duse, encerrara un alma de león que se despertó en el promontorio de Quarto, al pie de la estatua de Garibaldi, como un clarinazo epopéyico, evocador de los tiempos heroicos de la Roma republicana. Esto, para los que no conocen sino superficialmente la obra de D'Annunzio. D'Annunzio es popular, en América, como autor de novelas y de cuentos; y en estos últimos años, con la legada a Chile de Clara della Guardia, como dramaturgo. La Gioconda y la Figlia di Jorio, fueron muy aplaudidas en Santiago. Pero el poeta es casi ignorado de la mayoría; y el poeta, precisamente, es en D'Annunzio el que tiene mayores excelencias, donde culmina luminoso su

genio de verba musical y sonora, como un torrente de los Abruzzos. El poeta había abandonado mucho antes del conflicto europeo sus exquisiteces egoístas para acercarse al pueblo y palpitar con el alma italiana; y si su popularidad entre los cultos decayó mucho a causa del exhibicionismo cínico del vate (Soiza Reilly encargóse de propagar en América la famosa frase: **Por una caja de puros no atravieso el Atlántico**) su prestigio en la masa, a donde, al fin, llegaba su voz, creció como una ola hasta desatarse, con un estruendo de marejada, al pie del escollo de Quarto. aquel discurso fué un trompetazo de gloria,

un himno de raza, la aspiración de una Italia nueva, dueña del Adriático. Sus "Odas navales", publicadas en 1898, encierran ya este germen patriótico. Su lira, adornada con los pámpanos de la orgía, se decora con el laurel de victoria. **O mare, o gloria, o forza d'Italia**, canta en la poesía inicial de los poemas de ultramar; y agrega, conmemorando una fiesta naval en las aguas de Génova: **Naves de Italia, prole férrea de la gran madre liberadora**. Y se dirige al puerto irredento: **prepara en silencio tus héroes**. El poeta, aburrido de la vida muelle e inactiva, comprende que ha llegado el momento de que Italia



Gabriel D'Annunzio.

tenga la preponderancia que le corresponde histórica y etnológicamente en el Adriático, y se convierte en la palabra animada del pueblo: es el vidente que interpreta en versos de oro o en prosa musical las agitaciones confusas, desordenadas del alma colectiva. Se transforma en un orador maravilloso y elocuente, en un conductor de muchedumbres, el que antes pulía la estrofa, en la soledad de su rincón, con delicadezas de orfebre. Esta vez no se trata de una pose: hay en sus oraciones un soplo de verdadera sinceridad, de irresistible convicción.

Con gran clarividencia, D'Annunzio supone que es preciso que Italia acuda al llamado de la civilización mediterránea, heredera de Roma, del **Mare Nostrum**, que habría dejado de ser latino con el triunfo de Alemania. El pueblo aplaude la actitud del poeta y la secunda. D'Annunzio no se limita, sin embargo, a este papel pasivo de agitador. Subraya su convencimiento ingresando al ejército activo, a los 52 años

de edad, de teniente de reserva; y como observador de aviación, desarrolla y anima todas las empresas aeronáuticas que los capronis ejecutaron durante la guerra, desde su incursión sobre Viena hasta el atrevido ataque a Bucari, en la enseñada de Fiume, en que el poeta, al relatar posteriormente la aventura, declara que ha llevado personalmente el primer ejemplar a los austriacos.

Interpreta en este último período el sentir popular: es el alma de Italia la que

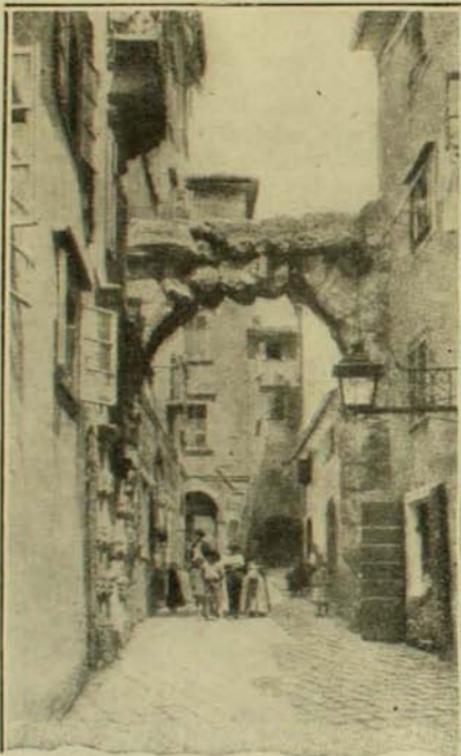
habla francamente en las palabras de D'Annunzio, por sobre las componendas internacionales o las intrigas políticas; y aunque el gobierno trate de neutralizar por todos los medios a su alcance esta corazonada heroica que viola el tratado de Londres, la expedición de D'Annunzio, compuesta de 400 arditis, al embarcarse en Venecia, se va engrosando como un torrente

a medida que avanza, con las guarniciones de la costa dálmata, hasta llegar a 10.000 soldados con los cuales se establece en Fiume, dispuesto a morir antes que arriar los colores italianos del puerto de promisión. Y a las palabras conminatorias del general Pittalaga, que lo acusa de causar la ruina de Italia con su loca aventura, responde D'Annunzio ardentemente: **Usted será quien cause la ruina de Italia, si se opone al destino, prestando obediencia a una política infame.**

Sea como sea; ya se tome en cuenta que Italia, al ejercer el control de Fiume, quita un puesto a la reciente nacionalidad yugo-

eslava, que tan enérgicamente se inicia, echándose encima a todos los eslavos desde los Balkanes hasta Rusia (esta es la opinión de Wilson sin neurastenia) o apoye la actitud de D'Annunzio considerando que las tres cuartas partes de la población de Fiume son italianas, el gesto del poeta permanece incólume. Cierra la epopeya que se inició en Quarto con un destello de apoteosis.

Se convierte en el poeta mesiánico de



Arco romano a Fiume.

la Italia nueva, devolviendo a la raza el sentido heroico de su destino.

Podrá repetir como el protagonista de la Nave, la tragedia naval del Adriático:

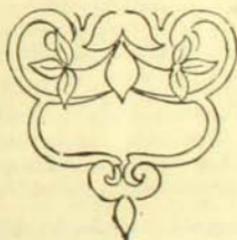
Non e mai tarde per tentar l'ignoto,  
non e mai tarde per andar piú oltre.

(Nunca es tarde para tentar lo desconocido; nunca es tarde para ir más allá).

Como un águila vencedora, evocando las

rosadas velas latinas que llegan de Venecia, escribe su última oda naval sobre el corazón de Italia, en las aguas azules del amarguísimo, como llama al Adriático, reconquistado para la patria.

Podrá cantar como en la estrofa de los Laudi: "Tenemos un canto nuevo, este grande himno que edificar nos plugo a semejanza de un templo cuadrado, todo él abierto al viento marino."





Daniel de la Vega

## A LA TIERRA

¡Oh, tierra, yo no temo entregarte mis huesos!  
Cuando llegue la tarde postrera, y en mi frente  
reciba la pasión de los últimos besos,  
yo bajaré a tu obscuro reino, confiadamente!

Entonces será tuyo este mi cuerpo fuerte  
con el que estreché a tantas mujeres adoradas,  
y empecé las más locas guerras contra la suerte,  
y triunfé por encima de un millón de emboscadas!

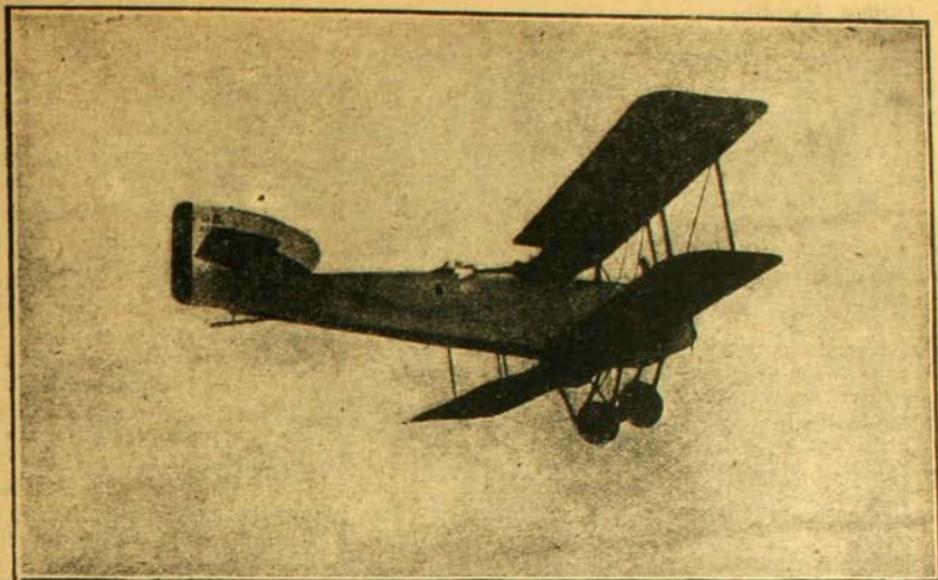
Aún conservaré el pecho fragante por las crueles  
caricias de los fieros amores aturcidos;  
y la boca estará llameante por las mieles  
que le fueron dejando los versos encendidos.

La cabellera ardiente llena de rebeldías,  
la frente ya alumbrada por la inmortalidad,  
las pupilas opacas y las manos vacías...  
¡Vacías, pero abiertas ante la eternidad.

Así yo he de bajar hasta tu reino obscuro,  
así me entregaré a tu callado imperio,  
y así me han de encontrar, frente a frente al futuro,  
el otoño, la niebla, la luna y el misterio.

De mi frente harás pétalos para lejanas rosas,  
de mis manos harás oro de espigas puras,  
¡y de mi corazón raíces poderosas  
que puedan nutrir siete primaveras futuras!

DANIEL DE LA VEGA.



El turbo-compresor Rateau aplicado a los aeroplanos les permitirá evolucionar a plena potencia en las grandes alturas y batir los records de la velocidad.

---

## A 12.000 METROS DE ALTURA A 500 KILOMETROS POR HORA

---

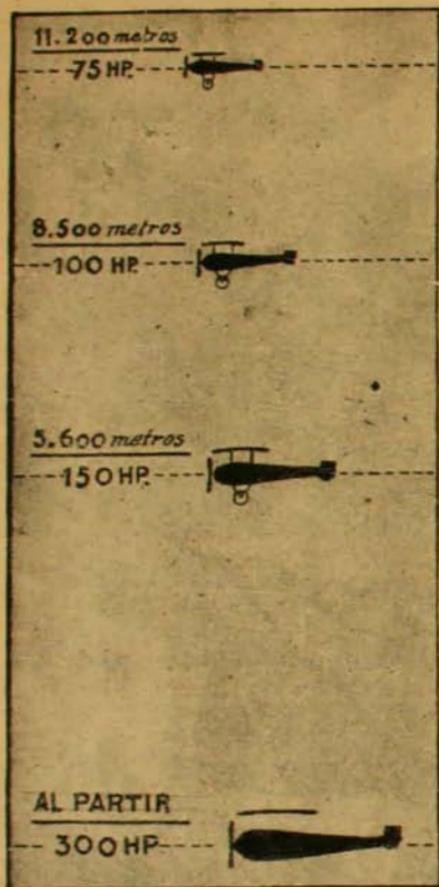
**L**A velocidad actual de los aviones más rápidos es de 225 kilómetros por hora; la altura máxima a la cual han llegado es de 9.300 metros.

Parece difícil, en el estado actual de la aviación, mejorar estas cifras; la resistencia del aire crece, en efecto, con la velocidad del avión y por bien estudiadas que sean las formas de éste, no se puede anular, mejorándolas todavía más, la resistencia que se opone al avance del aparato; en cuanto a la altura, no es fácil sobrepasar la que ha sido alcanzada en el curso de una performance extraordinaria por el capitán inglés Lang, pues más allá de una cierta altitud, el aire se rarifica hasta el punto de que el oxígeno no llega en cantidad suficiente al motor para asegurar su buen funcionamiento.

A despecho de estas dificultades que, hasta hace muy poco, parecían inevitables, M. Luis Breguet, el ingeniero-constructor al cual debe la aviación tan importantes progresos, no ha vacilado en hacer una apuesta, sosteniendo que antes de cinco años, un avión realizará la velocidad, verdaderamente fantástica, de 500 kilómetros por hora.

Ahora bien, por audaz que parezca a primera vista la apuesta de M. Breguet, es de presumir que la ganará, gracias a un importante descubrimiento de M. Auguste Rateau, el eminente inventor que acaba de ser elegido miembro de la Academia de Ciencias de París.

Puesto que es la resistencia del aire la que limita la velocidad de los aeroplanos, bastará con volar a una altura en que



El rendimiento del motor disminuye a medida que el avión se eleva en el aire.

el aire esté tan rarificado que ya no estorbe para alcanzar velocidades desconocidas hasta hoy.

La resistencia del aire es, naturalmente, proporcional a su peso. Un litro de aire, bajo la presión atmosférica que sufrimos y a 15° de temperatura, pesa 1 gramo 293 miligramos. Este peso disminuye rápidamente con la altitud; a 5.600 metros, no tiene sino la mitad de ese valor, a 8.500 metros un tercio, y a 11.200 metros, un cuarto. Por consiguiente, a 12.000 metros de altura, un avión no sufrirá sino un cuarto de la resistencia del aire que

se ejerce sobre él en las bajas altitudes.

Se recuerda que esta propiedad de la rarefacción del aire ha sido utilizada por los alemanes cuando el bombardeo de París, por un cañón de largo alcance. Los obuses de la monstruosa Bertha no lograban franquear una distancia de 120 kilómetros sino porque la mayor parte de su trayecto se efectuaba a 30 o 35.000 metros de altitud. Pero, no es necesario a un avión subir tan alto para no ser sometido a los efectos de la resistencia del aire; a 12.000 metros, estará casi completamente libre, y su velocidad, que en las bajas altitudes es de 200 kilómetros por hora, alcanzará verosíblemente, si es que no los sobrepasa, los 500 kilómetros.

Admitido éste principio, sólo faltaba aplicarlo. Los motores pierden rápidamente potencia a medida que el avión toma altura, porque el aire haciéndose cada vez menos denso, la cantidad de oxígeno de que es capaz un cilindro se hace pronto insuficiente. Para alcanzar 7 u 8.000 metros, le es preciso al avión mucho tiempo, porque habiendo el motor perdido cerca de los dos tercios de su fuerza en llegar hasta allí ha debido disponer al partir de un excedente de potencia considerable.

El problema consistía, pues, en hallar un dispositivo que permita al motor recuperar la fuerza que perdía con la altura, y es éste el problema que, a despecho de su complejidad, ha resuelto brillantemente M. Rateau. Los tubos de escape del motor terminan en una turbina que por el empuje de gases quemados gira a 30.000 vueltas por minuto. La turbina arrastra, con este régimen, un pequeño ventilador centrífugo que comprime el aire ambiente a la presión de las bajas altitudes. El aire así comprimido recula hacia un tubo que lo conduce, después de enfriarlo, al motor. Este, cualquiera que sea la altura en la cual funcione, está, pues, continuamente alimentado por un volumen de aire determinado cuya densidad es constante. Esto hecho, su funcionamiento a 12.000 metros de altura será tan regular como a los 100 metros del suelo.

Para tentar los ensayos a muy grandes alturas, conviene, naturalmente, disponer de un avión especial, a bordo del cual los avia-

dores estarán encerrados en un cascarón herméticamente cerrado como el de un submarino y donde el aire necesario para la respiración de los pasajeros será mantenido a la presión atmosférica.

Pero, en espera de las experiencias definitivas que verosimilmente permitirán a M. Breguet ganar su apuesta mucho antes de cinco años, la aplicación de la turbina Rateau a los aeroplanos de tipo corriente

ha dado brillantes resultados. No solamente los aparatos que de ella fueron provistos pudieron subir mucho más alto, sino que su velocidad, a gran altura, se hizo mucho mayor que cerca del suelo.

Un avión Breguet, con motor Renault de 300 caballos y turbina Rateau, alcanzó a 5.000 metros de altura, una velocidad de 225 kilómetros por hora.



## RUGGIERO LEONCAVALLO

Este distinguido compositor italiano, nacido en Nápoles el 8 de marzo de 1858, estudió en el Conservatorio de su ciudad natal, donde tuvo por profesores a Peri, Simonetti, Ruta, Cesi, Platania y Lauro Rossi. Al terminar su educación musical, además de ser un hábil pianista, dominaba la composición, el contrapunto y la armonía. Falto de recursos, llevó una vida muy agitada en su patria y en Francia, Inglaterra y Egipto, dedicándose a dar lecciones, y a pianista y director de orquesta de café-concierto. Empezó su carrera musical como compositor con una ópera trágica, **Chartterton**, destinada al teatro de Bolonia, pero que no se representó hasta 1896 en Roma, y no obtuvo éxito; escribió luego la letra y la música de una trilogía, **Crepusculum**, cuya primera parte **I Medici**, fué admitida por la casa Ricordi y estrenada también sin éxito en 1893, cuando el autor era conocido. Las otras dos partes, **Savonarola** y **Cesare Borgia**, no se representaron. Permaneció Leoncavallo ignorado como compositor hasta el estreno de **I Pagliaci** (Dal Verme de Milán, 1892), recibida con gran entusiasmo y que produjo sensación en el mundo musical. Esta ópera



Ruggiero Leoncavallo.

fué primero ofrecida al editor Ricordi, quien ofreció por ella una cantidad pequeña como anticipo y un tanto por ciento de los derechos al ser representada; pero como a pesar de haber transcurrido mucho tiempo la obra no se ponía en escena, acudió el autor a otro editor, Sonsogno, que la aceptó y la hizo representar en seguida. En todos los teatros de Italia primero, y de Europa y de América después, **I. Pagliaci** ha obtenido ruidosos aplausos, sobre todo al estrenarse en Viena, cuyo éxito superó al de Milán. Siguiéron las dos óperas **La Bohème** (Venecia, 1897), cantada en París en francés (Renaissance, 1899), y **Zazá** (Milán, 1900), que revelan inspiración, pero adolecen de poca originalidad. En 1904 se estrenó en Berlín **Der Roland von Berlin**, ópera compuesta por encargo del emperador Guillermo II y que proporcionó una decepción a los admiradores del autor.

Escribió la letra de la ópera de Machado, **Mario Wetter** (898) y además de las obras musicales citadas, se le deben dos melodías vocales, un poema sinfónico, **Serafita**; un baile, **Vita d' una Marionetta**; **Don Marzio** (ópera).



# Giuseppe

por  
Federico Gana

Habíamos hablado largo de mil tópicos; no faltó, naturalmente, en esa charla el de el alcoholismo, sus males, sus características, el empuje y la decisión de los norteamericanos para cortar de raíz el terrible vicio.

De pronto, un amigo mío dado a las letras, o, más bien dicho, a la pobreza y a la bohemia, dijo alegremente: ¿Se han fijado ustedes en cómo excita la imaginación el alcohol, en tal forma que casi todos los borrachos son embusteros, verdaderos novelistas, aunque en su estado natural sean los hombres más verídicos del mundo?

Les referiré, agregó, a este propósito, algo que yo observé hace poco, la otra noche, y que daría materia para una historieta sentimental.

Como ustedes saben, continuó, hace ya algunos años que estoy separado de mi familia; la vida vagabunda que llevo, no me permitiría albergarme en un hogar decente. Estoy hospedado muy lejos del centro, en un barrio que yo me sé y ustedes no conocen, en una piececilla donde no hay más muebles que una cama, un trípode que me sirve de velador y una silla que hace las veces de lavabo. Allí, en estas noches de invierno, hilvano todas esas novelillas y articulejos que ustedes ven aparecer siempre en diarios y en revistas.

Una de estas frías y lluviosas noches de fines del pasado otoño, subo a un carro para dirigirme a mi domicilio. Era un atardecer heladísimo; lloviznaba y del cielo nebuloso y sombrío parecía derramarse sobre los hombres y las cosas tristeza, aburrimiento, desazón... El carro casi desierto, algunas mujeres andrajosas aquí... allá, en silencio. De pronto oigo una conversa-

ción en voz alta, tan alta que el que la entabla parece querer llamar la atención de todos los pasajeros sobre su persona. Me vuelvo, y veo a dos individuos sentados frente a frente.

Uno a quien conozco de vista y de referencias de barrio desde hace poco tiempo, gordo, moftetudo, de erizados bigotes castaños, entrecanos; los ojos grandes, pardos, a flor de cara; la nariz bulbosa; el cuello corto, grueso, envuelto en una bufanda blanca; vestido de gris y un pequeño sombrero blando calado descuidadamente sobre la cabeza. En las gruesas manos, amaratadas por el frío, un gran paquete. Habla como para sí, pero mira con sus ojos brillantes, entrecerrados, con insistencia impertinente, a su vecino del frente, a quien, se ve no conoce, y que es un sujeto moreno, chato, de cara arrugada y resuelta, de vestido negro, sin sobretodo, a pesar del frío; una cadena de oro en dos haces brilla sobre su chaleco, un anillo de metal en el meñique de su musculosa mano empuñada, sus negros ojos se fijan con estupefacción en el descuidado y charlador individuo de la bufanda. Este dice, más o menos, como hablándose a sí mismo.

—Ahora que está lloviendo con este frío, pienso yo en una pobre chiquitina que en estos momentos es muy probable que ande pidiendo limosna por estas calles...

El hombre de negro, al escuchar estas palabras insólitas, dice con voz cortante, tan alta como la de su vecino.

—Y esa chiquitina, ¿qué es suya?  
¡Es mi hija, señor!

—¿Y por qué la tiene usted abandonada?  
—Porque es hija de una mujer que tiene tres o cuatro maridos...!

—¡Y qué culpa tiene la chiquitina de las faltas de la madre...!

El hombre gordo, de gris, mira vagamente hacia la calle y masculla entre dientes:

—¡Esas cosas me las sé yo, señor!

Al escuchar estas últimas palabras, el hombre de negro se pone de pie y mirando con severidad y desconfianza a su improvisado interlocutor dice con voz fuerte: ¡Hasta luego, señor!, lo que significaba para mí este pensamiento: ¡Qué tengo yo que meterme en cosas ajenas!

Y yo que conozco al hombre de gris como un borracho profesional, he terminado imaginariamente esta historia.

El hombre de la bufanda ha llegado a su casa situada en los confines de la ciu-

dad, en una cité donde desde el amanecer se escuchan notas de piano, que resuenan tristemente en la soledad de las callejas barrosas, cantares en boga, rasqueo de guitarra, insultos groseros, a cada instante. Aquí, en unos pequeños altos, reside Giuseppe (así se llama el hombre de la bufanda.)

Ya golpea la estrecha puerta. Se escucha una destemplada voz femenina que dice con enfado y desabrimiento:

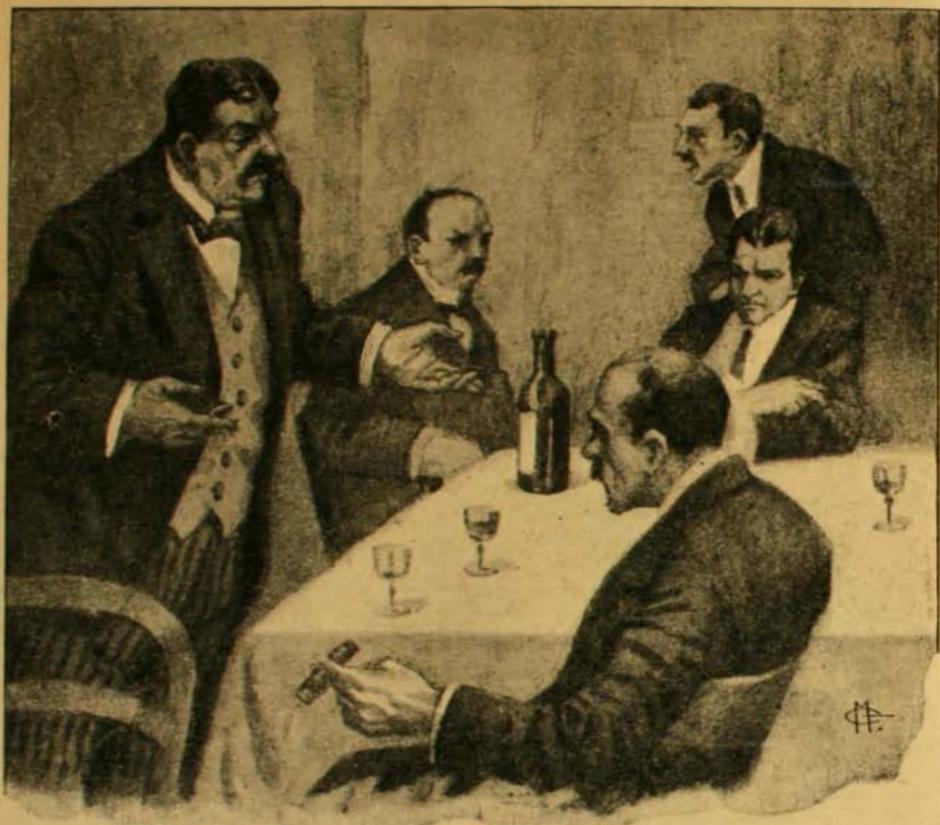
—Vayan a abrir; de seguro es tu padre que viene borracho como acostumbra!

Se oyen pasitos precipitados y una pequeñuela, que es Marieta (la hija única o, más bien dicho, la chiquitina abandonada y mendicante a que aludiera Giuseppe en su fantástico diálogo alcohólico del tranvía) corre desolada a abrir. La puerta se abre y la pequeñuela, que aparenta tener unos ocho años de edad, se estrecha contra las vacilantes piernas de su padre, al mismo tiempo que hurga nerviosamente el paquete que Giuseppe trae en la mano, y murmura: ¡Qué me traes, papacito! El se deja hurgar el contenido con paternal voluptuosidad: son comestibles, cosas ricas, sabrosas, dulces, pasteles, caramelos, hasta una pequeña muñequita de celuloide que ha comprado en el centro. Viene borracho es cierto; pero ¡quiere tanto a su hija, que es el vivo retrato de su padre, que acaso le recuerda tiempos lejanos de felicidad, de amor, de juventud perdida para siempre!

Su mujer, en tanto, sin saludarle, casi rígida, sombría, vestida de negro, con los ojos enrojecidos tal vez por las veladas sin sueño en las largas noches de trabajo inclinada sobre la máquina de coser, pone la mesa diciendo palabras desagradables:

—Marieta, no te muevas así; va a quebrarlo todo es-





ta chiquilla, ¡cómo si tuviéramos tanto con lo que trabaja este borracho de tu padre! Y lanza una mirada fría, de odio concentrado, al bueno de Giuseppe, que con los ojos entornados por la embriaguez y el amor paternal, se entretiene ahora, ya en hacer bailar sobre la mesa a la muñequita de celuboide ya en atracar torpemente de caramelos y pasteles a Marieta, que lo contempla embelesada; tal vez la pobrecilla, con esa ciega intuición de la infancia, siente en su corazón inocente, que entre su padre y su madre no hay otro sentimiento que el odio.

Puesta la mesa y allí todas las cosas que trajera Giuseppe, atenta la mujer estriamente al servicio, con las cejas fruncidas contempla a hurtadillas a su marido, que entre bocado y bocado y grandes vasos de vino acaricia, pasando la temblona mano por la cabeza, a la pequeña Marieta.

Después de la comida, la mujer, siempre en silencio, se sienta a la máquina de coser

a continuar su interrumpida costura. El rumor monótono de la máquina ha producido sueño primero en la pequeña Marieta que, sentada en un piso bajo, se ha quedado dormida, con la cabecita apoyada sobre las rodillas de Giuseppe. Este, contemplando la pieza alumbrada por la débil luz de la lámpara, piensa, en su cerebro entorpecido, volver a la felicidad conyugal perdida, al sentir como una caricia la dulce presión de la cabeza de su hija dormida. Sus ojos enrojecidos de borracho, se humedecen, se nublan; se ha quedado dormido.

Una voz juvenil le despierta:—Papacito, es tarde; vamos a acostarnos.

Pero llegará un día, no muy lejano, en que cuando la niña despierte sobresaltada, e invite a su padre a irse al lecho, como éste no despierte, le tocará la mano, y la encontrará fría... muy fría, terminó gravemente nuestro amigo.



**M**I distinguida amiga:

Créame sinceramente que esta mañana he temblado al recibir su carta de manos del mozo que me trae la diaria correspondencia. Daba vueltas entre mis dedos el sobrescrito sin atinar a comprender; miraba en el reverso los dos anchos y misteriosos trazos negros en cruz del luto, y como la letra me era desconocida, tuve el obscuro presentimiento de que la noticia de una cruel desgracia, trasmitida por pluma mercenaria, me amenazaba; y en ese angustioso instante me pareció hasta sentir en el rostro el aliento helado y fétido de la intrusa. Pero cuando extraje del sobre los apaisados plieguecillos malva y reconocí los renglones diagonales de su alta escritura inglesa y me envolvió ese perfume único, tan personal, tan suyo, casto y sensual al mismo tiempo, que despierta en mi cerebro ideas luminosas y serenas, mi corazón latió con violencia inusitada dentro del pecho y un hondo suspiro de tranquila satisfacción infló mis pulmones.

Después de leer su carta, convengo en que pueden agotarse los sobres en Manzanares del Río y en que usted quiso aprovechar el viaje del propio al pueblo lejano para evitar a su carta el retardo de una larga semana; pero si esto ocurre una vez más, le ruego me envíe su carta cerrada simplemente con obleas o estampillas, como se hacía en tiempos de Mari-Castaña; escriba la dirección usted misma, sin recurrir para nada a las profanas, huesudas e institutrices manos de fraulein Wustner, y sobre todo, no emplee, ¡por

Dios!, esos fatídicos sobres enlantados de negro, que abomino con todas las implacables fuerzas del más miserable y ruin de mis odios... Ya lo sabe, pues, amiga mía, no ponga nuevamente a prueba mis débiles nervios sobreexcitados por la sutil droga del siglo... y pasemos a otra cosa.

Por fin se resolvió usted a realizar el viaje tantas veces aplazado a Manzanares del Río. Me he alegrado por ello profundamente. Ahí en la tibia compañía de los suyos, en íntima comunión con la naturaleza, me parece que la siento menos la gran dama absorbida por los tiránicos deberes sociales y más la suave amiga de los buenos amigos. Y tengo de esto la convicción más absoluta tan sólo recordando una sencilla escena ocurrida hace tres años en Manzanares del Río, quizás ya olvidada por usted entre la caravana tumultuosa de sus preocupaciones mundanas, pero que yo conservo y acaricio delicadamente en el álbum de mis queridos recuerdos. No tengo más que cerrar los ojos para que surja ante mí, nítida, precisa, la dulce visión.

Leía usted refugiada en una silla de loneta bajo el toldo rumoroso de los viejos castaños del patio, tapizado con una espesa alfombra de musgo fino y blando. La brisa, fresca y olorosa, estremecía los bajos de su falda y el follaje con murmurio de sedas arrugadas, poniendo en el suelo, en su rostro y en la blancura refulgente de su traje, fugitivos lunares de oro vivo que se encendían y se apagaban como grandes gusanos de luz. De pronto abandonó usted el libro abierto sobre la falda, y cerrando los ojos quedó con el rostro en



escorzo como absorta en una dolorosa visión interna. Me acerqué. Usted permaneció inmóvil y con los ojos cerrados.

—¿Lee?

—No. Pienso...

—¿En qué?

—En la terrible verdad de una frase que acabo de leer.

—¿Y es?

—Está: "La soledad de dos en compañía..." obligada, completo yo.

Y siempre como sumida en ese estado de ausentismo, agregé:

—¿Qué hombres, Dios mío, los poetas!...

¿Cómo no quererlos? Se pasean por el jardín sellado de nuestros ensueños y sentimientos más íntimos como en dominio propio. Muchísimas veces yo había pensado en esto mismo... sin embargo mi idea no pasaba de una cosa confusa, vaga, intraducible... Ahora este iluminado, este poeta, en seis palabras exterioriza con matemática precisión mi pensamiento, cristalizando la génesis de tanta silenciosa tragedia matrimonial...

En ese instante me pareció que sus palabras caían una a una en mi corazón como gotas mielosas y tibias de un bálsamo de suprema consolación y que su alma estaba más cerca que nunca de la mía.

Usted había enmudecido. Yo también permanecí callado, temeroso de romper el divino encanto de esa hora. Y, como en la escena del Dante, recuerdo que no leímos más aquella tarde...

La misma noche, acodados sobre el barandal del puente, mientras contemplábamos a nuestros pies la huída fugaz de la corriente, en cuyo fondo verde, oscurecido por la sombra de los ramajes, se copiaban limpiamente dos estrellas mudas y temblorosas, yo le conté la honda impresión que había hecho en mi ánimo nuestro breve diálogo de la tarde. Y fué entonces cuando usted echó sobre sus hombros la ruda tarea de curarme de mi perenne abulia, de mi carácter amargado e irónico, de mi carencia de ideales, proponiéndose hacer de mí un hombre nuevo, sano, fuerte, de espíritu ágil, de elevadas aspiraciones, de ideas nobles y sencillas, en una palabra, dar-me un baño lustral, transformándose en una escuela de energía ambulante. Y desde esa fecha memorable, sus cartas han perdido ese simpático sello de cariñosa camaradería, esa penetrante seducción que ántes tenían, tornándose en una especie de curso yanqui de voluntad por correspondencia, estilo "I will, I can."

Pero ¡ay!, amiga mía, aunque le agradezco de todo corazón sus nobilísimos propósitos y su laudable obra humanitaria, mucho temo que perezca usted en tan peligrosa demanda y se contagie con el negro bacilo de mi pesimismo incurado e incurable. ¿No sería mejor dejar las cosas como están y abandonar esta pretenciosa actitud nuestra de salmones que nadan contra la corriente?

Me parece ver el adorable gesto de duda e incredulidad que tendrá usted al leer los desordenados renglones que acabo de escribir. Sin embargo, su carta destila entre líneas ciertos secretos abatimientos inconscientes, que no sería muy aventurado asegurar que el mal es más grave de lo que presumo. ¿Que no? ¿De dónde si no procede esa repentina envidia por el que usted supone "gran reposo de mi pequeña Torre",—así, con mayúscula,—y también esa aguda lamentación sobre la eterna inquietud de su vida?...

En lo que se refiere al sosiego de que

disfruto en mi aislado refugio, veo que la viveza de su imaginación esta vez le ha jugado una mala pasada. Me figuro la deliciosa manera cómo ha recorrido usted imaginativamente todo "El Fuerte", llevada acaso de la mano por ese poseur de la vida y de los libros que se hace llamar Gabriel D'Annunzio. Voy a tratar de reconstruir esa su peregrinación mental y usted me dirá después si he acertado.

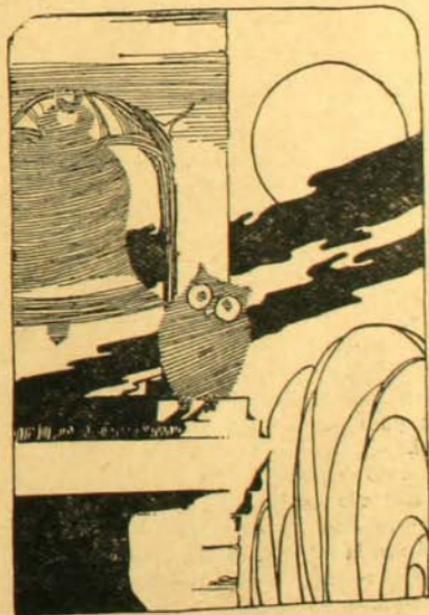
Piensa usted que en "El Fuerte"—a pesar de este vibrante nombre de guerra, evocador de bélicas hazañas, sorpresas nocturnas y malones devastadores—yo vivo en geórgica y plena paz. Muy de mañana, cuando diucas y zorzales llenan de trinos y silbidos las arboledas rumoreantes, los vaqueros con el nudoso cayado al hombro conducen el ganado hacia los prados al compás de pastoriles zampoñas y panidas flautas de dos tubos. Las vacas marchan por los polvorientos caminos lentamente y los toros de lustroso pelaje las acompañan con pausado andar, acariciándoles el lomo con el hocico baboso y humeante.

Terminada la frugal merienda, segadores y segadoras se encaminan por parejas, como coros de opereta, hacia los trigales tostados por el sol. Mientras los mozos les florecen las oscuras trenzas con sangrientos racimos de copihues, ellas van entonando sentimentales canciones de amor cuyas notas finales vibran trémulamente en el cristalino ambiente matinal. En breve el lírico cortejo se desgrana por las sementeras que doran faldeos y lomajes ondulantes hasta el confin de las borrosas lejanías estivales. Más tarde, al paso torpe y cansino de las yuntas, empiezan a llegar a las eras las grandes carretas hinchadas de gavillas, donde los emparvadores las amontonan hasta que el suelto galope de las cuadrigas de yeguas bravas reviente las espigas en pródigo chorro de granos de oro.

Cae la tarde. Un melancólico toque de campanas pasa aleteando por lo alto, sobre los campos, como una bandada de palomas sonoras. De las humildes pueblas, dispersas por las colinas, surgen flojas y ténues columnas de humo azulado. Junto a la fogata, que arde en medio del rancho, humosa y crepitante, rezonga en las trébedes la sabrosa cazuela y el olorcillo apeti-

toso del asado, que chisporrotea en las brasas, vaguea en el espacio santamente. El rojizo incendio del ocaso todavía ilumina con una franja de sol las ramas altas de los robles, las almenas de la torre y las galerías de cristales de la casa. Sube del valle una sombra suavísima que va envolviendo el paisaje en una opaca niebla violeta. Entre el tupido arbolado, las charcas distantes recogen en su pulida superficie los últimos rubores del cielo aborregado, y las ranas, como queriendo imitar con su voz metálica y vibrante el parpadeo lejano de las primeras estrellas, elevan su tímido canto poco a poco hasta llenar la tranquila inmensidad. Un perro aúlla tristemente. En la lejanía le responde otro. Y otro. En las tinieblas, pestañean aisladas, luces somnolientas.

En breve emerge en el fondo del bosque un resplandor dorado. Una luna roja, enorme y redonda, semeja, entre los gruesos troncos de los árboles, un farol chinesco de una decoración fantástica, que estuviera suspendido y que alguien fuera izando lentamente para ocultarlo entre la fronda. Luego aparece, sobre la línea sinuosa de la oscura faja de monte, más pequeña y





empalidecida, derramando por los campos su luz blanca y apacible como bruma de plata.

Como usted verá más adelante, nada más injustificado que esta como reconstrucción feliz de la Arcadia que usted imagina, pues es muy otra la bruta y fea realidad.

Cuando don Pedro de Valdivia, don García Hurtado de Mendoza o don Pedro de Oña—de esto no estoy muy seguro—delineó con la desnuda tizona el plano de este Fortín—cuyo nombre ha ido creciendo a medida que el tiempo y los hombres ci-

vilizados lo iban destruyendo—y mandó levantar las pesadas torres de piedra del baluarte y los sólidos rebellines de las defensas, no pensó jamás—de esto sí que estoy bien seguro—que casi a los cuatro siglos cumplidos, en la tierra que había descubierto y conquistado a costa de tanta sangre y sacrificios, unos simios menguados iban a **redescubrir** un país para iluminación de postales baratas y cromos de peluquerías de arrabal. Y en efecto, desde que a un listo hotelero tudesco y a un periodista, cazador de informaciones sensacionales, se les ocurrió la peregrina idea de descubrir en esta región una Suiza chilena, la paz y la tranquilidad han huido de “El Fuerte”, tal vez a refugiarse en el país encantado que, según una vieja leyenda araucana, existe en el fondo del lago.

Antes, cuando deseaba alegrar mi espíritu, me bastaba abrir de par en par las celosías de las ventanas para que la casa se llenara de sol, de trinos y de perfumes; hoy día, hasta esta inocente expansión higiénica me está vedada. Si abro las ventanas, al paso de cada automóvil, que cruza el camino como veloz y formidable máquina de guerra, el dorado y claro sol de antaño palidece tras una densa nube de finísimo polvo amarillento, que lo invade todo, que lo cubre todo, que lo oscurece todo, como si hubiera explotado de repente, al otro lado del lago, uno de esos volcanes eternamente encaperuzados de nieve y estuviera espolvoreando, desde allá arriba, una espesa capa de ceniza vengadora; al bronco y enronquecido bramar de las sirenas, los pájaros, espantados, huyen rectamente como flechas a ocultarse en lo más hondo de la montaña; y en vez de los suaves y tibios perfumes del huerto, queda flotando en el aire empolvado un nauseabundo y fétido olor a bencina quemada.

Agregue usted a esto, que, como “El Fuerte” queda bastante retirado del albergue — así, traducido del suizo — y es precisamente el término obligado de la primera etapa del camino, — Ruina de un antiguo fuerte español, reza la **Guía del Turista**,— tengo mi casa constantemente atestada de viajeros y convertida en una casa de huéspedes de la que yo he pasado a ser una especie de administrador. ¡Y qué via-

jeros! Hay que verlos descender de los autos con sus trajes de sport del último modelo, el rostro tenebrosamente encubierto bajo una especie de escafandra de buzo y con las escuálidas canillas vendadas, como los caballos de carrera, con fajas de franela color musgo. ¡Y qué equipajes de exploradores árticos, ¡Dios santo! A media docena de maletas y sombreroas inglesas, que trae cada uno, hay que añadir otra media docena de cabás ensartados en un haz de paraguas y bastones de todas clases y colores; luego vienen las carpas y los asientos de campaña en sus correspondientes estuches de loneta rojiza, las escopetas de Eibar, las pistolas **para-bellum**, las cámaras Kodac, los prismáticos Zeiss, los termos, los **skies**, los **alpen-stocks**, las piolas de ascensión y numerosos otros utensilios, cuyos nombres se nos escapan, como dicen los reporteros. Y todo este arsenal tartarinesco, esta enorme profusión de bagajes de ejército en maniobras, esta crecida colina de equipajes de expedición polar, sólo para vivir tres días escasos en un aislado hotel de la montaña. Uno para desliar valijas, estuches y cachivaches; otro para ponerlos en uso y el tercero para liarlos y enfundarlos nuevamente. ¡Oh, inefables y grandísimos turistas de la Suiza chilena!

¿Y a qué ese hacinamiento de útiles perfectamente inútiles inventados por la civilización y por la moda? A pesar de sus pantalones cortados por Pool y de sus guantes mosqueteros de equitación, van aferrados de la cabeza de la silla, con las piernas estiradas, sudorosos, descompuestos, zangoloteados por el leve trote del caballo, haciendo una figura cómicamente lamentable; a pesar de sus escopetas españolas de dos cañones y de sus pistolas inglesas de siete tiros si encuentran, no digamos un león, sino un inofensivo lagarto o una modesta zorra huevera, huyen despavoridos con el corazón en la garganta ofreciéndole cajas de velas a la virgen del Perpetuo Socorro; y a pesar de sus bastones errados y de sus fuertes piolas de alpinismo, son incapaces del más ligero esfuerzo físico, y en las vueltas escarpadas del camino, descienden del auto santiguándose prudentemente.

¿Y qué diré a usted de la manera de ex-

teriorizar la admiración que tienen estos beduinos? Cualquiera diría que junto con adquirir en la capital la **Guía del Turista**, se proveen por ahí en los almacenes de curiosidades, de entusiasmo, para admirar mecánicamente lo que no sienten ni pueden sentir, con aplanadores y borrosos cli-sés de palabras. Siempre son las mismas actitudes, un entornamiento de ojos, como el de un deleite sensual, y las mismas frases repetidas hasta la fatiga: "¡Oh, el volcán Tronador!"... "¡Oh, la laguna de los Cántaros!..." "¡Ah, la montaña Virgen!..." "¡Ah, el camino a Todos los Santos!..." Y de este trotecito borriquero no salen ni a tiros, porque no pueden o no han sabido poner ese poco de corazón y ese otro poco de ternura, que es necesario para que el paisaje se nos entregue con la temblorosa emoción de una mujer enamorada. Salsa espiritual, eso, eso es lo que debían traer, en vez de tanto ridículo chirimbolo innecesario, para comulgar con la naturaleza. En cambio, a estos trogloditas de la civilización les ocurre lo



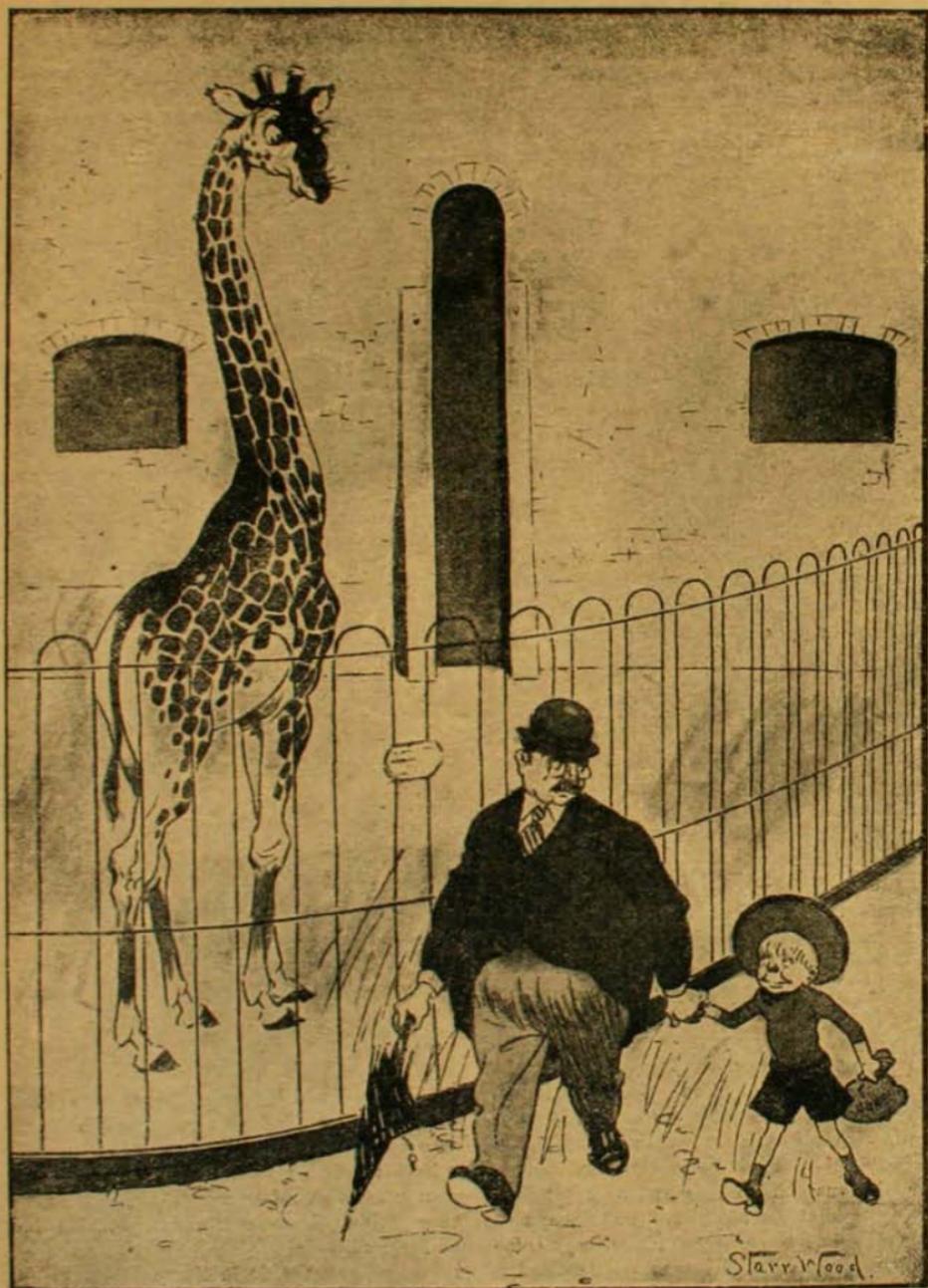
que al inglés del cuento, saben que han venido aquí a admirar algo y se admiran, pero no saben de qué.

Esto es, amiga mía, lo que me descorazona y agudiza mi tremenda neurastenia y hace hasta cierto punto insoportable la solitaria vida del

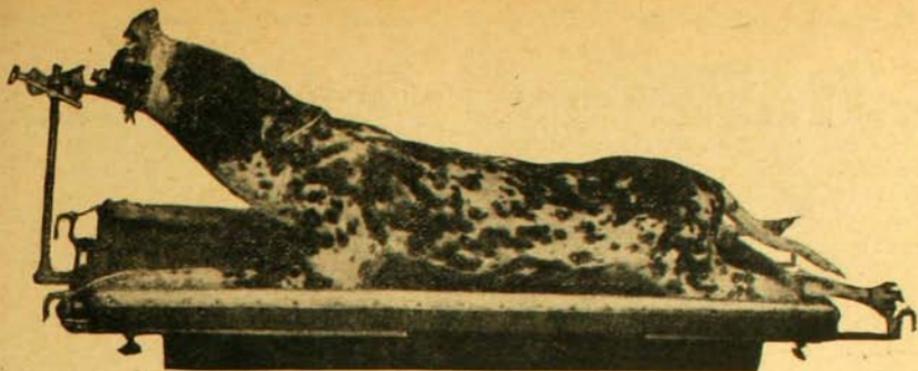
Buho de la Torre

Por la copia

MARTIN ESCOBAR.



El padre.—¿Sabes tú, hijo mío, por qué la girafa tiene tan largo el cuello?  
El hijo.—Sí, papá; porque la cabeza está a una gran distancia de su cuerpo.



La muerte es inevitable. Es una ley de la creación. La tortura lenta es una invención del hombre.

## La vivisección, desde los puntos de vista científico y sentimental

SUS DEFENSORES Y SUS IMPUGNADORES

**D**ESDE tiempos lejanos se ha venido aceptando casi sin restricción, el dictado de la Ciencia como una imperiosa necesidad para el avance del progreso. Todo movimiento de opinión tendiente a dificultar su carrera ha sido acallado con el grito de «Haced camino al carro de la Ciencia y de la luz.» Los derechos de la ciencia han ido creciendo y el respeto por estos derechos ha llegado a ser ciego. En el ramo de la Fisiología ha tenido que suceder fatalmente lo mismo.

Desde que Harvey descubrió en 1619 el fenómeno de la circulación de la sangre, la profesión de la Medicina se ha mantenido dentro de un terreno semimisterioso y el mundo ha venido aceptando con fe ciega cuanto se refiere a los métodos que para defender su salud se investigan en hospitales y laboratorios. Este dogmatismo científico ha suscitado, a menudo, protestas de parte del público, que no se aviene a mantenerse ajeno a los procedimientos, incubaciones y resultados de la investigación científica.

Es por esto que, de tiempo en tiempo, se han venido levantando clamores, débi-

les unos, altisonantes otros, en defensa y en contra de este factor de investigación experimental que conocemos con el nombre de Vivisección. En el viejo mundo, y especialmente en los pueblos de origen sajón, se han escrito centenares de artículos, celebrado congresos y discutido en todos los tonos este problema. Ha querido establecerse el derecho que tiene la Ciencia para hacer sus experiencias en animales vivos, ya sean seres humanos o especies inferiores. Una corriente sentimental rechaza este método «inhumano» de buscar nuevos horizontes para la investigación. Pero, por otra parte, se acepta el sacrificio de seres menos perfectos en pro de este ser privilegiado que a sí mismo se llama *Homo Sapiens*.

Los anti-viviseccionistas niegan el provecho que la Ciencia haya obtenido o pueda obtener de la experiencia en seres vivos. Del otro bando contestan que los secretos de las funciones vitales sólo pueden descubrirse en un cuerpo que tenga vida y que en un cadáver es inútil tratar de verificar el mecanismo de una enfermedad.

Así, la inoculación de bacterias en un perro permitirá verificar las consecuencias que el mismo hecho puede tener en un hombre. Operando en animales vivos se adquieren preciosos conocimientos para repetir la operación en personas.

Los viviseccionistas no reparan, en lo más mínimo, en el dolor que sus experiencias causen o no causen en las víctimas del bisturí. Ellos estiman que el establecimiento de un hecho o principio científico vale bien un poco de sufrimiento. Un pequeño dolor tiende a curar a un número mayor de dolores.

Los anti-viviseccionistas niegan al hombre el derecho egoísta de martirizar a seres incapaces de la menor rebelión o protesta. Fuera del punto de vista moral y humano, alegan razones más específicas. Eminencias médicas han declarado que, en realidad, la ciencia no le debe a la Vivisección descubrimientos que signifiquen cambios de rumbos en la Medicina, cambios que tengan la trascendencia que se les atribuye. Además consideran que los conocimientos adquiridos en seres irracionales no surten efectos aplicados a los seres humanos.

Por otra parte, la práctica de la Vivisección alimenta una gran corriente de indiferencia y crueldad en los hombres que la profesan. La comunidad sufre un desmedro en su moral, aceptándola. Así se llegaría a extremos inconcebibles. Los investigadores, no contentos con experimentar en seres inferiores, abarcarían en sus exigencias a los seres humanos; habiéndose dado casos de tales exigencias.

Agregan aún los anti-viviseccionistas que, en nombre de la necesidad de investigaciones, se somete a los seres indefensos a torturas horribles e inútiles, guiados por una pernicioso curiosidad, que carece por completo de fines científicos.

Toda esta masa de opiniones tienden a pedir el establecimiento de severas leyes restrictivas, que el Gobierno controle los laboratorios públicos y privados donde se practica la Vivisección, que un viento fresco de humanitarismo, piadoso y fragante, penetre a las salas frías donde en blancas mesas de mármol miles de desgraciados seres sufren en provecho de terceros. Hermoso rasgo de sentimentalidad que justifica a las nobles sociedades Protectoras de Animales....

\*\*\*

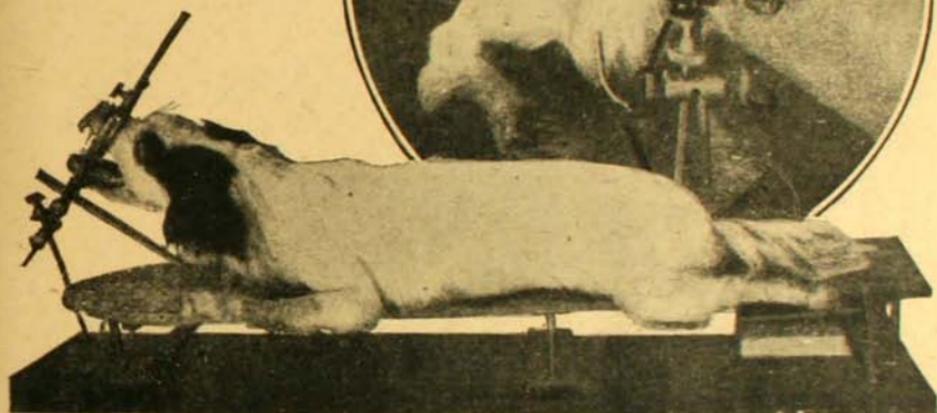
Nosotros hemos querido presentar a los lectores de «Pacífico Magazine», las autorizadas opiniones de celebridades mundiales, en su gran mayoría acordes en condenar la Vivisección. Al efecto copiamos sus palabras textuales.



El viviseccionista señala los séruns y antitoxinas y asegura que el conocimiento médico de estas cosas sólo ha sido posible por la vivisección.

El conde León Tolstoy, decía: «Creo que si concedemos el derecho de practicar la Vivisección no reconoceríamos límites a la crueldad, o sea el derecho de someter al dolor a unos pocos seres en beneficio de los más.»

William James, Profesor de la Universidad de Nueva York: «Los derechos de los que carecen de protección, aunque se trate de animales, deben ser protegidos por aquellos que tienen una fuerza superior.



Los enemigos de la vivisección se fundan en que no tiene el hombre derecho de martirizar a ninguna creatura.

El viviseccionista debe ser responsable ante una autoridad.»

El célebre dramaturgo inglés, Bernard Shaw: «Yo me resisto a explicar por qué no soy viviseccionista. A éstos les toca explicar su conducta y no a mí la mía. Yo estoy en el jurado y no en el sitio de los acusados.»

Carlos Dickens, el novelista: «Nadie puede llegar al extremo de declarar que los actos de ahogar perros o gatos, cortarles la garganta, destruirles parte por parte el corazón, no son de una refinada crueldad.

Pongo en duda la necesidad de tales experimentos. El hombre no tiene derecho para satisfacer su inútil afán de curiosidad practicando la crueldad.»

El Padre Ignacio: «No estoy capacita-

do, desde el punto de vista científico, para dar mi opinión al respecto; pero, con el criterio humano y cristiano, me produciría malestar la compañía de un viviseccionista.»

Ahora, veamos lo que dice un hijo del lejano Oriente, Wu Ting Fang: «Creo que la mayoría de la opinión pública condena la arbitraria muerte de los animales sin causa justificada. En mi humilde opinión creo que para aceptarla como investigación fisiológica, sería necesario invocar una poderosísima justificación.»

Para muchos de nuestros lectores no debe ser suficiente refutación esto de aducir razones de una histórica sentimentalidad. Nuestro siglo ha llegado casi a un estado de insensibilidad. En el torbellino de la vida compleja de las grandes urbes

caen a diario las víctimas del Progreso, cogidas y trituradas por el engranaje de una vida avasalladora y mecánica. Es la inevitable y fatal cuota de desgracias que, como un homenaje, hay que rendir a la Vida moderna. Las lamentaciones se perderían como gritos lanzados frente al mar. Pero, mucho se puede hacer para aliviar la situación de los impotentes y los deprimidos y hacia allá va el clamor y el empeño de las almas grandes.

¿Por qué no suprimir los dolores inútiles? ¿Por qué la Ciencia, que va tras de un ideal de mejoramiento, necesita de esos tristes holocaustos de los débiles?

Una de las mujeres de más vasta preparación intelectual de los Estados Unidos, unió su armoniosa voz de mujer, suave como una plegaria, junto a los gritos arrebatados de protestas y a las serenas razones de los pensadores. En los tiempos en que la discusión era más agria y bullada, esa mujer, que se llama Ella Wheeler Wilcox, publicó un artícu-

lo «La locura de la Vivisección.» Hé aquí algunos párrafos:

«Cuando contemplamos el mecanismo de este vasto Universo y el exquisito cuidado con que ha sido construido nuestro planeta y las vidas de los reinos vegetal, animal y mineral; cuando escuchamos la palabra de los analistas químicos y aprendemos cómo están unidos armoniosamente todos los seres creados; cuando miramos introspectivamente y comprendemos que en todo hay justicia e inteligencia, que lo animado y lo inanimado es la expresión de una fuerza amplia, la Vivisección se nos presenta como un monstruoso crimen contra la fuente misma de la vida.



La vivisección se efectúa muchas veces por la gratificación que se da a los operadores, lo que no es precisamente sólo por el descubrimiento.

«Es increíble que el Creador de este vasto sistema de mundos haya establecido la necesidad de torturar creaturas que obedecen a sus leyes de salud, en sus métodos de vida, con el único fin de aliviar las culpables miserias humanas provocadas por la conciencia desobediencia de esas mismas leyes.»

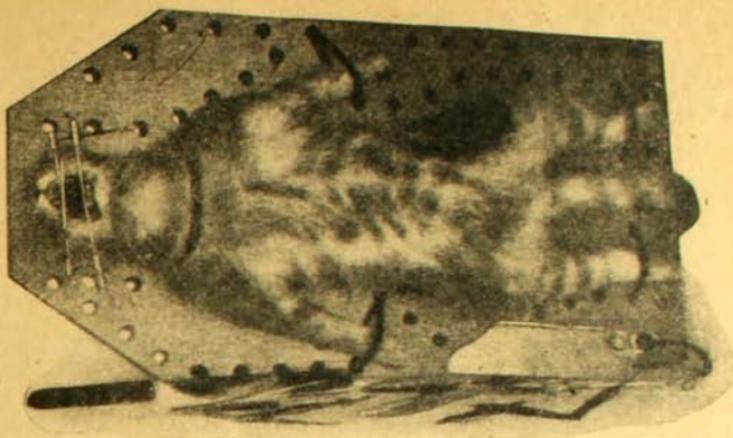
«La muerte es inevitable; es una

ley de la creación; pero la tortura lenta es una invención del hombre, que no pertenece al Plan Universal.»

El doctor Richet, eminente sabio y médico francés, se expresa en estos términos:

«No creo que uno solo de los que experimentan en seres vivos se diga a sí mismo cuando opera en un conejo, o le rompe la espina dorsal a un perro, o envenena una rana: «Este es un experimento que traerá alivio a muchos hombres.» No; en realidad no piensa esto; sino esto otro: «Voy a aclarar un punto obscuro, a establecer un hecho nuevo.» Y esta curiosidad científica que le anima se explica por la alta idea que se ha formado de la Ciencia. Este es el por qué pasamos nuestros días en fértidos laboratorios, rodeados de creaturas que gimen, en medio de sangre y sufrimientos, inclinados sobre entrañas palpitantes.»

Antes de la declaración de la guerra mundial, se celebró en Londres un Congreso Internacional anti-viviseccionista al cual asistieron preeminentes personalidades de ambos sexos que representaban la opinión de casi todo el mundo civilizado. En el mismo año se celebraba en Atlantic City una Exposición con igual objeto, que fué visitada por unas veinte mil personas. Se dictaron conferencias en las que se citaban cifras de estadísticas y se repetían las palabras de autorizados viviseccionistas, to-



La vivisección se funda en que el maltrato y sufrimiento de los animales es un mal menor que el de la vida del hombre.

mas de textos de enseñanza usados en famosas Universidades. Nosotros citaremos algunos de estos documentos.

En el libro titulado «Manual de Fisiología Humana» se dan, entre otras, instrucciones a los principiantes para practicar un doloroso experimento en el quinto nervio de un conejo. La parte pertinente dice así: «Es mucho más satisfactorio dividir el nervio sin anestesiarse al animal, pues la evidencia del dolor es un guía importante en esta delicada operación.» Igualmente se recomienda eludir la anestesia en la extracción de sangre de las venas hepáticas de un perro y al irritar las paredes del cuarto ventrículo del conejo.

El doctor Brechet, de la Escuela de Medicina de París, describe un experimento llevado a cabo por él, de la siguiente manera: «Inspiré en un perro la más fuerte aversión hacia mí, mortificándolo cada vez que lo veía. Cuando este sentimiento llegó al más alto grado, de manera que el perro se enfurecía sólo al verme, le vacié los ojos. Entonces podía llegar a su presencia sin manifestarme aversión; pero, al oír mi voz, ladraba y se revolcaba lleno de furor, demostrando la pasión que lo dominaba. Entonces le destruí los tímpanos, desorganizándole completamente la parte interna del oído. Producida así la sordera llené con cera ambas orejas. Entonces pude acer-

carne, hablarle y acariciarle sin provocar en él las antiguas demostraciones de ira. Este experimento lo repetí en otro perro con idénticos resultados.»

El Dr. Shaw, del Colegio Real de Sur-géons, en Irlanda, contaba cómo se había ganado la afección de un perro para cortar en seguida una oreja: «El perro—dice él mismo—manifestó estupor; pero no resentimiento.» Al día siguiente le cortó una pata y un día después, otra. Cada día le hacía sufrir una nueva amputación y según asegura, «antes de llegar a sentir el odio fué pasando por estados sucesivos de asombro.»

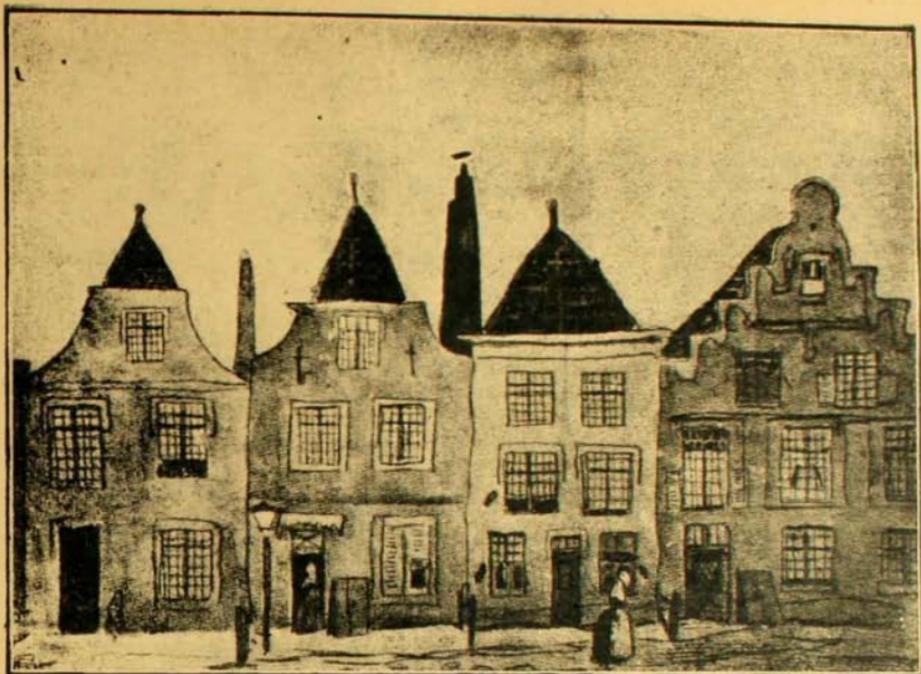
El Barón Weber cuenta haber visto a un sabio alemán que separó de su madre—

una perra—los cachorrillos sin nacer y se los puso ante la vista para ver si el animal demostraba el mismo cariño que si sus hijos hubieran nacido naturalmente.

Al leer estos terribles experimentos, de la más refinada crueldad, vienen a nuestra imaginación los alucinantes personajes creados por el visionario espíritu de un Edgardo Poe. Es como una visión de pesadilla, atormentadora y horrible. Hay una crispación angustiosa en los nervios y un hondo sentimiento de humanidad nos une al gran movimiento que persigue la redención de los indefensos y los débiles.

La Ciencia ha llenado nuestro siglo de maravillas beneficiosas; pero también de crueldades innúmeras.





Como todo el mundo se levantaba tarde en el barrio, los humos domésticos se demoraban en ascender de los techos.

# LA CASA QUE DUERME

Por CAMILO LEMONNIER

Damos a los lectores del "Pacífico Magazine", traducida por primera vez al castellano, una novela corta de Camilo Lemonnier, "La casa que duerme", vivo y dramático estudio de una familia flamenco. Camilo Lemonnier es, en cierto modo, un vulgarizador de la corriente naturalista en Bélgica. Como lo afirma Remy de Gourmont, "simboliza la actividad literaria belga en su conjunto. Ha sido el centro, el tronco, la quilla, la espina dorsal; de él, sobre él, ha salido casi todo o se ha apoyado directa o indirectamente". Es un narrador amenísimo, y a través de su estilo de imaginativa, circula el poderoso colorido flamenco, lo que da a sus obras un matiz muy nacionalista.

**E**N el gran silencio matinal, oyó sonar el reloj del vestíbulo, un sonido discreto, velado, como ensordecido por el pesar de haber hecho sentir el tiempo en una casa donde de él se hacía tan poco caso.

"¡Las seis! Ya están todos en el trabajo", pensó realmente apenado.

Era, en esta aldehueta de casas semejantes a juguetes pintados, un hogar de gentes

felices, claro, barnizado y tibio, un verdadero huevo de Pascuas de algodón y azúcar. Como todo el mundo se levantaba tarde en el barrio, los humos domésticos se demoraban en ascender de los techos. Luego, discretamente, se abrían las puertas para el paseo de los perros; eran perros bien educados y corrían inmediatamente al arroyo, sin ladrar. Se estaba allí como en el paraíso, soñando dulcemente bajo la colcha.

Igualmente, los días de mercado los mariscadores daban una vuelta para no turbar el sueño de los habitantes: entraban por la antigua puerta de las murallas, costeaban la destilería de Piertesen, pasaban por la calle principal y luego desembocaban delante de la plaza de abastos.

"Poucke duerme en un canasto blando de algodones, pensó una vez más el bueno de Jasper Joost, pero ellos han pasado la noche en jergones miserables, en hogares sin fuego. Si hubiese una justicia, nosotros los ricos debiéramos sufrir también alguna vez".

Era una idea que se le había metido entre ceja y ceja hacía ya un año, así como nacen vegetaciones minúsculas y verdosas sobre el agua. ¡Y Dios sabe si la casa, la tibia y bendita casaca, se había trastornado! ¡Veinte veces prometió a su mujer corregirse; era una mujercita tan dulce y tan tierna! Se necesitaba tener el alma endurecida para entristecerla de ese modo. Pero la idea se había introducido en Jasper y ahora no quería salir.

Retiró lentamente la pierna izquierda de debajo del edredón; la derecha, al mismo tiempo, evitaba el contacto de Josina. Según la costumbre patriarcal, dormían en el mismo lecho, un gran lecho encorvado, amplio como una carroza, con una alegoría en los espaldares, que representaba una pareja de amoreillos carrilludos, sosteniendo la llama de Himeneo. Era un regalo de la madre del señor Joost; ella les había enviado también el recibo del pintor, un viejo profesor de dibujo de las escuelas de la ciudad, que mediante un poco de dinero y una lata de mantequilla, se había encargado de las cuatro pinturas. La carne rosada de los amoreillos, de un tono algo frágil, se había descascarado parcialmente, pero las antorchas seguían flameando con su bermellón intacto, como un símbolo de su afecto sin nubes.

Después de un esfuerzo laborioso, sacó de las sábanas los dedos del pie izquierdo. Este palpó la capa de aire de la pieza, ligeramente refrigerado, porque durante el día solamente entraba el hálito caliente de las estufas. Un temblorillo perezoso al frío lo hacía titubear un momento; los cuarenta años, y agregado a esto un bienestar constante, lo habían puesto algo delicaducho. Pero una vez más pensó en el puerto allá abajo, donde los más felices descargaban buques, pasando y repasando por el puentecillo resbaladizo, sacos de carbón, en los

hombros, donde los otros sin trabajo y sin paga, roja la nariz y las manos en los bolsillos, apretados los unos contra los otros como carneros, pisaban en un suelo helado.

A esta idea el bueno de Jasper Joost sacó resueltamente toda la pierna; de una saudada, deslizó sus riñones hasta el borde del lecho.

Josina, sintiendo insólitamente sonajear las muelles y elásticas lanas del colchón, extendió la mano, pero débilmente, lánguidamente. En minutos lentos, pesados, súbitamente, la media hora resonó, metálica, de la caja del reloj. ¡Oh, cómo suspiraba ahora! Siempre que temía haber abusado de la confianza de su mujer, le daba la misma pena. Los sueños de ésta eran felizmente como los de los naufragos; la vaguedad caía pronto sobre sus despertares furtivos; se hundía en el inmenso vértigo del sueño como en una pequeña muerte feliz. Sin embargo, allá abajo, en las maestranzas, los martillos golpeaban en los yunques duros; los buenos muchachos no sabían qué cerrojos más duros para abrirse, qué cerraduras de prisión, son los brazos de una mujer.

Jasper pudo, al fin, frotar con la punta del pie las blanduras sedosas de la piel de oso; se apoyó con el talón... Ya circulaban ruidos por las escaleras; pasos como en sueños empujaban el silencio hacia su dormitorio, último refugio de la tranquilidad muda de la casa, golfo de embotamiento donde la vida, antes de abrir sus velos, por un momento todavía se agarraba a las amarras del sueño. Jasper Joost oyó la voz apagada de los sirvientes, mensajeros de la vida.

Apenas una claridad colábase a través de los dobles transparentes, como el fuego apagado de una lámpara votiva. Tanteando, puso su atención en no tropezar con el canasto de Poucke, y habiendo ido a la ventana, vio la soledad virgen salpicada de nieve, a través del vaho ligero que aterciopelaba los vidrios. A la derecha, un sauce, por encima de una cerca, semejaba la lluvia de un salto de agua, afiligranado por el hielo. Era dulce e inmaterial como en mayo la floración de un campo de tulipas blancas en Haarlem. Pero todavía una vez, el señor Jasper pensó en esa carne de humanidad que en las orillas del río, sufría en la mañana helada. "¡Oh, qué desgraciados son!", murmuraba.

El hielo les despedaza los dedos, como

espinas; arrastran los pies muertos, metidos en los zuecos. Temía haber murmurado muy alto; muerto de miedo, en las heladas manos el chaleco, el ritmo de una respiración parecía subía del reborde de las sábanas, donde se ensanchaba, en medio de un quieto dormir, la boca redonda de la pequeña y gorda señora. Respiró y abrió, ¡con qué precaución! la puerta, y sólo en la escalera se puso su chaquet.

Una luz pálida filtrada a través de el linternero a lo largo del pasamano de encina encerrada, se escurría sobre el terciopelo gastado de los peldaños. El sueño de las gentes honradas se agazapaba en los ángulos, y modelaba la sabia Minerva en su hornacina, a la vuelta de la escalera; era un legado de Don Otto, el padre de la señora Josina, "farmacéutico en vida", como ella decía evocando la oficina de su infancia, fría y luciente como una sala de baños. Por un segundo experimentó la pena sutil de la buena noche aún retardada bajo los techos. Una voz lo obsesionaba: "Entra, pobre loco, vuelve a la cocha bajo la cual Josina, tu buena y pequeña mujercita de azúcar, tan confiada, tan feliz, exhala un calorcillo envidiable".

Pero a pesar de todo, el aroma del café, volatilizado en la cocina, casi mata su decisión. ¡Café, bálsamo suave y nervioso! ¡Cordial del mundo! ¡Alegría y estimulante del desayuno matinal! De pronto tuvo un remordimiento: ¿acaso se desayunaban allá abajo? ¿Era acaso desayunarse quebrar con los dientes un cortejo de pan casi fósil, que se ablanda con un trago de ginebra adulterada? Ya en el piso bajo, la mesa estaba puesta: sobre el mantel festoneado, bordado de flores delicadas, los quesos bajo sus urnas de cristal, las tazas chinas, la panera de paja trenzada, la vasija de plata azulosa de reflejos fríos y en pequeñas botellas de cristal los jarabes granates y en jarrones las tulipas; los jacintos, adornaban un rincón de alegrías glotonas, de suaves y reposadas intimidades donde en un runruneo terminaba la tierra.

## II

¡Ah, qué horas las pasadas allí en otros tiempos, antes que esta idea lo obsesionara! En el verano se abría la puerta que comunicaba con la pequeña casa de vidrio en miniatura que era el invernadero.

Este, muy amplio, tomaba el aire y el sol del jardín, adornado con rocas, prismatizado con cúpulas de vidrio y amenizado con una minúscula girándula que sonajea-



Temió haber murmurado en voz alta.

ba en un tazón de mármol donde palpitaba el oro de cuatro ciprinas. Y entraban soplos perfumados, efluvios de rosas, de claveles, de resedas, de heliotropos, un verdadero ramo de pequeñas almas de flores en un color rubio, una oleada de mariposillas vivas, bellas como irisaciones de jaspé. Nunca se terminaba de paladear el café, de salpicar sus mantecadas con granos de anís, de golosear en los tres quesos, de saborear los fiambres y las pequeñas anchoas en su barrilito. Luego quemaba una pipa de tabaco fino picado, y durante horas, sin decirse nada, medio adormecidos ambos, cerca del espejo colgado afuera y por el cual veían acercarse los transeúntes desde lejos, creía vivir una vida dulce y acaramelada.

Rápidamente el señor Jasper descolgó su abrigo; pero justamente Juana, la pequeña sirvienta, subía de la cocina. Ella lo miró curiosamente, sin malicia, como si la divirtiese.

Verdaderamente, es preciso que un hom-

bre haya perdido la cabeza para que se le ocurra salir a semejante hora y con un tiempo parecido, cuando hay ahí tres quesos, las tajadas de jamón ahumado, los bizcochos con granos de anís y toda la felicidad de la vida en Holanda! Jasper no conocía la entereza moral. Era un alma que se había vuelto humilde y temerosa como la de un hombre que tuviese algo sobre la conciencia.

Cerró suavemente la puerta de calle; la cerró como un malhechor la hubiera abierto, con mano segura y secreta.

Una semana de nieve acogió el suelo, encapuchaba los techos, vestía con plumas de cisne los jardines; y el campanario de la iglesia, por encima de las casas nevadas, tenía el aspecto de un Pierrot enfermo. El pequeño rentista vió todo esto sin verlo, los ojos errantes y maliciosos, contento de abandonar esta calle donde se figuraba que todos los vecinos lo acechaban detrás de sus ventanas. Cierta vergüenza estremecía sus mejillas como una máscara de carnaval sorprendida por el día, como a un padre de familia entrando a su casa al amanecer. Con las manos en los bolsillos, su cuello levantado hasta las orejas, arrastrando el cloque esponjoso de sus pantuflas (había olvidado ponerse sus zapatos), pálido, el azul del frío en las mejillas, el pobre hombre; en efecto, parecía evadido de una casa de locos.

Ya llega a la plaza; las casas, friolentas, se apolotonan bajo sus cubiertas de blanca nieve, semejantes a un dormitorio de pequeñas convalecientes pálidas. El campanario, de morrillos musgosos, con su torrecilla chata, hace mucas por el agujero obscuro de sus tragaluces, pero todo esto con una patina de sombra, en la palidez del día indeciso, color de nieve fundida. En el cuartel de policía hay todavía luz, tres ventanas rojas, como ojos que hubieran trasnochado. Un pequeño trébol, también claro, mariposea en la vitrina del boticario, llamado, sin duda, para el despacho de una receta urgente.

Sin embargo, el gallo del despacho de tabacos, con su capucha blanca, dormita aún por encima de los postigos cerrados. La mercera, una buena vieja de cofia blanca, aún no se ha levantado, ni tampoco el quincallero. El alto comercio, que está en la plaza, gordo, bien rentado, viviendo en un queso, no se decide a abrir más temprano sino los miércoles y los viernes, días de mercado. Y ese día era jueves; la venta no vendría sino al día siguiente y este pequeño

mundo, esperando una ganancia que llegaría fácilmente, reposaba en su lecho.

Una muchachita, con un pañuelito rayado sobre las espaldas, atravesó repentinamente la plaza, llevando un canasto en el brazo. Jasper, para su desgracia, reconoció a la sirvienta de la tía de su mujer, astuta como un zorro, eternamente husmeando: "¡Diablos, pensó, antes de una hora toda la familia lo sabrá!" Ella lo saludó con un movimiento familiar de cabeza llamándolo por su nombre; él la devolvió el saludo tímidamente, sin mirarla.

La vida no aumentaba sensiblemente, sino en las callejuelas alrededor del puerto; angostas y torvas, dibujaban estrechas líneas sucias entre el apretujamiento de murallas, pequeños tenduchos revueltos, corderías, puestos de frutas, o cantinas de sucio mostrador. A causa de la nieve los ruidos parecían salir de un montón de pequeñas casas mortuorias.

Se metió en un estrecho callejón, al final del cual se abría el puerto, una pequeña marina con los árboles empolvados por la escarcha, en primer término, y rayada, en el fondo, por la tela de araña de los cordajes, también blancos, aflagranados como una labor de orfebre.

De pronto su corazón se infló como pan en el horno; él lo olvidaba todo al pensar que estaba allí con ellos. Desgraciadamente, ese día, a causa de la nieve, nadie trabajaba; los barcos estaban aprisionados por el hielo y una soledad triste pesaba como un invierno polar. Era peor aún que lo que él se había imaginado al levantarse.

—¡Eh, Jasper Joost...!

He aquí que ahora, desde el fondo de una de las pequeñas cantinas donde se vendía té y diversas clases de ponches, los que no tenían trabajo lo llamaban, llegados allí para calentarse al amor de un brasero rojo. Se le tendían las manos, se sentían felices y él hacía llevar una sopera de ron caliente.

No era, sin embargo, una vida para un hombre de la importancia del señor Jasper Joost.

### III

Todo el sueño de la casa se refugió en los rincones, al oírse el pequeño grito de Josina asustada de no encontrar a su querido Jasper en el gran lecho matrimonial. El día gris hacía indeciso en las almohadas un hueco ya frío; vió en la media tinta pálida el sillón cargado con sus vestidos y ropa blanca.



Ese día, a causa del intenso frío, nadie trabajaba.

“¡Ha salido una vez más! gimió. Era, después de todo, una almita sin maldad, un alma fundente como un bombón. Un aburrimiento tibio la ocupó por un instante; se acordó de los buenos tiempos en que, a su lado, a él le gustaba paladear durante largo tiempo la cálida pereza de las sábanas. ¡Ah, sí, ellos, habían tenido conjuntamente un hogar, un hogar en que reinaba la alegría y el rayo de sol de los domingos. Sin embargo, la casa tenía como de costumbre su aspecto de nido en su plumón; nada parecía haber cambiado: no había sucedido sino eso... Pero eso era simplemente el grano de arena en una máquina, la particula de polvo que detiene las agujas en el cuadrante de un reloj, el átomo estacionado en los resortes que paraliza su ritmo.

Así pensaba la señora Joost, vuelta hacia la ventana su clara mirada de porcelana azul, como si hubiera intentado atravesar las cuidadas cortinas para seguir, allí abajo, en el corazón del duro invierno, un pobre hombre perdido que posiblemente un día no volvería más. Ligeros suspiros se deshicieron en la superficie de las sábanas como burbujas de agua en un estanque. ¿Era posible que Jasper hubiera cedido una vez más a sus tristes costumbres? Pero casi inmediatamente sus ojos pálidos, aún llenos de sueño, se dirigieron a la cómoda ventruda donde guardaba sus joyas para detenerse luego en el acolchado de dos gran-

des sillones de terciopelo de Utrecht, al lado de la chimenea. Una paz conyugal, tierna e inmóvil, se cernía en las penumbras embotadas. Todo aparecía tan redondeado, tan feliz, tan en correspondencia con su amable personita regordeta, de una carne tierna de ave, cebada toda con grano.

Un olor de panecillos que se tuestan en el horno, se insinuó por la puerta; palpitaron las ventanillas de sus narices: ella vió en pensamiento la mesa puesta, la humareda clara de la tetera, las tazas, el platillo del añís y un ligero espasmo salivó en su boca.

Apresuradamente sacó del gran armario su tocado matinal, unas enaguas de seda color limón, un vestido de terciopelo y la chaqueta con cuello y mangas de piel. Calzada con babuchas, en seguida se precipitó a pasitos cortos a lo largo del tapiz de la escala. La Minerva se había quitado ya su túnica de sombra; reinaba ahora blanca, mintiendo el mármol antiguo. Y de abajo, con el dulce calor de la estufa, subió el canto alegre de Fifi, el canario, que, para saludarla, se puso a hacer filigranas con su garganta de tenor. El bienestar y la vida se despertaron delante de Josina, como delante de la princesa de un cuento de Andersen. Sonrió a sus dos criadas que llegaban a hacerle compañía. Poucke, que le seguía los pasos, bajaba saltando y agitando la cola.

En el mantel, cuando ella entra, las dos tazas, la una frente a la otra, tienen un aire de entenderse muy bien: se miran casi con miradas humanas, como dos seres acostumbrados a encontrarse a la misma hora para un deber grave y tranquilo. Sin embargo, eso no es más que una apariencia: nadie, esta vez, vendrá a instalarse al otro lado de la mesa, delante de la otra taza. Entonces, el frágil edificio de su alegría se desmorona; la buena mujercita siente una punzada en el corazón ante la idea de este tête a tête del cual, uno de ellos falta ya tan frecuentemente.

—¡Ah!, gime, exhalando el aire liviano de un suspiro de Holanda.

Juana, con un vestido de larga falda, de un color claro de flor de durazno, ha subido la historiada bandeja de metal. La tetera desarrolla su cuello de cisne minúsculo, el lechero se redondea al lado, con una curva de fruta madura. Hay también un lindo azucarero chino, una porcelana azulina donde hormiguean claveles con pistillos de oro. Y la tetera comienza a sonar en el anafe, mientras la señora Joost se sienta con los pliegues de su linda enagua de seda amarilla, sin que se pueda decir en qué sueña. La diligente criada coloca entonces su cabeza de costado y la mira dulcemente, y los ojos de la señora suben hasta las bellas mejillas pintadas de la sirvientita: ellos se llenan de húmeda claridad, a menos que no sea el reflejo de la vajija de plata. Las dos se miran con simpatía; la criada tiene un pequeño movimiento discreto, el matiz de una piedad respetuosa, como si entre su patrona y ella existiera un secreto y Josina, a su vez, inclina varias veces la cabeza, como si le dijera:

—¡Sí, después de ocho años de matrimonio!

Entre tanto Fifi, con la agitación de su cola en abanico, gorgoritea cristalínamente. Vive en una jaula de cobre cuyos delgados hilos están adheridos a los vidrios del invernadero que encuadra el jardín, blanco de nieve, como un pequeño paraíso artificial. El invierno amable, con sus ramajes de árboles de encaje, sus delicadas orfebrerías sobre los tamarindos y los laureles, se aviva en el encanto de los jacintos rosados y grises; gracias a su perfume penetrante, reina allí una mentira suave de flores y de aromas. Y la bandeja de loza blanca, roncá, hace un bajo a los agudos del canario; un vapor se desprende del té vertido: el cristal de las queseras se arcoirisa

de reflejos, donde se quiebra, según sus facetas, la perspectiva de la vidriera y del jardín.

Todo se anima de un egoísmo sutil de vida perezosa y cálida. Fluidos aéreos, imágenes consoladoras, se entrecruzan en la imaginación de la pequeña señora triste de hace un momento; no tiene ya los ojos húmedos, esos ojos de flores al borde del agua y los ojos de la criada también han cambiado, un no se qué de malicioso tiembla en sus pupilas. Es que algo ha pasado que las predispone al olvido y a la mansedumbre. Josina mueve con la cuchara los terroncitos de azúcar, sopla con sus mejillas hinchadas en el humo claro, y luego mira de nuevo a Juana y sonríe alzando levemente los hombros. Ninguna de las dos ha dicho nada.

Ella levanta en seguida una de las queseras y se sirve un trocito de queso, transparente como una hoja de mica.

—Demasiado joven, Juana... dice.

Todavía el silencio, un largo silencio donde no se oye sino el ruido ligero de la deglución. Y luego, con una voz suavemente lánguida, ella dice:

—Después de todo, ¿quién no tiene algo que reprocharse en la vida?

#### IV

El indiferente matiz de tristeza que palpita en esta voz, con que Josina se habla a sí misma, sin duda la consuela, porque, después de una sombra de arruga entre las cejas, su frente se serena, pareja y brillante como el cristal de la mantequillera, delante de ella. Descubre de improviso el queso y se come igualmente un trocito de filete ahumado. Y Juana, con una sonrisa feliz en los labios, una sonrisa donde duerme todo el bienestar de esta habitación musical y perfumada, la mira comer con un tierno goce maravillado.

Alrededor de ellas, trenzas de paja rubia tapizan la pared, como un paisaje de estío: el invierno no lo recuerdan sino las porcelanas que se multiblican en el hall, frías, lucientes, azules, de un azul de nieve al sol. Son generalmente vacas al borde de una canal, un puente donde un pescador deja que su caña se deslice en el agua, patinadores en un río helado. Estas imágenes hacen más agradable la atmósfera balsámica y suavemente entorpecedora de la pieza, y a fin de que la pupila se reecree por todas partes, hay aún, aquí y allá, espejos, rinconeras cargadas de terracotas, de



Sentóse en el borde de la silla, y dejó en la alfombra, a su lado, su sombrero de forma desusada.

conchas de rosadas valvas y mueblecillos de laca con incrustaciones de oro. La señora Josina, con un traje de terciopelo, con sus papelillos retorcidos sobre las sienes, la carne lechosa y redondeada bajo sus cabellos color de mantequilla fresca, tiene verdaderamente el aspecto de florecer en un cuadro de maestro holandés, como una tulipán animada. Concluye por cubrir su bizcocho con una capa de anís y pellicza estas grajeas minúsculas que sueñan entre sus dientecitos. Por otra parte, casi no tiene hambre, y en el momento en que Juana ha vuelto a la cocina, mira medio adormecida, la nieve que ha vuelto a mariposear en grandes copos en el jardín.

“Estaría tan bien allí, al otro lado de la mesa, piensa Josina. Y luego habríamos echado juntos, después del almuerzo, un sueñecito...”

En una postrera pena sus ojos parpadean como pájaros heridos. Pero Poucke ladra; sueña el timbre de la casa. Alguien hace crujir con los pies la trama de las esteras. Y una voz parece enchiehear, discreta y eclesiástica, al otro lado de la calle. Los pasos se aproximan luego, rozando las baldosas. Un viejecillo de cara gris, color de tiza mojada, una gran nariz salpicada de puntitos oscuros sobre una bozada roja, cráneo oblongo entre dos orejotas velludas, un gorro negro en el occipucio, aparece en la puerta que acaba de abrir Juana.

—¡Tío Faas!, dice Josina con fastidio.

Pero él no permite que nadie se moleste, la espalda doblada, humilde y dulzón, como defendiéndose de una acogida demasiado amable. Se sienta en el borde de una silla, coloca en el suelo un sombrero pasado de moda, recoge los faldones de una larga levita sobre sus rodillas, como un pobre. Sin embargo, todo el mundo sabe en la ciudad que el tío Faas percibe los arriendos de una calle entera, sesenta casas de gente modesta construidas por él mismo, sin contar el producto de dos alquerías. Tose débilmente en sus manos arrugadas como pasas y no se apresura a decir lo que lo trae. Su deplorable fachá resalta en la alegre casita; no sé qué melancolía descolora los átomos de felicidad en suspensión; sólo el canario conserva su alegría y se entretiene en reírse del pobre abrigo y del viejo sombrero.

Poucke, después de haber olfateado desdenosamente los pantalones húmedos, se retira estornudando, al hall.

—Tío Faas, hay algo de nuevo?, dice,

por fin, la buena mujercita, a quien molesta este silencio y que, para contarse, se ha puesto a chupar granos de anís.

El evita siempre mirarla, los ojos oscuros y bajos; pero su boca de anguila se mueve como si trabase palabras.

Y luego habla, hipando, con una voz de gallina con pepa:

—Yo he venido... sabéis... se le ha visto, hip... yo no... Susana... esta mañana en la plaza, con pantuflas y corriendo allá abajo, hip, hip... No puedo decir que sea yo el que lo haya visto... Yo no sé nada, nada, hip... Yo no quería molestar a nadie, hip, hip... Fué Susana la que lo vió; yo no. Es desagradable, sin duda...

El tío Faas, amarillento como un membrillo, frontando eternamente sus manos, parecía haber escogido ex profeso este lenguaje enrevesado para disimular sus intenciones. Dejó morir la última palabra en un hipo y de pronto, girando en su asiento y volviéndose hacia Josina autoritariamente, la fulminó con una mirada aguda y fría como un bisturí y silbó:

—Además es una injuria para la familia...

Inmediatamente, el ojo con reflejos de bisturí se apagó, oblicuo, sin luz; tomó nuevamente su actitud de pariente pobre y se puso a toser sobre sus dedos rojos y pelados.

Nada había dicho, a fin de cuentas, que pudiera volverse contra él; no había emitido sino un poco de aire articulado. Pero eso era suficiente; sin decir nada, había hecho pasar en el tono de la voz todo el horror del escándalo, la calamidad, la desconsideración, la parte de responsabilidad que caía sobre la mujer.

La señora Josina movió cansadamente los ojos hacia los caprichos de barro de la rineonera, hacia el oro tostado de las lacas japonesas, hacia la jaula de cobre donde el canario, como admirado de esta voz desconocida, se callaba ahora. Una nube pareció desfilarse por el aire brillante de la habitación; expiró el alma perfumada de los jacintos; no persistió sino el triste invierno de las porcelanas y, afuera, la nieve tanteando los vidrios como pájaros cansados. Era demasiado violento para este corazón de pasta tierna. La pequeña fuente interior despertó:

—¡Dios mío!, dijo, se habrá perdido; no hay por qué desesperarse, tío Faas, tan luego.

El grito de socorro resonó como un lla-

mado a la piedad de los hombres; ascendió lloroso, congado, implorante; fue como la fuente sonora del viejo jardín del amor.

Casi al mismo tiempo, en la casa apenas dormida, el reloj tocó gravemente las once y media. El reloj también parecía reprocharle algo al ausente, pródigo de sus horas fuera, disipando locamente el tiempo lejos del mutuo deber conyugal. El silencio en seguida, se tornó sofocante, algo pareció morir en la solitaria escala y en las lejanas habitaciones... Esta vez sí que había terminado la felicidad... Y Josina concibió la imagen de un hombre que se iba muy lejos, muy lejos, con pasos lentos y pensativos; la ciudad se ensombrecía en el horizonte, amortajada en sábanas de nieve y él marchaba siempre, marchaba sin volver la cabeza, como huyendo de un recuerdo penoso.

Sus lágrimas corrieron entonces abundantemente; no pensó tampoco en retenerlas. Una voz le cuchicheaba:

“Eso era lo que tenía que suceder. ¿Cómo pudiste pensar, mujer débil, que te amaría siempre, tú que has hecho tan poco para retenerlo? Ahora es demasiado tarde y el mal es irreparable...”

El tío Faas, envuelto en su mutismo como en una torre en que sus ojos opacos eran las ventanas sin vidrios, no había movido los labios, pegado en su silla. El íntimo misterio de la casa, su paz de pequeño edén amoldado en la seguridad de las almas, su aspecto de minúsculo paraíso de azúcar, yacían allá, quebrada por él como un despreciable juguete.

Se deslizó un segundo más; y luego se puso a frotar sus manos violetas, frunciendo las cejas:

—Yo no he dicho nada... Jasper es libre para hacer lo que quiera... Su conciencia endurecida es la vergüenza de la ciudad... pero no soy yo el que lo dice... yo no me atrevería a decirlo, hip, humpff!

Habló más bajo aún, sin la menor sombra de acritud, los dedos ya en la puerta. Pero esta vez toda la honradez de la mujercita se sublevó. Hubiera querido mirar cara cara al hombre que había dudado de la conciencia de Jasper; ella no vio sino el perfil de su nariz bulbosa, medio escondido por una de sus grandes orejas velludas y amarillas.

—No habléis de conciencia aquí, tío Faas... yo no puedo permitirlos semejan-



Esperaban, mirando a través de los ténues vidrios, ver destacarse la silueta del séptimo transeunte.

te palabra... eso me recuerda demasiado las cosas mías que puedan haberlo molestado...

Un ruido de puerta que se cierra, se perdió, en estos momentos, en el vestíbulo; y las esteras crujieron como en sordina. Alguien había entrado, alguien se desembarazaba de un abrigo trocado en piel de oso blanco, pero con tan infinitas precauciones, pausas, espacios, que parecía ser el hijo pródigo, que, después de largas aventuras, volvía, al fin, al hogar, arrepentido, cansado de todo. "¡Cielos! es él, pensó Josina, en un arranque. Su corazón palpitó, se llenó de alegría, de confianza, de perdón. ¡Volvía, al fin, el querido ingrato, que ella creía partido para siempre! Ya no estaba muy segura de que él le hubiera hecho algo. Y el resto, el pobre hombre caminando en la nieve, el destierro, el invierno, mentiras, locuras.

## V

El bueno del rentista abrió la puerta, pálido y desconfiado como un culpable y viendo ahí al tío Faas, lo creyó todo perdido; pero ya, con sus ojos claros como espejos, le sonreía su tierna Josina. Entonces Jasper tuvo una mirada especial, una mirada a la vez nebulosa y límpida en que el ojo izquierdo se fijaba de repente con un brillo de esmeralda, mientras que el derecho vacilaba tras una bruma gris. Aún habitualmente, cierta desviación les impedía converger; eran de color diferente y el derecho, bajo una ceja muy alta, parecía siempre perdido en el sueño. ¡Dios mío! en eso estaba todo el hombre, indeciso y violento, tímido y caluroso, distraído y atento, con una mezcla de disimulo y rectitud.

—Es necesario que te explique, Josina, tartamudeó; estaba con unos amigos; hemos bebido algo...

Reía, tratando de halagarla con esta explicación absurda. Dulcemente, bajos los ojos, el tío Faas hipó:

—El es quien lo dice: ha bebido algo... ¡Ah, el diablillo...!

Nadie habló; pero el canario rompió de pronto con un rosario de notas agudísimas, lo que distrajo a todos. El tío Faas se aprovechó para tomar el sombrero y escapar sin que nadie se enterase. Los átomos de felicidad adormidos se despertaron repentinamente en la habitación, se evaporó el alma de los jacintos, descompuesta; el edén tibio mató al invierno... Y tranquilamente, la buena señora hizo pasar el agua ca-

liente por la cafetera, porque el señor Jasper prefería en las mañanas el café al té. Miraba a su mujer con sus ojos húmedos, esos ojos donde brillaba a la vez una brasa o se entenebrece una perla. Nunca la había encontrado tan graciosa, ni tan dulce. Era ella, indudablemente, la alegría de vivir, en su pequeño paraíso de miel y de caramelo.

—Mi buena mujercita, yo hubiera querido decirte algo, pero no me llegan las palabras... Será para otra ocasión...

Ella pareció no oírle, fundida su alma en la simpatía de las cosas.

—¡Ah!, dijo, mirad qué agradablemente se está aquí... ¿Cómo se puede abandonar una cosa tan tierna y tan dulce?

Una vez más, se volatilizó el aroma de los panecillos hechos al horno, mientras Juana abría la puerta. Josina quiso servirle ella misma: cortó una fina rodaja de los quesos, puso mantequilla en las tostadas, y espolvoreó de anís los biscochos. El se había sentado en su lugar, el rostro vuelto hacia el invernadero, mirando alternativamente caer la nieve y luego hervir en la superficie del café las burbujas del azúcar. Se produjo un silencio, como un misterio; el canario dormitaba apelonado en su jaula. El señor Jasper entonces se escuchaba vivir:

—Sí, dijo al cabo de algunos minutos, es verdaderamente la felicidad encontrar, al entrar en su casa, una habitación calentita, una taza de buen café y sobre todo, una mujercita como vos, Josina, aunque algunas veces uno se reproche estas dulzuras.

Bebió tres sorbos de café, se comió seis panecillos con queso, puso encima de esto un trozo de carne ahumada, algunas anchoas y todos los biscochos anisados que su mujer le preparó. Quería no sentir ningún remordimiento. Parecía que el más ínfimo de los átomos de su sér gustaba de esta manera una suma de placeres para formarse de la humanidad una idea confortable.

## VI

Pasaron días tranquilos; desde la mañana siguiente a su escapada, el bueno del rentista esperó en el lecho que su mujer se despertase y apenas si salía una hora todas las tardes. Llevaba siempre un grueso paquete debajo del brazo. Sucedió también que, después del almuerzo, mientras su mu-

(Sigue en la pág. 461).

## En el santuario de Nikko (Japón)

**Nikko** es el santuario del Japón, donde la fe sintoísta ha levantado una serie de templos que se reputan como una octava maravilla del mundo.

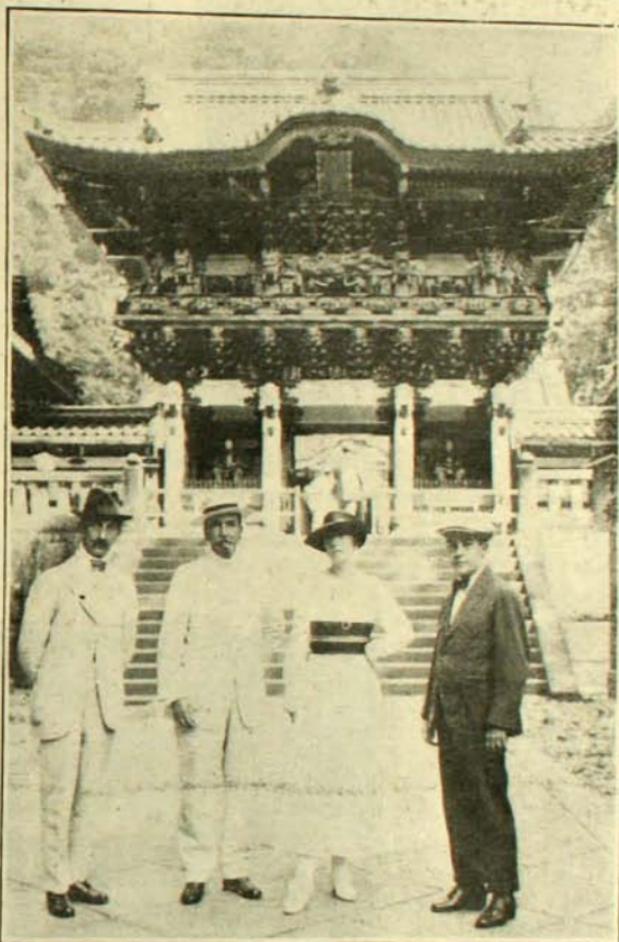
Los japoneses, refiriéndose a este sagrado sitio, exclaman, con orgullo, "no se hable de maravillas si no se ha visto a Nikko".

Este lugar es una bella reducción de la Suiza, con el aditamento de sus bellísimos lagos. Las criptomerías forman largas avenidas de arbustos que se alzan, majestuosos, hasta cuarenta metros; las montañas son azules; los torrentes y cascadas muy bonitos y los lagos de Chuzenji y Yumoto, como para pensar en cosas románticas... que no sólo a orar vienen los peregrinos japoneses.

La ilustración que ofrecemos a nuestros lectores es de la célebre puerta sagrada de Nitemon, donde, según los sacerdotes,

el visitante tiene para extasiarse 24 horas. ¡Tal es la riqueza de sus lacas y tallados!

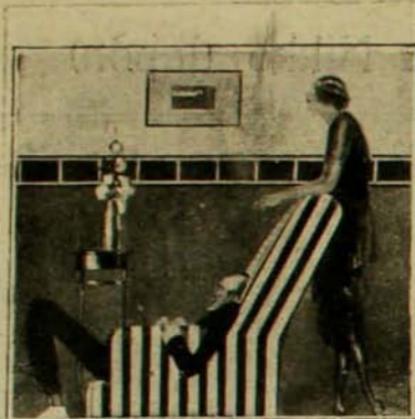
En la fotografía aparecen el señor Arturo Larraín, Cónsul General de Chile en Japón, el general Aristides Pinto



De izquierda a derecha: Arturo Larraín, cónsul general de Chile en Japón; General Aristides Pinto Concha; Señora de Larraín; Víctor Hugo Escala, cónsul general de Ecuador en Japón.

Concha, la señora Sara Tagle de Larraín y don Víctor Hugo Escala, Cónsul General del Ecuador en Japón, como anteriormente lo fuera en Chile, donde dejó muy gratos recuerdos.





# Los Dibujos de G. C. Bolin

Por RAUL SIMÓN

**E**N la sala Rembert, Guillermo Carlos Bolin expone dos docenas de dibujos, entre gouaches y acuarelas.

Bolin pertenece a la moderna escuela argentina de dibujo. Cultiva esa tendencia que encuentra su más alto representante en Federico Rivas y que se caracteriza por la elegancia y cuidado de la forma y por la frivolidad de la intención.

En general, los argentinos forman en el arte humorístico una escuela independiente.

No tienen la línea sintética y decorativa de los dibujantes alemanes y catalanes. Ni la gracia ligera y espiritual de los franceses. Ni el humorismo sano y fuerte de los ingleses.

En Argentina no

hay un discípulo de Gulbransson, de Prégelán, de Lawson Wood o de Bateman.

Aborrecen la línea, la idea y la síntesis. Son cuidadosos, detallistas y frívolos.

Alonso cultiva el dibujo al pastel, agregando a la perfección técnica un poco de psicología.

Málaga Grenet, algo más sintético que Alonso, posee, sin embargo, el mismo estilo.

Sirio, Guido y López Naguil son ilustradores fantásticos y decorativos. Sirio, más múltiple que los otros cultiva además el dibujo caricaturesco.

Rivas, Centurion, Larco, Bolin, Alvarez, etc., dibujan a la gouache y a la acuarela.

Todos, en general, son de preferencia ilustradores. La



Guillermo Carlos Bolin.

prensa gráfica argentina y, en especial, **Caras y Caretas** y **Plus Ultra** ha llevado la ilustración a una altura desconocida en el resto de América.

Rivas, dibujante formado en la República Argentina, ha colaborado en **Mundial Magazine**, **La Esfera** y otras revistas europeas. Hoy día Federico Rivas es el primer ilustrador de la casa editorial Calleja, de Madrid.

Si hay una persona a quien pueda atribuirse este florecimiento gráfico argentino es, sin duda, **Manuel Mayol**. Mayol fue uno de los fundadores de **Caras y Caretas** y **Plus Ultra**, cuyo dirección artística conservó hasta hace pocos meses. Consolidada su obra, Mayol volvió a España en busca de reposo. Era pintor, escritor y dibujante. Pero la mejor parte de su obra fué aquella que, desinteresadamente, puso en la obra de los demás.

Mayol supo conocer el talento ajeno y tuvo la sinceridad de proclamarlo y alentararlo.

En Chile, tenemos una gran empresa gráfica y tenemos dibujantes que, bien orientados y ayudados, podrían llevar el arte humorístico y de ilustración a un nivel superior o, por lo menos, igual al argentino. Pero, falta el hombre que impulse, que comprenda y que dirija. Cada vez que se ha tenido una dirección artística, ésta ha caído en manos de ciertas eminencias que junto a un prestigio artificial, unían un gusto de otro siglo.

Por eso es que en Chile no podemos nombrar un artista, excepto **Coke**, que viva de su lápiz. Aquí se puede ser cualquier cosa menos dibujante de revista. Tenemos artistas como **Meléndez** y **Bustos**, humoristas como **Coke** y **Simón**, ilustradores como **Oliver**, affichistas como **Isaías Cabezón**, dibujantes decorativos como **Ramón Valenzuela**... Pero falta aliento, buena dirección y, sobre todo, comprensión.

Se puede decir que, en realidad, aquí sólo se dibuja por puro amor al arte. La crítica no entiende y el público no paga...

**Guillermo Carlos Bolin**, dibujante bonaerense, mantiene en la sala Rembert una exposición de sus dibujos. El éxito ha sido relativo. No hubo venta ni buena crítica.

Sin embargo, **Bolin** era un buen dibujan-



te en Argentina. Algunas de sus gouaches son lo mejor que se haya expuesto entre nosotros. Otras son simplemente regulares o algo menos.

Entre las buenas, tenemos, según el orden de nuestra preferencia, **La Risa**, **Tedium Vitae**, **Spleen**, **La Playa**...

**La risa** es un dibujo de observación y de carácter; su corrección y los detalles recuerdan la manera de Rivas.

**Tedium Vitae** y **Spleen** son cartones en que dominan el buen gusto en la composición, la elegancia decorativa y la severidad del colorido. Son los dibujos más personales de toda la obra de **Bolin**.

Si quisiéramos analizar con más conciencia la labor artística de **Bolin**, tendríamos que estudiarla en su doble aspecto gráfico y psicológico.

Gráficamente, la obra de **Bolin** se aleja de la caricatura, acercándose a la ilustración moderna decorativa. Excepto las caras de **La risa**, el resto de los tipos masculinos no vale gran cosa en cuanto a caricatura. Así, en **Los apaches**, **Los nutridos de griego** y de **latín**, **El favorito**, **El garrotín**, etc., las caras de los hombres son exageradas, deformes, con algo de las caricaturas de medio siglo atrás.

En cambio, **La Romántica** y la acuarela que representa una mujer sentada al piano, son dos ilustraciones magníficas de dibujo y composición.

En resumen, creemos que, gráficamente, la verdadera manera de **Bólin** está en el estilo de **Tedium Vitae** y **Spleen**. En mi criterio, ese par de dibujos es lo mejor de **Bólin** y lo mejor que se haya expuesto entre nosotros.

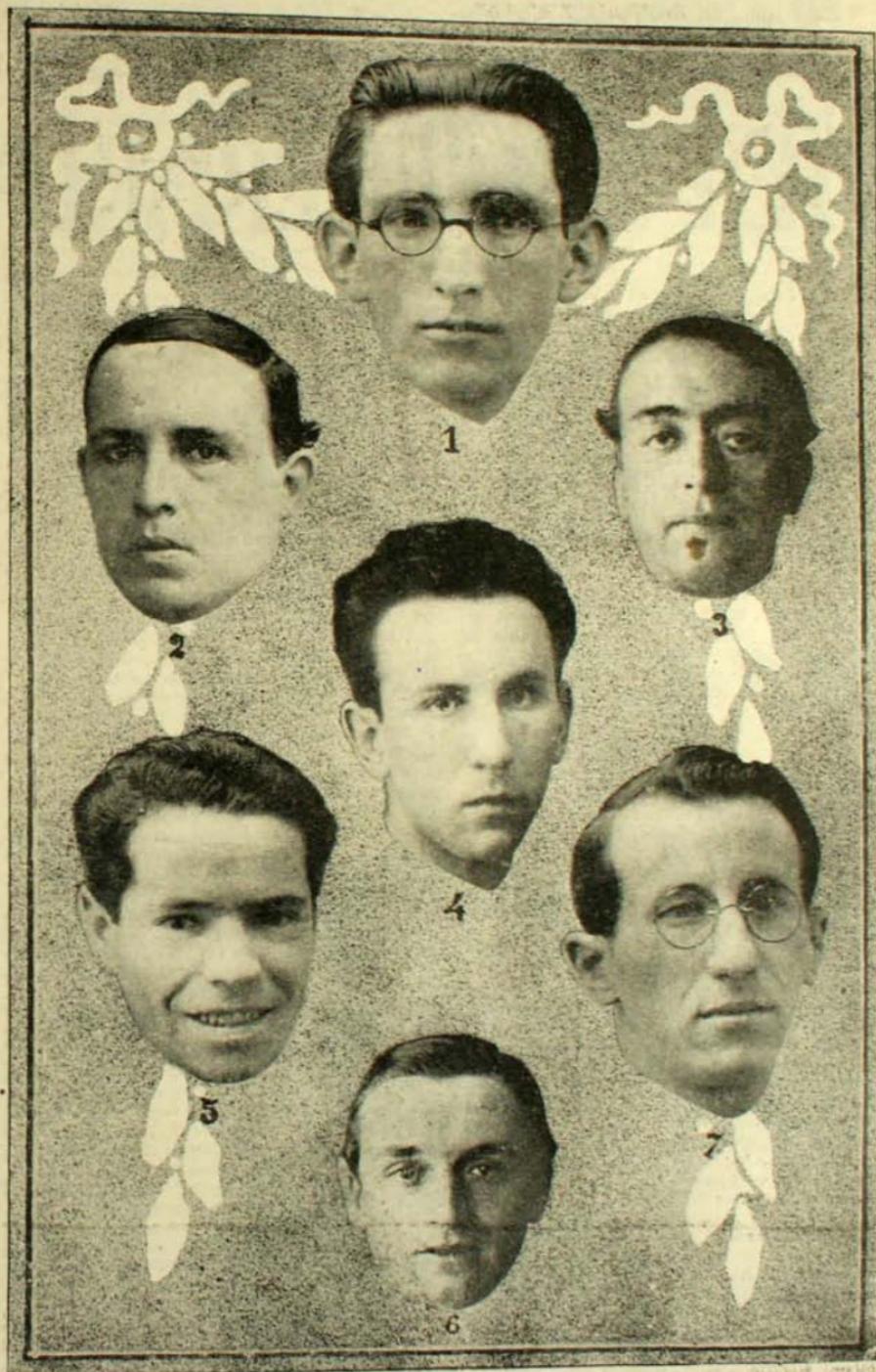
Psicológicamente, los dibujos de **Bolin** se caracterizan por la falta de fuerza cómica. La mayoría de sus dibujos sólo difieren de la pintura en el estilo. En los

mejores hay apenas una psicología superficial.

Por lo demás, esta falta de **vis cómica** es, excepto en **Huergo**, común a todos los dibujantes argentinos.

Creemos haber hecho una crítica sincera. Y, sinceramente, pensamos que **Bolin** va camino de ser un gran dibujante. Pronto se marchará a los Estados Unidos. Allá poco se cultiva el género a que **Bolin** se dedica. Sin embargo, encontrará excelentes maestros entre los dibujantes que dirige el gusto maravilloso de **Condé Nast**.





1. Carlos Carlola, autor de "El as de los ases", primer premio.—2. Isaías Cabezón, autor del affiche que obtuvo el primer premio.—3. Rafael Coronel, primer premio, autor de "Alucinaciones de Primavera".—4. Héctor Melo, autor de la música de las "Alucinaciones de Primavera".—5. Pedro J. Malbrán, autor de "La señorita 13". Primer premio.—6. Raul Kinast, Premio bailes españoles.—7. Damburo Paol, autor con Mel...

# VIDA LITERARIA

## Por la gloria de San Ambrosio

Novela de Honorio Henríquez Pérez

**S**AN Ambrosio es un pueblecito situado en el valle de Paitanás, Atacama. Fué fundado por don Ambrosio O'Higgins en 1789. "Por la gloria de San Ambrosio" quiere, pues, significar que para gloria de ese pueblecito ha escrito el señor Henríquez esta novela. Hay más: la heroína de la historia ahí referida se llama Gloria, y Gloria se llama también su abuela. De modo que en todo esto hay juegos de palabras por demás honestos. Y porque casualmente la abuela nació en septiembre de 1810, fecha de la declaración de nuestra independencia, se le puso Gloria, y porque más casualmente la nieta nació un 18 de septiembre, llamóse Gloria también. Por donde se ve que no carece de ingenio el señor Henríquez para intitular novelas. ¡Y apuesto a que todo ese juego le vino a la mente por casualidad!

Por bajo de este título, cuya génesis quiero que pase a la historia, hay lo siguiente: "Premiada en el primer concurso de novelas americanas del Ateneo Nacional de la República Argentina". Yo no digo, que no haya sido premiada; al contrario, mi intención es decir que fué más que premiada. En efecto, el veredicto del jurado respectivo, que se lee en las primeras páginas del libro, dice en su artículo 3.º: "Recomiéndanse a la consideración del Ateneo Nacional, para la ampliación del tercer premio, o sea Mención honorífica (vocablo que juega con Honorio), las siguientes novelas: Por la gloria de San Ambrosio (Chile); La Sulamita (Venezuela); El último Solares (Ve-

nezuela); y Cizaña (Colombia)." Bien se ve el esfuerzo del jurado por premiar esta novela; no disponía sino de tres premios, y de tres había dispuesto ya; pero, he aquí que se encuentra delante de otra novela de verdadero mérito. ¿Qué hacer? Lo que hizo y no es poca cosa: ampliar uno. ¿Cuál? Cualquiera: el tercero, por ejemplo. Y esto no se hace sino en casos tan extraordinarios como el presente. Por eso decía yo que había sido más que premiada. Extra-premiada es, a mi juicio, la expresión que le conviene.

A continuación del veredicto viene una carta-prólogo, suscrita por don Alberto del Solar, en Buenos Aires, con fecha 16 de septiembre (¡a poco más cae también en 18 de septiembre!), y dirigida a don Arturo Larraín, y que dice: "Mi estimado amigo: Sabe Ud. que con muchísimo gusto habría escrito sobre la novela de Henríquez. Tuve la intención

de hacerlo, y así se lo manifesté a Ud. El libro merece, sin duda, la mención honorífica; con que se le distinguió en el jurado. Hay en él páginas de primer orden al lado de otras más débiles. Pero, en el conjunto, triunfa la belleza."

El señor Henríquez debe de estar orgulloso de este juicio tan corto, tan claro, tan rotundo como autorizado. Páginas de primer orden, ya se ve lo que con eso se quiere decir. Al lado de otras más débiles: ¿qué libro no tiene páginas más robustas que otras? Y si en el conjunto triunfa la belleza, y si ese triunfo es declarado por quien sabe de cierto qué es



Sr. Honorio Henríquez Pérez.

la belleza y donde se la encuentra, ya puede el señor Henríquez dormir tranquilo sobre el lecho glorioso de la historia literaria americana.

También he leído las bases del Concurso. "La elección del tema será libre, recomendándose, no obstante, aquellos que puedan dar lugar a la vez a la mejor descripción de la naturaleza física y al reflejo de la tradición histórica y social del país que se elija como lugar del asunto." Evidentemente, el señor Henríquez ha debido cumplir con estos requisitos: de otro modo no le hubiesen premiado, digo yo. En su novela hay, pues, me complazco en declararlo—la mejor descripción de la naturaleza física. No falta tampoco un fiel reflejo de la tradición histórica y social de Chile. Y son títulos éstos que valen mucho en mi concepto. Yo no sabría decir más en elogio de una novela, por ejemplo.

Por lo que hace al resto del libro, confieso que no lo he leído. Creo que basta con lo dicho para formarse un concepto cabal de la magnitud estética que alcanza este libro. Las páginas, cuyas partes principales he trascrito, no son, me parece, las más débiles, para usar la feliz expresión del señor Alberto del Solar. Diría más bien, con el mismo escritor, que son páginas de primer orden. Y son una muestra elocuente del conjunto, en el cual, como dice el señor del Solar, triunfa la belleza.

Puedo agregar, siempre en obsequio de este libro, que es el primero de los nuestros que transpasa las fronteras del país.

## II

Don Misael Correa Pastene,—célebre periodista chileno que se ha desposado ya maduro con la crítica literaria, o, lo que es lo mismo decir, que ha hecho con ella un matrimonio de razón,—y ningún otro podía convenir mejor a tan severa matrona,—tampoco ha leído la novela del señor Henríquez. Al menos, así lo asegura en la crónica suya que publicó "Suesos" hace poco ¡Está visto que un libro tan grande como éste no es para leído. Lo admiramos sin leerlo, lo veneramos por obra de la fé; no lo analizamos: lo juzgamos de conjunto en toda su gloria y majestad.

A lo sumo, puede sernos permitido hojearlo. Que fué precisamente lo que hizo el señor Correa Pastene, a juzgar por lo que dice del autor, no del libro. Dice este caballero que don Honorio Henríquez usa vocablos poco usados, inusitados, desusados, arcaicos, cuyo significado—¡esto es lo grave!—el señor Henríquez no conoce.

Yo me he puesto a cazar esos vocablos y estoy en disposición de decir que los hay y en mucha cantidad. He aquí las circunstancias de que suelen aparecer rodeados. Raras veces merodean solos. Se hallan casi siempre en trilogía, cuando son adjetivos. Y de esta manera: dos conocidos y uno desconocido. Este puede estar al principio, al medio, o inmediatamente antes del sustantivo que modifican—entre tres, calculen Ud. cuánto. O son dos, siempre combinándose lo sabido con lo extraño. No faltan algunos solitarios. Y se ven sustantivos y verbos de dudosa catadura.



Portada del libro.

Pero lo que no acepto al señor Correa es que afirme que el significado de esos vocablos es ignorado por el señor Henríquez. Precisamente, el objeto que ha perseguido este escritor al ponerlos es el de "enriquecer" (de Henríquez) nuestro vocabulario, aquí donde somos tan pobres de él, que no conocemos, se puede decir, nuestro propio idioma. Es éste un mérito didáctico que debemos agregar a los otros muchos de que ya hice mención. Y se comprende que conociera el señor Henríquez esos vocablos inmediatamente antes de ponerlos: como todos los del país, él ha debido sufrir de pobreza vocabularia, pero, con un buen diccionario de sinónimos y de ideas afines en la mano, ha reaccionado favorablemente para el efecto inmediato de escribir su libro. Cuanto a los términos que no aparecen hoy por hoy en el diccionario, puede asegurarse que en plazo no largo formarán parte de él: si el señor Henríquez los ha preterido es porque no sólo ha querido enriquecer nuestro vocabulario, sino también el idioma castellano en general. Hay por ahí unas "aprensiones maquinosas" que no sabemos lo que son, pero que algún día sabremos; unos ojos "azulencos" que me spongo azules, y unas "ventolinas", que es de apostar a que son vientos.

Y con esto creo haber apagado la única nota desahinada del concierto de justas alabanzas y reiteradas enhorabuenas que, de seguro, ha escuchado el autor en los días que se siguieron al nacimiento de su coronada obra.



Sr. Pedro Rivas Vicuña. — (Foto. Heffer.)

# CONCURSO DE OJOS

## Los Políticos desenmascarados

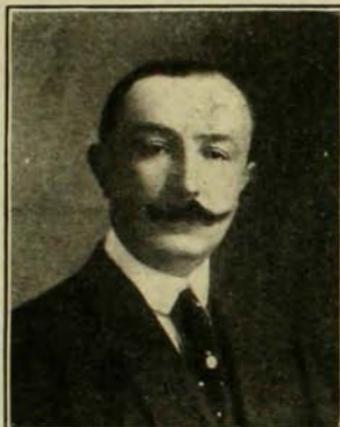


Sr. Julio Prado Amor. (Foto. Vera.)



Sr. Arturo Prat Carvajal. — (Foto. Vera.)

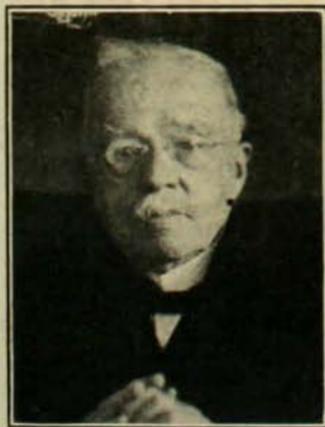
Tenemos el sentimiento de anunciar que dos concursantes han obtenido los premios que ofrecimos. El señor Alvaro Covarrubias A., Administrador de la Gota de Leche José Abelardo Núñez, movido por un celo caritativo digno de todo encomio, pasó en vela la primera noche de aparecido el concurso, y logró hacer llegar a horas muy tempranas del día siguiente, la lista completa y exacta de los políticos enmascarados. Ha ganado, pues, para la Gota que administra, la suma de doscientos pesos, valor del primer premio. Por su parte, don Luis Uribe, inflamado de un egoísmo que no es tampoco de despreciar, obtuvo el placé, a dos cuerpos de distancia de su temible cuanto altruista competidor, o sea el



Sr. Ladislao Errázuriz. — (Foto. Vera.)



Sr. Paulino Alfonso. (Foto. Heffer.)



Sr. Enrique Mac-Iyer. — (Foto. Heffer.)



Sr. Ismael Pereira I.



Sr. Victor Robles.—(Foto. Heffer.)



Sr. Ramón Corvalán M.—(Foto. Heffer).



Sr. Oscar Urzúa.—(Foto. Vera).

Han dos encantadoras niñas de diez a doce años, que venían todos los días a interrogarnos sobre la suerte de sus observaciones. Niñas de tanto empeño en tan temprana edad, alcanzarán grandes cosas en la vida. ¡Que éste sea su consuelo en la derrota!

Alguien nos pregunta en carta el por qué le tantos radicales en los políticos escogidos para este honesto entretenimiento. Cinco radicales contra tres balmacedistas, dos liberales, un conservador y un nacional. Esta proporción no corresponderá a situación política alguna. Pues, la razón es muy sencilla: parece ser que los radicales se retratan más que el resto de los políticos. En todas las fotografías donde solicitamos retratos, nos ofrecie-

premio de cien pesos. Ambos interesados pueden pasar por "Zig-Zag" (Teatinos 666), donde se les entregará el dinero debido.

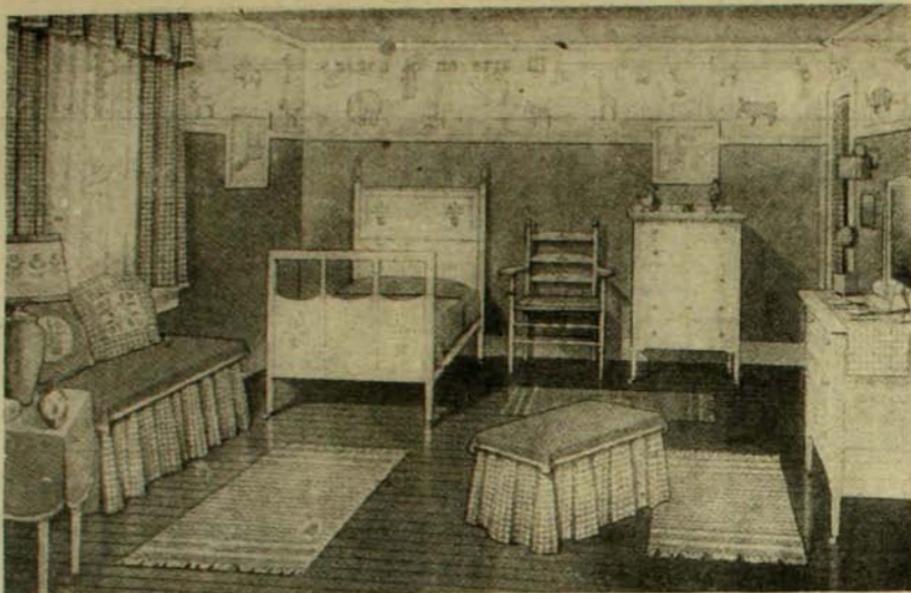
No hablaremos en detalle de los derrotados, porque suponemos que a nadie interesa su triste situación. Nos limitaremos a decir que si por algo valen, es por su inmenso número, y por la constancia de algunos de ellos, que enviaron hasta cinco soluciones diversas. En este caso se ha-



Sr. Tito V. Lizón.—(Foto. Vera).

ron radicales. Hubimos de rechazar muchos de ellos para dar cabida a otros que no fueran de ese color. Et c'est tout.

La repetición de don Victor Robles (núms. 9 y 11), no obedeció a malicia nuestra, sino a un simple error de los fotógrafos. Lo confundieron con don Pablo Ramírez. Y esperamos que ninguno de los dos distinguidos políticos se molesten por tan lamentable confusión.



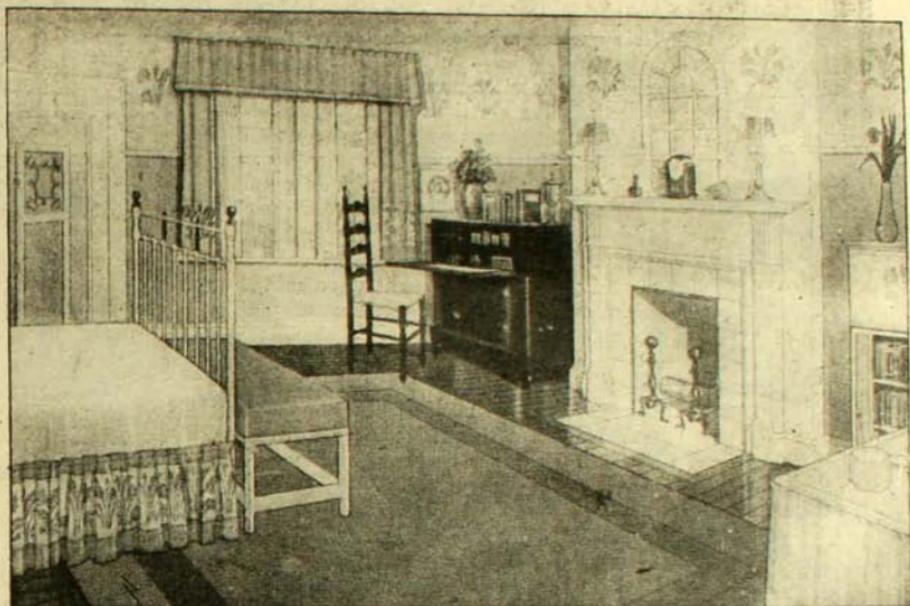
## El arte en el hogar

Por ESILDA

“¿Cómo no es preocupáis de los niños? En ellos está el cimiento de la vida; la esencia es nativamente buena; cincelad bien el mármol y veréis qué primorosa sale la estatua; educad a los niños y veréis

qué brillantes resultan los pueblos. Yo estoy en mi centro con esas criaturas adorables; cuando me ven dejan sus aros, sus muñecas y sus juegos para correr hacia mí; me estrujan, se sientan en mis rodillas, me echan





sus tiernos brazos al cuello, me besan. Es porque saben que tengo sus gustos; saben que no me enfado aunque griten; les hago juguetes de cartón, monteras de papel y les enseño unos cuentos que, cuando llega la noche oscura, les dan miedo.

Sed todas con ellos como yo soy y os amarán también. Instruídles; educadles en el amor; ya veréis qué hermosa les llegará a ser la vida."

Para hacer más valiosas mis indicaciones respecto al arreglo de las piezas de los niños y hacer comprender mejor la influen-





cia que ese arreglo puede tener en sus vidas, quise empezar con ese bello pensamiento con que el gran Hugo invoca nuestros sentimientos efectivos en favor de los niños, cuyo cuidado debe ser motivo esencial de muchas preocupaciones en el hogar.

Como él, madres, haced a vuestros niños juguetes de madera, sencillos, se pueden con buen gusto sus cuartitos; que desde niños se sientan responsables del cuidado y orden que deben tener en "sus cosas". Esos juguetes de madera, sencillos se pueden abandonar en las manos infantiles: son baratos y resistentes. Nada hay más ridículo que esos juguetes que los niños no pueden obtener más que los domingos y con los cuales no pueden jugar libremente.

De estas piezas de los niños, dormitorio o sólo cuarto para jugar, debe rechazarse todo lo complicado y frágil. Las paredes serán lavables y pintadas en colores. El mobiliario pequeño y resistente, de ángulos redondeados; los muebles de mimbre son recomendables por su poco peso y la facilidad para decorarlos. Las cortinas y alfombras deben ser lavables, las hay especiales, pues es indispensable un aseo escrupuloso en todo; pero que sean alegre y confortable, que vaya creando en el niño el amor al hogar, la necesidad de rodearse de cosas bellas y gratas.

Se puede hacer cosas muy lindas en las piezas de los niños pintándoles en las cortinas, muebles, cojines, diferentes figuras que los entretengan y diviertan, y cuando más grandecitos, combinaciones de figuritas que les recuerden los cuentos de la abuelita, los cuentos de hadas...

Se puede poner un espejo bajo para que el niño se acostumbre a cuidar del arreglo de su personita, y si es único, servirá también para que no se sienta solo, pues vera siempre su imagen como otro niño que salta y juega a su lado.

"Pacífico Magazine" ofrece hoy lindos dibujos con este objeto; su ampliación es fácil y la lámina da la idea de cómo hacerla.

Presentamos también dos dormitorios; no tienen grandes pretensiones decorativas, pero son encantadores y bien infantiles.



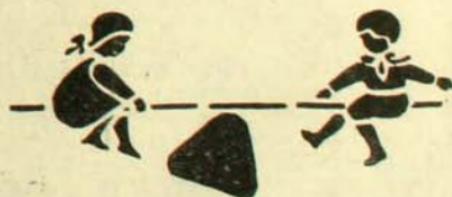
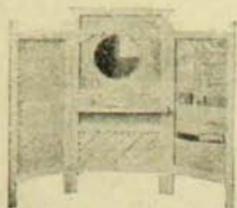


El N.º 4, para niños menores de 5 años, tiene muebles sencillos y bin proporcionados a la talla de sus minúsculos ocupantes. Un Arca de Noé forma parte del mobiliario y los animales, de una simplicidad ingenua, son bien apropiados para el chiquitín.

Vemos más abajo los vasos con figulinas y hasta la percha con una cabeza pintada. Un biombo minúsculo, que puede, sin embargo, ser muy útil. La lámpara, decorada con una ronda de hadas, es preciosa para la pieza de una niña y la alcancía para

que el chiquitín aprenda a ahorrar algunos centavos.

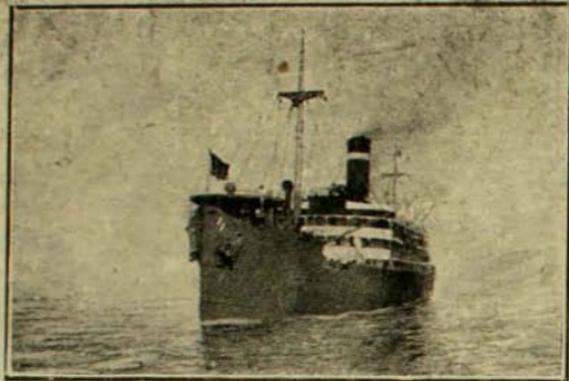
El grabado 3 es una simpática alcoba para niña de 12 o más años, con las paredes en amarillo suave y blanco, los muebles esmaltados de blanco y tapizados con una tela de hilo azulino claro; de igual color que las cortinas de la ventana, la del armario de los libros y la de la mesa de toilette y todo decorado con flores pintadas al stencil. Damos para esto algunos dibujos que se prestan para una interesante decoración de pieza de jovencita.



# LINEA DE VAPORES "GRACE"

## ITINERARIO APROXIMADO DESDE VALPARAISO

Llega a Coquimbo el primer día.  
 Sale de Coquimbo el primer día.  
 Sale de Antofagasta el tercer día.  
 Sale de Iquique el cuarto día.  
 Sale de Arica el quinto día.  
 Sale de Mollendo el sexto día.  
 Llega al Callao el octavo día.  
 Sale del Callao el noveno día.  
 Llega a Balboa el duodécimo día.  
 Sale de Cristóbal el décimotercero día.  
 Llega a Nueva York el décimocuarto día.



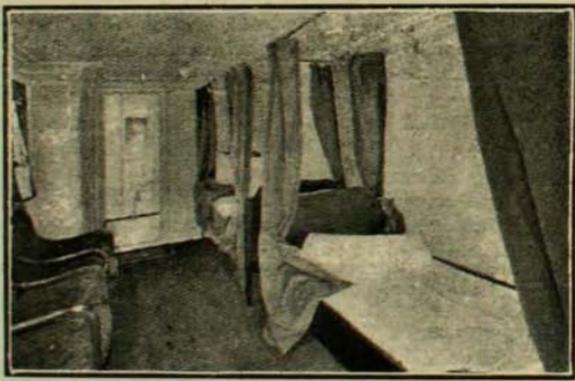
## ITINERARIO APROXIMADO DESDE NUEVA YORK

Llega a Cristóbal el sexto día.  
 Sale de Balboa el séptimo día.  
 Llega al Callao el décimo día.  
 Sale del Callao el undécimo día.  
 Llega a Mollendo el duodécimo día.  
 Sale de Mollendo el décimotercero día.  
 Sale de Arica el décimocuarto día.  
 Sale de Iquique el décimoquinto día.  
 Sale de Antofagasta el décimosexto día.  
 Sale de Coquimbo el décimocuarto día.  
 Llega a Valparaíso el décimocuarto día.

Servicio Directo de Pasajeros entre CHILE, PERU Y NUEVA YORK  
 Vía Canal de Panamá SIN TRASBORDO

Por los nuevos vapores americanos

## "SANTA ANA" Y "SANTA LUISA"



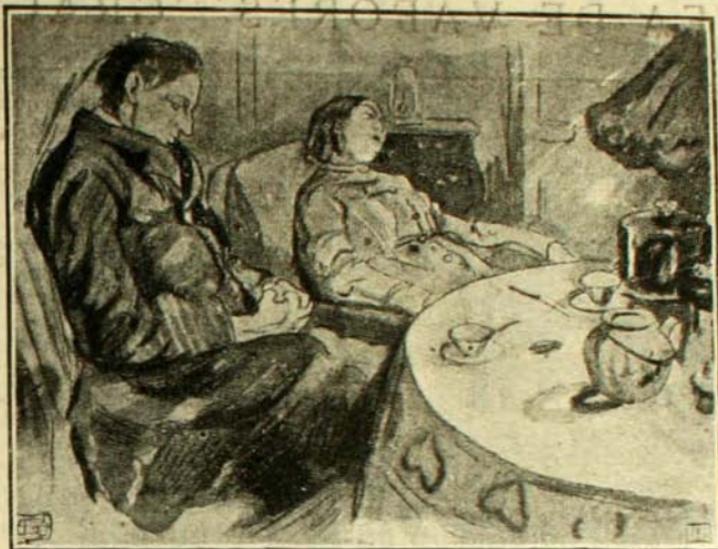
CAMAROTE DE LUJO

PROXIMA SALIDA DE VALPARAISO:  
 "Santa Luisa", Octubre 30

W. R. GRACE & Co.  
 VALPARAISO

AGENTES GENERALES

OFICINAS EN TODOS LOS PUERTOS DE LA COSTA



Jasper, viéndola dormir dulcemente, entornó con lentitud sus ojos.

jer echaba su suñecito cerca de la ventana, uno de esos tipos patibularios que hay en todos los puertos, vino a conversar misteriosamente con él en el vestíbulo. Esos días era el hombre el que partía con un paquete debajo del brazo.

Una vez, en la tarde, Jasper Joost subió a afeitarse delante del pequeño espejo, en la ventana. Con gestos mesurados había tendido el asentador de cuero que tenía sujeto con los dientes y por él pasó suavemente su navaja. Echó el polvo de jabón de almendras en la bacía con agua tibia y agitó el hisopo con complacencia hasta que el agua se espesó. Estos pequeños detalles lo entretenían; hacía como ocho días que no se afeitaba.

Experimentó un verdadero placer en embardunar sus mejillas con el jabón; la piel de su cara era ruda, erizada de pelos tiesos; los cortó en seguida con la afilada hoja, los ojos puestos en la brillante lámina, en el espejo. Pero la pelambre resistía; se enjabonó, entonces, nuevamente y se embardunó hasta los ojos.

“Es curioso, pensaba, cómo el bien que se hace a los demás lo consuela a uno mismo”. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan liviano de espíritu. Justamente había llegado alguien que le había traído nuevas del puerto y éste no se había ido con las manos vacías.

Cuando Jasper bajó, sus mejillas lucían, y Josina, tocándolas con placer, dijo:

—Ahora, tenéis enteramente el aspecto del verdadero Jasper Joost, querido.

La sombra ahogaba ya los rincones; las porcelanas solamente conservaban el brillo de una sábana de agua helada en un paisaje crepuscular. Balanceábanse, en los ángulos del techo, finas sedas grises, como telas de araña; impalpables cenizas se deslizaban, cernidas a través de las cortinas. Bajaron más; toda la claridad se redujo pronto a la mesa donde se caldeaba el samovar. El día entero, para la buena señora, se componía de pequeñas colaciones, té y pastelillos al mediodía, bizcochos y té a las cinco, té en la noche, con fiambres, queso, confituras, algunas veces barquillos o kuehen. Salía poco, por lo demás, amante de la casa, no pudiendo dejar por mucho tiempo el rincón de ventana por donde veía, en el fondo del espejo, pasar la gente de la villa.

Juana había puesto la mesa en el comedor, cuya ventana daba a la calle; había otro comedor, más lujoso, cuyas ventanas daban al vestíbulo; pero no servía sino en verano. El pequeño era más cálido, con sus murallas tapizadas de paja trenzada como una cabaña india. Un visillo, en forma de corazón, cubría los vidrios; los transeúntes no los veían, pero ellos podían ver a los

(Sigue a la vuelta).

COMPañIA

DE

LOTA Y CORONEL

Minas de Carbón de Lota y Coronel

Fábrica de Ladrillos, Baldosas y Cañería de Greda

AGENTES EN VALPARAISO

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL

AGENTE EN SANTIAGO:

SEÑOR LUIS VIDELA HERRERA

Calle Estado, esquina Moneda

(Edificio Banco Hipotecario de Chile)

CASILLA NUMERO 1 853

transeúntes. Esta vez, pasaron por lo menos seis en una hora. Con sus pasitos ligeros de ratón, Juana les ofrecía camarones, anchoas, lenguado, un entremés de crema, sin contar el queso, las frutas y los pasteles. Cuando terminó, la señora se limpió la boca con su servilleta de papel; luego descolgó la pipa de Joost y, habiéndola éste tacaoneado de tabaco rubio, se la puso entre tre los dientes; era una regalía que le gustaba ejecutar todos los días.

La mirada fija en el "espía", esperaron largo rato que se destacara el séptimo transeúnte en las profundidades negras del espejo; pero éste permanecía en su casa, sin duda temiendo aventurarse en la noche con un tiempo semejante; como lanas de corderos cortadas por las tijeras del esquilador, en grandes copos, caía la nieve, menos blanca a medida que avanzaba la noche. Sin embargo, ninguno de los dos se apresuraba a hacer venir la lámpara: un jurón de día tembló aún en el cobre luciente del samovar, y esto era muy dulce, como en las puertas del paraíso. El canario había cesado de cantar; Poucke, enrollado en caracol, respiraba bienestar en suaves ronquidos. Se oyó muy bien el canto aéreo, tierno como un aire de flauta, que salía del samovar. La paz de la conciencia, en el señor Joost, se igualaba a la de la casa, las dos confortables, suaves y sin complicaciones. Se dejó llevar hacia regiones donde todo el mundo era feliz; no sabía bien si todavía estaba despierto, si dormía aún. De pronto el vapor del samovar desbordó impetuosamente; la señora, dormida en su sillón, lanzó un grito, como si la sirena de un barco sonase en el vestíbulo. Pero Juana llevó la lámpara; sólo reinó la realidad habitual.

—¡Ah!, se quejó el señor Jasper, ahora está demasiado claro. Un hombre se da cuenta demasiado bien que nada es bueno en la tierra, puesto que la luz ha sido hecha para alumbrar el trabajo de los hombres y yo no sé trabajar.

Sin apresurarse, la buena señora echó una cucharada de té en la tetera, hizo pasar el agua, con medido gesto, evitando la fatiga de pensar mientras sus manos estaban ocupadas. Y solamente cuando vio evaporarse el agua, alzó los hombros y dijo:

—Es una de vuestras ideas. ¡Cómo si no hubiera siempre gentes que se cruzan de brazos mientras otros trabajan!

Jasper Joost reflexionó un segundo y moviendo la cabeza:

—No, Josina, eso no es justo, y lo digo

de este modo, porque lo siento así.

Ella levantó la tapa del samovar y dejó pasar el resto del agua. Y, apoyada de codos en la mesa, bajo la claridad rosada de la gran pantalla, lo miró con tierna conmiseración.

—Eh, hijo, ¿no sois el señor Joost, rentista? ¿Hay alguien a quien se le ocurra pensar que tenéis necesidad de trabajar para vivir? Yo también tengo mis pequeñas ideas sobre ese punto. Si el buen Dios hubiera querido que las cosas fuesen así, no habría hecho de vos el hijo de un hombre rico.

—No, no digas eso, Josina; mi padre hizo su fortuna trabajando. El era cordeiro y ha trabajado como obrero para los otros. Luego, a su turno, ha tenido obreros, ha tomado un rincón cualquiera donde desde la mañana a la noche torcía, torcía... Eso, no lo puedo olvidar; y yo no he hecho sino recoger su fortuna sin hacer nada por merecerla. He llevado siempre la vida ociosa de los hombres que tienen dinero. Se me encontraba siempre en el café... Mi vida no habrá servido para nada, ni a nadie...

—Habéis hecho edificar casas. Vuestro dinero ha servido, pues, para algo. Los albañiles han ganado su vida con vuestro dinero. ¿No es casi como si hubierais trabajado vos mismo?

—No me habléis de eso, os lo suplico; porque ahí está justamente la cosa horrible; si ellos han ganado su pan, han expuesto igualmente su vida.

Un perfume de estío un olor ligero de heno al sol salió de la tetera. Sobre la bandeja, minúsculas tazas de porcelana china, transparente y azulada, parecían cálices. Josina las llenó; el fondo se oscurecía hasta que, al fin, un estrecho disco pálido, rodeaba el borde. Flotó una dicha más íntima entonces; la fina vibración de la claridad rosada de la pantalla, el aromado té que tenía las historiaditas tacitas chinescas, sensibilizaban la atmósfera como los pensamientos de un alma regalona. Ambos, hundidos en sus sillones, saboreaban la cálida infusión. Ella, de vez en cuando, alargaba la mano hacia los bizeochos; Jasper miraba con su ojo de ensueño hacia no sé qué partes lejanas. Sus ideas ascendían y bajaban continuamente como mariposas. ¡Oh! qué bien las veía ahora en la luz rosada de la lámpara. ¡Le parecía que nunca habría claridad suficiente para las verdades que se agitaban en su cerebro!

(Concluirá en el próximo número)

# COMPañIA SUD-AMERICANA DE VAPORES

OFICINA PRINCIPAL:

VALPARAISO, BLANCO 695

LINEA DE VAPORES DE LA COSTA OCCIDENTAL  
DEL PACIFICO

Servicio semanal rápido entre Valparaíso y Cristóbal en 14 días atendido por los modernos y magníficos vapores de pasajeros, dotados de telegrafía inalámbrica

“AYSEN” - “HUASCO” - “PALENA”  
“IMPERIAL”

Los vapores salen de Valparaíso los días miércoles en la tarde y tienen conexiones en Antofagasta y Arica por los trenes internacionales para Bolivia los mismos días de llegada y en Cristóbal para Estados Unidos en las lujosas naves de United Fruit Co., y para Europa en otras Compañías.

Servicio quincenal entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú) en 14 días, prestado por los cómodos y excelentes vapores, dotados también de telegrafía sin hilos.

“MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”

que salen de Valparaíso los días sábados en la tarde.

Servicio periódico a los puertos del Sur atendido por el vapor “CAUTIN”, según avisos que se publican con la oportunidad del caso.

## PROXIMAS SALIDAS DE VALPARAISO

“Maipo”, para Pimentel e intermedios, el sábado 1.º de noviembre.

“Aysen”, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 5 de noviembre.

“Mapocho”, para Pimentel e intermedios, el sábado 15 de noviembre.

“Huasco”, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 19 de noviembre.

“Imperial”, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 26 de noviembre

“Cachapoal”, para Pimentel e intermedios, el sábado 29 de noviembre.

## AGENCIAS:

en Santiago, Carlos Rogers, Bandera esquina Moneda

EN PARIS

A. P. Dupont Rue Halevy 4.

EN NEW YORK

John R. Livermore Inc. 21-24 State  
Street

EN CRISTOBAL

United Fruit Company.

EN BUENOS AIRES

Expreso Villalonga, Balcerce esquina  
Moreno

COMPANIA SUD-AMERICANA DE VAPORES



# VIÑA BENITEZ

SANTIAGO

33 - Riquelme - 33

Teléfono Inglés 646



RECOMENDAMOS ESPECIALMENTE  
NUESTRO

PINOT RESERVADO

# BANCO ANGLO-SUDAMERICANO LTDO.

## VALPARAISO

---

CAPITAL AUTORIZADO . . . . .	£ 5.000,000
CAPITAL SUBSCRIPTO . . . . .	„ 4.500,000
CAPITAL PAGADO . . . . .	„ 2.250,000
FONDO DE RESERVA . . . . .	„ 1.600,000

---

CASA PRINCIPAL:

OLD BROAD STREET, LONDRES, E. C. 2

---

### SUCURSALES:

NUEVA YORK: (Agencia).—60, Wall Street.

FRANCIA: París, 16 Boulevard des Capucines y 23 Rue de la Paix.

ESPAÑA: Barcelona, Paseo de Gracia, 2; Bilbao, Estación 6; Madrid, Av. Conde Peñalver, 14, Gran Vía, Sevilla y Vigo.

CHILE: Valparaíso, Santiago, Iquique, Antofagasta, Copiapó, Coquimbo, Chillán, Concepción, Talcahuano, Punta Arenas.

ARGENTINA: Buenos Aires, Mendoza, Comodoro Rivadavia, San Rafael, Bahía Blanca, Puerto Deseado, Río Gallegos, Trelew, Rosario de Santa Fe, San Julián y Santa Cruz.

URUGUAY: Montevideo.

---

## Agentes en todas partes del Mundo

El Banco efectúa giros telegráficos y emite letras y cartas de crédito sobre corresponsales en todas partes del mundo. Se encarga de la compra y venta de valores, como también del cobro de dividendos, de la negociación y cobranza de letras de cambio, cupones, bonos sorteados y toda clase de operaciones bancarias.

Abre cuentas corrientes y recibe depósitos a la vista y a plazo, a tipos convencionales.

**T. C. HOBBS.**

GERENTE.

NOTA.—Este Banco ha instalado provisoriamente sus oficinas en la calle A. Prat Núm. 276, mientras dura la reconstrucción de su edificio propio en la misma calle.

# La Exposición DE Confacciones EN GATH & CHAVES

Armonía y Distinción son cualidades descollantes en las artísticas Confacciones importadas que Gath & Chaves está exhibiendo en su tercer piso.

Abundan en las espléndidas *toilettes* rasgos primaverales y vaporosos que algún crítico, de acuerdo con el espíritu de hoy, juzgará como de fina coquetería; pero esos tejidos ligeros, esos tules diáfanos, delicados, aéreos, y esos encajes finísimos, están combinados con arte tan exquisito, que en realidad son las más felices creaciones que interpretan la belleza primaverales de luz y flores y las que mejor satisfacen a las exigencias impuestas por la estación estival.

Adorables, maravillosas, tales son los calificativos que las distinguidas clientes por unanimidad han dado a estas Confacciones.

Esta Exposición acaba de enriquecerse con una selecta remesa recién recibida de los más célebres modistas de París.

Gath & Chaves  
Ltd.



# EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

## PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

### COMPANIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

---

---

#### Análises:

Agua higroscópica . . . . .	2.35%
Materia volátil . . . . .	39.25%
Carbón fijo . . . . .	51.40%
Cenizas . . . . .	7.00%
	<hr/>
	100.00%
	<hr/>
Azufre . . . . .	0.92%
Coke (aspecto sólido) . . . . .	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado . . . . .	7,500

---

---

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178  
Edificio Schwager, 4.o Piso**

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

---

---

**VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733**

Teléfono Inglés, número 1377



I. Traje sastre en shantung crudo con faldita lisa. Cuello y vueltas chel.—II. Traje en sarga de seda azul marino, con vestido tableado. Adornos de tren-cillas de seda; chaleco en ottoman blanco.—III. Traje de sarga marrón, cu-ya falda tableada sobre las caderas, es lisa delante y detrás; el corpiño, ce-ñido y cruzado, se cierra con gruesos botones de género; cuello y vueltas de piqué blanco.

COMPañA DE SEGUROS  
CONTRA  
INCENDIOS, RIESGOS DE MAR, ETC.

=====**LA**=====

**“INTERNACIONAL-CHILE”**

AUTORIZADA POR DECRETO SUPREMO DE SEPTIEMBRE 7 DE 1910

---

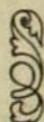
Capital Subscrito y Pagado . . . . .	\$ 1.000.000,00
Reservas hasta Junio 30-1919. . . . .	„ 2.669.485,44
Total Disponible. . . . .	„ <u>3.669.485,44</u>

---

**DIRECTORIO**

PRESIDENTE

Don Carlos Alvarez Condarco



VICE-PRESIDENTE

Don Roberto Pretot Freire

DIRECTORES

Don Carlos García L., Don Gmo. Luis Plummer, Don Enrique Middleton  
Cruz, Don Victor Prieto Valdés, Don Marcos Montt,  
Don Guillermo Condon

DIRECTOR-GERENTE: Don Roberto Barroilhet

---

Oficina Principal:

**VALPARAISO, COCHRANE 639 O BLANCO 638**

Agencias en todas las principales ciudades de la República y en  
Londres



Nunca es caro cuando es "BAU", Señora.

*¿Por qué?*



Porque la comida sale riquísima.



**FABRICANTES DE ROPA BLANCA** bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

**NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja** sobre los de cualquier otra casa, nuestras hechuras en fabricación son perfectas y lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

**AGRADECEREMOS PIDA DATOS,** muestras y precios a otras partes y los compare con los nuestros y se convencerá de la **gran ventaja** de los artículos de nuestra fabricación.



I. Traje en cachemira de seda azul marino, bordado con vuelo picado de tafilète blanco.—II. Traje de taffetas tornasol; chaleco abotonado por delante y que termina bajo el talle. Cuello de organdi.—III. Traje de velo malva rosa, orillado con cintas cereza. Tànica abierta delante.

# “LA VALPARAISO”

COMPañIA DE SEGUROS

Contra Incendios, Riesgos Marítimos, Etc.

**COCHRANE 879**

---

Capital Subscrito. . . . . \$ 2.000.000,00

Capital Pagado. . . . . „ 1.000.000,00

---

BANQUEROS

**BANCO A. EDWARDS y Cía.**

---

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente

Don JORGE ETCHEGARAY

Vice-presidente

Don RICARDO W. JAMES

CONSEJEROS

Don MAX FONTAINE

Don EDUARDO DEVES

Don FRANCISCO SAMPAIO

Don ARTURO GARCIA

Don JOSE M. RIOS ARIAS

GERENTE

Don RICARDO SWETT O.

---

Agentes por Valparaíso:

Don CARLOS MAILLARD L.

y Don NESTOR NAVARRETE CONCHA

---

AGENCIAS EN TODAS LAS PRINCIPALES CIUDADES  
DE LA REPUBLICA



**ALIMENTO  
MEYER  
ES EL MEJOR**

El Dr. GUZMAN, especialista en enfermedades de niños, nos felicita:

Dr. MARCIAL GUZMAN Z.—Consultas de 1½ a 4½ P. M.—Monjitas 345.—Teléfono 2667.—Septiembre 19 de 1916.—Tiene el agrado de felicitarle por la oportunidad de darnos un alimento que reemplaza con grandes beneficios a sus similares extranjeros y que está perfectamente indicado en los niños mayores de tres meses, y en especial en los que está contraindicada la alimentación lacteada.

(Firmado). MARCIAL GUZMAN Z.

A black and white illustration of a woman's face and hands. She has large, expressive eyes, dark lipstick, and is wearing a necklace of circular beads. Her hands are shown holding a toothbrush and a decorative, ornate tin. The background is filled with vertical hatching lines. The text 'DENTIFRICOS' and 'CAUQUELIN' is written in a stylized, decorative font across the upper right portion of the image.

DENTIFRICOS  
CAUQUELIN

AHUMADA 272

Novbre 1919

# PACIFICO

PRECIO UN PESO

## MAGAZINE



THE *J. M.* JOHNSTON & MURPHY SHOE

La Marca del  
Mayor  
Mérito



**CASA NORTE-AMERICANA. ESTADO, Núm. 246**

Agentes Generales: M. ARTIGAS y Cía. — Casilla número 2970

Enviamos a Provincias Catálogos Ilustrados

8940



### "¡Lámparas nuevas por lámparas viejas!"

Lo mismo que Aladino, Usted tiene una "lámpara maravillosa" que puede darle placeres y riquezas. Esa lámpara es su salud. Consérvela cuidadosamente y no deje que cualquier charlatán se la arrebatase como el mercader apócrifo robó la lámpara mágica a la Princesa de las "Mil y una Noches" cambiándosela por una nueva y brillante pero desprovista de toda virtud.

Actualmente hay en el mercado preparaciones que llevan el nombre de tabletas de aspirina pero que no son sino mezclas sospechosas de sustancias que pueden causar daño al organismo. Por eso cuando Ud. vaya a comprar ahora tal medicamento, sea extraordinariamente cauto. Rechace las tabletas anónimas o de marca desconocida, por que esas son "las lámparas nuevas." Quien trate de vendérselas asegurándole que son iguales a las legítimas, está atentando contra su "lámpara maravillosa." No se deje seducir por el brillo de la novedad. Busque siempre lo legítimo, lo que esté sancionado por el tiempo y por el uso, lo que realmente proteja su salud, es decir, no acepte sino **Tabletas Bayer de Aspirina.** Para identificarlas, fíjese en que cada una de ellas, lo mismo que la etiqueta y la tapa del tubo lleven la Cruz Bayer.



# CUPON

## LA MODA PARISIENSE

En vez de las faldas estrechas que daban a la mayor parte de las mujeres un perfil delgado y fino, los modistas de fama nos proponen para la próxima estación faldas amplias al nivel de las caderas, que modifican notablemente las Eneas principales de los modelos más en boga.

Para obtener este perfil emplean los modistas muy variados medios. Hay plegados de poca importancia; aconchados que arrancan de los lados de la cintura y terminan en la mitad de la falda; bolsillos más o menos huecos que se mantienen abiertos y tiesos por medio de un adorno; overneccillos de tela enlazados con las costuras laterales y agrupados de dos en dos o de tres en tres; pliegues ingeniosamente dispuestos;

volantes escalonados desde la cintura, debajo de las caderas, a derecha e izquierda de una falda cuyo delantero y espalda quedan llanos o ligeramente fruncidos; tablillas flexibles que subrayan los lienzos anterior y posterior de la falda y forman en la cintura una especie de faldoncillo; por último, lienzos más o menos altos y voluminosos que realzan la flexibilidad del satén y del tafetán, los cambiantes de luz y sombra, los reflejos del terciopelo, la transparencia del tul y de los encajes, y dan a las jóvenes gallardo aspecto.

Sobre un mismo tema han elaborado los modistas las más distintas variaciones, y jamás los modelos expuestos por los maniqués en los salones de la plaza de Vendôme, de la calle de la Paz y de la avenida de los Campos Elíseos han ofrecido tan copiosa riqueza ni tan primorosa diversidad. Por lo mismo han obtenido asombroso éxito en el ánimo de los comisionistas extranjeros que acudieron en tropel durante el mes de Agosto. Desde luego que para la industria francesa es una plausible manera de celebrar la victoria el difundir por todas partes las nuevas creaciones de la moda y la influencia de su gusto.

Los diversos medios antes enumerados

## ACIDO EN EL ESTOMAGO AGRIA EL ALIMENTO

Dice que exceso de ácido hidrocórico en el estómago es la causa más frecuente de dispepsia, indigestión y gastritis

Una autoridad bien conocida manifiesta que enfermedades del estómago, dispepsia e indigestión, son casi siempre debidas a acidez—estómago ácido—y no, como mucha gente cree, a falta de jugos digestivos. Manifiesta que un exceso de ácido hidrocórico, en el estómago retarda la digestión y principia la fermentación de los alimentos. Entonces los alimentos que comemos se agriaran en el estómago, del mismo modo que pasaría a los desperdicios en una lata, formando fluidos corrosivos y gas que irrían al estómago como un globo. Entonces sentimos esa sensación pesada y torpe en el pecho, dolor de cabeza fuerte y agudo y eructamos alimentos agrios, gas o agrura severa, ventosidad, dolor de cabeza o náusea.

Esta autoridad nos dice que dejemos a un lado los digestivos auxiliares y en lugar de ellos, que comérgamos con cualquier droguista un frasco de Magnesia Divina y después de las comidas tomar, en un cuarto de vaso de agua caliente, dos pastillas. Esto purifica el estómago, previene la formación de excesivo ácido y no habrá acedia, gas o dolor de cabeza.

Ud. encontrará que teniendo la precaución de tomar dos pastillas de Magnesia Divina después de una comida, puede comer casi todo y saborearlo sin ningún peligro de que siga dolor o molestia. Este tratamiento simple es completamente inofensivo, muy barato y fácil de tomarse, y es usado por miles de personas que ahora saborean sus comidas sin temor de indigestión.

## FORTUNA POR EL AHORRO

### BONOS DEL CANAL DE PANAMA

#### 175.º Sorteo

500,000 fr.	el Núm.	288,335
100,000 fr.	el Núm.	1,501,010
10,000 fr.	el Núm.	1,367,115
5,000 fr.	el Núm.	1,465,680

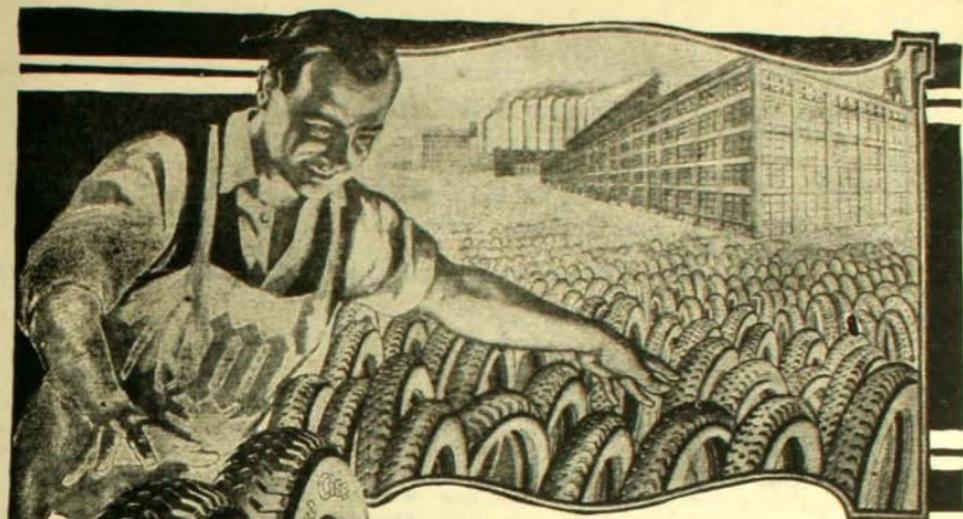
Cinco premios de 2,000 fr. números 455,978; 692,686; 961,684; 1,052,830; 1,628,021.

Cincuenta premios de 1,000 fr. números

28,667	655,169	997,314	1,257,916	1,509,844
27,393	794,139	1,018,478	1,265,336	1,570,151
35,051	809,506	1,049,030	1,266,888	1,613,331
53,469	810,218	1,101,734	1,329,227	1,690,257
73,344	819,011	1,143,359	1,404,525	1,740,562
192,289	843,356	1,145,878	1,410,055	1,743,307
244,697	934,758	1,188,478	1,411,328	1,796,362
437,974	947,423	1,198,017	1,422,367	1,834,040
592,375	972,989	1,208,060	1,440,980	1,925,200
594,382	991,868	1,209,536	1,489,495	1,971,392

Además, 325 números fueron amortizados y reembolsados cada uno con 400 fr.

Los Bonos del Canal de Panamá, en vez de divididos, reparten premios cada trimestre. No es Lotería; nadie pierde su capital: es un ahorro. Próximo sorteo el 15 de febrero; pedir prospectos. —Marcellin Maubou—Agencia Franco-Americana. Santo Domingo 969.—Casilla 1485.—Santiago de Chile.



# “Miller”

Si desea tener buen servicio y economizar, use este neumático y de seguro lo adoptará en lo sucesivo.

El neumático “Miller”, engranado al camino, evita todo patinaje y disminuye la fricción.

Tenemos en todos tamaños y modelos.

**WESSEL DUVAL y Cía.**

Huérfanos, esq. Morandé

Garage: **Catedral 1229**

**Miller**  
GEARED-TO-THE ROAD  
UNIFORM MILEAGE  
**Tires**

EL 1.º DE DICIEMBRE

SERA ENTREGADO A LA CIRCULACION

# ALMANAQUE ZIG-ZAG - 1920

Pedidos únicamente al editor: GUILLERMO BENAVIDES, Santiago, Casilla 670—previa remesa anticipada de su valor: \$ 3.00.—A Provincias: \$ 3.20.

## LA MODA PARISIENSE

de amplificar la falda no se emplean indistintamente. Unos convienen a los trajes sastre, como por ejemplo, los plegados poco voluminosos, los únicos a que se prestan las lanillas espesas y esponjosas con que dichos trajes se elaboran. Los otros están indicados para las faldas de seda flexible de los trajes de tarde, envueltos en una manta o en un abrigo elegante. Los hay también a propósito para los trajes de baile, y en general se modifican todas estas disposiciones según la estatura de la persona. Las encargadas de los obradores de modistería ponen sumo cuidado en el ajuste de las nuevas faldas, pues la más mínima exageración o el más leve error en la interpretación de un modelo convierte en ridículo y aun en grotesco lo que era de seductora novedad.

Lo cierto es que los mismos plegados y las mismas disposiciones de la tela no sientan por igual a las mujeres delgadas, necesitadas de amplitud de adornos, y a las gruesas, cuya obesidad conviene disimular.

Dentro de algunas semanas sabremos si estas tentativas obtienen todo el éxito que merecen. Algunos espíritus críticos preten-

den que las mujeres no querrán renunciar a las faldas estrechas y cortas, por lo muy cómodas, aparte de que con las restricciones a que obliga el encarecimiento de la vida, no es lógico abrumar los trajes con plegados y recogidos que invierten muchos metros de tela. Contra esto oponen los partidarios de la nueva moda que es preciso favorecer por todos los medios posibles la industria fabril, en que se ocupan millares de brazos y de donde salen las telas para elaborar los adornos.

Las faldas de tafetán, preparadas para los trajes de tarde, convites y veladas de otoño, son muy elegantes. Ya no se elaboran, como en otro tiempo, con tafetán rígido quebradizo, sino flexible como la muselina, aunque más consistente que todo otro tejido de seda.

En cuanto a colores obtienen mayor éxito el azul segundo imperio y el azul campanilla. Los tafetanes rosa, verde mar, limón y crema se emplean para los trajes de comitiva nupcial y de convite, pues sientan muy bien a las señoras jóvenes y a las señoritas.

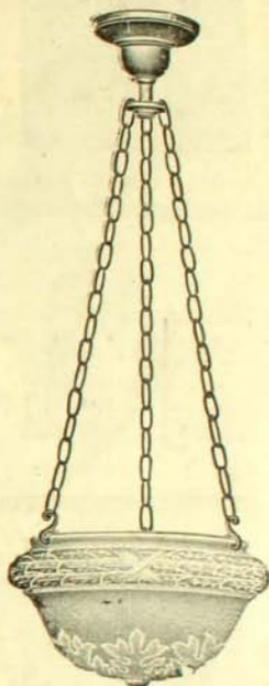
Si se quieren llevar estos atavíos en reuniones de baile, se adornan con vaporosos plegados de tul en los lados o alrededor de la falda. Unas veces son estos plegados del mismo color y matiz que el tafetán de la falda y otras veces se escoge otro color. Los tules de matices azules se armonizan agradablemente con el tafetán rosa, si se trata del traje de una señorita. En cuanto a los trajes de señoras jóvenes, el tul malva es el más indicado, aunque también se velan con tul rosa las faldas de tafetán azul o de tafetán pervinca.

En otros modelos se bordean con primorosos arrugadillos los plegados de tul, o bien se orillan con una de esas franjitas de perlas que tan juguetonamente centellean a la luz del sol. Los modistas rivalizan en combinar hermosos modelos que tienen el mayor éxito.

## REMEDIO PARA LA SORDERA CATARRAL Y LOS ZUMBIDOS DE CABEZA

Si usted sufre de sordera catarral o zumbidos de cabeza, vaya a su boticario y pídale un pomito con una onza de Parmenta (Doble Fuerza), añádale 1-5 litro de agua caliente y 116 granos de azúcar y tómese una cucharadita de las de postre cuatro veces al día.

Esto suele traer pronto alivio a los molestos zumbidos de cabeza; franquear las narices tupidas, aligerar la respiración y hacer que no sigan cayéndole las flemas que el catarro le hace gotear al fondo de la garganta. Es fácil de preparar, barato de conseguir y agradable de tomar; y en suma, digno de que todo el que tenga sordera catarral o zumbidos de cabeza haga la prueba con esta receta.



## NUESTRO DEPARTAMENTO ELECTRICO

ha recibido nuevos estilos de Lámparas Pendientes, Lámparas de Mesa, etc., tomando en cuenta la necesidad actual de alumbrado brillante pero suave y agradable.

---

# MORRISON Y CIA.

VALPARAISO

SANTIAGO

Importadores de la Ampolleta PHILIPS

# CONCURSO DE BOCAS



1



2



3



4



5



6



7



8



9



10

No son éstas una colección de bocas muy hermosas precisamente. Salvo alguna que otra excepción, son más bien feas. Los lectores nos perdonarán, pero es el caso que no hemos hallado ni más bellas, ni más finas, ni más graciosas. Tal vez en el conjunto de un rostro, se ven mejores; aisladas pierden mucho. Toda nuestra atención se concentra en ellas y se encuentran a merced del más cruel de los análisis. Algo se definen entre la espesura de los bigotes y la barba, cuando la barba y los bigotes no son también, y es lo corriente, una vegetación informe en la cual se ha ensayado inútilmente el arte retorcido del poluquero. La ironía popular suele llamar a estas bocas, "bocas de señorita".

Pero, no es éste un concurso de bellezas. Es un mero entretenimiento para aguzar el sentido de la observación. Uds. han visto estas bocas no una sino varias veces. De ellas han salido pensamientos profundos, ideas prácticas, consejos saludables, hermosas frases o enormes tonterías. Son bocas de hombres públicos.

Más de alguno de nuestros abonados podrá decir con toda razón, y nadie mejor que él lo sabrá: esta boca es mía. Pero, no es ahí donde está la gracia. Triunfará en el concurso y ganará el premio aquel que sepa decir de quien son las diez bocas que aparecen en esta página. Las guías del bigote pueden conducir fácilmente a la verdad. Desde que el Kaiser cesó de dirigir la moda, ellas se han dispersado en distintas direcciones, e imprimen carácter. Dejamos señalado el camino.

Las condiciones del concurso son las mismas de concursos anteriores: se corta el cupón que aparece en la página 2 y se acompaña a la solución; ésta deberá llevar numerados los nombres de los sindicados como dueños de cada boca. Se darán dos premios de cien pesos a las dos soluciones que lleguen primero a la Empresa "Zig-Zag" (Teatinos 666).

Nos complacemos en anunciar a los amantes de la belleza que el próximo concurso será realmente de bocas de señoritas.



**El Aceite BAU**

**SIEMPRE ES EL PRIMERO**

**INSUPERABLE**



# SUMARIO

Págs.

UN GRAN ARTISTA RUSO . . . . .	Mariano Latorre	467
LA MARSELLERA . . . . .	Leonidas Andreief	469
EL HOSPITAL ANGLO-CHILENO EN LONDRES . . . . .		472
UNA AUDIENCIA PRIVADA CON EL PAPA . . . . .	M. A. X.	475
L'AFFAIRE ALESSANDRI-TAINE-LAZCANO-LAMBALLE ROLAND . . . . .	H. Tartarín	478
MASCARILLAS . . . . .	Juan de Armaza	481
LA TRAGEDIA BOLCHEVIK . . . . .		483
TODOS LOS SPORTS . . . . .		489
EL SALON OFICIAL DE 1919 . . . . .	N. Yáñez Silva	491
EL CONVENTO MAXIMO DE SAN FRANCISCO . . . . .	H. D. A.	499
VIDA SOCIAL . . . . .		509
EL BICENTENARIO DE ROBINSON CRUSOE, Henri Malo		511
OBSESION . . . . .	Jorge Hübner Bezanilla	520
TEATRO Y MUSICA . . . . .	S.	521
LAS NOCHES DEL HAMPTON CLUB Monezy-eon y Armont		523
CUENTISTAS CHILENOS . . . . .	Guillermo Rojas Carrasco	541
VIDA LITERARIA . . . . .	Victor Silva Yoacham	558
EL ARTE EN EL HOGAR . . . . .	Esilda	561
LA CASA QUE DUERME (Conclusión) . . . . .	Camilo Lemonnier	565

UN GRAN ARTISTA RUSO

LEONIDAS ANDREIEF

Por MARIANO LATORRE

**A**NDREIEF se aleja de la política en 1898. El partido de los mesheviki, contrario al de los bolsheviki. Decadencia de la novela

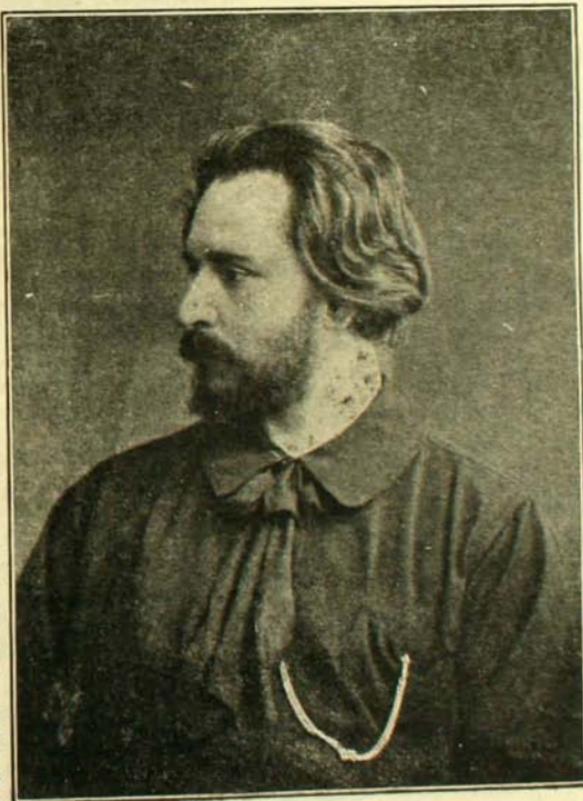
durante el maximalismo. El teatro es el género que persiste. Dificiles comienzos de Andreieff. La influencia de Foe y de Dostoyesky en su manera literaria. "La risa roja" y El torbellino. Un psicólogo del misterio.

El último libro de Leónidas Andréief que se tradujo al francés, a fines de 1915: "Diario de un hombrecito en los grandes días", una pintura emocionante del estado moral y económico de San Petersburgo, a raíz de la derrota de los Cárpatos, es un curioso docu-

mento para el estudio de la evolución de las ideas de este revolucionario, amigo de Máximo Gorki y, condenado también como él, por

delitos políticos, en la época anterior al maximalismo.

Su burgués, un empleado del gobierno imperial, se encuentra cesante. El Estado lo echa a la calle, porque no puede pagarle su sueldo; y el hombre, sin darse cuenta de su desgracia, sólo se apena, porque, al llegar a su casa no podrá comprarle el pastelillo que le lleva a su hijo menor todas las tardes. A través de cerebro rutinario del pobre empleado cesante "los grandes días" se anuncian, la



Leonidas Andreieff.

la revolución levanta su roja tea destructora; pero el escritor que no hacía mucho había conspirado contra el czarismo, abandona la arena y se retira a su quinta de erioki, en Finlandia. Se aleja de San Petersburgo, ya que los bolsheviki, ansiosos de reconstruir el mundo sin pérdida de tiempo, arrollan con el partido de los mensheviki, opuesto a los métodos violentos; y cuyas ideas se desarrollaron en el periódico "Névaya Zhiza" (Nueva Vida). Habían llegado ya los días aciagos de las letras rusas, según la expresión del periodista yanqui Oliverio Saylor, que estuvo en Rusia en 1918. Los escritores han debido callarse o guardar sus manuscritos esperando que el restablecimiento del orden los provea de nuevo del papel necesario para imprimir sus libros. Sólo los poetas han logrado conseguir de cuando en cuando una tira de papel que les permitiese publicar versos. Ese papel, según Saylor, no bastaría para imprimir un sólo capítulo de novela. El teatro, sin embargo, persiste con alguna actividad, la única actividad artística de la revolución. Y tanto Gorki como Andreieff y el mismo Artzibachef, el autor de "Sanine", figuraban en los repertorios de las compañías rusas de Petrogrado y de Moscov, a fines de 1918.

## 41

Leonidas Andreieff ha muerto relativamente joven, pues nació en 1871. Su juventud fué difícil, desesperante, en tal forma que, a principios de 1894, según cuenta él mismo, intentó suicidarse disparándose un balazo, sin resultados apreciables. Fué castigado con una penitencia religiosa que me impuso la autoridad y con una enfermedad al corazón poco peligrosa, aunque tenaz (Según detalles de un artículo del "Mercure de France" que tengo a la vista, de este mal poco peligroso, aunque tenaz, ha muerto el ilustre autor de "La risa roja" y de "Los siete ahorcados").

Durante este período, continúa Andreieff, tenté dos o tres ensayos literarios infructuosamente y me dedicaba ya con éxito a la pintura a la que me había aficionado desde niño; hice retratos de encargo, a cinco y diez rublos..."

De esta época data la publicación de "El torbellino" (Le gouffre) que desarrolla una tesis casi imaginaria sobre la persistencia de ciertos instintos viles aún en las almas más puras y más inocentes. El nombre del novelista llegó de golpe a la celebridad y su prestigio fué creciendo hasta considerársele como el más genuino sucesor del arte psicológico de Dostoyesky.

La novela anterior suscitó polémicas ruidosas en que los críticos profesionales acusaron al escritor de pintar con viva complacencia escenas sombrías y bajas que habían de pervertir la orientación moral de la juventud.

Lo que constituye el talento literario de Andreieff es una sensibilidad aguda y una audacia agresiva en la descripción de los aspectos negativos de la realidad, de las melancolías y tormentos de la existencia. Como se refiere, por sistema, a las líneas generales del sufrimiento, más que a un tipo definido de hombre desgraciado, sus héroes son frecuentemente encarnaciones o símbolos. Este carácter abstracto se ve ya en los títulos mismos de sus novelas: El silencio, La mentira, La risa roja, El extranjero, En la obscura lejanía... etc. La sensibilidad morbosa de Edgardo Poe, ha influido, a no dudarlo, en el autor eslavo con el cual tiene de común su predilección por la soledad, el silencio y la muerte. Pero Andreieff rompe muy pocas veces con los lazos que lo unen a la realidad. Y este realismo, este amor apasionado por lo humano, son la fuerza y la verdad de sus concepciones. Como dice agudamente su traductor francés, señor S. Persky, el campo de observación del escritor ruso es el misterio mismo de la existencia.

La angustia de este misterio que se hace insoportable, obsesiona el alma demasiado conciente que desea lo imposible con frecuencia o que ve con pavor nacer en ella instintos que le repugnan y que, sin embargo, son suyos. Este lado trágico de la vida es el que ha encontrado en Andreieff un pintor, un poeta y un psicólogo, de escrutador escalpelo."

La Marsellesa, que se publica traducida por primera vez al castellano, en el presente número del "Pacífico", es una página emocionante que caracteriza la manera y la ideología del gran artista ruso.



Cuando me haya muerto, cantad "La Marsellesa" en mi tumba.

## LA MARSELLESA

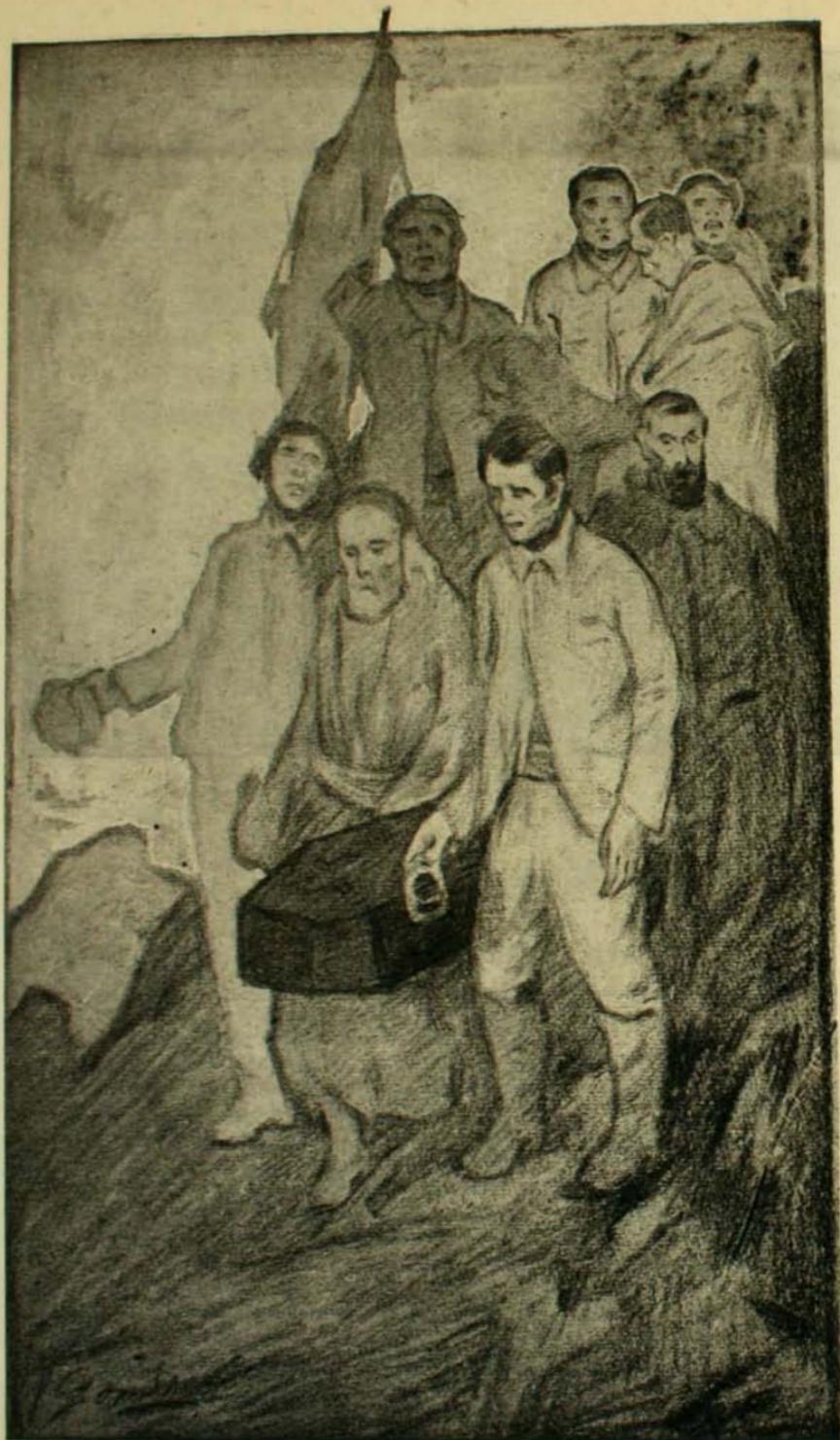
(Traducido para "Pacífico")

Por LEONIDAS ANDREIEF

Era una nulidad. Tenía un corazón de liebre y la paciencia pesada y desesperante de una bestia de carga. Cuando el azar, malvado e irónico, lo arrojó en nuestras filas, en el destierro de la prisión, nos reímos como locos, tan estúpido y ridículo nos pareció el error. El, naturalmente, lo lloraba. En mi vida he encontrado un hombre que tuviese una tal reserva de lágrimas y que las derramase con mayor facilidad, por la boca, los ojos y la nariz. Se parecía a una esponja llena de agua y estrujada constantemente. He visto, entre nosotros, hombres que lloraban, pero sus lágrimas eran de fuego y hacían huir a sus verdugos. Estas lágrimas viriles envejecían los rostros y llenaban los ojos de brillo juvenil; como la lava que se escapa del corazón ardiente de la tierra, dejaban huellas imborrables que envolvían mezquinos deseos y vulgares aspiraciones. Pero cuando ese hombre lloraba, su nariz se volvía roja y se mojaba su minúsculo pañuelo; seguramente, debía secarlos luego sobre un cordelito, porque ¿de dónde sacaba el puñado de pañuelos que le eran necesarios?

Todos los días se dirigía a las autoridades, a todas las autoridades a las cuales podía dirigirse. Hacía grandes saludos, lagrimeaba, juraba que era inocente, suplicaba, para que se compadeciesen de su juventud, prometía no volver a abrir la boca en su vida sino para bendecir a sus benefactores. Las autoridades se burlaban de él como nosotros, llamándolo "pobre diablo", y le gritaban: —Eh, ¡tú, ven!

Acudía sumisamente al llamado. Cada vez



Nosotros cantamos "La Marsellesa".

esperaba oír una buena noticia, el permiso para volver al país, sin duda; pero los jefes se burlaban de él. Sabían tan bien como nosotros que era inocente, pero creían asustar con este castigo a otros pobres diablos. ¡Cómo si ya no fuesen suficientemente cobardes por naturaleza!

Se nos acercaba, a veces, confidencialmente, impulsado por el miedo animal a la soledad; pero nuestros rostros se cerraban y se hacían crueles. Desconcertado, nos llamaba "queridos camaradas y amigos", y nosotros movíamos la cabeza, diciendo.

—Cuidado. ¡Te pueden oír!

Y, furtivamente, lanzaba una mirada de soslayo hacia la puerta.

¿Cómo era posible permanecer serio al mirarlo? Y nosotros reíamos, con grandes carcajadas. Entonces él, envaletonado, consolado, se sentaba más cerca de nosotros y hablaba gimiendo de sus libros favoritos, que habían quedado sobre su mesa, de su madre, de sus hermanitos, de los cuales no sabía si aún vivían o si se habían muerto de angustia.

En seguida, lo rechazábamos.

Cuando nos propusimos rehusar toda alimentación se apoderó de él un pavor indeciblemente cómico. Le gustaba mucho comer al pobre diablo y tenía tanto miedo a las autoridades como a sus queridos camaradas, a las víctimas como a los verdugos. Andorreaba entre nosotros y se enjugaba sin cesar el sudor de la frente.

Me preguntó inquieto, tembloroso:

—¿Ud. resiste mucho sin comer?

—Sí, mucho, respondí con crueldad.

—¿Y no coméis nada a escondidas?

—Mamita nos enviará pastelillos, dije seriamente.

Me miró, incrédulo, movió la cabeza y se fué suspirando. Al día siguiente, verde de miedo por lo que iba a decir, anunció:

—Queridos compañeros: ¡Quiero ayunar con vosotros!

La respuesta general fué:

—¡Ayuna tú solo!

Y ayunó, en efecto. No le creíamos, sin embargo; pensamos que él comía a hurtadillas; la misma idea tenían los carceleros. Y, cuando al finalizar nuestra resistencia, le dió la fiebre tifoidea, alzamos simplemente los hombros: ¡pobre diablo! Pero uno de nos-

otros, el que no reía nunca, dijo con tono sombrío:

—Es un camarada. Vamos donde él.

Deliraba, y sus sueños incoherentes eran tan lamentables como en su vida. Hablaba, como la víspera, de sus pequeños libros preferidos, de su madre, de sus hermanos. Pedía pastelillos, frios como el hielo, sabrosos pastelillos, y juraba que era inocente, suplicaba que le perdonaran. Llamaba a su patria, la desgraciada Rusia, llamaba a la querida Francia, cuyos hijos pagaron con su sangre la Revolución y la libertad. ¡Oh maldito sea el corazón débil del hombre! ¡Este grito de "querida Francia" nos destrozaba el alma!

Todos estábamos en la enfermería cuando murió. La lucidez vino, antes de la agonía; allí estaba, insignificante, miserable, rodeado de sus camaradas.

Entonces nos dijo:

—¡Cuando me haya muerto, cantad la "Marsellesa" en mi tumba!

No pudimos retener una exclamación. Temblábamos de alegría y de nacientes cóleras:

—¿Qué dices?

Repetió:

—¡Cuando me haya muerto, cantad la "Marsellesa" en mi tumba!

Por primera vez sus ojos estaban secos; nosotros llorábamos sin excepción; nuestras lágrimas quemaban como fuego cuyo calor amedrenta.

Murió, y nosotros cantamos la "Marsellesa". Nuestras voces jóvenes y poderosas entonaron el canto majestuoso de la libertad, acompañadas del rumor del océano, que llevaba en la cimera de las olas, hacia la querida Francia, el pálido terror y la esperanza color de sangre.

Fué nuestro símbolo, la imagen de esta nulidad con cuerpo de liebre y corazón de hombre.

De rodillas delante del héroe, camaradas y amigos!

Cantamos. Los fusiles nos vigilaban, sus seguros rechinaban amenazantes; las puntas aceradas de las bayonetas se tendían hacia nuestros corazones. El cántico terrible resonó cada vez más poderoso y alegre. Llevado por las manos amigas de los luchadores, el ataúd negro descendió lentamente.

¡Nosotros cantamos la "Marsellesa"!

# EL HOSPITAL ANGLO-CHILENO EN LONDRES

**L**OS reducidos grupos de chilenos que quedaron en Europa durante la guerra, dieron gallarda muestra de la generosidad y espíritu humanitario que han sido siempre distintivos de nuestra raza. En París funcionó desde los primeros momentos un Hospital Franco Chileno y el Hospital Anglo-Chileno de Londres llegó a ser en el corto tiempo de su existencia un modelo en su género.

El Hospital de Londres, del cual da-



Fachada del Hospital Anglo-Chileno de Londres.

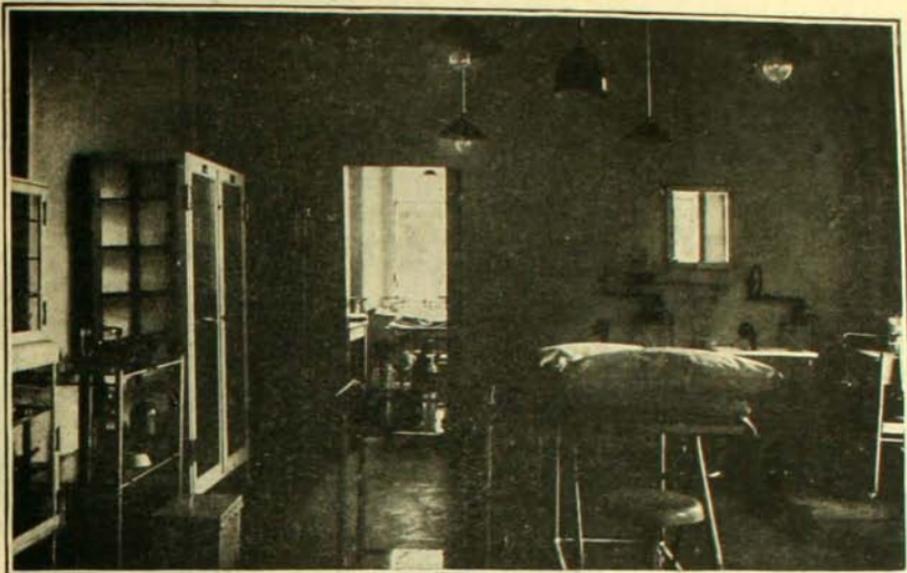


Rincón de una de las salas del Hospital Anglo-Chileno de Londres.

mos algunas interesantes fotografías, fué obra de la iniciativa del Ministro de Chile en Londres, don Agustín Edwards, secundado con decidido entusiasmo por un grupo de compatriotas y de caballeros británicos antiguos residentes en nuestro país.



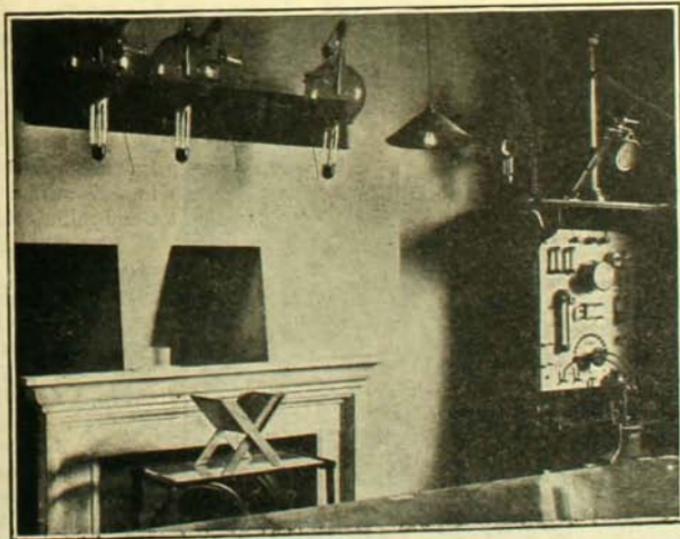
Tratamientos eléctricos.



Teatro de cirugía.

sear, significó para la señora Olga Budge de Edwards, nombrada por el Comité "Comandante" del Hospital, una labor ardua, en que su inteligencia, su facultad organizadora, su abnegación y su buen gusto rea-

lizaron milagros. El pequeño grupo de damas chilenas y anglo-chilenas que trabajaban con ella reconocían que esta vez el adagio inglés podía aplicarse, diciendo que era "the right woman in the right place".



Radiografía.

El Hospital tenía el carácter de una casa o club elegante. Destinado exclusivamente a oficiales aviadores, sus salas recibieron más de una vez a algunos de los "ases" de la aviación británica, gloriosos muchachos que hallaban ahí un verdadero hogar. Bajo la bandera de Chile se restableció de sus numerosas heridas el célebre Mayor Barker, el heroico aviador canadiense que se batió, en un combate único en la guerra, contra seis aeroplanos alemanes.

Las autoridades de

la aviación escogían siempre casos especialmente interesantes para enviarlos al Hospital Chileno, porque sabían que la instalación era de primer orden y el personal de cirujanos,—todos los cuales prestaban servicios gratuitos,—acaso el más notable que había podido reunir hospital alguno en la metrópoli.

Entre las señoras y señoritas chilenas y anglo-chilenas que prestaron servicios en el Hospital recordamos a las siguientes: Rose-Innes, Bittencourt, Burns, Wilson de Merino, Pastor de Silva, Bouchier, La-



Oficinas de Administración. En el fondo Mr. J. Gregory Jones, tesorero honorario.



Los jardines de Grosvenor Square desde las ventanas del Hospital Anglo-Chileno.

dy Mc. Clelland, Price de Balfour, Waddington de Marshall, Palma de Echeverría, Palma de Domville, Edwards de Gandarillas, Ross de Plummer, Harrington.

Sería injusticia no recordar los nombres de tres caballeros anglo-chilenos tan vinculados a nuestro país: los dos Trustees o fidei-comisarios, Sir Peter Mc. Clelland y Mr. Kenneth Mathieson, y Mr. J. Gregory Jones.

# Una audien- cia privada con el Papa



—¿.....?

—Naturalmente; pero, durante mi viaje, la impresión más emocionante que recibí fué, sin duda, la visita que hice a Su Santidad, quien tuvo la bondad de recibirme en audiencia privada, en su Biblioteca particular, imponente y austera sala.

—¿Cómo es el Papa?, ¿Puede Ud., señor Silva Cortés, darnos algunos rasgos particulares de tan distinguida persona?

—Su Santidad Benedicto XV tiene aspecto personal de juventud, parece hombre sano y robusto, a pesar de que su constitución es delgada; de extraordinaria inteligencia y una memoria privilegiada. Su figura es simpática; sus maneras y modales de mucha finura y distinción; es hijo de antigua aristocracia italiana, ya que posee un título de nobleza. Admiración produce la personalidad



# Hablando con don Romualdo Silva C.



intelectual del Sumo Pontífice, se interesa, a pesar de sus gravísimas preocupaciones, por todo y todos, aún por las naciones geográficamente más alejadas de los centros europeos.

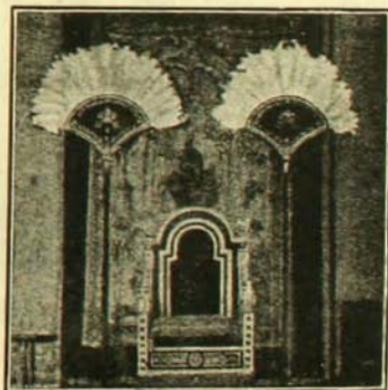
En el curso de la audiencia que me concedió, Su Santidad me hizo muchas preguntas que demostraron su interés por nuestra patria. Hablamos del sistema de formación de las leyes en Chile, de las reformas constitucionales, de las reglas de la personalidad jurídica, de derecho público y de derecho privado. También hablamos de la legislación sobre constitución de la familia y aún de la reforma legislativa pendiente sobre instrucción primaria obligatoria.

Me preguntó sobre nuestro estado político, social e industrial, manifestando mucha simpatía hacia Chile.

Aludió también a las huelgas revoluciona-



Sr. Romualdo Silva Cortés.



“Las dos abejas”, al lado de la silla gestatoria del Papa. Abanicos que son emblema de soberanía.

rias que en enero del presente año ocurrieron en la República Argentina, interesándose por conocer mi opinión sobre sus caracteres moral y económico.

El actual Papa, Su Santidad Benedito XV, ha gobernado la Iglesia en la época más difícil de la historia moderna. Elegido en los primeros tiempos de la gran guerra, pudo sostener el peso enorme de la más complicada situación.

Su acción pacificadora, de imparcialidad y de caridad, es reconocida en Europa y Amé-

rica por todos los que conocen la verdad de lo que aconteció durante la guerra y que tuvieron relaciones directas o indirectas con el Vaticano.

—Y después, ¿durante las negociaciones del Tratado de Paz, su labor habrá sido grande?

—Indudablemente, inmensa. Como es sabido, durante la época de trascendentales discusiones de los negociadores de la paz de Versalles, hubo muchas y complicadas cuestiones que se relacionaban con la Santa Se-

de; y es admirable su actuación justiciera en defensa de los modestos.

—¿Conoció Ud. a otros Papas?

—Yo conocí también a Sus Santidades León XIII y Pío X. El primero era muy anciano, de más de 90 años, cuando lo ví y oí en una gran fiesta religiosa en el Vaticano, en febrero del año 1902. Profunda impresión de respeto y veneración producía la contemplación del ilustre Pontífice; y, naturalmente, era muy difícil obtener en aquella época audiencias privadas.

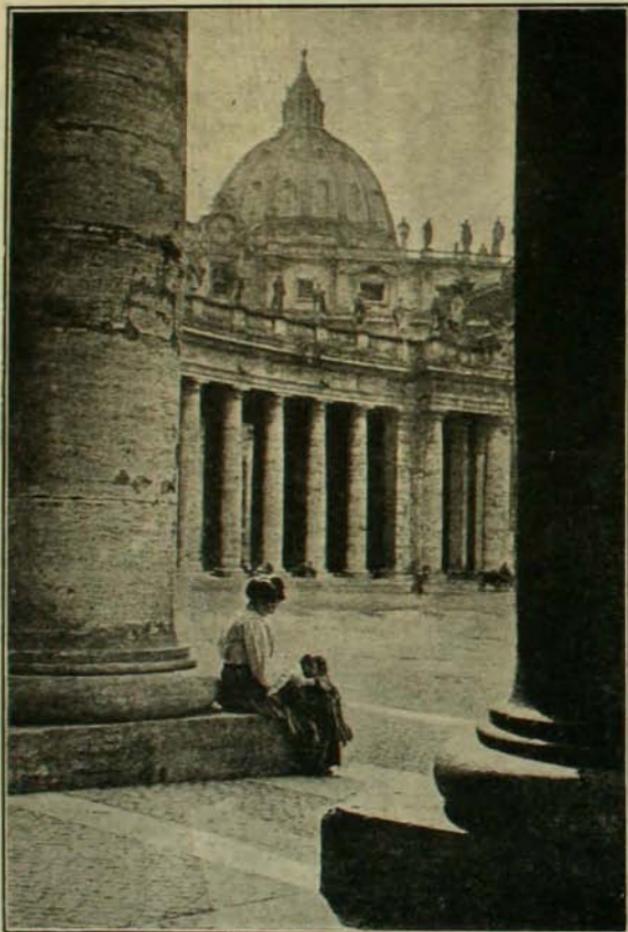
—¿Cuál fué, a su juicio, la acción predominante de estos soberanos?

—León XIII era un gran político, gran diplomático, eminente literato y el primer sociólogo de su época.

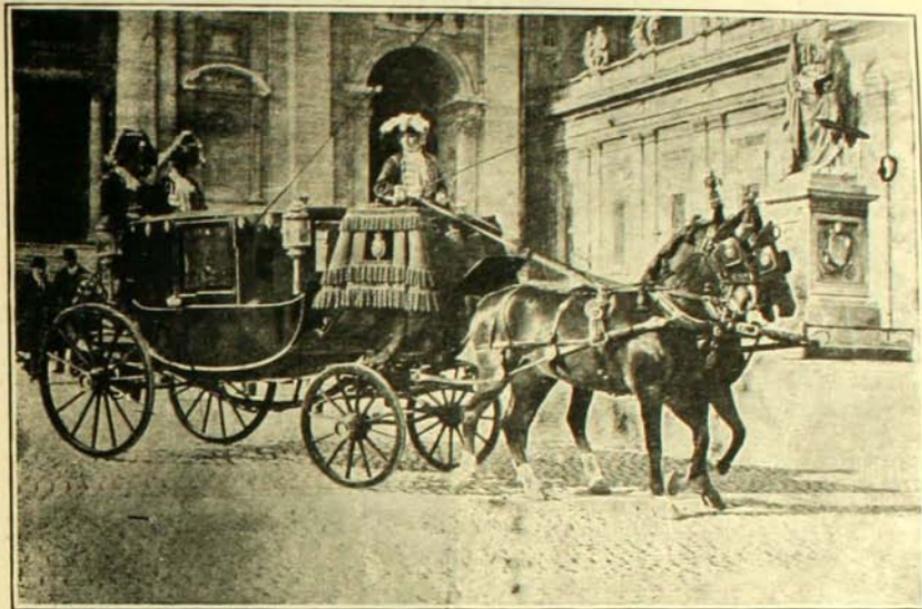
Pío X era un Pontífice cuya acción característica y sobresaliente fué de orden eclesiástico y confesional, de inmensa caridad y a la vez de severidad.

—¿Es difícil obtener audiencia de los Pontífices?

—Como le decía, anteriormente, era muy difícil obtenerlas de S. S. León XIII, debido a su avanzada edad.



Rotonda de San Pedro, mirada desde un costado del Pabellón.



Carroza de gala que se usa en el Vaticano para recibir a las Embajadas.

El segundo otorgaba tales audiencias con facilidad y benevolencia. Yo lo vi tres veces, dos en audiencias privadas. Era admirable su modestia y sencillez.

—¿Y el idioma oficial que se usa en el Vaticano para estas entrevistas?

—Yo sólo sé que León XIII hablaba generalmente en francés con los que no eran italianos. Pío X hablaba con todos sus visitantes en italiano.

—¿Y el actual Pontífice?

—S. S. Benedicto es un políglota eminente; posee el castellano y lo domina con entera corrección.

En suma, una entrevista con el Sumo Pontífice, en audiencia privada, es uno de los actos en la vida cuyo recuerdo perdura eternamente.

M. A. X.



# L'affaire Alessandri-Taine-Lazcano-Lambaille-Roland

Por H. TARTARIN

Hablaba en días pasados el honorable senador don Arturo Alessandri acerca del movimiento liberal-unionista, y culpaba a sus promotores de conducir al caos, al desorden, el gobierno del país. E indignaba al honorable senador que ello se hiciera en nombre del orden.

Pero, en ese instante, en la mente del gran improvisador que es el señor Alessandri, se hizo una rápida asociación de ideas. Hay una frase célebre—se dijo—una frase muy conocida y muy repetida, que es una paradoja semejante a la que pretenden cometer los unionistas. Si hago de ella una parodia, habré dicho algo de cierto efecto, les burlaré de una manera clara y elegante: “¡Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!”, podía transformarse oportunamente diciendo: ¡En nombre del orden, cuántos desórdenes se cometen!

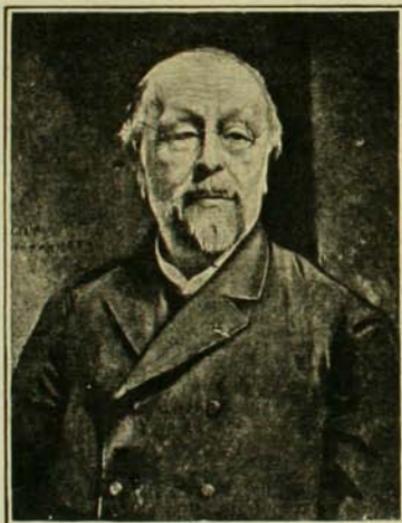
No estaba mal buscado el efecto. Pero, ¿por qué el señor Alessandri asoció inconsciente-

mente el nombre de Taine a la consabida frase? Las ideas de libertad y de crimen conducen a pensar en la Revolución Francesa; la revolución nos lleva hacia Taine, su más grande historiador. Y en la velocidad con que razona un orador, no hay manera de rectificar ideas. De aquí el formidable yerro del honorable senador.

Ahora, mirado el caso con tranquilidad, se ve que el fuego que emana de esa exclamación no permite atribuirlo a Hipólito Taine, tan frío, preciso, razonador. Tampoco lo permite la fecha en que fué escrita la historia



Sr. don Arturo Alessandri.



Mr. Hippolyte Taine.

de la Revolución: ¡casi un siglo más tarde!; y por un hombre nacido treinta y tantos años después de aquellos acontecimientos.

Esa exclamación había sido lanzada en plena revolución, en el hervor de las pasiones, y por una víctima de ella.

Esto pensó, sin duda, el honorable senador don Fernando Lazcano, cuando, al comenzar su discurso de réplica, rectificó al señor Ales-

wandri diciendo: "No fué Taine, honorable senador, quien dijo eso, sino la princesa de Lamballe."

Desgraciadamente, el señor Lazcano se acercaba solamente a la verdad. Mejoraba las fechas y devolvía al sexo femenino la gloria de una frase célebre.

María-Teresa-Luís de Savoie-Carignan, princesa de Lamballe, nació en Turín el 8 de septiembre de 1749, y murió asesinada por la



Señor don Fernando Lazcano.



Marie-Thérèse-Louise de Savoie-Carignan,  
princesa de Lamballe.

pueblo fué, simplemente, su amistad con María Antonietá; era Superintendente de la reina y pasó por ser el alma de todas las intrigas reales. Cuando fué llevada al Tribunal se desvaneció, según su costumbre, y no pronunció una sola palabra. Por su carácter y por la manera imprevista y horrorosa como murió, diríase lynchada, no pudo decir la frase que le atribuye el honorable señor Lazcano.

Fuó otra mujer muy diferente y se verá en qué circunstancias, la que lanzó esa burla a sus enemigos. Fué una intelectual, una luchadora, una mujer fuerte como un hombre.

Juana-María-Philipon Roland de la Platrière había nacido en París el 17 de marzo de 1754. Casada con Roland de la Platrière, un buen hombre, firme, austero, dedicado al trabajo, escritor sin imaginación y sin educación literaria, fué ella quien labró la carrera política de su marido, a ella debió el que los girondinos le hiciesen Ministro. Madame Roland colaboró en los libros de su esposo y publicó diversos artículos en los diarios: se cuenta que, con la relación que ella hizo de la fiesta de la Federación Lionesa, el "Correo de Lyon" logró vender 60.000 ejemplares. En París, su salón del Hotel Británico fué durante siete meses un hogar de ideas democráticas y republicanas. "Fué girondina hasta la muerte"—ha dicho un bió-

plebe en la calle Roi-de-Sicile, en París, el 3 de septiembre de 1793. "Se la ha presentado siempre, dice un escritor, como una belleza perfecta, pero su retrato, que figura en el Museo de Versalles, permite comparar la realidad a la leyenda que su fin trágico ha suscitado. Era pequeña, graciosa, de rasgos finos, su tez de una blancura admirable y sus cabellos rubios." Según Mme. de Genlis, sus manos carecían de aristocracia, su carácter era dulce e ingenuo, tenía poca ilustración y su espíritu era benévolo. Participaba siempre de la opinión de los demás y alardeaba de algunas pequeñas ridiculeces a la moda: se desvanecía con el olor de un ramo de flores o a la vista de algún animalito. La princesa de Lamballe no era mujer que manejara ideas sobre la revolución: lo que la hizo odiosa al

grafo. Cuando la Comuna ordenó el arresto de ambos, marido y mujer, aquél logró fugarse. Madame Roland fué condenada a la guillotina. Su última amiga, Sophie Grandchamp, la vió en la carreta, cerca del Puente Nuevo, "fresca, tranquila, sonriente". Al verdugo, que se disponía a atarle las manos, le dijo: "Perdón, no tengo costumbre". Delante de

la estatua de la Libertad, en la plaza de la Revolución, y antes de subir a la guillotina, exclamó: "O liberté, comme on t'a jouée". Después se dió una versión más noble, la que provocó el incidente del Senado y es motivo de este pequeño artículo: "que de crimes on commet en ton nom". (8 de noviembre de 1793).



Mme. Jeanne-Marie-Philipsen Roland de la Platrière.

# MASCARILLAS

IV

DON PAULINO

Es él; en su errante destino, el arcaico hidalgo anguloso que el Greco dejó perdido en el mundo

Puntiagudo el rostro, puntiaguda la barba, lleva flotando al viento las puntiagudas alas del chaqué.

Y hay en el cuerpo flexible, de una a la otra distante extremidad, el repentino serpear de una llama que, al ascender, prolonga su perfil.

La amenidad de sus sobrios ademanes dibuja en el aire líneas prolijas y su voz esterlina deja el eco de sutiles cumplidos, cuando el chambergo se rinde en la curva generosa de un saludo.

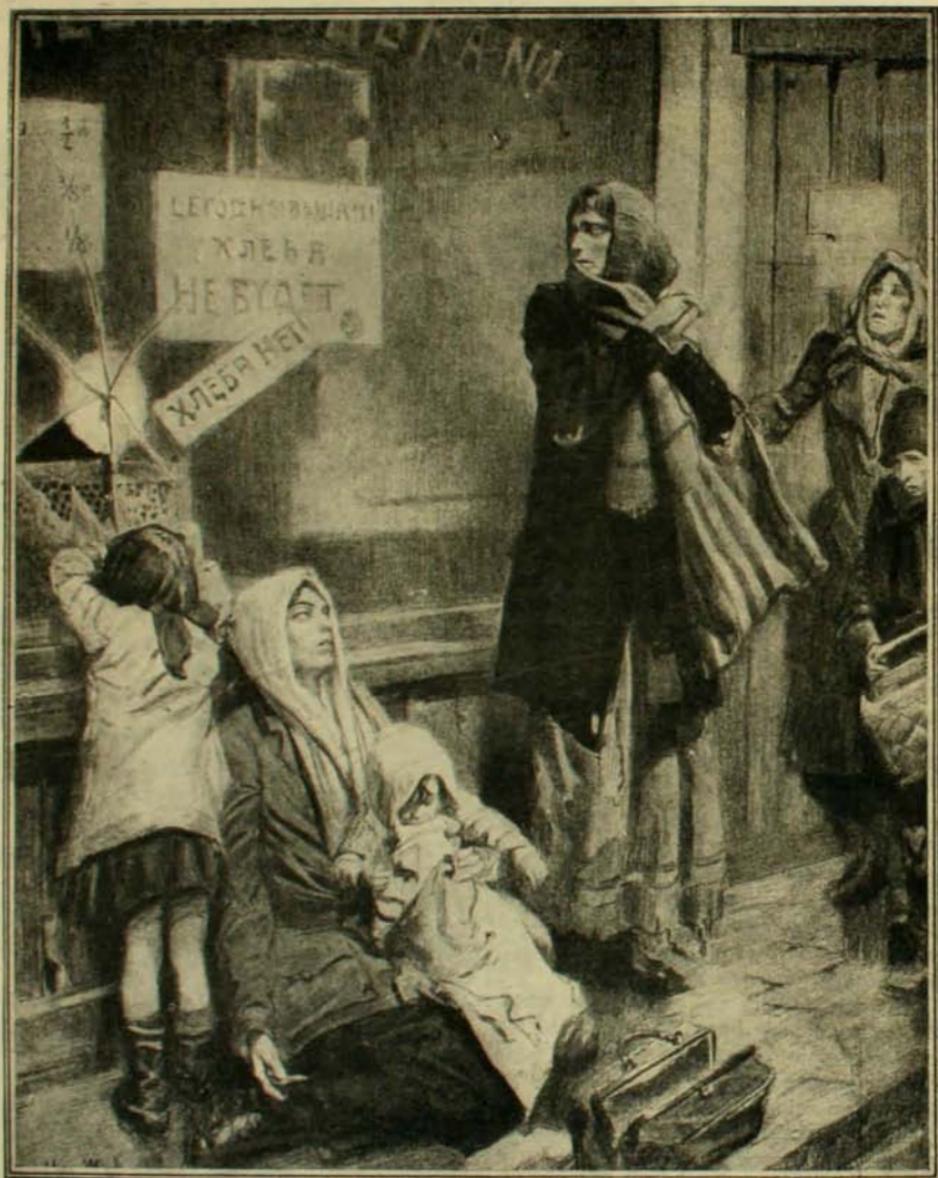
El piadoso cristal de belleza que protege sus ojos le enciende en perpetua iluminación, y borra o desfigura cuanto le fuera ingrato.

Viene de los siglos medios, salió de la España austera cuando las letras florecían, pasó por Roma y Florencia en extática adoración de mármoles y de dioses redivivos, y ha de vagar por el mundo mientras no encuentre el hueco de la tela de donde un día, para propio tormento, se escapó.



M. VEGA

JUAN DE ALMARZA



Bajo el régimen volchevick.

# La tragedia Bolchevik

## La verdad de lo que pasa en Rusia

Muchos libros se han escrito sobre el bolchevismo, en favor del bolchevismo, contra el bolchevismo. En todos ellos hay algo de pasión y algo de verdad. Con la mayor imparcialidad posible, hemos tratado de resumir en las páginas siguientes lo que todas esas obras contienen de datos precisos.

“¡Tened cuidado con el oso moscovita!”, decía en otro tiempo M. Thiers, suponiendo lo que podía pesar sobre los destinos del mundo un pueblo de 170 millones de habitantes, pueblo joven y capaz de organizarse bajo una ruda disciplina. Hoy la fórmula ha cambiado de sentido. Ya no es la imagen de un guerrero joven y vigoroso ávido de conquistas, ni la de un trabajador robusto, de mirada inteligente y brazos poderosos, dispuesto a realizar una labor de gigante, las que surgen en nuestra imaginación, sino que delante de nuestros ojos, real, enorme y espantosa, aparece la imagen de un monstruo con las fauces ensangrentadas y que rugie y se revuelve en un inmenso campo de matanza y de ruina aacechando a lo lejos las nuevas presas. De igual manera que en la Edad Media los pueblos consternados seguían el curso de los grandes azotes como la peste y el cólera, las naciones civilizadas siguen hoy la marcha de la nueva epidemia que consume a Rusia: el bolchevikismo.

La palabra “azote” no es demasiado fuerte para calificar el régimen de corrupción, de disolución nacional y social que está instalado en Rusia con el apoyo de Alemania y que después se ha mantenido por el terror más sangriento que la historia del mundo registrara jamás. Es pronto, sin duda, para establecer el balance financiero, económico y moral del bolchevikismo. Pero desde luego puede darse una idea de la ruina total que está causando en Rusia.

Para medir su extensión es necesario recordar lo que era Rusia antes de la guerra.

El imperio de los Zares, sólo en su parte europea con sus 5.485.000 kilómetros cuadrados de superficie, poseía, en explotación naciente, los más ricos recursos agrícolas, industriales y mineros del mundo. Su red ferroviaria era insuficiente, pero tenía algunas

de las más importantes rutas fluviales de Europa y su flota de río alcanzaba la cifra de 3.600 vapores y 25.000 veleros, representando en su conjunto un tonelaje superior a toda la flota de comercio de la Gran Bretaña. Aunque la explotación de los bosques no era seguida metódicamente, la superficie no era menor de 2.225.700 kilómetros cuadrados. La agricultura, rama esencial del trabajo nacional, daba cada año 73.471.645 toneladas de cereales que se descomponían en 19.365.546 toneladas de trigo, 22.280.815 toneladas de centeno y 15.497.458 de avena. La industria azucarera proporcionaba 1.401.497 toneladas de azúcar. La industria propiamente dicha no comprendía menos de 39.887 fábricas, empleando 2.660.000 obreros y realizando anualmente una cifra de negocios media de 4.884 millones de rublos. Se extraían todos los años de sus minas: 28.194.635 toneladas de hulla; 3.463.000 toneladas de hierro y 12.800.000 toneladas de nafta. La producción aurífera de Rusia alcanzaba al 8 por 100 de la producción mundial. El comercio de importación llegaba a una cifra media de 2.850 millones de francos y el de exportación 4.300 millones de la misma moneda. Cada año estas cifras, que son las de 1913, hubieran ido progresando y por eso puede afirmarse que estaba reservado a Rusia un soberbio porvenir si hubiera triunfado al lado de la Entente.

El bolchevikismo, haciendo retroceder a Rusia a la barbarie primitiva, no sólo ha arruinado estas hermosas esperanzas, sino que ha destruido casi totalmente el comercio y la industria de antes de la guerra y ha hecho imposible toda explotación normal de los recursos ordinarios del país. No teniendo ninguna experiencia ni de la política, ni de los asuntos, ni del gobierno, los revolucionarios rusos creen cándidamente en la bondad nativa del hombre y en el milagro de las re-

voluciones. Para ellos es suficiente instituir un gobierno revolucionario en el lugar de un gobierno "burgués" para que el pueblo más oscuro y más atrasado de Europa (hay un 95 por 100 de analfabetos) se ponga a la cabeza de la civilización y diete el nuevo mapa al Universo. Creen en el buen sentido de las masas y en su profunda vista de las necesidades de la vida. Estas son las gentes que en la hora más trágica de la guerra mundial no han temido dirigir los destinos del imperio más grande del mundo.

¿Cómo hemos de extrañarnos que en algunos meses, el pueblo ruso haya sido conducido a la derrota, a la traición, al deshonor, a la guerra civil y a la ruina?

Bajo la influencia de Lenine (su verdadero nombre es Oulianof) y de Trotzky (Bronstein)—provistos de abundantes fondos por el servicio de espionaje de Alemania—todo el montaje económico que descansa en la seguridad de las personas y de los bienes desapareció. El Gobierno de los soviets "nacionalizó" o, si se prefiere, "socializó" todos los medios de producción y cambio: minas, fábricas, banca, caminos de hierro, explotaciones agrícolas, lo cual quiere decir que se han quitado a los que los poseían y producían todos los medios de producción. El resultado no se ha hecho esperar; la materia imponible ha desaparecido, lo cual ha dado como efecto el destruir todas las previsiones fiscales; el trabajo ha cesado casi en todas partes, y allí donde aún subsiste, el precio de los objetos y las cosas ha aumentado en proporciones fantásticas. El trabajo de la tierra se encuentra reducido a las necesidades individuales de los campesinos, y el hambre reina en las ciudades y en los centros industriales.

El primer signo del desastre nacional aparece, naturalmente, en el presupuesto. No hay nada tan terrible como las cifras, y éstas son una pieza de convicción de una fuerza excepcional en el proceso del bolcheviquismo.

Desde octubre de 1917, fecha de la revolución, a noviembre de 1918 fueron nacionalizadas 513 empresas de transportes, comercio o industria. El producto del impuesto sobre el comercio y la industria ha bajado a 91 millones de rublos, cuando en el período de 1916-1917 fué de 314 millones.

La explotación de esas empresas socializa-

das ha exigido sumas enormes. En los tres primeros meses de 1918 esta atención importaba 532 millones de rublos. Según las previsiones del presupuesto bolchevikista, el coste de la nacionalización en el primer semestre de 1918 ha pasado de 2.000 millones de rublos y el segundo semestre importará 800 millones. Y en tanto que los ingresos regulares han cesado casi por completo, llegando a ser imposible la investigación en materia imponible, la totalidad de gastos previstos para 1918 fué de 46.000 millones de rublos, o sean 105.000 millones de francos. ¿Qué país puede soportar ese presupuesto anual?

Hay que notar que cuando Lenine, Trotzky y sus amigos tomaron el poder, el sistema fiscal estaba intacto en Rusia. Su armadura fué bastante sólida para soportar la pérdida de 800 millones de rublos por la abolición de la venta del alcohol. El presupuesto de la Rusia imperial cubría todos los gastos ordinarios y el servicio de la Deuda exterior e interior y el Estado tenía crédito entre los aliados y todo el dinero que necesitaba en previsión de los gastos de guerra en el mercado interior.

Los bolchevikis, no teniendo ni crédito exterior ni interior, han reemplazado el principio de los empréstitos por la fabricación de billetes. La emisión del papel moneda es continua en Moscu y en Petrogrado. Los 19.000 millones de billetes rusos garantidos por su encaje de oro de más de 4.000 millones en el Banco del Estado, se habían elevado en 1.º de enero del año actual a 120.000 millones y el oro... habrá desaparecido. Actualmente todas las imprentas de los soviets fabrican billetes de banco, por donde es fácil darse cuenta de la fantástica bancarrota que supone esta montaña de billetes.

Por restringida que sea, aún hay una producción agrícola en Rusia. Pero la desorganización de los transportes ha creado una inmensidad de mercados locales que no tienen comunicación alguna. En 10 kilómetros de distancia el precio de un mismo artículo varía en un 400 por 100. No hay factor alguno que nivele los precios. La harina se vende en Petrogrado a 700 rublos el pond (medida rusa de 16 kilogramos). En Tver la misma harina se vendía el mismo día a 63 rublos. No es posible ninguna transacción. Y los soviets de las ciudades lanzan proclamas a los campesinos, diciéndoles: "No nos dejéis mo-

rir de hambre. Si no enviáis provisiones favorecéis la contrarrevolución''.

Los campesinos permanecen sordos, contentándose con sembrar el trigo necesario para su consumo y la avena que exige su ganado, porque saben que si guardaran alguna cantidad para venderla o para prevenir una mala cosecha, ante una simple denuncia surgiría una banda de guardias rojos que los fusilarían por acaparadores.

En Petrogrado, por ejemplo, que era la ciudad de la abundancia y de la vida barata, no han llegado en abril de este año más que uno o dos vagones de trigo a diario, cuando esos vagones no eran saqueados en el camino por la guardia roja o detenidos a su paso en otras ciudades hambrientas por los soviets locales. La Siberia, proveedora de ganado de la capital, no ha cursado ni un buey, ni un cerdo, ni un carnero. No se comía más que carne de caballo al precio de 30 rublos (73 francos) los 400 gramos. Era imposible encontrar un buey. Los últimos fueron vendidos en febrero al fabuloso precio de 150 rublos kilo. Finlandia no enviaba leche, puede decirse, pues los 540.000 litros que antes mandaba a diario a Petrogrado se habían reducido a 4.500. No había arroz, ni legumbres, ni telas, ni calzado.

La población está harta de sufrir, ¿pero qué decir ni qué hacer? Las prisiones están llenas, centenares de personas son fusiladas cada día, y la menor tentativa de rebelión es ahogada en sangre.

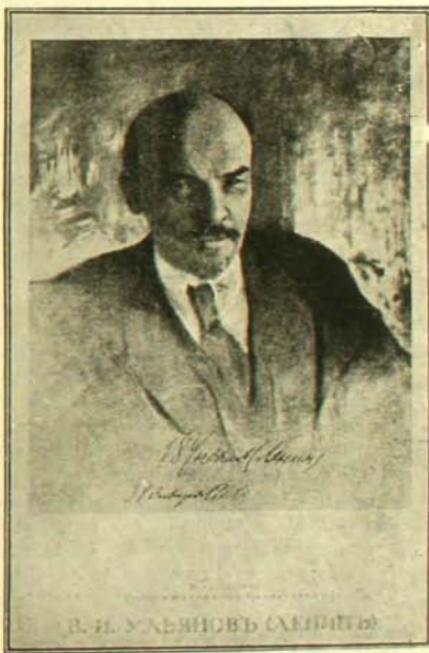
¿Es que los obreros son más dichosos? No. En Rusia no hay otra gente feliz que los bandidos, los desertores, los vagos, que para vivir se han enganchado en la guardia roja y tienen así todos los derechos, comenzando por el del saqueo.

Pero se dirá que si la industria ha sido nacionalizada, subsiste al menos en parte, que hay fábricas donde se trabaja y donde los obreros ganan importantes salarios.

No se tienen cifras exactas acerca del conjunto de la situación industrial en Rusia. Los especialistas y principalmente los ingenieros franceses que acaban de volver de Rusia, han dado al Ministerio de Negocios Extranjeros, estadísticas según las cuales el número de obreros presentes (no trabajando) llega sólo al 6 o al 8 por 100 del número que había antes de la guerra. El trabajo producido es insignificante y el precio de los objetos fabri-

cados excede a cuanto puede concebirse. Se dan algunos cifras comprobadas que parecen increíbles. Las locomotoras construidas en las fábricas de Pontiloff (que son en Rusia el Creusot francés y el Essen alemán) costaban antes de la guerra 70.000 rublos; actualmente se fabrican muy pocas y éstas por el alza de los salarios, precio de las primeras materias y reducción de horas de trabajo salen hoy a ¡5 millones de rublos! cada una.

El 1.º de enero de 1917 trabajaban en las fábricas de Pontiloff 52.000 obreros. En 1.º de enero del año actual había 4.798, contando empleados en oficinas y todo, y de ellos la mitad no trabajaban sino que se dedicaban a vigilar a los otros. Diez y siete fábricas nacionales empleaban el 1.º de enero de 1917, 45.553 obreros; en enero de este año sólo había 16.742. En fin, 173 fábricas privadas que empleaban en enero de 1917, 112.737 obreros, sólo contaban en enero de este año 11.266. En esta misma fecha de 1.º de enero de 1919 habían cesado por completo en su trabajo el 52 por 100 de las empresas mecánicas de Petrogrado. En las fábricas de Pontiloff se han construido en el primer seme-



Lenine.

tre de 1918 sólo 5 locomotoras en lugar de 90 que se fabricaban antes de la guerra, en el mismo período de tiempo. En las fábricas de Newsky 8 en vez de 59. En todo el año las dos fábricas reunidas han entregado 38 en vez de 297 que entregaban anualmente. La reparación de una locomotora, que se avaluaba en tiempo normal en 10.000 rublos, cuesta hoy 105.000 y no se hace a tiempo. Para que se vea cómo se trabaja hoy, bastará decir que 2.800 obreros afectos a esta misión han tardado seis meses en reparar 8 locomotoras en la fábrica de Pontiloff, y que 3.000 obreros en la de Newsky afectos a tal servicio, no han reparado ni una sola en el mismo período, de 27 que les fueron entregadas averiadas. En las fábricas del Báltico 600 obreros han conseguido reparar una de 33, en seis meses. En otras fábricas privadas el desastre ha sido aún mayor.

Examinemos otras industrias rápidamente. En el gobierno de Petrogrado se han cerrado: 70 fábricas de tejidos, de 119 que existían; 184 serrerías, de 234; 296 fábricas de transformación de minerales, de 521; 47 tenerías, de 82; 141 fábricas de productos alimenticios, de 149; 82 papeleras, de 101; y 697 fábricas diversas, de 856.

Según las propias estadísticas dadas por el comisariado bolcheviki del trabajo en los seis primeros meses de 1918, sólo en Petrogrado, de 331.400 obreros dejaron de trabajar 231 mil por causa de la falta de materias primas y de la crisis alimenticia. Una gran parte de ellos fueron a engrosar la guardia roja, porque en ella tienen la ración de alimento asegurado y 3.000 rublos mensuales de sueldo y además la facultad, con pretexto de requisas revolucionarias, de despojar a los burgueses, de habitar sus departamentos y de robar sus bienes, sus vestidos y sus muebles. Los otros, los que repugnan el saqueo y el robo, se han distribuido por sus pueblos de origen con el objeto de encontrar alimentos.

Las tres cuartas partes de las fábricas están cerradas y el 30 por 100 de los obreros apenas encuentran ocupación; así la miseria es espantosa en el país que la socialización debía transformar, convirtiendo "el infierno industrial" de la vieja sociedad capitalista en un paraíso. Los que trabajan ganan mucho papel moneda, ya que el salario oscila entre 25 y 35 rublos diarios (de 60 a 84 francos). Pero la vida es tan cara y ha llegado a

ser tan dispendiosa, que aun esos trabajadores tan ampliamente retribuidos, viven más miserables y desesperados que antes.

Todo está monopolizado, pero esto no impide que los precios sean fantásticos y que falte todo. Ya se ha dicho lo que vale la carne de caballo en Petrogrado; en general en toda Rusia la libra de carne, que valía antes 30 kopecks (1 franco 20) vale ahora 15 rublos (35 francos). La libra de pan ha saltado de 10 kopecks a 10 rublos, o sea cien veces más. El azúcar vale a 50 rublos la libra. Un traje usado, en casa de un ropavejero se paga de 400 a 500 rublos. Todo ha encarecido de un 150 a 600 por 100, y el más pequeño viaje cuesta veinte veces más que antes. No encontrando el remedio, los soviets movilizan a los burgueses y les hacen trabajar en las vías públicas y en las fábricas "para facilitar la vida del proletariado". Pero no obstante esta satisfacción de amor propio, el proletariado se muere de hambre.

Pero si los obreros son tan desdichados bajo un régimen comunista que a pretexto de hacer su felicidad ha destruido las bases de la sociedad, la propiedad, la familia, el respeto a los contratos y la libertad del trabajo, ¿cuál es la suerte de las otras clases sociales? Todo el que no es proletario—entendido por tal sólo el que no pertenece a la hez de la población y todo el que no hace causa común con las extrañas dictaduras rusas—está sometido a un régimen de terror como no ha conocido ninguna revolución. Una taifa de malhechores oprime, persigue y arruina a la mayoría del pueblo ruso. Los bolchevikis no demuestran sólo su incapacidad moral para gobernar; prueban además que tienen conciencia de esa incapacidad, recurriendo para mantener su dictadura a procedimientos que Nerón mismo hubiera repugnado.

El "burgués" sólo porque es considerado así es perseguido, despojado, aprisionado y asesinado con el menor pretexto. En las grandes ciudades no se atreven a salir desde que oscurece. Las casas tienen barricadas detrás de las puertas y los habitantes velan con los revólveres empuñados. Las pesquisas ordenadas por los comisarios del pueblo, o sencillamente por la misma guardia roja, son diarias. Bandas de "compañeros", que son obreros sin trabajo o criminales, operan con papeles y órdenes falsas en las

casas de los aterrorizados habitantes. Los mismos obreros que trabajan no se libran de los asaltos y del robo del dinero que han ganado. Los asesinatos son tantos que ya se miran con indiferencia. Soldados y marineros, o, más bien, bandidos disfrazados de tales, armados de fusiles y revólveres, asesinan en las calles, en las casas, en las prisiones, en los hospitales, en el ejército, en el campo, en todas partes, con o sin pretexto. La libertad individual ha muerto, y esto es tan cierto, que en su locura de nacionalización los bolchevikis han llegado a realizar la "socialización de las mujeres". Esta infamia excede a todos los crímenes.

Para establecer el balance moral del bolchevismo vamos a tomar los ejemplos en los mismos documentos publicados por los soviets. "La Pobreza", hoja bolchevikista, publicada el 27 de septiembre de 1918: "En Nevel, el comité ha decretado la movilización de la burguesía de la ciudad y del campo. Todos los burgueses en estado de trabajar están obligados a ello sin remuneración.

El comité central del soviet del gobierno de Moscou ha decidido introducir en todos los distritos los trabajos forzados para toda persona de diez y ocho a cincuenta años perteneciente a clases no trabajadoras."

"La Voz del Campesino Laborioso" del 1.º de octubre de 1918 dice: "El soviet del distrito de Odoeff ha movilizado la burguesía, los sacerdotes y los otros parásitos para los trabajos públicos: reparación de pavimentos, limpieza de estanques y alcantarillas y otros".

Se pueden multiplicar las citas; pero nos limitaremos a dar este documento que abrirá los ojos: "El soviet obrero de Mourzilónka, 16 de septiembre de 1918. Mandato al camarada Gregorio Savelieff. El soviet da por la presente pleno poder al camarada Gregorio Savelieff para requisar según su elección y sus indicaciones, para la división de artillería acantonada en Mourzilónka, distrito de Briansk, sesenta mujeres y doncellas de la clase burguesa y de los explotadores y entregarlas en el cuartel.—El presidente del soviet, Skamickiru; secretario, Sabelnikoff".

El régimen de la expoliación es aplicado por todas partes. Se les quita a los ciudadanos calificados "burgueses" todo lo que los



A. Trotski.

representantes del soviet estiman inútil. He aquí el texto de una de esas operaciones: "Troubtschewsh, provincia de Orel, 8 de septiembre de 1918. El comité ejecutivo ha decidido quitar a la burguesía todos los bienes de más y entregarlos a la población pobre. Para realizar prácticamente este acuerdo ha sido elegido un colegio especial". Y hay que ver cómo lo practicaron. En cada casa pusieron a cuatro burgueses en cada rincón de una habitación y se apoderaron de todo diciendo que con aquellos rincones les bastaba para vivir.

En Moscou estas operaciones realizadas en grande llevan el pomposo nombre de "concentración estratégica de inquilinos burgueses". El diario "Prawda" del 21 de septiembre de 1918 contiene este acuerdo del soviet de Smolensk, del 19: "Para luchar contra la crisis de habitaciones el soviet de la ciudad ha decidido examinar todas las casas, hacer ocupar a los burgueses las de los obreros y trasladar a éstos a las antiguas de los burgueses".



Acción de los guardias rojos.

El capítulo de las matanzas es más conocido del mundo, habiéndose ya publicado relatos de fusilamientos en Moscú, Petrogrado, Kiew y otros puntos. La menor palabra imprudente, la más falsa e injusta denuncia basta para aprisionar una familia. Una vez en la prisión es fusilada o libertada según el capricho. A veces no es necesario ni denuncia ni sospecha. Basta vivir en una población donde haya habido un combate entre la guardia roja y los contra-revolucionarios para ser fusilados. Así, "La Voluntad del Trabajo" del 23 de septiembre de 1918 publicaba esta breve información: "En Tambow han sido fusilados enarenta burgueses como respuesta a los últimos actos terroristas del ejército blanco". Y "La Pobreza" del 11 de septiembre da esta terrible noti-

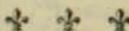
cia: "En todo el gobierno del Jariari se está realizando una despo- blación exenta de la burguesía y de sus acólitos. Los elementos fran- camente antisovietistas son fusila- dos; los elementos sospechosos, en- carcelados o encerrados en campos de concentración; la población no tra- bajadora, obligada al trabajo. Or- den del comité central del partido comunista".

Los campesinos que rehusan en- tregar grano o lo reservan para ellos son fusilados, y los órganos del so- viet anuncian que "hubo batalla contra los acaparadores del campo". Con esta fórmula se justifican todos hay el derecho de comer si no se es los crimenes. Y es que en Rusia no bolcheviki. Como todo es requisado y el avituallamiento depende de los soviets, cada uno recibe víveres se- gún la categoría a que pertenece. Hay cuatro categorías: guardias ro- jas y los obreros, que tienen derecho a una libra de pan y cinco arenes por día; los domésticos y empleados de poco sueldo, que tienen derecho a 250 gramos de pan y cinco are- nes; los antiguos funcionarios, que

pueden tener 125 gramos de pan y tres are- nes, y los intelectuales y burgueses que no tienen derecho a nada. A precios exorbitan- tes, como hemos dicho, se encuentran algunos géneros alimenticios todavía, pero el pan no se encuentra fuera del distribuido.

Tal es desde hace cerca de dos años la si- tuación en Rusia, y tales son sus espantosos tormentos. Hacer la historia de los desórde- nes políticos, de las miserias, de los horrores que la torturan y medir la extensión de las ruinas causadas por los bolchevikis será la empresa de mañana.

Pero lo que se sabe de la trágica prueba que sufre ese gran país, es ya bastante para enseñanza de lo que valen las teorías comu- nistas trasplantadas a la realidad.



# TODOS LOS SPORTS

15 de octubre a 15 de noviembre

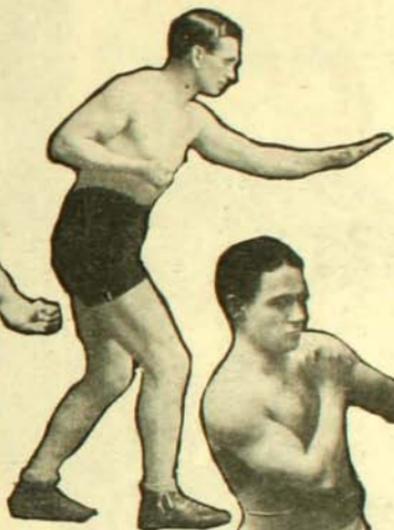
CAMPEONATO SUD-AMERICANO DE PESO PESADO



1. Heriberto Rojas  
Campeón sud-americano

2. Dave Mills  
Campeón Californiano.

Este match se realizará, el 13 de diciembre próximo.



## CAMPEONATO PESO MEDIO PESADO

3. Alberto Downey. — 4. Indalicio Lillo.



FOOT BALL.—Trofeo  
Escudo Van Buren

Equipo de Valparaiso  
Referee, señor A. Bet-  
teley.

CAMPEONATO DE LAWN TENNIS



1. Hermanos Torrealba, ganadores del  
Campeonato de Chile.



2. Señorita Rebeca Izquierdo y señor  
Iturra.

TORNEO

DE ESGRIMA

Ministro Guerra, di-  
rectores y asistentes  
al torneo.





Retrato de señora (segunda medalla), por Judith Alpi.



bastante inferior a algunas presentadas el año pasado.

Como nuestra crónica en "Pacífico" se publicará cuando ya se hayan dado los premios, mayor libertad tendremos para juzgar las telas, pero nuestro juicio tendrá que ser rápido



S cosa sabida que todos los años, el día del barnizaje, los artistas exponentes se empeñan en considerar el salón que recién se abre superior al de los años anteriores. Hay en todo esto una especie de egoísmo, un afán por que se diga que la exposición a la que ellos se presentan es superior a aquellas en que no se han presentado. Juego inocente, muy perdonable y muy humano.

El Salón de este año tiene más telas que el del año anterior, pero la importancia de éstas es quizá



Retrato de don Valentín Letelier, por Oscar Lucareo.



"Paria". escultura por José Perotti. (primera medalla).

para dar una impresión de todo el conjunto, es decir, de lo que nos parezca más digno de ser tomado en cuenta.

Empezando nuestra crónica por la importancia de los trabajos, diremos que llama nuestra atención una escultura, la del señor Perotti, titulada "Paria", vaciada en yeso. Lo que ha realizado este joven artista es un verdadero salto. El año pasado apenas se hacía ver por una manchita en tono gris, muy fina, pero de poca importancia como trabajo pictórico. Después de año y medio, más o menos, de trabajar en escultura, se presenta con una obra de fuerza, y obtiene la primera medalla. El trabajo, desde luego, no es completo. Algo hay en él que indica que

el artista ha esqui-

vado dificultades, como lo veremos. El señor Perotti nos ha esculpido una figura de hombre que recuerda algo el estilo de "El Pensador", de Rodin; un individuo desesperado, huérfano de la fortuna, uno de aquellos hombres a quienes poco les falta para llevar a sus sienes un cañón de revólver, y que si eso no lo ha hecho, es porque de seguro nó lo tiene. La concepción es fuerte, el estudio del desnudo hermoso y bien acusado de líneas. Se desprende de la masa de yeso un gesto de rebeldía, acusado en la mano que se crispa dolorosamente en el vacío, como un desahogo, como un consuelo. Hay un espíritu de grandeza en el trabajo del señor Perotti, tiene detalles que llaman la atención, como, por ejemplo, aquellos pies clavados a la tierra, que recuerdan igualmente a las figuras de Rodin; pero la estatua es incompleta, y es una lástima. El escultor ha preferido llenar con yeso



Un rincón del salón.

el dibujo de la cabeza mirado por debajo. Ahí pudo hacerse mayor expresión, mayor suma de elocuencia; pero el señor Perotti ha tenido miedo a caer, a errar, y ha preferido llenar todo eso con yeso. Los antebrazos del hombre no están en armonía con el resto de la figura, tan musculada; son débiles, como miembros de niño, casi. Esta falla es común entre nuestros artistas, que prefieren el menor esfuerzo posible; lo que es humano, pero no es plausible y va en contra de la mayor suma de perfecciones. De todos modos, este Paria es la obra más sobresaliente del Salón y tanto más digna de aplauso si se toma en cuenta la poca experiencia del artista, que se revela un escultor de gran porvenir. Que aproveche sus facultades.

Halagador habrá sido para el elemento femenino que las más altas recompensas en pintura las hayan obtenido señoritas exponentes: Elmina Moisan y Judith Alpi, primera y segunda medalla, respectivamente. La primera presenta un trabajo ya visto por nosotros en un Salón Artístico Femenino, de hace tres años, "La Coqueta", una chica de pocos años que se mira a un espejo. Aparte de la composición, que es simple, de poca amplitud, la calidad pictórica, en cambio, es alta, la armonía muy rica de tonos, el equilibrio del color sostenido en todo momento. De eso, tan sencillo, difícil es hacer un



La Coqueta, por Elmina Moisan (primera medalla).



Retrato del señor Valenzuela Llanos, por E. Formas de Dávila.

Tiene errores pictóricos, como la frente que se achata y cierta monotonía de tonos sordos en el rostro. Sus "Granadas" son interesantes de color. "Las Amigas" ha querido ser pintura al aire libre, pero da la sensación de que los rostros han sido coloreados con luz de taller y puestos al aire libre, por lo cual hay un desequilibrio en el total del cuadro, que resulta desagradable. "Estudio", superior al anterior, no logra tampoco la calidad del retrato. De todos modos, el progreso de la señorita Alpi es manifiesto.

El señor Alfredo Araya J. presenta tres paisajes. Hemos de decir lo siguiente en pro de uno de estos paisajes. Cuando llegamos al Salón y vimos el paisaje número 37, "Día nublado en el Ingenio", creímos que se trataba de algo de Valenzuela Llanos, lo que viene en favor del señor Araya. Ese paisaje es sobrio de color, sólido en su construcción y de fuerte factura, y muy característico de las tierras en que se plantó el caballete. Es un progreso grande. En su género, es lo más sólido del Salón, a nuestro juicio. "Últimos Rayos" es evocativo, de asunto interesante y bien tratado. El número 39, "Salida de Luna", aparte de un trozo, el de la izquierda, un poco intranquilo, merece un aplauso por su luz plateada y por su atmósfera.

cuadro para primera medalla, y se necesitan para ello cualidades magníficas de pintor, como son las que ha revelado la señorita Moisan. Su trabajo "El Estudio", es bastante inferior, como pintura y como resultado: todo se reduce a tres muchachos alrededor de una mesa, en actitud de estudiar. Son tonos de factura y parecen fruto de distinto pincel.

La señorita Alpi se presenta con cuatro trabajos, que parecen hechos por distintas paletas. El más sobresaliente de todos es el retrato número 31, que cautiva por su sencillez de composición, por su ambiente tranquilo, por la gama de color bien equilibrada, por el carácter mismo de la retratada.

El señor Carlos Isamitt está presentado en forma muy deficiente. No esperábamos de él lo que nos ha llevado. Se trata de un artista que tiene cierta experiencia de su arte, que ha obtenido recompensas de importancia, y por lo tanto, sus errores se ponen más de manifiesto que en otros. Su cuadro "Crepúsculo", además de no representar al señor Isamitt, lo consideramos un error, como color, como armonía y como composición. Todo baila en él, nada nos indica que se trata de un pintor de talento, sino más bien de un principiante que tantea un terreno desconocido. "Día de Lluvia", tela modesta, es muy superior al anterior, más armoniosa y más dentro de una lógica de color y de valores.

Don Carlos Alegría nos lleva dos cuadros exhibidos en la Casa Eyzaguirre, en una exposición particular de este pintor. Hemos aplaudido "Lectura", por su armonía, por su delicadeza y por su espíritu. "Ofrenda a Cupido" es una tela que en dicho exponente lo hace desmerecer. Estilo decorativo, pero fría y dudosamente compuesta. Estudio de mujer, tiene cualidades pictóricas, relieve, fuerte color, pero el rostro es desagradable, intranquilo y hay desvío en la mirada. Justo era esperar y exigir más de este distinguido artista.

El señor Oscar Lucares se presenta sencillamente mal. Su retrato de fotografía, del señor Letailier, no representa al exponente. Hay un esfuerzo en él por hacer verdad, impresión del natural; pero aquello es inferior a todo lo pintado por el señor Lucares.

José Caracci ha hecho un gran esfuerzo. Su "Pescador", desnudo fino y grato a la mirada, que se impone entre su conjunto, bastaría para citarlo en una crónica; pero tiene además un grupo de paisajes sentidos y que acusa sensibilidad del color, como por ejemplo, "Día Revuelto", que tiene riqueza de tonos y mucha expresión. Su grupo, sin mar-



Una muchacha, por Pedro J. Ovalle (segunda medalla).

car una nota muy alta, se impone ante los entendidos. Necesario es que el señor Caracci emprenda el trabajo de gran esfuerzo que ha de aquilatar sus méritos en definitiva.

El señor Eucarpio Espinosa, además de sus naturalezas muertas muy bien pintadas—género que siempre nos ha interesado poco—presenta el boceto de su autorretrato, exhibido el año pasado al Salón. Mucho carácter y mucho parecido. El trabajo está juzgado en dimensiones mayores.

Aunque colocado en sitio algo desfavorable, nos atrse un paisaje de hermoso color, muy fino, muy representativo de la estación. Nos referimos al cuadro número 88, "En el Forestal", pintado por el señor Otto Georgi. Aunque el envío de este artista, en el mismo género, es inferior al cuadro citado, éste y el retrato, sobrio y sentido, número 93, merecen un franco estímulo.

La señora Formas de Dávila se presenta con un autorretrato que tiene bastante carácter y parecido. Es un poco crudo de color y de fondo indeciso, defectos que no oscurecen las cualidades anotadas. El otro cuadro que nos llama la atención es "Ternura", el que, olvidando la falsedad de color de los rostros, que hacen el efecto de tener carmín, es una composición en armonía con el título.

El señor Laureano Guevara nos muestra un retrato, muy decorativo y elegante, de la señorita Enriqueta Petit. Es una de las obras más sobresalientes del Salón, por su composición, su gama y las cualidades pictóricas que revela en general. Lástima que los trapos de

la falda estén tratados descuidadamente y la modelación sea débil.

El señor Froilán González presenta otro retrato, de la señora A. von H. de H., pintado en una gama azul, que dentro de la labor de este pintor es un marcado progreso. Tiene sus fallas; su pincelada y su factura poco francas; pero en cambio, hay distinción en toda la tela, en la cual se ve cierta confianza en las propias fuerzas. Creemos que va por buen camino el señor González.

El grupo de paisajes del señor Agustín Abarca, que estaba ausente de Exposiciones desde hace algún tiempo, ha



Autorretrato. por E. Formas de Dávila.



Retrato. por Enrique Lynch.

Francisco", pero lo consigue sólo a medias. Creemos que Alberto está mejor en la figura.

Pedro J. Ovalle, retrocediendo algunos siglos, ha pintado dos interiores con figuras, que hacen el efecto de cuadros antiguos. Aunque estas telas tienen cualidades, no comprendemos esta pintura en el momento actual. Su "Interior" (126) es lo mejor de su envío, por el ambiente y el color.

La señora Puelma de Fuenzalida da un paso con su "Cabeza de Estudio" pintada con vigor y grato color.

Luis Strozzi, siguiendo sus temas favoritos, nos pinta dos paisajes cuyos asuntos son lechos de río. El agua está observada con mucha fineza de pupila y el

llamado la atención. Esas telas revelan un paso adelante en la manera de colorear y tienen algunas de ellas mucha frescura de impresión del natural.

No podemos relacionar el cuadro presentado por el señor Foasa Calderón, exhibido en este Salón, con otras telas del mismo artista. La actual parece de un principiante, por su distribución de luz, por su crudeza de color, por la intranquilidad que hay en toda ella. El tema es simpático, "En las tareas", un muchachito estudiando, pero el resultado bastante pobre.

La señorita Luisa Fernández poco nos dice con sus trabajos. Podemos anotar tan sólo su "Retrato", pintado con bastante relieve.

En el envío del señor Luis Jhonson se ve progreso. Nos gusta su "Primavera en el Ingenio."

Pedro Luna, acertado en "Paisaje de Osorno", que habría estado mejor en el caso de haber hecho que la materia pictórica no se viese tanto.

Como un recuerdo de Alfredo Lobos, se nos trae una hermosa mancha, llena de frescura y de carácter, "El Patio de la Galería Azul", exhibida en la Sala Eyzaguirre. Es un hermoso trozo de pintura.

Alberto Lobos, procura parecerse a su hermano Alfredo pintando "San

colorido, en general, es sobrio. Preferimos el número 138, por su blandura de pincelada y por su ambiente.

La escultura es este año bastante pobre.

Además de la figura de Perotti, podemos tomar en cuenta la pequeña composición de la señora Berta Gauché, "Desengaño", que aunque es un poco dura de contornos, en las piernas y brazos, y descuidado el cabello, tiene una intención manifiesta, un espíritu bien plasmado en el yeso.

Respecto al monumento del señor Coll y Pi, ya lo hemos aplaudido en otra ocasión.

José M. Cruz presenta un busto de bastante carácter, del señor R. Guevara.

El señor David Soto no está representado como debiera. Puede y debe hacer más.

Anotamos, para terminar, dos bajo relieves, con cualidades, de la señorita Fresia Pérez, y el retrato 180, de Higinio Bernal, con mucho carácter.

Y he aquí esta revista rápida del Salón, en la cual es posible que hayamos olvidado algo o más de algo; pero bástenos, por ahora, haber anotado lo que nos ha parecido más sobresaliente.

N. YANEZ SILVA.



Muchachas, por Judith Alpi.

# EL CONVENTO MAXIMO DE SAN FRANCISCO

En el templo más antiguo de Chile.—Piedras seculares.—El claustro y su galería de cuadros.—Vidas de sabios y de santos.—La alegría franciscana.—Un curioso museo arqueológico.—La leyenda del Padre Infante y Prado.

Entre los viejos templos y los claustros históricos de Santiago, ninguno más propicio a la libre y serena contemplación que la Iglesia y el Convento Máximo de San Francisco.

San Francisco no era un santo dogmático:

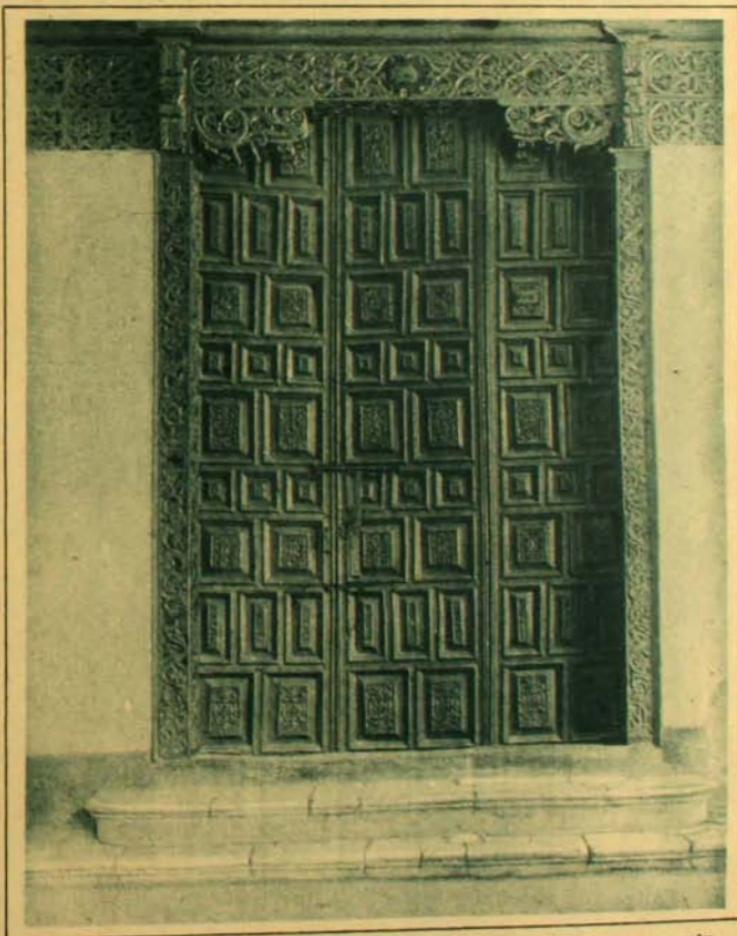
amplio, amable, acogedor para todos los seres naturales, sólo tenía rudezas con los poderosos y los soberbios de corazón. Los hermanos lobos se le han acercado siempre confiados, no sin cariño. Un gran réprobo del mundo religioso oficial, y que era el sér más simpático y bueno del mundo, modesto y casi tan sencillo como el Patriarca mismo, le consagraba verdadera veneración y con la misma pluma que le valió las peores maldiciones, supo expresarse tan bien del serafín lombardo, que un Padre de su Orden conversando con una ilustre princesa, decía:

—“Il a écrit de Jésus comme on ne doit pas écrire; mais il a bien parlé de Saint

François: Saint François le sauvera.” (1)

Y hasta en los más apartados rincones de la tierra, los franciscanos han sabido conservar ese espíritu de tolerancia simpática.

(1) El P. Soulié a la princesa Matilde, hablando de Renan.



La vieja puerta de roble admirablemente tallada, en el claustro principal (1818).



Los novicios besan la mano al padre provincial.

Cuando ven a un visitante en la sacristía, le preguntan si va a confesarse, pero no insisten demasiado en esta cuestión y acceden con benevolencia a la pura curiosidad profana.

Un hermano, uno cualquiera, encontrado al azar y que ignoramos cómo se llama, nos ha guiado a través del laberinto conventual del Claustro Máximo mostrándonos las viejas piedras, las antiguas maderas talladas y los cuadros piosos e históricos que el Convento atesora como un vasto Museo.

Ante todo, el enorme árbol, o mejor dicho,

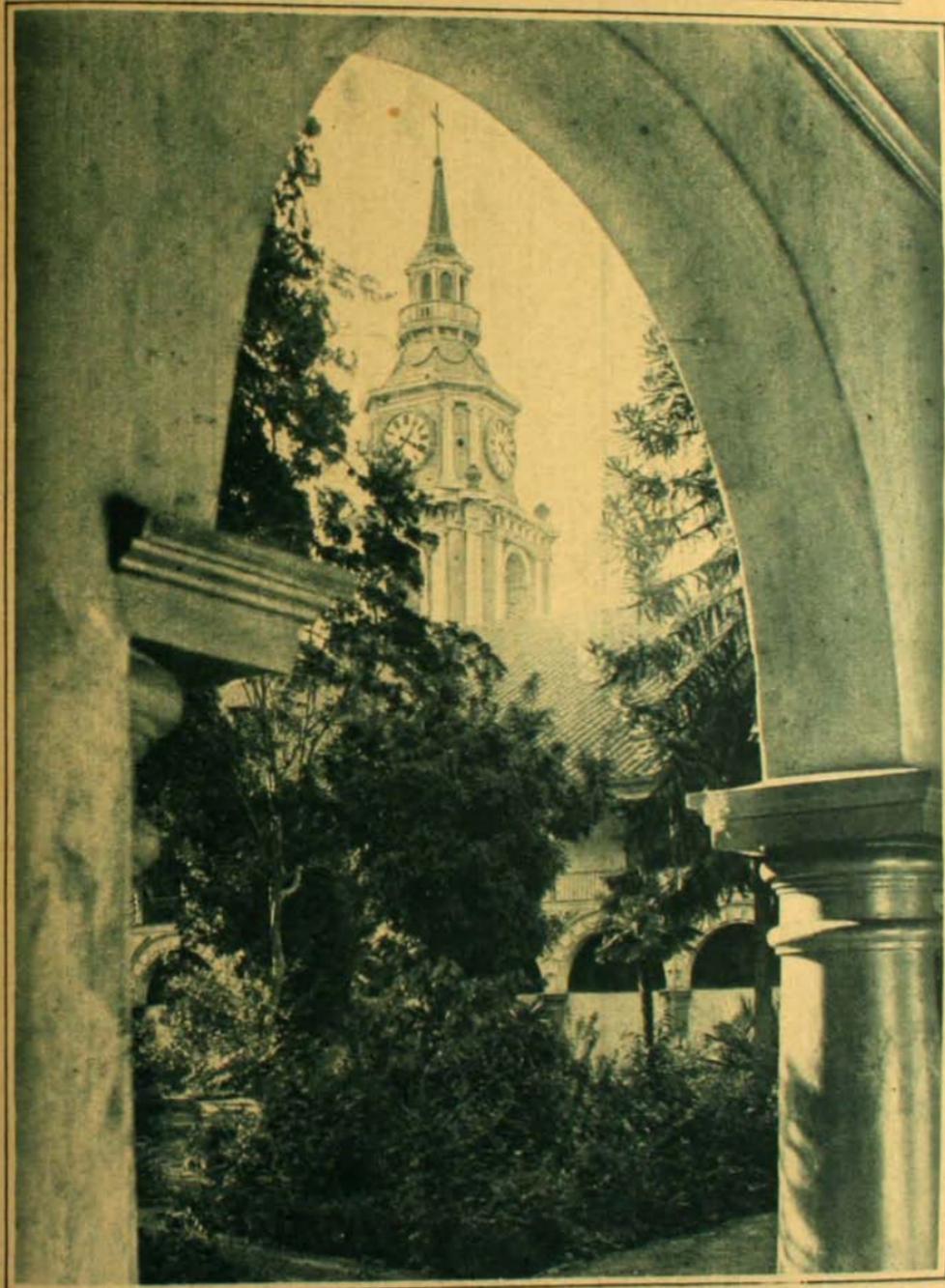
el gigantesco bosque genealógico de la Orden cubierto por ocho altísimos postigos oscuros al fondo de la portería. El hermano lo descubre y desde el tronco, formado por el pobrecito de Asís, vemos levantarse y cubrir casi cuatro metros cuadrados de tela, innumerables ra-

mas que a manera de hojas ostentan un pueblo de cabezas; cabezas con cerquillos de frailes, con mitras de obispos, con rojos sólidos cardenales, con brillantes diademas reales y hasta toda una fila donde se ostenta la tiara de las tres coronas, propia de los Sumos Pontífices. Toda la historia grandiosa de la Orden está allí, semejante al grano de mostaza evangélico, y cuando el religioso cierra los postigos de la especie de alacena en que se guarda, notamos con sorpresa la desnudez árida del recinto y las caras extáticas de algunos pobres que han entrado a pedir limosna. Es como una maravillosa visión.

De allí pasamos al claustro y, sin detenernos, por una escalera de piedra vamos al coro de la iglesia.

No está tras el altar mayor, sino a continuación del coro alto, detrás del órgano. Antes del terremoto de 1647, ostentaba una preciosa sillería de ciprés tallado, dispuesta en doble fila, una con doselos y otra descubierta y en el hemiciclo, una corrida de viejas sillas movibles de vaqueta con clavos de bronce. Hoy ha variado la disposición de las sillas, suprimiéronse las coronaciones y las piezas principales fueron a manos de coleccio-





La torre de San Francisco vista desde el claustro.



nistas. Pero lo que resta ofrece aún bastaste interés, con sus talladuras algo toscas y evocadoras de la época sencilla y severa en que fué construída.

Al lado norte, una puerta da entrada a la torre del templo; allí puede apreciarse el enorme espesor de los muros, hechos de rocas levantadas como por manos de gigantes, para resistir los siglos. Desde la barandilla anterior del coro, se domina el conjunto de la iglesia, el artesonado de las naves con sus vigas descubiertas, las dos hileras de columnas, asentadas en sendos sepulcros, raíces de esos árboles robustos, y al fondo, el altar mayor, donde se custodia la primera imagen religiosa llegada al país, una Virgencita del Socorro que trajo don Pedro de Valdivia entre sus armas de Conquistador.

Bajamos, atravesamos el templo en toda su

longitud y por la sacristía de la izquierda torcemos hacia el Convento.

Nos da paso una puerta ante la cual es preciso detenerse. Ancha, negra, de roble tallado, ofrece muestras del prolijo estilo gótico influido por el romano, que en España tomó el nombre especial de plateresco; tiene arriba una placa de bronce con la fecha 1618 y constituye una digna entrada al claustro principal.

Otra fecha nos detiene ahí: la de la fundación del templo, año 1572, durante el gobierno de uno de los primeros conquistadores. San Francisco es la única construcción del siglo XVI que resta en esta ciudad modernizada, y sus largos tres siglos pueden mirar desdeñosamente hacia las más soberbias casas vecinas. Hízose en cuarenta y seis años "habiéndose empleado en ella la mejor piedra granítica."

El claustro principal es un vasto jardín cuadrado, un bosque espeso y luminoso ensordecido por el canto de los pájaros que se agitan entre los árboles y rayan el cielo encima de la estatua del fundador, alzada al centro. En torno, una maciza arquería romana, regular y solemne, la rodea, y la vida sencilla, fresca y natural del jardín parece responderse con las ingenuas imágenes



Antifonario medioeval, de pergamino iluminado.



El toque de oraciones en el claustro.



Uno de los antifonarios seculares del museo.

de las telas que tapizan las paredes de los cuatro corredores.

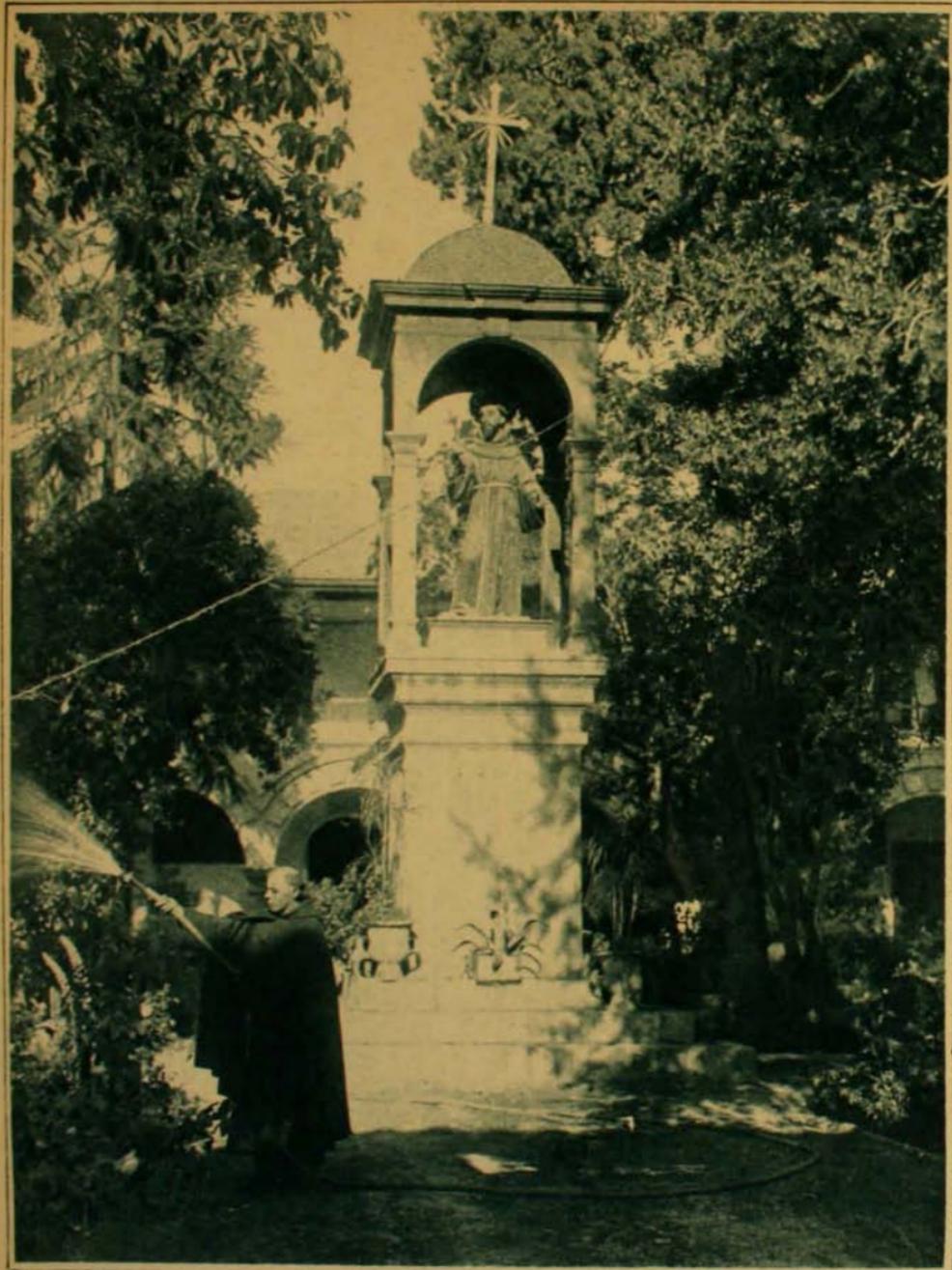
Estas telas constituyen la gran curiosidad del Convento. Cubiertas durante todo el año por unas tapas que las preservan del sol y la humedad, nosotros tuvimos la suerte de hallarlas visibles por haber sido, poco antes, la fiesta de San Francisco. Representan con minuciosidad la vida del Patriarca, y fueron pintadas, como reza una inscripción, por don Juan Zapata Inga, en los años anteriores a 1684. Son cincuenta y tres cuadros de dos por tres metros y aunque la mano revela indudablemente a un artista quiteño, según competentes observadores "corresponde esta galería a toda una escuela y a una época de las más brillantes de la pintura española, puesto que hay ahí reminiscencias de los más célebres artistas."

La ingenuidad con que los temas están desarrollados resulta a veces deliciosa. Uno de los primeros presenta a una señora en el lecho, en actitud de esperar; al fondo, en tamaño reducido, otra señora está sentada ante un pesebre donde descañusa un niño junto a un burro y un buey. A la derecha, aparte, dos personajes de vestiduras bíblicas conver-

san con un mensajero celeste. La inscripción puesta al pie explica el piadoso jeroglífico: "No puede parir doña Picha—dice—sin ser llevada del Angel a un pesebre donde nace Francisco, entre un buey y un pollino. Pánelo el Angel una Cruz en el hombro izquierdo. Oyense en el aire músicas celestiales; a estas voces ¡pax bonum, pax bonum! túrbase todo el infierno. El Angel peregrino revela el nacimiento de Francisco a Enoch y Elías en el Paraíso". En otro se cuenta de manera gráfica la tentación carnal del Santo por una mora y la manera cómo aquél la rechazó y la hizo "convertirse a la verdadera penitencia". Una mujer suntuosamente vestida le muestra con grave ademán una cama abierta, mientras Francisco, tendido sobre un brasero la invita "a que se aqueste con él en aquel enfendido lecho". Un tercer cuadro, entre los más característicos, presenta al Santo acostado, a una especie de page medioeval, grande y musculoso, con alas a la espalda y guitarra en mano y a un fraile dormido en el suelo. La medalla explicativa dice: "Para levantar el espíritu a Dios N. P. San Francisco enfermo pidió a un compañero que fué diestro en el siglo le diese música con



Los hermanos y los novicios en un corredor del claustro principal.



El Jardínero del convento.

una bigüela. Reúfalo escrupuloso el hermano y entonces baja del Vielo un Angel que le tañía son gran fuavidad.'

No se puede ser más santamente naturalista.

Otra cosa que llama la atención es la abundancia de frescos en las paredes, la mayoría muy bien conservados y con admirable expresión. Allí figuran los más eximios varones de la Orden Franciscana en Chile y la leyenda lapidaria al pie resume su existencia. En primer término, el venerable Fray Pedro Bardesi, candidato a los altares; luego el Reverendo Padre Gregorio Farras. Este "natural de Valdivia e hijo de esta Santa Provincia, fué un prodigio de sabiduría por su estupenda memoria. Era filósofo, teólogo, canonista y jurista consumado. Sabía a la letra toda la Sagrada Escritura, los Santos Padres, las obras del Padre Lombardo, San Buenaventura, Scotto y Santo Tomás. En una palabra, retenía cuanto leía u oía una sola vez. **Murió helado en la cordillera**, en sus 38 años, yendo a España por asuntos de la provincia, en 1740." Y otro: "Fray Jerónimo de Herrera, hijo de Santiago de Chile, y de los primeros que tomaron el hábito en esta santa provincia en la que fué procurador cuarenta años, y avisó al prelado la cercanía de su muerte; lo que causó una gran conmoción en esta ciudad, por su grande fama de santidad.'

Por el extremo del corredor occidental del primer claustro, un pasadizo también cubierto de cuadros—todo el Convento está literalmente tapizado de pinturas—lleva hacia el patio del antiguo coristado, que hoy ocupa el Colegio Franciscano.

Nada más pobre que esta construcción, semejante a cualquier casa de campo, del tiempo colonial. Pilares bajos, techumbres abrumadas de vejez, habitaciones estrechas, blanqueadas con cal. En una de ellas, amontonanse valiosas antigüedades que podría servir para un Museo. Examinamos, al azar, algunas piezas interesantes: dos famosos sillones de jacarandá tallado y dorado, altos como para Oidores, con tapiz de morado terciopelo, bordaduras de plata y lentejuelas de oro roídas por la edad. Un inmenso antifonario, de pergamino, admirablemente iluminado con dibujos y figuras de colores brillantes, en que cada hoja es un cuero de oveja completo y el conjunto representa la vida de

un rebaño. Por último, la obra maestra, el convento en miniatura, maravilla de prolijidad. Tiene un metro de largo, más o menos, y el ancho correspondiente. Fué hecho en 1895 por el habilísimo corista ecuatoriano fray Alfonso Llona, que murió loco. Individuo raro, fecundo en genialidades, aislósele y se le dejó en una celda independiente. Nadie sabía en qué se ocupaba. Se le veía ante una ventana, manejando pequeños instrumentos, cartones, maderos, palos de fósforos, etc., etc. Salía de vez en cuando y miraba, observaba, absorto, regresando en seguida a su celda a proseguir su misteriosa labor. Una vez pidió permiso para salir a la calle, cosa grave en un corista; otra se le vió contando las vigas del templo. El resultado de estas locuras fué el Convento que ahí se guarda, una reproducción matemática y liliputiense en que todas las proporciones se guardan y no falta nada, sino el patio del Coristado: única venganza del artífice por haber sido excluido de allí...

...Se nos hace tarde visitando el Convento, observando con ojo curioso o conmovido sus peculiaridades ingenuas, sus recuerdos de otra edad, toda esa vida rara que bulle silenciosamente frente al tumulto del comercio central, ajena a toda renovación. Las sombras empiezan a subir de los rincones, prolongan las perspectivas, envuelven los débiles pilares del corredor y se enredan al follaje de los árboles. Suena la campana del Convento y del patio interior pasamos al claustro principal. Parece haber crecido, los pasos retumban con otros ecos y los frailes se divisan ir a lo lejos como apariciones. Es la hora de los espectros. ¿Este Convento tres veces centenario no tiene alguna historia de aparecidos? le insinuamos a nuestro acompañante. Sonríe. La tiene y está escrita; un cronista curioso la ha recogido de sus propios labios. Héla aquí:

"Allá por 1777, más o menos, se presentó en la portería un jovencito como de 15 años pidiendo hablar con el Padre Guardián. Una vez en presencia de éste, le significó que deseaba tomar el hábito y que lo admitiese. Pero el jovencito, que decía llamarse José de la Cruz Infante y Prado, hijo de las principales familias de Santiago, tenía herpes en la cabeza, y como creyó que esta enfermedad fuera contagiosa, el Guardián no accedió a la solicitud del adolescente mientras

no estuviera sano. Desconsolado el pobre niño, se volvió a su casa, y llorando encomendó a la Virgen tan terrible trance que le impedía obedecer la voz de su conciencia. Al día siguiente, la herpes había desaparecido y el joven infante ingresaba a la Orden.

Su historia es conocida. Durante largos años de su ministerio se dedicó exclusivamente, junto con el P. Pedro Nolasco Ortiz de Zárate, a misionar entre las gentes de los campos y ciudades desde el Maule hasta Coquimbo. Andaban siempre a pie y nunca llevaban más equipaje que sus breviarios, ni más víveres que los consumidos en la última parte donde se les había albergado. No sólo enseñaban la doctrina cristiana sino que se hicieron verdaderos apóstoles de la instrucción. Así, pues, se detenían dos y tres meses en los puntos más poblados a fin de enseñar a leer y escribir a los niños y adultos. El P. Ortiz de Zárate escribió la primera cartilla para el uso de los aprendices de lectura. Después de una vida llena de santidad y de trabajo, murió como un varón justísimo. Entre las cosas más curiosas que de él se cuentan es tradicional ésta, que paso a referirle:

Después de cenar, los padres tenían costumbre de reunirse en un saloncito que estaba al fin de un largo corredor, donde conversaban y se entretenían hasta la hora en que la campana anunciaba silencio, y a esta señal se retiraban a sus celdas. Pues bien, todas las noches, en el momento en que salían del salón, aparecía un fraile alto y flaco, con la capucha hasta los ojos, que se paseaba por el claustro obscuro durante 15 o 20 minutos, en actitud de oración. Nadie le conocía y todos le temían, creyéndolo ánima del Purgatorio. Tanto era el miedo que infundía, que los padres que alguna vez

se atrasaban en salir del salón después del toque, preferían quedarse allí y pasar la noche sentados en las sillas para no tropezar con el misterioso fantasma.

En cierta ocasión, llegó al Convento el P. Infante de vuelta de una de sus misiones. Inmediatamente le refirieron lo que sucedía, y como tenía fama de santo y de intrépido, todos le instaron para que se acercase al fraile desconocido y le preguntase quién era. El Padre Infante declaró que él tampoco se animaba y que sólo lo haría en virtud de un mandato del Superior. Los padres pidieron entonces al Guardián que ordenase bajo obediencia a Fray José la temeraria empresa, a lo que el Guardián accedió. El P. Infante suplicó que se le diesen tres días de plazo, los cuales pasó en ayunos, penitencias y oraciones en previsión de lo que pudiese suceder.

Llegó la noche fatal.

A la hora de recogerse la comunidad, el fraile, según su costumbre, se desprendió como una sombra de las paredes del claustro y comenzó su imperturbable paseo. Temblando fué a su encuentro el P. Infante y cual si hubiesen sido íntimos camaradas, anduvieron más de veinte minutos en confianza plática. Después se despidieron, el fantasma desapareció y Fray José se encaminó a la celda del Superior. Al día siguiente, los demás padres le preguntaban ansiosos qué había hablado con el ánima encapuchada y el P. Infante le respondía:

—Averigüenlo al Guardián.

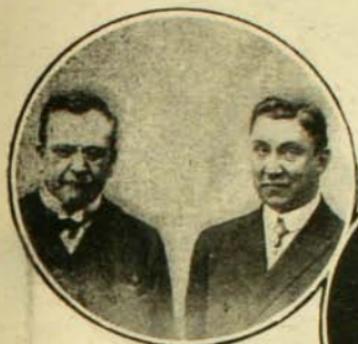
Nunca dió más noticias ni se supo más de aquel suceso''.

...Como anochecía y el claustro iba obscuraciéndose totalmente, nos despedimos del amable hermano, y le dimos las gracias, no sin cierta prisa...

H. D. A



## LA COMISION FINANCIERA QUE VA A ESTADOS UNIDOS



1. Don Luis Izquierdo y don José Ureta.—2. Don Samuel Claro y familia.—3. Sr. Alberto Edwards y señora.



Sr. Arturo Lamarea Bello y señora.



Paseo a Apoquindo, dado al Cuerpo Diplomático por el señor Ministro de Méjico.



Otra vista del paseo a Apoquindo.



Banquete a don Enrique Villegas en el Club de la Unión.

◆ ◆



1. El nuevo ministro argentino Excmo. señor Carlos Noé.—2. Recepción en la Embajada norteamericana. — 3. Recepción al Cuerpo Diplomático en en-



sa del señor Ahumada.—4. Recepción al agregado naval argentino.—5. Matrimonio del señor Alfonso Casanova V. con la señorita Inés Subercaseaux Zañartu.

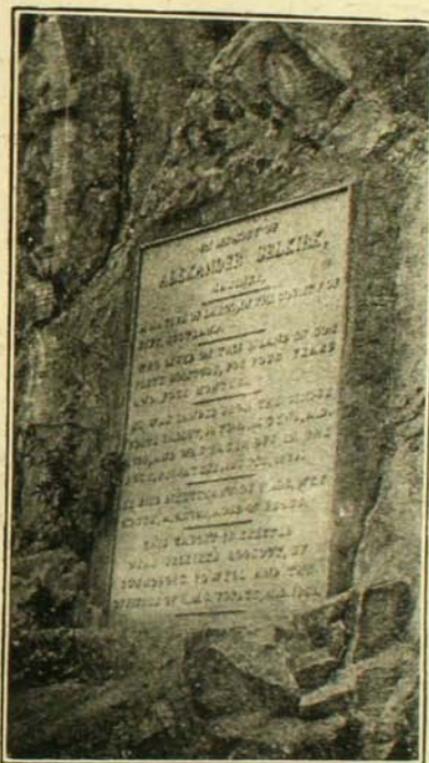


# EL BICENTENARIO DE ROBINSON CRUSOE

Por HENRI MALO

EN 1712, el capitán Woodes Rogers publicaba la relación de su viaje alrededor del mundo, terminado el 1.º de octubre de 1711, y que había durado tres años y dos meses. Contaba en ella una singular aventura. Hallándose, el 1.º de febrero de 1709, a la vista de la isla de Juan Fernández, percibió, allá en lo alto de un monte, por entre la densa oscuridad de la noche, una luz.

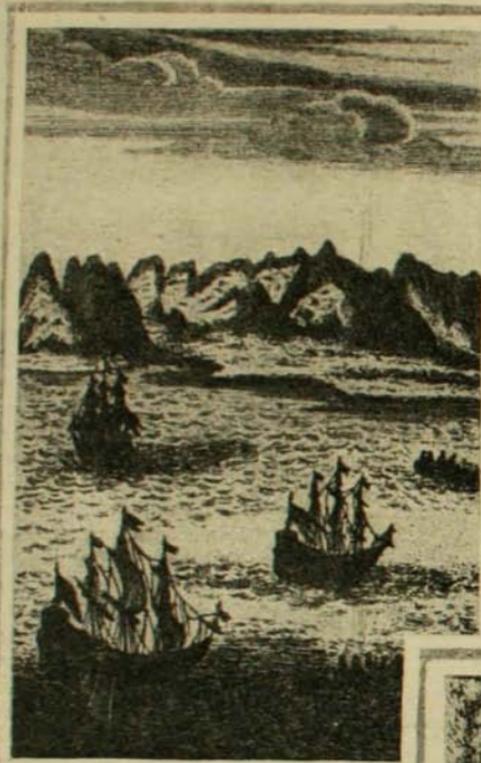
Descubierta en el siglo XVI por el piloto español Juan Fernández, que la dió su nombre, la isla,— no lejos de la cual se hallaba situada otra más pequeña desaparecida súbitamente en 1837,— permaneció deshabitada. Pero, desde el día en que los filibusteros de las Antillas, ingleses, franceses y holandeses, vinieron, sea por el Estrecho de Magallanes, sea atravesando el istmo de Panamá, a saquear y asolar las ricas posesiones españolas que bordeaban



A la memoria de Alejandro Selkirk, marino, nacido en Largo, condado de Fife, en Escocia, que vivió en esta isla en completa soledad cuatro años y cuatro meses. Fue desembarcado del navío "Cinque Ports", 96 tons, 16 cañones, A. D. 1705, y recogido por el "Duke", el 12 de febrero de 1709. Murió como teniente del "H. M. S. Weymouth", en 1723, a la edad de 47 años. Esta lápida fué erigida en el Cerro Mirador de Selkirk, por el comodoro Powell y los oficiales del "H. M. S. Topaze" en el año del Señor de 1868.

la costa del Pacífico, llamado en ese tiempo el Mar del Sur, la isla de Juan Fernández pasó a ser uno de sus fondeaderos preferidos para desembarcar a sus enfermos, cuidar a sus heridos, para aprovisionarse y carenar sus navíos. Los capitanes Massertie, Eaton, Sharp, Cowley, Knight, Wafer y muchos otros, han relatado las breves estadias que en ella hicieron. Allí combinaban nuevas expediciones, o se separaban para ir cada uno por su lado una vez en condiciones de volver a hacerse a la mar.

Al ver esta luz inesperada sobre una isla desierta, Woodes Rogers creyó de pronto que podía provenir de algún buque francés ahí fondeado. Es de saberse que en esa época, su país estaba en guerra con Francia y con España. Se encontraba, pues, en la región interdicha a los extranjeros por el Go-



Los navios de Woodes Rogers que  
atravesaron a Juan Fernández.

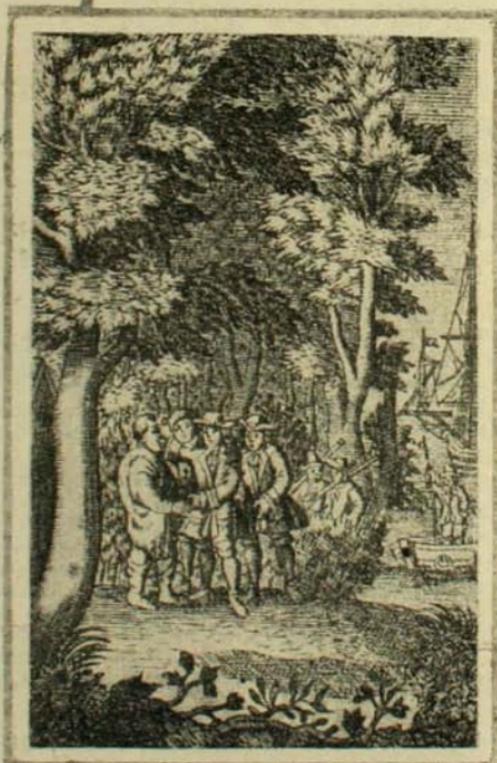
bierno español, y su expedición, del género de las de Drake y siguientes, era más guerrera y política que comercial; es decir, que esos capitanes descubrían nuevas tierras, exploraban nuevos mercados, y todo esto, combatiendo y practicando la más audaz piratería. Ellos comenzaron la fortuna naval de Inglaterra.

Woodes Rogers esperó el día. No descubrió ningún buque francés ni de otra nacionalidad. Se preguntó entonces si acaso los españoles no habrían

Al desembarcar en Juan Fernández  
los ingleses encontraron a Selkirk ves-  
tido con pieles de cabra.

instalado una guarnición en la isla. Envío a su segundo, a su lugarteniente y a seis hombres bien armados, en el bote de su navío, para indagar. Pero, como estos no reaparecieron tan pronto, despachó su pinaza con más gente; la cual no tardó mucho en volver con un cargamento de cangrejos y con un singular personaje vestido de pieles de cabra, que se expresaba con dificultad, pero en inglés. Poco a poco, este hombre recobró la costumbre de hablar, y narró su historia.

Dijo su nombre: Alejandro Selkirk. Escocés, nacido en la provincia de Fife, había entrado en la marina cuando muy joven. Embarcado a bordo del navío "Cinq-Ports", que comandaba el capitán Stradling, hijo de un rico negociante de Londres, tuvo un altercado con su capitán, por lo cual éste le desembarcó, hacia de ello cinco años, en

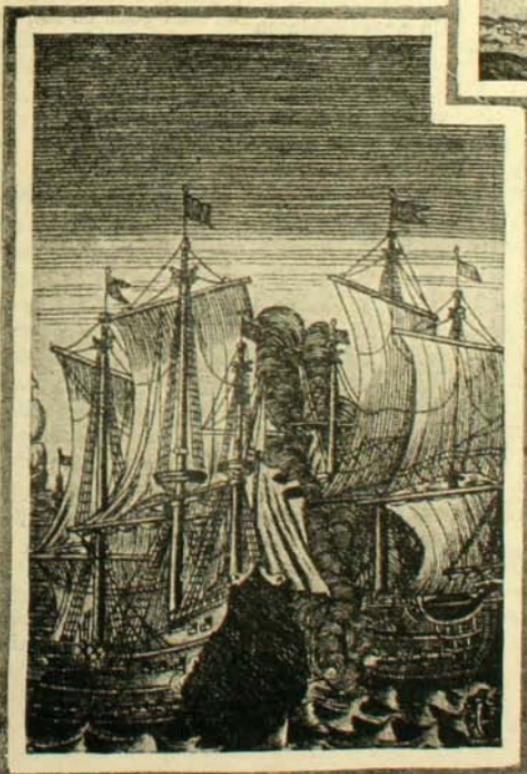


la isla de Juan Fernández, con sus vestidos, su cama, un fusil, una libra de pólvora, balas, tabaco, un hacha, un cuchillo, un caldero, una Biblia, algunos libros de piedad, sus instrumentos y libros de marina.

Stradling había llegado hasta allí con Guillermo Dampier, uno de los más célebres marinos de ese tiempo. Pero, después de la escala en Juan Fernández, se separaron. Y como su navío empezara a hacer agua, hubo de abandonarlo en la isla Malpelo. Hizo construir dos balsas, en las cuales se embarcó con su tripulación, y, después de dieciocho días de terribles sufrimientos, la corriente les arrojó al continente. Ahí vivieron de mariscos y de sagú, pero la mayor parte murieron de miseria o a causa del agua salada que habían bebido. Un misionero español, venido ahí a pescar perlas con los indios, no encontró vivos sino a Stradling y a dos de sus hombres. Les llevó prisioneros a Lima, donde les pusieron grillos. Largo tiempo después, las



Un contrabandista en el traje habitual y con su fusil.



autoridades españolas los confiaron a un navío francés, que les llevó a Europa para ser juzgados. Detenido en el castillo de Saint-Malo, Stradling logró persuadir al comisario de marina Lempereur, de que él había dejado un gran tesoro en cierto sitio de las costas del Mar del Sur. Lempereur a su vez persuadió al Ministro Pontchartrain de la verdad de esta historia; y Pontchartrain negoció con España el permiso necesario para ir en busca del tesoro. Los españoles demoraron la respuesta;

Una lucha de barcos piratas.

cuando ésta llegó, Stradling se había fugado a Londres, ahorrando de este modo al Ministro Pontchartrain la triste situación de aparecer como engañado.

Durante este tiempo, el desgraciado Selkirk salía como podía del paso en su isla desierta. Siguiendo la costumbre de los cazadores, se construyó dos cabañas, una para dormir, otra para cocinar, y las cubrió con juncos y pieles de cabra. Juan Fernández había dejado en su última expedición, dos parejas de estos animales, que se reprodujeron y poblaron la isla. Una vez agotada su provisión de pólvora, Selkirk pillaba las cabras a mano. Un día cayó en un precipicio, y debió la vida a la casualidad, que le hizo caer sobre la cabra que perseguía; pero quedó veinticuatro horas sin conocimiento, y sólo pudo restablecerse diez días después. Sus pies se habían endurecido como cuernos; distanciaba corriendo a los mejores corredores, y hasta a un gran perro, según pudo experimentarlo el propio Woodes Rogers. Pescaba hábilmente peces de todas clases, que eran muy abundantes, y esos enormes cangrejos de los cuales la pinaza había recogido hermosos ejemplares. Cosechaba nabos provenientes de los granos que Dampier había sembrado antaño, y que prosperaron. Hacía fuego frotando sobre sus rodillas dos palos de pimiento. Confeccionóse vestidos de piel de cabra; un clavo le sirvió de aguja. Para distraerse de la tristeza que le agobiaba en los comienzos de su estadía, cantaba salmos y oraba: jamás, decía, había sido tan buen cristiano; desesperaba aún de serlo tanto en el porvenir.

Había visto pasar muchos navíos. Solamente dos, de nacionalidad española, abordaron: los que de ellos bajaron le persiguieron a balazos; tuvo que refugiarse en la cima de un árbol para escaparles. No ignoraba lo que habrían hecho de él si hubieran logrado atraparlo. Esta vez, reconociendo a ingleses en los dos navíos de Woodes Rogers, no vaciló en encender el fuego que les había atraído.

Guillermo Dampier, a quien su última expedición había arruinado, iba como piloto de Woodes Rogers. Y Dampier había conocido a Selkirk a bordo del navío de Stradling, y podía certificar que aquél era

un buen contraamaestre. Rogers le tomó a bordo en esta calidad, y le llevó a Inglaterra.

Poco después que Rogers publicara su viaje y el relato de este episodio, Daniel Defoe abandonaba la carrera de publicista para consagrarse únicamente a las bellas letras. La aventura de Selkirk le inspiró su "Robinson Crusoe", que apareció en 1719. El autor había llamado a las puertas de casi todos los editores de Londres sin encontrar quien quisiese publicarlo; lo que no impidió que, una vez publicado, tuviese el libro el éxito mundial que todos sabemos.

Pero si bien es verdad que el episodio de Selkirk inspiró a Daniel Defoe, no limitó a él su documentación. Había sido mercader aventurero y en tal carácter no ignoraba las relaciones de viajes, que entonces aparecían, a países remotos donde se hacían pingües negocios y que le ofrecían a él más que un simple interés de curiosidad. Sacó por lo menos tantos datos del "Viaje alrededor del mundo" de Dampier como de Woodes Rogers.

Dampier, entre otros episodios, relata cómo en 1681 pasó en son de piratería por estos mismos parajes del Mar del Sur con el capitán Sharp. En Juan Fernández, abandonando sus correrías de pirata, por haberle faltado valor en un ataque, fué licenciado y sustituido en su puesto por un contrabandista llamado Wotling, que gozaba de una reputación sin fundamento, según Sharp, de excelente marino. Cuando la mayor parte de la tripulación estaba en tierra, llegaron las fuerzas españolas; Wotling se apresuró a reembarcar su gente y darse a la vela. Poco después pereció en un ataque frente a la plaza de Arica. Al salvarse en Juan Fernández, dejó abandonado un indio Moskite, por nombre Will, que andaba de caza por el bosque y llegó a la playa cuando ya el navío se había hecho a la mar. El indio quedó solo en la isla desierta, con su fusil, un cuchillo y un cuerno de pólvora. Cuando se le acabó la pólvora y las balas, partió con su cuchillo el cañón del fusil en pedazos y con estos hizo arpones y anzuelos, lanzas y una cuchilla grande.



Un cortejo de caribes.

Hizo fuego con el pedernal de la cazoleta de su fusil y un trozo de cañón previamente endurecido; en este fuego calentaba los pedazos de metal, que forjaba en seguida a golpes de piedra.

Construyó una choza que cubrió con pieles de cabras, se hizo un lecho de estas mismas pieles y lo situó sobre cuatro apoyos a dos pies de altura. Alimentábase de productos de la isla, de cabras y pescados. Mataba vacas marinas, con cuya dura piel se fabricaba correas. Una vez probó la carne de estos animales, pero no debió gustarle mucho cuando nunca volvió a repetir. Muchas veces fué perseguido por los españoles, que le dispararon varios tiros de mosquete, sin lograr alcanzarlo.

En marzo de 1684, Dampier, vino a atracar junto a la isla. Will vió que se trataba de un navío inglés y mató tres cabras que asó y preparó para obsequiar a sus visitantes. Uno de ellos, un indio llamado Robin, le reconoció en seguida y corrió a postrarse a sus pies, hundiendo el rostro

en tierra; Will lo levantó, lo abrazó y se arrojó a su vez a los pies de Robin. "Nos detuvimos con placer, dice Dampier, para presenciar la sorpresa, la emoción y la ceremonia de una entrevista tan afectuosa por una y otra parte y que recuerda exactamente la de Vendredí con su padre.

Fácilmente pueden distinguirse en esta historia los elementos tomados por Daniel Defoe. Hasta la descripción de la isla Robinson está tomada de Dampier, y corresponde exactamente a la de la isla de Juan Fernández: hay en ella las mismas cabras, los mismos bosques, los mismos valles por donde se desliza el agua correntosa, que fertiliza los pastales. Hay también los mismos perfumes de la selva, la misma fertilidad del suelo, la misma ausencia de animales feroces o peligrosos. Existe la misma abundancia de cabras, de pescados y de frutas. Conserva la isla su mismo carácter volcánico y hasta existe en ella la misma diferencia entre sus dos vertientes, una más rica y fructífera, otra más árida, todo

lo cual Daniel Defoe reprodujo con la mayor exactitud.

Pero Defoe no situó su isla Robinson en el Pacífico. Habría estado demasiado lejos, demasiado desierta, y había que hacer posible el episodio de Vendredi y las diversas peripecias que de él se siguieron. Había que presentar también una isla menos conocida que Juan Fernández. Esa es la razón por la que Defoe prefirió la región de las Antillas y ese numeroso grupo de islas y de islotes que ocupan la desembocadura del Orinoco, y que era entonces sumamente desconocido y habitado por caribes canibales.

Esta última circunstancia permitió a Robinson exponer extensamente el horror que le inspiraban las prácticas salvajes y presentar a Vendredi con un amor al prójimo más natural y menos antropófago: conversión humanitaria, que, unida a la conversión religiosa, encuadra perfectamente en el ca-



Un indio que lleva en sus manos un canaleón.



rácter sentimental tan propio de principios del sig'o XVIII. -

Toda la obra de Defoe muestra, por otra parte, hasta la evidencia, cuán familiarizado estaba hasta en sus más mínimos detalles con la vida y costumbres marítimas de su tiempo y cuán al corriente de los viajes y exploraciones realizadas hasta entonces para el descubrimiento de mundos desconocidos. La aventura del capitán inglés, a quien su amotinada tripulación pretende abandonar en la isla de Robinson, el castigo severo y enérgico que reciben los culpables, son hechos corrientes que a cada paso se encuentran en los libros de a bordo y en las relaciones de viajes marítimos de la época.

Ringrose en la relación que hizo del



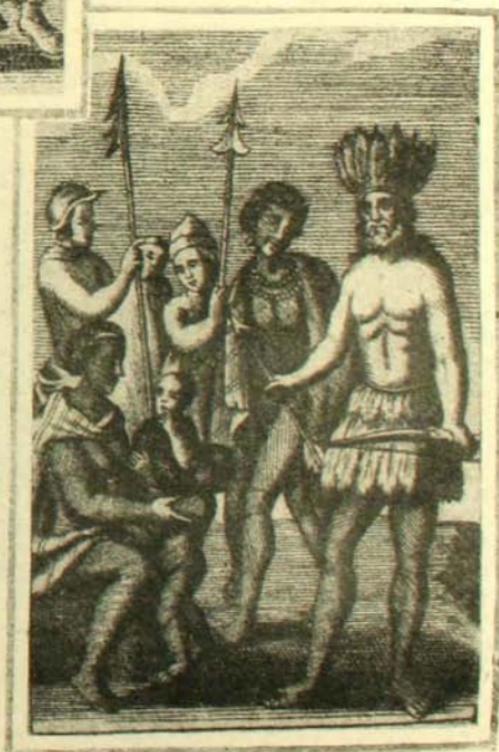
Los indios más civilizados van vestidos de capa y adornados con plumas.

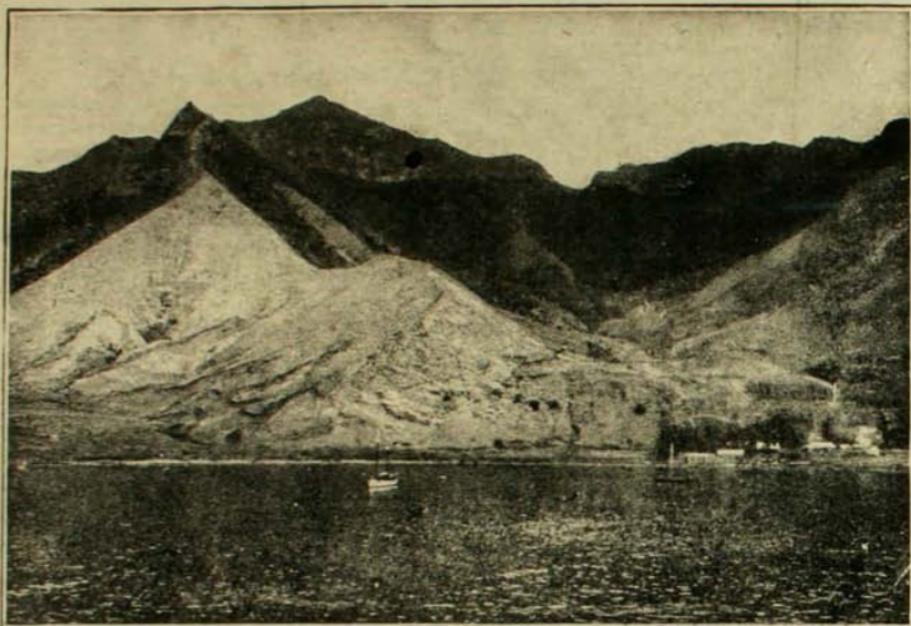
viaje del capitán Sharp, habla de un navío que pereció delante de la isla de Juan Fernández, donde el único naufrago sobreviviente vivió durante cinco años hasta que otro barco lo tomó a bordo. No cabe duda que Defoe conocía esta historia y este pasaje.

Todavía, a mediados del siglo XVIII, en los convenios que firmaban entre sí los aventureros del mar cuando se ponían de acuerdo para emprender una expedición, solían registrar un artículo en estos o parecidos términos: "Aquel que trate de salvarse o revele algún secreto o plan de la sociedad, será obligado a tomar tierra en cualquier paraje inhabitado y desierto, sin más pro-

visión que una botella de agua, un fusil, balas y pólvora".

Teach, según afirma B'ackbeard, dejó abandonados 17 hombres en un banco de arena, en un punto completamente retirado y desierto, donde no había ni probabilidades de socorro; quería de este modo hacerlos perecer de hambre y de miseria. Proviencialmente fueron salvados dos días más tarde. Después de varios combates con barcos enemigos, toda la tripulación del capitán Maxtel murió, no quedando a éste más recurso que salvarse solo en una isla desierta, sin que se haya sabido jamás qué fué de él. La tripulación de un navío mercante, apresado por los piratas, fué también tratada en esta forma: bajo las órdenes de Soa, su jefe, los piratas pusieron mechas encendidas entre los dedos de aquella pobre gente, suplicio que les consumió la carne hasta el hueso; después





Bahía de Juan Fernández.

les tajearon el cuerpo a sablazos y en esta condición se los desembarcó, abandonándolos en un lugar inhabitado.

Bien se ve, pues, que no tuvo Daniel Defoe falta de material de que hacer uso para escribir su **Robinson Crusoe**. Sus contemporáneos le acusaron de plagiarlo. No hay tal. Defoe estaba en su perfecto derecho, como escritor y novelista, de tomar de donde quisiese temas para sus obras sin más restricción que la de cumplir con el precepto de La Fontaine, imprimiendo a su obra un sello personal tan marcado que llegue esta a tomar un nuevo aspecto y un carácter diferente: el mismo del temperamento del autor. Y esto lo realizó Defoe

sembrando su texto de observaciones que, como ésta, tienen un sabor personalísimo: cuando Robinson, después de librar a Vendredi de los caníbales que iban a devorarlo, presta a éste su sable para que se desembarace de uno de ellos que se había empeñado en perseguirlo, Vendredi, de un solo mandoble, corta la cabeza a su enemigo. "No hay verdugo en Alemania, agrega en seguida, capaz de hacerlo con más rapidez y limpieza".

Por lo demás, esta parte anecdótica tiene sólo una importancia secundaria para la cuestión de determinar la cualidad de la obra, aunque nos ofrece la ocasión, por demás interesante, de demostrarnos cómo un escritor de talento trasfor-



ma los elementos de que se sirve.

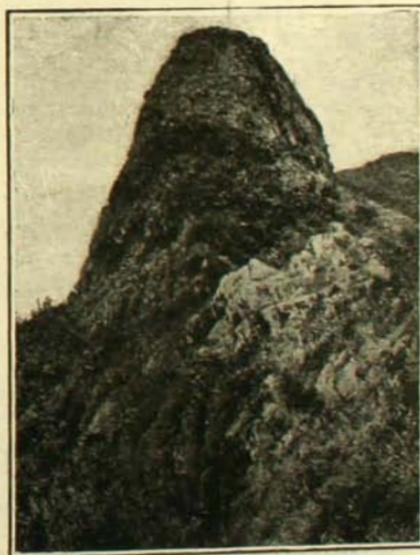
Si Defoe se hubiera atenido exclusivamente a la anécdota, no nos hubiera dado sino una de tantas novelas de aventuras. La segunda parte del libro presenta este carácter, es la más débil. La otra, por el contrario, afirma el éxito prodigioso de Robinson y su inmortalidad, por la significación y el valor moral que les da el genio del novelista.

¿Por qué los ingleses se van apasionando por Robinson, de generación en generación? Porque Robinson es la encarnación de sus ideas, sus aspiraciones y su ideal.

Hay en él el ansia de las aventuras, el amor al peligro, la pasión por el mar, aun en contra de la voluntad paterna (de donde viene la idea religiosa de la expiación en las difíciles travesías). Su novela es la novela de la tenacidad y de la energía: las virtudes características de su raza. Arrojado náufrago y desnudo sobre una isla desierta, ha llegado a ser, cuando la deja, **fundador de una colonia** y su gobernador. He ahí un milagro de que ningún inglés puede quitar sus ojos y su pensamiento, y que Robinson Crusoe realizó, fundándose en su Biblia, de la que sacó sus reglas de conducta y el aliento suficiente para renovar sus energías.

Daniel Defoe era el hombre que se necesitaba para realizar tamaña empresa. Sus padres, no reformistas, le habían educado en los severos principios de su severa religión. Toda su vida luchó ardentemente por la causa británica. Tenía el alma de aquellos puritanos nacionalistas que con Isabel, Cromwell y Guillermo de Orange echaron las bases de la grandeza y poderío de Inglaterra. Fué de aquellos mercantes aventureros que armaron las naves de Drake y proporcionaron a las escuadras inglesas la posibilidad de organizarse para destruir la soberbia armada de Felipe II, y que llevaron a las Indias Occidentales, con el fin de sustraerlos a las violencias sectarias de los Stuardos, a los primeros colonos fundadores de la nueva Inglaterra, quienes concluyeron por dar a su país el dominio de los mares y, por consiguiente, del mundo.

Y fué por esta razón, porque Daniel Defoe tenía esa alma, por la que alcanzó la gloria maravillosa de escribir la novela nacional de Gran Bretaña. Esta nación ha celebrado ahora el segundo centenario de Robinson; y puede justamente celebrarlo con el fervor patriótico y cuasi religioso que ella demuestra en conmemoraciones de esta naturaleza.



Cerro "El Mirador", desde el cual Selkirk hacía inútiles señales a los buques que pasaban.



Jorge Hubner Bezanilla.

## OBSESION

Pálida compañera de aquel amigo bueno,  
que destruyes mi vida con un lento veneno,  
¡sabes que, cuando siento sus ojos fraternales,  
cierro los míos, llenos de luces criminales,  
y cuando sonreímos como hermanos los dos,  
presiento en mis espaldas el azote de Dios!  
Yo no te dije nunca mi amor desventurado,  
pero, en mi alma sedienta, te baño de pecado  
y, cuando el sufrimiento me halla en la alba despierto,  
tiemblo de que él lo sepa todo, de que haya muerto  
y de que, para verme mejor, sea ese lento  
jirón de sombra triste que aún turba mi aposento...

¡No me duele mi crimen por ti! Todo en ti cabe:  
hay languidez de culpas en tu mirada suave  
Yo sollozo por él, por su cariño inerte,  
que me evoca una dulce huérfana que se duerme,  
mientras miro el futuro: una tarde en que él piense  
en su bufete, lleno de invierno, y yo te atraiga  
y te diga en voz baja que la pasión me vence,  
apagando mis frascos en la lluvia que caiga...  
y, al volver con la llama de tu beso, tu esposo  
me mire, con sus ojos de niño doloroso...  
¡Y sufrir porque en vano contra el crimen me añebro,  
si te estoy poseyendo, dentro de mi cerebro!

JORGE HUBNER BEZANILLA.

Noche de noviembre de 1919.



Sra. Julia Giordano de Valencia.

# TEATRO Y MUSICA

15 de octubre a 15 de noviembre



Dr. Carlos Valencia Courbis, distinguido aficionado al canto, que dentro de poco parte a Europa a perfeccionar sus estudios.

FINALIZADAS las funciones de la Compañía Lírica oficial, de cuyo elenco solamente lograron destacarse nuestra compatriota señora Sofía del Campo, Carmen Melis y el barítono Taurino Parvis, se presentó en nuestro primer Coliseo el violinista catalán Juan Manén.

El público, reacio al principio, a causa de las múltiples defraudaciones que ha sufrido con espectáculos de gran réclame pero de calidades inferiores, aplaudió sin reserva a este virtuoso del violín, cuyo nombre puede figurar con honra al lado de Kubelik y Prenislaw.

Hemos tenido después al pianista

Risler, que a una técnica perfecta une un gran temperamento para interpretar a Beethoven y a Chopin.

Los aficionados a la opereta están de plácemes. Al teatro de la Comedia ha llegado la Compañía Valle-Csillag, que pone bien las obras y cuyos elementos se desenvuelven con discreción y propiedad. El éxito de boletería ha sido espléndido.



Carmen Melis, aplaudida intérprete de "Thais" y "Luisa".

En el Santiago ha actuado durante todo el mes la Compañía de Zarzuelas que dirige Ramón Giné. Aunque mediocre bajo el punto de vista artístico, este espectáculo

ha logrado mantenerse a causa de la carencia de otros del género.

Y nada más. Los demás teatros mantienen cartel de biógrafo.

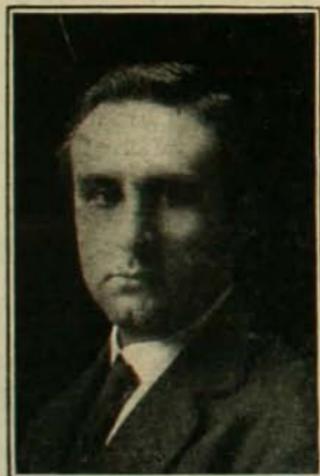
Conciertos ha habido algunos durante el mes, que lograron des-



pertar el interés del público. La señora Julia Giordano de Valencia dió un recital de canto, en el que demostró poseer excelente condiciones vocales, que desarrolladas con tino por un buen maestro, la harán una de las mejores exponentes del arte lírico nacional.

S.

Sra. Sofia del Campo de Aldunate.



Sr. Juan Manén, exímio violinista que actuó con gran éxito en el Teatro Municipal.



Sr. Francisco Izal, barítono.



La partida comenzada.—El Presidente.—Tomo el as de pique y siete cartas más al azar.

# Las noches del Hampton Club

## PIEZA INEDITA EN DOS ACTOS

Por Mouezy-eon y Armont

Traducción de Pacífico

Ilustraciones de Barrere

### PERSONAJES:

Herbert Forbes  
El Presidente  
Profesor Triggs  
Owens  
Sir Archibald

Rivers  
Colville  
Gurnbridge  
Sam  
Otros miembros del Círculo

### ACTO PRIMERO

### ESCENA I

Salón de fumar en un círculo. Puerta a la derecha 1.er plan. Puerta a la izquierda 2.o plan. Ventana al fondo. El teatro está alumbrado por una girándula eléctrica compuesta de tres lámparas.

El presidente, Sir Archibald, Profesor Triggs, Owens, Colville, Sam, después Gurnbridge.

Al levantarse el telón, el Presidente se pasea de un lado a otro. Sir Archibald, de-

'ante de una mesa, bebe. Triggs lee un periódico. Owens y Colville juegan a los dados. Todos, salvo el Presidente, revelan nerviosidad en sus palabras y en sus gestos.

Owens (tirando los dados y anunciando el punto).—Nueve.

Colville.—Doblo mi apuesta.

Owens.—Nueve. Ud. ha perdido.

Continúan jugando.

Sir Archibald.—Mozo, un whisky soda.

Sale Sam.

El Presidente (deteniéndose delante de Triggs).—¿Qué tenemos de interesante hoy, profesor Triggs?

Triggs.—Little Tom ha ganado el gran National.

El Presidente (encogiéndose de hombros).—

¿Qué puede importar eso a Ud. en este momento?

Triggs.—Es la costumbre, querido Presidente.

El Presidente.—Cierto. Fué en las carreras donde Ud. se arruinó.

Triggs.—De punta a cabo...

El Presidente.—Vamos, debía Ud. concluir aquí... ¿Un cigarro?

Le ofrece un cigarro.

Owens (jugando).—Siete.

Colville.—¿Tiene Ud. una vena, doctor!

Owens.—Sí. Eso me inquieta un poco. Si agoto mi buena suerte ahora no me quedará nada para después, (bajando la voz) para la gran partida.

Gurnbridge (entrando, elegante. Adopta un aire indiferente).—¿Buenos días, seño-



Una pregunta.—Forbes.—¿Y si yo pido formar parte del Hampton-Club?

res! (reparte apretones de manos). Mi querido Presidente... Qué espantosa temperatura... Londres se hace inhabitable. (a Triggs). ¿Ha visto el resultado del match Thompson-Jenkins? (sin esperar la respuesta, a los jugadores). ¿Juegan Uds. baccarat? (A Sir Archibald). ¿Cuántos whiskys hoy, Sir Archibald?

Colville (bajo a Owens).—Bien nervioso, esta tarde... Gurnbridge.

Owens.—La proximidad de la partida. Qué quiere Ud., es novicio. No pertenece al círculo sino hace tres días.

Colville juega.

Sir Archibald.—Sam, otro whisky...

Gurnbridge (a Triggs).—Caramba, ¡qué capacidad...!

Triggs (observando a Sir Archibald).—No está todavía completamente ebrio...

Gurnbridge.—¿Bebía él, antes de formar parte del círculo?

Triggs.—Mucho menos. Ha aumentado las dosis para afrontar la partida. Tiembla... deja caer las cartas... está nervioso...

Gurnbridge.—¡Bah! un cobarde...

Triggs.—Indulgencia, joven. Ud. no ha jugado sino dos veces y está bastante sobrecitado.

Gurnbridge.—¿Yo?

Triggs.—Usted. Ud. habla en alta voz, canturrea, fanfarronea. Todo eso es para disimularnos su angustia.

Gurnbridge.—¿Se atreve a decir que tengo miedo?

Triggs (calmado).—Ud. tiene miedo.

Gurnbridge.—Señor, si no fuera por el respeto que debo a sus canas...

El Presidente (interponiéndose).—¿Qué hay señores, qué hay!

Triggs (riendo).—Querido Presidente, este néfrito quería provocarme!

El Presidente.—¡Un duelo! ¡Vamos! ¡Es esa una institución que nuestros estatutos hacen bien inútil!

Gurnbridge (protestando).—¡Perdón...!

El Presidente.—Esperad la partida, señores. Una de estas tardes ella os pondrá de acuerdo (a Sam que entra) ¿Qué hay, Sam?

Sam le tiende una tarjeta, que él lee.

Colville (levantándose).—Tengo bastante por hoy.



Una indelicadeza. — Gurnbridge.—He querido ayudar a la suerte.

Owens.—Me debe Ud. un cigarro...

Colville (presentándole una cigarrera).—Pago inmediatamente, doctor, y así está Ud. seguro de fumarlo.

Owens, Colville y Gurnbridge salen.

El Presidente (alto).—Señores, nuestro colega Rivers nos trae una persona que desea ser de los nuestros...

Triggs.—Un nuevo... En buena hora...

Sir Archibald.—Eso aumenta nuestra buenas probabilidades para la partida.

El Presidente.—Un instante, señores. Uds. saben por experiencia cuán difícil soy para las admisiones.

Triggs.—Y Ud. tiene razón.

El Presidente.—La naturaleza especial de nuestro círculo me obliga a tomar precauciones minuciosas. Cuento, pues, con entregarme a mi encuesta habitual. Si quisieran Uds. pasar a la salita... Voy a recibir a esos señores aquí...

Triggs.—¿Por qué no en su escritorio?

El Presidente.—¡Chit! está ocupado por ese desgraciado Taylor.

Triggs.—¡Ah! ¿el ganador de ayer?

El Presidente.—Aún no le han llevado. Espero a mis hombres de un momento a

otro. Excusadme, señores, es negocio de pocos minutos. (Todos salen por el fondo. (A Sam). Sam, introduzca a esos señores aquí.

Sale por la izquierda.

**Sam** (introduciendo a Rivers y a Herbert Forbes).—Por aquí, señores, el señor Presidente ya viene.

Sale Sam.

### ESCENA II

#### Herbert Forbes, Rivers

Forbes examinando la pieza. Su calma hace contraste con la nerviosidad de Rivers.

**Forbes.**—¡Ah! ¿es aquí?

**Rivers.**—Aquí.

**Forbes.**—El sitio no tiene nada de sinietro.

**Rivers.**—¿Se lo figuraba. Ud. de otro modo?

**Forbes.**—Sí, me imaginaba una decoración especial... ¿qué se yo? Pinturas macabras, esqueletos, alumbrado verde obscuro...

**Rivers.**—Error, profundo error... No está Ud. en un cabaret parisiense... Y si gusta Ud. de las emociones violentas...

**Forbes.**—Las adoro...

**Rivers.**—La partida bastará para procurárselas... si consienten en admitirle. Querría solamente prevenirle por última vez que todo esto es muy serio y que si desea revocar su decisión...

**Forbes.**—Tranquiliéese: es irrevocable.

### ESCENA III

**Los mismos, el Presidente**  
**El Presidente** (entrando

con un pequeño libro bajo el brazo).—Buenos días, señores. (A Rivers, apretándole la mano). ¿Cómo va?

**Rivers.**—A maravilla, querido Presidente. Le traigo un recluta.

Un robo.—Cólville.—Hallé la manera de escamotear cinco mil libras.

**El Presidente.**—¡Ah, ah! ¿El señor querría formar parte del Círculo?

**Forbes.**—Sí, señor.

**El Presidente.**—Síntese, pues, tenga la bondad. (A Rivers). ¿Quiere decirme, querido amigo, dónde y cuándo conoció Ud. a este caballero...? (A Forbes). Le pido perdón, pero nuestros reglamentos nos obligan a esta formalidad.

**Forbes.**—Como guste...

**Rivers.**—Conocí al señor por primera vez anteayer, en Carlton. Se hallaba en una mesa, cerca de mí, y yo dejé, según parece, escapar ciertas frases que despertaron su atención.

**El Presidente.**—¿Qué frases?

**Rivers.**—Dios me perdone... Yo había bebido algunos cocktails y debo confesar que mi memoria... En fin, que he debido hablar de nuestro club (gesto de contrariedad del Presidente) sin dar ningún detalle, por cierto!...

**El Presidente** (seco).—¡Continúe!

**Forbes** (interviniendo).—Las palabras de este caballero no hubiesen llamado mi atención si, desde hace algún tiempo, no anduviera yo a caza de indicios que me permitieran descubrir vuestro Círculo.

**El Presidente.**—¿Se conoce su existencia?

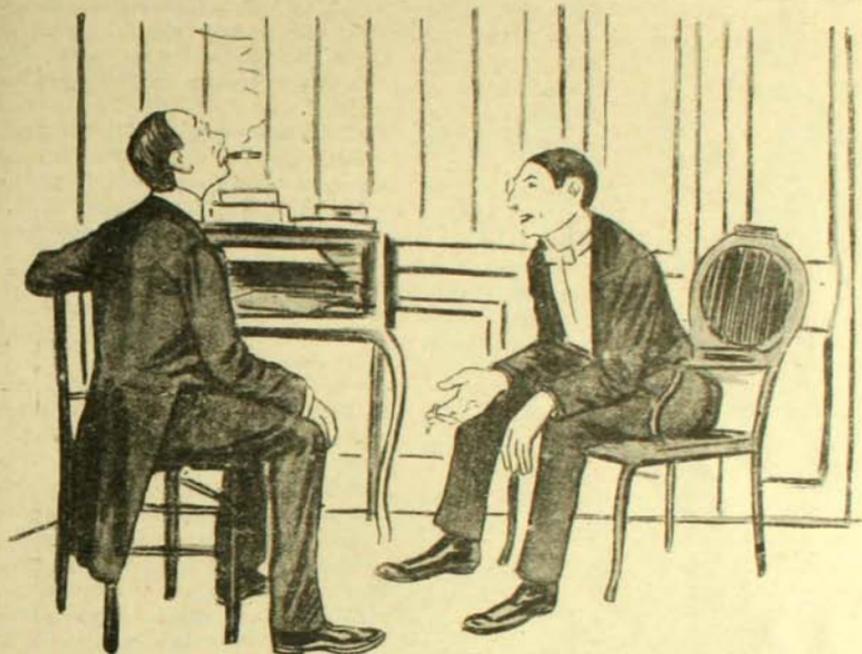
**Forbes.**—Sí y no... La historia circula en el aire. Es una especie de leyenda que se masculla al oído.

**El Presidente.**—¿Verdad? ¿Y qué dice esa leyenda?

**Forbes.**—Dice que el Hampton Club es la última palabra del confort moderno. En este siglo, en el cual los hombres han puesto en obra todo para ahorrarse los gastos inútiles, quedaba uno cuyo esfuerzo debía ser inevitable: el que es menester cumplir para desembarazarse de la vida. Los ferrocarriles, el automóvil han suprimido las distancias terrestres. Nos era preciso, por nuestras solas fuerzas, trasportarnos al más allá... Y bien, como no todo el mundo tiene el valor de apoyar sobre su sien el cañón de un revólver o beber el brevaaje liberador... Sé, por mi parte, que yo soy incapaz. El Hampton Club habría sido, pues, fundado para remediar nuestra cobardía.

**El Presidente.**—Y el señor Rivers le ha confirmado...





**Una investigación.—Forbes.**—La vida ha de jado de agradarme, y cuento con Ud. para ponerle fin.

**Forbes.**—¡Oh! el señor Rivers no ha querido responder de otra manera que presentándose a Ud. Vengo, pues, a solicitar mi admisión.

**El Presidente** (levantándose).—Admirablemente. Comprendo ahora, señor, con qué fin su amigo le ha traído aquí. El se ha reído a sus expensas y ha contado conmigo para continuar la mistificación.

**Rivers.**—Perdón, yo...

**El Presidente** (interrumpiéndole).—Vamos, vamos, querido amigo, Ud. tiene cuando bebe, la broma macabra, pero no me conviene asociarme a ella. (A Forbes). Créame, señor, el Círculo de que Ud. habla, si acaso existe fuera de su imaginación, no tiene nada de común con la muy correcta asociación que yo presido.

**Forbes.**—¡Sea...! ¿Y si yo solicitara formar parte del Hampton Club?

**El Presidente.**—Le respondería que estamos completos y que no puedo recibir ningún nuevo miembro.

**Forbes** (a Rivers).—¿No tiene Ud. nada qué decir a esto?

**Rivers.**—No tengo sino que inclinarme ante las decisiones del señor Presidente.

**Forbes.**—Muy bien, señores; pero Uds. encontrarán natural que yo no esté muy satisfecho con este rechazo.

**El Presidente.**—¿Qué le hemos de hacer!

**Forbes** (enfadándose).—A mí no me engañan con vuestras denegaciones. (Mostrando a Rivers). El señor no me ha traído aquí para proporcionar a Ud. la ocasión de reír de mi credulidad... El Círculo del cual hablamos existe. Tengo delante de mí a su Presidente y a uno de sus miembros; y yo persisto en solicitar, o para expresarme mejor, en exigir mi admisión.

**El Presidente.**—¿En exigir?

**Forbes.**—Sí, señor. Ud. habrá conocido ciertamente a muchas personas en el mismo estado de espíritu que yo; para ignorar que es imprudente oponerse a sus fantasías supremas.

**El Presidente.**—Pero, yo le afirmo...

**Forbes** (interrumpiendo).—Si no me presta el servicio que espero de Ud., tendrá



Una comprobación.—Me aburría como un ratón muerto.

brado, y porque nuestro amigo Rivers, no conociéndole a usted, no podía cubrirle con su garantía. Consiento, pues, en examinar seriamente su demanda. (A Rivers). Le ruego, querido amigo, volver a donde nuestros colegas para dejarme hacer al señor las preguntas usuales.

Rivers (levantándose).—Con el mayor gusto, querido Presidente. (A Forbes) Hasta la vista.

Forbes.—Hasta la vista y gracias.  
Rivers sale.

#### ESCENA IV

#### Forbes, el Presidente

El Presidente (abriendo su libro).—Veamos, ¿cómo se llama Ud.?

Forbes (después de una ligera vacilación).—Hopkinson... Silas Hopkinson.

El Presidente.—¿Su dirección?

Forbes.—Oxford Street, número 23.

El Presidente.—¿Su profesión?

Forbes.—He hecho un poco de todo... Últimamente... me ocupaba en seguros... No me ha ido muy bien.

El Presidente.—¿Por qué desea Ud. morir?

Forbes.—No tengo un centavo y soy pere-

que arrepentirse... ¡créame! Me bastará gritar en todas partes que en el Hampton Club ocurren cosas extrañas.

El Presidente (cambiando de tono).—Puesto que Ud. toma la cosa de ese modo, no me haría gracia prolongar mi resistencia.

Forbes.—En buena hora.

El Presidente.—Si me he resistido ha sido porque Ud. me llegaba de una manera imprevista, muy diferente de lo acostum-

zoso. La vida es una comedia que es preciso interrumpir desde el momento en que nos aburre. Ya ha cesado de agradarme, y cuento con Ud. para ponerle fin.

El Presidente.—Sea. Los motivos más frívolos en apariencia suelen ser los más poderosos para conducir al suicidio. Me dice Ud. que no tiene dinero. Pero podrá, sin embargo, pagar la cuota de reglamento.

Forbes.—Ciertamente.

El Presidente.—Es bastante subida.

Forbes.—El señor Rivers me ha dicho la cantidad. Tenga...

Le entrega un sobre.

El Presidente.—Bien. Aún debe Ud. llenar otra formalidad. Tenga la bondad de leer esta declaración, y firmarla.

Forbes (leyendo).—Yo, el suscrito, etc... afirmo haberme dado la muerte voluntariamente. Comprendo. Es para poner vuestra responsabilidad a cubierto.

El Presidente.—Sí. Ordinariamente procedo de manera de ahorrarme este papel; pero bastaría una circunstancia desgraciada... nunca se es demasiado prudente.

Forbes.—Evidentemente. (Firma). Ya está hecho.

El Presidente (tomando el papel).—Gracias.

Forbes.—¿Quiere Ud. permitirme que a mi vez le haga una pregunta?

El Presidente.—Si puedo responder...

Forbes.—¿Debo perecer necesariamente esta tarde o da Ud. algún plazo a los que vienen a pedirle su ayuda?

El Presidente.—Eso dependerá de su suerte. Algunos hay que frecuentan el club hace varios meses y que esperan todavía la señal de su desaparición. Otros no han jugado sino una sola vez la partida...

Forbes.—¿Cuándo tiene lugar esa partida?

El Presidente.—Todas las noches, aquí mismo, a las doce.

Forbes.—Perfectamente. Y ahora quisiera que Ud. me presentase a mis colegas.

El Presidente.—¡Oh! las personas que entran aquí no usan etiqueta. En fin, si Ud. quiere... (A Sam, que entra). Diga a esos caballeros que tengan la bondad de venir. (Sam sale. A Forbes). Voy a abrir-



Un secreto.—Forbes.—Y cuál será la manera como desapareceréis?—Triggs.—No sé nada... es secreto del señor Presidente.

les el acceso a esta pieza, que es nuestro salón de fumar y nuestra sala de juego.

El Presidente sale.

ESCENA VI

Forbes, Rivers, Sir Archibald, Profesor Triggs, Owens, Gurnbridge, Colville, nuevos miembros, Sam, después el Presidente, dos hombres.

Durante toda esta escena se fumá, se conversa, se bebe. Las actitudes preocupadas de algunos contrastan con la alegría demasiado bulliciosa de otros.

**El Presidente.**—Señores, tengo el placer de anunciaros la recepción de un nuevo colega.

Rodean a Forbes.

**Rivers (a Forbes).**—Ya es Ud. de los nuestros... me complazco en ser el primero que le felicita.

**Forbes.**—Muchas gracias.

**Sir Archibald.**—Diga Ud., ¿el nuevo paga el champagne...? Es la costumbre...

**Forbes.**—Con el mayor gusto... ¿Mozo?

Habla bajo a Sam y le da dinero.

**Sir Archibald.**—Viva el nuevo. Hurrah por el nuevo.

**Colville (a Forbes).**—Encantado, señor, de conocerle.

**Forbes.**—Lo mismo yo, señor.

**Colville.**—Ya estamos, pues, en la antecámara del infierno.

**Forbes.**—Así es.

**Owens.**—¿Será mucha indiscreción preguntarle qué le ha traído aquí?

**Forbes.**—Pero...

**Owens.**—Si mi pregunta le parece inoportuna no me responda... Ordinariamente no experimentamos ninguna vergüenza en mostrar nuestras pequeñas torpezas. Es una satisfacción suprema, antes de dejar este lugar de delicias, ver a algunos de nuestros semejantes desligados, al aproximarse la muerte, de todos los prejuicios sociales, y mostrando al desnudo sus almas de fango.

**Forbes.**—Diablo, Uds. ven la humanidad a través de un prisma...

**Owens.**—Exactamente, no lo dude. Si quiere convencerse de ello, no tiene sino que interrogar a estos señores. (Llamando). Gurnbridge...

**Gurnbridge.**—¿Doctor?

**Owens.**—Díganos las razones que le han traído aquí.

**Gurnbridge.**—Yo perdía al juego, quise ayudar a la suerte, me sorprendieron... Y como pertenezco a una familia honorable...

**Owens.**—¿Y Ud. Colville?

**Colville (aproximándose).**—Yo, en dos años he hallado el medio de escamotear cinco mil libras y hacer tres falsificaciones caracterizadas. Mi padre pagó, pero me expulsó de mi casa... Mi madre murió de pesar... (A Owens). ¿Ud. juega?

**Sir Archibald.**—¿Eh, nuevo!... Famoso su champagne... La sola cosa que echaré de menos de nuestro sucio planeta.

**Forbes.**—¿Tantas penas ha sufrido?

**Sir Archibald.**—¿Yo? Absolutamente. Soy rico, muy rico. He realizado siempre todas mis fantasías... y Dios sabe las que solía tener.

**Forbes.**—¿Y entonces?

**Sir Archibald.**—Me aburría, amigo... Me aburría como un ratón muerto. Imagine-se que no hacía sino desear una cosa para tenerla inmediatamente. Todo me cansa.

**Forbes.**—¿Ah!

**Sir Archibald.**—Si le dijera lo que he intentado para distraerme... Toda la gama de las excitaciones y de las orgías. ¡Bah! el juego, el amor, las mujeres! ¡Oh! ¿creerá Ud. que un día maté a una?

**Forbes.**—¿De veras?

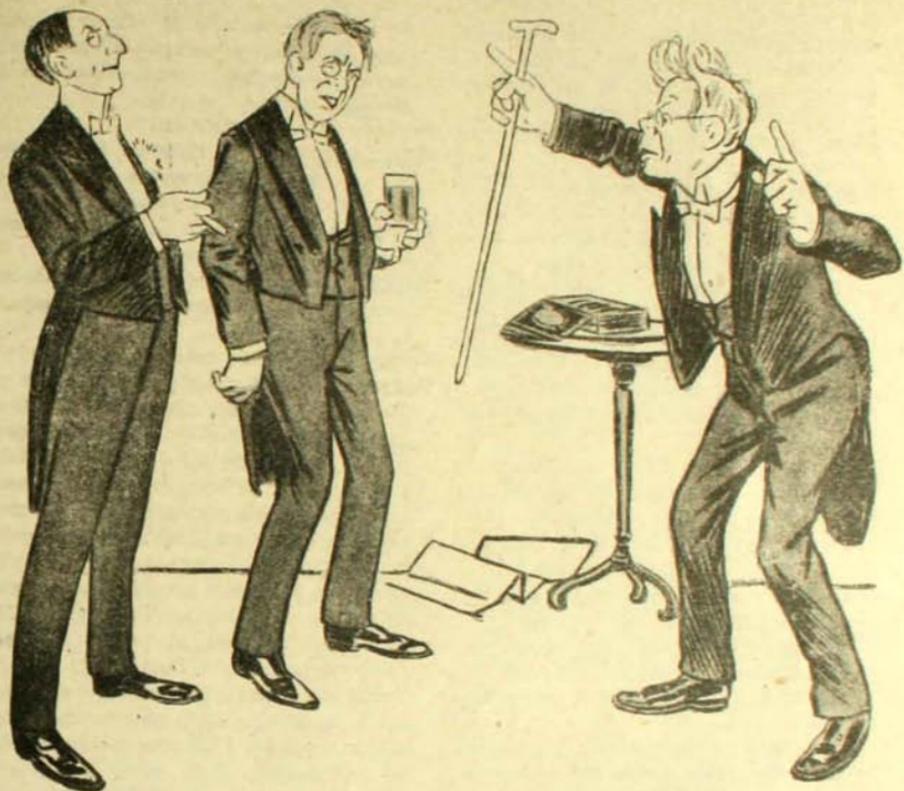
**Sir Archibald.**—Sí, mi amigo. Le apreté el cuello, dulcemente primero, como por embromar, después más fuerte, siempre más fuerte, su cabeza se ponía violeta... con ojos espantados que giraban en su órbita... ¡Y cómo gemía ella! (Ríe, después calla). De todos modos, es éste uno de mis buenos recuerdos...

**Forbes.**—¿No le detuvieron?

**Sir Archibald.**—No... Eso me hubiera divertido tal vez. Tomaron a un inocente en mi lugar... ¿Una copa de champagne?

**Forbes.**—Gracias...

**Sir Archibald.**—Hace Ud. muy mal. Esto



Una... idumbre.—Triggs.—Donde se esconda, en las veinticuatro horas que se siguen a su condenación, la sentencia será ejecutada.

envalentona mucho para jugar la partida.

**Forbes.**—¿Podrá decirme en qué consiste esa famosa partida?

**Sir Archibald.**—¿Cómo! ¿No lo sabe Ud.? Espere. El decano le va a explicar... Eso le divierte... Yo estoy ocupado (señala la botella). Diga, profesor Triggs, ¿quiere Ud. poner al corriente a este caballero?

**Triggs** (aproximándose).—Con mucho gusto. (A Forbes). No ha podido caer Ud. en mejores manos. Hace un año que formo parte de este círculo.

**Forbes.**—¿Un año? Pero, entonces Ud. no está aquí para...

**Triggs.**—¿Para morir? Para eso, precisamente, como todos los demás. Vengo regularmente, salvo cuando una crisis demasiado fuerte me clava en el lecho.

**Forbes.**—¿Está Ud. enfermo?

**Triggs.**—Tengo una enfermedad al corazón, y las emociones que vengo a buscar aquí no son las más a propósito para mejorar mi estado. Porque, en fin, por mala, por extraordinariamente mala que haya sido mi suerte, un día u otro, ¿no es verdad? habré de ganar.

**Forbes.**—¿Y entonces?

**Triggs.**—El club contará un miembro menos.

**Forbes.**—¿Y en qué forma desaparecerá Ud?

**Triggs.**—No sé nada... No sabré jamás nada... Este es el secreto del Presidente.

**Forbes.**—¿El Presidente no es miembro del círculo como nosotros?

**Triggs.**—¿El? ¡oh, no! Lo es permanente. El no juega. Baraja las cartas, las dis-

- tribuye y cuida de ejecutar la sentencia del destino. ¡Y si Ud. supiera qué imaginación, qué fertilidad de invenciones espiega para llenar su cometido!
- Forbes.**—¿Cierto? ¿No se sabe nunca cómo ha de morir uno?
- Triggs.**—Jamás, señor. Gracias a él, y por muchas precauciones que Ud. quisiera tomar, la muerte le llega siempre de una manera imprevista, como el rayo.
- Rivers.**—Ese hombre es una especie de genio. Hace dos años que desempeña en Londres su útil profesión, y jamás la sombra de una sospecha le ha alcanzado.
- Forbes.**—¿Es en el interior del círculo donde desaparecen los hombres designados por la suerte?
- Triggs.**—No siempre. Unos sucumben en una calle apartada bajo el cuchillo de un malhechor, otros encuentran la muerte en una partida de boga en el Támesis. Otros perecen envenenados por error.
- Forbes.**—¿Y estos... accidentes son siempre premeditados por ese hombre?
- Rivers.**—Siempre. El obra con ayuda de emisarios desconocidos de nosotros, de una habilidad y una audacia desconcertantes.
- Triggs.**—Donde quiera que Ud. se esconda, en las veinticuatro horas que se siguen a su condenación, la sentencia es siempre ejecutada, aquí como fuera del círculo.
- Forbes.**—¿Aquí?
- Rivers.**—Aquí... Triggs, ¿recuerda Ud. la desaparición de Turner?
- Triggs.**—Sí. Es inexplicable... Designado por la suerte, Turner se había sentado en ese sillón... Nosotros nos habíamos retirado a la galería. Cuando volvimos, al cabo de un instante, Turner no estaba ya. No le hemos vuelto a ver jamás... Note bien que esa noche ningún extraño había penetrado al círculo, y que el Presidente no nos había dejado un minuto.
- Rivers.**—Es de creer que este hombre posee medios misteriosos de dar la muerte a distancia.
- Forbes.**—¿Y si alguno cambiara de idea y estuviera resuelto a defenderse?
- Triggs.**—Inútil, mi querido amigo... si eso fuera posible, no habría uno de nosotros que habiendo jugado y perdido su vida, no estuviera tentado de retirar su postura. Y de esto precisamente nace la intensa, la horrible voluptuosidad de la partida.
- Forbes.**—¿La voluptuosidad?
- Triggs.**—Sí, señor... Para un jugador como yo, este club representa el último, el más deleitable de los placeres.
- Forbes.**—¿Es la idea de la muerte la que le recrea hasta ese punto?
- Triggs.**—¿La muerte? al contrario. Ella me inspira un temor horroroso... un espanto indecible...
- Forbes.**—¿Y cuál es entonces el placer?
- Triggs.**—... Viene precisamente de que yo juego con este espanto... Soy jugador, jugador empedernido. Los pocos goces que he hallado en la existencia, los debo a esta pasión, la sola que procura emociones poderosas, que hace vibrar los nervios, que comprime el corazón, que aprieta la garganta. Desgraciadamente, tales emociones extenuan pronto. Yo he debido poco a poco forzar las posturas. He jugado mi fortuna, mi honor... Ahora juego mi cabeza... ¿Comprende Ud...? Todas las tardes aquí, arriesgo mi cabeza. Y la gano, señor, la gano todas las tardes desde hace un año, porque mi vena es insolente. Pero en el instante de volver una carta, qué minutos de angustias, qué espantos deliciosos...
- Forbes.**—¿Vuelve una carta, dice? ¿Son pues, las cartas las que designan cada día a la víctima?
- Triggs.**—Precisamente.
- Forbes.**—¿Y en qué consiste el juego?
- Triggs.**—Es muy sencillo. Se toma un número de cartas...
- El Presidente** (entra precedido de dos hombres que conducen una parihuela sobre la cual se halla un cuerpo envuelto en una sábana). Por aquí... Pido perdón, señores, pero Uds. saben, no tenemos sino este pasaje.
- Frió general. Las conversaciones cesan. Los hombres salen.
- Forbes.**—¿Qué es eso?
- Triggs.**—El ganador de ayer tarde. El pobre Taylor. Un muchacho verdaderamente encantador. No fué mucho tiempo de los nuestros.

SEGUNDO ACTO

Primer cuadro

ESCENA I

Triggs, Forbes, Rivers, Colville, Gurnbridge, Owens, Sir Archibald, un jugador, después el Presidente, después Sam.

Al levantarse el telón los personajes del acto precedente están sentados alrededor de una gran mesa.

Triggs (a Forbes).—Nuestro juego es de una sencillez infantil... Se toma un paquete de treinta y dos cartas... de las cuales sólo se utiliza un número proporcionado al de los jugadores... Es decir, hoy día...

Observa su alrededor.

Rivers.—Ocho exactamente.

Colville.—Esta tarde la partida será corta.

Gurnbridge (riendo nerviosamente).—¡Corta, pero buena!

Triggs (a Forbes).—Tomaremos, pues, ocho cartas a las cuales se agregará un as de pique.

Forbes.—¡Ah! ¿es el as de pique el que designa?

Gurnbridge.—...Al feliz ganador... 'Sí, señor.

Ríe.

Triggs (impacientado).—No se moleste...

Gurnbridge (agresivo).—¿En qué, señor?

Triggs.—Riendo sin tener ganas.

Gurnbridge (vejado).—Eso le incomoda.

(Triggs le vuelve la espalda. Aparte). Este viejo comienza a cargarme.

Conversa con Colville.

Forbes (a Triggs).—¿Decía Ud?

Triggs.—Cada jugador recibe una carta. (Entra el Presidente). Pero he aquí al presidente. Ud. comprenderá pronto viéndole hacer.

Owens.—La mejor manera de aprender un juego es jugarlo.

El jugador.—Y los principiantes tienen suerte generalmente.

Gurnbridge.—¡No tenga demasiada, señor! Ríe.

Triggs (a Forbes).—Créame, este señor es insoportable!

El Presidente.—Señores, tengan la bondad de tomar asiento.

Sir Archibald (entrando con una botella de champagne).—¡Un instante, Presidente! ¡Un instante! Me he propuesto concluir esta botella.

Durante el tiempo que sigue, bebe.

El Presidente.—Sea. No tenemos mucha prisa.

Gurnbridge.—Tenemos la eternidad delante de nosotros.

Sir Archibald.—¡Bebo, pues, por la eternidad...! nuestro fin común.

Owens.—Es decir, por el reposo definitivo.

Triggs.—...En el no ser.

Rivers.—O en otra vida menos cruel.

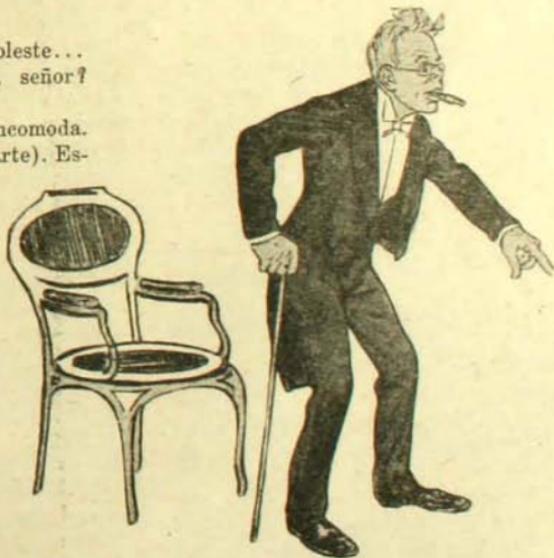
Owens (encogiéndose de hombros).—¡Cállese el místico!

Rivers.—Perfectamente, señor. No todo habrá concluido para mí cuando el Presidente me haya desembarazado de mi andrajo humano.

Triggs (irónico).—Entendido... Ud. renacerá de su podredumbre.

Owens (mismo juego).—Y vendrá Ud. a decirnoslo.

El Presidente.—¡Señores! ¡Tregua en vuestras discusiones metafísicas! Pronto sabréis de cierto sobre el más allá.



Una apuesta.—Triggs.—Todas las tardes aquí. ¿a mi cabeza lo que arriesgo?

- Sir Archibald.**—Bien dicho. A la salud del Presidente.  
**Bebe.**
- Triggs** (muy nervioso).—Perdemos el tiempo con éste borracho.
- Sir Archibald** (levantando su vaso).—Por el nuevo, por la buena suerte del nuevo.
- Forbes** (serio).—Muchas gracias.
- El Presidente.**—Señores, cuando Uds. quieran.
- Gurnbridge.**—¡Ya!  
 Se sientan alrededor de la mesa.
- Rivers** (a Triggs que se bambolea).—¿Está Ud. enfermo?
- Triggs** (falto de respiración).—No... es... nervioso... al comienzo de cada partida... mi corazón se agita.  
 Forbes va a tomar el lugar de Sir Archibald.
- Sir Archibald.**—¡Mi lugar, maldito muchacho!
- Forbes.**—Le pido perdón.
- El Presidente.**—Siéntese aquí. Este sitio está libre.  
 Forbes se sienta.
- El jugador.**—El lugar de ese pobre Taylor.
- Rivers.**—Y del alemán de lentes que no vino sino una vez.
- Triggs.**—Y de Humphrey, Smith, y de tantos otros que ninguno de ustedes, señores, pudo conocer.
- Colville.**—¡Ah! es un sitio famoso.
- El Presidente.**—Señores, he aquí el naipe. La faja está intacta... (la hace saltar y esparce el naipe sobre la mesa). Tomo el as de pique y siete cartas más al azar. (Lo hace y tira las cartas inútiles). Baraja... ¿Quién quiere alzar?
- Triggs.**—¡Yo!
- Gurnbridge.**—¡Ah, no! ¡No todas las tardes!
- Sir Archibald.**—¿Por qué no dejamos que alee el nuevo?
- Colville.**—Sí, eso es. ¡Que alee el recién llegado!
- El Presidente.**—Señor, Ud.
- Forbes.**—Con todo gusto.  
 Alza en medio de un silencio religioso.
- El Presidente.**—Señores, la partida comienza.
- Gurnbridge** ríe.
- Triggs.**—¡Cállese, por favor!
- El Presidente** (dando una carta a cada jugador. Forbes va a volver la suya; el
- Presidente lo detiene).—Espere, señor. Los jugadores vuelven sus cartas por turno. Es la regla.
- Triggs** (embromando).—Es nuestra última emoción. Es preciso hacerla durar.
- El Presidente.**—A Ud., Owens.
- Owens** (que está sentado al lado del Presidente, volviendo su carta, anuncia, muy calmado).—¡Ocho de carreau!
- Sir Archibald.**—Vamos, doctor, tampoco ha sido esta vez.
- Owens.**—¡Qué quiere Ud... no tengo suerte...!
- Gurnbridge** ríe nerviosamente.
- Colville.**—Tenga la bondad de callarse, hay necesidad de silencio.
- El Presidente.**—¡Chit! Vamos, señores. (A Colville que no se decide a volver su carta). ¿Qué hubo, Colville?
- Colville,** con la voz estrangulada).—¡Rey de trébol!
- El jugador** (después de una larga vacilación).—¡Diez de pique!
- Todos.**—¡A Ud., Sir Archibald!
- Sir Archibald** (temblando de miedo).—¿Están Uds. seguros? ¿Es a mí?
- Sir Archibald** tiembla de miedo y parece próximo a desmayarse.
- Owens** (dándole un gran vaso de whisky).—Vamos, todavía no ha completado su número esta tarde. Tome, beba todavía éste.
- Sir Archibald** vacía el vaso de un trago y vuelve su carta sin mirarla.
- Owens** (anuncia).—Diez de carreau.
- Gurnbridge** (a Triggs que levanta la punta de su carta).—Triggs, no brujulee su carta, no estamos jugando poker.
- Triggs** (con la voz estrangulada).—Es un as.
- El Presidente.**—No es quizás el bueno. El as de corazón está en el juego.
- Rivers.**—¡Muy bien! Para usted que gusta de las emociones fuertes.
- Triggs** (lívido, con los ojos fuera de las órbitas, balbuceando a Rivers).—Señor... le ruego... vuelva usted mi carta... No me siento bien.
- El Presidente.**—Vamos, Triggs. Usted sabe que el reglamento no autoriza estas complacencias.
- Todos.**—¡Coraje, profesor! ¡Decídase!
- Triggs** (volviendo la carta anunciada, con

alegría).—Corazón, es el as de...

Se levanta, bate el aire con los brazos y cae como una masa. El Presidente y los tres jugadores que aún no han vuelto su carta no se mueven. Los otros jugadores le rodean.

Colville.—Es un síncope.

Sir Archibald.—¡Desnúdenle!

El Presidente (tocando la campanilla).—Véalo, doctor.

Owens (examinando a Triggs).—Es una ruptura de aneurisma... No hay nada que hacer...

Colville.—El decano ha jugado demasiado con sus emociones...

El Presidente (a Sam que entra).—Ayude al señor Owens a transportar al señor Triggs. (A Rivers). A Ud., señor.

Durante este tiempo, Sam y Owens ponen a Triggs a un lado.

Rivers.—Permitame, Presidente. Puesto que hay un muerto, la partida ha terminado esta tarde.

Gurnbridge. (levantándose).—Soy de la misma opinión.

Forbes (mismo juego).—Yo también.

El Presidente.—Perdón, señores, el accidente sobrevenido al profesor Triggs no es una consecuencia de la partida.

Rivers.—¡Qué importa!

Gurnbridge.—¿Acaso el Hampton Club no cuenta un miembro menos?

El Presidente.—¡Vamos, señores!... Vuestra insistencia me extraña... ¿La partida ha terminado?

Gurnbridge.—No, pero...

El Presidente.—¿Alguien ha ganado esta noche?

Forbes.—Da lo mismo, puesto que Triggs...

El Presidente (enérgico).—Señores, estoy aquí para aplicar los reglamentos del club y no permitiré que se les trasgredan en ninguna circunstancia!

Colville.—¡Tiene Ud. razón!

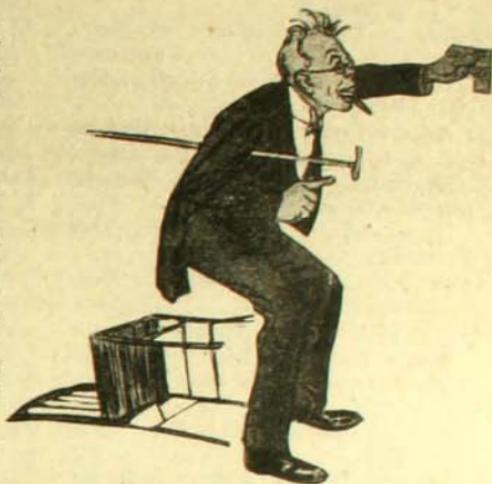
Sir Archibald.—Por cierto que tiene razón. ¡Salta a los ojos!

Owens.—Hay reglamentos y es preciso aplicarlos.

El jugador.—¡El fin, el fin de la partida!

El Presidente.—Ustedes ven cómo tienen en su contra a la mayoría. (A Rivers). Vamos, Rivers.

Rivers.—¡Sea...! Después de todo... está noche o mañana... (Se sienta



Un gusto.—Triggs (con gozo).—Corazón. Es el as de corazón.

y vuelve su carta). Reina de corazón.

Gurnbridge (temb'ando).—Una probabilidad... No tengo sino una probabilidad sobre dos.

Los otros personajes se agrupan alrededor de Gurnbridge y Forbes.

Colville.—El as no quiere salir esta noche.

Archibald (a Forbes).—¡Eh, nuevo! La partida se anuncia buena para usted...

El Presidente (a Gurnbridge, que da muestras de abatimiento).—Gurnbridge, ¿quiere un vaso de whisky?

Gurnbridge (desfalleciendo).—Gracias... Excusadme... Son... mis malditos nervios...

Forbes (muy nervioso).—¡Oh... concluyamos pronto con esta broma...!

Vuelve bruscamente su carta.

Rivers.—¡El as de pique!

Forbes (aparte, contrariado).—¡Esto tenía que suceder!

Gurnbridge.—El as... él lo tiene... (Vuelve su carta). ¡Ocho de pique!

El Presidente (a Forbes).—Ud. ha ganado, señor.

Toca la campanilla.

Colville.—¡La primera noche...! ¡Qué ven a más admirable!

Owens.—El lugar de Taylor... ¡Cuando les decía yo que era bueno!

Sir Archibald.—Mi querido amigo, permítame felicitarlo.

Le estrechan la mano.

**Forbes** (procurando sonreír).—Señores... soy muy sensible... (Al Presidente).  
¿Podría decirle una palabra en particular...?

**El Presidente**.—Por cierto, señor. Esta noche no podemos rehusar a Ud. nada...

**Sir Archibald**.—¡Bueno...! (A Colville).  
¿Vamos a fumar un cigarro...?

Salen seguidos de un jugador y de Gurnbridge.

**Rivers** (a Forbes).—Hasta luego... Espero volverle a ver antes...

**Forbes**.—Yo también lo espero...

Rivers sale seguido de Sam, que ha concluido de arreglar la mesa.

## ESCENA II

**El Presidente, Forbes, después todos los demás personajes, salvo Triggs.**

**El Presidente**.—Escucho, señor.

**Forbes**.—Se trata de lo siguiente. Quisiera saber, ahora que estoy condenado, ¿qué género de muerte me reserva Ud.?

**El Presidente**.—Es imposible, señor. Bástele saber que para Ud. como para los colegas que le han precedido, ella será imprevista y fulminante... ¡No la verá Ud. venir y no sufrirá!

**Forbes**.—Sin embargo, ¿puedo al menos conocer el lugar de mi ejecución?

**El Presidente**.—Tampoco... Será quizás este salón, puede ser la antecámara... la escalera que conduce a la calle, la calle misma... su propia casa... No se preocupe Ud. de nada... dedíquese a sus ocupaciones habituales... fíese Ud. de mí...

**Forbes** (cambiando de tono).—Basta ya, señor... Veo que es prudente informar a Ud. acerca de mi verdadera calidad.

**El Presidente**.—¿Para qué? ¡Su pasado nos importa poco!

**Forbes**.—No me comprende. Yo no he venido aquí para morir... Yo le he engañado... Quiero vivir aún... Los propios reglamentos de vuestra asociación me han hecho amar la vida más de lo que yo creía amarla.

**El Presidente** (sonriente).—¡Muy bien! Es la habitual excusa de nuestros perdedores!

**Forbes**.—Perdón... No es...

**El Presidente** (interrumpiéndolo).—Son raros, señor, más y más raros, los hombres que habiendo vuelto el as fatal, tomen la cosa con bien y acepten el mandato de la suerte, sin recriminar... como buenos jugadores...

**Forbes**.—Por lo que a mí concierne...

**El Presidente**.—Sí... Sí... ¡Va Ud. a suplicarme, a ofrecermelo dinero, amenazarme tal vez...! Pues bien, ahórrese ese trabajo. Soy el ejecutor ciego y sordo de un reglamento inexorable. Al franquear nuestro umbral, Ud. mismo se ha borrado de la lista de los vivos.

**Forbes** (impaciente).—¡Es que Ud. se equivoca, señor! Una vez más le repito que mi caso no es el de vuestros clientes habituales... Soy periodista y me llamo Herbert Forbes. He aquí mi tarjeta. Probablemente, Ud. habrá oído hablar...

**El Presidente** (amable).—Mucho... He leído sus artículos.

**Forbes**.—Deseaba conocer y hacer conocer a mis lectores el Hampton Club (vivamente) ¡oh, tranquilícese Ud...! Le doy mi palabra de honor de que nada trascenderá de todo lo que he visto esta noche.

**El Presidente** (sonriendo).—De ello estoy bien persuadido... Continúe...

**Forbes**.—Ud. adivina el resto. Para satisfacer mi curiosidad, he debido emplear el único subterfugio que me permitía el acceso a este club, y me he presentado a Ud. como un desesperado. Ahora concibo que habría algún peligro en prolongar el engaño, y por eso pido a Ud. mi libertad... bajo reserva de mi entera discreción.

**El Presidente**.—Lo siento muchísimo, señor, pero que diga o no la verdad, debo atenerme a su primera declaración.

**Forbes**.—¿Cómo! Ud. persistiría...

**El Presidente**.—Le he prevenido que no se trataba de una broma... Ud. ha pasado por sobre mi advertencia... Ya no es tiempo de volver atrás... Nuestros estatutos son formales...

**Forbes**.—Una vez más le digo que mi caso es particular...

**El Presidente**.—Es mucho más grave. Un

periodista en el Círculo... Estaríamos a merced de una indiscreción.

**Forbes.**—Yo le juro.

**El Presidente.**—Ud. no saldrá de aquí...

**Forbes.**—Pero entonces, señor... ¡Yo he caído en una emboscada!

**El Presidente.**—¿Quién os atrajo a ella?

**Forbes.**—Ud. sería un asesino...

**El Presidente.**—¡Oh, señor! ¡Le ruego! Nada de palabras malsonantes... Nuestros colegas son todos caballeros...

**Forbes (encolerizándose).**—¡Sí! ¡Un atado de locos y degenerados!

**El Presidente.**—Señor...

**Forbes.**—Presididos por un canalla...

**El Presidente.**—Puede Ud. continuar, estoy acostumbrado a las injurias...

**Forbes.**—¡Oh! yo saldré de aquí. Y Ud. tendrá de qué arrepentirse.

Entran todos. Todos a un tiempo.

**Colville.**—¿Qué ocurre?

**Sir Archibald.**—¿Una discusión?

**Gurnbridge.**—¿Qué hay?

**Forbes.**—Señores... Les ruego... Si hay entre Uds. hombres de corazón, que me ayuden a salir de aquí sano y salvo.

**Gurnbridge.**—¿Uno más que refunfuña...!

**Forbes.**—Soy Herbert Forbes, el periodista, y para penetrar en nuestro Círculo, he pretextado intenciones que no tenía.

-Murmullo general. Todos a un tiempo:

**Sir Archibald.**—¡Buenas intenciones!

**Gurnbridge.**—¡Señor muy cómodo!

**Owens.**—¡Un periodista en el Círculo!

**Colville.**—¡No puede salir!

**Forbes (a Rivers).**—¡Señor...! ¡Señor Rivers! ¡Ud. que me trajo aquí!

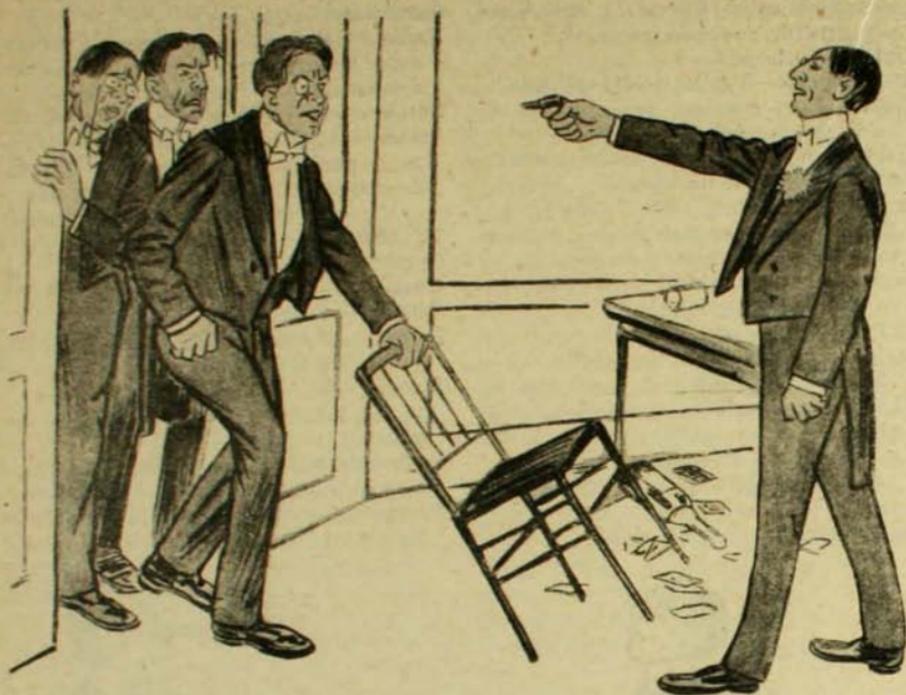
**Rivers (seco).**—Amigo, fué pedido suyo... ¡Si yo hubiera podido saber que me engañaba!

**El Presidente.**—Ud. ve que mis amigos participan mi opinión.

**Forbes.**—Muy bien... (Con la mano en el bolsillo de su vestón). Puesto que debo



Una presentación.—Forbes.—Soy periodista y me llamo Herbert Forbes.



Una amenaza.—Forbes.—Si se aproximan, les juro que tiro al grupo.

entendérmelas con bandidos, voy a emplear otros argumentos... (A los otros personajes). ¡Despéjenme esa puerta!

Todos a una:

**Colville.**—Es preciso matarle en seguida.

**Gurnbridge.**—Concluylamos con él.

**Rivers.**—Inmediatamente.

**Forbes.**—Si se aproximan, juro que disparo sobre el grupo.

**El Presidente.**—Señores, les ruego... déjenme proceder a mí.

**Sir Archibald.**—Dejemos al Presidente. Tiene costumbre.

Salen todos.

**El Presidente** (a Forbes).—No operamos con nuestras manos. La muerte vendrá a buscarle aquí imprevista... fulminante, como se lo he prometido... ¡Adiós!

Sale bruscamente. La puerta se cierra. Se oye ruido de cerrojos exteriores.

### ESCENA III

Forbes, solo

**Forbes.**—Cerrojos... Me encierran... Es

una broma (corriendo a la puerta). ¡Esta puerta...? ¡cerrada...! ¡La ventana...? Barras de hierro... Vamos... Todo está previsto... ¡Heme aquí lindamente secuestrado...!

(La electricidad se extingue). ¡La luz! ¡Apagan? Siniestros farsantes, quieren impresionarme... ¡Pues bien! sea, esperaré.

Se sienta bastante calmado, con el revólver en la mano. Cae el telón.

### ULTIMO CUADRO

La misma decoración. Al levantarse el telón, los muebles están patas arriba, la mesa de juego en tierra. Forbes, presa de una agitación violenta, marcha de un lado a otro.

### ESCENA I

Forbes, solo

**Forbes** (golpea contra la ventana y grita).  
—¡Socorro...! ¡A mí...! ¡Socorro...!

(Se deja caer en un asiento contra el cual acaba de chocar). ¡Ya no puedo más...! ¡Ya no tengo voz...! ¡Cuántas horas hace que grito...! en la obscuridad... ¡Nadie me oye...! ¡Nadie acude...! (Corriendo hacia la puerta). ¡Socorro...! ¡Socorro...! (Escucha). Pero, no me equivoco... Caminan... ahí, detrás... ¡Socorro...! ¡A mí...! (Escucha). ¡Nada...! ¡Oh esta soledad! ¡Este silencio poblado de amenazas...! Pero ¿qué quieren...? ¿dejarme morir de hambre...? (Recordando la frase del Presidente). No. La muerte vendrá imprevista... fulminante... (Llamando). ¡A mí...! ¡A mí...! (Escucha). Pasos... ¡Ah! esta vez estoy seguro... han caminado... me acechan... preparan algo... Pero, ¿qué, qué? (Palpando los muros). ¿Entrarán...? Una puerta secreta, de seguro... O bien asesinos que van a disparar sobre mí... ¡Y esta obscuridad...! ¿Cómo defenderme...? ¡Oh! Lucharé a pesar de todo... venderé cara mi piel. (Llamando). ¡Soco... (ahogándose). Ya no puedo gritar... (Delante de la botella con agua). ¡Agua...! tengo sed... (Va a beber y se detiene bruscamente). Pero esta botella... no estaba ahí hace poco... ¿Quién la ha puesto así, en evidencia? Envenenada quizás... Han pensado en que yo bebería... (Pausa). ¿Dónde está la puerta...? No encuentro la puerta. ¡Ah! ahí, pero... (a tientas). Los muebles no son los mismos. ¡No estoy ya en la misma pieza! La ventana... aquí...! aquí debería haber una

ventana... (Toca el vidrio y grita). ¡Ah! ¿qué he tocado? ¡Tan frío...! (Derriba un mueble). ¡El piso, el piso se mueve...! Un ruido... Una trampa... Abrirán... seré precipitado...! (Se levanta y camina de rodillas). No me moveré de aquí... no me moveré... (da un grito). Alguien me ha rozado... ¡Hay alguien ahí...! ¡Respóndanme o disparo...! Ya no veo nada... (Avanza y tienta el muro). ¡Nadie! ¡Es intolerable! (Corre). Nada... Me vuelvo loco... (gritando en la puerta). Consiento en morir... consiento... Pero más ligero, más ligero y decidme cómo...! ¡Por piedad... decidme cómo! No puedo permanecer más sin saber... No puedo... no puedo...

Apoya su revólver a la sién.

Se oye una detonación, después la caída de un cuerpo. La puerta del fondo se abre. La electricidad se realumbra. El Presidente entra seguido de Owens y de dos mozos del primer acto.

## ESCENA II

Forbes muerto, el Presidente, Owens y los dos mozos del primer acto.

Owens.—¿Se ha suicidado...?

El Presidente.—¿De miedo de morir...! (A los mozos, señalándoles el cuerpo). ¡Llévadle!

Owens.—¿Y Ud. lo había previsto...! Mi querido Presidente, Ud. es un hombre admirable!

El Presidente.—¿A las órdenes suyas, querido colega!

Telón



El fin.—Se oye una detonación, después la caída de un cuerpo.



Srta. ANGELA VACCARO



Don Victorino Lastarria.



Don Adolfo Valderrama.



Don José Joaquín Vallejo.

# CUENTISTAS CHILENOS

Por Guillermo Rojas Carrasco

"Al público honrado de ningún modo conviene tener noticias falsas de la calidad de las obras literarias, ni de que se toleren infracciones al buen gusto o al sentido común y se las haga aparecer como actos conforme a derecho."—Pedro N. Cruz, *Pláticas literarias*, 1889, pág. 150.



I hubiéramos de buscar el origen del cuento, tendríamos que remontarnos probablemente hasta los tiempos prehistóricos, hasta aquellos oscuros tiempos en que el hombre-niño habitaba en cavernas y en que tenía que disputar su presa a las fieras de los montes. Tal vez, al reunirse por las noches, rendidos de cansancio, y con el fin de engañar las horas mientras cuidaban que el fuego, aquel don sagrado, no se extinguiera, aquellos hombres primitivos se entretenían en contarse los percances del día; o quizás, cuando este tema se agotaba, recurrían a narrar las hazañas de sus padres o abuelos que habían vencido a tal o cual fiera. Y así, pues, desde las más remotas edades, el cuento o, para ser más precisos, el germen de lo que con el trascurso de los años se transformaría en cuento, ha tenido por objeto un fin caritativo, si podemos dar tal nombre a todo aquello que contribuye a que sintamos

lo menos posible las aburridoras horas.

Porque, sin duda alguna, el poder del cuento es inmenso. ¿Y quién hay que no se haya deleitado en su niñez escuchando los cuentos de la abuela o los de "la vieja Paulina"? ¿Quién no ha olvidado una pena por el momento que dura la lectura de un bello cuento? La fantasía oriental ha sabido interpretar perfectamente este poder del cuento al mostrarnos en "Las mil noches y una noche", cómo un príncipe va postergando diariamente la muerte de la hermosa cuentista que lo fascina con sus historias, hasta que termina por concederle la vida.

Pero es claro que no nos ocuparemos en este trabajo de los cuentos de enanos y gigantes, es decir, no nos ocuparemos de aquellas historias bellas, pero inverosímiles que relatan las viejas al calor del brasero y que han pasado ya a ser patrimonio de todas las naciones. Nuestro tema está circunscrito al cuento literario y, dentro de éste, al estudio de tal género en la literatura chilena. Antes de entrar en



Don Luis Orrego Luco.

materia es necesario hacer unas cuantas consideraciones de carácter general.

El cuento que, ampliado en su extensión y desarrollado en el número de sus episodios, dió nacimiento a la novela, es susceptible como ésta, de adoptar varias formas, según haya sido la intención o propósito del autor al escribirlo. Es así como llegamos a hacer diferencias entre cuentos de costumbres, alegóricos, psicológicos, realistas, etc. Puede darse por sentado que el más cultivado en los tiempos modernos en los países cultos, ha sido el cuento de costumbres que puede, a su vez, tener dos tendencias: o pinta ciertas costumbres con el objeto de ridiculizarlas y por ende, de corregir, o las pinta única y exclusivamente con el fin de hacer un fiel retrato de ellas. Se comprenderá hasta dónde puede subdividirse esta categoría si tomamos en cuenta que en un país hay tantas costumbres como manifestaciones tiene su vida social, comercial, etc., y más aún, si consideramos que a cualquiera de estas sub-categorías puede dársele un tono serio o jocoso.

El cuento alegórico, bastante cultivado también hoy día, sobre todo por los modernistas, trata, como su nombre lo indica, de cumplir su misión retratando tipos y costumbres de nuestro ambiente; pero procurando hacer todo bajo el velo de la pura imaginación. En este sentido es más amplio que el anterior, toda vez que al personificar tales tipos o costumbres, generaliza.

Sobre las otras categorías hablaremos a medida que sea necesario en el curso de este trabajo.

Veamos ahora cómo se ha cultivado en

Chile el cuento de costumbres. Parece ser que en nuestro país tal categoría del cuento se ha reducido casi exclusivamente a la pintura de costumbres populares. En efecto, como veremos después, los más notables de nuestros cuentistas se han contentado con retratar las costumbres y sentimientos de nuestros obreros y huasos: muy rara vez nos encontramos con cuentos que tengan por objeto hacer un retrato de las costumbres de las clases acomodadas. Nuestros autores no han explotado, pues, sino un campo de nuestro ambiente social, cosa que a nuestro juicio constituye, hasta cierto punto, un error de apreciación, porque si bien es cierto que tal vez sea éste el terreno más fecundo, no podemos tener así un cuadro completo de nuestras costumbres nacionales. Y si es verdad que pocas cosas hay tan dignas de la pluma de un escritor como las costumbres de nuestro pueblo, también es cierto que las costumbres de la clase media y de la alta sociedad, merecen asimismo, o que se las retrate por el valor que tienen en sí, o que se las censure siempre que sea necesario.

No se nos escapa, sí, que el hacer la pintura fiel de las costumbres de las clase media y alta, es un tanto más difícil, y esto por varias razones: en primer lugar, las luchas, fracasos y triunfos de los individuos de estas dos clases, exigen del que las narre una buena dosis de preparación psicológica, porque de otro modo sería incapaz de señalar los verdaderos sentimientos y pasiones que impulsan sus actos, pues sabido es que en las clases cultas se trata casi siempre de conflictos que no se resuelven ni con el puñal ni a bofetadas. Por otra parte, contribuye a hacer difícil el estudio de estas costumbres, la escasez de tradiciones de castas, lo que se debe a que en nuestro país, como en todas las naciones jóvenes, hay una renovación incesante de las clases sociales: en su mayoría, las familias de determinada clase se mantienen por pocas generaciones dentro de ella y luego suben un peldaño en la escala social: explicar el por qué de estas renovaciones es tarea que corresponde al sociólogo. De esto se desprende que si la estabilidad de las diversas capas sociales es escasa, poco tiempo hay para que se arraiguen costumbres

que verdaderamente puedan cautivar la pluma de los escritores.

Por todo esto debemos estar prevenidos que en la revisión que haremos de nuestros cuentos, priman, como ya se dijo, aquellos que tienen por héroes a individuos del pueblo, cuyas características se mantienen poco menos que invariables.

## II

Es para nosotros indudable que el cuento es, entre los géneros literarios escritos en prosa, el que ha sido cultivado con mayor empeño, y por lo mismo, con mayor acierto, por los literatos chilenos. En efecto, el número de cuentos esparcidos en libros, revistas y diarios, es asombroso: la aparición de innumerables revistas en nuestro país, durante los últimos veinte años sobre todo, ha traído, como consecuencia lógica el aumento de tales producciones, pues es natural que estas revistas recurran, entre otras cosas, a solicitar esta clase de composiciones cortas para halagar a los lectores que piden algo que les pueda entretener o interesar por un momento. Y a la inversa, la posibilidad de dar publicidad a sus producciones alienta a los aficionados a las bellas letras. Es así como, inmerecidamente muchas veces, pequeñas obras maestras han tenido tan sólo la actualidad efímera del diario o la revista, cuando el autor, por una o por otra causa, no ha podido recopilar sus escritos. Aunque este hecho es muy explicable, no por eso deja de ser lamentable, y lo es más aún cuando estos trabajos han aparecido en publicaciones de provincias, porque entonces, además de ser efímera, su actualidad está circunscrita a un radio por lo general muy pequeño.

Como se comprenderá, un estudio completo sobre esta clase de producciones debería abarcar forzosamente, además de la lectura de libros, la revisión de todas las revistas publicadas en Chile, cosa que si bien no es imposible, demandaría un espacio tan largo de tiempo, que sería obra difícil de terminar, y la cual, una vez terminada, no aumentaría tal vez sensiblemente el valor de un estudio que tiene por objeto dar en forma breve una idea sobre el

cultivo de este género literario entre nosotros, y una opinión crítica sobre sus principales manifestaciones.

\*\*\*

En orden cronológico, le corresponde el honor de ser nuestro primer gran costumbrista a **José Joaquín Vallejo**, el célebre **Jotabeche** (1811-1858), el ingenioso copiapino que con tanta sal y donaire condimentara los frutos de su intelecto. Creemos que nos asiste razón para pensar que sería inútil que nos extendiéramos demasiado en comentar en detalle la labor literaria de este ingenio, tanto porque ella es lo suficientemente conocida, cuanto porque ya lo han hecho plumas más autorizadas que la nuestra: don Alberto Edwards ha hecho al respecto un excelente estudio, con gran acopio de datos, en su prólogo al volumen VI de la "Biblioteca de Escritores de Chile", volumen destinado a dar cabida a las obras del talentoso Jotabeche. Bástenos, pues, con decir que Vallejo, a pesar de contar en su haber con numerosos escritos de carácter político y diplomático, será siempre y ante todo considerado como un notable costumbrista, y es precisamente como tal que su nombre ha llegado a ocupar lugar tan conspicuo en la historia de las letras nacionales. Si en realidad Jotabeche no es un cuentista propiamente tal, es de todos modos el precursor de los cuentistas



Don Angel C. Espejo.

de costumbres nacionales, pues como costumbrista se inspiró en el ambiente nacional o, para precisar más, en el ambiente regional de la provincia de Copiapó. Fué así como en sus artículos bosquejó con acierto, tipos y costumbres mineras, y cómo extendió el campo de sus pinturas hasta llegar a abarcar el retrato de tipos y costumbres de la sociedad de pueblo chico en cuyo ambiente vivía.

\*\*\*

**Daniel Barros Grez** fué asimismo un costumbrista; pero aquí no podremos mencionar sino sus "Cuentos para los niños grandes" (1868), obra que cabe dentro de la índole de este trabajo. Y decimos esto porque fuera de la obra mencionada, sus estudios de costumbres se encuentran dispersos en sus novelas, es decir, Barros Grez no es un articulista de costumbres como Jotabeche, sino un novelista de costumbres, y bajo este aspecto, sus novelas merecen ser estudiadas a la par que las de Don Alberto Blest Gana, si no por encontrarse a igual altura de las de este insigne autor, a lo menos, por servir de fuente para un estudio sobre costumbres nacionales. La útil "Biblioteca económica" que editó Domingo Urzúa Cruzat, publicó en su vol. IV (1902), "La chingana", estudio de costumbres que peca por su extensión y que fué tomado de "El huérfano", (1881), novela en seis tomos con un total de 1802 páginas y que hace pensar en los famosos novelones de Pérez Eserich.

\*\*\*

**Don Adolfo Valderrama** (1834-1902), distinguido médico, profesor de la Escuela de Medicina, y escritor de cierto renombre, tiene entre sus obras narrativas, fuera de su novela epistolar "María", algunos cuentos que aparecieron incluidos en su obra "Después de la tarea" (1882), o dispersos en revistas y periódicos. En el vol. VIII de la fracasada "Biblioteca de Au-

tores de Chile", se incluyen cuatro de sus cuentos: "Miedo", "Muchachada", "Casada con un muerto", y "Tradicción china". De un estilo que por lo sencillo raya en ingenuo, estas páginas no tienen mayor valor literario, y más que en un escritor, hacen pensar en un aficionado de buena voluntad, pero de escasas fuerzas. Parece, sí, que de ellas emanaran las ideas de un hombre bueno que quiso dedicar en sus escritos un recuerdo a su vida de estudiante y a su tierra natal, La Serena, esa ciudad de la que, por lo fecunda en escritores, podría decirse que es la Sevilla chilena.

\*\*\*

**Don José Victorino Lastarria** 1812-1888),

el gran patricio chileno, tiene también entre sus obras de menor importancia algunas que pertenecen al género que venimos estudiando. En efecto, con el nombre de Antaño y Ogaño (328 págs.), la "Biblioteca chilena" publicada bajo la dirección de don Luis Montt y de don J. Abelardo Núñez, editó en 1885 una colección de siete largos cuentos de Lastarria, cuentos que llevan los siguientes títulos: "El mendi-



Don Joaquín Díaz Garcés.

go", "El alférez Alonso Díaz de Guzmán", "Rosa", "Don Guillermo", "El diario de una loca", "Mercedes" y "Una hija". El primero, el quinto, el sexto y el séptimo, tienen por tema asuntos más o menos románticos; el segundo está destinado a narrar una aventura de la histórica monja-alférez; "Rosa" es la exposición de un asunto histórico de la Independencia; y por último, "Don Guillermo", extenso y fatigoso cuento alegórico, es a todas luces una obra alusiva de carácter político, en que se encuentran retratados pipiolo y pelucones, y en la que el autor ataca el gobierno de clericales y conservadores.

Pecaríamos de latosos si pretendiéramos explayarnos para fundamentar un juicio sobre la personalidad literaria de Lastarria: suficientemente conocida es la gran

personalidad de este ilustre chileno, y además, tal juicio sólo se justificaría después de un análisis crítico de la totalidad de sus obras, asunto que no cabe dentro del marco de nuestro tema. De todos modos, forzoso nos es constatar que, como quiera que éste no fué el terreno en que descoló su ingenio, esta colección de cuentos es de escaso valor en cuanto obra literaria.

\*\*\*

Es interesante para quien desee seguir cronológicamente el desarrollo del cuento en nuestro país, revisar los trabajos que resultaron premiados de los presentados a la sección correspondiente (tema V) del

**Certamen Varela**, organizado bajo los auspicios del generoso Mecenaz don Federico Varela en 1887. Dichos trabajos pueden consultarse en la edición que de su peculio hizo imprimir este gran hombre, y que contiene todas las obras premiadas y distinguidas en tal certamen ("Certamen Federico Varela", etc., imprenta Cervantes, 1887; dos tomos en 16<sup>o</sup>, con un total de 1084 páginas de texto).

**Don Arturo Givovich** (Curio), autor de varias novelas, obtuvo en este concurso un primer premio por su cuento intitulado "El Valdiviano" (Véase t. II, pág. 399-422 del libro citado), cuento de escaso mérito literario, que es una especie de panegírico del valdiviano, nombre con que se conoce uno de los platos populares que hacen las delicias del bebedor después de haber espantado un tanto la horrachera. De pobre estilo y de escasa inventiva, sus páginas no pasan de ser una vulgaridad. Tres años más tarde este autor publicó una colección de artículos de costumbres que muy acertadamente denominó "Escenas y tipos".

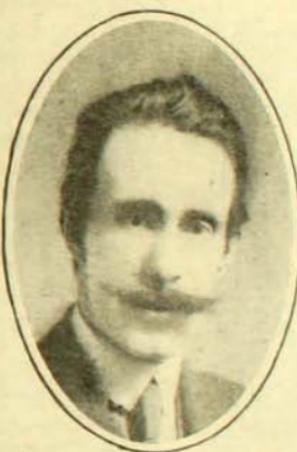
**Don Alberto Poblete Garín** presentó con el pseudónimo de Pablo de Joux una colección de siete artículos que llamó "Silnetas de Santiago", colección que mereció los

honoros de un accésit, lo mismo que su otro artícuo "El Domingo" (V. ídem, pág. 423-468). Estos trabajos tienen bien poco mérito y si bien es cierto que podrían haberse hecho interesantes por los asuntos mismos, el pobre estilo, la languidez de la narración y otras faltas que los afean, contribuyen a que sea un verdadero mérito el tener paciencia suficiente para leerlos.

**Don Carlos E. Polanco** (N. N.) alcanzó también un accésit con su cuento sentimental "Otoño e Invierno" (V. ídem págs. 469-480).

Pero de todos los concursantes que enviaron sus trabajos a la sección cuentos,

el que demostró poseer mayores dotes de cuentista fué don **Román Vial** (Franklin y Bufón) que obtuvo dos accésits por sus cuentos: "¡Qué tiempos, qué tiempos aquéllos!" y "En las estaciones" (V. ídem, págs. 481-501). Nosotros nos atrevemos a colocar este último por sobre "El valdiviano", a pesar de haber sido el trabajo del señor Givovich el que obtuvo el primer premio, tanto porque su estilo es más movido cuanto porque el asunto mismo es más interesante o, por lo menos, el modo de desarrollarlo lo hace aparecer así.



Don Mariano Latorre.

En ambos cuentos se manifiesta ya el autor que en 1889 había de publicar las célebres "Costumbres chilenas", obra que ha gozado de justa fama y que, como su nombre lo indica, está formada por una colección de cuentos destinados a retratar costumbres netamente chilenas, criollas, si se quiere. Juzgando esta obra no en sus detalles sino en cuanto conjunto, puede afirmarse que a su valor literario reúne el valor histórico, porque es indudable que este libro será con el transcurso del tiempo una preciosa fuente de consulta en cuyas aguas acudirá a beber todo estudioso que quiera tener datos sobre costumbres que van desapareciendo poco a poco o que, por lo menos, van transformándose y perdiendo su sabor. Porque si las características de

“El 19 de septiembre”, con su consiguiente cortejo de percañes de toda especie, se mantendrán invariables probablemente mientras el chileno conserve sangre araucana en sus venas, en cambio ya no podemos asistir a “La procesión de San Pedro” por mar.

✻ ✻

Angel C. Espejo publicó en 1897 sus “Cuentos de alcoba”, lo mejor, a nuestro juicio, que ha producido su pluma: el otro de sus libros, “Ironía y sentimiento”, que, aunque más bien de carácter misceláneo, podría figurar en este trabajo, fuera del



Don Honorio Henríquez P.

título tiene muy poco que llame la atención. De frase un tanto caústica, el autor hace desfilar ante nuestros ojos, al desnudo, una serie de escenas de la vida íntima.

Para terminar con la revisión de los cuentos publicados antes de finalizar el siglo XIX, mencionaremos la obra de Alejandro Parra Mége titulada “Eros...” (Imp. Cervantes, 106 págs. en 32; 1899). Es una bonita colección de diez cuentos cortos, pertenecientes todos al género alegórico, y que tanto por su simbolismo cuanto por sus cualidades de estilo, están probando a las claras que fueron escritos bajo la temprana influencia del “Azul” de Rubén Darío. A pesar que el autor en su prólogo satírico-serio, lanza algunas pu-

llas contra los críticos “valbuenistas” o adocenados, y aunque llega a declarar que poco respeto le merece la gramática, escribe, sin embargo, en un lenguaje ameno, correcto, y en nada contrario al buen sentido.

### III

Luis R. Boza publicó en los primeros años del siglo que corre, en 1904, un librito titulado “Rosas de pasión” (89 págs., con retrato del autor), obra que registra cinco cuentos: “La diosa”, “Mariposas negras”, “Las dos artistas”, “Virginidad voluptuosa” y “Vida de artistas”. El lenguaje no es del todo malo; pero está afeado por el uso y abuso exagerado de adjetivos y epítetos, por malas construcciones gramaticales y por el empleo errado que se hace de algunos vocablos. Veamos algunas muestras: “arrancando el ramillete de margaritas y violetas del ojal del sobretodo, lo lanzó hacia ella, **cuyas flores** cayeron como una guirnalda.” etc. (Pág. 37.) ¿Fueron las flores de ella las que cayeron? Habría sido más natural colocar dos puntos después de “ella” y seguir: “las flores cayeron”, etc. De uno de sus personajes dice que era “alto, hermoso en su actitud de iconoclasta”; ¿qué quiso significar con esto el autor? Lo más acertado será creer que no sabía el significado de “iconoclasta”. Alguien “**implora** al sol su desventura” (pág. 66), desventura que ya había ocurrido; es soberbio eso de implorar nuestra propia desventura: seguramente el autor quiso decir que su personaje “**contó**, apostrofó”, o todo lo que se quiera, menos “**imploró**”.

Tal vez por este átomo de picardía que anida en todos nosotros, o por otra causa, al leer este librito nos hemos imaginado al autor escribiendo afanosamente y atento tan sólo a llenar el mayor número de carillas posible; esta sería la explicación de que haya resultado un estilo tan tontamente adornado, tanto, que no parece sino que los substantivos hubieran apostado entre ellos a cuál reuniría mayor cortejo de adjetivos. Y dijimos tontamente adornado, porque no de otro modo podría calificarse ese estilo por desgracia tan común ya entre los escritores jóvenes que, según parece,

creen que el único adorno que puede darse a un lenguaje consiste sólo en esto de los adjetivos, y que de otro modo no hay elegancia.... Soberbio! Pero dejemos divagaciones a un lado y volvamos a "Rosas de pasión": el prólogo, que es lo mejor escrito de todo el libro, promete mucho, quizás demasiado, y de ahí que el lector pueda llamarse a engaño con la vulgaridad de los asuntos, pues no encuentra las rosas que se le prometen, y por lo tanto, mal podría gozar con su perfume.

\*\*\*

El mismo año de 1904, el autor del libro anteriormente mencionado prologaba "Sombra triste", obra de Luis Rodríguez Gamboa. Tiene el libro mencionado 103 págs. en 32.<sup>a</sup> distribuidas en once cuentos de corta extensión, y cuyo título, un tanto rebuscado, no tiene relación alguna con los asuntos que se explotan. Se trata de una colección de cuentos románticos: escritos en una forma sencilla y melodiosa, impregnados de ternura y modorra, bien podría haberseles calificado de excelentes en su género si el autor hubiera cuidado, en ciertas ocasiones, de pulir algo más su estilo, y si no hubiera dado en la manía de bautizar a todos sus personajes con un nombre extranjero y raro. Se nota en ellos la influencia de "Azul". De cuerda sentimental, estos cuentos cuyos asuntos se han comprimido, dejando así al lector libertad para imaginar lo que no se dice, son, por lo mismo, sugerentes.

Pasando a otro punto, la ortografía que usa el autor pretende ser la académica; pero de ella no tiene sino el empleo de la y...

\*\*\*

**Baldomero Lillo**, escritor de no muy fecunda, pero sí de excelente labor literaria, es todo un cuentista: podría decirse que, cronológicamente, es el primer escritor nacional que merezca tal nombre en la amplia significación de la palabra. Animado por el éxito que obtuviera su leyenda "Juan Fariña", pronto dió a la publicidad "Sub-Terra", libro que al ser editado por primera vez en 1904, registraba ocho cuentos. Tuvo esta obra una nueva edición en 1917,

edición que contiene catorce cuentos, pues a los que figuraban en la primera, se agregaron algunos de "Sub-Sole". Según reza el subtítulo de la obra, el autor traza una serie de cuadros de la vida minera en las regiones carboníferas, cosa que consigue hacer fielmente, y para lo cual se hallaba capacitado por haber vivido él mismo durante varios años la vida lánguida del empleo, en una de las minas del Sur. De cada una de las páginas de sus cuentos se desprende como una emanación de pesimismo, de fatalismo, a tal extremo que al leerlas parece que fuéramos apurando lentamente una be-



Don Fernando Santiván.

bida hecha de amargura y de rencor. Pero es interesante observar que Lillo consigue hacernos sentir estas impresiones no con divagaciones sobre la injusticia humana, sino que esto es algo que va desprendiéndose sólo de las descripciones que hace de las miserias, sufrimientos e injusticias de que son víctimas los mineros.

Antes de continuar vamos a tomarnos la libertad de hacer un pequeño paréntesis. Cuando leímos por primera vez estos cuentos de Lillo, nos encontrábamos en una de las provincias del Norte, y, como quiera que personalmente y de oídas, sabíamos lo que son los mineros y, en general, todos los obreros nortinos, no podía menos que extrañarnos esa sumisión de esclavos tratada en los cuentos de "Sub-Terra". Y



Don Rafael Maluenda.

si esto nos parecía raro, era debido a que si bien es cierto que el rōto nortino es emprendedor, tenaz y cumplidor de su palabra, es también atrevido cuando se trata de atropellarlo; quienes hayan vivido en las minas del Norte, podrán atestiguar con nosotros que en ellas no es raro que los capataces traten a un barretero con más respeto y temor que a sus mismos patrones. Años más tarde hemos tenido que radiearnos en una de las provincias del Sur, y, efectivamente, hemos podido constatar la enorme diferencia que existe entre el obrero del norte y el del sur: emprendedor, artesgado y de carácter, el primero, llega en ocasiones a ser feroz y vengativo cuando se le ultraja; respetuoso y sumiso, el segundo, llega a veces hasta a fastidiar y a hacernos avergonzar al pensar que pueda haber aún en nuestro país gente de tan infeliz condición que, por lo mismo que son ignominiosamente explotados, se creen poco menos que siervos.

Es esta pasividad y fatalismo de los obreros del sur, lo que el señor Lillo nos retrata con gran maestría. Únicamente en el cuento titulado "El gr'sú" podemos asistir a una rebelión contra el despotismo de estos tiranuelos que, con el nombre de ingenieros o capataces, gobiernan en las minas como en un pequeño reino. También el misterioso ciego Juan Fariña es un personaje que se rebela y que prepara cautelosa y pacientemente su venganza; pero

no es contra las personas contra quienes se rebela sino contra la mina misma, origen primero de las desgracias que azotan a los mineros, y es así como, cual moderno Sansón, muere con un gesto heroico al destruir la mina, inundándola; pero fué más humanitario que el personaje bíblico y no quiso en su caída arrastrar consigo a los filisteos...

"Sub-Sole" (Imp. Universitaria, 181 págs., 1907), es el título de la segunda colección de cuentos, trece en total, publicada por este autor. Figuran en este volumen trabajos de carácter simbólico: "El rapto del sol", "Irredención", y otros; pero al hacerse simbólicos, Lillo, a pesar de su excelente prosa, no consigue hacernos abandonar la idea de que está forzando su imaginación, de que ésa no es su vena. Tales cuentos tienen algo de difuso y a fuerza, o mejor dicho a causa de un pretendido refinamiento, el autor consigue que a veces no se le comprenda. Sin embargo, el señor Lillo no pertenece a esa pléyade de "no comprendidos" que suelen suplir la falta de substancia con un supuesto y hueco simbolismo; ni es tampoco de esos jóvenes de sublime talento que apelan continuamente a las generaciones futuras para que les reconozcan sus enormes méritos... No es de éstos, indudablemente; pero como éste no es el terreno en que él se encuentra en su medio, sus cuentos simbólicos no son gran cosa, y de ahí que "Sub-Sole" sea muy inferior a "Sub-Terra". Figuran, sin embargo, en el mismo volumen cuentos que, como "En la rueda" y "Quilapán", son un retrato fiel de la realidad, y en los que su vigorosa y castiza pluma ha trasladado al papel, con rara exactitud, escenas vividas.

Conocemos muy pocos cuentos más de este autor fuera de los incluidos en los dos libros mencionados; entre ellos recordamos "Las niñas" ("Pacífico", septiembre de 1918) y "El hallazgo" ("Zig-Zag" núm. 757; 23 de agosto, 1919).

Y agreguemos ahora unas cuantas consideraciones de carácter general.

En cuanto al lenguaje empleado por este autor, hay que reconocer que, a pesar de una que otra crudeza, es castizo, lo que equivale a decir que es uno de los

pocos escritores modernos que cultivan la sana literatura, y de los que a una aparente sutileza, prefieren el lenguaje robusto de Cervantes.

Por lo demás, diremos respecto a su poder creador que sus tipos pueden considerarse como verdaderas fotografías; pero es lástima que por las fotografías no podamos juzgar de los sentimientos de las personas retratadas: lo propio ocurre en este caso, pues quedan ignorados para nosotros no sólo los sentimientos y móviles que impulsan los actos de los personajes, sino también los del autor mismo. El señor Lillo ha sabido evitar el defecto de exponer a cada paso opiniones y teorías personales sobre tal o cual asunto o costumbre, defecto en que ciertos escritores suelen caer con frecuencia; pero todos los extremos se tocan y el señor Lillo por evitar uno, cae en el opuesto: nunca explica el desenvolvimiento psicológico que experimentan sus héroes, que los arrastra a una caída o a un triunfo, y todo esto debe adivinarlo el lector. Pecan, pues, sus obras de ser, aunque no siempre, muy frías; no logran entusiasmar y rara vez producen verdadera sensación en quien las lee. Pese a este autor el dón de la ecuanimidad y, a nuestro parecer, el secreto de todo esto estriba en que el señor Lillo describe magistralmente por cierto, pero rara vez hace otra cosa que describir. Y las obras necesitan también su poquito de alma...

\*\*\*

Cabe mencionar aquí a **Guillermo Labarca Hubertson**, a **Honorio Henríquez Pérez** y a **Eduardo Barrios**. Estos tres autores, considerados por la crítica como unos de nuestros buenos prosistas, han contribuido en mayor o menor grado a la difusión del cuento entre nosotros. Labarca ha publicado en diversas revistas y diarios, y ha recopilado también algunos trabajos en un volumen que con el nombre de "Al amor de la tierra" publicó en 1906, obra que tiene mucho de bueno, pero también no poco de malo: hay algunos cuentos muy poco originales, el estilo no siempre es correcto; pero en cambio, hay otros que,

como "Pirulo" (la personificación del campesino resignado que jamás abre los labios para dar paso a una protesta) y como "Vida de campo" (que explota el mismo asunto, pero bajo un punto de vista muy diverso) compensan en cierto modo de los defectos que podamos notar en la obra.

Honorio Henríquez dió a la publicidad en 1907 su libro "Prima Facie" obra que registra quince trabajos entre cuentos e impresiones de diverso valor literario.

Eduardo Barrios, el celebrado autor de "El niño que enloqueció de amor", tiene entre otros un cuento que vale por toda una colección: "Pobre feo", aparecido primeramente en la malograda revista "Pluma y Lápiz", y que ha sido reproducido varias veces.

**Fernando Santibáñez** (F. Santiván) publicó en 1909 sus "Palpitaciones de vida", obra que como las otras de este autor ("Ansia" y "El crisol", novelas) ha contribuido a cimentar su fama de buen escritor. Santiván ha sido un constante que ha buscado el modo de perfeccionarse cada vez más en la forma. Se le ha criticado la índole de sus trabajos, casi siempre un tanto crudos, hecho que puede constatarse no sólo en algunos de los cuentos de este volumen, sino también en los que el autor ha publicado en diversas revistas. "Pacífico" publicó en Agosto de 1914 un cuento corto de este autor, "Los que triunfan", destinado a combatir el pesimismo



Don Eduardo Barrios.

que encierran las páginas de "Caza mayor" que figura en "Sub-Terra".

IV

**Don Manuel Jesús Ortiz** (M. J. Ortega) es sin disputa nuestro mejor articulista de costumbres. Autor de varias obras, incluso de una preciosa novelita ("El maestro"), la que goza de mayor fama entre todas ellas, la que más ha popularizado su nombre, es la que publicó con el título de "Cartas de la aldea" (Imp. Universitaria, 1908, un vol. de 184 págs.), recopilación de 38 artículos que, en forma epistolar, había publicado el autor en las páginas de "El Mercurio". Es esta una obra preciosa, una de aquéllas obras que, según ya lo ha dicho alguien, pueden enviarse al extranjero sin temor de que dejen mal puesto el nombre de las letras nacionales. El señor Ortiz ha retratado, y a veces caricaturado, los diversos tipos comunes en nuestros pueblos chicos, con una asombrosa realidad, salpicando sus escritos de gracejo y *do naïre* y vaciando todas sus observaciones en un lenguaje que prueba elocuentemente que quien posee esa pluma, es un conocedor profundo de la lengua castellana. Y tanto es así, que, como Valera en España, este autor merece que en vida se le considere como un clásico de nuestras letras.

Para poder aquilatar en pocas palabras el mérito de la labor literaria de este autor, no será superfluo recordar lo que C. Silva Vildósola dijo a raíz de la publicación de la obra de que venimos hablando: "Para hallarle puntos de comparación en nuestra naciente historia literaria, hay que subir hasta Jotabeche, al cual aventaja con mucho en la corrección del lenguaje y en la profundidad y *verismo* de la observación, sin serle inferior en la gracia del decir, la intención y la bondad del alma, ingenua y sana, con que están escritos sus artefactos."

\*\*\*

**Arturo Lamarca Bello** ha ensayado algo en el género del cuento y ha publicado un volumen titulado "Recordando..." (imp. Cervantes, 1912; 218 págs.) volumen que

tiene una preciosa carátula... Registra este libro nueve cuentos y una "Alocución a la poesía". En el prólogo de la obra y en el exordio de su alocución, se queja el autor, y con razón, del materialismo de nuestro ambiente, materialismo que ahoga los vuelos de la fantasía: es la eterna historia de los escritores jóvenes que creen ver un enemigo en el público. Pero ¿cómo, preguntamos nosotros, se ha de lograr vencer esa indiferencia y, aún más, ese desprecio de las masas por las bellas letras, si ello se trata de hacer con páginas tan mediocres como las que nos regala el señor Lamarca? Porque, de asuntos vulgares, sus cuentos filosófico-sentimentales no despiertan interés alguno. El estilo, bastante incorrecto, demuestra claramente que el autor es incapaz de expresar con naturalidad sus pensamientos; las frases y períodos largos y confusos nos están diciendo que a menudo el autor olvida el principio de ellos, cosa que lo hace faltar lastimosamente a la concordancia. En una palabra, su lenguaje produce la impresión de leer los trabajos de una persona que tiene imaginación, pero que no ha aprendido a escribir con corrección y propiedad.

Señalada es en este autor la tendencia a filosofar: casi todos sus personajes hacen a cada momento gala de una filosofía barata, y lo que deberían hacer a impulsos del sentimiento, lo pesan fríamente con la razón. Sus ideas sobre el amor y las mujeres están impregnadas de la filosofía de Schopenhauer.

De todos los cuentos de que consta esta colección, el más pasable, según nuestro modo de pensar, es el que lleva por título: "La perla", no tanto por las ideas que en él se expresan cuanto por el asunto mismo que es uno de aquellos de eterna actualidad. En "Una tarde en Viña del Mar", el autor se nos presenta bajo otro aspecto, dando pruebas de poseer buenas dotes para la descripción.

\*\*\*

**Rafael Maluenda** que, indudablemente, a la par que Baldomero Lillo y Mariano La Torre, debe figurar entre los buenos escri-

tores nacionales, escribe lo mismo que los dos autores mencionados, en un castellano casi siempre castizo. Han renunciado estos tres autores a que se les llame "modernistas", "impresionistas", y con otros nombres terminados en "istas", pero han ganado en cambio el título de "legibles". Es en realidad un consuelo el que aparezcan de tiempo en tiempo libros como los de estos autores, en los que a la vez que se nos brinda con obras de mérito por su fondo, se nos dan revestidas de un excelente ropaje.

Ya en 1909 había publicado Maluenda sus "Escenas de la vida campesina", obra que lo consagró como uno de nuestros buenos costumbristas. "Los ciegos" (Imp. Universitaria, 1913; vol. de 210 págs.) es el nombre bajo el cual este autor ha reunido nueve de sus cuentos. Los protagonistas de casi todos ellos son campesinos; pero es de lamentar que los campesinos de Maluenda disten mucho de ser un retrato fiel de nuestros verdaderos huasos: al pasar por el tamiz de su imaginación, el autor los ha idealizado demasiado y al hacerlo, les ha quitado su chilenidad. Ciertamente es que los asuntos están enmarcados en un ambiente indiscutiblemente chileno y campesino; pero los personajes que actúan en ese escenario, parecen haber sido trasladados allí desde algún salón, después de haber cursado las humanidades en un liceo.

Los asuntos de sus cuentos son variados: se describen en ellos amores sublimes de amantes que saben esperar hasta "cuando Dios lo quiere", odios mezquinos, mujeres que saben conservar su honra y mujeres que la pierden al borde de los manantiales sin hacer siquiera un signo de leve resistencia; hay maridos que matan a la mujer infiel, pero que no dicen una sola palabra al burlador que pasea su triunfo ante sus narices; hay ciegos cuya vida, como la de todos, es una tragedia; y hay bandidos enamorados que se defienden como leones; hay, en fin, seres que pueden representar la comedia y otros la tragedia de la vida.

Los cuentos de Maluenda tienen por héroes, como ya se dijo, tipos populares chilenos que han sido idealizados; pero a veces la índole misma deja de ser chilena, es decir, no palpita en ellos el verdadero



Don N. Yáñez Silva.

modo de pensar, de ser y de sentir, de nuestro pueblo. Hace años nos habíamos dedicado con ahínco a familiarizarnos con la literatura rusa, y después, cuando leímos los cuentos de Maluenda, nos pareció que ellos estaban saturados del pesimismo ruso. Al releerlos, nuestra opinión al respecto se ha mantenido inalterable.

De todos los cuentos que conocemos de este autor, uno de los que más nos ha deleitado, es precisamente uno que no figura en el volumen de que hemos hablado: nos referimos a "La pachacha", inserto en uno de los números de "Pacífico" de 1918 y que ya se había publicado en forma de folleto en Chillán, suponemos que en 1914; el ejemplar que tenemos a la vista no tiene fecha de impresión. Encontramos sencillamente notable este cuento alegórico-social en el cual las primeras tribulaciones y las posteriores ínfulas y canalladas de una advenediza, están pintadas con asombroso realismo.

Otro de sus cuentos que pertenece a la misma categoría que el anterior es "Colihuacho" (Véase "Pacífico" de septiembre, 1916) destinado a narrar las supuestas aventuras de un asno reformista; no tiene esta historia, sin embargo, ni la mitad del mérito de "La pachacha". Dispersos corren por ahí otros cuentos de menor importancia del mismo autor.

Carlos Iñiguez Larraín es autor de "Los jóvenes blancos" (Universitaria, 217 págs. 1913), obra en extremo mediocre que registra tres extensos cuentos de temas triviales y que no logran despertar interés el que menor. La pobre exposición de los asuntos y la ignorancia absoluta que demuestra tener de la gramática, hacen pensar que se trata de la obra de un niño que aún no entiende de estos asuntos.

\*\*\*

Mariano Latorre Court se ha captado la admiración del público inteligente con la donosura de su prosa. Publicó en 1912 sus "Cuentos del Maule" (Universitaria, 226 págs. en 32o), siete en total. Muchas alabanzas habíamos oído de boca de hijos de la provincia del Maule, sobre estos cuentos y fué quizás esto mismo lo que hizo que después de leerlos, sufriéramos una desilusión. Y al decir esto no pretendemos negar los indiscutibles méritos de su obra: sin duda que el señor Latorre Court tiene una excelente pluma, sabe describir magistralmente; pero sus descripciones están sobrecargadas de minucias inútiles que sólo consiguen hacer engorrosa y cansada su lectura.

El primer cuento de este volumen, "Un hijo del Maule", es difuso y latoso en demasía, y, al terminar de leerlo nos hicimos esta pregunta: ¿cuál es al fin y al cabo "el hijo del Maule", cuya personalidad se quiere retratar; es el abuelo o Aquiles Elliot? Suponemos que el segundo, por ser este último personaje quien sirve para dar cima a la narración; pero es el caso que la personalidad del abuelo se destaca más vigorosamente. Nada habría habido que decir sobre esto si se hubiera titulado: "Dos hijos del Maule". Su lectura produce también la sensación de algo que se hubiera ido componiendo poco a poco y a largos intervalos, hecho que vendría a explicar la poca cohesión que existe entre sus partes y ese modo incierto de narrar que avanza primero, retrocede después, para en seguida volver a avanzar. Este mismo defecto lo hemos notado en la mayoría de los cuentos de este volumen.

"Orgullo ingénito", admirablemente bien

trazado, y "El jilguero de Miss Elliot", de notable realidad e inocente picardía, son, según nuestro modo de pensar, los mejores cuentos de esta colección.

La publicación de este volumen aseguraba ya a su autor un puesto expectable entre nuestros cuentistas, pues, aunque en verdad la obra tiene defectos, no es menos cierto que también tiene méritos, entre los cuales no es el menor, el conocimiento que el autor manifiesta poseer del idioma, virtud no tan común como sería de desear.

Vino a afianzarlo en este concepto, una nueva obra, una bonita colección de seis cuentos muy superiores a "Cuentos del Maule", que con el nombre de "Cuna de Cóndores" (Universitaria, 241 págs), dió a la estampa en 1918.

Están escritos estos cuentos en un estilo fácil, sin dejar por eso de ser elegante y a menudo grandilocuente, estilo que asombra a veces por lo atrevido de sus expresiones, por la sonoridad de sus períodos y por su casticidad. Todas estas cualidades, unidas a grandes dotes descriptivas, hacen de Latorre Court, como ya se dijo más arriba, uno de nuestros mejores cuentistas, e indudablemente, un maestro de la prosa. Todo esto en cuanto a obra literaria. Pero también debemos examinar las ideas, por cuanto las obras para ser buenas deben reunir a la corrección de la forma la excelencia del fondo: tanto más valiosa es la fruta que a su lozano aspecto reúne el mérito de tener una jugosa y nutritiva pulpa.

Habría sido mayor el mérito de la colección si se hubiera suprimido el cuento titulado "La cordillera es sagrada", pues este cuento, a pesar del excelente lenguaje en que está escrito, se hace a la larga tan cansado como "Un hijo del Maule", tanto por su estilo a veces exageradamente declamatorio y bombástico, cuanto por la poca consistencia y la frecuente contradicción de las doctrinas sustentadas por su protagonista, un misántropo en ciernes. Este don José María que viaja constantemente a la cordillera en busca del oro que, según su creencia ésta encierra, termina por ser sorprendido por la muerte en las altas cumbres. A raíz de este suceso y describiendo el estado de ánimo del criado que lo acompañaba, dice el autor "que también sen-

tía él un deseo de descansar en la sagrada serenidad de las cordilleras, donde todos los pecados se purifican en la nieve y donde los egoísmos se confunden en la fría impasibilidad de las alturas" (pág. 160). Sin embargo, el mismo autor se ha encargado de destruir esta bella creencia, que tantas veces repite, pues en todos los otros cuentos, cuando no en los protagonistas, por lo menos en algún personaje importante, anida un alma miserable y ruin. O el autor al estampar estas líneas lo hizo sin poner en ello mucha atención, y por lo tanto, sin creerlo, o bien cree sinceramente en ello y en tal caso hizo mal y se equivocó grandemente al dar tal escenario a las hazañas de bandidos, de avaros y de toda clase de seres mezquinos, cuya ruindad prueba que ni la nieve de las alturas puede purificar el alma que ha nacido canalla.

"Risquera vana" que narra los hechos de un bandido hipócrita, cobarde y traicionero, nos hace lamentar que su autor no haya tenido escrúpulos en prodigar a tal bellaco, frases tan hermosas como ésta: "En su naturaleza casi animal dormía en germen el individualismo bravío de los araucanos, el aislamiento primitivo de las razas sin porvenir", y otras por el mismo estilo. Y todavía, a este sér repugnante que no se contenta con gozar de las primicias de una confiada hembra, sino que luego la abandona en plena cordillera habiéndole robado hasta el último mendrugo de pan, a este sub-hombre, decimos, lo hace aparecer como cabo del ejército chileno.

En "El triunfo del Chey", nos asombra una exagerada verba patrioterica que no tiene objeto alguno, como no sea el dar desahogo al despecho de don Chipó, bravucón vencido en buena lid. Por sentado se da que el adjetivo "bravío" no escasea en las páginas de este cuento, como tampoco en los demás, pues no parece sino que el señor Latorre se deleitara empleando este vocablo a cada paso. Por fortuna, el mismo don Chipó, protagonista de este cuento, se engrandece algo a nuestros ojos en el último del volumen. "Lolli y Cochuzo" es una nueva representación del drama de Caín y Abel, hecha por dos niños. "La epopeya de Moñi" es el único cuento del volumen que nos hace pensar que en realidad la cor-

dillera es una cuna de cóndores, porque bravo como un cóndor es Moñi.

Suele a veces afeár el estilo el uso de expresiones de señalado gusto decadente, tales como "estremecimiento blanco" (pág. 126) y "silencio blanco" (pág. 218).

Resumamos. "Cuna de Cóndores" es sin duda alguna, uno de los mejores libros de cuentos aparecidos en Chile, tanto por sus asuntos como por su lenguaje casi siempre castizo. El defecto está en algo que a nuestro parecer no tiene arreglo posible: siempre hemos considerado al cóndor como símbolo de nobleza y valor, y por lo mismo, el escenario que escoge el autor debería servir para enmarcar en él aventuras de héroes y no de miserables, porque de este modo la cordillera no aparece en realidad como cuna de cóndores, sino como cuna de cuervos.

\*\*\*

Ernesto Sanguino Sánchez publicó en 1915 una colección de diez cuentos, colección que lleva por nombre "Por el sendero de la vida" (Imp. y Enc. Antigua Inglesa, 121 págs. en 32o). De autor joven, esta obra prueba claramente aquello de que ningún padre quiere convencerse de que sus hijos sean feos, y a cuántos fracasos lleva la tendencia de publicar por el sólo placer de ver el nombre al frente de un volumen, aunque las páginas de éste sólo estén llenas



Don Guillermo Labarca.



Don Carlos Iñiguez Larrain.

de tinta, tinta y más tinta. Tiene, sin embargo, asuntos que si hubieran sido bien explotados y bien escritos podrían haber resultado buenos, y hay a veces rasgos que prometen.

\*\*\*

Francisco Zapata Lillo es otro de nuestros buenos cuentistas. Ha publicado "De mi tierra" (Universitaria, 149 págs. en 320, 1916), volumen que registra once cuentos.

Hemos puesto en parangón a Latorre Court con Zapata Lillo, y si en el primero nos subyugan sus brillantes y elocuentes períodos, en el segundo nos encanta esa exquisita sencillez de lenguaje que en nada disfraza el pensamiento. En cuanto a estilista, estos dos autores son los polos opuestos: grandilocuente y ampuloso el primero, sencillo, sincero y tierno, a veces, el segundo, ambos escriben bien. Hombre bueno, sano de cuerpo y alma, se desprende de la obra del señor Zapata Lillo cierta ternura de sentimientos, una gran conmiseración por los humildes, y cierta ironía y desprecio por los bellacos como el tinterillo Pedro Pablo Hormazábal, protagonista de uno de sus mejores cuentos. ¡Con qué angustiosa resignación exclama en cierta parte: "La obra de todos mis buenos y queridos profesores... caía por tierra, hecha polvo, con dolor de mi corazón y de mi alma. Pero mi padre quería que aprendiera el Derecho y yo respetaba las decisio-

nes del autor de mis días", (pág. 94). Parece aquí sentirse la queja de ese escribiente obligado por las necesidades de la vida a ser testigo de las cañalladas de un miserable.

En "Villar", hermoso cuento, dice en un arranque de ternura: "Y me voy con los ojos húmedos, pensando en que mañana la muerte me dejará otro dolor en el alma; pero que la vida me dejará también otra alegría: la de cuidar y educar al guachito del bueno y querido Villar, (pág. 79). "El primer amor de José Bascur", que suponemos autobiográfico, no carece de interés; "Invierno de Aldea" tiene valor desde el punto de vista de la descripción de costumbres.

Figuran en este volumen varios cuentos que narran aventuras estudiantiles, y de acuerdo con el asunto, están escritos en un estilo tan sencillo que llega a convertirse en ingenuo, cosa que aminora un tanto su valor literario; pero que no justifica en modo alguno el que se haya dicho despectivamente del autor que "los colegiales deben hallarlo muy divertido".

El señor Zapata falta a veces a las leyes de la concordancia, y es así como su obra se ve afeada por construcciones como ésta: "En casa de la Laucha se reunían en los días... todo lo que algo valía en "Aguas Turbias", (pág. 101). También al vuelo pudimos anotar: "un mocetón enmantado llevando a la grupa", etc. (pág. 134), galicismo en el que se hace modificar un substantivo por un gerundio; debió haber dicho: "un mocetón enmantado que llevaba", etc.

\*\*\*

Luis Orrego Luco, el celebrado autor de "Casa Grande", novela, ha reunido en "La vida que pasa..." siete cuentos y dos trabajos de índole diversa. (Edición de "Artes y Letras", Imp. Universitaria, 1918, 244 págs.)

"Hora trágica", el primer cuento del libro, no logra impresionar a pesar de la tragedia narrada. En "La japonesa", es infantil el modo en que el narrador empieza su historia; oigámosle:

—"¡Déjeme tranquilo!...

—Que hable, exclamaron todos.

—Ya que Uds. lo exigen—contestó el doctor—no habrán de echarme a mí la culpa si se aburren”.

Y esto contando con que el tal doctor estaba meditando, como para hacerse el interesante; pero ya vemos que después de hacer un dengue de muchacha mimada, se resuelve a contar su historia.

Los asuntos así, así, de mediocre originalidad. La narración causa, por su demasiada rapidez, la sensación de viajar en tren expreso, y rara vez impresionada, pues el estilo es muy frío: parece que el autor sólo se hubiera cuidado de narrar sin preocuparse ni de pintar ni de transmitir emociones. Hay defectos de lenguaje, v. gr. “un perro les seguía con la lengua de fuera, (pág. 12); falta a la gramática en repetidas ocasiones: emplea varias veces “la dueña” en vez de “la dueño”; dice una sirviente por una sirvienta; y, emplea en más de una ocasión pleonasmos de mal gusto.

“Un pobre diablo” se destaca notablemente de toda la colección, tiene bellos pasajes y hay en él sentimiento, cosa que no ocurre en los otros.

\*\*\*

Sady-Hyp publicó en el mismo año de 1918 su libro “Hilvanes” (Soc. Imp. Lit. Universo, 102 págs.), libro que, como reza el subtítulo, es una colección de “cuentos y ensueños” que suman en total 16 trabajos.

Linda carátula, papel no malo y tipo claro: tal es la única alabanza que puede hacerse de esta obra fruto de una inteligencia joven. Creemos, sin embargo, que la juventud no debe servir de salvoconducto para publicar inocentadas. Los temas o pecan por lo triviales o por lo estrambóticos; el autor se inclina a escribir sólo asuntos

de pura imaginación y fracasa lamentablemente; las situaciones y circunstancias que hace obrar sus personajes son casi siempre sencillamente imposibles. Siempre hemos tenido la costumbre de subrayar en todo libro que leemos, los pensamientos que llaman la atención y los pasajes hermosos, como asimismo, las construcciones chocantes, los errores gramaticales, etc. Al querer ahora llamar la atención sobre los principales defectos de esta obra, hemos tenido que desistir en obsequio a la brevedad, porque para ello tendríamos que copiar muchos párrafos de cada cuento. Que baste, pues, con que digamos que toda la obra está plagada de faltas de sintaxis, de construcciones ilógicas, de transposiciones de mal gusto, etc., sin mencionar los conceptos dispartados.

Pero hay algo en que Sady Hyp se lleva la palma, y es en el uso y abuso de los puntos suspensivos; tanto nos llamó esto la atención que tuvimos la curiosidad de contarlos: en 91 págs. de texto los emplea 306 veces!! Usa los suspensivos en vez de puntos seguidos, de finales, de comas, etc., y es de sentir que no los haya colocado también sobre las letras que necesitan un punto.

Como, a pesar de todo, tiene el autor cierta facilidad para narrar, da pruebas en su cuento “Venganza”, que si hubiera escogido la naturaleza y el medio ambiente como fuente de inspiración, habría podido escribir muy bien páginas pasables.

\*\*\*

Guillermo Bianchi (Shanty) ha recopilado muchos de sus trabajos de periodista en “El cura sentimental”, (Imp. y Enc. Claret, 1918, págs. 111). A pesar del subtítulo de “Cuentos de la vida provinciana y santiaguina” que tiene el libro, se trata más bien de una colección miscelánea, pues, además de los cuentos propiamente tales



Don Francisco Zapata Lillo.

figuran en él varios artículos de impresiones que lindan en la tarea propia del periodista inteligente y sensible, cartas de mujeres, etc.

De entre los cuentos, se destacan: "Cañiño al terruño", "El dolor de ser pobre" y "El cura sentimental"; tampoco carecen de interés y tienen mucha verdad en su pintura, aquellas páginas que nos hablan de la vida de empleados de correos, de tiendas y de oficinas: como artículos de costumbres están muy bien. Bianchi emplea generalmente una forma dramática, en cuapto acostumbra a describir brevemente y con precisión el escenario en que han de actuar sus personajes.

Su estilo es fluido, tiene naturalidad y, a veces, es algo nervioso.

Estas primicias prometen que el autor de estas compactas páginas podrá llegar a alcanzar buenos triunfos en el terreno del cuento.

✽ ✽

Joaquín Díaz Garcés, que tan popular ha hecho su pseudónimo Angel Pino, ha publicado una serie de artículos de costumbres y de cuentos, que se encuentran en su mayoría dispersos en revistas y diarios, sobre todo en las páginas de "El Mercurio" y de "Pacífico Magazine", y en los cuales es de notar el donaire de la expresión, la gracia del decir y la observación casi siempre exacta.

En 1907 publicó "Páginas chilenas", colección de artículos, narraciones y cuentos de 1897 a 1907. (Imprenta "Zig-Zag", 582 págs.) Tenemos a la vista la segunda edición de esta obra, edición hecha el mismo año, lo que pone de manifiesto que su publicación fué un éxito de librería. La obra está dividida en tres partes ("Páginas chilenas", "Artículos en broma" y "Misceláneas") y los 94 trabajos que suman se han repartido en ellas según su índole. La primera sección registra varios cuentos y

la segunda, artículos de costumbres. Imposible examinar uno a uno a uno a uno número tal de trabajos. Son éstos de muy distinto valor, cosa comprensible ya que en este volumen se han reunido las páginas que pertenecen al literato y las que son fruto de la pluma del periodista. De entre los cuentos se destaca vigorosamente "Juan Neira", el primero del volumen, no sólo por su colocación sino por ser también la verdadera joya de toda la colección: suprimid el cuento nombrado y ésta habrá desmerecido enormemente.

Este mismo autor tiene una serie de cuentos históricos sobre la época de la colonia: "La historia del Escorpión" ("Pacífico", agosto 1914), "La virreinita santa" (Idem, marzo 1915), "Las lenguas de los santiaguinos" (Id., julio 1915), "Tíos de España y tíos de Indias" y su continuación "Entre dos patrias" (Id., enero y febrero 1916), "Los conspiradores", (Id., marzo 1916), y otros. Ha dedicado asimismo bellas páginas a narrar asuntos araucanos: "El dolor de Arauco", cuento sentimental que pone de manifiesto las injusticias de que los indios son víctimas; "Un poeta en Arauco", etc. Figuran, además, en su haber otros cuentos



Don Guillermo Bianchi.

de índole diversa: "El japonés" (julio 1914) y "Juancho" (febrero, id.) cuyo asunto lo forman las tan conocidas aventuras de Pedro Urdemales a las que, "mutatis mutandis", el autor ha conseguido dar alguna amenidad.

Es notable el señor Díaz Garcés por la claridad con que desenvuelve sus asuntos, por la elegancia sencilla de su lenguaje, y, sobre todo, porque escribe en buen castellano.

✽ ✽

Ya nos hemos explotado demasiado, sin quererlo casi y arrastrados sólo por lo interesante que para nosotros es este tema,

y es preciso terminar. Pero es necesario que antes hagamos obra de justicia declarando que, fuera de los estudiados, hay una falange de escritores jóvenes que, con mayor o menor éxito, han cultivado el género del cuento: si muchos de ellos no han sido comprendidos en este trabajo, ello se debe, o a que no lo han explotado con constancia, o a que, publicados como han sido sus cuentos en diarios y revistas, sin haberse recopilado después, han tenido tan sólo, como ya dijimos al principio, la efímera vida de tales publicaciones. Más aún, hemos pasado también por alto algunas recopilaciones que, de carácter popular, podrían considerarse si no como cuentos, que tal nombre no merecen, como articulitos de costumbres: en tal caso se encuentran, por ejemplo, las obras de Juan M. Rodríguez (Juan del Campo), de Alarcón Lobos (Gallo-Pando), y de otros. Intencionalmente no hemos mencionado algunos autores que, como Alejandro Baeza (Fray Apena), se dedican al cuento pornográfico. Seríamos injustos si no recordáramos siquiera los nombres de Augusto Thomson y de Ismael Parraguez, el malogrado escritor, y de tantos otros que, como Federico Gana, M. Magallanes Moure, N. Yáñez Silva, Juan Espinosa, Víctor Domingo Silva, Víctor

Silva Yoaeham, etc., etc., han regalado más de una vez a los amantes de las letras con buenos cuentos. ¡Y cuántos más no habrán pasado inadvertidos, principalmente escritores que han tenido la desgracia de publicar en provincias, y decimos desgracia porque en nuestro país parece que hasta la literatura se ha centralizado y quienquiera que pretenda ser conocido como escritor, debe ante todo radicarse en la capital, pues fuera de ella son escasos los que tienen derecho a poseer siquiera inteligencia!...

Una cosa nos prueba con toda claridad el ligero estudio que hemos hecho, y es que si es verdad que el cuento tardó algo en aclimatarse en Chile, y que si también es cierto que son muchos los que se han escrito cortados por el padrón que señalara el maestro Maupassant, es asimismo muy cierto que una vez transplantada a estas tierras fértiles, esta bella planta se ha propagado tan rápidamente y se ha naturalizado de tal modo, que nuestros escritores han comprendido (y sin duda por eso mismo se les considera buenos) que tenían aquí yneros preciosos que explotar, que, además de proporcionarles fecundidad de asuntos, les permitirían ser originales.

Cauquenes, 22 de agosto de 1919.



# VIDA LITERARIA

Liberación, por Vera Zouroff

No sin cierto temor escribo sobre un libro salido de manos de mujer. Ello se debe a que no me ha ido muy bien en ocurrencias semejantes. Parecen no quedar siempre satisfe-

chas las señoras con las alabanzas que se les prodigan. Siempre quieren más. Una imaginación demasiado viva las pierde, y en las frases más inocentes descubren enconados ataques. Mucho antes de publicar sus libros, prevén la censura de los hombres. Ya he tenido ocasión de citar ejemplos que muestran este curioso rasgo de susceptibilidad; puedo añadir ahora el de Vera Zouroff: -

"Este libro encontrará tal vez severos críticos y no faltarán plumas que, esgrimidas por mano masculina, se pongan negras para censurarlo", dice al pie de su hermoso retrato la feliz autora de "Liberación".

Indudablemente, la imagen es atrevida y revela todo un temperamento de poeta. Lo corriente es mojar la pluma en la misma tinta, sea para censurar, sea para dirigir alabanzas. Y, por fuerza, la pluma adquiere el propio color de la tinta en que se baña; no así el de la intención de quien la maneja. De este modo diría un burgués impermeable al colorido de los sentimientos.

Mas, no sólo hay poesía aquí; se observa también un brote lozano del ingenio femenino en formación, que es to-



Vera Zouroff.

da una promesa hecha a los espíritus de vanguardia. Al pie de aquella frase, dice una nota:

“Se ruega no dar a esta frase una interpretación maliciosa; la autora se refiere al color de la tinta”.

“Pero no lo he escrito para ellos,—añade la altiva escritora,—sino para esa falange de mujeres que, como el cóndor de mi historia (en efecto, el libro registra la historia de un cóndor), no pueden dar vuelo a sus aptitudes intelectuales o espirituales, porque las retiene la pesada cadena de su esclavitud”.

Sin que su autora lo dijese, ya se me había puesto a mí que este libro no era para nosotros. Es sólo para señoras liberadas o por liberarse. Porque nosotros no hacemos un bonito papel en este amable libro. Somos Luis, un tunante que engaña a su mujer y le malgasta su dinero; somos Pedro, un borrón social, como diría Meytre, que mata a su novia en tres días, mereced a un contagio de trascendencia social; somos don Miguel Correa, un senador próximo a la imbecilidad; somos el marido de Eleira, un huaso borracho que golpea a su mujer...

Verdad es que hay en él una excepción. ¡Y qué excepción! Jorge de Aguilera es un joven modelo, un joven standard. Es el joven que la mujer intelectual parece desear...

“Es un hombre alto, esbelto y extraordinariamente hermoso, con esa hermosura varonil que atrae y fascina a las mujeres...” “Ha viajado mucho y refiere sus impresiones de viajes salpicando sus narraciones con observaciones llenas de ingenio y oportunidad; habla de arte y se expresa con facilidad y pleno dominio de los temas...” “Tiene un grueso álbum de tarjetas postales y lo hojea en compañía de Elsa, describiendo a ésta los monumentos, templos o paseos fotografiados en la cartulina...” “Como en todo, Jorge se impuso en aquella discusión, porque hablaba con pleno dominio del tema, tomando la cuestión por el lado jurídico con una lucidez de criterio que dejó convencido al auditorio...” “Jorge Aguilera, que es un muchacho cumplido a carta cabal...” “Jorge, que es tan equilibrado...” “Decía María

que Jorge era incomparable para arreglarle las telas en los bastidores...”

Faltan detalles. Yo me permito agregar que Jorge había obtenido todos los premios en el colegio; que había regalado su primer sueldo a su mamá y colocado el segundo, íntegro, en la Caja de Ahorros; que la Corte le había perdonado un año para recibir su título de abogado; que en los momentos de ocio, que otros suelen disipar en diversiones que dañan la salud del cuerpo y corrompen el alma, él coleccionaba sellos y hacía clases en un patronato; que el viaje a Europa lo había costado con sus economías, sin recurrir, como muchos, al presupuesto fiscal; que no cortejaba niñas mientras no tuviese una situación económica holgada y la edad suficiente para aquilatar la gravedad de acto tan trascendental. Era miembro de una Liga antialeohólica y recolectaba fondos para un Stadium...

En cambio, el pobre Luis... La música era para él un ruido; el arte, en ninguna de sus manifestaciones, le era conocido; aborrecía las tertulias y no quisiera moverse de Santiago... Era pequeño de estatura, tenía las piernas muy delgadas y los pies grandes, las espaldas encorvadas, su cabello escaso amenazaba una prematura calvicie, y revelaba poca franqueza en el mirar.

“Nunca discutía con nadie, siempre asentía a todo lo que los otros decían...” “Nunca tampoco se le había visto abordar temas intelectuales, ni mucho menos científicos...” “Su conversación se reducía a comentar los últimos acontecimientos que refería la arónica de los diarios, pero sin que su cerebro desplegara ideas propias ni hiciera la menor gimnasia.” En fin, menos mal, que el pobre “era amable con sus huéspedes, correcto con su mujer y estaba lleno de atenciones para su suegra”.

A pesar de todo, yo le he celebrado mucho el comentario que hizo a la discusión aquella “en que Jorge se impuso, hablando con pleno dominio del tema y tomando la cuestión por el lado jurídico con una lucidez de criterio que dejó convencido al auditorio”:

—“¡Bueno con el joven latero!”



Portada del libro.

## II

Jorge Aguilera, tiene su pendant femenino en la persona de Mary Morgan. "Había recibido una educación completa en los Estados Unidos y estaba preparada para la lucha por la vida..." "Discutía con su tío el senador sobre diversos tópicos de interés, con pleno dominio del tema..." "Observaba con marcado interés el desarrollo de la vendimia, porque su espíritu observador encontraba motivo de estudio aun en los detalles más insignificantes..." "Algunas veces, María se detenía a conversar con las inquilinas del fundo, y mientras comía grano por grano algún racimo de uvas, arrojaba la sonda de sus observaciones a ese lago de aguas estancadas que es el alma de la pobre campesina ignorante y analfabeta..." "Por su educación y por su carácter, María no encontraba atractivo en el trato de esos jóvenes que forman hoy la masa común de los que llenan los salones..." "Deseosa de perfeccionarse en el arte de la pintura, iba con frecuencia a recibir lecciones a la Escuela de Bellas Artes..." "Ya que no hacía vida social, se había afiliado en esos batallones de la caridad..." "Ella no se conformaba con visitar un barrio, los recorría todos..." "Cuando daba una limosna, no lo hacía llevada solamente de un sentimiento de equidad social, sino de inmensa piedad..." "Era inteligente, perspicaz y profundamente humana; cuando trataba a una persona no se dejaba suggestionar por apariencias amables, sino que introducía el escalpelo de sus observaciones al alma y a la conciencia del individuo..." "María, que veía debajo del agua..."

Pero, esto es nada... En cierta ocasión, hallándose en el fundo, se las hubo con un matón a quien todos temían en veinte leguas a la redonda. El bárbaro se entretenía en pegar a su mujer... "¿Qué hace el infame! le gritó María..." Y sacando con rapidez de su cinturón un pequeño revólver, le apuntó. Como el hombre no se intimidara por esto y quisiera proseguir en su tarea, la intrépida joven disparó... "Sonó una detonación: el hombre se tambaleó un momento y como fiera herida arremetió furioso contra ella; un segundo fozonazo y el individuo cayó de ro-

dillas; luego se tendió sobre la yerba..." "¡Lo mató!, gritaron todos, no sin cierta razón." "No, contestó tranquilamente María, le he apuntado a las piernas; las balas de este juguete no hacen gran daño. Antes de media hora podrá marchar él por sus propios pies".

¡Qué sangre fría! ¡Qué puntería! ¡Y qué revólver! Derriba a un hombre fornido, le tiende muerto sobre la yerba, y le permite, media hora más tarde, marchar por sus propios pies.

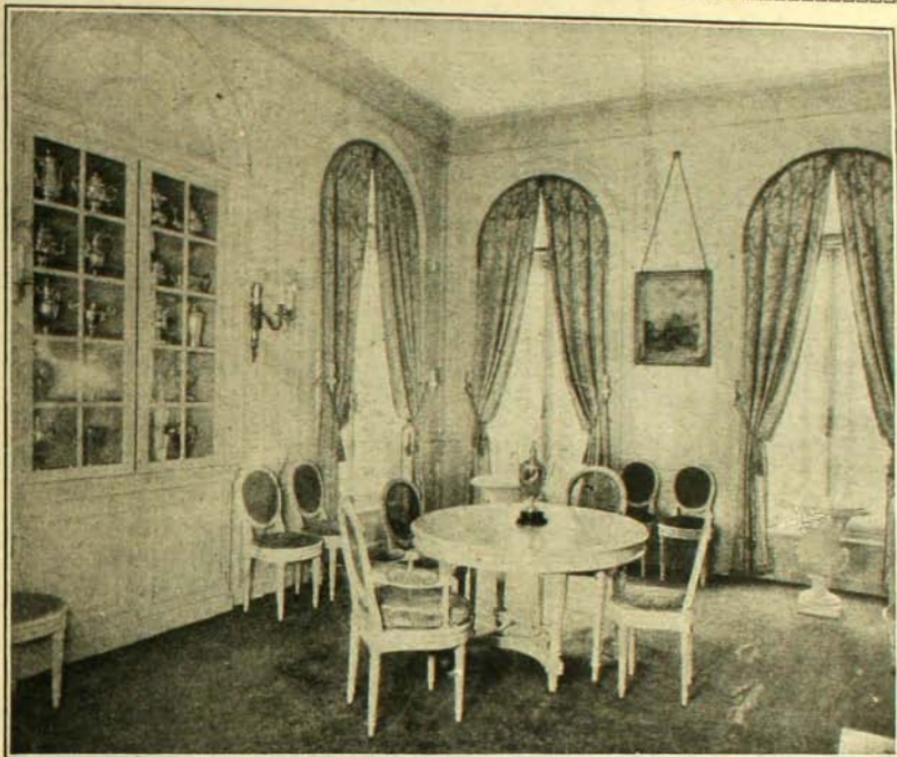
Tampoco es nada esto. María posee un gran amor patrio. Lo demostró una vez en Nueva York. Tenía diecisiete años y paseaba con su institutriz por el jardín zoológico. De pronto, una fiera se escapa de su jaula. Todos huyen, como es natural. La fiera corre tras de María; ésta se parapeta tras de una casucha. Pero, he aquí que el animal salta sobre un niño de pocos años; María no mide el peligro y se precipita sobre la fiera para arrebatarle la pequeña víctima... ¿Cómo? "Y le introduje,—dice la heroína de esta descumunal aventura,—por el hocico abierto, mi quitasol, todo lo más hondo que pude... La fiera, furiosa de dolor y de rabia, soltó al niño y retrocedió algunos pasos para saltar sobre mí; pero en ese momento llegaron los guardias y la sujetaron con lazos..." Un representante de la prensa acude a pedir a María su nombre para darlo a la publicidad... "Diga Ud. que soy una chilena, eso basta". Yo la hubiera creído una heroína de los cuentos del Barón de Munchausen.

## III

En pocas palabras, este libro es a la par que ameno, instructivo. Es un catecismo de la vanguardia femenina, con ejemplos. Es una tesis ganada. Con mujeres como Mary Morgan, el mundo va camino de la perfección. Y si los hombres supieran ser como es Jorge de Aguilera, las mujeres hallarían, por fin, la felicidad que tanto anhelan. La perspicacia, el carácter, la instrucción de Mary, su revólver y su quitasol; la hermosura fascinante, el pleno dominio de los temas de arte y jurisprudencia, la lucidez de criterio de Jorge, son cosas, ¡qué quieren Uds.!, que me han conmovido.

VICTOR SILVA YOACHAM





## EL ARTE EN EL HOGAR

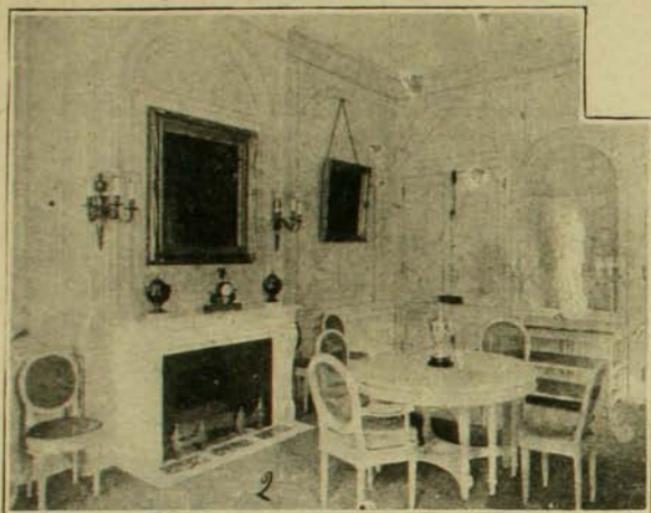
Por Esilda

El interés en decorar crece día a día; por eso es que algunos esperan con ansiedad el nuevo arte en el decorado de los interiores; pienso que es pueril creer que habrá un arte que nazca de la guerra. Tal vez domine el arte americano colonial, pues es el más representativo de los gustos de la época. La guerra nos ha depurado de falsos valores refinando el gusto. El buen gusto entrará a ser principio humano.

La inquietud de los días pasados lleva al hombre a restablecer los lares y penates.

Decoremos, pues, con esmero nuestros hogares, porque tanto los que han tomado parte activa en la gran contienda como los que fuimos observadores pasivos deseamos vivir ahora más en ellos, rodearnos de paz...

Otro resultado será el deseo de interiores alegres y sencillos; preferiremos unas pocas buenas piezas a muchas mediocres o a esas



que por su suntuosidad están reservadas a ocasiones particulares.

Pocos muebles, finos y raros, para los privilegiados de la fortuna, modestos y buenos para los otros; para todos, cómodos y siempre dando por resultado un conjunto armónico.

Hablaremos hoy de esa pieza, no menos íntima que la alcoba, en donde se reúne la familia, y que no hay para qué decir que debe ser esmeradamente aseada, clara y alegre.

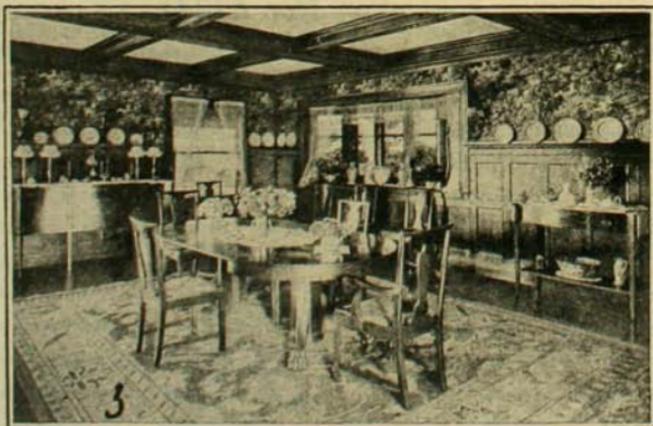
Ya no se usan los grandes aparadores y menos aglomeración de muebles: éstos se reducen a consolas o unos aparadores muy pequeños y

sencillos, sobre todo si la pieza es pequeña como lo son en general en las casas modernas.

Los grabados 1 y 2 representan un elegante comedor Luis XVI, cuyas paredes están pintadas de color gris azul; las cortinas son de un suntuoso damasco amarillo y azul. Las sillas, tapizadas con

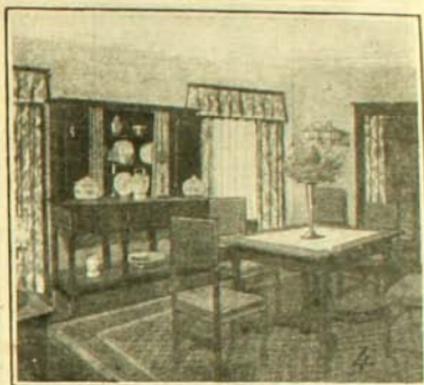
terciopelo azul gris, y el copero incrustado en la pared, está forrado en el interior con rico damasco amarillo brillante, sobre el que se destaca admirablemente la vajilla de plata.

En un extremo del comedor, en un nicho abovedado que armoniza con las curvas de los arcos de las puertas, se ve una estatua de mármol blanco.



El número 3 es un lindo y elegante comedor en cuyo ambiente flota algo plácido, alegre y de una confortable comodidad, como en el del grabado 4, con sus muebles sencillos y sus alegres cortinas de cretona. Y como el bienestar de una casa depende del agrado con que viven en ella sus moradores, hay que darles comodidad a todos cuantos en ella moran o son sus huéspedes.

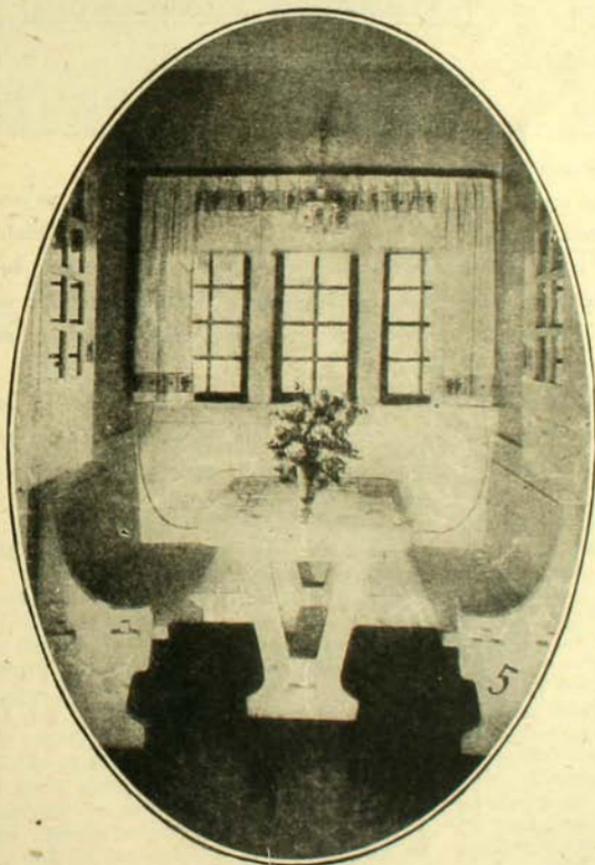
De un rinconcito limpio, abrigado y con luz podemos hacer un lindo comedor para nuestros sirvientes. Los grabados 5 y 6 con-

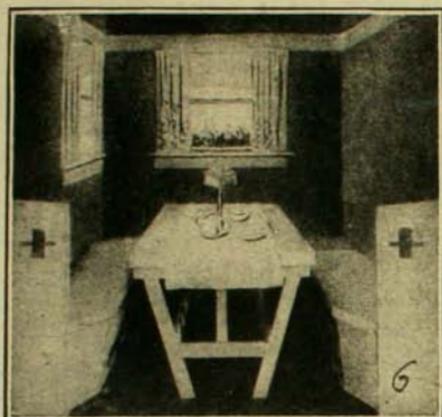
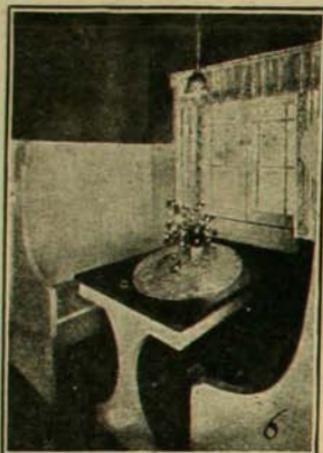


firman lo que digo y ojalá que ellos ilustren a muchas dueñas de casa, pues el cuidado esmerado que tengan de las dependencias de los sirvientes, redundará en su provecho, porque lo que rodea al hombre en su vivienda contribuye mucho a su dignificación o depravación.

**Arreglo de comedor que puede servir para casa de campo**

Mesa angosta y larga, una consola, sillas, dos sillones, todo en buena madera y de líneas rectas. Todo se hace pintar en un tono herrumbre claro adornado con una greca también pintada en color castaño. El zócalo, cielo y demás maderas en ocre, papel de un solo tono, color del fiel-





tro natural. Grandes cortinas sueltas de tul grueso en el tono de los muebles.

A estas cortinas se les borda una greca, con puntadas de zurcir, en lana color castaño. En los vidrios, cortinitas de seda color ocre amarradas con un cordón o cinta angosta de terciopelo color castaño. En la mesa un paño largo y angosto armonizando con las cortinas y un frutero de cobre, por ejemplo, con naranjas u otra fruta. Las sillas tendrán blandos cojines forrados en seda del color de los visillos, adornados con un nudo de terciopelo castaño puesto en uno de los ángulos. Alfombra de cáñamo o pita. Lámpara

estilo holandés, con velas eléctricas. En la consola puede ponerse otro frutero y dos candelabros con velas altas de cera amarilla.

Sobre la chimenea se puede colocar un cofre chino de laca y un espejito cuadrado con marco de cobre cincelado o madera dorada. La originalidad de este comedor se completa no poniendo ningún cuadro en las paredes.

Yo sé de lo elegante y simpático que es este comedor en su suprema sencillez. El mismo puede combinarse en dos tonos de azul o en dos tonos de verde.





Durante años, jamás faltó Jasper a su partida de damas.

# LA CASA QUE DUERME

Por CAMILO LEMONNIER

(CONCLUSIÓN)

—Querida mía, dijo Jasper suspirando después de un largo silencio, hay demasiada felicidad aquí. Una mosca se acerca al borde de un plato con crema y se siente atraída por su buen olor: está casi al borde de ella y llega un momento en que es demasiado tarde; es necesario que ella se ahogue.

Decía esto lentamente, a media voz, como hablándose a sí mismo, y en su pensamiento él era esta mosca que experimentaba en el plato de crema un vértigo azucarado que era su perdición. La gorda mujercita habría encontrado que también esa era una de sus ideas, si ella misma, dulcemente atraída por el té, los bizcochos y

la confitura no se hubiera sentido, como la mosca, caer al plato de crema. Jasper, admirado que no contestase, volvió la cabeza, y viéndola tan suavemente adormilada cerró también los ojos, vencido por el bienestar de la habitación. Un almita alegre cantaba aún en el samovar; Fifi, como en sueños, lanzó algunas notas; los jacintos exhalaban raros aromas y los mismos quesos, bajo sus urnas, tenían una risa de gordas caras holandesas. ¡Qué bueno, dulce y completo era todo! Invisibles espíritus, como todos los santos del calendario reunidos, insinuaban la ilusión de un aniversario de familia, en que ángeles, con cajitas de confites, se acercaban sonriendo.

Nunca como en ese momento, el señor Joost tuvo el convencimiento de que él había venido al mundo para gozar de una completa y eterna felicidad. Sintió que la mosca, siempre más baja, se acercaba al pequeño lago de crema.

Pero de pronto una sombra pasó por el transparente, una sombra frágil y delgada, miró un instante hacia la pieza y luego se detuvo con un gesto indeciso. Pareció que todo el frío del invierno había entrado en la habitación. Jasper palideció, tosió, cerró los ojos. Concluida la pequeña música del samovar, terminó el ensueño. ¡Ah! sabía muy bien lo que era la pequeña sombra! Era una de esas que veía aparecer en sus sueños y que, en la mañana, le indicaban que debía abandonar su lecho tibio para acudir, allá abajo, hacia el dolor humano.

Ahora Jasper se había puesto de pie; su corazón palpitaba de pesar, de esperanza, de vergüenza. Suspiró ampliamente, envolviendo en una mirada circular la vasija de porcelana, la mesa y los pastelillos como un chaparrón de rosa caído del paraíso. Una mano en el pasador de la puerta, se detuvo un segundo, observando el sueño de Josina...

En la tarde blanca de la calle, luego, anduvo a largos pasos; las pequeñas casas pintadas, con su bonetes de nieve, semejaban esos monigotes de pasta que el pastelero sacaba del horno el día de Pascua, con una peluca de estopa blanca y las mejillas teñidas con un dulce rosado. Atravesó la plaza, siguió a través de tres callejuelas, por los tragaluces de cuyas casas se filtraban olas de luz; se acercó al puerto y finalmente vino a golpear en la puerta de una casa baja donde una mujer se puso a gritar que si era él que, al fin, llegaba, no había verdaderamente razón para que algún día no llegase del todo. Y bondadosamente respondía, al otro extremo de la puerta:

—Pensad, buena mujer, que no es siempre culpa mía; hago lo que puedo y a pesar de todo hay días en que sería más fácil tomar la luna con los dientes.

Se rió para enternecerla. No le habló, por supuesto, de la mosquita en el plato de crema y pacientemente esperó que ella hubiera abierto la puerta.

## VII

La señora Joost poseía un alma clara y

reluciente como su casa, un alma en cuyos más ocultos escondrijos no se encontraría ni la sombra de una mancha. Y justamente: era sobre todo por un sentimiento de limpieza holandesa que le repugnaban las frecuentes visitas de Jasper al puerto. “¡Puf, puf!” soplaba ella con aire de disgusto, y maquinalmente hacía el gesto delicado de limpiar el polvo con un plumero.

Además, en este jardín de virtudes de la buena señora, existía una que era su confianza en la Providencia, en el porvenir y en todo. “Vendrá un día en que ya no irá”, pensaba. Y una vez más hacía buen tiempo en su cielo.

Durante años, Jasper no había faltado al Club a jugar a las damas con un grupo de prohombres de la villa. En un ángulo de la plaza, bajo, largo como un entrepunte, con estores discretos que se corrían en la tarde, era el tipo del verdadero bar holandés. Por este tiempo, nada de importante había ocurrido en su vida; como los pequeños peces rojos de la pila, iba de un extremo al otro del tazón, picaba una miga de pan y volvía a subir con un ligero golpe de cola, contento de lo que veía de universo a través de su frágil prisión de vidrio. Se puede decir que hasta esta época él había sido un hombre perfectamente feliz, saliendo, entrando, comiendo, haciendo todas las cosas honradas y regulares de la vida, sin ver nada más allá. Todos los días llegaba a jugar su partida, se sentaba en la mesa, colocaba sus piezas en el tablero de damas y bebía sus dos vasitos de bitter, nunca tres. Era verdaderamente sobriedad para un holandés como él. Por lo general, la partida se terminaba cuando el pequeño péndulo del reloj, con un sonido de oro, daba el cuarto, antes de la hora de su comida. Entonces el pequeño rentista se levantaba y, colocando un pie delante del otro, a pequeños pasos, llegaba a su casa precisamente en el momento en que Juana ponía sobre el mantel floreado la sopera, de gráciles y complicados adornos. Y tanta era su satisfacción al sentarse a la mesa delante de su linda mujercita, que todas las horas anteriores parecían simplemente una preparación de esta pequeña fiesta cotidiana.

Si, era ése el tiempo feliz de su vida. Pero como ciertas personas tienen la manía de complicar el orden natural de las cosas, se le puso en la cabeza construir casas. En la mañana iba a fumarse una o dos pipas viéndolas avanzar; después, entraba regularmente dos o tres veces al día a to-

mar, con su querida Josina, un refrescante trago de grosella o uno de esos pequeños tés para los cuales hervía constantemente el agua en el samovar.

Y de improvviso, se sintió cogido por estas ideas como por una mala fiebre; no podía explicarse de otro modo la transformación que se había efectuado en este hombre sano, jovial y de buenas costumbres. Esto había sucedido en la época en que Tonio, el joven albañil, casi había muerto al caerse de un andamio en una de las casas en construcción. Un inexplicable estado de ánimo hizo que se alejara desde ese momento del estimable corro de buenos burgueses gordos y floridos que hasta entonces habían formado su sociedad. No fué más al Club y dejó de construir casas; un pequeño grano de locura había llegado hasta el engranaje de su vida, entorpeciendo su ritmo.

No podía, sin embargo, decirse que era desgraciado, en el sentido real de la palabra. Fuera de estas crisis intermitentes, era más bien un hombre como todo el mundo, al cual le gustaban los largos sueños, los suculentos desayunos, las pequeñas comidas delicadas donde se prolongaba el agrado perfumado y sustancioso de una alegre cocina. Juntos, en la reconciliación de la hora, semejaban al pastor y a la pastora de porcelana de Sajonia que, detrás de la vitrina del salón, se hacían vis a vis y cambiaban amorosas sonrisas.

“¡Ah! pensaba ella, si quisiera ir a ver sus amigos del Club! ¡Quién sabe si se salvaría!”...

Su vida era como una vitrina repleta de pequeños objetos preciosos; ella tenía la simetría de un mosaico hecho de pequeños pedazos iguales y redondos. En Holanda, por lo demás, todo es redondo, las almas, los quesos, y la tierra, más que en otras partes.

Una vez, ellos hacían la misma cosa que la víspera y que todas las otras veces. Habían terminado de comer; Juana no había dejado sobre la mesa sino frascos de mermelada, la cajueta de los bizcochos y el pan de especias, y ahora, tomaban el té. El invierno del jardín se asomaba a los vidrios; hubiera querido, seguramente, calentarse en el fuego de la chimenea.

¿Quién fué el último que habló? Fifi sólo podría decirlo. Pero, hé aquí que la gorda mujercita pareció tener el aspecto de bajar de una nube.

—¿Hace mucho tiempo que tú no ves a tus amigos?—dijo ella con cierto dejo de gravedad en la voz.

En la pieza aromada por el tabaco y la fina flor del té, la lámpara aclaró sus mejillas frescas. Ella agregó sonriendo, sin malicia:

—Yo responderé por tí: hace ya cinco meses, que una tarde de estío tuvimos una discusión algunos amigos, en el Club.

El, tornándose serio a su vez, movió la



Este hombrecllo, gordo y jovial, con sus mejillas salpicadas de cortos y gruesos pelos de su barba rojiza...

## VIII

cabeza, vaciando las cenizas grises de su pipa; y ahora, como de costumbre, miraba con esa extraña divergencia de sus ojos, uno de los cuales, claro y pensativo, se fijaba en el techo, mientras que el otro, furtivo, inquieto, giraba como la punta de un berbigüí.

Llamó a Poucke con un silbido: el perro abandonó su canasta estirándose, y dulcemente, le alisó el pelo con su mano por algún tiempo. Aún no había dicho nada. Todo germinaba lentamente en él, como si tuviera la eternidad para decidirse por esto o aquello. Por fin, acudieron ideas consoladoras: abrazó a su mujer con un sentimiento tan vivo que le desarregló su peinado.

—¡ Ah! exclamó Josina, mirándose en el samovar y arreglándose el pelo.

— Mi querida mujercita, dijo él, el pasado es el pasado; no hay razón ninguna para que yo no vaya a jugar mi partidita con mis amigos como antes.

Pero no era esto lo que pensaba Jasper Joost.

Se puso de pie, hizo saltar de un papiro-te una brizna de bizcocho que quedó en su manga, estiró su chaleco, como hombre que va realmente al Club. Josina pensó inmediatamente en atarle al cuello la bufanda de lana que le había comprado hacía muy poco; pero ni ella ni Juana pudieron encontrarla. Un sobresalto detenía al pequeño rentista; volvió su cara del lado de la sombra; pero la misma sombra, en esta habitación tan clara, era tan pura que Josina vió claramente temblar sus labios con una acusación.

— ¡ Oh! dijo, ¿ acaso la habéis regalado como tantas otras cosas?

— Sí, contestó, debo confesarlo. Había en el puerto, hace poco, un pobre hombre que tosía en el hueco de sus manos...

Y luego el señor Jasper se calló. Pero Josina se desolaba:

— Juana, su bufanda, su bufanda de lana fina! ¿ No es de sentirlo?

El canario, despertado por las voces, sobresaltóse en los palos de su jaula e inmediatamente esta pequeña vida alegre del pájaro hizo cambiar sus ideas:

— ¡ Ah! el diablillo! ¿ Qué loco! ¿ Se imaginará que ya es de día?

Jasper Joost, temiendo que ella le volviese a recordar estas cosas, se apresuró a salir. Pero ella lo llamó para decirle que lo esperaba con té caliente y con galletas de vainilla. Y luego se encontró afuera, en la bella nieve blanca de la calle.

Ahora Jasper caminaba vivamente a lo largo de las casas, deshaciendo con sus pies el azúcar blanco que cubría las aceras. El frío punzante, seco y duro, erizaba los pétalos de sus narices; pero él caminaba hacia adelante insensible a los pinchazos del cierzo. Las últimas tiendas, con sus vitri-nas claras, proyectaban franjas anaranjadas sobre la mica brillante del hielo. Delante de la farmacia, la nieve, inflamada por el reflejo de los frascos con líquidos, estaba impregnada de una luz rubia, feliz, que evocaba almas tranquilas en una nube pálida de humo.

Ahí estaba el famoso Club de la villa, en que, al amor de la tibia chimenea, los pies descansando en cojines cálidos, bebiendo buena cerveza espumosa, los honrados prohombres, como él, jugando a las cartas, esperaban tranquilamente el sueño.

Con el mismo movimiento de antes hizo girar la llave de la puerta. A través de la bruma de las pipas, reconoció la mesa de juego, la percha frente a ella donde colgaban las pipas, las pinturas de los muros que representaban escenas de casa y en medio de las mesas redondas, los pequeños floreros rechonchos con flores artificiales. Le parecía que había venido ayer solamente, que nunca había dejado de ocupar su lugar en la mesa, que era la más cercana al fuego. Caras untuosas, de palideces cárdenas y gordas como capones pacientemente cebados, se consideraron con admiración. Hubo gestos hipócritas, las manos dejaron de llevar las pipas a los labios, como si hubiese llegado una persona que no se esperaba. Pero, Jasper saludó gravemente, sacándose el sombrero y las cabezas se inclinaron para devolverle su saludo, pero sin afecto. Si en este momento el señor Joost no hubiera sentido una fuerza independiente de su voluntad, y que anulaba en él la reflexión, se hubiera dado cuenta que su llegada paralizaba el lento torpor de esos cerebros burdos y encallecidos en una moral hecha.

Las conversaciones se interrumpieron; un malestar visible se produjo y él, esta vez, no se turbó. Parecía que era una cosa evidente que tenía algo que decirles y que era para eso para lo que había entrado en el Club. El administrador, sin preguntar nada, colocó delante de él, sobre un pedazo de hule, el vaso de cerveza espumoso que tenía costumbre de tomar otras veces. Este hombre redondo y

obsequioso fué el único de los presentes que le manifestó buena voluntad. Se produjo un gran silencio; no se oyó sino el ronquido de la chimenea y el cliqueteo de las pipas entre los dientes nerviosos.

Jasper casi no experimentaba embarazo; al contrario, se fortificaba en la idea de que había llegado el momento de hablarles con sinceridad. Eran antiguas relaciones, amigos buenos, cuyo trato habría frecuentado hasta la muerte, si, desde hacía un año, no se hubiera inclinado a un género de vida cuya honorabilidad y buenas costumbres no podían aceptar. Había entre ellos comerciantes enriquecidos en negocios diversos, que no tenían remordimientos por haber vendido con pesos falsos o alterado la calidad de las materias vendidas. Jeffers, agente de emigración, un perfecto canalla que engañaba a los pobres campesinos, que iban a morir en lugares inhospitales, era uno de los de la mesa redonda. Desde hacía veinte años arrebataba a los campos su fuerza viva, pero nadie había osado levantar la voz contra él, y sus víctimas no habían vuelto a decir de qué muerte habían perecido en las palúdicas marismas que habían ido a colonizar, con la esperanza de hacer fortuna. Y luego estaba también el viejo petardista de Katwyek, un fariseo que exageraba el rigor de los principios y cuya vida se había encontrado en todos los negocios dudosos de la época. Sin embargo nadie se habría atrevido a gritárselo al rostro y seguramente moriría como un justo, honrado con la consideración pública.

Jasper se habría guardado muy bien de tener tales ideas con respecto a estos hombres honorables, en tiempos anteriores. Pero ahora la venda se le había caído de los ojos: los veía en su infamia, como si repentinamente se hubieran dado vuelta su vieja alma cargada de iniquidades. Y pensaba: "Estos, con sus caras de corderillos, son peores que hienas y chacales". Justamente se había colocado cerca del hombre en quien durante largo tiempo tuvo confianza



Hondamente preocupado por la frase de Katwyek... inclinando las espaldas, la vista baja, murmuró: "en efecto, esto es lo que tendré que hacer"...

absoluta. Hoefnagel y él se habían encontrado en negociaciones que les habían rendido a ambos ganancias considerables. Era el principal constructor de la ciudad; todo un barrio del puerto le pertenecía, cerca de trescientas casas que él arrendaba semanalmente y que eran habitadas por una muchedumbre famélica. A fuerza de presionar a este mísero mundo, él sacaba el oro y la sangre de una fructífera vena humana. Para él era un principio que la humanidad era para el especulador sin prejuicios, un abundante rebaño, cuya carne, a menudo despedazada, se renueva incesantemente. Este hombre jovial y gordo, de redondas espaldas, de una viscosa corteza amarillosa, salpicada de pelusa roja, desenvolvía sus argumentos con un buen humor homicida de lo más entretenido.

Jasper, entusiasmado por estas ideas, lo había encargado de construir por su cuenta casitas que le permitían todas las mañanas ir a fumar su pipa en la labor, como un hombre que tiene realmente algo que hacer aquí abajo; luego había llegado el accidente: una de las casitas, demasiado fresca aún, cedió al peso del maderamen invalidando para siempre al obrero Tonio, un muchacho de veintidós años.

Jasper, cediendo a los consejos de Hoefnagel, se negó a indemnizar al inválido, pretextando que la albañilería estaba terminada en el momento del accidente: el pobre Tonio, que había llegado hasta allí para buscar una plana olvidada, no podía ser considerado como una víctima del trabajo. Se siguió un proceso y los jueces dieron una vez más la razón al rico contra el pobre.

Pero entonces la conciencia de Jasper, aunque tardamente, despertó; tal vez no había razón para él, pero ¿la humanidad? Y poco a poco se había puesto a pensar en los deberes de los hombres entre ellos, como nunca había pensado. Se supo un día que visitaba regularmente a este Tonio, llevándole socorros y, tan luego como éste dejó el hospital, le ayudaba a moverse sujetándolo por los brazos; un hermano no habría hecho otra cosa. Pero si siquiera se hubiera detenido ahí! Pero luego se puso a frecuentar los hogares de los obreros del puerto, los descamisados sin trabajo y todo aquello que podía ser considerado como la más baja canalla.

La chimenea roncaba, cargada de hulla. A veces el sonido seco de una uña en el fondo de una pipa hacía caer la escoria en el cenicero de cobre. Cada vez que uno de los bebedores llevaba el vaso a sus labios, sentíase el ruido leve de la espuma deshecha. Y el silencio era sordo, angustioso; los ruidos de afuera llegaban insinuándose vagamente para desaparecer después.

De repente, las campanadas de la pequeña iglesia sonaron espaciadas y graves. Eran las diez. La hora cayó lenta sobre la ciudad como en el fondo de un pozo. Entonces Jasper, medio inclinado sobre su pecho, levantó la cabeza como si hubiera oído una voz sobrenatural que lo invitaba a hablar:

—Os quería decir algo, dijo, y es por eso que he entrado. Uno va a la derecha, otro a la izquierda y así uno se pierde de vista. Sin embargo, todos los caminos no son buenos. Siempre hay alguien que marcha delante de los otros en la verdad. Yo fui un hombre que hice el mal durante mucho tiempo y que se creía en paz con su conciencia. Vivía una vida maquina y para mí sólo. Y solamente ahora comienzo a ver las cosas tales como son.

Hacía tanto tiempo que su corazón plétórico se callaba! Pero la hora había sonado arriba, en el reloj del puerto, como el anuncio de un personaje fatídico. Y ahora las palabras acendían fáciles, sin que hu-

biera necesidad de buscarlas, le venían a él, cuya voz ascendía penosamente cuando lo interrogaron.

—Sí, dijo hipócritamente Hoefnagel cerca de él, solamente ahora comienza a ver las cosas tales como son.

Jasper bebió un trago de cerveza y luego, mirando al hombrecillo regordete, le dijo sin cólera:

—Yo también, en aquel tiempo, me habría reído de aquel que hubiera hablado de esa manera. No creía entonces, que gentes como vos y yo viniesen al mundo para otra cosa que para el placer de beber, de comer y de ganar dinero. Pero cuando el techo cayó sobre el pobre Tonio, comprendí que el rico tiene una parte en las desgracias del pobre. Y desde ese instante mis ideas han cambiado.

Haefnagel retiró de sus dientes la larga pipa, escupió y dijo tranquilamente.

—Ese es un asunto resuelto. El albañil no tenía por qué entrar a la casa. Es culpa suya si se ha roto el espinazo.

—Pero la casa, señor Hoefnagel, era mía. Había dejado allí una plana y con esta plana había contribuido a que se elevasen los muros. Era como algo de su vida y de su trabajo que estaba a nuestro servicio. Los jueces no son toda la justicia.

—Audaz es el que se atreve a colocarse por encima de la justicia, opinó severamente el viejo Katwyck, este hombre justo, que en sus más escabrosos tráfigos con la justicia se había arreglado de manera que nada tuviera que ver con el Código.

## IX

La mayoría fué de esta opinión; por desgracia para Jasper ella no estaba compuesta únicamente por aventureros como este Katwyck y este Hoefnagel. Estaban también en la mesa de juego, el notario, el recaudador de impuestos y el dulce y pequeño señor Jack, un rentista de costumbres apacibles, al cual nunca había retirado su estimación. Estos, después de todo, representaban una suma de virtudes y de probidad que les daba el derecho de afirmar que la justicia tal como ellos la comprendían era la única en que podían pensar las gentes honradas. Pero Jasper alzó la cabeza y a media voz, como hablándose a sí mismo, dijo:

—Mientras existan pobres, nadie tiene el derecho de afirmar que la justicia ha bajado al mundo.

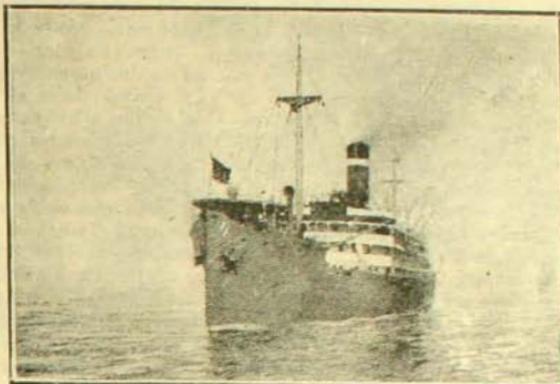
Sí, era ésa una de sus nuevas ideas y pro-

(Continúa en la página subsiguiente)

# LINEA DE VAPORES "GRACE"

## ITINERARIO APROXIMADO DESDE VALPARAISO

Llega a Coquimbo el primer día.  
Sale de Coquimbo el primer día.  
Sale de Antofagasta el tercer día.  
Sale de Iquique el cuarto día.  
Sale de Arica el quinto día.  
Sale de Mollendo el sexto día.  
Llega al Callao el octavo día.  
Sale del Callao el noveno día.  
Llega a Balboa el duodécimo día.  
Sale de Cristóbal el décimotercero día.  
Llega a Nueva York el décimotavo día.



## ITINERARIO APROXIMADO DESDE NUEVA YORK

Llega a Cristóbal el sexto día.  
Sale de Balboa el séptimo día.  
Llega al Callao el décimo día.  
Sale del Callao el undécimo día.  
Llega a Mollendo el duodécimo día.  
Sale de Mollendo el décimotercero día.  
Sale de Arica el décimocuarto día.  
Sale de Iquique el décimoquinto día.  
Sale de Antofagasta el décimosexto día.  
Sale de Coquimbo el décimotavo día.  
Llega a Valparaíso el décimotavo día.

Servicio Directo de Pasajeros entre CHILE, PERU Y NUEVA YORK  
Vía Canal de Panamá SIN TRASBORDO

Por los nuevos vapores americanos

"SANTA ANA" Y "SANTA LUISA"



CAMAROTE DE LUJO

W. R. GRACE & Co.  
VALPARAISO

AGENTES GENERALES

OFICINAS EN TODOS LOS PUERTOS DE LA COSTA

bablemente la que más netamente se le aparecía cuando consultaba su conciencia. Solamente le faltaban argumentos para desarrollarla. Y ahora, permanecía allí, baja la frente, algo humillado, con la vibración de su ojo izquierdo, mientras que el notario, tomando con la punta de los dedos una narigada de tabaco, expresó esta idea general: siempre habrá pobres y siempre habrá ricos. El silencio descendió como en un tribunal, al oír estas palabras. El señor Joost respondió sencillamente:

—Cristo no hablaba así, él, que dió su vida y murió en la cruz por los pobres.

—Y bien!, dijo Katwyek, que nuestro amigo Joost (insistió con algún desdén sobre este calificativo obligado) que nuestro amigo Joost arroje en la balanza, para establecer el equilibrio, una parte de sus entradas; sería un buen paso el que se avanzaría...

El canario, estimulado por el ruido de la voz, soltó algunas notas en su jaula de cobre colocada encima de la caja.

"El canario de casa tiene sonidos más bonitos", pensó Jasper Joost.



Aunque salta con sus muletas no con mucha facilidad, puede decirse que su accidente ha retenido la felicidad en su hogar.

Pero, de golpe, la proposición de Katwyek se le metió bordonando en la cabeza.

Inmediatamente pensó en la vida regalona de Josina en la casita feliz, en sus siestas suaves, bajo el edredón de pluma, en su afición a los pastelillos de crema. Pensó en Poucke, en las criadas y en los esbeltos pececillos de oro de la piscina.

Pensó en todo el mundo, menos en él. Y un gran cansancio adormecedor le aplastó el corazón, como si ya hubiera llegado el momento, y el estuviera cerca del lecho de su mujercita, diciéndole tembloroso:

—Mi querida Josina, hemos vivido hasta el momento en la mentira. Hemos comido la sangre y la carne del pobre. Ha llegado el momento de volver a la verdad, entregándonos este dinero que nos hace tan vanos y tan incompasivos.

Su ojo izquierdo pareció fijar contritamente esta temible eventualidad, mientras su ojo derecho parpadeaba desesperadamente. Pasaron algunos minutos y luego, bajando la cabeza, murmuró:

—Precisamente, eso es lo que hay que hacer.

Una vez más la campana desenrolló su vuelo de notas por encima de la villa dormida. Los viejos amigos del Club, después de la fatiga de esta velada en que el cerebro había sido sometido a tan duras pruebas, caían en una especie de somnolencia, las nuca flojas y parpadeantes las pupilas, sosteniendo en sus dedos gordos, pipas que se fueron apagando unas después de otras. El reloj del puerto toca en la noche, lejanamente, once campanadas, como si también dudase de la conciencia de Jasper. Todo el mundo se levanta y él mismo marcha a través de la calle, clara de nieve y de estrellas, pensando en el lecho, suavemente temperado por el cuerpo de Josina. Las casitas runrunean al borde de las aceras, detrás de sus postigos cerrados, blancos como pequeñas capillas decoradas con hielo. Cada una durante el día, llevó una vida buena o mala, cumpliendo a su manera con el deber cotidiano; y ahora, todas son iguales, todas semejantes, con sus estores caídos como párpados; todas duermen con un sueño de niño. Y la nieve se deshace en la punta de sus zapatos, mientras que, a pasos rápidos, el alma angustiada, trota el bueno de Jasper. Piensa en el té y en los bizcochos que lo esperan en la pieza, en que Josina, adormecida en su sillón, una gota de saliva en las comisuras, ronca suavemente a menos que no sea la tetera; y al mismo tiempo se enfurece por no haber en-

(Continúa en la página subsiguiente)



# VIÑA BENITEZ

SANTIAGO

33 - Riquelme - 33

Teléfono Inglés 646



RECOMENDAMOS ESPECIALMENTE  
NUESTRO

PINOT RESERVADO

contrado el argumento para aplastar esas almas de hielo. Allá abajo, sin embargo, del lado del puerto, suben voces, voces angustiadas, voces como durante un naufragio, voces de miseria y de agonía. Le parece, entonces, que toda esta muchedumbre miserable gime tendiendo los brazos hacia él, como hacia un salvador. Siente palpitar contra su corazón sus pechos, hinchados de agradecimiento. Y poco a poco la argumentación tardía reaparece; agita el aire en grande gestos; encuentra las expresiones que debió decir, las bellas palabras ardientes, persuasivas, como el corazón de los verdaderos apóstoles.

Pero ya ha llegado a su casa: suavemente introduce la llave en la cerradura y cierra la puerta sin ruido. En el pequeño comedor, la lámpara ilumina las tazas de porcelana, el plato de los bizcochos y de los granitos de anís. La tetera, con su colador de plata en el extremo del pico, le sonríe benévolutamente entre el azucarero y la mantequillera. Una legión de cristalería japonesa se alinea detrás de la vitrina del aparador, honrada y alegre, de tamaños desiguales como una mamá entre sus niños.

Jasper mira las teteras y tazas y luego la que está en la mesa. Esta tiene para él un sentido misterioso y tierno. Se la regaló a Josina en reparación de la pena que la hizo pasar, un día en que ella tuvo que esperar como dos horas. Entonces no tenía estas ideas; se había retardado sencillamente en mirar el vuelo de las grullas en el campo. Y le parece que la tetera, a su vez, lo mira, pero con un aire malicioso, como si le dijese:

“¡Eh! eres el mismo que se olvidaba del tiempo porque pasar las grullas. Antes desfilaban por encima de los pantanos y ahora pasan por tu cabeza.”

Una humareda ligera florece en el pico de la tetera de cobre sobre el anafé y el agua agita suavemente sus paredes, con un ruido que le recuerda su buena mujercita adormilada después de las comidas. Una vez más piensa en los pobres diablos que, en este duro invierno, se desesperan en sus lechos sin abrigo. Pero la tetera rruñonea, musical e incitadora. El bienestar vuelve a perfumar los rincones con su tibia dulzura. Vacía un poco de té en la tacita y llena de mantequilla los bizcochos; y espera que Josina no se despertará hasta que haya terminado. Pero de improvviso, ella suspira. Entonces ambos se echan a reír y juntos continúan el

pequeño refrigerio, en paz sus tranquilas conciencias.

Y luego la hora suena en el reloj, la clara hora de la medianoche, del bienestar, tan diversa del ruido mohoso de las grúas del puerto, duro como el corazón de sus amigos del Club.

## X

Un domingo de fines de febrero, fueron, como casi todos los domingos, a la misa matinal. Las casitas, detrás de sus visillos festoneados, tenían un aire simétrico de buenos pensamientos, muy de acuerdo con el aspecto plácido de las viejas señoras que se veían a través de los vidrios, con sus trajes anticuados, bebiendo té y comiendo macarrones. Bien podía embadurnar la calle una niebla pegajosa, que no por eso ellas se preocupaban lo más mínimo, inmóviles como viejos retratos de familia entre las mesitas de caoba, los pisos de felpa, los espejos biselados y los gruesos armarios con vitrinas de los tiempos del señor van Olden Barnevelt. Se hubiera dicho que, durante siglos, estaban lo mismo; estaban allí bebiendo el té a pequeños sorbitos y mirando pasar la gente, con los mismos gestos un poco más usados y las mismas caras un poco más lejanas. Y más de una vez, una u otra de estas viejas pinturas holandesas cesaba de verse detrás de la ventana, como un cuadro que ha caído de su marco. Se podía decir entonces con toda seguridad que el carro de los muertos había venido a buscarla, con unos hombres negros de singulares sombreros y exóticos trajes.

Era un domingo provinciano, con repicar de campanas y una paz fresca y agradable. Caía una ligera llovizna que barnizaba las veredas. Después de misa, pasaron a casa del pastelero para encargarle unas tortas especiales. Le pareció a Jasper que este hombre, con las manos salpicadas de una capa de harina, lo miraba con cierta malicia, mientras Josina, recogiendo friolenta en su abrigo de pieles, con cierto saliveo goloso en la lengua, en este aire que olía a canela y a caramelo, escogía con la punta de su dedo enguantado los flanes, las cremas untuosas y los alfajores delicados.

Luego volvieron por la plaza, bajo la humedad flotante, cruzando grupos de personas que cuchichean sobre el bello tocado

(Continúa en la página subsiguiente)



## EXPOSICION DE NOVEDADES

La espléndida colección de toilettes que se está exhibiendo en **GATH & CHAVES**, con su riqueza y variada originalidad, da una idea exacta de lo que es la moda en estos momentos. Nada más encantador que estos **Habillés, Capas, Tunicas**, etc., que conservan a la silueta esa esbeltez y distinción que tanto agradan.

En estas creaciones, ya sean de Sombreros o de Trajes, se admiran deliciosas reminiscencias de antaño junto con muy felices invenciones del buen gusto moderno. Las maravillosas confecciones de los célebres modistas **Drecoll, Jenny, Premet, Jane Lanvin, Soeurs Callot**, etc., son prueba elocuente de este aserto. En los Departamentos "**CONFECCION SEÑORAS Y NIÑAS**", "**BLUSAS Y BATONES**", "**MODAS**", "**LENERIA NIÑAS**" y "**LAYETTES**", se siguen recibiendo los últimos modelos de las grandes Casas de París.

Muy interesante es también la exhibición de **Artículos de Baño**, instalada en la Sección "**Blanco**"; hay buen número de nuevos modelos en **Trajes y Gorras** para Señoras, **Zapatillas, Sábanas, Batas, Mamelucos**, etc., muy recomendados por su excelente calidad.

# GATH & CHAVES Ltd.



Juana, a su lado, abierto un paraguas, lo protegía de la fina lluvia.



**FABRICANTES DE ROPA BLANCA** bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

**NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME** ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

**AGRADECEREMOS MUDA DATOS**, muestras y precios a otras partes y los compare con los nuestros y se convencerá de la **gran ventaja** de los artículos de nuestra fabricación.

Atendemos gratuitamente todo pedido de nuestro Catálogo

de la pequeña y gorda mujercita y el pobre paletó raído que la acompañaba.

Se sabe perfectamente en la ciudad quién es el que lleva los vestidos nuevos del rentista: ellos se pasean allá abajo, en las espaldas de uno de esos pobres diablos que siempre tienen hambre y que se ven rondar en torno a la casa de Jasper Joost. Josina, esta esposa tan tierna, ha tomado su determinación; ella no ignora que cuando el sastre viene a tomar sus medidas, haría muy bien en ir a tomarlas a casa de Tonio, el antiguo albañil, o a la casa de los numerosos amigos de Tonio. Este es, en la actualidad, el verdadero rentista: cuando el tiempo es bueno, su madre, una mujer vieja, lo pasea, sujetándolo del brazo, como lo hizo antes el mismo Jasper Joost; pero si nieva o llueve, Tonio permanece sentado, cerca del fuego, en un buen sillón.

Puede decirse que su accidente lo ha favorecido en la vida. Sin duda salta en sus muletas sin mucha comodidad; pero es necesario confesarlo: no tiene ahora necesidad de subir las escaleras llevando el cemento a los ladrillos; está asegurado contra la muerte, por este lado. Otros no podrán decir otro tanto y Tonio se ríe cuando alguien le habla de su antiguo oficio. Es por lo demás un buen muchacho y agradece su bondad al señor Jasper Joost. El día en que éste lo hizo dueño de la pequeña casita en que vive, la felicidad ha sido completa.

Desde ese día, Tonio se ha convertido en un personaje, en su calle: cambia un apretón de manos con el médico, el oficial civil y fiel ejecutor. Pero, sobre todo, los calafates del puerto están siempre allí pidiéndole "centavos" para comprar tabaco o beber un bock. Después de todo, como es Joost el que paga!

Pero Tonio es un hombre agradecido. Cuando llega Jasper, en la noche, sus ojos se humedecen y retiene sus manos en las suyas con aire humilde. Entonces el buen rentista, en su alegría, ríe con toda el alma y Tonio ríe igualmente como una mosca en un terrón de azúcar. Sin embargo, de los dos, es Jasper el más reconocido; olvida a Josina, los tres quesos y los bizcochos, todas las alegrías de su pequeño paraíso cálido. Si no fuese por esa vieja gruñona, la madre de Tonio, sería completamente feliz; ésta no le ha perdonado nunca la desgracia ocurrida a su hijo.

Jasper Joost puede alabarse de ser aho-

ra el ídolo del pueblo bajo de la ciudad; se ha puesto del lado de los proletarios contra los ricos y no habría ninguno entre ellos que no diera su vida por él. El no ignora lo que le cuesta y lo que le ha costado esta reputación, pero para eso se tiene dinero. Apenas se le divisa, salen de las casas para acompañarlo y rendirle homenaje. Dependería de él si quisiera ser nombrado para algún cargo municipal; pero él no tiene el dón de la palabra; se ha ensayado varias veces, sin tener éxito. Y en resumen, Joost es modesto.

Sin embargo, nunca el proletariado del puerto había tenido más necesidad de un hombre que los defendiese. El invierno había sido malo para ellos; y cuando se habían puesto al abrigo de la necesidad, los patrones habían resuelto bajar los salarios. Se produjo una pequeña revuelta en el puerto; se declaró la huelga; fueron separados como cincuenta cargadores. Lo peor fué, que los Katwyck y compinches, contrataron flamencos de Brujas que, por el precio antiguo, empezaron el trabajo. Un gran malestar reinó desde ese momento en el puerto.

Naturalmente fué consultado el señor Jasper Joost; éste dió, con su habitual generosidad, una buena suma de dinero. Tonio se encargó del reparto. Todo consistía en hacer durar la huelga algún tiempo más. Difícil sería explicarse lo que puede pasar por la cabeza de un hombre como Jasper Joost cuando las circunstancias lo ponen a la cabeza de un movimiento. Un partido trataba de resucitar el nombre glorioso de los griegos, con los cuales, hacía tres siglos, los Países Bajos vencieron a España. La víspera, Jasper, se encontró en un meeting, donde uno de los cabeceillas le insinuó que se pusiera a la cabeza del movimiento. Se levantó una mañana dispuesto a aceptar; después de todo, siempre alguien le haría sus discursos.

Ese día, lo esperaba un magnífico almuerzo en su casa. Las ostras, de carne fresca y brillante, incitaban jugosas en el nécar de la concha, al lado de las rodajitas de limón y de los montones de espárragos. De la cocina venía el olor de un pavo asado al horno. Había también, en la bandeja de plata, peras de oro y uvas, como en las naturalezas muertas del pintor Kalf. Jasper se sentó a la mesa con la impresión alegre de su suerte. Cada uno de ellos, a su turno, sorbían las sabrosas ostras, dadas de limón, con una boca que parecía sonreír.

(Continúa en la página subsiguiente)

COMPANÍA DE SEGUROS

CONTRA

INCENDIOS, RIESGOS DE MAR, ETC.

LA

“INTERNACIONAL-CHILE”

AUTORIZADA POR DECRETO SUPREMO DE SEPTIEMBRE 7-DE 1910

---

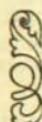
Capital Subscrito y Pagado . . . . .	\$ 1.000.000,00
Reservas hasta Junio 30-1919. . . . .	„ 2.669.485,44
Total Disponible. . . . .	„ 3.669.485,44

---

## DIRECTORIO

PRESIDENTE

Don Carlos Alvarez Condarco



VICE-PRESIDENTE

Don Roberto Pretot Freire

DIRECTORES

Don Carlos García L., Don Gmo. Luis Plummer, Don Enrique Middleton  
Cruz, Don Victor Prieto Valdés, Don Marcos Montt,  
Don Guillermo Condon

DIRECTOR-GERENTE: Don Roberto Barroilhet

Oficina Principal:

VALPARAISO, COCHRANE 639 O BLANCO 638

Agencias en todas las principales ciudades de la República y en  
Londres

Ninguno de los dos hablaba. Jasper se guardaba para sí la idea; sabía muy bien que no todos los momentos son propicios para ciertas ideas, por muy buenas que sean éstas.

El almuerzo, tranquilo, reposado, duró dos horas y quedaba aún un buen espacio para los postres, y luego el café. Solo entonces, Jasper, estimando el momento propicio, comenzó a estirar los élitros como un coleóptero que va a emprender el vuelo.

—Barnevelt, nuestro antepasado, era un gran hombre, pronunció.

No se sabía de fijo a qué venía el recuerdo de este personaje y si, en su pensamiento, él, Jasper Joost, se parecía algo moralmente al hombre que el partido de los guelfos había querido por jefe. Entró en ese instante la criada, azorada, gritando más muerta que viva:

—Se oye el tambor. ¡Es la revolución!

Esecharon: el tambor, como ella lo había dicho, sonaba en una calle vecina. Sobre la marcha se levantó Jasper, muy pálido, un puño sobre la mesa, en la actitud de un hombre que va a proclamar la República u otra cosa parecida.

—Ha llegado el momento, exclamó.

Y tomaba en sus brazos a su gorda mu-

jercita; que, a su turno, tomaba a Juana. El minuto fué de ansiedad y de expectación.

Ahora el tambor daba vuelta la esquina y se aproximaba rápidamente, evidenciando el ruido sordo de una tropa en marcha. Jasper no podía encontrar una palabra y, subitamente, una visión de banderas y de muchedumbre le pasó por los ojos; casi se desvaneció; había reconocido a Flip y a sus camaradas; en la vanguardia, llevado en su sillón, Tonio tenía movimientos de bardo sacudido por la tormenta. Era la hueiga que venía a hacer una manifestación bajo sus ventanas. Enfrentó la casa y, a traves de la sonoridad de los tambores, la muchedumbre rugió:

—¡Viva Jasper Joost!

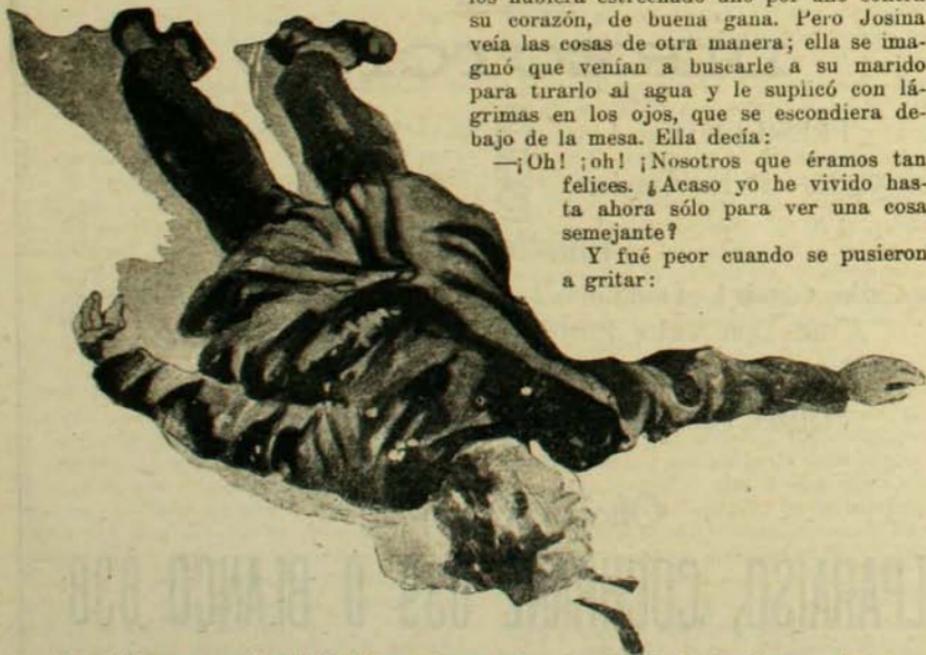
Era realmente el corazón del pueblo que estallaba en un gran grito de amor; todos agitaban sus sombreros y sus bocas temblaban de entusiasmo en sus rostros flacos y pálidos. Habría podido llamarlos por sus nombres por haberlos socorrido aisladamente en tantas circunstancias.

—¡Viva Jasper Joost!, volvieron a exclamar los ciento cincuenta hombres que estaban allí.

Jasper tenía los ojos llenos de lágrimas; los huera estrechado uno por uno contra su corazón, de buena gana. Pero Josina veía las cosas de otra manera; ella se imaginó que venían a buscarle a su marido para tirarlo al agua y le suplicó con lágrimas en los ojos, que se escondiera debajo de la mesa. Ella decía:

—¡Oh! ¡oh! ¡Nosotros que éramos tan felices. ¿Acaso yo he vivido hasta ahora sólo para ver una cosa semejante?

Y fué peor cuando se pusieron a gritar:



Una piedra que se desvió, le dió en pleno rostro, matándolo instantáneamente.

(Continúa en la página subsiguiente)

# COMPANIA SUD-AMERICANA DE VAPORES

OFICINA PRINCIPAL:  
VALPARAISO, BLANCO 695

LINEA DE VAPORES DE LA COSTA OCCIDENTAL  
DEL PACIFICO

Servicio semanal rápido entre Valparaíso y Cristóbal en 14 días atendido por los modernos y magníficos vapores de pasajeros, dotados de telegrafía inalámbrica

“AYSEN” - “HUASCO” - “PALENA”  
“IMPERIAL”

Los vapores salen de Valparaíso los días miércoles en la tarde y tienen conexiones en Antofagasta y Arica por los trenes internacionales para Bolivia los mismos días de llegada y en Cristóbal para Estados Unidos en las lujosas naves de United Fruit Co., y para Europa en otras Compañías.

Servicio quincenal entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú) en 14 días, prestado por los cómodos y excelentes vapores, dotados también de telegrafía sin hilos.

“MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”

que salen de Valparaíso los días sábados en la tarde.

Servicio periódico a los puertos del Sur atendido por el vapor “CAUTIN”, según avisos que se publican con la oportunidad del caso.

## PROXIMAS SALIDAS DE VALPARAISO

- “Cachapoal”, para Pimentel e intermedios, el sábado 29 de noviembre.
- “Palena”, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 3 de diciembre.
- “Maipo”, para Pimentel e intermedios, el sábado 13 de diciembre.
- “Aysen”, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 17 de diciembre.
- “Mapocho”, para Pimentel e intermedios, el sábado 27 de diciembre.
- “Huasco”, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 31 de diciembre.

## AGENCIAS:

en Santiago, Carlos Rogers, Bandera esquina Moneda

EN PARIS  
A. P. Dupont Rue Halevy 4.

EN NEW YORK  
John R. Livermore Inc. 21-24 State  
Street

EN CRISTOBAL  
United Fruit Company.

EN BUENOS AIRES  
Expreso Villalonga, Balcerce esquina  
Moreno

# “LA VALPARAISO”

COMPañIA DE SEGUROS

Contra Incendios, Riesgos Marítimos, Etc.

**COCHRANE 879**

---

Capital Subscrito . . . . . \$ 2.000.000,00

Capital Pagado . . . . . „ 1.000.000,00

---

BANQUEROS

**BANCO A. EDWARDS y Cía.**

---

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente

Don JORGE ETCHEGARAY

Vice-presidente

Don RICARDO W. JAMES

CONSEJEROS

Don MAX FONTAINE

Don EDUARDO DEVES

Don FRANCISCO SAMPAIO

Don ARTURO GARCIA

Don JOSE M. RIOS ARIAS

GERENTE

Don RICARDO SWETT O.

---

**Agentes por Valparaíso:**

Don CARLOS MAILLARD L.

y Don NESTOR NAVARRETE CONCHA

---

AGENCIAS EN TODAS LAS PRINCIPALES CIUDADES  
DE LA REPUBLICA

# BANCO ANGLO-SUDAMERICANO LTDO.

## VALPARAISO

CAPITAL AUTORIZADO . . . . .	£ 5.000,000
CAPITAL SUBSCRIPTO . . . . .	„ 4.500,000
CAPITAL PAGADO . . . . .	„ 2.250,000
FONDO DE RESERVA . . . . .	„ 1.600,000

CASA PRINCIPAL:

OLD BROAD STREET, LONDRES, E. C. 2

### SUCURSALES:

NUEVA YORK: (Agencia).—60, Wall Street.

FRANCIA: París, 16 Boulevard des Capucines y 23 Rue de la Paix.

ESPAÑA: Barcelona, Paseo de Gracia, 2; Bilbao, Estación 6; Madrid, Av. Conde Peñalver, 14, Gran Vía, Sevilla y Vigo.

CHILE: Valparaíso, Santiago, Iquique, Antofagasta, Copiapó, Coquimbo, Chillán, Concepción, Talcahuano, Punta Arenas.

ARGENTINA: Buenos Aires, Mendoza, Comodoro Rivadavia, San Rafael, Bahía Blanca, Puerto Deseado, Río Gallegos, Trelew, Rosario de Santa Fe, San Julián y Santa Cruz.

URUGUAY: Montevideo.

### Agentes en todas partes del Mundo

El Banco efectúa giros telegráficos y emite letras y cartas de crédito sobre corresponsales en todas partes del mundo. Se encarga de la compra y venta de valores, como también del cobro de dividendos, de la negociación y cobranza de letras de cambio, cupones, bonos sorteados y toda clase de operaciones bancarias.

Abre cuentas corrientes y recibe depósitos a la vista y a plazo, a tipos convencionales.

**T. C. HOBBS.**

GERENTE.

NOTA.—Este Banco ha instalado provisoriamente sus oficinas en la calle A. Prat Núm. 276, mientras dura la reconstrucción de su edificio propio en la misma calle.

—¡Mueran los patrones! ¡Que salga Jasper a la puerta!

Toda la calle estaba allí, esperando que la policía llegase para hacer cesar el escándalo. Nunca, en esta pequeña ciudad, la paz de los domingos había sido turbada por semejantes vociferaciones.

De nuevo el pueblol exigió la salida de Jasper a la puerta; pero su mujer lo tenía sujeto por los brazos y, cuando al fin pudo soltarse, no sin esfuerzo, ella se quedó con el faldón izquierdo de su redingote en la mano. Por fin estaba delante de ellos, sin sombrero y muy emocionado. Las dos banderas, una roja y otra negra, colgaban flojamente de sus mástiles, bajo la garúa continua. Un olor de humanidad pobre desprendíase de las ropas mojadas. Y Tonio, el albañil, que había bajado de su sillón, avanzó con sus muletas hasta él como si viniera a tomar posesión de la casa.

Hubo un nuevo redoble de tambor y luego, Flip, mostrando al albañil, y luego a los manifestantes, dijo:

—Nuestro amigo, nuestro mejor amigo, en nombre de éstos y en nombre de todos, os rogamos que toméis en vuestras manos nuestros intereses. Sólo hay un hombre que pueda hablarles cara a cara y decirles la verdad y este hombre sois vos. Quérenos pan y trabajo.

—¡Trabajo y pan! rugieron los otros ciento cuarenta y nueve y abrían bocas enormes que tenían hambre.

—Haced esto también, Jasper, vos que habéis hecho ya tanto por nosotros.

Y le tomó las manos, mirándolo con ojos de adoración humilde, como un perro agradecido.

Josina estaba sumamente disgustada con estas gentes, y sobre todo con Tonio, porque trataban tan familiarmente a su marido. ¡Pero acaso él no los había autorizado tácitamente al relacionarse con la plebe? Murmuraba sollozando que ella no sobreviviría a tamaña vergüenza. Y al mismo tiempo obligaba a Juana a tener abierto un paraguas temiendo que Jasper se mojase con la lluvia.

Jasper Joost tenía en la garganta un nudo que, a cada palabra que él quería decir, se apretaba. Su pequeña locura de la mañana se había desvanecido; no era sino un buen hombre que habría sido feliz ocupándose en aliviar la miseria. Hizo un esfuerzo y algunas palabras acudieron: les dijo que no era conveniente turbar la paz dominical, que era el día santo en que se

leía la Biblia en los hogares, pero que él iría al puerto al día siguiente y que junto con ellos vería lo que debía hacerse.

Los ciento cincuenta tomaron la pequeña homilia por el lado bueno; Tonio había ya repartido dinero entre ellos. Hubo algunos gritos todavía al benefactor y la muchedumbre se puso en marcha, a la cabeza el sillón del albañil; el tambor redobló.

Era, sin duda alguna, un gran honor para el rentista ser considerado como el único hombre justo de la villa. Lo malo fué que este honor vino al final de un suculto almuerzo, antes de que los pastelillos de crema se convirtiesen en sustancia. Josina sabía ahora perfectamente adonde iban los vestidos que desaparecían de la casa: había contado hasta tres sombreros, dos americanas y seis abrigos que desfilaron como pedazos de la piel y de la vida de su pobre Jasper. La buena Josina se mantuvo enfurruñada hasta la noche; pero como ella era incapaz de guardar rencor, el enojo se desvaneció en el delicado placer de saborear las becasinas que Juana les había asado para la comida. Fué el primer enojo de su vida matrimonial y fué también el último. Cuando el señor Jasper, en la mañana, se dirigió al puerto, los ciento cincuenta huelguistas se amotinaban alrededor de los obreros que los iban a reemplazar. Llovían golpes por todas partes.

—Camaradas, gritó adelantando un paso para intervenir.

Una piedra se desvió y le fué a dar en la mejilla: fué muerto instantáneamente.

La tierna Josina tardó mucho en consolarse, pero la vida es la vida: una mañana, el alma del estío entró por la puerta del invernadero. Nunca hubo mayor número de frutos y de avispas: fresas grandes como huevos sangraban en sus canastas. La señora Josina no terminaba nunca de beber refrescos y de dormir. Una vez, después de un almuerzo más exquisito, en la siesta perfumada del jardín, al adormecerse dulcemente, con un pañuelo en los ojos, se puso a pensar que toda la felicidad no se había marchado con el pobre Jasper, puesto que le era dado aún gozar de la dulzura de los bienes de este mundo. Cerca de ella palpataba de bienestar el perrillo faldero y el canario hacía él sólo el ruido de una orquesta. Verdaderamente, parecía que nada había cambiado en la casa.

# EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

## PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

### COMPañIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

---

---

#### Análises:

Agua higroscópica . . . . .	2.35%
Materia volátil . . . . .	39.25%
Carbón fijo . . . . .	51.40%
Cenizas . . . . .	7.00%
	<hr/>
	100.00%
	<hr/>
Azufre . . . . .	0.92%
Coke (aspecto sólido) . . . . .	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado . . . . .	7,500

---

---

VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178  
Edificio Schwager, 4.º Piso

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

---

---

VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733

Teléfono Inglés, número 1377

COMPañIA

DE

LOTA Y CORONEL

Minas de Carbón de Lota y Coronel

Fábrica de Ladrillos, Baldosas y Cañería de Greda

AGENTES EN VALPARAISO

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL

AGENTE EN SANTIAGO:

SEÑOR LUIS VIDELA HERRERA

Calle Estado, esquina Moneda

(Edificio Banco Hipotecario de Chile)

CASILLA NUMERO 1853

Use usted el Alimento Meyer para sus niños, para los enfermos y para los convalecientes de cualquier enfermedad

Estos dos certificados, tomados de entre cien, hablan más que nada en favor del Alimento Meyer:

GILBERTO INFANTE VALDES.—Médico del Hospital de Niños, Catedral 1224.—Teléfono Inglés 1759.—Consultas de 1½ a 3.—Santiago, 26 de X de 1915.—He usado desde hace varios meses el ALIMENTO MEYER en mis servicios del Hospital de Niños, con resultados muy satisfactorios, sobre todo en los niños convalecientes y en los que no toleran la leche. Lo creo superior a todas las harinas similares que se encuentran en Chile.

DR. AURELIANO OYARZUN.—Medicina General.—Consultas de 1 a 3 P. M.—Casilla 823.—Santo Domingo 1254.—El facultativo que suscribe, certifica que ha ensayado con el éxito más notable el ALIMENTO MEYER en todos sus enfermos convalecientes de diversas afecciones. Santiago, noviembre 26 de 1917. (Firmado)—AURELIANO OYARZUN.

De venta en todas las Boticas del país y Casa Gath y Chaves.



# ALIMENTO MEYER ES EL MEJOR

# COLONIAS CAUQUELEN

DESTILADA SOBRE  
FLORES



AHMADA  
272

# PACIFICO

## MAGAZINE

Dicbre.  
1919

PRECIO  
UN PESO



Srta. MERCEDES GARCIA HUIDOBRO FERNANDEZ

THE  
JOHNSTON & MURPHY  
SHOE



La Marca de Fama

THE JOHNSTON & MURPHY SHOE

THE JOHNSTON & MURPHY SHOE



Los modelos que hemos recibido, patentizan, una vez más, la incomparable elegancia de este calzado.

CASA NORTE-AMERICANA

246 — ESTADO — 246

Unicos Agentes

M. Artigas y Cía.

AHUMADA 235-239

Castilla 2970

Enviamos a Provincias Catálogos Ilustrados

8940

## Los Gitanos de la Medicina.

La credulidad del necio es la ganancia del pícaro. Si no hubiera compradores incautos no podría el gitano vender rocines viejos por caballos de sangre pura. La prosperidad del fabricante de mala fe tiene la misma base, si no hubiera compradores imprudentes no se venderían imitaciones por productos originales.

Cuando le ofrecen a usted un sustituto en vez de las legítimas TABLETAS BAYER DE ASPIRINA, lo hacen porque juzgan que Ud. es un incauto a quien pueden engañar fácilmente. Defiéndase de ese ataque a su cordura, a su salud y a su bolsillo. Pruébele al boticario que Ud. es una persona de buen criterio a la que no se embauca con artes de gitanos. Hágale ver que no pertenece al número de los necios que se exponen a recibir alguna substancia en vez de aspirina. Rechace esas preparaciones sospechosas y exija las legítimas TABLETAS BAYER DE ASPIRINA. Para identificarlas, fíjese en que cada una de ellas, lo mismo que la etiqueta y la tapa del tubo, lleven la CRUZ BAYER. Así protegerá Ud. su salud y evitará que su dinero contribuya a enriquecer «gitanos».



# El Genio está destinado a la injusticia

Del reciente libro de Anatole France "Le Petit Pierre", destacamos un capítulo en el que el grande escritor evoca, con gracia incomparable, los recuerdos de sus primeros años.

El Genio está destinado a la injusticia y al desprecio; ya desde mis primeros años lo experimenté. A la edad de cuatro años, dibujaba yo con ardor, pero lejos de reproducir todos los objetos que se ofrecían a mis miradas, solamente pintaba soldados. A decir verdad, no los dibujaba del natural: la naturaleza es compleja y no se deja imitar fácilmente. Pero ni tampoco los copiaba de las imágenes de Epinal, que compraba a sueldo la pieza. En ellas encontraba todavía demasiadas líneas en las que me hubiera perdido. Me proponía por modelo el recuerdo simplificado de esas imágenes. Mis soldados se componían de un redondo para la cabeza, una línea para el cuerpo y otra línea para cada bra-

zo y para cada pierna. Una línea rota en zig-zag, cual un relámpago, figuraba el fusil con su bayoneta, y todo eso era muy expresivo. No hacía entrar el kepí en la cabeza; lo ponía encima para mostrar así toda mi ciencia y especificar al mismo tiempo la forma de la cabeza y la del tocado. Dibujé un gran número de soldados por este estilo, común a todos los dibujos de niños. Eran, si se quiere, esqueletos y hasta esqueletos un tanto primitivos. Pero tales como eran, mis esqueletos me parecían bastante bien hechos. Los trazaba con mina de plomo, mojado excesivamente mi lápiz para hacerlo teñir bien. Hubiera preferido dibujar a pluma, pero la tinta me estaba prohibida, por miedo a las manchas.

## FORTUNA POR EL AHORRO

### BONOS DEL CANAL DE PANAMA

#### 175.º Sorteo

500.000 fr. el Núm.	288,335
100.000 fr. el Núm.	1.501,010
10.000 fr. el Núm.	1.367,115
5.000 fr. el Núm.	1.465,680

Cinco premios de 2.000 fr. números 455,978; 692,686; 961,684; 1.052,830; 1.628,021.

Cincuenta premios de 1.000 fr. números

23,667	655,169	997,314	1.257,916	1.509,844
27,393	794,139	1.018,478	1.265,336	1.570,151
35,051	809,506	1.049,030	1.266,888	1.613,331
53,409	810,218	1.101,734	1.329,227	1.690,257
73,344	819,011	1.143,359	1.404,525	1.740,562
192,829	843,356	1.145,878	1.410,055	1.743,307
244,697	934,758	1.188,478	1.411,328	1.796,362
437,974	947,423	1.198,017	1.422,367	1.834,040
592,375	972,989	1.208,960	1.440,980	1.925,200
594,382	991,868	1.209,536	1.489,495	1.971,392

Además, 325 números fueron amortizados y reembolsados cada uno con 400 fr.

Los Bonos del Canal de Panamá, en vez de divididos, reparten premios cada trimestre. No es Lotería; nadie pierde su capital: es un ahorro. Próximo sorteo el 15 de febrero; pedir prospectos. —Marcellin Masbou.—Agencia Franco-Americana. Santo Domingo 969.—Casilla 1485.—Santiago de Chile.

## DISPEPSIA CAUSADA POR ESTOMAGO ACIDO

El peligro ácido hidrocórico se forma en el estómago, agría y fermenta los alimentos que comemos y arruina la digestión. Cómo prevenirlo.

Alimento indigesto retenido en el estómago se fermenta o se echa a perder como alimento dejado al aire libre, dice una autoridad bien conocida. Declara que de diez casos de indigestión, nueve son causados por acidez en exceso, significando que hay un exceso de ácido hidrocórico en el estómago, el cual está retardando o impidiendo la digestión completa y está causando fermentación del alimento en el estómago. Todo lo que comemos se agría en el estómago del mismo modo que se agrían los desperdicios de comida en una lata, formando fluidos acres y gas, el cual infla el estómago como un globo. Entonces sentimos esa sensación pesada y torpe en el pecho, dolor de cabeza fuerte y agudo y eructamos alimentos agrios, gas o agrura severa, ventosidad, dolor de cabeza o náusea.

En tales casos es muy buen plan hacer a un lado todos los digestivos auxiliares y en lugar de ellos conseguir con cualquier droguista un frasco de Magnesía Divina y tomar dos pastillas en un cuarto de vaso de agua caliente, precisamente después de comer. Esto instantáneamente neutralizará el peligroso y perjudicial ácido que se ha formado en su estómago y usted encontrará que si toma una copa de Magnesía Divina en este modo, inmediatamente después de la comida, entonces usted puede comer casi todo y saborearlo sin que siga ningún dolor o molestia.

Pruebe este plan, como lo que quiera en su próximo comida y vea si no es éste el mejor consejo que Ud. haya tenido en cuidado del estómago.

# LINEA "GRACE"

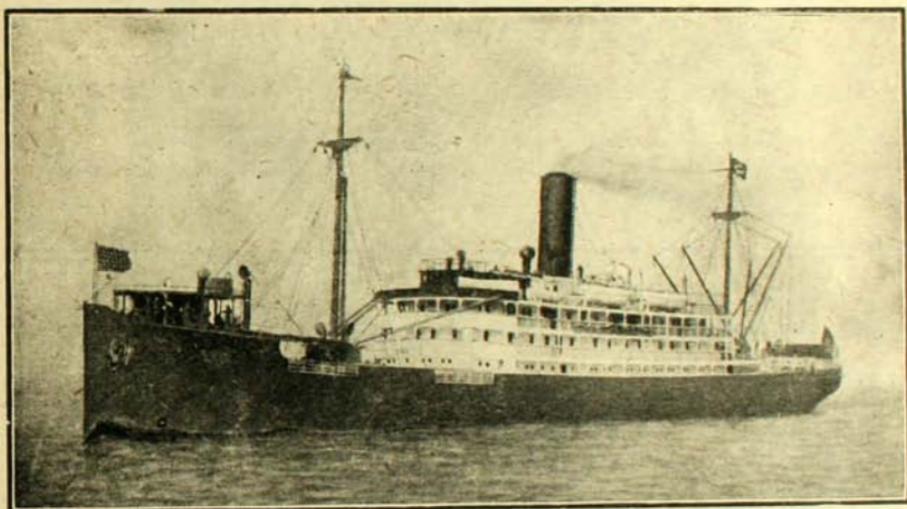
SERVICIO DIRECTO DE PASAJEROS

ENTRE CHILE, PERU Y NUEVA YORK

Vía Canal de Panamá. - Sin Traslado

POR LOS NUEVOS VAPORES AMERICANOS:

"SANTA ANA" y "SANTA LUISA"



VIAJES RAPIDOS DE VALPARAISO A NUEVA YORK EN 17 DIAS, UNICAMENTE  
PARA PASAJEROS DE PRIMERA CLASE.

PROXIMAS SALIDAS DE VALPARAISO:

"Santa Luisa", lunes 29 de diciembre de 1919.

"Santa Ana", jueves 15 de enero de 1920.

ESCALAS EN LOS SIGUIENTES PUERTOS: Antofagasta, Iquique, Callao, Colón  
y Nueva York.

W. R. GRACE & Cía. - Valparaíso  
GRACE & Cía., Chile, (S. A.) - Santiago

OFICINAS EN TODOS LOS PUERTOS DE LA COSTA.

## EL GENIO ESTA DESTINADO A LA INJUSTICIA

Sin embargo, sentíame contento de mi obra y hallaba en mí cierto talento. Muy pronto iba a maravillarme a mí mismo.

Una noche, noche memorable, habíame puesto a dibujar sobre la mesa del comedor, que Melania acababa de levantar. Estábamos en invierno; la lámpara, recubierta de una verde pantalla china, alumbraba mi papel con tibia luz. Había trazado ya cinco o seis soldados por mi método ordinario, que practicaba con facilidad. De pronto, en un raptó de genio, tuve la idea de representar los brazos y las piernas, no ya con una sola línea, sino por medio de dos líneas paralelas. Obtuve así una superficie que daba la ilusión de la realidad. Era la vida misma. Quedé encantado. Dédalo, cuando hizo estatuas que caminaban, no quedé tan satisfecho del trabajo de sus manos. Hubiera podido preguntarme si no era yo el primero en imaginar tan hermoso artefacto y si no había visto ya ejemplos de él. Pero no me pregunté nada, y con los ojos bien abiertos, y un palmo de lengua

afuera, en actitud estúpida, contemplaba mi obra. Después, como está en la naturaleza de los artistas el proponer sus obras a la admiración de los hombres, me acerqué a mi madre que leía en un libro, y presentándole mi pintarrajeado papel, exclamé: —¡Mira!

Viendo que ella no prestaba atención alguna a lo que le mostraba, puse mi soldadito sobre el libro en que leía.

Mi madre era la misma paciencia.

—Está muy bien, me dijo con dulzura, pero con un tono que a las claras mostraba no haber advertido suficientemente la revolución que yo acababa de operar en las artes del dibujo.

Por varias veces repetí:

—¡Mamá, mira!

—Está bien, ya lo veo. Déjame tranquila.

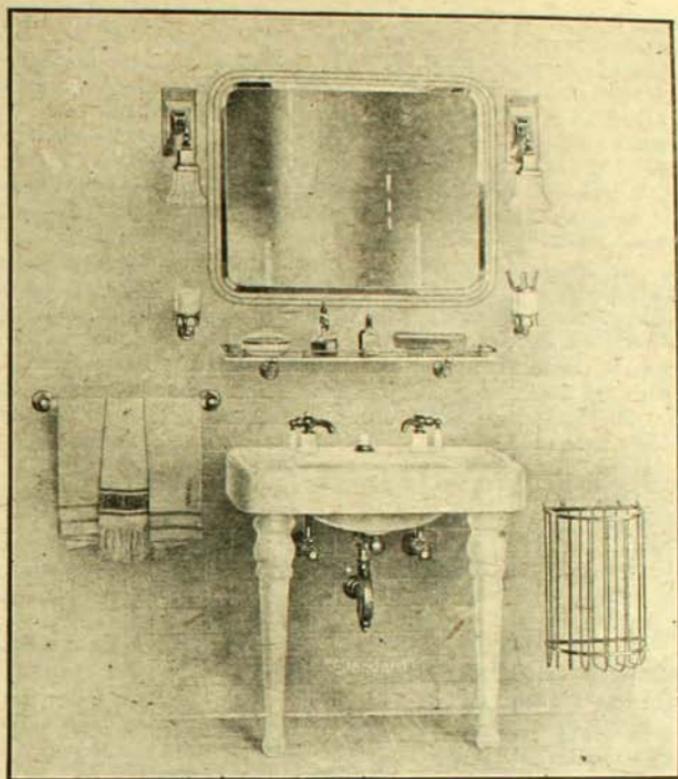
—¡No! ¡Tú no ves nada, mamá!

Y quise arrebatarle el libro que la distraía de mi obra maestra.

## Tarifa de suscripciones para el año 1920 a las revistas QUE EDITA LA EMPRESA ZIG-ZAG

	EN EL PAIS		AL EXTRANJERO	
	Anual	Semestral	Anual	Semestral
ZIG-ZAG. . . . .	\$ 28.00	\$ 14.50	\$ 37.00	\$ 19.00
SUCESOS. . . . .	25.00	12.50	34.00	17.50
CORRE-VUELA. . . . .	9.00	5.00	16.00	8.50
PENECA. . . . .	4.50	2.50	8.00	4.50
FAMILIA. . . . .	10.00	5.50	14.00	7.50
PACIFICO. . . . .	10.00	5.50	16.00	8.50

Todo pedido, acompañado de su valor, debe ser dirigido al Director-Gerente de la Empresa Zig-Zag, Casilla 84-D - Teatinos, Núm. 666 - SANTIAGO



## LOS ARTEFACTOS SANITARIOS

que importamos, son elegidos de los mejores fabricantes y seleccionados por personas técnicas y conocedoras de los requisitos del país.

---

# MORRISON Y CIA.

VALPARAISO

SANTIAGO

Importadores de Sábanas y Toallas para Baños

Prohibiéndome ella entonces que tocase el libro con mis manos sucias.

Yo le grité lleno de desesperación.

—¿No quieres ver nada, pues?

Ella no se dignaba ver nada y sí me ordenaba que callara.

Impacientado al fin con tal ceguedad y con tal injusticia, pateé, lloré a grito herido y despedacé mi obra maestra.

—Qué nervioso es este niño, suspiró mi madre.

Y me llevó a acostar.

Sentíame lleno de una sombría desesperación. Ya lo podréis imaginar. Haber hecho dar a las artes un salto inmenso, haber creado un medio prodigioso de expresar la vida y por todo salario, por toda gloria, ser enviado a dormir!

Poco tiempo tiempo después de esta contrariedad, ocurrióme otra que no me fué menos cruel. He aquí en qué circunstancias: mi madre habíame enseñado en corto tiempo a garrapatear pasablemente las letras y a coordinarlas en palabras y frases. Sabiendo, pues, escribir un poco, pensé que

nada me impedía componer un libro. Empecé, en consecuencia, bajo la mirada de mi querida mamá, la composición de un pequeño tratado teológico y moral. Lo comencé con estos términos: "Quién es Dios..." y al momento se lo llevé a mi madre para preguntarle si eso estaba bien así. Mi madre me respondió que estaba bien, pero que al fin de esa frase había que poner un punto de interrogación. Yo pregunté qué era un punto de interrogación.

—Es, dijo mi madre, un signo cuyo oficio consiste en indicar que se interroga o se pregunta algo. Se pone al principio y al fin de toda frase interrogativa. Y en este caso debes poner un interrogante, puesto que preguntas: "¿Quién es Dios?"

Mi respuesta fué soberbia:

—Yo no lo pregunto. Lo sé.

—Pero con todo eso lo preguntas, hijo mío.

Repetí veinte veces que no lo preguntaba, pues lo sabía, y rehusé en absoluto poner ese interrogante que me parecía signo de ignorancia.

Reprochóme mi madre vivamente mi terquedad y me dijo que yo no era sino un bobo.

Mi amor propio de autor sufrió con ello y repliqué con no sé qué impertinencia que me valió el ser castigado.

Bastante he cambiado desde entonces; ya no me niego a colocar interrogantes en todos aquellos lugares en donde es uso ponerlos. Y aún me siento inclinado a trazar unos muy grandes al cabo de todo lo que escribo, pienso y digo. Mi pobre madre, si viviera, acaso me diría que ahora los uso con demasiada frecuencia.

ANATOLE FRANCE

MAQUINA DE SUMAR

"The Calculator"

\$ 50 oro de 18d.

ENTREGA CONTRA REEMBOLSO

Un mes aprueba. Garantida 5 años

AGENTE GENERAL:

M. MASBOU

Santo Domingo, 969. — Casilla 1485

SANTIAGO DE CHILE

N. B.—Se necesita un subagente en cada ciudad.

COMO REMEDIAR EL CATARRO

Nada más fácil y positivo. Si Ud. tiene catarro, sordera catarral o siente zumbidos de cabeza, haga que su boticario le facilite un pomito con una onza de Parmenta (Doble Fuerza); Hévase esto a su casa, añádale un quinto de litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar y tómese una cucharada de las de postre cuatro veces al día.

Verá lo pronto y bien que esto le disipa los ruidos de cabeza, le abre las faringes, le facilita la respiración y le pára la goteadura mucosa en el fondo de la garganta.

Es fácil de hacer, bueno de tomar y barato de conseguir. Toda persona acatarrada debe probar este tratamiento. Pruébalo Ud. y diga luego si no era lo que necesitaba.

# BANCO ANGLO SUD-AMERICANO LIMITADO



OFICINAS DEL BANCO COMERCIAL DE LA AMERICA ESPAÑOLA AFILIADO AL  
BANCO ANGLO SUD-AMERICANO LTD.

# SUMARIO

	Págs.
EL ROMANCE DE UN TONY, <b>Mariano Latorre</b> . . . . .	585
ZAMACOIS, <b>René Ramade</b> . . . . .	593
EL TESORO DEL PIRATA, <b>José Ignacio Vives Solar</b> . . . . .	597
POESIAS INEDITAS DE VALLE-INCLAN. . . . .	601
SIMON GONZALEZ, <b>N. Yáñez Silva</b> . . . . .	605
EN EL INSTITUTO NACIONAL, <b>Carlos Gutiérrez U.</b> . . . .	615
TEATROS . . . . .	619
CONCURSO DE BOCAS. . . . .	621
EL CANALLA, <b>N. Novoa Valdes</b> . . . . .	623
TRASPARENCE, <b>Marcelle Auclair</b> . . . . .	629
EL NACIMIENTO DEL HOMBRE. . . . .	631
EL CLIENTE DE PROVINCIA, <b>Gabriel Timmory</b> . . . . .	641
LAS TRAGEDIAS DEL MAR, <b>Luis Popelaire</b> . . . . .	651
EN LA CAMARA FRANCESA, <b>Montesquieu</b> . . . . .	665
FOTOGRAFIA ARTISTICA. . . . .	664
FOTOGRAFIA ARTISTICA. . . . .	702
VIDA LITERARIA, <b>Victor Silva Yoacham</b> . . . . .	703
ELEGANCIAS, <b>Jeanne</b> . . . . .	708
EL ARTE EN EL HOGAR. . . . .	711
PUERTO MAYOR, <b>Mariano Latorre</b> . . . . .	716



## EL ROMANCE DE UN TONY POR Mariang Latorre

**J**UAN Morales, el tony Gallito, según rezaban los pintarrajeados cartelones del Circo Popular, atravesó pensativo el puente del Mapocho, hacia la calle Fariña, en donde estaba el cité en el cual vivía.

Era una helada media noche de Agosto, clara, sin embargo. La cordillera nevada fundíase levemente en el cielo de un negro líquido, donde se ahogaba el resplandor de las estrellas. Pasaban campanilleando los últimos tranvías. Mugían sordamente las aguas alborotadas del río en su cauce negro. Las luces del circo aún estaban encendidas y dibujábase en el fondo obscurecido el rosario rojo de las ampolletas eléctricas de la entrada.

Al llegar a los jardines, a pesar del frío, sentóse en un banco del paseo. Subido el cuello del abrigo, miraba hacia la puerta iluminada del circo. Una tristeza invencible brotaba del corazón y humedecía sus ojos, que fuera de la pista enarenada, se adormecían en un cansancio lamentable. Esa noche, después de sus números, no había esperado a sus camaradas, el payaso Perico y Chaplin, que lo acompañaban en sus canciones chilenas. Había

como un germen de renovación moral en su alma primitiva, un deseo de cambiar de suerte, que semejante a un hálito de fuerza, distendía sus músculos y ensanchaba el alma en vagas aspiraciones, en deseos indefinidos y lejanos. Gallito sabía muy bien de donde venía ese soplo vivificante. Por eso se aislaba de sus amigos y se concentraba en sí mismo entre los arbolillos raquíticos, endurecidos por las heladas, mientras la ciudad bullía sordamente bajo el estrelleo helado del cielo de invierno.

De pronto se apagaron las luces del circo y la carpa luminosa se fundió en la noche negra. Morales sintió también que la sombra obscurecía su alma. Apagadas las luces del circo, se destacaron los focos fijos de la estación Mapocho y del Tajamar. Largos regueros rojizos temblaron entre las ondas oscuras y solapadas del río. Sus ojos brillantes, alucinados por las trasnochadas y el alcohol, inquirieron en la noche, inquietos; y su cuerpo flaco se acurrucó en el negror de la sombra cuando un hombre vestido con traje de sport y una muchacha esbelta, de airoso andar, arropada en una chalina, atravesaron el puente en la misma dirección. El tony los siguió pegándose a las paredes, por las oscuras callejuelas del barrio Inde-



El tony Gallito.

pendencia, hasta que se perdieron tras la puerta de un hotelillo de lance.

Mora'es se quedó largo rato en la esquina. Miró ávidamente hacia el piso alto cuando se iluminó una ventanilla: una sombra se dibujó un instante en el vano de la ventana y los postigos se cerraron. Echó a andar indeciso hacia el puente. Se detuvo de improviso, vacilante. Pensaba:

—¿Para qué este sacrificio si no me quiere? Es inútil: mi sino es éste: P'allá voy no más...

Y apresuró el paso con brusca decisión. Un rumor afebrado de música mecánica, de voces entremezcladas salía de las puertas luminosas de los bares que hierven en las cercanías de la estación. Gallito corrió el transparente de junio de uno de ellos y se perdió en la masa confusa de hombres y mujeres que bebían envueltos en un ambiente espeso, inmóvil, donde se ahogaban las voces y el bullicio sin alma de un autopianio gastado.

## II

Los compañeros del tony extrañáronse un poco de la buena asistencia de Morales a los ensayos. Frecuentemente no ensayaba: su fértil imaginación sabía encontrar el chiste oportuno o el gesto apropiado cuando se encontraba en la pista. Era el tipo del tony chileno. Nada de fraques estafalarios ni de zapatos despachurrados a la manera de Chaplin. Una facha de pillo, un sombrero seboso en una peluca hirsuta, ojotas miserables y los brazos negros, resquebrajados, prolongándose risibles entre las tirillas harapientas de una chaqueta de roto. Un pasito corto, las manos en los bolsillos, un airecito humilde y socarrón: el aspecto inequívoco del roto vicioso que tiene para la vida, no un gesto de resignación irremediable, sino un dicharacho alegre, una mueca graciosa ante la desgracia. Si se terció, roba; si se presenta la ocasión, un amor rendido; si las circunstancias apuran, es probable que un corvo agudo como una garra aparezca entre los harapos de su cintura y vaya a teñir de rojo la camisa de un rival. En el fondo, un vagabundo, un pícaro, como decían los novelistas clásicos.



Esbelta, de afroso andar...

Había una profunda originalidad en la fraseología chabacana del Gallito: conservaba y explotaba su propia vida de conventillo. Ese roto que aparecía en la pista, era el mismo hacía algunos años, pero su gracia era tal, tan espontáneamente brotaban las observaciones agudas y las

comparaciones gráficas por entre sus labios reidores, que todo lo empujaba hacia allá: latía en él, en germen, un actor cómico, creador de los tipos genuinos de la raza; pero sin teatros y sin autores dramáticos la carpa sucia de un circo popular era su porvenir: allí exageraba sus muecas y convertía sus críticas sociales en caricaturas. En aquel medio bajo, sus cualidades se disolvían lentamente. Mal alimentado, bebiendo todos los días para sentir el ensueño dulce de los primeros momentos de la embriaguez, arrastraba su vida miserable. Su niñez perdíase en el zaguán inmundo de un conventillo, en un cuarto redondo donde roncaban sus padres sus diarias borracheras.

Como nunca, recordaba Morales en esta época su pasado canallesco. Acumulábanse los recuerdos, alucinantes, desequilibrados, y era tal la emoción, que volvía la cabeza creyendo que alrededor suyo alguien se había dado cuenta de esta visión que lo avergonzaba.

Atravesó el patio trasero del circo, lleno de baúles etiquetados y trastos viejos, donde también estaban las perreras de Mr. Strong, y penetró a la pista. Sobre un tablillo zapateaba un negro con loco estrépito. Corregía a cada momento el compás de la charanga, seguro de ejecutar una obra maestra, y de sus labios opacos salían extraños gritos guturales.

Una jovencita rubia, sentada en las lunetas, reíase con gran placer a cada salto simiesco: una cabecita fina, movable, como la de un pájaro, que la risa parecía llenar de una grata frescura. El tony se detuvo paralizado frente a ella: fué tan rudo el golpe, que Mr. Strong se dió cuenta:

—¡Hola!, Mr. Morales. ¿Cómo van esos riñones? Menos chacolo, amigo, menos chacolo; y hacia el gesto desvergonzado de empinar el codo.

Repuesto el tony, sonrió al gigante rubio que jugaba encima de un caballo con un decorativo traje de cow-boy. Sentóse en el borde de la pista y aunque parecía mirar el sucio techo de tela que se movía suavemente como la vela de un buque, observaba a la chiquitina. Cubrirla con su mirada ansiosa. Apreciaba la esbelta firmeza de sus carnes; los senos núbiles, in-

quietos bajo la blusita de lana, y la cabecita nerviosa que auroleaba extrañamente un rubio ensortijamiento de riciños. Un suave beleño le hacía cerrar los ojos como si un vahido interrumpiera la marcha de su conciencia por un instante. Parecíale que la pequeña se acercaba hacia él y le suplicaba rendida. No se daba cuenta el tony que esta mujer que él soñaba era otra que nacía de su espíritu, y que la real ni siquiera se había dado cuenta de su presencia, entretenida con las elásticas contorsiones del negro. Echábase hacia atrás en el histerismo de la alegría, y el cuello delgado, pero firme, hinchábase con voluptuosa satisfacción; había en aquel cuerpecito, vibrante de salud, no sé qué provocación inconsciente, una entrega sin palabras, en todos los gestos y movimientos. El tony se daba cuenta de ello y una amargura angustiosa oprimía su corazón.

Abstraído, no oyó al director de pista que le preguntaba si traía algo nuevo que estrenar:

—Sí, una canción popular de esas que le gustan al público.

Miraba ahora al negro, de chata cabeza, que mostrando su bocaza al reírse, formaba un raro contraste al lado de la figurita luminosa, envuelta en rizos claros que, elástica y provocativa, se paraba de la silla para oír de cerca los disparates del negro, en su castellano salvaje. Sintió los celos agudamente. Revolvíase enfurecido contra este amor que lo entristecía, que cegaba la fuente de esa gracia grotesca que hacía estallar en silbidos de entusiasmo al público de las galerías.

Observaba amorosamente y recitaba la estrofa que tenía preparada. El público na la entendería, pero ella sí, tal vez. Todo estaba en intercalarla en el momento en que la chica, vestida con su trajecito kaki, a la manera yanqui, apagase las velas del blanco de hierro, con su rifle de salón:

“En las pampas argentinas  
deben tar en la miseria,  
porque te has treído en tu pelo  
too el oro de esa tierra.”

De pronto algo como un resorte finísimo crujió en su corazón.

Rojo de cólera, vió que el negro tomaba la cintura de la niña y que ésta se echaba hacia atrás asustada. Se dejó caer sobre él furioso. La chica, apoyada en el respaldo de la luneta, miraba en la actitud de arrancar. El negro cedió fácilmente, amedrentado por esta rabia insólita, y Morales aproximóse a la joven, suplicante, como pidiéndole que le agradeciese su defensa.

Pero entonces sucedió algo terrible, hiriente para el pobre Gallito. La chica se arreglaba el vestido, risueña otra vez, y se alejaba hacia la puerta del circo, murmurando con su sonsonete criollo, medio burión, medio colérico:

—No es pa tanto, che, tony... ¡Qué brutos son estos rotos!

Morales la vió alejarse tristemente. Alguna vez una mujer tenía que vencerlo, así como él había vencido y abandonado muchas hembras cariñosas y buenas en su vida.

—¡No ensayas esa canción, Gallito?

—No, más tarde... ¡Adiós!

La cantina presentábase como una obsesión. Hacia ella dirigió sus pasos. Murmuraba distraído los versos de su estrofa, expresión artística de su cariño:

Porque en tu pelo has traído  
todo el oro de esa tierra.

### III

Pero no era el negro el rival temible de Paquita, la tiradora argentina contratada por el dueño del circo, Mr. Strong. El Gallito se equivocaba. En esa almita ligera, sin peso casi, como una burbuja brillante y deleznable, no cabían ni el amor ni la compasión; era uno de esos productos humanos, maravillosamente contruidos, joyas de carne, donde no alienta el sopro divino del amor. En ellos no hay sino dolor físico. El dolor espiritual, verdadera aristocracia del alma, no existe para esa clase de temperamentos.

Mudo, callado, mientras no se presentase a la pista a hacer reír a los rotos ingenios de la galería, carrilanos o reclutas, Gallito observaba solamente. Soportaba ese amor creciente como una enfermedad sin curación. Buscaba la mirada de Paquita



De sus labios opacos sallan extraños gritos guturales.

sin que ésta se diese cuenta de ello. Sonreía a todos, menos a él. Paquita miraba lisonjera al hombre bien vestido, al hombre (así lo pensaba el tony) que tiene dinero; y este solo hecho lo hacía retorcerse desconsolado las manos pensando qué sería de esa linda flor humana el día en que muriese el viejo que la acompañaba y la ayudaba en sus números de tiro al blanco.

El amor hacía nacer en el alma del tony desconocidos venenos de piedad y rectitud. Ese amor se engrandecía en su alma torturada y la hubiera seguido en la vida, oculto en la sombra, sin que ella lo notase, para librarla, a pesar de ella, de las asechanzas del mundo y de las mentiras de los hombres.

### IV

Una nueva espina debía clavarse en el corazón del tony. Todas las noches venía a sentarse en la primera fila, un jovencuelo flaeucho, procaz, que le dirigía desvergon-



Salido petrificado con los brazos caídos.

zadamente la palabra a la artista y ésta, muy halagada, le lanzaba disimuladamente miradas rápidas, que nada prometen, pero que lo insinúan todo; esos chispazos súbitos en que la mujer parece decir al hombre: sigue adelante, que yo te ayadaré. Morales sujetaba su herida para que no sangrara. Temía miedosamente que Paquita le contestara como siempre, sin llamar al orden al pijequito. Ella no lo consideraba un artista: era simplemente el pililo que hacía reír al público con sus burdos chistes de conventillo. **Gallito** en la pista, era para la casquivana mocita como cualquiera de los espectadores de galería. Ni siquiera entendía las bromas, como si hablase en otra lengua distinta de la suya.

Un día vió estupefacto que la niña se acercaba a su lado, risueña. Su asombro fué tal, que Paquita se rió sin disimulo. Quería de él un favor: que averiguase el nombre del jovencito que venía al circo todas las noches. **Gallito** tuvo un momento de rebelión. ¿Por quién lo tomaba esa chiquitina? ¿Por qué se había dirigido a él para tal encargo? Estuvo a punto de contestar bruscamente; pero en los ojos de ella

había como una expectación ansiosa, una bondad que él no se imaginaba. Vió allí un rayo de esperanza, jugueteón y dorado como la flecha de luz que se colaba por las rendijas de la tela negruzca y atravesaba el circo.

Por primera vez no fué derecho a la cantina. Salió a la calle y tuvo como una nueva revelación.

Empezaba la primavera. Verdeaban los árboles del Parque Forestal, dibujados en la masa azul de las cordilleras lejanas. En la atmósfera clara, fresca, resonaba con sordo bordoneo el rumor de la ciudad. Se sonrió al ver una golondrina posada en los alambres del teléfono. Repetía nuevamente:

Porque te has treído en el pelo  
too el oro de esa tierra.

—¡Ay! ¡Si ella me quisiera!

Pensaba cambiar de vida. Le había interesado siempre la aviación. ¿Por qué no hacer lo que hicieron Acevedo y Figueroa?

Era profesión gloriosa y fructífera. Si ella pensándolo bien, se daba cuenta de su cariño, debía quererlo por fuerza. En su amor no había solamente amor de hombre: sentíase padre, hermano y marido de la chica.

De pronto recordó su promesa. Sabía adonde dirigirse para averiguar el nombre del mozalbeta. Subió ágilmente a un tranvía que pasaba.

—P' al año nuevo le canto mi canción... Y después me quiere. Estoy seguro...

Encendió un cigarrillo, quedándose en la plataforma del carro. Distráido volvía a repetir:

Porque te has treido en el pelo  
too el oro de esa tierra.

Esta es mi golondrina, pensó con esa unción del hombre enamorado: un soplo de primavera resplandecía en su alma ruda.

V

El tony Morales cuidaba su físico. Desterró los lloquis que usaba entonces; sus greñas de un negro lustroso se desordenaban bajo un sombrero de paño verde.

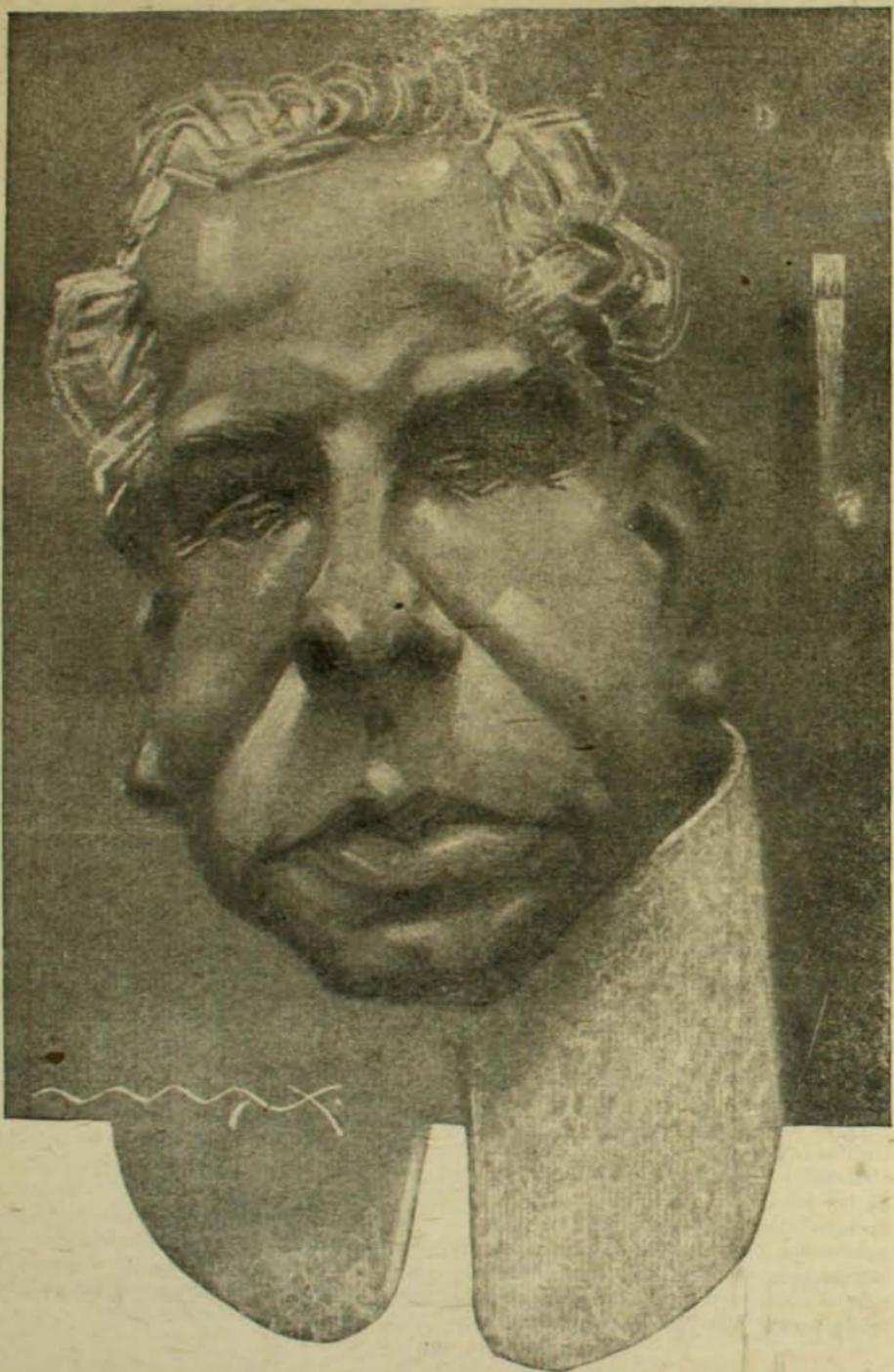
Sus morcillas, improvisadas en la misma pista, eran recibidas con estruendosos aplausos por el público; patadas y silbidos, con que el roto primitivo manifiesta su satisfacción y su alegría. El jovencuelo seguía asistiendo todas las noches y el flirteo con Paquita no pasaba de miraditas entre ambos. El tony estaba seguro de que aquello no podía seguir adelante: de él dependía, sobre todo, que no pasase más allá. ¿De dónde le venía esta seguridad en el triunfo final? No se daba cuenta, pero lo sentía: la esperanza llenaba con su floración de optimismo toda su alma.

El Circo Popular resplandecía de luces la noche del Año Nuevo. Bajo la carpa, obsecurecida por las lluvias, hormigueaba una multitud heterogénea, ansiosa de goce, de diversión. Fuera del circo, en las calles iluminadas, otra muchedumbre paseaba satisfecha. Llegaba hasta la pista, a través de las telas parchadas, el olor sustancioso de las frutas, amontonadas en los puestos, a la orilla del río: olor de primavera, de sol, de vida. En el amargo camino, un año más era una fiesta para los hombres. Es triste pensar que poco a poco se va con-

sumiendo para no renacer: el mundo así lo comprende. Lo único que apaga esa tristeza de vivir es el amor; la creación de esa misma vida; y el mundo se divierte. ¡Que estallen los juegos de artificio, que los niños, agarrados a las polleras de sus madres, ríen con su ingenua inocencia y que los buenos burgueses, sostenedores del mundo, puntales de la sociedad, paseen sin apresuramiento, contentos de veras un día, en su largo camino gris! ¡Goce sano y delicioso, profundamente humano, el que los mueve a trasnochar una vez en su vida para abrazarse a las doce de la noche! Por lo menos una vez un sincero soplo de altruismo uniré sus corazones. ¡El hijo querrá un poco más a su padre, la esposa, algo más a su marido de todos los días!

El tony esperaba también mucho de este momento supremo, de esta simpatía universal; y cuando en la algarabía de la calle y el sordo murmurar de la muchedumbre, sonó el estampido del año nuevo como si algo se hubiera roto en la noche serena, Gallito se acercó a la niña, elegantísima, con su pequeña pollerita kaki que dejaba libres las piernas esbeltas, móviles, cubiertas con una fina media café, y su sombrerito doblado como el de un gaucho.

El aire parecía haber estallado: un largo vibrar de campanas llenaba la noche, lejano voceo de muchedumbre entusiasmada, música de fanfarrias. Todo el público se abrazaba, conocidos y desconocidos, y la charanga del circo atronó ruidosamente con la Canción Nacional. ¡Ah, Gallito! Ya no puedes alimentar una esperanza, te has olvidado de que una golondrina no constituye primavera ni una sonrisa de sujer, el amor de toda una vida. Te has quedado pálido, petrificado, con los brazos caídos a lo largo de tus pantalones parchados, tus brazos que iban a estrechar delicadamente la cintura de Paquita. El jovencuelo ha saltado ágilmente la pista y sin protestar, la niña se deja abrazar por él. ¡Ah! Te has olvidado de que si hay oro en el pelo no lo hay en el corazón; y tu trova cariñosa y buena morirá dentro de ti como lentamente en la noche va muriendo el clamor de la muchedumbre, causada de gritar. El amor, chispa de un momento, ha pasado con el vibrar de las campanas. El egoísmo vuelve a reinar sobre el mundo.



Eduardo Zamacois.

## ZAMACOIS

Por RENE RAMADE

**P**UEDE decirse que Zamacois, en su trato, es una copia fiel del escritor: exquisito, con cierto amaneramiento en el hablar, parece que estuviera todo el tiempo haciendo frasecitas para escritas. En otro, este detalle parecería **pose**, presunción, suficiencia: en él, parece simplemente una cosa de lo más natural...

Y no tendría gracia que no lo pareciera. El ejercicio de la charla le ha ido procurando una extrema facilidad de adaptación. Es tan ameno **causeur** como ameno escritor. Sabe producir efectos, provocar situaciones en que esos efectos, ya previstos, deban producirse inevitablemente. Y eso, realmente, es difícil de conseguir sin un largo y paciente ejercicio.

Esto, en lo que respecta a la conversación.

El novelista es ya bastante conocido. Tiene más o menos veinte libros, que pueden dividirse en dos partes. Una, compuesta de los once o doce primeros, que fueron lo que pudiera llamarse la carrera literaria de Eduardo Zamacois: libros para el público; libros escritos para obtener grandes tiradas, que han hecho en parte la fortuna de Sopena y de Maucci, junto con algunas malas traducciones. La segunda parte, que empieza con "Punto Negro", es la obra seria, la del artista y del observador, del analista, del psicólogo. En ella se evidencia la personalidad del autor; hay ideas nuevas, soluciones nuevas, a nuevos problemas, maievez, en fin... Pero, siempre, un realismo tan igual al realismo que forma la historia de "Tick-Nay", el infeliz acróbata...

Puede decirse, sin embargo, que estos últimos libros tienen vida para unas dos o tres generaciones todavía. Los anteriores, desgraciadamente, han pasado ya a manos de colegiales inexpertos... Zamacois, por otra parte, no tiene la culpa.

Una noche tuvimos ocasión de charlar con él, durante una blanda sobremesa,—

toda llena de su ingenio y picardía,—de todas aquellas cosas que hacen de su vida un encadenamiento de aventuras e intrigas de romance; hablóse de hombres y de libros; de pueblos y de razas; y de mujeres...

Zamacois habló mucho, pero también calló mucho. Sin embargo, tanto hay de interesante en lo que dijo, que él me perdonará el mimetismo de su culto a la imaginación si la mía añade a este palique algo de lo que callaron los labios del fantástico novelador de "Los misterios de un hombre pequeñito"...

—Es difícil, verdaderamente muy difícil hablar de uno mismo,—empezó. Muchas veces se calla uno cosas que le son gratas, vamos... ya sea porque le recuerdan algo, o porque...

Zamacois es discreto. No le gusta contestar abiertamente ciertas preguntas. Sin embargo...

—Vamos a ver, Zamacois... Empecemos de algún modo. ¿Qué edad tiene usted?...

—¿Ve?... Ya viene una pregunta difícil de ser contestada. Usted sabe que los escritores, como las mujeres, guardamos sobre el particular una reserva fácil de comprender... El saber nuestra edad podría ser un desencanto para muchos...

—...O para muchas,—añade malignamente uno de los comensales.

(Zamacois ríe).

—Bueno... Como usted quiera... Además, cuando se ha pasado de los cuarenta...

Zamacois nos mira. En sus ojos azules, empequeñecidos para evitar el humo irritante del habano, brilla la mirada maliciosa de quien quiere sorprender un movimiento. Zamacois ha pasado hace una docena de años de ese cuarto piso de la vida. Lo único que no sabe es que lo sabemos... Por eso sonrío.

—¿Será inútil preguntarle algo de su vida, de sus comienzos literarios?...

—¿Por qué?... Como la de todos, mi iniciación fué un poco difícil... ¿A qué volver a esos tiempos?... Eso ya ha pasado...

—Sin embargo, algún recuerdo amable debe quedarle de entonces...

—Muchos, pero algunos... ¡Bah!...

En su libro "De mi vida", Zamacois ha hecho un relato casi completo de aquella vida de miseria laboriosa de la cual salió "El Seductor", publicado primero en folletín por el semanario "Vida Galante", y luego en un volumen por Maueci... "De mi vida" cuenta la odisea dolorosa de muchos ilusionados que volaban tras la quimérica gloria, y que quedaron en el camino, exhaustos, vencidos, aniquilados por la vida, erisol implacable...

—¿De su carrera literaria, cuál época le parece a usted más amable?...

—La presente etapa es, sin duda, la que más me satisface... Ahora puedo mirar con mayor amplitud, puedo contemplar el desarrollo de la vida con mayor agudeza... Puedo penetrarla toda, desde bastidores, viviéndola con mi fantasía si me place... Pero, desde fuera, mirando cómo se enlazan y se quebran los eslabones de la cadena infinita...

Es verdad. Zamacois ha llegado ya a esa época en que se empieza a vivir reflejamente, en que se vibra a través de los nervios de los demás. El cerebro ocupa la premisa que cederá en la adolescencia a la fértil y luminosa imaginación. Esta pasa entonces a ser un factor secundario en la creación: se hace pasiva, se limita. La obra nace de la observación, del razonamiento, de la inducción. El esfuerzo creador se manifiesta con todo su poder. Las afirmaciones se hacen más rotundas, más definitivas, porque descansan en la realidad, trágicamente inerte.

Sus últimos libros, y más que sus libros, su drama "Presentimiento",—tan injustamente silbado en Madrid,—que refleja todo el espiritualismo que se quiera, pero tiene rasgos magistrales de observación, lo prueban. "La opinión ajena" es uno de sus libros más sólidos en este sentido. Los anteriores...

—Aquella labor de los primeros años,—nos explica,—del primer ciclo, pudiera de-

cirse, es una obra en que hay más optimismo que personalidad; más juventud que nada...

—Quizás esté más usted en aquellas obras, Zamacois...

—Como usted quiera... Tal vez haya en ella más fuego, más calor, más entusiasmo; pero, vamos...

Y Zamacois hace un gesto de amplitud, de altura.

Efectivamente, la producción inicial de Zamacois, ligera, frívola casi, tuvo una marcada tendencia al realismo, a ese realismo erudo que los académicos de Meudán transformaron en naturalismo, copiando secamente, sin velos, la realidad; sin añadir ni quitar un soño matiz a las manifestaciones de la naturaleza.

—El naturalismo,—dice,—más que una escuela, fué un procedimiento; por eso ha durado tan poco. El mismo Zola,—quizás el último de los naturalistas,—fué quien contribuyó más que nadie a destruir esa tendencia que había preconizado con tanto furor... Yo no concibo el naturalismo sin arte; el artista, al describir una escena, un cuadro, un paisaje, debe añadir algo de lo suyo, debe transmitir al lector su propia vibración... Flaubert, ya lo ve usted, a pesar del empeño que ponía, no pudo conseguirlo nunca...

—Sin embargo, en España se piensa de otro modo...

—Efectivamente: se pensaba, pues del naturalismo se había descendido a la novela erótica, y más allá todavía... Afortunadamente, se nota una franca reacción en este sentido. Se marcha ahora más bien hacia el romanticismo, un romanticismo plástico, parecido al de Rousseau... Puede usted decir, sin temor a equivocarse, que la decadencia literaria ha desaparecido de España...

Prosigue la charla, liviana y sutil, sobre otros terrenos. Se habla de catedrales, de arte antiguo, de Francia, de Italia, de algunas vetustas y admirables ciudades de España: Córdoba, Burgos, Valencia, Sevilla. Por fin, entre dos comentarios sobre unos viejos monasterios en ruinas, pasamos a los viajes...

—Viajar... ¡Oh! es un encanto... Creo que la mejor sensación del movimiento se

recibe viajando... ¡Y tienen tanto de renovador esas peregrinaciones por países nuevos, que son el porvenir del mundo! Las perspectivas se agrandan, se amplían enormemente; las visiones se plasman con una exactitud definitiva...

—Mucho debe tener usted que contar sobre sus viajes...

—Algo...

—¿Aventuras...?

Se habla de amor, de ciertos amores. Zamacois se escabulle ágilmente.

—¿Amores, amores...?

Lo único que puedo decir es que soy un partidario furibundo del divorcio y del amor libre...

Vuelve a brillar en sus ojos una chispa de malicia llena de malignidad. Recordamos la novela que vivió el novelista en no sé qué país de Centro América con una romántica apasionada, novela que terminó, como todas las novelas románticas, en el Registro Civil... Y no recordamos más.

—¿Cuál ha sido su impresión general en este último viaje...?

—Progreso, mucho progreso en todas partes, y una marcada malquerencia en el trópico por Pío Baroja...

—¿Cómo así?

—Como suena... Figúrense ustedes que irá, seguramente, a la Argentina desde Panamá, en todas las poblaciones en —Sí, y de ahí al Uruguay, al Brasil; que daba conferencias, nadie quería oír ha en seguida... quién sabe... Tal vez a Esblar de Baroja. En cuanto le llegaba el tado Unidos, a España, de nuevo, a escripturno, surgían protestas de todas partes: bir, siempre, siempre...

“¡No! ¡Baroja no!... No queremos sa- Y Zamacois esboza un gesto de cansancio correctamente teatral...



Eduardo Zamacois en la Akmeda.

ber nada de Baroja...!” Hasta sucedió en Barranquilla, Colombia, que por culpa de Baroja casi se me malogra una conferencia... Pero, en cuanto vi que esa animosidad contra el autor de “El tablado de Arlequín”, era endémica en todos los países que venía recorriendo, adopté precauciones. Así, antes de hablar de él, pedía al público que no me interrumpiera por ningún motivo... Les exigía su palabra, y luego, tranquilamente, echaba a bailar a Baroja... Como estaban comprometidos, no osaban interrumpirme. Entonces yo procuraba sincerar al pobre Baroja de la mejor manera posible, consiguiendo mi objeto no pocas veces...

—¿Que era el de excusar “Juventud y Egotría”, seguramente...?

—Exactamente...

—¿Qué tal la literatura de por allá...?

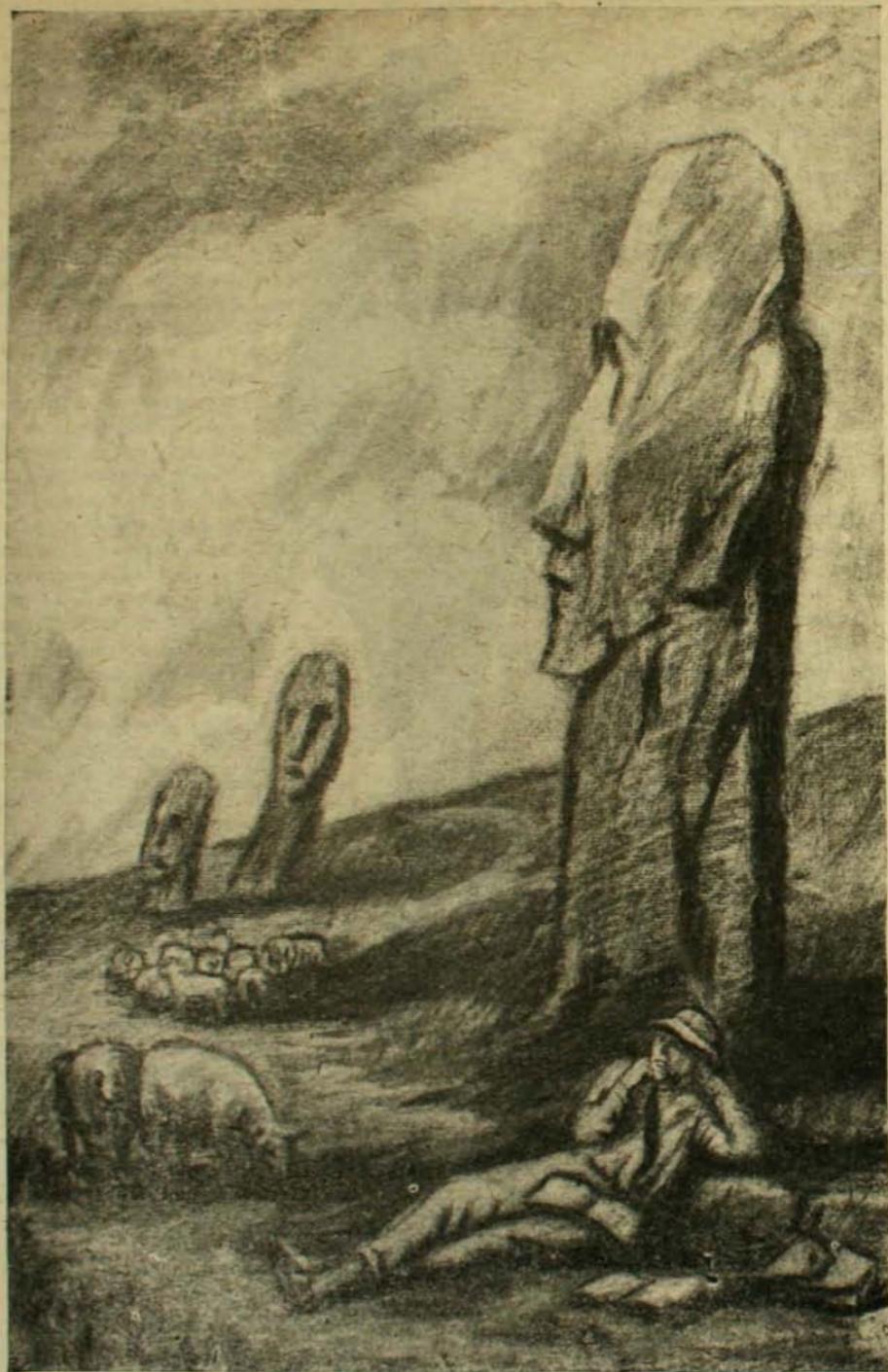
—En general, buena. Se observa una fuerte reacción. Ya han conseguido desligarse completamente de los decadentistas franceses del último siglo, y comienzan a seguir rutas más o menos individualistas. En Perú y el Ecuador, sobre todo, esta reacción parece definitiva...

—¿Después de Chile, a la Argentina?

—Sí, y de ahí al Uruguay, al Brasil;

que daba conferencias, nadie quería oír ha en seguida... quién sabe... Tal vez a Esblar de Baroja. En cuanto le llegaba el tado Unidos, a España, de nuevo, a escripturno, surgían protestas de todas partes: bir, siempre, siempre...

“¡No! ¡Baroja no!... No queremos sa- Y Zamacois esboza un gesto de cansancio correctamente teatral...



# EL TESORO DEL PIRATA

## EPISODIO DE LA VIDA PASCUENSE

Por José Ignacio Vives Solar

**S**UELE acontecer, y por desgracia con relativa frecuencia, que los navíos de esos mundos parecen olvidarse que perdida en medio del Océano Pacífico, existe una verde isla, plantada de camotes y de plátanos, poblada por numerosos rebaños, adornada con silenciosas estatuas y habitada por unos pocos centenares de alegres canacas que felices enteran la vida gozando de la dulzura de su clima y la generosidad de sus tierras.

Pero en esta isla, denominada Rapa Nui por sus moradores, y más conocida por el simpático nombre de Pascua, con que la bautizó el navegante holandés Roggwen, el 6 de abril de 1722, se encuentran siempre tres o cuatro habitantes de la raza blanca, a quienes los azares del destino, las esperanzas de lucro o su carácter aventurera, ranzas de lucro o su carácter aventurero, han traído a ella; que sufren cada cual a su manera, según el temperamento que poseen, en estos lapsos de tiempo en que se pasa hasta dos años o más sin noticias del mundo, y careciendo de aquellos artículos de uso y alimento, que por educación y costumbre son considerados de primera necesidad.

Acontece entonces que el ánimo decae, el humor se descompone y los nervios se sobrexcitan con la eterna esperanza de la frustrada vela, pero también la imaginación se aguja y discurre mil maneras de abreviar el tiempo y alejar de la cabeza el constante pensamiento de la esperada visita.



Hace algunos años, había venido a establecerse a ésta, en calidad de ovejero, un inglés llamado Mr. Hill, sujeto de sus 35 a 40 años, ágil, robusto, de carácter alegre y bromista y para quien uno de sus mayores placeres consistía en hacer caer en el garlito de sus mistificaciones y su-percherías, con la seriedad que gastaba en

sus ingeniosos embustes, a los recelosos y desconfiados canacas.

Hijo de una familia acomodada de Inglaterra, había recibido más que una mediana educación, pero por su deschabeta da conducta y su inquieto espíritu, muy joven se vió obligado a abandonar el hogar paterno, dándose a recorrer el mundo, ejerciendo diferentes oficios, y aunque en materia de ganado lanar nada entendía, aprovechándose que el administrador de entonces entendía menos, logró colocarse en Pascua para ejercer el idílico oficio de Melibee en esta moderna Arcadia.

Cierta tarde, en que el administrador, medio recostado en un sillón de lona en el eorredor de Mataveri, repasaba por centésima vez los avisos económicos de un viejo *magazine* inglés y dando fuertes chupadas procuraba establecer el tiraje en una vieja pipa cargada con palitos secos de tabaco pascuense, que al quemarse estallaban como fuegos de artificio, llegó presuroso Mr. Hill y con voz jadeante, le dijo:

—Vaya a abrirme la tienda, señor, que vengo dispuesto a gastar todas mis economías.

—¿Qué quiere comprar, Mr. Hill? Usted sabe que no queda sino un poco de tocuyo averiado y ese charqui comido por las cucarachas. Aunque comprase toda la tienda, no gastaría su haber.

Es de advertir que con la prolongada ausencia de buques, Mr. Hill, a pesar de lo exiguo de su sueldo, tenía economizados más de quinientos pesos.

—Me llevaré todo e tocuyo y lo que sobre del dinero me lo dará en novillos para hacerles una gran fiesta a los canacas.

—A lo que se ve, parece que viene usted de broma, Mr. Hill, y ya sabe que yo no estoy de humor para gastarlas.

—No vengo de broma, señor, y si usted me promete reserva, le contaré lo que me pasa.

Y entonces, con emocionado acento le refirió cómo días atrás, habiéndose internado en una cueva en seguimiento de su perro que daba caza a un gato salvaje, notó que en una de las paredes laterales, había una especie de pira de piedras, pero que estaban tan bien trabadas, que le fué imposible con sólo las manos y el cuchillo deshacerla. Dando por seguro que se había encontrado con la puerta de algún tesoro canaca, resolvió fijarse bien en la ubicación de la cueva y volver en otra ocasión armado de una picota; pudiera ser que tuviese la suerte de encontrar algunos **toromiro**s antiguos y quién sabe si hasta un rongo-rongo.

La mañana de ese día, como tenía que ir por esos lados, se acordó de su anterior hallazgo y para salir de dudas, se proveyó de un chuzo y una picota. Con gran trabajo pudo desprender la primera piedra y entonces notó con sorpresa que ésta no estaba solamente enterrada como acostumbra los canacas, sino unida a las otras con una capa de cal o cemento. Después de algún trabajo, pudo abrir un agujero suficientemente capaz para poder pasar por él. Encontróse al otro lado, con una galería oscura que corría en dirección al mar y por la cual avanzó a gachas algo así como 200 metros, iluminado por la escasa luz de su linterna; de repente la galería torció un poco hacia la izquierda y encontró cerrado su paso. con una laguna de agua cristalina que parecía ir ensanchándose poco a poco. Arrojó algunas piedras y por el sonido de éstas al caer, notó que la laguna era profunda y que se extendía considerablemente, pues las piedras que él arrojaba por lo bajo con gran fuerza, siempre rebotaban en el agua. Viéndose en la imposibilidad de avanzar, aprontábase a tomar el camino de la vuelta, cuando levantando la linterna para examinar bien los contornos de la gruta, encontróse con que en la parte superior del muro había grabadas a cincel y rellenas con yeso, una cifra y dos iniciales.

Emocionado con el hallazgo, dedicóse con ahínco a registrar la cueva en busca de nuevos indicios y no tardó en encontrar como a diez pasos de la inscripción, una rajadura natural, en el suelo, tapada con una piedra que le fué fácil separar.

Bajo esta piedra y careomida ya por la humedad y el tiempo, había una mediana bolsa de cuero que al quererla levantar, rompióse en varias partes dejando caer de ella monedas de oro y plata de diversas dimensiones.

—No sé cuánto habrá, señor, terminó Mr. Hill, pero le aseguro que hay bastantes miles de pesos y para nada necesito los sueldos que tengo en mi haber.

—Su historia es muy bonita, Mr. Hill, y con su haber puede hacer lo que le plazca, pero permítame que no le crea una palabra.

—¡Mire! por si todavía duda, respondió, y metiendo su mano al bolsillo sacó de ella una hermosa guinea de Carlos II y una oxidada moneda de plata española.

Ahora sí que quedó estupefacto el administrador y miró de hito en hito a nuestro inglés, que no pestañeó.

—¿Y cuáles, dice que eran la cifra e iniciales?

Mr. Hill, extrajo del fondo del bolsillo de su parchada blusa, una grasienta libreta de apuntés y después de mucho revolver hojas, dijo con voz segura: **E. D. 1687.**

—¿E. D., dice usted y a finales del siglo XVII?—exclamó el administrador todo emocionado. Y sin esperar respuesta, abandonando su cómodo asiento, casi corriendo se dirigió a la biblioteca, que se componía de algunas novelas inglesas, tal cual libro de agricultura y de una antigua edición de la "Enciclopedia Británica", colocados sobre tablas a manera de repisas.

Cogió el tomo de esta última correspondiente a la letra D, y enfrascóse un buen rato en la lectura de una de sus páginas.

—Oh!, pero qué interesante es esto, si es verdad lo que me cuenta, dijo el administrador dejando el libro y dando un fuerte puñetazo en la vieja mesa, que hizo arrancar un crujido de dolor de sus desvencijadas patas. Según ésto, continuó, el tesoro puede ser inmenso y lo que es más interesante es que al fin vamos a poder demostrar que fueron los ingleses los primeros en descubrir esta isla. Vea usted, Mr. Hill, lo que dice la "Enciclopedia" sobre nuestro audaz navegante Eduardo



Davis, cuyo descubrimiento de la misteriosa "Terra incognita de Davis", como la llamaban los geógrafos, ha sido tan discutido y aun negado por algunos cronistas.

Y en seguida le leyó cómo Eduardo Davis, célebre filibustero inglés, miembro de los "Hermanos de la Costa", asociación de piratas en las Antillas, después de haber asolado las costas de Chile y el Perú, en su navío "El Desquite", se dirigió hacia el O y por los 27 grados de latitud descubrió un cordón de cerros, que los geógrafos bautizaron con el nombre de "Tierra de Davis", pero que en vano buscaron posteriores navegantes.

—¿Ve usted?, decía nuestro administrador. La cosa es clara, 27 grados es la latitud de Pascua, y si el pirata no dió la ubicación completa, fué porque temía viniesen a buscar el tesoro que usted ha tenido la dicha de encontrar y que por los antecedentes históricos no debe ser pequeño. Vamos, Mr. Hill, déjese de fiestas y en seguida a caballo, que en estas cosas, cuanto más luego, mejor.

—No hay que apresurarse tanto, respondió con pachorra nuestro flemático ovejero. En su lugar y a su tiempo, el tesoro saldrá a luz; yo bien me sé el derrotero de la cueva y tenga usted por seguro que no será el hijo de mi madre quien lo olvide; pero usted no debe ignorar que estas cosas necesitan mucha reserva y no hay secreto más seguro que aquel que uno a nadie ha revelado. Me disculpará, señor, no es desconfianza, pero los negocios son negocios; así es que dejemos el asunto como está hasta que venga buque, y por ahora, ¡a celebrar mi hallazgo!

Los días pasaron, Mr. Hill gastó o más bien dicho botó todo su haber y su cuenta pasó al debe; las fiestas en Anga Roa se sucedieron unas tras otras y los canaacs se relamían con los curantos de novillos, obsequios del pseudo Creso.

El administrador aprovechó el primer paso de un velero, para consultar el caso a Valparaíso. Excusado parece advertir que insensiblemente nuestro ovejero era

tratado con todo cariño y casi con asomos de respeto.

Por fin, llegó la goleta; en ella venía una larga carta con instrucciones sobre lo que debería hacerse con el tesoro, copia de las disposiciones legales sobre las partes que corresponden al descubridor y al propietario del terreno y, finalmente, explicado en qué forma debería enviarse dicho dinero, sin que nadie se diese cuenta, utilizando para este efecto, uno de los barriles en que se envía la grasa de la isla.

Mientras tanto, Mr. Hill, que había terminado su contrata y anunciado que se iría al continente en la goleta, dejaba acercarse el día de la partida y no hacía referencia alguna a su famoso entierro.

Por fin, una tarde lo abordó el administrador. Mr. Hill lanzó una carejada.

—Todo era broma, señor, le contestó.

—¡Pero ha gastado sus economías!

—¡Qué importa! La isla estaba muy aburrida sin buques.

—¿Y las monedas?

—Oh! la moneda de plata en verdad me la encontré en la playa de Anakena, y esto y tanto leer la novela de Stevenson (1), hizo que se me ocurriera el embuste; en cuanto a la guinea, es un recuerdo de mi padre y por eso ha escapado de las casas de cambio, aunque muchas veces he tenido que vencer fuertes tentaciones.



Mr. Hill, que ha dejado algunos descendientes en la isla, ocupa actualmente el puesto de piloto en uno de los vapores que recorren nuestras costas, y es muy probable que de vez en cuando, entre dos bocanadas de humo de su pipa, suelte alguna carejada recordando la historia del tesoro de Pascua.

Pascua. Villa Esther, 1915.

(1) "La Isla del Tesoro".



# POESIAS INEDITAS DE VALLE-INCLAN

## LA TIENDA DEL HERBOLARIO

Aquella cueva del Herbolario  
Se me ofrecía como un breviario  
Lleno de goces y de visiones  
Cálidas: Sierpes y tentaciones.  
¡Y tan oscura! Daban su esencia  
Las hierbas. Era llena de ciencia.  
Embalsamado breviario, abierto  
Sobre las sombras de un hondo huerto.  
Clave de aromas que en sí condensa  
Del Universo la visión densa.

### I

Hierba del Hombre de la Montaña,  
El Santo Oficio te halló en España.  
Cáñamos verdes son de alumbrados,  
Monjas que vuelan y excomulgados.  
Son ciencia negra de la Caldea  
Con que embrujada fué Melibea.

### II

¡Canela en rama! ¡Tabaco en rolla!  
Visión de Cuba, canción criolla.  
Lentos guitarros, lentos danzones,  
Negros bozales y cimarrones.  
Rejas morunas, rosas bermejas,  
Olor de senos tras de las rejas.  
Olor divino de la mulata  
Que trae un recuerdo del Mahabharata.  
Ardiente esencia de la canela,  
(¡Canela! Encomio de la mozuela.)

### III

¡El Heliotropo! Tan eclatante  
Con su académico griego pedante.  
¡Los girasoles! Inca trofeos,  
Mito de mitos indo-caldeos.  
Y el otro Helio-Tropo morado  
De flor humilde, muy esenciado.  
El buen amigo de las solanas  
Viejas, y huésped de las ventanas.

Por veces muere de un arrebato,  
Dicen que es cuando lo riega el gato.  
(Siempre hay un gato que ronda el tiesto,  
Mueve la cola y arruga el gesto,  
Husmea el griego de la Academia  
Y lo aniquila con su blasfemia.)

IV

¡Coca! A tu arcana norma energética  
Rimo estas prosas de apologética.  
¡Coca! Epopeya del Araucano  
Que al indio triste torna espartano.  
Lima virreina, Lima la lueña,  
No es bizantina porque es tu dueña.  
Mordió Pizarro tu fibra dura  
Y se hizo uno con su armadura.  
Alzó ciudades, cayó tesoros,  
Tuvo mujeres como los moros;  
Hizo la guerra que hace el creyente,  
Fué tan avaro como valiente;  
Y cachieurno como el cuchillo  
Con que a los puercos mató en Trujillo.  
(Tuvo en las Indias las mismas manos,  
Allá son reyes y acá marranos.)

V

¡Xalapa! Iglesias y costanillas,  
Tras de las bardas uno en cuclillas.

VI

¡Campeche! Sedes. Frondas de loros,  
Pintados vuelos de tocoloros.  
Flautas que encantan a las serpientes,  
Rostros greñudos de blancos dientes.  
¡Viejo Tlaxcala! ¡Boca de enigma,  
Porque a la sierpe toma benigna.  
Tu flauta! ¡Acaso llegas de Oriente,  
Flauta que encantas a la serpiente?  
¡Mar de esmeralda! ¡Bosques con monos!  
¡Haciendas de Indios! ¡Blancos Patronos!

VII

¡La Pita! Verde que en cadmio quiebra  
Con un remedo de la culebra.  
Zumos de pita. Pulque. Placeres  
De Baco, y celo por las mujeres.

Melancolía de aquellos llanos  
 De Apan. Jinetes. Aureos jaranos.  
 Melancolía del Indio. Pena  
 De los que arrastran una cadena.  
 ¡La Pulquería! Lento guitarró,  
 Bailes lascivos. Reto de un charro  
 (Pulque: Brebaje de gusto adusto  
 Que el Indio encuentra muy de su gusto.)

VIII

¡Cacao! Afrodita jardín del puma  
 Y chocolate de Motezuma—  
 El chocolate—parece cuento—  
 No lo inventaron en un convento.  
 Unos lo achacan a los Aztecas,  
 Disputan otros si Chucumecas.  
 Hay sus dos credos con sus dos papas...  
 ¡Si fué en Tabasco! ¡Si fué en Chiapas!  
 (Cacao en lengua del Anahuac  
 Es pan de Dioses, o Cacahuac.  
 Y el nombre sabio sigue la broma,  
 Cacao en lengua griega Theobroma.)

IX

¡Té paraguayo del Pilcomayo!  
 El mate dicen Té paraguayo,—  
 El mate amargo. Viento pampero.  
 Las vidalitas en el potrero.  
 Barbas caprinas, rostro cobrizo.  
 Largas miradas de adusto hechizo:  
 Viejas de negra teta colgante,  
 De algún Armenio la sombra errante.  
 Galopa el gaucho. Lazo tendido,  
 Caballo al viento y un alarido.  
 Es el compadre que en el bochinche  
 Dice al compadre: —Vea no le pinche.  
 La Pulpería. La Montonera.  
 La Pampa enorme con su sonsera.  
 (¡Mate! Una negra con su canción  
 Cebaba el mate. Yo era el patrón.)

X

¡Adormideras! Feliz neblina,  
 Humo de opio que ama la China.  
 El opio evoca sueños azules,  
 Lacas, tortugas, leves chaúles,  
 Ojos pintados, pies imposibles,  
 Lacias coletas, sables terribles,

Verdes dragones, sombras chinecas,  
Trágicas farsas funambulescas,  
Genuflexiones de Mandarines,  
Sabias Princesas en palanquines,  
Y nombres largos como poemas  
Que evocan flores, astros y gemas.

XI

¡Verdes venenos! ¡Yerbas letales  
De Paraísos Artificiales!  
A todos vence la Marihuana,  
Que da la ciencia del Ramayana.  
¡Oh! Marihuana, verde pneumónica,  
Cannabis Indica et Babilónica.  
Abres el Sésamo de la Alegría,  
Cáñamo verde, Kif de Turquía.

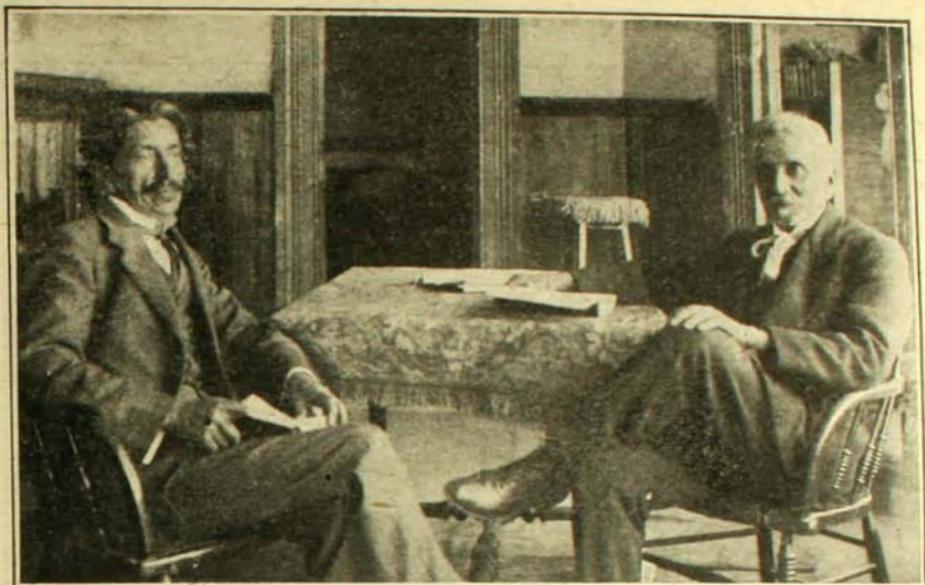
Yerba del Viejo de la Montaña,  
El Santo Oficio te halló en España,  
Yerba que inicias a los fakires,  
Llena de goces y Dies Ires.  
¡Verde esmeralda—loa el poeta  
Persa—tu verde vistió el profeta!  
(Kif—yerba verde del persa—es  
El achisino bhang bengalés.  
Charas, que fuma sobre el diván  
Entre odaliscas el Gran Sultán.)

FINIS

Se apagó el fuego de mi cachimba,  
Y no consigo ver una letra.  
Mientras enciendo—Taramba y timba  
Tumba y tarumba,—pongo una &.

RAMON DEL VALLE INCLAN





Simón González y su hermano.

## SIMON GONZALEZ

COMO LO CONOCI.—¿LE GUSTA AQUELLO, MAESTRO?—CHARLAS EN SU TALLER.—  
UNA COLECCION DE ANTEOJOS.—UN GRAN CAZADOR.—ME HABLA DE EL DON JUAN  
PLA.—UNA BELLA ACCION

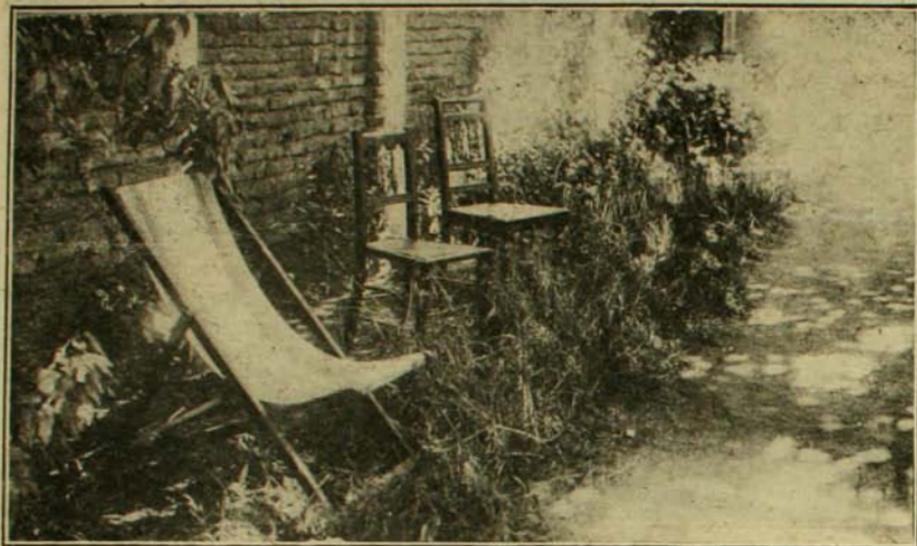
Por N. YÁÑEZ SILVA

UNA tarde de la primavera del año 1905, en medio del ir y venir de una apertura del Salón, cuando éste funcionaba en el palacete griego de la Quinta Normal, Miguel Luis Rocuant me presentó a un hombre de regular estatura, mirada triste, moreno y a cuya frente surcada ya de arrugas, caía una discreta melena que revelaba al artista.

—Simón González—dijo Rocuant por toda presentación, y yo, que hacía pocos momentos había estado admirando "El Mendigo", magnífico bronce lleno de expresión y simpatía, y en el cual el artista por gran parte de sus sueños, me incliné respetuoso, apreté fuertemente aquella mano nerviosa que estrechaba con franqueza la

mía, y mis ojos se clavaron en aquel hombre como procurando que todos sus rasgos, su vida toda, penetrase a mi alma, quizá para así poder saturarme de algo del arte que era por ese entonces mi locura de joven.

Desde ese instante callé. El poeta Magallanes Moure invitó a beber un refresco al restorán de la Quinta, y ahí bajo los árboles, oí hablar por primera vez al artista que momentos antes había admirado entre el revuelo de público en el Salón. Yo callaba y hasta habría llegado a apuntar todas las palabras que salían de la boca del escultor. Yo no emitía ningún juicio, porque me parecía un sacrilegio hacerlo, y sólo me limitaba a oír todo lo que



Un rincón del artista.

del artista decía; y él hablaba de recuerdos de París, la ciudad amada y lejana en donde trabajó "El Mendigo", "La Tentación", "Adormidera", "La Perla", "El escultor Desca", y había en sus frases un dejo de acentuación francesa que prestaba más interés a su charla. Volvimos al Salón y yo me atreví a preguntar algo al artista, que recién había conocido.

—¿Le gusta aquello, maestro?—le pregunté, por una cabecita de mujer delicada y fina, que estaba cerca de nosotros; y él me respondió:

—Está bien, está bien,—y nada más. La cabecita aquella la firmaba Nicanor González Méndez, hoy ausente de los salones, y mi contento fué muy grande, porque a mí también me gustaba aquella cabeza, y consideré que aquello era mi primer acierto de crítico...

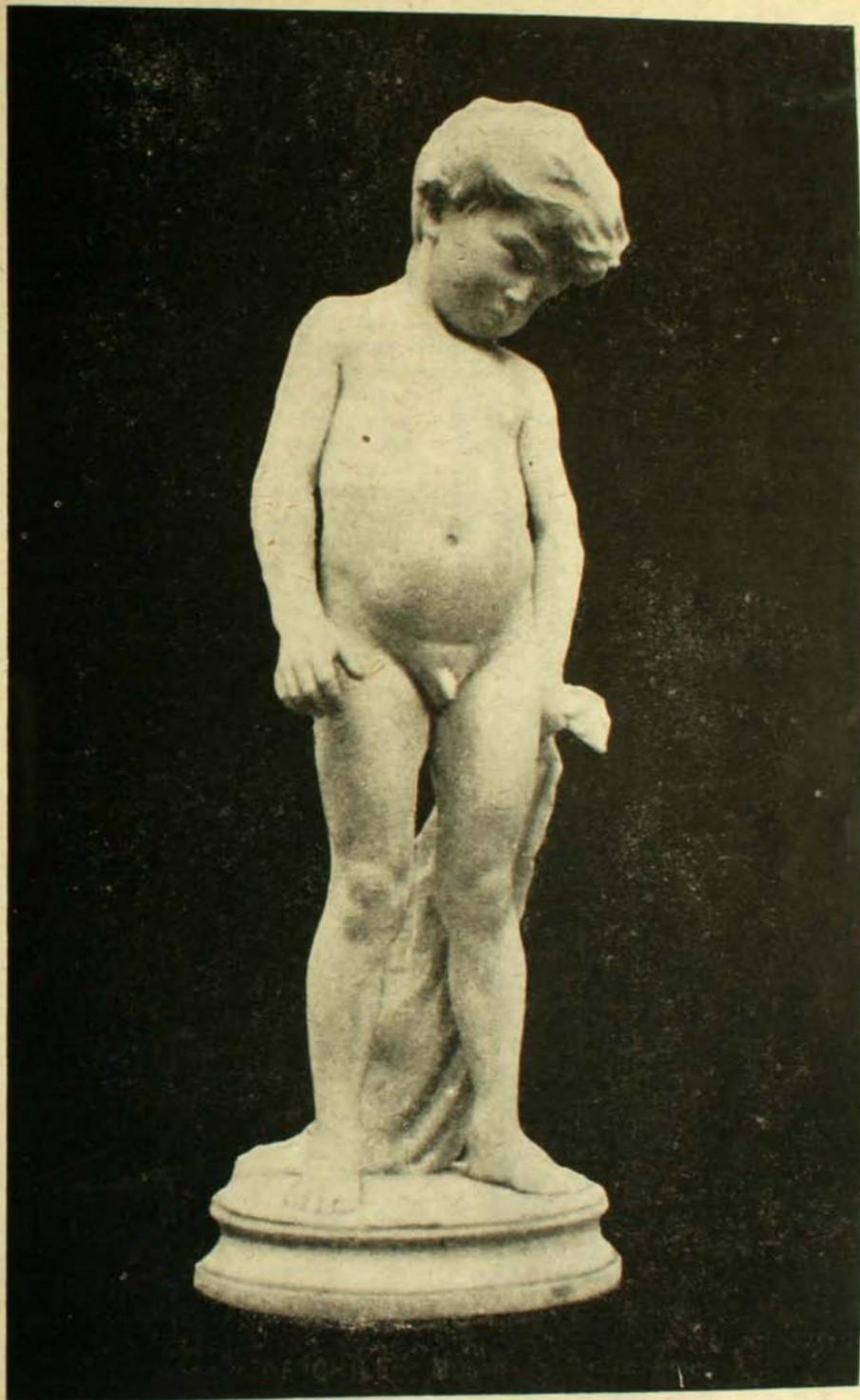
Desde aquella tarde han pasado quince años. El maestro envejeció; yo me hice hombre, y estos recuerdos están tan frescos en mí como si los hubiera vivido ayer.

Luego visité a Simón González en su taller. Ahí en la intimidad de su recogido rincón de trabajador silencioso, lo vi

nuevamente, en aquel taller de la calle de Manuel Rodríguez, que tiene una larga historia de artistas, de todos los que han trabajado en él. Fué entonces conmigo más comunicativo, más jovial. Ahí supe al preguntarle yo por sus exquisitos bibelots, que los había creado en París, y que había hecho otros muchos, mientras trabajaba en un gran taller de ese género.

—Pasó el tiempo y mis visitas al escultor fueron más espaciadas. Una vez, encargado por la revista "Zig-Zag", para hacerle un reportaje, volví nuevamente al taller. Su carácter había cambiado. Se diría que la nostalgia de París, de aquel mundo, ponía en su frente una infinita tristeza; o quién sabe qué sinsabores y luchas por la vida habían marchitado sus mejillas y llevado a sus ojos un velo de melancolía y de recuerdos! Simón González era otro, era distinto a aquel que conocí la tarde de apertura del año 1905. Poco tiempo había bastado para hacerlo cambiar. Lo encontré trabajando en un busto, no recuerdo de quién. Mientras hundía sus dedos hábiles en la greda húmeda, echaba mano de anteojos distintos.

—Tengo para mi trabajo una colección



Niño talmado.—Escultura de S. González.

de ellos,—me dijo—la vista se cansa y hay que ayudarla con estos vidrios. Tengo por lo menos seis pares, de distinta fuerza, para hacer mi trabajo.

Me hablaba cansadamente, como si las palabras fuesen más bien sombras de pensamiento que no llegaban precisas al borde de sus labios, en los cuales se dibujaba una mueca de desencanto y amargura. Quedábamos callados durante largos minutos, y a una nueva pregunta mía, me contestaba nuevamente con poco entusiasmo. No aventuraba un juicio, como si temiese que alguna indiscreción mía o de cualquiera fuese a acarrearle un mal rato. Sabía que en el mundo del arte, cualquiera que fuese, hay que usar de una suma discre-

ción para poder vivir, y guardar la sinceridad como cosa de pecado y que jamás debe brotar a los labios sino velada o con evasivas...

Y este mutismo, en el artista fué acentuándose poco a poco, hasta el punto de encerrarse en una vida hermética, con pocos amigos, aunque muchos lo admiraban. Su hogar era el sitio único de sus expansiones, y motivo de su alegría, el sport de la caza; porque Simón González era un gran cazador, un apasionado de aquella diversión de reyes y de magnates.

Sobre esta pasión del artista que acaba de morir, he tenido datos muy precisos del maestro que siempre lo acompañaba en esos paseos, profesor de tallado en madera de la Escuela de Bellas Artes, don Juan Pla.

Hemos visitado a este artista en su sala de clases en la Escuela y mientras sus alumnos golpeaban con el buril un trozo de madera para hacer un detalle decorativo, él me ha contado cosas interesantes, que me han conmovido y que a Pla le han llenado los ojos de lágrimas más de una vez.

—Salíamos a cazar casi todos los Domingos—me ha dicho recordando conmovido al amigo muerto.—Un día era al fundo Lo Herrera, otro a Paine, otro a Los Guindos, y así elegíamos sitios distintos. Era el único placer, lo único que entusiasmaba a don Simón durante los últimos años de su vida, de esa vida a la cual parece que un desencanto sin nombre e infinito, iba día tras día arrastrando a la muerte.

—¿Era usted su más íntimo amigo?

—Quizás tuve ese honor—me responde el maestro Pla.—Yo procuraba, conociéndole la nobleza de su alma, alegrarlo todo lo que podía, para hacer huir de él esa tristeza que llevaba a todas partes. Don Simón se transformaba cuando iba de caza. Lo hubiese visto usted cuando de mañana íbamos al campo. “¿Es usted capaz, maestro, de llegar a aquel sitio?”—le preguntaba. Miraba él la lejanía, sonreía, e irguiéndose, me decía: “Se verá, se verá”, y echándose al hombro la escopeta, caminaba y caminaba lentamente, llegando al sitio lejano que yo le había señalado.



El escultor Desca.—Escultura de S. González.

—¿Cómo se explica que el maestro González fuese un gran cazador cuando para esculpir tenía que usar varios pares de anteojos?

—Ahí tiene usted lo raro. Y era un magnífico cazador, un ojo certero para las perdices. Primero se ponía anteojos comunes, para marchar por los caminos, y luego que llegaba al sitio elegido, se ponía otros anteojos, se los afirmaba, y esperaba. "Aquí debe haber perdices"—me decía de improviso en medio de la marcha. "¿Cómo lo sabe usted?", le respondía yo. "Porque 'las siento', porque me da en el corazón que ha de haberlas". Y efectivamente, a los pocos minutos, después de marchar cautelosos, el gri, gri, gri, característico del ave, hacía echarse al maestro la escopeta a los ojos, disparaba, y corría jubiloso, y su mejor triunfo era cuando levantaba en sus manos el manajo de plumas grises de la pieza cogida.

—¿En aquellas excursiones, hablaban ustedes de arte?

—Mucho, pero siempre interrumpía nuestras conversaciones el vuelo de una tórtola o el rastrear de una perdiz.

—¿Usted lo quería mucho, señor Pla?— lo interrogamos al ver que los ojos, bajo la luz de las poderosas pantallas del taller, se humedecían.

—Mucho. ¿Y cómo no había de quererlo cuando tuvo para conmigo noblezas y desprendimientos que no se olvidan!

—Se dice que el maestro González era muy ordenado y económico en su vida.

—Así era, quizá porque presentía su fin y recogía todo lo que podía para su amado hogar; pero era desprendido. Mire usted. Una vez me oyó el que yo necesitaba dinero, y al día siguiente, sin hábersele yo pedido, de paso en la Escuela, antes de entrar a clase puso en mis manos, conmovido, un paquetito de billetes, diciéndome:

—Eso le puede a usted servir,—y se retiró como si nada valiese su acción.

Desde entonces aumentó mi simpatía y mi cariño hacia él. Aquellas mañanas de caza, procuraba por todos los medios que estaban a mi alcance, que él lo pasase bien. Aun muchas veces le cedí una pieza que se me venía al cañón de la escopeta,



Busto de O'Higgins, última obra de Simón González.

porque sabía que le agradaría lo que yo hacía.

—¿Sabe usted, señor Pla, qué motivo poderoso tendría el maestro escultor para no trabajar durante sus últimos años?

—No lo sé a punto fijo, pero por sus palabras adivino que estaba desencantado. Una vez le dije que concursáramos a un certamen para un monumento, proponiéndole que él hiciera solamente el boceto de la parte escultórica, y que yo me encargaría de la obra gruesa. Me respondió: "Mire, Pla, sé lo que son estas cosas, y a la poste nos llevaremos los dos un disgusto". Y no hacía el trabajo.

—¿Presintió él su fin?

—Creo que sí. Hablaba mucho durante el último tiempo del porvenir de su familia.

—Una de sus alumnas, Fresia Pérez, me ha dicho que durante visitas que hacía a su casa de campo, decía que le gustaría reposar en un cementerio de campo, entre la yerba y la paz sosegada de la campiña.

—Así debe ser. Amaba mucho la soledad, y cuando no íbamos a cazar, visitaba a sus alumnos en sus casas de campo.

—¿Estuvo usted con él en sus últimos momentos?

—Hasta un día antes. Más, no me atreví...—y el señor Pla se seca los ojos, y agrega: el día antes de morir le di por mis manos una copa de naranjada, diciéndole que ya volveríamos a tirar a las perdicés. Y él sonrió con una amargura que me llenó los ojos de lágrimas...

Nuestra conversación con el artista Pla tocaba a su término. Al cruzar los pa-

sillos buscando la calle, me pareció que de improviso iba a ver a aquella figura de faz melancólica, silenciosa, a aquel maestro de andar reposado que dejó para admiración de todos, entre otras obras, aquella admirable de vida y de movimiento, la estatuita genial de pocos centímetros, que tan modestamente se titula "El escultor Desca".

Al mirar por última vez al maestro Pla y estrecharle la mano en señal de duelo y agradecimiento, vi que éste tenía todavía los ojos húmedos...



El mendigo.—Escultura de E. González.



Señorita Sylvia Salas Edwards, fallecida el sábado 13 en Santiago.



Señora Josefina Acosta de Noel, esposa del señor Ministro de Argentina.



Excmo. señor Carlos Noel, Ministro de la República Argentina.



Juan Guzmán Cruchaga.

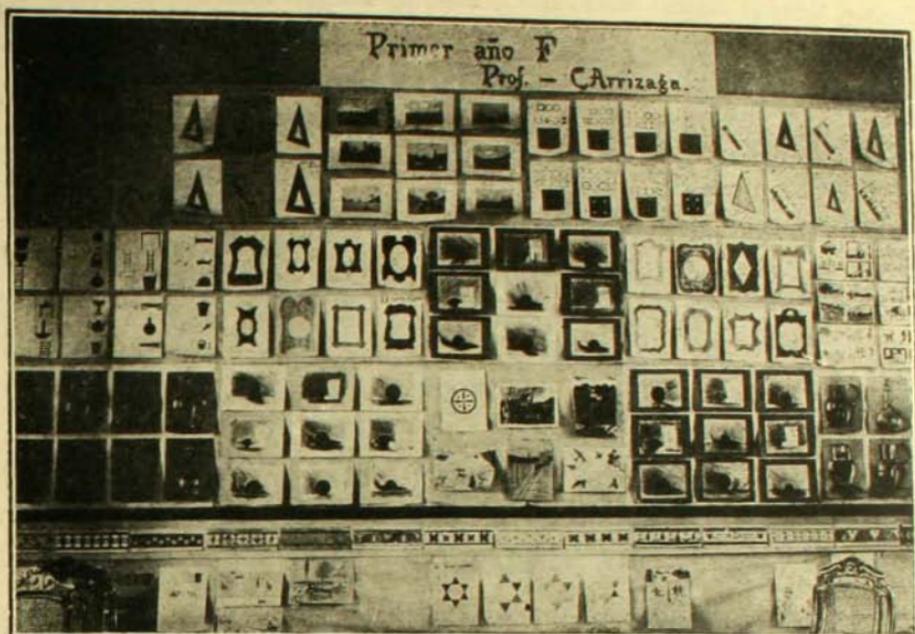
ROMANCE DEL PRINCIPE CIEGO, EN "LA PRINCESA  
QUE NO TENIA CORAZON", QUE APARECERA PROXI-  
MAMENTE.

Manos de rosa y de luna,  
boca de sangre y de miel,  
¡cómo os adoran mis ojos  
que por vosotras no ven,  
manos de rosa y de luna,  
boca de sangre y de miel!

Mientras hieren tus amores,  
vendajes hilan también.  
Mis sentidos no desean  
las rosas que no toquéis,  
manos de rosa y de luna,  
boca de sangre y de miel.

Ojos que por ti cegaron  
de tanto como lloré,  
viendo que tu amor es mío  
y de todos tu amor es;  
ojos que por ti cegaron,  
Princesa, te quieren bien  
y si abandonar pudieran  
la profunda lobreguez,  
no han de huir de tu cariño  
ni pueden vengarse de él,  
sólo esperan ver la luz  
y en ella verte otra vez.

JUAN GUZMAN CRUCHAGA



# En el Instituto Nacional

IMPRESIONES DE UNA EXPOSICION

Por Carlos Gutiérrez U.

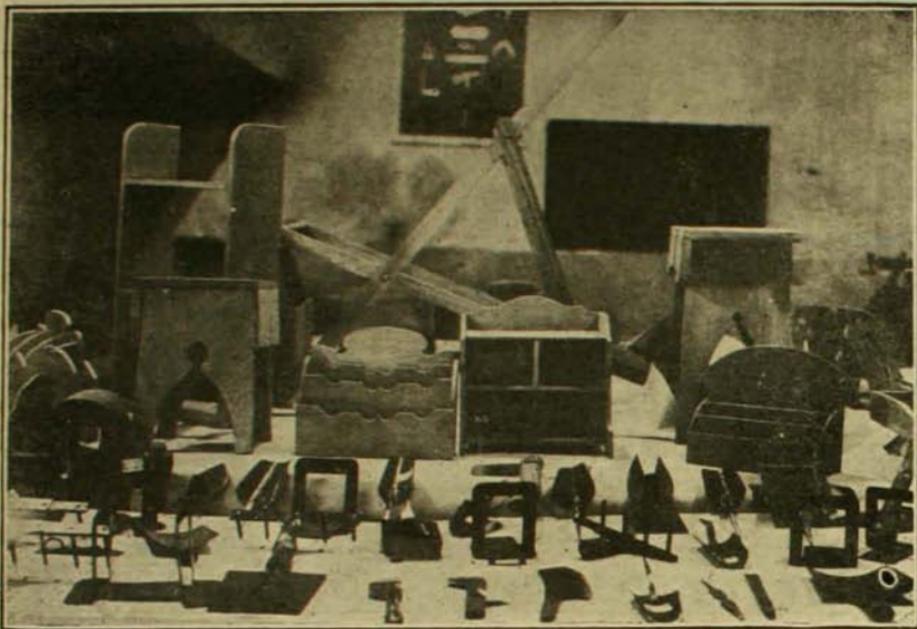
El Instituto Nacional ha cerrado este año el ejercicio escolar de sus clases de Dibujo y Trabajos Manuales con una que no vacilo en llamar hermosa exposición de la labor de sus alumnos del 1.º de Humanidades. Demuestra ella, por una parte, los progresos alcanzados en esta vieja casa de estudios dentro de asignaturas o de métodos de reciente implantación, y por otra, cuánto pueden los buenos profesores que tienen la suerte de servir bajo las órdenes de un jefe comprensivo, tesoero y capaz de tocar todas las puertas "hasta que le dan algo más para el Colegio".

Desde los primeros momentos queda uno con la impresión de que la asignatura de Dibujo ha experimentado una verdadera revolución progresiva en los últimos años.

Muy pocas líneas rectas, nada de rigidez matemática y antiartística. Todo converge, por el contrario, a la sencillez, a la divina sencillez de la Naturaleza, por la observación como elemento personal interno, y por procedimientos de la menor complicación posible, como medios de traducir la observación a formas agradables.

Un pedacito de papel azul claro, para el cielo; otro de azul oscuro, ajustado al primero en la lejana línea del horizonte, para el mar, y un tercero muy blanco y pequeño, pegado a goma cuidadosamente sobre el primer plano del azul oscuro, para barca a la vela, bastan para reproducir una marina llena de gracia y luz, a modo de acuarela.

Un automóvil recortado a tijera en cual-



quier página de reclamo comercial y adherido a un fondo de cartulina blanca, como figura central; luego, un camino, un árbol, una puente, una casita lejana, bosquejados a mano libre por el alumno, — nos ofrecen un paisaje absolutamente “art nouveau”, fresco y animado.

Una cinta de cartulina con una, dos o tres figuras sencillas que se repiten (al estilo de las escenas sin fin), son una espléndida guarda para friso. Y así todo lo demás.

Luego, reproducciones del natural: frutas (al pastel), la torre de la iglesia de San Francisco (a pluma y lápiz de color), útiles de comedor y otros (al carboncillo), caballos, perros, conejos... un arca de Noé (a tinta plana negra), etc. etc.

A la vista de todo esto, el observador experimenta instintivamente el deseo de aprender él mismo a hacer estas sencillas combinaciones de papeles de color, estos conjuntos en que el alumno forma el ambiente de una figura determinada, y tanto más... que no entraba en la enseñanza de hace apenas diez años y que afina el

sentido de las proporciones y el buen gusto, tan sin esfuerzo visible!

Por lo que hace a los Trabajos Manuales, sabido es que sólo en los últimos tiempos se han incorporado a la educación secundaria de Chile, por más que en el extranjero se les reconocía desde tiempo atrás la capital importancia que tienen para crear o desarrollar espíritu de trabajo, para cimentar en los alumnos esa disciplina mental que subordina armónicamente unos elementos a otros en vista de un resultado preciso y concebido de antemano, y para ponerlos en provechoso contacto con los materiales de elaboración más fácil y útil, o más propicios al logro de los propósitos educacionales que ñalo. Hoy figuran en los programas de nuestra enseñanza; pero... no pocos son los Liceos en que no funcionan, o en que funcionan malamente, por falta de taller o de los elementos más indispensables.

En el Instituto, esta asignatura está a cargo de profesores jóvenes y competentes. Adquirieron su preparación técnica en el Instituto de Educación Física,

como los de Dibujo, y como ellos también, a juzgar por los trabajos de sus alumnos (después de sólo un corto año escolar de clases), su celo profesional hace esperar de ellos éxitos crecientes. Los talleres en que deben desarrollar sus enseñanzas no tienen siquiera la mitad de los bancos necesarios, ni un tercio de la utilería que se requiere para que todo un curso labore al mismo tiempo (por lo cual las clases se hacen por grupos que se turnan); pero trabajan como pueden, y con rendimiento apreciable, que es lo que más les dignifica ante los ojos de sus jefes.

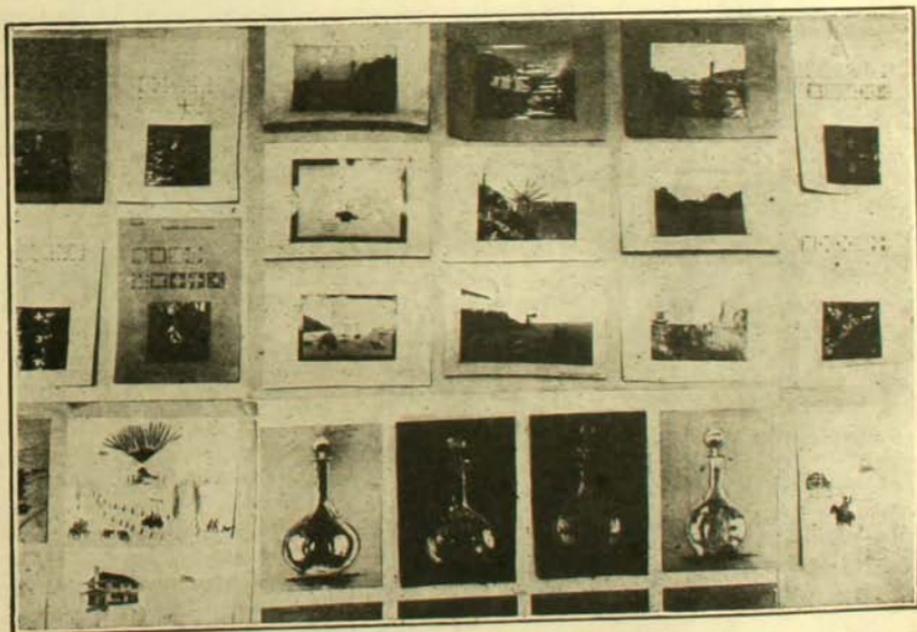
En la sección cartonaje llaman desde el primer momento la atención las tapas para libros, las carpetas para escritorio, las papeleras, las cajitas para recado de escribir, en fin, por su corte correctísimo y su acabada ejecución.

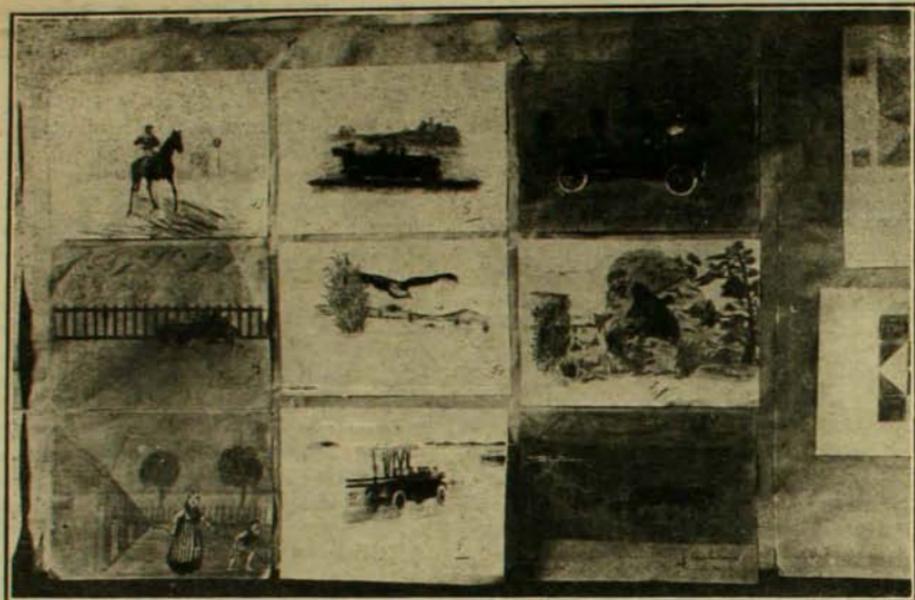
En la sección modelado en arcilla y plasticina hay una variedad enorme de figuras de todo orden, humorísticas casi todas las hechas "de memoria", de carácter serio y práctico las ejecutadas según modelo observado directamente. Ahí están los Von Pilseners, las figuras estra-

falarías del elefante que danza o de la bruja que horroriza, con las carretas rústicas, los globos terrestres y las frutas.

En la sección madera son, sin duda alguna, dignos de mención los marcos para retrato, los portapapeles, los tinteros, las cajas para secretos, toda una variedad de útiles perfectamente cepillados y ajustados, como si en realidad fueran el fruto de la experiencia de largos años en los bancos del oficio!

Pero si algo reclama una observación atenta y mueve a aplauso sin reservas, es el Taller de Fierro, como que en razón de la materia a que se aplica el esfuerzo del alumno, son múltiples y penosas las dificultades que debe vencer antes de sentirse complacido delante de un objeto elaborado por sus propias manos. Hay ahí toda una flamante ferretería, acabada, pulidita, lista para salir al mercado, si tal fuera el objeto de la clase:—palas, rastrillos, azadones para jardín, einceles, punzones, hachitas de mano, llaves inglesas, tanto más! Y todo ello como quien dice con el calor de la última hornada todavía, al lado de la fragua pequeña que, en





horas de labor, miré otras veces como a una boca enardecida y hambrienta del "pane nero" de que hablaba Ferri.

He aquí, a medio bosquejar, la magnífica impresión que ha dejado en mi ánimo la exposición de Dibujo y Trabajos Manuales, correspondiente al primer año de Humanidades del Instituto Nacional.

Queda muy lejos de mi pensamiento la locura de sobreponer la utilidad de esta

enseñanza a la de otra ninguna, ya que las cosas materiales, a mi juicio, nunca darán al hombre el verdadero sentido de la vida; pero así como la desarrolla este Instituto no habrá quien deje de sostenerla como educativa, como maravillosamente educativa del alma de los niños, dentro de la finalidad suprema de desarrollo integral que tiene y ha de tener todo sistema de educación humana.





# TEATRO



Inés Berutti.



Emilio Díaz

El acontecimiento teatral del mes ha sido, sin duda, el estreno en El Comedia, de "La Casa de Troya".

Nosotros, que habíamos leído la novela de Pérez Lugui, temíamos por el éxito de la comedia de Linares Rivas, a pesar de la buena impresión que aquélla nos había de-

jado y de la habilidad teatral de Linares Rivas.

"La Casa de Troya", novela, carece de enredo, si así puede decirse; el teatro vive del enredo.

Pero, Linares Rivas ha hecho el milagro.



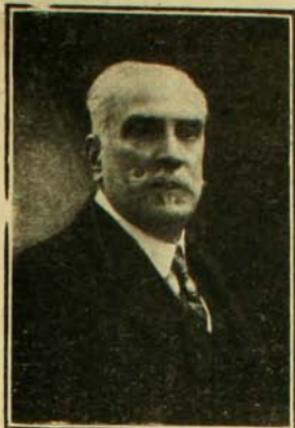
La Sataelna.



Antonia Planas.



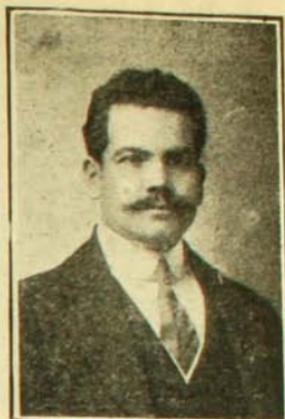
Margarita Díaz



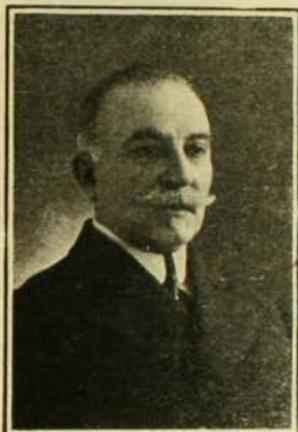
1. Sr. Patricio Aldunate S.



# CONCURSO DE BOCAS

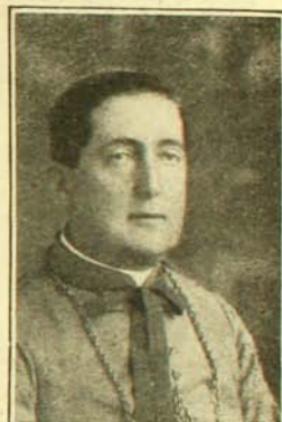


2. Sr. Pedro Aguirre Cerda.



3. Sr. Belfor Fernández.

boca de don Pedro Aguirre Cerda, con lo cual se ha dicho todo. La del senador Belfor Fernández no tiene particularidad alguna: es su bigote el que llama la atención. La cuarta promete amonestaciones suaves, consejos sanos: parece hecha para absolver pecados de niños y damas. La del General Dartnell es boca de cañón. La sexta d'agnóstica en el Club:



4. Sr. Gilberto Fuenzalida.

**L**A primera boca era la boca de un martillero, boca embustera si las hay, ponderativa, eternamente en movimiento. De un martillero es de quien se puede decir que no le para la boca. Muchos no la reconocieron, a pesar de que nadie puede afirmar que no estuvo alguna vez pendiente de esa boca.

La segunda era la



5. Sr. Pedro Dartnell.

es boca de médico tant-mieux.

La del señor Anselmo Hevia es como la del pez: por ella se muere. Todo lo contrario parece ser la de don Armando Quezada: por ella vive.

Y ha sido una casualidad que se encontraran juntas las bocas de don Tomás Ramírez Frías y don Manuel Rivas Vieña. Un

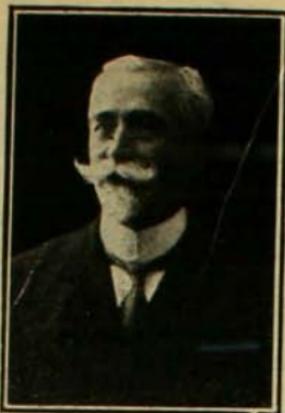


6. Dr. Aguirre Luce.

dibujante las habría puesto lanzándose sapos y culebras. Un escritor diría que ambos hablaban por boca de ganso: uno por don Arturo Alessandri, el otro por don Ismael Tocornal.

Pues todas estas bocas han sido descubiertas, con gran sorpresa de nuestra parte. A don Arturo Torres M. y a don Augusto Aguirre podría empleárseles en identificar cadáveres: por una presa cualquiera descubren al animal. Su hazaña ha sido mayor que la del doctor Valenzuela Basterrica, que descubrió a Beckett por la dentadura: éstos por la boca han identificado a diez.

Que vengan por su premio.



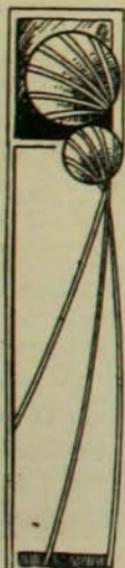
7. Sr. Anselmo Hevia R.



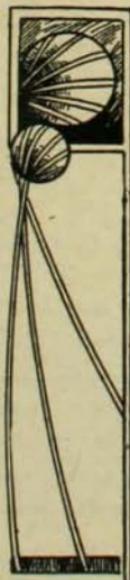
8. Sr. Armando Quezada A.



9. Sr. Tomás Ramírez Fria.



10. Sr. Manuel Rivas Vizueta.



# EL CANALLA

Por N. NOVOA VALDES

Ilustraciones de Sergio Huneeus

—Ahí va pasando del Villar...  
—¿Para qué me lo adviertes?  
—Para que le saludes, idiota. ¿Acaso no es tu íntimo amigo?

—Lo era. Las cosas han mudado y ahora somos enemigos irreconciliables.

—No embromes. Se hace difícil creer que de un momento a otro pueda tornarse en agria enemistad una simpatía tan antigua.

—¿Qué quieres? Del Villar dice que soy un canalla.

—¿Canalla tú? Eso no es posible. El conoce mejor que nadie tus condiciones que, a decir verdad, si no descuellan por energía ni por actividad, son sin duda las que caracterizan al caballero y al hombre de corazón.

—Gracias. Extraño parece, y para mí más que para nadie, el que se me tilde de canalla, pero el mundo a veces juzga las cosas en tan original forma, que casi nacen deseos de serlo verdaderamente:

Tú sabes bien que el matrimonio es un lazo para los cónyuges, pero un motivo de desunión para los amigos. Rara vez las mujeres saben armonizar su insaciable deseo de tener siempre a su lado al objeto de sus amores, con la relativa libertad que es necesario otorgar al marido para la satisfacción de esa necesidad de intercambio amistoso de ideas con aquellos que fueron sus compañeros de juventud, su amparo en las tristezas y sus confidentes en la buena y en la mala fortuna. Yo tengo antenas y desde lejos palpo y siento el peligro. Esta cualidad me ha valido esas gratas frases tuyas que concentran en mí, como tú me lo has dicho, las cualidades del caballero.

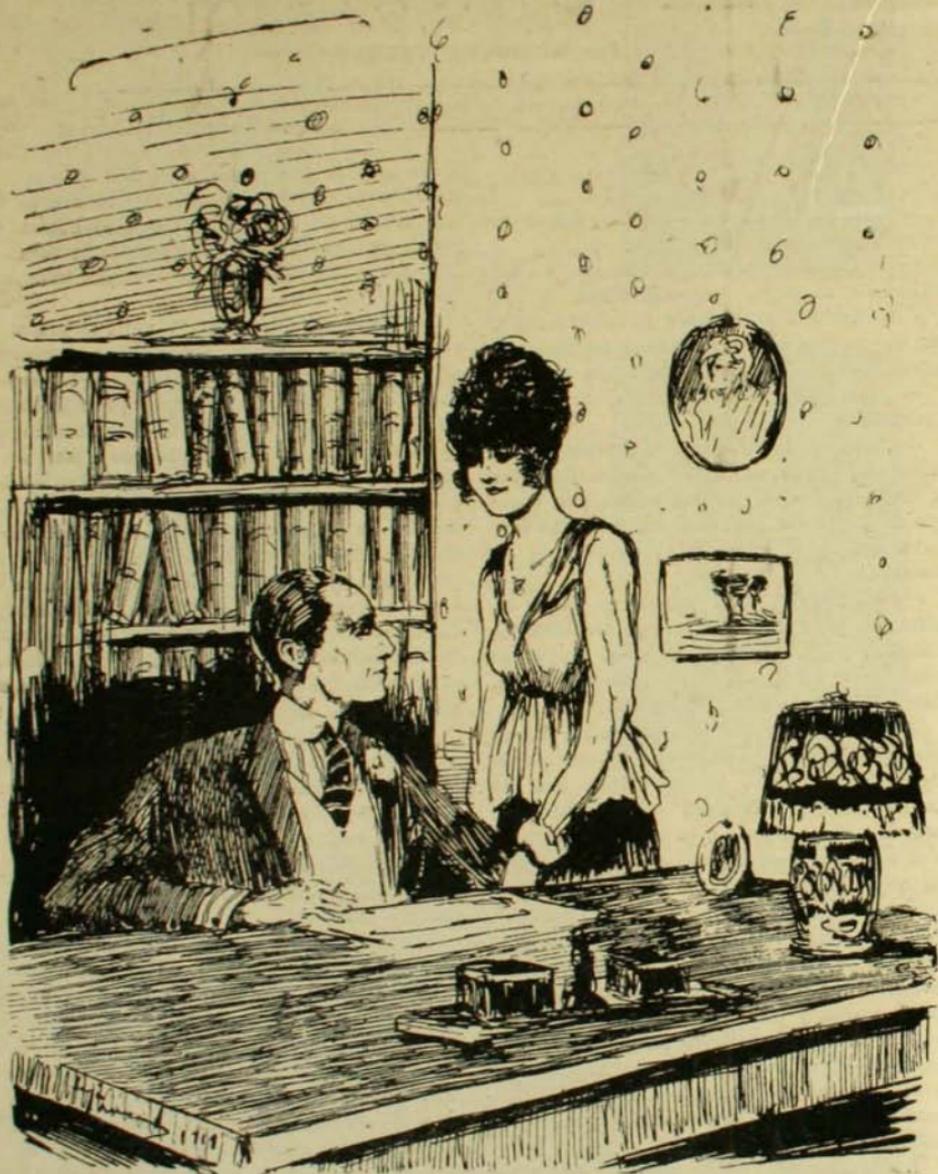
Desde que del Villar contrajo matrimonio, comencé suavemente a evitar, en cuanto era posible, su presencia, y con ello sacrificué ese sentimiento tan grato que consiste en ver reflejados en un corazón amigo, nuestros dolores y nuestras alegrías. Sabía yo que Julia no podía mirar con buenos ojos que yo arrancase del corazón

de su marido una pequeña parcela, por insignificante que ésta fuese. Por lo demás, los amigos del marido son para la esposa los causantes de toda desgracia y de toda infidelidad. El marido es la criatura pura, el amigo, el demonio tentador.

Me alejé de del Villar, y me fué grato verle feliz al aspirar la atmósfera perfumada de cariño con que le envolvía su encantadora mujercita. Es cierto que aquella nube de ternuras le hacía desaparecer ante mis ojos, y que a medida que ellas penetraban fáciles en su vida, del Villar engordaba, se emburguecía y los tintes delicados de su alma y de su mente se fundían en una sonrisa de franca satisfacción, producida por el eterno halago de aquella mano aterciopelada que a toda hora acariciaba su vanidad y su alma. El dolor y la insatisfacción son los progenitores de toda cosa bella. La felicidad es lo más repugnante que se ha inventado.

Un buen día, del Villar observó mi alejamiento. Era ya tiempo; hacía ya dos años que vivíamos sin cambiar otras frases que aquellas que indican la estupidez de dos seres: —¿Y esa vida? —Ahí la vamos pasando. Palabras vacías, que se han inventado para disimular la esterilidad del cerebro humano.

Tal vez sí, ya harto del Villar de mimos, de besos y, en general, de esa tela almibarada con que las mujeres sin fondo quieren envolver la vida de un hombre, recordó mi amigo que fuera de Julia, de su risita continua y de frívola picardía, podían existir otros sentimientos y otras actividades dignas de tomarse en cuenta. Y las emprendió conmigo. Y fué el retoñar de la vieja amistad, y hubo confidencias. ¡Y qué confidencias! ¡Dios mío, qué miserias suelen esconderse bajo el oro deslumbrador de lo que se llama un matrimonio distinguido! Y fuí a comer a su casa, dos, tres, veinte veces, penetrando cada vez más en los misteriosos secretos de aquella unión. Serví de pacificador de uno y otro cónyuge, de



árbitro supremo en las cuestiones de negocios, de mandadero para llevar al hogar amigo el remedio, la seda, el palco para el teatro y el jamón de Valdivia que servía de entrada los domingos en el almuerzo. Y

creí sentir que el hogar de del Villar era algo mío, que yo pertenecía a él, que nada me era extraño en aquella casa, siempre perfumada por un dulce ambiente de simpatía y de generosidad.

Mi vida áspera como un espio y seca como un tronco carbonizado, comenzó a hacerse más dulce y más amable. Más de una vez el celibatario impenitente estrechó con ternura jamás sentida al chico de del Villar. Y llevó cascabeles, chupones de goma y payasos de celuloide a aquella casa donde comenzaba a encontrar ese medio tinte de ternura que siquiera en algo satisface al que como yo, lo dió todo en la vida y nunca recibió nada.

Julia se molestaba francamente cuando yo no iba a comer. Con tono de amigos me reñía, y sus indignadas frases encontraban eco en las francas carcajadas de del Villar. Puedo decirte, sin mentir, que llegué a ser el eje de la felicidad de aquellos esposos.

Las confidencias de Julia respecto de su vida conyugal y de su marido comenzaron a poner en mi espíritu una ligera turbación. me pareció que los ojos de la esposa del amigo tomaban, al mirarme, una expresión triste y suplicante como aquella que se observa en las madonnas doloridas. Los grandes ojos no estaban, al ponerse frente a los míos, ni cerrados ni abiertos; los párpados ocultaban apenas las pupilas hermosas. La expresión que te describo fué acompañada algún tiempo después por vagas insinuaciones respecto de la amargura general de la vida, de los desengaños que en ella se sufren y del ideal siempre perseguido y nunca alcanzado.

Mi espíritu, allá lejos, en su fondo mismo, casi en la subconciencia, adivinó el nacer tímido de un sentimiento hacia mi persona que brotaba tembloroso del alma ingenua de Julia. Debí marcharme de aquella casa en el momento mismo que tal cosa advertí, pero el egoísmo humano es a veces más grande que la virtud. Me engañé a mí mismo, me autoconvencí de que aquellas manifestaciones eran sólo hijas de un simple sentimiento fraternal. Yo no quería abandonar aquella dulce tibieza que llegaba hacia mí ser como una caricia de madre o de hermana. Seguí visitando la casa de los del Villar y ocultando en lo más íntimo de mi pecho la impresión que me producían los húmedos ojos de la madonna suplicante.

Del Villar continuaba engordando y su

felicidad se derramaba sobre mi espíritu, ya un tanto inquieto, como un haz de luz demasiado brillante que me hacía mal a los ojos.

Comenzaba a entristecerme, y esa maldita amargura, especie de presagio de lo que más tarde había de ocurrir, fué precisamente la que me perdió.

Julia, al verme decaer, redobló su ternura, su dedicación y su cariño hacia mí.

Una tarde escribía yo, por encargo de del Villar, un artículo sobre el porvenir de la viticultura. Trabajaba en el escritorio del propio dueño de casa. El ambiente era de él; el olor al tabaco que acostumbraba fumar se esparcía por la sala. Allí estaban sus cuadros, sus libros, sus apuntes, su persona entera, en fin. Yo estaba abstraído y mi imaginación no volaba más allá del estrecho círculo de las ideas que él me sugiriera para tal trabajo.

No podría explicarte la sensación que experimenté al ver que una mano blanca, nerviosa, larga, como aquellas de las mujeres de d'Annunzio, cubrió la cuartilla a medio llenar. Miré aquella joya y no me atreví a hacer movimiento alguno. Una voz suave, también suplicante como la mirada, me dijo:

—No le basta a Ud. sufrir callado, sino que también resuelve encerrarse.

Volví la cabeza en nervioso ademán, y contesté:

—No, Julia, se equivoca Ud. Yo no sufro, trabajo con el recogimiento necesario.

La criatura fatídica levantó la mano del papel y oprimió la mía.

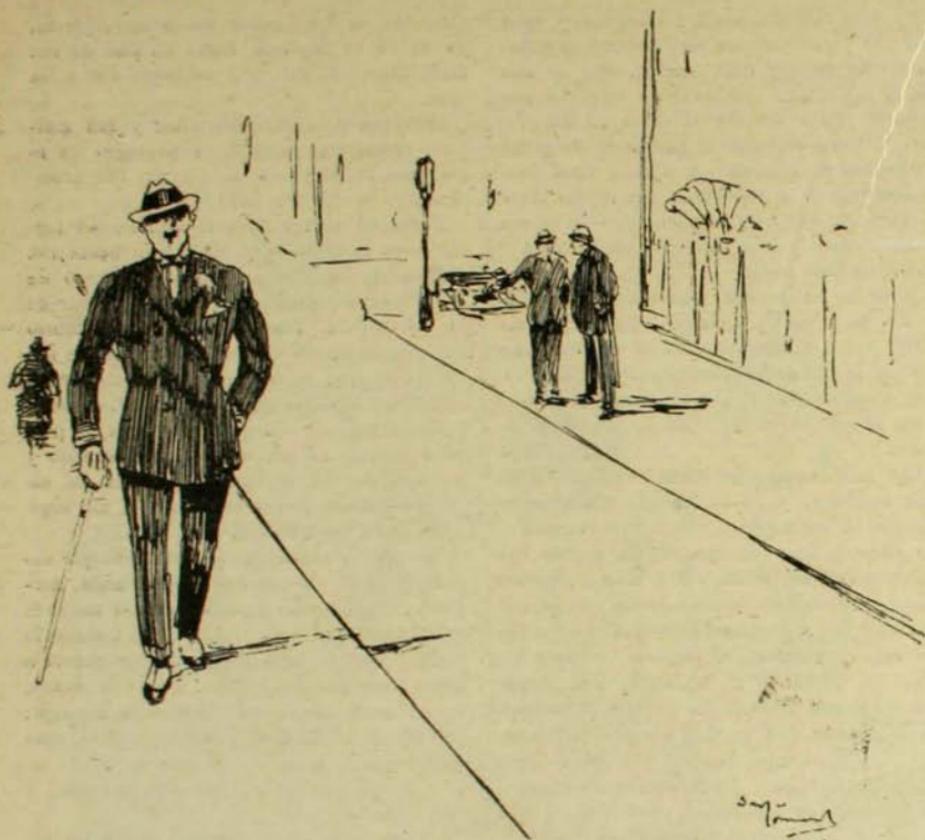
—No lo niegue, Ud. me quiere. No lo oculte, no hay en ello daño.

—Es verdad, la quiero como a una hermana y le ruego que se retire porque su presencia me hace mal.

—¿No lo decía yo? Se turba Ud. ante mí. Lo vengo observando desde hace tiempo, y lo peor es, me dijo, con los ojos brillantes como ascuas, que yo me turbo también ante la suya.

No sé cómo pude ponerme de pie, me sentía tal cual un borracho. Las cosas giraban a mi alrededor, las ideas huían de mí mente y sólo podía ver ante mí esos ojos suplicantes, eternamente suplicantes, malignamente suplicantes.

Intenté despedirme y marcharme. Ella



cambió instantáneamente. Se tornó superficial, alegre y vivaz.

—¡Qué trágico está Ud! Qué tontería. No le comprendo, no se marche Ud., acuérdesese que hoy tenemos, para comer, un pato a la bordalesa.

Francamente, las graves y profundas venerationes de los hombres no sirven de nada ante las evoluciones de una mujer. No supe qué decir, no supe qué contestar y concluí riéndome sin ganas como un bobo y diciendo:

—Bien, bien, gracias, me olvidaba. ¡Viva el pato a la bordalesa!

Y me quedé, y comí el pato, y me reí con del Villar y me marché a las doce de la noche sin saber qué había pasado ni qué habría de acaecer.

Después de tan curiosa escena, pasaron

los días y las semanas sin que yo volviera a aparecer en casa de mi amigo. Funcionaba el teléfono, los mensajeros se cruzaban y del Villar comenzaba a ensombrecer.

Yo, serio como San Simón Estilita, hacía oídos sordos al teléfono, a los mensajeros y a las continuas invitaciones de mi amigo.

Pero el día fatal debía ver la luz del sol. Del Villar me atrajo, grave y pensativo, a un salón del Club, y allí, con tono recio a veces, con lágrimas de resentimiento otras, me inculpó, me llamó ingrato, versátil y poco fiel.

Me defendí como pude. La energía acompañaba a los hombres hasta cierto punto. Era para mí demasiado duro resistirme a aquella petición que me atraía, que me empujaba hacia aquel rincón dulce y amoro-

so en que el padre sabía oprimir mi mano con el vigor de la amistad, la madre humedecer con su mirada la sequedad de mi vida y el hijo sonreírme con la inocencia que tanto amamos desde que en nosotros desaparece.

Para evitar el crimen era necesario dar un argumento definitivo, absoluto, de aquellos que impidieran para siempre que del Villar insistiera en su insensata empresa.

Guardé silencio algunos momentos y, por fin, me atreví a decirle:

—Hombre, perdóname, yo lo siento mucho, pero creo que no debo volver más a tu casa.

—¿Por qué? ¿Qué significa esto? ¿Se te ha ofendido en algo?

—No, muy por el contrario, y es precisamente el cariño que se me ha demostrado, y el que yo siento, lo que me impide aceptar tus invitaciones.

Del Villar clavó los ojos en la alfombra y permaneció mudo y rígido como víctima de un accidente.

Mi corazón saltaba dentro del pecho en la misma forma en que hubiera palpitado si yo hubiese cometido un crimen. Chupé el cigarrillo con ansias, una y otra vez hasta llegar a quemarme los dedos. Del Villar permanecía impasible. La situación no

podía sostenerse un instante más. Por fin me puse de pie y le dije:

—Adiós, tengo que hacer.

—Adiós, me respondió él con voz ronca y sin quitar la mirada del tapiz.

¿Después...? ¿después?, me preguntarás tú. Bien, después del Villar no volvió a saludarme y yo lo supe todo. Julia conoció mi entrevista con su marido y desde que fué sabedora de ella, nació en su espíritu un odio mortal contra mí. Va por ahí de casa en casa diciendo palabras que me hieren y que me desprestigian. Me calumnian, me supone cosas que nunca dije ni hice y emprende contra mí la más dura e injusta de las campañas. Del Villar y su familia están convencidos de que soy un monstruo, y la palabra canalla se une a mi nombre como dos gotas de agua.

—Qué extraño es esto, ¿te hace sufrir?

—Sufrir, no, propiamente dicho, pero me molesta que mi actitud caballerosa me valga tan duro calificativo.

—¿Y si hubieras aceptado las solicitudes de Julia?

—¡Ah! Entonces sería otra cosa. Me considerarían como un dechado de virtudes, como el más noble de los caballeros y continuaría siendo el amigo íntimo de la casa, el indispensable, el generoso, el bueno.





Srta. Marcelle Auclair, autora del libro "Transparence".

# TRANSPARENCE

A Madame Suzanne Desprez

Mon cœur tressaille dans ma voix;  
C'est navrant, car chacun écoute  
Mon cœur en écoutant ma voix.

Sur mon front luit mon âme toute;  
Et c'est fâcheux, car chacun voit  
Sur mon front clair, mon âme toute.

Mon cœur tremble au bout de mes doigts;  
Et c'est lassant, car chacun voit  
Tout mon cœur au bout de mes doigts.

Dans mes yeux, mon âme étincelle;  
Hélas! Hélas! Et chacun voit  
Mon cher secret dans mes prunelles...

# HUMILITÉ

Je me sens, ô Seigneur, si claire et si candide  
Dans le manteau tranquille et profond de tes nuits...  
Blanche, d'une blancheur liliale, et limpide  
Comme la goutte d'eau naïve qui reluit.

Je me sens, devant Toi, suave comme la mousse,  
L'humble mousse, petite joie des grands chemins;  
Et mon âme, Seigneur, fraîche, simplette et douce  
S'ouvre comme une fleur câline, dans ta main...

# A UNE BAVARDE

Madame... laissez-moi marcher seule, écoutant  
Chanter en moi le flot de ma mélancolie...  
Excusez... je ne suis peut-être pas polie,  
Mais que peut m'importer la pluie ou le beau temps,  
Les potins du pays, les mots de vos servantes,  
De vos relations la liste ahurissante?  
Pourquoi cette manie de jacasser? Pourquoi?  
Taisez-vous un moment, Madame... épargnez-moi  
Le cliquetis constant de vos vaines paroles...  
Laissez-moi en silence, avec mon âme folle...

## PRENDS LES, MES MAINS...

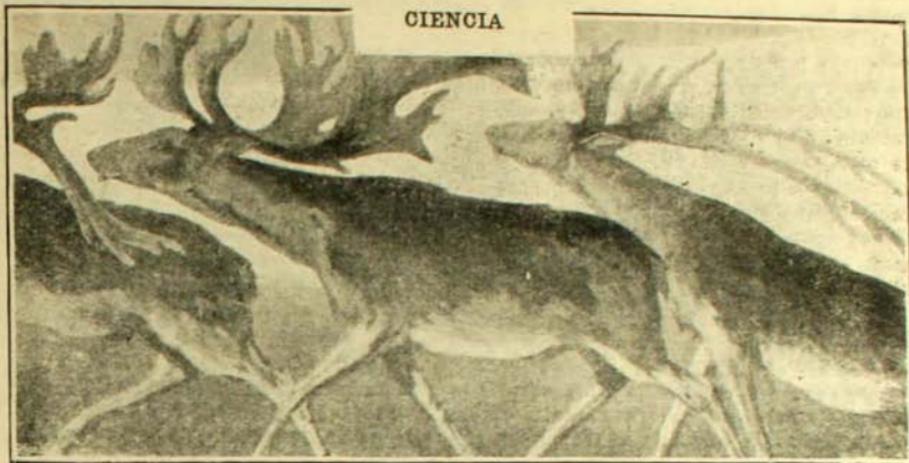
Prends les, mes mains, si tu les veux,  
Mes mains faibles et misérables...  
Elles seront plus secourables  
Parées de tout l'or de tes vœux...

Prends les, mes mains... je te les donne...  
J'ai si souvent posé mon front  
Lourd de mon beau rêve profond  
Sur leurs paumes tièdes et bonnes,  
J'ai si souvent croisé leurs doigts  
Sur mon cœur tout vibrant de toi,  
Je les ai si souvent tordues  
Dechirées, crispées et mordues,  
Aux heures folles, éperdues,  
Où je souffrais de trop t'aimer,  
Que muscles, chair, ongles et veines,  
Mes mains tremblantes t'appartiennent...

Si tu ne les veux pas, Aimé.  
Mes mains seront nues, à jamais...

MARCELLE AUCLAIR.





Animales de la época terciaria.

## El nacimiento del hombre

La ciencia sabe muchas cosas, pero hay muchas más todavía que la ciencia ignora. Así, hace años los sabios discuten sobre el punto de saber en qué época apareció el hombre sobre la tierra.

**C**ierta vez un negro nos contó que antes de la creación del hombre, los animales que existían en aquel tiempo sobre la tierra tenían la costumbre de reunirse para charlar, al terminarse el día. Una tarde, la asamblea vió acudir, falto de respiración, a un elefante.

—¿Saben la noticia?—exclamó.—... El hombre ha nacido!

—¡Lástima!, gruñó balanceándose un viejo oso de las cavernas, tan tranquilos como estábamos.

He ahí un oso que no carecía de criterio, según lo ha demostrado el porvenir. Pero ese día, en el cual las pobres bestias tuvieron tan pocos motivos para felicitarse, no se sabe todavía dónde situarlo en la noche de los tiempos. ¿No apareció el hombre sino en el comienzo del período cuaternario? ¿O bien perpetraba ya sus crímenes a fines del terciario? Tal es el problema cuya exposición demanda algunas palabras que lo expliquen.

Se sabe que la tierra, antes bolo de fuego, tea de vapores incandescentes, encogiéndose a través del espacio, se enfrió poco a poco. Entonces, una película se formó en la superficie de esta mezcla de metales, de minerales en fusión, como aparece la nata sobre la leche enfriada. Y a medida que la temperatura de esta superficie bajaba, la película aumentaba en espesor, se convertía en una verdadera corteza. Así fué como se estableció el fundamento del suelo terrestre, y esos primeros terrenos hechos de materias de fuego solidificadas son llamados terrenos primitivos, plutoniosos.

Después las aguas, hasta entonces flotando en la atmósfera en estado de vapor, pudieron condensarse. Cayeron en forma de lluvia sobre el suelo y, desembarazándose de las materias que tenían en suspensión, desagregando el suelo primitivo, depositaron encima del plutoniano, capas (en geología se dice estratos) de terrenos que se superpusieron en el curso de edades su-

cesivas, de manera que nuestro globo podría ser comparado a un confite con licor cuya corteza de azúcar estaría envuelta en chocolate, el cual habría sido envuelto en otra capa, si se quiere de caramelo, y así sucesivamente, de tal suerte que la envoltura del gigantesco bombón tendría alrededor de sesenta capas concéntricas superpuestas. Pero esta desgraciada corteza es bien delgada: 40 kilómetros de espesor para una bola que tiene 12.732 kilómetros de diámetro.

Sin embargo en realidad, a consecuencia de movimientos de la corteza terrestre, trastornos continuados que ella ha sufrido sin descanso por el hecho del aplanamiento de las tierras y del formidable trabajo de la caldera gigantesca que encierra entre sus débiles paredes, esos terrenos han penetrado los unos en los otros. Pero, de una manera general, se puede decir que el orden sucesivo de las capas se ha mantenido y para llegar a aquella sobre la cual nos paseamos tan fieramente, han sido necesarios cientos de miles de millones de años.

El conjunto de esos tiempos de evolución de nuestro globo ha sido dividido en cuatro grandes épocas: Primaria, Secundaria, Terciaria, Cuaternaria. Esta última es la que se persigue actualmente.

¿Desde cuándo existe el hombre?

La teoría casi generalmente adoptada hoy, del transformismo, nos enseña que las especies de animales más y más perfectas, nacieron las unas de las otras, perfeccionándose o adaptándose cada una a las condiciones generales de la región en que estaba llamada a vivir, no, sin duda, de una manera continuada, sino con retrocesos, bifurcaciones, desapariciones de anillos intermedios de esta complicada cadena.

Si esta teoría, aún contestada, es verdadera, el hombre descendería casi inmediatamente de animales que le preceden y se le parecen mucho, de los monos del Viejo Continente. Y, en efecto, las primeras osamentas humanas del período cuaternario, encontradas en 1856 en Neanderthal, en el valle de la Düssel, se aproximan a las de los grandes monos antropoideos. Pero,

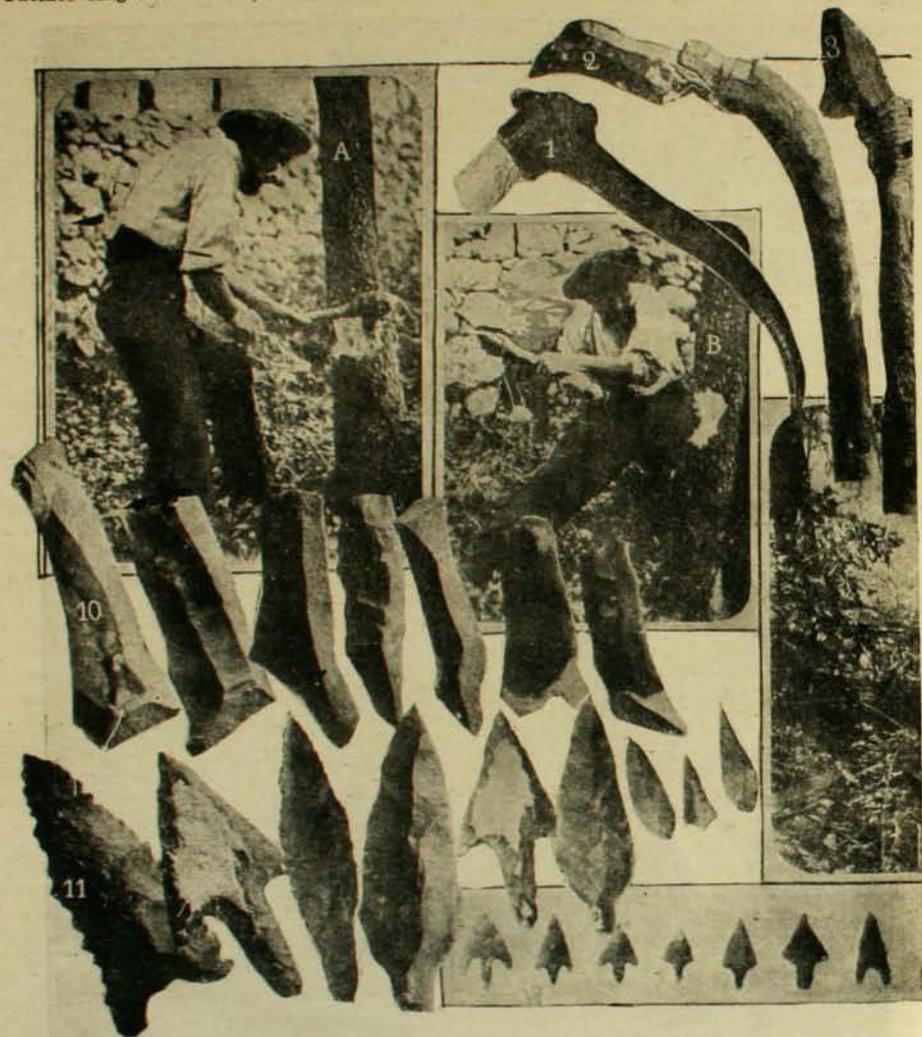
aunque esta afirmación se deduce lógicamente de todo lo que nos ha enseñado el estudio de otras especies de animales, ella no es sino una afirmación sin prueba rigurosa. No poseemos osamentas humanas que se remonten más allá de la época cuaternaria. Por el contrario, se encuentran monos fósiles en los terrenos de la más antigua época terciaria.

Había, pues, un relativo fundamento para afirmar que la tierra no viera hombres antes del comienzo del período cuaternario, cuando, en 1867, el abate Bourgeois, sabio de valor, habiendo estudiado algunos sílex encontrados en capas pertenecientes a la mitad de la época terciaria, declaró terminantemente que había comprobado retoques evidentemente hechos por la mano del hombre y destinados a darles filo, a transformarlos en armas, en utensilios. ¿Hubo, pues, un hombre terciario? Esa fué la señal de las más apasionadas discusiones, que duran todavía.

No seguiremos a esos sabios tan concienzudos y abnegados en el árido detalle de sus argumentaciones. Importa bien poco a nuestros lectores saber que G. de Mortillet, de Quatrefages, Zaborowsky, etc., se inclinan a la existencia, sino de un hombre terciario, al menos de un antepasado muy cercano del hombre y que ellos llaman *anthropopitheque* (hombre-mono) probablemente todavía privado de lenguaje, pero sosteniéndose ya sobre sus miembros inferiores y no sirviéndose de los superiores sino para la aprehensión en general y para el manejo de los útiles rudimentarios en piedra, que comenzaba a utilizar. Cartailhac, Marcellin Boule, Capitan, etc., les contestan. Estos hacen observar que en suma no se posee esqueleto humano de la época terciaria y que esos sílex, pretendidamente trabajados por mano de obrero, pueden muy bien haber sido tallados por el lento trabajo de las aguas de erosión, por ríos que desgastaron las capas de terreno en las cuales se hallaban esas piedras, por choques sucesivos que de ello resultaban, por la presión enorme de tierras y rocas. Y ellos prueban sus opiniones experimentalmente. De otra parte se habían lanzado argumentos perfectamente plausibles cuando un descubrimiento hecho en Java por un



EL HOMBRE PRIMITIVO.—Hecha según la descripción de Ernesto Haeckel, que acaba de morir, esta reconstitución no puede ser considerada sino como una hipótesis que se acerca tal vez a la realidad, pero que sería temerario garantizar.

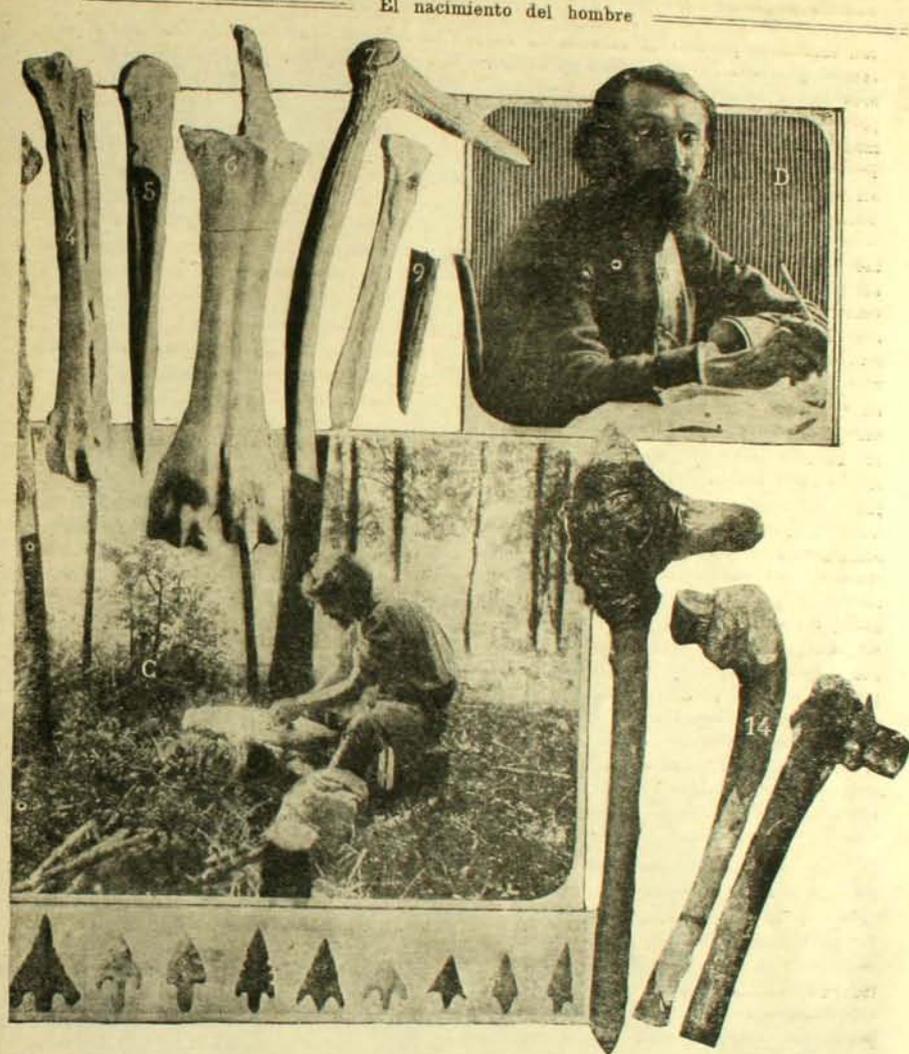


**UN PRIMITIVO EN EL SIGLO XX.**—Un sabio distinguido, M. H. Müller, bibliotecario de la Escuela de Medicina de Grenoble, no se ha contentado solamente con escribir una larga serie de trabajos muy apreciables sobre la prehistoria. Frente a frente de la naturaleza, en un valle de Vercors, sin ayuda de ningún instrumento moderno, con las solas materias primas que le proporcionaba la tierra, ha reconstituido los útiles de nuestros lejanos antepasados. Y llevando hasta el fin estas rebuscas experimentales de técnica prehistórica,

sabio holandés, Eugenio Dubois, pareció dar la razón a los partidarios del hombre terciario. Pero, antes de hablar de él, quiero recordar a los lectores una pequeña historia que les ponga en guardia contra los

descubrimientos de los sabios y sobre todo, contra las interpretaciones que dan.

En 1713, un tal Dr. Mazurier encontró en el Delfinado una serie de osamentas de talla inusitada. Después de reflexionar lar-



ha utilizado prácticamente los útiles que había fabricado. 1. 2. 3. Hachas.—4. Fragmento de metacarpo de buey.—5. Puñal de metacarpo de buey.—6. Metacarpo de buey armado de un sillex.—7. Azuela en madera de ciervo.—8. Tijeras hechas de metacarpo.—9. Punzón en madera de ciervo.—10. Trinchetas en sillex.—11. Puntas de lanzas.—12. Puntas de flechas modernas.—13. Puntas de flechas prehistóricas por comparación.—14. Hachas. A y B cortan un árbol, por M. H. Müller.—C. Limpieza de una hacha.—D. M. H. Müller.

gamente sobre ellas, llegó a la conclusión de que esos restos no eran otros que los de un cierto Teutoboechus, rey de los Cimbras, que había guerreado contra los Romanos. Esto decidido, empaquetó esos huesos au-

gustos y se puso a pasearlos a través de los campos de feria de Francia.

Durante algún tiempo, hizo mucho dinero con los huesos del gran Teutoboechus. Los pueblos se peleaban por contemplar,

con semblante piadoso la carroña de ese famoso guerrero de quien ellos no habían oído nunca hablar. Y después, Teutoboechus conoció una segunda vez y, como el pobre cantor Paulus, la ingratitud de las muchedumbres. Pronto no hizo un centavo. Un día en que el paso de la compañía de Moiere había hecho el vacío completo en la barraca en la cual el ingenioso Mazurier exhibía, éste renunció a prolongar relaciones que, a la larga, habían perdido todo su encanto. Relegó al granero las osamentas venerables del ilustre Teutoboechus. Y fué así donde cien años más tarde, otros sabios las encontraron y las reconocieron como el esqueleto de un mamouth, especie de elefante gigante y peludo que vivía a fines del período terciario. Me dirán que esto pasaba hace mucho tiempo, y que los métodos científicos actuales son mucho más precisos y escrupulosos. Pero, ¿acaso los argumentos aducidos por el fantástico Mazurier no parecieran extremadamente sólidos y perentorios en su época? ¿Y quién me dice que las consideraciones y las interpretaciones de nuestros modernos sabios, por fundadas y lógicas que parezcan hoy día, no parecerán más tarde tan ridículamente caducas como las del médico delfínés? Seamos, pues, prudentes y no nos embarquemos sobre el pithecanthropus erectus que el señor Dubois ha extraído, en Trinil, de los aluviones terciarios del río Bengawan.

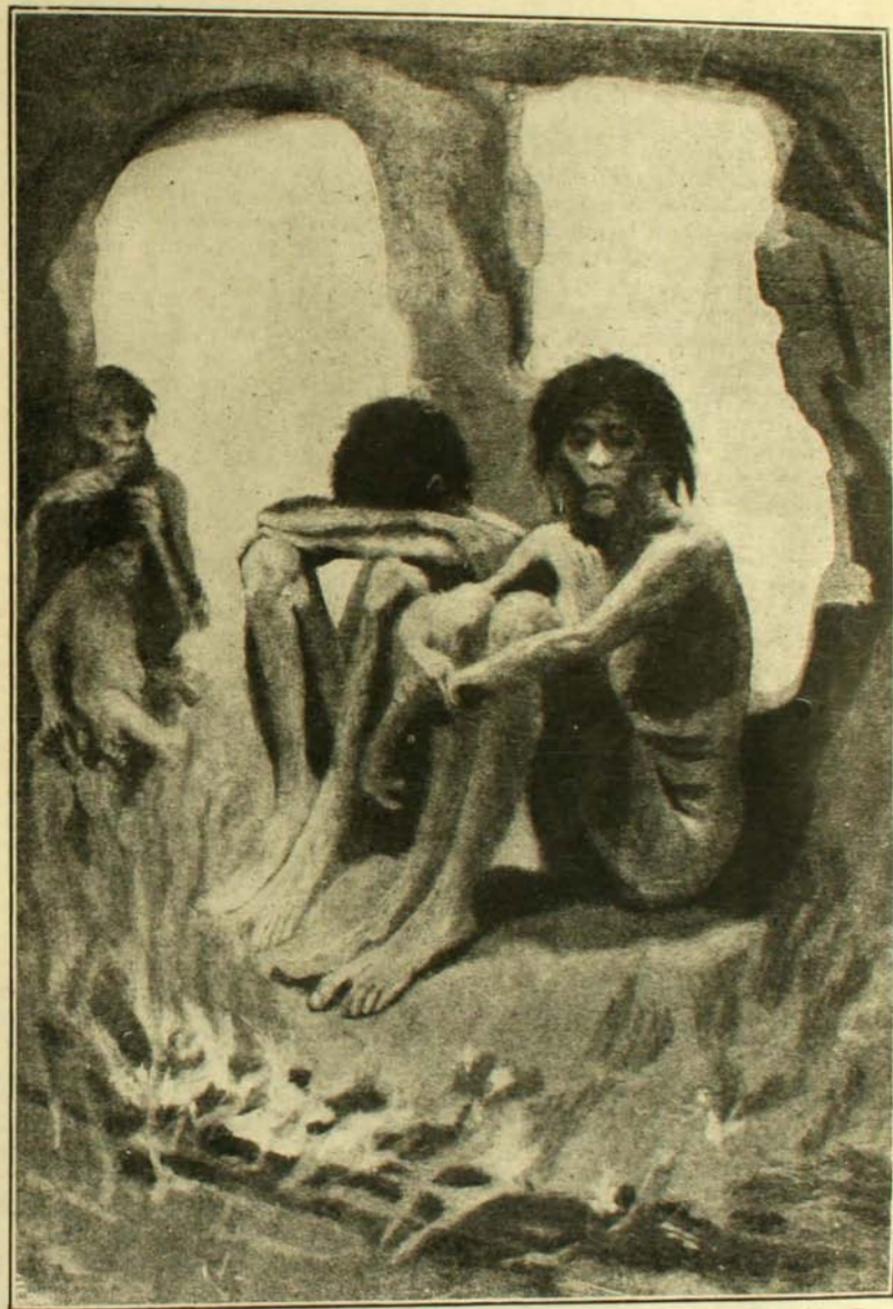
Desde luego, el pithecanthropus se compone en total de un casco craneano, de dos dientes y de un fémur, que están expuestos en el museo de Haarlem, en Holanda. M. Dubois ve en él el anillo que falta hasta aquí en la cadena interrumpida del transformismo. En tanto la capacidad craneana del hombre actual (*homo sapiens*, hombre inteligente!) es de 1.000 a 1.500 centímetros cúbicos y que la de los monos antropoides más cercanos del hombre es de 500 a 600 centímetros cúbicos, la del pithecanthropo está avaluada de 900 a 1.000. Tendría, pues, el rango intermediario y la cadena sería continua.

También M. Dubois hizo establecer un estatus en la cual reconstituye por deduc-

ción a nuestro abuelo, tal cual debía ser. Esa estatua, que se pudo ver en la Exposición francesa de 1900, en la sección de las Indias Neerriandesas, no hace de nuestro antepasado un retrato muy halagador para nosotros. (Pero, después de todo, ¿somos hasta ahora muy hermosos?) Tiene la nariz aplastada y las ventanillas enormemente abiertas, la frente deprimida, las orejas puntiagudas, la boca de labios gruesos, las mandíbulas prominentes, el pecho velludo.

Este concordaría bastante con el retrato que Darwin nos había hecho "de chic" como dicen los pintores, salvo que el autor de "La Descendencia del Hombre" le concedía además la movilidad de las orejas, vello en todas partes, una cola movida por músculos especiales y agraciaba a los dos sexos indistintamente de una barba abundante.

Aunque las conjeturas de M. Dubois son respetables, bueno es advertir que las cuatro osamentas que nos ofrece como los únicos restos del *pithecanthropus*, fueron encontradas en diversas ocasiones, el fémur a un metro de la carroña craneana, y los dientes, a quince metros de ésta. ¿Todo aquello pertenecía realmente a un solo individuo? Nada menos seguro. Sobre veintinueve sabios consultados, hubo cuatro que atribuyeron los dientes a un hombre corriente, seis a un mono antropoide, ocho al intermediario buscado, tres que rehusaron toda afirmación. Lo mismo con respecto al cráneo: seis vieron el cráneo de un mono actual, seis un cráneo humano, ocho el de un antropopiteco; uno dudó. El fémur, muy análogo al de un hombre de un metro setenta, pertenecía ciertamente a un ser que andaba en dos pies y que marchaba sobre sus miembros posteriores, quizás un hombre simplemente. En suma, hasta estos últimos tiempos, la existencia del hombre terciario no era más segura que hace treinta años. Los descubrimientos hechos constantemente, en terrenos terciarios, de piedras talladas intencionalmente y, a veces, de osamentas, no probaban absolutamente nada, puesto que, como lo hemos visto, fragmentos de una capa pueden hallarse en otra más antigua por el natural juego de la corteza terrestre. No hace mucho tiempo



LA MUJER PRIMITIVA.—Este dibujo nos muestra las mujeres de fines de la época terciaria, compuesto según las teorías del profesor Haeckel.

que en América se tomó seriamente por una sepultura terciaria, una tumba de nuestra época que se encontró en ese terreno. **Errare scientificum est.**

Con todo, la mayoría de los sabios eran de opinión que el hombre o un antepasado muy próximo del hombre, el antropopiteco, debe haber existido a lo ménos en el término de la época terciaria. Algunos no querían admitir nada antes de la cuaternaria. Pero M. Quinton, el ilustre fisiólogo a quien se debe el descubrimiento tan importante de la **Ley de constancia del medio marino original**, vino a enredarlo todo afirmando que el hombre existía muy probablemente desde el comienzo de la época terciaria y que el hecho de no encontrarse esqueletos humanos en el terreno terciario no significaba nada, sino que sólo demostraba que no se habían buscado donde los había. Hé aquí un sabio que, poco tímido, nos envejecía de un solo golpe algunos cientos de miles de años!

**¿Ha existido el hombre-mono terciario?** Un descubrimien-

to hecho hace diez años en la Chapelle-aux Saints, en la Corrize vino a dar la razón en parte a los partidarios del antropopiteco y a mostrar que M. Quinton no andaba muy lejos de la verdad. En el piso superior del terreno terciario, los abates Bouyssonie y Bardou encontraron las osamentas fósiles de un sér semihumano, semimimiesco, muy análogo al de Neanderthal. Era mono por su bóveda craneana de gorila, su cara de chimpancé, sus órbitas acentuadas, su mandíbula de hocico y el trabajo que debía costarle mantenerse en pie, pero hombre por el desarrollo de su cerebro.

La existencia del hombre-mono terciario está, pues, casi probada.

Al decir de los sabios que han comentado los perfiles de su cráneo, parece que no era alegre y que la disposición de los huesos de su cara demuestra que no sabía reír. Digamos que rodeado de mamouths, de osos gigantes y de una fauna en general bastante inquietante, no debía tener ganas de reír el hombre prehistórico!

Esto por lo que hace a la prehistoria; cuanto a la historia propiamente dicha, no comienza sino muy cerca de nosotros.

Tenemos documentos griegos que se remontan a 776 antes de J. C.; los documentos hebreos llegan hasta 4.000 años antes de nuestra era, los documentos chinos a 4.500, los documentos egipcios a 5.000. Los monumentos son anteriores lo menos 2.000 años a esta última época. Las tradiciones hindúes remontan a 12.000 años, las egipcias a 30.000, las chinas a 130.000 y dicen que entónces los hombres vivían desnudos como bestias y cazaban por medio de piedras. Ciento treinta mil años, después de todo, no hacen sino 4.333 generaciones para llegar hasta nosotros...

Sea lo que fuere, se puede considerar como seguro que el hombre existe por lo menos, desde hace cien mil años. La población total de la tierra se eleva aproximadamente a un millar y medio de habitantes. Admitamos para ser amplios que en el curso de estos cien mil años hubiera siempre un millar y medio (mil quinientos millones) de hombres sobre el globo, y la estadística nos dice que la humanidad se renueva cada treinta años. En este caso, un cálculo bien simple nos muestra que desde el nacimiento de nuestra especie, han pasado 4.500 miles de millones de hombres por la tierra.

Y bien, si se tomaran todos los cráneos de todos los hombres que han vivido y se les pusiera en fila sobre el suelo, serían necesarios 33.951.613 para cubrir un kilómetro cuadrado y todos los cráneos de todos los hombres no cubrirían sino un espacio de 147.268 kilómetros cuadrados, o sea una extensión ménos grande que Inglaterra sin Escocia (151.799 kilómetros cuadrados), sobrepasando un poco la de la Rumanía (131.357 kilómetros), menos de un tercio de Francia (536.464 kilómetros).

Así, puesto que la superficie total de la tierra es igual a 500 millones de kilómetros cuadrados, tendríamos justamente 1.000 cráneos para un kilómetro, o sea un cráneo por área. ¡Pobre decoración! Si se quisiera cubrir toda la superficie de nuestro globo con cráneos yuxtapuestos, habría necesidad

de 3.395 veces más de los que ha habido y que la tierra viviera aún trescientos treinta y nueve millones quinientos mil años. ¿Será posible? No sé absolutamente nada. Es cosa que lo deseo siempre que no se me obligue a hacerle compañía.

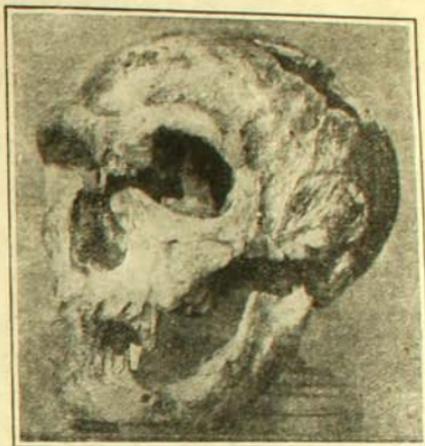
Si el hombre existía, como se puede creer, hacia fines de la época terciaria, ¿cuál podía ser su vida? Entonces el clima era muy dulce, y sin duda se contentaba, para errar bajo las palmeras, los laureles, las magnolias, los olivos y las viñas salvajes, con vello ya rarificado que debía a la naturaleza. Si ya era capaz de servirse de piedras aún brutas, como armas y como útiles, es bastante posible que lo fuera también de construirse a lo menos abrigos de ramas, a la manera de los gorilas y orangutanes.

¿Dónde se encontraba la patria del primer hombre?

¿Se alimentaba de plantas, de raíces, o se incorporaba

ya la carne de las pobres bestias muertas? ¿Las bestias le huían ya o huía él de las fieras? Quizás en esos tiempos lejanos y benditos, hacía buena amistad en la selva con el caballo, el perro, el elefante, el camello, la llama, el hipopótamo y los puereos. Quizás aún, al borde del agua, mirando las ballenas y los ballenópteros, se preparara ya a ahuecar el primer tronco de árbol que sería también la primera ballenera. ¿Disputaba la posesión de los abrigos naturales a los mamouths y a los rinocerontes, al ciervo gigante, al oso, a la hiena, al tigre de las cavernas, o los participaba benévolamente con ellos?

¿Y dónde se encontraba la patria del primer hombre, el paraíso terrestre? Haeckel lo sitúa en Lemurior, un continente colocado en medio del Océano Indico, entre la India y el África,—y que después se ha hundido en las aguas. Desde allí se puso en marcha el hombre primitivo para crear y esparcer sobre la tierra las 12 es-



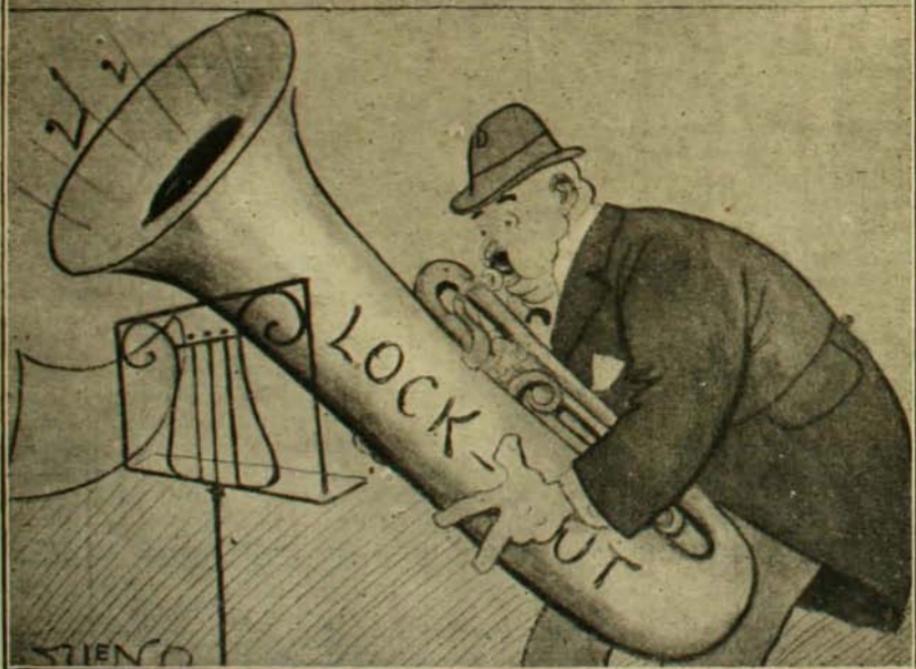
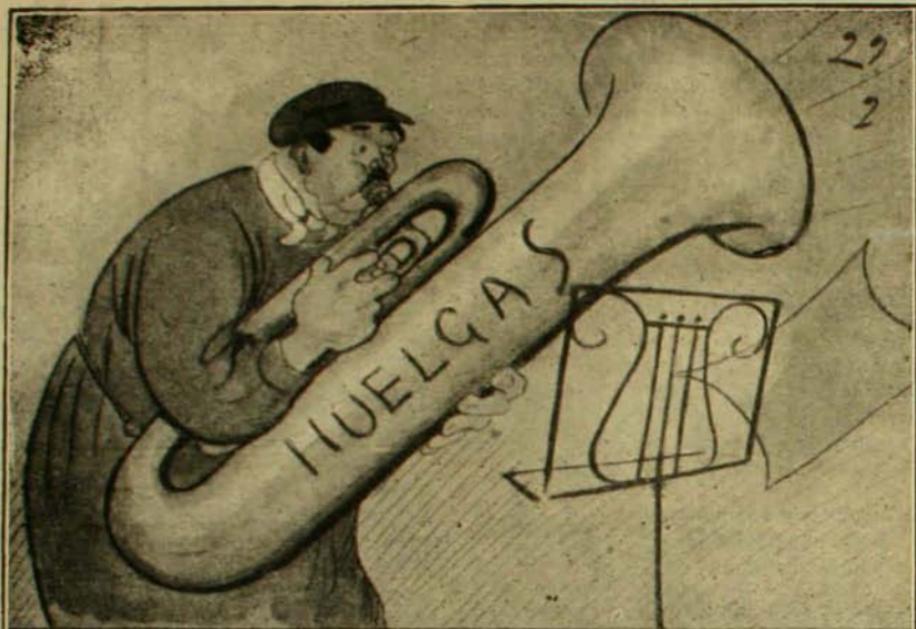
CRANEO DEL MAS VIEJO ANTEPASADO CONOCIDO DE LA HUMANIDAD.—Este cráneo, hallado en Francia, es el de un hombre que vivía hace a lo menos veinte mil años, al decir de los sabios más reservados; de hace trescientos mil o cuatrocientos mil años, según opinión de ciertos sabios alemanes.

pecies y las 36 razas de hombres que la pueblan. Alberto Gaudry lo sitúa en Siberia... ¿Vendrá algún día un descubrimiento que nos permita hacer luz completa sobre todo ese lejano y tenebroso pasado?

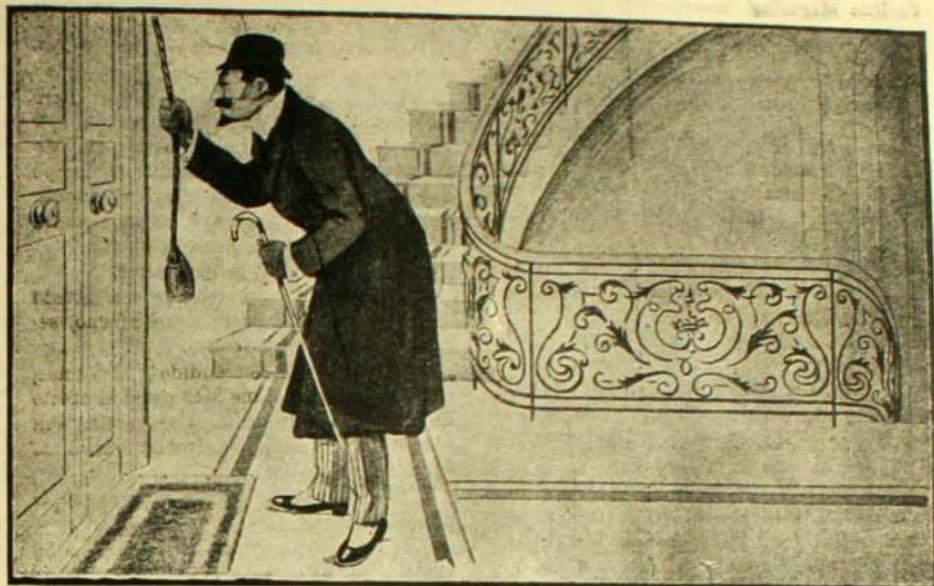
Más bien creo que continuaremos en un mar de conjeturas, discutiendo ardentemente hasta la injuria a propósito de la mayor o menor realidad de nuestro parentesco simiesco. Así fué como un hombre, que quiso sin embargo pasar por bien educado, se olvidó un día de ello, hasta insultar a Littré, ese glorioso sabio partidario resuelto del transformismo.

Se sabe que Littré era muy feo y que un caricaturista lo había representado con el aspecto de un mono. Como él afirmaba: "En el hecho no somos sino monos perfeccionados", su adversario le respondió: "Hable por Ud., señor!" A lo cual replicó Littré: "En efecto, señor, nada puede haber de común entre nosotros dos..."





La murga obrero-patronal  
¡Tocando esos instrumentos no se puede con seguir la armonía!



#### LA INSISTENCIA DEL CLIENTE DE PROVINCIA

Apenas el doctor Planturel sale, se oye la campanilla. Como nadie se mueve en el departamento, el cliente toca otra vez con insistencia.

# EL CLIENTE DE PROVINCIA

PIEZA EN UN ACTO DE GABRIEL TIMMORY

Traducida para "Pacífico Magazine"

Ilustrada por Emmanuel Barcet.

#### DISTRIBUCION:

EL DOCTOR PLANTUREL, caballero de la Legión de Honor.  
 PATOUILLE, el cliente de provincia.  
 VICTOR, criado.  
 FANCHONNET, amigo de Víctor.

La escena representa el gabinete del doctor Planturel. Amoblado a la vez confortable y antiséptico: dos sillones de cuero y nada de colgaduras. A la izquierda, perpendicularmente a la escalera, el escritorio del doctor; sobre el escritorio el teléfono. Delante del escritorio un sillón.

Puerta al fondo, que da sobre la galería. Puerta a la derecha, que da al salón. Puerta a la izquierda, que da al dormitorio. Una ventana.

#### ESCENA I

*Planturel, después Víctor*

PLANTUREL en la puerta de su gabinete, despidiendo a un cliente.—¿De modo, señora mía, que ha comprendido el tratamiento? No deje de seguirle con toda exac-

itud: esa feliz combinación de ejercicio e inmovilidad le dará los mejores resultados... ¿Dice usted?... No, no veo otra cosa que prescribirle por el momento... Hasta la vista, señora... *Cierra la puerta y vuelve a la escena.* Pensé que no me libraría jamás. ¡Ah, los clientes! Nunca tienen bastante por el dinero que pagan...

cuando pagan! *Sacando su reloj.* ¿Qué hora es? Las dos cuarenta. Para alcanzar el tren de las tres quince, tengo el tiempo justo.

VICTOR (*criado*) *apareciendo.*—El señor doctor ha llamado?

PLANTUREL.—Díme Víctor: ¿Hay gente todavía en el salón?

VICTOR.—No, doctor.

PLANTUREL.—Tanto mejor... ¿Está lista mi maleta?

VICTOR.—Acabo de dejarla en la galería.

PLANTUREL.—¿No falta nada en ella?

VICTOR.—El señor doctor puede estar tranquilo: he puesto de todo. He puesto aún un par de calcetines de lana, por si el señor doctor tuviese frío.

PLANTUREL *sonriendo.*—Esa precaución era quizás inútil en esta estación. Pero no por eso le agradezco menos el que la haya tomado.

VICTOR.—El señor doctor es soltero. Preciso es que su criado le cuide.

PLANTUREL *arreglando unos papeles.*—Gracias, Víctor.

VICTOR.—¿El señor doctor piensa salir por mucho tiempo?

PLANTUREL.—No. Se trata de una simple consulta que dar en los alrededores de Mezières. Estaré de vuelta mañana en la tarde.

VICTOR.—Muy bien, señor doctor.

PLANTUREL.—Ahora, Víctor, escúcheme usted.

VICTOR.—Esecho, señor doctor.

PLANTUREL.—Usted no está a mi servicio sino desde hace quince días. Usted me ha traído las mejores referencias y hasta el presente estoy muy satisfecho de usted.

VICTOR.—El señor doctor es demasiado bueno.

PLANTUREL.—No. Soy justo. Pues bien, es preciso que me confirme hoy la buena opinión que tengo de usted.

VICTOR.—¿Cómo así, señor doctor?

PLANTUREL.—Probándome que aun cuando estoy ausente, dejo en mi casa a un criado serio.

VICTOR.—¡Oh!, por lo que hace al menaje... El señor doctor puede estar tranquilo.

PLANTUREL.—No se trata solamente del menaje. Tengo aquí bibelots y objetos de valor... No sé si usted lo ha notado...

VICTOR *muy ingenuamente.*—¡Oh!, yo, señor doctor, eso no me tienta!

PLANTUREL *riendo.*—Tanto mejor. Pero como no todo el mundo pudiera tener a este respecto los mismos sentimientos que usted, le ruego que ejerza durante el tiempo que no esté aquí, la más atenta vigilancia. Salga lo menos posible y tenga siempre cuidado de cerrar las puertas.

VICTOR.—Muy bien, señor doctor.

PLANTUREL.—¿Puedo contar con usted?

VICTOR.—Como si fuera usted mismo, señor doctor.

PLANTUREL.—¡Espléndido!... Vamos, cuando le contraté, me hizo usted el efecto de un buen muchacho. Compruebo con placer que no me he equivocado. *Mirando su reloj.* Ya es hora.

VICTOR.—¿El señor doctor quiere que le baje la maleta?

PLANTUREL.—No, gracias, Víctor. Es muy liviana. No se moleste.

VICTOR.—Hasta la vista, señor doctor.

PLANTUREL *saliedo.*—Hasta la vista, amigo mío. *Aparte, contemplando a Víctor antes de salir.* Sí, es un buen muchacho. Decididamente, yo soy fisonomista. Sale.

## ESCENA II

*Victor, después Fanchonnet*

VICTOR *solo, pone el oído atento para asegurarse de que el doctor descende la escalera. En seguida va a observar por la ventana, sin levantar la cortina.*—¡Ah! ahí va! Toma un taxi-auto. Parte. Esto va bien. *Se acerca a la antesala y llama sin elevar mucho la voz.* ¡Fanchonnet!

FANCHONNET *entra con precaución, tiene un patalón deshilachado, un vestón raído y un sombrero hongo hundido.* ¿Se fué?

VICTOR.—En este instante...

FANCHONNET.—¿Podemos trabajar?

VICTOR.—Cuando quieras.

FANCHONNET.—¿Qué idea más genial la tuya de fabricar certificados falsos y presentarte como criado!

VICTOR.—¿Crees tú? De este modo se está en el sitio, y sólo hay que esperar el buen momento, y se opera con toda seguridad,

con dulzura. Esto es mejor que lo de lanzarse en casa de gentes que uno no conoce.

FANCHONNET.—Sin duda: nunca se sabe cómo será uno recibido.

VICTOR.—En tanto que aquí...

FANCHONNET.—Es un camarada el que le recibe. ¡Encantador! Así comprendo yo el oficio... ¿Tienes un cigarrillo?

VICTOR.—Busca ahí en el escritorio.

FANCHONNET *después de buscar en la mesa*. ¡Ah! aquí hay... *Abre la caja*. ¡Bravo! tabaco rubio con boquilla dorada!... Se regalona a los invitados en esta casa. Y es una casa confortable! Cuando te estaba esperando, pude echarle una mirada...

VICTOR.—¿Verdad que está bien instalado el doctor?

FANCHONNET.—¡Ya lo creo! Vi su retrato en la galería. Comprendo que haya salido sonriendo...

VICTOR.—Quizás mañana no sonreirá...

FANCHONNET.—Se pondrá amarillo como su tabaco.

VICTOR.—¿No te parece que ya es hora de que trabajemos?

FANCHONNET.—¡Como quieras!

VICTOR.—¿Entendido? Ningún objeto incómodo. Solamente la platería y las cosas fáciles de llevar.

FANCHONNET.—Sí. Pero, dime, antes de que nos ocupemos de cosas más serias, ¿no tendrá tu patrón un trajequito que prestarme para reemplazar el mío que ya comienza a ponerse un poco viejo?

VICTOR.—Anda a echar una ojeada en su ropero: está en el cuartito vecino del dormitorio...

FANCHONNET.—Allá voy.

*Sale.*

VICTOR *solo*.—Entre tanto yo voy a visitar estos cajones! Nada de interesante deben contener, por otra parte. Lo hago sólo por escrúpulo de conciencia... *Rompe un cajón*. Papeles... *Cierra el cajón y rompe otro*. Todavía más papeles...

FANCHONNET *vuelve, revestido de una levita en cuyo ojal se ostenta la cinta de la Legión de Honor*.—Esto es lo que he hallado, viejo. No me queda mal. *Se pavonea*. Pero es un poco ceremonioso: hubiera preferido un vestón...

VICTOR.—Creo que el doctor no usa vestones... En todo caso, no nos conviene perder el tiempo...

FANCHONNET.—¡Bah! tenemos el suficiente... ¿Nadie vendrá a incomodarnos, verdad?

*Se oye sonar la campanilla de la puerta de entrada.*

VICTOR.—Han tocado.

FANCHONNET.—Yo también he oído. Debe de ser alguien que se ha equivocado de piso. Lo mejor es quedarnos callados...

*Nuevo toque.*

VICTOR.—¡Otra vez!

FANCHONNET.—No te preocupes de eso. *Nuevo toque, prolongado*. Deja que toquen!

VICTOR.—¡Eres bien inocente tú! Si baja donde el portero, el portero subirá a saber por qué el criado no abre!

FANCHONNET.—¡Tienes razón!

VICTOR.—Voy a despachar a ese latero. *Sale, y vuelve al cabo de un instante. A media voz*. ¡Está gracioso!

FANCHONNET.—¿Qué pasa?

VICTOR.—Es un cliente de provincia. Le dije que el doctor estaba ausente...

FANCHONNET.—¿Y...?

VICTOR.—Me respondió que él sabía bien que el doctor estaba siempre aquí los martes; y me declaró que no se iría mientras el doctor no le recibiera, y se ha instalado en la antesala.

FANCHONNET.—¡Está divertido!

VICTOR.—Pensar que un porfiado semejante se nos **viendá a meter** precisamente hoy día!

FANCHONNET.—Y no podemos dejarle ahí!

VICTOR.—Hay que echarle a toda costa.

FANCHONNET.—Sí... ¿pero cómo?

VICTOR *de pronto*.—Sí... es eso... No hay otro medio...

FANCHONNET.—¿Cuál?

VICTOR.—Tú estás precisamente de levita! Tú haras de doctor...!

FANCHONNET.—¿Yo? ¡Ah! no!

VICTOR.—¿Por qué no? Hace quince días que yo hago de criado....

FANCHONNET.—No es lo mismo... ¿Cómo quieres que yo dé una consulta?

VICTOR.—Le dices lo que te pase por la cabeza... ¿Tú crees que el doctor se enreda en tan poca cosa? Y tú no eres tímido.

FANCHONNET.—¡Eso no!

VICTOR.—Anda y despáchalo. Es preciso salvar la situación. ¿Estamos?

FANCHONNET.—¡Sea todo por Dios!  
 VICTOR *con satisfacción*.—¡Por fin... Y mientras te ocupes tú del señor, yo comienzo a hacer los paquetes.  
 FANCHONNET.—Bien.  
 VICTOR.—¡Y no te olvides de cobrarle!  
 FANCHONNET.—Anda tranquilo. Traémelo...  
 VICTOR a Patouille.—Si el señor desea pasar...  
 Sale.

ESCENA III

*Fanchonnet, Patouille provinciano de cuarenta años.*

FANCHONNET *saludando, muy digno*.— Señor...

PATOUILLE.—Excúseme, doctor, que haya forzado vuestra puerta, y permitid que me presente. Soy M. Patouille, de Chateauroux.

FANCHONNET.—A vuestro servicio, señor.

PATOUILLE.—He sido recomendado a usted por una de vuestras clientes que es una de mis amigas, la señora Tremblin.

FANCHONNET *vivamente*.—¿La señora Tremblin? ¡En efecto! Mujer encantadora! Por otra parte, su marido también es encantador.

PATOUILLE.—¿Su marido?

FANCHONNET.—Sí. El es también un buen cliente mío.

PATOUILLE.—¡Ah! doctor, usted debe confundir: la señora Tremblin es viuda desde hace diez años.

FANCHONNET.—¡Demonio! *Alto*. Excusadme. Vemos a tanta gente, nosotros los grandes médicos...

PATOUILLE.—Sin duda.

FANCHONNET.—Por otra parte, todo esto... ¿verdad?... es por decir algo, cualquier cosa... ¿Usted vendrá supongo para consultarme?

PATOUILLE.—Precisamente, doctor.

FANCHONNET.—¡Vea usted qué ojo tengo yo! *De pronto*. Son dos luises, nada más.

PATOUILLE *un tanto admirado*.—¿Dos luises?

FANCHONNET.—Sí... Y eso que yo le

hago una concesión porque se trata de usted. Generalmente son cien francos y (*con intención*) se paga adelantado.

PATOUILLE *que ha comprendido*.—¡Ah! Poniendo en la mesa dos luises. Tenga, doctor.

FANCHONNET *embolsicando*.—Gracias. Es un negocio hecho... No hablemos más de él. Usted sabe, yo, yo no soy un hombre rico... *Pausa*. ¿Y?... ¿La salud no está bien?

PATOUILLE.—No, doctor.

FANCHONNET *después de un instante*.—¿Está usted enfermo?

PATOUILLE.—Sí, doctor.

FANCHONNET.—En una palabra, ¿no se siente usted bien?

PATOUILLE.—No, doctor.

FANCHONNET.—¿Qué es lo que tiene usted?

PATOUILLE.—No sé, doctor.

FANCHONNET.—¿Cómo? ¿No sabe usted? ¿No hay acaso doctores en Chateauroux?

PATOUILLE.—He visto a todos los de la ciudad. Pero, me parece que no me entienden mucho.

FANCHONNET *con desprecio*.—¿Que quiere usted? Ellos hacen lo que pueden. Son médicos de provincia... ¿Y qué es lo que dicen?

PATOUILLE.—No están de acuerdo: vacilan entre la neurastenia y la arterioesclerosis.

FANCHONNET.—¿Cómo?

PATOUILLE.—Vacilan entre la neurastenia y la arterio-esclerosis.

FANCHONNET *tratando de comprender*.—Sí... sí... evidentemente. *Después, deliberadamente*. Pues vea usted lo que son ustedes los clientes! Dice usted que no le comprenden: nada tiene de extraño si emplea semejantes palabras!

PATOUILLE.—Pero, doctor, esas palabras son términos técnicos!

FANCHONNET.—Técnicos, técnicos! no, son más técnicos que usted y yo. Pero hacen bien: asombran a los imbéciles...

PATOUILLE *protestando*.—¡Oh! doctor, ¿cree usted eso?

FANCHONNET *condescendiente*.—Está bien... Yo sé que usted no los ha dicho con malicia... Pero, vea usted, nosotros, los grandes médicos, tenemos horror a las



UNA FRASE DE DOBLE SENTIDO

FANCHONNET (quítandole, al auscultarle, la cadena y el reloj).—;Oh! no me será difícil aliviarlos.

- frases. La sencillez. ¡No hay sino eso! Hablemos francés como todo el mundo, ¿quiere?
- PATOUILLE.—Sí, doctor. *Aparte.* Es de una bonhomía encantadora.
- FANCHONNET.—Bueno, explíquese usted... ¿Qué siente?
- PATOUILLE.—Una especie de malestar general. Dolores de cabeza. Puntadas al costado. Debilidad en las piernas.
- FANCHONNET *después de reflexionar.* ¿Será tal vez un resfrío?
- PATOUILLE.—¿Usted cree, doctor?
- FANCHONNET.—¡Son tan traidores! Hace algún tiempo, pesqué una maldita corriente de aire trabajando en un cuarto de criada...
- PATOUILLE *extrañado.*—¿Trabaja usted en los cuartos de las criadas?
- FANCHONNET *aparte.*—¡Demonio! ¿Qué he dicho? *Alto.* Sí, sí señor, cuando se trata de cuidar a una criatura, yo no vacilo, yo subo al sexto piso!
- PATOUILLE.—Doctor, es usted admirable!
- FANCHONNET.—Hago simplemente mi deber.
- PATOUILLE.—Con todo, en lo que a mí concierne, yo no creo que se trate de un resfrío.
- FANCHONNET.—Es posible. Usted comprende, le he dicho eso, como pude decirle otra cosa...
- PATOUILLE.—Por otra parte, doctor, usted no me ha examinado todavía.
- FANCHONNET.—En efecto. Voy a hacerlo.
- PATOUILLE.—¿Me quito el sobretodo?
- FANCHONNET.—Por supuesto. *Palpando la tela del vestón y del pantalón de Patouille.* ¡Oh! muy bien!
- PATOUILLE.—¿Qué, doctor?
- FANCHONNET.—Su vestón. Buena tela, buena hechura, es muy elegante. Le felicito.
- PATOUILLE.—¡Doctor, usted se burla de mí!
- FANCHONNET.—De ninguna manera. Digo lo que pienso. Me gusta mucho su vestón, mucho, mucho.
- PATOUILLE.—Lo que me gusta en usted, doctor, es que siempre hace reír.
- FANCHONNET.—Sí... es mi sistema. La alegría. Veamos el pulso.
- PATOUILLE.—Aquí, doctor.
- FANCHONNET *tomándole el pulso y fingiendo contar las pulsaciones.*—Está bien.
- PATOUILLE.—¿No le encuentra muy precipitado?
- FANCHONNET.—Eso es cuestión de apreciación. ¿Su lengua?
- PATOUILLE.—Véala.
- FANCHONNET.—Me basta.
- PATOUILLE.—¿Y bien, doctor?
- FANCHONNET.—Un poco cargada. Pero quién no tiene sus cargas hoy día. Acérquese ahora, para auscultarle.
- Apoya la cabeza contra el pecho de Patouille.*
- PATOUILLE.—No sé si puede darse cuenta, doctor: pero, algunas veces, tengo algo así como un peso en el pecho.
- FANCHONNET *sacándole, al auscultarle, su cadena y su reloj.*—¡Oh!, no será muy difícil aliviarle.
- PATOUILLE.—¿Me va a dar una receta, doctor?
- FANCHONNET.—¿Para qué?
- PATOUILLE.—Es que... me parece que, generalmente...
- FANCHONNET.—Sí... En efecto... *De pronto.* ¿De modo que usted cree todavía en esas drogas que los médicos les hacen tragar con el único fin de mejorar el comercio de los señores farmacéuticos? ¡Ah! ¿Cómo se conoce que es usted de provincias!
- PATOUILLE.—¿Cómo!, doctor, ¿en París no prescriben ustedes nada?
- FANCHONNET.—En el menor número de casos posible. Dejamos obrar a la naturaleza.
- PATOUILLE.—Pero, doctor, si no duermo en la noche...
- FANCHONNET.—Se levanta, pues.
- PATOUILLE.—Y si en el día me siento fatigado...
- FANCHONNET.—Se acuesta.
- PATOUILLE.—¿Y si mis digestiones son penosas?
- FANCHONNET.—No come.
- PATOUILLE.—¿Es éste todo mi régimen?
- FANCHONNET.—Sí. Y, si lo sigue usted seriamente, le respondo de su curación!
- PATOUILLE.—¡Ah!, doctor usted me da esperanzas. Estaba muy descorazonado cuando llegué aquí. Me siento ahora rejuvenecido.

FANCHONNET. — Eso no me extraña absolutamente. No es usted el primer cliente a quien salvo.

PATUILLE.—Así me parece. En lugar de dirigirse a los grandes charlatanes, no se debería consultar sino a los grandes médicos.

FANCHONNET.—Es mi opinión.

PATUILLE.—¿Cuándo deberá volver, doctor?

FANCHONNET.—Cuando usted quiera... *Aparte, en tanto Patouille se dispone a partir.* De todos modos, ese vestón haría mi negocio!...

PATUILLE *en el momento de salir.*—¡Ah, doctor!

FANCHONNET.—¿Qué hay?

PATUILLE.—Una pregunta.

FANCHONNET.—Escucho.

PATUILLE.—Me han aconsejado, hace algún tiempo, los baños eléctricos. ¿Qué le parecen a usted?

FANCHONNET.—¡Psh! siempre las drogas!

PATUILLE.—¿No son buenos?

FANCHONNET.—No... *Reflexionando.* Es decir, si... Por el contrario... Son excelentes... ¿Dónde tenía yo la cabeza? Nada hay mejor para usted. Es preciso que tome... es preciso que tome uno en seguida.

PATUILLE. — ¿En seguida?

FANCHONNET. — Naturalmente. Tengo aquí una instalación completa.

PATUILLE.—¿Sí?

FANCHONNET.—Con todos los perfeccionamientos modernos. ¡Desvistase!

PATUILLE.—¿En gabinete?

FANCHONNET. — Naturalmente. ¿Acaso soy yo quien le intimida?

PATUILLE.—Pero, ¿es absolutamente necesario?...

FANCHONNET *forzándole dulcemente para que se desvista.*—¡Pronto! Voy a hacer preparar el aparato... *Abriéndole la puerta de la sala.* Mientras tanto, entre ahí y tiéndase en el canapé.



FANCHONNET CONTINUA

PLANTUREL.—No distingo nada... *(Le ausculta una vez más y, en tanto está así ocupado, Fanchonnet le roba la cadena y el reloj).*—Aquí tampoco...

PATUILLE.—¿Es necesario que me acueste?

FANCHONNET.—Yo prescribo siempre a mis enfermos un reposo absoluto antes del baño.

PATUILLE.—Es la primera vez que oigo hablar de este tratamiento.

FANCHONNET.—No sería yo un gran médico si no tuviera mi método personal.

PATUILLE.—Evidentemente, doctor.

FANCHONNET *empujándole hacia la sala.*

—¿Ha comprendido bien? Permanece tendido durante veinte minutos, por lo menos.

PATUILLE.—Sí, doctor.

*Salte.*

FANCHONNET *solo, enarbolando con sa-*

*tisfacción el pantalón, el chaleco y el vestón de Patouille.*—¡Al fin le tengo, el majecito!

ESCENA IV.

*Fanchonnet, Víctor*

VICTOR.—¿Y qué hubo del cliente?

FANCHONNET.—¡Chit! Más bajo... Está ahí...

Señala la sala.

VICTOR.—¿Le has dicho entonces que se quede?

FANCHONNET.—Sí.

VICTOR.—Pero había que dejarle partir!

FANCHONNET.—¡Con su vestón, jamás!

VICTOR.—¡Corremos el riesgo de hacernos pillar por un vestón de veinticinco francos! ¡Eres un desgraciado!

FANCHONNET.—No te preocupes de eso.

Tampoco te aconsejo que vayas a hablar mal de mí al cliente que está ahí: está persuadido que yo le he salvado la vida. ¡Ha sido admirable mi estreno como médico!

VICTOR.—Felizmente, durante ese tiempo yo me ocupaba de embalar la platería.

FANCHONNET.—Eres un hermano. *Pasándole el vestón.* Junta todo eso a tus paquetes.

VICTOR.—Y tú, anda a recoger los bibelots del salón. Vendrás en seguida a buscarme al comedor para que nos ocupemos de empujarlas.

FANCHONNET.—Convenido.

VICTOR.—Hay que andar ligero, ¡eh! Alumbra! Alumbra!

FANCHONNET.—Anda tranquilo.

*Víctor sale por la antesala. Fanchonnet entra en el salón. La escena queda vacía durante algunos instantes.*

ESCENA V

PLANTUREL *entra, tira su abrigo sobre un mueble, su maleta a un rincón y se enjuga la frente.*

¡Siempre estos malditos enfermos!... Llego a la estación del Este. Tomo mi boleto. Eseejo un rincón en el expreso de Mézieres... y esperando la partida del tren, fumo tranquilamente mi cigarrillo en el andén, cuando un empleado del ferrocarril avanza hacia mí, con su gorra y un telegrama en la mano: ¿No será usted

señor, por casualidad, el doctor Planturel? Le digo que sí, naturalmente. Abro el telegrama: contenía estas sencillas palabras de mi colega de Mézieres: "No se moleste. Enfermo falleció. Consulta inútil." No tenía otra cosa que hacer sino volver. No puedo quejarme de mi colega que había tenido la amabilidad de dirigirse a mí. Pero, ¿cómo calificar la conducta de ese enfermo que se deja morir antes de la consulta, de modo de no pagarme honorarios? ¡Todos son lo mismo! Ninguna delicadeza... *Arreglando sus papeles en el escritorio.* Pongamos un poco de orden...

En ese momento la puerta del salón se abre y Fanchonnet aparece.

ESCENA VI

*Fanchonnet, Planturel*

FANCHONNET *aparte, viendo al doctor.*— ¡Demonios! El doctor!

PLANTUREL *observando a Fanchonnet que conserva su levita adornada con la Legión de Honor, aparte.*— ¿Quién será? *Alto.* ¿Deseaba usted después?...

FANCHONNET *después de un momento.*—Es por una consulta...

PLANTUREL.—¿Sabía usted, entonces, que yo estaba de vuelta?

FANCHONNET.—Sí, acabo de llegar.

PLANTUREL.—¿Quiere usted decirme a quién tengo el honor?

FANCHONNET.— ¡Hum! ¡Hum! *Súbitamente inspirado.*—M. Patouille, de Chateauroux... He sido recomendado por una de vuestras clientes, Mme. Tremblin...

PLANTUREL.—Perfectamente...

FANCHONNET.—Y me apresuro a entregárselo el valor de la consulta...

PLANTUREL.—¿Cómo... adelantado?

FANCHONNET *depositando un luis sobre la mesa.*—Es mi costumbre. *Aparte.* No tengo de qué quejarme: aún gano un luis.

PLANTUREL *aparte.*—No es un mal cliente. *Alto, muy amablemente.* No quiero contrariaros, mi querido señor, y os escucho.

FANCHONNET.—Pues, bien, doctor... Tengo una especie de malestar general... dolores de cabeza... puntadas en el costa-

do... debilidad en las piernas... Pero, esto no tiene importancia alguna.

PLANTUREL.—¡Ah! Perdón! Es preciso que lo examine... Quítese la levita, y el chaleco...

FANCHONNET.—¿Es absolutamente necesario?

PLANTUREL.—Absolutamente... *Lo ausculta en la espalda.* No distingo nada de particular. *Lo ausculta una vez más, y estando en esto, Fanchonnet le escamotea el reloj y la cadena.* Aquí tampoco.

FANCHONNET.—Lo que yo decía, doctor: eso no tiene importancia alguna.

PLANTUREL.—Sin embargo.

FANCHONNET.—He venido nada más que para tranquilizar a mi mujer, que mostraba cierta inquietud, pero no quiero hacerle perder más tiempo...

PLANTUREL.—¿Cómo puede suponer que me molesta, mi querido señor?

FANCHONNET.—Es usted demasiado amable doctor, pero mi partido está tomado. Volveré otra vez. Hasta la vista doctor. No me acompañe. *Aparte.* Victor y yo, no tenemos sino que escapar pronto con las maletas.

*Sale.*

#### ESCENA VII

PLANTUREL *solo.*—Hacía tiempo que no veía un cliente semejante: paga adelantado y no molesta. ¡Ah! si todos fuesen como él!... Pero, es curioso que Victor no se haya presentado aún para recibirme. *Toca.* *Pausa.* ¿En que se ocupará? *Toca de nuevo.* *Pausa.* Es realmente extraordinario. Yo le había reomendado, sin embargo, que no saliera. ¿Dónde puede estar?

*Sale.*

#### ESCENA VIII

*Patouille, después Planturel*

PATOUILLE *en calzoncillos, abriendo la puerta de la sala.*—Me parece que el doctor se ha olvidado de mí... Esperemos otro poco.

Vuelve a cerrar la puerta.

PLANTUREL *volviendo muy emocionado.*—¡Es espantoso! Mi platería... mis colec-

ciones de bibelots... me lo han robado todo! ¡Un desastre! ¿Y qué hacía durante ese tiempo Victor? Yo pregunto: ¿adónde se había ido? Le he buscado por todas partes: imposible encontrarlo... ¿Qué quiere decir esto? *Su mirada cae en ese momento sobre los cajones del escritorio.* ¡Oh, han roto también mis cajones! ¡Es un pillaje en regla!

PATOUILLE *saliendo de la sala en calzoncillos.*—Yo no puedo esperar indefinidamente!...

PLANTUREL. *Viéndole, aparte.* — ¿Quién es este individuo? *Alto.* ¿De dónde viene usted, señor. ¿Qué quiere?

PATOUILLE.—Espero al doctor Planturel.

PLANTUREL.—¿En esa tenida?

PATOUILLE.—Naturalmente, puesto que él me ha hecho desvestirme.

PLANTUREL.—¿El doctor?

PATOUILLE.—¡Sí!

PLANTUREL.—¿Cuándo?

PATOUILLE.—Hace algunos minutos.

PLANTUREL.—¿No le falta aplomo a usted!

PATOUILLE.—¿Por qué dice eso?

PLANTUREL.—¿Pretende usted haber visto hoy día al doctor Planturel?

PATOUILLE.—Por cierto.

PLANTUREL.—Se atreve usted a sostenerme eso a mí?

PATOUILLE.—A usted como a todo el mundo!

PLANTUREL.—Juega a pura pérdida, mi amigo! El doctor Planturel soy yo.

PATOUILLE.—¿Usted?... Pero, ¿y el otro?...

PLANTUREL.—¿Cuál otro?

PATOUILLE.—El de hace un momento.

PLANTUREL.—Párceme que usted no tiene ideas muy netas sobre el particular. Ha despertado usted mal y por mi culpa. No se me esperaba tan pronto, y he venido a interrumpir un poco bruscamente la siestecita con que quería usted regalarse después de haberme robado.

PATOUILLE.—¿Yo le he robado a usted?

PLANTUREL.—Usted o sus cómplices.

PATOUILLE. — ¡Jamás! ¡Es un hombre honrado el que tiene usted delante! Soy el señor Patouille, de Chateauroux.

PLANTUREL *sardónico.*—¡Ah! ¿Es usted el señor Patouille?

PATOUILLE.—Sí.

PLANTUREL *irónico*.—¿Y ha sido sin duda la señora Tremblin la que le ha enviado aquí?...

PATOUILLE *vivamente*.—Sí... precisamente... Mme. Tremblin...

PLANTUREL.—Muy bien, decididamente, amiguito, no tiene usted buena suerte! El señor Patouille acaba de salir de aquí.

PATOUILLE, *idiota*.—¿Cómo? ¿Acaba de salir de aquí?

PLANTUREL *con autoridad, sacando su revólver del cajón del escritorio, y apuntándolo a Patouille*.—¡Y basta, ya hemos hablado demasiado! Un solo gesto y disparo.

PATOUILLE *llorando*.—Si yo no soy ladrón!

PLANTUREL.—Basta ya. Camine adelante. Se explicará en la policía.

PATOUILLE *obedeciendo*.—¡Qué aventura, Dios mío, ¡qué aventura!

PLANTUREL *palpándose*.—¡Demonios!

PATOUILLE.—¿Qué pasa?

PLANTUREL.—Ya esto pasa de castaño a obscuro! Mientras protesta de su inocencia, encuentra todavía el medio de robarme mi cadena y mi reloj!

PATOUILLE.—¿Yo?

PLANTUREL.—No tengo por qué hacerle cumplidos, mi amigo, pero puede usted jactarse de ser un hábil estafador!

PATOUILLE *aparte*.—Así es!

TELON



EL CRIMEN ES SIEMPRE CASTIGADO

PLANTUREL.—(Apuntando su revólver sobre Patouille).—¡Y basta, ya hemos hablado bastante! Un gesto y tiro!

# LAS TRAGEDIAS DEL MAR

Por Luis Popelaire

EN revistas, periódicos y novelas, y más propiamente en el cinematógrafo, se nos presentan narraciones y escenas de barcos despedazados por las olas, con su triste acompañamiento de lamentos y muerte de los tripulantes. Es fácil darse cuenta de lo terrible de tales siniestros; la imaginación revive al calor de la descripción o a la vista de la pantalla, aquellas horas angustiosas en que los navíos son tragados por el mar y en que los naufragos concluyen también sus dolores en el abismo profundo de las aguas.

Pero, si está al alcance de nuestra mente la amplia comprensión de estas catástrofes, nunca ellas son tan conmovedoras ni tan susceptibles de grabarse en el alma como cuando se ha tenido ocasión de apreciar, experimentalmente la furia de una tempestad, o las incidencias de un combate, o el encallamiento de un buque.

En enero de 1908, salía yo de Valparaíso a bordo de la corbeta "Baquedano", que iba a dar la vuelta al mundo en viaje de instrucción de guardiamarinas.

Después de visitar la isla de Pascua, hicimos rumbo a Talute. Atravesábamos la zona tropical, donde son frecuentes los temporales. Una tarde noté a bordo un movimiento desusado. Los marineros corrían acá y allá, el oficial de guardia tenía los ojos fijos en el horizonte y tanto el comandante Fontaine como el capitán Garay paseaban por la toldilla dando órdenes apresuradas.

—¿Qué pasará?, pregunté a mi amigo el Dr. Cádiz Aldunate.

—Parece que tendremos mal tiempo, me contestó.

Efectivamente. Media hora después se desencadenaba un furioso temporal que hacía retorcerse a la corbeta en su lecho de turbulentas aguas.

El espectáculo era imponente, sobre todo para quien jamás había navegado sino en la laguna del Parque Cousiño. El viento soplabla con fuerza inagotable y al encon-

trar las cuerdas del velamen silbaba con furia increíble. Las olas azotaban los costados de la nave, que daba tumbos enormes. A bordo no era posible sostenerse en pie y para poder contemplar la tempestad me hice amarrar al palo de mesana. Al llegar la noche, el mal tiempo arreció y la obscuridad vino a agregar su pincelada lúgubre al cuadro ya de por sí triste e inquietante.

Si en aquellas circunstancias el buque hubiera sido vencido por la fuerza de las olas, la catástrofe habría sido espantosa. Así lo pensaba yo allí mismo, atado aún al mástil y viendo venir incesantes las montañas de agua negra, que se estrellaban contra nosotros. Allí puede darse uno cuenta, viviendo aquellas horas, de lo cruel e irremediable de los siniestros marítimos. Allí no había más que cielo y agua, la tierra estaba lejana y las esperanzas de salvación eran ilusorias.

Más todavía pude apreciar aquello en ocho días de temporal furioso que tuvimos en el mes de agosto de ese mismo año en el mar de las Indias, al sur-poniente de Australia. Cada día al levantarme y subir dificultosamente la escalera de la toldilla, las olas me parecían más gigantescas que el día precedente y en muchas ocasiones creí que seríamos tragados por alguna de aquellas moles inmensas de espuma. Pero la "Baquedano", guiada por una mano maestra, jamás perdió su gobierno. Cuando esto pasa, las probabilidades de pérdida se acentúan y se agravan, y la terrible, la aterradora incertidumbre es quizás la más formidable enemiga del espíritu del marino.

Hé aquí la narración emocionante de la aventura del "Dora", buque correo de Alaska, que zarpó el 27 de noviembre de 1904 de Valdez con rumbo a Seattle.

El 22 de diciembre llegó a Kodiak. Allí dejó todos los pasajeros, menos tres, y el 24 zarpó.

El punto de escala inmediato era Cold Bay, pero habiendo llegado a los Estrechos

de Shelikoff, tuvo que permanecer anclado a consecuencia de las grandes tempestades que se desencadenaron. Durante cinco días el "Dora" estuvo dando bandazos y durante estas tormentas, celebró el banquete de Pascua la tripulación con el acompañamiento del rugido de los elementos.

En la noche del 30 hubo una calma repentina y se intentó desembarcar el correo, pero apenas fué largado el bote, estalló la tempestad con renovada furia y los cuatro hombres que tripulaban el bote pasaron una hora entre la vida y la muerte antes de poder regresar a bordo sin haber realizado su propósito. Por entonces la tempestad era imponente y calculando que no pasaría mucho tiempo sin que se rompiesen los cables, con lo cual el vapor se estrellaría irremisiblemente contra las rocas, se dió orden de levar anclas y lanzarse a toda máquina mar adentro, y así el bote estuvo tres días a merced de los elementos sin poder recuperar el rumbo. Las aguadas se llevaron todo lo que no estaba bien amarrado, y como resultado de la lucha con el huracán se aflojaron las planchas de la base de la caldera y ésta comenzó a desequilibrarse. Aprovechando un cambio de viento, se dirigió a tierra para reparar la avería, pero cuando estaba a diez millas del puerto de Chignik, que ofrecía buen abrigo, giró la veleta y el vaporeito con su caldera insegura se vió arrastrado nuevamente mar adentro.

Hacia mucho frío y el "Dora" no tardó en verse envuelto en una gruesa capa de hielo, de suerte que las velas no podían desplegarse, y por otra parte iba escaseando el carbón, circunstancia que obligó a apagar los hogares y dejar el buque a la deriva, reservando el combustible para una tentativa final de llegar a tierra cuando la tempestad hubiese amainado. También hubo que suprimir la calefacción, y la tripulación sufría un frío intenso. Luego se produjo una cegadora tempestad de nieve que quitó toda idea de la dirección. Además, por efecto de los balances producidos por olas como montañas, el cargamento se desniveló y el vapor iba muy escorado sobre babor.

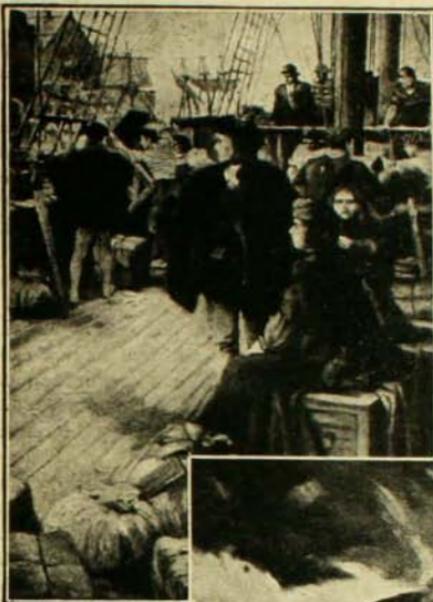
El 4 de enero de 1905 amainó la tormenta, pero no lucían el sol, la luna, ni las es-

trellas, y era imposible determinar la posición del buque. Los marineros trabajaban sin descanso picando y quitando el hielo que cubría el buque y cuyo peso amenazaba hundirlo. También intentaron quitar la capa de hielo que cubría las velas y el aparejo, pero sus esfuerzos no alcanzaron ningún resultado. En la noche del 4 la tempestad volvió a arrastrar al mar al infortunado barco, y durante cuarenta y ocho horas no pudieron permanecer en el puente más que los hombres de guardia. El "Dora" estaba completamente a merced de las olas, sin vapor y sin velas, y, por lo tanto, flotaba como un buque abandonado.

El día 7 amainó el temporal y la tripulación pudo ver el sol, aprovechando la circunstancia para determinar la situación del "Dora". Hallábase a cuatrocientas millas de tierra, y no había a bordo carbón para hacer más de doscientas. Con las velas no había que contar, porque seguían cubiertas de hielo. Por esta razón se acordó no hacer nada hasta que se deshielases, y durante dos días más el barco estuvo a merced de las olas.

El 9 de enero se logró desplegar tres velas, y aprovechando una ligera brisa, el "Dora" puso la proa hacia las costas de Alaska. Esto animó a los veintisiete hombres de a bordo hasta el punto de mostrarse todos risueños y regocijados como si ya estuviesen salvados, pero su alegría duró poco, porque comunicaron de abajo que se había abierto una vía de agua, sin duda por los golpes de mar, y estaba casi anegada la cámara de máquinas. Inmediatamente se pusieron todos los marineros a trabajar con las bombas de achique, pero el agua les ganaba la partida y hubo que gastar una parte del carbón, que para ellos valía más que el oro, en encender una caldera para poner en movimiento un motor, y sólo así se consiguió sacar el agua y reparar la avería.

Mientras tanto, continuaba la tempestad, que parecía eterna. El día 13 seguía el "Dora" a merced del mar, bajo un huracán espantoso, y como no se habían podido repetir las observaciones astronómicas, se ignoraba la situación y se temía que el



posición, escoraría el barea de un modo peligroso, siendo preciso por esto tomar algunas medidas de precaución que por su tecnicismo no relatamos. El 17 se disminuyó la ración de agua potable, porque no quedaba ya más que para un par de días. El buque navegaba a palo seco, porque lo importante, más que llegar a puerto, era conservarse a flote.

Además de la inestabilidad de la caldera, las máquinas se des-

barco fuera a estrellarse contra las rocas de la costa. El mecánico comunicó que si no amainaba pronto el temporal, acabaría de desprenderse la caldera, y al perder su



1. Aprovechando la marea baja, el barco cargó completamente.—2. Mutiebery se inclinó hacia adelante, extendiendo ambos brazos.—3. Los mástiles tocaban el agua, pero aún el barco se balanceaba por el viento que inflaba su vela mayor. Las olas pasaban sobre él consumando la obra del viento.—4. Toda la noche, como un racimo humano, suspendidos del mástil del "Hilda", esperaban socorro haciendo señales. Inútil esperanza! Y sin embargo había un faro próximo, pero sus guardianes no pudieron dar la alarma hasta el amanecer.—5. Un rostro en que se retrataba el sufrimiento apareció por un costado del buque...



compusieron y hacían falta varios días para componerlas, de suerte que la situación del "Dora" no podía ser más desesperada: lo empujaba un huracán con rumbo desconocido, la maquinaria estaba descompuesta, el timón roto, la caldera amenazando derrumbarse, y la provisión de agua casi agotada.

El 24 de enero, un mes después de haber zarpado de Kodiak, se agotó el agua. El timón había sido compuesto. El 25 comenzó a llover y se recogió con cubos toda el agua posible. A primeros de febrero quedó compuesta la maquinaria, pero no servía de nada, porque no podía utilizarse el carbón hasta que no estuviesen cerca de la costa.

El 22 de febrero notaron señales de proximidad de la costa y al día siguiente dieron vista al faro de Cabo Beal, y finalmente, el 24 entraban en el puerto de Seattle.

Otras veces los barcos no tienen la suerte del "Dora" y sucumben en su lucha con las olas. Los tripulantes suelen lograr apoderarse de un bote y los sufrimientos que allí pasan parecen páginas arrancadas a la obra sombría e inmortal del Dante.

Todo en la naturaleza contribuye a hacer horrosas esas lentas horas en que no se come ni se duerme, en que la fiebre atenaza los cuerpos y los espíritus, en que la esperanza de salvación es lejana, casi nula, en que la seguridad de la muerte, tragados por el abismo negro, es cada día más evidente, en que los vívres concluyen y concluye el agua. El hambre y sobre todo la sed vienen a agregarse a tanta calamidad. Ante los ojos ya vagos y feroces por la locura, a cada instante aparecen buques que el delirio muestra en las lejanías del horizonte. El hambre convierte en fieras a los hombres y cuando la angustia de los estómagos llega a su colmo, los naufragos se vuelven antropófagos. El bote, la lancha o la chalupa es juguete de las olas. El dolor físico y el dolor moral han muerto en sus tripulantes la energía y hasta el ansia natural de vivir.

Y en casos tales, cuando se realizan esas dantescas tragedias del mar, la salvación es a veces tan deplorable como la misma muerte en las soledades del océano. Ha habido buques que recogieron esos harapos huma-

nos perdidos en el mar y allí sólo encontraron locos o moribundos, carne de hospital que al escapar de las aguas es reclamada por la tierra.

Tras sufrimientos tan espantosos, tras la sed abrasadora, tras el hambre, la fiebre, la locura y el asesinato, tras penalidades tan superiores a las fuerzas del hombre, quizás son más piadosos la muerte y el reposo eterno en el seno de las aguas implacables.

La historia del descubrimiento y conquista de América está llena de episodios dramáticos que han tenido por teatro las terribles soledades del mar. Los navíos cargados del oro de las Indias se hundían en los abismos del Pacífico o del Atlántico, sin que jamás se supiera el sitio en que bajaron al seno de las aguas.

Hay parajes en las costas que son reconocidamente peligrosos y entre ellos algunos cuya inseguridad es proverbial, como el Cabo de Hornos, algunos puntos de la costa bretona en Francia y principalmente la desembocadura del río Columbia en Estados Unidos, llamada el "cementerio de los barcos."

Esa parte de la costa americana está llena de bancos de arena en donde con gran frecuencia encallan las naves formando un verdadero cementerio que aumenta de año en año.

Para comprender todo el peligro que presentan estos bancos, hay que saber que están situados entre corrientes violentísimas y frecuentados por espesas nieblas.

Como si esto no fuese bastante, la arena que los forma es movediza, de manera que en poco tiempo los barcos quedan destrozados, sin esperanza de salvamento.

Afortunadamente no suelen ocurrir desgracias personales, pues los naufragos alcanzan pronto la costa en los botes y lanchas.

Se ha salvado algún barco, pero los gastos de remolque han superado el valor mismo de la nave.

La primera víctima del banco de arena de Columbia no se sabe cuál fué a punto fijo, pero se supone que fué la nave española "San José", que salió del puerto de La Paz en el año 1769 para llevar provisiones a la misión católica de San Diego, de la cual no se volvió a tener noticia alguna.

Las empresas comerciales de Astoria, establecidas en la desembocadura del citado río de Norte América, poseían una flota que ha pagado su contribución a los bancos vecinos. En 1828 embarrancó allí el buque ballenero "William and Ane" y allí quedó para siempre, y dos años después encalló el "Isabella" que pudo ser sacado a fuerza de muchos gastos y esfuerzos titánicos. En el año 1841 sufrió la misma suerte el buque de guerra de la marina norteamericana "Peacock", que tuvo por compañero de aventuras otro buque de guerra, el "Shark".

Después vienen los vapores. El primero de éstos en encallar en aquellos parajes fué el "Sylvia de Grasse", que encalló en 1849, y no fué posible salvar.

Al poco tiempo varó allí mismo el vapor "General Warren", que iba cargado de pasajeros a San Francisco. La corriente le empujó sobre el banco. Tuvo este naufragio tristes consecuencias, pues en él perecieron ahogadas más de cincuenta personas.

Desde esa época, el tráfico por aquellos lugares fué aumentando y raro ha sido el año que el cementerio no haya recibido en su líquido seno alguna nave.

En 1883 el barco mercante inglés "Cairnsmore" salió de Londres con un cargamento de mil quinientos barriles de cemento. Cerca de la boca del Columbia le sorprendió una tempestad que le arrojó sobre el banco de arena. La tripulación tuvo que abandonar la nave y perdidos entre la niebla estuvieron remando durante dos días, al cabo de los cuales un vapor los recogió y los llevó a Astoria. Nada pudo salvarse del barco ni del cargamento.

En el lugar en donde está sepultado el "Cairnsmore" se tiene la impresión de que esa sepultura con cruces: son las puntas de los mástiles, fúnebres testigos del naufragio.

En 1896 el buque alemán "Potrimpos" encalló allí cerca y a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron por salvarle, el buque no pudo ser arrancado de la fuerte presa que en él hizo la arena. La misma suerte corrió la goleta "Solano", varada en 1906, a la que se logró poner a flote, pero sólo durante dos horas para volverla a dejar abandonada.

Además han encallado allí el barco que hacía el servicio del faro de Columbia en 1899, y el inglés "Poltalloch".

En 1906 una tempestad arrojó al barco inglés "Peter Iredale" sobre el banco con tal fuerza que la arboladura cayó sobre cubierta poniendo en gran peligro la vida de sus tripulantes, que fueron más tarde salvados por los botes de salvamento de Puerto Adam.

Un mes después de este naufragio la magnífica barca de cuatro palos "Galena" embarrancó en condiciones muy parecidas. Después naufragó el vapor noruego "Tellas", en 1907, y en 1910, el francés "Alice".

No tenemos datos de los naufragios ocurridos en aquellos peligrosos parajes, pero desgraciadamente se puede asegurar, sin temor a equivocarse, que podrían aún aumentarse a la lista ocho o diez barcos más.

Todos los bancos son peligrosísimos para las embarcaciones; pero fuera de algunos casos, a fuerza de remolque se les puede salvar, lo que no ocurre en este cementerio de barcos, pues por ser la arena movediza, por la fuerte corriente del agua del río Columbia, por el mal estado casi normal del mar y por las espesas nieblas que allí reinan, se hace más que difícilísimo, casi imposible, salvar las embarcaciones que embarrancan en aquellas arenas.

Por eso, barco que allí encalla se considera irremediablemente perdido.

Se ha intentado poner en aquellos parajes, barcos-faros, para evitar que los buques pasen cerca de los bancos, pero como las nieblas son tan intensas y espesas, los más potentes focos de luz no pueden atravesarlas. Además, esos barcos-faros habrían constituido un nuevo peligro, por las probabilidades que, en la niebla, tendrían los buques de chocar con ellos.

Y aún, por mucho que se hayan empleado las sirenas, no han dado resultado alguno, pues en las tormentas, cuando las corrientes arrastran a las naves al cementerio, el ruido no se oye a distancia y se confunde con el horrisono fragor de la tempestad.

Lo único que queda que hacer en estos casos es prepararse inmediatamente para

el salvamento y llevarlo a cabo tan pronto como se disipa algo la niebla.

La que hace peligrosísimos estos naufragios es la obra devastadora de las arenas movedizas, pues si se limitase a embarrancamiento, se podría, como en otros sitios, volver a poner a flote a los barcos, pero no es así, pues al momento, en su implacable movilidad, destrozan el casco del buque antes de que pueda llegar auxilio de los puertos cercanos, por lo que los bancos de la desembocadura del Columbia al sujetar en sus arenas una nave, como no la sueltan, no ofrecen al naufrago otro recurso que proceder al salvamento de pasajeros y tripulación, y si es posible del cargamento más preciado, resignándose a la pérdida.

El Gobierno de los Estados Unidos estudia la manera de ver cómo evitar se repitan los naufragios en aquella costa.

El famoso "Titanic", el barco gigante cuyo naufragio fué tan dramático y tan comentado, debió su desgracia al choque con un "iceberg". Esta es otra fase de los peligros que corren los navegantes. El choque con la masa de hielo es siempre funesto, el casco de la nave se despedaza y el hundimiento es cuestión de minutos.

La guerra submarina declarada y sustentada por Alemania contra sus enemigos, multiplicó las desgracias marítimas y aún ignoramos algunas de las horribles tragedias que han tenido, de seguro, lugar en el fondo de esos mismos submarinos que espereaban por los mares la muerte y el esterminio.

Cuando un submarino hundía un buque, aunque fuera un inofensivo buque mercante, se daba la noticia a los cuatro vientos; cada cual juzgaba el hecho a su manera, pero el caso es que el hecho adquiría notoriedad. Cuando ese mismo submarino, que había costado acaso la vida a muchas infelices mujeres y a muchos inocentes niños, era a su vez hundido por otro barco, o no se publicaba el suceso, o se publicaba, como vulgarmente se dice, a cencerros tapados, precisamente porque en esta ausencia de notoriedad estribaba gran parte del éxito de la lucha contra el sumergible.

Las peligrosas aventuras que corrían los cazasubmarinos llenarían un grueso volumen, y sin embargo, los libros del Almi-

rantazgo no hacían a ellas más que breves referencias por este estilo:

"10 h. de la mañana. Submarino enemigo a la vista. Se le ataca."

"10 h. 3' de la mañana. Submarino torpedeado. Un torpedo da en el blanco. Se le ha visto explotar y desaparecer."

Esta concisión ocultaba con frecuencia largas horas de lucha: los periscopios vigilándose, cual ojos de monstruos marinos; los torpedos cruzándose, impulsados por el rápido girar de sus hélices; de pronto, una mancha de aceite, que se extendía en el sitio mismo que antes ocupaba uno de los periscopios... A veces, salían a la superficie, nadando, los supervivientes del submarino hundido; en otras ocasiones, la catástrofe era rápida; una montaña de agua denunciaba la explosión a muchos metros bajo la superficie, y todo había concluido.

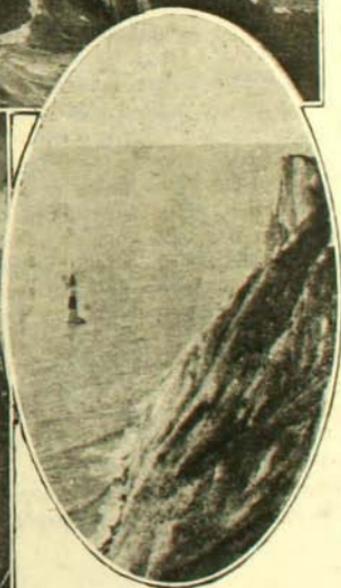
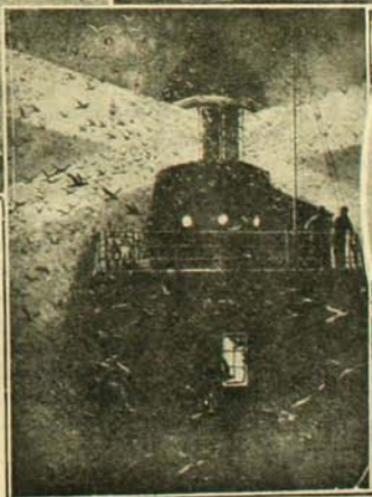
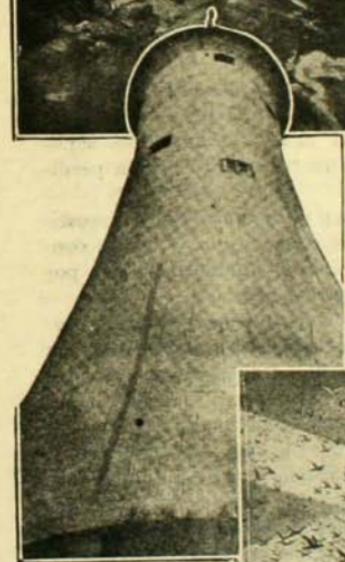
Se sabe de algunos submarinos que naufragaron, de uno alemán que encalló en la costa de Holanda, de otro inglés que naufragó al querer entrar en el Báltico y de unos cuantos casos de submarinos alemanes encallados en las costas inglesas. Por regla general, todos los sumergibles desaparecidos eran echados a pique por las granadas o los torpedos enemigos. También se dieron casos de suicidio, si así podemos llamarle, de submarinos volados por sus propios comandantes, que preferían tomar esta resolución antes que ser vencidos. Se conoce, en fin, el caso de un sumergible alemán de los destinados a colocar minas, que al verse sorprendido por una patrulla inglesa quiso huir, haciendo la maniobra con tan mala fortuna, que chocó contra una de las minas que acababa de colocar, volando inmediatamente. Uno de los tripulantes pudo salvarse, aunque mal herido y contó lo ocurrido a los enemigos, que le salvaron la vida.

De todas las catástrofes marítimas provocadas por la guerra, ninguna más cruel ni más lamentable que el hundimiento del "Lusitania", origen de la entrada de Estados Unidos en la guerra y del desprestigio de Alemania.

En nuestros mares han ocurrido innumerables naufragios y en un libro debido

## Las tragedias del mar

1. De pie sobre la quilla, empujándome cuanto podía, agitaba al aire mi chaqueta de huile.—2. Amenazaba por momentos irse a pique, antes de que llegase el oportuno socorro.—3. Mirando la punta del faro.—4. Los icebergs flotantes sin rumbo han ocasionado, de noche, en el mar, numerosas catástrofes, "Titanic" y tantos otros buques.—5. En las noches de tem-



pestad, atraídos por el resplandor, los pequeños viajeros alados vienen en bandadas a estrellarse contra los vidrios de la cegadora linterna.—6. Centinela del mar, cerca de Eastbourne, en la costa británica para que los navíos en plena noche, no vayan a dar contra los arrecifes.

a don Francisco Vidal Gormaz, están recopilados casi todos ellos.

Entre los más curiosos naufragios ocurridos en las costas de Chile, se cuenta el de "La Oriental", buque zarpado de las costas de Francia y en que muchos padres de familia de Francia y Bélgica—dice don Diego Barros Arana—habían organizado un colegio viajero que debía dar la vuelta al mundo. Con este objeto equiparon en Nantes una hermosa corbeta. Se la puso al mando del capitán A. Lucas y se armó con 10 cañones, dotándose en seguida con distinguidos profesores, librería, útiles e instrumentos de todo género, a fin de que el viaje fuese instructivo y provechoso para los educandos.

Como debe suponerse, no todos los jóvenes tenían una decidida vocación por el estudio: lejos de eso, algunos eran mozos calaveras, cuyos padres, al embarcarlos en "La Oriental", se proponían más bien corregir las ligerezas y extravíos de su carácter, que proporcionar una instrucción sólida de su inteligencia.

El que esto escribe ha oído en muchas ocasiones a miembros de su familia hablar sobre las incidencias del viaje de "La Oriental."

Después de recorrer, cumpliendo su programa, las costas del Brasil, de la Argentina y de Chile, la corbeta encalló al salir de Valparaíso, en la roca del Buey, y se fué a pique en pocos momentos, el 25 de junio de 1840.

Los naufragos fueron auxiliados por las tripulaciones del barco inglés "Calliope", el francés "Avenir" y por las autoridades de Valparaíso.

De los jóvenes que venían en ese viaje de instrucción se quedaron en Chile: el Barón Juan Baustista Popelair de Terloo, el profesor D. Senis Antonio Vendel-Heyl y don Esteban María Köning, padre del distinguido hombre público don Abraham Köning.

Conservo aún el recuerdo de los comentarios que se hicieron en Santiago cuando naufragó el "John Elder", de la P. S. N. C., el 17 de enero de 1892, cerca del Cabo Carranza.

Viajaba a bordo de aquel buque una compañía inglesa de opereta y parece que en

la noche hubo animada fiesta a bordo y en ella tomaron parte el capitán y los oficiales del buque, lo que les impidió tomar las precauciones inherentes a todo viaje por mar. Al amanecer del 17, el buque se estrelló contra la costa.

El vapor se sumergió rápidamente y los tripulantes y pasajeros salvaron todos en los botes de la nave, desembarcando sin novedad en la caleta Santa Ana, merced a la bonanza del tiempo, desde donde se dirigió a la ciudad de Constitución.

Como el telégrafo comunicara el siniestro, la corbeta chilena "Abtao", que se hallaba en Talcahuano, abandonó su surtidero y se dirigió al lugar del naufragio para prestar auxilio, lo que verificó oportunamente, según manifestaciones del capitán Perry.

En el momento del naufragio, el capitán y el primer oficial se hallaban en el puente, y navegaban envueltos por una espesa neblina, con mar tranquilo y sin sospechar lo que les esperaba, por creerse a buen rumbo y a 10 millas de tierra. Sin embargo, el buque al varar dió dos choques y se mantuvo sobre las rocas, una de las cuales se introdujo en el casco, lo que hizo suponer desde el primer momento que la pérdida era total.

Se reunió una corte naval para investigar las causas del naufragio y fueron condenados el capitán y algunos oficiales por descuido de sus deberes.

Numerosos son los buques que en los canales de Chiloé, en las aguas de la Mocha y en otros puntos de nuestras costas se han sumergido para siempre. Aun buques de nuestra Armada han rendido su tributo a la mala suerte. Una de estas catástrofes originó el lamentable suicidio del capitán Witheseade y últimamente hemos debido lamentar la pérdida de otro buque de nuestra marina en las regiones magallánicas.

Hay muchas causas imposibles de prevenir en un naufragio; pero hay otras que caen bajo el dominio de lo consecencial. Si se descuidan algunos detalles marinos, es posible que ocurra una desgracia. A este respecto nos vamos a permitir insertar aquí algunos párrafos del prólogo del interesante libro, ya citado, de D. Francisco Vidal Gormaz:

“Del estudio de los naufragios, aunque tan incorrecto como el presente, se desprenden muchas lecciones para el marino joven, haciéndolo reflexionar respecto a las medidas adoptadas por los capitanes y pilotos que se han visto obligados a sostener variadas luchas con los elementos y los fenómenos, tan variados, que se presentan en la vida de mar y que dan origen a los siniestros marítimos. Así el marino joven que se encuentre en casos semejantes, recordará los variados procedimientos empleados anteriormente e ilustrará su juicio para obrar con discernimiento y mejor corrección en defensa de su nave y de la vida e intereses que le están confiados.

Si consultamos las precedencias o lugares de construcción de las naves que ingresan a nuestra marina mercante, en cuanto a barcos de vela, resulta que casi todos ellos son de origen europeo o norteamericano, que han efectuado su último viaje a nuestras costas, y que al rendir su jornada, algo maltratados al doblar el cabo de Hornos, se les declara incapaces de volver al Atlántico o se dan por inútiles para verificarlo, vendiéndose en remate público, a bajo precio.

De esta manera algunos de nuestros armadores se hacen de carcamanes o canastos que, sin una carena seria, dedican al cabotaje en la costa occidental de Sud-América; pero se hace aún más notable que, al paso que esas naves se envejecen y maltratan, se las dedica al acarreo de las maderas de la región austral del país hacia los puertos del norte, y en muchos casos tales naves dejan el puerto de salida sólo a media carga, so pretexto de llevarlas al norte para que sean carenadas, y sucumben en alta mar. Podríamos citar numerosos casos que confirman este aserto; mas no lo hacemos, porque en el curso de estos apuntes resaltan los siniestros ocurridos por la vetustez de las naves y su falta de carena.

Entre las muchas causas denunciadas por los siniestros marítimos y lo que demuestran los hechos, se hace notar la falta de amarras apropiadas al tonelaje bruto de las naves para las regiones que frecuentan, y a veces la pobreza o vetustez del aparejo y su velamen; pues los desarbolos son fre-

cuentes, y el dar al través sobre las costas, por falta de velamen, no es menos frecuente a las naves del tráfico del litoral de las provincias de Llanquihue y de Chiloé.

Nuestra legislación marítima no es muy deficiente; pero ocurre muchas veces que sus disposiciones son burladas por los armadores, los capitanes y por la indulgencia de algunas autoridades marítimas que, faltando a lo prescrito en los reglamentos, dejan salir a navegar a las naves sin los requisitos más elementales que prescriben aquellas disposiciones; y en muchos casos sin las embarcaciones menores más indispensables y apropiadas, como ha ocurrido en varias ocasiones, que recuerdan estos apuntes.

Comparando los siniestros de algunas naves, muy especialmente de balandras, pailebotes y goletas, que hacen el tráfico de cabotaje, algunas de 40 y aun de más de 80 toneladas gruesas, se nota con frecuencia que no se hallan consignadas en los cuadros de la matrícula de la marina mercante nacional, que publica anualmente la **Memoria de Marina**. Estas naves son comúnmente construidas en el país, con la madera de sus bosques, llevan nuestra bandera y a veces la de alguna de las repúblicas centroamericanas o de alguna nación de Europa, por lo que, al anotar los siniestros, no siempre es dable consignar su arqueo ni lugar de construcción. Omisiones como éstas son dignas de llamar la atención de nuestras autoridades marítimas, para ponerles remedio; y entonces verá el país que la construcción naval en Chile no ha decaído, como ordinariamente se cree; pues nuestros astilleros trabajan incesantemente y son los proveedores de las pequeñas naves que hacen el cabotaje en nuestras costas, las del Perú y Ecuador, no menos que de las embarcaciones de carguío empleadas en nuestros puertos y los del Perú.

Se hace ya necesario prestar más atención a esta rama de la estadística general, cuya incorrección no habla en nuestro favor, haciendo vivir al país engañado por nosotros mismos. Las autoridades marítimas del litoral podrían sin dificultad alguna salvar este vacío, comunicando a la autoridad central, anualmente, el movi-

miento de los astilleros existentes en su jurisdicción, el número, clase y arqueo de las naves que se botan al agua, las que hayan sido matriculadas, izado bandera extranjera, salido con pasavante, etc., etc. Entonces veríamos con satisfacción que la construcción naval en Chile, si bien de embarcaciones menores y medianas, no ha decaído, y muy por el contrario, que se desarrolla rápidamente, y hasta tal punto, que la navegación en las regiones australes se hace casi exclusivamente por medio de naves construídas en la comarca y con las maderas que abundan en sus bosques.

Las maderas del país que se usan en la construcción naval, que no es del caso enumerar ni entrar a su calificación, son muy variadas y se emplean convenientemente en sus múltiples aplicaciones prácticas y son adecuadas al objeto a que se dedican las construcciones.

Se ha dicho y se sostiene que ellas no son de duración, y que las naves construídas con nuestras maderas son débiles y que su estructura se descompone en breves años; mas esto no es verdad. Es cierto que las maderas no son cortadas en la época conveniente (las manguantes de otoño), y que no se curan como lo aconseja el arte naval y que es común labrar las piezas en el bosque vecino para aplicarlas inmediatamente en la construcción, sin darles tiempo a llorar su savia antes de formar parte del cuerpo de la nave.

Sin embargo, las embarcaciones que se construyen en los astilleros del litoral chileno alcanzan larga vida y se habla de muchas que pasan de un cuarto de siglo a flote en las aguas del Pacífico. Estas naves, sin embargo, son construídas ordinariamente por aficionados en el arte naval, siendo muy pocos los constructores especialistas, que podríamos enumerar y aun dar sus nombres, esparcidos desde Valparaíso hasta Punta Arenas de Magallanes. Los demás, que son muchos, sólo son aficionados, muy especialmente en el archipiélago de Chiloé y sus regiones abrigadas.

De algunos de los siniestros ocurridos en nuestro litoral se deduce que hay falta de estudio referente a las corrientes litorales en marcadas regiones de las costas chilenas, haciéndose notar muy especial-

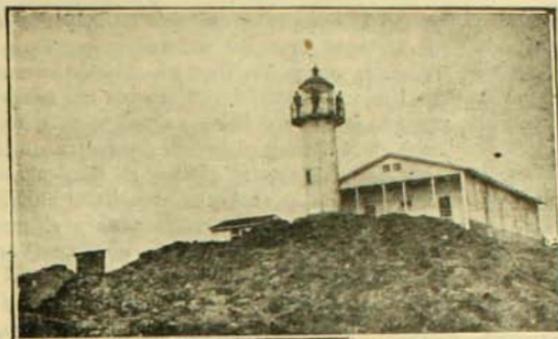
mente en las inmediaciones de la isla Mocha y costa continental del oriente, en las cercanías del rodal de Rapel, en la costa de Coquimbo entre punta Lengua de Vaca y el cabo Bascuñán, en la de Atacama entre punta Dallas y el morro de Copiapó, y asimismo en otras varias localidades, en que el fenómeno de las corrientes suele desarrollarse con más o menos intensidad, que desgarita los buques y da origen a siniestros marítimos más o menos dolorosos; pero es justo consignar aquí que en algunas ocasiones los capitanes, buscando su defensa después de un siniestro, achacan a las cartas hidrográficas su poca corrección o a ciertos fenómenos físicos o astronómicos, perturbaciones tales que dan origen a los naufragios. Pero suele suceder también, al investigar las evidencias, que se halla de manifiesto que el hombre aislado es más falible y que sufre paralogizaciones tan abrumadoras a veces, que no resisten a una investigación severa con los elementos a la mano y en ocasiones con los mismos datos que suministran para su defensa.

Bueno es insistir en la conveniencia de adelantar nuestra hidrografía, prestando atención al estudio de las corrientes litorales y a las causas que dan origen a sus irregularidades; pero sería más prudente y de consecuencias más positivas, recomendar a los capitanes una severa vigilancia cuando recorren costas que ellos suelen calificar de "no esclarecidas", con tiempos brumosos o oscuros, como ocurrió al capitán del vapor francés "Ville de Maetz", en 1886, que naufragó en la costa de Coquimbo, un poco al sur de Sarco'.

A propósito de costas "no esclarecidas", no está de más hablar algo aquí de los faros, destinados a prevenir al navegante los peligros de las costas.

Desde Arica hasta Punta Arenas nuestra costa está convenientemente guarnecida de faros, semáforos, vigías y señales de neblina que han prestado y prestan inmensos servicios a la navegación, sobre todo, en los peligrosos canales de la región magallánica.

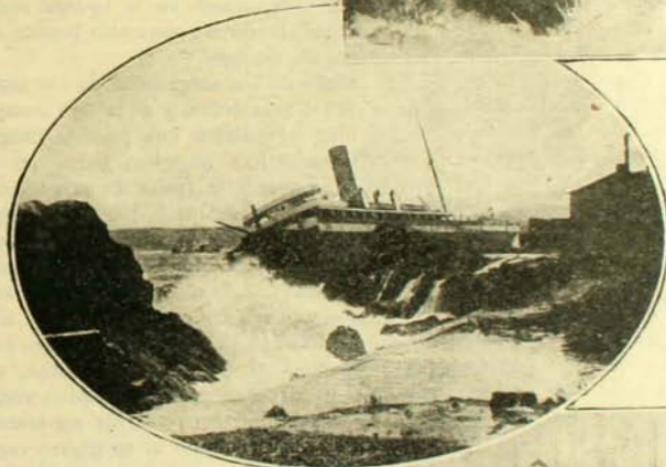
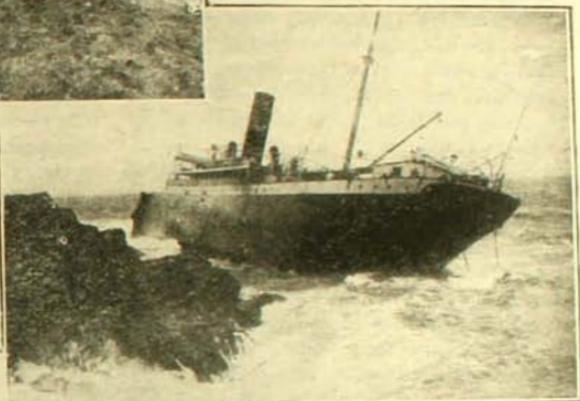
Sólo faros hay 58 en la costa de Chile: 39 en el litoral uniforme del Chile continental y 19 en la parte austral, con sus



y Dungenes, Punta Delgada, Punta Arenas, Isla Continente, Evangelistas y Puerto Harris, en el sur.

Estos faros tienen sus características, consistentes en el orden y sistema de los aparatos, condiciones, amplitud y color de

canales y sus islas. Los principales faros son los de Chañaral e Isla de Pájaros en el norte; Juan Fernández, Cueraumilla, Carranza, Tumbes, Quiriquina, Santa María, Mocha y Topocolma en el centro.



la luz, forma de las torres, etc.

Así, por ejemplo, los faros de las Islas de Chañaral y Pájaros, de los cuales van algunas fotografías ilustrando este artículo, están situados a  $29^{\circ} 00' 50''$  de latitud sur y  $71^{\circ} 37' 15''$  de longitud W., el

1. Faro de la Isla Chañaral. — 2. El vapor alemán "Tanis", varado en las playas de El Recreo. — 3. El vapor alemán "Tanis" que se fué a estrellar contra las rocas de las playas de El Recreo, quedando con la popa despedazada. — 4. Grupo de los tripulantes del bote salvavidas, que prestaron importantes servicios durante 64 horas que duró esta terrible tragedia.



primero, y a 29° 34' 40" de latitud sur y 71° 33' 20" de longitud W., el segundo. Ambos son faros de sistema automático de luz blanca, que alcanza a 14 millas de distancia, y su construcción, de 1915 y 1914, respectivamente.

En el último temporal de los habidos últimamente, fué destruido el faro de la Roca de los Penitentes, cerca de Los Vilos.

Los faroles, semáforos y señales de niebla prestan también buenos servicios, y ambas ramas del servicio de vigilancia y previsión del litoral chileno están perfectamente atendidas por la Dirección del Territorio Marítimo.

Ojalá nuestros lugares de desembarco, bahías y puertos pudieran ofrecer a las naves refugio seguro. Ojalá fueran asilo inabordable a los vientos furiosos del sur que azotan nuestra costa desde el polo al Ecuador.

Nuestros puertos, desgraciadamente, son poco seguros y todo viajero sabe que en la bahía de Antofagasta el desembarco suele ser peligroso. Ha habido botes que han zozobrado allí antes de llegar a tierra.

Frescos están los funestos recuerdos del último temporal de Valparaíso, en que varios buques fueron despedazados por las olas junto a El Recreo, casi al borde de los edificios de la ciudad.

Años pasados, en la misma bahía se hundió el "Arequipa" a causa, dicen, de estar mal acondicionada su carga. He aquí otro de los detalles que un buen capitán de buque debe tener en cuenta: "la estiva" del barco. El arte de contrapesar el buque, de promediar su carga es el A. B. C. del marino mercante. El ojo vigilante del capitán debe presidir aquella tarea.

Es frecuente el espectáculo del carguío de las naves de comercio y aparte de lo delicado y trascendental de la operación, su desenvolvimiento e incidencias son sumamente animadas y pintorescas.

El enorme casco del buque sale casi por completo fuera del agua sucia y verdosa del puerto, junto al muelle de piedra donde se amontonan cajas, barriles, carros que parece que no han de echar a andar nunca y montones informes de mercancías que, cubiertos con una enorme lona o con un hule agrietado, se diría han de esperar allí

siempre, siempre. Hora tras hora, junto al navío, se observa esa animación que caracteriza la operación interminable de cargar un barco. Tal vez son productos del campo los que se lleva a bordo; acaso ricos minerales, o máquinas y demás productos de la actividad industrial. Todo el día, acaso también toda la noche, se escucha el chirrido de las poleas mal engrasadas y el metálico chocar de las cadenas, mientras van y vienen los pequeños remolcadores arrastrando en pos de sí las barcas abarrotadas de mercancías, y llegan al muelle nuevos carros trayendo más cajas y más barriles, hasta el último momento.

Cerca de un centenar de hombres trabajan próximo a cada escota, sudando, blasfemando y bromeando a la vez. El pico de carga baja y sube en lento ritmo, y cada vez que se dobla hacia dentro, arrastra consigo, colgado como de una horca, un bulto enorme, un gigantesco cajón o un montón de sacos, que desaparecen en la bodega como pudiera desaparecer un exquisito bocado en las fauces de un ogro.

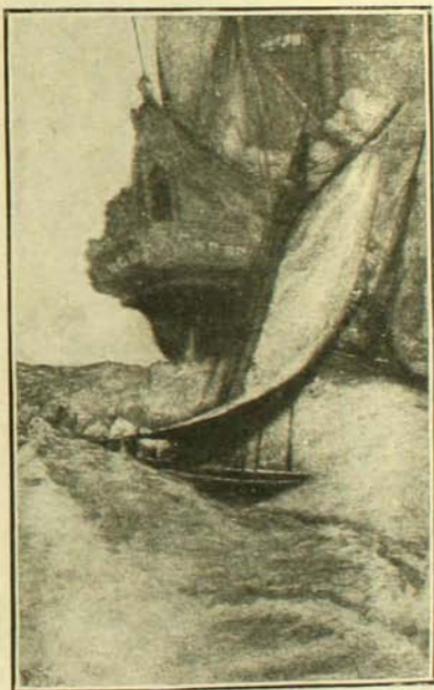
El trabajo de los cargadores de los muelles es de los más duros, y al mismo tiempo de los más irregulares que pueden imaginarse. Cuando hay un gran barco en el puerto, y se acerca la fecha de su partida, o cuando, por el contrario, llega un buque que sólo puede permanecer breves días fondeado, lo mismo se pueden trabajar seis horas seguidas que veinte, y aun se dan casos en que una cuadrilla de cargadores tiene que estar trabajando treinta y cinco horas sin comer ni dormir. En cambio, en cuanto el barco larga amarras, pueden venir dos, tres o más días consecutivos sin trabajo, y entonces es cuando el cargador vaga ocioso por el muelle, esperando que alguien le dé algún "cortecito", llevar un baúl o una maleta del muelle a la estación, salir a alta mar en una barca de pesca. El fletero, en suma, cuando no está en funciones, puede ser cualquiera de las mil y una cosas que puede ser un hombre de mar; pero ante todo y sobre todo es fletero. Como tal, nuestro hombre es verdaderamente digno de admiración. Su trabajo no sólo es rudo y precario; es, además, de una importancia que generalmente no se aprecia en su justo valor. Como que sin los cargadores de mue-

lle, lo mismo chilenos que franceses o rusos, "longshoremen" americanos, "camalotes", orientales o "culis" chinos, sería imposible el tráfico del mundo, y el comercio de las naciones todas vendría a parar en la más espantosa bancarrota.

Nuestro "roto" es el cargador por excelencia. Como fletero el chileno despliega muchas de sus preciosas cualidades. El fletero es el adorno y el complemento indispensable de Valparaíso, de Antofagasta, de Iquique, etc., etc., pone en la ruda labor su eterna nota de humorística alegría, él está siempre dispuesto a lanzarse al mar, él es nuestra raza: su abnegación, su va'or es constante

y sencillo; y él es también, en muchas ocasiones, en las rudas labores de los puertos la víctima modesta y callada de los dramas del mar.

Ultimamente, en la desgracia que asoló la bahía de Valparaíso, los servicios prestados por el cuerpo de salvavidas y su bote fueron inapreciables. Durante 64 horas que duró la horrible tragedia, el bote fué volcado dos veces por las olas, salvándose por milagro los celosos guardianes de las vidas que lo tripulaban. Esos rostros curtidos, esas caras serias, ese grupo con que honramos nuestras páginas, es compuesto de fleteros, de valientes y abnegados rotos chilenos de Valparaíso.



Un ataque a un galeón.



Sra. Victoria Pabete de Camano



Proveyéndose del pase para asistir a las sesiones.

## EN LA CAMARA FRANCESA

Por MONTESQUIEU



SIEMPRE despierta interés conocer entre bastidores los secretos del templo de las leyes, las intimidades de las Cámaras, de donde salen siempre en horas de prueba los proyectos salvadores y las grandes decisiones en bien de la patria.

La Cámara Baja Francesa, que cuenta con una de las más gloriosas tradiciones de prestigio de todos los países, va a sernos abierta de par en par, merced al influjo mágico de una palabra: "Prensa". Venid conmigo y os convenceréis. Llegamos al Palacio de Borbón, lugar donde funciona el Congreso, y que algunos irrespetuosos llaman jocosamente "Les Folies Bourbon". No creáis que hay aquí menos en que solazarse que en el Folies Bergere; penetremos entre bastidores y veamos.

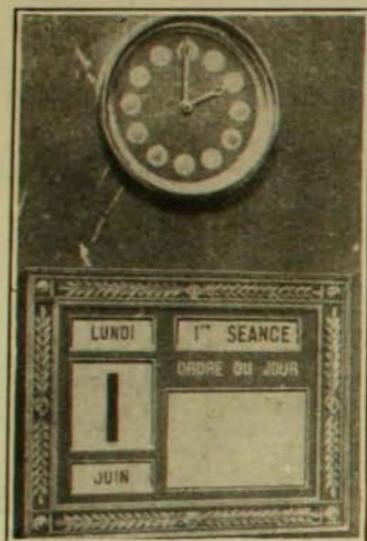
Para tener acceso es preciso mostrar en

la puerta el pase reglamentario; no se permite la entrada a cualquier profano; pero los lectores de Pacífico no son profanos y pueden pasar. Pasemos provistos de nuestra carta blanca.

Y ante todo, sabéis que hay de éstas no menos de 27 clases diferentes? Hay tarjetas para senadores, miembros del consejo municipal, ex-parlamentarios, diputados, periodistas, diplomáticos, etc., y otras para el público en general en las que a más del nombre del agraciado, va consignado el del diputado que dió la invitación.

Esta medida se toma desde 1893, cuando el atentado de Vaillant, el 9 de diciembre. En aquella ocasión no se pudo identificar al anarquista porque no se logró averiguar quién le había proporcionado su pase de entrada.

Y a propósito del atentado aquel famo-

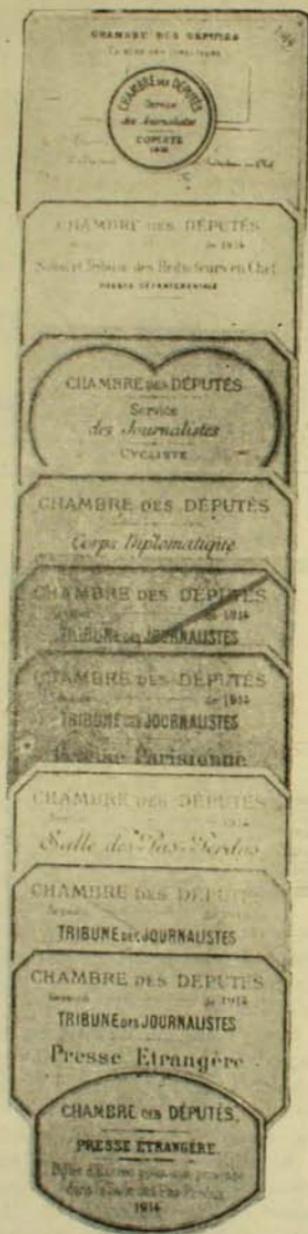


El calendario parlamentario.

so de Vaillant, ¿saben los que del atentado se impusieron, por qué éste no fué más espantoso? Sencillamente, porque la bomba estalló en el aire. Lo que fué debido a que una señora que estaba sentada junto al discípulo de Ravachol, y a la cual éste molestaba continuamente con sus movimientos, le dió, en el mismo momento de lanzar la bomba, un abanicazo en el brazo, con lo que se produjo la explosión y desviación de la máquina infernal.

¿Y la famosa frase del entonces presidente de la Cámara M. Charles Dupuy: "Continúa la sesión", que tanto prestigio le dió después en su carrera política? ¿Se creerá que tal frase no fué ni mucho menos tan soberana y heroica como se la imaginó? La explosión había producido un vacío tal de aire que la sala se vió invadida de repente por el polvo que caía de las columnas y las paredes; esto amortiguó de tal modo todo ruido, que no se oía casi nada y M. Dupuy, que no se había dado cuenta de lo que pasaba, creyendo que sólo había ocurrido la caída de un trozo de ornamentación, impaciente y deseoso de restablecer la calma, golpeó la mesa con su cortapapeles exclamando: "Vaya, vaya, señores, continuemos la sesión."

Y así se escribe la historia.

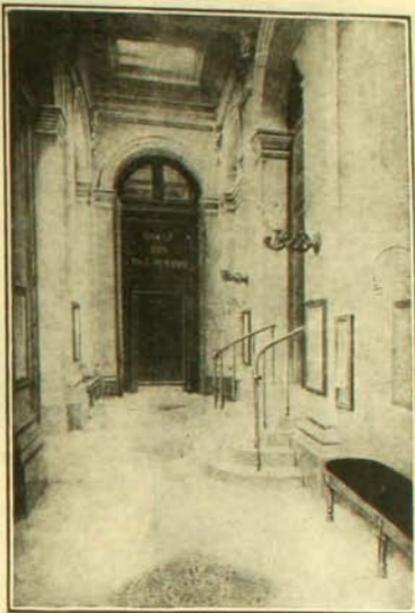


Diversas clases de pases y tarjetas de entrada al Congreso.

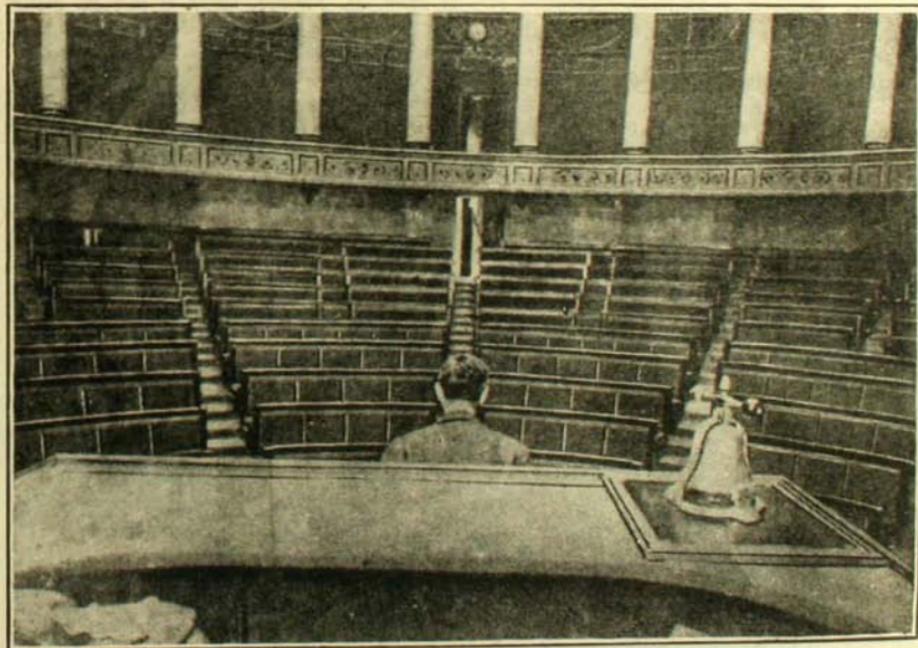
Pero entremos por fin. Ya estamos en la rotonda, a la izquierda, la escalera que conduce a las tribunas de la prensa, a la derecha el pasillo de la presidencia y al lado la célebre cigarrería del Palacio Borbón, donde se expenden por millones los famosos "senadores" y "diputados", esos cigarros que cuestan dos céntimos y medio y hacen las delicias de los provincianos. Aquí los "senadores" y "diputados" a ochenta y a peso hacen también las delicias de más de cuatro, ¿no es cierto?

A nuestro frente está la entrada a la Sala de la Paz, comúnmente conocida con el nombre de Sala de los Pasos Perdidos. Por todos lados mesas amplias, ante las cuales los redactores de la Cámara laboran sus informaciones, las noticias oficiosas, las nuevas sensacionales, los informes de las comisiones. De aquí parten siempre especialmente esos rumores, que todo el mundo comenta y que, a la inversa de lo que sucede con las imágenes vistas al telescopio, cuanto más se alejan más se agrandan.

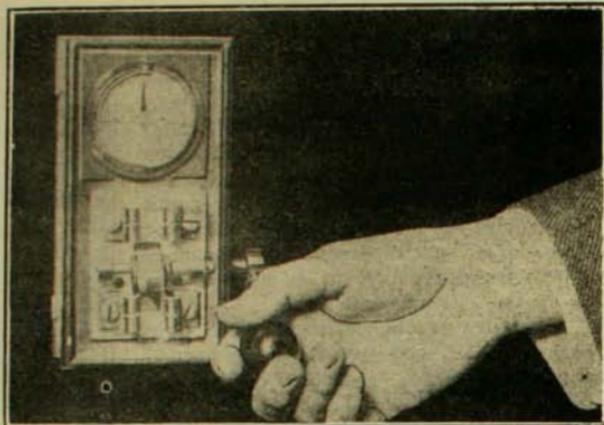
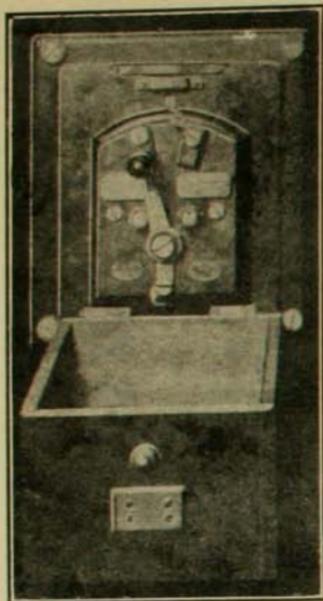
Penetramos por la puerta de la derecha;



La entrada a la sala de sesiones.



Lo que vé el presidente de la Cámara Francesa desde su sillón presidencial.



Timbre de alarma que funciona en casos de atentado o peligro.

ante nuestra vista se extiende una sucesión de salas interiores y en primer término, a la izquierda, la escalerilla que da a la sala de sesiones.

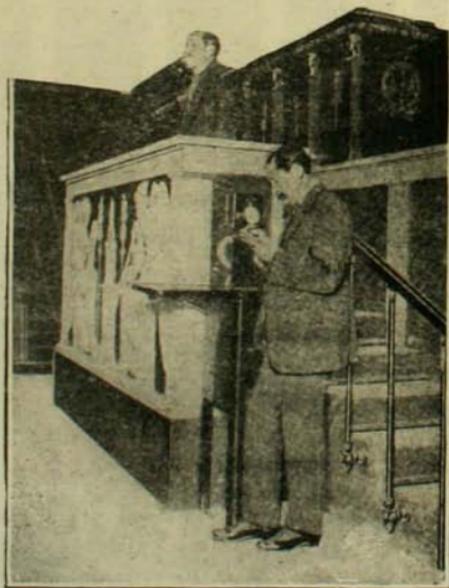
Ahora ya podemos considerarnos como privilegiados, pues cuando sesiona la Cámara, nadie que no sea diputado o senador o forme parte del personal administrativo del Palacio, puede llegar hasta esta sala.

Y hasta a los mismos senadores se les prohíbe pasar del bat-flanc, que pone límite al semicírculo, de lo que los senadores se vengán poniendo a los diputados la misma interdicción en el Luxemburgo. En realidad, la razón de este doble ostracismo estriba en el principio parlamentario de que "las dos cámaras son independientes". Por eso un Ministro senador, desde el momento que cae del poder, no puede ya pasar al hemiciclo de la Cámara.

Cuéntase a este respecto que en una crisis, uno de los Ministros, que pertenecía al Senado, notó al salir de la sesión, después del voto fatal, que había olvidado en su sillón ministerial el pañuelo de bolsillo; volvióse inmediatamente por él; pero el ujier, implacable, le impidió el paso...

Hémos ya en la sala de sesiones; mide

30 metros de diámetro por 16 de alto, y tiene, o tenía al menos ante de la guerra actual 602 asientos, a los que ha habido que agregar los de los diputados de las nuevas provincias redimidas. Los asientos están de dos en dos y cada cual tiene fijado el suyo. M. Faures, tenía el 87; M. Mille-



El taquígrafo toma un apunte al pie de la tribuna parlamentaria.

rand, el 168; M. Briand, el 470. Curiosa coincidencia: M. Barthou y M. Caillaux, formaban pareja y ocupaban los números 159 y 160. ¿Habría necesidad de decir que durante la sesión estos señores casi nunca ocupaban su propio asiento?

Este cambio de sillón dió lugar a veces a equivocaciones divertidas entre el público de las tribunas.

Cierto día, una señora quiso conocer al célebre hombre cañón, tan famoso entre los parisienses; quiso la casualidad que en el asiento de éste estuviese M. Alfredo Naguet, que era jiboso.

—Yo no me lo figuraba así, exclamó la dama, un poco desilusionada.

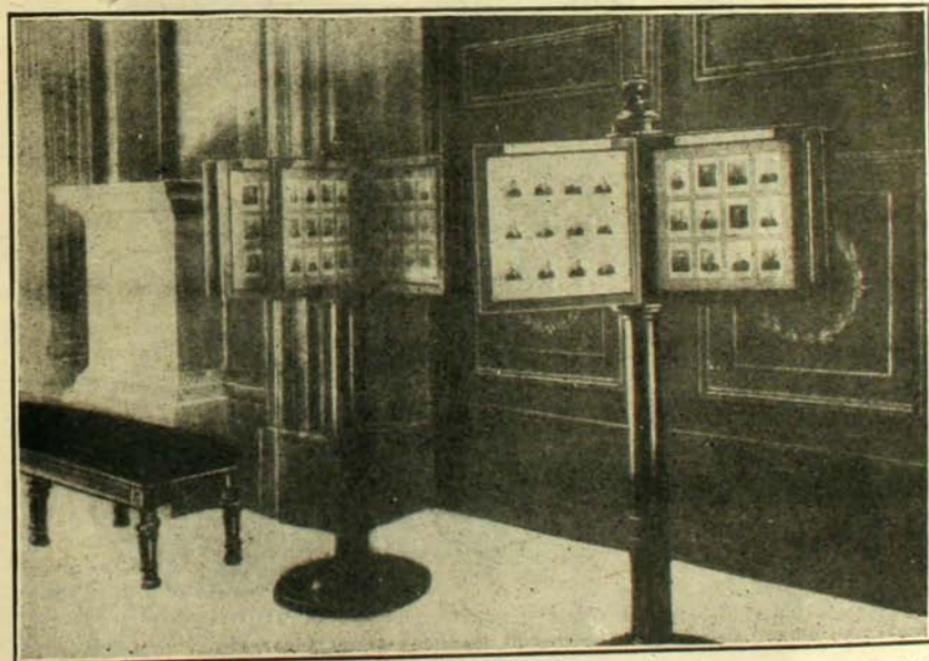
—Sí, sí, es él, sólo que debe haberse tragado la bala...

Pero comienza la sesión. M. Caillaux ha pedido la palabra, ha atravesado el pasillo de los sillones y sube a la tribuna. ¿Sabéis qué tribuna es ésta? Es la misma del consejo de los Quinientos. La misma ante la cual Napoleón Bonaparte dió su golpe de Estado.

M. Caillaux tose para despejar la garganta. ¡Atención! Comienza a funcionar la máquina parlamentaria. A la derecha del orador, un mozo de servicio se presenta con la bebida favorita. Cerca, detrás de la sala, en la cantina de la Cámara, hay una lista detallada, en la que consta que a Jaures, por ejemplo, le gustaba en tales casos la limonada; lo mismo a M. Briand; a M. Georges Berry le era agradable el ron; Millerand prefería el cognac, Caillaux, el oporto, Barthou el vino de coca.

A ambos lados de la tribuna los taquígrafos; delante, los redactores de sesiones, atentos todos a no dejar escapar una palabra del orador para reproducir en seguida su discurso en los cinco órganos de la prensa encargados de esta tarea: el "Proceso Verbal", el "Boletín", el "Sumario" el "Analítico" y el "Diario Oficial."

El "Analítico" se imprime en el mismo Congreso y sale momentos después de terminarse la sesión, y el "Diario Oficial" sale al día siguiente ya corregido, con las



Galería de retratos donde están permanentemente expuestos los de los diputados en ejercicio.

**1914**      **CARTE D'ABONNEMENT**      **1914**  
 Valable du 16 Décembre 1913 au 1<sup>er</sup> Juin 1914

Monsieur \_\_\_\_\_

**DÉPUTÉ**

**VOIE DES ADMINISTRATIONS**

LE DIRECTEUR

---

EST. ....

ÉTAT. ....

MIDI. ....

NORD. ....

ORLÉANS ...

PARIS-LYON  
MEDITERRANÉE.

N<sup>o</sup> \_\_\_\_\_

**AVIS**

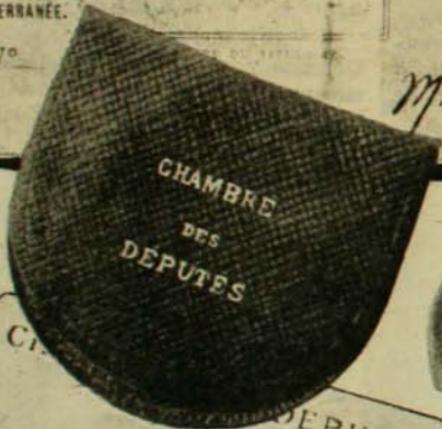
La présente carte est réservée aux titulaires de la Chambre des Députés. Elle ne peut être utilisée que par le titulaire des Agences des Administrations mentionnées ci-dessus. Elle sera retirée de circulation si elle est utilisée par un autre titulaire.

Le titulaire qui voudra à l'expiration de son mandat renouveler sa carte, devra adresser au Directeur un avis par lettre recommandée.

**NOTA.** — Dans les trains rapides, les places de luxe de première classe sont réservées de droit à nos titulaires. Les places de 2<sup>e</sup> et 3<sup>e</sup> classes seront disponibles, à la condition de payer le même supplément que les voyageurs payant des billets de 1<sup>re</sup> classe.

LE DIRECTEUR DÉLÉGUÉ

*M. Mithou*



**CHAMBRE DES DEPUTES**

**DÉPUTÉ**

1914

Documentos y carnet de identidad de un honorable.

enmiendas y observaciones que los oradores mismos han tenido por conveniente hacer. Por eso hay entre estas dos publicaciones diferencias tan notables a veces.

Terminado su discurso, el orador ha dejado la tribuna. Sigamos nosotros nuestra visita de inspección por el Palacio. Al salir de la sala de sesiones nos encontramos con la biblioteca. Bien provista. Tiene más de 400.000 volúmenes y preciosos autógrafos, como los de Juan Jacobo Rousseau. A la izquierda, la cantina, ese lugar de delicias, donde cree el vulgo que reina la orgía. Pero nada menos cierto. En primer término sabed que todos los diputados contribuyen al sostenimiento de la cantina con 5 francos mensuales; con los 602 diputados forman una suma de 3.010 francos al mes, o 36.120 francos al año. A más de esto, la cantina es como una especie de fonda de beneficencia; los bistecs, caldo, chocolate, café, sandwiches, panecillos, pasteles, etc., sobrantes no se guardan de un día para otro, sino que se distribuyen entre el personal de empleados, lo que contribuye una eficaz ayuda para estos modestos servidores. Por otra parte, la provisión de la cantina es muy deficiente. Los vinos son mediocres, y para tomar un regular almuerzo habría que acudir afuera.

Tal sucede cuando, en casos extraordinarios la Cámara sesiona de noche. El jefe de repostería tiene entonces que acudir al teléfono y pedir provisiones suplementarias, jamón, queso, salchichón, para que los diputados puedan comer un bocadito.

De la cantina corren curiosas anécdotas. Cuéntase que hace años, un diputado tenía la pícara costumbre de llenarse los bolsillos de panecillos. Un día Clemenceau, deslizándose

detrás del cleptómano, se dió maña para irle quitando todos los panes a medida que el otro los iba echando a su bolsillo. Años más tarde, aquel diputado, hoy ya muerto, M. Meliñe, quitó a Clemenceau su asiento en la Cámara, porque, por mayor edad, fué electo con igualdad de votos contra el Tigre de Francia, que ha dado hoy a su patria la salvación y la gloria.

Ya poco nos queda que ver. La Caja, una piececita bien modesta por cierto, a pesar de que hay meses que guarda más de un millón de francos de las dietas parlamentarias.

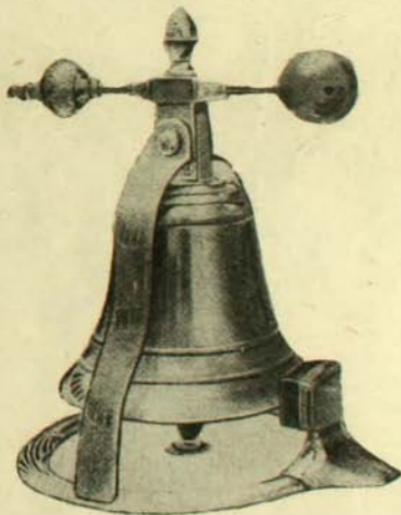
Y por último, atravesamos el gran patio de honor; una puerta nos conduce a los gabinetes telefónicos, donde más de un diputado, cuando la sesión languidece, ventila sus asuntos particulares con el exterior hasta el momento que el llamado presidencial los arranca de allí para proceder a una votación o dar quorum.

¿Pero qué es esa serie de roperos o armarios alineados, que parecen la estantería de un hogar? Es el guardarropa de los señores diputados, que invariablemente, por tradición, dejan siempre, al entrar a la sesión, su sombrero y su abrigo en su ropero correspondiente.

M. Thierry-Delane, diputado de l'Aube, utilizaba siempre su guardarropa para dejar allí encerrado su perrito, su regalón, al que no quería encomendar en manos mercenarias por temor de que le tratasen mal.

Y el perrito, manso y ya acostumbrado, esperaba tranquilamente en su escondite que su amo fuese a buscarlo, una vez levantada la sesión.

Símbolo elocuente, a no dudar, de la fidelidad electoral...



La campanilla presidencial.



Señorita INES DE LA JARA MONTT

# VIDA LITERARIA

## EN PLENA BOHEMIA

Por Enrique Gómez Carrillo

**A** CABA de llegar el libro 2.º de las memorias de Enrique Gómez Carrillo. Son los primeros ocho meses de su ya larga vida parisiense. Era el año 91 y tenía dieciocho años. El Gobierno de su país le había costado el viaje y dádole una modesta mensualidad para vivir allá. Para vivir es la expresión, porque él no iba a estudiar nada, no iba a ingresar a una Universidad, no iba a buscar un título profesional, ni iba a representar a Guatemala en legaciones, comisiones o congresos. Era solamente un escritor, un muy pequeño escritor, que necesitaba eso: vivir. Ya sabemos los intereses que ha dado esa pequeña mesada a Gómez y a su patria. Aquí no se comprendería el gesto del Gobierno de Guatemala: aquí a un literato se le comisionaría—si alguna vez se comisionara a un literato—para propagar el salitre.

Dice Gómez Carrillo que él tenía una idea algo vertiginosa y algo confusa, y muy falsa, de París. La cual idea habíala obtenido de libros franceses. Según ella, “las pasiones se mezclaban con las ambiciones, el interés se sobreponía al entusiasmo, las intrigas eran más fuertes que la fe, el anhelo de gozar, más intenso que el sentimiento del deber, la embriaguez del lujo, más generalizada que la serena calma de la vida de familia”. Es exactamente la misma idea que tengo yo, que tienen cuantos han leído a París, pero que no lo han vivido. Es la misma idea que se tiene de todo pueblo co-

nocido a través de su literatura, salvo Inglaterra. Y es que el tipo normal, la moralidad de costumbres, no suele hacer el libro más interesante. Ni es el buen ejemplo ni el fin moralizador el verdadero fin del arte. Solamente los ingleses han confundido ambas cosas. No sabría decir si a éstos o a los otros debe mayores bienes la humanidad.

Pues, llegó Gómez Carrillo a París. Y a poco de estar allá, casi se vuelve. Una media docena de paisanos suyos, que estudiaban medicina,—espíritus positivos, o filisteos, o burgueses, según suele llamárseles—le dieron a conocer primero y le pintaron después, un París muy poco literario y muy poco galante. El café en que se reunían, la pensión en que vivían, de un sabor muy provinciano, algo escolar y sumamente aburrido, provocaron en él sensaciones de tristeza y desconsuelo infinitos. Y luego, uno de ellos, el doctor Toledo, le dijo, sobre poco más o menos:

—Ud. se figura que aún estamos en tiempos de Murger... Hoy esos tipos de mequinas y esas muchachas mal vestidas, ya no se ven sino en algunas cuevas de la plaza San Miguel, donde todavía se reúnen unos cuantos locos que se creen poetas... La bohemia es un pretexto para que los incapaces y los holgazanes disfracen sus vicios y su sordidez con harapos novelescos... Ahora las musas del Barrio Latino, lo mismo que las de Montmartre, hacen de las

sonrisas un comercio. Aquí no sólo el tiempo es oro. Todo es oro. El talento es oro, el amor es oro, la belleza es oro, los besos son oro. Lo único que debemos desear es tener dinero, mucho dinero, puesto que, en resumen, no hay nada que no se venda...

La vida que llevó después Gómez Carrillo debía borrar esa imagen antipática, para bien de nosotros sus lectores de hoy. Muy pronto hallóse una Mimí encantadora que lo mezcló a la vida bohemia de Verlaine,



Enrique Gómez Carrillo.

de Moreas, de Oscar Wilde. Se llamaba Alice y era empleada del Louvre. Vale la pena oír lo que ella dijo sobre la bohemia parisienne, antes de que la conociéramos en su amable realidad:

—La bohemia existe aún como en los tiempos de Murger. Lo que no existe ya son los trajes aquellos de las estampas de hace treinta años. Ya no hay anchos sombreros de fieltro, ni amplias corbatas flotantes, ni levitas ajustadas, ni pantalones de terciopelo, ni chalecos abiertos hasta la cintura. Ya ni las melenas, ni la pipa son de rigor. Pero fuera de estos detalles de

indumentaria, los bohemios existen hoy como existieron ayer, como existirán mañana. Porque la bohemia no es ni una fórmula de vida, ni una disciplina literaria, ni un alarde momentáneo de desorden. La bohemia es sencillamente la juventud pobre que se consagra a las artes y que lleva su miseria con orgullo. El nombre podrá cambiar. La cosa no. Todo aquel que a los veinte años se siente atraído por la poesía, por la pintura, por la música, y renuncia, con el único fin de cultivar su arte preferido, a las dulzuras de la vida familiar, y se lanza a la conquista quimérica de la gloria, y se expone temerariamente a la miseria, es un bohemio. En cualquier pueblo hay bohemios. En París son tantos, que forman un verdadero reino con costumbres especiales, con un aire singular, con un prestigio colectivo que los llena de orgullo...

Cierta tarde, Alice lo invitó a conocer al rey de los bohemios. —Es un gran poeta—le dijo. Ese gran poeta—interrumpió el doctor Garay, otro guatemalteco—no es sino un gran borracho, que bebe el ajenjo como si fuera agua. Y no hay manera de probarle que se está matando. Un día, en el hospital, uno de los profesores hizo llevar un cerdo, y delante de nuestro poeta lo mató dándole una inyección de aceite esencial de ajenjo. —Esto demuestra—dijo muy serio el poeta—una cosa que ya sabíamos todos: que el ajenjo no está hecho para los cochones...

Encontraron al rey de los bohemios en un café casi desierto, ornado de armaduras de acero que se erguían lanza en ristre en los ángulos. Delante de una mesa, leyendo un periódico, estaba un hombre extraño, "calvo, barbudo, de faz leonina y socrática". El doctor Garay se apresuró a presentar a Gómez Carrillo: —Un escritor de mi tierra—le dijo. —Je m'en fou de tes écrivains—repuso el viejo. —Es un literato de porvenir—atreviése a decir Alice. —¿Literato...? Tant pis...! Yo he soñado en ser juez... o mejor consejero de Estado... sí, eso es... consejero de Estado... y ponerme una levita a la Feycinet, y un sombrero de copa... ¡ah! qué hermoso sería yo así, marchando majestuosamente... así... Y apoyándose en un garrote dió en pasear-

se por el café... Gómez Carrillo le creyó poeta desconocido, agriado por la falta de éxito... —¿Quién es él?—preguntó al salir. —¡Paul Verlaine!

Otra noche, bebían Gómez Carrillo y Verlaine. —Yo pago, dijo este último, extrayendo de sus bolsillos, de entre un lío de papeles sucios, un billete de cien francos. ¡El oro inglés!—continuó,—he vendido un soneto sobre Milton para un periódico... Catorce versos divididos entre cien francos... ¿a cuánto resulta el verso...? ¿Y sabe Ud. cuánto me dieron por otros versos mejores, escritos en honor de Calderón de la Barca? ¡Un duro!

\*\*\*

A Moreas le conoció Carrillo en su propia casa. Golpeó en la puerta de su dormitorio y oyó que le decían: "adelante". Penetró en la pieza oscura y... —Perdóname si le recibo en cama—dijo la misma voz; yo no suelo madrugar. No averiguó ni quién era el que entraba ni qué objeto le llevaba hasta él, y le preguntó la hora, le dijo que le esperara unos diez minutos, y que saldrían a pasear juntos... En la penumbra, logró Carrillo ver el desorden de la pieza: en el suelo la camisa formaba una amplia mancha blanca, sobre la mesa redonda veíase un paraguas, unos cuantos libros y unas pocas hojas de papel...

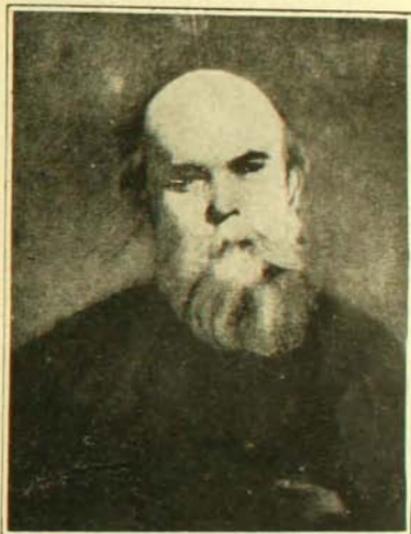
Ya de camino, lo interrogó acerca de su persona. Y al saber que Carrillo era de Guatemala: —Eso es de la América española, naturalmente... Guatemala, Venezuela, Paraguay... Confundo todo... La geografía no me interesa... Nada me interesa... —¿Y la poesía? —Tampoco. Fuera de Raymond de la Taille y de Maurice Duplessys, no hay un solo poeta vivo... —¿Y Verlaine...? —Sería muy largo explicarle... —¿Y Mallarmé...? —Es un buen amigo... —Usted, sin embargo, como fundador del Simbolismo... —¿El simbolismo...? Eso fué una broma... ¿Qué es el simbolismo...? No lo he sabido nunca, a pesar de haberlo inventado yo mismo...

Luego preguntó a Carrillo si no le encontraba cara de español. Dijo que hasta había tratado de aprender el español para traducir a Calderón en compañía de Ver-

laine. Pero, sucedió que entre los dos juntos no sabía ni veinte palabras de castellano. Lo único que lograron traducir fué el nombre del poeta: Claudron du Bateau. De Cervantes dijo que le tenía por un modelo perfecto de galanura griega, de gusto clásico. —Yo lo leo todos los días...

\*\*\*

El entusiasmo que sentía entonces Gómez Carrillo por las letras le empujaba a seguir por las calles a los grandes litera-



Paul Verlaine

tos de aquella época. Así, a Teodoro de Banville... "Lo encontré una tarde,—dice,—a la hora rosada del crepúsculo, en los jardines del Luxemburgo, inmóvil ante un cisne que bogaba en las aguas verdes del estanque... Luego, tomando un sendero oloroso a rosas, echóse a andar, lentamente, con las manos detrás de la espalda... Todo, en sus ademanes, en sus labios, en sus pupilas, denotaba la bondad y la bienaventuranza. Sus pasos eran menudos. Su nariz breve, respiraba con alegría los efluvios autumnales de la tierra. En su perfil imberbe, había algo de irónico, algo de dionisiaco y algo de monacal".

Otra vez fué a Leconte de Lisle: "Era

él, con su monóculo, con sus melenas blancas, con su rostro afeitado, con sus labios finos, sinuosos, crueles... Marchaba lentamente, desdeñosamente, magníficamente. La gente volvíase hacia él, con respetuosa curiosidad. Las mujeres lo señalaban con el dedo... ¡Ah!, aquellos tiempos, ¡cuánto más literarios que los actuales! Entonces, un gran poeta inspiraba en la calle muchísima más curiosidad que un general de uniforme, casi tanto como una mujer bonita...

Más tarde, tocóle el turno a Renan. Por entonces, las damas del gran mundo peleaban por exhibirle en sus salones. Circulaban tarjetas que decían: "La princesa de X... ruega a su amiga H... se sirva venir a tomar una taza de té para ver a M. Renan"... "Contemplando la estampa caricaturesca de aquel maestro,—dice Gómez Carrillo,—y sus mofletes escarlata, y sus manos adiposas que colgaban a los lados de la levita notarial, y su sombrero de copa, que le entraba hasta el co-

gote, y su enorme panza que se movía a cada paso con rítmicos vaivenes de odre lleno; examinando los movimientos de aquella especie de Falstaf que marchaba, distraído por la rue Saint-Jacques, tuve, no sé por qué, la idea de que el gran historiador enigmático, no era, en realidad, más que un escritor ingenuo y docto que, como Pilatos, se lavaba las manos después de confirmar las sentencias dictadas por la ciencia... Lo extraño y lo encantador del caso, era que siempre pareciera lavárselas en agua bendita...

\*\*\*

¡Oscar Wilde! Le llamó la atención su estampa gigantesca y risueña, le atrajo su sonrisa de dientes muy largos y su mirada de ojos húmedos... Entre otras cosas, dijo no conocer a Verlaine: "Le admiro en sus obras como al Creador; pero no quiero conocerlo porque me han dicho que es *affreux*... Y un hombre feo, como aseguran que es el poeta de *Sagesse*, un hombre chato, calvo, con barbas hirsutas, y muy sucio, muy sucio, me inspira más horror que un monstruo... El primer deber del hombre, es ser hermoso..." Wilde se creía un Narciso, sin serlo. Era un inglés apoplético, igual a muchos ingleses. Por lo que hace a su indumentaria, he aquí lo que dice Lord Douglas: "El Wilde que yo conocí consistía en un sombrero de copa luciente, en una levita impecable, en un pantalón a rayas y en un par de botines de charol. Agregad un bastón con puño de oro y un par de guantes de Suecia grises, tal era el hombre". Años más tarde, cuando hubo salido de la cárcel, Carrillo le encontró sin chaleco, con un sombrero viejo... —Sufro más de no poderme vestir y de no tener cigarrillos del Cairo—le dijo,—que de no cenar a mi gusto.

Oscar Wilde era un gran conversador, y tan legítimo, tan igual a todos los conversadores que habitan el mundo, que no soportaba que otro hablase en su presen-



Oscar Wilde.

cia. Hablaba siempre en parábolas. (1) Y su afán era el de ser original. Esto, porque no lo había sido mucho. Una noche, al terminar el quinto o sexto de esos poemas hablados, Moreas, aburrido, exclamó: —Ya hemos oído eso, cien veces, en todas las lenguas... Antes, en un salón londinense, como dijera Wislensky una frase ingenio Wilde quiso alabarle: —¡Oh! ¡esa es una frase que yo habría querido hacer...! —Tranquilízate... Ya la harás,—le respondió el otro.

\*\*\*

Yo quisiera haber despertado alguna curiosidad por este libro. Con ello habría hecho un día más, un día amable de mi vida literaria. Todo está dicho en él con galanura, con sinceridad, con simpatía. Gómez Carrillo sabe manejar el yo que no molesta, que es hábilmente modesto, el yo que escucha, que pregunta, que provoca el ingenio de los demás. Es el único yo soportable; es la única manera de hacer memorias, de decir algo personal. Y no es fácil. Hay que saber manejar el amor pro-



Ernesto Renán.

pio, ahorrar orgullo, y quitarle el cuerpo a la vanidad, que es imbécil.

VICTOR SILVA YOACHAM

(1) "En la Sala del Juicio Final se hizo un gran silencio, y el hombre, desnudo, compareció ante Dios.

Dios abrió el Libro de la Vida. Y dijo al hombre:

—Tu vida fué mala. Fuiste cruel para con los que reclamaron tu socorro, y agrio, y duro de corazón para los que necesitaron de tu auxilio. Los pobres clamaban hacia ti y no los escuchaste, y tus oídos se cerraron al clamor de mis afligidos. Te apoderaste de la herencia de los huérfanos y soltaste raposas en los viñedos de tu vecino. Arrebataste el pan a los pequeños para dar de comer a tus perros; arrancaste al leproso de la paz de sus hangares para arrastrarlo por las calles, y sobre la misma tierra de que te formé derramaste sangre de inocentes.

El hombre dijo:—Es verdad, eso hice.

—Tu vida fué mala. La belleza que yo puse en todas partes fué objeto de tus investigaciones, pero el bien, que dejé oculto, no mereció tu solicitud. En los muros de tu alcoba había imágenes, y del lecho de tus abominaciones te levantabas al son de las flautas. Y elevaste siete altares a los Siete Pecados que condené; consiste de lo que no debías, y sobre la púrpura de tus vestiduras hiciste bordar los tres signos de la Vergüenza. Tus ídolos no eran de oro que aura, ni de plata, eran de carne que perece. Derramaste perfumes sobre sus cabellos y sus manos maceraste con aromas. Con antimonio pintaste sus párpados y con mirra ungiste sus cuerpos. Al Sol mostraste tu vergüenza y a la Luna tu locura.

Y el hombre dijo:—Es verdad, eso hice.

Por tercera vez Dios abrió el Libro de la Vida. Y dijo al hombre:

—Tu vida fué mala. Pagaste el bien con el mal, el beneficio con el daño. Despreciaste los senos que te amamantarón y heriste las manos que te dieron alimento. Volvieron sedientos los que vinieron hacia ti por agua, y a los proscriptos que por la noche te ocultaron en sus tiendas, los traicionaste antes de llegar la aurora. Al enemigo misericordioso le tendiste tu celada, y por treinta dineros vendiste al amigo. Y en cambio del Amor que te brindaron, tú diste el Deseo.

Y el Hombre respondió:—Es verdad, todo eso hice.

Dios cerró entonces el Libro de la Vida, y dijo:

—Seguramente te enviaré al infierno. ¡Oh, sí, al infierno te enviaré!

Y el Hombre exclamó:—¡Señor, no puedes!

Y Dios dijo al Hombre:—¿Por qué no podré enviarte yo al infierno?

—Porque en el infierno viví siempre—el Hombre respondió.

Y en la Sala del Juicio Final se hizo un gran silencio...

Después de un instante Dios habló, y dijo al Hombre:

—Pues que al infierno no puedo enviarte, irás al cielo. Seguramente te mandaré al cielo. ¡Sí, al cielo te enviaré!

Y el Hombre volvió a exclamar:

—¡Señor, no puedes!

Y Dios dijo al Hombre:

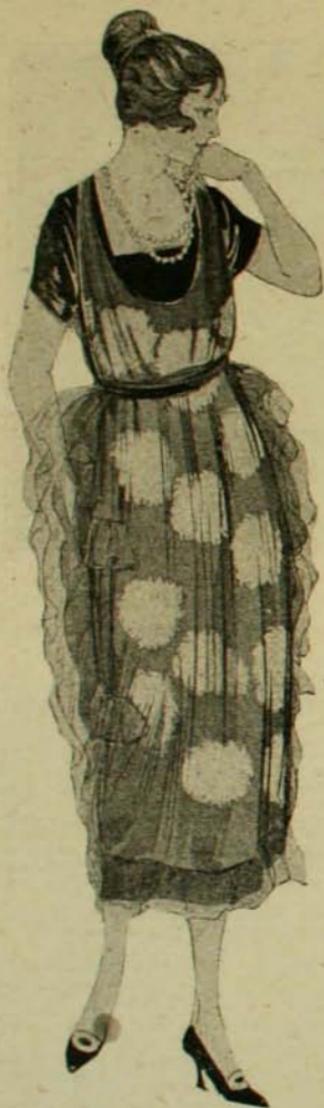
—¿Por qué no podré yo enviarte al cielo?

—Porque nunca en parte alguna fui capaz de imaginármelo—respondió el Hombre.

Y por segunda vez en la Sala del Juicio se hizo un gran silencio.

# ELEGANCIAS

Por JEANNE



Traje de comida. Falso de raso negro, tónica de tul negro bordada con grandes crisantemos rojizos.

LOS trajes se complican, por desgracia: paniers, vuelos, sesgos, ruches de cinta, flecos y por sobre todo eso mucho bordado. Los modistas parisienses, como buenos patriotas, quieren dar salida a muchas cosas que la falta de fletes dejó almacenadas y



Paquín.

se ingenian para lanzarlas como novedad, y por acá en nuestras tierras muchas in-



Traje en crepe de China, adornado con piel de mono. Lo firma Cheruit.

cautas acogen alborozadas y servilmente el cambio. ¡Cuidado con el recargo de adornos!

Se llevan mucho y son muy graciosas las grandes capelinas adornadas con flores campestres y con éstos los trajes de linón, velo, organdí o muselina.

Los velos bordados con dibujos chinoscos algerianos, búlgaros originales y de hermoso colorido, pero esos trajes así bordados conservan la línea sencilla de la "robe chemise", sin exagerar el negligé y se atan con solo una cinta o un cordón de cuentas.

Doy algunos modelos llevados en París y enviados a América por los agentes de los grandes modistas, pero al mismo tiempo quiero advertir que esa locura por los velos y paniers ha pasado un tanto y que la nueva tendencia se inicia más tranquila y menos extravagante en esos efectos de crinolina, pues las elegantes se han convencido pronto que esos paniers no podían agradar ni embellecer y que sólo eran tolerables en trajes de tul, de encaje, velo o telas muy delgadas que no dañaran la esbeltez de la silueta que tanto gusta.

Por lo tanto, en París se ha vuelto a adoptar en las faldas la línea más o menos derecha sin que esto impida que la falda lleve recogidos cuando no es plisada, drapeada y cortada en paños que caen independientes, y la famosa frase del verano parisiense "voluminoso en las caderas", que se imponía como un desafío a los costumbres anteriores y al instinto de elegancia, va perdiendo su autoridad.

Lo que más se lleva son paños sueltos en forma de delantal o manto en la espalda, que alargan la silueta, drapeados, flexibles, apegados como cayera una tela mojada sobre una estatua, las quillas y también las túnicas.

Algunos detalles.—Las mangas son en general cortas y sencillas, pero





En el No. 1 Premet nos ofrece un lindo traje de "panécla" rubí. La túnica de encima forma paniera y está bordada con azabache. El 2, que es de sarga, adornado con plisados y cinturón de cuentas de madera.

las largas se llevan mucho de otro género que armonice, por supuesto, y muy bordadas. He visto un traje verde con mangas de terciopelo negro bordadas con oro. Los bordados continúan siendo el adorno más elegante y refinado. Se hacen con lana, seda, metal y perlas, pero cada día en dibujos más originales y caprichosos.

Las cintas se usan con furor; anchas y angostas, como velos planos, plisadas o en ruches.



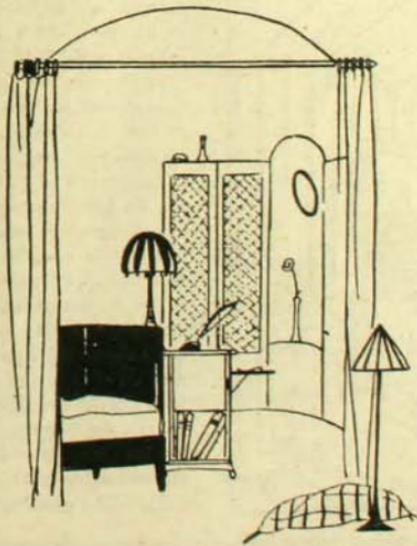
## EL ARTE EN EL HOGAR

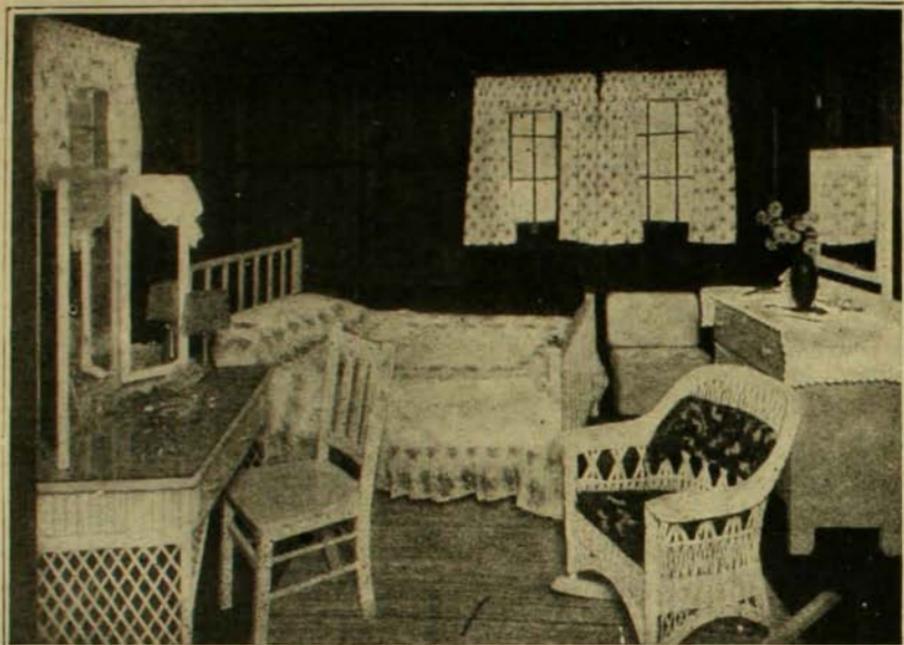
**A** la hora en que escribimos, es ya tema primordial de las conversaciones la iniciación de la temporada veraniega. Tema amable, mas no exento de complicaciones y que ha de ser visto en un aspecto de consideraciones materiales.

No exento de complicaciones, decía, porque el éxodo de la capital cuando es al campo, significa una serie de preocupaciones que si bien de índole material, encerrarán en gran porción la fuente de la alegría y del bienestar. Y digo cuando es al campo, porque el veraneo en los balnearios tiene ya su carácter consagrado de

existencia poco desemejante a la vida capitalina, como que en ellos se prolongan los rigorismos del formalismo estrictamente social y aun se intensifica con los refinamientos que imponen el ambiente.

Otra cosa es la temporada veraniega en los sitios campesinos; tiene, por decirlo así, una fisonomía distinta cuyo principal relieve lo presta el ambiente de familia, casi diríamos de hogar abierto a la naturaleza y que por esto mismo hace más primordial cuanto respecta a la instalación. Un rol especial entran a desempeñar los invitados de cada





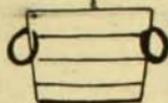
familia, hacia los cuales fluyen por una u otra razón los esmeros y deferencias de que han de hacerse objeto. Los integran en cierto modo a la existencia de aquellos a quienes debe la gentileza de ser invitado y se impone por lo tanto, que la impresión que lleven les sea perdurablemente grata, no tan sólo desde un punto de vista emotivo sino que también desde el del confort.

Quien sea el huésped, habrá para él horas en que abstraído al común tren de la vida veraniega, estará entregado a las cavilaciones o ensoñaciones; esas horas serán aquellas que transcurran en la tranquilidad de su departamento y éste ha de serle, de consiguiente, tan propicio a su espíritu y a sus exigencias como el aire puro que vigorizó en el día sus pulmones en la cabalgata a través del campo decorado con la maravilla del paisaje, tan propicio y grato como las delicias de la buena mesa o la causerie evocativa y amena de las sobremesas.

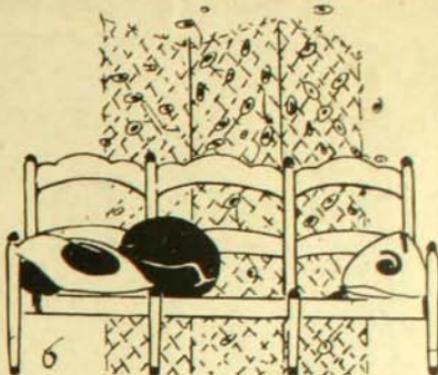
Hay que preocuparse, por lo tanto, desde



ahora, de cómo amoblar una pieza o modificar otra para que todos, la familia y los huéspedes, gocen plenamente de esos días de reposo. Lo esencial es hacer amable el rincón que habitamos, ya esté en la ciudad o en el campo, y ya sea sencillo o lujoso; que haya siempre armonía en el todo, confort en los muebles, belleza en los detalles.



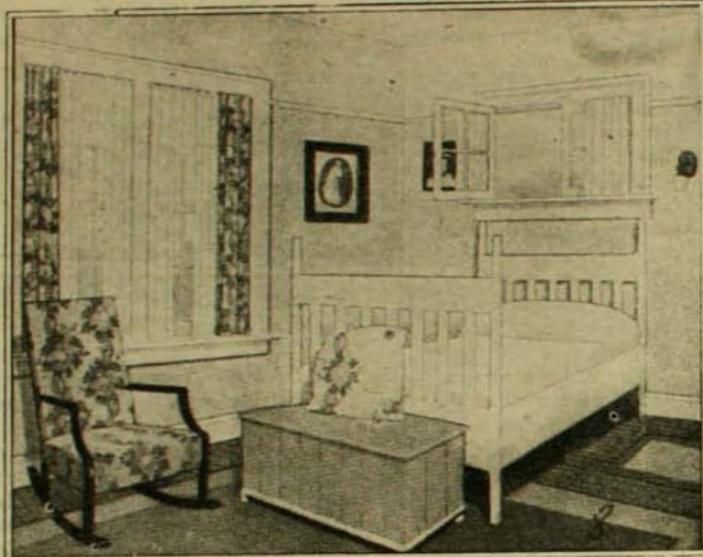
Voy a daros algunas ideas cuya realización económica pueda estar al alcance de muchos. No necesito repetir que la casa de campo rechaza la suntuosidad; exige sí, esmero en los detalles que en todo momento proporcionen comodidad. En la crónica del mes pasado ofrecí la descrip-



ción de un comedor para casa de campo, sencillo y elegante en su originalidad, y con gusto doy otro ahora.

Todo lo de madera de la pieza, zócalo, puertas, plafond, etc., se pinta en un gris azulado con una lista azul pavo real. Las paredes se cubren de arpillera gris, rayada con gris más obscuro, las cortinas, derechas y amplias, y los cojines se hacen de la misma tela; en los últimos y aun en las corti-





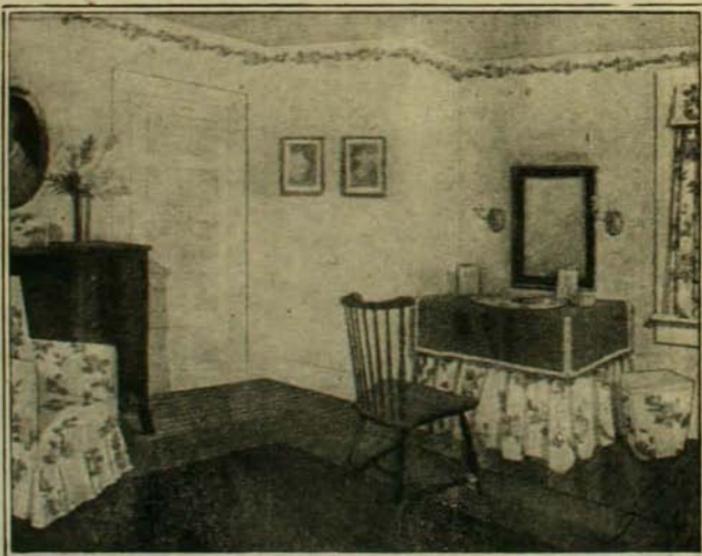
y blanco. En las paredes unas repisas maceteros que se llenan de flores de color vivo, tachos de cobre o plata vieja, etc.

Mesa redonda con un lindo paño largo y angosto de granito bordado de colores fuertes, dos candeleros de cobre (los he visto muy bonitos en las casas de campo de Chile) con pantallas azules o rojas, etc. Puede hacer cosas de muy buen gusto y útiles

nas se pueden poner flores de cretona que se aplican con una puntada de filete. Como les una mujer que ame su hogar. Se puede hacer también el mismo comedor com-

muebles, un buffet, una repisa ancha y larga, mesa, sillas de paja, todo de madera blanca y líneas muy sencillas. Estos muebles se pintan con azul pavo real con vivos grises. Las puertas del buffet se suprimen y se ponen en su lugar unas cortinas de arpillera gris y ramos de rosas de cretona.

Visillos de muselina blanca fileteada de azul. En el suelo un linoleum que imite mosaico, en negro



binando los colores gris y rojo chino o verde esmeralda y negro.

Es fresco y nuevo, cómodo y bonito este arreglo de salón para la casa de campo, que estoy segura encantará a más de una de mis lectoras.

Las maderas pintadas en amarillo limón no muy vivo; en las paredes papel que imite mármol gris; los muebles en la forma más rústica, anchos sofás, blandos sillones donde uno puede como enterrarse a leer, charlar o soñar... sillas cómodas, sillas de balanza, todo pintado de gris pálido y amarillo; grises también los cojines con adornos amarillos.

Detrás de los sofás y las sillas agrupadas se colocarán biombos de dos o tres hojas, hechos de listones que formen rejilla y se pintan gris y el fondo de tela amarilla, aunque prefiero éstos forrados en cretona y con flores amarillas. Cortinas de tela amarillo limón pintadas con listas grises formando rejilla. Visillos de gasa o tul gris atados al centro con cintas amarillas. Para animar este conjunto, se ponen en pisitos de madera de diferente altura y pintados de gris, vasos de cristal de pie alto, pero donde puedan ponerse muchas flores de colores resaltantes.

Se tamizará la luz con una de esas pajas de paja pintada de gris con un fondo de seda amarillo sostenida con cintas grises

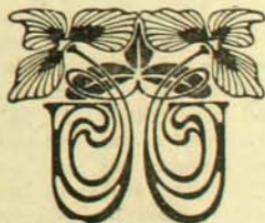
y amarillas y en los bordes foquitos de diversos colores. En el suelo, un tapete japonés de paja en color natural con dibujos de tonos vivos.

Para completar este arreglo original puede hacerse también una pantalla como lo indica el grabado N.º 7, que imita naranjas con sus hojas.

Las casas de campo antiguas tienen por lo general, piezas muy grandes que desconciertan al pensar en amoblarlas. Se pueden dividir como en el grabado N.º 5 y quedan encantadoras. En una varilla de fierro o madera se cuelga una cortina de velo de un color que armonice con el papel o listado que es de gran efecto. La parte dormitorio tiene una cama, cómoda, silla, etc., y en la otra que sirve como salita, se ve un escritorio, mesita de té, sillones cómodos. Esta disposición es a la vez práctica y coqueta y cuantas lindas combinaciones más se pueden idear para hacer agradable y provechosa esa temporada de verano en vuestros fundos.

Aquí encontraréis en los grabados 1, 2, 3, un amoblado moderno de una casa de campo. Todo en él es delicado y cómodo.

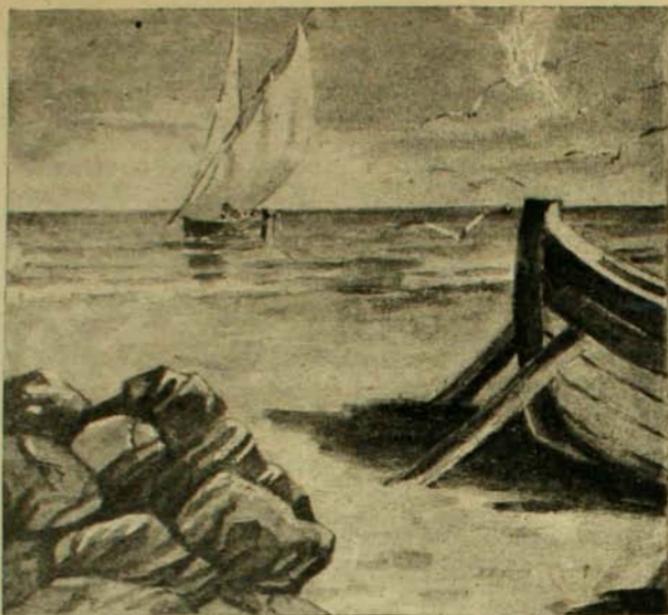
El salón que indica el N.º 2 con linda vista al bosque, es acogedor y fresco y un interesante modelo de arreglo armónico. La casa de campo os espera, queridos lectores. Embellecedla.



# Puerto mayor

(por)

# Mariano Latorre



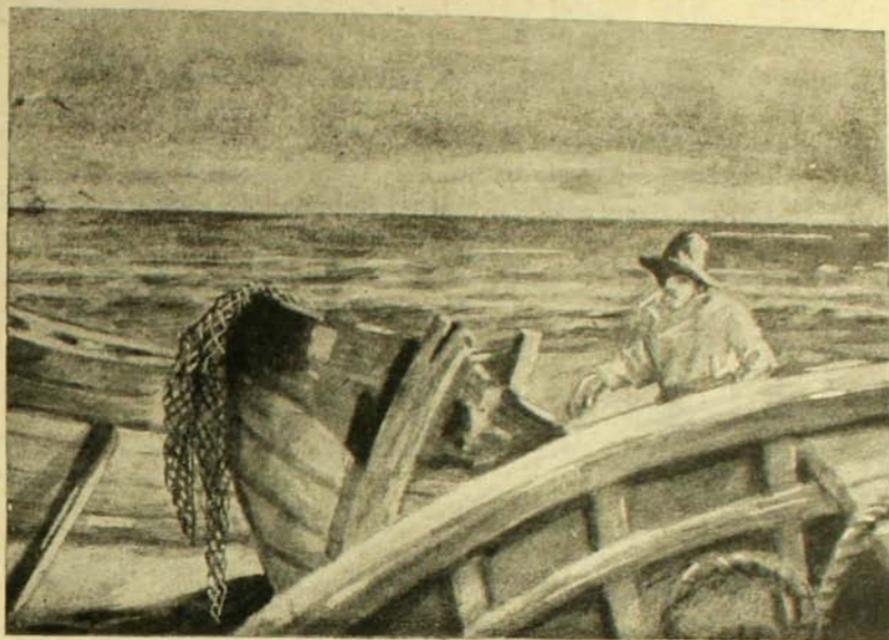
## HISTORIA DE UN MONO DE BRONCE

**V**AIS a oír un cuento auténtico del terruño; es maulino y peculiar como las lisas de Carreño, como los guanayes de las lanchas fluviales, como las bravuras indómitas de la barra o como el pescado frito o el guiso de luche en las mesas de los prohombres maulinos. Os lo voy a contar sencilla y modestamente: en el interior de mis recuerdos viven y se agitan los personajes con vida real y clarísima y el pueblo y los hombres los veo como si hubiese vivido en aquella época.

Aparece el pueblecillo costanero agitado por una vida extraña: su caserío es insignificante para la vida que hierva en sus calles coloniales, en su río tranquilo y azul, repleto de bergantines, goletas y vapores de rueda. Veo la abigarrada arquitectura de sus casas, chalés ingleses con cuidados jardinillos, casonas españolas de interminables corredores, blancas villas de alemanes con sus tinglados frontis de madera y casas chilenas, sin tradición y sin estilo, simples y enormes con su palo de bandera termina-

do en una lanza, que arranca como un índice del tejado musgoso.

Esta acumulación de viviendas da al pueblo una irregularidad pintoresca. Las calles rectas prolongan su perspectiva peculiarísima hasta terminar en las masas amontonadas y chatas de los montes costeros, donde el hirviente mar abate sus cóleras; o en la orilla del río, donde como una marea de mugre se amontonan las basuras del pueblo: pero más allá de esa mancha gris que en competencia escarban jotes y perros, la ría quieta y límpida pone al poblacho un cinturón azul que suele cubrirlo la masa de un vapor o la vela de una lancha que va hacia el Norte. En aquella época debió ser un bosque de mástiles, cuajados de cordeles y roldanas, pues el Maule era puerto mayor: la marea de cereales que bajaba en numerosas lanchas de las provincias de Talca, Linares y Ñuble desbordaba en las bodegas estacionadas en la orilla, sobre macizos malecones de piedra y cemento; y la población se amontonaba alre-



dedor de ellas en ese extremo del pueblo frente a la isla, invadiendo el agua las casuchas miserables sobre pilotes negruzcos y sucios. Era esa una congestión característica: a la orilla de los ranchos había escuadras de botes amontonados como un cardumen de peces, buques a medio construir con sus cuadernas desnudas, lanchas cargadas de rodelas de leña, cuchitriles de lona destramada sujetos por una pértiga de maqui, en cuyos rincones las sandías manchaban las sombras con su verdoso pellejo de reptil, muchachos que se bañan o reman alocadamente en un botecillo minúsculo, fleteros que esperan al veraneante bobalicon o al campesino que quiere trasladarse a la otra orilla, cargadores que comen una sandía, aún con su saco de harina en la cabeza, a guisa de capuchón de fraile, o guanayes que con el agua a media pierna tapan los agujeros de su lancha plana.

Vive con intensa y viviente realidad el terruño amado en medio de mis recuerdos. Junto a esas calles de casas bajas y sucias pasan perfiles característicos y queridos: capas españolas, crespas patillas vascas o rojas fisonomías de ingleses, macizos corchachones germanos o rudezas indígenas de los hijos de la tierra.

El pueblo sería, sin duda, feo e irregular, con el amontonamiento de sus viviendas sin arquitectura, si en los solares del fondo no creciesen los árboles frutales en enmarañado apretujamiento, saliendo muchas veces por encima de las tapias sin tejas, racimos de rosados duraznos.

Esa nota verde, limpia constantemente por la humedad flotante del ambiente marino, borra con abundante verdor los techos negruzcos, rezumando humedad, las telarañas de los aleros, la sucia y mal oliente nota de los gallineros, las tablas podridas de algunas casas criollas o las paredes medio deshechas donde el maquiavelismo de la propiedad puso vidrios puntiagudos para librar las frutas o las gallinas de la rapiña de los porteños.

Os voy a contar la historia, ya que conocí el teatro. Ante todo, venid conmigo por la calle Blanco. Debemos tomar la vereda del mar porque la otra tiene tantos altibajos y jorobas, que correríais el peligro de perder vuestras fuerzas antes de tiempo. No hagáis caso si el asfalto está resquebrajado y si las goteras de los canales han abierto en el alquitrán endurecido un hoyo semejante al que hacen los muchachos para jugar a las bolitas; no

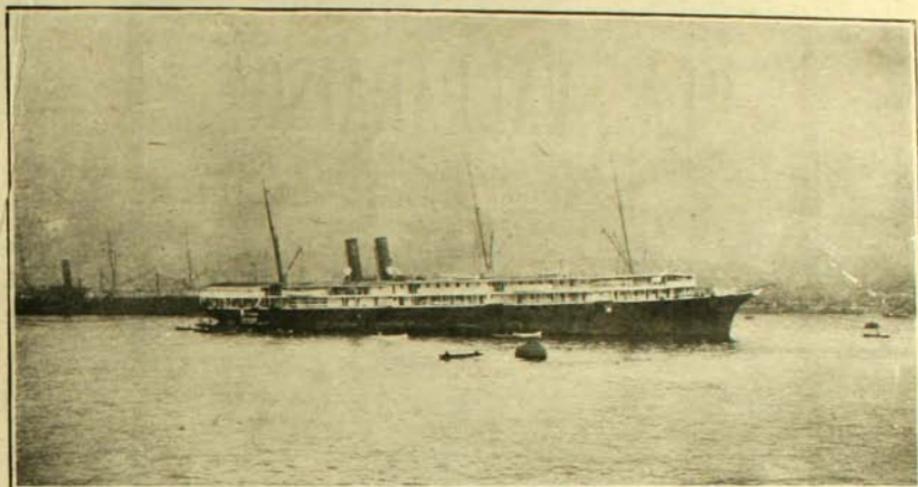
arruguéis el entrecejo si vuestros zapatos ciudadanos se empolvan al atravesar un trozo de acera no delineada. ¡Qué diablos! Todo no ha de ser miel sobre hojuelas. Eso se compensa porque a cada bocacalle veréis un pedazo de río, franja azulada que tiembla al pie de unas colinas parduzcas. Luego veréis ampliamente el paisaje abierto hacia todos lados, en una serena inmovilidad de cuadro; veréis el adormilado Mutrún, cubierto de boldos y cardones y sus faldas alfombradas de áurea topa-topa, veréis dos goletas con sus baupreses al mar; en la popa de una de ellas os ladra furiosamente un terranova que vosotros azuzáis sonriendo, si no os distrae un pescador inmóvil, hierático, que remienda sus redes sucias con increíble paciencia; y si levantáis la vista con gesto distraído, es posible que lancéis un grito de admiración al ver el paisaje: veréis un gran paisaje. Sobre un fondo verde y azul, el mar y el cielo, se dibuja el lomo de camello de la Piedra de las Ventanas, cuyas jorobas parecen destacarse cada vez más como los huesos en la piel de un caballo flaco; la piedra centenaria se deshace, se resquebraja; y su enorme corazón de granito, se convierte en la fina arena que alfombra las playas. A su alrededor rugen las olas espumosas, coléricas, incansables; a su alrededor, el mar vive y se engrandece: pasa por los desfileros tapizados de choros y de locos o por las greñas aceitosas de los cochayuyos, como un reptil verdoso, mugiente, que envuelve las aristas de las rocas y espumajea impotente. A la distancia, otras rocas, sumidas en el agua, resisten el ataque de las olas y el ambiente cristalino que abre a la pupila perspectivas dilatadas, les da un tinte de triste lejanía: igualmente cansada parece la masa brumosa como la ola que la ataca. Volved al río si no os ha retenido la canción del mar, embriagadora y saludable; y si después de la grandiosidad del paisaje marino queréis sentir la vida del rincón costanero, mirad más allá del bayprés de la goleta fondeada frente a las viviendas pesecedoras, hacia donde se ensancha el río y como en una respiración robusta mueve su lomo amplísimo en dilatadas ondulaciones; y veréis sobre una pirámide de carcomido ladrillo una estatuilla orinosa, que vues-

tros recuerdos mitológicos irán resucitando poco a poco. Su pecho es un hueco negro; falta el talón izquierdo con su ala milagrosa. Una piedra anónima lo arrancó de un golpe certero una tarde de verano. La nariz se la aplastó un hermano mío que rabiosamente había jurado sacarlo de su pedestal: yo le formaba todas las mañanas un montoncito de piedras, interesado en el épico combate; y hoy, el dios del comercio y de los ladrones, vuela incansablemente con su esbeltez de estatua griega, rojizo y sucio, sin corazón y sin piernas. Cada año que vuelvo al terruño, caracol nativo donde se oye realmente el ruido del mar, voy a ver si le falta algo más. Suelo sentarme en los carcomidos bancos de madera que en los días en que sale un vapor o una lancha se llenan de curiosos; y allí sueño y rememoro: ese Mercurio roto es, sin embargo, oído bien, maulinos modernos, embriagados de oro, símbolo de una época grande y vigorosa: época de individualismo, de formación de razas, resurrección en pequeño de la época de la conquista, y representa la etapa más gloriosa de estas costas hoy día solitarias y desmanteladas. Entonces el Maule era el Maule: marinos de todas las razas, de hermosa talla, orgullosos de un pasado lleno de peligros y aventuras, formaban una población única y característica. El pueblo les pertenecía, como les pertenecían las bodegas repletas de cereales y las goletas y bergantines fondeados frente a la isla.

Ahora que conocéis la estatua, gozáis del paisaje y tal vez os interesa la vida maulina, mirad ese personaje pequeño y ventrudo que, envuelto en una auténtica capa española con forros verdes, y cadenilla de plata para el engarce, deja su casa de la calle del muelle y se dirige al Club Social. ¡Ah! No lo miréis con desprecio si en algo tenéis vuestra tranquilidad de veraneantes y vuestros futuros goces de vida social. Ese hombrecillo rechoncho, de pie pequeño y patillas negrísimas enmarcando el rostro redondo y bermejo, pero agraciado e inteligente, es nada menos que don Santiago de Algorta y Sandelíz, vasco de mal genio, prohombre porteño y alcalde del pueblo. Marino en su juventud, como casi todos los vascos establecidos en el Maule, habíase

# Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 695



**SERVICIO SEMANAL RAPIDO** entre Valparaíso y Cristóbal en 14 días, atendido por los magníficos vapores de pasajeros, dotados de telegrafía inalámbrica.

## Aysen - Huasco - Palena - Imperial

Los vapores salen de Valparaíso los días miércoles en la tarde y tienen conexiones en Antofagasta y Arica con los trenes internacionales para Bolivia, los mismos días de llegada, y en Cristóbal para Estados Unidos, en las lujosas naves de United Fruit Co., y para Europa en otras Compañías.

**SERVICIO QUINCENAL** entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú) en 14 días, prestado por los cómodos y excelentes vapores, dotados también de telegrafía sin hilos.

## Mapocho - Maipo - Cachapoal

que salen de Valparaíso los días sábados en la tarde.

## Próximas salidas de Valparaíso

**HUASCO**, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 31 de Diciembre.  
**IMPERIAL**, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 7 de enero 1920  
**CACHAPOAL**, para Pimentel (Norte del Perú) e intermedios, el sábado 10 de enero.  
**PALENA**, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 14 de enero.  
**MAIPO**, para Pimentel (Norte del Perú) e intermedios, el sábado 24 de Enero.  
**AYSEN**, para la Zona del Canal (Cristóbal) e intermedios, el miércoles 28 de Enero.

### AGENCIAS:

**EN SANTIAGO:** CARLOS ROGERS, Calle BANDERA esquina de MONEDA.

**EN PARIS**  
A. P. Dupont, Rue Halevy 4

**EN CRISTOBAL**  
United Fruit Company

**EN NUEVA YORK**  
John R. Livermore Inc. 21-24, State St.

**EN BUENOS AIRES**  
Expreso Vilalonga, Balcarce esq. Moreno

# “LA VALPARAISO”

Compañía de Seguros Contra Incendios, Riesgos  
Marítimos, Etc.

COCHRANE Núm. 879

VALPARAISO

Capital Suscrito. . . . . \$ 2.000,000.00  
Capital Pagado. . . . . 1.000,000.00

Banqueros:  
Banco A. Edwards y Cía.

## CONSEJO DIRECTIVO

PRESIDENTE

Don Jorge Etchegaray

VICEPRESIDENTE

Don C. Gordon John

## CONSEJEROS

Don Max Fontaine, Don Eduardo Deves, Don Francisco  
Sampaio, Don Arturo García, Don José M. Ríos Arias.

GERENTE

Don Ricardo Swett O.

Agentes Generales en Santiago:

JORGE PHILLIPS y Cía.

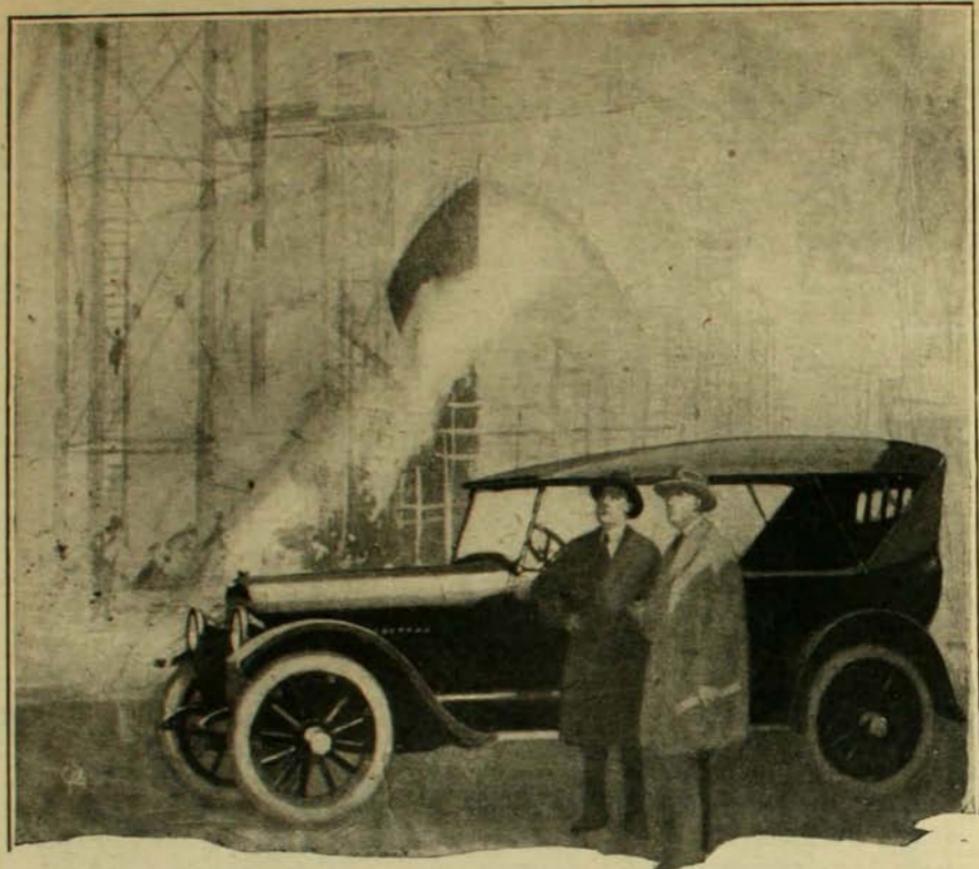
AGUSTINAS 1120

AGENCIAS EN TODAS LAS PRINCIPALES CIUDADES  
DE LA REPUBLICA

# INSUPERABLE



## PURO DE OLIVAS



# PAIGE

En la ciudad, en el campo, al servicio de la familia, del turista, del profesional, siempre recompensa largamente su inversión.

Un modelo y un tipo adecuado para cada exigencia.

---

PORMENORES:

WESSEL DUVAL & Cía.

Huérfanos esq. Morandé - Garage: Catedral, 1229

cansado de la vida aventurera y se había hecho bodeguero: antes conducía la carga por esos mares de Dios; y ahora la suministraba por un intercambio ingenioso: comprábala a los agricultores del departamento o de las orillas del río y la vendía a la casa Serdio u otra cualquiera a un buen precio; poseía lanchas para la conducción del vino de las viñas ribereñas o del trigo de las provincias; era consignatario de los vapores que llegaban al río, el "Guaicuru" y el "Paquete de Maule" y poseía un genio de todos los demonios.

Si era querido o no, es difícil averiguarlo, porque en ninguna parte quedó consignado, si no es en el librito de don Angel Bossi, diario detallado y franco de la vida porteña, monumento de chismografía que por desgracia se ha perdido. Lo que sí puedo asegurar sin remordimiento es que don Santiago era hombre popular. Tan popular por sus rabieta cotidianas como por su peluca, como por su sombrero de copa y su capa española. Lo veo hoy con increíble realidad; y lo comparo con esas láminas de las novelas de Pérez Escrich, tan comunes en las casas antiguas, donde aparece un grave personaje de patillas, de exagerada esbeltez, que tenía de leyenda: Don Roque de Lara. Lo veo avanzar por la calle apoyado en su bastón, con zuecos enormes en invierno y con su indispensable tubo de seda en la cabeza y murmurar apretando los dientes con vocecilla atiplada y de agradable timbre:



Ese hombrecillo rechoncho, de pie pequeñito, que va apoyado en su bastón y con la indispensable chistera, es don Santiago de Algorta y Sandeliz...

—Esta porquería de pueblo no sirve para nada!

Dentro de la vida maullina, don Santiago tiene un relieve admirable. Y cerca del **Mercurio de Bronce**, una participación directa en su esplendor y en su ruina.

Antes, sin embargo, no renunció a describirnos la familia. La familia de don Santiago de Algorta y Sandeliz! ¡Gran familia,

sin duda alguna! Es decir, entendámonos! Gran familia por el número, por la calidad; pues por la estatura era un grupito de adorables liliputienses, regordetes, saludables, vivarachos, inteligentísimos. Los chistes y las bromas que inventaban aquellas cabecitas alocaadas y simpáticas! De seguro que en el pueblo no se escapaba ningún personaje algo ridículo sin su pulla correspondiente; ni el respetable don Fernando, el rico armador, con su enorme sombrero y sus juramentos en francés, ni don Alberto Bieuzac con sus grandes patillas entrecanas y sus ojos saltones de bebedor, ni el grave y reposado Mr. Elliot con su gran estatura y su fama de hombre concienzudo; y en cuanto a las mujeres, sus burlas tenían una inquina particularísima. Si los chistes en que los hombres eran ridiculizados hacían estallar en carcajadas al batallón de liliputienses rollizos, los que fabricaban a propósito de Miss Elliot, la inglesa de las exageradas crinolinias, el espetado aristocratismo de una señora chilena que creía ser la mujer más elegante del puerto o el empaque intelectual de la Pepita Harris, que visitaba a las diferentes familias veraneantes con una ridícula solemnidad, eran acerbos, punzantes, rabiosos.

Reunidos a la hora del té en el clásico comedor del jardín bonito, comedor con cristales empolvados y pecosos, la familia menuda, sin Don Santiago, que dormía la siesta, sin doña Hermosinda, que zurría calcetines, entregábanse a su tarea ingeniosa y barullera. Si se había abierto el rojo corazón de una sandía ribereña, tirábanse las pepitas resbalosas, estallando en carcajadas si alguna daba en el blanco. Y tal barullo armaban las graciosas mujereitas y los varones murmuradores que ni las moscas que en numeroso escuadrón volaban en el comedor, acertaban a pararse en los desperdicios de las once, y un tordo ribereño, colgado en su jaula de coligüe en el tronco de un pino, veterano de gigantesca alzada, célebre en Maule, que sacaba cada año por encima de las tejas mugrientas, una nueva corona de ramas espinudas y geométricas, detenía sus saltos alocaados en su cárcel tosa y pequeñuela.

En la mayoría de los casos el pequeño grupo destrozaba a su antojo a los perso-

najes ridículos del puerto; pero cuando la broma era muy graciosa y los coros de carcajadas atronaban la casa, surgía de su lecho don Santiago de Algorta con su peluca a medio colocar en su calva amarillenta y aparecía en el comedor imponiendo silencio con su gesto habitual: apretaba los dientes y alargaba su corto brazo con impulso furioso:

—Afuera, mocosos bullangueros; afuera, si no quieren que los muela a palos.

Y los pequeños descendientes del gran maulino, mordiéndose de risa los labios irónicos y jugosos, se apretaban al salir atropelladamente por la puerta del otro extremo. Comúnmente, después de cada escena, aparecía tras el prócer la señora Hermosinda, pequeñuela y verbosa, reforzando con su actitud la andanada del marido. Reinaba en la casa después de estas comedias habituales en la vida doméstica, un silencio extraño, solemne. Doña Hermosinda, al amainar la verba del alcalde, hacía reflexiones de calmosa y utilitaria ciencia práctica.

—Doralisa, limpia esa mesa que han ensuciado esos puercos.

O bien:

—Santiago, enderézate la peluca.

Oíase el murmullo sordo de las moscas entregadas a un banquete monstruoso, una ráfaga de aire silbaba en las ramas del pino y el tordo ribereño reanudaba sus saltos y sus gritos entrecortados en su jaula de coligüe.

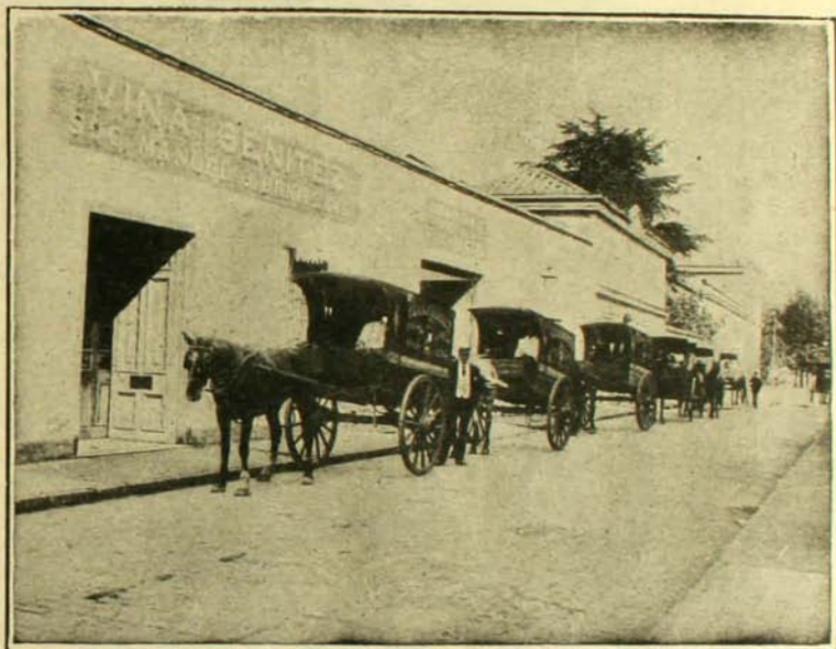
## II

Debió ser una noche de invierno, en el Club Social, cuando la sociedad maulina concebió la gran idea. Es probable que hubiese llovido en el día; y que una sombra espesa, negra como boca de gruta, envolviere al poblacho; es posible que un farol de roja luz rompiera el negror nocturno, con su llama vacilante de parafina; y es casi seguro que el ruido del mar, traído en alas del viento del norte, arrullase las tertulias del terruño con su amenaza cólerica.

En el Club Social, en una sala llena del humo de los cigarrillos y de las voces de media docena de prohombres porteños que

# VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



# PINOT RESERVADO

Es y será siempre el preferido

33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646

# LAS CONFECCIONES DE GATH & CHAVES PARA SEÑORAS



Alto interés mantienen en la culta clientela de **Gath & Chaves** la riqueza, variedad y buen gusto de las confecciones que se exhiben en los Departamentos del tercer piso de sus Almacenes.

Constantemente se están recibiendo nuevas remesas que traen las últimas novedades en la moda del gran mundo parisién.

Al aproximarse la temporada de vacaciones, **Gath & Chaves** ofrece a su distinguida clientela una vasta colección de Confecciones apropiadas para la estación balnearia, playa, campo y turismo, lo más nuevo, elegante y variado, en modelos artísticos y muy originales.

En los Departamentos "Confección Señoras", "Confección Niñas" y "Blusas y Batones" están a **PRECIOS MUY VENTAJOSOS** todos estos artículos de suma elegancia y confort.

## GATH & CHAVES LTD.

jugaban apaciblemente al **rocabor**, pudo nacer la gran idea. Nada más propicio que el momento para que la idea brotase junto con una carta favorable y cada maullino agregase, en un raptó de inspiración, una modificación ingeniosa. Había en aquella sala memorable de rameado papel azul que la luz refulgente de una lámpara belga hacía brillar con todo su esplendor, la selecta variedad de razas de la cual se ha formado la sociedad porteña. Junto a la cabeza española, redonda y roja, cuyos dos triángulos negros de las patillas caracterizaban maravillosamente, del alcalde vasco, destacábase el cráneo puntiagudo y elevado de don Fernando, de pura cepa mediterránea; y más allá, presidiendo la mesa redonda, la gravedad marmórea de un inglés del norte, amplio de espaldas, de fríos ojos azules y crespa patilla de oro, vetada con hilos de plata. A su lado, risueño e insignificante, a pesar de su corpachón musculoso, don Lorenzo Carvajal, movía sus naipes fumando un cigarrillo de hoja caído sobre el labio: sus manos enormes, callosas, de destripa-terrones, tenían el mismo color de aceituna de su huesudo rostro de indígena. Mientras don Santiago de Algorta perjuraba por el mal juego, el campesino de Putú chupaba su colilla, el inglés permanecía impasible ante su montoncito de fichas rojas y verdes, don Fernando sonreía, y pestañeaba la lámpara belga, otro señor de anchas espaldas, envuelto también en una capa algo sucia, de tostado semblante y pelo tirando a rubio, miraba embobado una mariposa que se suicidaba estúpidamente en la pantalla blanca, como traspasada de luz. Uno de sus ojos era una cuenca vacía; con ese parecía mirar el techo de la pieza que cruzaban dos cintas como una gigantesca equis cargada de polvo y de moscas; y con el otro, verde claro, un pedacito de agua de mar, vívido, penetrante, decía cosas extraordinarias. ¡Ah! diablo! Bien conocido era en el Maule el ojo de don Angel Bossi: aquel ojo sardo, picante, audaz, canallesco, parlanchín, veía más que los diez mil ojos de la población, tenía facetas admirables: aquel ojo penetraba al interior de las casas porteñas y los enredos domésticos y las miserias de poblacho, pasaban al dominio de todos en menos tiempo que el róbalo se mete en los

cuadritos de cáñamo de la red o la gaviota se traga una sardina.

Por él sé también que la gran idea pudo muy bien no nacer una noche de invierno. Pudo ser en pleno verano. Las lanchas ribereñas con su toldo a la popa traían veraneantes de Talca, huéspedes distinguidos a las casas de los prohombres porteños, los buques se amontonaban en el muelle de la isla o a la entrada de la **Poza**, frente al espolón cuajado de verdura del **Mutrún**, las bodegas se llenaban de trigo y de lentejas, el mar apaciguaba sus cóleras, el río bebía el azul de los cielos en sus aguas verdosas, los muchachos elevaban volantes a la orilla del río; y el sol, el fresco sol del Maule, luz impregnada de aire marino, envolvía el easerío caprichoso, salpicado de verdura y aromas.

Es posible que la idea haya nacido en verano, en medio del hervor de la vida porteña. Nada más propicio al entusiasmo que el triunfo de la vida: velas blancas que llegan, velas blancas que se van, montones de sacos hinchados de granos, pipas que rezuman el oloroso mosto por entre sus jun-



Al atravesar la calle del muelle miró hacia allá, creyendo advertir risas...

turas negras, lanchones en cuyo vientre verdean los montones de sandías y melones, lanchas recién pintadas que se hundien en el agua revolucionando los botes amarrados a las orillas, gentes ataviadas de trajes claros que llenan el muelle con los dulces y frescachones crepúsculos costeros, vapores fondeados con su mansa quietud de gigantes o botes que atraviesan el río con su popa hundida en el agua y levantada su cabeza al lento compás de sus remos. Reír de espumas, martilleo de astilleros, voces de guanayes, pintoresco flamear de banderas en el palo del vigía. Sin duda la idea debió nacer en verano. Lo supone el historiador con toda la verdad de la poesía y la mentira de la falta de datos. Lo afirma con su mano puesta en el corazón aunque no tenga seguridad de ninguna especie; pero se lo dicen a voces las lanchas, los guanayes, las sandías, los eucaliptus del muelle, el trigo de las bodegas, el verdeguante esplendor de las arboledas, la risa de las espumas, la suavidad soñolienta de la ría, la peluca de don Santiago de Algorta y el ojo de don Angel Bossi.

En último caso, fuese como fuese, el Mercurio de bronce estaba colocado a la entrada del muelle el año 84.

¿De quién fué la idea? ¿Qué magín privilegiado la soltó al aire del terruño; cuándo fué traída la estatua a la ribera; en qué parte fué comprada?

¿Fué don Santiago, fué don Fernando, Mr. Elliot o don Angel Bossi? Todos y ninguno. Ese sentimiento estético colectivo se imponía en medio del progreso comercial, magnífico, bullente, pero efímero; aquella gloria no debía durar; alguno debió sentirlo en el fondo de su alma, pero la riqueza era demasiado evidente para pensar en eventualidades lejanas y por venir. La estatua era como la representación de un sentimiento de orgullo, cierto matiz artístico de la riqueza, flor de entusiasmo de la abundancia. La satisfacción de cada maulino echaba una sonrisa sobre el bronce al pasar frente a él, porque el macaco materializaba, hacía visible el alma regional, la vida en común de todos aquellos hombres de las razas principales de la tierra que el ansia aventurera había traído en buques de

vela y que fundidos con la hembra eriolta, hicieron nacer una nueva raza, vigorosa e inteligente.

¡Ah!, pero don Santiago de Algorta no estaba contento de la adquisición. El hombre se había penetrado más a fondo que los demás próceres ribereños del alma regional. En su carácter de alcalde había tenido rasgos de épica bondad, párrafos oratorios que empezaban con cierta solemnidad afable y concluían con un desequilibrio de la peluca y el apretujamiento de dientes en los períodos agudos de la cólera, rasgo característico que pasaba por la minúscula pollada como un soplo de viento por las grutas de la costa. El no consideraba a Mercurio, al dios griego, ladrón o comerciante, como una representación del espíritu regional. Esa estatua indecente, fundida quizá en la patria del desereimiento, la tierra de Voltaire y de Renan (don Fernando sonreía al oír esta afirmación) nada tenía que hacer con este rincón marino donde se desarrollaba un pueblo nuevo, que miraba escandalizado volar al dios de bronce, completamente desnudo, sobre un pequeño pedestal de madera. El Maule debiera inmortalizar al guanay, al roto vigoroso que en su lancha plana, bajo la comba parchada de su vela, sujeto a la enorme espadilla y arrasándola con gritos ululantes contra la corriente, trae la carga que llena las bodegas, va a los buques y forma, en realidad, el verdadero comercio del puerto.

Esta actitud terca del gran maulino hacía sonreír a todo el mundo; veíasele perorando con extraño manoteo cada vez que pasaba a su bodega y divisaba la estatua de bronce que parecía indicar con su caduceo enarbolado el camino del río. Aquel mono sin ropa sublevaba su sangre religiosa de vaso, de un misticismo miedoso, un horrendo temor al más allá que a pesar de sus alardes de hombre corrido y leído, no era sino miedo a las llamas infernales que todas las noches veía como un remordimiento a la cabecera de su cama. Doña Hermosinda, una chilena beata, hija de campesinos, jamás se había separado de aquella oleografía en que un San Miguel de blancas carnes pisaba con elegantísima abarca romana el pecho de Satanás que, rechinando los dientes, caía sobre las llamas rojas de



**FABRICANTES DE ROPA BLANCA** bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

**NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME** ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

**AGRADECEREMOS PIDA DATOS**, muestras y precios a otras partes y los compare con los nuestros y se convencerá de la **gran ventaja** de los artículos de nuestra fabricación.

COMPAÑIA DE SEGUROS  
CONTRA  
INCENDIOS, RIESGOS DE MAR, ETC.

=====  
**LA**=====  
**“INTERNACIONAL-CHILE”**

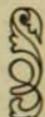
AUTORIZADA POR DECRETO SUPREMO DE SEPTIEMBRE 7 DE 1910

Capital Subscrito y Pagado . . . . . \$ 1.000.000,00  
Reservas hasta Junio 30-1919. . . . . , 2.669.485,44  
Total Disponible. . . . . , 3.669.485,44

=====  
**DIRECTORIO**

PRESIDENTE

Don Carlos Alvarez Condarco



VICE-PRESIDENTE

Don Roberto Pretot Freire

DIRECTORES

Don Carlos García L., Don Gmo. Luis Plummer, Don Enrique Middleton  
Cruz, Don Víctor Prieto Valdés, Don Marcos Montt,  
Don Guillermo Condon

DIRECTOR-GERENTE: Don Roberto Barroilhet

=====  
Oficina Principal:

**VALPARAISO, COCHRANE 639 O BLANCO 638**

Agencias en todas las principales ciudades de la República y en  
Londres

una hoguera como en blando lecho de plumas.

Había prohibido terminantemente a los liliputienses rollizos que se acercasen hacia el muelle. ¡Ay del que contraviniese la orden del gran maulino de las negras patillas triangulares! Rojo de rabia, gesticulaba moviendo hacia ambos lados su pequeño brazo rechoncho:

—¡Ay del que se atreva a mirar esa indecencia!

Creíase como un robusto sostén de la moralidad maulina, pilastra serena y convencida del templo de la virtud (la frase le pertenece); y al ver que su cólera virtuosa era más bien recibida con burlescas sonrisas y frasecillas maliciosas, apretándose su capa elegantísima en un brusco movimiento nervioso, asentando más sobre su peluca el sombrero de copa, amenazaba hacia arriba, al cielo, donde se veían caras torcidas en grotescas burlas, Mercurios desnudos en toda la franqueza de la impudicia, diciendo:

—Hato de cochinos. No os importa un puecho la moralidad, ni nada!

Y en unión del cura Albornoz, el cura párroco que vió en el Maule pasar tres generaciones, hacía una campaña violenta contra la estatua. Durante este tiempo su vida tuvo una agitación extraordinaria. La peluca no cobró en varios meses su posición de equilibrio sobre el melón relumbroso de la calva; y en la casa dejaron de oírse las carcajadas de los graciosos enanillos entregados a su sabrosa e inocente cirugía moral. Ahora cuchicheaban en voz baja, en siseos melódicos, juntas las caritas redondas de blanquísimos dientes, brillantes los ojos oscuros, y en un portentoso ramillete de negruras las cabelleras de ébano. Bien se le podía perdonar a don Santiago de Algorta su fanatismo, su mal genio y su calva reluciente como un pedrusco lamido por el agua del río en obsequio de la pollada, tan robusta, vivaracha y bien puesta. Aquellas muñequitas reidoras traían revuelta la juventud del puerto; pero hay que decir, en obsequio de lo auténtico, que si tenían fama de coquetuelas y casquivanas el mote era inmerecido. Su malicia las hacía vivas de genio y aquellos carrillotes frescachones y jugosos como las manzanas de los huertos porteños, no se sonrojaron sino

con el matiz inconfundible del amor. El matrimonio de cada una de ellas fué un idilio. Había en el fondo de esas almas risueñas y alborotadoras un sentimiento severo del verdadero amor; un sedimento romántico de vieja raza, sacrificio abnegado al hombre elegido por el corazón, que difícilmente se encuentra en las mujeres chilenas. Don Fernando aseguraba que esos ojos negros, esa tendencia a redondearse en la paz de las digestiones, el romanticismo súbito y avasallador, el hondo espíritu religioso, el amor al dinero y hasta una vaga curvatura de la nariz que creía adivinar en don Santiago y su prole, eran ni más ni menos, que las características exageradas del judío converso que debió ser el antepasado hispano de la familia, según los datos de una antigua enciclopedia. Lo que en las pequeñas maulinas era abnegación, entrega cariñosa de todas sus ideas al sér amado, era un sentimiento de vanidad intelectual en don Santiago: preciábase de haber leído más que sus coetáneos ribereños; y mostraba con orgullo su biblioteca disparatada de aficionado: al lado del imprescindible Quijote una colección completa de las obras de Pérez Escrich o Fernández y González o amontonadas en el fondo de un arcón polvoriento una montaña de novelas del "Ferrocaril" o el "Mercurio", que una de sus hijas había coleccionado cuidadosamente durante años, desesperada cuando se perdía un número, traspasando los lomos con firmes amarras de cáñamo. Aún conservo un ejemplar manoseado donde con letra menuda y redonda una mano adorable puso el título del libro sobre cartón azul.

Por esta causa miraba con algún desprecio a los demás maulinos que observaban risueños, en la paz de los domingos, única mañana maulina sin martilleo de astilleros, a doña Hermosinda llevando con cóleras de sargento instructor la pollada revoltosa a la misa del mediodía; o se reían de su devoto temor a Dios, que rayó en sainete en cierta ocasión. Debió ser una discusión cómica y bullanguera. Doña Hermosinda quería poner Ernesto a su último vástago y don Santiago se opuso, según su actitud habitual, moviendo su brazo rechoncho y apretando los dientes. Y ante la terquedad de su señora, que por lo menos exigía una expli-

cación de la negativa, el gran maulino arrancó con el sesudo argumento:

—Porque hay un ateo, caramba, que se llama Ernesto Renan.

### III

La estatuilla de bronce, brillante e impúdica, casi de tamaño natural, seguía frente al muelle antiguo a despecho de la cólera de don Santiago de Algorta y Sandeliz. Pudiera decirse, sin exageración, que todo el pueblo se sonreía en ese verano, hasta los guanayes que cargaban buques en las bodegas de la isla y que volvían el rostro hacia el muelle a pesar del saco que hundía sus robustas espaldas: en el recuerdo de cada porteño estaba estereotipada la escena cómica que se repetía casi todos los días, la inmovilidad de la estatua cuya indiferencia de bronce hacía resaltar más la encolerizada facundia del euscalduna que envuelto en su capa, y a respetable distancia del macaco, peroraba todos los días con gesto amenazante. Pero las burlas llevaron la rabia interna del español a un grado de sobreexcitación espantosa. La casa del jardín bonito convirtióse en una casa de orates; las rabietas del alcalde habían adquirido un tinte de irritabilidad tan acometedora y belicosa, que al empezar las comidas toda la pollada rolliza, temerosa y risueña, miraba la colocación de la peluca en la cabeza redonda. Cualquier desequilibrio de las peinadas guedejas era como una de esas nubecillas negras de los puertos, que son algo así como semillas de tempestades. Se sabía que, a la menor ocasión, el prócer saldría con el tema; y tocar el monigote del muelle y soltar el chorro de su cólera verbosa e irascible, eran cosas tan unidas como la roca y la espuma, la gaviota y la sardina. Generalmente, el comedor quedaba desierto; y ya sin público, la rabia decorativa del vasco se embotaba como el entusiasmo de un actor. Doña Herminosinda apagaba el incendio oratorio con alguna de sus observaciones habituales; y don Santiago largábase al Club Social a leer los diarios, dispuesto a cambiar en absoluto el rumbo de sus relaciones y a aislarse en su casa en una actitud heroicamente despreciativa.

Durante varios días se le vió pasar sin

enfadarse frente a la estatua; es decir, esto asegura la mayoría de la gente, pero el ojo de don Angel Bossi, que había adquirido una viveza extraordinaria con esta historieta picante y original, dice muy claro que el alcalde maulino rechinaba los dientes apresurando el paso. Afirma, además, que por debajo de los pliegues de la capa movíase el brazo con visibles deseos de amenazar a la estatua barnizada, gloria colectiva del Maule, rompecabezas de la moralidad de nuestro héroe.

¿Qué pasaba por el magín afiebrado del vasco? ¿Qué idea genial sujetaba, allá en las tenebrosas regiones de su rabia ingénita e incurable, su desbordado mal genio? Aún estaban turbadas sus habituales costumbres: el puro de las sobremesas o el folletín que le leía la mayor de las hijas. Un silencio grave apagaba el brillo de sus ojos negros y fruncía su ceñudo y poblado entrecejo. Cuenta la tradición doméstica que al pasar una mañana frente a la jaula del tordo ribereño, una gota líquida, blanca, al decir de la cocinera, había caído sobre su capa española, limpia como el interior de una concha; y el prócer pacienzudamente, sonriendo al pajarillo que seguía sus saltos nerviosos sin asustarse, habíase limpiado la mancha con su pañuelo. Esto era inaudito: los liliputienses rollizos estaban perplejos como un muchacho que se encuentra una moneda debajo de un mueble; y hasta la más pequenuela de las chicas que, dedal en mano, cosía un cumplido traje a cuadros interrumpió la canción que a modo de melopea acompañaba el trabajo:

Una mañana que el Longaví  
salió de Maule y a Ud. lo vi.

Pero la explicación vino, solemne y confidencial, a la hora de la comida. La expresión risueña de don Santiago ponía a la familia en un estado de curioso desequilibrio. Las mujeres tenían un violento temporal. Los hombres, al contrario, pensaban en una disposición admirable de espíritu. Y era de ver la seriedad temerosa de las muchachas y la semi sonrisa de los varones, preocupados aparentemente en no dejar una migaja en el plato que tenían por delante.

(Concluirá)

# EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

## PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

### COMPANÍA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

---

---

#### Análises:

Agua higroscópica . . . . .	2.35%
Materia volátil . . . . .	39.25%
Carbón fijo . . . . .	51.40%
Cenizas . . . . .	7.00%
	<hr/>
	100.00%
	<hr/>
Azufre . . . . .	0.92%
Coke (aspecto sólido) . . . . .	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado . . . . .	7,500

---

---

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178**  
**Edificio Schwager, 4.º Piso**

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

---

---

**VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733**

Teléfono Inglés, número 1377

COMPañIA

DE

LOTA Y CORONEL

Minas de Carbón de Lota y Coronel

Fábrica de Ladrillos, Baldosas y Cañería de Greda

AGENTES EN VALPARAISO

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL

AGENTE EN SANTIAGO:

SEÑOR LUIS VIDELA HERRERA

Calle Estado, esquina Moneda  
(Edificio Banco Hipotecario de Chile)

CASILLA NUMERO 1 853



El Dr. GUZMAN, especialista en enfermedades de niños, nos felicita:

Dr. MARCIAL GUZMAN Z.—Con sultas de 1½ a 4½ P. M.—Monjitas 345.—Teléfono 2667.—Septiembre 19 de 1916.—Tiene el agrado de felicitarlo por la oportunidad de darnos un alimento que reemplaza con grandes beneficios a sus similares extranjeros y que está perfectamente indicado en los niños mayores de tres meses, y en especial en los que está contraindicada la alimentación lacteada.

(Firmado). MARCIAL GUZMAN Z.



# CREMA FRESIA

Suavizador Ideal del Cutis

Pídala en todas las Boticas y Perfumerias

Por mayor: E. CAUQUELIN  
Valparaíso: Independencia 752